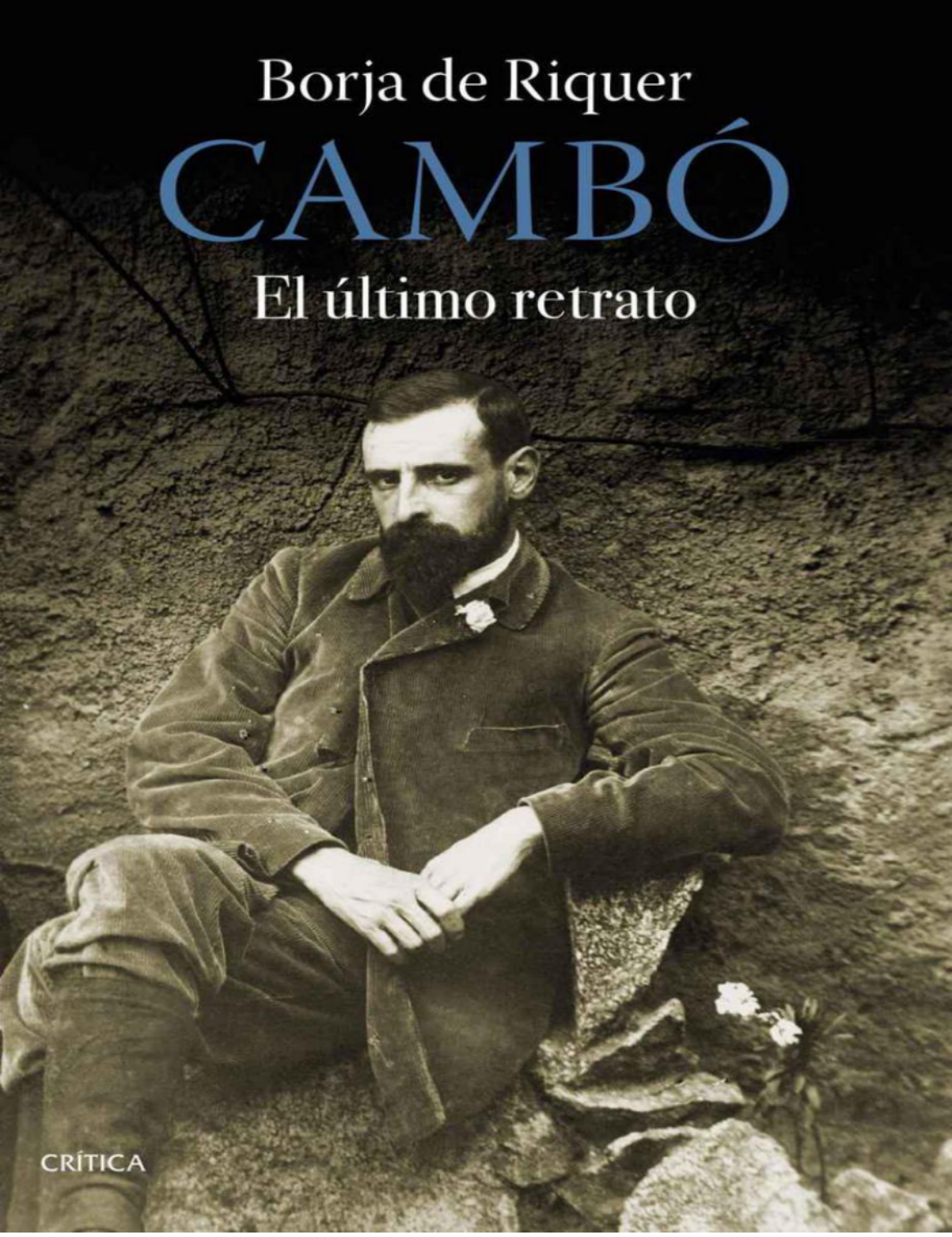
Borja de Riquer

CAMBÓ

El último retrato



CRÍTICA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Lema
Introducción. ¿POR QUÉ UNA BIOGRAFÍA DE CAMBÓ?
Primera parte. EL POLÍTICO
- Capítulo 1. LA FORJA DE UN POLÍTICO NUEVO
- Capítulo 2. EL CATALANISTA «REVOLUCIONARIO»
- Capítulo 3. EL HOMBRE DE GOBIERNO
- Capítulo 4. PREPARÁNDOSE PARA MANDAR
- Capítulo 5. FUERA DE JUEGO: LOS AÑOS DE LA REPÚBLICA
- Capítulo 6. UNA «MILITARADA» INESPERADA E INDESEADA
- Capítulo 7. LEJANÍA Y AÑORANZA

Segunda parte. LAS OTRAS PASIONES
- Capítulo 8. EL MECENAS
- Capítulo 9. EL HOMBRE DE NEGOCIOS INTERNACIONAL
- Capítulo 10. LAS OTRAS PASIONES

Epílogo. CAMBÓ, MUCHO MÁS QUE UN GRAN POLÍTICO
Bibliografía
Abreviaturas de archivos y fondos documentales
Láminas
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Francesc Cambó (1876-1947) fue el político catalán más importante de la Restauración. Para sus coetáneos, su envergadura desbordaba la política para abarcar desde las finanzas -desarrolló una activa carrera empresarial que le convirtió en multimillonario- al coleccionismo, pasando por una amplia y diversa tarea como mecenas tanto de la cultura catalana como española. Político con una carrera fulgurante y firme defensor de que el catalanismo interviniera en la política española, fue ministro en varios gabinetes del reinado de Alfonso XIII. Ausente durante los años de la dictadura de Primo de Rivera, tras la proclamación de la Segunda República volvería a la arena política y fue elegido diputado de las Cortes republicanas.

Tras el golpe de Estado de 1936 se posicionó a favor de Francisco Franco contribuyendo económicamente a la causa franquista. Sin embargo, acabada la contienda no regresó a España y se instalaría en Argentina, donde residió hasta su fallecimiento en 1947.

Cambó

El último retrato. El político, el mecenas, el hombre de negocios internacional y las otras pasiones

Borja de Riquer

Traducción castellana de Silvia Furió, Àlex Guàrdia e Isabel Margelí

CRÍTICA

En la vida hay que escoger entre la simpatía y la fuerza. Los hombres fuertes pisotean y causan muchas heridas: es natural que su paso durante muchos años, o durante toda la vida, esté rodeado de chirridos e insultos. De mí, puedo decirle que el día que no me sintiese severamente atacado, apasionadamente odiado, sentiría la tristeza de quien se percata de su decadencia.

Carta de Francesc Cambó a Joan Estelrich,
1 de agosto de 1932.

Hemos comentado infinitas veces, durante muchos años, el aprieto en el que nos coloca el hecho de ser a la vez catalanistas y conservadores, cuando los conservadores de España son anticatalanistas... Estaremos desplazados dentro de la política española mientras las derechas sean antiautonomistas y, sobre todo, anticatalanistas.

Carta de Francesc Cambó a Joan Ventosa,
18 de julio de 1936.

Yo había nacido para gobernar, no para hacer negocios ni entretenerme filosofando... Era el hombre con más dotes para la política tanto en Barcelona como en Madrid: en la oposición, para imponerme; y en el poder, para trabajar de forma constructiva. Por exceso de sentimentalismo catalanista, no quise atender al juicioso consejo de Prat: «Vos, Cambó, debéis instalaros y vivir en Madrid, pues solo desde Madrid se gobierna España. Haced oídos sordos a quienes os critiquen desde el principio: serán los primeros en seguiros cuando os vean triunfar en Madrid; si vivís en Cataluña, los catalanes os devorarán».

Carta de Francesc Cambó a Josep Pijoan,
9 de abril de 1945.

Ganar dinero, demasiado dinero... fue para mí una losa de plomo (mi generosidad daba a entender que poseía mucho más de lo que había acumulado); los pobres me odiaban por ser rico y los ricos me envidiaban por creer que tenía más dinero que ellos... y los intelectuales no me perdonaron los favores.

Carta de Francesc Cambó a Josep Pijoan,
9 de abril de 1945.

Introducción

¿POR QUÉ UNA BIOGRAFÍA DE CAMBÓ?

Después de casi tres décadas documentándome sobre Francesc Cambó y publicando libros y numerosos artículos sobre el político, he llegado a dos conclusiones. La primera es que se trata de un personaje excepcional y fascinante; poliédrico, polémico y contradictorio como pocos. No creo que en su época hubiera ningún otro político catalán o español que cultivara tantas y tan destacadas facetas: político, ensayista, mecenas, hombre de negocios internacional, millonario, *bon vivant*... La segunda conclusión, derivada de la primera, es que, aunque se ha hablado y escrito largamente sobre su persona, sigue predominando la imagen que él mismo quiso dar en sus *Memorias* y que aparece en las biografías semioficiales que han escrito algunos historiadores. Hay muchos aspectos de su vida que aún no se han tratado y la visión global de su itinerario político aún no se ha rectificado. Quedan muchos tópicos y simplificaciones que superar y silencios que llenar.

En sus *Memorias* hay olvidos sorprendentes, datos incompletos e incluso falsedades que no podemos aceptar, como se ha hecho con demasiada frecuencia, sin una crítica rigurosa. Sus *Memorias* tienen una relevancia evidente, pero pecan de autojustificación, como la mayoría de los escritos autobiográficos. Están demasiado amoldadas a la conveniencia política del momento en que las escribió, los años 1944-1947, y muy influenciadas por la guerra civil. En ellas se atribuye actitudes e incluso ideas que no coinciden con lo que dijo y escribió en el momento de los hechos. Hemos encontrado textos inéditos de su puño y letra que contradicen lo que luego escribió en sus *Memorias.* Tanto él como sus biógrafos nos han ocultado algunos episodios de su trayectoria política y muchos de su vida privada. A

modo de ejemplo, en las *Memorias* no se menciona ni una sola vez a Josep Pla, que en 1928 recibió el encargo de Cambó de escribir su biografía en tres volúmenes, y que luego trabajó durante casi diez años para él y para la Lliga como corresponsal de *La Veu de Catalunya* en Madrid y en el exilio. Tampoco cita en ningún momento a su esposa, Mercè Mallol, ni a su hija Helena, aunque habla a menudo de aspectos de su vida privada.

En cuanto a las biografías de Cambó, la más documentada y amplia es la de Jesús Pabón, publicada hace más de sesenta años. Pero los hechos narrados en el libro concluyen en 1936, por lo que no se analiza ni la guerra civil ni la posguerra.[1]Además, obvia las muchas novedades historiográficas aparecidas desde entonces y acusa dos condicionantes notables: el hecho de ser un encargo de la familia y, por lo tanto, deber una cierta pleitesía; y el hecho de no ser una auténtica biografía, como el propio Pabón reconoce en su correspondencia privada.[2]La mayor parte de las biografías posteriores apenas aportan nada nuevo; se limitan a comentar cuanto dice Cambó en sus *Memorias* o a copiar sin cuartel el escrito de Pabón. La autoimagen de Cambó en los años de posguerra, seguida por casi todos los biógrafos, es parcial y engañosa. Oculta algunos episodios, deforma otros y nos engaña. Al conocer el final de los procesos políticos, intenta dar coherencia y justificación a su actuación, como si él nunca hubiera vacilado ni hubiera cometido errores.

El texto que el lector tiene en sus manos aspira a ser una biografía completa y seria. He querido incluir en él todas las facetas de la compleja vida de Cambó sin ocultar ningún episodio ni cuestión, por delicado que sea. Evidentemente, he intentado ser riguroso y aportar informaciones nuevas o poco conocidas, todas ellas bien documentadas, a pesar de que contradigan lo que se ha dicho hasta ahora.

Esta obra también es una reacción o un contrapunto a la autorrepresentación, a la imagen que Cambó dejó en sus *Memorias* y *Meditacions* y, sobre todo, a las limitaciones y la falta de espíritu crítico de muchas de las biografías. Es un contrapunto erigido a partir de la documentación hallada en diferentes archivos públicos y privados de Europa y América. También se ha indagado en las opiniones de sus contemporáneos y se han encontrado escritos poco conocidos del propio Cambó. Algunos de esos textos reflejan el

carácter íntimo de su correspondencia privada con amigos y compañeros, así que hacen gala de una viveza, una sinceridad y una credibilidad muy superiores a las versiones reconstruidas *a posteriori*.

Estoy convencido de que, dada su alta capacidad comunicativa, la biografía es un camino útil para acercarse a los personajes históricos destacados y conocer mejor su tiempo. Es interesante descubrir la personalidad real de los grandes protagonistas de la historia, pues a partir del individuo se puede reconstruir y comprender mejor su mundo. La biografía es una buena vía para saber cómo funcionan las relaciones políticas y entender las sociedades. Si un individuo es representante y adalid de los valores e intereses de un grupo social y un colectivo nacional, sus hechos nos ilustran sobre la situación y los problemas de dicho grupo y colectivo.

En el caso de Cambó, el punto de partida es muy claro: la política fue su dedicación principal, hasta el punto de convertirse en una auténtica pasión. Y a la acción política lo subordinó todo: los escritos, las actividades de mecenazgo, los negocios y hasta su vida privada. Por lo tanto, repasamos sus actividades, proyectos y ambiciones, con especial hincapié en las contradicciones y en el significado de su notorio tacticismo; es decir, sus frecuentes zigzagueos. Valoramos la relevancia de sus escritos políticos y económicos, que tuvieron una gran influencia y mucho impacto en su tiempo. No cabe duda de que fue el político español más moderno y mejor informado de la época, ya que se rodeó de un buen equipo de asesores y colaboradores en su Servicio de Estudios Políticos y Económicos.

También tratamos las múltiples facetas de este personaje tan singular: fue el gran mecenas de la alta cultura catalana, quien llevó adelante los proyectos más ambiciosos y quien, en poco más de diez años, construyó una excepcional colección de cuadros que generosamente donó a los museos de Barcelona y Madrid. Poco se sabe del origen de su fortuna, amasada al presidir una de las empresas más grandes y corruptas de Latinoamérica. Como presidente de la CHADE, una de las compañías eléctricas más importantes del mundo y la mayor inversión española en el extranjero durante la primera mitad del siglo XX, Cambó pudo no solo enriquecerse, sino también entablar vínculos con destacados políticos y hombres de negocios de Europa y América. Ningún político español de su época tuvo una proyección internacional tan destacada dentro del mundo financiero y

empresarial.

Por otra parte, su condición de millonario le permitió vivir muy bien, disponer de residencias muy confortables y espléndidamente decoradas y satisfacer otra de sus grandes pasiones: viajar y conocer todo tipo de países y culturas. Sus excepcionales cruceros por el Mediterráneo en el yate *Catalònia* son ya pura leyenda. Francesc Cambó supo disfrutar de la vida como muy pocos hombres de su tiempo. Y, por supuesto, hablamos también de su vida privada, que en algunos aspectos infringió las normas sociales que regían la moral burguesa y católica de los círculos por los que se movía. Un estudio biográfico riguroso no debe separar lo público de lo privado, como si una cosa no estuviera intrínsecamente ligada a la otra.

Este libro está estructurado de la siguiente forma. Los siete primeros capítulos siguen cronológicamente la vida política de Cambó. En cambio, los tres últimos abordan su figura más allá de la política: el hombre de negocios con proyectos y relaciones internacionales, el intelectual enamorado de los autores y de la cultura clásica, el coleccionista de pintura, el mecenas que quiso dar prestigio a la cultura de su país, el *bon vivant* que se rodeó de gente influyente y de bellas damas. En resumen, las otras pasiones de Francesc Cambó, como se suele decir. Sin estas pinceladas, su biografía quedaría coja y no se entendería su compleja personalidad, poliédrica y contradictoria. Tratando estos temas por separado, logramos profundizar mucho más en el carácter de Cambó y ofrecer una visión más unitaria y global.

Estoy en deuda con muchos amigos y compañeros que durante tres décadas me han ayudado facilitando documentación, dándome pistas, aconsejándome y haciendo sugerencias. Son muchísimos y, por desgracia, algunos de ellos ya han fallecido. Siguiendo una especie de orden cronológico, quisiera recordar y agradecer la ayuda de Manuel Jorba, Arnau González Vilalta, Manuel Llanas, Jordi Maluquer de Motes, Carles Sudrià, Francesc Vilanova, Josep Massot, Hilari Raguer, Laura Rossi de Basté, Rafael Alcalde, Alicia Alted, Joan B. Culla, Enric Ucelay Da Cal, Josep Fontana, Maria Josepa Gallofré, Josep M. Huertas, Paul Preston, Antoni Castells, Joan Lloch, Jacint Ros Hombravella, Alfons Almendros, Josep Varela, Glòria Soler, Dolors Genovés, Inés Vandellós, Immaculada Socias, Lluís Permanyer y Jordi Nadal. Tampoco puedo olvidarme de mis amigos y colegas argentinos

Luis Osvaldo Cortese, Claudio Bellini, Gabriela Dalla Corte, Hilda Sábato, Luis Alberto Romero, Luciano de Privitellio, Raanan Rein, Josep M. y Antoni Casabó Suqué y Francesc Bausili.

Por último, quiero expresar mi especial agradecimiento a Carlota Torrents y Pilar Beltran por su gran ayuda a la hora de leer el texto original de este libro y hacerme sugerencias, a cual más sensata. Su ayuda ha sido francamente inestimable.

Y, como es mi obligación, hago constar que la responsabilidad por todo lo aparecido en esta obra es solo mía, y no de quienes han aportado gentilmente documentación o han hecho comentarios amables al original.

Borja de Riquer Permanyer
Barcelona, septiembre de 2022

Primera parte
EL POLÍTICO

Capítulo 1

LA FORJA DE UN POLÍTICO NUEVO

El catalanismo en tiempos de Cambó

Francesc Cambó se inició en la vida política en la última década del siglo XIX, en el momento en que confluyeron la gran crisis española motivada por el desastre colonial de 1898 y la maduración y expansión del catalanismo político. Fueron años de erosión y desprestigio del régimen político de la Restauración creado en 1875, y también del inicio de la crisis de los dos grandes partidos monárquicos españoles, que se vieron privados de sus principales líderes, Cánovas y Sagasta. Aquel sistema político era cada vez más criticado en Cataluña, incluso por los sectores acomodados y empresariales, debido a su ineficacia administrativa, al amiguismo y la corrupción que imperaban y a la acusada centralización administrativa.

Fue decisiva la aparición de una nueva generación de jóvenes catalanistas, intelectualmente bien preparados, puesto que la mayoría eran universitarios —abogados, médicos, arquitectos, ingenieros, etc.—, para que se produjera un cambio político. Se trataba, sin duda, de una selecta minoría, ya que entonces tan solo el 0,5 % de los jóvenes nacidos cada año acudían a la universidad. No obstante, esta minoría supo aprovechar la oportunidad política de la crisis española para convertir la causa catalanista de aspiración idealista y minoritaria en un movimiento relevante, socialmente extendido y con capacidad de conseguir éxitos electorales y políticos.

El historiador Jaume Vicens Vives sostenía que el catalanismo de entonces era sobre todo «la culminación de un estado de ánimo»,[1] el resultado de una insatisfacción y de la reacción contra una situación que se consideraba políticamente inaceptable. Sin embargo, era

también fruto de la convicción, sin duda bastante optimista, que tenían algunos de que si los catalanes pudieran gobernarse a sí mismos lo harían mejor que los políticos y funcionarios españoles. Los jóvenes catalanistas de la generación de Francesc Cambó consideraban que el estado español en su conjunto estaba estructurado de forma arcaica, era poco moderno y precario y se gestionaba de forma ineficaz y con un descarado predominio de la corrupción.

Dentro del movimiento catalanista se observan diferencias notables respecto a la táctica política que se debía seguir y a los objetivos finales. No obstante, había un consenso muy amplio en considerar que todavía eran una minoría dentro de Cataluña y que la prioridad era la de ampliar su influencia social y cultural. Había que empezar por convencer a los catalanes de lo que eran y de que tenían derecho a gobernarse, es decir, en primer lugar era necesario «nacionalizar» el país. Para ello era fundamental la propaganda escrita y oral, así como el activismo cultural y político. Ante todo había que ganar adeptos. Las principales divergencias entre los catalanistas consistían en cuándo y cómo dar el salto a la acción política directa; en cuándo y cómo había que pasar de hacer tan solo propaganda y de denunciar las políticas anticatalanas del gobierno de Madrid, es decir, de la simple denuncia defensiva, a la acción política más ofensiva divulgando su proyecto alternativo y concretando las principales reivindicaciones.

Así pues, a principios de la década de 1890, algunos sectores del catalanismo se percataron de que no bastaba con criticar y denunciar los males del centralismo y de la españolización forzosa ni con hacer victimismo. Para cambiar realmente las cosas había que hacer política y actuar con objetivos claros. Y puesto que no eran revolucionarios, ya que no estaban dispuestos a utilizar métodos violentos, la única táctica posible era conseguir influencia social, gozar de mayor peso en el país y controlar algunos espacios de poder, aunque fueran pequeños, desde las entidades culturales y económicas hasta los ayuntamientos. El objetivo fundamental era evidente: el catalanismo tenía que ser un movimiento fuerte e influyente, porque solo así se escucharía en Madrid. Solo si eran políticamente fuertes y representaban a una buena parte de los catalanes, podrían negociar con el gobierno español y conseguir la deseada autonomía.

Debemos situar al primer Francesc Cambó precisamente en esta

coyuntura. Fue un estudiante universitario inquieto, que a mediados de la década de 1890 empezó a actuar en el Centro Escolar Catalanista de Barcelona. Un joven que con menos de veinte años ya escribía artículos en la prensa catalanista y daba los primeros mítines. Este aprendizaje como activista sería decisivo porque le proporcionaría seguridad y, tras la crisis de 1898, le permitiría gozar de cierto protagonismo político. En primer lugar, cuando se convirtió en el concejal más joven del Ayuntamiento de Barcelona ya en 1901. Y tres años después, cuando provocó la crisis política interna que transformó su partido, la Lliga Regionalista, en una opción «conservadora y de orden», como él mismo deseaba y proclamaba. No obstante, la gran relevancia de Cambó se producirá a partir del año 1907, cuando irrumpa en la vida política española como diputado y uno de los máximos dirigentes de Solidaritat Catalana.

De Verges y Besalú a Barcelona

Francesc Cambó i Batlle formaba parte de la generación catalana finisecular, denominada después la del año 1901, constituida básicamente por los nacidos entre 1866 y 1880. Se trata de una quinta integrada por políticos e intelectuales catalanistas tan destacados como Ildefons Sunyol —nacido en 1866—; Manuel Folguera y Duran, Josep Puig i Cadafalch y Jaume Carner —nacidos en 1867—; Pompeu Fabra —en 1868—; Enric Prat de la Riba, Pere Muntañola y Lluís Duran i Ventosa —nacidos en 1870—; Jaume Maspons i Camarasa y Rafael Patxot —en 1872—; Francesc Cambó —en 1876—; Jaume Serra Húnter —en 1878—, y Joan Ventosa i Calvell, Josep Pijoan y August Pi i Sunyer —en 1879.

Algunos de ellos —Puig, Carner, Prat, Maspons, Patxot o Cambó, entre los más jóvenes, y Josep Pella i Forgas o Narcís Verdaguer, entre los mayores— no eran de Barcelona, sino que habían nacido en pequeñas poblaciones alejadas de la capital catalana. Eran hijos de propietarios rurales o de comerciantes, que habían ido a Barcelona a estudiar en la universidad y que finalmente decidieron quedarse a vivir en la ciudad condal. Por esta razón, en la ideología del primer Cambó hay muchos elementos del conservadurismo tradicional y católico propio de la zona de Besalú y la Garrocha, junto con muestras

del ideario más abierto y liberal de una villa ampurdanesa como Verges.

Cambó será, pues, un joven activista nacido en la Cataluña rural, que se politizará en el mundo urbano. En Barcelona entrará en contacto con una sociedad muy diferente de la del Ampurdán y de la Garrocha. Allí conocerá el mundo y los problemas de la gran y mediana industria, del comercio, de los profesionales liberales y también de los obreros, y se dará cuenta de la importancia política de los intereses económicos para la causa catalanista. Comprenderá que aunque Cataluña era el motor económico de España, estaba notablemente desprotegida porque carecía de influencia en la política española. Se dará cuenta de la relevancia del hecho diferencial de carácter económico, sobre todo del industrial, junto con lo que significaba también la defensa de la legislación propia, de la lengua y de la cultura catalanas.

Los jóvenes catalanistas de la generación de Cambó no tardaron en ser conscientes de que formaban parte de una generación llamada a abrir nuevos espacios en la vida catalana, algo que provocaría un importante cambio político. Serán los primeros en organizar, entre los años 1895 y 1897, el asalto al control de las principales corporaciones culturales y profesionales de Barcelona. Este activismo ciudadano, bastante hábil y exitoso, se convertirá en el prólogo de la actuación política intervencionista posterior al desastre español de 1898. Ellos serán los principales promotores de la gran movilización ciudadana barcelonesa de 1899 (el Cierre de Cajas) y los más fervientes defensores de la opción de intervenir directamente en la vida política. Pero sobre todo, serán los principales organizadores de la gran victoria electoral de la candidatura de los «cuatro presidentes» en la ciudad de Barcelona en las elecciones generales de abril de 1901. Este triunfo derivaría en la creación de una formación política que revolucionó el mundo del catalanismo: la Lliga Regionalista.

En un inicio, el destino de Francesc d'Assís Cambó i Batlle no iba por aquellos derroteros. Él no tenía que ser uno de esos jóvenes de la Cataluña rural que después de estudiar en la universidad se quedaban en Barcelona para dedicarse al ejercicio profesional y a hacer política. No, sus padres querían que se dedicase a gestionar el patrimonio familiar de Besalú y de Verges y que, como mucho, ejerciera también de farmacéutico en Gerona o de notario en Besalú. Había nacido el 2

de septiembre de 1876 en la villa ampurdanesa de Verges, el pueblo de su madre, Josepa Batlle i Segur (1845-1926), pese a que los Cambó eran propietarios acomodados de Besalú, en la Garrocha. Su bisabuelo paterno, Francesc Cambó i Puig, era un conocido hacendado que había militado en el carlismo, y uno de sus hijos, Miquel Cambó de Gayolà, llegó incluso a oficial y estuvo a las órdenes del general Savalls en una partida que actuó por la Garrocha en la tercera guerra (1872-1875). La ideología tradicionalista estaba tan arraigada en aquella familia que su abuelo, Ramón Cambó de Gayolà (1816-1878), que era el primogénito, fue desheredado por tener ideas de sesgo liberal y por casarse con Modesta de Traver i de Ros, considerada de condición social inferior. Aun así, su padre, Miquel Cambó i de Traver (1843-1903), pudo prosperar y convertirse en un hombre relativamente rico, puesto que además de ser propietario de tierras y casas en Besalú, también ejercía de comerciante y consiguió el arrendamiento del monopolio de la sal del distrito judicial de Olot. Miquel Cambó era un hombre de ideas conservadoras, aunque no afín al carlismo, y en Besalú se le consideraba el representante del «canovismo» —del partido conservador de Cánovas del Castillo—, dado que era un buen amigo del político y empresario Pere Bosch i Labrús. Por otro lado, los Batlle, la familia de su madre, si bien residían en Verges, procedían del Mas Batlle del Puig, cerca de San Feliu de Boada y de Palau Sator, en el Ampurdán.

Francesc Cambó, pese a ser el tercer hijo del matrimonio, pronto se convirtió en el heredero debido a la muerte de sus dos hermanos mayores, Ramón y Josep, cuando eran niños. La mortalidad infantil de la familia Cambó fue muy alta: de los ocho hermanos que eran, solo él, Francesc, llegó a los veinticinco años. Dos hermanos, más pequeños, Modest y Narcís, murieron muy jóvenes, mientras que ninguna de sus tres hermanas, Pilar, Dolors y Cristina, llegó a cumplir los veinticinco. Durante su infancia, Francesc pasó mucho más tiempo en Besalú, en can Cambó, acompañando a su abuela Modesta de Traver, que en Verges, donde vivían sus padres y hermanos. Finalmente, en el año 1884, toda la familia se trasladó a la gran casa de Besalú. En aquellos tiempos, ni la electricidad ni el gas habían llegado a Besalú ni a Verges. Sus primeras lecturas infantiles, desde Julio Verne hasta las *Memorias de ultratumba*, de Chateaubriand, las realizó a la luz de lámparas de aceite, primero, y después, de quinqués

de petróleo. No conoció la electricidad, aquella nueva energía que revolucionaría el mundo y que tanto le beneficiaría económicamente, hasta el verano de 1888, cuando visitó por primera vez, a los once años, la ciudad de Barcelona con motivo de la Exposición Universal.

Francesc cursó una parte del bachillerato en el instituto de Figueras, donde ya dio muestras de gran afición por las asignaturas de historia, latín, retórica y literatura, y entabló amistad con un compañero de curso, Pere Rahola i Molinas, de una conocida familia de Rosas, que también militaría en la Lliga Regionalista y acabaría siendo concejal, diputado, senador y ministro de Marina (1935). Estudió los dos últimos cursos de bachillerato en el instituto de Gerona, donde se instaló en un piso pequeño con su hermano Modest, que iba para seminarista, pero que murió en el año 1899. En Gerona, para familiarizarse con la profesión que le reservaba su padre, Francesc Cambó compaginó los estudios de bachillerato con el trabajo de aprendiz en la Droguería Pérez Xifra, una farmacia propiedad de Josep María Pérez Xifra, en la calle Abeuradors número 2, donde hoy una placa lo recuerda. Por aquel entonces, Pérez Xifra era una personalidad destacada en la vida local gerundense y un gran animador de tertulias.[2]Se le consideraba un político independiente cercano al partido liberal de Sagasta. Fue justo entonces, en Gerona, donde Cambó recibió las primeras informaciones sobre la existencia del catalanismo político. Oyó hablar por primera vez de la Unió Catalanista y de las Bases de Manresa, que se habían elaborado en 1892, y en Gerona leyó con entusiasmo el discurso pronunciado por Àngel Guimerà como presidente de los Juegos Florales de Barcelona en 1889. Empezó entonces a catalanizarse y a firmar Francesc, no Francisco, e incluso se hizo imprimir unas tarjetas con su nombre en catalán.

En septiembre de 1892, gracias a la influencia de su madre, Francesc Cambó consiguió que su padre le permitiese cursar unos estudios universitarios diferentes de los de farmacia: quería estudiar Derecho y también Filosofía y Letras. La madre presionó al padre con el argumento de que si estudiaba derecho podría llegar a ser notario en el mismo Besalú. Así pues, con dieciséis años recién cumplidos se marchó a Barcelona, donde vivió durante el primer curso en casa de un tío paterno, Francesc Cambó de Traver, y después se trasladó a una modesta pensión en la calle Riera Alta. Como la mensualidad que le

pasaba su padre era reducida y quería tener más disponibilidad, consiguió ganar quince duros mensuales trabajando de acompañante de niños y de profesor sustituto en el Colegio Peninsular, en la calle Basea, cerca de Santa María del Mar. Agustí Calvet, «Gaziel», que lo conoció entonces, lo describe como «un muchacho adusto, medio atolondrado, de una delgadez extrema y un genio de mil diablos ... hablaba con el "ut", igual que la gente del Alto Ampurdán».[3]Muchos años después, en un discurso en el Congreso de los Diputados, Cambó recordaría que al principio tenía que rendir cuentas a su padre de todos los gastos, pero que pronto consiguió emanciparse: «Gasté menos y empecé a ganarme la vida, hasta que no tuve que acudir más a él».[4]

Cambó se matriculó en la Universidad de Barcelona en Derecho y en Filosofía y Letras, carrera que terminó primero, en junio de 1896, mientras que en Derecho se licenció un año después, en junio de 1897. Sus expedientes académicos no son muy brillantes. Él mismo reconoce que su dedicación apasionada al activismo político por aquel entonces fue en detrimento de sus estudios. Su mejor nota en Filosofía y Letras fue un sobresaliente en Literatura Griega y Latina, mientras que en Derecho sacó sobresaliente en tres materias: Derecho Político y Administrativo, Elementos de Hacienda Pública, y Economía Política y Estadística. De sus años de estudiante universitario guardó buen recuerdo de pocos profesores: de Josep Balarí i Jubany, de Griego, en la Facultad de Filosofía y Letras; y del viejo Manuel Duran i Bas, de Joan Josep Permanyer y de Joan de Deu Trías i Giró, que daban clases de Derecho Mercantil, Civil e Internacional, respectivamente, en la Facultad de Derecho. Al parecer no hizo demasiadas amistades entre sus compañeros de curso. En sus escritos memorialistas solo recuerda a Manuel de Montoliu y a Gabriel Alomar, en Filosofía y Letras, y a Cebrià de Montoliu, hermano de Manuel, en Derecho. En esta facultad se licenció en junio de 1897 con un ejercicio sobre la sucesión intestada de los ascendentes según los diferentes sistemas jurídicos territoriales españoles, pero solo consiguió un aprobado. En aquel entonces era una temática muy actual, ya que bullía la polémica sobre la reforma del código civil y sobre el mantenimiento de las legislaciones civiles en los territorios históricos, como en el caso del catalán.

Mientras estudiaba en Barcelona, por consejo de su padre, Francesc Cambó se inscribió en el Círculo Conservador Liberal, que todavía presidía el viejo jurista Manuel Duran i Bas, y cuya sede estaba en la rambla de Santa Mónica. En esta decisión seguramente influiría también el hecho de que su padre fuera un buen amigo de Pere Bosch i Labrús, destacado político proteccionista y de esta entidad, que también era hijo de Besalú.

De las posibles influencias políticas que tuvo el joven Cambó en aquellos años se ha señalado siempre que la de Narcís Verdaguer i Callís fue sin duda la más decisiva, pero no se ha hablado demasiado de la que podría proceder de Pere Bosch i Labrús. Este último, que, como ya hemos dicho, tenía buenas relaciones personales y comerciales con Miquel Cambó de Traver, era entonces un destacado y activo dirigente empresarial catalán, había presidido el Fomento de la Producción Nacional y había sido diputado en diversas ocasiones. En aquellos momentos era el líder proteccionista catalán más conocido y un diputado veterano con mucha experiencia política y buenos conocimientos de cómo funcionaban las relaciones políticas y económicas entre los gobiernos de Madrid y los empresarios catalanes. El Pere Bosch i Labrús que conoció Francesc Cambó durante los domingos que le invitaba a comer a su casa de Barcelona, sin duda debió de influir en él. Pese a la gran diferencia de edad, no cabe duda de que el joven estudiante catalanista aprendió mucho durante las largas sobremesas de los domingos.

La relación de Francesc Cambó con la familia Bosch-Labrús continuaría e incluso se estrecharía con Leticia Bosch-Labrús i Blat (1890-1981), hija de Pere, a la que había conocido ya de pequeña en Barcelona. Leticia se casaría en 1912 con Fernando Sebastián de Borbón y Maidan, duque de Dúrcal, un noble emparentado con el rey Alfonso XIII, y se convertiría en dama de la reina Victoria Eugenia, circunstancia que facilitaría sobremanera los contactos personales y discretos entre el monarca español y Cambó, como veremos más adelante. La amistad con Leticia Bosch-Labrús y su hermano Pere, que militaría en la Lliga Regionalista, fue larga y se prolongó durante la posguerra.

Francesc Cambó confiesa en sus recuerdos que se pasó muchas

horas leyendo en la biblioteca del Círculo Conservador Liberal, bien dotada de prensa y de libros, pese a que la vida interna en aquel local tenía escaso interés porque todo aquello estaba políticamente muerto. Efectivamente, aquel era el momento de recuperación del movimiento catalanista en Barcelona y de clara decadencia del dinamismo conservador. No deja de ser significativo que en sus *Memorias*, escritas al final de su vida, Cambó señale que pese a ser tan joven se identificaba con el pensamiento conservador. Escribe que entonces ya coincidía con «la ideología conservadora de Cánovas, con su sentido de la autoridad y jerarquía», que «me parecía la forma única del buen gobierno».[5]De todas formas, también confiesa que se sentía un ferviente catalanista y por ello tenía que compaginar el hecho de ser un amante del orden y un romántico, de ser al mismo tiempo «gubernamental» y «revolucionario». Creo que presentar esta dualidad ideológica ya asentada en un joven de dieciocho años no deja de ser una visión retrospectiva quizá un poco excesiva.

El primer contacto de Francesc Cambó con el catalanismo político llegó por la vía más habitual: mediante el conocimiento de compañeros que militaban en este movimiento. Él mismo explica que en mayo de 1893, cuando todavía no había cumplido los diecisiete años, asistió a una conferencia del político galleguista Alfredo Brañas, catedrático de la Universidad de Santiago, que le impresionó mucho y donde conoció a un chico de Granollers, Jaume Maspons i Camarasa, cuatro años mayor que él y también estudiante de Derecho, que lo invitó a visitar al día siguiente el Centro Escolar Catalanista. Esta entidad la había creado Narcís Verdaguer i Callís en 1886 como rama de la Lliga de Catalunya. De esta entidad saldrían los propagandistas más activos del catalanismo de finales del siglo XIX.

El movimiento catalanista vivía entonces un gran debate sobre la táctica política que se debía seguir que provocaba apasionadas disputas entre el sector más tradicional, cultural y apolítico, representado por los dirigentes de la Lliga de Catalunya y por el periódico *La Renaixensa*, y los partidarios de potenciar la intervención en la política y de adoptar compromisos ante problemas concretos, que eran principalmente los jóvenes del Centro Escolar Catalanista y también la posición de la revista *La Veu de Catalunya*, creada en 1891 por Narcís Verdaguer i Callís.

Así pues, en mayo de 1893 y de la mano de Jaume Maspons i

Camarasa, que meses después sería elegido presidente del Centro Escolar Catalanista, Francesc Cambó se afilió a esta entidad, que tenía la sede en el mismo lugar que la Lliga de Catalunya, un piso espacioso en la calle Portaferrissa. Por aquel entonces, el Centro Escolar estaba organizado en cuatro secciones: la de Derecho y Filosofía y Letras, la de Medicina, la de Ciencias y la de Farmacia; Cambó, lógicamente, se inscribió en la sección de Derecho y Filosofía, que entonces estaba presidida por Maspons. Allí fue donde Cambó conoció a muchos de los que serían sus principales compañeros políticos, e incluso grandes amigos: Narcís Verdaguer i Callís, Josep Puig i Cadafalch, Enric Prat de la Riba, Lluís Duran i Ventosa, Pere Muntanyola o Josep Pijoan.

Como ya hemos mencionado, Francesc Cambó se afilió al Centro Escolar en mayo de 1893 y pronto destacó como uno de los socios más activos e inquietos. Enseguida empezó a destacar por las intervenciones en los debates y se convirtió en un lector entusiasta de la prensa catalanista, especialmente del único periódico existente en catalán, *La Renaixensa*, y del semanario *La Veu de Catalunya*. En octubre de 1894 fue elegido secretario de la sección de Derecho y Filosofía, cargo que lo convertía en miembro del Consejo General del Centro. Aquella sección era importante puesto que entonces estaba integrada por unos sesenta miembros. Un año después, en octubre de 1895, con diecinueve años, Cambó tuvo ya el atrevimiento de presentarse como candidato a la presidencia de la comisión ejecutiva del Centro Escolar y, al ser el único candidato, resultó elegido.

El discurso que pronunció como presidente del Centro Escolar, en octubre de 1895, el primero que haría en su vida, no se conserva entero, pero al parecer causó un gran efecto, ya que recibió los elogios de Verdaguer i Callís en un artículo publicado en *La Veu de Catalunya*. Fue un parlamento manifiestamente regeneracionista en el que señaló con claridad «los males» de la situación política del momento para después proponer «los remedios» que habría que utilizar. Los primeros eran la existencia de un régimen político centralista, ineficaz y corrupto que había desembocado en un prolongado distanciamiento entre el pueblo catalán y España. Los remedios hacían hincapié en la potenciación de la acción ciudadana para que los catalanes tomasen conciencia de que su país, el más dinámico del Estado, tenía que recuperar el liderazgo que le correspondía. Había que revitalizar la vida social y cultural para que los catalanes se movilizasen contra

aquella situación. No obstante, tenía dudas sobre los medios políticos que había que utilizar, ya que el sufragio universal estaba «prostituido». En cuanto a las tareas pendientes, no concretaba demasiado su propuesta, algo relativamente lógico si tenemos en cuenta que tenía solo veinte años y que su formación política era precaria. Habló de la necesidad de estructurar mejor el movimiento catalanista como vehículo principal de los cambios que había que imponer, pero no reflexionaba demasiado acerca del tipo de autonomía que necesitaría el país. Es significativo que en este discurso Cambó no hable de las Bases de Manresa, aunque tampoco concreta el papel de Cataluña dentro de la necesaria regeneración española. No obstante, tenía una idea muy clara que expuso al final de su parlamento: si los catalanistas continuaban, como hasta entonces, inhibiéndose de la acción política, todo aquello no conduciría a nada. Era preciso, por consiguiente, actuar de forma más determinante en las diferentes instancias de la sociedad. El joven Cambó, pese a las imprecisiones de su discurso, empezaba a tener las ideas claras sobre el papel político que los catalanistas tenían que desempeñar en aquellos momentos.

Durante su mandato como presidente del Centro Escolar, Francesc Cambó organizó un ciclo de conferencias sobre la situación política del momento —había empezado la última guerra de Cuba— e invitó a los últimos presidentes del Centro a que participasen: a Verdaguer i Callís, Puig i Cadafalch, Prat de la Riba y Maspons. Le costó mucho convencer a Prat para que fuese a hablar al Centro, porque estaba dolido por las críticas que había recibido por su poco afortunada gestión económica mientras fue presidente.[6]A la postre, Cambó consiguió que Prat participase y que de nuevo tuviese gran influencia sobre los miembros del Centro. El Prat de la Riba que entonces conoció Cambó era un hombre reservado y de trato difícil, «un hombre de pasiones», nos dice el propio Cambó. Era un político que en aquellos momentos mantenía algunas discrepancias con Verdaguer, a quien Cambó se sentía muy unido. De hecho, Francesc Cambó nunca llegó a tener con Enric Prat de la Riba la identificación, confianza y amistad sincera que tuvo con Narcís Verdaguer.

Su activismo político casi febril, no siempre comprendido por sus compañeros, y un cierto autoritarismo en la forma de dirigir el Centro Escolar crearon un ambiente reticente hacia Cambó. Tuvo que

enfrentarse a una especie de conspiración, en forma de voto de censura contra la Junta General que presidía, encabezada por un activo estudiante de arquitectura, Josep Pijoan, que representaba los intereses de los socios «barceloneses» frente a los «forasteros» representados por Cambó. Ganó Cambó y, a pesar de que la campaña contra él había sido tensa, acabó estableciendo una larga y sincera amistad con Josep Pijoan. No obstante, sus procedimientos harto expeditivos y autoritarios empezaban a despertar reticencias. Sin haber cumplido todavía los veinte años, Cambó se convirtió básicamente en un activista, un hombre que concedía especial importancia al proselitismo. Durante aquellos años priorizó asistir y pronunciar conferencias y charlas a la asistencia a las clases universitarias. Realizaba constantes desplazamientos en tren o en tartana a pueblos de diferentes comarcas, sobre todo del Penedés, Vallés y Maresme, además, lógicamente, de la Garrocha y el Ampurdán, y a casi todas las barriadas de Barcelona. Empezaba a despuntar la audacia política que le acompañaría a lo largo de más de dos décadas. Cada vez se sentía más seguro de sí mismo, una característica que mantendría hasta su muerte. Aun así, era consciente de sus notables déficits en cultura política e intentó subsanarlos con lecturas de todo tipo y con la asistencia, por las noches después de cenar, inicialmente como simple oyente, a la tertulia de la «peña de los sabios» de la Lliga de Catalunya.

En el curso 1896-1897, cuando estaba finalizando los estudios de Derecho, Cambó pasó a ser vicepresidente primero del Centro Escolar y, como ya veremos, también participó en la Asamblea de la Unió Catalanista de Gerona en el año 1897, en el seno de la delegación gerundense. Muchos jóvenes del Centro Escolar colaboraban también en el semanario dirigido por Narcís Verdaguer, *La Veu de Catalunya*, y en la revista *Les Quatre Barres* de Vilafranca del Penedés, la primera publicación que utilizó el subtítulo «nacionalista». En gran parte de sus artículos, estos jóvenes hacían propuestas de acción claramente políticas, criticaban la pasividad de la Lliga de Catalunya y de la Unió Catalanista y pedían la creación de una cátedra de Derecho Catalán en la Universidad de Barcelona.

A partir del año 1895, desde el Centro Escolar, siendo Cambó presidente, se les propuso a diferentes personalidades y organizaciones catalanistas que intentasen ocupar legalmente la junta directiva de las

principales entidades de Barcelona, empezando por el Ateneu Barcelonés, sin duda la asociación cultural más importante y con más socios de la ciudad. Según Prat de la Riba había que reunir a todos los que luchaban por «la nacionalización cultural de Cataluña». Consiguieron ganar las elecciones presentando una candidatura con el dramaturgo Àngel Guimerà como presidente y el poeta Joan Maragall como secretario. El discurso de toma de posesión de Guimerà, pronunciado en catalán el 30 de noviembre de 1895 y que causó tanto revuelo, se convirtió en un hito emblemático del activismo de los catalanistas. A partir de aquel momento, esta alianza amplia de catalanistas controlaría la Junta del Ateneu y convertiría esta entidad en la principal plataforma legal de su propaganda en Barcelona. Las sucesivas candidaturas a la Junta del Ateneu organizadas por los catalanistas las encabezarían siempre personalidades muy representativas del movimiento.[7]

Se dieron entonces los pasos más decisivos hacia la catalanización y politización del Ateneu Barcelonés, gracias a una reforma de los estatutos y a la organización de un ciclo de conferencias iniciado en el curso 1896-1897, que supuso un desfile de las personalidades más relevantes del catalanismo político y cultural.[8]Estas conferencias gozaron de un gran éxito de público y propiciaron el ingreso en el Ateneu de 122 nuevos socios, jóvenes en su mayoría. Los activistas del Centro siempre reclamaron su protagonismo en este proceso de politización de la lucha cultural y corporativa barcelonesa: «Maragall vino después de nosotros y cantó en sus artículos nuestro catalanismo», escribió Prat de la Riba en 1904.[9]

De la guerra de Cuba al «desastre» del 98

El nuevo conflicto colonial, iniciado en Cuba en febrero de 1895, y su desastroso desenlace para el régimen político español tres años después, será una circunstancia esencial para el catalanismo, puesto que dejará de ser un movimiento relativamente marginal y minoritario para convertirse en el principal beneficiario del descontento de la ciudadanía catalana que estalló en los años 1899-1901.

La prensa catalanista criticaba mucho la política colonial

española y el régimen de la Restauración porque consideraba que su administración corrupta y expoliadora era la principal responsable del surgimiento del movimiento independentista cubano. De todas formas, los catalanistas eran prudentes en cuanto a la causa cubana y nunca defendieron explícitamente el derecho a la independencia de la isla. Cuando estalló la tercera rebelión cubana, el periódico *La Renaixensa* manifestó una actitud crítica, e incluso sarcástica, con el gobierno español, pero se trataba de una actitud más antimilitarista que anticolonialista. Censuraban, sobre todo, el envío masivo de tropas a Cuba y la mala organización militar y política de aquella colonia. El semanario *La Veu de Catalunya*, dirigido por el más pragmático Narcís Verdaguer i Callís, era más moderado en las censuras políticas, aunque también mantenía una posición crítica respecto a la guerra. Todos los catalanistas sabían que las principales organizaciones empresariales catalanas, empezando por el Foment del Treball Nacional, defendían encarnizadamente la españolidad de Cuba y consideraban que aquella colonia era un territorio español irrenunciable. Por esta razón, la prensa catalanista adoptará una actitud expectante y seguirá el curso de los acontecimientos sin hacer demasiadas declaraciones públicas. Esto explica que no hubiera ningún comunicado oficial de la Unió Catalanista sobre la guerra colonial durante los dos primeros años del conflicto. Solo en noviembre de 1897 envió la Junta Directiva de la Unió Catalanista un telegrama de felicitación a la reina regente por la concesión de autonomía a la isla de Cuba, pese a considerar que dicha concesión llegaba demasiado tarde.

Francesc Cambó sostiene en sus *Memorias* que, en una reunión de la Unió Catalanista, a finales de 1897, a la que asistía como delegado del Centro Escolar, planteó la posibilidad de hacer una declaración política a favor de la autonomía cubana y que incluso se defendiese la posibilidad de la independencia de la isla, siempre y cuando fuese acompañada de un tratado comercial con España.[10]Sin embargo, dice que no tuvo ningún apoyo y que le respondieron que aquella propuesta, además de impopular, era temeraria, porque provocaría una acción represiva por parte del gobierno de Madrid. En cualquier caso, creo que aquello debió de ser un comentario informal y nunca una propuesta política seria, dado que por aquel entonces no era más que un estudiante de veinte años sin ninguna influencia dentro de la Unió Catalanista. Por otro lado, no hay ningún artículo escrito por

Cambó con estas propuestas en *La Veu de Catalunya*, publicación en la que colaboraba habitualmente desde hacía un año. Además, Cambó sabía perfectamente que Verdaguer i Callís, que estaba vinculado profesionalmente al Foment del Treball Nacional, no toleraría en su revista ningún artículo a favor de la independencia cubana, ni vería con buenos ojos una declaración de la Unió Catalanista en este sentido.

Quien sí escribía, y mucho, sobre esta cuestión era Lluís Duran i Ventosa, tanto en *La Renaixensa* como en *La Veu*. No obstante, Duran defendía básicamente la tesis de que la intransigencia española respecto a los cubanos había provocado la guerra y de que la isla tenía derecho a la autonomía política, pero nunca a la independencia. Cuando en noviembre de 1897 el gobierno español anunció finalmente que concedería la autonomía a Cuba, el Centro Escolar Catalanista manifestó su acuerdo, pero añadió que quizá era demasiado tarde. Asimismo fue significativo el silencio inicial de la prensa catalanista ante la guerra contra Estados Unidos, ya entrado el año 1898. No apareció ningún comunicado oficial de la Unió Catalanista sobre el conflicto hasta después de la derrota naval de Cavite, en Filipinas.

La primera manifestación política en la que participó el joven Francesc Cambó tuvo lugar el 6 de marzo de 1896, cuando se entregó al cónsul de Grecia en Barcelona el *Mensaje a S. M. Jorge I, rey de los helenos*, redactado por Antoni Rubió i Lluch. Esta iniciativa de la Unió Catalanista contaba con el respaldo de otras 45 entidades políticas y culturales y publicaciones catalanistas, entre ellas el Centro Escolar. Se trataba de expresar públicamente la solidaridad con los griegos de la isla de Creta reprimidos con violencia por las tropas turcas. Ante la escasa repercusión de un primer manifiesto de denuncia de la represión turca en Creta, que solo publicó la prensa catalanista, la Unió Catalanista decidió llevar a cabo un acto más espectacular: convocar una manifestación ciudadana frente al consulado griego de Barcelona y proceder allí mismo a la lectura pública de la declaración.[11]

Aquel era un acto inequívocamente político, puesto que la lucha de los griegos por la unificación territorial era un referente para el catalanismo,[12]a la vez que un desafío político al gobierno español, puesto que denunciaba el colonialismo, aunque en este caso fuera turco, y defendía los derechos de los griegos de Creta a incorporarse a

una Grecia unificada en un momento en que España se enfrentaba a las rebeliones de Cuba y Filipinas. De hecho, aquella acción reflejaba la voluntad de los catalanistas de vincularse y compararse con otras causas políticas, así como de buscar «modelos exteriores». Por otro lado, significaba también una victoria del sector que consideraba insuficiente y muy limitada la política de hacer hincapié solo en los vínculos solidarios de carácter cultural y lingüístico con otros movimientos nacionalistas y prescindir de los aspectos más políticos.[13] *La Veu de Catalunya* de Verdaguer ofrecía cada vez más información sobre las cuestiones internacionales que podrían constituir «modelos» o casos similares al del catalanismo. Desde los años 1880, el movimiento independentista irlandés fue el referente fundamental para los catalanistas y después también lo fueron el movimiento nacionalista checo y el húngaro.

Como era de esperar, la presentación de la lucha de los griegos de Creta como una «causa justa» y similar a la catalana provocó una reacción vehemente de la prensa de Madrid, que acusó de «separatistas» a los promotores del mensaje y exigió represalias. El gobierno civil de Barcelona, haciendo uso de las atribuciones que le ofrecía la suspensión de las garantías constitucionales existente, procedió a limitar notablemente las libertades de expresión, manifestación y prensa tanto de los catalanistas como de los republicanos y del obrerismo. Concretamente, el gobernador ordenó el cierre del periódico *La Renaixensa* y de la revista *Lo Regionalisme*, y prohibió numerosos actos de los catalanistas con la excusa del conflicto colonial. En respuesta a esta actitud, en marzo de 1897 la Unió Catalanista lanzó el manifiesto *Al Pueblo Catalán*, del que se tiraron más de cien mil ejemplares. Cambó, en sus *Memorias*, se atribuye el mérito de ser uno de los promotores que, días después de la suspensión, hicieron posible la aparición de *La Renaixensa* editada en la ciudad de Reus, es decir, fuera de la jurisdicción del gobernador de Barcelona, como publicación complementaria del semanario reusense *Lo Sometent*.[14]

La Unió Catalanista convocó inmediatamente una asamblea extraordinaria en la ciudad de Gerona el 25 de abril de 1897, en la que Francesc Cambó destacó como uno de los principales organizadores. Movilizó a amigos, conocidos y parientes, incluso llevó a su padre al Teatro Principal de Gerona. Él mismo fue uno de los 312

delegados que participaron en la asamblea, dentro de la delegación de Gerona. Ante la presencia de prácticamente todos los dirigentes del catalanismo, Narcís Verdaguer i Callís leyó un discurso elaborado conjuntamente con los cuatro presidentes anteriores de la Unió (Domènech, Permanyer, Guimerà y Riera) y al final pronunció unas palabras en un tono harto vehemente.

Sin duda, la coincidencia de Cambó y Verdaguer i Callís durante esta campaña política de la primavera de 1897 fortaleció las buenas relaciones entre ambos hasta el punto de que este último le propuso que trabajase en su despacho de abogado de Barcelona en calidad de pasante. Así pues, en junio de 1897, justo cuando terminaba la carrera de Derecho, Francesc Cambó se convirtió en pasante, aunque no se inscribió en el Colegio de Abogados de Barcelona hasta el 15 de marzo de 1898. De su estancia en este despacho, situado en la calle Montesió número 3, encima del café Els Quatre Gats, Cambó recordará no los casos profesionales en los que participó, que debieron de ser pocos, sino las largas horas dedicadas a la lectura de los clásicos del pensamiento conservador europeo que había en la bien surtida biblioteca de Verdaguer. Allí pudo familiarizarse con las obras de Fustel de Coulanges, Hippolyte Taine, Frederic Le Play o Auguste Comte. Llevó a cabo sobre todo lecturas relativas a la historia europea contemporánea y se interesó especialmente por los cambios políticos que se habían producido en la sociedad liberal y capitalista del siglo XIX.[15]Ya entonces, el joven Cambó sentía más cercano y se identificaba más con el modelo de evolucionismo progresivo del liberalismo inglés que con el revolucionarismo francés, más radical.

Narcís Verdaguer, que había sido seminarista en Vic y era primo de mossèn Cinto, estaba muy vinculado al conservadurismo tradicional de la montaña catalana, al «vigatanismo», era amigo del futuro canónigo Jaume Collell y, como hemos dicho anteriormente, fue uno de los fundadores, en 1891, de la revista *La Veu de Catalunya*, junto con Collell y Joaquim Cabot. Además, profesionalmente estaba bien relacionado con destacados empresarios como el segundo marqués de Comillas, Claudio López Bru, y durante muchos años fue también uno de los asesores jurídicos del Foment del Treball Nacional.

La relación entre Cambó, Narcís Verdaguer y especialmente su mujer, Francesca Bonnemaison, «la señora Paquita», se fue

estrechando hasta el punto de que le trataban como un hijo. Con el tiempo se convertiría en una de sus consejeras en asuntos sentimentales. Como Pere Bosch Labrús había muerto y Cambó vivía solo en una pensión, iba a comer todos los domingos a casa de los Verdaguer. Al ir intimando cada vez más con la familia, en verano lo invitaban a pasar algunas semanas en la casa que tenían en Canet de Mar. Fue en aquella misma época cuando Cambó sustituyó la tertulia nocturna de los «sabios» de la Lliga de Catalunya por la tertulia que se hacía en casa de los Verdaguer y después, a las doce de la noche, acudía a la que algunos catalanistas habían montado en el café El Continental. De todas formas, el Francesc Cambó de entonces no dejaba de ser un joven bastante solitario que vivía lejos de la familia desde los dieciséis años, hecho que convertía el activismo político en el Centro Escolar y las tertulias nocturnas casi en su principal ocupación. Muchos años después reconocería en una carta que «los amigos me hacen de familia».[16]

Los primeros escritos públicos de Francesc Cambó fueron artículos aparecidos en el semanario *La Veu de Catalunya* ya en el año 1897.[17]Cuando empezó a colaborar en la revista, se hizo cargo, a petición de Verdaguer, de la sección extranjera, especializada en publicar noticias y hacer comentarios sobre los movimientos nacionalistas que podrían servir de referente al catalanismo. Le interesaba particularmente el nacionalismo irlandés, aunque también escribió artículos sobre el checo, el croata, el húngaro, el finlandés, el noruego y el esloveno. De manera especial, mostraba admiración por los discursos del irlandés O'Connell y elogiaba la táctica parlamentaria de los irlandeses por considerarla el camino más interesante que podría seguir el catalanismo. No obstante, como entonces España vivía una situación de estado de guerra a consecuencia del conflicto colonial, y la libertad de expresión estaba notablemente limitada, en los artículos no podía hacer demasiadas alusiones ni comparaciones con la situación española.

De todas formas, el joven Cambó escribió artículos de carácter bastante diferente: si bien en unos mostraba simpatía y afinidad con los movimientos nacionalistas, en otros defendía los nacionalismos de estado y el prestigio de las grandes potencias. Al respecto, resulta significativa su posición ante el famoso caso Dreyfuss, que tanto conmocionó la política francesa y europea en aquellos años.

Sorprende, sobre todo, la posición notablemente conservadora y de orden que adoptó entonces el joven Cambó, criticando duramente a los defensores del famoso capitán judío con un discurso construido en clave nacionalista francesa. Cambó sostenía que la polémica política provocada en Francia por aquel asunto ponía en peligro el prestigio internacional de una potencia tan importante como Francia y de su imperio colonial. Consideraba que aquello era negativo porque rompía la cohesión nacional francesa. Los *dreyfusards*, según Cambó, les hacían el juego a los antipatriotas y a los revolucionarios que debilitaban la imagen externa de Francia.[18]

En diciembre de 1897 se había elegido una nueva Junta Directiva de la Unió Catalanista que, por primera vez, estaba dominada por los jóvenes partidarios de actuar en política y de presentarse a las elecciones.[19]Cuando el nuevo gobierno presidido por el viejo Sagasta, constituido el 4 de octubre de 1897, convocó elecciones a las Cortes para el mes de marzo de 1898, la Junta de la Unió consideró que los catalanistas tenían que participar. Aunque ya se había producido el incidente del acorazado norteamericano *Maine* en el puerto de La Habana, que conduciría al conflicto con Estados Unidos dos meses después, todavía no parecía posible que estallase la guerra.

Un importante grupo de propietarios de la comarca del Penedés, encabezados por Manuel Raventós, preguntaron a la Unió Catalanista si podían presentar un candidato propio que se opusiese al candidato oficial que quería imponer el gobierno de Sagasta. Como el mensaje al rey Jorge de Grecia había contado con el apoyo de los republicanos federales de dicha comarca, esto podía facilitar un acuerdo político entre catalanistas y federales. La Unió propuso como candidato por el distrito de Vilafranca del Penedés al jurista Joan Josep Permanyer, que había sido el principal redactor de las Bases de Manresa. Francesc Cambó participó activamente en esta campaña electoral; era la primera vez que lo hacía. Intervino en mítines y reuniones en muchos pueblos del distrito y la elevada concurrencia le hizo pensar en un posible éxito. El primer mitin electoral en el que participó tuvo lugar en Sant Sadurní d'Anoia, el día antes de las elecciones, el sábado 26 de marzo de 1898.

Pese a disponer de un centenar de interventores para controlar el escrutinio, el fraude fue mayúsculo y los catalanistas fueron derrotados.[20]Habían pecado de ingenuidad y no supieron controlar

con eficacia la redacción final de las actas. El propio Cambó explica en sus *Memorias* que estuvo medio «secuestrado» en casa de un cacique dinástico para evitar que fuera a fiscalizar los resultados.[21]Este fracaso electoral contribuyó a dividir todavía más a los catalanistas acerca de la conveniencia de presentarse de nuevo a las elecciones. Los «puros» de *La Renaixensa* se ratificaron en sus tesis abstencionistas alegando que era preferible ser «pocos, pero bien avenidos».

En cambio, Narcís Verdaguer, desde *La Veu de Catalunya*, continuó defendiendo con diferentes argumentos que, pese a todo, la experiencia había sido útil y que había que aprender de los errores: habían presentado a un candidato de fuera del distrito y allí contaban con pocas complicidades. Con vistas a nuevas experiencias electorales, quizá sería conveniente empezar por los comicios municipales y presentar a candidatos conocidos y del mismo municipio. El grupo de *La Veu de Catalunya* fue el que más se comprometió y defendió con ahínco las elecciones argumentando que la acción electoral era imprescindible, pero hacían falta más garantías. Se necesitaba una organización electoral centralizada y más profesional y, además, había que crear una red de interventores.

La rebelión de las clases medias: el Cierre de Cajas

La nueva coyuntura política provocada por la derrota española en la guerra contra Estados Unidos y la pérdida de lo que quedaba del imperio colonial creará un ambiente propicio para que los catalanistas posibilistas intervengan con eficacia en la vida política. En primer lugar, prestarán su apoyo a las exigencias regeneracionistas de las principales corporaciones económicas catalanas y después se implicarán en la movilización antifiscal más importante de la historia de Cataluña: el Cierre de Cajas. No obstante, este activismo intervencionista provocará tensiones y divisiones en el seno del movimiento catalanista que durarán casi siete años, desde mediados de 1898 hasta finales de 1905, con la creación de la Solidaritat Catalana. Serán tiempos de decisiones políticas cruciales que implicarán cambios tácticos y estratégicos que no todos compartirán.

Encontraremos a Francesc Cambó en el epicentro de todo este proceso: primero como activista intrépido, pese a tener un papel más

bien secundario. Era, sin duda, un militante novato cuando se produjo, en 1899, el enfrentamiento dentro de la Unió Catalanista que propició la creación del Centro Nacional Catalán. No obstante, para Cambó, un joven abogado de poco más de veinte años, esta situación política supondrá una gran oportunidad para destacar y mostrar sus habilidades como agitador y organizador. Su actuación no fue significativa en la decisión de crear un nuevo partido, la Lliga Regionalista, en abril de 1901, pese a figurar en su primera dirección, pero inmediatamente después de ser elegido concejal del Ayuntamiento de Barcelona su papel político será cada vez más notorio. Se convertirá en uno de los principales protagonistas de la crisis y la escisión que sufrirá la Lliga Regionalista en abril de 1904. Así pues, el joven Cambó se formará políticamente en una época en que el catalanismo vivió grandes tensiones y divergencias ideológicas, con escisiones y disputas, en las que las desautorizaciones e incluso los ataques personales estaban en el orden del día. La acusación de que el adversario era un «traidor a la causa» se utilizó en demasía.

La historia de esta etapa es de sobra conocida y hay que resumirla. El día 1 de mayo de 1898, la Junta Permanente de la Unió Catalanista hizo público un manifiesto, «A los catalanes», redactado por Prat de la Riba y publicado por *La Renaixensa*, en el que se instaba a firmar la paz inmediatamente, puesto que España parecía haber perdido ya la guerra contra Estados Unidos. Se criticaba duramente a los políticos y a los partidos españoles por su total miopía ante la cuestión cubana.[22]Las derrotas navales de Santiago y Cavite, la capitulación española y la paz de París, el 10 de diciembre de 1898, con Estados Unidos, que comportaron la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, tuvieron un gran impacto ciudadano. La sensación de «desastre» era total, como también lo era el deseo de un cambio político profundo, de una auténtica regeneración.

En este contexto, el 1 de septiembre de 1898, se hizo público un manifiesto del general Camilo García de Polavieja en el que denunciaba el divorcio entre el mundo oficial de la política y el país real, y se planteaba que la regeneración española pasaba por tomar, entre otras, algunas medidas descentralizadoras. Dicho manifiesto tuvo una buena acogida en Barcelona y, el 14 de noviembre, los presidentes de cinco de las entidades más importantes de la ciudad publicaron un escrito que coincidía con lo manifestado por el

general.[23]Rápidamente, un importante sector de empresarios barceloneses creó la Junta de Adhesiones al programa del general Polavieja.

Ante la nueva situación posterior al desastre, en el seno del movimiento catalanista se consolidaron las dos grandes tendencias que ya existían desde hacía tiempo. El sector posibilista o evolucionista, que dominaba la Junta Permanente de la Unió Catalanista, defendía que había que aprovechar la situación de crisis política española para plantear peticiones concretas ante el gobierno de Madrid: una nueva fiscalidad —concierto económico— y una descentralización administrativa —diputación única catalana—. Consideraban que estas demandas, por moderadas que fuesen, servirían para que el movimiento avanzase. Esta actitud «realista» recibirá el apoyo de *La Veu de Catalunya*. Es más, un veterano catalanista, el arquitecto Lluís Domènech i Montaner, entonces presidente del Ateneu, entró en contacto directo con el general Polavieja y anunció que la actitud del militar había sido comprensiva y positiva. Aquella aproximación a Polavieja fue inmediatamente censurada por *La Renaixensa*, periódico que sostenía que había que desvincularse de cualquier propuesta española que no ofreciese la integridad del programa de las Bases de Manresa. Eran los intransigentes, los esencialistas, que acabaron por denunciar a Domènech y a los dirigentes de la Junta Permanente de la Unió porque «quieren vender al catalanismo».

Estas divergencias hicieron que los catalanistas más pragmáticos sintieran la necesidad de disponer de un portavoz propio para enfrentarse a los ataques de *La Renaixensa*, y pronto se percataron de que la vía más fácil era la transformación del semanario *La Veu de Catalunya* en un diario. Muy probablemente, la intervención de Francesc Cambó en este asunto fue decisiva para convencer a Narcís Verdaguer de la conveniencia de la operación. Así pues, el 15 de octubre de 1898 se constituía la sociedad anónima Editores Catalanes, que convertía la revista de Verdaguer en un periódico barcelonés. En este nuevo diario, Enric Prat de la Riba aparecía como presidente del consejo de administración y también como director, puesto que Verdaguer, cuya salud era entonces delicada, prefirió ser solamente vocal. Como treinta años después explicaría Puig i Cadafalch,

> en el momento de crear un periódico pensamos todos en un profesional. Nosotros podíamos hacer artículos y notas políticas, pero nadie podía estar al pie del cañón

noche y día, y en la «peña» de *L'Avens* encontramos a Casellas, redactor de *La Vanguardia* de entonces.[24]

De este modo, aunque Prat de la Riba apareciera como responsable principal y fuera quien marcaba la línea política del periódico, Raimon Casellas, en calidad de jefe de redacción, era el encargado de la organización interna. Su incorporación dotó de una imagen de profesionalidad y de renovación al nuevo periódico de los catalanistas evolutivos. Francesc Cambó estuvo bastante implicado en las conversaciones para organizar el nuevo diario y participó en las reuniones que se celebraron en el despacho de Verdaguer, junto con Prat y Casellas. Propuso encargarse de la información internacional con una pequeña remuneración: diez duros al mes. En una carta a Casellas le pidió un encuentro para «concretar el pito que tengo que tocar en el periódico. Ya tengo hecho mi plan en lo referente a la sección extranjera».[25]De este modo se vinculó desde el primer momento al nuevo periódico como responsable de la sección internacional y firmó numerosos artículos de opinión utilizando el pseudónimo «Pagès».

El periódico *La Veu de Catalunya* apareció con gran celeridad: quince días después de la constitución de la nueva sociedad, el 1 de enero de 1899, ya estaba en la calle. Lógicamente fue acogido con gran hostilidad por *La Renaixensa*, que no quería ninguna clase de competencia y rápidamente denunció que estaba financiado por algunos empresarios polaviejistas. Eso nunca se demostró, y más bien parece que el capital social, que tampoco era muy elevado, salió de pequeñas suscripciones de un centenar de personas. En pocos meses, el nuevo diario catalanista se consolidó y alcanzó una tirada de unos tres mil ejemplares.[26]

Con notable atrevimiento y dinamismo, *La Veu* se lanzó a la campaña política aprovechando el ambiente creado por el polaviejismo para plantear la necesidad de reformas administrativas, especialmente el concierto económico. Esta oportunidad se hizo palpable a partir del 4 de febrero de 1899, cuando el político conservador Francisco Silvela formó un nuevo gobierno en cuyo seno el general Polavieja ocupaba el Ministerio de la Guerra, y el prestigioso jurista catalán Manuel Duran i Bas, la cartera de Gracia y Justicia. Además, los primeros nombramientos realizados por el nuevo gobierno parecían relativamente innovadores. El 14 de marzo de 1899

era nombrado alcalde de Barcelona el catedrático de Medicina Bartomeu Robert, uno de los firmantes de los manifiestos regeneracionistas de las corporaciones del año anterior. El consistorio barcelonés, dominado por los dinásticos, no recibió de buen grado el nombramiento del doctor Robert, tal como lo recoge en una crónica Francesc Cambó en *La Veu*, uno de sus primeros artículos sobre cuestiones catalanas publicados en el periódico.

El joven Cambó empezaba a destacar como uno de los más ardientes defensores de las posiciones realistas frente al sector intransigente que volvía a dominar la Unió Catalana y que, desde *La Renaixensa*, censuraba a los posibilistas acusándolos de «falsos profetas».[27]Ante los intransigentes, Cambó no cesaba de intervenir en mítines y de pronunciar conferencias en los centros catalanistas de Vilasar de Mar, de Tarrasa y de diferentes barrios de Barcelona, defendiendo la necesidad de aprovechar la situación creada por el gobierno regeneracionista y distanciándose de la actitud de inhibición política que predicaban los «puros». Los catalanistas no se presentaron a las elecciones generales convocadas por el nuevo gobierno el 16 de abril de 1899, pero fueron elegidos como diputados «gubernamentales» de algunos independientes simpatizantes del catalanismo y que habían firmado los manifiestos regeneracionistas.[28]

La aparición de *La Veu de Catalunya*, como portavoz explícito de los evolucionistas, fue mal vista por los sectores más puros de la Unió Catalanista, que querían depurar la organización. En la reunión del Consejo General de la Unió celebrada el 20 de agosto, las críticas a los evolucionistas fueron rotundas y los anuncios de futuras expulsiones tan explícitos que la gente de *La Veu de Catalunya* consideró que era imposible permanecer en aquella organización cada vez más cerrada e intransigente. Por iniciativa de Prat de la Riba, que era el que sostenía la posición de ruptura más radical, se creó un nuevo grupo político de los evolucionistas con el nombre de Centro Nacional Catalán. En la noticia de su creación se concretaba que la nueva formación quería «trabajar dentro de la Unió Catalanista para conseguir la completa autonomía de Cataluña y las reformas parciales que tienden hacia ella».[29]La parte final de esta frase, *las reformas parciales*, marcaba ya la gran diferencia entre los evolucionistas y los defensores del «todo o nada». No obstante, no deja de ser significativo que, pese a la creación oficial del Centro Nacional Catalán, que Cambó sitúa el día 24 de

agosto, su portavoz, *La Veu de Catalunya*, prácticamente no vuelva a mencionar esta organización hasta enero de 1900, una vez transcurrido el Cierre de Cajas.

Las esperanzas que los catalanistas habían depositado en el gobierno Silvela-Polavieja empezaron a desvanecerse cuando este presentó unos presupuestos, elaborados por el ministro de Hacienda, Fernández Villaverde, que significaban un incremento importante de la fiscalidad, porque pretendía reducir el déficit provocado por la guerra colonial. El concierto económico prometido por Polavieja no figuraba en ningún lugar. Se proponía la creación de nuevos impuestos que gravaban las actividades industriales y comerciales. Esta reforma tributaria tuvo una mala acogida por parte de los gremios de comerciantes y por las organizaciones empresariales de buena parte de las grandes ciudades españolas. En Barcelona la movilización por la eliminación del recargo de guerra y a favor de conciertos económicos provinciales tuvo una gran repercusión e incluso consiguió el apoyo del nuevo alcalde, el doctor Robert.

Ante la negativa del gobierno Silvela a negociar la nueva fiscalidad, los gremios de Barcelona, unidos en el seno de la Liga de Defensa Industrial y Comercial, recomiendan a sus afiliados no pagar las nuevas contribuciones. Esta huelga de contribuyentes, denominada en su momento Cierre de Cajas, recibió el apoyo entusiasta de *La Veu de Catalunya* y de los catalanistas posibilistas. El gobierno Silvela-Polavieja empezaba a estar tocado. En septiembre de 1899, Polavieja dimitía como ministro de la Guerra y se iniciaba la persecución gubernamental de los más de siete mil comerciantes barceloneses considerados «morosos». Al cabo de un mes, empezaban los embargos y el alcalde Robert, que se oponía a estas medidas represivas, se vio obligado por la ley a firmar las primeras notificaciones de embargo. Lo hizo, pero acto seguido dimitió: era el 13 de octubre. Diez días después, se producía la dimisión de Duran i Bas como ministro de Justicia.

El proyecto regeneracionista del gobierno Silvela había fracasado, y la indignación de la ciudadanía barcelonesa no cesaba de crecer. El gobierno prohibió las manifestaciones y los mítines de protesta, y el 27 de octubre declaró el estado de guerra en toda Cataluña. Dos acorazados de la Armada llegaron al puerto de Barcelona y se dio la orden de disolución de la Liga de Defensa Industrial y Comercial. A

esto se sumó la detención de una treintena de dirigentes de los gremios, que fueron encarcelados en el castillo de Montjuic y cuya liberación no se produjo hasta el 6 de diciembre, después de pagar las contribuciones.

Ante todos estos incidentes, *La Veu de Catalunya* se posicionó claramente a favor de los gremios, prestó apoyo incondicional a la protesta contra el presupuesto de Villaverde y al Cierre de Cajas y condenó la actitud represiva del gobierno. Algunos de los catalanistas posibilistas, como Francesc Cambó, Lluís Duran i Ventosa y Ferran Agulló, colaboraron estrechamente con Marià Pirretas, secretario de los gremios de comerciantes y principal organizador de la huelga de contribuyentes.[30]Posteriormente, el propio Cambó, con solo veintidós años, participó como orador en un mitin a favor del concierto económico que tuvo lugar en Reus y en el que también intervinieron el doctor Robert y el fabricante Albert Rusiñol. Era evidente que los catalanistas posibilistas pretendían capitalizar políticamente el descontento ciudadano que, tras haberse creado inicialmente en Barcelona, empezaba a extenderse por toda Cataluña.

La Unió Catalanista, en cambio, dominada por los intransigentes, y su portavoz *La Renaixensa* se dedicaron de forma preferente a denunciar a los posibilistas acusándolos de «falsos profetas» y manteniéndose totalmente al margen de la campaña proconcierto económico, de las protestas de los gremios y de la movilización contra el presupuesto de Villaverde. Y es más, en un nuevo manifiesto dirigido «Al pueblo catalán», publicado el 11 de diciembre de 1899, la Unió desautorizó, por inútil, la movilización de los gremios y el Cierre de Cajas, se permitía ironizar sobre los manifiestos de protesta, que habían redactado los presidentes de las entidades ciudadanas, y despreciaba la campaña a favor del concierto económico. Insistían en la defensa integral de su programa: las Bases de Manresa o nada. Dicho manifiesto provocó que Prat de la Riba y un grupo importante de militantes del Centro Nacional Catalán publicasen una nota en *La Veu* anunciando que se daban de baja de la Unió Catalanista. Pese a todo, ni Francesc Cambó ni Narcís Verdaguer figuraban entre los integrantes de esta baja colectiva. Ambos creían que había que seguir en la veterana organización catalanista y tratar de cambiarla desde dentro. Como veremos, Cambó lo intentó un par de veces, pero sin éxito.

En este contexto político de enfrentamientos y reproches, en enero de 1900, los catalanistas de *La Veu* tomaron la decisión de explicar más claramente la existencia de su grupo político, el Centro Nacional Catalán, que habían constituido en el mes de agosto anterior. La utilización de la palabra «nacional» era una propuesta hábil de Prat para neutralizar las críticas del sector más esencialista, que nunca se había atrevido a usar este calificativo, pese a que muchos se definían personalmente como «nacionalistas». En el seno del Centro Nacional, que estaba integrado por un centenar de militantes, había gente de diferentes procedencias que había coincidido en las movilizaciones de los últimos meses. El grupo más numeroso y activo procedía evidentemente del Centro Escolar Catalanista y de *La Veu de Catalunya*. Dentro de este grupo, además de Narcís Verdaguer i Callís, destacaban Enric Prat de la Riba, Josep Puig i Cadafalch, Lluís Duran i Ventosa, Pere Muntanyola, Antoni Gallissà y Francesc Cambó. El segundo sector era un grupo más reducido y estaba compuesto por gente más veterana que había desempeñado un papel importante en la Unió Catalanista. En él estaban el arquitecto Lluís Domènech i Montaner, el historiador Josep Pella i Forgas, el abogado Raimon d'Abadal i Calderó —elegido diputado por Vic en 1899— y el escritor modernista Joaquim Casas-Carbó. El tercer núcleo era la denominada «peña republicana del Ateneu», que estaba integrada básicamente por abogados, entre los que destacaban Jaume Carner, Ildefons Sunyol, Santiago Gubern y Joaquim Lluhí i Rissech. Narcís Verdaguer era el presidente de la nueva formación política y en su Junta Directiva había veteranos como Domènech i Montaner, Casas-Carbó y gente más joven como Prat de la Riba y Carner. Francesc Cambó, que figuraba también como vocal, era el más joven de todos: todavía no había cumplido los veinticuatro años. El Centro Nacional fue, de hecho, un episodio político breve, puesto que solo funcionó como partido un año y medio y tuvo una actuación externa muy limitada. De todos modos, sirvió para cohesionar políticamente al grupo de los catalanistas posibilistas, porque las diversas procedencias y diferencias de edad podían constituir un obstáculo. El hecho de colaborar habitualmente todos, o casi todos, con artículos en *La Veu* fue también un factor que propició la cohesión del grupo.

Verdaguer i Callís y Cambó consideraban que todavía se podía militar en la Unió Catalanista y que el nuevo grupo político sería

aceptado sin discriminaciones. Prat, en cambio, creía que eso era ya imposible y que todos acabarían por romper los vínculos con la Unió. Que estos últimos tenían razón se vio claramente con lo que sucedió en el mitin organizado por la Asociación Catalanista de Lérida el 19 de febrero de 1900. Tenían que intervenir Narcís Verdaguer, en representación del nuevo Centro Nacional Catalán, y Francesc Cambó, en nombre de *La Veu*, pero el presidente de la Unió Catalanista, Manuel Folguera i Duran, los vetó y amenazó con su retirada si participaban. Las tensiones fueron tan notorias que Verdaguer y Cambó renunciaron a intervenir en el mitin, pero se produjo un gran altercado y las críticas y las protestas por aquella actitud intransigente aparecieron en diversas publicaciones catalanistas. La división era ya un hecho, aunque la mayoría de las asociaciones comarcales siguieron adheridas a la Unió Catalanista, por más que algunas de ellas simpatizasen con las tesis de los evolucionistas. Sin embargo, dentro de las publicaciones las cosas estaban más equilibradas.[31]

En aquellos momentos confusos, el joven Francesc Cambó era de los pocos dirigentes del Centro Nacional Catalán que todavía mantenían una cierta relación con la Unió Catalanista y participaba en sus reuniones, siempre como representante de la Agrupación Catalanista de Besalú.[32]El 29 de septiembre de 1899, con motivo de la bendición de la señera de esta entidad, Cambó pronunció un discurso vehemente en defensa de las posiciones de los posibilistas, que fue reproducido en su totalidad en *La Veu.* Cambó consiguió que la asociación de Besalú se decantase por los evolutivos e incluso que publicase el 24 de febrero un manifiesto de rechazo de los incidentes del mitin de Lérida en favor de los escindidos. Aun así, la Agrupación de Besalú no se separó de la Unió y Cambó pudo participar, en calidad de portavoz de los evolutivos, en el Consejo General de la Unió Catalanista celebrado el 25 de marzo de 1900. Su intervención en dicha reunión fue hábil, puesto que sostuvo que la concordia entre los catalanistas no podía salir de una votación ni de una fórmula política concreta, sino que surgiría con el tiempo si se creaba un clima no agresivo que propiciase el entendimiento. Propuso que las publicaciones catalanistas dejasen de estar adheridas a la Unió, porque así todas tendrían más libertad y la Unió menos compromisos. Pese a que su propuesta fue bien acogida por el presidente Manuel Folguera i Duran, finalmente fue rechazada por los elementos intransigentes, que

incluso llegaron a presentar una moción de apoyo incondicional a la Junta Permanente por su actuación durante el Cierre de Cajas. Cambó se opuso con firmeza a esta propuesta, hecho que provocó un largo debate hasta que finalmente se acordó un texto de compromiso. Aunque cada vez estaba más claro que la concordia en el seno de la Unió era imposible, Francesc Cambó y también Narcís Verdaguer mantuvieron durante un tiempo una posición conciliadora que no descartaba que, en el futuro, hubiese algún tipo de colaboración entre los diferentes sectores catalanistas. Por el contrario, Prat lo descartaba por completo.

Hacia la formación de la Lliga Regionalista

Los catalanistas evolucionistas habían mostrado tener inteligencia política para captar la opinión ciudadana indignada y movilizarla. Pese al resultado negativo del Cierre de Cajas, se daban cuenta de que el fracaso del gobierno Silvela-Polavieja-Duran i Bas estaba acercando los sectores empresariales importantes a las posiciones críticas de los catalanistas. Por otro lado, la desaforada represión gubernamental les proporcionaba argumentos para proponer más acciones de protesta, algunas realmente innovadoras. Será, pues, Francesc Cambó uno de los que sugieran el boicot al viaje del ministro de Gobernación Eduardo Dato a Cataluña. Desde *La Veu* se denunció dicho viaje por considerarlo una provocación por parte del gobierno, ya que fue este ministro quien dirigió la represión contra los gremios. De este modo, la mañana del 4 de mayo de 1900, Eduardo Dato fue recibido con fuertes abucheos en la estación de Francia de Barcelona y después, por la noche, con silbidos en el Liceo. Al día siguiente, las protestas contra la presencia de Dato se repitieron en Sabadell y en Tarrasa, y posteriormente, durante el viaje de regreso a Madrid, también en la estación de Reus. La respuesta del gobierno Silvela fue, una vez más, la represión: aprovechando la suspensión de las garantías constitucionales que estaba vigente desde hacía más de un año, se prohibió por primera vez la publicación de *La Veu de Catalunya*, acusada de haber promovido los abucheos al ministro. No obstante, el diario catalanista pudo aparecer a los pocos días con otro nombre, *La Creu de Catalunya*, que también fue suspendido y de nuevo sustituido

por otra publicación, el *Diari de Catalunya*.

En marzo de 1901, agotado y desprestigiado, el gobierno de Francisco Silvela no tuvo más remedio que dimitir; el 6 de marzo, el viejo dirigente liberal Práxedes Mateo Sagasta fue llamado por séptima y última vez a presidir el gobierno español. La preceptiva convocatoria electoral se fijó para el mes de mayo, lo que proporcionaba muy poco tiempo para decidir lo que había que hacer. Hubo un debate en el seno del Centro Nacional Catalán para decidir si se aprovechaba la situación de indignación ciudadana para organizar una candidatura que reflejase la opinión de los barceloneses. Se dirigieron primero a los polaviejistas decepcionados, que habían creado un pequeño grupo llamado Unión Regionalista, y después a los dirigentes más conocidos de las entidades ciudadanas. Los antiguos polaviejistas, aunque todavía fieles al régimen de la Restauración y a la monarquía, empezaban a convencerse de que era necesario presionar a los gobiernos de Madrid de forma distinta de la de los partidos dinásticos y de que el catalanismo posibilista ofrecía una vía moderada que podía ser efectiva.

A la postre, el Centro Nacional Catalán y la Unión Regionalista llegaron al acuerdo de prestar apoyo a una candidatura integrada por personalidades ciudadanas en Barcelona. El 25 de abril se constituyó la junta organizadora de la candidatura y de las elecciones, y a pesar de que entonces se adoptó el nombre de Lliga Regionalista, esta denominación no se hizo pública hasta después de las elecciones. El presidente era el ex alcalde Bartomeu Robert y el vicepresidente otro catedrático de Medicina, el doctor Miquel Àngel Fargas. También formaban parte de la junta, como vocales, algunos catalanistas del Centro Nacional como Lluís Domènech i Montaner, Josep Pella i Forgas, Jaume Carner, Antoni Gallissà, Lluís Duran i Ventosa y Francesc Cambó. Por parte de los polaviejistas de la Unión Regionalista había empresarios conocidos como Manuel Raventós, Albert Rusiñol, Sebastià Torres, Ernest Vilaregut, Narcís Pla i Daniel, Damià Mateu y Josep Bertran i Musitu. Enric Prat de la Riba, al ser el director de *La Veu de Catalunya*, inicialmente no aparecía.

Se alcanzó el acuerdo de presentar una candidatura por la ciudad de Barcelona integrada por los presidentes de las entidades ciudadanas que más habían destacado en las movilizaciones de los dos últimos años: el primer e indiscutible candidato era Bartomeu Robert, el

alcalde que había dimitido ante el Cierre de Cajas y antiguo presidente de la Sociedad Barcelonesa de Amigos del País. También contó con un amplio consenso el nombre de Lluís Domènech i Montaner, un catalanista notorio, arquitecto de prestigio y antiguo presidente del Ateneu Barcelonés. El tercer candidato era el fabricante textil Albert Rusiñol, antiguo presidente del Foment del Treball Nacional, y el cuarto Sebastià Torres, dirigente máximo de la disuelta Liga de Defensa Industrial y Comercial, que había agrupado a los gremios protagonistas del Cierre de Cajas. El quinto tenía que ser Carles de Camps, marqués de Camps, presidente del Instituto Agrícola Catalán San Isidro, pero en el último momento prefirió ser candidato por un distrito que consideraba mucho más seguro, el de Olot, y ya no hubo tiempo de substituirlo. Por consiguiente, aunque en Barcelona se podía votar a cinco candidatos de los siete que se elegían, la candidatura catalanista y ciudadana de las elecciones de 1901 solo estuvo integrada por cuatro presidentes.

La campaña electoral empezó mal porque el primer mitin, que tenía que celebrarse el 2 de mayo, fue suspendido por el delegado del gobierno con la excusa de que había provocadores que lo querían boicotear ya desde el inicio. Finalmente se pudo realizar el día 7 sin incidentes y con una gran asistencia de público. El programa, expuesto básicamente por el doctor Robert, era sencillo pero ambicioso: se pedía la descentralización administrativa, delegar más atribuciones a los ayuntamientos, autonomía regional y concierto económico provincial o regional.

Esta vez las elecciones estuvieron organizadas a conciencia para evitar fracasos como el de Vilafranca del año 1898. Ahora los catalanistas contaban con centenares de interventores y con un grupo de notarios dispuestos a levantar acta de cualquier intento de irregularidad. Además, tenían un factor muy favorable: el censo electoral de la ciudad se había revisado a fondo y depurado durante la etapa de Robert en la alcaldía y ya no resultaba tan fácil hacer votar a los muertos y excluir a los vivos. Jaume Carner, Francesc Cambó y Ferran Agulló se convirtieron desde entonces en los principales especialistas en elecciones. Habían estudiado a fondo el depurado censo electoral de la ciudad y habían localizado a posibles simpatizantes de su candidatura para ejercer de interventores y apoderados, con los que después elaboraron un diccionario electoral

con la ficha de todos los electores afines. Confeccionaron también mapas de los diferentes distritos de la ciudad para localizar dónde tenían más o menos influencia y poder organizar visitas propagandísticas. El 19 de mayo de 1901 se celebraron las elecciones y, pese a las presiones del gobernador civil Ramón Larroca, la victoria de los cuatro presidentes fue clara. Los cuatro fueron elegidos en primer lugar, seguidos de un dinástico solamente, Pere Gerau Maristany, y de dos republicanos, Alejandro Lerroux y Francesc Pi i Margall.

En la biografía que escribió de Francesc Cambó, Josep Pla explica algunas anécdotas, que parecen poco creíbles, sobre el papel que desempeñó en estas elecciones. Afirma que Cambó amenazó, incluso físicamente, al político y financiero liberal Joaquim Sostres de que si presentaba el centenar de actas que tenía falsificadas se produciría un gran escándalo, y no se atrevió a hacerlo.[33]No parece verosímil que el joven Cambó tuviera entonces la capacidad de amenazar a un político tan experimentado como Sostres, un hombre que poco después sería presidente de la Diputación de Barcelona (1905-1907) y más tarde alcalde de la ciudad condal (1911-1913). De hecho, el escrutinio final de las elecciones, que se llevó a cabo el 23 de mayo, fue fiscalizado y controlado por el más experimentado de los catalanistas, Jaume Carner, ayudado, eso sí, por Cambó y Agulló. De este modo, fueron elegidos diputados por la ciudad de Barcelona, por orden de votos: Robert, Rusiñol, Domènech, Torres, Maristany, Lerroux y Pi i Margall.[34]

Una semana después de dichas elecciones, los días 26 y 27 de mayo, tuvo lugar la Asamblea de la Unió Catalanista de Tarrasa a la que asistió por última vez Francesc Cambó. Iba, como siempre, con la delegación de Besalú, pero era evidente que aparecía como el más destacado representante de los que habían conseguido la gran victoria electoral en Barcelona. La actitud de la dirección de la Unió fue de una indiferencia hipócrita ante lo ocurrido, puesto que se negaron a tratar el tema de la participación de los catalanistas en las elecciones, a pesar de que lo habían pedido las distintas agrupaciones. Cambó, que era el único dirigente de la Lliga que asistía —no acudieron ni Verdaguer, ni Duran, ni Puig ni, por descontado, Prat—, llegó a la conclusión de que ellos ya no tenían nada que hacer dentro de aquella organización y días después se dio de baja.

El éxito de la candidatura de la Lliga Regionalista se debía a que llenaba un vacío político importante en Cataluña: la defensa de los intereses más generales de los sectores empresariales, especialmente de los industriales y comerciantes, y también de las clases medias, después de todo lo que había significado la grave crisis de estado iniciada en 1898. Se había puesto de manifiesto que en Cataluña los partidos dinásticos, a causa de su dependencia de los gobiernos de Madrid, no podían asumir ni las demandas económicas del empresariado catalán, ni mucho menos las reivindicaciones políticas y culturales de los catalanistas. La necesidad de un partido político catalán se había puesto en evidencia con el fracaso del regeneracionismo español identificado con el gobierno Silvela-Polavieja.

Fue un éxito político importante, puesto que, por primera vez desde el año 1875, la candidatura gubernamental era derrotada en la ciudad más poblada del país ante una candidatura situada fuera del sistema político, una candidatura ciudadana y catalanista. No obstante, de los diputados elegidos, solamente Domènech era un notorio catalanista; el doctor Robert era, de hecho, un converso, pero representaba a la nueva ciudadanía sensibilizada, a las «clases neutras», como entonces se las denominaba. Para la gente movilizada después del desastre, Robert era sin duda la figura más destacada y popular. Albert Rusiñol, en cambio, solo era conocido en el ámbito del empresariado, dado que era un fabricante que representaba claramente a la gente del Foment. Por su parte, Torres, que había dirigido a los combativos gremios de comerciantes, también era uno de los líderes más conocidos del Cierre de Cajas.

Parece ser que fue Cambó quien convenció al doctor Robert para que encabezara la candidatura. En sus *Memorias* y también en la biografía del líder catalanista de Pla se cuentan las largas conversaciones que mantuvieron. De todos modos, parece que estas «largas conversaciones» tuvieron lugar en el verano de 1901, cuando Robert era ya diputado y ambos estaban de vacaciones en Camprodón y en Olot, respectivamente. Fue entonces cuando hablaron largo y tendido de política, no antes. Cambó organizó aquel mismo verano una conferencia de Robert en Olot, pero él ya era diputado.

El resultado de las elecciones de los cuatro presidentes fue recibido de forma muy desigual por las diferentes fuerzas políticas

catalanas. Para los carlistas y para los catalanistas de la Unió y de *La Renaixensa* aquello no tenía ninguna importancia e incluso, con un cierto tono burlón, se intentó ridiculizar a los nuevos diputados, asegurando que ninguno de ellos podría defender de forma seria la causa del catalanismo. Sin embargo, cuando el doctor Robert se estrenó como orador en el Congreso de los Diputados el 19 de julio, en una intervención en respuesta al tradicional mensaje de la corona redactado por Sagasta, constataron su error. Robert, con tono firme y decidido, acusó al régimen centralista de ser el responsable de la decadencia política y económica de España, habló de la necesidad de proceder a una amplia descentralización regional y manifestó claramente que el catalanismo no era separatista, sino que quería la autonomía de todas las regiones. Este discurso tuvo una amplia repercusión en la prensa de Cataluña. Por primera vez en la historia del parlamentarismo español, un catalanista se dirigía a los políticos españoles y proponía medidas reformadoras para todos los territorios del Estado, no solo para Cataluña.

Cambó, concejal del Ayuntamiento de Barcelona (1902-1905)

Animados por el éxito de las elecciones a las Cortes del mes de mayo, los dirigentes de la Lliga Regionalista decidieron participar también en las elecciones municipales del 10 de noviembre de 1901. La decisión de concurrir en la ciudad de Barcelona estuvo motivada por la voluntad de sacar provecho del éxito electoral anterior y por el fuerte impacto de las intervenciones del doctor Robert en el Congreso. No obstante, era necesario concretar un programa de intervención y de reformas a escala local, cuya principal plataforma sería la ciudad condal. Por otro lado, la limpieza del censo electoral realizada por Robert ofrecía más posibilidades de éxito que en otras ciudades.

La confección de la candidatura de los concejales no fue fácil. Estaba muy claro quién podría figurar en ella: por un lado, de entre los militantes procedentes del antiguo Centro Nacional Catalán destacaban considerablemente el arquitecto Josep Puig i Cadafalch y los experimentados abogados Jaume Carner e Ildefons Sunyol; los sectores católicos que también se habían incorporado a la Lliga propusieron a Ramón Albó y a Alexandre M. Pons; la gente de los

gremios de comerciantes defendía la presencia de algunos de los más destacados dirigentes del Cierre de Cajas, como Evarist López. Al parecer, Prat de la Riba tuvo que batallar de lo lindo para incluir también a Francesc Cambó en la candidatura, puesto que su figura provocaba algunas reticencias. De entrada porque era muy joven y hacía pocos meses que había cumplido los veinticinco años reglamentarios para ser candidato. Por otro lado, Cambó no era demasiado conocido fuera del sector estrictamente catalanista; en los ambientes económicos, culturales y sociales barceloneses el joven abogado ampurdanés todavía era un desconocido. La intervención final de Verdaguer i Callís a favor de la presencia de su pasante en la candidatura fue decisiva. Cambó, junto con Puig i Cadafalch, se presentó por el distrito VI, que incluía la parte central del Eixample, desde la calle Urgell hasta Rambla Catalunya, y por el sur desde la calle del Carme hasta la Diagonal. Era el distrito en el que vivía Cambó, en una pensión de la calle Consell de Cent n.º 230, cerca de Muntaner.

La campaña electoral fue dura porque se produjo un enfrentamiento triple entre unas candidaturas que se presentaban todas como «unitarias»: estaba la de todos los republicanos (federales, lerrouxistas y salmeronianos), la de todos los dinásticos (conservadores y liberales juntos) y la de la Lliga Regionalista, que se presentaba por primera vez con este nombre y aseguraba que reunía a todo tipo de catalanistas, desde los regionalistas más moderados hasta los más nacionalistas. El mitin principal, que se realizó en el distrito VI, lo presidió el doctor Robert e intervinieron Carner, Puig y Cambó. El resultado de las elecciones municipales fue favorable a los candidatos de la Lliga, que consiguieron más de 12.000 votos y 11 concejales, mientras que los republicanos obtuvieron 11.000 sufragios y 10 concejales. Los monárquicos gubernamentales solo alcanzaron unos 7.000 votos y obtuvieron solamente 4 concejales. En el distrito VI, Puig i Cadafalch quedó en primer lugar, con 1.582 votos, seguido de Cambó, con 1.559, mientras que de las minorías fue elegido el republicano veterano Narcís Buxó, con 1.087 votos. Una vez más, las fuerzas de la oposición habían derrotado a los candidatos del gobierno y, lo que era más trascendente, los concejales no dinásticos —los catalanistas y los republicanos— tenían mayoría en el consistorio barcelonés, aunque el alcalde fuera de Real Orden, es decir, nombrado

por el gobierno.[35]Sin embargo, el 24 de noviembre un concejal liberal y uno republicano impugnaron la elección de Francesc Cambó con el argumento de que su edad era insuficiente —había cumplido los veinticinco años el 2 de septiembre—, pero la impugnación fue desestimada el 21 de diciembre. Así pues, «Francisco de Asís Cambó y Batlle, abogado y propietario», tomó posesión del cargo de concejal del Ayuntamiento de Barcelona el día 1 de enero de 1902.[36]

Después de las elecciones generales del mes de mayo y de las municipales de noviembre, la reunificación de los catalanistas parecía todavía más difícil. La dirección de la Unió Catalanista había hecho una enconada defensa del retraimiento electoral en ambas convocatorias y los editoriales de *La Renaixensa*, redactados por Pere Aldavert, continuaban censurando a la gente de la Lliga Regionalista, a quienes se les negaba incluso la condición de catalanistas. Los intransigentes no solo analizaban con indiferencia las victorias electorales de la Lliga, sino que se enorgullecían de «no tener nada que ver» ni con la elección de los cuatro presidentes, ni con las intervenciones del doctor Robert en el Congreso de los Diputados, ni con la presencia de catalanistas en el Ayuntamiento de Barcelona.

Los cuatro años que Francesc Cambó fue concejal de Barcelona, desde el 1 de enero de 1902 hasta el 31 de diciembre de 1905, constituyen un período de aprendizaje político fundamental. Fue también durante aquel tiempo cuando decidió dejarse barba, porque le hacía parecer mayor. Buena parte de los políticos del momento llevaban barba como señal de madurez y seriedad.[37]Siempre se ha dicho que para entender lo que realmente es la vida política hay que empezar por la administración local. Además, Cambó tuvo la suerte de que cuando se incorporó al Ayuntamiento de Barcelona no fue para actuar desde la oposición, como era frecuente en las formaciones políticas nuevas, sino que los catalanistas de la Lliga podían cogobernar la ciudad si eran capaces de llegar a acuerdos con los republicanos. Años después, Cambó confesaría, al redactar sus memorias, que en aquellos momentos estaba entusiasmado con el cargo de concejal porque veía que se podían hacer grandes cosas y que, finalmente, podría demostrar sus habilidades políticas. Se entendía muy bien con Puig i Cadafalch, gozaba de la total confianza de Prat, pero percibía las reticencias de algunos de sus compañeros, especialmente de Jaume Carner y de Ildefons Sunyol, que lo

consideraban poco preparado y demasiado impulsivo. Cambó confiesa que «a ningún otro cargo he consagrado tanto entusiasmo como al de concejal de Barcelona ... ninguno me ha resultado tan útil en mi formación de parlamentario y de gobernante». Reconocía que aquellos años de aprendizaje le sirvieron para «convencerme de mi vocación por la vida pública, no de protesta ni de agitación, sino de gobierno».[38]

Aquel consistorio era el primero desde 1874 en que los partidos dinásticos no tenían la mayoría, puesto que la suma de concejales republicanos y catalanistas era superior.[39]De este modo, el Ayuntamiento de Barcelona se convierte, a partir de 1902, en el primer fórum político catalán en el que tuvieron lugar debates abiertos entre diferentes fuerzas políticas y en el que se presentaron proyectos importantes para una mejor gestión y modernización de la ciudad. La Barcelona de entonces era una ciudad grande, la más poblada de España, con medio millón de habitantes desde la reciente anexión, en el año 1897, de la mayoría de los municipios cercanos. Los dirigentes de la Lliga tenían ideas muy claras sobre lo que había que hacer en el Ayuntamiento barcelonés y sin duda se sorprendieron cuando vieron que podían pasar de los proyectos teóricos a las medidas prácticas casi de manera inmediata. Ya en otoño de 1901, durante la campaña electoral, se habían publicado en *La Veu de Catalunya* una serie de artículos, mayoritariamente firmados por Prat, Puig y Duran, sobre los principales problemas de la ciudad, que incluían la relación de sus propuestas. En primer lugar la moralización administrativa, centrada en la lucha contra la corrupción y la reorganización interna de los servicios, para hacerlos más eficaces. No obstante, los grandes ejes programáticos eran la elaboración del plan de enlaces entre la ciudad vieja y los antiguos municipios del llano, la aceleración de la reforma interior —vía Laietana—, la conversión de la deuda municipal, la reorganización de la administración interna, la mejora de los servicios públicos —gas, electricidad, agua, transportes, etc.— y emprender un ambicioso plan de política cultural: creación de nuevos museos, bibliotecas, escuelas municipales, etc.

Aunque los concejales no dinásticos eran mayoría, su predominio era frágil y a menudo las votaciones podían salir adelante por uno o dos votos; por consiguiente, era preciso un pacto estable entre los republicanos y los catalanistas, y al mismo tiempo imponer una clara

disciplina de voto dentro de cada grupo para no ser derrotados. Era bien sabido que los concejales dinásticos eran gente experimentada y conocedora del funcionamiento interno del consistorio y que, además, contaban con la complicidad de algunos altos funcionarios municipales. En la prensa satírica se les llamaba «la pandilla de la uña» o los «estercoleros», y así se les conocía popularmente. Los concejales dinásticos creían que con un poco de habilidad no perderían el control de las decisiones más importantes ante los inexpertos concejales catalanistas y republicanos. Algunos de estos concejales republicanos también eran cómplices de esta política corrupta. Cambó explica que pocos días después de las elecciones, un concejal republicano que también había sido elegido en su distrito, Narcís Buxó, que había sido alcalde de Barcelona durante los primeros meses de la Primera República, en 1873, se dirigió a él diciéndole que como era nuevo en el consistorio tenía que dejarse guiar por un hombre de su experiencia.[40]

Sin embargo, desde el inicio del nuevo consistorio, el 7 de enero de 1902, el acuerdo entre los catalanistas y los republicanos funcionó relativamente y consiguieron neutralizar a los dinásticos mediante el control de las comisiones más importantes. Con no poca habilidad, crearon la nueva Comisión Central, que tenía atribuciones muy genéricas, y allí incorporaron a buena parte de los dinásticos, mientras que ellos dominaban las tres comisiones que tenían más competencias: Hacienda, Gobernación y Fomento.

Los concejales de la Lliga habían elaborado un discurso regeneracionista y reformista en el que planteaban que la vía municipal era un camino lícito y factible de dinamización de la vida política catalana. De este modo, la reivindicación de la autonomía municipal y del saneamiento económico de los ayuntamientos formaba parte de su programa fundamental. En esos momentos, su programa a medio y largo plazo defendía un modelo de crecimiento urbano moderno, pero había que estimularlo y orientarlo desde el Ayuntamiento. Era necesario controlar el crecimiento del Eixample y reformar el núcleo de la ciudad vieja. No obstante, la financiación de los proyectos solo sería factible mediante la reconversión de la deuda municipal y el lanzamiento de nuevas emisiones, pero para poder sacar adelante estos proyectos había que llevar a cabo una profunda reforma de la maquinaria administrativa municipal y disponer de un

servicio de estadística efectivo.

En enero de 1902, Francesc Cambó fue designado concejal número 24 de la lista de los cincuenta que integraban el consistorio barcelonés, elaborada en función de los votos obtenidos en las elecciones de noviembre anterior. En un inicio fue nombrado miembro de la Comisión Permanente de Hacienda, presidida por el veterano republicano Eusebi Corominas, director de *La Publicidad*, pero no tardó en formar parte también de dos comisiones especiales, la del Eixample y la de Estadística, Padrón y Elecciones. Por otro lado, participó en la ponencia que tenía que abordar la polémica cuestión de los servicios municipales.

En un inicio, Cambó tuvo un papel relativamente discreto en el consistorio. Junto con Ramón Albó y Jaume Carner, formaba parte de la Comisión de Estadística, Padrón y Elecciones, que les proporcionó el medio para perseverar en la tarea de depuración del censo electoral que habían comenzado en la época del doctor Robert. Más trascendente sería la labor que realizaría Cambó dentro de la ponencia, integrada por el republicano Joan Molas y también por el miembro de la Lliga Bonaventura Plaja, que tenía por objetivo plantear la reorganización de los servicios municipales, empezando por un tema harto polémico: el reglamento de los empleados y funcionarios municipales. Este proyecto, titulado «Renovación de los servicios municipales», tenía que poner fin a la situación de interinidad y de abusos constantes. Tenía que concretar las características de los empleados y funcionarios, el sistema de acceso y de promoción, el régimen disciplinario, la remuneración y los derechos pasivos con el fin de terminar con las situaciones anómalas y los múltiples abusos. Por indicación de Cambó, se requerirá la condición de letrado para el responsable de las secciones y que todos los concursos sean públicos. El debate más largo y tenso en el seno de la Comisión fue la propuesta de Cambó, que exigía el conocimiento del catalán a los letrados, cuestión que provocó la ruptura de voto de tres concejales republicanos que se manifestaron en contra, aunque finalmente se aprobó por tan solo un voto de diferencia. A continuación se creó también el Negociado de Estadística, Padrón y Elecciones, dirigido por Manuel Escudé i Bartolí, que en el año 1903 empezaría a publicar el *Anuario Estadístico de la Ciudad de Barcelona*, obra que Prat de la Riba considerará «un documento de inapreciable

valor en el que palpita todo un programa de reformas».

El hecho de que los catalanistas tenían las ideas claras de lo que querían quedó reflejado cuando, el 16 de enero de 1902, justo al inicio de su mandato, consiguieron que se aprobase, a propuesta de Puig i Cadafalch, la creación de la Junta de Museos, que centralizaba los diferentes centros artísticos municipales y que tendría un papel sumamente decisivo en el futuro de la vida cultural de la ciudad.[41]

Un año después, el 9 de julio de 1903, el Ayuntamiento aprobó las bases para un «Concurso Internacional de anteproyectos de enlace de la zona del Eixample de Barcelona y los pueblos agregados, entre sí y con el resto del término municipal de Sarriá y Horta». El jurado de este concurso, integrado por Cambó, Puig y el contratista de obras republicano Juli Marial, otorgó el primer premio al arquitecto occitano Leon Jaussely.[42]El proyecto incluía las infraestructuras viales, los enlaces ferroviarios, las zonas verdes, los servicios públicos, los centros culturales y cívicos. El Plan Jaussely, que culminaba el Plan Cerdá, recibió los elogios de la mayoría de los urbanistas, que valoraban muy positivamente la pretensión de hacer de Barcelona una capital europea, aunque también despertó las críticas de algunos propietarios que se vieron afectados.

Otra pieza clave de la reorganización interior del Ayuntamiento se basaba en fortalecer la economía municipal ante su tradicional escasez de recursos, dado que la Ley de Régimen Municipal no permitía que los ayuntamientos tuvieran créditos a corto plazo. Por esta razón, a propuesta de los concejales de la Lliga, se recurrió a un contrato de tesorería con el Banco Hispano Colonial, presidido por el marqués de Comillas, que fue aprobado por el Ayuntamiento de Barcelona el 2 de noviembre de 1905 y autorizado por el gobierno de Madrid al año siguiente.

Entretanto, los planes de reforma interna puestos en marcha por Ildefons Sunyol condujeron al descubrimiento de que la fuente principal de ingresos del Ayuntamiento, el famoso impuesto indirecto sobre «los consumos»,[43]era el centro predilecto de las corruptelas practicadas por muchos concejales dinásticos y también por algunos republicanos. El proyecto de nuevo presupuesto para el año 1903, preparado por Sunyol y presentado a la Comisión de Hacienda, pretendía liquidar el déficit municipal mediante nuevos arbitrios sobre comercio e industria y arrendar el impuesto de consumos. No

obstante, esta racionalización fiscal creó muchos problemas, como las protestas de los gremios de comerciantes, y, sobre todo, encontró una dura resistencia por parte de los concejales dinásticos. Francesc Cambó, en dos artículos publicados en *La Veu*, expuso sintéticamente la propuesta de los concejales de la Lliga.[44]Era preciso acabar con la corrupción existente y que los servicios municipales funcionasen mejor, por esto los catalanistas planteaban una propuesta ambiciosa, a largo plazo. Según Cambó, la modernización municipal exigía inicialmente medidas duras, e incluso poco populares, pero que permitirían alcanzar buenos resultados a medio plazo. No hay que olvidar que la estrategia principal de los catalanistas era la exigencia de más atribuciones económicas y políticas a los ayuntamientos: la descentralización de los grandes servicios y más participación en el reparto de los impuestos estatales.

Tensiones y crisis en la ciudad y en la Lliga Regionalista

Mientras ocurría esto en el Ayuntamiento, la ciudad vivía una situación extremadamente crítica que significó una suerte de prueba de fuego política para la Lliga Regionalista. Esta formación mostró entonces una notable inseguridad e inmadurez ante tres cuestiones fundamentales: los conflictos sociales, la actitud ante la monarquía y la represión gubernamental del catalanismo. ¿Qué actitud habían de adoptar los catalanistas frente a la conflictividad laboral?; ¿cómo tenían que actuar ante el nuevo monarca, Alfonso XIII, y, en general, ante la monarquía española?; ¿cómo había que responder a la represión realizada por el gobierno Sagasta? Hacer frente a estas cuestiones implicaba aclarar temas importantes de orden doctrinal y, sobre todo, definir con más claridad la estrategia y la táctica política, tanto en Barcelona como en Madrid. Esta compleja situación coincidía con la presencia de Francesc Cambó en el Ayuntamiento de Barcelona como concejal y también como miembro de la dirección de la Lliga Regionalista.

Durante los primeros meses de 1902 estalló una huelga general obrera que afectó notablemente a la vida de la ciudad y que fue seguida de una oleada de represión política puesta en marcha por el gobierno Sagasta, que se centró tanto en las sociedades como en las

publicaciones obreras, republicanas y, sobre todo, catalanistas. El enfrentamiento entre las organizaciones patronales y los sindicatos obreros desembocó en la gran huelga general de la ciudad de Barcelona, iniciada el 17 de febrero y seguida por unos ochenta mil trabajadores industriales. El tumulto duró una semana y provocó violentos incidentes en las calles, con diez muertos y treinta heridos. La radicalidad del conflicto obligó a la Lliga a definirse explícitamente como formación que defendía los intereses de los empresarios. Desde *La Veu* se acusó a los grupos anarquistas y al gobierno de Madrid de haber provocado el conflicto: los primeros por ser revolucionarios intransigentes y el segundo por mostrarse incapaz de mantener el orden público y la paz social.

Sin embargo, según la tesis política fundamental de los integrantes de la Lliga, defendida por Prat y por los editoriales de *La Veu*, la huelga general era obra de unos provocadores enviados por el gobierno de Madrid, los lerrouxistas, que habían engañado a los trabajadores barceloneses. Esto marcará el inicio de la gran campaña contra los lerrouxistas, que serán calificados de «agitadores de oficio a sueldo del gobierno que tratan de desviar la opinión». Se intentó evitar con toda clase de argumentos el reconocimiento de que en el seno de la sociedad catalana había una gran confrontación de intereses entre la patronal y los trabajadores. Había que ocultar la existencia de la lucha de clases. El gobierno Sagasta y los provocadores lerrouxistas pasaron a ser «los verdaderos culpables».

Sin embargo, dos hechos casi simultáneos tendrían una gran repercusión en la dirección de la Lliga Regionalista y acentuarían las vacilaciones y los conflictos internos, fruto de la falta de definición. La detención, y posterior enfermedad, de Enric Prat de la Riba, que lo apartó de la dirección política del partido entre el verano de 1902 y el mes de junio de 1903, y la muerte repentina, en abril de 1902, del doctor Bartomeu Robert, principal parlamentario de la Lliga Regionalista.

El 2 de abril de 1902, un juez militar decretaba la detención de Enric Prat de la Riba, en su condición de director de *La Veu de Catalunya*, por haber reproducido en este diario los días 16 y 17 de marzo el breve artículo «Separatismo en el Rosellón», de *L'Independent* de Perpiñán. Tras declarar ante el juez militar y ser interrogado por el fiscal militar, Prat fue encarcelado y no se le puso en libertad hasta

transcurridos cinco días, cuando pasó a la condición de arresto domiciliario.

No ha trascendido demasiado que Francesc Cambó también se vio implicado en este asunto, ni él mismo lo contó, y que el 6 de abril fue citado por el juez militar de Barcelona para ser interrogado como redactor de *La Veu de Catalunya*. Efectivamente, el 7 de abril, Cambó se presentó ante la autoridad militar y tuvo que declarar, en primer lugar, que tenía veinticinco años, que era soltero, que ejercía de abogado y que vivía en la calle Consell de Cent, 230, 1.º, de Barcelona. No obstante, no dijo que era concejal del Ayuntamiento de Barcelona. Lo que sí afirmó fue que era redactor del diario catalanista desde su fundación, pero que solo iba a la redacción cuando llevaba un artículo para publicar. Asimismo declaró que la decisión de las publicaciones dependía de Prat, el director, y del redactor jefe, Raimon Casellas. Aseguró que ignoraba si Prat había ordenado o no la publicación del famoso artículo y que creía que no existía ninguna relación política entre el periódico catalanista y el de Perpiñán. Respecto al contenido del artículo, Cambó intentó exonerar a Prat sosteniendo ante el juez militar que él consideraba que aquel texto pretendía

> demostrar a los catalanes de España que sueñan con la anexión a Francia, como remedio a nuestros males, que van completamente equivocados, como lo demuestran las quejas y protestas contra el Estado francés que consignan algunos catalanes de Francia en el remitido que publica *L'Independent*.

Cambó concluyó su declaración afirmando que «si en España no estamos tan bien como quisiéramos, en Francia estaríamos mucho peor».[45]

Prat de la Riba fue liberado el 7 de abril y quedó en arresto domiciliario, pero la causa se prolongó. El 3 de mayo el fiscal militar pidió su reingreso en prisión, pero fue rechazado por el juez. El 22 de mayo, Prat obtuvo la condición de libertad provisional, fue indultado el 5 de junio y la causa no quedó definitivamente desestimada hasta el 1 de julio. En aquellos momentos ya se había detectado que padecía la enfermedad de Basedow, hecho que le obligó a dejar buena parte de su actividad política y periodística y después, ya en el mes de septiembre de 1902, a retirarse al sanatorio francés de Durtal, en Puèi de Domat, donde permaneció internado durante diez meses.

Tres días después de la liberación de Prat, el doctor Robert, el

político de la Lliga Regionalista más popular, más prestigioso y el parlamentario más activo y destacado, moría de un infarto. Era una pérdida insustituible. La ausencia de los dos políticos con más autoridad en el seno de la Lliga —Prat y Robert— provocó un notable desconcierto. Al diputado y fabricante Albert Rusiñol le correspondió asumir la presidencia provisional del partido, pero su escasa experiencia política, unida a una tibia catalanidad, no tardó en provocar enfrentamientos con Domènech i Montaner y otros miembros de la dirección.

Aquel mismo mes de abril, faltos de una dirección con autoridad y criterio, los concejales de la Lliga tuvieron que enfrentarse a un problema político de especial gravedad en el Ayuntamiento de Barcelona: sumarse o no a las fiestas organizadas para celebrar la mayoría de edad del rey Alfonso XIII. En efecto, el 17 de mayo de 1902, el monarca cumplía dieciséis años y asumía las funciones de jefe de Estado. Se ponía fin a la regencia de su madre, María Cristina de Habsburgo. El gobierno Sagasta había pedido a todos los ayuntamientos de España que celebrasen el acontecimiento organizando actos y fiestas populares, pero aquello exigía que los consistorios votasen unos créditos extraordinarios. La posición de los concejales de la Lliga no era fácil. Por un lado, estaba la voluntad de los catalanistas de romper con el conformismo tradicional del consistorio barcelonés respecto a todo cuanto procedía del gobierno de Madrid y, por consiguiente, el deseo de acabar con la subordinación de los partidos dinásticos. Ahora bien, alinearse con los republicanos y boicotear las fiestas también tenía costes políticos, ya que aquello molestaría a los sectores más moderados de la Lliga, que eran promonárquicos, o como mínimo antirrepublicanos. Encontrar un equilibrio, una especie de equidistancia, entre el monarquismo y el republicanismo sin provocar el descontento de algún sector del partido no era sencillo. Además, la dirección de la Lliga recibía numerosas presiones, desde el obispo de Vic, Josep Torras i Bages, hasta los presidentes de las entidades patronales, para que no se ofendiese a la familia real. Entre los concejales de la Lliga predominó entonces una reacción espontánea de rechazo a todo lo que viniese del gobierno y del sistema centralista. Querían manifestar claramente su irritación ante la detención de Prat y la actuación del gobierno Sagasta. Esta actitud era, seguramente, producto de la irritación más que de un

antimonarquismo coherente. Así pues, la propuesta de un crédito extraordinario de 75.000 pesetas hecha por el alcalde de la ciudad, el liberal Joan Amat, para celebrar la entronización de Alfonso XIII fue rechazada por los concejales catalanistas y republicanos, que sumaron 27 votos frente a los 14 favorables a la propuesta del alcalde.

Al parecer, fue el propio Francesc Cambó quien ofreció como alternativa a la propuesta del alcalde que la ciudad votase un crédito extraordinario para recuperar las fiestas de la Mercè, que aunque se habían establecido en el año 1871, no se celebraban desde hacía cinco años, en 1897. La trascendencia política de la posición adoptada por el consistorio barcelonés era notable. Por más que los concejales catalanistas insistieran en que la votación no iba en contra de la persona del nuevo monarca, ni tampoco contra la monarquía, sino contra el gobierno Sagasta, la noticia que acaparó todos los periódicos catalanes y españoles era que la ciudad de Barcelona, con el voto de los catalanistas y de los republicanos, se negaba a participar en las fiestas en honor del rey y, en cambio, organizaba las fiestas de la Mercè. De todos modos, esta actitud de protesta de los concejales de la Lliga pronto se vio reforzada a causa de la persistente represión gubernamental contra todo tipo de manifestaciones de catalanismo. El 4 de junio, por ejemplo, la autoridad militar prohibió la celebración de los Juegos Florales en la ciudad de Barcelona y hubo que trasladar dicho certamen literario a Sant Martí del Canigó, en la Cataluña francesa, el 11 de septiembre de 1902.

Sin embargo, a mediados del mes de mayo, la noticia de un posible viaje del joven rey a Barcelona para las próximas fiestas de la Mercè provocó un gran nerviosismo. Francesc Cambó estaba entonces muy preocupado por el compromiso que supondría para los concejales catalanistas una visita real en aquellas circunstancias. Por este motivo le pidió por carta a Prat, a principios del mes de junio de 1902, que convocara una reunión urgente de la dirección de la Lliga para tratar del asunto.[46]Finalmente, la visita real se aplazó, pero es muy significativo que dirigentes de la Lliga, como Cambó, consideraran un error político boicotear la estancia del monarca en la ciudad. No era un problema de simple táctica. Las diferencias, de hecho, eran de concepción política general del partido y de la posibilidad de conseguir beneficios parciales. Una actitud intransigente con la institución monárquica, como la de los republicanos, condenaba a la

Lliga Regionalista a una cierta marginalidad y dificultaba que prosperara cualquier demanda intermedia por vías legales. La Lliga arrastrará esta contradicción a lo largo de dos años. Con todo, era un contrasentido mantener una posición de rechazo público a la monarquía y después ir a los ministerios de Madrid a pedir concesiones como el concierto económico, o más atribuciones para los ayuntamientos controlados por ellos.

El concejal Cambó frente a la corrupción: el caso del gas Strache

Francesc Cambó tuvo una intervención muy destacada en un escándalo que adquirió gran notoriedad en la vida de Barcelona y tuvo una repercusión apasionada en la prensa: el llamado caso del gas Strache. Este fue, sin lugar a duda, el primer asunto que le proporcionó popularidad durante su permanencia en el Ayuntamiento como concejal y, políticamente, aprendió mucho, puesto que entonces se percató de cómo funcionaba el mundo de la baja política, las extrañas relaciones entre intereses económicos y política municipal, y las dificultades que entrañaba enfrentarse con quienes hacían un uso constante de la demagogia y la mentira. Según el propio Prat de la Riba, aquello fue «una guerra larga y acalorada, con toda clase de emboscadas y trampas».[47]

La cuestión del suministro de gas a la ciudad era compleja: había dos compañías, la Catalana de Gas y Electricidad y la Compañía de Gas Lebón, que en 1900 habían decidido incrementar en cinco céntimos el precio del metro cúbico, lo que provocó una gran protesta ciudadana. El Ayuntamiento, principal cliente con el alumbrado público, decidió convocar un concurso público para el suministro, pero solo se presentó una empresa, la Compañía Internacional del Gas de Agua, que era propiedad del doctor Strache de Viena. No obstante, este sistema de gas de agua obligaba a realizar unas obras importantes en las instalaciones de gas utilizadas hasta entonces. Los concejales catalanistas, que inicialmente eran partidarios de la municipalización del servicio, empezaron a sospechar que detrás de la propuesta de Strache había intereses oscuros, dada la insistencia de cierta prensa republicana, especialmente de los periódicos *La Publicidad* y *El Diluvio*,

en elogiar las excelencias del sistema Strache.

Desde finales de 1902 hubo debates encarnizados en el consistorio, sobre todo en las comisiones del Eixample y de Hacienda, de las que formaba parte Cambó. La mayoría de los concejales proponían negociar con la empresa Strache, pero debido al alto coste de la concesión, había que hacer una emisión especial de deuda municipal. En junio de 1903, Cambó presentó a la Comisión de Hacienda un dictamen en contra de la concesión porque las condiciones económicas eran muy desfavorables para el Ayuntamiento, ya que no se trataba de crear una empresa municipal, sino de comprar la patente a Strache por una cantidad muy elevada, 14 millones de pesetas —el presupuesto ordinario municipal anual era de unos 39 millones—, y, además, el Ayuntamiento tenía que construir nuevas fábricas de gas, que serían utilizadas por esta empresa. No obstante, había un dictamen de los técnicos municipales que recomendaba el nuevo sistema de fabricar gas a partir del agua ofrecido por la empresa Strache. Por otro lado, dicha compañía, que parecía muy interesada en conseguir a cualquier precio el monopolio del suministro de gas a la ciudad, no dudó en relacionarse directamente con la mayoría de los concejales dinásticos y unos cuantos republicanos para obtener, de este modo, la concesión sin problemas, pese a la oposición de los catalanistas. Pronto comenzaron las presiones sobre los concejales catalanistas y se puso de manifiesto que los republicanos (Narcís Buxó, Josep M. Serraclara, Francesc de P. Nebot i Cantí) estaban vinculados a los intereses de la empresa Strache y que, además, una parte de la prensa de Barcelona cobraba de la compañía austríaca. A los concejales de la Lliga les llegó la información de que la compañía austríaca estaba dispuesta a repartir un millón de pesetas en sobornos entre los concejales y los funcionarios municipales.

Parecía que la mayoría de los concejales, los dinásticos y buena parte de los republicanos, votarían a favor de una concesión rápida a la empresa Strache y que querían neutralizar como fuera las críticas de la minoría catalanista, que, encabezada por Cambó, consideraba que había que sacar un nuevo concurso público de alcance internacional y tratar de crear una compañía municipal de gas. De este modo, en julio de 1903 se presentaron al plenario del consistorio del Ayuntamiento dos dictámenes opuestos: el favorable a la empresa

Strache y el contrario redactado por Cambó, y se tenía que votar. Hubo una campaña en la prensa a favor de Strache y en contra de las pretensiones de los concejales catalanistas, en la que destacaron los artículos del periódico republicano *El Diluvio*. En una primera votación los partidarios de Strache, dinásticos y republicanos, ganaron por 22 votos contra 13, pese a una significativa abstención o ausencia de 15 concejales. De todos modos, los letrados asesores jurídicos del Ayuntamiento suspendieron el acuerdo señalando que había numerosas irregularidades en la adjudicación.

Fue entonces cuando Francesc Cambó sufrió un primer intento de soborno, después de diversas amenazas y por último una querella judicial: un periodista de *El Diluvio*, que era ex sacerdote, le llevó un sobre con dinero para que no asistiese a la sesión decisiva en la que tenía que defender su dictamen. Cambó se negó, fue amenazado y a la postre denunciado ante el juzgado por parte de Josep Samsó, antiguo concejal y ex vocal de la Comisión del Eixample, «por injurias». El 18 de agosto de 1903, el juez interino del distrito del Parque de Barcelona dictaba la suspensión cautelar de Francesc Cambó del ejercicio del cargo de concejal mientras se examinaba la querella. Aprovechando las circunstancias, aquel mismo día los concejales republicanos Serraclara y Nebot presentaron la propuesta de adjudicar el concurso a la empresa Strache con carácter de urgencia en un pleno extraordinario del Ayuntamiento. Con una presencia mínima de concejales —era mediados de agosto— la propuesta se aceptó por ocho votos contra cinco. La maniobra de desprestigiar a Cambó denunciándolo y dejándolo fuera de juego parecía haberse consumado.

Sin embargo, Francesc Cambó reaccionó con rapidez. El sábado 22 de agosto visitaba al gobernador civil, Carlos González Rothwos, para denunciar aquella maniobra y la posible complicidad de la judicatura. La gestión tuvo éxito, porque cinco días después, el 27 de agosto, un nuevo decreto judicial dejaba sin efecto su suspensión. A ello probablemente contribuyó la rotunda defensa que el propio Cambó había hecho de sí mismo mediante la publicación de cinco artículos en *La Veu de Catalunya*, entre los días 8 y 31 de agosto, en los que explicaba con detalle todo aquel asunto, denunciaba la persecución a la que estaba sometido y citaba los nombres y apellidos de los concejales corruptos. Por su parte, Jaume Carner y Josep Puig i

Cadafalch asumieron la dirección de la lucha en el seno del Ayuntamiento y denunciaron públicamente a los concejales corruptos y las amenazas recibidas por Cambó. El escándalo fue tan sonado que el gobernador civil se vio obligado a intervenir y la mayoría de los concejales republicanos reaccionaron y censuraron la actitud de sus compañeros corruptos. Finalmente, en octubre de 1903, el dictamen a favor del gas Strache fue rechazado por la mayoría municipal en una larguísima sesión. Aquella fue una gran victoria del tándem Cambó-Carner. A la postre, la concesión del gas recayó nuevamente en la empresa Lebón, sociedad francesa que algunos barceloneses calificaban de *la mauvaise* (la mala), con unas condiciones muy favorables a la compañía, puesto que el ayuntamiento barcelonés no tenía capacidad financiera para municipalizar el servicio de alumbrado de la ciudad.

Esa actitud firme de Cambó frente a los negocios sucios que se promovían en el Ayuntamiento de Barcelona le dio gran prestigio político. Empezaba a ser un hombre conocido, y buena parte de la prensa, no solo la catalanista, lo presentaba como el concejal combativo que había denunciado con éxito un caso escandaloso de corrupción municipal. Sin embargo, pocos meses después, la compañía beneficiada en aquel asunto, la del Gas Lebón, no tenía inconveniente alguno en financiar indirectamente a la Lliga Regionalista. De este modo, adquirió cuatro acciones del periódico *La Veu de Catalunya* por un valor de diez mil pesetas; aunque sabían que no era una inversión económicamente rentable, sí lo era políticamente.[48]

En lo relativo a su relación con compañías de transporte público, en 1905, cuando Francesc Cambó era concejal de la Comisión de Nuevos Servicios Públicos, intervino en la decisión de conceder la explotación de gran parte del servicio de transporte público (tranvías) a la sociedad Les Tramways de Barcelone, Société Anonyme, constituida en Bruselas el 10 de agosto de 1905 con un capital de once millones de francos belgas.[49]La negociación de esta concesión permitirá a Francesc Cambó conocer personalmente a Danie Nusbaum Heineman, nombrado director delegado de la Société Financière de Transports et d'Entreprises Industrielles, SOFINA el año anterior y hombre de confianza de la familia Rathenau, propietaria de AEG, en lo relativo a la proyección exterior de la gran empresa alemana.[50]

De las actuaciones de Francesc Cambó como concejal de

Barcelona cabe destacar asimismo la intervención en los incidentes que se produjeron en torno a la muerte de Jacint Verdaguer el 10 de junio de 1902. Al enterarse de que mossèn Jacint Verdaguer se estaba muriendo en Vila Joana, en Vallvidrera, Narcís Verdaguer, que era primo suyo, suplicó a Cambó que impidiese que los sectores republicanos que habían publicado sus escritos, «En defensa propia», capitalizasen su muerte y que echase de aquella casa a toda la gente que merodeaba en torno al poeta. En sus *Memorias*, Cambó explica que fue él quien convenció al alcalde de Barcelona, Joan Amat, de que el Ayuntamiento se encargase de todo y organizase el entierro oficial de Verdaguer.[51]Cuenta que él mismo llevó el cadáver del poeta a la ciudad para exponerlo en el Salón de Ciento y que después participó en la organización del entierro, que fue, como es bien sabido, el más multitudinario de cuantos se hubieran celebrado en Barcelona hasta entonces. No obstante, hay que relativizar el protagonismo de Cambó en este asunto, porque, en primer lugar, la comisión municipal que tenía que ocuparse del entierro de «mossèn Cinto» estaba integrada por seis concejales: Roig i Torres, Lluch, Selvas, Mans, Fabra Ledesma y Cambó. Por consiguiente, fueron estos seis, y no solo él, los que fueron a Vila Joana acompañados de guardias municipales, expulsaron a la gente que rodeaba el cadáver y condujeron los restos de mossèn Cinto hasta el Salón de Ciento. Es más, el encargado oficial de organizar el ceremonial del entierro no fue Cambó, sino el arquitecto municipal Falqués.

Asimismo, hay que señalar de su etapa de concejal el gran éxito, que en sus *Memorias* se atribuye, de las recuperadas fiestas de la Mercè en septiembre de 1902.[52]Es cierto que fue él quien diseñó el carácter de las fiestas y se pasó todo el verano en Barcelona organizándolas. Cambó sabía que lo que más éxito había tenido en las fiestas de la Mercè del año 1871, cuando se crearon, había sido llevar a la ciudad manifestaciones de las más variadas fiestas mayores, tradiciones y personajes populares de toda Cataluña. Así pues, Cambó invitó a las fiestas de Barcelona a grupos de toda índole, desde gigantes y cabezudos hasta *patums* y *castellers*, y organizó conciertos del Orfeó Català y de los Coros de Clavé, además de bailes de sardanas en los barrios. Las coplas ampurdanesas que llevó a Barcelona para aquellas fiestas de la Mercè hicieron una espectacular demostración de sardanas, una danza entonces casi desconocida en la ciudad. Dado que

él era de los pocos barceloneses que sabían «contar y repartir» no paró de enseñar a bailar.

Una de las últimas intervenciones de Cambó en calidad de concejal, antes de agotar el mandato a finales de 1905, tuvo lugar el 27 de octubre de aquel mismo año, cuando en un plenario municipal pidió explicaciones al alcalde dinástico Gabriel Lluch de por qué en un viaje oficial a Zaragoza, y sin haberlo consultado previamente en el consistorio, había ofrecido la vara del alcalde Rius i Taulet a la Virgen del Pilar.

Durante los años en que ejerció el cargo de concejal, Cambó dejó de vivir en una pensión —la última fue la de la calle Consell de Cent, 230— y alquiló un piso en la plaza de Sant Miquel n.º 3, al lado del Ayuntamiento, donde también instaló su primer despacho de abogado. Había decidido aprovechar las relaciones y el prestigio que le proporcionaba el cargo de concejal para crearse un futuro profesional como abogado. Su hermana pequeña, Cristina, se trasladó a vivir con él para encargarse de la administración de la casa. Su padre, Miquel Cambó de Traver, que seguía con interés su carrera política y que más de una vez le había prestado ayuda económica, murió en Besalú a principios de diciembre de 1903. Francesc Cambó, como heredero principal, pasó a gestionar el patrimonio familiar y tuvo que hacerse cargo de la manutención no solo de su hermana Cristina, sino también de su madre y de su hermana mayor, Dolors, que vivían en Besalú.

Los enfrentamientos y tensiones dentro de la Lliga

En septiembre de 1902, pese a que no tuvo lugar el viaje del rey, el empeoramiento de su salud obligó a Prat a acudir al sanatorio de Durtal, mientras Albert Rusiñol asumía la presidencia en funciones de la Lliga. En aquellos momentos era evidente que dentro de la dirección del partido catalanista convivían tendencias diferentes y enfrentadas: el grupo formado en torno a Prat de la Riba y *La Veu*; los republicanos del Ateneu; el sector más vinculado a los intereses de las corporaciones económicas y patronales; el sector de los católicos vinculados al obispado y, finalmente, un grupo más heterogéneo de profesionales liberales. Aunque externamente las divergencias políticas no aparecían y la Lliga mantenía la imagen de formación

cohesionada y representativa, internamente las discrepancias se intensificarían en el año 1903 y desembocarían en la crisis de 1904.

A todo esto hay que añadir el ambiente enrarecido creado en el seno de la política española por la presencia del catalanismo en las Cortes y su fuerza en el Ayuntamiento de Barcelona. A partir de 1901, se abrieron grandes controversias en los medios políticos, periodísticos e intelectuales de Madrid sobre lo que constituía la gran novedad: la irrupción del catalanismo político. Se publicaron numerosos artículos y libritos, se celebraron conferencias y debates en los que predominaban posicionamientos hostiles, o por lo menos muy reticentes, respecto a las intenciones de los catalanistas. Esta actitud era la que imperaba, a pesar de que algunos catalanistas no dejaban de manifestar signos de moderación e intentaban aproximarse a los movimientos regeneracionistas españoles, especialmente al de las cámaras de comercio y a la Unión Nacional inspirada por Joaquín Costa y dirigida por el empresario aragonés Basilio Paraíso. Querían coincidir con estos sectores en las demandas de reformas administrativas de carácter descentralizador y en el concierto económico provincial.

No obstante, desde la muerte del doctor Robert la imagen de inoperancia de los parlamentarios de la Lliga era tal que, en diciembre de 1902, el sector más vinculado a los intereses económicos adoptó una iniciativa política importante al margen de la dirección de la Lliga: los cuatro presidentes de las entidades catalanas más representativas —Felip Bertran d'Amat, de la Sociedad de Amigos del País; Ignasi Girona, del Institut Agrícola Català de Sant Isidre; Lluís Ferrer-Vidal, del Foment, y Raimon d'Abadal, del Ateneu— decidieron acudir a Madrid. Allí mantuvieron entrevistas con el que era el nuevo jefe del gobierno desde el 6 de diciembre, el conservador Francisco Silvela, y con la reina madre, María Cristina, en un significativo acto de desagravio hacia la institución monárquica. Las corporaciones catalanas parecían actuar, una vez más, por su cuenta, al margen de la Lliga Regionalista.

El año 1903, pese a ser exitoso desde el punto de vista personal para Francesc Cambó como concejal de Barcelona, en el terreno más general fue bastante negativo para la Lliga Regionalista, que sufriría tres derrotas electorales consecutivas, hecho que agravaría la crisis interna. Los fracasos electorales pusieron de manifiesto la confusión

política existente dentro del partido como consecuencia de dos factores externos y uno interno. Los primeros eran los efectos políticos de la irrupción triunfal en Barcelona del lerrouxismo, es decir, de una tendencia muy radical y demagógica del republicanismo, y también del miedo social generado en el seno de los sectores más conservadores de la ciudad por la huelga general de febrero de 1902. Como hemos visto, estos acontecimientos acentuaron las actitudes conservadoras y antirrepublicanas dentro de la Lliga y finalmente se produjo la ruptura de la alianza municipal. El factor interno era la constatación de que la ausencia de Prat de la Riba, todavía ingresado en el sanatorio de Durtal, había dejado al partido sin una dirección efectiva. Prat era un claro referente de autoridad, puesto que todos los dirigentes de la Lliga acudían a él para informarle con todo detalle de los problemas del partido y para pedirle su opinión.

Las tensiones internas se incrementaron todavía más en la Lliga cuando hubo que confeccionar la candidatura para presentarse a las elecciones a diputados el 30 de abril de 1903, convocadas por el nuevo gobierno conservador presidido por Antonio Maura. La crisis evidenciaba la falta de autoridad del presidente del partido, Albert Rusiñol. Lluís Domènech y Jaume Carner denunciaron por escrito a Prat de la Riba la deriva hacia la derecha católica y antiliberal que estaba experimentando el partido y la actitud «rebelde» de algunos de los políticos más jóvenes, en clara referencia a Francesc Cambó y Lluís Duran, que actuaban por su cuenta en el seno de la Lliga sin tener autoridad para ello.[53]Finalmente, tomó la dirección efectiva de la Lliga Regionalista el terceto formado por Lluís Domènech, Jaume Carner y Lluís Duran. Decidieron que la candidatura por Barcelona estaría integrada por dos de los antiguos diputados —Rusiñol y Domènech—, por dos representantes del sector más liberal y contrario a cualquier alianza con los católicos, carlistas y dinásticos —Jaume Carner e Ildefons Sunyol— y por un representante del mundo empresarial —Lluís Ferrer-Vidal, entonces presidente del Foment. En Barcelona, la derrota frente a los republicanos, que con más de 35.000 votos consiguieron que saliesen elegidos sus cinco diputados (Salmerón, Lerroux, Vallès i Ribot, Junoy y Anglès), fue espectacular, puesto que los catalanistas de la Lliga, con unos 11.000 votos, solo obtuvieron los escaños de los dos antiguos diputados, Albert Rusiñol y Lluís Domènech.[54]

Esta derrota agravó la difícil situación del partido catalanista. Se veían atacados por un republicanismo muy radicalizado que ya no quería pactar con ellos en el Ayuntamiento, por imposición de Lerroux. Además, el dinastismo oficial, dinamizado ahora por el nuevo proyecto conservador de Antonio Maura, les disputaba la influencia entre los sectores católicos y los empresarios. En esta situación, la Lliga Regionalista difícilmente podía continuar manteniendo una actitud reticente, e incluso hostil, respecto a la monarquía y a los grupos dinásticos si, además, tenía que enfrentarse al «peligro» lerrouxista.

La confusión se manifestaba también en el hecho de que cada dirigente expresaba su opinión libremente sin buscar el consenso. Así pues, Francesc Cambó y Lluís Duran i Ventosa, que representaban al sector defensor de las alianzas con la extrema derecha, no solo no eran autocríticos con sus posiciones, sino que las defendían con gran seguridad e incluso con un exceso de optimismo. En una carta a Prat de la Riba, Francesc Cambó sostenía que «la tormenta republicana pasará rápido», y creía que la Lliga se recuperaría pronto —«tendremos tanta o más fuerza que antes»—. El joven concejal ampurdanés estaba convencido de que «la unión de los elementos conservadores y de orden nos garantizará la victoria».[55]Para Cambó la opción era clara: la Lliga tenía que ser la fuerza política que representase a los sectores acomodados y conservadores de la ciudad para hacer frente al republicanismo lerrouxista.

No obstante, aquel mismo día Domènech i Montaner escribía a Prat explicándole la situación de Barcelona en términos totalmente diferentes.[56]Él era pesimista, consideraba que la Lliga era «una jaula de grillos» a causa de los enfrentamientos. La situación era tan extrema que, según él, Carner y Sunyol amenazaban con abandonar la Lliga para crear una «izquierda regionalista», y las propuestas de Rusiñol habían provocado una «protesta general» y una total confusión: «todo el mundo dimitía: Duran, Cambó —quizás el culpable de todo—». En el sector más liberal de la Lliga empezaba a extenderse la imagen de que Francesc Cambó era un intrigante y un manipulador.

Era evidente que los aspectos más catalanistas del programa de la Lliga Regionalista habían dejado de ser prioritarios para dar paso a la defensa de los intereses sociales más conservadores. No obstante, Prat

de la Riba matizaba un poco parte de la opinión de Cambó. En una carta enviada a Domènech poco después, consideraba que la Lliga tenía que ser en primer lugar el único polo de atracción de toda la derecha catalana, de los católicos y de los no católicos, con el fin de luchar «bajo la misma bandera autonomista».[57]Más adelante, una vez conseguida la autonomía, sería conveniente, incluso necesaria, la existencia de un partido católico y de otro de izquierdas, ambos catalanistas. Es decir, mientras la lucha política se librase contra la izquierda radical de Lerroux y contra el centralismo de Madrid, era preciso constituir un solo bloque conservador y catalanista, después ya se vería.

La última derrota electoral fue en las elecciones municipales de noviembre de 1903. Una vez más, las rivalidades internas sobre quién debía figurar en la candidatura por Barcelona provocaron tensiones hasta que al final se impusieron los defensores de una candidatura integrada preferentemente por representantes de los gremios de comerciantes y de los fabricantes, en detrimento de los políticos catalanistas.[58]De nuevo la derrota fue notable: los republicanos consiguieron diecinueve concejales y más de 28.000 votos, mientras que la candidatura de la Lliga, que justo alcanzaba los 12.000 votos, solo obtuvo siete concejales. Peor todavía: los republicanos pasaban a disponer de la mayoría absoluta en el consistorio barcelonés.

Estos resultados negativos incrementaron las tensiones en el seno de la Lliga. Los recelos se manifestaron claramente en la Junta General de Barcelona que se celebró el 29 de noviembre con el objetivo de elegir a una nueva dirección. La candidatura «oficial», en la que predominaban los partidarios del acuerdo conservador y del orden, no fue elegida íntegramente a causa de la oposición del sector más liberal. Alguno de los más afectados, como el historiador Josep Pella i Forgas, denunció que en aquella reunión, a la que asistieron 120 socios, había predominado «un ambiente de casino».[59]A principios de enero de 1904, una nueva reunión de la Junta Directiva decidía una reorganización del partido que venía a demostrar que Francesc Cambó todavía tenía un papel político relativamente secundario en la Lliga. Así pues, mientras Lluís Duran se encargaba de la presidencia de la comisión dedicada a estudiar el programa político y Jaume Carner presidía la comisión de organización electoral, Francesc Cambó solo formaba parte de la comisión secundaria de servicios administrativos,

junto con su amigo Josep Bertran i Musitu.

Era de sobra evidente que la Lliga Regionalista estaba perdiendo buena parte de la influencia política que había tenido dos años antes en Barcelona. Las victorias republicanas habían fortalecido notablemente a Lerroux, que empezaba a organizar demostraciones de fuerza en la ciudad con multitudinarias «meriendas fraternales» y mítines masivos.[60]La práctica totalidad de las tendencias republicanas barcelonesas, incluidos los federales, parecían haber aceptado el liderazgo de Lerroux. Incluso el viejo Valentí Almirall, que murió un año después, prestó su apoyo explícito a la candidatura de la Unión Republicana que, encabezada por Lerroux, se enfrentó a la de la Lliga en las elecciones de aquel mismo año.

Los dirigentes de la Lliga, preocupados por la formación de un gran frente republicano, censuraron duramente a los federales por aliarse con anticatalanistas tan notorios como Lerroux. A partir de este momento, los miembros de la Lliga dedicarán todos sus esfuerzos a divulgar la tesis de que Lerroux era un provocador de disturbios enviado por el gobierno de Madrid. El propio Cambó escribió un artículo en el que reproducía unas supuestas cartas de dicho líder republicano a un anarquista de Palamós incitándolo a promover huelgas en las fábricas de corcho de Palafrugell y Palamós.[61]

A pesar de estas denuncias, el dominio republicano sobre Barcelona se iba consolidando. Cuando el 1 de enero de 1904 se formó el nuevo consistorio, en el que Cambó seguía siendo concejal, los republicanos tenían mayoría absoluta y controlaban las comisiones más importantes, mientras que los catalanistas, convertidos en oposición, veían peligrar sus proyectos de transformación de la ciudad y de reforma del Ayuntamiento.[62]Pese a esta situación, tanto Cambó como Puig supieron moverse con habilidad dentro del consistorio hasta conseguir que algunos de sus proyectos más fundamentales —concesiones de nuevos servicios públicos, el Plan Jaussely, el contrato con el Banco Hispano Colonial para construir la vía Laietana— fuesen también aceptados por los concejales republicanos. Años más tarde, cuando ya se movía con facilidad por la política española, Cambó consiguió beneficios importantes para el Ayuntamiento de Barcelona y se mostró notablemente generoso con la ciudad que lo había elegido concejal a la edad de veinticinco años.[63]

A finales de 1903 tuvo lugar un cambio político que proporcionó

algunas esperanzas al sector más moderado de la Lliga, el que defendía un cierto entendimiento con conservadores de toda clase. El 4 de octubre se había formado un nuevo gobierno en Madrid, presidido por el conservador Antonio Maura, que ya había anunciado que presentaría en el Congreso un proyecto de ley de reforma de la administración local que afectaría a la composición y atribuciones de los ayuntamientos y diputaciones provinciales. Aunque parecía que el proyecto de Maura no iba a recoger los principales puntos políticos del programa de la Lliga Regionalista —como el concierto económico—, algunos dirigentes del partido, y en especial Prat de la Riba, que ya había regresado a Barcelona, no dudaron en considerar que tarde o temprano habría que entenderse y negociar con el nuevo líder de los conservadores españoles. El gobierno Maura abría unas posibilidades políticas que los miembros del sector más pragmático de la Lliga, entre ellos Francesc Cambó, no tenían intención de despreciar.

La entrevista de Cambó con el rey y la escisión de la Lliga

Los motivos del gobierno Maura para organizar un viaje del joven rey a Cataluña eran evidentes. La intención era acercar al monarca al pueblo, dar prestigio a la monarquía y contrarrestar el efecto del boicot del viaje del año 1902. No obstante, no dejaba de ser un atrevimiento llevarlo a Barcelona, una ciudad en la que predominaban unos republicanos harto radicales y unos catalanistas poco o nada monárquicos. Se trataba de una jugada política arriesgada que pretendía obligar a la Lliga Regionalista a definirse, a decidir si quería hacer política dentro de las reglas del sistema de la Restauración, con la posibilidad de obtener algunas compensaciones, o si prefería quedar marginada dentro del bloque de la oposición antidinástica junto con los republicanos. El viaje real, que duraría trece días e incluía la visita a una docena de ciudades catalanas, se preparó con esmero. Incluso el gobernador civil de Barcelona, Carlos González Rothwos, decidió no celebrar una «corrida de toros en honor del Rey ... para no ofender a los auténticos catalanes».[64]

Para llevar a cabo este desafío a la Lliga y a los republicanos, Maura contaba con el apoyo de los sectores católicos de la ciudad, sobre todo del grupo dirigido por el poderoso marqués de Comillas,

Claudio López Bru, y también de muchos dirigentes de las corporaciones económicas de Cataluña. Por otro lado, el viaje se producía en un momento de confusión política en la Lliga y de disputas internas. Uno de los políticos que poco después abandonaría la Lliga, Joaquim Casas-Carbó, destacó el papel clave que empezaba a desempeñar Francesc Cambó en lo que terminaría desencadenando la crisis política de abril de 1904:

> Los liberales-demócratas que actuaban en el seno de la Lliga Regionalista y en *La Veu de Catalunya* no pudieron impedir el predominio en ellas del elemento conservador, y más que conservador reaccionario. Los *leaders* efectivos ya no eran el doctor Robert ... ni Domènech, ni Carner ... los *leaders* efectivos eran Cambó y Prat.[65]

La tesis que defendía Prat, y también Cambó, era muy diferente. Consideraban que la lucha que existía dentro de la Lliga la había provocado un pequeño grupo muy politizado, puritano y esencialista en exceso, el de la gente de izquierdas, que querían convertirla en un partido típico de la Restauración. Los de la «peña del Ateneu» eran considerados demasiado republicanos, de querer imponer un programa radical, rozando el todo o nada. Y por si fuera poco, defendían candidaturas integradas solo por políticos y despreciaban la presencia de industriales y comerciantes. De hecho, las discrepancias reflejaban también la falta de definición política del partido, que estaba experimentando un notable crecimiento en cuanto a influencia y a militantes, sobre todo en la ciudad de Barcelona, y que se esforzaba por integrar a gente de procedencias muy diversas.

De todos modos, la confusión política y las ambigüedades acerca de cómo actuar afectaban a la mayoría de los dirigentes de la Lliga, incluso a Francesc Cambó. Este último, por ejemplo, había publicado un confuso artículo en *La Veu* a finales de 1904, en el que se posicionaba contra un posible viaje del rey Alfonso XIII a Barcelona. Lo denunciaba como una maniobra del gobierno Maura para comprometer a los catalanistas, puesto que el activismo radical de los lerrouxistas había conducido a las clases acomodadas hacia posiciones muy conservadoras y promonárquicas. Sin acabar de definirse con precisión, pero con evidente mala intención, Cambó anunciaba que ante la visita del rey, los catalanistas solo tenían dos opciones: o bien silbarle o bien aceptarlo, pero que una actitud de simple inhibición no tenía sentido alguno.[66]

Cuando a principios de marzo de 1904 se confirmó la noticia del

próximo viaje real a Cataluña, inmediatamente estallaron grandes discusiones en el seno de la Lliga. No tardaron en aparecer dos posiciones: los más liberales, dirigidos por Domènech, Carner, Sunyol y Casas-Cardó, eran partidarios de abstenerse de cualquier intervención en las recepciones y actos reales. Consideraban que el programa político catalanista ya había sido presentado en el Congreso de los Diputados por Robert y Domènech, y que todavía no había ninguna respuesta favorable a la autonomía, ni por parte del anterior gobierno liberal ni por el nuevo del conservador Maura. Sostenían que la Lliga no podía asociarse a ningún acto destinado a honrar a un rey y a un gobierno que no se habían dignado a dar respuesta a las aspiraciones catalanas. Para ellos, el viaje real era un acto perverso de Maura para hacer ostentación de la monarquía y para dividir al pueblo catalán. Además, estaban convencidos de que el gobierno pretendía ridiculizar al catalanismo presentándolo como una causa reducida, como una minoría perturbadora, contestataria y nada representativa de la sociedad.

En cambio, los elementos conservadores de la Lliga, que también integraba a algunos individuos claramente monárquicos, consideraban que esta institución era un instrumento fundamental para la defensa del orden social y que, por ello, los catalanistas no podían alinearse con los republicanos de Lerroux. Este sector pensaba, además, que si el viaje del rey, pese al boicot o la inhibición, resultaba un éxito político, el prestigio de la Lliga y de la causa catalana quedarían deteriorados. El joven abogado Josep Bertrán i Musitu, que empezaba a ser amigo personal de Cambó en la Lliga, fue sin duda el dirigente que más presión ejerció a favor de una acogida cordial al monarca. A pesar de su juventud, era ya un importante empresario, había sido directivo de la Liga de Defensa Industrial y Comercial y de la Unión Regionalista polaviejista y estaba muy bien relacionado con el mundo de los grandes negocios.[67]Josep Bertrán —Pep o Pepito, como lo llamaba Cambó— sería durante muchos años el representante más evidente del sector promonárquico dentro de la Lliga Regionalista, de los más vinculados al mundo de los grandes negocios y, también, el de menos sensibilidad catalanista.

En una reunión de la Junta Directiva de la Lliga, a la que asistieron medio centenar de personas en función de sus cargos —diputados, senadores, concejales y directores de publicaciones—, tan

solo una minoría defendió que había que acoger con cordialidad al monarca y al gobierno Maura. Predominó claramente el sector partidario del abstencionismo, que incluía desde algunos viejos catalanistas —como Domènech y Abadal— hasta los republicanos de la peña del Ateneu —Carner, Sunyol, Giralt, Lluhí— y también a personas de posiciones intermedias, como Joan Ventosa o Joan Pijoan. Se eligió una comisión, integrada por Sunyol, Carner, Abadal y Prat, para que, recogiendo el criterio mayoritario en sentido abstencionista, redactase el manifiesto oficial de la Lliga ante el viaje del rey. Algunos concejales discreparon ostensiblemente por esta posición y no tardaron en manifestarse públicamente en contra. El presidente del Foment del Treball Nacional, Lluís Ferrer-Vidal, que era miembro de la Lliga, hizo un llamamiento público para que se acogiese al rey con la máxima cortesía y para «hacerle presente las aspiraciones económicas de Cataluña».[68]

Unos días antes de su llegada, Domènech denunciaba a Prat que algunos diputados, senadores y concejales de la Lliga pretendían romper el acuerdo y, en referencia a la influencia de los empresarios dentro del partido, sentenciaba: «Tenemos jefes, gente y dinero, pero el dinero hace de cabeza y los jefes de cola».[69]Domènech, que aparecía como el más vehemente defensor de la posición de boicot al viaje real, consideraba que si el gobierno Maura, aprovechando la ocasión del viaje, satisfacía algunas demandas, como el puerto franco en Barcelona, o aceptaba la diputación única catalana, conseguiría un gran apoyo del pueblo catalán. Sin embargo, el gobierno Maura ya había anunciado que haría solamente pequeñas concesiones de carácter administrativo. De hecho, lo único relevante, dada la insistencia de la demanda, fue la creación de la Escuela Industrial de Barcelona.

Por su parte, Francesc Cambó publicó en *La Veu* un artículo en el que aseguraba que al monarca le llegaría «la impresión del descontento general, de la protesta casi unánime por la política del Estado español».[70]Este texto, que era ambiguo pero no pusilánime, se interpretó posteriormente como una especie de insinuación de que había que presentar al rey las reivindicaciones catalanas.

El manifiesto oficial de la Lliga se publicó en *La Veu* el 6 de abril, justo el día de la llegada del monarca, bajo el título «Al pueblo catalán» y estaba firmado por Albert Rusiñol, en calidad de presidente,

y por Joan Ventosa i Calvell, que había sido elegido secretario de la Junta Directiva en noviembre de 1903, en sustitución de Lluís Duran i Ventosa. Tras recordar las reivindicaciones fundamentales del catalanismo y la nula respuesta de los gobiernos españoles, declaraba que «la Lliga Regionalista no puede, en semejantes circunstancias, asociarse a las manifestaciones de alegría impropias de las preocupaciones del presente y de las amenazas del futuro».[71]El texto reafirmaba la heterogeneidad circunstancial del partido, dado que «en él caben monárquicos y republicanos, caben todas las opiniones y creencias, ya que la causa de Cataluña es una causa nacional».

Sin embargo, el paseo del joven rey por las abarrotadas calles de Barcelona el 6 de abril representó un triunfo político del gobierno Maura y también para el propio rey. Ante esta situación, dos concejales catalanistas, Alexandre M. Pons y Josep Pella i Forgas, defensores de la necesidad de presentar al rey las exigencias catalanas, se pusieron en contacto con el alcalde, el monárquico Guillem Boladeres Romà, y un funcionario «de Palacio» para informarles de la posibilidad de que esto se llevase a cabo durante la visita del rey al Ayuntamiento, al día siguiente, 7 de abril. Se celebró una reunión urgente de concejales catalanistas, sin la presencia de Sunyol, en la que hubo un gran debate y, finalmente, se acordó por mayoría realizar un acto reivindicativo ante del rey, aunque aquello supusiese romper el acuerdo adoptado por la Junta Directiva. Se manifestaron en contra seis concejales: Carner, Giralt, Abadal, Pijoan, Albó y Pla i Deniel; y a favor nueve: Pons, Mas i Cuadros, Serra, Pella, Cambó, Bogunyà, Peris, Nubiola y Rogent. Estos encargaron a Francesc Cambó, como concejal más joven, que pronunciase un discurso reivindicativo ante el rey. Se informó de ello a Prat, que dio su consentimiento.

Así pues, el 7 de abril a las cuatro de la tarde, en el despacho del alcalde de Barcelona, Francesc Cambó, tras anunciar que hablaba en nombre de los concejales catalanistas, leyó ante Alfonso XIII un breve texto en castellano,[72]en el que, después de reconocer que la ciudad de Barcelona había recibido al monarca con gran cortesía, afirmó que quería hablarle «con catalana franqueza y con toda lealtad» y porque «esta ciudad, Señor, no se siente feliz». Cambó le planteó al monarca la necesidad que tenía la ciudad de Barcelona de disponer de «libertad para dar expansión a sus fuerzas y energías», y argumentó que esta se veía impedida por la existencia de una legislación que «oprime y

ahoga». Se lamentaba de que «el Ayuntamiento no tiene libertad de acción ni medios económicos. De lo que paga el pueblo para el fomento de la Ciudad, solo en una parte mínima en la Ciudad se queda». Sostenía que para progresar económicamente era preciso disponer de muchos medios más «y por ello los regionalistas pedimos todas las autonomías de los organismos naturales: de la región, del municipio, de la familia». Por último aseguraba que si en España se conseguía un régimen general de autonomías, no solo su pueblo se haría más grande, sino también «su rey». Era el discurso de un reformista respetuoso con el sistema político vigente.

En el texto de Cambó no hubo ninguna alusión al hecho de que el catalanismo era accidentalista en la cuestión de régimen político. La apelación directa al monarca se había convertido, desde la presentación del Memorial de Agravios a Alfonso XII, el 10 de marzo de 1885, en un instrumento político de los catalanistas, porque consideraban que dirigirse al jefe del Estado sin intermediarios resultaba útil para denunciar públicamente a los gobiernos y sus políticas. Aquel acto de Francesc Cambó sin duda estaba inspirado en el que se llevó a cabo tres años antes, cuando el alcalde checo de Praga leyó un largo memorial reivindicativo ante el emperador Francisco José de Austria. El propio Cambó escribió entonces un artículo en *La Veu* elogiando la actitud del alcalde checo y destacando la gran importancia política de aquel proceder.[73]

La respuesta del monarca al discurso de Cambó fue muy breve y se limitó a recordar que dar satisfacción a las demandas políticas de los catalanistas era tarea del gobierno y de las Cortes, no del jefe del Estado. Hubo también respuestas evasivas por parte del ministro de la Guerra, el general Linares, presente en el acto, y al día siguiente de Maura. La ausencia de Maura en el acto y el hecho de que el rey eludiera la cuestión mermaron la importancia que los concejales catalanistas querían darle al mensaje, puesto que esperaban, como mínimo, una respuesta concreta por parte del rey o del presidente del gobierno.

El acto de Cambó, pese a su limitada trascendencia política, provocó grandes protestas y también adhesiones que dividieron la Lliga y provocaron una gran escisión. Al día siguiente apareció una dura nota de cuatro concejales contrarios al acto de Cambó —Carner, Sunyol, Giralt y Pijoan— que fue publicada en todos los diarios de la

ciudad, a excepción de *La Veu de Catalunya*, donde no se mencionó por orden de Prat y Casellas. No obstante, este periódico publicó al día siguiente una nota de Prat que trataba de restar importancia al asunto y un artículo de Lluís Duran, «El rey de los concejales», en el que defendía la actitud de Cambó y ratificaba el accidentalismo del partido catalanista. En sus *Memorias* Cambó ofrece una versión muy particular de este incidente. No habla de la nota de los cuatro concejales contra su acto, ni de que no la publicara *La Veu*, y sostiene que la gran mayoría de los centros y de los militantes de la Lliga aprobaron «con entusiasmo mi golpe de audacia», algo que no era cierto.[74]En ningún momento menciona que gran parte de la prensa, incluso la catalanista, informaba de que el acto de Cambó provocaría tarde o temprano una crisis en el seno de la Lliga Regionalista. En general, la prensa conservadora y monárquica de la ciudad, como *La Vanguardia* y *Diario de Barcelona*, elogiaron el acto de Cambó, mientras que la de Madrid, con titulares como «Los catalanistas presentan cuentas», destacaba la poca educación del concejal, ya que, ignorando el protocolo, había realizado una intervención impertinente que había cogido desprevenidos al rey y al gobierno.

Lluís Domènech estaba indignado. Consideraba que la acción de Francesc Cambó dividía a los catalanistas de la Lliga en monárquicos y republicanos. Mientras la prensa republicana de Barcelona publicaba mensajes y cartas de apoyo a los concejales contrarios al acto de Cambó, *La Veu* tan solo recogía cada día los nombres de los que enviaban felicitaciones, la mayoría conocidos empresarios, aunque también había intelectuales destacados como Joan Maragall o Narcís Oller.

Prat de la Riba, desde *La Veu*, defendió sin ambages la actuación de los concejales que habían roto el acuerdo de la Junta Directiva y publicó artículos que justificaban el acto y que incluso lo enaltecían, mientras se negaba a hacer públicos los textos críticos y las censuras. El ataque más duro contra Cambó apareció el 14 de abril en el semanario catalanista *Joventut*, una publicación relativamente afín a la Unió Catalanista. Era el artículo «Fivallers de guardarropía», firmado por la redacción, aunque muchos estaban convencidos de que era de Lluís Domènech i Montaner.[75]En él Cambó era calificado de «concejal ex-casi-regionalista» y se advertía, sobre todo, que su acción significaba la división inevitable de la Lliga, además de denunciar los

intereses políticos que había detrás de todo aquello: «Detrás de estos Fivallers hay maquiavelos baratos, más o menos admiradores de Tizza y de Maura, que ellos y nosotros conocemos de sobra. Sería conveniente desenmascararlos».

Se produjo un acontecimiento que acabó por reforzar la posición del sector conservador de la Lliga Regionalista: el atentado contra Antonio Maura, perpetrado el 12 de abril en las calles de Barcelona, del que salió con heridas leves. Este acto terrorista provocó una gran reacción de condena y de adhesión al jefe del gobierno por parte de numerosas personalidades y entidades de la ciudad, que incluso convocaron el cierre de las tiendas en señal de protesta. Sin embargo, esta movilización de censura del atentado se convirtió en una contundente defensa de los valores más conservadores, católicos, antirrepublicanos e incluso antiliberales. Esta reacción ciudadana, animada por la prensa monárquica —desde el *Diario de Barcelona* hasta *La Vanguardia*—, fue utilizada también por *La Veu de Catalunya* para sumarse a las críticas contra los elementos que querían «republicanizar el catalanismo».[76]

Los catalanistas conservadores aprovecharon los dos últimos días de la presencia del rey y de Maura en Cataluña para hacer hincapié en las perspectivas políticas que ofrecían las promesas reformadoras que anunciaba el presidente del gobierno. Maura en persona, y con gran habilidad, manifestó que las reivindicaciones que le habían presentado las corporaciones económicas catalanas eran justas y les pidió su colaboración en la tarea de regenerar España. Una vez finalizado el viaje real a Cataluña, la prensa catalana, todas las tendencias incluidas, coincidió en que había sido útil para relacionar al monarca y al gobierno Maura con los elementos más representativos del mundo económico catalán, y eso significaba también un cierto triunfo del sector del catalanismo más partidario de alcanzar acuerdos con el gobierno central.

Francesc Cambó, en sus *Memorias*, sostiene que su acción ante el rey pretendía también impedir que Maura aprovechase el éxito de la visita real para reorganizar y fortalecer el partido conservador de Cataluña con la intención de debilitar a la Lliga Regionalista y hacer «retroceder el proceso de recatalanización de la burguesía catalana».[77]Según él, gracias a su iniciativa la Lliga consiguió cohesión política y se consolidó como el partido de «toda la gente conservadora

y de orden».

No obstante, la Lliga Regionalista vivía momentos de gran tensión interna. Se celebró una reunión tumultuosa en la Junta Directiva en la que abundaron los enfrentamientos verbales. Dimitió el presidente Albert Rusiñol y fue nombrada una comisión mediadora encargada de reorganizar el partido y de definir su estrategia, integrada por el propio Rusiñol, Prat, Abadal y Carner. Propusieron la creación de un organismo de dirección reducido y con poderes ejecutivos, aunque siempre dependería de una Junta Directiva más amplia. Así nació la famosa Comisión de Acción Política de la Lliga Regionalista, que duraría hasta la guerra civil.

Era evidente que el sector conservador llevaba la iniciativa, que Carner y Domènech estaban cada vez más aislados y que Prat de la Riba tenía el apoyo de Albert Rusiñol y de Raimon d'Abadal, así como de buena parte de los dirigentes. Efectivamente, Prat defendía públicamente el éxito político del acto de Cambó y lo presentaba como el ejemplo táctico de lo que debería ser la política de la Lliga. El accidentalismo del partido catalanista implicaba, según él, la necesidad de establecer relaciones con el poder político de Madrid, fuese del color que fuese: «El catalanismo no es monárquico ni republicano. Que cada uno tenga su propio criterio acerca de los problemas de la organización pública, pero que no busque fuera de Cataluña la fórmula y la dirección para llevarla a cabo».[78]

El 18 de junio de 1904 se convocó una Junta extraordinaria de la Lliga en la que se aprobó sin problema alguno la propuesta de Prat de crear una Comisión de Acción Política con poderes ejecutivos plenos e integrada por cinco personas. La gran polémica surgió al proponer a los miembros de dicha comisión, cuya lista había sido elaborada por Prat y Rusiñol y presentada por Pere Rahola, amigo íntimo de Cambó de cuando estudiaba en Gerona. Los cinco propuestos eran Rusiñol, Prat, Abadal, Cambó y Carner. La presencia de Cambó, «el principal enemigo» de los liberales, y la ausencia de Domènech provocaron airadas protestas. Se afirmó que no había ponderación entre las tendencias. Los liberales exigieron la presencia de Domènech, como elemento de garantía del catalanismo histórico, en lugar de Cambó. Esto provocó el rechazo de los conservadores, pese a que Raimon d'Abadal se ofreció para ser excluido, en caso necesario, y poder llegar a un acuerdo. La reunión de la Junta terminó con un gran escándalo,

griterío y enfrentamientos personales. Inmediatamente se produjo la dimisión de Carner, que se negó a formar parte de la Comisión. Por su parte, Domènech, en una durísima carta dirigida a Prat, anunció también su baja de la Lliga: «entrega demasiado el movimiento a la venalidad insustancial de unos y al cinismo aventurero y carente de reflexión de otros».[79]

De este modo, en julio de 1904, los que quedaban de la Lliga constituyeron la nueva Comisión de Acción Política, pero sorprendentemente ahora solo estaría formada por tres personas. Habían desaparecido de la propuesta los nombres de Rusiñol, Abadal y Carner, y tan solo figuraban Prat y Cambó, con la incorporación de Lluís Duran i Ventosa, un hombre muy vinculado personalmente a Prat y a Cambó. Albert Rusiñol mantenía el cargo, más bien honorífico, de presidente de la Junta Directiva, y Pere Rahola ocupaba el de secretario de la Junta. El triunvirato Prat-Cambó-Duran alcanzó poderes casi absolutos desde el momento en que su cargo pasó a ser vitalicio. Pronto se produjo una cierta división de funciones: Prat se encargaría de la política catalana, Cambó de la española y Duran de la de Barcelona. Muchos años después, Lluís Duran reconoció que esta Comisión de Acción Política, formada por estos tres hombres, funcionó siempre sin «la menor grieta en cuanto a la unanimidad de las decisiones».[80]

Si bien el 10 de julio se llevó a cabo un banquete de «hermandad», en el que hablaron Rusiñol, Prat, Cambó y Abadal, no se pudo ocultar el hecho de que numerosos militantes y dirigentes habían abandonado la Lliga: de los antiguos miembros de la Junta Directiva ya no estaban ni Domènech, ni Carner, ni Sunyol, ni Giralt ni tampoco Joan Ventosa. Este último, que había sido secretario en la última Junta Directiva, fue durante un tiempo director del portavoz de los disidentes, el semanario *El Poble Català*, pero a principios de 1905 regresó a la Lliga.[81]Sin ser dirigentes destacados también se dieron de baja Lluhí i Rissech, Casas-Carbó, Gomis, Rodon y otros muchos.

Lluís Domènech i Montaner era, con mucho, el más indignado por todo aquel asunto. En una entrevista al periódico *Noticias*, atribuyó a Rusiñol y a Abadal la representación del sector «dinástico-maurista», a Prat del «reaccionario-clerical» y a Cambó «la representación pasional».[82]Su odio hacia Cambó era evidente. Según Raimon Casellas, «Domènech está excitadísimo y furioso contra la

Lliga. De Cambó dice que acabará en presidio».[83]Los reproches que se lanzaban unos a otros durarían muchos años.

Como ya hemos mencionado, los escindidos de la Lliga Regionalista fundaron el semanario *El Poble Català*, que al cabo de un año se convirtió en un periódico y se erigió en la alternativa progresista a la cada vez más conservadora posición de *La Veu de Catalunya*. Domènech, desde este periódico, se mostraba convencido de que la Lliga solamente ejercería influencia entre la «gentecilla del comercio y aprendices», mientras que a los escindidos de izquierdas les seguirían los intelectuales y las clases medias.[84]El diagnóstico de Prat era bien distinto. En unas notas manuscritas de 1907, que nunca se publicaron, escribió:

> Para nosotros no era ningún secreto el sentimiento republicano de la mayoría de nuestros antiguos compañeros, enseguida nos percatamos de que no era su sentimiento catalanista, sino su mentalidad republicana, lo que les sublevaba frente al criterio de libertad proclamado por la Lliga con motivo de la visita del rey a Barcelona.[85]

Tras la escisión, la Lliga Regionalista se consolidó como el partido de las clases acomodadas y medias de Barcelona, y después de las catalanas, lo que la obligará a situarse dentro del sistema político de la Restauración. De forma progresiva se convertirá en sustituto del partido conservador. No obstante, entre sus dirigentes había una cierta preocupación por lo que podían hacer los catalanistas de izquierdas. Su actitud fue negarles toda representatividad y credibilidad. Como antes hiciera con ellos *La Renaixensa*, ahora será Prat quien, desde *La Veu*, acuse a los catalanistas demócratas y liberales de ser un sector muy minoritario y poco representativo y, lo que es peor, de ser unos simples «disidentes». Según Prat y Cambó había que establecer una ortodoxia muy clara: los catalanistas auténticos eran solo ellos, los de la Lliga Regionalista y de *La Veu*. Fue entonces, a principios de 1905, cuando la Lliga Regionalista se presentó por primera vez a las elecciones provinciales sin nadie del sector de izquierdas. Aunque la victoria de los republicanos fue clara, consiguieron entrar en la Diputación de Barcelona con cinco diputados catalanistas, entre ellos Enric Prat de la Riba, que fue elegido por el distrito Barcelona-Badalona.

En primavera de 1905, dos desgracias familiares afectaron profundamente a Francesc Cambó: la muerte, en marzo y abril, prácticamente una tras otra, de sus dos hermanas, Dolors y Cristina,

que tenían poco más de veinte años y con las que se sentía muy unido. Ambas murieron de tifus, la primera en la casa de Besalú y la segunda en su piso de Barcelona. De la numerosa familia Cambó, ahora tan solo quedaban él, que administraba el patrimonio familiar, y su madre, Josepa, que tenía sesenta años y que aún viviría veinte años más entre Besalú y Verges y después más cerca de él, en Vilasar de Mar y Barcelona. Abatido y deprimido por este doble fallecimiento, durante aquella Semana Santa se trasladó al Monasterio de Poblet acompañado de su amigo Josep Pijoan y de dos conocidos intelectuales catalanistas, más mayores y reconocidos referentes culturales: el profesor Antoni Rubió i Lluch, que tenía cuarenta y nueve años, y el poeta Joan Maragall, de cuarenta y cinco. Cambó y Pijoan, en cambio, no llegaban a los treinta.[86]

Francesc Cambó abandonó durante unos meses la actividad política: primero se fue a Italia, acompañado de Josep Puig i Cadafalch, que le hizo de guía, y posteriormente, durante los meses de mayo y junio realizó un largo viaje por Europa, en el que visitó París y Londres. En sus *Memorias* confiesa que durante este viaje estuvo a punto de casarse, pero nunca menciona quién pudo haberse convertido en su mujer, lo trataremos más adelante.[87]En esta misma época cambió otra vez de piso en Barcelona: dejó la pequeña vivienda que tenía alquilada en la plaza de Sant Miquel y se trasladó, junto con su despacho, a otra más grande en la calle Trafalgar.

Gran parte del verano de 1905 la pasó en Barcelona participando en las actividades del Ayuntamiento y en las reuniones de la dirección de la Lliga que debían abordar la nueva situación política provocada por la caída del gobierno Maura a causa de la primera de las numerosas intromisiones del rey Alfonso XIII que conllevó la dimisión del político mallorquín. El propio Cambó destacará en sus *Memorias* que Maura dimitió entonces «para mantener la dignidad del poder civil ante una intolerable intromisión regia».[88]La dimisión del gobierno conservador propició que en junio de 1905 se formase un nuevo gobierno presidido por el viejo liberal gallego Eugenio Montero Ríos, que procedió a la obligada convocatoria de elecciones a las Cortes, fijadas para el 10 de septiembre.

El 30 de agosto se anunció que la candidatura de la Lliga Regionalista por la ciudad de Barcelona estaría integrada por Ignasi Girona, presidente del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro; Josep

Pella i Forgas, presidente de la Sociedad Barcelonesa de Amigos del País; Francesc Cambó, «concejal, abogado y propietario»; Josep Puig i Cadafalch, «concejal, arquitecto y propietario», y Frederic Rahola, economista y vicepresidente del Foment del Treball Nacional. Era la primera vez que Cambó se presentaba como candidato a diputado de las Cortes. No resultó elegido, aquella fue su primera derrota.

La Lliga Regionalista se presentaba a las elecciones generales del 10 de septiembre de 1905 sin la presencia del sector de izquierdas en sus candidaturas. Pese a que los editoriales de *La Veu* hicieron un llamamiento para «conseguir el renacimiento integral de nuestra tierra», de hecho, durante toda la campaña electoral se puso de manifiesto que los ligueros buscaban el voto conservador, el de las clases acomodadas y de los sectores empresariales, pero sin dejar de presentarse como la única propuesta de país. La propia composición de las candidaturas hacía gala de ello. En el caso de la ciudad de Barcelona, había dos representantes de los sectores económicos y fracasó el intento de presentar como candidato al escritor Joan Maragall. Según Prat de la Riba, la candidatura de la Lliga carecía de un representante de los intelectuales que había de figurar «junto con el fabricante, el agricultor, el artista y el político» —se refería a Rahola, Girona, Puig y Cambó—. Sin embargo, el «poeta» se negó y el historiador Josep Pella ocupó su lugar. Durante la campaña, Cambó intervino en diversos mítines y fue presentado por Prat de la Riba como el representante de «la voluntad consciente de Cataluña en la acción, en la lucha por conseguir el objetivo deseado de la plena reconquista de sus derechos como pueblo» y como el futuro hombre de acción de la Lliga en Madrid.[89]

En Barcelona, las elecciones representaron una nueva victoria de los republicanos, que obtuvieron más de 25.000 votos y consiguieron la elección de sus cinco candidatos: Rafael Rodríguez Méndez, Nicolás Salmerón, Pere Pi i Sunyer, Alejandro Lerroux y Emili Junoy. Los catalanistas de la Lliga solo consiguieron colocar como diputados a dos de sus candidatos, Girona y Rahola, los más vinculados a los sectores empresariales, con unos 14.000 votos. Francesc Cambó, que obtuvo 13.736 votos, quedó en octavo lugar de los siete que se elegían. Fue su primera derrota. Aun así, la Lliga había experimentado un cierto incremento de votos, unos 2.500 más respecto a los obtenidos dos años antes. Al relativo fracaso electoral se añadió el

escándalo provocado por uno de sus candidatos, el historiador Josep Pella i Forgas, que falsificó de manera burda unas actas para tratar de salir elegido. Esta acción fue denunciada ante la Junta Electoral y la dirección de la Lliga no tuvo más remedio que expulsarlo del partido.

En el ámbito más general, los catalanistas de la Lliga se habían reforzado un poco, puesto que de tener cinco diputados habían pasado a tener siete.[90]De todos modos, el panorama de sus diputados estaba claramente orientado hacia los representantes de los sectores empresariales y se apreciaba una escasa presencia de la nueva élite política: el único elegido realmente vinculado al núcleo dirigente de la Lliga era Josep Bertran i Musitu. En cambio, la mayor parte de sus dirigentes más conocidos habían sido derrotados: Cambó y Puig i Cadafalch en Barcelona, y Joan Ventosa en Torroella de Montgrí. Solo la mitad de los candidatos que se habían presentado resultaron elegidos. Por otro lado, la influencia del partido en el conjunto de Cataluña era muy irregular. Solo tenían presencia en las diputaciones de Barcelona y Gerona. En las comarcas tarraconenses y leridanas, donde casi ni presentaba candidatos a las elecciones municipales ni provinciales, tenía una escasa implantación; en las comarcas de Gerona tenía una mayor presencia, mientras que la influencia más significativa se apreciaba en las comarcas centrales barcelonesas: seis de sus siete diputados resultaron elegidos en distritos de la provincia de Barcelona.

Hacia la construcción de la Solidaritat Catalana

La Solidaritat Catalana fue la primera y la mayor movilización política de signo catalanista de la historia contemporánea. Fue una reacción ciudadana, amplia y espontánea en un inicio, contra unas actitudes y unas políticas gubernamentales consideradas anticatalanas. Por otro lado, esta movilización, que no se puede desvincular del proceso de lucha por conseguir una representación política realmente democrática frente a las manipulaciones electorales de los partidos españoles y de los caciques catalanes, sirvió para extender la causa catalanista al conjunto de Cataluña. No obstante, se trataba de una confluencia de fuerzas políticas ideológicamente tan distantes que, forzosamente, tenía que ser pasajera.

Aquella fue la segunda oportunidad política de Francesc Cambó, que supo aprovecharla hasta que acabó convirtiéndose en el principal portavoz del catalanismo en las Cortes y ante la opinión pública española. Él mismo se dio cuenta de que era el primer gran movimiento de masas de la Cataluña contemporánea y a la vez el primer movimiento de opinión importante que se producía en España después de la crisis de 1898.[91]Nada volverá a ser igual en la vida política catalana después de 1907, ni en la de Francesc Cambó. El éxito electoral solidario consagró la mayoría de edad del movimiento y convirtió al político ampurdanés en un líder reconocido.

Las elecciones municipales del 12 de noviembre de 1905 fueron, en Barcelona, más favorables a la Lliga Regionalista que las anteriores generales. Se había confeccionado una candidatura de coalición con el ultraconservador Comité de Defensa Social, y aunque volvieron a ganar los republicanos, con unos 17.000 votos frente a los 12.000 de la Lliga, la diferencia en cuanto a concejales elegidos era menor: catorce republicanos frente a doce catalanistas. Francesc Cambó no quiso repetir mandato como concejal barcelonés y no figuraba en la candidatura.[92]

Seis días después, el 18 de noviembre, se celebró la cena que pretendía festejar el éxito electoral, «el banquete de la victoria», que tanto alboroto provocaría después a causa de un chiste del dibujante Joan Junceda, publicado en el semanario satírico catalanista *Cu-cut!* el 23 de noviembre. En efecto, en el dibujo se veía a un militar y a un paisano delante del local donde se celebraba el banquete y el diálogo era el siguiente: «¿Qué se celebra aquí que hay tanta gente? / El Banquete de la Victoria. / ¿De la victoria? ¡Ah vaya, serán paisanos!». La respuesta de un grupo de oficiales de la guarnición de Barcelona a esta broma tuvo lugar la noche del 25 de noviembre, cuando asaltaron la redacción del *Cu-cut!*, situada en la Riera del Pi, que quedó totalmente destrozada, la imprenta Galve, donde se imprimía el semanario satírico, en la calle Avinyó, y finalmente la redacción de *La Veu de Catalunya*, sita en la Rambla de las Flores, cuyos muebles fueron arrojados en medio de la calle y quemados.[93]

La indignación ciudadana estalló ante la total pasividad gubernamental, puesto que aquella acción delictiva de los militares de Barcelona no solo quedó sin sanción, sino que incluso fue elogiada por muchas autoridades civiles y militares, por la prensa de Madrid y por

partidos españoles. Esta impunidad era muestra evidente del resurgimiento del militarismo en la vida política española, frente al cual se produjo una actuación vergonzosa de los gobiernos liberales, presididos primero por el viejo Eugenio Montero Ríos y después por Segismundo Moret. La claudicación del poder civil se materializó con la elaboración de una ley denominada de Jurisdicciones, según la cual los delitos de opinión relativos a la patria española y a sus símbolos dependerían de la justicia militar. Dicha ley, que se aprobaría finalmente el 23 de marzo de 1906 bajo el nombre de Ley de represión de los delitos contra la Patria y contra el Estado, significaba que los militares iban a ser los principales jueces de lo que era patriótico y antipatriótico en España. Se trataba de una ley de interpretación muy ambigua que permitiría que todo aquello que se considerase una ofensa a España y a sus símbolos dependiese inmediatamente de la justicia militar.[94]Con ello se consagró la preeminencia de un patrioterismo español notablemente hostil al catalanismo. La prensa de Madrid informó entonces de que había sido Alfonso XIII en persona quien había obligado al gobierno Montero Ríos a elaborar una ley como aquella y que el propio monarca había enviado a los militares de Barcelona un saludo afectuoso por el que se identificaba con «las legítimas aspiraciones del Ejército».

En aquellos momentos se publicaron artículos, incluso en la prensa militar, con notorio carácter anticatalanista. Así, la *Correspondencia Militar*, del 19 de noviembre de 1905, amenazaba a los parlamentarios catalanistas con estas palabras: «Los diputados y senadores catalanistas deben ser inmediatamente eliminados del Parlamento. Ésta es la aspiración del Ejército, aspiración unánime a cuya realización están decididas las Instituciones armadas», y poco después la revista *Ejército y Armada* de Madrid sostenía que «Hay que castellanizar Cataluña. Se debe pensar sólo en español, hablar en español, conducirse como español, y esto de grado o por la fuerza». El resurgimiento del militarismo español preocupó sobremanera a muchos gobiernos europeos. El embajador francés en Madrid, Jules Cambon, expresó a su gobierno la alarma porque «la España de hoy se parece a la de los tiempos de los “pronunciamientos” y de los golpes militares».[95]

Francesc Cambó fue uno de los primeros políticos que reaccionaron ante los acontecimientos del *Cu-cut!* Aquella misma

noche del 25 de noviembre intentó hablar con el gobernador civil de Barcelona y con el capitán general, sin lograrlo. Al día siguiente de los incidentes, tras reunirse con otros dirigentes de la Lliga, se marchó en el expreso de Madrid con el marqués de Camps, que era senador, para protestar ante las autoridades gubernamentales y coordinar las intervenciones de los parlamentarios catalanistas. Es harto significativo que Cambó, sin ser diputado, fuera el hombre de la Lliga encargado de dirigir la política española del partido y de llevar a cabo gestiones políticas en Madrid con el gobierno Montero Ríos, con el líder liberal Moret, con el jefe de la oposición conservadora, Antonio Maura, y que estuviera también presente en los debates que tendrían lugar en el Congreso y en el Senado.

Ante la gravedad de la situación, y gracias a que el marqués de Camps conocía al jefe de la oposición, el conservador Antonio Maura, ambos se entrevistaron con él. Fue el primer encuentro de Cambó con «don Antonio». Tanto él como Camps intentaron convencerlo de que presentase enmiendas al proyecto de suspensión de garantías a Barcelona, que estaba preparando el gobierno Montero Ríos. Cambó, además, hizo una importante oferta política a Maura: la creación de un frente común de catalanistas y conservadores ante el nuevo militarismo.[96]Maura, aun condenando la acción de los militares de Barcelona, recomendó prudencia y silencio, y rechazó la propuesta de Cambó. Este último se entrevistó también con el político liberal Segismundo Moret, que no formaba parte del gobierno porque discrepaba desde hacía tiempo de la política de Montero Ríos. Le pidió que interviniera en el Congreso para detener la oleada militarista y que ejerciera de árbitro o de mediador entre los catalanistas y el gobierno Montero Ríos. Sin embargo, Moret, pese a censurar en privado la acción de los militares de Barcelona, se negó a intervenir en el asunto y a hacer declaraciones públicas que mostrasen discrepancias con el gobierno.

La hostilidad de la prensa madrileña hacia los catalanistas era notable, y no cesaba de expresar su total apoyo a los militares de Barcelona. Cuando el marqués de Camps intervino en el Senado el 27 de noviembre para denunciar lo ocurrido con el *Cu-cut!* y exigir al gobierno que sancionase los delitos y mostró un hacha reglamentaria del cuerpo de ingenieros abandonada en la redacción del semanario catalanista, fue abucheado por la mayoría de los senadores dinásticos,

que no cesaron de lanzar vivas al ejército y a España. Aquel mismo día, el ministro de Gobernación, Manuel García Prieto, anunció en el Congreso que el gobierno presentaría inmediatamente un proyecto de ley para la suspensión de garantías constitucionales en toda España. Los diputados de la Lliga presentes en el Congreso —Rahola, Girona, Bertran, Albó y Soler— estaban atemorizados y no se atrevieron a intervenir.

El decreto de suspensión de garantías fue aprobado por el Senado el día 28 de noviembre y por el Congreso dos días después. Tan solo 6 senadores y 25 diputados votaron en contra. En el transcurso de los debates en el Congreso sobre dicha suspensión de garantías en Barcelona, el viejo dirigente republicano Nicolás Salmerón, ex presidente de la Primera República, pronunció un discurso que lo convertiría en uno de los principales forjadores de la Solidaritat Catalana. Salmerón, que por aquel entonces era diputado por Barcelona, defendió las actitudes cívicas de muchos catalanes y denunció con dureza a los gobiernos españoles por provocar el conflicto existente entre Cataluña y España. El líder republicano finalizó su discurso del día 29 de noviembre con una sorprendente propuesta de acuerdo entre los republicanos y los catalanistas:

> Catalanistas: ¿os ponéis de acuerdo conmigo para llevar la paz a Cataluña? ¿Queréis que vayamos del brazo catalanistas y republicanos a Barcelona para decir: nuestras ideas difieren, nuestras opiniones pueden ir en sentido divergente; pero vamos a exponerlas y sustentarlas en el santo regazo de la madre común España?

Ante la sorprendente propuesta de Salmerón, los diputados catalanistas Francesc Albó y Josep Bertran i Musitu no sabían qué hacer y se lo consultaron a Francesc Cambó, que también estaba presente en el debate. «Hay que aceptar de inmediato», respondió.[97]Albó subió a la tribuna de oradores y contestó: «Nuestra respuesta es afirmativa ... El Regionalismo olvida los agravios ante el bien común y pacta una tregua para la paz social de Cataluña».

El debate prosiguió con la intervención del ministro de la Gobernación, que enfrentándose directamente a Salmerón con vehemencia le recriminó: «¿Qué significa este abrazo de paz entre republicanos y catalanistas para garantizar el orden?». La réplica de Salmerón fue breve y contundente: «No niego que haya monárquicos en Cataluña, pero creo que para la paz la mejor unión es la de republicanos y catalanistas». Empezaba a construirse la Solidaritat

Catalana. El conservador Antoni Maura, también presente en el debate del Congreso, lamentó entonces no haber aceptado el ofrecimiento que Francesc Cambó le había hecho unos días antes.

Como no cesaban las presiones políticas, militares y del propio rey ejercidas sobre el gobierno para que la encargada de juzgar los delitos contra la patria y el Ejército fuese una ley militar, Montero Ríos dimitió, y el 1 de diciembre de 1905 Alfonso XIII nombró nuevo presidente del gobierno a Segismundo Moret, que enseguida se mostró dispuesto a dar satisfacción a las demandas militares nombrando ministro de la Guerra al general Luque, que se había adherido a las felicitaciones a los militares de Barcelona.

El 15 de enero de 1906, Moret presentó el anteriormente mencionado polémico proyecto de ley de Jurisdicciones, que provocaría apasionados debates en el Congreso y en el Senado hasta su aprobación el 23 de marzo. Sin embargo, la oposición parlamentaria a la ley, llevada a las Cortes por los diputados catalanistas, carlistas, integristas y buena parte de los republicanos, encabezados por Salmerón, no se centró, como era de suponer, en la denuncia política ni en su boicot, sino que intentó reformar los artículos para que fueran menos severos. Esto era ya indicio de que los contrarios a la ley, embrión de la futura Solidaritat, se movían dentro de una línea política que procuraba no romper totalmente las relaciones con los órganos estatales y actuaban más como grupo de presión parlamentario, a la espera de un compromiso o pacto, que como enemigos totales del régimen centralista y monárquico. El mismo gesto final de los parlamentarios contrarios a la ley de retirarse del Congreso después de haber colaborado en la redacción de sus artículos no era más que un acto para ganar prestigio ante la opinión catalana, harto sensibilizada durante los debates. Salmerón, en una de sus últimas intervenciones, reiteró con claridad que la propuesta de acuerdo entre los republicanos, los catalanistas e incluso los carlistas no era coyuntural, sino que significaba la constitución del movimiento regenerador de Cataluña y de toda España.

Entretanto, en Cataluña la reacción ante todo lo que sucedía en Madrid consiguió una cohesión ciudadana. En protesta por lo acontecido en el *Cu-cut!* se había producido la dimisión del alcalde de Barcelona, el naviero liberal Ròmul Bosch i Alsina, que fue sustituido por el rico propietario Salvador Samà i Torrents, marqués de

Marianao, también liberal, pero ostensiblemente anticatalanista. El día 28 de noviembre se dio a conocer un manifiesto de las corporaciones económicas de Barcelona que condenaba la actuación de los militares y la inactividad del gobierno liberal. En este mismo sentido los republicanos federales y la Unió Catalanista publicaron diferentes artículos y manifiestos, además de editoriales muy duros de *La Veu de Catalunya*, *El Poble Català* y *La Publicidad*. La discrepancia más importante fue el artículo de Alejandro Lerroux «El alma en los labios», publicado en *La Publicidad* el 9 de diciembre de 1905. Este político apoyaba vehementemente la acción de los militares asaltantes y afirmaba que si él hubiera sido militar también «hubiera ido a quemar *La Veu*, *el Cu-Cut!*, la Lliga y el Palacio del obispo, por lo menos». Aquel durísimo ataque al catalanismo, lleno de insultos, inauguraba la etapa más anticatalanista y anticlerical del lerrouxismo barcelonés.

Por otro lado, desde su constitución, el gobierno Moret había emprendido una acción represiva contra cualquier tipo de manifestación de carácter catalanista. Aprovechando la suspensión de garantías constitucionales en la provincia de Barcelona, una sesentena de publicaciones catalanistas fueron secuestradas o sancionadas, una docena de periodistas detenidos y la mayoría de ellos procesados. *La Veu de Catalunya* estuvo suspendida dos semanas, del 1 al 16 de diciembre, por orden gubernamental, y su director oficial, Ignasi Coma, fue detenido y encarcelado durante algunos días.

El mismo día de la formación del gobierno Moret, el 1 de diciembre, Francesc Cambó, que todavía estaba en Madrid, se sintió amenazado y se marchó rápidamente en tren hacia Francia sin pasar siquiera por Barcelona. Años después, el político liberal José Canalejas le confirmó que la policía de Madrid iba a detenerlo por «peligroso» separatista por orden del nuevo gobierno Moret.[98]Cambó se instaló unos días en Toulouse de Languedoc, donde coincidió con Puig i Cadafalch, que también había huido de Barcelona por temor a un atentado contra él. Joan Ventosa hizo de enlace entre ellos y la dirección de la Lliga en Barcelona durante las dos semanas que permanecieron en aquella ciudad. En sus *Memorias*, Cambó sostiene que en aquellos momentos ya tenía claro que el movimiento fruto del pacto entre catalanistas y republicanos, la futura Solidaritat Catalana, conduciría a una gran victoria electoral que transformaría la vida

política catalana y española.[99]Sin duda se trata de un planteamiento elaborado de forma retrospectiva e interesada. En aquellos momentos, en diciembre de 1905, ni existía la Solidaritat ni se conocía el alcance que tendría el movimiento, ni era previsible a corto plazo la convocatoria de unas elecciones.

En enero de 1906, ya de vuelta en Barcelona, Cambó pudo participar en las primeras instancias organizadoras del movimiento, que se presentaba entonces como claramente defensivo y con la única pretensión de detener la oleada represiva contra el catalanismo y oponerse al proyecto de ley de Jurisdicciones y al crecimiento militarista. Se constituyó así el Comité Ejecutivo de la Solidaritat Catalana, integrado por Josep M. Roca i Roca, conocido periodista republicano director de los populares semanarios *L'Esquella de la Torratxa* y *La Campana de Gràcia*; por el político tradicionalista Miquel Junyent; por el médico Domènec Martí i Julià, entonces presidente de la Unió Catalanista; por el abogado Amadeu Hurtado, antiguo republicano federal y ahora cercano a los catalanistas de izquierdas; y por el propio Francesc Cambó en representación de la Lliga Regionalista.

El hecho de que, desde un principio, se eligiese la palabra *solidaridad* tiene un cierto interés. A aquella movilización ciudadana no se le quiso dar el calificativo de alianza ni de coalición porque eso la restringía a los partidos políticos. Tampoco se emplearon las palabras *unión* o *fraternidad* por las posibles connotaciones republicanas. El concepto de solidaridad se utilizaba entonces principalmente en el socialismo francés como sinónimo de cohesión social. Así pues, se hablaba sobre todo de solidaridad entre clases, que otorgaba a esta noción una connotación más social e incluso moral que política. El movimiento quería representar la acción común, la solidaridad de todos los catalanes, por encima de las diferencias políticas, sociales y religiosas. En realidad, el objetivo era demostrar que aquel movimiento era una reacción de toda la ciudadanía que consideraba que la ley de Jurisdicciones y la política del gobierno Moret era una agresión contra todo el país. La Solidaritat nació, pues, como un llamamiento ciudadano, más allá de los partidos, a participar en una causa civil y democrática. La nueva ley era una amenaza a las libertades de expresión y de manifestación y reducía al mínimo las garantías de defensa de los derechos individuales fundamentales que

ahora serían interpretados por consejos de guerra.

La mayoría de las fuerzas políticas catalanas, desde los carlistas hasta gran parte de los republicanos, además de la Lliga Regionalista, el Centro Nacionalista Republicano y la vieja Unió Catalanista, pronto quedaron integradas en la Solidaritat. Los dos partidos monárquicos españoles —el conservador y el liberal— y los republicanos dirigidos por Alejandro Lerroux quedaron al margen y en gran medida en contra. Una parte significativa del obrerismo catalán se opuso y poco después empezó a construir, como alternativa, una confluencia sindicalista, a su vez notablemente antilerrouxista, que en mayo de 1907 adoptó el nombre de Solidaritat Obrera.

Por toda Cataluña se fueron formando comités y comisiones «pro Solidaritat Catalana», circunstancia que permitió que el movimiento se extendiera desde las grandes ciudades hasta los pueblos más pequeños. En pocos meses la Solidaritat había llegado a todo el país. Progresivamente fue arraigando en Cataluña un nuevo ambiente político, de modo que muchas rivalidades políticas antiguas desaparecieron. El propio Cambó explica el caso de las dos peñas del café El Continental, la de la gente de la Lliga, de la que él mismo formaba parte, y la de los republicanos de *La Publicidad*, dirigida por el diputado Emili Junoy. En pocos meses pasaron de la antipatía y el desprecio a una amistad y colaboración destacada. Un año después, Junoy y Cambó integrarían la misma candidatura solidaria por Barcelona.

El primer acto público solidario no se pudo llevar a cabo en la provincia de Barcelona, afectada por la suspensión de garantías, y se celebró un mitin en la plaza de toros de Gerona el 11 de febrero de 1906. No obstante, al poco de empezar fue interrumpido por una gran tormenta y tuvo que continuar en el teatro principal, pese a la oposición del alcalde de la ciudad, el dinástico Frederic Bassols. El primer manifiesto de la Solidaritat, publicado el 23 de marzo, expresaba de forma clara el carácter del movimiento: «Somos ante todo catalanes dispuestos a sacrificarnos por la patria, la libertad y el progreso. Unámonos todos para luchar con denuedo contra el centralismo y contra el caciquismo».

El 20 de mayo de 1906 tuvo lugar en Barcelona la primera gran manifestación unitaria de los solidarios: fue la Fiesta del Homenaje a los 31 parlamentarios españoles que se habían opuesto a la ley de

Jurisdicciones. Una multitud concentrada en la Diagonal, entre las calles Muntaner y Paseo de Gracia, marchó hasta el parque de la Ciutadella. El desfile duró ocho horas y se calcula que participaron más de 150.000 personas en una ciudad que entonces tenía 550.000 habitantes. Además, el acto contó con la adhesión de 1.300 entidades, desde orfeones hasta ateneos, centros excursionistas y sociedades de todo tipo, que desfilaron con sus banderas y estandartes. Predominaron las banderas republicanas y las señeras. El cónsul francés en Barcelona, Bellisen-Bénac, quedó admirado por aquel «espectáculo inesperado de una manifestación grandiosa que transcurrió en el orden más completo y en calma, y por el silencio de la gran masa que había acudido para participar en las Fiestas del Homenaje de la Solidaritat Catalana».[100]Por su parte, Antonio Rovira i Virgili, entonces un joven periodista que presenció la manifestación, dijo que aquel era «el acto cívico más grande nunca visto en Cataluña».[101]

La transversalidad de aquella revuelta cívica era señal de que las cosas estaban cambiando en Cataluña. Dos días después de aquella gran manifestación, el Ayuntamiento de Barcelona celebraba un acto solemne para incorporar a su Galería de Catalanes Ilustres cinco cuadros que reflejaban que también en el seno de aquella corporación había arraigado el espíritu solidario. Se trataba de las imágenes de los dos ex presidentes republicanos, Estanislao Figueras y Francesc Pi i Margall, del catalanista doctor Bartomeu Robert, del escritor Jacint Verdaguer y del industrial Josep Ferrer-Vidal. El consistorio había decidido, prácticamente por unanimidad, hacer una ceremonia e incluso había invitado a los políticos solidarios más destacados para presidir el acto.[102]

El líder conservador Antonio Maura, entonces en la oposición, fue uno de los políticos españoles que se percataron de la relevancia de lo que estaba ocurriendo en Cataluña. En un informe confidencial de junio de 1906 dirigido al rey Alfonso XIII, el político mallorquín advertía al monarca del peligro que entrañaba un posible éxito electoral del movimiento solidario catalán. Según Maura, no era conveniente convocar elecciones de manera inmediata, puesto que eso agravaría la situación en Cataluña y podría consolidar la Solidaritat, un movimiento que calificaba de «mezcla de los más contrapuestos partidos».[103]Para Maura, lo peor no serían los resultados electorales,

que serían favorables a los solidarios, sino «el obstáculo enorme que la dislocación de las derechas y las izquierdas suscita allí para implantar reformas adecuadas y remediar el disturbio en sus orígenes». Según el líder conservador, la Solidaritat Catalana podía convertirse en «un obstáculo político grave» para cualquier gobierno español.

El mes de julio de 1906 tuvo lugar una visita de políticos de la Lliga Regionalista a Guipúzcoa, invitados por la Liga Foral Autonomista de esta provincia vasca como respuesta a la invitación previa a las Fiestas del Homenaje del mes de mayo en Barcelona. Una comisión integrada por Francesc Cambó, Raimon d'Abadal, Carles de Camps, Josep Bertran y Carles de Fortuny fue recibida con entusiasmo en Tolosa, Hondarribia y Guernica, pero con más frialdad, e incluso hostilidad, en San Sebastián.[104]Dos años atrás, Cambó había realizado un viaje a Guipúzcoa, que no relata en sus Memorias, atraído por la creación en el año 1904 de esta Liga Foral, constituida en defensa del concierto económico provincial y de la autonomía fiscal ante las pretensiones revisionistas del gobierno Maura. Se entrevistó con algunos de sus dirigentes y el año siguiente siguió con atención los éxitos electorales de dicha Liga en las elecciones provinciales de marzo de 1905, en las que la Liga Foral obtuvo una victoria total que le permitió controlar la Diputación de Guipúzcoa, y en las elecciones generales del mismo año todos los diputados elegidos en la provincia tenían el apoyo de la Liga. Sin duda, Francesc Cambó tomó buena nota de este movimiento unitario forjado en Guipúzcoa en torno al concierto económico y de su gran éxito electoral para extraer lecciones de cara a la situación catalana.

Aquel mes de agosto de 1906, Francesc Cambó se desplazó a Suiza y a Londres, donde se reuniría con un antiguo compañero de consistorio, el republicano Joan Salas Antón, y también con el entonces periodista vasco Ramiro de Maeztu y el diplomático catalán Eduard Toda. Dos años más tarde, Maeztu, que ya en aquella época era un brillante periodista muy españolista, publicará en la prensa de Madrid algunos artículos sobre Cambó y la Solidaritat Catalana, que parecen resultado de las conversaciones que mantuvieron en Londres en aquella ocasión.

Durante 1906 se producirán, además, una serie de acontecimientos culturales que contribuirán a reforzar y legitimar el movimiento solidario. Por un lado, se pondrá de manifiesto el

compromiso de muchos intelectuales y profesionales catalanes: gran parte del mundo de la cultura, de la ciencia y de la opinión se puso sin reservas al servicio de la causa solidaria. Una de sus manifestaciones más evidentes fue, ya en otoño de 1906, el Primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana, que tuvo lugar en Barcelona. Este encuentro desveló la estrecha relación que se estaba forjando entre intelectuales y académicos y los políticos, y favoreció el clima para la creación de las instituciones que, poco después, llevarían a cabo la reforma lingüística dirigida por Pompeu i Fabra. Podemos afirmar sin lugar a dudas que fue entonces, en el contexto solidario del año 1906, cuando dio comienzo el maridaje entre los intelectuales y los políticos catalanistas que perduró a lo largo de aquel siglo.

También hay que señalar que, en este ambiente nuevo, los especialistas en literatura sitúan en este mismo año el inicio del movimiento cultural y cívico que se conocerá como novecentismo y que tanta influencia tendrá durante las dos décadas siguientes. Efectivamente, el 1 de enero de 1906, Eugeni d'Ors empezó a publicar en *La Veu de Catalunya* su *Glosari*, un acontecimiento que marcará un nuevo estilo en el periodismo de opinión catalán. Las glosas orsianas, reflejo de «las palpitaciones del nuevo tiempo», se convertirán en uno de los instrumentos más importantes para la definición y difusión de este movimiento que aspiraba a convertir a Cataluña en un país moderno, civilizado y europeo. De este modo, *La Veu de Catalunya*, de la mano de Prat y Casellas, adquirirá progresivamente el estatus de portavoz de los que proponían un catalanismo abierto, cosmopolita y dinámico, cada vez más interesado en el futuro. Ors fue precisamente uno de los primeros en destacar las cualidades especiales de activista político de Francesc Cambó calificándolo de «novecentista armado». En una glosa publicada en octubre de 1906, sostenía que «el joven cuya juventud habíamos olvidado, nos recuerda y ya podemos decir de Francesc Cambó, que es un novecentista pero un novecentista activo —ideal y brazo—, *un novecentista armado*, por así decirlo».[105]

No deja de ser significativo que Joan Maragall, un intelectual mayor que esta generación y formado en modernismo, fuera uno de los primeros en comprender la nueva situación política y se integrase plenamente en este nuevo tipo de periodismo de opinión que acompañará al movimiento solidario. Sin duda, este es uno de los factores que explica el tránsito de Maragall, de practicar el periodismo

en castellano en el *Diario de Barcelona* o en *La Vanguardia* a sumarse al nuevo periodismo en catalán de *La Veu*. Al parecer, fue, en buena medida, el ejemplo de Eugeni d'Ors el que empujó a Maragall a dar aquel paso trascendental. Este comprendió que, en la nueva política marcada por la Solidaritat, *La Veu de Catalunya* podía convertirse en un influyente instrumento de nacionalización, además del ser el principal portavoz del catalanismo político.

Cabe también señalar que en junio de 1906 verá la luz *La Nacionalidad Catalana*, de Enric Prat de la Riba. Este librito era una obra de carácter político y oportunista. Prat aceleró su publicación porque creía que había que aprovechar aquel momento excepcional para difundir ampliamente la doctrina. La consideraba una obra necesaria, porque podría ser una excelente forma de explicar y justificar el surgimiento de la Solidaritat. El movimiento catalanista estaba dando un gran salto hacia adelante y necesitaba más argumentos que lo presentasen como un movimiento maduro, moderno y dinámico. Se precisaba, pues, un texto doctrinal que lo reafirmase, lo consolidase y al mismo tiempo explicase a los de fuera hacia dónde se dirigía. Este era el objetivo de la breve síntesis escrita por Prat, una obra que Eugeni d'Ors enseguida calificaría «de libro de cabecera de los catalanes».

Los mencionados acontecimientos conducían hacia un mismo objetivo: dar la imagen de que el catalanismo era un movimiento joven, ambicioso, eufórico, abierto, moderno, arraigado y cívico, es decir, nacido de una sociedad sensible a su historia, cultura y lengua. Y eso, ¿por qué? Porque se quería contrarrestar la imagen que se estaba difundiendo, sobre todo desde el mundo oficial de Madrid, y que presentaba al catalanismo como un movimiento tradicionalista, ultracatólico y casi carlista. La prensa madrileña afirmaba que, en realidad, los catalanistas eran carlistas que habían intercambiado la boina por la barretina, pero que eran la misma gente; que el movimiento solidario era reaccionario, integrista e intransigente, que solo representaba a la gente del monte catalán y que no tenía ningún arraigo en las grandes ciudades. Para contrarrestar este perfil los solidarios se esforzarán en presentar su movimiento como una fuerza social esencialmente urbana, moderna, europea y «novecentista», enfocada sobre todo hacia el futuro, no hacia el pasado.

Desde mediados de 1906, el movimiento solidario no cesó de

celebrar actos, reuniones y mítines en todos los rincones de Cataluña. En otoño, el 22 de octubre, tuvo lugar el multitudinario Encuentro de la Protesta en la plaza de las Arenas de Barcelona para pedir la derogación de la ley de Jurisdicciones. Francesc Cambó habló en nombre de la Lliga Regionalista. El encuentro sufrió un intento de sabotaje de los lerrouxistas, con petardos y disparos, pero finalmente se pudo celebrar. El ambiente de euforia era tal que el propio Miguel de Unamuno, invitado al acto, exclamó emocionado: «¡Levantinos, os ahoga la estética!». El 26 de noviembre, en el transcurso de una reunión extraordinaria de la Junta General de la Lliga Regionalista, Francesc Cambó apareció como el dirigente del partido que más protagonismo tenía en el seno del movimiento solidario. Dado que Raimon d'Abadal, el presidente del partido, y Prat, miembro de la Comisión de Acción Política, no estaban bien de salud, él y Lluís Duran i Ventosa fueron ratificados como principales directores de la campaña solidaria y definidores de la línea política del partido.

El gran cambio político se confirmó con los éxitos electorales de la Solidaritat Catalana en el año 1907. El 25 de enero de aquel año, Alfonso XIII había encargado formar nuevo gobierno al líder conservador Antonio Maura, que procedió a la inmediata disolución de las Cortes y convocó elecciones generales para el 21 de abril. El Comité Ejecutivo solidario acordó que se presentarían candidaturas unitarias en todos los distritos electorales de Cataluña. Esta propuesta fue ratificada por Nicolás Salmerón y Gumersindo de Azcárate, en nombre de los republicanos españoles, y por José Vázquez de Mella, en el de los tradicionalistas. La pretensión era crear un frente común de toda Cataluña, surgido de la ciudadanía, que movilizase a todos los que se oponían a la política «anticatalana» de los gobiernos de Madrid.

Primero se celebraron las elecciones a las diputaciones provinciales, en marzo de 1907, a las que concurrieron por primera vez candidaturas unitarias solidarias a las diputaciones de Barcelona y Gerona frente a las de los dinásticos, y en Barcelona también contra los lerrouxistas. Los solidarios consiguieron 26 de los 39 puestos que se elegían en estas dos provincias, lo que les otorgó la mayoría absoluta en ambas diputaciones.[106]En la de Barcelona, el éxito solidario posibilitó la elección de Prat de la Riba como presidente de la Diputación pocos días después de las elecciones generales. Era el

primer dirigente de la Lliga Regionalista que ocupaba un cargo político de relevancia dentro de las instituciones del país. En el discurso de toma de posesión, el 27 de abril, Prat planteó la necesidad de avanzar hacia una «solidaridad de la provincia con las otras hermanas catalanas poniendo a su servicio todas las fuerzas».[107]

Animado por el éxito de las elecciones provinciales, el Comité Ejecutivo solidario acordó presentar candidaturas a las generales en todos los distritos de Cataluña, tarea harto complicada. Había que tener en cuenta las tradiciones políticas de los distritos y también garantizar la presencia equilibrada de los distintos grupos y tendencias. Confeccionar la relación de los candidatos solidarios para cada uno de los 34 distritos unipersonales y para las dos circunscripciones que elegían a más diputados —la ciudad de Barcelona, siete; la de Tarragona-Reus-Falset, tres— no era tarea sencilla. Los candidatos tenían que ser aceptados por todos y que fueran votados. No existía ninguna experiencia anterior y, además, las tradiciones ideológicas todavía tenían su peso. No fue nada fácil conseguir que los carlistas de toda la vida aceptasen y votasen a un candidato republicano ni que, al revés, los republicanos hiciesen lo mismo con un notorio ultracatólico o con un carlista. Aunque los solidarios pretendían optar a todas las actas de diputados, al final tuvieron que renunciar a presentar candidatos en dos distritos, el de Sort-Viella y Roquetas, ambos de fuerte tradición y control caciquil.

En esta campaña destacaría el papel de Francesc Cambó como principal organizador. No escatimó esfuerzos, e incluso encontrándose enfermo, desde la cama ordenaba y dirigía las actividades. Enseguida empezó a sentirse optimista acerca de los resultados. En sus *Memorias* explica que «vi que la victoria no era imposible: haría falta tacto; haría falta disciplina; haría falta, sobre todo, provocar una formidable corriente de opinión que ahogase y silenciase todos los intereses de partido y las vanidades y codicias personales».[108]

El programa político de los solidarios, conocido como el Programa del Tívoli, era más defensivo que ofensivo: pecaba de impreciso y de genérico, y predominaba un cierto espíritu «regeneracionista». Empezaba exigiendo la derogación de la Ley de represión de los delitos contra la Patria y contra el Ejército. Reclamaba también la dignificación del sufragio frente a la corrupción electoral propiciada por los caciques y los gobernadores civiles. Por

último, incluía una demanda genérica de autonomía municipal y regional que hacía especial hincapié en la necesidad de gestionar desde Cataluña los servicios públicos dedicados a la enseñanza, la beneficencia y las obras públicas. Proponía, además, la creación de un organismo de coordinación del movimiento y la constitución, por parte de los candidatos electos, de un grupo parlamentario propio, una «Diputación catalana» como se la llamaba entonces, tanto en el Congreso como en el Senado. El amplio abanico ideológico del movimiento conducía a la moderación del programa y a la falta de concreción. El propio Cambó señalaría tres años después que «lo más trascendental del Programa del Tívoli era, precisamente, su modestia y su sentido práctico».[109]

Francesc Cambó, como todo político hábil, mantenía también una discreta relación con el gobierno conservador de Antonio Maura. Eran básicamente contactos personales, que casi todo el mundo ignoraba y que ni siquiera él menciona en sus *Memorias*, con el nuevo gobernador civil de Barcelona, Ángel Ossorio y Gallardo, un joven e inteligente conservador que aun sin conocer la realidad catalana se esforzó por entenderla. La relación entre Ossorio y Cambó llegó a ser bastante estrecha, se veían a menudo e intercambiaban cartas de contenido político. En una de ellas, fechada unos días antes de las elecciones generales, Cambó intentaba convencer de que el movimiento solidario era una fuerza política moderada y de que en concreto los militantes de la Lliga Regionalista «son más conservadores y gubernamentales de lo que usted se figura».[110]

La estrecha relación entre Cambó y Ossorio permitió al jefe del gobierno, Antonio Maura, disponer de una información privilegiada de las pretensiones auténticas de los solidarios y, sobre todo, saber qué clase de político era Cambó. En su correspondencia con Maura, Ossorio presentaba al político catalán como un líder que podía verse desbordado por el mismo movimiento que dirigía: «Cambó sería el regulador del catalanismo, si no fuera porque acaso la masa haya marchado demasiado lejos y le arrolle cuando quiera detenerla». La descripción de Ossorio de las cualidades personales y pretensiones políticas de Cambó es harto significativa:

> Cambó es el espíritu reflexivo, sereno, malicioso, picardeando; la voluntad enérgica e indomable; la mano organizadora. Por su gusto llegaría al separatismo más criminal y sería capaz de hacer la obra napoleónica, al revés ... siempre que le reservaran a él el papel de Napoleón.[111]

El éxito de las elecciones provinciales animó a los solidarios a plantearse de nuevo ir a por todas en Barcelona en las generales del 21 de abril. En la ciudad se escogía a siete diputados, pero solo se podía votar a cinco. Por consiguiente, era preciso hacer una distribución en diferentes listas de los siete candidatos por distritos de la ciudad para que todos tuvieran una votación similar, pero superior a la de los candidatos de otras opciones y que solo presentaban a cinco. Además, se enfrentaban a una candidatura antisolidaria fuerte organizada en torno a Alejandro Lerroux, que incluía también al viejo revolucionario federal Nicolás Estévanez y a tres conocidos republicanos barceloneses: Juan Sol i Ortega, Josep M. Serraclara y Josep A. Mir i Miró. No fue fácil, pues, elaborar la candidatura solidaria de Barcelona. Era evidente que había que incluir al republicano Nicolás Salmerón; a un dirigente de la Lliga —evidentemente Francesc Cambó—; al líder de los republicanos federales, Josep M. Vallès i Ribot, y a un catalanista de izquierdas, Ildefons Sunyol. Quedaban tres puestos más. Los republicanos vetaron la presencia de un carlista y exigieron también la presencia de otro de los suyos, el diputado Emili Junoy. Cambó lo aceptó a cambio de que también entrase en la candidatura otro miembro de la Lliga, Josep Puig i Cadafalch, y un catalanista independiente, pero bastante popular, el ex teniente coronel Francesc Macià, que había dejado el ejército a raíz de los acontecimientos del *Cu-cut!* La propuesta de Cambó fue aceptada. Los carlistas, sin embargo, indignados al no tener ningún candidato por Barcelona, estuvieron a punto de salir de la Solidaritat, pero Cambó logró evitarlo mostrándoles que ellos eran los más beneficiados en el reparto de candidatos por todos los distritos de Cataluña.[112]

La participación del carlismo en la Solidaritat estuvo siempre propiciada por Francesc Cambó, con el objetivo de cubrir el flanco derecho del movimiento para que la Lliga apareciera como su centro y eje. Por otro lado, la campaña solidaria permitiría a la gente de la Lliga tener presencia en localidades y comarcas donde nunca se habían presentado a las elecciones ni tenían arraigo, como en buena parte de los distritos electorales tarraconenses y leridanos. Aun así, hubo problemas y protestas en algunos distritos, como cuando, tras

haber anunciado que Cambó iría de candidato por el distrito de Granollers y al final concurrió por Barcelona, el político de la Lliga tuvo que visitar dicha ciudad para defender la designación del empresario Ignasi Girona como aspirante solidario y paliar, con palabras convincentes, el enfado de muchos electores de Granollers molestos por no tenerle a él de candidato. La elección del candidato solidario por Vilademuls, el carlista Manuel de Bofarull, le costó a Cambó un gran disgusto con su amigo Pere Rahola, que aspiraba a ser el candidato de aquel extraño distrito gerundense que llegaba hasta Roses y Cadaqués.

La poco hábil política de sus oponentes contribuyó a consolidar la Solidaritat. Mientras que algunos sectores monárquicos, como la edición barcelonesa de *El Imparcial*, basaban toda su campaña en atacar al catalanismo en general, sin demasiadas distinciones, los lerrouxistas intentaban denunciar a la Solidaritat como un engaño tramado por separatistas y reaccionarios con el objetivo de acabar con el potente republicanismo catalán. Lerroux había conseguido que algunos líderes republicanos españoles de prestigio, como Joaquín Costa, Vicente Blasco Ibáñez, José Nakens y los federales Benot y Estevánez, condenasen la adhesión de Salmerón a la Solidaritat. Además, en la ciudad de Barcelona, la mayoría de los centros, ateneos y círculos republicanos, hasta un total de 42, se opusieron al movimiento solidario y apoyaron a Lerroux.

No obstante, la demagogia lerrouxista, que en esta campaña llegó a límites extremadamente provocadores, resultó contraproducente para los antisolidarios. Cabe recordar que el famoso artículo de Lerroux, «Rebeldes», dirigido a los «jóvenes bárbaros» y en el que llamaba a incendiar conventos y registros de la propiedad y a violar a las monjas, se había publicado en el número 1 de la revista *La Rebeldía* de Barcelona, el 1 de septiembre de 1906. De este modo, el verbalismo revolucionario de los lerrouxistas, exagerado para marcar las diferencias respecto a los republicanos moderados solidarios, provocó que los seguidores de Lerroux fuesen acusados de incendiarios, anarquizantes y destructores del orden establecido. La oleada de bombas que estalló en Barcelona a comienzos de 1907 fue atribuida por la prensa solidaria a «las cabilas lerrouxistas» y a los «jóvenes bárbaros», pese a que dos años después se supo que la autoría correspondía a la banda del confidente de la policía Joan Rull. Todo

esto daba la imagen de que la Solidaritat era un movimiento ciudadano que impondría el orden frente a la anarquía lerrouxista y la incapacidad del gobierno de Madrid. Y los solidarios supieron jugar esta carta.

El ambiente de desprecio y de hostilidad hacia la Solidaritat Catalana propiciado por el gobierno Maura contribuyó a que se superasen las reticencias y los problemas dentro del movimiento solidario. El gobernador de Barcelona, Ossorio y Gallardo, en una carta a Maura reconocía que no había podido encontrar a ninguna persona relevante para construir en Barcelona una candidatura de coalición monárquica entre conservadores y liberales:

> De cada cien personas, coronables, noventa y cinco están más o menos metidas en la Solidaridad y obsequiarles individualmente sería un desprecio para nosotros. Los otros cinco o son correligionarios nuestros, o carecen de autoridad bastante, para que Barcelona se estime honrada con ello.[113]

Así pues, en la ciudad de Barcelona el gobierno conservador de Maura no pudo presentar una candidatura monárquica. Frente a los solidarios solo había una, la encabezada por Alejandro Lerroux.

En sus memorias, el ministro de la Gobernación de entonces, Juan de la Cierva, disimula mal su impotencia ante la fuerza del movimiento solidario al considerar que el gobierno no necesitaba a los diputados de Cataluña: «En mis cálculos prescindí de aquella región».[114]Esta afirmación es totalmente falsa, puesto que los informes que le enviaron los gobernadores civiles de Cataluña nos muestran la impotencia del gobierno ante el movimiento solidario y el notable desconocimiento que tenían de lo que sucedía en Cataluña. Así, el gobernador de Lérida, José Centeno, después de afirmar que la Solidaritat era una «fuerza arrolladora, un torrente desbordado», sostenía que no se entendía cómo se había provocado aquel «entusiasmo inexplicable dada la heterogeneidad de sus elementos: carlistas, integristas, clero, republicanos, todos al unísono haciendo causa común». Por su parte, el gobernador civil de Gerona, Manuel Moreno Churruca, se quejaba al ministro de que antes los caciques locales de la provincia eran lo bastante fuertes como para controlar las votaciones en los pueblos y que casi nadie votaba, pero «ahora acude el censo entero: los candidatos solidarios tienen notarios dispuestos y la elección se hace con tal formalidad y solemnidad en todos los pueblos, que sólo un insensato intentaría el más pequeño

amaño».[115]Es decir, ante la Solidaritat, los gobernadores civiles y los caciques se sentían impotentes y ya no podían seguir haciendo trampas.

El manifiesto inaugural de la campaña electoral solidaria se publicó el 12 de marzo de 1907 y lo firmaron, por este orden, Roca i Roca, Cambó, Junyent, Vallès i Ribot, Solferino, Carner, Martí i Julià y Hurtado. Aunque solo había un firmante de la Lliga, frente a cuatro republicanos y dos tradicionalistas, aquello no reflejaba la realidad, porque el protagonismo de la gente de la Lliga, y sobre todo de Cambó, fue bien notorio durante la campaña electoral, que duró casi un mes y resultó realmente innovadora porque tuvieron un interés especial por llegar a todos los electores, allí donde viviesen. Por primera vez en la historia electoral española, se formaron caravanas de automóviles para llegar hasta los pueblos más aislados de Cataluña. En muchos lugares, la llegada de «la caravana solidaria» se convirtió en una fiesta popular y los mítines solían ir acompañados de sardanas y conciertos.

A medida que avanzaba la campaña electoral, aumentaban el papel director desempeñado por la Lliga Regionalista y el especial protagonismo de Francesc Cambó. De hecho, la Solidaritat Catalana convertirá a la Lliga en el principal partido de Cataluña, y a Cambó en su líder más destacado. La eficacia organizadora de Cambó fue una demostración práctica de que la Lliga contaba con gente preparada y eficaz. Durante la campaña enseguida se puso de relieve que él era el principal candidato de la Lliga y por eso se le reclamaba en todas partes, no solo en Barcelona, para hacer mítines. El 25 de marzo, Cambó inició la campaña electoral con un gran mitin en los Campos Elíseos de Lérida. A continuación participó junto con Solferino y Salmerón en el acto de presentación del candidato solidario por Borjas Blancas, el ex teniente coronel de ingenieros Francesc Macià, que también se presentaba por Barcelona. Cambó intervino en un par de mítines diarios, trasladándose en automóvil de una ciudad a otra. Se convirtió en la gran revolución política del momento. No solo estaba en todas partes y se mostraba como un gran organizador, sino que también era un hábil comunicador, que, pese a su carácter arisco, podía despertar pasiones.

En la ciudad de Barcelona, la campaña electoral fue especialmente apasionada. Los solidarios y la prensa afín lanzaban

consignas fáciles como «Votar a la Solidaritat es votar a Cataluña» o «Abstenerse es votar a Lerroux». Salmerón, pese a su avanzada edad —tenía sesenta y nueve años—, participó en la campaña electoral con gran entusiasmo, como elogiosamente recuerda Cambó.[116]Hubo imágenes hasta entonces insólitas, como el hecho de que el duque de Solferino, un viejo carlista, abrazase a Salmerón después de participar con él en un mitin. Por su parte, el poeta Joan Maragall, en su conocido artículo «L'alçament», publicado en *La Veu de Catalunya* el 13 de abril de 1907, refutó el desprecio del presidente del gobierno Antonio Maura, que había afirmado que los solidarios eran «un montón», argumentando que aquello, en realidad, era «el levantamiento de toda la opinión de un pueblo», un auténtico «desbordamiento patriótico».

Los candidatos de la Lliga insistieron en sus parlamentos en la idea de que la Solidaritat podría fácilmente convertirse «en fecunda, en redentora, Solidaridad Española». Hablaban sin ambages de la posibilidad de alcanzar «la hegemonía catalana dentro del Estado Español» y del «derecho de Cataluña a gobernar España», dado que era la región política, económica y culturalmente más madura. El propio Cambó, en un acto de propaganda en Barcelona el 4 de abril, explicó que con la Solidaritat se estaba forjando «la verdadera unidad nacional en torno a la personalidad catalana», pero que el movimiento tenía la voluntad de contribuir decisivamente a la regeneración de España.[117]Y en otro mitin en Barcelona, el 5 de abril, afirmó que Cataluña pasaría «de ser una región oprimida a ser una región hegemónica», hecho que representaba «un ideal mucho más noble, mucho más grande, que el ideal del separatismo y de la independencia que algunos consideraban el súmmum, la etapa final de las aspiraciones catalanistas». Era evidente que *La nacionalidad catalana* de Prat suministraba argumentos para presentar el movimiento solidario como el inicio de la estrategia para una futura hegemonía catalana dentro del estado español.

Sin embargo, un suceso violento marcaría el final de aquella campaña electoral. El 18 de abril, tres días antes de las elecciones, cuando a las nueve y media de la noche los candidatos solidarios por Barcelona se dirigían al Orfeó de Sants para participar en un mitin, el coche de caballos en el que se trasladaban fue tiroteado en la calle Creu Coberta, esquina Consell de Cent, en la barriada de Hostafrancs.

De los ocupantes del vehículo, Nicolás Salmerón, su hijo, los republicanos Odón de Buen, Eusebi Corominas, Josep Roca i Roca y Francesc Cambó, solo este último resultó gravemente herido por un disparo. Fue asistido de urgencias primero en una farmacia del barrio y después trasladado a la clínica del doctor Fargas, ex presidente de la Lliga, donde se percataron de la importancia de la herida. Inicialmente los médicos consultados —Fargas, Reventós, Cardenal y Esquerro— creían que la bala le había afectado el vientre, sitio muy difícil de operar, y que podía desangrarse fácilmente. Al final, localizaron la bala incrustada en el pulmón derecho y no se la extrajeron hasta años después. Las vías respiratorias de Cambó quedaron afectadas para el resto de su vida y nunca pudo hacer ejercicios que le produjesen un cierto cansancio, ni practicar deportes de forma intensa.

Estuvo ingresado unos cuantos días en la clínica Fargas en estado muy grave, entre la angustia, muestras de afecto y de apoyo no solo de los solidarios, sino también de buena parte de la opinión ciudadana. Desde esta clínica, Cambó reclamó calma y serenidad a los solidarios y que no se llevasen a cabo actos de venganza. El atentado de Hostafrancs sirvió para polarizar todavía más las elecciones, como si solo existiera el enfrentamiento entre solidarios y lerrouxistas, y se olvidara a los dinásticos. El editorial de *El Poble Català* era contundente: se trataba de un «combate entre una política honrada, tolerante y civil contra otra que ha convertido el asesinato en un instrumento de lucha». Por su parte, Prat desde *La Veu de Catalunya* instaba a utilizar las «armas solidarias contra los asesinos» y reclamaba «el orden y la tranquilidad contra el desorden y la anarquía». Francesc Cambó se enteró de la victoria solidaria en la clínica Fargas, donde recibía los cuidados del matrimonio Verdaguer. Solo se permitió la visita de Salmerón, quien acudió a felicitarlo como nuevo diputado, se le acercó emocionado y lo besó.[118]La situación de Cambó después del atentado de Hostafrancs fue evocada con emoción por Eugeni d'Ors en una glosa publicada en *La Veu de Catalunya*, que empezaba con estas breves palabras: «Cataluña triunfante. Francesc Cambó herido...», y terminaba diciendo «para hacer más pura nuestra causa tomaremos al mismo tiempo este triunfo y esta sangre».[119]

Las elecciones del 21 de abril constituyeron un auténtico plebiscito a favor de la Solidaritat Catalana. Hubo una alta participación: votaron 309.764 electores, el 62,3 % de un censo

integrado solo por hombres de más de veinticinco años.[120]Fueron las elecciones que movilizaron a más electores de la historia de Cataluña y las cifras no se superarían hasta las del año 1931. La Solidaritat obtuvo en total 211.791 sufragios, es decir, el 67 % de los votos. Los votos de los antisolidarios, sumados a los de los monárquicos gubernamentales y a los de los lerrouxistas, fueron 97.973, un 33 % de los votos válidos. En la ciudad de Barcelona los solidarios consiguieron 51.977 votos, el 71 %, mientras que los republicanos de Lerroux cosecharon solo 21.897 votos, casi el 29 %. En los distritos de Barcelona y de Tarragona-Reus-Falset los solidarios consiguieron el pleno, las mayorías y las minorías, y dejaron sin acta de diputado al propio Alejandro Lerroux. En Barcelona, el diputado más votado fue Salmerón, con 39.935 votos, seguido de Cambó, con 39.458, y después, por orden, Puig, Junoy, Macià, Vallès y Sunyol.

De las 44 actas de diputado, solo 4 las ganaron los antisolidarios, las de Sort-Viella y Roquetas, no disputadas, y las de Tortosa y Torroella de Montgrí, perdidas frente a los dinásticos. De los 40 diputados solidarios, 17 eran republicanos (7 de la Unió Republicana, 6 de los federales y 4 del Centro Nacionalista Republicano); 14 de la Lliga Regionalista; 6 carlistas y 2 independientes —Hurtado y Macià, que había conseguido dos actas, la de Barcelona y la de Borjas Blancas.[121]También en el Senado triunfó la Solidaritat Catalana de forma clara con 12 de los 14 senadores. La Lliga Regionalista había salido reforzada duplicando el número de diputados, de 7 a 14.[122]

Por primera vez en la historia contemporánea catalana había un vínculo evidente entre una gran movilización popular y unos exitosos resultados políticos y electorales. De este modo, la llamada cuestión catalana acabó ocupando un lugar destacado dentro de la política española. En realidad, la Solidaritat representaba una irrupción inesperada del catalanismo en la vida parlamentaria española. Daba comienzo una etapa que el historiador Javier Tusell bautizó como «la catalanización» de los debates políticos sobre la reforma del estado español, puesto que los proyectos y las discusiones sobre la reforma del Estado que a partir de aquel momento se produjeron en las Cortes surgieron o bien a iniciativa de los parlamentarios catalanistas o bien se referían a las demandas autonómicas catalanas.

No obstante, lo más trascendente es que después de la Solidaritat ya nada volvió a ser igual en la política catalana. Aquella fue una

experiencia tan excepcional que dejó una importante huella. Era la primera gran movilización política centrada en la defensa de la personalidad catalana, que, además, había afectado a todo el país, no solo a las grandes ciudades. La victoria electoral de la Solidaritat resultó muy efectiva para la democratización de la vida política catalana, puesto que a partir de aquel momento las elecciones empezaron a ser verdaderamente limpias, competitivas y representativas en la mayoría de los distritos electorales catalanes. Este movimiento ciudadano consiguió liquidar gran parte del tradicional poder de los caciques, los grandes aliados del gobierno de Madrid, en muchos pueblos y ciudades de Cataluña.

Aquella extraordinaria movilización propició también que el catalanismo se convirtiese en el eje de la vida política. A partir de entonces, todas las fuerzas políticas y sociales se vieron forzadas a tomar posiciones ante las reivindicaciones catalanistas. Así pues, la demanda de autonomía política dejó de ser una causa minoritaria y se convirtió en la cuestión central del debate político del país. Todas las opciones ideológicas tuvieron que manifestar y argumentar si estaban a favor o en contra de la autonomía, y qué clase de autonomía querían. Asimismo, con el éxito de la Solidaritat se produjo una notable transformación del sistema de partidos en Cataluña. Las formaciones de disciplina española entraron en decadencia a la par que se consolidaba el creciente predominio del catalanismo, tanto de derechas como de izquierdas, sobre todo en la Cataluña vieja, y especialmente en la ciudad de Barcelona. A partir de 1907, en la capital de Cataluña ya no saldrá elegido ningún diputado de los partidos de disciplina española durante todo el régimen de la Restauración. Cataluña será el único territorio del estado español en el que los partidos dinásticos comiencen a ser minoritarios. Las fuerzas gubernamentales cada vez tendrán menos influencia política y menos representación parlamentaria en Cataluña.

La victoria solidaria tuvo también una importante repercusión internacional, ya que, al disponer de 41 escaños de entre los 404 que componían el Congreso español, el catalanismo se convertía en una causa similar, por su fuerza electoral, al nacionalismo irlandés, checo o polaco. Hay que recordar que en aquellos momentos, en el año 1907, los nacionalistas irlandeses contaban con 80 diputados en la Cámara de los Comunes; los nacionalistas polacos tenían 27 de los 34

representantes de su país en la Duma de Moscú, y los nacionalistas checos conseguían 25 de los 82 representantes en el Reichsrat de Viena. El prestigioso sociólogo francés Angel Marvaud, tras analizar estas elecciones, observó:

> El sentimiento de desafección existe y hará falta mucho tiempo y una política prudente y acertada —que por desgracia no prevemos— por parte del poder central para atenuarlo y hacerlo desaparecer poco a poco ... porque Cataluña ya se ha divorciado moralmente de la monarquía española.[123]

Asimismo, el éxito solidario posibilitó la emergencia pública de tres grandes personalidades políticas: Enric Prat de la Riba, Francesc Cambó y Francesc Macià. Como ya hemos dicho, Prat fue elegido presidente de la Diputación de Barcelona en abril de 1907 y, desde este cargo, emprendió una gran obra de gobierno que culminó al frente de la Mancomunitat. También fueron elegidos por primera vez dos diputados que tendrán un papel muy destacado en la historia catalana del siglo XX: Francesc Cambó, que pronto se convertirá en portavoz de la Lliga Regionalista y de la Solidaritat en el Congreso de los Diputados; y Francesc Macià, el hombre que, indignado con la ley de Jurisdicciones, había abandonado su carrera militar para convertirse en uno de los prohombres de la Solidaritat Catalana y que veinticuatro años después sería el primer presidente del gobierno autonómico catalán, la Generalitat republicana.

La Lliga Regionalista fue, en gran medida, la formación más beneficiada por el éxito solidario. No solo conseguía penetrar políticamente en comarcas de Cataluña en las que nunca había tenido presencia, avanzando así electoralmente, sino que además, en gran parte gracias al papel desempeñado por Francesc Cambó, se convirtió en la principal interlocutora de los intereses políticos de Cataluña frente a los gobiernos de Madrid. La «cuestión catalana» pasó a ocupar un puesto destacado en la agenda política española y Francesc Cambó, gracias a sus contactos discretos con el gobernador Ossorio, podía sintonizar bastante con los planes reformistas de Antonio Maura.

Capítulo 2

EL CATALANISTA «REVOLUCIONARIO»

Gracias a la gran victoria solidaria, Francesc Cambó irrumpió con fuerza en la política española y no tardaría en ser reconocido, incluso por la prensa de Madrid, no solo como el parlamentario catalán más destacado, sino también como la gran revelación política del momento. Al mismo tiempo su partido, la Lliga Regionalista, se convirtió en el eje de la vida política catalana, puesto que actuaba como núcleo central y dirigente del movimiento solidario. Finalmente, el catalanismo era uno de los puntales de la vida política española, con tanta relevancia como la cuestión social, la clerical o la educativa. Aun así, sería una causa que generaría grandes tensiones ideológicas y políticas dentro de los partidos españoles, pese a estar sustentada por la fuerza de un movimiento de masas totalmente nuevo.

Durante diez años, Francesc Cambó fue uno de los políticos más activos del Parlamento español, pero pronto se percató de que para conseguir las demandas catalanistas, básicamente la autonomía, había que transformar profundamente todo el sistema político de la Restauración. Así pues, durante aquellos años él mismo evolucionó y, de ser el portavoz del catalanismo emergente, se convirtió en el «revolucionario» que, sin dejar de ser catalanista, quería cambiar radicalmente el funcionamiento de la vida política en España. Propuso el regionalismo como base para la reforma del Estado y como palanca para la regeneración y modernización de la sociedad española. En 1917, Cambó, un reformista conservador y catalanista, lideró una revolución política que consiguió cambiar las reglas de juego del sistema político español. Su audacia, no obstante, no iba acompañada de las dosis de realismo necesarias para darse cuenta de que no era tan fácil transformar aquel sistema desde dentro, ni siquiera estando

en el gobierno.

Un parlamentario brillante y un político hábil

Después del atentado de Hostafrancs, Francesc Cambó estuvo apartado de toda participación política durante varios meses mientras se recuperaba de la grave herida. Primero, entre mayo y junio de 1907, descansó en la finca que los Verdaguer tenían en Canet de Mar, acompañado de su gran amigo Rafael Llussà. El mes de julio lo pasó en casa del doctor Fargas en Castellterçol. Allí se le concedió permiso para fumar, lo que recibió con entusiasmo dado que era un fumador empedernido. Le llevaron a Castellterçol el proyecto de ley de Administración Local que quería presentar el gobierno Maura al Congreso, y eso le permitió redactar las enmiendas que había que proponer desde la oposición. A comienzos de agosto ya se encontraba recuperado para volver a Barcelona, retomar las reuniones con los compañeros de la Lliga y preparar su intervención en el Congreso en cuanto se iniciasen las sesiones parlamentarias. En seis meses, entre abril y octubre de 1907, la prensa catalana pasó de considerar a Cambó casi un héroe, a consecuencia del atentado de Hostafrancs, a consagrarlo como la figura más destacada de los diputados solidarios.

Las primeras intervenciones de los diputados solidarios en el Congreso, presidido entonces por el conservador Eduardo Dato, se habían producido antes del verano, el 13 de mayo de 1907, y fueron recibidas con expectación y una cierta hostilidad por la mayoría dinástica. Hablaron Amadeu Hurtado, Josep Puig i Cadafalch e Ildefons Sunyol, el primer día, y después Joan Ventosa, Miquel Junyent, Josep M. Vallès i Ribot, Francesc Macià y Nicolás Salmerón, para exponer a grandes rasgos las demandas incluidas en el programa de los solidarios. El presidente del gobierno, Antonio Maura, anunció que era una prioridad de su gobierno presentar una nueva ley de Administración Local que recogiese muchas de las demandas de los solidarios. Cuando el 7 de junio el ministro de Gobernación, Juan de la Cierva, leyó en el Congreso el largo proyecto elaborado por el gobierno, que tenía más de cuatrocientos artículos, los diputados catalanes sufrieron una gran decepción: no era lo que esperaban.

Como ya hemos dicho, Francesc Cambó fue informado del

proyecto de ley en Castellterçol, y en septiembre lo debatió con Ildefons Sunyol en su casa de la Garriga. A principios de octubre se marchó a Madrid y, finalmente, tomó posesión de su escaño de diputado. Desde sus primeras intervenciones en el Congreso, los días 25 y 26 del mismo mes, Francesc Cambó causó una profunda sensación. Gracias a sus hábiles parlamentos, tanto él como la Lliga Regionalista y algunos otros diputados solidarios fueron aceptados por los líderes de los partidos dinásticos como personas con las que se podían negociar leyes y apoyos políticos. El propio conde de Romanones, presente en el Congreso, se dio cuenta enseguida de la relevancia de aquel joven diputado catalán y de la impresión que sus intervenciones habían causado en el presidente del gobierno, Antonio Maura:

> En aquellos debates se destacó con gran relieve la figura política y parlamentaria de Francisco Cambó: desde el primer momento fue notoria la impresión que sus discursos producían en el ánimo de Maura, no ciertamente muy asequible a los efectos oratorios.[1]

El historiador Antoni Rovira i Virgili, también presente durante aquellos días en el Congreso de los Diputados, destacaría que gracias al énfasis que ponía Cambó en sus parlamentos, la cuestión catalana fue vista por todos como «una cosa nueva, una sensación de vida, la revelación de una identidad».[2]

Así, de forma progresiva, Cambó y el catalanismo fueron integrándose e implicándose en el sistema político de la Restauración. El propio gobierno Maura, profundamente preocupado por la cuestión catalana y por la fuerza parlamentaria de los solidarios, deseaba tenerlos como aliados en sus proyectos legislativos reformadores. No obstante, si por un lado la Solidaritat Catalana había sido un instrumento clave para forzar al gobierno Maura a aceptar a los catalanistas y a negociar con ellos, por el otro era evidente que el político mallorquín había previsto aquella aproximación con la pretensión, que en parte consiguió, de dividir al movimiento solidario entre izquierdas y derechas.

Francesc Cambó y la derecha solidaria aceptaron entrar en este juego político, porque, por primera vez, los parlamentarios catalanistas conseguían superar el problema más grave que siempre tuvieron: la falta de relación directa con los gobiernos de Madrid. Pronto se establecieron unas buenas relaciones políticas, e incluso personales, entre Cambó y Antonio Maura.[3]Cambó era consciente de

que las ofertas de Maura habrían sido impensables tres años antes, en plena crisis del *Cu-cut!* y de la formación de la Solidaritat. Se imponían, pues, el realismo y el pragmatismo de Prat de la Riba y de Cambó, y se inauguraba la estrategia de conseguir sucesivas reformas políticas, administrativas y económicas con la perspectiva final de la hegemonía catalana en el seno del estado español, prevista por Prat en *La nacionalidad catalana*. Se pretendía también superar el españolismo cerrado que imperaba en la vida política española y que se aceptase que la regeneración propuesta por los catalanistas conduciría a una España regionalizada más auténtica y próspera.

Durante el otoño de 1907, el optimismo de Cambó y de gran parte de los dirigentes de la Solidaritat respecto a sus posibilidades políticas en Madrid fue verdaderamente notable. Antoni Rovira i Virgili presenció una manifestación harto significativa de este entusiasmo en un café de Madrid, donde se encontraban Cambó, Ventosa, Macià, Hurtado y otros diputados. Hablando de la necesidad de ir a dar mítines por toda España para explicar el componente regenerador del movimiento solidario, Rovira atribuye a Francesc Cambó las siguientes palabras:

> Todo esto de la política madrileña ... es algo carente de fuerza, un catafalco de feria con bancos y tablero. Con un empujón la derribaremos. Nosotros valemos más que el personal de los partidos del turno, que solo se sostienen porque no hay nada más fuerte que les dispute el dominio. Toda su fuerza está en la red de caciquismo provincial y municipal que han tejido. Hemos de ir a las provincias y romperemos esta red, haremos que la gente nos siga, crearemos una opinión, nos pondremos en contacto con la España de verdad. De este modo podremos resolver al mismo tiempo nuestro problema y el problema general de España.[4]

No dejan de sorprender este optimismo exultante y el análisis un tanto superficial de la realidad política española.

En cuanto al debate del proyecto de ley de Administración Local presentado por el gobierno Maura, la primera intervención de los solidarios, la de Ildefons Sunyol, harto documentada y brillante, fue muy crítica y enmendaba casi todo el contenido; era un rechazo total. En cambio, la primera intervención de Cambó, que tuvo lugar los días 25 y 26 de octubre, fue sensiblemente diferente. La prensa madrileña señaló que, pese a su excesivo acento catalán, tenía una oratoria directa y eficaz, alejada de las tradicionales formas retóricas parlamentarias. Cambó exhibió gran habilidad, ya que fue duro con el contenido del proyecto de ley, pero suave y conciliador en las formas.

Terminó mostrando voluntad de pacto y de reforma del proyecto, y se abrió a la negociación con el gobierno, algo que la contundente intervención de Sunyol no parecía ofrecer. Empezaron las divergencias entre la derecha y la izquierda solidarias. El día 26, Cambó afirmó:

> Nos ha mandado Cataluña para que defendiéramos ideales y le lleváramos la libertad y la autonomía que le hace falta. Por esto mi gran deseo sería que coincidiéramos todos ... desearía coincidir con todos vosotros, con el señor Maura, con el señor Moret, con el señor Canalejas, con todos los que sois, o habéis sido o podéis ser poder; porque vosotros podéis, ya lo he dicho, no resolver nuestro problema, pero sí hacer que se resuelva normalmente, amigablemente, amorosamente.[5]

Inmediatamente se creó en el Congreso una comisión de estudio de las enmiendas presentadas y para la redacción definitiva de la ley, comisión que presidía el conservador José Sánchez Guerra y de la que formaban parte seis diputados solidarios: Salmerón, Carner, Hurtado, Vallès, Alier y Cambó. Los solidarios, que presentaron enmiendas a 260 artículos de los 400 que tenía la ley, criticaban sobre todo las limitadas competencias que se concedían a los ayuntamientos y a las diputaciones, pese a considerar un avance el hecho de que los alcaldes de las localidades de más de cinco mil habitantes fueran elegidos por los concejales y no por el gobierno, y sobre todo la posibilidad de constituir mancomunidades entre diputaciones provinciales contiguas para la gestión conjunta de algunos servicios. Aunque las competencias de estas mancomunidades eran bastante limitadas, por lo menos representaban una primera posibilidad que daba paso a la regionalización progresiva de la administración pública.

No obstante, la temática más polémica, que dividió a los solidarios desde un primer momento, fue la forma de elegir a los concejales y diputados provinciales. La ley proponía que en los ayuntamientos dos tercios de los concejales fueran elegidos por sufragio directo de los hombres mayores de veinticinco años, como era habitual, pero que el otro tercio fuera de designación reservada a representantes de entidades y corporaciones económicas y culturales del municipio, es decir, se introducía el voto corporativo. En las diputaciones provinciales se sustituía el sufragio directo por una elección de segundo grado, puesto que los concejales de todos los municipios serían quienes eligieran a los diputados provinciales. Los diputados de la izquierda solidaria mostraron un rechazo total e inmediato de la introducción del sufragio corporativo y de la elección indirecta y anunciaron su voto en contra. En sus principales

periódicos, *El Poble Català* y *La Publicidad*, se publicaron artículos firmados por los republicanos solidarios más conocidos, como Jaume Carner y Emili Junoy, en los que atacaban duramente el proyecto de Maura. Llegaron incluso a celebrar un mitin en el Teatro Tívoli de Barcelona, el 26 de enero de 1908, contra el proyecto de ley maurista, que fue calificado de antidemocrático e inaceptable por Ildefons Sunyol, Pere Corominas, Jaume Carner y Josep M. Vallès i Ribot. Ningún miembro de la Lliga ni de la derecha solidaria fue invitado al acto.

La actitud de la Lliga, de Cambó y de la derecha solidaria fue mucho más prudente y moderada. En diferentes artículos publicados en *La Veu de Catalunya* se presentaba el proyecto de ley de Maura como un mal menor que podía ser enmendado, y se hacía hincapié en el avance que suponía la posibilidad de crear una mancomunidad de diputaciones que permitiera la reconstrucción administrativa de Cataluña. Sin explicarlo de forma clara, también parecía evidente que la introducción del sufragio corporativo y de la votación indirecta favorecían a la derecha solidaria, que tenía fuerte presencia en gran parte de las corporaciones económicas y culturales. Por otro lado, Cambó estaba indignado con el comportamiento de Jaume Carner e Ildefons Sunyol porque no hacía ni cuatro años, en 1903, que siendo los tres concejales del Ayuntamiento de Barcelona, habían redactado conjuntamente un informe que proponía el establecimiento de la representación corporativa en los municipios. Sin embargo, ahora resultaba que Carner y Sunyol no solo se oponían a este tipo de sufragio, sino que además lo acusaban de ser un «enemigo de la democracia» por defender lo que ellos mismos habían propuesto.[6]

Francesc Cambó explicó su postura en una conferencia pronunciada en la sede de la Lliga Regionalista el 13 de enero de 1908. Según él, el caciquismo había deteriorado y corrompido tanto el sufragio universal en España que ya no era representativo en la mayoría de los municipios. Por otro lado, recordó que en la tradición política del catalanismo, desde las propuestas de Valentí Almirall hasta las Bases de Manresa, siempre se había considerado más limpio y auténtico el sufragio corporativo que el voto individual directo. Defendió, pues, el voto corporativo, porque posibilitaría la participación política de las «fuerzas vivas», es decir, de las asociaciones y entidades que no se expresaban mediante el sufragio

individual, tan criticado por todos por ser poco representativo y corrupto.

Lo que no explica Cambó en sus *Memorias*, ni tampoco ninguno de sus biógrafos, es que desde el mes de noviembre de 1907 estaba en contacto secreto por carta con Antonio Maura para mantenerlo informado de la redacción de las enmiendas a la ley que realizaba la minoría solidaria.[7]El político catalanista llegó incluso a sugerir al presidente del gobierno un encuentro «antes de presentarme a la Comisión» para pactar previamente dichas enmiendas.[8]Respecto a la polémica cuestión del sufragio corporativo, Cambó planteó sin tapujos a Maura que los diputados de la Lliga y los del partido conservador tendrían que actuar juntos «para poner las cosas en claro y proclamar muy alto nuestro criterio».[9]

Con su propuesta, Maura en realidad estaba dividiendo a los solidarios. Había comprendido que era mucho más fácil enfrentarlos ofreciendo iniciativas de reformas que acentuasen sus divergencias internas que con la política de rechazo directo a la autonomía catalana. La intransigencia del gobierno de Madrid fortalecía a los solidarios; en cambio, una propuesta de reformas, por moderada que fuese, podía crear discordia entre ellos. Era evidente que Maura preveía la posibilidad de que la Lliga acabase siendo el gran partido conservador de Cataluña, su aliado natural, y por eso había que privilegiar sus relaciones con la Lliga, y especialmente con Cambó. Así pues, puso en marcha una hábil política de seducción con el líder de los catalanistas moderados.

Antonio Maura llegó incluso a admirar el catalanismo conservador que representaba Francesc Cambó, porque había conseguido canalizar las grandes energías sociales y ganar las elecciones con limpieza, lo consideraba una especie de modelo cívico para el resto de España. Quería incorporarlo como una fuerza positiva dentro del sistema político de la Restauración, y por eso enseguida vio en Cambó a un político decisivo. Ambos, pese a la diferencia de edad —Maura había nacido en 1853—, eran abogados con despacho propio, hijos de propietarios agrarios medianos de tradición conservadora y católica, que se habían instalado en una gran ciudad —Madrid y Barcelona— donde había despertado su vocación política. No es de extrañar, pues, que en esta primera fase de relaciones entre Cambó y Maura, entre 1907 y 1910, la empatía mutua se manifieste también en

forma de concesiones del gobierno a algunas de las demandas que Cambó le planteaba.[10]Maura sabía perfectamente que había de dar satisfacciones, aunque fueran pequeñas, a sus aliados.

También Francesc Cambó consideraría pronto que el conservador Maura era con quien mejor se podía entender para conseguir avances descentralizadores para Cataluña. Así pues, en su segunda intervención en el Congreso, el 24 de enero de 1908, sostuvo que no se había roto la unidad de los solidarios, pese a las discrepancias provocadas por el proyecto de ley, y que los catalanistas seguirían negociando con el gobierno las enmiendas presentadas. A continuación expuso con detenimiento lo que sería una constante en su discurso, los valores modernizadores y regeneradores del catalanismo. Utilizaba un recurso oratorio original, combinaba la frialdad expositiva con elementos más personales, haciendo algunas referencias al sistema político británico o alemán.[11]Hacía poco que había visitado estos dos países y a menudo explicaba algunos aspectos de sus sistemas políticos que podrían ser de interés en cuanto a la ley española.

Aun así, las críticas a Cambó por parte de la izquierda solidaria no cesaban: lo acusaban de prepotente, de querer ser él y la Lliga quienes capitalizasen de forma exclusiva los éxitos de la Solidaritat. Censuraban concretamente a Cambó por ejercer una dirección parlamentaria demasiado personalista y conservadora. También los liberales, entonces en la oposición, intervinieron en los debates, sobre todo por boca de Segismundo Moret y José Canalejas, con la voluntad de fragmentar la Solidaritat. Canalejas, que en marzo de 1907 había creado la facción «demócrata» dentro del partido liberal, distanciada y enfrentada con el líder Moret, se mostró especialmente beligerante al lanzar la acusación al catalanismo de ser un «anacronismo histórico». De este modo, tanto las izquierdas solidarias como también la oposición liberal criticaban constantemente las reuniones discretas entre Maura, Cambó y el presidente de la comisión, Sánchez Guerra, por ponerse de acuerdo en el proyecto de ley a espaldas del resto de los diputados. En el Archivo Maura de Madrid se conservan numerosas cartas y notas diversas enviadas por Cambó al presidente del gobierno durante esta etapa en las que sugería cambios y modificaciones en la redacción de la ley.[12]Por este motivo, la oposición se quejaba, y con cierta razón, de que la ley se estaba cocinando en los pasillos y no en

el plenario del Congreso con luz y taquígrafos.

No obstante, dado que la división entre los parlamentarios solidarios empezaba a ser peligrosa, se produjo una intervención conciliadora de los republicanos Nicolás Salmerón y Emili Junoy mediante la cual se acordaba que cada diputado solidario podía defender libremente su posición respecto a la cuestión del sufragio, es decir, que no habría disciplina de voto en esta temática. A la postre, todos acabaron cediendo: en el momento de votar los artículos de la ley, los diputados de la izquierda solidaria admitieron a regañadientes el voto corporativo en los ayuntamientos, mientras que los de la derecha solidaria aceptaban mantener el sufragio directo en las elecciones provinciales. Años después, Francesc Cambó reconoció que implantar entonces el sufragio corporativo habría sido realmente caótico: «Al recoger la estadística de la vida corporativa catalana quedé aterrado y vi que era una cosa tan dispar, tan anárquica, tan incompleta, que era imposible edificar sobre aquello una representación corporativa que naciera con el prestigio necesario».[13]De todos modos, muchos diputados liberales, que consideraban que la ley era una especie de concesión de Maura a los catalanistas, se dedicaron a practicar la obstrucción parlamentaria y a alargar los debates. Eso acabó impidiendo la votación definitiva y, por consiguiente, la primera propuesta legislativa descentralizadora del siglo xx quedó aplazada.

Crecía el ambiente enrarecido entre los solidarios, porque, además de los debates de la ley de Maura, había otras cuestiones que ponían a prueba la unidad, como el presupuesto extraordinario de Cultura del Ayuntamiento de Barcelona. Dicho proyecto, elaborado en febrero de 1908 por una comisión municipal integrada por cuatro concejales —los republicanos solidarios Francesc Layret y Albert Bastardas, y los ligueros Francesc Puig y Alfonso y Pere Rahola— y un destacado funcionario municipal —Pere Corominas—, preveía la construcción de diversos grupos escolares municipales y fijaba también los criterios para la contratación del profesorado y el carácter de la enseñanza. Lo más avanzado y controvertido era que se proponía una enseñanza bilingüe, con la introducción del catalán en algunas materias. Se propugnaba, además, un modelo de escuela mixta, sin separación entre niños y niñas, y una escuela no confesional, es decir, laica o con manifiesta neutralidad de creencias. Era una propuesta

políticamente muy avanzada que provocaría una larga y agitada polémica en la ciudad de Barcelona y en toda Cataluña. Se produjo una reacción inmediata en contra del proyecto municipal por parte de los sectores católicos más intransigentes, como el Comité de Defensa Social, a menudo aliado electoral de la Lliga Regionalista, y sobre todo del obispo de Barcelona, el cardenal Salvador Casañas, que publicó un par de textos contrarios a la enseñanza laica y mixta. Por su parte, los republicanos lerrouxistas también se opusieron, ya que consideraban que el bilingüismo anunciado posibilitaría la enseñanza en catalán, en detrimento del castellano oficial.

El proyecto de presupuesto de Cultura barcelonés provocó grandes debates en la prensa y en el consistorio, pero finalmente el 28 de abril de 1908 fue aprobado por 26 votos contra 7. Los concejales de la Lliga, que tenían libertad de voto, se dividieron claramente: unos votaron a favor, como Pere Rahola, otros en contra, como Narcís Pla i Deniel, y muchos se abstuvieron. No obstante, pocos días después, el 5 de mayo, el alcalde de la ciudad, el conocido financiero y político dinástico Domingo Sanllehy Alrich, suspendió la aplicación considerando que el acuerdo municipal había provocado un ambiente tenso en la ciudad y porque todo lo que afectaba a las relaciones entre la Iglesia católica y el Estado no era competencia municipal, sino del gobierno central. Esta intromisión del alcalde, nombrado por el gobierno Maura el 6 de septiembre de 1907, fue calificada de inaceptable por los republicanos solidarios. La Lliga también protestó, tanto a través de artículos de *La Veu*, escritos por Prat, como en el Congreso por boca de Cambó, que se quejó, aunque sin las estridencias de los republicanos. Se hizo hincapié, sobre todo, en que aquello era una «alcaldada» que vulneraba las competencias autónomas del consistorio barcelonés y representaba una intromisión intolerable del gobierno Maura.

La cuestión del presupuesto de Cultura barcelonés llegó también al Congreso, donde provocó un debate relativamente tenso en las sesiones del 21 y 22 de mayo de 1908, entre José Canalejas y Francesc Cambó. El líder liberal, desde una posición laica y progresista, además de condenar la alcaldada de Sanllehy, atacó a los conservadores catalanes porque defendían el poder y los privilegios de las órdenes religiosas en la enseñanza. En su propuesta, Cambó puso énfasis en la intolerancia de ciertos sectores católicos, que podía compararse, según

él, con la demagogia de los republicanos y de algunos liberales. Con notable habilidad, supo distanciarse de las posiciones de la extrema derecha católica y defendió los principios de un sistema de enseñanza basado en la descentralización y en los criterios pedagógicos más modernos. Los católicos, aseguró, no podían pretender que sus convicciones religiosas fueran asumidas por todos, y señaló que los intereses legítimos de la Iglesia no debían competir con el poder público. Para Cambó era fundamental garantizar «la indiferencia religiosa» de los servicios públicos y la autonomía y libertad de las administraciones públicas.[14]Su habilidad para salirse de las temáticas delicadas empezaba a ser notable.

Otra cuestión polémica vino a incrementar las tensiones en el seno de la Solidaritat Catalana. En abril de 1908, algunos diputados de la izquierda solidaria, encabezados por el federal Vallès i Ribot, presentaron en el Congreso una petición que exigía la derogación inmediata de la ley de Jurisdicciones, como constaba de forma clara en el programa electoral solidario. Francesc Cambó consideró que aquella era una táctica errónea, dado que no se podía presionar al gobierno Maura de aquel modo y que era mejor llevar a cabo una negociación discreta del tema, sin el ruido que desencadenaría un debate abierto en el Congreso. Sin embargo, Cambó no consiguió convencer a los solidarios de izquierdas, que, por boca del federal Joaquim Salvatella, ratificaron la propuesta exigiendo «la inmediata» derogación de la ley. Pese a estar convencido de que con aquellas exigencias Maura nunca aceptaría negociar nada, Cambó tuvo que intervenir en el Congreso, el 13 de junio, para defender la propuesta solidaria. Con cierta habilidad recordó que aquella ley había sido considerada como «una transgresión del orden jurídico» por destacados especialistas y que, en su momento, había sido muy criticada por Canalejas, Azcárate y por el propio Maura, que le habían precedido en el uso de la palabra. A continuación intervino Maura para decir que el gobierno estaba dispuesto a estudiar la propuesta de los solidarios, pero que no podía aceptar la imposición de que la ley fuese derogada de forma inmediata. Dado que la mayoría de los diputados solidarios se negó a retirar esta exigencia, la votación les fue muy desfavorable: solo 46 diputados la apoyaron, en su mayoría solidarios, mientras que 130 conservadores y liberales votaron en contra.

El malestar y las tensiones entre los parlamentarios solidarios iban en aumento. Indignados por la votación anterior, los solidarios de izquierdas propusieron retirarse del Congreso y del Senado en señal de protesta y consultar al cuerpo electoral catalán sobre la actitud que habían de adoptar, lo que fue aceptado a regañadientes por Cambó y los solidarios de derechas. A pesar de que en Barcelona fueron recibidos con una gran manifestación de apoyo, Cambó dudaba de la operatividad de aquella retirada, que paralizaba toda acción en las cámaras legislativas. Así pues, junto con Prat de la Riba, propusieron que la actuación de los parlamentarios solidarios en Madrid fuese aprobada de manera más representativa. Para ello, el 29 de junio de 1908 convocaron en el gran salón del Orfeó Català de Barcelona una asamblea de todos los diputados provinciales y concejales de Cataluña, a la que asistieron 1.449 personas. Los allí reunidos tenían que ratificar o no la retirada de los parlamentarios solidarios y marcar las líneas de actuación en el futuro. Al final se impuso la propuesta moderada elaborada por los miembros de la Lliga: los parlamentarios continuarían luchando en las Cortes por la derogación de la ley de Jurisdicciones y para conseguir el reconocimiento político y administrativo de la personalidad de Cataluña. La lucha parlamentaria aparecía así como la única vía política posible.

Entretanto, Maura proseguía en su hábil política de conciliación hacia el catalanismo moderado. No deja, pues, de ser significativo que durante la época de la Solidaritat Catalana, el gobierno conservador organizase dos visitas reales consecutivas a Barcelona. Era evidente que las relaciones entre el soberano y los catalanes se habían enfriado considerablemente a consecuencia de la oleada de anticatalanismo que había acompañado a los sucesos del *Cu-cut!* y la elaboración de la ley de Jurisdicciones. Cabe señalar, además, que en mayo de 1906 el Ayuntamiento de Barcelona, dominado por los solidarios, se había negado a hacer un regalo de bodas a Alfonso XIII y meses después, ya en enero de 1907, el mismo consistorio tampoco quiso organizar ningún acto con motivo de la onomástica del monarca.

El 3 de febrero de 1908, Maura envió al rey Alfonso XIII una nota sobre la necesidad de realizar un viaje oficial a Cataluña para «fomentar la directa afección de la Cataluña, que no es Barcelona, a la persona de V. M.». En una primera visita, que tuvo lugar en marzo de 1908, incluso Antonio Maura lanzó ante el rey el grito elocuente de

«Viva Cataluña» en catalán. La segunda visita se produjo en octubre del mismo año, pero en un momento político bastante diferente, de enfrentamientos abiertos entre los solidarios. Saltaba a la vista que Maura quería utilizar el viaje real para ahondar en aquella división y pactar solo con el sector más conservador de los solidarios, la Lliga y los carlistas, y marginar a los republicanos. Con ello pretendía, además, normalizar las relaciones de la monarquía y del gobierno de Madrid con los partidos catalanes que más deseaban actuar dentro del sistema. Con el objetivo de congraciarse con los catalanistas, el gobierno Maura concedió la Gran Cruz de Isabel la Católica a Enric Prat de la Riba, presidente de la Diputación de Barcelona, principal ideólogo catalanista y dirigente máximo de la Lliga Regionalista. De todos modos, no pasó desapercibido que mientras que el alcalde interino de Barcelona, el republicano solidario Albert Bastardas, saludó al rey en catalán, Enric Prat de la Riba se dirigió en castellano al monarca en la recepción ofrecida en la Diputación.

Con motivo de esta visita, Francesc Cambó escribió en *La Veu de Catalunya*, el 22 de octubre de 1908, un artículo titulado «Lo que yo le diría al Rey», en el que sostenía que había que explicar al monarca cómo era en realidad el país, porque no tenía la menor duda de que, si el rey la conocía bien, sería «un gran defensor de Cataluña». Según Cambó, el papel esencial del monarca tenía que ser el de moderador de las tensiones identitarias hispánicas: «El rey ha de buscar la paz y la armonía entre los pueblos». No obstante, también le recordaba que cuatro años atrás, en 1904, Alfonso XIII había prometido hablar catalán y que todavía no lo había hecho: «El día que hable catalán desaparecerán los recelos».[15]Coincidiendo con este viaje, Francesc Cambó, que todavía no había mantenido ninguna entrevista personal con el soberano, hizo unas declaraciones en la prensa de Madrid sobre la posición de los catalanistas frente a la monarquía en las que afirmaba que estos sentían por el rey «respeto, que no queremos signifique adhesión ferviente y entusiasta, de momento; y no depende de nosotros, sino de los hombres de la actual monarquía el que eso suceda y la rapidez y la fuerza con que se produzca».[16]

La crisis de la Solidaritat y la Semana Trágica

En el verano de 1908, Cambó viajó a Alemania y aprovechó la estancia para familiarizarse con las características y el funcionamiento del régimen municipal y regional de este país. No obstante, el ambiente deteriorado y las tensiones entre los solidarios no hacían más que aumentar, como se puso de manifiesto con motivo de su sorprendente derrota electoral en los comicios parciales de Barcelona el 18 de septiembre de 1908.

La muerte de Nicolás Salmerón, el hecho de que Francesc Macià optase por el acta del distrito de Borjas Blancas, las renuncias como diputados de Ildefonso Sunyol y de Emili Junoy —que pasaba al Senado—, dejaban cuatro vacantes de diputados en la ciudad de Barcelona que los solidarios quisieron recuperar inmediatamente. Por otro lado, para que Alejandro Lerroux no saliese elegido diputado, porque se le consideraba el mayor enemigo de la Solidaritat, decidieron copar todos los puestos, es decir, ganar los cuatro escaños aunque solo se pudiera votar a tres diputados. Los solidarios de izquierdas parecían los más interesados y los más convencidos del éxito de la operación, mientras que los miembros de la Lliga lo contemplaban todo con cierto distanciamiento. El propio Cambó era reticente a concurrir a estas elecciones, dado que no veía tan segura la victoria, e incluso pidió al ministro de la Gobernación, Juan de la Cierva, que no las convocase, pero este no accedió a la petición.[17]

Contra todo pronóstico, la candidatura solidaria, integrada por tres republicanos —Francesc Layret, Jaume Cruells y Francesc Sunyer i Capdevila— y un miembro de la Lliga —Ramón Albó—, fue derrotada por la republicana antisolidaria por un pequeño margen de votos —tan solo unos dos mil— y Alejandro Lerroux, Hermenegildo Giner de los Ríos y Joan Sol Ortega fueron elegidos diputados por Barcelona, mientras que tan solo un solidario obtuvo escaño, el católico Ramón Albó.[18]La derrota solidaria fue muy celebrada por una buena parte de los dirigentes liberales, especialmente por Segismundo Moret, y por la prensa de Madrid, que ya anunciaba la pronta disolución del frente catalanista. Cambó, en una intervención en el Congreso el 17 de diciembre de 1908, replicó de manera contundente a las previsiones de los dinásticos: «Si creéis vosotros que lo que ha fracasado es el espíritu de Cataluña, es el amor a la personalidad de Cataluña, es el amor a la autonomía regional y local, os equivocáis por completo».[19]

Francesc Cambó parecía el dirigente solidario más optimista, el que confiaba más en la continuidad del movimiento, pese a que las tensiones internas no hacían más que aumentar. Por otro lado, pronto desaparecería la unidad solidaria en las elecciones municipales.

En efecto, en estas elecciones del 2 de mayo de 1909, los solidarios se presentaron por separado en diversas candidaturas en la ciudad de Barcelona y en otras localidades catalanas. La izquierda solidaria quería ir sola y argumentaba que la Solidaritat se había constituido solamente para la acción exterior, de cara a la política española y al gobierno de Madrid, no para los gobiernos municipales o provinciales. Los izquierdistas solidarios consideraban, además, que tenían fuerzas suficientes para superar a la Lliga y a los lerrouxistas en Barcelona. Por su parte, también la derecha solidaria aparecía dividida. El grupo ultraconservador Defensa Social, integrado por dirigentes de organizaciones católicas y de entidades patronales, insistía en la necesidad de una política más intransigente para detener los avances democratizadores y «socialistas». Tampoco querían estar subordinados a la Lliga ni a sus pactos políticos con las izquierdas. Defensa Social era un grupo con reducida sensibilidad catalanista, temeroso de las reformas, que quería negociar con la Lliga desde una posición de fuerza, no supeditada a la estrategia de los catalanistas.

De este modo, en Barcelona se presentaron diferentes candidaturas: la Lliga Regionalista, la de los republicanos solidarios, la de los ultraconservadores del Comité de Defensa Social, que concurrían aliados con los conservadores dinásticos, y la del Partido Radical lerrouxista. Vencieron estos últimos, que obtuvieron unos 34.000 votos y dieciséis concejales, mientras que los republicanos solidarios quedaron en segundo lugar con 24.000 votos y ocho concejales. La candidatura de la Lliga quedó en tercer puesto, con 22.000 votos y cuatro concejales —entre ellos Narcís Verdaguer i Callís. Aquel fue un golpe terrible para la Lliga Regionalista y también para la Solidaritat Catalana. La división había beneficiado a los lerrouxistas, pero al mismo tiempo demostraba que la Lliga Regionalista, sin el apoyo de la extrema derecha —Defensa Social había obtenido cuatro mil votos—, era superada también por los republicanos solidarios. Estos resultados preocuparon profundamente a los dirigentes de la Lliga, especialmente a Cambó, pero animaron a los republicanos solidarios a consolidarse como alternativa al

catalanismo conservador. Por otro lado, esta derrota electoral afectó también a la imagen que la Solidaritat quería presentar al resto de España. Por esta razón Cambó consideraba que, en aquellas condiciones, no era conveniente invitar a Cataluña a simpatizantes políticos españoles: «Creo que la expedición de los castellanos es prematura, que las cosas no están lo suficientemente maduras, ni en Cataluña ni en Castilla».[20]

La Solidaritat Catalana ya estaba fuertemente erosionada cuando se produjo un acontecimiento que acabó de liquidarla de manera definitiva: el estallido de violencia popular durante la última semana de julio de 1909 en Barcelona y en otras ciudades catalanas, que ha pasado a la historia como la Semana Trágica o la «semana sangrienta». Ante estos hechos, la derecha y la izquierda solidaria tomaron posiciones opuestas. Mientras que la Lliga Regionalista dio su apoyo incondicional a la política de orden y represión del gobierno Maura, los republicanos solidarios, pese a estar desbordados y desconcertados por los acontecimientos, intentaban proponer medidas conciliadoras y analizar las causas profundas de aquella sorprendente revuelta popular.

El 26 de julio de 1909, cuando estalló la Semana Trágica, Francesc Cambó se encontraba en París, en la primera etapa de un proyectado viaje a Noruega, porque quería analizar de cerca el reciente proceso de independencia de este país. Desde la capital francesa, y después desde Londres, intentó obtener la máxima información posible, pero finalmente, ya a comienzos del mes de agosto, anuló el viaje a Noruega y regresó a Barcelona. El carácter anticlerical de la rebelión popular —más de sesenta edificios religiosos incendiados— desconcertó a todo el mundo y fue el aspecto que los sectores más conservadores de la sociedad catalana utilizaron para exigir una dura política de represión. La causa principal de la protesta popular, es decir, la guerra en Marruecos y la movilización de los soldados reservistas, desapareció rápidamente de los discursos de los sectores biempensantes. No obstante, la represión que llevó a cabo el gobierno Maura, ejercida directamente por los militares, fue muy desproporcionada: declaración del estado de guerra, censura total de prensa, suspensión de publicaciones y cierre de entidades consideradas subversivas —entre ellas algunas catalanistas— y unos dos mil detenidos.[21]

Francesc Cambó regresó a Barcelona a principios de agosto y realizó una gestión, que resultó fallida, con el nuevo gobernador civil, Evaristo Crespo Azorín, y después con el ministro de la Gobernación, Juan de la Cierva, para que levantase la suspensión que afectaba a un buen número de publicaciones y entidades catalanistas. De la Cierva, haciendo gala de su carácter autoritario y altivo, respondió al diputado por Barcelona que el deber de los buenos ciudadanos en aquellos momentos no era hacer observaciones al gobierno sino prestarle todo su apoyo. El gobierno había clausurado el Centro Excursionista de Cataluña, muchos ateneos catalanistas y también publicaciones como *El Poble Català*, portavoz de los solidarios de izquierdas, que estuvo prohibido hasta el 8 de noviembre de 1909, mientras que *La Veu de Calalunya* ya se publicaba, aunque estaba supeditada a la censura militar. Una vez restablecidas las garantías constitucionales, en noviembre de 1909, estos dos periódicos catalanistas iniciaron una batalla entre ellos, llena de acusaciones graves sobre las actitudes adoptadas durante y después de la Semana Trágica y, especialmente, sobre la política represiva del gobierno Maura.

La justicia militar había sido implacable, tanto que no se recordaba nada igual desde hacía décadas. Pronto aflorarían las repercusiones políticas provocadas por la condena a muerte y ejecución de Francesc Ferrer i Guàrdia, un pedagogo que sin haber participado directamente en los acontecimientos del mes de julio, pues era de fuera de Barcelona, fue considerado el inspirador de la rebelión y ejecutado en el castillo de Montjuic el 13 de octubre de 1909.[22]El ministro de la Gobernación, Juan de la Cierva, presionó al tribunal militar para que fuera duro con Ferrer. Como él mismo explica en sus memorias, era preciso imponer un castigo ejemplar a Ferrer.[23]

La Lliga Regionalista y sus principales dirigentes, Prat de la Riba y Cambó, apoyaron la política de fuerza del gobierno y la actuación de los tribunales militares. Como es sabido, Prat de la Riba se negó a publicar en *La Veu de Catalunya* el artículo de Joan Maragall «La ciudad del perdón», en el que pedía el indulto para Ferrer i Guàrdia, porque este gesto podía molestar al gobierno Maura. Sin embargo, la ejecución del reo provocó grandes protestas en el extranjero, hecho que acabó convirtiendo al pedagogo catalán en una especie de mártir de las causas progresistas, de los librepensadores y de los defensores

de la emancipación social. En muchas ciudades europeas hubo manifestaciones masivas contra la denominada «nueva Inquisición española», y los militares españoles, el gobierno conservador y el propio rey Alfonso XIII fueron objeto de toda clase de ataques e injurias. Además, la ejecución de Ferrer provocó que, desde posiciones republicanas y obreristas, la imagen de Antonio Maura y también la de la Cierva se identificasen con «la España Negra», el clericalismo intransigente e incluso con el crimen de estado.

En este ambiente agitado, cuando las discrepancias políticas entre los solidarios sobre los acontecimientos del mes de julio y la política represiva del gobierno Maura estaban en su momento álgido, otro suceso vino a confirmar que la Solidaritat ya estaba muerta. Después de las elecciones provinciales del 24 de octubre de 1909, la composición política de la Diputación de Barcelona reflejaba una importante fragmentación: once diputados de la Lliga, diez republicanos solidarios, cinco tradicionalistas, cinco conservadores, tres liberales, uno de la Unió Catalanista y un radical. Prat de la Riba sorprendió con la imposición de un cambio de alianzas inesperado: propuso el acuerdo de los ligueros con los dinásticos, en detrimento de la izquierda solidaria, de modo que el republicano Santiago Gubern no fue elegido vicepresidente de la Diputación, como parecía lógico, sino el dinástico conservador Joaquim Sostres. Era evidente que Prat priorizaba el pacto con los dinásticos para mantener una buena relación con el gobierno Maura; su estrategia consistía en incorporar sobre todo a los mauristas a una «nueva solidaridad» en la que las izquierdas no tuviesen tanta fuerza. Aunque este objetivo no cuajó, debido a la inmediata caída de dicho gobierno, sí provocó gran irritación entre los diputados de la izquierda solidaria que habían votado a Prat como presidente de la Diputación hacía dos años, en 1907.

Unos días antes, el 6 de octubre, una nota de la Comisión de Acción Política de la Lliga Regionalista hablaba como si la Solidaritat Catalana todavía existiera y establecía como triple objetivo defender la continuidad política de la unidad catalana, restablecer la necesidad de una «solidaridad social», tras los hechos violentos de julio, y presionar al gobierno Maura para poder aprobar definitivamente la ley de Administración Local, en la que se establecían las mancomunidades.

Sin embargo, la caída del gobierno Maura alteraría considerablemente las previsiones políticas de los dirigentes de la Lliga. En las Cortes, que no se abrieron hasta el 18 de octubre, días después de la ejecución de Ferrer, los liberales lanzaron, por boca de su líder Segismundo Moret, un durísimo ataque contra el gobierno Maura por haber puesto en marcha una represión política indiscriminada y excesiva con motivo de los sucesos de Cataluña. En medio de furibundos debates —fue el momento de la campaña «Maura, no»— el gobierno conservador, defendido por el vehemente De la Cierva, que actuó como único portavoz, se encontró prácticamente solo. Significativamente, ni Cambó, ni nadie de la Lliga, intervino en aquel apasionado debate parlamentario para defender el gobierno Maura.

Moret anunció públicamente que el partido liberal rompía toda relación parlamentaria con el gobierno conservador y que no participaría en ninguna de las tareas de la vida del Congreso ni del Senado. Era una especie de declaración de guerra de los liberales contra el gobierno Maura. Ante la crítica situación de tensión existente entre los dos grandes partidos dinásticos, el conservador y el liberal, Francesc Cambó fue llamado a consultas por el rey Alfonso XIII. Era la primera vez que, en calidad de jefe de un grupo parlamentario, era llamado al Palacio de Oriente para hablar sobre la situación política española.

No obstante, tres días antes de este encuentro con el rey, Francesc Cambó había tenido una larga conversación con el presidente del gobierno dimitido, Antonio Maura, que él mismo relató con detalle a Prat de la Riba en una larga misiva el 21 de octubre. En esta carta, Cambó censuraba duramente la actitud cerrada del político mallorquín, que había puesto en peligro la monarquía misma.[24]Quizá lo más relevante de la conversación era que Maura había propuesto a Cambó constituir, a partir de la Lliga Regionalista, un partido reformista y autonomista español que sustituyese al liberal, de modo que, junto con el partido conservador, estableciese el nuevo sistema de turnos en el gobierno.[25]

> Me ha dicho que la eliminación del partido liberal dependía de mí, pues si yo levantaba la bandera de un partido español reformista, gran parte de los suyos vendrían con nosotros y él tendría una satisfacción inmensa si formábamos así los dos partidos y nos turnábamos. Esto se lo debe de haber dicho a alguien de la mayoría, porque todos sus jóvenes miembros me han ofrecido entrar en el partido que formaríamos dentro de la

> monarquía con bandera francamente autonomista. Creo que es una solución que hay que pensar. De momento, nos conviene pensar si los liberales se entienden con nuestra izquierda a base de hacer concesiones a Cataluña, o si, siguiendo una política anticatalanista, imponiendo la reconstitución del bloque solidario ... Creo que no perderíamos nada si hiciésemos alguna sugerencia a nuestras bases respecto a la conveniencia de la creación de un partido regionalista español.[26]

¿La empatía política entre Cambó y Maura llegaba hasta el extremo de hacerle estas propuestas tan sorprendentes? El político catalanista empezaba a recibir proposiciones para incorporarse plenamente al juego político de los partidos del turno dinástico como líder de un gran partido. No obstante, la propuesta de Antonio Maura para que Cambó encabezase una nueva derecha española reformista y regionalista era realmente insólita. Evidentemente, la tentación de convertirse en el dirigente de una nueva formación española era grande, pero tanto Cambó como Prat acogieron la propuesta de Maura con muchas dudas. Aunque eran partidarios de una integración plena de la Lliga dentro del sistema político español, no les pareció prudente respaldar una operación tan arriesgada y de incierto resultado, que exigiría que Cambó se convirtiese exclusivamente en un dirigente español. A las dificultades que sin duda encontraría Cambó para «aclimatarse» a la vida política de Madrid, habría que añadir las repercusiones que esta decisión provocaría en Cataluña. Se refería a la conocida máxima de que «aquí no me lo perdonarían nunca y allí tampoco me lo agradecerían».

Además de esta sorprendente propuesta de Maura, otro detalle significativo de la carta de Cambó a Prat era la confirmación de que los catalanistas conservadores de la Lliga se habían convertido en un partido de orden plenamente aceptado por Alfonso XIII e incluso por los militares:

> En esta aguda crisis para nuestra política, nos hemos salvado de la desbandada del primer momento, veo asegurado el porvenir más que nunca. El ejército y el rey confían mucho en nosotros. Supongo que habrá visto el artículo de fondo de la *Correspondencia Militar* de hoy aconsejando a los militares de Barcelona que nos voten a nosotros.[27]

No hay la menor duda de que la defensa que los políticos de la Lliga habían hecho de la política de orden del gobierno Maura y, especialmente, su apoyo a la ejecución de Ferrer i Guàrdia empezaban a dar sus frutos.

Tres días después de la conversación con Maura y de esta carta, el 24 de octubre, tuvo lugar la primera entrevista política entre

Alfonso XIII y Cambó. Se produjo por la noche y fue un largo encuentro de más de tres horas, que Jesús Pabón no recoge en su biografía del líder catalanista. En sus *Memorias*, al hacer referencia a la reunión con el rey, Cambó confiesa que él «todavía no conocía la técnica y los trucos que este sabía utilizar maravillosamente». El soberano, tras elogiarle a él y a los catalanes, manifestó un gran respeto por Antonio Maura e hizo una clara manifestación de desprecio e indignación por la actitud del líder liberal Segismundo Moret. El monarca hizo confidencias importantes a Cambó, asegurando que no entendía la posición política de Maura y que, sin embargo, sentía «simpatía y admiración» por el líder catalanista. Cambó se sintió halagado, pese a no ser demasiado monárquico. Veía a Alfonso XIII como un joven rey demasiado solitario, lleno de ilusiones y de propósitos elevados y nobles.[28]

A raíz de esta primera entrevista con el rey, Cambó pudo conocer mejor su forma de actuar, porque, pocos días después, el político catalanista tuvo la versión de Antonio Maura acerca de las circunstancias auténticas de su dimisión. El político mallorquín confesó a Cambó que después de todo lo que había hecho en defensa de la institución monárquica, se había sentido abandonado por Alfonso XIII ante las presiones de los liberales y de los republicanos. Considerando esta versión, Cambó criticó la actitud de aquel monarca que se había desembarazado de Maura de manera ingrata y precipitada en octubre del año 1909.[29]Fue una de las primeras «crisis orientales» —por la intervención directa del rey, del señor del Palacio de Oriente— que se produjeron a lo largo del reinado de Alfonso XIII. Esta crisis deterioró notablemente el pacto implícito entre los dos partidos dinásticos españoles de alternarse en el gobierno bajo la tutela protectora de la Constitución de 1876, y provocó que ambos partidos se dividiesen en facciones enfrentadas bajo liderazgos débiles e incompatibles.

La disolución de la Solidaritat y la derrota electoral de Cambó

Después de la Semana Trágica, de la crisis final del gobierno Maura y de la desaparición de la Solidaritat Catalana, Cambó era ya un político diferente. Había conseguido una considerable empatía no solo con los

sectores más conservadores de la política española, sino también con Alfonso XIII y los militares, como se desprende de la carta a Prat antes mencionada. En aquel momento político era plenamente aceptado como líder de uno de los grupos. No obstante, el enfrentamiento con los liberales y las izquierdas españolas para defender al gobierno Maura había sido tan vehemente que la hostilidad de estos hacia la persona de Cambó era notable. Prueba de ello es un escrito confidencial del principal líder del partido liberal, Segismundo Moret, que pronto sería nombrado presidente del gobierno:

> Cuando se leen los artículos de Cambó en *La Veu* se pregunta uno si esos hombres discurren con cerebros análogos al nuestro o hay que creer, como dijo el Dr. Robert, que el cráneo de los catalanes es distinto al de los demás españoles. Porque, amigo mío, ¿cómo se puede hacer un llamamiento a los elementos conservadores por aquellos que desdeñan la patria, que ofenden al ejército y han vilipendiado al Rey? ¿De qué elementos entiende Cambó que se compone la conservaduría?[30]

Es importante retener que esta actitud de recelo del líder liberal respecto a Cambó y a todo el catalanismo estaba basada en la identificación de los valores conservadores casi exclusivamente con la monarquía española y el ejército. Quizá Segismundo Moret estaba poco informado de las relaciones que Cambó empezaba a tener con Alfonso XIII.

Podemos considerar que Francesc Cambó, desde finales del año 1909, ya estaba claramente integrado en el juego político del sistema. Opinaba sobre la crisis y la fragmentación de los partidos dinásticos, intervenía y comentaba la falta de liderazgo de liberales y los conservadores. Eran momentos de crecimiento de su influencia en el mundo parlamentario español e incluso de prestigio y atracción entre los políticos conservadores españoles más jóvenes:

> Mi impresión es que si Maura no hubiera vuelto a la política, los elementos más sanos del partido conservador se habrían acercado a nosotros. Ahora no saben qué hacer: muchos de ellos han venido a verme, pero esperan a saber qué hará Maura mañana ... ellos, igual que nosotros, no ven ningún camino decoroso para salir del atolladero en el que se han metido.[31]

La caída del gobierno Maura supuso la paralización total del debate sobre el proyecto de ley de la Administración Local, en el que Cambó y la Lliga habían depositado tantas esperanzas. El regreso al poder de los liberales, que habían combatido duramente el proyecto maurista, sentenció, pues, la desaparición de la Solidaritat, como se evidenció en las dos elecciones siguientes: las provinciales del 24 de

octubre y las municipales del 12 de diciembre de 1909, celebradas en un ambiente muy crispado entre los catalanistas de izquierdas y de derechas. Los resultados mostraron no solamente que la Solidaritat ya no existía, sino que la tendencia mayoritaria del electorado barcelonés se inclinaba hacia las izquierdas y aumentaba la abstención. Sin duda había influido en el voto el impacto de la represión de los acontecimientos del mes de julio ejercida por el gobierno Maura, y de la que también se responsabilizaba a la Lliga. Eso explicaba que los republicanos catalanistas volviesen a sacar más votos y más diputados provinciales y concejales que los de la Lliga. Y lo que todavía era peor para Cambó, que en el Ayuntamiento de Barcelona hubiera mayoría absoluta de los radicales lerrouxistas.

Pese a todas estas derrotas y a este panorama preocupante, Francesc Cambó seguía defendiendo la continuidad de la política solidaria. En las conferencias que pronunció en Barcelona los días 4 y 8 de noviembre de 1909, explicó a la militancia de la Lliga Regionalista que el apoyo prestado al gobierno Maura no suponía una adhesión incondicional a su política, sino que estaba justificado para no desestabilizar más la situación política española, como habían hecho los liberales y los republicanos. Él consideraba que a pesar de que el movimiento solidario se estaba deshaciendo, había que mantener una política unitaria en Madrid, y que no contribuía a ello la campaña que desde el Ayuntamiento habían iniciado los radicales lerrouxistas y los republicanos catalanistas en favor de la libertad de los presos de los acontecimientos de julio.

En Madrid la situación política era harto compleja. El gobierno presidido por Segismundo Moret parecía aspirar a ampliar la influencia del partido liberal hacia las izquierdas, constituyendo una especie de bloque o alianza con los republicanos que le habían prestado apoyo en sus ataques contra Maura. No obstante, una nueva intervención del rey modificó las cosas. Alfonso XIII se negó a firmar el decreto de disolución de las Cortes que le pedía Moret, porque consideraba que el líder liberal era demasiado viejo, demasiado escorado a la izquierda y excesivamente hostil a Maura. Así pues, el 9 de febrero de 1910, el monarca encargó la formación de un nuevo gobierno a José Canalejas, líder de la facción democrática del partido liberal, un político menos quemado que el viejo Moret, que inmediatamente anunció la convocatoria de elecciones generales para

el mes de mayo. Canalejas era la figura política de los liberales que más destacaba por haber exigido del partido un compromiso mayor en favor de las reformas sociales y la democratización del sistema político.

Por más que Cambó continuase afirmando que el divorcio entre los antiguos solidarios no era total, los hechos mostraban lo contrario. El 24 de abril de 1910, días antes de las elecciones generales, se constituía oficialmente en Barcelona la Unión Federal Nacionalista Republicana (UFNR), la alianza de los republicanos federales, del Centro Nacionalista Republicano y de buena parte de los salmeronianos, que expresaba la voluntad manifiesta de arrebatar a la Lliga Regionalista la dirección del catalanismo. La nueva formación estaba liderada por conocidos ex diputados solidarios, como Jaume Carner, Ildefons Sunyol y Josep M. Vallés i Ribot, además del escritor Pere Corominas, que era el director de *El Poble Català*.

Frente a estas elecciones, Francesc Cambó y la propia Lliga Regionalista restablecieron contactos discretos con el partido conservador. Ya en enero de 1910, Cambó se había entrevistado en Madrid con Antonio Maura y ambos convinieron que en las provincias de Gerona, Tarragona y Lérida los conservadores y los catalanistas de la Lliga podían cerrar acuerdos de apoyo electoral mutuo. Así pues, Cambó se reunió con el marqués de Robert, político conservador gerundense, con Joan Maluquer, que representaba a los conservadores leridanos, y con Salvador Canals, en nombre de los tarraconenses. Las negociaciones no fueron fáciles, aún había demasiados recelos y desconfianza, y a menudo algunos preacuerdos sobre posibles retiradas de candidatos a cambio de apoyos electorales en otros distritos no se acabaron de concretar. Por este motivo, el 22 de marzo de 1910 Cambó escribió a Maura pidiéndole que

> tenga la bondad de decirme cuáles de aquellos compromisos quedan subsistentes, a fin de que podamos nosotros presentar candidatos propios, frente a los republicanos, en aquellos distritos que entendíamos correspondían a un candidato conservador que ustedes abandonaban.[32]

Era evidente la empatía entre los conservadores catalanes y los españoles frente a unos adversarios considerados comunes, los republicanos y los liberales. Sin embargo, eran compromisos y pactos electorales que seguían las normas de la «vieja política» caciquil, de la que la Lliga también quería beneficiarse. Una muestra clara del

eclecticismo político de la Lliga: si los «caciques» eran de los suyos había que defenderlos.

Las elecciones del 8 de mayo de 1910 fueron importantes para la Lliga Regionalista y también para Francesc Cambó, que fueron a los comicios demasiado confiados en cuanto a sus fuerzas y sufrieron una derrota ejemplar, especialmente dolorosa para él. No concedieron la suficiente importancia a la polarización política creada por la campaña de republicanos y liberales contra el gobierno Maura y sus aliados. Podría decirse que en Cataluña la versión de la campaña «Maura no» se concretó en una ofensiva generalizada contra la Lliga, y sobre todo contra Cambó, orquestada tanto por los liberales gubernamentales como por los republicanos. En Barcelona, las elecciones confirmaron los resultados de las municipales de diciembre: la división entre las diferentes candidaturas favoreció a los radicales de Lerroux, que consiguieron cinco diputados en la ciudad, y a la nueva formación de los republicanos catalanistas, la UFNR, que obtuvo dos. Pero lo más grave era que la derrota de la Lliga era inapelable: Cambó tan solo tuvo 16.000 votos, muy por debajo de los 30.000 de Lerroux y de los 23.000 de Pere Corominas. Fuera de Barcelona, si bien el hundimiento de la Lliga no fue tan acusado, también se pagó un alto coste político: Cambó tampoco resultó elegido diputado por el distrito de La Bisbal, donde el candidato de la UFNR, Salvador Albert, salió vencedor.[33]

Así, Francesc Cambó, el líder más destacado de la Lliga Regionalista y de la Solidaritat, se quedaba sin acta de diputado al Congreso. Para el político ampurdanés fue irritante ser derrotado en su distrito natal, el de La Bisbal. En sus *Memorias* explica que

> los tránsfugas de la Lliga, los de izquierdas, me atacaron con una virulencia desacostumbrada, peor que la de los primeros tiempos del lerrouxismo. Todos sus líderes se congregaron en el distrito de La Bisbal para combatir mi candidatura, utilizando las formas más innobles. Una de ellas fue repartir por el distrito una estampa en la que aparecía el fusilamiento de Ferrer i Guàrdia y yo era el que daba la orden de abrir fuego.[34]

Es cierto que durante toda la campaña electoral los ataques lanzados contra Cambó por parte de toda la izquierda solidaria fueron duros y persistentes, especialmente el de los republicanos federales. Es evidente que a Cambó le costó mucho encajar la derrota. En un artículo publicado en *La Veu*, aunque se mostraba conciliador y no quería desautorizar totalmente a las izquierdas solidarias, sí

manifestaba un evidente desprecio por Salvador Albert, el diputado republicano ganador, puesto que presentaba su victoria como una especie de injusticia política, ya que ocupaba «un puesto muy secundario en aquella lucha».[35]

El 14 de mayo, Francesc Cambó enviaba a Antonio Maura esta interesante reflexión sobre las causas de su derrota y sobre el ambiente político pesimista que imperaba en Cataluña:

> No me ha sorprendido mi derrota. Aunque no tuve yo ninguna culpa en ello, el hecho evidente es que mi política gubernamental fracasó en las pasadas Cortes, y los fracasos se pagan con un momento de impopularidad. Espero que el transcurso del tiempo convencerá a todos los espíritus serenos de que el camino que yo seguí es el único que puede dar a Cataluña satisfacción a lo que tengan de legítimas sus aspiraciones. Hoy, en Cataluña, como en el resto de España, aunque aquí con mayor intensidad, el pesimismo se ha apoderado de los espíritus, y el pesimismo es ambiente adecuado para todos los estallidos revolucionarios. Yo he de procurar, en la medida de mis fuerzas, y en el campo de acción en que puedo ejercer alguna influencia, que renazca la fe y la esperanza, confiando en que llegará un día en que el éxito premiará aquella fe y justificará esta esperanza.[36]

Cambó empezaba a ser consciente de las limitaciones y de las dificultades de la acción gubernamental de los catalanistas en las Cortes españolas. Pero aun así, se mostraba optimista y confiaba poder superar aquella situación de división, y estaba absolutamente convencido de que la única política posible era la suya.

Pocos días después de la doble derrota electoral, el 26 de mayo, Cambó pronunció una conferencia en Barcelona, que con el título de «Cataluña y la Solidaritat» pretendía ser un balance de los tres últimos años. El aspecto más positivo que destacó de esta etapa fue el haber construido un movimiento popular excepcional: Cataluña se había puesto en pie. El más negativo, no obstante, fue la división ideológica, la ruptura interna del movimiento. En este tema, Cambó se manifestó especialmente severo con los políticos de la UFNR, a los que calificaba de «disidentes» y acusaba de actuar movidos solo por el odio: eran unos sembradores de discordia que querían destruir la Lliga Regionalista. Observó, además, que esta actitud negativa que predominaba en aquellos momentos en Cataluña contrastaba con el ambiente existente dos años atrás en Madrid, cuando los solidarios republicanos habían trabajado codo con codo con los diputados de la Lliga, redactando conjuntamente enmiendas a la ley de Administración Local. Tras un emotivo elogio del desaparecido Nicolás Salmerón, que siempre había ejercido de árbitro entre los

solidarios, insistió en la defensa del sufragio corporativo para las elecciones municipales, tanto por «tradición catalanista» como por convicción política, por ser más representativo y limpio que el sufragio universal. Anunció, no obstante, que la Lliga estaba dispuesta a aceptar el sufragio directo en las diputaciones, tal como proponían los de la UFNR. Al final de su parlamento sostuvo que era imposible la reconstrucción de la Solidaritat Catalana sin que antes se impusiera un espíritu de concordia entre los catalanes, situación que ahora no se daba y que solo había tenido lugar en los momentos iniciales de la Solidaritat.[37]

Así pues, a partir de mayo de 1910, Joan Ventosa i Calvell sustituyó a Cambó como portavoz de la Lliga Regionalista en el Congreso de los Diputados, mientras que Jaume Carner lo hacía de los diputados de la UFNR. De todos modos, Cambó no dejó de estar presente y activo en la dirección de la Lliga y en la Comisión de Acción Pública, y no cesó de pronunciar conferencias por Cataluña y por España. El hecho de dejar de ser diputado le permitió prestar más atención a su despacho de abogado, donde tuvo que resolver casos como el de Laribal, y hacerse cargo de operaciones financieras complejas, como las que conducirían a la creación de la Banca Arnús, como explicaremos más adelante.

El alejamiento provisional de Cambó de la actividad parlamentaria coincidió, también, con un debate dentro del entorno cultural de la Lliga Regionalista entre los defensores y los críticos de la estrategia intervencionista que había predominado desde 1907. ¿Era necesario reorientar la política de partido ante la ruptura de la Solidaritat y los resultados negativos de las elecciones? ¿Cuál era la dirección política que tenían que priorizar? ¿Tenían que centrarse en la reforma política de España como vía necesaria para la autonomía catalana? ¿O acaso era mejor replegarse en la afirmación nacional?

La revista *La Cataluña*, editada en Barcelona, pero escrita en castellano con la finalidad de conseguir una proyección hispánica, fue el centro de importantes debates en los que participaron, sobre todo, jóvenes militantes de la Lliga, la mayoría de ellos profesionales e intelectuales que con el tiempo destacarían de forma notable. Había dudas sobre si la estrategia de persistir en la intervención española daría resultados o si era preferible dedicarse a la tarea de Cataluña y poner todo el énfasis en la nacionalización de los catalanes. Puesto

que parecía que la opción intervencionista empezaba a tener detractores, en *La Cataluña* aparecieron artículos en defensa clara del «catalanismo estatalista» de Francesc Cambó, que se presentaba como opción progresista, avanzada e incluso «socialista».[38]Implícitamente se censuraba el repliegue nacionalista que entonces propiciaba la gente más cercana a Prat de la Riba, presentándolo como la opción más conservadora y tradicional. Un joven economista, Miquel Vidal i Guardiola, después de considerar que el político ampurdanés era «la figura principal del movimiento catalanista», mostraba su total adhesión a su catalanismo constructivo con estas palabras: «El programa de Cambó nos lleva en derechura al socialismo y en el sentido elevado de esta expresión todos somos un tanto socialistas», entendiendo, claro está, que «política socialista significa para muchos de nosotros ante todo y sobre todo reivindicación de la soberanía de la sociedad», es decir, caminar hacia la creación de un Estado que sea «un fenómeno de conciencia». Y por esto Tallada acababa afirmando con vehemencia: «Estamos con Cambó».[39]

La réplica a los partidarios de Cambó vendrá de la pluma de algunos jóvenes leales a Prat, como Jaume Bofill i Mates, Josep Carner, Josep M. López Picó, y también del más veterano Josep Puig i Cadafalch, que no dudarán en descalificar a los afines a Cambó de excesivamente modernos, demasiado europeos, «socialistas» y poco nacionalistas. Incluso se organizó un acto «de desagravio» a Prat de la Riba, el 23 de noviembre, dirigido por sus jóvenes adeptos, sin la participación de los «cambonianos». En dicho acto, en un vehemente discurso patriótico, Jaume Bofill i Mates definió a Prat como «el propulsor eminentísimo de la cultura catalana» y el máximo teorizador de nuestro «nacionalismo integral». La discusión sobre las prioridades estratégicas aún se alargará unos cuantos años y siempre con manifiesta reticencia, e incluso animadversión, entre algunos jóvenes nacionalistas próximos a Prat —los «tremendos», como los llamaba Cambó— y los próximos a este último. Esta situación quedará asentada años después, en 1922, cuando la mayoría de los «tremendos» organice la Conferencia Nacional Catalana y se acabe creando Acció Catalana.

Sin embargo, la política intervencionista de Francesc Cambó pronto se vería justificada al comprobar que con el nuevo gobierno liberal de Canalejas se abrían posibilidades de conseguir reformas

descentralizadoras impensables un año atrás. Efectivamente, una de las sorpresas políticas que tuvieron en 1910 los catalanistas, tanto de derechas como de izquierdas, fue comprobar que José Canalejas, a diferencia de Segismundo Moret, resultaba ser un político liberal mucho más fiable y predispuesto a negociar con ellos la reforma de las administraciones locales. Francesc Cambó lo pudo comprobar cuando, aun sin ser diputado, Canalejas lo llamó a Madrid para encargarle una misión confidencial. Ambos tenían una buena relación personal desde que coincidieron en la comisión del Congreso que elaboraba la ley de la reforma de la administración local. Pese a las diferencias ideológicas, se respetaban. Cambó se percató enseguida de que Canalejas tenía una cultura política muy superior a la del resto de los políticos liberales y de que acabaría liderando el partido cuando los viejos Moret y Montero Ríos se retirasen.

A principios de 1910, el gobierno Canalejas había presentado al Congreso una ley que restringía considerablemente la inscripción de nuevas órdenes religiosas en España: era la llamada «ley del candado». Eso irritó sobremanera al clero español y a las derechas católicas, y en verano de 1910 el Vaticano retiró al nuncio de Madrid en señal de protesta. Entonces Canalejas encargó a Cambó que llevara a cabo una gestión discreta en el Vaticano, ya que conocía la buena relación personal que tenía con el cardenal capuchino Josep Vives i Tutó, prefecto de las Congregaciones Religiosas, un hombre de gran influencia y autoridad en la Santa Sede. Cambó se desplazó a Roma con una carta de presentación de Antonio Maura —que estaba informado de la misión— y, en el Vaticano, mantuvo diversas entrevistas con el cardenal Vives, con el todopoderoso cardenal Rampolla —famoso por haber estado vetado como posible papa por el emperador de Austria—, con el cardenal Merry del Val, secretario de estado de la Santa Sede, e incluso una audiencia privada con el papa Pío X. Al final se consiguió un compromiso propiciado por Cambó: dado que, según la Santa Sede, la ley de Canalejas era totalmente contraria a la Constitución de 1876 y al concordato, el gobierno Canalejas aplazaría dos años su aplicación y redactaría una nueva ley de asociaciones religiosas menos restrictiva. No dejaba de ser sorprendente que Cambó fuera el único político de confianza de Canalejas para ir a negociar con el Vaticano. Probablemente esto reflejaba el prestigio que había adquirido en Madrid, a pesar de que

no habían pasado ni tres años de su elección como diputado. Desde mediados de 1910, Francesc Cambó, ya consolidado como el hombre de la «política española» de la Lliga, aun sin ser diputado pasaba casi más tiempo en Madrid que en Barcelona. En febrero de 1911 negoció personalmente con los principales dirigentes dinásticos españoles —desde el jefe del gobierno José Canalejas y los dirigentes liberales Segismundo Moret y el conde de Romanones hasta los conservadores Eduardo Dato y Antonio Maura— el proyecto de ley de Mancomunidades y consiguió significativas promesas en lo relativo a su apoyo a las reivindicaciones de los catalanistas. Según Cambó, Antonio Maura le dijo: «Llegaré en las concesiones regionales hasta donde mis medios parlamentarios me lo permitan». Por su parte, José Canalejas, si bien apoyaba la posibilidad de que una futura Mancomunitat catalana tuviera las competencias de obras públicas, de enseñanza técnica y universitaria y de beneficencia, se oponía a conceder las de la enseñanza primaria con un argumento ideológico: «Dice que crearíamos escuelas catalanistas donde enseñaríamos a odiar a España. Intentaré reunirme con él otra vez. Es un tonto. Mañana iré a ver a Moret».[40]Como veremos más adelante, Cambó cambió de criterio respecto a Canalejas y aquel «tonto» se convertiría en el político español que mejor aceptó y defendió las demandas de los catalanistas.

Gracias a estas gestiones de Cambó, el ambiente político de Madrid parecía propicio para plantear directamente una ley para la constitución de mancomunidades provinciales. La Diputación de Barcelona, presidida desde 1907 por Enric Prat de la Riba, aprobó en aquel momento una declaración que pedía la creación de un organismo común de las cuatro diputaciones catalanas, una mancomunidad. Era el 30 de mayo de 1911. Esta propuesta fue aceptada inmediatamente por las otras tres diputaciones catalanas. El propio Prat fue el encargado de redactar un anteproyecto de Bases para una Mancomunitat que sería reafirmado por los diputados de la Lliga Regionalista, por los nacionalistas de Unión Federal Nacionalista Republicana, por algunos conservadores y por los carlistas. Finalmente, las Bases fueron aprobadas por las cuatro diputaciones el 17 de octubre de 1911, solo con la oposición de los diputados radicales lerrouxistas. Los diputados dinásticos, tanto liberales como conservadores, estaban de acuerdo.

De este modo, el 8 de diciembre de 1911, una comisión de las cuatro diputaciones, acompañada de algunos diputados de las Cortes y senadores catalanes, entregó el proyecto a José Canalejas, que lo acogió con simpatía. El presidente del gobierno añadió que no dudaba de la unanimidad de sentimientos que había en Cataluña respecto al proyecto y que se comprometía a hacer todo lo posible, como presidente del gobierno y como jefe del partido liberal, para que las mancomunidades pronto tuvieran reconocimiento legal. La comisión catalana visitó también a los líderes de los diferentes partidos españoles —conservadores, republicanos y reformistas— y, finalmente, fue al Palacio Real a informar oficialmente a Alfonso XIII de la propuesta.

Francesc Cambó no cesaba de predicar a favor de las mancomunidades tanto en Cataluña como fuera. En una conferencia, titulada «Regionalismo, factor de restauración de España», y pronunciada en el Círculo Mercantil de Zaragoza el 20 de diciembre de 1911, presentó la cuestión regional como una causa que interesaba a todos los territorios de España y no solo a Cataluña: «El problema regionalista es, de todos los planteados en el campo de la política española, el más español, porque todo él arranca de las entrañas del país». Por esta razón, formulaba una invitación a los aragoneses para que se sumasen a la causa y pidieran una mancomunidad para mejorar sus servicios: «Cuando de obras públicas y de enseñanza técnica superior se trata, no podemos menos que censurar al Estado, no podemos menos que maldecir al Estado por el modo como se cumplen aquellos Servicios que él se ha reservado». Según él, las mancomunidades no ponían en peligro la unidad de la monarquía española, por el contrario, la reforzarían, y por eso los incitaba a imitar el caso catalán. Este tipo de conferencias empezaban a tener un fuerte impacto y eran recogidas por la prensa no solo de Aragón y de Cataluña sino también de buena parte de España.

Esta política intervencionista obligaba, lógicamente, a reiterar las afirmaciones de que el catalanismo tenía la voluntad de colaborar con las demás fuerzas políticas españolas. En una carta a Antonio Maura, del 3 de febrero de 1912, Francesc Cambó ofrecía garantías claras de la moderación del catalanismo:

> Deseo, desde el Parlamento y fuera de él, quitar a la afirmación regionalista todo resabio de protesta y toda sombra de agravio o desafecto para las demás regiones

españolas, por entender que esta obra, indispensable para que un Gobierno pueda incorporar a su acción nuestras aspiraciones, a nosotros corresponde casi exclusivamente.

Cambó añadía un elogio que denotaba la evidente empatía con el líder conservador:

Nunca olvidaré las resistencias que tuvo usted que vencer en su etapa pasada de Gobierno, para acoger con simpatía las aspiraciones justas de Cataluña, y creo que hemos de ser los catalanes quienes contribuyamos a que tales resistencias no se reproduzcan, haciendo que aquellas sirvan para normalizar la política española y no para perturbarla más de lo que hoy está.[41]

La batalla por la Mancomunitat: es preciso que Cambó sea diputado

Ante el inmediato debate parlamentario sobre la ley de Bases que podría posibilitar la existencia de una Mancomunitat catalana, era necesario que Francesc Cambó estuviese presente en el Congreso y que actuase de portavoz de la Lliga Regionalista. La operación que lo hizo posible fue rápida y fácil. El 8 de febrero de 1912, el liguero Lluís Ferrer-Vidal renunciaba a su escaño de diputado por Castellterçol. El gobierno Canalejas aceptó enseguida la convocatoria de la elección complementaria para aquel distrito que, al ser la tierra natal de Prat de la Riba, era fiel a la Lliga. La victoria de Cambó fue fácil y rotunda: el 1 de marzo de 1912 conseguía 4.331 votos frente a los 250 del candidato radical Domingo Gaspar Mata. Al cabo de quince días ya había tomado posesión del cargo. Había estado ausente del Congreso de los Diputados menos de dos años.[42]

El 25 de mayo de 1912, el ministro de la Gobernación del gobierno Canalejas, Antonio Barroso, presentó en las Cortes el proyecto de ley de Mancomunidades, pero solamente recogía una parte de la petición catalana. Las provincias podrían mancomunarse para fines exclusivos de las competencias que ya tenían, es decir, no había delegación de nuevos servicios de la administración central a las futuras mancomunidades. Pese a ello, los diputados de la Lliga, principalmente Cambó, que era miembro de la comisión parlamentaria encargada de dictaminar este proyecto de ley, aceptaron la propuesta gubernamental, puesto que la consideraban un primer paso. Los nacionalistas republicanos de la UFNR creían, sin embargo, que el proyecto era «demasiado mínimo y demasiado escaso», como manifestó Joaquim Lluhí.

En unas declaraciones a la Asociación de la Prensa de Madrid, el 31 de mayo, Cambó manifestó que las discrepancias de los catalanistas de la Lliga con el proyecto del gobierno no eran sustanciales, pero sí importantes, y que habría que discutir las enmiendas que se presentasen con mucho detenimiento. Apeló a que entre todos se crease un espíritu de pacto y de concordia y pidió que se dejase de hablar de «antipatriotas» y de «traidores».

La comisión del Congreso de las Diputados, con la presencia de

Cambó, de Pere Corominas, de la UFNR, y del liberal catalán Alfons Sala, trabajó a fondo la ley, y pronto se puso de manifiesto una gran colaboración entre los dos primeros y algunas reticencias de Sala. El día 28 de junio dio comienzo la discusión en el plenario del Congreso del proyecto redactado por la comisión. Cambó no tardaría en comprobar que el apoyo de Canalejas era sincero y, pese a los ataques de muchos diputados dinásticos, estaba entusiasmado.

De todos modos, los debates sobre las mancomunidades empezaron con intervenciones en contra de muchos de los artículos del proyecto de ley formuladas desde los sectores más españolistas del Congreso —conservadores, republicanos unionistas y radicales— y también por algunos diputados liberales de las facciones hostiles a Canalejas, como Niceto Alcalá Zamora, Rafael Grasset y el propio Segismundo Moret. Este último parecía más interesado en poner en evidencia que Canalejas no controlaba el partido que en cuestionar el proyecto. Estos ataques obligaron a los diputados catalanes a defender el proyecto de Canalejas tal y como estaba. En una larga intervención, el 3 de julio, Francesc Cambó sostuvo que el proyecto era fruto de un pacto entre el gobierno, el partido liberal y la mayoría de los diputados catalanes y que no tenía sentido que otros diputados liberales lo atacasen. Hizo un llamamiento contra los viejos prejuicios y las prevenciones que todavía existían en la política española frente a todas las propuestas regionalistas y autonomistas y formuló una enésima reflexión sobre la realidad de la cuestión catalana:

> El problema de Cataluña existirá con autonomía municipal y sin autonomía municipal, existieran o no los municipios, porque hay una personalidad viva que tiene caracteres propios, que tiene una personalidad más determinada que la de ningún municipio que impondría virilmente ese problema.[43]

En la misma sesión habló Canalejas, que presentó la aprobación del proyecto como una cuestión de confianza en su política y en su gobierno. Aquel mismo día 3 de julio de 1912, el Congreso de los Diputados aceptó una primera redacción de la ley con el voto en contra de Segismundo Moret y los suyos y la abstención de los conservadores y de los republicanos radicales. Fueron momentos de euforia y optimismo de Francesc Cambó, que estaba entusiasmado por el apoyo explícito del jefe del gobierno, a la creación de la Mancomunitat de Cataluña. En una carta dirigida a Lluís Duran lo explicaba en estos términos:

> La sesión de ayer fue la jornada más triunfal que ha tenido Cataluña en el Parlamento. Canalejas habló de Cataluña y de nuestras aspiraciones con un cariño y un entusiasmo que nunca habría igualado Salmerón. Y, junto con este triunfo de Cataluña y de las soluciones regionalistas —proclamadas por todos—, el triunfo como grupo fue absoluto: todo el mundo lo proclamó. En estos momentos, en los que no podemos pelearnos contra los de *Poble Català*, la mejor manera de responder a todas sus insidias de los últimos días es publicar, en un número extraordinario de *La Veu*, el debate de ayer, desde mi discurso hasta la votación.[44]

Sus elogios al comportamiento de Canalejas eran notorios:

> Canalejas está incondicionalmente con nosotros. Nuestra lealtad le sorprende porque, para él, es algo desacostumbrado. Los telegramas que recibe de Cataluña le causan la misma impresión que causaron en Salmerón los que recibió cuando se inició la Solidaritat. Es conveniente que se le envíen muchos. Los diputados canalejistas —nuestros mayores enemigos de ayer— son ahora unos catalanistas furiosos.[45]

La euforia que manifestaba Cambó en aquellos momentos era muy similar a la del primer año de la Solidaritat, pero con la gran diferencia de que quien ahora había posibilitado la aprobación de la ley era el liberal Canalejas y no el líder conservador: «Ayer Maura estaba muy preocupado, no sabía qué hacer ni qué decir. Me parece que ahora entenderá que no puede prescindir de nosotros y que no puede gobernar contra nosotros».[46]Francesc Cambó se consideraba ya imprescindible para cualquier política conservadora española.

Después de aquel verano, la ley se volvió a votar de forma definitiva en el Congreso el día 16 de octubre de 1912 y fue aprobada con 171 votos contra 42. Al final, los republicanos radicales se abstuvieron, y los votos en contra procedían de algunos conservadores y de los liberales más adictos a Moret. No obstante, cuando solo restaba la votación en el Senado, un hecho inesperado entorpeció el proceso normal de aprobación definitiva de la ley: el 12 de noviembre, el presidente del gobierno José Canalejas era asesinado a tiros por un anarquista en la Puerta del Sol de Madrid. La desaparición del político español que más se había comprometido con los catalanistas —mucho más que el siempre prudente Maura— propició que la tramitación del proyecto de ley de Mancomunidades se paralizase y se convirtiese en una cuestión extremadamente polémica, que generaría grandes tensiones en el seno del partido liberal. El 14 de noviembre, Alfonso XIII nombró nuevo presidente del gobierno al liberal Álvaro de Figueroa, conde de Romanones, que no tenía ni la autoridad moral ni la capacidad de convencimiento de su predecesor. Esta circunstancia provocó que el partido liberal entrase en una fase de

fragmentación creciente que culminaría en tendencias organizadas y enfrentadas.

Prat de la Riba era harto pesimista respecto al futuro de la ley de Mancomunidades. Pensaba que probablemente «tendremos que empezar de nuevo». Sin embargo, la Comisión de Acción Política, y en especial Francesc Cambó, sostenía que no podían desfallecer y que había que proseguir con la presión política, pero ahora sobre el gobierno Romanones. Así pues, el 19 de enero, Prat y los otros tres presidentes de las diputaciones catalanas pedían oficialmente al presidente del gobierno la apertura de las Cortes y que se reanudase cuanto antes el debate de la ley de Mancomunidades en el Senado. Las elecciones provinciales del 9 de marzo de 1913, que se celebraron bajo el signo de la lucha por la mancomunidad, supusieron una victoria clara de sus partidarios más sólidos, la Lliga, la UFNR y los tradicionalistas.[47]

Animados por esta victoria, los dirigentes de la Lliga Regionalista convocaron un gran mitin en el Teatro Tívoli de Barcelona, el 6 de abril de 1913, y una magna asamblea de diputados y senadores catalanes, que, presidida por Prat de la Riba el 17 de abril, acordó lanzar una nueva ofensiva para conseguir la apertura de las Cortes españolas. El ritual político continuaba igual: viajes a Madrid de la mayoría de los diputados y senadores catalanes, entrevistas con el presidente del gobierno, con el ministro Manuel García Prieto —bastante reticente con la ley— y con el líder de la oposición Antonio Maura. Los resultados de aquellas entrevistas dieron pie a un relativo optimismo entre los catalanistas, pese a que a Cambó le preocupaba que Maura se mostrase tan sumamente hostil hacia la persona de Romanones.

El gobierno Romanones tenía grandes dudas y retrasó siete meses la discusión de la ley de Mancomunidades en el Senado, ya que no tenía la seguridad de que fuese aprobada. El debate no dio comienzo hasta el 3 de junio de 1913. Aunque el primer artículo se aprobó enseguida por 111 votos contra 97, los enfrentamientos entre las facciones liberales bloqueaban la discusión. Aquel mismo día, Cambó intervino en el Congreso para criticar la actitud de Maura, cuya única obsesión era acabar con el gobierno Romanones y exigir la vuelta del «turno pacífico», es decir, que el rey llamase a los conservadores al gobierno. Cambó se vio forzado a reconocer que, si bien antes fue un

gran admirador de Maura, ahora no comprendía la actitud cerrada e intransigente de este líder conservador.

Finalmente, el 11 de junio, un grupo de 35 senadores anunciaron que no daban su voto de confianza a Romanones, que se vio forzado a cerrar las Cortes hasta otoño. El debate sobre el proyecto de ley de Mancomunidades se volvía a paralizar. La irritación de los catalanistas era considerable y tuvieron que responder con nuevas manifestaciones de fuerza en la calle, como la campaña «Jornadas regionalistas», que consistió en una infinidad de mítines por toda Cataluña a lo largo del verano. Era evidente que la Lliga Regionalista llevaba la iniciativa de la campaña y que era el partido con un programa autonomista más concreto y factible, pero la ley estaba paralizada.

En otoño de 1913, los partidos catalanistas que defendían la Mancomunidad pasaron a la ofensiva e iniciaron una campaña de protesta y movilización nacional en Cataluña que culminaría el 24 de octubre en una magna asamblea con la mayoría de los diputados y senadores y una gran manifestación popular en la calle. La asamblea acordó pedir al gobierno Romanones que, visto que las cámaras legislativas no acababan de aprobar la ley, dictase un decreto para que las diputaciones pudiesen mancomunarse si así lo querían. Pero al día siguiente las cosas habían cambiado mucho. En efecto, el 25 de octubre, el presidente del gobierno planteó como cuestión de confianza a su gobierno la aprobación del resto de los artículos de la ley de Mancomunidades en el Senado, pero como perdió la votación por 107 votos contra 102, presentó inmediatamente su dimisión al rey. Una vez más quedaba aplazada la aprobación de la ley.

La sorpresa política se produjo cuando Alfonso XIII encargó la formación de un nuevo gobierno al conservador Eduardo Dato, desairando así a Antonio Maura, líder indiscutible del partido. El monarca había «borboneado» a Maura, que era el presidente del partido conservador, lo que provocó un gran escándalo y la división del partido. Además, Maura anunció que se retiraba de la política, ofendido por la actitud del monarca que lo había vetado, amenaza que, sin embargo, no cumplió.[48]

Eduardo Dato formó un gobierno de conservadores «idóneos», es decir, fieles a él, pero tuvo que mantener las Cortes cerradas y anunció que actuaría durante un cierto tiempo mediante decretos leyes. En este momento político tan delicado, Cambó pensó que también había

que buscar el apoyo del rey Alfonso XIII para aprobar definitivamente la ley de Mancomunidades. Así pues, el líder catalanista tuvo una discreta entrevista con el rey, un encuentro que el propio Cambó no relata en sus *Memorias*, ni tampoco reseña Jesús Pabón ni ninguno de sus biógrafos.[49]Ante la posibilidad de que el gobierno Dato promulgase un decreto ley para autorizar la constitución de mancomunidades provinciales, como a la postre sucedió, Cambó creyó necesario informar directamente al rey del significado político de aquella propuesta con el fin de eliminar cualquier duda que tuviera.

Aquel discreto encuentro fue preparado por Damià Mateu i Bisa, importante industrial catalán que militaba en la Lliga, y se celebró a finales de octubre de 1913 en la Casa de Campo de Madrid, casi sin testigos. Cambó intentó que el monarca entendiera que los catalanistas solo aspiraban a ejercer un derecho ya establecido por ley, y que si ahora pedían constituir la Mancomunitat de Cataluña era porque la provincia de Barcelona podía ayudar considerablemente a las otras tres provincias catalanas y distribuir de este modo parte de los recursos que ya tenía entre estos tres territorios menos desarrollados. Así, según Cambó, la unidad económica de Cataluña sería reconocida administrativamente. Alfonso XIII, tras escuchar los argumentos de Cambó, le planteó una cuestión que lo dejó perplejo:

> Lo comprendo, lo comprendo perfectamente; pero para calmar los recelos que existen, ¿por qué no hacen ustedes una cosa? Hagan la mancomunidad dejando fuera de ella a Tarragona y en cambio yo lograría que el Gobierno, en compensación, añadiera la provincia de Huesca. Así ya tendrían fuera el argumento del peligro de la unidad de España. ¿Qué le parece a usted?

Según Garriga y Massó, que también había intervenido en la organización del encuentro, la respuesta de Cambó a la sorprendente propuesta del rey fue tan espontánea como impertinente, ya que le dijo que aquello era «una tontería». Esta réplica poco diplomática significó la inmediata interrupción de la entrevista. El incidente, además de poner de manifiesto la absoluta incomprensión de Alfonso XIII respecto a la cuestión de la que trataban, sin duda deterioró la relación personal entre ambos. El resentimiento que se profesaban no tardaría en hacerse evidente.

Pese a la actitud del rey, Francesc Cambó pensaba que la mejor opción era presionar a Dato para que firmase el decreto ley, dado que la ley de Mancomunidades había superado casi todos los trámites

parlamentarios. Por otro lado, Prat de la Riba y él mismo consideraron que aquel era el momento adecuado para ampliar su proyección hacia la política española, pero aquello, según Prat, exigía que «por lo menos Cambó se instalase en Madrid», que los catalanistas tuvieran un periódico en la capital de España y que en las futuras Cortes exhibiesen un auténtico programa de gobierno para toda España.[50]Años después, Cambó reconocía, tanto en sus *Memorias* como en su correspondencia, que quizá Prat tenía razón.

Finalmente, las gestiones de los diputados de la Lliga con el presidente Dato dieron sus frutos. La propuesta de que el gobierno emitiese un decreto ley que permitiese que las diputaciones se mancomunasen la realizó Joan Ventosa, que tenía mejor relación con Dato que Cambó, y fue aceptada. Así se lo comunicó Francesc Cambó a Enric Prat de la Riba a finales de octubre de 1913:

> Ventosa se ha reunido con Dato y le ha propuesto esta solución como único medio de evitar una fuerte agitación en Cataluña. Dato la ha aceptado en principio, pero le ha pedido que le proporcionemos por escrito nuestro proyecto para poder consultarlo con Sánchez Guerra y otros ministros.[51]

De todos modos, todavía hubo que esperar un mes y medio, hasta el 18 de diciembre de 1913, para que se dictase el decreto ley que autorizaba a las diputaciones provinciales a mancomunarse para los fines exclusivamente administrativos que ya tenían. No obstante, las mancomunidades podían pedir al gobierno más delegaciones de servicios que serían concedidas mediante una nueva ley aprobada en las Cortes. Hacía poco más de dos años que los comisionados catalanes habían presentado al gobierno de Madrid la primera petición para poder constituir una Mancomunitat catalana. Era evidente que Eduardo Dato, que se sentía políticamente débil y que era cuestionado por gran parte del partido conservador, quería desactivar el «problema catalán», congraciarse con la Lliga y, de paso, dejar en evidencia a Maura, puesto que sería él quien satisficiese la principal demanda de los catalanistas.

Por otro lado, Francesc Cambó al parecer no había olvidado aquella discreta entrevista con Alfonso XIII en la que el monarca hizo gala de su absoluto desconocimiento de la realidad catalana. El líder catalanista no tardó en manifestar públicamente claras censuras a la actuación del rey y lo acusó de interferir en la vida de los partidos dinásticos al otorgar el poder a Dato en perjuicio de Maura. En un

discurso pronunciado el 4 de noviembre de 1913, en la Sala Imperio de Barcelona, el dirigente catalanista denunció al soberano español por no respetar su misión como moderador de la vida política española:

> Se ha alterado el concepto de Realeza ... la función que la Constitución atribuye a la Realeza ha desaparecido ... el alto e irresponsable poder que la Constitución atribuye al Rey, y la persona y los actos del Rey, se han lanzado de forma imprudente, temerariamente, a las discusiones de los hombres y de los partidos políticos.[52]

Poco después, Francesc Cambó volvió a insistir públicamente sobre cuáles eran las funciones del rey en un régimen constitucional. Pero ahora se trataba de un texto publicado en un libro colectivo de exaltación del monarca español, *Así es nuestro Rey. El libro de la Monarquía*,[53]que recogía la opinión de 72 personalidades españolas sobre Alfonso XIII. En la parte redactada por Cambó destaca un tono más bien distante, a la vez que respetuoso. Tras señalar que el oficio del rey no era nada fácil, Cambó consideraba que

> la función constitucional ha de manifestarse en dos aspectos distintos ... nombrar y separar ministros, convocar y disolver parlamentos ... y en un plano superior ... no puede ni debe sentir personales preferencias, sino limitarse a presidir los cambios de la opinión pública ... debe dar prueba constante de ecuanimidad, de impersonalidad, casi de indiferencia; juez de campo, imparcial y sereno.

Pero también había «otra función augusta», es decir, que el soberano español «ha de ser el primer ciudadano del Estado, el más ardiente patriota de la Nación». El texto de Cambó terminaba con dos exclamaciones significativas: «¡Así debe ser un buen Rey Constitucional! ¡Así es nuestro Rey Don Alfonso XIII!».

No deja de sorprender la vehemencia de este elogio final, que casi se acerca a la adulación personal. Quizá fuera un intento de rectificar o de hacerse perdonar las recriminaciones que le había dirigido pocos meses antes. No lo sabemos. Puede que quisiera reiterar sus deseos sobre la actitud política que debería tener un monarca realmente constitucional ante una realidad que parecía un tanto diferente.

La Lliga Regionalista y Francesc Cambó aprovecharon el éxito obtenido con el decreto del gobierno de Eduardo Dato. Las elecciones generales celebradas el 8 de marzo de 1914, representaron un triunfo político indudable de este partido catalanista, que al parecer era la única fuerza que se beneficiaba del éxito de la Mancomunidad,

mientras se iniciaba la pérdida de influencia política de la UFNR. Los catalanistas de izquierdas fracasaron pese a haber firmado un acuerdo polémico con los radicales lerrouxistas de Barcelona: el llamado Pacto de Sant Gervasi. Estaban convencidos de que los republicanos unidos obtendrían una victoria electoral segura en la ciudad condal. La argumentación de los dirigentes de la UFNR era harto simplista: si la Lliga Regionalista pactaba con Defensa Social, los jaimistas y los dinásticos, ellos, la UFNR, también tenían derecho a pactar con los republicanos radicales, sin que ello significase la abdicación del catalanismo. Los electores no lo vieron así y la candidatura de la Lliga consiguió, por primera vez desde 1901, la mayoría en Barcelona, con cinco diputados, mientras que la coalición de los republicanos solo conseguía dos.[54]Francesc Cambó fue elegido nuevamente diputado por el distrito de Castellterçol, pero como no tenía ningún adversario, las elecciones no se llevaron a cabo y se aplicó el artículo 29 de la nueva ley electoral aprobada durante el gobierno Maura.

Poco después de las elecciones, el 24 de marzo de 1914, el gobierno Dato aprobó el estatuto de funcionamiento de la Mancomunitat de Cataluña, redactado por Prat y aceptado conjuntamente por las cuatro diputaciones catalanas. Finalmente, el 6 de abril de 1914, se constituyó solemnemente la Mancomunitat de Cataluña en el Palacio de la Generalitat. Enric Prat de la Riba fue elegido presidente con ochenta votos a favor, ninguno en contra y seis en blanco. Se iniciaba así una nueva etapa importante de la vida política catalana, en la que hombres de ideologías diversas trabajaron juntos en un organismo administrativo de alcance catalán con el objetivo de realizar una tarea útil para la colectividad.

Este acontecimiento coincidió, en abril de 1914, con un apasionado debate en el Congreso sobre la actuación del gobierno Maura durante los sucesos de julio de 1909 en Barcelona. Dicho debate fue promovido por los liberales y por los republicanos con la intención de exigir responsabilidades políticas al gobierno conservador de entonces y de acabar de dividir aún más a este partido. Durante los más de dos meses que duró aquel debate, se sucedieron las intervenciones, mayoritariamente críticas, sobre la actuación de Maura y del ministro De la Cierva durante la Semana Trágica. Francesc Cambó se vio obligado a decir lo que pensaba de aquellos hechos. En el curso de una primera intervención, el 2 de junio,

sostuvo que en julio de 1909 «en Barcelona había estallado una revolución, una verdadera revolución, a mi entender, sin preparación alguna».[55]Al cabo de unos días, el 16 de junio, volvió a salir al hemiciclo, pero ahora en defensa de la actuación Maura. Según él, el gobierno de entonces se había visto obligado a intervenir con contundencia en Barcelona para imponer el «principio de autoridad», puesto que era misión de los poderes públicos «restablecer el orden ... castigar para restablecer la normalidad jurídica perturbada ... y ejercer una acción gubernativa represiva o profiláctica para curar el cuerpo social». A pesar de estas palabras, se produjo un enfrentamiento entre Cambó y el antiguo ministro de Gobernación, Juan de la Cierva, cuando el político catalanista criticó la actitud mostrada durante los sucesos de julio de 1909 diciendo que la excepcionalidad y la «torpeza» no podían ser la principal norma de actuación política de un ministro.

En la siguiente intervención, el 16 de junio, Francesc Cambó trató la cuestión de las ejecuciones llevadas a cabo y de los posibles indultos a los condenados. Ahora su reflexión fue más compleja y no dijo toda la verdad. Sostuvo con contundencia que en Barcelona nadie se había movido en favor de Ferrer i Guàrdia y que ni siquiera «pidieron el indulto de Ferrer los elementos del partido radical». Afirmó, a continuación, que en cualquier caso había una cierta responsabilidad colectiva, de toda la sociedad barcelonesa. Con la voluntad de exonerar a Maura y a su gobierno, declaró enfáticamente: «Si culpa hay por el fusilamiento de Ferrer, la culpa es de todo el cuerpo social, principalmente de Barcelona; todos los ciudadanos de Barcelona hemos fusilado a Ferrer no pidiendo su indulto».[56]

De este modo, según Cambó, la responsabilidad de la represión recaía en el conjunto de la sociedad barcelonesa, una imagen similar a la que aparecía en el famoso artículo de Joan Maragall, «La iglesia quemada», en el que consideraba culpable de la quema de iglesias al conjunto de los ciudadanos. No obstante, Cambó no ignoraba que *La Veu de Catalunya*, el periódico de su partido, no quiso publicar el artículo «La ciudad del perdón», de Joan Maragall, en el que se pedía el indulto para Ferrer i Guàrdia. Es decir, algunos barceloneses, aunque muy pocos, sí quisieron pedir el indulto por considerar que aquella sentencia de muerte era desproporcionada, pero no se les había permitido hacerlo públicamente. Por consiguiente, todo este

debate indicaba que Francesc Cambó quería que Antonio Maura regresase a la vida política activa y para eso había que liberarlo de toda responsabilidad política acerca de los sucesos de julio de 1909 en Barcelona.

En realidad, la figura política de Antonio Maura, que tanto atraía a Francesc Cambó, era compleja. Su peculiar liderazgo despertaba en las derechas españolas, que lo veían como un político providencial, adhesiones incondicionales, y provocaba la animadversión vehemente de las izquierdas, que lo consideraban un peligroso autoritario. Una de las razones de la empatía entre Maura y Cambó era que el político catalanista no se entendía en absoluto con el otro líder de los conservadores, Eduardo Dato. Los rencores entre ambos, que ya venían de lejos, de los silbidos a Dato organizados por Cambó en el año 1900, se habían ido incrementando y se habían visualizado con la crisis del partido conservador de 1909. Desde entonces, mientras que la vinculación entre Maura y Cambó se fue intensificando, como lo demuestra la abundante correspondencia existente entre ambos, la relación de Cambó con Dato será siempre muy distante. Como veremos, a menudo recurrirán a relaciones indirectas, a través de terceras personas.

Cambó y la Lliga ante la Gran Guerra

A los cuatro meses de la constitución de la Mancomunitat estalló la Gran Guerra europea, que tendría enormes repercusiones políticas, económicas y sociales en Cataluña y en España. La neutralidad española, aunque benefició considerablemente a las exportaciones a los países beligerantes, especialmente desde Cataluña y el País Vasco, provocó un acusado proceso inflacionista, con un gran incremento de los precios, sobre todo de los productos de mayor necesidad. Este encarecimiento del coste de la vida, poco compensado con los aumentos salariales, derivó en una grave carestía entre las clases populares y un considerable aumento de las luchas sociales, junto con la radicalización de las actitudes tanto por parte del sindicalismo obrero como de las organizaciones patronales.

Fue precisamente esta nueva coyuntura internacional lo que estimuló a los dirigentes de la Lliga Regionalista a dar un paso

adelante y explicitar más su proyecto de cambios políticos y reformas de la administración pública española. La Lliga quería aprovechar las oportunidades que brindaba la neutralidad para la «reconquista interior» de España y para extraer todas las posibilidades económicas del país. De hecho, la guerra estaba actuando como una especie de barrera arancelaria que protegía la producción propia e impulsaba a sustituir los productos que antes se importaban. Pero, sobre todo, había una demanda creciente de los países en guerra que multiplicaba el valor de las exportaciones españolas al mismo tiempo que se abrían nuevos mercados, como los de Latinoamérica. La balanza comercial podía alcanzar resultados exponencialmente positivos y abundaría el dinero, pero la inflación también era considerable.

El 20 de agosto de 1914, Francesc Cambó inició la publicación de una serie de artículos en *La Veu de Catalunya* bajo el título genérico de «España frente a la Guerra Europea», en los que defendía la neutralidad por razones políticas, económicas y geográficas. En el artículo del día 24 de agosto pedía a los políticos españoles que no imitasen actitudes tan inútiles como la de Bélgica, que se había sacrificado inútilmente a causa de su amistad con Francia. Según él, el rey y el gobierno de los belgas tendrían que haber facilitado el paso de las tropas alemanas y evitado de este modo a su país los horrores de una invasión y ocupación.[57]Esta consideración de Cambó sobre la actitud de Bélgica, publicada el día antes de conocerse la destrucción de la rica y valiosa biblioteca de la Universidad de Lovaina a manos de los alemanes, provocó cierto escándalo. Dicho artículo fue calificado «de indigno» por los sectores catalanistas y republicanos más francófilos, porque según ellos reflejaba la evidente germanofilia de Cambó y de la dirección de la Lliga.

El patinazo de Cambó con el artículo sobre Bélgica le obligó a ser más prudente en sus consideraciones sobre el conflicto europeo. En el seno de la Lliga había un importante sector progermánico, del que formaba parte Prat de la Riba, pero pronto se acordó que las simpatías o antipatías no podían aparecer de ninguna manera en las declaraciones oficiales del partido ni en las intervenciones de sus parlamentarios. En público había que defender la posición de neutralidad. Con el tiempo, tanto Cambó como Prat supieron disimular su inicial germanofilia, sobre todo tras comprobar los notables beneficios que dicha neutralidad aportaba a la economía

catalana. Más adelante, después de 1916, los dirigentes catalanistas se dieron cuenta de la importancia política que tenía el conflicto europeo, puesto que abría cierta expectativa política sobre el derecho a la libertad que tenían todas las nacionalidades europeas oprimidas por los regímenes centralistas.

A consecuencia de las repercusiones de todo tipo que el conflicto estaba provocando en la sociedad catalana y española, el 6 de agosto la Mancomunitat, con el apoyo explícito de la Lliga Regionalista, constituyó en Barcelona una Junta Económica, integrada por las principales corporaciones de la ciudad, con el objetivo de analizar los efectos que el conflicto provocaba en el suministro de materias primas y en el comercio en general. El 20 de agosto de 1914, Francesc Cambó y sus colaboradores económicos presentaron al jefe del gobierno Eduardo Dato y al rey Alfonso XIII, que se encontraban en San Sebastián, las primeras peticiones relativas a la necesidad de tomar inmediatamente medidas económicas. Desde un buen principio, la Lliga prestó su total apoyo a las reivindicaciones de las principales organizaciones económicas catalanas para crear zonas neutrales y puertos francos, especialmente en Barcelona. Al mismo tiempo surgió también una iniciativa, presentada por Cambó entre otros, que proponía dar más impulso al proceso de sustitución de la energía del carbón —que se importaba principalmente desde el Reino Unido— por la hidroeléctrica producida en los nuevos pantanos de los Pirineos.

En los debates parlamentarios de otoño de 1914, que trataron de la posición española frente al conflicto europeo, los diputados de la Lliga, y especialmente Cambó, presionaron al gobierno Dato para que adoptase una serie de medidas de carácter económico —principalmente el puerto franco de Barcelona— con el fin de favorecer a los sectores más productores y exportadores. En su intervención del 27 de octubre en el Congreso, insistió, frente a la creciente presión de los republicanos por intervenir en la guerra al lado de Francia, en que España tenía que mantenerse dentro de una necesaria y conveniente neutralidad. La tesis de Cambó era clara: la neutralidad era ya un hecho irreversible y había que dotarla de contenido económico y, sobre todo, preparar a España para la nueva situación europea que derivaría de la guerra; y expuso una síntesis de los primeros estudios realizados por la mencionada Junta Económica. También intervinieron Joan Ventosa, el economista Frederic Rahola y el senador Lluís Sedó.

Todos consideraban fundamental la creación de zonas neutrales en los principales puertos de España para favorecer las exportaciones y las importaciones. Sin embargo, la propuesta de una ley de zonas francas encontró la oposición radical de los sectores que defendían los intereses cerealísticos y ganaderos, básicamente castellanos.

A la postre, el día 14 de octubre se llegó al acuerdo de que los diputados catalanes votarían a favor del presupuesto si el gobierno Dato se comprometía a abrir el debate sobre las zonas neutrales en enero de 1915. Una vez aprobados dichos presupuestos con el apoyo de la Lliga y de otros parlamentarios catalanes, se inició una gran campaña de protesta contra las zonas neutrales liderada por dos notorios políticos liberales, Santiago Alba y César Silió, y organizada por la mayoría de las diputaciones y cámaras de comercio castellanas. El gobierno Dato, fuertemente presionado por estos sectores agraristas, cerró las Cortes el 17 de febrero de 1915 e impidió así el debate sobre las medidas económicas —las zonas neutrales— al que se había comprometido. Dos días más tarde, el propio Dato, en el curso de una visita rápida a Barcelona, anunció a los dirigentes del Foment del Treball Nacional que su gobierno no pensaba dictar ninguna real orden sobre las zonas neutrales.

Molestos por esta actuación, el 25 de febrero se hacía público el manifiesto *Los senadores y diputados regionalistas del País*, una dura protesta de los parlamentarios catalanes por el cierre de las Cortes y una acusación directa al gobierno Dato por haber faltado a sus compromisos. También anunciaron el inicio de una campaña política de propaganda para exigir la apertura de las Cortes con el fin de poder debatir libremente la situación económica en la que se encontraba el país y adoptar las medidas necesarias.

No obstante, transcurría el tiempo y todo seguía igual: las Cortes cerradas y ningún debate público. Cinco meses después, el 14 de julio de 1915, los parlamentarios de la Lliga, indignados por la actitud de Dato, se reunieron en el Tibidabo, en Barcelona, y aprobaron una declaración pública en la que comunicaban la ruptura de relaciones con el gobierno de Madrid. Unos días después se publicaba el voluminoso libro *La Lliga Regionalista ante el conflicto europeo*, que recogía las conferencias dictadas por diversos políticos catalanistas a lo largo de los meses anteriores, entre el 20 de marzo y el 11 de mayo, sobre cómo se podría sacar provecho de la neutralidad española

durante el conflicto.[58]En la sesión de clausura de estas conferencias, a las que asistieron los sectores más representativos del empresariado catalán, Francesc Cambó señaló con contundencia que el principal problema que tenía España radicaba en el hecho de que el Estado era ineficaz, se había quedado anquilosado y no estaba a la altura de las necesidades del país. Pero lo más grave era que los gobiernos estaban llenos de políticos ineptos y que los partidos dinásticos eran incapaces de abordar las reformas políticas y administrativas más urgentes. En su conjunto, las distintas conferencias de los parlamentarios catalanes exponían un programa documentado y ambicioso sobre la política económica que debería desarrollar el gobierno español. El libro, redactado por los especialistas de la Lliga, mostraba claramente la voluntad de este partido de presentarse como portavoz de los intereses económicos catalanes y, muy especialmente en esta coyuntura, de la industria. Por esta razón, a nivel español se percibió de manera diáfana que la Lliga era sobre todo un «partido industrial».

Aquel mismo verano de 1915 se produjo un debate público significativo entre Gabriel Maura, hijo mayor de «don Antonio», y Francesc Cambó. En el artículo «El error del catalanismo», publicado el 7 de agosto, Gabriel Maura criticaba a los políticos de la Lliga por inhibirse del gobierno de España y limitarse a «redimir la patria chica». Incitaba a los catalanistas conservadores a implicarse en las tareas del gobierno español, puesto que «si Cataluña no se aplica a salvar España, deseche toda esperanza porque perecerá con ella». En el fondo, Gabriel Maura no perdonaba a Cambó y a la gente de la Lliga el no haber defendido con más vehemencia a su padre frente a Dato y haber pactado después con el liberal Canalejas para conseguir la Mancomunitat. El maurismo aparecía así como una facción autónoma dentro del conservadurismo español pidiendo apoyo a la Lliga para una acción política conjunta de carácter reformador.

El ofrecimiento fue rechazado por Cambó, que publicó el opúsculo *A propósito de un artículo de don Gabriel Maura y Gamazo*, en el que argumentaba que «Cataluña tenía que preocuparse de fortalecer su personalidad y de orientarse hacia la reconstitución de sus libertades políticas en vez de acudir en ayuda de los partidos del Gobierno de España». Para Cambó, los parlamentarios catalanes tenían que actuar en la vida política española del mismo modo que lo hacía la minoría irlandesa en el Parlamento británico, es decir, tenían que

luchar solamente por la autonomía política. Este era su objetivo prioritario, y no el de participar con los partidos dinásticos en las tareas de gobierno en España. Según Cambó, la renovación de España solo sería factible «mediante la acción más normal y posible de minorías inteligentes y patriotas que en cada una de las regiones de España quieran realizar la obra de apostolado que nosotros hemos ejercido en Cataluña». Es decir, que el cambio político en España solo podrían facilitarlo los regionalistas de las distintas regiones españolas mediante la organización de movimientos similares al catalanismo, y no los partidos dinásticos. La tesis de Cambó evidenciaba que la Lliga se sentía fuerte en Cataluña y no quería como posibles aliados españoles a los mauristas, que, aparte de estar hipotecados por el veto real a «don Antonio», todavía eran pocos y, además, como todos los otros grupos dinásticos, subsistían gracias al control caciquil y a la corrupción electoral, y por lo tanto estarían poco interesados en una auténtica «regeneración» de la vida política española. No obstante, no deja de ser significativo que quince años después, a finales de 1930, sea el propio Cambó quien elabore una propuesta política muy similar, el Centro Constitucional, y la ofrezca a los líderes dinásticos, entre ellos a Gabriel Maura.

Para Francesc Cambó, y para la Lliga Regionalista, la prioridad política pasaba por fortalecer la unidad de la sociedad catalana, como bien se puso de manifiesto en la gran concentración del 10 de octubre de 1915 en Barcelona a favor de las reivindicaciones económicas. Una iniciativa de la Lliga a la que incluso las izquierdas catalanistas, los lerrouxistas, los reformistas y los liberales dinásticos prestaron apoyo. Por primera vez asistieron juntos a una misma concentración Francesc Cambó y Alejandro Lerroux, aunque mantuvieron las distancias.

Pese a todo, la situación política general seguía siendo harto inestable a causa de la debilidad de los gobiernos. El 8 de diciembre de 1915 se produjo la dimisión del gobierno Dato al no haber encontrado apoyos políticos a su proyecto de reforma militar que reducía considerablemente el número de oficiales del ejército.[59]A continuación se constituyó un gobierno liberal presidido de nuevo por el incombustible conde de Romanones, y con la presencia destacada en el gabinete, como nuevo ministro de Gobernación, del político castellano Santiago Alba, que un mes antes había encabezado las protestas de las diputaciones de Castilla contra las demandas

económicas catalanas. Francesc Cambó, que con el tiempo llegaría a tener una buena relación personal con Alba, le tenía mucho respeto y durante algunos años sería uno de sus grandes adversarios. Según él, Alba era «un hombre positivamente inteligente y, sin llegar a la cultura política de Canalejas, la tenía muy superior a todos los otros prohombres liberales».[60]Alba, claro heredero del regeneracionismo predicado por Joaquín Costa, había sido uno de los dirigentes del movimiento de las cámaras agrarias del año 1899. Abogado de prestigio y propietario del influyente periódico de Valladolid *El Norte de Castilla*, principal portavoz de los intereses de los trigueros castellanos, aspiraba a liderar el partido liberal después de la muerte de Canalejas con un discurso intervencionista basado en el impulso agrario e importantes reformas económicas y educativas.

El gobierno Romanones-Alba no tardó en mostrar que una de sus prioridades era la de anular políticamente a los catalanistas, sobre todo a la Lliga Regionalista, como fuerza influyente dentro del parlamentarismo español. Por esta razón, Alba, desde el Ministerio de Gobernación, no solo dio severas instrucciones a los gobernadores civiles para tratar de entorpecer al máximo la elección de diputados y senadores catalanistas en las elecciones, fijadas ya para el 9 de abril de 1916, sino que también propició alianzas con todos los antagonistas de la Lliga, tanto de derechas como de izquierdas. Fruto de estas presiones gubernamentales nació el Pacto de la Castellana —así llamado porque se cerró en casa de Romanones—: un pacto político que implicaba prestar todo el apoyo gubernamental a los enemigos electorales de la Lliga, fueran quienes fueran. Esta operación política contra la Lliga ya se había manifestado con toda claridad el 29 de febrero de 1916, cuando Santiago Alba nombró alcalde de Barcelona a Manuel Rius i Rius, marqués de Olérdola, hijo de Rius i Taulet, un político y abogado liberal fuertemente enfrentado a los miembros de la Lliga Regionalista. El gobierno de Madrid continuaba aprovechándose de su potestad para nombrar alcaldes con el fin de neutralizar la actuación de los consistorios dominados por concejales considerados hostiles, como era el caso de Barcelona.

La reacción de los dirigentes catalanistas ante esta ofensiva se materializó en el manifiesto *Por Cataluña y la España Grande*, un texto redactado por Francesc Cambó y Enric Prat de la Riba, con el que se presentaron los candidatos de la Lliga a las elecciones generales de

abril. Por primera vez los catalanistas conservadores elaboraban un manifiesto electoral dirigido a todos los españoles, instándolos a participar en la tarea de reformar y modernizar la administración pública. Con la Mancomunitat de Cataluña como punto de partida y ejemplo para toda España, los políticos de la Lliga defendían la necesidad de constituir diferentes entidades autonómicas regionales como principal instrumento de regeneración política de España. Sin embargo, para conseguir este objetivo tenían que incorporarse a la política activa y a la gestión gubernamental las «nuevas fuerzas regionalistas», pese a que todavía no estaban demasiado consolidadas políticamente. Se trataba de movilizar a los sectores burgueses periféricos que hasta entonces habían sido marginados del poder por los dinásticos. De hecho, se propugnaba la reforma del Estado mediante una evidente estrategia que buscaba al mismo tiempo la hegemonía catalana dentro de España. Para Cambó y Prat de la Riba, «liberar Cataluña y transformar España» constituían una misma causa.

Esta ambiciosa operación política exigía un nivel de organización y unos medios económicos muy superiores a los de cualquier otra de las campañas electorales realizadas hasta el momento por parte de la Lliga Regionalista. El reto obligaba al partido a funcionar como una organización moderna y eficaz. No solo debía disponer de un órgano de dirección con prestigio y autoridad, sino también de una maquinaria electoral efectiva que conectase con el electorado fiel y lo movilizase. Era preciso el apoyo de los líderes más destacados de la opinión pública —escritores, profesionales, etc.— y de las instituciones que gestionaban —ayuntamientos, diputaciones, Mancomunitat—. Bajo el liderazgo cada vez más efectivo de Cambó, la Lliga se transformó por dentro y en 1916 se parecía ya muy poco a cómo eran y funcionaban los partidos dinásticos, incluso los republicanos, que todavía seguían las inercias y formas organizativas de los viejos partidos de notables.

Una prueba de dicha «modernidad» de la Lliga fue que su Comisión de Acción Política decidió pedir cuotas estables a las principales empresas y personalidades simpatizantes de Cataluña. La circular enviada por esta Comisión a numerosos empresarios decía:

> Es preciso que la propaganda regionalista se extienda no solo por Cataluña, sino por toda España, con actos, libros, opúsculos, prensa … es el momento de crear una organización fuerte … de construir una caja especial, independiente de la Lliga Regionalista, afecta solo a la actuación de organización y propaganda … el constituir

esta caja y alimentarla con cuotas anuales que se han establecido de 1.000, de 500 y de 300 pesetas ... La Comisión de Acción Política ha nombrado Tesorero especial de la Caja a Don Damià Mateu, con cuyo recibo podrá Usted satisfacer la cuota a la que se inscriba.[61]

Era evidente que a medida que se iba integrando en la vida parlamentaria española, crecía el optimismo de Francesc Cambó sobre su capacidad de incidencia política. El éxito que conseguirían en las elecciones del 9 de abril de 1916 parecía demostrarlo. Pese a las intrigas y presiones del ministro Santiago Alba, las elecciones supusieron un gran éxito electoral para la Lliga, que se vio favorecida por la división del republicanismo catalán. Efectivamente, un sector de los republicanos se negó a aceptar la coalición de la UFNR con los radicales de Lerroux y constituyó como alternativa el Bloc Republicà Autonomista, dirigido por Marcel·lí Domingo y Francesc Layret. Aunque solo tenían influencia en Barcelona, el apoyo electoral que consiguieron hizo posible la victoria de los candidatos de la Lliga en la ciudad, por delante de la coalición republicana. En el conjunto de Cataluña, la Lliga obtuvo trece diputados, los mismos que los liberales gubernamentales, que habían ganado en los distritos controlados tradicionalmente por los caciques y los gobernadores civiles. Los republicanos, en cambio, solo consiguieron ocho diputados y los conservadores de Dato, cinco. Cambó fue de nuevo elegido diputado por el distrito de Castellterçol, tras infligir una notable derrota al candidato gubernamental Lluís Damians; él obtuvo 3.873 votos frente a los 1.107 del liberal. La maniobra en contra de la Lliga de Alba y Romanones había fracasado. Francesc Cambó estaba eufórico: «Hoy tenemos una enorme fuerza parlamentaria y el gobierno ve que, contra nosotros, no puede conseguir nada. Es el momento de obtener las máximas concesiones. Yo hago como De la Cierva, intervendré en todo».[62]

Para celebrar la victoria y manifestar su fuerza, la Lliga Regionalista convocó una gran manifestación en el Parque Güell de Barcelona el 21 de mayo de 1916, que se denominó Fiesta de la Unidad. Era necesario un gran esfuerzo de convocatoria, como escribió Cambó en una carta impresa que se distribuyó ampliamente: «Conviene que no falte ningún cargo». La concentración fue un gran éxito, se contabilizó la asistencia de unas treinta mil personas. El discurso principal lo pronunció lógicamente Cambó, que, después de unas emotivas afirmaciones de catalanismo, criticó con ironía al

gobierno liberal que parecía más interesado en dividir a los catalanes que en resolver los problemas de España. Según él, el régimen político español no tenía ninguna fuerza ni prestigio en Europa, y su situación de marginalidad lo conduciría, en el caso de unas negociaciones de paz después de la guerra europea, a ratificar su inferioridad internacional. Con un tono harto vehemente exclamó:

> Esto ha de terminar. Por el interés de España, es preciso que los españoles se encuentren a gusto y que los delegados que representen a España en las negociaciones que modificarán, posiblemente, el mapa político de Europa, puedan decir que hablan en nombre de España y que no se produzca la situación de oír una voz potente que diga alta y terminantemente que no hablan en nombre de Cataluña.[63]

Quince días después de este mitin del 7 de junio de 1916, en respuesta al mensaje de la corona elaborado por el gobierno Romanones, Francesc Cambó pronunció uno de sus primeros discursos en el Congreso explicando la nueva política de intervención en los asuntos españoles. Con una claridad poco común, declaró a los diputados españoles:

> Hay en España un problema nacionalista en Cataluña, como lo hay en Vasconia y lo habría en Galicia y en Portugal, si Portugal formase parte de España; y lo habría en Castilla si por andanzas de la historia la capital de España, en vez de ser Madrid, hubiese sido Lisboa, y los portugueses hubiesen aprovechado el hecho de la capitalidad para sentirse asimilistas y querer imponerse al pueblo castellano.[64]

Frente a la realidad de la existencia de una diversidad de identidades, Cambó afirmó que la vida política española se debatía entre aceptar o intentar destruir las nacionalidades. Según él,

> la nacionalidad es creación de Dios, que se sustenta en la naturaleza, que confirma la historia, y la mano y la fuerza del hombre son absolutamente impotentes para destruirla ... España lleva siglos de unidad y no ha desaparecido. ¡Qué habría de desaparecer!, el sentimiento nacionalista de Cataluña. Hoy es una realidad, una realidad viva.

Reconocía, no obstante, que era difícil que se aceptase la personalidad de Cataluña si resultaba que gran parte de los españoles estaban influidos por el asimilismo oficial:

> Nos encontramos con el hecho de la conciencia que tiene Cataluña de una personalidad colectiva y que, como todo ser vivo, pide el reconocimiento del derecho de regir y regular su propia vida ... y ante ese hecho nos encontramos con otro hecho, el hecho de que una grandísima parte del pueblo español, la que más ha influido en el Gobierno, tiene un sentimiento asimilista.[65]

Cambó negaba que el nacionalismo catalán fuera separatista,

puesto que no cesaba de manifestar su amor por España, y concluía que para avanzar hacia la autonomía se necesitaba la participación de los catalanes en las tareas de gobierno de acuerdo con un ambicioso programa de reforma del Estado. Quizá, el momento más lírico de su intervención fue cuando, hablando de las relaciones entre Cataluña y España, pronunció estas conocidas frases de comprensión de la realidad española y de sus problemas:

> Yo, que soy nacionalista catalán, no creo que España sea una cosa artificial, sea un ente jurídico ni deba ser únicamente un ente político; yo creo que España es una cosa viva, y que ha sido siempre una cosa viva, y porque algunas de sus partes no han participado en la dirección de este todo vivo, España, políticamente, hace dos siglos que es un ser incompleto, un ser mutilado.[66]

Ante estos discursos, los políticos dinásticos mostraron una cierta perplejidad. Cambó era un político que despertaba tanta admiración personal como dudas sus proyectos. No acababan de entender cómo un hombre tan preparado como aquel podía defender una causa como la catalana, que no dejaba de ser, según decían, una causa menor, simplemente «regional». Este menosprecio hacia los catalanistas fue recogido por el propio Cambó en el discurso en el Congreso de aquel 7 de junio de 1916:

> Nosotros somos un grupo de Hombres de Gobierno que hemos nacido para gobernar, que nos hemos preparado para gobernar, que en la esfera de acción donde hemos gobernado hemos demostrado aptitudes para gobernar, y no obstante, señores diputados, estamos condenados a ser hombres constantemente de oposición.[67]

Cambó se sinceraba y aludía al talón de Aquiles del catalanismo: dentro de aquel sistema político parecía estar condenado a ser oposición.

Cambó negaba que los catalanistas buscasen la ruptura con España, sino que querían que se reconociese su derecho a la autonomía, pero las reticencias de los dinásticos persistían. El presidente del gobierno, el conde de Romanones, respondió a la intervención de Cambó con unas palabras que han pasado a la historia como muestra, más bien cómica, de las intransigencias manifestadas dentro del parlamentarismo español: «Pero de autonomía política, de eso no consentiré que se hable jamás, jamás, jamás. Naturalmente que, al decir jamás, me refiero al momento presente».[68]Si bien la frase de Romanones provocó grandes carcajadas entre los diputados, el énfasis que ponía en su negativa no dejaba de representar a la perfección lo

que pensaba la mayoría de la cámara.

Cabe destacar la gran repercusión política que tuvieron en la prensa española estas intervenciones de Francesc Cambó en el Congreso. El 8 de junio la prestigiosa revista *España* publicaba una larga entrevista en la que el político catalanista sintetizaba con precisión sus proyectos a largo plazo:

> En resumen, lo que nosotros deseamos es que se pueda formar una confederación en la que entren todos los que quieran, en la que halle Cataluña reconocida su nacionalidad, consiguiendo que al cabo de un cierto tiempo, cuando hayan desaparecido ciertos recelos, pueda entrar Portugal. De este modo podrá soñarse con transformar esta vida mezquina, igual, homogénea, que satisface a los políticos del centro de España, en otra más fecunda, más diferenciada, más compleja, que haga concebir un imperialismo español.[69]

Era tal la notoriedad de Cambó y de sus propuestas ambiciosas que incluso despertó un gran interés en el mundo de los socialistas españoles. Así pues, el 3 de julio pronunciaba una conferencia en la Casa del Pueblo de Madrid, dentro de un ciclo de charlas organizadas por el socialista Núñez de Arenas con el título de «Escuela Nueva». Cambó habló, como era de esperar, del «Problema Catalán», y, teniendo en cuenta el tipo de audiencia que tenía, se atrevió a presentar al catalanismo y al socialismo como los únicos ideales vivos existentes en la vida política española, en medio de la crisis generalizada de valores que imperaba entonces.

Aquel verano de 1916, Francesc Cambó pasó unas semanas descansando en el Palace Hotel de Saint Moritz (Suiza). En una carta suya enviada a Joan Ventosa, del 7 de agosto, contaba que allí había coincidido con el duque de Alba,

> con quien en el Congreso apenas me saludaba, y aquí hemos intimado mucho. Como bien sabes, es íntimo del rey. Procuro que se ocupe de realizar, cerca del rey, la gestión de la que hablamos pocos días antes de marcharme. Si la pereza que me ha invadido se atenúa un poco, escribiré unas cartas al rey para publicarlas en *La Veu* o en el *Debate*, explicando todo lo que podría y debería hacer el rey en estos momentos.[70]

Las relaciones de Cambó con el duque de Alba, «Jimmy» para los amigos, serían cada vez más intensas hasta convertirse en una auténtica amistad. Aprovechó también su estancia en Suiza para reflexionar sobre la compleja situación internacional en la que se encontraría España al final de la Gran Guerra. Consideraba que el prolongado conflicto repercutiría profundamente en las economías europeas y que la situación económica española, si continuaba aquella

nefasta política del gobierno, sin duda se agravaría considerablemente. En la misma carta anunciaba a Ventosa que después se trasladaría a París y visitaría el frente: «Visitaré a Joffre y haré un seguimiento por el frente francés». En efecto, aquel agosto, Francesc Cambó, con un grupo de políticos y periodistas extranjeros, visitó el frente francés en el que se habían librado las batallas de Argonne y de Verdún.

El periodista catalán Claudi Ametlla, que también estuvo presente en dicha visita, nos ha dejado en sus *Memòries polítiques* un retrato bastante crítico sobre la actitud mostrada por Cambó. Según Ametlla, el político catalanista parecía desinteresado por la tragedia humana que estaban contemplando, tanto por la clase de vida de los civiles que vivían cerca del frente como por la de los soldados en las trincheras. Según el periodista, a Cambó solo le preocupaban las cuestiones relacionadas con los problemas de intendencia, de los transportes militares, de la organización de los ejércitos y cuestiones técnicas, como el uso de la electricidad en los frentes o cómo se llevaban a cabo los movimientos de tierras.[71]Tras leer las cuatro páginas que Cambó dedica a explicar esta visita al frente francés en sus *Memorias*, las críticas de Ametlla me parecen exageradas. En su texto, Cambó comenta la vida difícil de los soldados en las trincheras, aspectos sobre la utilización de las nuevas armas, como ametralladoras, granadas y minas, y narra muchas anécdotas curiosas, alguna con el propio Ametlla, como cuando ambos corrieron peligro al ser confundidos con espías alemanes por hablar en catalán.[72]

Los debates que consagraron a Cambó como líder español

Poco antes del verano, el 30 de abril, se había producido un cambio significativo en el gobierno Romanones: Santiago Alba había dejado el Ministerio de la Gobernación para ocupar el de Hacienda. Semanas después, Alba anunciaba que su nuevo ministerio estaba preparando importantes medidas económicas y fiscales, como la creación de un presupuesto extraordinario llamado «de reconstitución nacional», que se traduciría en grandes inversiones en escuelas, pantanos y regadíos. La medida fiscal más llamativa propuesta por Alba era la creación de un nuevo impuesto «sobre los beneficios extraordinarios obtenidos por

las sociedades y los particulares con ocasión de la guerra», que gravaba los beneficios obtenidos a costa de la guerra europea por las empresas nacionales o extranjeras que actuasen en España. Este nuevo impuesto, que tendría efecto retroactivo desde 1915, establecía un tipo de gravamen que oscilaba entre el 25 y el 40 %. Se trataba de un tributo que ya se estaba aplicando en muchos de los países en guerra y también en algunos neutrales en aquel entonces, como Italia. Alba, que fijaba el déficit del Estado en unos mil millones de pesetas, no mencionaba, sin embargo, que lo que provocaba en gran parte aquel déficit era el gran coste militar de Marruecos, donde había un ejército permanente de ochenta mil soldados.

Tras el anuncio de las propuestas fiscales de Alba, no tardó en producirse un gran movimiento de protesta organizado por las principales corporaciones económicas y empresariales, sobre todo vascas, catalanas y asturianas, que culminó en una gran asamblea celebrada en el Hotel Palace de Madrid a finales de junio de 1916. Al frente de este movimiento destacaba el naviero e industrial nacionalista vasco Ramón de la Sota. De todos modos, el gran debate político entre la propuesta de Alba y los sectores más afectados por la nueva fiscalidad no se resolvería en las calles ni en los hoteles, sino en las Cortes, donde el liderazgo de Cambó destacó como portavoz de los opositores. Efectivamente, el intenso debate parlamentario del año 1916 sobre los presupuestos presentados por Santiago Alba permitió a Cambó conectar, tanto en el Congreso como fuera de él, con diferentes sectores económicos reformistas españoles que hasta entonces se habían mantenido pasivos o al margen de la vida política. Su vehemente oposición a los nuevos impuestos lo convirtió en un ídolo de los industriales y comerciantes del País Vasco, Asturias, Cantabria, Galicia, País Valenciano e incluso de Andalucía.

Las intervenciones de Cambó en las sesiones de los días 26 de junio y 11 y 12 de julio en el Congreso fueron extremadamente brillantes. Fue entonces cuando se convirtió en el auténtico jefe de la oposición parlamentaria con sus inteligentes alocuciones críticas a los proyectos fiscales del ministro de Hacienda Santiago Alba.[73]Cambó adoptó la táctica de hablar largo y tendido hasta agotar el turno. En la primera, la del 26 de junio, comentó con detenimiento la totalidad del proyecto y denunció la precipitación con la que se había redactado. Además de analizar el contenido, hizo una reflexión de cariz más

general para hacer hincapié en que el estado español seguía siendo centralista y anacrónico porque ante los grandes problemas económicos solo sabía reaccionar con prácticas de carácter tributario. Por otro lado, aquella era una presión fiscal discriminatoria que respondía a concepciones ideológicas antiguas, más «hidalgas», dijo, que modernas. Según Cambó, el impuesto sobre los beneficios industriales y comerciales era sectario y fragmentaba el país: «Divide España en castas: agricultores y ganaderos por un lado, y comerciantes e industriales de otro».[74]En su segunda intervención, la del 11 de julio, agotó el tiempo que tenía como jefe de la minoría parlamentaria de la Lliga, y, finalmente, la del día 12 fue una dura réplica a las intervenciones de Santiago Alba contra sus palabras.

La rica correspondencia privada que mantenían entonces Francesc Cambó y Joan Ventosa y lógicamente las mismas intervenciones, nos permite hacer un seguimiento excepcional de las reflexiones, los cambios tácticos y las habilidades parlamentarias del político ampurdanés.[75]Así, en una carta a Ventosa del 2 de junio, cuando empezaron los debates sobre los proyectos de Alba, le decía: «Aquí no se habla más que de lo nuestro. Están muy desconcertados». Y en una carta del día siguiente, el 3 de junio, escribe: «Ayer Abadal hizo el mejor discurso de su vida. Aquí están muy desconcertados y empiezan a batirse en retirada. Todo es cuestión de lanzarnos a fondo y no dejar que se recuperen. Es preciso que, hasta que se cierren las Cortes, tengan problema catalán cada día».[76]

Los discursos de Francesc Cambó sobre la renovación de la política económica española empezaban a tener una gran repercusión entre diversos grupos regionalistas y reformistas de la periferia. Como veremos, se le acercarán los dirigentes de la Comunión Nacionalista Vasca, los reformistas de Melquíades Álvarez, los del Centro Andaluz de Blas Infante, los aragonesistas de Manuel Marraco, el movimiento de las Irmandades da Fala gallegas y los federalistas. Era evidente que pretendía, y estaba consiguiendo, que sus propuestas no fueran consideradas como algo exclusivamente catalán, sino más bien representativas de la periferia española, de la zona económicamente más moderna del Estado.

Francesc Cambó pasó parte de aquel verano estudiando el presupuesto y la nueva fiscalidad del impuesto de los beneficios extraordinarios. Al leer la documentación que acompañaba al

presupuesto llegó a la conclusión de que «lo que se adjudica a Cataluña de toda esta cantidad de millones es poco. Me parece que una parte enorme va a Madrid». Por este motivo quiso mantener una posición dura y distante, sin aceptar ninguna conciliación con el ministro liberal: «Alba me acaba de enviar un recado ofreciéndome un puesto en todas las comisiones que dictaminarán mis preguntas. Le he dicho que no».[77]

Después del verano, el 2 de octubre, Santiago Alba presentó una nueva redacción del proyecto de presupuesto extraordinario y de las reformas fiscales que había que introducir para acabar con el déficit. Cambó, que lo había estudiado a fondo, hizo unas intervenciones parlamentarias muy documentadas que provocaron la admiración de gran parte de la cámara, consiguieron el apoyo de los conservadores datistas e irritaron sobremanera a Santiago Alba.

Cambó resultó ser un parlamentario tan astuto como eficaz, lo que dejó impresionados a muchos de los observadores e incluso a sus rivales políticos. Su éxito produjo un notable impacto, recibía elogios de los líderes de los otros grupos parlamentarios y creaba confusión entre los liberales catalanes, que, como el leridano Emili Riu Periquet, decepcionados con Alba, se le acercaban avergonzados e incluso se le ofrecían políticamente.[78]Otro liberal catalán, Josep M. de Caralt, conde de Caralt, también llevaba a cabo «actos de arrepentimiento diciendo que Alba le había engañado ... A nosotros no nos perjudica la *conversión* de Caralt, aunque no deberíamos olvidar las cosas que ha hecho».[79]Incluso el destacado diputado e industrial de Tarrasa Alfons Sala, que había sido nombrado director general de Comercio por el gobierno Romanones-Alba, y que había intentado conseguir la concesión del Puerto Franco para Barcelona, había dimitido y ahora se sentía, como los demás liberales catalanes, muy decepcionado.

Por otro lado, Cambó estaba también informado de las maniobras oscuras y de las corruptelas que organizaba Santiago Alba con diversos políticos liberales catalanes, a quienes ofrecía un trato de favor descarado. A Felip Rodés, Emili Riu y Joaquim Salvatella, por ejemplo, Alba les propuso crear «un partido liberal catalán que reviente a la Lliga» y a cambio

> él se encargará de hacerlos ricos individualmente. Les ha propuesto la constitución de una sociedad de obras públicas a la que se otorgarían todas las que se hiciesen en Cataluña en virtud del presupuesto extraordinario. Esto o es una ignominia suya, o una burla que les hace a los demás, pero estos se lo tragan y están hechos unos albistas

furiosos.[80]

Francesc Cambó estaba entre sorprendido y entusiasmado por los éxitos que conseguía. En una carta del 6 de octubre de 1916, aparte de constatar que «todo el mundo nos hace el amor: Dato, Maura, Cierva, Villanueva y Alba», planteaba a Joan Ventosa las cuatro posibles opciones tácticas que entonces tenían los diputados de la Lliga Regionalista ante los proyectos de Santiago Alba y del gobierno Romanones: «1.º Entendernos con Alba. 2.º Luchar contra Alba a sangre y fuego. 3.º No aceptar tratos con Alba, pero en el Parlamento trabajar para conseguir ventajas, mejorando los proyectos. 4.º Ser maquiavélicos y, una vez aprobado lo que nos conviene, presentar batalla y hacer la vida imposible al gobierno».[81]Cuatro días después constataba con notable optimismo: «El movimiento contra los presupuestos de Alba es general. Al iniciar nosotros el ataque contaremos con la simpatía general».[82]

En su correspondencia privada nos muestra claramente que era muy consciente de la importancia política de aquellos debates y de la absoluta necesidad de triunfar sobre Santiago Alba si querían encabezar un gran movimiento de renovación política. El 30 de octubre confesaba a Joan Ventosa:

> Creo, como tú, que es indispensable tumbar a Alba: es de vida o muerte ... política, para nosotros. Confío en que, con mi discurso sobre el presupuesto extraordinario, le daré una estocada mortal ... Si no retira el extraordinario, yo estoy dispuesto a pronunciar una docena de discursos en su discusión. Estoy muy documentado y me documento cada día más.[83]

En otras dos intervenciones en el Congreso, los días 31 de octubre y 3 de noviembre, el político catalanista criticó la pretensión de Santiago Alba de introducir, con prisas y sin decirlo de forma explícita, medidas fiscales nuevas que habrían exigido la elaboración de un presupuesto extraordinario. Cambó lo denunció como un grave atentado al régimen constitucional. No podía ser, afirmó, que «al pueblo se le impongan tributos sin haberlos examinado, estudiado y votado los representantes del pueblo, y solo en una sesión permanente el examen es pura ficción».[84]De este modo, a base de interminables y documentados discursos y de presentar numerosas enmiendas, los diputados catalanistas, secundados por los vizcaínos, nacionalistas y no nacionalistas, y algunos conservadores, acabaron con el famoso impuesto sobre los beneficios extraordinarios de guerra.

El discurso de Cambó tenía, además, un marcado carácter regeneracionista y de defensa de una «nueva política» que acabase con el podrido sistema establecido por los conservadores y liberales. Por esta razón, con sus argumentaciones estimulaba la movilización de los grupos regionalistas españoles profundamente afectados por los procedimientos autoritarios y corruptos de los partidos dinásticos. Trataba de implicarlos en la lucha contra el monopolio de las representaciones políticas y del control de las instituciones locales y provinciales que hasta entonces habían ejercido los dinásticos, tanto los liberales como los conservadores.

El 2 de noviembre Cambó se mostraba harto satisfecho de su actuación.[85]Durante casi tres meses, él y Ventosa habían conseguido coordinar a la perfección sus intervenciones en el plenario del Congreso: «Seguimos las pautas que envié para que yo pueda intervenir en la discusión desde el primer momento».[86]Aunque elogiaba el papel destacado de Ventosa —«Los nuestros están muy satisfechos de tu actuación parlamentaria. Mantienes admirablemente nuestro pabellón»—, Cambó también consideraba que no todos los diputados de la Lliga estaban realizando las tareas que les correspondían. Era preciso «restablecer la disciplina ... después del gran esfuerzo tuyo y mío, acabaríamos mal».[87]

La confrontación Alba-Cambó se convirtió en el tema estrella de todos los comentarios políticos españoles y, pese a que las opiniones estaban divididas, las aptitudes del catalanista y su prestigio era lo que más destacaban todos, puesto que se le consideraba un líder opositor moderno y preparado, un auténtico hombre de estado, una alternativa de poder. Los elogios a Cambó se prodigaban en la prensa. Unos lo comparaban con Joaquín Costa por su altura de miras, otros lo veían como el representante más genuino del «país real» o lo calificaban como «el único diputado ibérico».

Sus intervenciones también tuvieron efecto en el gobierno, que parecía cada vez más dividido. Tanto Romanones como Santiago Alba no cesaban de adularlo, conscientes del papel relevante que estaba desempeñando. En una carta del 24 de noviembre, Cambó explicaba a Ventosa «se peleaban por ver quién me contestaba y quién me daba más la razón ... Para que veas hasta qué punto Romanones y Alba se disputan nuestra simpatía», y mencionaba diversas anécdotas significativas.[88]

En esta correspondencia Cambó también hace pequeños retratos, pinceladas en realidad, sobre la actitud de los políticos españoles más destacados en aquellos debates:

> Dato, muy cariñoso conmigo ... Maura está hecho un turista y se distrae continuamente ... Cierva aguanta fuerte ... pero cada día da más muestras de su incultura y de su falta de preparación ... Los reformistas, cada día más en ridículo, sobre todo cuando habla su quefe [*sic*] ... Hay que destacar que el Gobierno —en esto hacen lo mismo que Romanones y Alba— a medida que extreman sus atenciones con nosotros, tratan más despectivamente a los ciervistas y reformistas, quizás con la intención de provocar sus celos y desvincularlos de nosotros.[89]

Pese a su éxito parlamentario, Francesc Cambó se vio obligado a constatar que, si bien podía frenar las propuestas fiscales de Alba, no sería fácil obtener de aquel gobierno alguna de las demandas que había planteado para mejorar la situación de las instituciones políticas catalanas: «Veo difícil conseguir las delegaciones, aunque podríamos lograr alguna, y un trato mejor para la Diputación, la Mancomunitat y el Ayuntamiento de Barcelona».[90]

Con una considerable clarividencia, Cambó proponía a Ventosa que la estrategia de los parlamentarios catalanistas y de sus aliados se concretase finalmente en no permitir que el gobierno gobernase, aunque había que hacerlo sin que se notase: «¡Todo el problema consiste en un juego de habilidades para que parezca que presionamos para que se hagan cosas ... e impedimos que se puedan hacer, mientras acusamos al gobierno de que no se hagan!».[91]En diciembre de 1916 ya se mostraba eufórico por los éxitos y por el prestigio conseguido. «La sesión de ayer fue triunfal para nosotros. A excepción de los datistas, todas las minorías nos manifestaron su acuerdo sobre la solución que yo propuse».[92]

La correspondencia privada de Francesc Cambó, a diferencia de lo que él mismo nos explica en sus *Memorias*, refleja perfectamente que era un político que dudaba, que analizaba las diferentes posibilidades que tenía, que evaluaba los riesgos de las distintas opciones, los pros y los contras, y que no cesaba de especular sobre una variedad de soluciones a la crisis política española. Pese a que a menudo se nos muestra optimista y triunfador, más de una vez aparece el político más bien pesimista. Así pues, ante el bloqueo político existente en el Congreso, Cambó llegó incluso a defender la posibilidad de prestar apoyo a opciones de carácter autoritario —una «corta dictadura»—, si eso permitía sacar adelante las reformas que

consideraba necesarias. El 24 de noviembre de 1916, escribió a Ventosa planteándole este dilema político:

> En esta situación, se nos presentan dos caminos a seguir: o aprovechar la ocasión para ejercer una dictadura de unas semanas y conseguir que durante este tiempo se aprueben los proyectos que interesan a Cataluña y a España en general ... o hacer imposible cualquier rotación y provocar un revés.[93]

No era la primera vez que Cambó especulaba sobre hipotéticas soluciones autoritarias ante el bloqueo de la vida parlamentaria; y esta tampoco será, ni mucho menos, la última vez que se lo plantee.

En aquellos momentos, a finales de ese año, ante el éxito y la repercusión de sus propuestas para España, los líderes de la Lliga Regionalista empezaron a ser conscientes de que para impulsar su ambiciosa aventura política también tenían que enfrentarse a un gran dilema y superarlo. Decidir definitivamente lo que era prioritario en su estrategia, impulsar la reforma del estado español o buscar previamente la resolución del pleito catalán. Francesc Cambó se lo planteó abiertamente a Enric Prat de la Riba en una carta escrita en Madrid el 5 de noviembre de 1916:

> Tenemos dos posiciones a adoptar: Primero. Actuar meramente como un partido nacionalista y plantear seriamente el pleito de las delegaciones e insistir hasta el punto de conseguir el Proyecto autonomista si no se nos satisface. Segundo. Actuar como hombres de Gobierno y presentar enmiendas que mejoren y alteren casi por completo el Proyecto del gobierno. Lo más fácil es lo primero. Difícil pero prestigioso lo segundo.[94]

Es decir, o actuaban básicamente como nacionalistas catalanes o mostraban tener ambición de «hombres de gobierno» en Madrid. El pragmatismo de Francesc Cambó se manifestó entonces claramente al inclinarse por la segunda opción. Quizá por confiar demasiado en sus éxitos del momento, exageraba las posibilidades de cambio político que se le ofrecían. Posiblemente, sus razonamientos reflejaban su desconocimiento sobre el funcionamiento real de la política española y subestimaba la fuerza real del caciquismo y la animadversión que despertaba el catalanismo político.

Por consiguiente, Cambó, con el beneplácito de Prat de la Riba, divulgó un discurso político que presentaba ambas tareas como complementarias: en primer lugar, tenían que convencer a los catalanes de que solamente desde el gobierno de España se podía conseguir y consolidar la autonomía de Cataluña. Es decir, había que dejar de ejercer de oposición nacionalista en las Cortes para actuar

como hombres de gobierno en Madrid. La segunda tarea implicaba convencer a los españoles, y especialmente a los políticos dinásticos, de que sin Cataluña en España no se podía gobernar. De que los dinásticos necesitaban a los catalanistas, ya que la zona más dinámica y europea del país no podía seguir estando marginada del poder. Tenían que convencer a los políticos españoles de que Cataluña estaba llamada a ejercer del «Piamonte español».

Fue entonces cuando Cambó, con un optimismo extremo, manifestó su confianza en que la política que estaba llevando a cabo podía servir para que el cambio llegara por una vía claramente constitucional, por una transformación de la política española desde las Cortes mismas, todo ello liderado por los catalanistas: «En el pleno del Parlamento se producirá la transformación de la política española y el turno de partidos se irá al garete. Estamos magníficamente situados, todas las minorías (menos la datista) aceptan nuestra dirección y somos los árbitros del Parlamento».[95]Como bien podemos observar, el optimismo de Cambó era harto notable.

Su intención era ocupar un lugar destacado dentro de la política española, y para ello era fundamental tener también fácil acceso al rey Alfonso XIII. Las particularidades del sistema de la Restauración convertían al rey en una pieza clave para poner en marcha cualquier iniciativa renovadora y de cambio político. Establecer una buena relación personal con el monarca era imprescindible para quien, como Cambó, predicaba la necesidad de modificar radicalmente la política española. No obstante, no resultaba fácil encontrar el punto exacto en las relaciones con un jefe de estado tan peculiar como Alfonso XIII. Cambó discrepaba sobremanera del trato que algunos políticos dinásticos mantenían con el rey. Consideraba que el líder liberal, José Canalejas, había buscado demasiado la intimidad personal con el monarca, mientras que, por el contrario, el viejo dirigente conservador Antonio Maura había caído en el otro extremo: era «demasiado altivo, demasiado envenenador [*sic*]».[96]

En las nuevas circunstancias políticas del momento, las relaciones entre el rey y Francesc Cambó se hacían realmente necesarias y proliferaron las entrevistas de carácter oficial y públicas, además de algunos encuentros más discretos. Con el fin de facilitar estos contactos, hubo una serie de personas que actuaron de mediadoras o intermediarias. Conocemos el importante papel de aquellos que tenían

entrada fácil al palacio real. Una de ellas era Leticia Bosch-Labrús, duquesa de Dúrcal,[97]casada con un pariente del rey y dama de la reina Victoria Eugenia, y a la que Cambó conocía desde que era pequeña. También Joan Antoni Güell i López, conde de Güell,[98]cuñado de Josep Bertran i Musitu, hombre muy próximo a la Lliga, que era «caballero de cámara» de Alfonso XIII. Asimismo hizo de intermediario el simpatizante y tesorero de la Lliga, el empresario Damià Mateu i Bisa,[99]que tenía una buena relación personal con el monarca. Otra de estas personas era Claudio López i Bru, segundo marqués de Comillas,[100]uno de los hombres más ricos de España, que era bien recibido en el Palacio de Oriente y tenía buenas relaciones profesionales con Cambó. El joven maurista, y después secretario personal de Cambó, Joaquim Maria de Nadal[101]era «gentilhombre de cámara» del rey. El duque de Alba, Jacobo («Jimmy») Fitz-James Stuart y Falcó,[102]que tenía una estrecha relación con Alfonso XIII desde que eran pequeños, acabó siendo amigo personal de Cambó desde el verano de 1916. Todos ellos facilitaron encuentros entre el rey y el político catalanista, además del intercambio de cartas y notas confidenciales, que en su mayor parte se encuentran en el Archivo de Palacio, y propiciaron un mejor entendimiento entre ambos.

Sin embargo, había también otra forma de dirigirse al rey. Publicar artículos o escritos informándolo de ciertos asuntos que no conocía del todo bien e incluso indicándole cómo debería actuar un soberano ante ciertos problemas. Así pues, en el verano de 1916, Cambó tenía planeado escribir a la prensa una serie de cartas dirigidas al rey Alfonso XIII con el fin de aconsejarle respecto a lo que podría y debería hacer en aquellas circunstancias políticas.[103]Le preocupaba que políticos como Santiago Alba consiguiesen el apoyo real a base de hacer concesiones económicas a los militares.[104]No obstante, no acabó de redactar estas cartas públicas.

En busca de aliados: los viajes de Cambó al País Vasco y Galicia

La nueva estrategia intervencionista de la Lliga Regionalista exigía que la actuación de sus parlamentarios en las Cortes fuese acompañada de contactos directos con los aliados políticos hipotéticos o reales. Esto

implicaba planificar una serie de viajes de los principales dirigentes de la Lliga por aquellos territorios que parecían más receptivos a su mensaje regenerador. Así, durante prácticamente un año y medio, desde el otoño de 1916 hasta inicios de 1918, algunos diputados y senadores catalanistas —Cambó, Ventosa, Abadal, Bertran, etc.— fueron a pronunciar conferencias y a establecer contactos políticos por España, especialmente por el País Vasco, Galicia y Asturias, pero también se desplazaron al País Valenciano y a Andalucía. Las más relevantes y significativas fueron las visitas de Cambó al País Vasco y a Galicia, que terminaron con resultados totalmente distintos. Si en el País Vasco las relaciones con los industriales y los nacionalistas produjeron éxitos electorales y políticos importantes para Cambó y sus proyectos, en Galicia aquella operación política fue un fracaso rotundo.

El 19 de enero de 1917, la Cámara de Comercio de Bilbao, en reconocimiento a su destacado papel como defensor de los intereses industriales, invitó a Francesc Cambó a pronunciar una conferencia. La propuesta, realizada por Horacio Echevarrieta, presidente de dicha Cámara, contó con el apoyo inmediato del naviero nacionalista Ramón de la Sota. Cambó preparó dos conferencias, una sobre economía, en la Cámara de Comercio, y la otra de cariz político, organizada por la Comunión Nacionalista Vasca, nombre adoptado por el Partido Nacionalista Vasco desde 1916, cuando pasó a manos del sector moderado y posibilista dirigido por De la Sota, que tomaba a la Lliga Regionalista como modelo a seguir. Las dos conferencias tuvieron un gran éxito y se recibieron numerosas peticiones para asistir a ellas de San Sebastián, Santander y Oviedo y los locales se llenaron.

Francesc Cambó llegó a Bilbao el 26 de enero acompañado de una amplia delegación catalana integrada por políticos y empresarios.[105]Aquella misma tarde, en el Coliseum Albia, el político catalanista pronunció una conferencia que posteriormente fue editada por la cámara bilbaína. Cambó fue presentado por Horacio Echevarrieta, presidente del comité de las organizaciones mercantiles de Vizcaya y de la Cámara, que hizo grandes elogios de su labor parlamentaria. El acto tuvo gran relevancia porque incluso estuvieron presentes los políticos y empresarios vascos más destacados.[106]

En su larga intervención, Francesc Cambó dijo que en España no se estaba aprovechando lo suficiente la situación excepcional de la

guerra europea, y que la fiscalidad propuesta por Santiago Alba era muy perjudicial porque la iniciativa privada necesitaba estímulos del Estado y no más impuestos. Apeló a los dos grandes núcleos industriales de España, Cataluña y el País Vasco, para que defendieran sus intereses, aunque pensando que el objetivo común era «velar por los intereses de todos los pueblos de España». Denunció el «divorcio constante entre el Estado y el país» y habló de la necesidad de reaccionar en el campo de la política. Según él, los principales problemas que había que resolver eran: preparar las industrias españolas, que ahora se encontraban en situación de sobreproducción a causa de la exportación, para cuando terminase la guerra; intensificar y estimular aquellas industrias que todavía no satisfacían por completo las necesidades del mercado interior; y ayudar a la creación de nuevas industrias para ser más independientes. Sin embargo, para conseguir eso hacía falta una notable mejora del sistema de transporte marítimo y de la red ferroviaria. La tesis de Cambó era evidente: había que incrementar la producción industrial como principal fórmula para mejorar la economía española y también la situación de los obreros y los agricultores. Con notable ironía, en referencia a los ataques recibidos, comentó:

> A esos injuriados mercachifles fabricantes y negociantes de Cataluña y de los países vascos les corresponde la altísima misión de llevar adelante la campaña ... de estar siempre en contacto con los intereses vivos del país, y esa otra misión de estimular e intensificar la industrialización de España.

Ante lo más representativo del empresariado de Vizcaya, Cambó sostuvo que su proyecto político pretendía «ir a una mayor fraternidad entre todos los pueblos de España y hacia una misma grandeza de una España Imperial».[107]

La conferencia que pronunció dos días después, el 28 de enero, en el Teatro de Los Campos Elíseos de Bilbao, fue mucho más política, puesto que había sido organizada por diversas asociaciones nacionalistas, y fue presentado en eusquera por Evaristo Bustinza. En su intervención, Cambó explicó el proceso de recuperación cultural, económico y político de Cataluña y repasó la historia del catalanismo hasta la creación de la Lliga Regionalista y la constitución de la Solidaritat Catalana. Después de señalar las diferencias y similitudes entre Cataluña y el País Vasco, afirmó que cada movimiento nacionalista hispánico tenía que establecer su propia estrategia de

actuación, «no hay ninguna personalidad nacional que deba esperar su salvación del esfuerzo ajeno», y por eso recomendaba a los nacionalistas vascos que pensasen que la libertad y el progreso de su país dependían sobre todo de su esfuerzo: «¿De qué os sirve alcanzar con vuestro esfuerzo la libertad si la pobreza os priva serviros de ella? … Debéis pensar y preocuparos en grado sumo de velar por la prosperidad material de vuestra tierra». Según Cambó, la regeneración de España tendría que venir de las nuevas energías sociales existentes en la periferia de la Península. «Tenemos fe en la vida regional de toda España y pedimos organismos regionalistas para toda España; tenemos fe en la vida municipal y pedimos la autonomía del municipio y tenemos la aspiración de hacer compatibles nuestras aspiraciones con la voluntad de todos los españoles». Su aspiración a una fraternidad más grande de los pueblos hispánicos se manifestaba en la defensa de una España grande «que no sea una cárcel para los hombres sino un imperio de grandes pueblos». Al final del acto se cantó *Els Segadors* y el himno de Euskadi y se lanzaron diferentes vivas y *goras*.[108]

La prensa de Bilbao recogió ampliamente el viaje de Cambó. *El Pueblo Vasco*, pese a mantener un posicionamiento distante y un poco crítico, reseñó sus intervenciones; el periódico nacionalista *Euskadi* reprodujo los discursos enteros con grandes elogios; *La Gaceta del Norte* tuvo una posición más neutral, pero dedicó diversas páginas a las conferencias. La prensa de Madrid también se hizo eco de la visita de Cambó a Bilbao. Algunos diarios reprodujeron los comentarios críticos de Santiago Alba a las tesis de Cambó, calificadas de «provocadoras». Según Alba, el líder catalanista se manifestaba como un «político arrogante». Los numerosos artículos, iban acompañados de dibujos y una ingente cantidad de fotografías —como la del banquete en el Club Marítimo Abra de Bilbao con los empresarios vascos más destacados— además de caricaturas del político catalanista, lo cual significaba que suscitó mucho interés y causó un gran impacto.[109]

Un mes y medio después de dicho viaje, en marzo de 1917, la Comunión Nacionalista Vasca obtenía la mayoría en la Diputación de Vizcaya en las elecciones provinciales y Ramón de la Sota y Aburto, hijo de Ramón de la Sota y Llano, era elegido presidente de esta institución. Sota y Prat de la Riba eran los únicos presidentes de diputación no dinásticos de toda España. En este nuevo ambiente

político tuvo lugar el segundo viaje de Cambó al País Vasco, pero esta vez fue a San Sebastián, invitado por diversos centros nacionalistas de la ciudad y de Guipúzcoa. Días antes, el 12 de abril, ante el anuncio de la conferencia de Cambó, el periódico *La Voz de Guipúzcoa* publicó una carta abierta del político tradicionalista y destacado españolista Víctor Pradera, que se presentaba como un «vascongado español», invitando al líder catalanista a un debate público, a una «conferencia contradictoria», para discutir sobre «los errores nacionalistas». Evidentemente Cambó no le respondió.

Cambó llegó a San Sebastián el 14 de abril, acompañado de una amplia delegación catalana —los senadores Garriga i Massó y Vallès i Pujals, el diputado Magí Morera, el empresario Damià Mateu y el secretario de la Lliga, Ferran Agulló—. Al día siguiente pronunció una conferencia en el Teatro de las Bellas Artes, a la que asistieron, según la prensa, unas dos mil personas. Tras ser presentado de nuevo en eusquera, habló del reconocimiento seguro de las nacionalidades que estaban resurgiendo por toda España como resultado de la guerra europea. Señaló que tanto en el País Vasco como en Cataluña había que hacer hincapié sobre todo en la lucha por conservar la lengua y la cultura, que las nacionalidades tenían derecho a administrarse, porque estaban mal gobernadas desde los gobiernos de Madrid, y que había llegado el momento de las autonomías en la perspectiva de una Unión Ibérica.

Cambó presentó las diferentes nacionalidades hispánicas como un fenómeno natural y a guisa de ejemplo destacó la recuperación de las existentes en el centro de Europa frente a la tiranía de los imperios turco y austríaco. El destino de todas las nacionalidades, afirmó, era ser libres, pero «ni vuestra nacionalidad, ni la nacionalidad catalana han cumplido todavía ese destino que Dios les ha dado». Por esta razón formulaba una clara incitación a actuar, a no esperar:

> Esta hora ha sonado para todas las nacionalidades de Europa; y nosotros no somos una excepción ... la solución de los problemas nacionalistas que nos interesan, y tanto como a nosotros, al Estado español le interesa resolverlos y resolverlos sin demora.

Las ovaciones del numeroso público fueron considerables, y al final de la conferencia hubo una manifestación de exaltación nacionalista y se cantaron diversos himnos.

En todas partes los discursos de Cambó ocupaban las primeras páginas de los periódicos. Se estaba convirtiendo en el ídolo de la

España periférica que pretendía asaltar Madrid y cambiar la política española. No obstante, algunos medios de Madrid, especialmente el liberal *El Heraldo*, denunciaron el doble lenguaje utilizado por Cambó, españolista o catalanista, según la audiencia del momento. En un editorial de este diario se declaró que «se conduce como un nuevo Prat de la Riva [*sic*], rabioso, grosero e impecable». Se llegó a escribir que Cambó era un político que «blasfema contra España» y que sus discursos provocan «la indignación». El periódico madrileño se lamentaba de que «en las actuales y graves circunstancias [Cambó] se lanza a predicar las ideas de disociación y de odio secular que anida en el catalanismo contra España».[110]

En correspondencia a las visitas de Cambó y otros delegados catalanes, entre el 26 y el 30 de mayo de 1917 visitó Cataluña una amplia delegación vasca encabezada por el nuevo presidente de la Diputación de Vizcaya, el nacionalista Ramón de la Sota y Aburto. Se organizó una conferencia conjunta en los locales del CADCI de Barcelona, en la que Cambó intervino para decir que «las naciones ibéricas» tenían que alzar la voz en las Cortes españolas, y al final se cantaron «Els Segadors» y el «Gora Euskadi». También tuvo lugar la entrega de un «Álbum de Honor» con más de ciento cincuenta mil firmas de apoyo a los parlamentarios catalanes en agradecimiento por la campaña de 1916. Con la delegación vasca se desplazaron también a una concentración en el monasterio de Poblet, donde hablaron Cambó y el vasco Eizaguirre, y después, ya en Barcelona, el 29 de mayo, el nacionalista Ramón de la Sota y Aburto pronunció una conferencia sobre la situación política en el País Vasco.

En sus recuerdos, Francesc Cambó no menciona a ninguno de estos políticos y empresarios vascos con quienes tanto coincidió en aquellos momentos. Ni Ramón de la Sota ni Horacio Echevarrieta aparecen en sus *Memorias*. Lo más curioso es que Jesús Pabón en su extensa biografía del político catalanista tampoco hable de ellos. Estos olvidos son difíciles de creer, sobre todo teniendo en cuenta que Ramón de la Sota salió elegido diputado por Valmaseda en las elecciones de febrero de 1918, dentro de la coalición política liderada por Cambó, y que durante muchos años fue «su hombre» en el País Vasco. Por otro lado, en aquel entonces, Sota no era solo uno de los empresarios más ricos y poderosos de España, sino que también era el principal naviero español que había puesto su flota al servicio de los

británicos, hecho que supuso el hundimiento de veinte embarcaciones suyas por parte de los submarinos alemanes durante la Gran Guerra, con una pérdida total de cincuenta mil toneladas. Además, ni Cambó ni Pabón ignoraban, cuando escribieron sus respectivos textos, que después de la guerra civil Franco ordenó la confiscación de toda la flota de la familia Sota como represalia por ser nacionalistas vascos. Son, pues, omisiones que realmente sorprenden y muestran el sesgo ideológico de ciertos escritos.

Francesc Cambó había conseguido establecer unos buenos vínculos entre la clase empresarial vasca y la catalana, que se mantuvieron durante bastante tiempo. Además, había conocido a destacados hombres de negocios, como los hermanos Urquijo o Enrique Ocharán, a los que implicó tres años después en la operación financiera para crear la CHADE. A nivel político había actuado como un gran catalizador del nacionalismo vasco, y con sus propuestas ayudó a conducirlo hacia una política más posibilista, como la del catalanismo representado por la Lliga. Supo difundir con éxito la tesis de que eran dos movimientos reivindicativos nacionalistas que iban en paralelo, con notables diferencias ideológicas, pero en el fondo surgidos de la misma cuestión: el nacionalismo español imperante negaba la existencia de otras nacionalidades hispánicas. De todos modos, a partir de 1918, mientras los nacionalistas vascos hacían hincapié en la exigencia de la reintegración foral, los catalanistas reivindicaban la autonomía integral.

Francesc Cambó visitó también Galicia en septiembre de 1917, dos meses antes de la formación del gobierno de concentración de García Prieto. Pese a no otorgarle la importancia política del País Vasco, consideraba que su presencia allí era necesaria para establecer contactos con vistas a futuras alianzas. Fue en La Coruña donde se reunió con los dirigentes más destacados del nuevo movimiento galleguista Irmandades da Fala, Antón Villar Ponte, Rodrigo Sanz y Luis Porteiro. Dos meses después, estos tres políticos galleguistas acudieron a Barcelona para participar en la «Semana Galega» y otros actos organizados por diversas entidades catalanistas, como el CADCI, y pronunciaron conferencias sobre la situación política en Galicia, la lengua gallega, la cuestión agraria y el derecho civil y foral gallego. El resultado de los acuerdos cerrados en Barcelona fue un segundo viaje de Cambó a Galicia a mediados de diciembre de 1917, acompañado de

una amplia delegación de políticos, empresarios e intelectuales cercanos a la Lliga Regionalista.[111]

A lo largo de este segundo viaje, Cambó pudo apreciar las tensiones existentes entre los distintos grupos gallegos que quería integrar en su frente reformista y autonomista. En efecto, las relaciones entre los dirigentes de las Irmandades da Fala y los agraristas, los mauristas y los tradicionalistas no eran demasiado cordiales. Había considerables diferencias ideológicas y políticas: unos eran ultracatólicos y los otros notablemente laicos; unos claramente monárquicos y los otros republicanos o indiferentes; unos defendían un regionalismo inconcreto y los otros eran fervientes partidarios de la autonomía política de Galicia.

En 1917, Cambó también se desplazó a Andalucía, país que conocía relativamente bien porque lo había visitado en diversas ocasiones. En mayo de 1913, por ejemplo, había ido a Sevilla para ser nombrado mantenedor de los Juegos Florales montados en esta ciudad por diferentes organizaciones regionalistas andaluzas. Fue entonces cuando conoció al notario Blas Infante, que sería uno de sus principales contactos políticos en la región.

Los dirigentes de la Lliga Regionalista tampoco descuidaron sus relaciones con los grupos regionalistas del País Valenciano. La defensa del pancatalanismo, teorizado e impulsado por Prat, había creado unas relaciones privilegiadas con los valencianistas desde hacía tiempo. En mayo de 1916, una delegación cultural y política catalana fue invitada al Aplec del Puig, en Valencia, porque Joan Ventosa había sido nombrado mantenedor de los Juegos Florales. Meses después, en enero de 1917, volvieron allí Joan Ventosa y el diputado Magí Morera i Galicia. El primero pronunció una conferencia sobre «Orientaciones económicas ante la Guerra», que tuvo gran repercusión en la prensa valenciana y que fue seguida por un público numeroso integrado por personalidades del valencianismo cultural y del empresariado de la ciudad. En correspondencia a las visitas de los parlamentarios catalanistas, el 17 de mayo de 1917 llegó a Barcelona una delegación valenciana capitaneada por Joan Pérez Lucía, presidente de la entidad Lo Rat Penat; Josep García Conejos, presidente de la Joventut Valencianista; y otros conocidos valencianistas como Ernest Martínez Ferrando y el empresario Ignasi Villalonga. Se entrevistaron con Cambó y Ventosa y otros dirigentes de la Lliga Regionalista, y aquellos

contactos entre ratpenatistas, valencianistas y catalanistas facilitaron la creación de la Unió Valencianista Regional a finales de 1917. El líder aragonesista Manuel Marraco fue invitado a Barcelona a finales de mayo de 1917 por diferentes entidades culturales cercanas a la Lliga Regionalista. Su conferencia en el Centro Aragonés de Barcelona tuvo un gran éxito de público a pesar de que también fue boicoteada por elementos ultraespañolistas.

Al parecer, el intento de movilizar a las burguesías reformistas y a los sectores regionalistas de la periferia contra las pretensiones de Alba y del gobierno Romanones podría tener éxito. En todos estos actos, tanto Francesc Cambó como otros dirigentes de la Lliga hacían especial hincapié en subrayar la necesidad de encontrar un recambio a la clase dirigente española. Había que terminar con el poder de las oligarquías y los partidos dinásticos más tradicionales y potenciar el protagonismo de los sectores más dinámicos de la periferia.

El líder de la Asamblea de Parlamentarios de julio de 1917

A finales de 1916, la situación política española se tornó aún más compleja a causa de la emergencia de nuevos protagonistas: el sindicalismo obrero y las Juntas de Defensa Militares. El obrerismo resurgía a consecuencia del notable incremento del coste de la vida experimentado por las clases trabajadoras desde el comienzo de la Gran Guerra. Esto condujo a la firma de un pacto histórico, el 16 de septiembre de 1916, entre las más poderosas centrales sindicales: la UGT socialista y la CNT anarcosindicalista. Estas organizaciones anunciaron que impulsarían movilizaciones contra la carestía de la vida y que posiblemente convocarían una gran huelga general debido a la crisis de subsistencias. Por otro lado, en noviembre de 1916, se habían constituido las llamadas Juntas de Defensa Militares, que significaban el nacimiento de un movimiento corporativo militar surgido del malestar profesional y económico, sobre todo entre los oficiales del ejército de tierra, ante los planes de reforma anunciados, y especialmente contra el sistema de ascenso por méritos de guerra, que beneficiaba a los oficiales llamados africanistas. Las Juntas surgieron en los cuarteles de Barcelona y se extendieron rápidamente por toda España, de manera que a comienzos de 1917 prácticamente

todos los regimientos tenían una, a menudo dirigida por el propio coronel. El coronel Benito Márquez, del regimiento Vergara de Barcelona, emergió como la cabeza más visible de las Juntas. No obstante, este movimiento corporativo no ocultaba un trasfondo ideológico militarista y de clara desconfianza respecto a los partidos y al funcionamiento del sistema político.

Era evidente que estos nuevos problemas no podían ser abordados con rigor por ningún gobierno dinástico si persistía la fragmentación de los partidos en pequeños grupos sin disciplina y que solo obedecían a su pequeño líder: albistas, romanonistas y prietistas, entre los liberales, y mauristas, datistas y ciervistas, entre los conservadores. Esto convertía la vida política española en una sucesión continuada de crisis gubernamentales. Se formaban gobiernos con pocos apoyos parlamentarios y difícilmente conseguían aprobar los presupuestos del Estado. Este panorama de gobiernos débiles y de partidos fragmentados permitió que Francesc Cambó y los diputados de la Lliga tuvieran cada vez más incidencia política, puesto que eran solicitados por unos y otros para establecer pactos y acuerdos parlamentarios.

Así, el proyecto español de Cambó, y también de Prat, se fue construyendo a raíz de las respuestas positivas a sus propuestas y, sobre todo, a causa del prestigio conseguido por el primero en la batalla parlamentaria contra las medidas fiscales propuestas por el ministro Santiago Alba. Cambó pretendía también sacar provecho de la división en el seno de los partidos dinásticos, que no lograban tener un líder reconocido, para acentuar las fracturas internas acercándose a unos y despreciando a los otros. Su objetivo era erigir un frente reformista que impusiera una nueva forma de hacer política y que acabase de una vez con el turno exclusivo de los dinásticos en el gobierno, allanando al mismo tiempo el camino hacia una nueva hegemonía política y económica.

La operación requería una táctica compleja, puesto que también aspiraba a incorporar al bloque reformista algunos grupos de carácter antidinástico, como gran parte de los republicanos e incluso al emergente partido socialista. Precisamente uno de los problemas más complicados era evitar la radicalización de los republicanos y de los socialistas, que a finales de 1916 habían organizado una gran campaña de propaganda a favor de la Entente y de la entrada de

España en la guerra, lo que tenía cierto carácter antimonárquico. Para el proyecto de alianzas amplias de Cambó, era fundamental neutralizar esta campaña proguerra y evitar que el pacto UGT-CNT pusiera en primer término las reivindicaciones y las protestas de los trabajadores. En febrero de 1917, la caída del régimen zarista y el inicio del proceso revolucionario en Rusia anunciaban una época de gran complejidad, porque estos ejemplos exteriores podían entorpecer considerablemente el proyecto camboniano.

El 15 de marzo de 1917, Francesc Cambó publicó un libro que incluía algunas de sus reflexiones más importantes sobre la vida política española y la cuestión catalana. El volumen tenía un título provocador: *El pesimismo español*.[112]En este ensayo, el político catalanista, tras resumir los que consideraba los principales problemas políticos de España y el carácter del problema catalán, intentaba hacer una especie de diagnóstico casi psicológico de las actitudes de los españoles. Para Cambó, el gran defecto del pueblo español era que no tenía fe ni en España ni en sí mismo, puesto que todavía no había superado el trauma del desastre de 1898. Los españoles, en general, y sus políticos, en particular, tenían poca confianza en sus propias fuerzas, en sus posibilidades, y por esto se situaban en la total inactividad y en el escepticismo. Y precisamente esta pasividad política, este pesimismo, era lo que les impulsaba a reaccionar con desconfianza y suspicacia ante cualquier propuesta realmente nueva y transformadora. Según Cambó, lo más típicamente español era la crítica, la inacción y el retraimiento, es decir, «la falta de fe en la eficacia del propio esfuerzo». Para él, mientras persistiese este panorama pesimista poco se podría hacer.

Consideraba que el tiempo de las lamentaciones típicas del período posterior al 98 ya había pasado y que ahora había que dar un enfoque positivo a la acción política, aunque tenía que seguir siendo muy crítica con el régimen institucional. La propuesta política de los catalanistas pretendía, según Cambó, despertar las conciencias españolas para poder coincidir en proyectos comunes de renovación del país con el fin de construir una «solidaridad nacional ... que dignifique la vida pública española, para una España grande y poderosa». Hay que tener en cuenta, también, que el ensayo de Cambó era una especie de réplica a un libro publicado unos pocos meses antes por Santiago Alba en la misma editorial de Madrid, en el que el

político castellano se situaba todavía en las pautas del viejo ensayismo «noventayochista».[113]

El año 1917 sería decisivo para la vida política de Francesc Cambó, ya que se convirtió en el principal protagonista de un movimiento político bastante amplio y casi «revolucionario» —como se dijo entonces—, que intentó transformar el funcionamiento del régimen de la Restauración. La inmensa mayoría de los dirigentes dinásticos empezaban a asustarse y contemplaban como algo posible el estallido de una revolución social, puesto que mientras se agravaba la crisis económica, el sistema político parecía no tener mecanismos para renovar sustancialmente su funcionamiento. Incluso Alfonso XIII consideraba que el sistema de turnos en el poder de los partidos dinásticos ya no era operativo.

Francesc Cambó, que estaba en contacto estrecho con los principales dirigentes políticos españoles, expresaba también sus preocupaciones a Joan Ventosa a principios de abril de 1917:

> Alba está convencido de que, si no se actúa internamente, vendrá la revolución cuando venga el hambre. Maura y Cierva (con quienes tuve ayer una junta profesional) tienen el mismo criterio. Según me ha dicho Alba, el Rey piensa lo mismo y ve que ninguno de los dos partidos de turno tiene la suma de hombres necesaria para afrontar la situación.[114]

Los dos políticos que parecían representar las expectativas de cambio de forma más clara eran el castellano Santiago Alba y el catalán Francesc Cambó. Los dos eran conscientes de que se estaban anulando mutuamente con sus vehementes enfrentamientos parlamentarios. Por ello, en la primavera de 1917 se iniciaron unas conversaciones discretas durante las cuales, ya en abril de aquel año, el político castellano propuso una solución extrema al catalán: constituir un gobierno de concentración para acabar así con los gobiernos de un solo partido, el liberal o el conservador. No obstante, este nuevo gobierno, integrado por los «más capaces», entre ellos Cambó, tendría que actuar de forma «dictatorial». Esta solución extrema contaba, según Alba, con el apoyo de Alfonso XIII. Cambó evaluó con preocupación los pros y los contras de unirse a una opción tan arriesgada como aquella.[115]

Las dudas de Cambó eran lógicas. La propuesta de Alba era una operación política muy aventurada: acabar con el sistema de turnos dinástico mediante una especie de golpe de estado propiciado por el

rey, con la formación de un gobierno que actuaría sin control parlamentario, era realmente temerario. Por otro lado, los acontecimientos internacionales no ayudaban a llevar a cabo operaciones políticas tan arriesgadas y eso preocupaba a Cambó. La reciente revolución en Rusia podía representar también un cierto peligro para la inestable monarquía española. Por otro lado, la entrada de Estados Unidos en la guerra, en el mes de abril, junto a los países de la Entente podría ser utilizada por los sectores más partidarios de esta alianza, especialmente por los republicanos y algún liberal, para lanzar una nueva campaña en favor de la entrada de España en la guerra. Había que adelantarse con iniciativas políticas propias, pero, de nuevo, unos acontecimientos inesperados lo aceleraron todo.

Cuando a comienzos de 1917 las Juntas Militares empezaron a publicar escritos de marcado carácter político y muy críticos con los gobiernos, exigiendo medidas «regeneracionistas», el gobierno presidido por el liberal Manuel García Prieto, que se había constituido el 20 de abril, se inquietó, intentó controlar el movimiento y quiso imponer la disciplina. Al no conseguirlo, el 26 de mayo, el gobierno ordenó la disolución de todas las Juntas Militares, que se negaron a cumplir la orden, y se produjeron, sobre todo en Barcelona, algunas detenciones de sus dirigentes, entre ellos el coronel Benito Márquez, que fue encerrado en el castillo de Montjuic. En respuesta a estos encarcelamientos, el 1 de junio las Juntas Militares lanzaron un auténtico ultimátum al gobierno: amenazaron con ocupar las capitanías generales de toda España e impedir el traslado de las tropas por tren. El escrito de las Juntas exigía su reconocimiento oficial, la liberación del coronel Benito Márquez y de otros militares detenidos y que no hubiera represalias. Si el gobierno cumplía las demandas, ellos aceptarían volver a la disciplina. Paralelamente, los dirigentes de las Juntas iniciaron una serie de contactos discretos con el rey, a través del viejo general Weyler, y con los principales políticos con el fin de informarlos de sus pretensiones.

Al conocerse públicamente el ultimátum de las Juntas Militares y ser comentado por la prensa, García Prieto, cuyo gobierno no tenía el apoyo del rey Alfonso XIII para reprimirlas, se vio obligado a dimitir el día 9 de junio. Aquella sorprendente rebelión de los militares era síntoma evidente de la crisis profunda en que se hallaba sumido el sistema político español, pero también resultaba peligrosa para la

monarquía. Algunos medios cortesanos de Madrid estaban alarmados y contemplaban el movimiento juntista con no poca preocupación. Tenían muy presente que en el mes de febrero, en Petrogrado, el ejército ruso había «sacrificado al zar». Esto y la revolución republicana portuguesa del año 1910, en la que los militares habían sido protagonistas destacados, eran unos precedentes que inquietaban sobremanera al monarca.

Una vez más, Alfonso XIII frustró las expectativas de un verdadero cambio de Cambó y Santiago Alba. En efecto, el rey, sumamente afectado por lo que significaba la presión de las Juntas Militares, el 11 de junio de 1917, nombró presidente del gobierno a un hombre de su confianza personal, el conservador Eduardo Dato, que cerró las Cortes porque carecía de mayoría, suspendió las garantías constitucionales en toda España, anunció que gobernaría a base de decretos leyes y ordenó la inmediata liberación de los militares juntistas detenidos. Además, el nuevo gobierno ordenó que se censurase toda información relativa a temas militares, puesto que quería neutralizar a las Juntas y evitar que se conociese la agitación en los cuarteles y que se extendiese todavía más. Dato se negaba a abrir las Cortes porque solo disponía de 88 diputados fieles, y sin duda los liberales, que eran mayoría, con los mauristas, los catalanistas y los republicanos, que estaban muy indignados, le exigirían explicaciones y responsabilidades.

Alfonso XIII había optado por recurrir al procedimiento tradicional: nombrar jefe del gobierno a un hombre de su confianza para que, con medidas autoritarias, tratase de superar la tempestad. El sistema de turnos de los dinásticos seguía funcionando, pero ahora con procedimientos más autoritarios que constitucionales. Aquella muestra evidente de debilidad del poder civil ante los militares fue interpretada por los catalanistas, republicanos, reformistas e incluso por los socialistas como la ocasión más favorable para forzar un cambio político de verdad.

Las Juntas, que habían salido muy reforzadas del enfrentamiento con el gobierno García Prieto, aparentaban ser un movimiento regenerador y de cambio en la forma de gobernar, por eso recibieron inmediatamente el respaldo de buena parte de los políticos, sobre todo de los no dinásticos. Los juntistas establecieron entonces contactos con los mauristas, los republicanos e incluso con los catalanistas y el

propio Cambó. Teniendo en cuenta que se trataba de un movimiento que también cuestionaba el funcionamiento del sistema político, Francesc Cambó consideró enseguida a los militares como posibles aliados. En *La Veu de Catalunya* pronto aparecieron artículos en los que se prodigaban los elogios a aquel «pronunciamiento pacífico», aunque también se indicaba que la indisciplina militar era un peligro que podía convertir un movimiento tan «sano» en algo «incontrolable».

El 25 de junio, las Juntas publicaron un manifiesto de carácter regeneracionista en el que declaraban que estaban por el «saneamiento de la vida pública» española y que el país necesitaba un cambio político sustancial. Parecía, pues, que aquella revuelta militar ya no se limitaba a ir en contra del favoritismo, las injusticias internas o la desorganización del ejército, sino que se manifestaba también nítidamente por una transformación de la vida política española. Eso otorgó gran popularidad a las Juntas y también a los militares. Durante la procesión del Corpus de aquel año en Barcelona, las tropas que cubrían las calles fueron reiteradamente ovacionadas por el público, algo que no se había visto jamás en la ciudad.

A partir de los sucesos del 1 de junio, lógicamente, tanto Francesc Cambó como los dirigentes de las Juntas Militares mostraron interés en mantener contactos, aunque de forma discreta. Estos se llevaron a cabo entre las dos reuniones de la Asamblea de Parlamentarios del mes de julio de 1917. Cambó consideraba necesario que el movimiento que él lideraba tuviera la comprensión y la complicidad, aunque no necesariamente el apoyo explícito, de los dirigentes juntistas, dadas las simpatías y la fuerza que habían conseguido entre la opinión española.

La respuesta de la Lliga Regionalista a la formación del gobierno Dato no se hizo esperar. Sus parlamentarios enviaron al nuevo presidente del gobierno un telegrama, que no recibió respuesta, exigiendo la inmediata apertura de las Cortes. El 14 de junio se hacía público el manifiesto *Els parlamentaris regionalistes al País*, el último texto político redactado por Enric Prat de la Riba, que moriría dos meses después. El escrito, que también incluía muestras claras de simpatía hacia las Juntas Militares, denunciaba duramente a los gobiernos dinásticos por considerarlos incapaces de asumir los retos políticos del momento. Criticaba la ausencia de democracia en España

y señalaba que las elecciones eran descaradamente fraudulentas en la mayoría de los distritos. Se exigía la formación de unas Cortes representativas de los auténticos sentimientos populares y el inicio de un cambio constitucional que condujese a la configuración de un estado con formas federalistas. Se hacía un llamamiento a las «nacionalidades ibéricas» para que se movilizasen e hiciesen participar en el gobierno a los grupos más representativos de los cambios que exigía el país.

Muchos años después, Francesc Cambó explicaría que había sido él quien había sugerido la estrategia a Prat de la Riba, que estaba en Sitges, donde «pasaba los últimos meses de su vida». Le dijo que era preciso aprovechar la situación de crisis política para «crear un movimiento regenerador que, al salvar a España, nos sacase a nosotros, hombres de la Lliga, del punto muerto en el que estábamos y nos convirtiese en los agentes directores de un movimiento salvador de toda España». Según Cambó, «Prat comprendió y se entusiasmó con mi propuesta» y redactó aquel manifiesto político, «que es una maravilla».[116]Cambó era consciente de la gran dificultad que entrañaba aquella acción conjunta con políticos tan diversos, desde la derecha extrema y los carlistas, hasta los republicanos y los socialistas. Aun así, estaba convencido de que lo podría controlar: «Tenía la experiencia de lo acontecido con Solidaritat y no quería que se repitiese».[117]

A finales de junio, Francesc Cambó estableció contacto con diferentes políticos españoles. Se desplazó a Gijón para hablar con Melquíades Álvarez, en Madrid se entrevistó con Maura, García Prieto, Alba y Romanones; e incluso intentó sondear a los socialistas para ver si todavía tenían intención de impulsar la huelga general. Estaba convencido de que él podía liderar la rebelión contra aquel gobierno que no contaba con el apoyo parlamentario y que pretendía actuar de forma autoritaria. Así pues, denunció a la prensa el sesgo conservador e inmovilista que se estaba imponiendo en la política española y lanzó la propuesta de reunir en una asamblea a todos los parlamentarios catalanes para ver si querían sumarse «o bien a la renovación normal y pacífica, o bien a la revolución violenta». Era una propuesta políticamente hábil, puesto que podía ser asumida incluso por muchos dinásticos, desde la izquierda liberal hasta los tradicionalistas y los mauristas, claramente enfrentados a Dato. Este amplio abanico

impedía que el gobierno pudiera calificar a los asambleístas de estar al servicio de los intereses de la Entente. El momento parecía el más oportuno, era un «ahora o nunca», como entonces se decía en los sectores catalanistas.

La convocatoria de Cambó tuvo un gran éxito, ya que, pese a la prohibición del gobierno, el 5 de julio se reunieron en el Salón de Ciento del Ayuntamiento de Barcelona 59 diputados y senadores elegidos en Cataluña —solo faltaban los datistas—. La Asamblea aprobó por gran mayoría, 46 votos contra 13, un manifiesto que declaraba que la voluntad de Cataluña era la obtención de un régimen de autonomía amplio, del que también podrían disfrutar las demás regiones españolas, y solicitaba la inmediata reunión de las Cortes para que, con funciones constituyentes, pudiesen deliberar sobre una serie de cuestiones —problema militar, situación económica y social —, pero muy especialmente sobre la reorganización del Estado y la autonomía de las regiones y de los municipios. En realidad, la pretensión fundamental de los catalanistas era conseguir un régimen de amplia autonomía para Cataluña dentro de un nuevo marco estatal descentralizado. Firmaban aquella declaración Francesc Cambó y Lluís Sedó, por la Lliga Regionalista; los republicanos Alejandro Lerroux y Julià Nougués; el liberal Josep Roig i Bergadà; el reformista Luis de Zulueta; el jaimista Pere Llosas, y el ex UFNR Felip Rodés. Se trataba del primer acuerdo público firmado conjuntamente por Cambó y Lerroux. El líder catalanista lo explicó a la prensa con estas palabras: «La historia nos podrá perdonar que nos equivoquemos, pero no nos podría perdonar que no hiciésemos nada».

La declaración de los asamblearios catalanes añadía que si el gobierno Dato no aceptaba sus demandas, los diputados y senadores de Cataluña invitarían a sus compañeros del resto de España a reunirse en una asamblea extraordinaria que actuaría como única y legítima fuente de poder. Una comisión, integrada por el radical Hermenegildo Giner de los Ríos, el liberal Salvador Samá, marqués de Marianao, y el catalanista Raimon d'Abadal, trasladó al día siguiente el mensaje a Eduardo Dato a Madrid. De todos modos, la amenaza de los parlamentarios no fue conocida por la opinión pública porque la censura impidió que se informase al respecto, igual que sobre los acuerdos de la Asamblea de Barcelona y sus pretensiones.

El presidente del gobierno, Dato, se mostró inflexible: no aceptó

ninguna de las demandas de los asamblearios catalanes, afirmó que impediría la celebración de la anunciada asamblea de los españoles y reclamó el apoyo de todos los políticos dinásticos. La prensa afín a Dato publicó artículos en los que se aseguraba que la Asamblea era «una maniobra separatista» que, además, tenía el respaldo de los gobiernos de la Entente porque querían que España interviniese en la guerra contra Alemania. Por otro lado, el gobierno suspendió muchos periódicos y publicaciones republicanas y catalanistas, incluida *La Veu de Catalunya*, pese a que continuó publicándose algunos días más con el nombre de *Baluard de Sitges,* o *La Costa de Ponent* de Vilanova. La crisis política era grave, puesto que el desafío de los asambleístas iba acompañado de anuncios de una fuerte presión, con movilizaciones en las calles, por parte de los republicanos, los socialistas y los sindicatos obreros, incluida la CNT. El diario *Solidaridad Obrera*, portavoz de esta organización anarcosindicalista, días antes de ser suspendido, sostenía que había que aprovechar la oportunidad histórica, ya que en España se estaba «como en Rusia».

Entre los militares juntistas y la huelga revolucionaria

Francesc Cambó en sus *Memorias* afirma con rotundidad: «Yo nunca vi al comandante Benito Márquez».[118]Aparte de que el máximo dirigente de las Juntas de Defensa Militares era coronel y no comandante, esta afirmación de Cambó es falsa. El propio Márquez explicó con todo detalle una entrevista que tuvo con Cambó en un libro y la versión que nos ofrece parece auténtica. Al principio, ciertamente, hubo contactos indirectos entre juntistas y catalanistas, propiciados por intermediarios muy distintos, como el sacerdote, J. Planas, capellán castrense del Batallón de Cazadores de Alba de Tormes, de guarnición en Madrid, y Joan Antoni Güell i López, conde de Güell,[119]que tuvieron un papel destacado. No obstante, más tarde se convirtieron en relaciones bien personales y directas.

Días después de la Asamblea de Barcelona del 5 de julio, el padre Planas, en nombre de los militares juntistas, pidió una entrevista con Cambó. El sacerdote venía de Madrid, explica el coronel Márquez, con instrucciones «de la más elevada esfera de la nación» para hablar discretamente con Francesc Cambó, y quería que los dirigentes

juntistas estuvieran presentes en la conversación.[120]Los militares lo discutieron y finalmente tres, el coronel Márquez y los capitanes Herrero y Villar, y el padre Planas, se reunieron con Francesc Cambó. Aunque no se indica la fecha exacta del encuentro, este se produjo poco antes de la segunda asamblea, la de los parlamentarios españoles, por lo tanto es probable que fuera el 18 de julio. La reunión tuvo lugar en el convento de los capuchinos de Pompeya de Barcelona y fue propiciada por el padre Rupert de Manresa, superior de esta comunidad y buen amigo de Cambó. Planas y los militares juntistas le pidieron que «desista de celebrar la asamblea de parlamentarios en nombre de un inquilino de la Plaza de Oriente».[121]Es decir, era el propio Alfonso XIII quien, utilizando a los militares juntistas, rogaba a Cambó que detuviese el movimiento de los parlamentarios. Este replicó que eso era imposible, que la convocatoria ya se había hecho y que él se jugaba su crédito político. Del texto escrito por Márquez, el único testimonio que tenemos de esta reunión, se desprende que entonces el padre Rupert de Manresa intercedió diciendo que aquello no era tan grave y que se podría encontrar una solución aceptable para todos: los asambleístas podían reunirse en un lugar discreto sin ser vistos ni hacer ninguna manifestación pública, y, como había censura a la prensa, la opinión pública no sabría si se había celebrado o no la reunión de los parlamentarios, ni tendría conocimiento de sus acuerdos. Al parecer, estos argumentos convencieron a todos.

En cuanto a su relación con las Juntas Militares, Francesc Cambó tampoco menciona en ningún sitio de sus *Memorias* que, a requerimiento de Benito Márquez, escribió una larga carta al máximo dirigente de las Juntas Militares. La misiva tiene fecha del 10 de julio de 1917, entre las dos asambleas y unos cuantos días antes del encuentro en el convento de Pompeya, y la conocemos porque Márquez la publicó entera años después.[122]En dicha carta, Cambó manifestaba abiertamente su simpatía por el movimiento juntista y le proponía que los militares también presionaran al rey para conseguir que se formase el gobierno que España deseaba y necesitaba. De todos modos, Cambó, consciente de la fuerza que podían tener las Juntas Militares si se decidían a intervenir directamente en política, recomendaba a Márquez que se mantuvieran dentro de la más estricta disciplina militar y que no provocasen una revolución que podía conducir al país a la anarquía. Al explicarle los propósitos políticos de

los asambleístas, Cambó decía que el movimiento no era separatista sino que quería liberar a España de las facciones políticas que gobernaban atendiendo solo a sus intereses particulares. La carta invitaba a los militares, puesto que ellos también se habían alzado en protesta contra aquel sistema político, a coincidir con el movimiento de los asambleístas. Finalmente, insistía en la necesidad de no ceder, de no claudicar, ya que para el movimiento de los parlamentarios catalanes «abandonar ... sería una traición para Cataluña, un renunciamiento a la misión que le incumbe de poner toda su fuerza al servicio de la obra santa de procurar la salvación y la grandeza de España».[123]No se acaba de entender cómo es posible que Jesús Pabón, que otorga total credibilidad a esta carta y la comenta exhaustivamente, no hable en su biografía de la entrevista entre Francesc Cambó y el coronel Benito Márquez en el convento de los capuchinos de Pompeya de Barcelona.[124]

Los contactos directos de Cambó con los dirigentes de las Juntas eran bien conocidos por los políticos del momento. El conservador Juan de la Cierva habla en sus memorias de la carta de Cambó al coronel Márquez y dice que «era evidente que el movimiento militar y la actitud de Cambó guardaban relación estrecha».[125]No obstante, exagera mucho cuando insinúa que el político catalanista llegó incluso a influir en el comportamiento de las Juntas, «los finísimos trabajos que hizo [Cambó] cuando guio y condujo al Poder a las Juntas Militares de 1917, valiéndose para sus gestiones cerca de los Reyes, incluso de capellanes castrenses, que le secundaron a maravilla».[126]

Para conseguir que la segunda asamblea, la de los parlamentarios españoles, que estaba convocada para el 19 de julio, tuviera éxito, Francesc Cambó invitó previamente por escrito y visitó personalmente a muchos políticos dinásticos. Era importante que, descartados los datistas gubernamentales, participasen en ella las demás facciones dinásticas. Cambó no quería que faltasen los sectores moderados ni que predominasen la oposición de izquierdas y los catalanistas. En su carta a Santiago Alba le pidió que asistiera para evitar «el caso de que se abstuvieran de concurrir los que con su asistencia pueden quitarle todo carácter de exclusivismos y de sedición».[127]También envió a Gabriel Maura, hijo mayor de «don Antonio», una misiva acompañada de una copia impresa de los acuerdos adoptados por la Asamblea de Parlamentarios catalanes. Si bien Cambó había cambiado de

interlocutor con los conservadores, el objetivo era el mismo: conseguir que estuvieran presentes en la nueva reunión de parlamentarios españoles con el fin de evitar que predominase la imagen de acto de «exclusivismo y de sedición».[128]Asimismo invitó a Antonio Maura, al conde de Romanones y a Manuel García Prieto, pero ninguno de ellos quiso participar. Antonio Maura se negó rotundamente a adherirse y le comunicó que aquella asamblea era «un acto de insolencia que deprime todavía más la personificación de poder y de la autoridad», y que él no estaba dispuesto a ir a ningún sitio con los republicanos y los socialistas.[129]

A pesar de las amenazas del gobierno Dato, que declaró que la reunión sería considerada un «acto de sedición» y que envió tropas y barcos a Barcelona, el 19 de julio se reunieron en el Palacio del Gobernador del parque de la Ciutadella de Barcelona 66 parlamentarios españoles de toda clase de tendencias, a excepción de los datistas y de los mauristas. Se contó con la adhesión de otros 10. No obstante, solamente 22 de los presentes, un 10 %, eran parlamentarios elegidos fuera de Cataluña, de modo que predominaban los catalanes. Aunque asistieron algunos de los dirigentes más destacados de la oposición, como el republicano Alejandro Lerroux, el socialista Pablo Iglesias y el reformista Melquíades Álvarez, saltaba a la vista la ausencia de los principales líderes dinásticos. Cambó y la Lliga, junto con el vasco Horacio Echevarrieta y algunos tradicionalistas, eran casi los únicos moderados en una reunión en la que predominaban los antimonárquicos.

La asamblea aprobó por unanimidad un manifiesto dirigido al país en el que se insistía en la necesidad de reformar radicalmente el régimen político español, de acabar con el sistema de turno en el gobierno de los partidos dinásticos y de convocar unas elecciones a Cortes Constituyentes, con una nueva ley electoral. Se decidió también constituir las diferentes comisiones de trabajo sobre temas acordados en la asamblea del 5 de julio. El manifiesto político de los asambleístas fue firmado por miembros del comité permanente: los miembros de la Lliga Francesc Cambó y Raimon d'Abadal, el republicano Alejandro Lerroux, el liberal Josep Roig i Bergadà y el reformista Luis de Zulueta. Poco después, la Asamblea fue disuelta pacíficamente por el gobernador civil de Barcelona, Leopoldo Matos, y la Guardia Civil.

Como era lógico, encontraron grandes dificultades para informar a la opinión pública española de los acuerdos de la Asamblea, ya que los periódicos estaban sometidos a una dura censura del gobierno. Dato, preocupado por una posible alianza de los asamblearios con las Juntas Militares, hizo correr el rumor, publicado en los medios gubernamentales, de que había un pacto político entre Lerroux y Cambó con el fin de propiciar una república de carácter federal, en cuyo seno habría un estado catalán.

No obstante, las habilidades tácticas de Francesc Cambó no dejan de ser muy significativas. Por un lado, aparecía ante todo el mundo como el líder máximo del movimiento subversivo y casi revolucionario de la Asamblea, mientras que por el otro estaba en relación discreta y confidencial con Alfonso XIII. En efecto, en estos momentos críticos de enfrentamiento entre el gobierno conservador de Dato y el movimiento de los asambleístas, Cambó utilizaba los oficios del conde de Güell para mantener una comunicación directa con el monarca.[130]Joaquim Maria de Nadal actuó también de intermediario. Tal como explicó en sus memorias, el 12 de julio él mismo le llevó un mensaje del rey, en el que le ofrecía al político catalanista, si la segunda sesión de la Asamblea de Parlamentarios no se celebraba, la constitución de «un Gobierno de concentración en el que la Lliga pudiese contar con dos o tres carteras».[131]Era evidente que el monarca quería impedir a toda costa que aquel frente político tan amplio se acabase consolidando. El 14 de julio, nueve días después de la primera asamblea, Alfonso XIII había hecho unas declaraciones al periódico inglés *Daily Express* en las que, tras manifestar que su gobierno estaba dispuesto a estudiar todas las peticiones que se le hicieran mediante procedimientos legales, lamentaba que «los reformistas, que hace un año eran monárquicos, se hayan alineado con los republicanos, diciendo que yo pertenezco a una década ya pasada». La referencia a Francesc Cambó parecía evidente.

De todos modos, la situación era tan confusa y abierta que hubo incluso quien, como Francesc Macià, Marcel·lí Domingo y el cenetista Ángel Pestaña, especuló sobre la posibilidad de que de la Asamblea surgiese una insurrección popular catalana, similar al levantamiento irlandés de Pascua del año anterior. Esta «vía irlandesa», si bien era una fantasía elaborada por sectores muy reducidos del nacionalismo catalán, mostraba que había conversaciones entre dirigentes

cenetistas, como Ángel Pestaña o Salvador Seguí, el «Noi del Sucre», y republicanos como Domingo y Layret, que eran asambleístas. Eran unos planes tan ilusorios que incluso había quien pensaba en un posible apoyo de las Juntas Militares. Nada de aquello se sostenía, ya que ni la CNT estaba dispuesta a intervenir en un movimiento político como el asambleísta, dirigido por políticos «burgueses» como Cambó, ni mucho menos las Juntas Militares aceptarían implicarse en una rebelión social con anarcosindicalistas y separatistas. No obstante, las declaraciones poco prudentes de algunos nacionalistas catalanes provocaron que desde el gobierno Dato se defendiese la tesis del carácter «separatista e irlandés» del movimiento asambleario.

Por otro lado, era evidente el proceso de moderación política de las Juntas Militares. El 16 de julio publicaron un comunicado anunciando que obedecerían a la autoridad, sin mencionar si era o no el gobierno Dato. En diversas revistas militares se publicaron artículos que aseguraban que una cosa eran los problemas internos del ejército y otra muy distinta la situación política española. Se decía con rotundidad que ni los republicanos, ni los socialistas, ni los catalanistas esperasen poder contar con el respaldo de los militares para sus planes revolucionarios. Además, y de forma discreta, Alfonso XIII utilizaba los buenos oficios del viejo general Weyler para atraer a las Juntas Militares, afirmando que contaban con su simpatía. El monarca quería asegurar la fidelidad de las Juntas a la corona y al sistema político. Así pues, de forma progresiva fueron ratificando su fidelidad al rey y sosteniendo que solo se fiaban de él, mientras le sugerían la formación de un gobierno de amplia concentración nacional. Se divulgó, entonces, que las Juntas habían propuesto la constitución de un gobierno con la presencia de asamblearios, como Francesc Cambó y Melquíades Álvarez, de liberales como Santiago Alba y Romanones, de conservadores como Antonio Maura, y de científicos prestigiosos como el premio Nobel Santiago Ramón y Cajal y el ingeniero Leonardo Torres Quevedo.[132]

Francesc Cambó no quería un cambio radical de régimen como el que parecían proponer los asambleístas más de izquierdas, sino solo modificar profundamente el funcionamiento del sistema político de la Restauración y acabar con la forma de gobierno exclusivo de los partidos dinásticos. Para conseguirlo, era fundamental convencer a Alfonso XIII de la necesidad de cambiar los criterios de nombramiento

de los jefes de gobierno. Además, la reducida presencia de políticos dinásticos españoles en la segunda asamblea, la del 19 de julio, equivalía a la reticencia de muchos frente a la posibilidad de que el movimiento liderado por Cambó acabase finalmente beneficiando a las fuerzas antimonárquicas. La negativa de Maura a participar era lo que más perjudicaba a Cambó y a la Lliga, puesto que necesitaba un contrapunto frente a la presencia de Alejandro Lerroux, Marcel·lí Domingo o Pablo Iglesias. También los molestaba el nacionalista radical Francesc Macià, cada vez más tendente a lanzar declaraciones de carácter «irlandés».

Aunque Cambó aparecía como el dirigente máximo del movimiento asambleísta, empezaba a dudar de sus posibilidades de controlar el movimiento que él mismo había ideado. Y esto se puso de manifiesto después de la radicalización de la situación política provocada por la convocatoria de una huelga general obrera para aquel mes de agosto. El pacto firmado por la UGT y la CNT contra el encarecimiento de la vida y a favor de los derechos sindicales, y la radicalización política de los republicanos y los socialistas, llevaron a muchos dirigentes de izquierdas al convencimiento de que aquel era el momento más adecuado para provocar la caída del desprestigiado gobierno Dato y forzar un cambio político de verdad. Desde principios del mes de junio había un pacto acordado entre el reformista Melquíades Álvarez, el republicano Alejandro Lerroux y los socialistas Francisco Largo Caballero y Pablo Iglesias en este sentido. Además, existían contactos con Ángel Pestaña y Salvador Seguí, propiciados por Domingo, Layret y Lerroux, que implicaban también a la CNT. Esta organización anarcosindicalista, aunque no constaba formalmente como firmante de aquel pacto, se sumaría a la huelga general cuando estallase.

A finales de julio, cuando todo el mundo hablaba de la próxima huelga general, la Lliga Regionalista publicó un manifiesto en castellano titulado *A la opinión española*, firmado por Abadal, Cambó y Ventosa, en el que, tras sostener que «nada hay tan perturbador y anárquico como la actitud del gobierno», se distanciaban de las pretensiones de los huelguistas afirmando que el gran dilema residía en cómo se llegaría al cambio político deseado, «por normal y pacífica transformación o por revolución violenta». Era evidente que los catalanistas de la Lliga no querían implicarse en el movimiento

revolucionario que preparaban los republicanos y los socialistas. Y menos todavía cuando vieron que el portavoz de la CNT, *Solidaridad Obrera*, proclamaba que la huelga general iba contra «los judíos de la Lliga». Sin embargo, el movimiento huelguista podía ser políticamente importante, y por esta razón tampoco se atrevían a condenarlo explícitamente. Estaban a la expectativa, a la espera de los acontecimientos. Pocos días después, el 1 de agosto, moría en Castellterçol Prat de la Riba, dejando a la Lliga Regionalista sin su ideólogo más solvente, que, aunque nunca discrepó del Cambó político, tenía un carácter muy distinto al suyo.

A mediados del mes de julio, el estallido de una oleada de huelgas en Valencia modificaría sustancialmente el ritmo de los acontecimientos y precipitaría la decisión de los organizadores de la huelga general. El 18 de julio se había iniciado una huelga ferroviaria en esta ciudad que, poco a poco, se fue extendiendo por toda España. Este conflicto dificultó la preparación de la huelga general más política preconizada por socialistas y republicanos. El 21 de aquel mismo mes, el gobierno Dato declaró el estado de guerra en Valencia y los sindicatos de los ferroviarios de la Compañía del Norte, que exigían la readmisión de todos los despedidos, anunciaron que se sumarían a una huelga general ferroviaria en toda España a partir del 10 de agosto. Esto lo precipitó todo. El comité de la huelga general política, integrado solo por socialistas, se vio forzado a acelerar sus planes y anunció que el lunes 13 de agosto daría comienzo en todo el estado una huelga general no violenta que no terminaría hasta conseguir «un Gobierno provisional que convoque elecciones a Cortes Constituyentes». El referente del Petrogrado del pasado mes de febrero parecía más presente que nunca. De forma muy hábil, el gobierno Dato no actuó de inmediato. Era evidente que le interesaba que se iniciase cuanto antes la huelga general, sin que tuviesen tiempo de prepararla con detenimiento.

El lunes 13 de agosto comenzó de manera precipitada la huelga general, que se extendió por toda España de forma desigual y sin dirección ni control. El gobierno declaró el estado de guerra, consiguió la fidelidad de las Juntas Militares y el ejército reprimió violentamente las manifestaciones y alborotos en unos pocos días, a excepción de Asturias, donde la rebelión obrera duró varias semanas. En total hubo 66 muertos en toda España, la mitad en la provincia de

Barcelona. En Sabadell, que fue una de las localidades en las que hubo más violencia —10 muertos—, la represión la ejerció el regimiento de Vergara, que comandaba el coronel Benito Márquez, líder de las Juntas Militares. En Cataluña, los militares detuvieron al diputado Marcel·lí Domingo y al concejal Lluís Companys, acusados de fomentar la sedición dentro del ejército. Sin embargo, otros dirigentes asambleístas, como Alejandro Lerroux y Francesc Macià, pudieron huir de España. En Madrid el comité de huelga en pleno, integrado solo por socialistas, fue detenido.

El movimiento asambleísta se había fracturado entre los revolucionarios, que habían potenciado la huelga general, y los moderados, partidarios de procedimientos pacíficos. Además, las principales organizaciones patronales catalanas censuraron inmediatamente, y con dureza, a los asamblearios, y especialmente a Francesc Cambó, por sus pretensiones imprudentes y por haber desestabilizado el país. El presidente del Foment de Treball Nacional, el empresario y político liberal Josep de Caralt, conde de Caralt, amenazó con constituir en Cataluña un bloque electoral conservador opuesto a la Lliga Regionalista. En Madrid, el gobierno Dato también acusó a los asambleístas de ser cómplices de los huelguistas y de haber propiciado una revolución violenta.

La Lliga Regionalista se vio forzada a distanciarse públicamente del movimiento revolucionario. El 15 de agosto, los parlamentarios catalanistas firmaban un manifiesto dirigido al país en el que afirmaban que ellos no habían participado en absoluto en aquella huelga, pero que el movimiento asambleísta seguía siendo el principal, y casi el único, instrumento de cambio en España. Cambó comprendió entonces que era fundamental mantener activo el espíritu de la asamblea, como forma preferente de presión al gobierno Dato, y que era necesario propiciar el retorno de los republicanos y de los socialistas al movimiento. De este modo, a finales del mismo mes de agosto, se reactivó el proceso asambleario con la convocatoria de las comisiones de trabajo creadas el 19 de julio para redactar los diferentes documentos, empezando por los relativos a la cuestión militar y a la social. En un intento de no ser acusados de separatistas, como insistían los medios adeptos al gobierno, se decidió que las reuniones de las comisiones tuvieran lugar en Madrid.

Durante el mes de septiembre, Francesc Cambó visitó

nuevamente el País Vasco y Asturias, para reactivar los contactos con los nacionalistas vascos y los reformistas de Melquíades Álvarez. En Madrid se entrevistó con Romanones, Alba y Maura con la pretensión de dinamizar la alianza de todos los que se oponían al gobierno Dato. El 6 de septiembre, la revista de Madrid *La Acción*, portavoz del maurismo, publicaba una entrevista con Cambó en la que este, para retratar la situación española del momento, recordaba la famosa frase de Maura: «Para evitar la revolución desde abajo hay que hacerla desde arriba». El líder catalanista calificaba la huelga revolucionaria de agosto de «aventura sin orientación» e insistía en que había que continuar con los trabajos acordados por la Asamblea de Parlamentarios del 19 de agosto como principal forma de ofrecer una alternativa al gobierno Dato.

Francesc Cambó seguía estando plenamente convencido de que el desprestigio de los partidos dinásticos, y en general de la vieja política, era tan grande que la opinión pública no permitiría que todo continuase igual. Era preciso impedir que se consolidase el gobierno Dato y que convocase elecciones como si nada hubiera sucedido. En una carta a Antonio Maura, del 19 de septiembre, el político catalanista señalaba que en aquellas excepcionales circunstancias el papel del rey Alfonso XIII era decisivo: de él dependía, en gran medida, continuar con la política de ficción o no.

> Creo que jamás fue tan grave, pero creo a la vez, que nunca estuvo tan cerca el remedio. En la conciencia de las gentes está enormemente extendida la convicción de que se impone un cambio radical en las costumbres y en las organizaciones políticas: el desprestigio de los gremios políticos es tal que la opinión no consentirá mucho tiempo que ellos rijan la vida pública y si el poder moderador se empeña en imponerlas al país, vendrá, a no tardar, una convulsión revolucionaria [de] verdad, muy distinta de la grotesca aventura del mes pasado ... A mi entender, lo más grave que hoy podría ocurrir sería que la Corona entregase al actual gobierno el decreto de disolución de Cortes, que implicaría el encargo de continuar la política de ficción que el país entero repudia.[133]

Las izquierdas, los republicanos y los socialistas, habían intentado aprovechar la crisis para ir más allá de los proyectos reformistas pacíficos de la mayoría de los asambleístas y de Cambó, y ante el fracaso de la huelga general no sabían si debían abandonar o no este movimiento. Eran conscientes de que con su ausencia, ya que no había más representación de las izquierdas, se otorgaba poca representatividad al movimiento asambleario, pero se fortalecía el papel dirigente de Francesc Cambó y de sus proyectos moderados. De

hecho, aparte de la Lliga, solo los reformistas de Melquíades Álvarez, algunos liberales y unos cuantos republicanos independientes parecían continuar prestando apoyo sincero al proyecto liderado por Cambó. En la primera declaración pública de los asambleístas realizada después de la huelga general de agosto, en la que se sostenía que había que evitar que España cayera «en una revolución desde abajo que [podía] conducir a situaciones como la de Rusia», se puso de manifiesto la conveniencia de moderar el movimiento.[134]El 15 de octubre se hicieron públicos los primeros documentos de la comisión de los asamblearios que trataba la reforma constitucional. Se anunciaba que el texto redactado final propondría un modelo de estado federalista que reconocería las diferentes nacionalidades existentes dentro de España.

El día 20 de octubre de 1917, el empresario Damià Mateu informaba a Francesc Cambó de la posibilidad de que Alfonso XIII aceptase la petición del presidente del gobierno, Eduardo Dato, de disolver las Cortes y convocar elecciones. Mateu, que sabía que Cambó era totalmente contrario a esta opción, se ofrecía para propiciar una reunión entre el monarca y el político catalanista para que consiguiese que el rey rechazase la pretensión de Dato.

> Sólo tú puedes lograr que [el rey] no siga este camino, si te ves con fuerzas suficientes para convencerle de que está equivocado; de que constitucionalmente debe obrar de otro modo, y de que el bien de la Patria impone la formación de un Gobierno de concentración. Si quieres tener una audiencia con el Rey, de modo público, antes o después de la Asamblea que tenéis preparada o convocada para últimos de este mes, solicítala; y si quieres, lo haré yo en tu nombre, y el Rey te la otorgará y te recibirá con los brazos abiertos. Puedo asegurarte que no tiene animosidad contra tu persona; y que cree que tienes fuste, no sólo para ser Ministro, si no para ser jefe de Gobierno.[135]

Este elogioso comentario sobre Francesc Cambó atribuido al monarca refleja inequívocamente el protagonismo destacado que había alcanzado el político catalanista, considerado ya un hombre de estado relevante. Quizá porque pensaba que pronto formaría parte del gobierno, en una conferencia pronunciada en la sede del CADCI en Barcelona, el 23 de octubre, Cambó quiso exculpar a los militares juntistas de toda responsabilidad por la crisis política. A pesar de su indisciplina, afirmó, todo el país comprendía la actitud de las Juntas Militares y no dudaba en dar apoyo a su protesta por considerarla justa. Tres días después, el 26 de octubre, las Juntas Militares daban a conocer a la prensa el mensaje que habían dirigido al monarca

pidiéndole el fin del gobierno presidido por Dato. Los juntistas proponían, además, que se formase un gobierno de concentración y que se iniciase el proceso hacia unas Cortes Constituyentes. La coincidencia de estas demandas con las pretensiones políticas de los asambleístas y de Francesc Cambó era total.

Gran parte de la prensa española, al publicar el mensaje de los juntistas, daba ya por muerto al gobierno Dato. Incluso los diputados y senadores conservadores catalanes hicieron público un escrito pidiendo al presidente del gobierno que cediera a las demandas de los asamblearios y pactase con ellos.[136]Por su parte, Cambó no cesaba de hacer declaraciones en todos los periódicos españoles con la amenaza de que si el rey accedía a la petición de Dato de disolver las Cortes y convocar unas elecciones controladas por él, los catalanistas podrían «abandonar la causa de la monarquía».[137]A finales de octubre, los dirigentes de la Lliga Regionalista estaban convencidos de que Dato caería y de que, muy probablemente, Francesc Cambó y Joan Ventosa entrarían en un gobierno de concentración del que todo el mundo hablaba y que, seguramente, estaría presidido por Antonio Maura, Joaquín Sánchez o Manuel García Prieto.[138]

El 30 de octubre de 1917, mientras Francesc Cambó presidía la segunda sesión plenaria de la Asamblea de Parlamentarios en el Ateneo de Madrid, fue requerido para entrevistarse urgentemente con Alfonso XIII. A esta reunión asistían ochenta parlamentarios, entre ellos el republicano Lerroux y el reformista Álvarez, pero ningún dirigente dinástico de importancia. La entrevista con el rey había sido gestionada por la duquesa de Dúrcal, que incluso acompañó a Cambó al Palacio Real en su coche. En esta trascendental reunión, el político catalanista explicó al rey las principales conclusiones de la Asamblea de Parlamentarios, manifestó que había que terminar con la alternancia en el gobierno de los dos partidos dinásticos y propuso la formación de un gobierno de amplísima y sincera concentración de partidos. De todos modos, Cambó añadió que para garantizar la limpieza de las futuras elecciones, el Ministerio de Gobernación lo había de ocupar una persona independiente, alguien que no militase en ningún partido.[139]Al salir de la audiencia real, Cambó hizo unas declaraciones al periodista catalán Rafael de Marquina y explicó que le había hecho una advertencia clara al monarca: «Le he dicho todo lo que me ha pasado por la cabeza. Incluso le he llegado a advertir de

que había que tener cuidado con Cataluña, porque en España, todos los movimientos antidinásticos han nacido en Cataluña».[140]

Francesc Cambó regresó inmediatamente al Ateneo de Madrid y relató a los asambleístas que el rey aceptaba el espíritu reformador de los que estaban allí reunidos, que estaba dispuesto a constituir un gobierno de concentración, con todos los elementos que simpatizaban con el reformismo constitucional, y a convocar unas nuevas Cortes. Como muestra de ello, estaba dispuesto a nombrar ministros a las dos personas que propusiesen los asambleístas. Al instante, la mayoría eligió a dos catalanes, Joan Ventosa i Calvell, de la Lliga Regionalista, y Felip Rodés, un antiguo militante de la UFNR —pero que entonces simpatizaba con los liberales e incluso con los radicales—, como representantes respectivos de las fuerzas de derechas y de izquierdas allí presentes. Tanto Alejandro Lerroux como Melquíades Álvarez mostraron su desacuerdo con la propuesta de entrar en el gobierno si antes no se comprometía a dar apoyo a la totalidad de las reivindicaciones de la Asamblea de Parlamentarios.

Alfonso XIII llamó a Palacio, en primer lugar, a Antonio Maura para encargarle la constitución de este gobierno de amplia coalición, pero fracasó. El propio Cambó, durante una larga conversación con Maura, se negó a aceptar la condición de «ministro sin cartera» de un hipotético gobierno de concentración que presidiría este político conservador.[141]Creía que Maura ya no era el dirigente que el país necesitaba. No quería que Maura apareciera como el líder de un cambio político que habían propiciado básicamente los asambleístas, cuando él no había querido tener relación alguna con el movimiento. Pese a las buenas relaciones políticas y personales que había entre ambos, Cambó no podía permitir que Maura llevase a cabo el programa de cambio y de reforma elaborado por él y aprobado por las diferentes asambleas. Por esta razón prefería que este primer ensayo de gobierno de concentración, o de gran coalición, estuviese presidido por un político de menor nivel y personalidad que Maura, como por ejemplo Manuel García Prieto.

Francesc Cambó, confiando en que Alfonso XIII cumpliera «lo que convino conmigo», pensaba que inmediatamente le encargaría a García Prieto la formación del gobierno de concentración. Era relativamente optimista: «Por ahora el Rey cumple perfectamente lo que convino conmigo. Si sigue cumpliéndolo, ahora llamará a Prieto

para que forme un gobierno de acuerdo con las conclusiones de la Asamblea».[142]

Efectivamente, el 1 de noviembre de 1917, se anunció la constitución del nuevo gobierno presidido por Manuel García Prieto, yerno del viejo dirigente liberal Eugenio Montero Ríos. Era el primer gobierno de concentración o de coalición de la historia de la Restauración, y junto a conservadores y liberales había dos ministros asamblearios que, además, eran catalanes. Era la primera vez, desde la mayoría de edad del rey, en 1902, que entraban en el gobierno español ministros catalanes. En el gobierno García Prieto, además de Joan Ventosa, que ocupaba el Ministerio de Hacienda, y de Felip Rodés, que estaba al frente del de Instrucción Pública, no había ninguno de los líderes dinásticos más destacados: ni por parte de los liberales (Romanones o Alba) ni de los conservadores (Maura o Dato), sino dirigentes más bien secundarios como el liberal Niceto Alcalá Zamora, en el Ministerio de Fomento, y el viejo conservador Juan de la Cierva, en el de la Guerra. Para dirigir el importante Ministerio de la Gobernación se nombró a un político independiente pero bastante inexperto, un viejo magistrado del Tribunal Supremo, Juan Bahamonde. Aparte de Joan Ventosa, otros dos destacados militantes de la Lliga Regionalista, Carles de Camps, marqués de Camps, y el empresario Lluís Ferrer-Vidal, fueron nombrados directores generales de Agricultura y de Aduanas, respectivamente.

Francesc Cambó no quiso ser ministro y prefirió reservarse para un futuro inmediato. Consideraba la formación de aquel gobierno como una gran victoria política de la Lliga Regionalista y del movimiento «revolucionario» de los asamblearios, ya que se había puesto fin al sistema de turnos de la Restauración, circunstancia que debilitaba notablemente a los partidos dinásticos. Creía que al haber sido nombrado presidente García Prieto, quizá el más débil y desconocido de los dirigentes dinásticos, aquel gobierno tan heterogéneo no podría privilegiar a ninguna de las facciones que lo componían. Con gran euforia, declaraba al periódico maurista *Acción*, que «en la crisis de hoy no ha caído el Señor Dato, ni el partido conservador, sino el nefasto sistema de partidos turnantes».[143]No entendía que la opinión pública catalana no destacase lo suficiente la gran trascendencia del cambio político conseguido, mientras que la de Madrid era muy consciente de ello.[144]

En sus *Memorias*, y también en su correspondencia, Cambó se atribuye la dirección y el triunfo del movimiento asambleario casi en exclusiva:

> Yo conduje la Asamblea de Parlamentarios hasta su triunfo al provocar la caída de Dato y la constitución de un Gobierno de amplia concentración. Los republicanos creían que, iniciado el movimiento, ellos aprovecharían para convertirlo en un movimiento republicano, igual que los socialistas esperaban aprovecharlo para convertirlo en una revuelta proletaria. Que yo fuera más hábil y más fuerte que ellos y sus proyectos ocultos, que representaban una deslealtad y una traición al pacto que públicamente habíamos contraído, los exasperó.[145]

Así pues, en otoño de 1917, Francesc Cambó contemplaba la nueva situación política española con una gran dosis de optimismo. «Su» movimiento había triunfado y ofrecía una oportunidad histórica impensable unos pocos años atrás. Ahora incluso podía pensar en el acceso a la presidencia del gobierno español. Estaba convencido de que los diputados renovadores tendrían una fuerza considerable y que serían mayoría en las futuras Cortes. En una carta a Lluís Duran fechada en noviembre de 1917, expresaba su convencimiento de que él sería muy pronto presidente del gobierno de España porque en las nuevas Cortes los diputados partidarios de las grandes reformas públicas serían mayoría:

> Si yo hubiera querido, me habrían ofrecido la Presidencia del Consejo, pero ahora habría fracasado. En cambio, en las próximas Cortes yo seré Presidente del Consejo con unas Cortes adictas. Aquí, según los cálculos que hacen los profesionales, nos dan 150 diputados. Yo creo que tendremos muchos más y que, si no la mayoría absoluta, por lo menos seremos el grupo predominante. Empiezan a llegarme ofrecimientos y adhesiones de todas partes. Yo, de momento, no acepto más que los de la gente mejor. Espero que podamos escoger y hacer una magnífica elección.[146]

El líder de la «revolución» de 1917 estaba exultante y ya se veía dirigiendo, con toda seguridad, la política española, cuyo funcionamiento real desconocía. Pero ese optimismo no iba a durar mucho.

Capítulo 3

EL HOMBRE DE GOBIERNO

Durante casi seis años, entre noviembre de 1917 y septiembre de 1923, Francesc Cambó pudo actuar como hombre de gobierno dentro de la política española. De las dos opciones que él mismo había planteado a Prat de la Riba en su carta del 5 de noviembre de 1916, actuar como político nacionalista o como hombre de estado, se había inclinado por la segunda, aun sabiendo que sería «difícil pero prestigiosa». No obstante, pronto pudo comprobar que las dificultades serían superiores a las esperadas y que de su presencia en los gobiernos españoles no obtendría los rendimientos esperados.

En esta etapa, Cambó y tres militantes más de la Lliga Regionalista —Joan Ventosa, Felip Rodés y Josep Bertrán i Musitu— fueron ministros en cuatro gobiernos diferentes, todos de concentración o de coalición, incluso alguno bautizado como «nacional». Sin embargo, su gestión fue bastante limitada y, a menudo, también interferida por compañeros de gobierno. El avance autonómico quedó bastante atascado, no solo por las incomprensiones manifestadas por la gran mayoría de los políticos dinásticos, sino también por el estallido de una oleada de violencia social que, iniciada en Cataluña en 1919, duraría prácticamente cuatro años. El repliegue conservador de la Lliga y de Cambó supuso aplazar el pleito autonómico, dejar a la Mancomunitat de Cataluña en una situación de debilidad y asumir una grave crisis interna en la Lliga. La revuelta de los jóvenes que conduciría a la creación de Acció Catalana iba directamente contra Cambó y su política española y provocaba más división dentro del catalanismo, a la vez que tomaba cuerpo «la vía irlandesa» ante el cierre hispánico.

Aun así, Francesc Cambó desempeñó durante estos años un papel

destacado como hombre de gobierno al frente de los ministerios de Fomento y de Hacienda, pese a la brevedad de su gestión. Su prestigio e influencia eran tan notables que en noviembre de 1922, el rey Alfonso XIII le ofreció la presidencia del consejo de ministros. Sin embargo, el coste era excesivo —renunciar a ejercer como líder catalanista— y las posibilidades de hacer reformas de verdad muy precarias. Al cabo de un año, abandonó temporalmente la política. Se sentía cuestionado en Cataluña y parecía que la vía parlamentaria para reformar el Estado y conseguir la autonomía catalana estaba agotada.

Para seguir con rigor la actuación política de Francesc Cambó durante estos años tan decisivos, además de sus Memorias y de las biografías publicadas, hay que consultar, sobre todo, las intervenciones parlamentarias y la correspondencia privada. Los parlamentos de Cambó, tanto en el Congreso de los Diputados como en el Senado, son muy numerosos y es imposible dar cuenta de todos ellos en esta biografía.[1]En lo concerniente a la correspondencia privada, aparte de la que intercambió con políticos españoles, como Antonio Maura, es especialmente importante la que mantuvo con Joan Ventosa i Calvell y Lluís Duran i Ventosa. Estas cartas, muy poco conocidas por los historiadores, nos permiten saber muchas cosas sobre el funcionamiento de los gobiernos en los que participaban los catalanistas y los problemas que tenía. Encontramos importantes informaciones sobre todo tipo de cuestiones y muy especialmente sobre las dificultades para sacar adelante relevantes proyectos de ley y también cómo se preparaban las elecciones.

Los catalanistas en el gobierno, el optimismo exagerado de Cambó

A principios de noviembre de 1917, finalmente dos asamblearios, ambos catalanes, Joan Ventosa y Felip Rodés, fueron nombrados ministros dentro de un gobierno de amplia concentración presidido por el liberal Manuel García Prieto. Cambó y los asamblearios habían conseguido acabar con el sistema de turnos en el gobierno limitado exclusivamente a los liberales y a los conservadores. Se abría un período de grandes expectativas y las esperanzas de llevar a cabo un cambio político de relevancia se centraban en las próximas elecciones

legislativas, fijadas en febrero de 1918. Según Cambó, de ellas surgiría una mayoría parlamentaria diferente que permitiría realizar las reformas políticas que casi todo el mundo parecía desear, entre ellas la regionalización de España.

No obstante, de momento los que criticaron con más dureza al gobierno de concentración fueron los partidos de izquierdas que habían asistido a la Asamblea y que acusaban a Cambó y a la Lliga de haber traicionado al movimiento al haber aceptado entrar en un gobierno integrado mayoritariamente por dinásticos y sin poner como condición previa la aceptación de las principales reivindicaciones de la Asamblea. La indignación de los republicanos era notable. Alejandro Lerroux, en un discurso pronunciado el 24 de diciembre en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona, censuró duramente el comportamiento de los catalanistas de la Lliga, y especialmente de Joan Ventosa, por entrar en el gobierno de concentración sin presionar demasiado para que asumiese la demanda de que las futuras Cortes fueran constituyentes y de que había que avanzar hacia la autonomía de las regiones. Lerroux pretendía reconstruir la unión de las izquierdas, la alianza de los republicanos y los socialistas, ante las elecciones generales del mes de febrero. Con su habitual vehemencia, el líder radical proclamó que «la hora de la revolución ha sonado» y que «República y España son incompatibles con la Monarquía y con los partidos gobernantes».

También Francesc Layret, dirigente del Partit Republicà Català, acusaba a la Lliga Regionalista de haber matado a la Asamblea, puesto que esta representaba «una revolución o nada». Layret consideraba que los catalanistas de la Lliga habían salvado al rey con su entrada en el gobierno sin incluir ninguna de las reivindicaciones de los asambleístas en el programa, y por este motivo, pensaba que las Cortes que saldrían de las elecciones de febrero no votarían ni la autonomía catalana, ni tampoco incrementarían las delegaciones de la Mancomunitat. Además, el dirigente republicano apuntaba que se tendría que haber internacionalizado la cuestión catalana desde el inicio de la Gran Guerra porque las potencias que defendían los derechos de las nacionalidades habrían conocido el caso catalán y la Entente «nos ayudaría».[2]

Frente a estas actitudes críticas de las izquierdas, los dinásticos que habían sido más activos dentro del movimiento asambleísta

estaban exultantes. Resulta harto interesante el análisis que hacía el senador liberal catalán Josep Roig i Bergadà sobre cómo se había resuelto la crisis política de aquel agitado año 1917. Él calificaba de gran éxito la formación del gobierno de concentración de García Prieto por cinco motivos: primero, porque significaba la liquidación del sistema de turnos en el poder de los partidos dinásticos; segundo, porque restablecía en España un régimen basado en el poder del parlamento; tercero, porque significaba «la españolización del catalanismo, al extender esta doctrina por otras regiones de España e imposibilitar así que sea separatista»; cuarto, porque también suponía «la democratización de la Lliga Regionalista», ya que esta organización conservadora ahora estaba a favor del reconocimiento de que la soberanía nacional residía únicamente en el pueblo; y quinto, porque la incorporación de la Lliga al gobierno de España hacía que este partido dejase de ser un opositor y crítico ante todas las situaciones políticas.[3]

Las elecciones municipales celebradas días después, el 11 de noviembre de 1917, estuvieron marcadas por el debate sobre el nuevo gobierno de concentración y la presencia de los catalanistas. En Barcelona significaron una gran victoria de la Lliga Regionalista, que superó en votos y en concejales a la coalición republicana integrada por los asambleístas de izquierdas, los radicales de Lerroux y el Partit Republicà Català de Domingo y Layret. Parecía que la ciudadanía catalana respaldaba de forma clara el cambio propuesto por Cambó y la Lliga Regionalista.

A finales de noviembre de 1917, Cambó empezaba a preocuparse por el hecho de que en el momento de nombrar a nuevos gobernadores civiles, el gobierno García Prieto «se inclina cada vez más a que sean militares». Pensaba que, aunque los militares «con su odio a los partidos de los turnos y su prevención contra las izquierdas, fueron, fatalmente, auxiliares nuestros», había que estar muy atentos a lo que podrían hacer: «En el momento en que nos manifiesten el propósito de retornar a la vieja política, tendremos que plantarnos por completo; así se librará una dura batalla».[4]

Cambó también estaba inquieto porque se percataba de que las principales autoridades que había en Barcelona no estaban a la altura de la situación. El 11 de diciembre comentaba a Ventosa que

> el gobernador de Barcelona resulta un infeliz. El Capitán General es un imbécil. Con

> estas dos autoridades en Barcelona, si se produce un conflicto de orden público puede repetirse la situación de 1909. Es preciso cambiar al Capitán General y sustituirlo por lo mejor que haya entre los tenientes generales ... Hay que recordar lo que le pasó a Maura por tener una autoridad inepta en Barcelona en 1909.

Las gestiones de Cambó fueron positivas, puesto que al cabo de poco tiempo tanto el gobernador civil de Barcelona como el capitán general de Cataluña fueron sustituidos.[5]

También había problemas en el Ayuntamiento de Barcelona ante la posibilidad de que, con la complicidad del ministro asambleísta Felip Rodés y en beneficio de los intereses del gran trust eléctrico de La Canadenca —Fuerzas y Riegos del Ebro—, un lerrouxista fuera elegido alcalde de la ciudad condal. Se había derogado la ley que atribuía al gobierno el nombramiento de los alcaldes —por real orden — y ahora eran los concejales quienes votaban. En el consistorio barcelonés, la suma de los concejales lerrouxistas, liberales e independientes era superior a la de los de la Lliga y sus aliados conservadores. Al parecer, La Canadenca, a través de su compañía filial, la Barcelonesa, que era la principal suministradora de electricidad al alumbrado público de la ciudad, y el líder lerrouxista Joan Pich i Pon habían sobornado a dos concejales liberales afines a Felip Rodés para conseguir la alcaldía: «Ahora resulta que es La Canadiense, por medio de Pich, la que ha dado el dinero para comprar los votos de Mauri y de Llopis».[6]

Cambó consideraba que esto era muy peligroso, incluso electoralmente. No quería de ninguna manera que mientras ellos estaban en el gobierno hubiera en Barcelona un alcalde lerrouxista: «Si el alcalde es un lerrouxista, la gente conservadora se pondrá en contra nuestra y perderemos las elecciones a diputados en las Cortes y es posible que yo me quede sin acta». Por este motivo le rogaba a Ventosa que, como ministro, presionase a Rodés para impedir como fuera aquella elección:

> Es preciso que Rodés se imponga a los suyos ... la manera segura de lograrlo es que el Rey o [García] Prieto expresen a Rodés su descontento ante la actitud de sus correligionarios frente al voto a un lerrouxista que hará que Barcelona, cuando el Rey vaya, tenga un alcalde republicano, lo que será explotado contra el gobierno.[7]

Según Cambó, había otra opción para evitar aquella operación de los lerrouxistas: atacar directamente al trust de La Canadenca acusándolo de fraude fiscal. Creía que esto lo podría hacer Ventosa desde el gobierno:

> El otro camino es que tú reclames los expedientes que hay en tu ministerio contra la Canadiense, por defraudación ... Si los de la Canadiense ven que lo que pueden ganar teniendo un alcalde suyo, lo pueden perder con creces en la resolución de los expedientes, seguro que cambian la dirección.[8]

Días después, pero poco antes de la elección del nuevo alcalde de Barcelona, Francesc Cambó explicaba a Joan Ventosa que el británico Fraser Lawton, gerente de La Canadenca, era el responsable de toda aquella maniobra y que, en una reunión del consejo de la Compañía Barcelonesa, «en contra de la opinión de todos los consejeros catalanes, dijo que él sabía que en España todo se compraba y que el procedimiento que seguía era el único que funcionaba».[9]De todos modos, Cambó creía que «si la Canadiense tiene un fracaso, llegarán órdenes de Londres para cambiar de procedimientos». No obstante, aconsejaba a Ventosa que procediese con prudencia:

> Conviene que se resuelva el asunto antes del primer día del año y que lo hagas de acuerdo con el informe del Consejo de Estado. Si después de primeros de año lo resuelves de esta forma, se te podría acusar de haber actuado por venganza política; si lo hacemos de otro modo, significaría una victoria y la consagración de los procedimientos que preconiza Lawton.[10]

Pese a las gestiones y las presiones sobre el ministro Rodés, el 26 de diciembre de 1917, el concejal republicano radical Juan José Rocha García fue elegido alcalde de Barcelona. Cambó estaba indignado: «En Barcelona el alcalde es lerrouxista y castellano por los votos de los amigos de Rodés. Creo que este se ha portado con perfecta deslealtad. Conviene tenerlo presente».[11]De todos modos, esta elección no tuvo las repercusiones políticas y electorales que se temía Cambó.

Asimismo, Cambó aprovechó la presencia de Ventosa en el gobierno para interceder a favor de algunos monjes catalanes que eran perseguidos políticamente por sus ideas. Se trataba del capuchino Rupert de Manresa, rector del convento de Pompeya, en Barcelona, y del mismo provincial de los capuchinos catalanes, Miquel de Esplugas, que habían sido denunciados por el anterior gobierno Dato ante la Santa Sede por sus ideas «separatistas».[12]

En el ámbito político más general, los dirigentes de la Lliga Regionalista estaban exultantes con la actuación del monarca, puesto que, gracias a Alfonso XIII, no solo se había superado una situación muy difícil sino que también se iniciaba una etapa esperanzadora:

> El Rey se ha portado muy bien, y tanto si lo hizo por iniciativa propia como por

> indicaciones, ha ganado mucho en prestigio y quizás se ha salvado. Porque si no llega a formarse este gobierno, asusta lo que habría podido suceder. La impresión aquí no puede ser mejor. Todos están muy contentos.[13]

La estrategia política que Francesc Cambó defendía entonces, como bien se pudo comprobar en su conferencia en el Palau de la Música de Barcelona, el 16 de enero de 1918, se podría resumir con el eslogan «Por la España Grande». La fuerza política del catalanismo y la expansión de los movimientos regionalistas de la periferia impondrían una nueva realidad que les otorgaría una presencia directa en el gobierno del país. Y este cambio se había producido porque Alfonso XIII había entendido perfectamente lo que pretendían los asambleístas del mes de julio. Según Cambó, «el Rey había abierto camino normal y constitucional a los hombres de la Asamblea de Parlamentarios»,[14]y por eso había que defender el protagonismo político del monarca.

Sin embargo, las cosas no serían tan fáciles como esperaban los catalanistas. En tan solo dos meses, buena parte de sus esperanzas se vieron frustradas tanto por el comportamiento de los antiguos dirigentes dinásticos, no dispuestos a dejar vía libre a Cambó y a los suyos, como por el cambio de actitud del propio Alfonso XIII. Un breve repaso a la correspondencia de Francesc Cambó es harto revelador de los cambios constantes en sus apreciaciones sobre la situación y la facilidad con la que pasaba de la euforia exultante al pesimismo.

Pronto llegaron los síntomas de decepción de Cambó, cada vez más consciente del error político que representaba fiarse de Manuel García Prieto: el presidente del gobierno y algunos líderes dinásticos se estaban poniendo de acuerdo, a espaldas de los hombres de la Lliga —«nos están tomando el pelo»—, porque pensaban manipular las elecciones generales a su favor y propiciar el fracaso de aquella operación de gran cambio político. Cambó denunciaba indignado que aquel gobierno utilizaba los mismos procedimientos antidemocráticos que los anteriores. Advertía que se había organizado «el encasillado completo en las provincias andaluzas y castellanas mediante un acuerdo entre Prieto, Dato y Romanones, comunicado a los gobernadores y funcionando como antes de la última crisis».[15]

Para Cambó esto suponía un engaño al país y podía provocar la «deshonra» de los catalanistas:[16]

> El país se daría por engañado y la convicción de que, dentro de la Monarquía, no se puede avanzar hacia un cambio, se extenderá por todas partes. Nosotros, aunque aumentemos en número, estaríamos sin ninguna autoridad moral en el Parlamento. Nos rechazarían derechas e izquierdas, y nuestra campaña de oposición aparecería como un despecho por nuestra derrota, y puesto que estas Cortes se formaron bajo nuestra inspección y bajo nuestra protección, apareceríamos, o como rechazados por el sufragio, o como víctimas de un timo. Tanto una cosa como la otra echaría sobre nosotros el peso de un ridículo que nos llevará a la impotencia.[17]

En esta carta Cambó hace gala de dotes casi proféticas, puesto que acertó en lo que realmente acabaría pasando un par de meses después. En la misma carta le planteaba a Ventosa la posibilidad de forzar ya una crisis de gobierno: «Tienes que hacer lo posible para romper y plantear una crisis. Naturalmente, sería bueno que te acompañase Rodés, pero si no te acompaña, no importa. Será aún más interesante». Estaba verdaderamente preocupado por el «callejón en que nos ha metido nuestra buena fe y la deslealtad de los otros».

En un texto escrito por Francesc Cambó seguramente a principios de 1918 y publicado en el *Anuari de Catalunya. 1917* ya se mostraba públicamente crítico con el gobierno de concentración: «no creo que el Ministerio [García] Prieto sea un ideal, pero sí creo que era el mejor que podía formarse para solucionar la crisis de la caída del Gobierno Dato».[18]Consideraba que la presencia de los catalanes en aquel gobierno era «lo que da la virtualidad que puede tener este gobierno para señalar un cambio en toda la orientación de la política española». Creía que la sociedad española no quería ni la vieja política, ni tampoco un estallido revolucionario y se reafirmaba en que «solamente en el despertar de las energías regionales puede encontrar remedio la crisis española». Por esta razón, estaba convencido de que había que impulsar la compenetración de los diferentes movimientos nacionales y regionalistas de Galicia, Valencia y «Vasconia» con el de Cataluña, ya que este «es el camino de la victoria». De todos modos, se mostraba pesimista respecto a las nuevas Cortes, aunque confiaba en que «los partidos de opinión», que según él eran «los regionalistas, mauristas, republicanos, carlistas y socialistas», tuvieran la mayoría en el Congreso. «Yo creo que de estas Cortes saldrá, para Cataluña, la autonomía ... y la creación de un Gobierno fuerte para actuar sobre la vida económica y social del país». Esperaba, además, que cuando terminase la Gran Guerra, Cataluña tuviera un papel importante en la acción exterior hacia el Mediterráneo y el Norte de África.

Pero Francesc Cambó estaba también indignado por las peligrosas

maniobras que estaba llevando a cabo el gobierno García Prieto con la concesión de algunos cargos de importancia a dinásticos catalanes con la intención de deteriorar la influencia de la Lliga Regionalista y del ministro Ventosa. «Ya debes saber que la Dirección General de Aduanas se le ha otorgado a Sala y la de Agricultura a Girona; tendrías que enterarte de quién es el inspirador de esta acción contra nosotros para tenerlo presente en nuestras oraciones.»[19]Con toda seguridad había sido el ministro de Fomento, Niceto Alcalá Zamora, que sin informar a Ventosa había cesado de estos cargos a dos miembros de la Lliga, Carles de Camps y Lluís Ferrer-Vidal, y premiado a un liberal anticatalanista como el cacique de Tarrasa Alfons Sala, y a un antiguo diputado de la Lliga, Ignasi Girona y Vilanova. La lucha política, como es evidente, también se llevaba a cabo en el seno del gobierno.

Ante las elecciones generales del 24 de febrero de 1918, Francesc Cambó propició una serie de pactos electorales harto complejos con los asambleístas moderados de toda España, que incluían a ex liberales, ex mauristas, carlistas, reformistas, nacionalistas vascos, galleguistas e incluso algunos republicanos. A pesar de su carácter brusco y expeditivo, Cambó tenía una gran capacidad de seducción para ser aceptado como líder por políticos tan diversos.

En Barcelona la candidatura de la Lliga Regionalista, ahora encabezada por él mismo, se enfrentó a una candidatura del Frente de Izquierdas integrada por republicanos como Lerroux y Domingo y socialistas como Largo Caballero. Es decir, la derecha y la izquierda de la Asamblea de Parlamentarios de julio de 1917 aparecían en dos opciones rivales siete meses después. En el resto de Cataluña había confrontaciones muy distintas, pero generalmente entre las candidaturas de la Lliga y sus aliados de derechas frente a candidaturas dinásticas gubernamentales o republicanas.

En lo que respecta al conjunto de España, Francesc Cambó fue tejiendo diferentes pactos electorales con asambleístas moderados y algunos grupos regionales, adaptándose a las peculiaridades de cada territorio. Se trataba de acuerdos dispares e incluso difíciles de concretar, ya que la mayoría de los distritos electorales eran unipersonales y solo se podía designar un candidato que normalmente se enfrentaría al de los caciques dinásticos, que podría tener el apoyo del gobierno. Los aliados en el País Vasco eran básicamente los candidatos de la Comunión Nacionalista Vasca, liderada por Ramón de

la Sota, y algunos empresarios independientes o vinculados al maurismo; en Galicia, además de los galleguistas de las Irmandades da Fala, los acuerdos incluían a agraristas, mauristas y algunos republicanos; en Asturias, los tratos se llevaron a cabo con la Junta Regionalista Asturiana y los reformistas de Melquíades Álvarez; en Valencia, con la gente de la Unió Valencianista, dirigida por los ratpenatistas y por el empresario Ignasi Villalonga; en Andalucía, con el Centro Andaluz, que dirigía el notario Blas Infante.

La organización de estas elecciones tan excepcionales exigió a la Lliga Regionalista un esfuerzo extraordinario. Su sede en Madrid, en la calle Lealtad, se convirtió en una gran oficina electoral y en el centro de propaganda desde donde se coordinaban las giras de los principales dirigentes por toda España. Esto era, sin duda, muy costoso y hubo que realizar importantes recolectas de dinero. Los principales recursos surgieron, como era de esperar, de los sectores económicos que se habían visto más favorecidos por la no aplicación de la ley de beneficios extraordinarios de guerra. Los navieros Sota y Aznar recaudaron importantes cantidades de dinero en el País Vasco. En Cataluña, Cambó creó un comité de recaudación que estaba integrado por él mismo, Joan Antoni Güell i López, conde de Güell, y Damià Mateu. Un «Informe reservado», redactado seguramente por un político liberal albista, sostenía que Cambó, a base de presiones, estaba logrando que importantes empresarios catalanes pagasen una contribución extraordinaria de unas cinco mil pesetas cada uno para financiar la campaña electoral. Este texto informaba también de que probablemente la Lliga y sus aliados electorales ya habían recaudado unos diez millones de pesetas.[20]No sabemos si estas cifras son ciertas, pero sí era evidente que la campaña electoral era muy costosa, puesto que incluso tuvieron que comprar algunos periódicos para disponer de portavoces en diferentes lugares de España. En Galicia, por ejemplo, Cambó organizó la compra del diario *El Nordeste*, que costó unas 160.000 pesetas, y que durante la campaña electoral fue dirigido por el periodista catalanista Pere Muntanyola.

Durante la larga campaña electoral, que duró dos meses, desde diciembre de 1917 hasta febrero de 1918, Cambó visitó una docena de provincias donde realizó numerosos mítines de propaganda. Se desplazó al País Vasco —nuevamente a Bilbao y a San Sebastián— y a Galicia, donde visitó La Coruña, Santiago, Vigo, Lugo, Orense y

Monforte. Cambó había sido aceptado por los grupos gallegos favorables a las reformas como su líder español. No obstante, pronto surgirían problemas políticos, primero derivados del control del proceso de pactos y de alianzas electorales ejercido desde Barcelona, a los que se sumaron las tensiones provocadas por la designación de los candidatos en los diferentes distritos electorales. Gracias a la presión ejercida por Cambó, se impusieron los candidatos propuestos por los agraristas y los mauristas, en perjuicio de los galleguistas, que enseguida manifestaron su descontento en actos públicos y escritos. Al final, sobre un total de más de treinta candidatos de la coalición liderada por Cambó, solo cuatro eran galleguistas, mientras que predominaban los agraristas, los mauristas e incluso algunos republicanos independientes. La fragilidad de esta alianza se reflejó en la persistencia de controversias sobre si el frente reformista y renovador encabezado por Cambó era excesivamente «industrialista» y, por lo tanto, no podría defender con eficacia los intereses del agrarismo gallego.

En diciembre de 1917, Francesc Cambó realizó una larga visita propagandística por Andalucía acompañado de una amplia delegación de políticos y empresarios catalanes: Bertran y Serra, Bastos Ansart, Pere Bosch-Labrús Blat y Rafael Vehils. Fue acogido por la prensa andaluza como «el paladín del regionalismo español» y recibido con gran entusiasmo por los principales directivos de los centros andalucistas de Sevilla, Córdoba, Jaén y Jerez, entre los cuales figuraba Blas Infante. El 8 de diciembre, en la conferencia que pronunció en Córdoba, fue presentado como el «árbitro de los destinos de España» e incluso se llegó a afirmar que era «el hombre que se ha atrevido a decir al Rey que estaba desnudo». En su parlamento, Cambó insistió en el argumento principal que había estado utilizando durante toda la campaña electoral, que los catalanistas no eran separatistas y que «no aspiramos a gobernar a los demás pueblos de España ... aspiramos a derrocar el régimen actual, para que los pueblos tengan conciencia de su libertad y se gobiernen por sí mismos, llegando a tener voluntad y representación propia». Cambó volvió otra vez a Andalucía, a mediados de febrero de 1918, al final de la campaña electoral y dio mítines en El Puerto de Santa María, Granada, Jaén, Sevilla y Córdoba.

Durante la campaña electoral en la ciudad de Valencia se

produjeron incidentes graves. La conferencia que tenía que pronunciar Francesc Cambó en el Teatro Principal, el 18 de enero, fue boicoteada por republicanos blasquistas —seguidores de Blasco Ibáñez—, aliados de los lerrouxistas barceloneses. Cuando Cambó intentó hablar en catalán, los blasquistas que estaban entre el público exigieron a gritos que lo hiciese en castellano, a lo que el líder catalanista se negó. El acto se suspendió y, aquel mismo día por la tarde, la otra conferencia que tenía que dar en la sede de la Unión Gremial Valenciana también fue interrumpida por un grupo de blasquistas al grito de «Viva España y viva Valencia». La prensa republicana valenciana, tanto *El Pueblo* como *El Mercantil Valenciano*, había atacado duramente a la Lliga Regionalista por haberse incorporado al gobierno García Prieto y denunciaban a Francesc Cambó por haber «vendido el divino fervor de la Asamblea de Parlamentarios por dos platos de lentejas», en alusión a los ministerios que ocupaban Ventosa y Rodés.[21]

Así pues, tres meses después de la formación del gobierno de concentración de García Prieto, Cambó ya daba por fracasada aquella operación política y estaba preocupado e indignado por «el callejón en que nos ha metido nuestra buena fe y la deslealtad de los otros».[22]No tardaron en aparecer el pesimismo y la consideración de que, ante la inminente caída del gobierno García Prieto, era preferible «no hablar con el Rey ... ya que la crisis puede acarrear la caída del régimen».[23]El 6 de febrero, dieciocho días antes de las elecciones, ante la certeza del fracaso electoral, Cambó no dudó en especular sobre una propuesta autoritaria nueva e insólita: participar en un golpe de estado protagonizado por el rey, los militares y los políticos «nuevos».

> El hecho es que, fracasado el intento, perfectamente constitucional, encarnado en la solución dada a la crisis del 30 de octubre en su finalidad principal, de crear un poder parlamentario fuerte y prestigioso ... ya no veo más solución a la crisis de la política española que un golpe de Estado: que un gobierno, apoyado en el Rey y en las bayonetas, haga lo que no podrá hacer el parlamento en el que —como bien le dijiste al Rey— los antiguos tinglados no tendrán la suficiente fuerza para gobernar, pero sí la tendrán para subsistir y no dejar gobernar a los otros, con la esperanza de que llegue el restablecimiento del turno a su favor.[24]

Otra vez pensaba Cambó que no había más posibilidad que recurrir a una opción excepcional, a un gobierno autoritario que tuviera, evidentemente, el apoyo de Alfonso XIII y de «las bayonetas», es decir, del ejército. Como ya hemos visto, no era la primera vez que en la correspondencia privada se hacía referencia a una solución

autoritaria civil avalada por Alfonso XIII y por los militares. Y, evidentemente, tampoco era el primer político de la Restauración que se lo planteaba. Aun así, sorprende que, cinco años antes del golpe de Primo de Rivera, entre los líderes de entonces se hablase con tanta naturalidad de la posibilidad de adoptar una solución autoritaria y anticonstitucional con el visto bueno del rey y el apoyo de los militares. Quizá era un ejemplo más del descrédito del sistema de la Restauración y también de las frágiles convicciones democráticas de buena parte de sus dirigentes. Por otro lado, la necesidad de recurrir al monarca y al ejército para sacar adelante esta opción autoritaria reflejaba la debilidad del poder civil, puesto que se otorgaba un papel decisivo en toda la operación a Alfonso XIII y a los militares.

Sin embargo, Cambó consideraba que para que prosperase esta arriesgada opción era preciso que los catalanistas llegasen a convencer a la opinión pública española de la necesidad de una dictadura y, algo todavía más problemático y difícil, que aceptasen que los dictadores tenían que ser los reformistas y, entre ellos, los catalanistas. Asimismo, era necesario ganarse el respaldo de los militares, porque hacía falta «el concurso de las bayonetas».[25]Estas reflexiones de Cambó no dejan de ser sorprendentes y reflejan que era bastante ingenuo en creer que los militares darían su apoyo a un gobierno presidido por un catalanista.

Como era de prever, las elecciones generales del 24 de febrero de 1918 resultaron un fracaso total para las aspiraciones políticas de Francesc Cambó. Si bien la Lliga Regionalista y sus aliados, que habían resumido el programa en un manifiesto titulado «Por la España Grande», habían triunfado claramente en Cataluña al conseguir un total de 21 diputados, que con los dos tradicionalistas representaban veintitrés, es decir, más de la mitad de los elegidos,[26]en el resto de España habían obtenido unos resultados muy negativos, ya que solamente podían contar con 11 diputados más. En total eran unos 34, muy lejos de los 150 con los que se había especulado tres meses atrás. Solo en el País Vasco obtuvieron un éxito indiscutible, con la elección de siete diputados nacionalistas. En el resto, los resultados fueron muy pobres: dos diputados en Asturias, uno en Galicia y otro en Castilla.

El fracaso electoral en Galicia tuvo repercusiones políticas graves, ya que supuso la ruptura entre la Lliga Regionalista y el galleguismo representado por las Irmandades de Fala.[27]Se produjo, además, un

debate público sobre si la vía reformista y pacífica propugnada por Cambó era la más adecuada para conseguir la autonomía, o si había que cuestionar directamente la Constitución española y la monarquía misma. Las desconfianzas y las críticas galleguistas hacia Francesc Cambó se incrementarían tras su incorporación al gobierno nacional de Maura en marzo de 1918.[28]

El nuevo Congreso de los Diputados salido de las elecciones de febrero de 1918 mostraba una gran fragmentación, si bien predominaban los liberales, que tenían 164 diputados, y los conservadores, con unos 155. Es decir, los dinásticos continuaban ostentando la mayoría absoluta. Aquellas Cortes estaban dominadas por los contrarios al proceso constituyente, o a la reforma de la Constitución de 1876, y se oponían también a la regionalización de España y a un régimen de autonomías. Tan solo unos 64 diputados, de derechas y de izquierdas, podían propiciar importantes cambios políticos: 21 eran de la Lliga, 15 republicanos, 7 nacionalistas vascos, 6 socialistas, 5 tradicionalistas y 10 regionalistas diversos e independientes. Eran muy pocos y, además, bastante heterogéneos.

Frente a esta situación compleja e indeseada, Francesc Cambó consideró que era fundamental dejar claro a Alfonso XIII, y a toda España, que los catalanistas eran necesarios para gobernar el país, porque eran más capaces: «Hemos de hacer comprender al Rey y a España que nos necesitan en el gobierno, pero que no entraremos, si no es a cambio de la previa concesión de la autonomía».[29]Sin embargo, tenía dudas sobre si tenía que seguir en el gobierno o ir a la oposición.

Cambó había sobrevalorado las posibilidades de realizar unas elecciones limpias dentro de aquel sistema político y veía que no sería nada fácil transformarlo desde dentro con procedimientos legales. Primero había intentado desestabilizarlo desde fuera para provocar el cambio, utilizando la fuerza política de las primeras Asambleas de Parlamentarios de julio de 1917, pero se equivocó porque los partidos dinásticos resistieron al desafío; después tuvo que desmarcarse y desautorizar la huelga revolucionaria organizada por las fuerzas más izquierdistas de la Asamblea, y en noviembre, cuando la Lliga y los asambleístas moderados participaron finalmente en un gobierno de coalición, rompiendo con el famoso «turno dinástico», fueron mucho más hábiles y «les tomaron el pelo». Las elecciones de febrero de

1918, en las que Cambó había depositado tantas esperanzas y tantos esfuerzos, las ganaron los dinásticos porque utilizaron sin ningún tipo de reparo los procedimientos tramposos de siempre. Tanto el Ministerio de la Gobernación como los gobiernos civiles y los alcaldes dinásticos mostraron que no estaban dispuestos a tolerar la democratización del voto, puesto que la principal fuente de su poder residía precisamente en el control político de la mayoría de los distritos rurales y de numerosas ciudades medianas. El propio Cambó recuerda en sus *Memorias* que tuvo constancia de que muchos gobernadores civiles habían recibido instrucciones de contrarrestar la campaña de propaganda de sus seguidores con el fin de que las cosas continuasen como siempre.

Cambó, ministro de Fomento dentro del gobierno «nacional» de Maura

El 27 de febrero de 1918, nueve días después de las elecciones, Joan Ventosa y Felip Rodés presentaron la dimisión como ministros por estar en desacuerdo con la actuación del gobierno en los comicios. El gobierno de García Prieto quedaba sumamente debilitado sin los dos representantes de los asambleístas. Una vez más, el rey Alfonso XIII tenía la clave para resolver la crisis. En aquellos momentos, Francesc Cambó todavía creía tener bastante influencia y prestigio frente al soberano: «En 1918 y los primeros meses de 1919 tuve el máximo prestigio ante Don Alfonso, que sentía por mí, en aquellos momentos, una vivísima simpatía ... que se transformó en aversión en el mismo 1919».[30]Precisamente en esta coyuntura tuvieron lugar entrevistas de gran relevancia entre ambos.

El primer encuentro se produjo a causa de la dimisión de todo el gobierno García Prieto el 9 de marzo de 1918. En aquella entrevista, el político catalanista propuso al monarca la formación de un nuevo gobierno, pero esta vez presidido por Antonio Maura. No obstante, el rey no le dio ninguna respuesta clara. A la salida, Cambó declaró a la prensa: «Su Majestad no me ha contestado una palabra».[31]Unos días más tarde, el 19 de marzo, el rey le pedía al conde de Romanones que «me saque del atolladero en que nos encontramos». Este respondió al monarca que había llegado la hora de un gobierno «verdaderamente nacional».[32]El 20 de marzo fueron convocados al Palacio Real los

políticos moderados más destacados del momento: Maura, Dato, García Prieto, Alba, Cambó y Romanones. El monarca, al parecer convencido por los argumentos de Cambó, amenazó con marcharse de España si no se formaba inmediatamente un gobierno de concentración presidido por Maura en el que Cambó tendría un ministerio. Inicialmente se propuso que Cambó ocupase la cartera de Instrucción Pública, pero el liberal Santiago Alba manifestó su inquietud ante el hecho de que al frente de aquel ministerio Cambó pretendiese imponer «la aspiración de que la lengua regional alcance plena oficialidad», cuestión que, según el político castellano, crearía «dificultades y obstáculos en la vida del Gobierno, en las Cortes y también afectaría a la posición política del señor Cambó». Frente a estas prevenciones, se acordó permutar la cartera de Fomento y de Instrucción Pública entre Alba y Cambó.[33]

Finalmente, el máximo líder del catalanismo entraba en un gobierno español. Tenía cuarenta y un años y estaba lleno de energía y de proyectos. Era consciente de la arriesgada jugada política que significaba su presencia en un gobierno como aquel, donde estaba en franca minoría, pero consideraba que la opción era clara: «Ahora o nunca». Si aquel gobierno se consolidaba, él podría ser «el motor» de los cambios políticos españoles, pero si fracasaba, podía caer incluso la monarquía, lo que obligaría a los catalanistas a tratar solamente de «salvar a Cataluña».[34]

El nuevo gobierno, bautizado pomposamente como «gobierno nacional», se constituyó al día siguiente de la segunda entrevista con el rey, el 21 de marzo de 1918. Figuraban como ministros los principales dirigentes de los partidos dinásticos: los conservadores Maura, Dato y González Besada; los liberales Romanones, Alba y García Prieto; Cambó, como el líder más destacado de la Lliga Regionalista, y dos militares, el general Marina y el almirante Pidal. Días después, el 29 de marzo, Joan Ventosa fue nombrado Comisario General de Abastecimientos, pero como el 31 de agosto este organismo se convirtió en ministerio, Ventosa acabó siendo ministro. Una de las primeras actuaciones de Cambó como ministro fue nombrar jefe de gabinete a su fiel colaborador Rafael Vehils, director de la Casa de América.[35]Cambó estaba satisfecho por el hecho de que Juan de la Cierva, al que no tragaba, no formase parte del gobierno. No obstante, la defenestración de este último era obra de Maura, que

ahora también detestaba a quien había sido su ministro de la Gobernación en 1909, durante la Semana Trágica.

Sin embargo, el Antonio Maura de 1918 estaba bastante alejado del regeneracionista de principios de siglo, del defensor de «la revolución desde arriba» del año 1904 e incluso del reformista moderado de 1907. Ahora Maura solo parecía interesado en la creación de un fuerte bloque contrarrevolucionario sin más objetivo que la conservación del orden establecido. Si se había negado a participar en el movimiento de los asamblearios era porque desconfiaba de un frente político en el que estuviesen presentes los republicanos y los socialistas. El adjetivo «nacional» era muy excesivo, puesto que el gobierno se limitaba a las formaciones que no cuestionaban la monarquía, y esto Cambó lo sabía muy bien. Aun así, aquel gobierno tenía el respaldo teórico de unos 350 diputados.

La presencia de Cambó en el gobierno no fue del agrado de una parte del ambiente político de Barcelona, que estaba bastante crispado y radicalizado. El 15 de abril de 1918, los republicanos catalanistas, por boca de Augusto Pi i Sunyer, acusaron a Cambó en el Congreso de querer neutralizar el movimiento catalanista con su presencia en el gobierno y que, una vez dentro, ya no presionaba a favor de la principal reivindicación de los catalanes: la autonomía. Pi i Sunyer afirmó que el mensaje de la corona era solo el programa político de Maura.

La presencia de Cambó en el gobierno fue atacada también, desde postulados ideológicos diferentes, por la extrema derecha. El tradicionalista Víctor Pradera, desde posiciones españolistas, en una intervención en el Congreso el 17 de abril, emplazó al gobierno Maura a decir de qué patria eran los miembros de la bancada azul, en la que se sentaban los ministros. Francesc Cambó, al sentirse aludido, respondió reconociendo que «al entrar yo en este Gobierno hipotequé mi libertad de acción, y la hipotequé a conciencia. Pero no hipotequé ... ninguna de mis convicciones, y, por lo tanto, el derecho libérrimo de expresarlas y de defenderlas».[36]Consideraba que no tenía sentido debatir con Pradera sobre los diferentes sentimientos nacionalistas, dado que «no es materia de controversia en la que la gente pueda convencerse». No obstante, manifestó con rotundidad que «desde que estoy en el Gobierno, en ningún instante, en ningún momento, la fidelidad de mis convicciones y el cumplimiento de mi deber han

estado en pugna». Insistió en que «nunca mis sentimientos nacionalistas catalanes han puesto freno a mi entusiasmo; todo lo contrario». Y finalizó la intervención con una manifestación clara de servicio a su programa y al del gobierno Maura:

> Yo deseo, y a ello me consagro, iniciar el camino de una España grande, porque sé que con una España que marche por caminos de grandeza, los problemas de nacionalismo, de regionalismo y de autonomía tendrán todo el ambiente necesario para su pleno y total desarrollo, para su plena y total satisfacción.[37]

El conde de Romanones, ministro de Gracia y Justicia de aquel gobierno, señaló en sus memorias que enseguida se puso de manifiesto que Francesc Cambó era el ministro más activo e inquieto: «Cambó no solamente se ocupaba de los menesteres de su cartera, sino que intentaba convertirse en el espíritu diligente de todo el Gobierno, sin perder un solo momento de vista las aspiraciones regionalistas de una gran parte de Cataluña».[38]

Durante la primera reunión del consejo de ministros, Cambó pidió la derogación de todos los decretos militares elaborados por De la Cierva durante el gobierno anterior, porque, según él, suponían una hipoteca inaceptable. En su opinión, la delicada temática militar había de ser tratada abiertamente y en primer lugar en las Cortes. En calidad de ministro de Fomento, Cambó estaba muy preocupado por los efectos más directos de la guerra europea en la economía española. Solamente durante la primera semana de julio de 1918 los submarinos alemanes habían hundido cuatro barcos españoles, con un total de veinte mil toneladas perdidas y de un centenar de muertos. El gobierno, en represalia, decretó la confiscación de seis buques alemanes que se encontraban en los puertos españoles, pese a las protestas de la embajada de ese país.

Francesc Cambó explicó con detenimiento su gestión en el Ministerio de Fomento en un libro que publicó en 1919,[39]en el que comentó el carácter y las causas de los cambios que había que introducir en la economía española con el fin de incrementar la producción, la productividad y la competitividad. En sus discursos como ministro, ya fuera en el Senado o en el Congreso o en conferencias, Cambó insistía también en que el final de la Gran Guerra pondría en evidencia la situación crítica y dependiente del exterior de la economía española. Por consiguiente, era preciso tecnificar e incrementar la intervención del Estado con un ambicioso programa

que abordase seis sectores económicos importantes: la agricultura, la minería, las aguas, las obras públicas, los ferrocarriles y el fomento de las industrias privadas. En concreto, consideraba prioritario elaborar un ambicioso plan de obras públicas que mejorase las comunicaciones internas para aumentar la actividad y flexibilidad del mercado interior y abrir mejor la economía española al extranjero.

El ferrocarril español, que en esos tiempos estaba en manos privadas, vivía una crisis grave a causa del encarecimiento del carbón a consecuencia de la Gran Guerra y del bajo rendimiento económico de la mayoría de las líneas. Cambó defendía que debía ser considerado como un servicio público esencial. A finales de 1918, había hecho redactar a un amplio comité de expertos un documentado texto, *Elementos para el estudio del problema ferroviario en España*, en el que se proponía la necesidad de nacionalizar toda la red ferroviaria española. Era un diagnóstico muy lúcido de la situación de las empresas ferroviarias y pretendía la racionalización y mejor integración de la red, la unificación de los parámetros con los europeos, el fomento de la electrificación de las líneas y el rescate de las concesiones —nacionalización— y de los servicios de electrificación. Una de sus obras más destacadas fue la electrificación de la «rampa de Pasajes», que mejoraba la comunicación de Asturias con la Meseta y Madrid.

Sin embargo, la propuesta camboniana de nacionalizar los ferrocarriles era muy cara. Además de indemnizar a las compañías, se requería una inversión en material de unos tres mil millones de pesetas. Cuando se discutió este plan en el consejo de ministros, la mayoría de los miembros dijeron que había que estudiarlo con calma a causa de su elevado coste. Quien se opuso con vehemencia fue Santiago Alba, que consideraba que la política de rescate de concesiones era antieconómica para las posibilidades de España.

Las pugnas de Cambó con los demás ministros eran constantes, especialmente con Santiago Alba, y eso dificultó notablemente la puesta en marcha de buena parte de sus proyectos. Todo eran zancadillas. Un ambicioso Plan de Obras Públicas, que incluía la posibilidad de delegar la construcción y gestión de algunas carreteras a las diputaciones y mancomunidades, fue vetado por Alba en el consejo de ministros del 10 de agosto. Las reticencias del ministro castellano a atribuir ciertas obras públicas y su gestión a la Mancomunitat catalana eran el elemento clave de la discrepancia.

En calidad de ministro de Fomento, Francesc Cambó pudo comprobar muy pronto los límites de su acción transformadora y empezó a sentirse prisionero de los ministros dinásticos, que dificultaban constantemente sus propuestas. Era evidente que intentaban impedir que avanzasen más allá de lo que podían tolerar. El carácter de la mayoría de los ministros, líderes veteranos de las diferentes facciones dinásticas, no permitía abordar una discusión seria acerca del significado de las grandes transformaciones que había que hacer. Con aquel tipo de gobierno era imposible debatir las reformas económicas o administrativas, hablar de verdad sobre la democratización de los procesos electorales, discutir sobre cómo atender a las necesidades sociales, y aún menos plantear con rigor la forma de avanzar hacia una nueva constitución y hacia la regionalización de España.

Con el fin de reforzar sus proyectos en el seno del gobierno, Francesc Cambó pronunció el 29 de septiembre de 1918 en Barcelona una larga y documentada conferencia titulada «Autonomía».[40]Fue un discurso pensado para un público catalán expectante, pero también crítico, en el que él, como ministro de Fomento, trató de justificar su presencia y la de Ventosa en el gobierno nacional de Maura. Buena parte de la disertación estuvo centrada en la cuestión de otorgar más delegaciones a la Mancomunitat de Cataluña, algo que siempre consideró clave, tanto en esta etapa de ministro de Fomento como posteriormente cuando, como ministro de Hacienda, la incorporó a su proyecto sobre la fiscalidad de las administraciones locales. Cambó proponía delegar más competencias, empezando por las de obras públicas, a la Mancomunitat con el objetivo de consolidarla y prestigiarla, mientras no se llegase a la autonomía política. Y protestaba porque el gobierno del que formaba parte era muy reticente:

> Yo soy el autor de la fórmula de las delegaciones, yo las incorporé al proyecto de Administración Local de Maura para inyectarle nuestro pensamiento, después de consultar a Prat de la Riba, y como fórmula transitoria, como una especie de aprendizaje de gobierno para nuestros organismos oficiales.[41]

No obstante, se mostraba bastante pesimista si las delegaciones eran consideradas solamente como un privilegio catalán: «No nos hagamos ilusiones. La Mancomunitat de Cataluña es un hecho aislado, y las delegaciones aparecerán como un exclusivismo, y todo

exclusivismo encontrará siempre resistencia en la conciencia de los pueblos de España».

A pesar de ello, defendía su presencia y la de Joan Ventosa en el gobierno, aunque pensaba que «estamos en él más tiempo del que podíamos esperar, y, sobre todo, más tiempo del que deseábamos ... contrajimos un compromiso de honor y estamos obligados a permanecer hasta que se complete la misión que nos condujo a él o se atente contra nuestros ideales».[42]Cambó sostenía que su estancia en el gobierno Maura había «fortalecido mi fe catalanista» y que se podía afirmar perfectamente que era «consustancial la autonomía de Cataluña y la grandeza de España». Concluyó su conferencia con un grito de optimismo: «Nuestros ideales van abriendo en los núcleos vivos de los pueblos de España un camino imponderable que nos permite esperar el triunfo en fecha no muy lejana».[43]

Las discusiones en el consejo de ministros celebrado en Madrid el 2 de octubre, cuando el rey Alfonso XIII no estaba —tenía la gripe en San Sebastián—, fueron el detonante en la crisis de gobierno que estallaría al cabo de un mes. Santiago Alba presentó un plan de reforma de la instrucción pública muy ambicioso y que suponía la creación del Instituto-Escuela, la dotación de muchas plazas de maestros, la reorganización de escuelas normales, la construcción de miles de colegios y, sobre todo, el incremento del salario mínimo de los maestros hasta 1.500 pesetas. Cambó intervino y dijo que la ley de Funcionarios Públicos no permitía aquel aumento porque era excesivo: los maestros pasarían de cobrar 1.000 pesetas a 1.500 anuales, es decir, tendrían un incremento de sueldo de un 50 % y eso superaba los límites autorizados por la ley. Además, el aumento propuesto por Alba costaba 25 millones de pesetas y el ministro de Hacienda, Augusto González Besada, solo estaba dispuesto a conceder unos 11 millones. Alba, indignado por este recorte, desvió la cuestión hacia la propuesta de Cambó, que pedía la concesión de las delegaciones de obras públicas a la Mancomunitat. Dijo que aquello era inaceptable y que lo convertiría en una cuestión fundamental: si el gobierno aprobaba las delegaciones a la Mancomunitat, él dimitiría. Maura intentó modificar la actitud intransigente de Alba, pero este no cedió y finalmente dimitió. Era evidente que Alba quería destacar como líder de la izquierda dinástica y arrinconar a Cambó.

Hay un hecho que hoy puede sorprender notablemente a

cualquier lector. Durante los meses en que Francesc Cambó fue ministro de Fomento, entre marzo y noviembre de 1918, toda España se vio gravemente afectada por la pandemia de la «gripe española». Esta enfermedad, que duró casi tres años, entre la primavera de 1918 y el otoño de 1920, golpeó de cerca a unos ocho millones de españoles y provocó la muerte de más de trescientas mil personas. Sin embargo, pese a la catástrofe, la pandemia no se menciona ni una sola vez ni en los recuerdos de Cambó ni tampoco en ninguna de sus biografías. Esto quizá nos muestre diversas cosas. La primera, que los gobiernos y los políticos pensaban que aquella pandemia era una especie «de suceso natural», que no era necesario reseñarlo como algo relevante. Cabe recordar que el año 1918 fue el que más defunciones registró de todo el siglo XX en España, incluso más que los años de la guerra civil. Hoy nos sorprende que aquella mortalidad tan acusada se considerase un acontecimiento «irreversible» ante el cual el gobierno no podía hacer nada, pero aún es peor llegar a la conclusión de que los gobernantes de entonces no estimaban que la defensa de la salud, y de la vida, de sus conciudadanos fuese una prioridad política. Esto se pone de manifiesto cuando vemos que el gasto público español en sanidad no superaba los veinte millones de pesetas, es decir, no significaba ni la décima parte del presupuesto que tenía el Ministerio de Guerra y era menos de la mitad de lo que el Estado, a través de la partida de «Culto y Clero», destinaba a la Iglesia católica. No cabe duda, pues, de que la política oficial no consideraba que la salud fuese un derecho de los ciudadanos.

Resulta desconcertante esta actitud de Cambó, y de hecho de todos los gobernantes españoles, de conformismo ante la pandemia y de ignorar el alcance de aquella catástrofe demográfica. Cambó, que en sus recuerdos hace constar el dolor por la muerte de sus hermanas a causa del tifus de 1905, en cambio no menciona que, por ejemplo, a consecuencia de la gripe española, el 16 de octubre de 1918, murieron en Sitges los hermanos Francesc y Felip Bertran i Musitu. Ambos, ya mayores, eran ingenieros y hermanos de su gran amigo Pep Bertran i Musitu. El hecho de que pese a afectar al rey Alfonso XIII, que no pudo asistir a diversas reuniones del consejo de ministros, aquella gripe española de 1918 no sea comentada ni analizada por ninguno de los políticos que gobernaban España, desde Maura hasta Romanones, pasando por Cambó o Alba, debería servir para ser mucho más severos

con las limitaciones que aparecen en sus escritos memorialistas. La única alusión a dicha pandemia se encuentra en una carta de Joan Ventosa a Lluís Duran, de octubre de 1918.[44]

Lógicamente, como ministro de Fomento, Francesc Cambó tuvo una relación mucho más frecuente y estrecha con Alfonso XIII. Incluso durante el mes de septiembre de aquel año, a petición del monarca, hizo de ministro de jornada acompañándolo durante la visita a Asturias. Fue entonces, el 8 de septiembre, cuando Cambó pronunció su famoso discurso en Covadonga, donde se celebraba el duodécimo centenario de la famosa batalla que había iniciado la «Reconquista». En aquella ocasión, Cambó intentó mostrarse, más que nunca, como un hombre de estado al afirmar que «la Reconquista iniciada en Covadonga no terminó en Granada. Queda aún mucho por reconquistar y es menester emprender una nueva Cruzada».[45]Tras afirmar que la tarea principal del gobierno era transformar España a fondo, manifestó que él estaba dispuesto a participar activamente en este objetivo: «Lucharé para que España tenga un Estado fuerte y para que sea éste el que la salve». Y aprovechando la presencia del soberano, dijo que esperaba que dicha transformación se realizase bajo el reinado de Alfonso XIII. El político catalanista finalizó su discurso de Covadonga con un vibrante «¡Viva el rey!». El presidente del gobierno, Antonio Maura, manifestó su enorme satisfacción por el hecho de que Cambó hablase de transformar España en Covadonga y delante del monarca. Este mismo gobierno, del que Cambó era ministro, decretó poco después que el 12 de octubre se convertiría en «la fiesta de la raza» y que a partir de entonces sería un día de fiesta nacional.

Pese a las palabras patrióticas de Cambó, todavía eran muchos los políticos españoles que mantenían una actitud de recelo y prevención ante lo que significaba el líder catalanista y sus proyectos reformadores. Así pues, el liberal albista Natalio Rivas, que un año después sería ministro, dejó escrito en sus notas privadas que se sintió ofendido por el discurso de Cambó en Covadonga. Este parlamento representaba, según Rivas, «el hecho insólito que un separatista represente al Poder Público en el acto solemne de conmemorar el comienzo de la epopeya de la Unidad Nacional».[46]Todavía eran muchos los políticos españoles que consideraban que los catalanistas eran separatistas disfrazados.

Francesc Cambó hacía oídos sordos a estos reproches y proseguía la tarea de mejorar sus relaciones con el rey desde el Ministerio de Fomento. Poco después del acto de Covadonga entregó a Alfonso XIII los dos volúmenes de los proyectos de ferrocarriles elaborados por su ministerio, con una dedicatoria entre protocolaria y aduladora: «Puedo asegurar a Vuestra Majestad que su constante estímulo tiene parte principal en la obra que tengo la honra de ofrecerle».[47]

No obstante, la paralización de los proyectos pactados y el incumplimiento de muchas de las expectativas provocaron una crisis grave en el gobierno «nacional» de Maura. Por otro lado, las fobias del monarca hacia algunos ministros no hacían más que debilitar al gobierno.[48]A principios de octubre de 1918, la agudización de las tensiones sociales y la ofensiva política de los republicanos y socialistas atemorizaron a Cambó. De hecho, el gobierno estaba paralizado y, el 4 de octubre, Santiago Alba había presentado la dimisión como ministro de Instrucción Pública.

En los debates que tuvieron lugar en el Congreso de los Diputados, los días 24 y 25 de octubre, se reprodujeron las recriminaciones entre Alba y Cambó, con la diferencia de que estos ocupaban puestos diferentes respecto a las discusiones del año 1916: ahora el ministro era el político catalanista y el opositor el liberal castellano. El catalán volvió a lucirse. Según Joan Ventosa: «Cambó, en su réplica a Alba, ha pronunciado el mejor discurso que le he oído. Definió claramente nuestra situación y nuestra actitud frente a la crisis que se avecina».[49]El duelo dialéctico Alba-Cambó proseguía, pero ninguno de los dos conseguía imponerse. La crisis final del gobierno «nacional» de Maura se produjo el 9 de noviembre de 1918. La solución que impuso el rey Alfonso XIII fue la de un gobierno integrado solamente por liberales, presidido por García Prieto, con Romanones y Alba como ministros. Así se escenificaban el fracaso del primer gobierno de gran coalición de la historia del parlamentarismo español, el fracaso político de Antonio Maura y también la derrota de Francesc Cambó. El líder catalanista aparecía como el principal de los vencidos, mientras que los liberales que más se habían opuesto a sus proyectos parecían ser los triunfadores. Y por si fuera poco, el nuevo gobierno de García Prieto, que solo duraría cuatro semanas, del 9 de noviembre al 5 de diciembre de 1918, integraba como ministros a dos liberales catalanes albistas, Josep Roig i Bergadà, que ocupaba Gracia

y Justicia, y Josep de Caralt i Sala, recientemente ennoblecido con el título de conde, al frente del Ministerio de Hacienda. Eso equivalía a una ofensa a la Lliga y, sobre todo, a Cambó, puesto que Sala era un notorio anticatalanista.

Alfonso XIII anima a Cambó a resolver el pleito catalán: «era el momento de Cataluña»

Las últimas semanas de presencia de Cambó en el gobierno Maura coincidieron casi con el final de la Gran Guerra.[50]Con la victoria de la Entente, la caída de numerosos regímenes monárquicos y las propuestas del presidente estadounidense W. Wilson, el futuro marco político europeo empezaba ya a influir en la vida política española. En las cancillerías extranjeras en Madrid no se hablaba de otra cosa. La convicción de que el pleito catalán podía empezar a resolverse llegaba hasta las embajadas británica y francesa.

A mediados de octubre de 1918, el todavía ministro Francesc Cambó era consciente del peligro que suponía para sus proyectos reformistas, y especialmente para la autonomía catalana, el estallido de un enfrentamiento entre las izquierdas y las derechas porque situaría en un segundo plano el pleito catalán.[51]Para impedirlo, el líder catalanista optó por incrementar la propaganda nacionalista en apoyo a una reforma constitucional que tuviera en cuenta la autonomía de Cataluña. Sería la campaña «Pro Autonomía Integral», que pretendía sustentarse en la gran sensibilización nacionalista despertada en Cataluña por las propuestas del presidente W. Wilson sobre los derechos de las nacionalidades a disponer libremente de sus destinos. Para Cambó, aquel momento era decisivo, y por eso repetía constantemente que no podían desperdiciar la oportunidad:

> Si nuestro pleito está planteado con gran intensidad, cuando llegue la crisis, nuestro pensamiento se impondrá y, o desde el gobierno o desde la oposición, impondremos las soluciones autonomistas. Conviene que nuestra gente se convenza de que ha llegado la hora y de que, si perdemos la ocasión, estamos apañados.[52]

Francesc Cambó creía que era indispensable preparar una gran ofensiva cívica y política, encabezada por la Mancomunitat, a favor de la autonomía catalana.[53]Especulaba incluso sobre la posibilidad de que, ante una crisis total de la política española se pudiera ofrecer

como alternativa al gobierno central de Madrid una serie de juntas o gobiernos regionales aliados de los catalanistas.[54]Se lamentaba de que en aquel momento tan trascendental para la causa de la Cataluña autonómica se encontrase limitado por el hecho de ser ministro: «Pero lo que conviene por encima de todo es que en Cataluña se capte bien la trascendencia del momento y que la gente comprenda que hemos de aprovecharlo. ¡Qué molesto resulta que yo, en estos momentos, tenga que hacer de Ministro del Estado Español!».[55]

También Joan Ventosa, que era ministro de Abastecimientos, daba grandes muestras de optimismo a finales de octubre de 1918. En una larga carta a Lluís Duran, hacía un análisis detallado de la crisis de los partidos dinásticos y de cómo se había conseguido la hegemonía de los catalanistas de la Lliga dentro de la política española. Joan Ventosa, como Francesc Cambó, estaba plenamente convencido de que «el año 19 será el de la autonomía de Cataluña».[56]

El 15 de noviembre de 1918, la minoría republicana del Congreso, sin previo aviso, presentó a debate un proyecto de régimen autonómico para Cataluña. Esta propuesta dejó descolocados a Cambó, a Ventosa y a la Lliga Regionalista, que acababan de salir escarmentados del gobierno Maura y buscaban la manera de situarse dentro de la vida política catalana y española, y, además, debían analizar con calma las posibilidades que ofrecía el nuevo marco internacional determinado por el fin de la guerra mundial. Sintomáticamente, ese mismo día Cambó fue llamado a consultas al Palacio de Oriente por el rey Alfonso XIII, y nuevamente la duquesa de Dúrcal hizo de mediadora.[57]El 15 de noviembre de 1918 tuvo lugar una famosa entrevista, profundamente explicada y comentada por los historiadores, a pesar de que solo tenemos la versión que dio Francesc Cambó. El monarca estaba sumamente preocupado tanto por la grave situación política española (crisis de los gobiernos y de los partidos dinásticos, graves tensiones sociales, activismo de las Juntas Militares, cuestión catalana, etc.) como por el miedo que sentía ante la caída de muchas monarquías europeas. Hacía ocho años que había sido destronado el rey de Portugal y ahora habían depuesto al zar de Rusia y a los emperadores de Alemania y Austria. Alfonso XIII era consciente de que él podía ser el siguiente, puesto que su situación política en el trono de España no era demasiado sólida. En estas circunstancias, el monarca español pidió a Cambó un esfuerzo para neutralizar la

creciente radicalización desestabilizadora del movimiento catalanista y le incitó a encontrar una solución al problema catalán con el fin de aligerar la crisis española. En concreto, el monarca le ofreció a Cambó su apoyo para que se satisficieran las demandas catalanas:

> No veo otra manera de salvar la situación tan difícil que satisfacer de una vez las aspiraciones de Cataluña, para que los catalanes dejen de sentirse en estos momentos revolucionarios y renueven su adhesión a la Monarquía ... Usted, con su actuación desde el Gobierno, ha diluido todas las prevenciones y se ha ganado la confianza y la simpatía de todos, empezando por la mía, tanto a la persona como a sus ideas. Es imperativo que acuda a Barcelona enseguida para provocar un movimiento que distraiga a las masas de todo propósito revolucionario. ¿Entendidos?, me dijo el Rey, alargándome la mano y estrechándomela fuertemente. «¡Entendidos!», respondí yo. Lo que se precisa, dijo el Rey, es que sobre lo que acabamos de convenir guardemos los dos el mayor secreto en tanto sea posible. «Conforme», le contesté ...[58]

Había llegado la hora de Cataluña, pudo exclamar eufórico Francesc Cambó.

La propuesta del monarca permitía reorientar la demanda formulada por los republicanos en el Congreso aquel mismo día y hacerla suya. Inmediatamente, Cambó, demostrando una vez más su capacidad aglutinadora y de liderazgo, dio instrucciones a los dirigentes de la Lliga de Barcelona para que la Mancomunitat elaborase un proyecto de estatuto que consiguiese el máximo respaldo político y popular en Cataluña para presentarlo, lo antes posible, en las Cortes españolas.

Cabe señalar, porque se trata de un hecho sorprendente, que enseguida se consiguió una gran unidad política en torno a este proyecto, materializada en el gran apoyo obtenido por el texto redactado en muy pocos días por la Mancomunitat, que fue aprobado en un plebiscito por el 95 % de los municipios de Cataluña. Así pues, el 28 de noviembre, Josep Puig i Cadafalch, presidente de la Mancomunitat de Cataluña, y una numerosa comisión de diputados provinciales catalanes entregaban el texto al presidente del gobierno Manuel García Prieto. El proyecto, titulado «Bases para la Autonomía», otorgaba importantes competencias a un gobierno catalán que solamente sería responsable ante un Parlamento de Cataluña. Se creaba un tribunal mixto para decidir sobre los posibles conflictos entre los gobiernos de Madrid y de Barcelona. Al día siguiente, Francesc Cambó pronunciaba una conferencia en la Academia de Jurisprudencia de Madrid, titulada «La solución autonomista del problema catalán», en la que intentaba explicar a la

élite jurídica e intelectual madrileña el alcance del proyecto presentado en las Cortes.

El alcance real del proyecto ha sido motivo de discusión entre historiadores. Según Jesús Pabón, Alfonso XIII le había dicho a Cambó que «la autonomía catalana ya no atemoriza a nadie. Usted la ha hecho posible con su gestión en Fomento».[59]Esta afirmación real parecía significar que la autonomía catalana no sería obstaculizada por los partidos dinásticos cuando se discutiese en las Cortes españolas. Para Javier Tusell, el rey le había dado a Cambó su apoyo a la propuesta autonomista catalana solo de forma confidencial, porque el monarca quería, ante todo, rebajar la tensión política del momento. Es decir, la iniciativa real respondía más a una táctica política que a una convicción firme del soberano.[60]Una posterior gestión del rey hacia Cambó podía haber servido de advertencia al político catalanista de que el monarca era de poco fiar. En efecto, Emilio María Torres, secretario particular del rey, el 21 de noviembre visitó a la duquesa de Dúrcal con el encargo de trasladar a Cambó el mensaje de que el soberano le retiraba la confianza, pero le advertía de la preocupación por «la forma de petición de la autonomía catalana». ¿Se trataba de un hábil procedimiento del rey para distanciarse de lo que le había dicho a Cambó seis días antes? ¿Alfonso XIII rebajaba así los ánimos que le había infundido a Cambó para que solucionase rápidamente la cuestión catalana?

Entretanto, en plena etapa de euforia autonomista catalana, el día 5 de diciembre había caído el gobierno García Prieto y se había constituido otro presidido por el aliadófilo conde de Romanones. Las fuerzas catalanistas enseguida se vieron sorprendidas por la actitud extremadamente hostil al proyecto catalán presentado en las Cortes de todas las facciones del partido liberal y de los dos líderes conservadores más destacados, Maura y Dato. Y para complicar aún más las cosas, se desencadenó un importante movimiento de oposición al proyecto autonómico catalán dirigido inicialmente por las diputaciones provinciales castellanas, que se extendió y tuvo gran repercusión en la ciudad de Madrid. A principios de diciembre de 1918, en la capital de España se produjeron importantes «manifestaciones patrióticas» de rechazo a la iniciativa de los catalanistas. El 6 de diciembre, los presidentes de todas las diputaciones provinciales de las dos Castillas, junto con el de la Unión

Mercantil de Madrid, entregaron al presidente del gobierno un manifiesto contrario a la concesión de la autonomía a Cataluña y, posteriormente, fueron al Palacio de Oriente para entregar al rey un manifiesto similar. El soberano, que un mes antes había incitado a Cambó a presentar sus propuestas autonomistas, ahora no dudaba en manifestar su solidaridad con «los gestos patrióticos de las provincias castellanas» y animó a los presidentes de aquellas diputaciones a proseguir en la defensa de sus intereses legítimos. El 9 de diciembre, el día antes del inicio del debate del proyecto catalán en el Congreso, una manifestación organizada por la Asamblea de las Diputaciones de Castilla, con el apoyo de la Unión Mercantil, de la Cámara de Industria de Madrid y de numerosas entidades económicas y culturales de Madrid, convocó en el centro de la capital a unas treinta mil personas en defensa de «la unidad de España» y contra el estatuto catalán. Estas entidades anunciaron incluso que iniciaban una campaña de boicot «a los pedidos de las casas industriales catalanas».

El nacionalismo español más intransigente volvía a resurgir con un descarado carácter anticatalanista. Gran parte de la prensa española, sobre todo la más vinculada a los liberales, denunciaba a los catalanistas como grupo de presión que solo pensaba en sus intereses. Los más exaltados utilizaban imágenes parecidas a las empleadas entonces por los antisemitas alemanes que culpaban a los judíos de la derrota. Los catalanes, decían, eran los judíos hispánicos, una gente que solo quería acumular riqueza y estaba dispuesta a traicionar a su patria en cualquier momento. El propio Francesc Cambó a menudo aparecía representado en dibujos y chistes anticatalanistas con un perfil judío, acentuando su nariz y su barbilla. También abundaban insultos como «roñoso judío» y «plutócrata catalán».

Conocido o no por los políticos dinásticos el visto bueno real a los planes autonómicos de Cambó, la realidad fue que el debate parlamentario no respondió en absoluto a lo que había previsto el líder catalanista, que una vez más había mostrado tener una excesiva seguridad en sí mismo. Creía en el éxito de la operación, sin duda confiando en la palabra del rey y en la buena relación que tenía con un político tan cortesano como Romanones. Confiaba en que con la presión de ambos, el rey y Romanones, se superarían las dificultades políticas en el Congreso, pese a saber que el texto catalán sería reformado en la Cámara.

Las «Bases para la Autonomía», presentadas en el Congreso, eran el texto más ambicioso y audaz, aunque también el más complejo, elaborado hasta entonces por los catalanistas. Era una propuesta muy «pratiana» de autogobierno, claramente nacionalista, pero no independentista. Delimitaba los ámbitos de la soberanía española y de la catalana de forma que las competencias del poder catalán no podían ser fiscalizadas ni por las Cortes ni por ningún tribunal español. Una comisión mixta de ambos gobiernos era el único organismo que intervenía en los conflictos. Además, existía la posibilidad de que se integrasen territorios vecinos: era la «Cataluña Grande» soñada por Prat. La filosofía central del texto significaba la coexistencia de dos naciones, la catalana y la española, que se reconocían y se respetaban dentro de un mismo marco estatal, que de hecho se consideraba federalista.

El 10 de diciembre, tras una primera y documentada defensa del proyecto realizada por Francesc Cambó, la discusión parlamentaria en el Congreso se centró en la cuestión de la soberanía, que, según como se interpretase el texto, podría ser ejercida exclusivamente por las instituciones catalanas en perjuicio de las españolas. Uno de los primeros diputados en intervenir contra el proyecto fue Niceto Alcalá Zamora, entonces portavoz de los liberales y del gobierno, que pronunció la conocida cita alusiva a que el problema de Cambó era que quería ser al mismo tiempo el Bolívar de Cataluña y el Bismarck de España. El propio Cambó reconoció en sus *Memorias* que aquella frase «fue una estocada personal de gran efecto ... que en el fondo expresaba una gran verdad».[61]Pero quizá fue mucho más acertada otra afirmación también de Alcalá Zamora que decía que «autonomía y hegemonía son dos cosas absolutamente incompatibles». Es decir, Cambó y la Lliga Regionalista tenían que optar entre gobernar la autonomía catalana o dirigir la política española, puesto que aspirar a ambos objetivos a la vez era inadmisible. De hecho, Alcalá Zamora no atacaba tanto el proyecto de estatuto en sí como la estrategia de la Lliga y los propósitos de Cambó de querer transformar y gobernar España y, al mismo tiempo, conseguir la autonomía de Cataluña.

Los días 10 y 11 de diciembre de 1918, durante los debates parlamentarios sobre el proyecto de estatuto catalán, predominaron claramente los discursos en contra. Parecía que el apoyo real a la iniciativa autonomista catalana no había ido más allá de la

conversación privada con Cambó. El punto culminante del debate parlamentario fue el discurso de Antonio Maura el día 11, que con un acusado patriotismo se opuso con vehemencia a la autonomía catalana. El político conservador, según el conde de Romanones, fue el mejor aliado del gobierno, ya que diferenció nítidamente entre descentralización administrativa y autonomía política: «¿Descentralización? Toda la que queráis. ¿Autonomía administrativa? Cuanta pertenezca a la región y seáis capaces de disfrutar. ¿Cercenamiento de la soberanía política? Eso, nunca, ninguno, ni el más pequeño».[62]En un acto de notable entusiasmo sentimental, dirigiéndose a los diputados catalanes, y en especial a Cambó, Antonio Maura exclamó: «Nadie puede elegir madre, ni hermanos, ni casa paterna, ni pueblo natal, ni patria». El político conservador terminó su intervención recordando a los diputados catalanes que, les gustase o no, eran españoles. La contundente intervención de Maura, al que Cambó consideraba el político dinástico más afín a su proyecto, fue recibida con ovaciones y felicitaciones por parte de la gran mayoría de los diputados, incluido el propio presidente del gobierno, Romanones.

La hostilidad manifestada contra el estatuto catalán por parte de los diputados conservadores y liberales había sido muy superior a la esperada y había provocado la sorpresa y la indignación de Cambó. El proyecto de autonomía catalán, en aquellas condiciones, difícilmente podía prosperar sin apoyos parlamentarios. Despechado e indignado, Francesc Cambó escribió una carta contundente al rey en la que se despedía tanto de él como de la política institucional monárquica. Este escrito justificaba que, en señal de protesta, todos los parlamentarios catalanes —incluidos muchos republicanos— se hubieran retirado del Congreso y del Senado. La carta, que se encuentra en el Archivo de Palacio, fue escrita el 12 de diciembre de 1918 en casa del duque de Alba.[63]Dada la enorme importancia de la misiva, la reproducimos entera:

12-XII-18

Señor

El resultado de la sesión de ayer significa el fracaso de toda nuestra actuación en la política española y el abandono de toda

esperanza de que el problema catalán pueda tener la solución en que había cifrado todas mis ilusiones. Un deber de lealtad política me obliga a proclamarlo así en el Parlamento antes de salir para Cataluña.

Crea V. M. que al escribirle estas líneas paso por el trance más amargo de mi vida. Hoy, al despedirme de V. M., no quiero dejar de expresarle mi profundo reconocimiento por todas las atenciones que me han prodigado, como quiero decirle que, cualesquiera que sean las eventualidades que el provenir nos reserve conservaré siempre el mayor respeto y la mayor estima para la persona de V. M.

Enterado el Sr. Ventosa de esta carta me ruega quiera asociarle, ante V. M., a los propios sentimientos que le expreso. [64]

FRANCISCO DE A. CAMBÓ

La carta, pese al tono respetuoso, mostraba sin lugar a dudas la indignación del líder catalanista, que pasaba por «el trance más amargo de mi vida», dado que su estrategia intervencionista en la política española había sufrido una derrota muy importante. Por esta razón no ocultaba la advertencia al monarca respecto al futuro. A partir de aquel momento, los gobiernos españoles difícilmente podrían contar con él ni con los catalanistas de la Lliga.

Al día siguiente de haber escrito aquella carta, Francesc Cambó explicaba a Lluís Duran cómo había ido la sesión en el Congreso y las reacciones que había provocado la retirada de los parlamentarios catalanes, y subrayaba la necesidad de ofrecer a la opinión pública catalana una explicación clara de lo acontecido.[65]La retirada de las Cortes fue una decisión arriesgada, ya que suponía una especie de ruptura con la política parlamentaria ejercida hasta entonces por la Lliga y Cambó. Además, daba la impresión de que los catalanistas se inclinaban por una opción más radical. Parece evidente que aquella acción pretendía dar una cierta satisfacción a la opinión más nacionalista, que se había movilizado con la esperanza de conseguir rápidamente el estatuto de autonomía. Sin embargo, la retirada de las Cortes fue mal vista por la opinión pública española y especialmente por los partidos dinásticos.

De todos modos, es significativo que, unos cuantos días antes de aquella actuación tan radical, Cambó reflexionaba ya sobre sus pros y

sus contras. En una carta a Joan Ventosa argumentaba:

> Cuanto más pienso en ello, más me inclino a pensar que haríamos un disparate si nos retirásemos del Parlamento: allí somos más fuertes que en Cataluña y tenemos más probabilidades de ganar la batalla que aquí. Si nos retiramos y provocamos un estado revolucionario o semirrevolucionario, el Parlamento aprobará el Presupuesto y las leyes que el gobierno quiera, en cuatro días. Nuestra acción en Cataluña le daría forma parlamentaria y ambiente de opinión para conseguirlo. Aquí, nos retrasa la forma y nos dividen las barbaridades de los republicanos. La gente socialmente conservadora se alejará de nosotros y saldremos derrotados de la aventura. Yo percibo que, a medida que se intuye menos seguro el triunfo normal de la autonomía, los entusiasmos autonomistas de nuestra gente se debilitan. Cuando lo de la Asamblea, salimos reforzados de la aventura porque entramos en el poder. Ahora saldríamos si viniese la república. Pero como no vendrá, me temo que acabaremos muy mal parados. Por estas líneas verás lo indeciso y temeroso que estoy.[66]

Este es el verdadero Cambó. El político que se siente «indeciso y temeroso» y que se da cuenta de que «los entusiasmos autonomistas de nuestra gente se debilitan» cuando las dificultades amenazan el proceso autonómico. En sus *Memorias*, estos estados de ánimo tan comprensibles y reales no aparecen casi nunca. Según Jesús Pabón, Francesc Cambó siempre consideró que el rey Alfonso XIII lo había engañado en la famosa entrevista del 15 de noviembre de 1918.[67]Con el tiempo, el político catalanista manifestará una cierta indulgencia hacia la actitud del monarca, como escribe en sus *Memorias*: «¡Me había impulsado a lanzar la campaña proautonomía integral! ... No le guardé ningún rencor, porque sabía que los Reyes tienen el derecho e incluso el deber de faltar a todo compromiso personal siempre que el interés público lo exija».[68]

¿República o monarquía? ¡Cataluña!: el «farol» de Francesc Cambó

En diciembre de 1918, Francesc Cambó era muy consciente de que en la causa de la autonomía política no podía contar con los partidos dinásticos españoles y solamente obtendría el apoyo de las izquierdas antidinásticas, los republicanos, los reformistas e incluso de los socialistas. Esto explicará por qué ahora, como reacción, había que relativizar el monarquismo de la Lliga Regionalista y mostrarse menos hostil frente a la alternativa republicana. Se imponía otro cambio táctico.

La indignación de Francesc Cambó y de los catalanistas por lo

sucedido en el Congreso de los Diputados y por la actitud del rey tuvo una inmediata repercusión en Barcelona. El 16 de diciembre de 1918, durante un mitin en el Teatre del Bosc, Francesc Cambó hizo una larga reflexión sobre lo ocurrido en los últimos días. De entrada negó que el rey y él hubiesen pactado el proyecto autonómico catalán:

> Se dijo en secreto que yo había hablado de Autonomía con el Rey y que el Rey había prometido la Autonomía. No es verdad. Nunca he tratado con el Rey de nada que no fuera constitucional: nunca he tratado de nada que no fuera constitucional, por el concepto que tengo de mi dignidad y porque no sé si él lo habría tolerado. En realidad, el Rey actúa por medio de los gobiernos y los partidos monárquicos. Conocemos las palabras de los partidos que son los sustentáculos de la monarquía. Son desfavorables estas palabras.[69]

El propio Cambó desmentirá esta afirmación en sus *Memorias*, donde señala claramente que fue incitado por el monarca a presentar la propuesta autonomista. No obstante, también es cierto que Alfonso XIII le comunicó entonces que aquella conversación era confidencial y que no podía revelarla.

En dicha conferencia, Cambó criticó duramente a los partidos dinásticos porque con su actitud estaban debilitando a la monarquía. Según él, eran «los desaciertos de los monárquicos» los que hundían a las monarquías, siempre las han «derribado los errores de los partidos monárquicos». A continuación pronunció una frase provocadora que ha pasado a la historia, pero que no siempre se ha reproducido con exactitud ni se ha interpretado correctamente. Cambó dijo: «En esta situación, yo digo ¿República o monarquía? ¡Cataluña! No hipotequemos la Autonomía a la república, ni esperemos a la república para implantar la Autonomía; pero no detendremos nuestro paso porque pueda caer la monarquía».[70]

No cabe duda de que las frases podían ser interpretadas como una clara ruptura con Alfonso XIII. Era una proclamación pública de que los catalanistas daban total prioridad a la causa autonomista y de que se sentían indiferentes o accidentalistas respecto al tipo de régimen que hubiera en España. Sin embargo, era evidente que, en aquel contexto, resultaba sumamente escandaloso que un político como Cambó, que no hacía ni un mes que había sido ministro del gobierno de la corona española, manifestase ahora públicamente su indiferencia frente al tipo de régimen político que pudiera haber en España. ¿Era un rechazo directo a la persona del rey? No lo parece. Se trataba más bien de explicitar la indignación ante las conspiraciones

de la política dinástica que obstaculizaban la autonomía catalana y que esta tarea de obstrucción hubiese contado con la complicidad, o el asentimiento pasivo, del propio monarca.

En el Archivo de Palacio se conserva una carta de Joan Antoni Güell i López al rey Alfonso XIII, datada el día 17 de diciembre de 1918, al día siguiente del discurso de Cambó en Barcelona, en la que el aristócrata catalán mostraba su confianza en que Cambó y la Lliga nunca respaldarían una república federal. Güell consideraba que todavía era posible solucionar el problema catalán dentro de la monarquía. De todos modos, el aristócrata advertía al rey de la conveniencia de que los monárquicos catalanes fueran autonomistas, puesto que este era el estado de opinión de la sociedad catalana. Joan Antoni Güell transmitía al monarca la necesidad de hallar una solución parlamentaria al pleito catalán, y pronosticaba que, si se conseguía este objetivo, cuando el rey viajase de nuevo a Cataluña tendría un recibimiento verdaderamente entusiasta.[71]

Sin duda, fue la actitud hostil de los dirigentes dinásticos lo que hizo imposible la solución del pleito catalán en las Cortes. Francesc Cambó habría preferido continuar dentro del posibilismo parlamentario y gubernamental, pero se vio forzado a adoptar una actitud intransigente, a retirarse del Parlamento y a hacer aquella manifestación pública de accidentalismo. Aun así, el 13 de diciembre, Romanones hizo llegar a Cambó una nota en la que le pedía que mantuviera la política de colaboración en el Congreso y le anunció la creación de una Comisión Extraparlamentaria dedicada al estudio urgente del tema catalán. No obstante, antes de constituirse, Cambó mostraba ya un gran escepticismo acerca del resultado de este último intento, hasta el punto de considerar la conveniencia de asistir o no según la composición de la misma.[72]Finalmente, Cambó vio alguna posibilidad de entendimiento y se reunió con los republicanos Jaume Carner y Pere Corominas para intentar convencerlos de que abandonasen la posición radical del todo o nada y participasen en la Comisión, constituida el 31 de diciembre bajo la presidencia de Alcalá Zamora, pero su propuesta fue rechazada. Entonces, Cambó se vio forzado también a renunciar. La Comisión redactó un proyecto, en gran parte inspirado por Antonio Maura, que se hizo público el 20 de enero.

Entretanto, la Mancomunitat de Cataluña convocaba el 21 de

diciembre a los parlamentarios catalanes y a los representantes de los ayuntamientos para decidir lo que había que hacer. En esta reunión magna, Cambó declaró que todos los catalanistas querían encontrar una solución jurídica a aquel pleito, pero que «no depende de nosotros, sino que depende de los demás, y un pueblo que considera que la obtención de la Autonomía es la esencia de su vida y de su dignidad, no puede depositar en manos de los demás la consecución de este ideal». Es decir, ante la gran dificultad de que se pudiera pactar por la vía parlamentaria y legal con los partidos españoles una solución política y jurídica, era preciso encontrar una vía propia sin «depender de la voluntad de los demás». Consideraba que Cataluña se encontraba «en un momento único de su historia», en el momento de luchar para «conseguir su autonomía completa».[73]

La Asamblea Catalana decidió casi por unanimidad la redacción de otro proyecto de estatuto que en pocos días, el 17 de enero, ya estaba elaborado y que sería aprobado en otra magna Asamblea, celebrada también en el Palau de la Música, el 26 de enero de 1919. Este nuevo proyecto de estatuto fue asumido por aclamación por 1.046 alcaldes catalanes de todas las tendencias políticas: solamente 30 no asistieron. El nuevo proyecto de estatuto era más posibilista que las Bases de noviembre, puesto que implicaba la renuncia a la soberanía catalana y aceptaba la supeditación a las Cortes y a los tribunales españoles. Atribuía al gobierno catalán importantes competencias, desde las de educación hasta las de orden público, pero se renunciaba a la política social, por presión de los socialistas y de la patronal catalana, que preferían que esto dependiera de Madrid. La unidad excepcional alrededor del nuevo texto autonómico se reflejó en los discursos favorables pronunciados durante el acto por políticos tan diferentes como Francesc Cambó, Francesc Macià, Alejandro Lerroux, Marcel·lí Domingo, Miquel Junyent y Francisco Largo Caballero.

En cambio, el texto elaborado por la Comisión Extraparlamentaria del Congreso, redactado únicamente por mauristas y liberales, era una propuesta que no iba mucho más lejos del que ya tenía la Mancomunitat, puesto que el gobierno de la nueva Diputación de Cataluña, bautizada como «Generalitat» en el texto, estaba muy mediatizado por la existencia de un gobernador general que desempeñaría casi las funciones de virrey de Cataluña. Además, el texto de esta Comisión incluso recortaba algunas de las competencias

que ya ejercía la Mancomunitat de Cataluña.

Para acabar de complicar las cosas, el jefe del gobierno Romanones, desplazado a París para hablar con los mandatarios aliados que estaban allí reunidos, y muy especialmente con el presidente Wilson, coincidió con una delegación catalanista que pretendía explicar al mandatario norteamericano el carácter nacional de sus reivindicaciones. El presidente español consiguió que ningún dirigente europeo recibiese a la delegación catalanista, pero el peligro de la posible internacionalización del conflicto catalán empezaba a aparecer. El ejemplo del caso irlandés, muy internacionalizado, preocupaba.

Así pues, a finales de enero de 1919 había en el Congreso de los Diputados dos textos sobre la autonomía catalana que tenían un origen y un carácter muy distinto: el proyecto de la Mancomunitat y el de la Comisión Extraparlamentaria. Los diputados catalanes habían vuelto al Congreso en un último intento por discutir y aprobar su proyecto, aunque quedase considerablemente modificado. Los debates que tuvieron lugar entonces en el Congreso son de los que han hecho historia y algunas de las intervenciones verdaderamente no tienen precio. Hubo desde apasionadas muestras de españolismo hasta sensatas reflexiones políticas sobre las libertades de los pueblos, pasando por toda clase de tácticas más o menos oportunistas. Así, el liberal Niceto Alcalá Zamora defendió con vehemencia la existencia de «un solo Estado nacional, con soberanía exclusiva», puesto que esta «no se negocia», mientras que el reformista Melquíades Álvarez defendía con pasión «la unidad de España, la nación verdadera». Menos trascendental fue el republicano Marcel·lí Domingo, que afirmó que «sólo la república federal hará una constitución que dará libertad a Cataluña». El socialista Julián Besteiro precisaba, por su parte, que el hecho catalán «no es un problema de soberanía, sino de libertad».

Francesc Cambó estaba obligado a defender el texto de la Mancomunitat, pese a estar convencido de que serviría de muy poco, dadas las grandes diferencias con el texto propuesto por la Comisión Extraparlamentaria, en la que habían participado Romanones y Maura, que era del todo inaceptable para los catalanistas. Ante las grandes dificultades políticas existentes y el ambiente hostil creado por la demanda catalana, Cambó recurrió a sus conocidas tácticas. Tras sostener que los diputados españoles se asustaban demasiado

ante una demanda como la catalana, que si bien «la música es revolucionaria, la letra, sin embargo, es conservadora», propuso al presidente del gobierno, el conde de Romanones, que hiciese lo mismo que había hecho Eduardo Dato en 1913 con la Mancomunidad: dictar un decreto ley que permitiese iniciar provisionalmente el proceso de autonomía en Cataluña, y después, durante los tres meses siguientes, se podría terminar de acordar el contenido del estatuto.

Fue en aquella ocasión cuando Francesc Cambó pronunció, según él, «el mejor discurso de su vida», al plantear con toda crudeza la situación. En efecto, el 7 de febrero de 1919, el político catalanista afirmó con contundencia en el Congreso que

> si Cataluña se separase de España, en España no pasaría nada y todo continuaría igual, pero es que con la autonomía de Cataluña se transforma España y por eso la autonomía suscita aquí más reticencias que la separación ... Ésa es la historia de la ineficacia constante del régimen parlamentario en España; que nunca, jamás, ha tenido voluntad ni resolución para afrontar y resolver el problema catalán.

Por otro lado, no cesaba de hacer alusiones al marco europeo que se estaba construyendo entonces: «un pueblo en pie, unánime, que formula una aspiración, que se refiere al régimen de su vida interior, ¿creéis que en 1919, cuando se está forjando la Sociedad de Naciones, no tiene derecho a lo que solicita?».[74]

Indignado pero sereno, el 12 de febrero de 1919, Francesc Cambó puso el dedo en la llaga cuando, en tono pesimista, dijo en el Congreso que había llegado «a la triste conclusión de que un pleito de libertad colectiva no tenía solución jurídica, como nunca lo ha tenido, por desgracia, en España. Teníamos fe nosotros en que este triste sino de la Historia de España no debía ser eterno y buscábamos el ejemplo de lo que pasa en el mundo».[75]

Sin embargo, los políticos dinásticos consiguieron retrasar el debate parlamentario El 19 de febrero, ante las acusaciones de algunos diputados españolistas catalanes, como Alfons Sala, líder de la Unión Monárquica Nacional que se acababa de crear, y Enrique de Olano, de que la Mancomunitat había coaccionado a los ayuntamientos para que votasen a favor de su texto del estatuto, se presentó en el Congreso una propuesta de siete diputados —los regionalistas Cambó y Ventosa, el independiente Rodés, los republicanos Pi Sunyer, Nogués y Moles y el tradicionalista Trias— que pedía la inmediata convocatoria de un referéndum con el objetivo

de que los catalanes opinasen sobre el estatuto elaborado por la Mancomunitat. Cambó, en su intervención del día 21, declaró con rotundidad que si se celebraba el referéndum solicitado quedaría claro que la mayoría de los catalanes querían la autonomía:

> Pedimos nosotros que se apruebe la proposición incidental, que se vaya al referéndum, porque nosotros no queremos que sobre la voluntad de Cataluña subsista la sombra de una duda ... no es admisible una resistencia en el supuesto de una duda respecto a cuál sea la voluntad de Cataluña en cuanto a la extensión que quiere dar al régimen de su vida propia, teniendo libre, fácil y expedito el camino para comprobarlo.[76]

Si el Congreso aceptaba esta propuesta, sería un gran éxito político porque, al ser la consulta claramente favorable a la autonomía, obligaría al gobierno y al Congreso a facilitar la elaboración y aprobación de algún texto, por más recortes que tuviera. Si se rechazaba la propuesta, los parlamentarios catalanes renunciarían a sus actas y se retirarían del Congreso y del Senado, dando por cerradas todas las vías legales. Esto supondría, además, poner en un grave compromiso a Alfonso XIII, porque tendría que asumir el hecho de que el problema catalán se agravaría todavía más.

La negativa de Romanones al referéndum molestó a Cambó, que empezaba a vislumbrar que el único camino que le quedaba a la política catalanista era una actuación de resistencia civil casi a la irlandesa, que llegase al extremo de emplazar al gobierno a decidirse. Como ya veremos, esta vía se intentará, pero la coincidencia con el estallido de la gran huelga general de Barcelona, la denominada huelga de La Canadenca, el 21 de febrero, será aprovechada por el gobierno para cerrar las Cortes el 27 de febrero y abortar la prevista movilización cívica proautonomía. Así pues, con las Cortes cerradas durante unos cuantos meses, el debate sobre el estatuto quedaba aplazado. A su reapertura, la situación catalana había cambiado tanto que se impusieron otras prioridades.

No cabe duda de que el proyecto elaborado por la Mancomunitat era demasiado ambicioso para ser aceptado fácilmente por unos parlamentarios como aquellos. Y aún más teniendo en cuenta la presión ejercida por la prensa de Madrid. El debate había derivado hacia planteamientos esencialistas sobre la nación, la patria y la soberanía, y este era un terreno harto favorable para que aparecieran numerosas exaltaciones nacionalistas y se planteasen cuestiones que eran «inaceptables» e «innegociables». A partir de esta experiencia,

Francesc Cambó comprendió que los proyectos autonómicos y reformistas catalanes que se presentasen ante la opinión pública española siempre tendrían que convivir con un ambiente de exaltado patriotismo español que no diferenciaba en absoluto entre autonomismo y separatismo. La vía estrictamente parlamentaria parecía impracticable para solucionar la cuestión catalana. Además, las propuestas autonomistas catalanas solo habían conseguido el respaldo de las fuerzas españolas contrarias al régimen monárquico, los republicanos, los reformistas y los socialistas. No obstante, era un apoyo interesado, puesto que tampoco parecía que hubiera un convencimiento de la auténtica naturaleza del problema.

Por consiguiente, a finales de febrero de 1919, Francesc Cambó se encontraba en una situación nueva y difícil, entre diferentes fuegos cruzados. Por un lado, el considerable incremento de las tensiones sociales en Barcelona, manifestadas con la gran ofensiva de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). La gran huelga de La Canadenca hará peligrar durante algunos meses el mantenimiento del orden social. Por el otro, la descarada maniobra de Alfonso XIII de impulsar la creación de la Unión Monárquica Nacional (UMN), un partido ultraconservador y españolista integrado básicamente por aristócratas y veteranos políticos dinásticos, que aspiraba a dividir a las clases altas catalanas. Había también otra división grave: la fractura entre las izquierdas y las derechas catalanistas provocada por la crisis social. Tal como aconteció después de la Semana Trágica, de nuevo en 1919 con la huelga de La Canadenca, la Lliga y los tradicionalistas se replegaron para defender aquel modelo social y político, y prestaron apoyo a la política de orden sin libertades, impuesta por las autoridades militares de Barcelona y por los gobiernos de Madrid. Las izquierdas políticas catalanas, en cambio, fueron contrarias, pero una vez más se mostrarían impotentes en el momento de ofrecer una alternativa propia. Un elemento nuevo que surgirá de esta situación será que el nacionalismo radical que parecía representar Francesc Macià abandonará la marginalidad y empezará a convertirse en una causa que se beneficiará del creciente descrédito de la Lliga Regionalista. Comenzaba a aflorar el descontento entre algunos dirigentes y militantes de este partido, sobre todo entre los antiguos colaboradores de Prat de la Riba, a causa de la excesiva prioridad que Cambó concedía a la política española y los estériles

resultados de la presencia de los catalanistas en los gobiernos de Madrid. El liderazgo de Francesc Cambó era cuestionado desde todos los flancos.

Él mismo, un tanto asustado por el ambiente enrarecido que se respiraba en Barcelona y Madrid, pedía más prudencia a los militantes catalanistas e incluso criticaba algunos artículos demasiado radicales que publicaba *La Veu de Catalunya* porque «nos hacen mucho daño». Advertía del peligro que podría derivarse de la exacerbación de las luchas sociales y de un desbordamiento del pleito autonomista: «Sin el entusiasmo catalanista, el peligro espartaquista sería mayor en Cataluña».[77]

Las tensiones personales y políticas entre Francesc Cambó y el rey Alfonso XIII se incrementaron considerablemente a lo largo de 1919, a consecuencia del apoyo real a la creación de la Unión Monárquica Nacional (UMN) debido al descontento de un amplio sector de las clases altas catalanas ante la Asamblea de Parlamentarios del verano de 1917 y las iniciativas de Cambó y de la Lliga Regionalista. Este sector se aglutinó aún más a partir de diciembre de 1918 para oponerse radicalmente al proyecto de estatuto catalán. A principios de enero de 1919, la prensa de toda España publicó un manifiesto firmado por veinte aristócratas catalanes que sostenía que Cataluña solo podía progresar si se mantenía dentro de la monarquía española. Era una réplica clara al grito de Cambó: «¿República o monarquía? ¡Cataluña!», lanzado un mes antes. Poco después, con motivo de la onomástica del rey, el 23 de enero, este grupo encabezó una felicitación colectiva de la mayoría de los títulos nobiliarios de Cataluña al monarca y celebró en Barcelona un «día de afirmación monárquica». Finalmente, el 15 de febrero de 1919 se creaba en Barcelona la Unión Monárquica Nacional (UMN), organización que tenía como presidente y máximo impulsor al diputado liberal Alfons Sala Argemí, importante fabricante y cacique de Tarrasa. En calidad de presidentes honorarios figuraban Claudio López Bru, segundo marqués de Comillas, quizá la primera fortuna de Cataluña y una de las más grandes de España, y los recientemente ennoblecidos condes de Caralt y de Fígols y el diputado liberal Josep Roig i Bergadà.[78]La UMN era un importante grupo de presión económico y político nítidamente opuesto a la estrategia autonomista propuesta por Cambó que pretendía unificar a los partidos dinásticos débiles y fraccionados

de Cataluña para enfrentarse, incluso electoralmente, a la Lliga Regionalista.

Francesc Cambó afirma que pudo aclarar la actitud de Alfonso XIII ante la creación de la UMN en una entrevista con el rey el 6 de febrero de 1919. Su impresión fue que

> el Rey no era ajeno a la constitución de aquel grupo y que, mientras me dispensaba a mí las mayores deferencias externas, a ellos, en la intimidad de conversaciones medio clandestinas, los estimulaba a crear un partido que fuera decididamente del Rey, dispuesto, cuando se presentase la ocasión, a darle la puñalada a la Lliga.[79]

En el Archivo de Palacio hay una gran cantidad de cartas dirigidas a Alfonso XIII por conocidos títulos nobiliarios y políticos monárquicos catalanes en las que se critica duramente a Cambó, Ventosa y a la gente de la Lliga, acusándolos de no ser sinceramente monárquicos y calificándolos de «separatistas».[80]

Alfonso XIII, por su parte, se encontraba entre dos presiones muy diferentes: la de los aduladores monárquicos anticatalanistas, que aunque eran una minoría social contaban con el apoyo del capitán general de Cataluña, el autoritario Joaquín Milans del Bosch, y la constatación de que la gran fuerza electoral de la Lliga y el liderazgo y prestigio de Francesc Cambó todavía se mantenían fuertes. La UMN insistirá en la defensa de la monarquía y en la oposición al autonomismo y hará hincapié en una política de firme defensa social. Tachará a Cambó y a la Lliga Regionalista de irresponsables, puesto que con su obsesión catalanista debilitaban y dividían a las clases conservadoras de Cataluña y de toda España. Poco a poco, y sobre todo después de la huelga de La Canadenca, la UMN empezó a capitalizar el descontento empresarial ante la falta de firmeza de los gobiernos de Madrid y las ambigüedades generadas por las tácticas de Cambó, que, según ellos, dificultaban el cierre de filas de las clases conservadoras catalanas ante la ofensiva del obrerismo revolucionario. En las elecciones generales de junio de 1919, las candidaturas de la UMN se presentaron en Cataluña con un eslogan harto significativo: «Orden Social, Unidad de la Patria, Monarquía, Moralidad Política», pero fracasaron en la ciudad de Barcelona, donde solo consiguieron unos 11.000 votos, y fueron superados por la coalición de la Lliga y los tradicionalistas, que obtuvo unos 32.000, y por la candidatura republicana, que logró unos 24.000. En el conjunto de Cataluña, los de la UMN tuvieron más éxito, con once diputados, aunque menos que

los dieciséis conseguidos por la Lliga y sus aliados.

La Lliga respondió al surgimiento de la UMN tratando de dividir aún más a los monárquicos catalanes. Para ello, potenció la formación de un grupo proautonomista, la Federació Monàrquica Autonomista (FMA), que en abril de 1919 publicaba su manifiesto funcional en el que se proclamaba la compatibilidad entre la monarquía y la autonomía catalana. La mayoría de los dirigentes de la FMA procedían del maurismo e incluso del tradicionalismo. Entre ellos destacaban algunos políticos experimentados, como el jurista Joan Maluquer i Viladot, y algunos aristócratas, como el conde y el barón de Güell y el dirigente de las juventudes mauristas, Joaquim María de Nadal. Buena parte de los dirigentes de la FMA eran amigos personales de Francesc Cambó, que, de hecho, había sido uno de los principales inspiradores de la creación de este nuevo grupo político.

La vigencia de la consigna camboniana: «¿República o monarquía? ¡Cataluña!», fue bastante efímera. Cambó había querido presentar como accidental, como secundario, todo aquello que no consistiese en conseguir el estatuto catalán. Sin embargo, al cabo de unas cuantas semanas, arrinconaba ya la consigna ante la crisis social. Y no solo por eso, sino porque también tenía que apelar a las derechas españolas, al gobierno y a los militares para que garantizasen el orden público y «salvasen» a la sociedad en peligro. En Cataluña, solo algunos grupos radicales de jóvenes nacionalistas y, evidentemente los republicanos y los socialistas, se proclamaban claramente hostiles a la institución monárquica. Pero el fracaso de la campaña del estatuto estaba radicalizando las posiciones, aunque muchos catalanistas todavía creían en la posibilidad de conseguir la autonomía dentro del régimen liberal monárquico.

Francesc Cambó aprovechó la etapa en la que ni él ni ningún político de la Lliga Regionalista tenía responsabilidades en el gobierno español para compatibilizar el papel de líder de la oposición parlamentaria con la participación en la creación de la Compañía Hispano Americana de Electricidad (CHADE), de la cual hablaremos extensamente más adelante. Durante tres años y medio, desde finales de 1918 hasta el verano de 1921, se sucedieron en España seis gobiernos, todos integrados exclusivamente por miembros de los partidos dinásticos, sin que ninguno consiguiese un mínimo de estabilidad ni un claro apoyo de las Cortes. Por esta razón, Francesc

Cambó, como líder de la oposición, además de incrementar las críticas a la debilidad de aquellos gobiernos y la esterilidad de la política que llevaban a cabo, se pudo dedicar a organizar la operación financiera que le permitía asegurarse de por vida una situación económica privilegiada, la creación de la CHADE. Además, el hecho de ser el principal promotor de la que pronto sería la tercera empresa española por su volumen económico le permitió establecer estrechas relaciones personales con los banqueros españoles más destacados, incrementar su prestigio, ahora como gran emprendedor financiero, y ganarse la admiración de buena parte de los políticos dinásticos y del propio Alfonso XIII. Así pues, el Francesc Cambó de mediados de 1921 era mucho más que el líder revolucionario del verano de 1917 y que el ministro de Fomento de 1918. Si bien su imagen pública todavía no había cambiado demasiado, sí lo había hecho la consideración que de él tenían los sectores más relevantes de las altas burguesías españolas. Se empezaba a hablar del Francesc Cambó «gran hombre de negocios», y eso también tendría influencia en su actitud política.

El orden público, una prioridad. La involución conservadora de 1919

Los tres meses de agitación catalanista, entre noviembre de 1918 y febrero de 1919, habían provocado un considerable cambio en la vida política catalana y española, pero el resultado era todavía incierto. A principios de febrero de 1919, Francesc Cambó propuso a la dirección de la Lliga Regionalista que organizase «un movimiento subversivo», ceñido al ámbito catalán, en apoyo a la lucha por el estatuto de autonomía. Sería una nueva forma de presionar desde la calle al gobierno Romanones y de influir en los debates parlamentarios que consistiría en una serie de actos de «desobediencia civil pasiva», protagonizados preferentemente por los ayuntamientos catalanes. Además, con ello se recuperaría la unidad política de los partidos catalanes y el espíritu de los asamblearios de 1917. Un reducido «comité ejecutivo», integrado solamente por Cambó, Lerroux y el tradicionalista Junyent, sería el que daría las instrucciones y marcaría el ritmo y el alcance de la protesta ciudadana. Sin embargo, cuando ya estaba todo preparado estalló la gran huelga de La Canadenca, ante la cual se vieron obligados a aplazar la campaña de protesta ciudadana.

Francesc Cambó, la Lliga y los dirigentes del movimiento proautonomía habían calculado mal la situación política de principios de 1919, que era muy diferente a la de dos años antes. Los catalanistas consideraban que el radicalismo obrero estaba representado y dirigido, como ocurrió en agosto de 1917, básicamente por los republicanos y por los socialistas, y creían que estos grupos se integraban, de forma relativa, dentro del movimiento autonomista. Ignoraron e infravaloraron la fuerza que había adquirido el sindicalismo revolucionario representado por la CNT. No se habían percatado de que durante los últimos años se había producido en Cataluña un considerable incremento de la sindicalización de los trabajadores y que la gran beneficiada era esta organización anarcosindicalista. Por esta razón, la gran extensión, duración y violencia de la huelga de La Canadenca les sorprendieron y desbordaron. No lo tenían previsto, pese a que los conflictos sociales que ya estallaban en aquellos momentos en buena parte de los países europeos —Alemania, Italia, Hungría— podían haber sido una advertencia. Tres meses de tensiones sociales cambiarían radicalmente la situación política de Cataluña y de España, y obligarían a Cambó y a la Lliga a rectificar muchas de sus propuestas.

El 5 de febrero de 1919 se inició en Barcelona la huelga de los trabajadores de la compañía Riegos y Fuerzas del Ebro, que era una filial de la gran empresa eléctrica Barcelona Traction, más conocida como La Canadenca. La huelga se endureció por la intransigencia de la dirección de la compañía y los sindicatos únicos cenetistas decidieron sumarse solidariamente y convocar una huelga general. El 20 de febrero, toda la ciudad de Barcelona se quedaba a oscuras y el 70 % de las industrias catalanas quedaban paradas por falta de electricidad. El conflicto, con muchos altibajos, con fases de negociación y de enfrentamiento, duró más de mes y medio y se extendió por gran parte de la Cataluña industrial. El gobierno procedió a la declaración del estado de guerra en la provincia de Barcelona y a la militarización del servicio de electricidad, pero la persistencia de la presión obrera y la radicalización de la patronal alargaron el conflicto. La negociación fue difícil, y los acuerdos iniciales sobre la readmisión de los despedidos, los aumentos salariales y la jornada de ocho horas fueron de difícil cumplimiento a causa de la persistencia de posiciones intransigentes en ambas partes y de una capitanía general en exceso

intervencionista. En Barcelona, los militares Joaquín Milans del Bosch, en la capitanía general, y Severiano Martínez Anido, en el gobierno militar, que mostraban una clara complicidad con elementos parapoliciales y los sectores más duros de la patronal, habían optado por la política represiva y el enfrentamiento con los sindicatos obreros.

A principios de abril se produjo una especie de pequeño «golpe de estado» de Milans del Bosch y de la Federación Patronal, cuando este general decretó, sin el conocimiento del gobierno Romanones, la supresión de todos los sindicatos obreros de Barcelona y el procesamiento de sus juntas directivas. Era una forma de respuesta y de protesta por el decreto del gobierno que instauraba la jornada laboral de ocho horas, que se había publicado el 2 de abril y había provocado la airada reacción de la Cámara de Industria de Barcelona y del Foment del Treball Nacional. Por otro lado, Milans tuvo el atrevimiento de expulsar de Barcelona al gobernador civil Carlos Montañés, suceso que acabaría provocando la caída del gobierno Romanones. El gobierno de Madrid, el poder civil, claudicaba ante Milans, ante los militares autoritarios de Barcelona. A partir de aquel momento, la Capitanía General de Cataluña actuó cada vez más como una especie de poder autónomo respecto al gobierno de Madrid, hasta el punto de que los historiadores han hablado de la existencia de un auténtico «partido militar». Con la excusa de que había que combatir directamente desde Barcelona al sindicalismo y al pistolerismo anarquista, los militares ultras aprovecharon la ocasión para oponerse con firmeza también a las pretensiones del catalanismo. Cabe recordar que ya durante los tiempos de la Solidaritat Catalana en la revista *El Ejército Español* se había escrito que «hay en Barcelona dos focos principales de donde irradian todos los males ... el anarquismo y el separatismo. Ambos tienen fuerzas, adeptos, dinero, fe, decisión y energía, ambos constituyen el cáncer español».[81]

Los dirigentes de este «partido militar», básicamente Milans y Martínez Anido, se consideraban una especie de salvadores de la sociedad y de la patria, y exigían con planteamientos casi mesiánicos el total predominio de los procedimientos autoritarios para mantener el orden y la unidad de España ante la revolución social y el peligro separatista. Milans, en su declaración de suspensión de garantías constitucionales y de adopción de medidas extraordinarias en

Barcelona, afirmaba que era preciso hacer frente «al peligro nacionalista y sindicalista y restablecer la paz pública». En un telegrama que envió al ministro de la Guerra hizo especial hincapié en la necesidad de luchar contra el catalanismo: «El estado de ánimo de la oficialidad está muy excitado por los choques frecuentes en las calles expresados por ofensas a la Patria».

Frente el desafío del obrerismo, la patronal barcelonesa y las autoridades militares reorganizaron y movilizaron al Somatén, que se creó el 22 de enero de 1919 en Barcelona por considerar que los efectivos de la policía, la Guardia Civil y los militares eran insuficientes para garantizar el orden público y el funcionamiento de los servicios públicos. Se trataba de un organismo paramilitar, integrado por patrullas burguesas armadas, que estaba bajo el mando directo de Milans del Bosch y que en Barcelona llegó a tener unos quince mil miembros. Dirigentes relevantes de la Lliga Regionalista estaban muy implicados en la organización del Somatén, y fueron promotores destacados, personas como Carles de Camps, marqués de Camps, diputado y senador de la Lliga, y los también diputados Josep Bertran i Musitu, Eusebi Bertrand i Serra y Enric Ràfols i Martí. No obstante, es excesivo afirmar que la Lliga fue la principal organizadora. También había en el Somatén importantes dirigentes de la Federació Monàrquica Autonomista, como Joaquim M. de Nadal y Santiago Güell i López, barón de Güell; no obstante, destacaba sobre todo la numerosa presencia en su dirección de políticos y empresarios de la Unión Monárquica Nacional, como Josep M. Milà i Camps, Alfons Sala, Ramón Godó, conde de Godó, Claudio López Bru, marqués de Comillas, Salvador Samà, marqués de Marianao, o Lluís de Dalmases i Olivar.

No hay ningún testigo directo de que Francesc Cambó patrullase por los calles de la ciudad con el fusil al hombro como miembro del Somatén, y él tampoco lo dice. Sin embargo, podría ser verdad, ya que en distintas ocasiones defendió y justificó en público la existencia de dicha organización. En una intervención en el Congreso, el 3 de febrero de 1920, Cambó se manifestó orgulloso de que él y la Lliga hubiesen intervenido en la formación de esta milicia de orden: «Contribuimos a la formación del Somatén, y lo mantenemos hoy y muy honrados de ello».[82]Durante los momentos más tensos de la huelga de La Canadenca, Cambó hizo unas declaraciones en las que

defendía la actuación dura de los militares y de las fuerzas del orden público, hasta el extremo de insinuar que para mantener el orden social se podía infringir la legalidad.[83]De todos modos, continuaba responsabilizando de la conflictividad al gobierno de Madrid, porque, según él, «ora da estímulos a las reivindicaciones obreras, ora los da a la patronal» y todo ello servía, en el fondo, para «obstaculizar la causa catalana».[84]

En abril de 1919, en los ambientes políticos, en la prensa y en las calles de Barcelona ya no se hablaba de la autonomía catalana. Ahora estaba en juego el modelo de sociedad, la propia «vida», como escribiría Cambó: «Comprendimos que para Cataluña el pleito de libertad tenía que postergarse durante algún tiempo, frente al problema de la vida».[85]Era un final inesperado y frustrante de la campaña autonomista. Cambó era, pues, muy consciente de que aquella reacción conservadora detenía en seco la campaña autonomista, se daba cuenta de que la opción adoptada por él y su partido manifestaba una posición claramente «gubernamental y conservadora». Por otro lado, sabía que aquello era el fin de toda colaboración de la Lliga con las fuerzas políticas situadas a su izquierda. Él y la dirección de la Lliga respaldaron la política de orden de Milans y de Martínez Anido, hecho que dio al partido catalanista un carácter tan conservador que los promotores de la Conferencia Nacional de 1922 lo utilizarían como argumento para escindirse.

El pistolerismo se convertirá en algo cotidiano y dramático para los catalanes, y muy especialmente para los barceloneses. Conforme a los datos recogidos por el historiador Eduardo González Calleja, este estallido de violencia ocurrido en Cataluña entre 1919 y 1923 causó un mínimo de 868 víctimas —entre muertos y heridos—, la gran mayoría, más del 70 %, durante el bienio 1920-1921. Entre 1917 y 1922, de los 1.756 delitos sociales cometidos en toda España, 809 se perpetraron en la provincia de Barcelona, es decir, casi la mitad.

Así pues, la irrupción de las reivindicaciones obreras y de la violencia social imposibilitó la realización de la campaña de «resistencia pasiva» planteada por los autonomistas. Cuando a mediados de abril de 1919 terminó por fin la huelga de La Canadenca, las cosas habían cambiado radicalmente. El movimiento a favor de la autonomía casi había desaparecido y la crisis social había obligado a Cambó y a la Lliga a priorizar la defensa de los intereses sociales de

los conservadores. Su opción en beneficio del orden los situó claramente al lado de la represión ejercida por Milans del Bosch y Martínez Anido, militares «eficaces» pero también notorios anticatalanistas.

La moral del líder de la Lliga Regionalista estaba casi destrozada. ¿Podía Cambó ir a Madrid y pretender que hablaba en nombre de toda Cataluña cuando no controlaba lo que sucedía en Barcelona? La campaña autonomista ¿había sido cínica o poco sincera?, como escribió Amadeu Hurtado en sus memorias. ¿O simplemente oportunista? Lo que parecía evidente era que Cambó había calculado mal y que, como en agosto de 1917, unos acontecimientos inesperados y no deseados habían desbaratado sus planes y lo habían cambiado todo.

Por otra parte, la Lliga Regionalista empezaba a ver seriamente cuestionado su monopolio sobre la catalanidad y tenía muchas dificultades para encontrar un lugar propio dentro de la política española a causa de aquel «patinazo». Y por si fuera poco, el pleito autonomista catalán no había hecho más que incrementar la fragmentación y la debilidad del sistema parlamentario español. Por consiguiente, fracasada de nuevo la estrategia intervencionista, la Lliga Regionalista no tenía demasiadas propuestas catalanas locales y regionales ante la grave crisis social. En realidad, se producirá un claro seguidismo, a menudo reticente, de la línea dura impuesta por la Federación Patronal y el «partido militar», sin enfrentarse explícitamente en ningún momento.

Lógicamente, hubo numerosas intervenciones de Francesc Cambó en el Congreso de los Diputados sobre la grave crisis social que afectó a Cataluña en aquellos años. En agosto de 1919, en un debate sobre las causas y los efectos de la huelga de La Canadenca en Barcelona y sobre la actuación del gobierno, mantuvo una tensa discusión con el diputado republicano Francesc Layret, conocido abogado laboralista defensor de cenetistas. Discrepaban absolutamente sobre cómo había que resolver los problemas sociales, sobre los resultados obtenidos por el uso de la violencia y sobre quién la utilizaba más, la patronal y la policía o los sindicatos revolucionarios. Cambó explicó también la posición de la Lliga ante aquella compleja situación en una conferencia pronunciada en el Palau de la Música, el 31 de octubre de 1919, titulada «La crisis social en Cataluña». En su parlamento, si bien

censuró por igual las posiciones extremistas de la patronal y de los sindicatos, centró su crítica en los gobiernos de Madrid por falta de autoridad y por no tener ninguna propuesta de política social.

Aquel mismo mes de octubre de 1919, Francesc Cambó participó en diversas reuniones convocadas por el gobernador civil de Barcelona, Julio Amado, en las que diferentes políticos y representantes de las corporaciones económicas intentaron encontrar soluciones a la creciente conflictividad social. Cambó defendió la propuesta de constituir una Comisión Mixta entre los sindicatos y la patronal para negociar las condiciones laborales y salariales, pero finalmente fue rechazada. La patronal barcelonesa estaba muy radicalizada y respaldaba la política dura de Milans del Bosch y Martínez Anido, por eso decidió pasar a la ofensiva y anunció un cierre patronal en el Segundo Congreso de la Patronal Española, celebrado en Barcelona el 20 de octubre. Francesc Junoy, presidente de la Confederación Patronal, se atrevió a decir sin ambages: «Estamos hartos de sufrir gobiernos que no gobiernan ... debemos imponer el Gobierno que conviene a España».[86]

El cierre convocado por la Federación Patronal barcelonesa, entidad creada el 9 de abril de aquel mismo año, tuvo dos fases o etapas diferentes. La primera, que empezó el 3 de noviembre y duró hasta el 30 de aquel mes, fue relativamente parcial y no consiguió parar el trabajo de forma efectiva, a excepción de las grandes empresas de Barcelona. La Federación Patronal utilizó este recurso no solo como demostración de fuerza contra los sindicatos obreros, sino también para censurar al gobierno del conservador José Sánchez de Toca y, sobre todo, al gobernador civil de Barcelona, Julio Amado, considerado demasiado débil y pacifista. La segunda fase del cierre patronal, iniciada a principios del mes de diciembre, fue mucho más general y en ciertos momentos llegó a afectar a unos 150.000 trabajadores. Fue también la más prolongada, ya que la Federación Patronal perseguía sin lugar a dudas la caída del gobierno Sánchez de Toca, lo que consiguió el 12 de diciembre. El nuevo gobierno, presidido por el también conservador Allendesalazar, destituyó de inmediato a Julio Amado y nombró a un gobernador civil más duro, Francisco Maestre Laborde-Bois, conde de Salvatierra, que entró en negociaciones con la Federación Patronal, accedió a gran parte de sus demandas y pactó el fin del cierre.

Dicho cierre fue, de hecho, el arma política más dura que utilizó la patronal catalana para influir políticamente y mostrar su indignación ante la actuación de los gobiernos y de los partidos políticos, a los que consideraba demasiado tolerantes con el obrerismo. Fue en aquellos momentos, en diciembre de 1919, cuando entre la Federación Patronal y el capitán general de Cataluña, Joaquín Milans del Bosch, se gestó la creación de los Sindicatos Libres, una organización defensiva anti-CNT, integrada mayoritariamente por tradicionalistas procedentes del Requeté y por gente de extrema derecha. A partir de entonces, el incremento de atentados y violencia en Barcelona y su área industrial fue constante debido a la formación de grupos armados de pistoleros, ya fueran de los sindicatos únicos cenetistas, de los sindicatos libres, de bandas armadas —como la del famoso barón de Koenig, un alemán estafador y aventurero— o de grupos parapoliciales —como el dirigido por Manuel Bravo Montero, un ex comisario de policía que acabaría asesinado.

La nueva situación política creada en Barcelona por el cierre patronal dejó a Francesc Cambó y a la Lliga en una situación harto complicada, puesto que habían comprobado que, en la práctica, tenían poco ascendente e influencia sobre la patronal barcelonesa. Si ahora la presión obrera no la canalizaban ni los republicanos ni los socialistas, sino la CNT, y la ofensiva patronal no estaba liderada por la Lliga, ¿qué papel le quedaba a Cambó como teórico representante de los catalanes?

En plena segunda fase del cierre patronal en Barcelona, el 7 de enero de 1920, Francesc Cambó intervenía en el Congreso para pedir al gobierno de Manuel Allendesalazar que ejerciese su autoridad ante los enfrentamientos entre sindicatos obreros y organizaciones patronales, y que impidiese tanto las huelgas revolucionarias como el cierre patronal. Denunció el radicalismo extremo existente en Barcelona porque impedía cualquier política de colaboración, como su propuesta de constituir una Comisión Mixta. Según él, la prioridad política consistía en poner fin a la amenaza terrorista que representaba la CNT, aunque reconocía que la violencia social se estaba imponiendo en gran parte de la Europa de posguerra y eso alimentaba a quienes pedían una «dictadura de los poderes públicos» como única solución para salvar a la sociedad. Una vez más, la posibilidad de un régimen autoritario era objeto de sus reflexiones,

pero ahora se trataba de un autoritarismo que venía a «salvar» a la sociedad en peligro. En su discurso en el Congreso, Cambó también se quejaba de que la crisis social y política estaba incrementando el estancamiento económico catalán, que ya afectaba gravemente a muchas industrias y, sobre todo, al sector bancario.[87]

En otra intervención, en febrero de 1920, tras advertir de que la grave situación social de Barcelona podía derivar en una revolución tan radical como la rusa, Cambó propuso, como fórmula política que debía adoptar el gobierno, «robustecer el poder público, exigir a las clases más acomodadas sacrificios para que haya una mayor justicia social y una mejor convivencia».[88]Persistía, pues, en su exigencia de que los sindicatos actuaran conforme a las leyes y las normas acordadas. Cuando el 10 de febrero de 1919 se conocieron unos documentos que comprometían en gran medida la actuación del capitán general de Cataluña, Milans del Bosch, hasta el punto de tener que dimitir, Francesc Cambó denunció que oscuras maniobras políticas estaban debilitando las autoridades en Cataluña y no dudó en elogiar la labor llevada a cabo por dicho capitán general, que significativamente pasó a ser jefe de la Casa Militar de Alfonso XIII.[89]Era evidente que, pese a lo que dijera Cambó, los gobiernos de Madrid habían optado por la línea dura, que era la que más gustaba a los militares y a los patrones; sin embargo, por reacción, aquella actitud alimentaba aún más el extremismo revolucionario.

Tres meses después, Francesc Cambó pronunció una conferencia importante en Madrid, titulada «La actualidad social y política», en la que pretendía expresar ante la opinión española su análisis sobre la difícil situación que se vivía en Cataluña[90]y que fue una clara muestra de la involución conservadora que estaba experimentando el pensamiento del dirigente catalanista. La vehemente defensa que hizo del orden social, frente al peligro revolucionario, lo llevó a realizar una apasionada apelación a la recuperación de los valores religiosos y patrióticos. En su discurso empezaban a desaparecer las alusiones a la defensa de otros valores, como la lucha por las libertades nacionales catalanas.

Cambó inició su parlamento tratando de los efectos políticos y sociales de la Gran Guerra europea, del nuevo orden político creado en Europa, y pronosticó el fracaso seguro de la Sociedad de Naciones.

Consideraba que la crisis económica era muy grave, pero criticó duramente medidas como la jornada de ocho horas que, según él, era un terrible error del gobierno Romanones:

> La implantación de la jornada de ocho horas en los momentos en que se produjo, fue una más de las locuras que la Humanidad ha cometido en el curso de la historia ... No todo el sufrimiento del obrero le viene de la duración del trabajo; no todo el bienestar ha de llegarle al obrero por las horas de descanso; en el momento en que un mayor descanso significa una mayor intensidad en sufrimiento por el mayor coste de la vida, no compensado con un aumento de salario. La disminución de la jornada va en perjuicio y en sufrimiento del obrero.[91]

En lo relativo a la situación política española, Cambó consideraba que proseguía el pernicioso sistema de turnos en el poder de los partidos dinásticos y censuró con dureza el procedimiento de dar a un político el decreto de disolución de las Cortes y la convocatoria de elecciones, para que se fabrique la mayoría parlamentaria. En su opinión, todos los políticos y partidos españoles se habían mostrado incapaces de aportar soluciones a la crisis política, económica y social. Consideraba que aquel «decreto ha de ser un premio, la consagración de una obra de Gobierno ya realizada». Estas palabras de Cambó recibieron la aprobación de Antonio Maura, que asistía a su conferencia, y fue ovacionado varias veces por los asistentes. En su conferencia insistió también en que la misión fundamental de los políticos en aquellos momentos era la de «reconciliar al País con el Poder público, a los ciudadanos con el Gobierno».[92]

Su reflexión final fue, quizá, lo más nuevo del discurso de Francesc Cambó. Hizo especial hincapié en señalar que la humanidad vivía una «profunda crisis moral» y que el mundo estaba siendo invadido por «una oleada de materialismo». La gente solo pensaba en el bienestar material, que se había convertido en el único ideal, su única obsesión. Y ponía el ejemplo negativo de quienes se habían enriquecido en demasía con la guerra y después no creaban nada de provecho para la sociedad. Ante esto, en esta conferencia de Madrid, llamaba a la defensa de los valores espirituales tradicionales; «los únicos en los que puede asentarse la civilización son: un ideal religioso, para la vida futura, y un ideal patriótico, para la vida actual».[93]

Puesto que no tenemos autonomía, reforcemos

Ante la percepción de que, en aquellas circunstancias, era casi imposible sacar adelante la reforma del Estado, y todavía menos conseguir la autonomía catalana, la prioridad política de la Lliga se centró en reforzar al máximo la Mancomunitat de Cataluña a base de conseguir más financiación y competencias, era necesario consolidar y ampliar su campo de actuación.

Las elecciones provinciales de julio de 1919 dieron a la Lliga Regionalista el control de las cuatro diputaciones catalanas y Josep Puig i Cadafalch fue reelegido presidente de la Mancomunitat. Aquel año también consiguió controlar el Ayuntamiento de Barcelona, expulsando a los radicales de la alcaldía. Al frente de la Mancomunitat, Puig quería incentivar el traspaso de competencias por parte del Estado a la vez que impulsar así una importante centralización barcelonesa. Esto coincidía con la labor de Francesc Cambó, que luchaba en Madrid por conseguir más recursos para las haciendas locales y provinciales.

Un nuevo viaje a Barcelona de Alfonso XIII, propiciado por el gobierno conservador presidido por Eduardo Dato, en junio de 1920, tras doce años de ausencia, sirvió básicamente para que la gente de la UMN halagase al monarca y despotricase de los catalanistas en su presencia. Alfonso XIII continuaba insensible ante la cuestión catalana y solo habló en castellano.[94]Durante la estancia del rey en Barcelona, entre el 27 y el 29 de junio de 1920, si bien la Lliga Regionalista recomendó a los ciudadanos que brindasen una buena acogida al soberano, también propuso que, como muestra de catalanidad y de la persistencia de la lucha por la autonomía, colocasen señeras en los balcones de las casas.

Este viaje de Alfonso XIII a Barcelona coincidió con el rechazo, por parte del Ministerio de la Gobernación, de los presupuestos a las cuatro diputaciones provinciales que integraban la Mancomunitat por considerar que no se ajustaban a la ley. Ante este incidente, la Comisión de Acción Pública de la Lliga, presidida por Cambó, publicó una nota de protesta contra la acción del gobierno Dato en la que, de nuevo, se apelaba al monarca para que contribuyese a «la normal resolución del pleito catalán». Cambó y la Lliga, a pesar de la actuación del rey, eran muy conscientes de que tenían que mantener

la mejor relación posible con Alfonso XIII y descargar todas las culpas y las críticas sobre los gobiernos y los partidos dinásticos.

Aquellos días, el rey visitó las obras de la futura Exposición Internacional en Montjuic, concebida inicialmente por sus dos comisarios, el lerrouxista Joan Pich i Pon y el catalanista Francesc Cambó, como una gran exposición de industrias eléctricas.

Asimismo, el rey presidió la inauguración del Hotel Ritz en la Gran Vía, uno de cuyos promotores había sido Cambó. La ciudad de Barcelona necesitaba una instalación hotelera de lujo como las de las grandes ciudades europeas —en Madrid el Ritz y el Palace se habían inaugurado en 1910 y 1912 respectivamente.[95]

En Barcelona, el otoño de 1920 fue realmente caliente. El gobernador civil nombrado en el mes de julio por el gobierno Dato, Federico Carlos Bas, intentó acabar con la política de cierres, prohibiciones y de mano dura contra el sindicalismo con la voluntad de establecer un ambiente social que permitiese una cierta concordia legal. Sin embargo, esta actuación llegaba demasiado tarde y pronto volverían a producirse atentados individuales y estallidos de bombas. El 5 de noviembre, el alcalde de Barcelona y miembro de la Lliga, Antoni Martínez Domingo, junto con los dirigentes de un importante grupo de entidades económicas, culturales y políticas, hizo público un manifiesto de protesta por la debilidad del poder frente al sindicalismo revolucionario. Tres días después, el 8 de noviembre de 1920, el general Severiano Martínez Anido era nombrado nuevo gobernador civil de Barcelona por el gobierno Dato. Francesc Cambó estuvo bastante implicado en este nombramiento, aunque lo negaría en público, como después explicaremos.

Martínez Anido, con la ayuda del jefe superior de policía, el también militar Miguel Arlegui, impuso enseguida una política antisindical de enorme dureza: censura de prensa, prohibición de los sindicatos más reivindicativos, cierres de locales, detenciones masivas, destierros e, incluso, la aplicación de la denominada «ley de fugas»: el asesinato de detenidos con el pretexto de que querían huir. La protección oficial de los Sindicatos Libres fue descarada. Uno de los episodios más escandalosos de la nueva situación marcada por los procedimientos represivos impuestos por Martínez Anido fue el asesinato del diputado Francesc Layret, el 30 de noviembre, cuando acudía al Gobierno Civil a interesarse por la detención del político y

concejal Lluís Companys y del dirigente cenetista Salvador Seguí, el Noi del Sucre. El asesinato de Layret provocó una gran conmoción ciudadana y se produjeron violentos incidentes durante su entierro, el 2 de diciembre, entre la policía y los asistentes. Francesc Cambó, que lo conocía, no dijo nada. El día antes del asesinato, *La Veu de Catalunya* había publicado un artículo en el que calificaba a Layret de «ex republicano catalán, ex lerrouxista y actualmente bolchevique» y aseguraba que «por su evolución sindicalista y comunista es el elemento más peligroso para el distrito de Sabadell».[96]Este ataque a Layret era la respuesta a un discurso suyo en el Congreso de los Diputados en el que había ironizado con el hecho de que los diputados de la Lliga Regionalista protestasen ahora por la destitución de Milans del Bosch cuando tan solo un año atrás se quejaban porque este general perseguía a los catalanistas.

Así pues, las elecciones generales del 19 de diciembre de 1920, convocadas por el gobierno Dato, estuvieron marcadas por este estallido de violencia social. La imagen de la Lliga Regionalista estaba cada vez más vinculada a la defensa de la línea dura propiciada por la patronal y la política de orden sin contemplaciones de Martínez Anido que a la causa autonomista, que apenas se mencionó durante la campaña electoral. El abstencionismo aumentó notablemente y en Barcelona votó menos del 45 % del censo electoral, y aunque la Lliga salió de nuevo victoriosa, con catorce diputados en el conjunto de Cataluña, la UMN, que gozó del apoyo total del gobierno Dato, resistió con once diputados, y continuó rentabilizando a su favor el acento derechista de los sectores empresariales. Se produjo también un considerable descenso de los republicanos, los más afectados por el creciente abstencionismo popular, a pesar de que Lluís Companys fue elegido diputado por Sabadell en sustitución del asesinado Layret. Quedaba bien patente el divorcio existente entre aquella vida política oficial de las elecciones y la vida real barcelonesa, llena de tensiones, atentados, violencias y huelgas. Por añadidura, se produjo también en aquellos momentos una crisis financiera importante, que culminaría en la quiebra del Banco de Tarrasa y del Banco de Barcelona, pese a los esfuerzos de Francesc Cambó, como explicaremos más adelante.

En febrero de 1921, en el curso de nuevos debates en el Congreso sobre la violencia social en Barcelona, la actuación de Martínez Anido fue denunciada con dureza por el socialista Julián Besteiro, por el

radical Rafael Guerra del Río y por el republicano Lluís Companys, quien, en su intervención del 8 de febrero, afirmó que la Lliga Regionalista se aprovechaba de las luchas sociales en beneficio propio. La réplica de Cambó, que tuvo lugar el 11 de febrero, supuso una defensa firme de la burguesía catalana, que, en su opinión, era injustamente atacada y censurada. Para Cambó, esta clase tenía los mismos vicios y virtudes que las demás burguesías europeas y que el propio pueblo catalán. Además, el líder catalanista justificó sin ambages la política dura de Martínez Anido:

> He de decir que la designación del señor Martínez Anido fue reputada, casi unánimemente en Barcelona, como un gran acierto; que la gestión del señor Martínez Anido es aplaudida por la inmensísima mayoría de la población de Barcelona y que estoy absolutamente convencido de que hoy ningún Gobierno, del color que fuere, podría en Barcelona desarrollar otra política que la que en estos momentos viene desarrollando el señor Martínez Anido.[97]

El elogio al militar era evidente y le atribuía el mérito de haber puesto fin definitivamente a «un período de impunidad y de licencia, de represión y del contra terror». Cambó, que consideraba que los posibles abusos cometidos en Barcelona habían sido colectivos, denunció con vehemencia «la coacción matonesca» ejercida por los sindicatos anarcosindicalistas y defendió la solución propuesta por Martínez Anido de autorizar y proteger a los sindicatos libres, unas asociaciones en las que, según él, «predominan la mayoría de los obreros y no los matones ni los amigos o favoritos de los patronos». Quiso quedarse al margen de cualquier responsabilidad acerca del nombramiento de Martínez Anido y delante del jefe del gobierno, Eduardo Dato, que estaba presente en el Congreso, afirmó: «Jamás en este caso, ni en caso alguno, he sugerido yo nombre alguno para el Gobierno de Barcelona».[98]

Esta frase tan contundente de Francesc Cambó ha sido cuestionada por el profesor Carlos Seco Serrano, que considera que «tal afirmación rayaba en el cinismo». Según este historiador, Eduardo Dato no desmintió entonces a Cambó porque no podía explicar en público que se trataba de una consulta indirecta y confidencial, y que había sido el propio Cambó el que le había indicado que el hombre más adecuado para el gobierno civil de Barcelona era Martínez Anido. En efecto, Seco explica que Piedad Iturbe, duquesa de Parcent,[99]buena amiga de Dato y gran admiradora de Cambó, dejó escrito en sus memorias que, en noviembre de 1920, el presidente del gobierno le

comentó que, dado el mal ambiente que había en Barcelona contra el gobernador civil Federico Carlos Bas, le preguntase confidencialmente a Francesc Cambó quien podría ser el más indicado para dominar la situación en Barcelona y que él lo nombraría gobernador civil. Hecha la consulta, la respuesta telefónica de Francesc Cambó a Piedad Iturbe fue muy clara: Martínez Anido.[100]

Pocos días después, este general, que era gobernador militar de Barcelona desde febrero de 1919, pasó a ser gobernador civil de la provincia. En su toma de posesión del nuevo cargo, el 9 de noviembre, Severiano Martínez Anido anunció: «Yo tendría que estar en África, pero el Gobierno me envía a Barcelona y obraré como si estuviera en campaña». Con aquella afirmación falsa proferida en el Congreso, Francesc Cambó quiso proteger su imagen en un punto tan delicado e impopular como su intervención en el nombramiento de un hombre tan polémico como Martínez Anido. Garantizar el orden público en Cataluña a cualquier precio se había convertido en la prioridad política de Francesc Cambó y de la Lliga. Más tarde, otros políticos criticaron abiertamente los procedimientos empleados por Martínez Anido. El propio Romanones reconoció que «el nombramiento del general Martínez Anido para ocupar el Gobierno Civil de Barcelona no fue un acierto. De mano muy dura, exacerbó las pasiones, y con Bravo Portillo, famoso funcionario de policía, formó el Sindicato Libre frente al Sindicato Único».[101]

Un mes después de este debate parlamentario sobre la violencia en Barcelona, el 8 de marzo de 1921, era asesinado en Madrid el presidente del gobierno Eduardo Dato por tres cenetistas catalanes. Este nuevo magnicidio conmocionó profundamente al mundo político español. La lucha social estaba desbordando la vida política, pues ya eran tres los presidentes del gobierno asesinados en tan solo veinticinco años: Cánovas, Canalejas y Dato. La violencia social empezaba a ser un alarmante condicionante de toda actuación política.

Tras el asesinato de Dato se formó un nuevo gobierno también conservador, presidido por Manuel Allendesalazar, que fue censurado por Cambó en el curso de una intervención en el Congreso, el 31 de marzo, porque no representaba ninguna solución a los graves problemas que tenía el país. No obstante, proclamó que la Lliga Regionalista siempre apoyaría al gobierno que consiguiese imponer la

deseada pacificación de Cataluña y que, en aquellos momentos tan extraordinarios, solo pedía al gobierno Allendesalazar que acabase con el estado de violencia social y restableciese el ejercicio de las libertades en Barcelona.

Reconocía que mientras existiese aquel ambiente de violencia social, puesto que en Barcelona se enfrentaban «dos castas divididas por odios africanos, asesinándose por las calles», los catalanistas no tendrían más remedio que posponer la demanda de autonomía, que solo se podría conseguir, según él, si en Cataluña reinaba un clima de paz y libertad. Este matizado apoyo del líder catalanista a la política de fuerza, que parecía estar parando los pies al sindicalismo cenetista, iba acompañado de la petición de que la acción gubernamental no vacilase tanto y que se levantasen las prohibiciones lo antes posible y se desterrasen definitivamente la impunidad de los crímenes y las arbitrariedades del poder. En contraste con esta vía intermedia, la carta política que jugaban las principales organizaciones patronales era muy distinta. Los patrones catalanes tenían una opinión muy negativa de los gobernantes e incluso del régimen liberal, porque, según ellos, no solo no sabían mantener el orden sino que además cedían fácilmente a la coacción de los sindicatos e imponían medidas que solo beneficiaban a los trabajadores y que representaban unos elevados costes para los empresarios. Una prueba fehaciente de esta orientación autoritaria de la patronal catalana fue el homenaje a Martínez Anido organizado el día 11 de mayo de 1921, a iniciativa del Foment del Treball Nacional, al que se añadieron 83 ayuntamientos catalanes —en muchos de ellos la Lliga tenía la mayoría—, 235 corporaciones y entidades barcelonesas de todo tipo y un total de 102.092 personas.

La política de orden impuesta por Martínez Anido incomodaba incluso a Cambó, que había de convivir con una escolta policial que le adjudicaron. En junio de 1921 se lamentaba de que vivía rodado de policías, pero que no sabía si pretendían protegerlo o si todo era una maniobra del ministro de la Gobernación Juan de la Cierva. Los excesos policiales llegaron al extremo de que «el Jefe de Policía me ha prohibido que suba al Expreso de Madrid».[102]Francesc Cambó no acababa de ver qué clase de política española podía llevarse a cabo en aquellas circunstancias tan complejas. Muerto Eduardo Dato, Antonio Maura parecía el único líder conservador con el que podía coincidir.

Durante la primavera de 1921 tuvieron una larga conversación en la que ambos volvieron a especular sobre las posibilidades de impulsar un gobierno que actuase de forma dictatorial. En cambio, las discrepancias con el otro dirigente conservador, Juan de la Cierva, eran muy evidentes. Como confesaba el 6 de abril de 1921 a Joan Ventosa: «De la Cierva quiere congraciarse con nosotros. Conviene que lo aprovechemos, pero sin confiarnos demasiado, porque ya sabes lo indelicado y poco escrupuloso que es este señor».[103]

De todos modos, parecía que algunos de los acontecimientos internacionales, como los acuerdos que llevaron a la constitución del Estado Libre de Irlanda, podían ofrecer nuevas perspectivas a la política catalana. En julio de 1921, Cambó comentaba esperanzado a su compañero y amigo Joan Ventosa: «Se arregla Irlanda, no hay atentados en Barcelona, esto me induce a creer que estamos en la vigilia de una gran reavivación de nuestro problema».[104]

Ministro de Hacienda en el seno de un gobierno en crisis permanente

Entre mediados de 1921 y principios de 1922, Francesc Cambó y la Lliga Regionalista volvieron a desempeñar un papel harto relevante dentro de la política española, sumida de nuevo en momentos críticos. Como es bien sabido, a consecuencia del gran impacto provocado por el desastre militar de Annual, en el Marruecos español, el 24 de julio de 1921, en el que el ejército había sufrido una derrota con unas diez mil víctimas entre muertos y prisioneros, el gobierno Allendesalazar dimitió. El escándalo fue considerable y el régimen político parecía hacer aguas por todas partes. Alfonso XIII, atemorizado por la situación, se vio forzado a llamar al gobierno a Antonio Maura, quien el 13 de agosto de 1921 constituyó un nuevo gobierno de amplia concentración. Pero optar por Antonio Maura como presidente del gobierno tras el fracaso de su gobierno «nacional» de 1918 era otro error político de Alfonso XIII. Tenía más pasado que presente. Una frase del historiador Melchor Fernández Almagro define a la perfección la trayectoria política de Maura desde inicios de siglo: «Maura en el año 1907 era un gobernante; en 1918 una figura decorativa; en 1921 un recuerdo».[105]

Francesc Cambó, que entonces estaba de viaje por los países

nórdicos en su recién estrenado yate *Catalònia*, tuvo conocimiento del desastre desde Finlandia y se lo tomó con cierto distanciamiento. El 4 de agosto comentaba: «Llevo una vida tan tranquila. Se prepara un período de actividad frenética con Irlanda, Melilla y la situación de España».[106]Sin embargo, todo cambió cuando recibió en Bergen, Noruega, un telegrama de Joan Ventosa en el que le informaba que Maura le ofrecía la cartera de Hacienda en el nuevo gobierno que se acababa de formar. Días antes, frente a la eventualidad de que lo llamaran para incorporarse al gobierno, había tomado la firme decisión de no aceptar, como se desprende de la carta escrita desde Estocolmo a Joan Ventosa el 6 de agosto: «No estoy dispuesto a hacer el sacrificio que hicimos en el 17 y el 18 y que nos pagaron con las infamias de las que fuimos víctimas en 1919».[107]No obstante, las presiones de Maura sobre Cambó debieron de ser lo bastante fuertes para que, después de una breve parada en París, donde se encontró con Ventosa, Felip Rodés y Josep Puig i Cadafalch, el 19 de agosto finalmente enviase un telegrama para aceptar el ministerio. Su presencia en este nuevo gobierno de concentración también fue relativamente corta, no duró ni siete meses; dimitió el 8 de marzo de 1922.

Francesc Cambó se había visto forzado a aceptar su participación en el gobierno dada la grave crisis política y militar de aquel momento. Temía que se repitiese el fracaso de hacía tres años. Además, se trataba de un gobierno complejo y contradictorio, en el que encontraría más viejos adversarios que amigos. Maura había elegido al duro Juan de la Cierva, con quien Cambó había tenido no pocos rifirrafes, para ocupar el difícil Ministerio de Guerra. Tampoco tenía muy buena relación personal con el albista César Silió, ministro de Instrucción Pública, ni con el ciervista José Mestre, que ocuparía Fomento. Por otro lado, Maura había propuesto al nuevo gobierno una especie de pacto político sobre Marruecos. Había que recuperar la confianza política y militar, tratar de repatriar a los miles de soldados prisioneros y ver cómo se encauzaba el gran problema de las responsabilidades políticas y militares del desastre de Annual, un tema que resultó extremadamente delicado, puesto que implicaba a Alfonso XIII en persona.

En una carta escrita con el objetivo de responder a las numerosas críticas recibidas en Cataluña de republicanos catalanistas, como

Amadeu Hurtado, por formar parte de aquel gobierno, Cambó se justificaba diciendo:

> No quiero deciros que mi entrada signifique ninguna garantía de la realización de nuestros ideales [de autonomía integral]. Es muy posible que no sea así. Y, pese a esta consideración, tuve que convencerme de mi deber de aceptar el cargo porque, si se produce la desunión, el fracaso me afectará a mí exclusivamente, y yo, exclusivamente yo, sufriré el daño, mientras que hay alguna esperanza de que mi paso por el gobierno sea un bien para Cataluña y un impulso para la normal realización de nuestros ideales.[108]

Las prioridades políticas marcadas por Maura obligaban a un consenso amplio dentro del gobierno respecto a todas las demás propuestas, algo que dificultaría en gran manera que Cambó sacara adelante los muchos proyectos que tenía en mente. Sus principales colaboradores en el Ministerio de Hacienda serían su amigo Pep Bertran i Musitu, al que nombró subsecretario, y Lluís Sedó, nuevo gobernador del Banco de España. Primero había ofrecido el cargo a Pere Rahola, pero como él «no quiere, haré subsecretario a Pepito», informó el 25 de agosto a Ventosa.

En la primera reunión del gobierno nacional al completo, Maura y Cambó pidieron al ministro de Guerra, Juan de la Cierva, que disolviese inmediatamente las Juntas Militares de Defensa. El propio Cambó dio ejemplo de autoridad y el 28 de septiembre disolvió sin contemplaciones las juntas del personal de Hacienda, creadas a imitación de las militares, que se habían convertido en una especie de grupo de presión sindical dentro del ministerio.

Al cabo de un mes de estar en el gobierno, en la correspondencia privada de Francesc Cambó ya aparecían muestras de desencanto y de intuición de un desastre final que forzaría su retirada de la política: «Esto de ahora es mucho peor que lo del año 18 y no tengo la ilusión que tenía entonces», manifestaba a Joan Ventosa el 4 de septiembre de 1921.[109]

Ese mismo día, Francesc Cambó ya se había percatado de que el gobierno, pese a proclamarse «nacional», era débil y de que sus proyectos solo encontrarían dificultades:

> El Gobierno no cuenta con la adhesión sincera ni de 50 diputados ... espero que antes de que se abran las Cortes habré encarrilado la reforma arancelaria y algunos asuntos que más interesan a la Mancomunitat y al ayuntamiento de Barcelona ... Para completar el panorama puedo añadir que se prepara una huelga de empleados de Hacienda y parece que los de correos y telégrafos hacen causa común con ellos. ¡Un encanto![110]

Y en octubre ya especulaba sobre su dimisión: «Si esta no sale bien, tendremos que retirarnos, mejor dicho, tendré que retirarme. Ya he redactado el documento de mi retirada».[111]

En el curso de los primeros debates parlamentarios sobre las responsabilidades del desastre de Annual, que tuvieron lugar los meses de octubre y noviembre de 1921, Cambó fue atacado duramente desde los dos extremos ideológicos del Congreso. El diputado españolista vasco Gregorio Balparda le acusó de ser «el responsable de la desnacionalización» de la política del gobierno Maura, mientras que Francesc Macià, diputado catalanista por Borjas Blancas, lo calificaba de simple «intervencionista». El 21 de noviembre, Macià recordó al Congreso que Cambó, que tres años antes había dicho que no volvería a formar parte de un gobierno que no otorgase la autonomía de Cataluña, ahora estaba en otro nuevo, presidido también por Maura, que no tenía en su programa esta reivindicación. Calificó la actuación política de Cambó de «traición a sentimientos nobles, puros y santos» y negó que el líder de la Lliga Regionalista pudiera ser calificado de nacionalista catalán. Dos días después, el 23 de noviembre, intervino Cambó pero no replicó a Macià, prefirió ignorar los reproches recibidos y se limitó a hablar de los efectos de la crisis financiera sobre todos los bancos españoles. Era evidente que no estaba en absoluto interesado en tratar en aquellos momentos de la cuestión de la autonomía, aplazada desde 1919.

Muy a menudo, Francesc Cambó tenía la sensación de que se encontraba solo en el ministerio y en el Congreso y de que tenía escaso apoyo de los diputados de la Lliga. «La conducta de Pere Rahola es intolerable, se ha marchado de Madrid sin dar explicaciones ... Esta semana no tengo ni un solo diputado útil. ¡Pensar que si todos los nuestros estuvieran seríamos los amos de la situación!»[112]No obstante, reconocía también los méritos de algunos de sus colaboradores principales: «¡Con Rahola y Bertran tenemos unos admirables segundos!».[113]

Ni en sus *Memorias* ni tampoco en la mayoría de sus biografías se informa de que a finales de 1921 Francesc Cambó estaba ya muy cansado y totalmente decepcionado con aquel gobierno:

> Estoy que ya no puedo más, me siento alicaído, agotado, con inmensas ganas de tumbarme y reposar ... y la perspectiva de tener que volver a Madrid acaba de aterrorizarme ... [quiero] apartar este cáliz de amarguras.[114]

En aquellas circunstancias, Francesc Cambó creía que, pese a su presencia en el gobierno, persistía la situación de inseguridad política y que sus proyectos reformistas estaban bloqueados, y no cesaba de reflexionar sobre la compleja situación en la que se encontraba y sobre los efectos de su actuación. En una carta a Joan Ventosa confesaba que no podía fiarse de nadie del gobierno y que tenía «unos deseos casi frenéticos de dimitir», pero no podía hacerlo ante el peligro de divulgar la verdadera causa de esta decisión.[115]Se sentía prisionero de un gobierno que incumplía los acuerdos de avanzar hacia una descentralización administrativa, de otorgar más atribuciones a la Mancomunitat y de llevar a cabo una reforma financiera seria. Temía que, si explicaba el motivo real de su renuncia como ministro, se reactivaría el sentimiento anticatalán en toda España.[116]

Ante un panorama tan complicado, el líder de la Lliga reflexionaba sobre las diferentes opciones que, como ministro, tenía planteadas:

> Primera: En caso de marcharme, no puedo revelar la causa real, porque el solo hecho de mencionarla nos llevaría a una reactivación del sentimiento anticatalán y la conformidad de la gente de aquí, desde el Rey hasta Romanones, de que hay que apoyar a la UMN para disolvernos a nosotros y disolver la Mancomunitat. Segunda: La preocupación que tengo de que, sin una reforma financiera, la Mancomunitat corre el peligro de caer de forma estrepitosa y hundir nuestro prestigio, además de acarrear una inmensa desilusión en Cataluña. Tercera: La convicción de que nuestro pueblo no está dispuesto a una actuación heroica, sino que, al contrario, desea estar bien con los que mandan. Cuarta: La convicción de que no podemos dar más vueltas sin vernos en un completo desprestigio en Madrid ... y en Cataluña. Todo ello me lleva a la conclusión de que no puedo dejar el gobierno, si no es bajo la bandera de un problema general que evite que mi dimisión sea motivo de una cruzada contra nosotros y contra Cataluña.[117]

Efectivamente, entre enero y febrero de 1922 afloraron grandes divergencias en el gobierno Maura sobre la política que había que llevar a cabo en Marruecos. Había un sector partidario de intensificar inmediatamente la acción militar en el protectorado, mientras que otros ministros, entre ellos Cambó, defendían que había que actuar con más calma y evaluar los costes económicos, políticos y militares de una ofensiva para recuperar el territorio perdido. En una carta dirigida a Maura el 3 de febrero, Cambó reiteraba su oposición a unas nuevas operaciones militares en Marruecos, a un desembarco en la bahía de Alhucemas, que consideraba de resultado muy incierto y que, si fracasaba, tendría graves repercusiones políticas.[118]En Marruecos, en aquellos momentos, había unos 160.000 soldados españoles y Cambó exigía por cuestiones financieras y militares la repatriación de

un mínimo de 30.000. Estaba dispuesto, según escribió a Maura, a presentar la dimisión si no se aceptaban sus razonamientos. Aun así, para evitar que las diferencias provocasen la crisis de gobierno definitiva, dejó a criterio del presidente del gobierno la aceptación o no de su dimisión. Maura no la aceptó, pero la crisis no hizo más que aumentar.

En marzo de 1922, Cambó consideraba que era ya imposible continuar dentro de aquel gobierno: «No podemos seguir en un gobierno en el que se nos mira con recelo ... y en un gobierno que caerá en medio de un desastre estrepitoso». Además, se trataba de un gobierno inoperante y que estaba totalmente dividido:

> Pero lo más grave es que dentro del gobierno estamos todos peleados. De la Cierva y Maestre, por un lado, y Hontoria y yo por el otro, tenemos un violento encontronazo en cada consejo, y con motivo de lo del Banco de Barcelona, Cierva y yo llegamos a la máxima violencia, yo incluso llegué a decirle que se quitase la careta y dijera claramente que quería que yo saliese del gobierno.

Pero Cambó tenía que resistir, no podía aparecer como el principal responsable del fracaso del gobierno Maura: «He llegado a la conclusión de que no debo cometer ninguna ligereza y que conviene que, si se tiene que derrumbar el templo, yo no aparezca como el responsable: no me lo perdonarían ni en Madrid ... ni en Barcelona».[119]

Un mes antes, el 12 de febrero de 1922, ante la noticia de que el gobernador civil de Barcelona, el general Martínez Anido, amenazaba con la dimisión si no se le permitía actuar con sus procedimientos ilegales, Cambó comentaba a Ventosa que

> la dimisión de Martínez Anido está tan injustificada, y creo que no tiene que preocuparnos ... Si dimite Anido, todo el problema reside en que su sustituto sea un hombre que ofrezca garantías de llevar bien el problema social; es conveniente que, para esta eventualidad, penséis vosotros en nombres y que me los comuniquéis...

Es decir, creía que tenía peso suficiente en el gobierno como para influir en el nombramiento del posible sucesor de Anido. Y añadía que ya se preocuparía de que la política de represión dirigida hacia el sindicalismo revolucionario continuase prácticamente igual: «Si dimite, yo me cuidaré de que no puedan soltar a los presos gobernativos ... y de que lo envíen a Marruecos enseguida ... Al quedarme yo en el gobierno, la salida de Anido no tendrá ahora los inconvenientes que tendría para nosotros si estuviésemos en la

oposición».[120]

Pese a las trifulcas y tensiones existentes en el consejo de ministros del gobierno Maura, la gestión de Francesc Cambó como titular de Hacienda fue notable, mucho más efectiva que la realizada tres años atrás en el Ministerio de Fomento. De entrada, Cambó tuvo que abordar el problema del déficit presupuestario endémico que sufría el Estado con la emisión de unos empréstitos de títulos a corto plazo, «sin fijación de máximo», que en noviembre de 1921 ya habían tenido un éxito extraordinario, tanto en el mercado interior como en el exterior. Así pues, el 12 de febrero pudo anunciar que los vencimientos de los empréstitos ya estaban asegurados, circunstancia que creaba una situación positiva para la elaboración del nuevo presupuesto. De todos modos, los gastos en Marruecos continuaban siendo un pozo sin fondo que desequilibraba los presupuestos ordinarios del Estado desde 1902. Solamente los gastos de personal suponían más del 50 % del presupuesto del Ministerio de Guerra, pero como la cuestión militar era un tema sensible, una «prioridad nacional», Cambó no podía ni tocar el presupuesto de Guerra ni atreverse a formular la necesidad de reformar profundamente las fuerzas armadas.

Su gestión como ministro de Hacienda, aunque breve, resultó especialmente intensa dadas las importantes reformas de cariz financiero y económico. En primer lugar, impulsó la elaboración de la ley de Ordenación Bancaria, que fue promulgada el 28 de diciembre de 1921 y será conocida como «ley Cambó». Habida cuenta de que el 31 de diciembre de aquel año expiraba el privilegio de emisión que tenía otorgado el Banco de España, Cambó no quiso buscar una prórroga, que no haría más que retrasar la solución, sino que abordó directamente la cuestión. Con el asesoramiento de Lluís Sedó, Rafael Vehils y Francesc Bernis elaboró una ley, presentada en el Congreso el 26 de octubre, que regulaba el papel de dicha entidad como banco central, fijaba la actuación de la banca privada y establecía a grandes rasgos la configuración del sistema financiero español. La elaboración de esta ley general bancaria estaba condicionada y motivada por la reciente crisis del Banco de Barcelona, que había puesto de manifiesto la debilidad del sistema financiero catalán, ya denunciada por Cambó en 1915, cuando advirtió que las crisis financieras y los pánicos colectivos solo se podrían resolver en España con una intervención

activa del Estado mediante una profunda regulación tanto del papel del banco emisor como también del funcionamiento de la banca privada. A Cambó le pareció extremadamente improcedente que Antonio Maura, sin decirle nada, enviase su proyecto de ley a Manuel Flores de Lemus para que el reputado economista le informase del contenido. Aquella era una muestra clara de desconfianza por parte de Maura hacia su ministro de Hacienda. Con el añadido de la irregularidad que suponía el hecho de que Flores de Lemus fuera un alto funcionario del Ministerio de Hacienda.

La discusión parlamentaria de la ley fue larga e intensa. Algunos parlamentarios, especialmente los liberales, manifestaron sus sospechas sobre si, en el fondo, lo que pretendía era favorecer los intereses de los banqueros catalanes y no el conjunto del sistema financiero español. Los días 10 y 18 de noviembre de 1921, Cambó tuvo que explicar al plenario del Congreso su relación con los bancos catalanes y especialmente su intervención en la crisis del Banco de Barcelona. El 10 de noviembre de 1921 tuvo que desmentir que aquel banco fuera «casi una sucursal política de un partido determinado, como si entre el Banco de Barcelona y la Lliga Regionalista, hablemos claro, hubiese determinados empalmes». Con una cierta contundencia afirmó: «La inmensa mayoría de los consejeros del Banco de Barcelona no están afiliados a la Lliga Regionalista, sino que tienen significación política distinta y aun contraria a la Lliga».[121]

La cuestión de la quiebra del Banco de Barcelona no cesaba de provocar toda clase de intrigas políticas, especialmente incitadas por los dirigentes de la UMN, como Manuel Rius, marqués de Olérdola, que querían utilizar el tema para desprestigiar a Cambó, quien, desde Madrid, no paraba de informar y dar consejos a Ventosa sobre cómo había que actuar en aquel asunto: era necesario contraatacar a Olérdola amenazándolo con hacer pública su gestión corrupta al frente del Ayuntamiento de Barcelona.[122]

Había que resolver de forma definitiva la cuestión del Banco de Barcelona aunque esto significase un sacrificio para algunos de los banqueros catalanes implicados. «Será, para nosotros, una muestra de amor propio, y conviene que los del Banco de Barcelona lo tengan que agradecer como un inmenso sacrificio, pero creo que es indispensable el sacrificio que hemos de hacer.» Este asunto, como también la quiebra del Banco de Tarrasa, se había convertido en «una cuestión

profundamente desagradable para nosotros».[123]

El asunto, especialmente relevante, al que se dedicó Cambó con mayor intensidad desde el Ministerio de Hacienda fue la elaboración de un proyecto de ley sobre la financiación de las haciendas locales, que le preocupaba bastante porque pensaba que había que evitar la impopularidad y el desprestigio de la Mancomunitat, que no acababa de consolidarse a causa de los escasos medios económicos de que disponía: «Mientras no tenga otra fuerza que la de su prestigio entre los catalanes lo considero trascendental». Era una cuestión delicada, no era fácil que Madrid la aceptase, pero Cambó estaba convencido de que ni la situación financiera de la Mancomunitat, ni la del Ayuntamiento de Barcelona, podían esperar más tiempo. Sin embargo, el déficit del presupuesto general del Estado, con los enormes gastos provocados por la guerra de Marruecos, lo dificultaba.

Aun así, en enero de 1922, Cambó empezaba a ser relativamente optimista respecto a este tema: «Lo de las haciendas locales sería una buena bandera y eso ya está decidido. Por lo tanto creo que lo plantearé en el Consejo de Ministros, lo plantearé en las Cortes».[124]Un mes después informaba a Ventosa de que «el Proyecto de Haciendas locales daría al Ayuntamiento de Barcelona cuatro o cinco millones, y a la Mancomunitat seis o siete millones con una elasticidad considerable. Es conveniente que le envíen una copia de la primera hoja de nuestra carta a Maura». Poco después, con gran contento, comunicaba: «Yo casi tengo terminada del todo la reforma tributaria. Estoy satisfecho. Es dura, pero no tanto como la gente se figura con los ánimos fantásticos que han circulado».[125]

Pese a todo, a Francesc Cambó también le preocupaba la actitud crítica de Josep Puig i Cadafalch, presidente de la Mancomunitat, respecto a su actuación como ministro de Hacienda. En una larga carta a Ventosa, del 28 de enero de 1922, declaraba muy indignado:

> Me entero, por diversos conductos, de que Puig está haciendo una campaña de rumores, en el sentido de que yo no me ocupo para nada de los intereses de la Mancomunitat. Empiezo a estar harto de las impertinencias e inconveniencias de Puig. No sé si por Nougués te habrás enterado de que hace unos días lo llamó para exigirle, violentamente, que el Ayuntamiento de Barcelona aportase el contenido de un millón y medio ... porque no podía confiar en que yo hiciese algo.[126]

Estaba molesto por las cosas que decía Puig, a quien no consideraba un hombre capaz de gestionar bien la institución que presidía: «Mira, yo me esfuerzo aquí, con la única esperanza de evitar

el desastre financiero al que Puig está arrastrando a la Mancomunitat, y después me monta esta campaña, empieza a cargarme y se me está acabando la paciencia».[127]

Cambó era sumamente crítico con la gestión que realizaba Puig al frente de la Mancomunitat:

> Te advierto que lo que yo propongo, da a la Mancomunitat, no los tres o cuatro millones que necesita hoy, sino ocho o diez millones ... sin contar con lo que pueda sacar de los arbitrios que le otorgue. Pues bien, Puig se empeña en que yo dé la batalla con motivo de un Decreto de Arbitrios, todos impopulares, que rendiría cuatro pesetas. Y esta tontería, yo no la hago.

Tal vez Cambó considerase que Joan Ventosa tendría que sustituir a Puig i Cadafalch:

> Me armo de toda la paciencia necesaria para evitar una ruptura. Pero te digo que si gano la batalla y la Mancomunitat obtiene los recursos necesarios para su expansión, será preciso que tú ocupes la Presidencia de la Mancomunitat, porque Puig la comprometería otra vez en pocos años.[128]

Se lamentaba de que al frente de la Mancomunitat no hubiera un político más eficaz y más competente que Puig o que Vallès i Pujals: «Es una lástima que no haya en la Mancomunitat una persona con mayor competencia que Vallès, que no nos presta ningún concurso y veo que ni siquiera sabe enterarse de lo que se le dice».[129]Pensaba que su proyecto de haciendas provinciales resolvería muchos problemas y que no lo haría con recargos, que los ayuntamientos acabarían por no pagar ni los arbitrios, y que todo el mundo se levantaría contra la Mancomunitat si no conseguían crear una fiscalidad diferente mediante transferencias de la administración central.

A la postre, el 11 de febrero de 1922, Francesc Cambó podía informar a Ventosa de que «en el Consejo de ayer, tras una fuerte batalla con Cierva, se aprobó mi proyecto de haciendas provinciales y municipales, exactamente en la forma en que yo lo había presentado (con todas las reformas tributarias)». No obstante, hacía una importante observación:

> Es preciso que avises a Puig y a los de *La Veu* de que no hagan demasiadas alabanzas al respecto: es preferible que la campaña a favor del proyecto la haga el Consejo Central de las Diputaciones y los Ayuntamientos y que se hable, de momento, lo menos posible de la Mancomunitat.

Cambó tenía ya bastante experiencia de lo que podía significar una ley que apareciese en público como una concesión o un privilegio

para Cataluña. Había que evitar este peligro: «Que no se den demasiadas muestras de alegría en Cataluña, sobre todo por parte de la Mancomunitat: más vale callar y tener paciencia porque toda manifestación demasiado viva de satisfacción comprometería su suerte».[130]

De hecho, Cambó estaba satisfecho de cómo podía quedar aquella ley y pensaba dar la batalla para conseguir su aprobación. «He tomado una posición firme para dar la batalla. El primer artículo de la ley de reforma tributaria regulará y dotará a las haciendas provinciales y municipales y, de esta parte, me ocuparé yo en el Consejo de Ministros y en el Parlamento.» Cambó estaba convencido de que ganaría la batalla: «Si pierdo en el Consejo, dimito con una bandera simpática, y si pierdo, en el Parlamento, cae el gobierno».[131]

También fue fundamental la reforma arancelaria propuesta por Francesc Cambó en un momento en que había que elaborar un arancel nuevo, ya que el vigente expiraba el 1 de abril de 1922. El 15 de octubre de 1921 el proyecto, que seguía un criterio intervencionista y considerablemente proteccionista, fue presentado en el pleno de la Junta de Aranceles y Valoraciones para su consulta y discusión. La nueva normativa arancelaria elaborada por Cambó fue también muy discutida en las Cortes y por la prensa, pero finalmente se aprobó y se promulgó en forma de ley el 12 de octubre de 1922. Fue conocido como «el arancel Cambó» y tuvo una larga vida, puesto que estableció un sistema arancelario que estuvo en vigor hasta el año 1959.

Cambó influyó también de forma clara en la elaboración de la nueva ley de Suspensión de Pagos, que finalmente sería promulgada el 26 de julio de 1922 y que ha estado vigente hasta 2004. Aunque cuando se promulgó ya no era ministro de Hacienda, su proyecto fue culminado por Josep Bertran i Musitu, como ministro de Gracia y Justicia del gobierno Sánchez Guerra. Cuando era subsecretario de Hacienda con Cambó, Bertran ya tenía un primer borrador de esta ley que venía a solucionar los graves problemas derivados de algunas quiebras tan espectaculares como la del Banco de Barcelona o la del de Tarrasa.

Pese a ser ministro de Hacienda, Francesc Cambó era consultado acerca de toda clase de cuestiones relacionadas con las competencias del gobierno, como por ejemplo el nombramiento de obispos. En este, como en otros asuntos delicados, Cambó se mostraba partidario de

actuar con una cierta prudencia. Así pues, ante una petición de Ventosa, que había sostenido una larga conversación con el doctor Carreras, sobre los obispados vacantes en Cataluña, Cambó sentenciaba: «No quiero meterme en cosas de obispos».[132]Tenía muchas dudas sobre los nombres de los posibles candidatos; incluso dudaba de que su amigo, el capuchino Miquel de Esplugas, prestigioso biblista, pudiera ser un buen obispo, como proponían Ventosa y Carreras. Por otro lado, Cambó no quería enfrentarse, en aquellos asuntos, con el cardenal Vidal i Barraquer, porque «se ha portado muy bien y a él le debemos que vuelva a haber obispos catalanes».

El enfrentamiento con Joan March, «el último pirata del Mediterráneo»

De todos modos, su actuación como ministro de Hacienda le granjeó no solo antagonistas políticos y económicos, sino también auténticos enemigos personales, como el millonario Joan March. Su enemistad con él, que sería larga, empezó en 1921, cuando Cambó era ministro de Hacienda, y ha sido explicada en detalle por Mercedes Cabrera en su excelente biografía del famoso financiero mallorquín.[133]

Desde el momento en que ocupó el Ministerio de Hacienda, Cambó era consciente de la necesidad de reforzar los ingresos del Estado, ya que había muchos sectores en los que no se recaudaba todo el dinero que correspondía. Tenía constancia de los escasos ingresos procedentes de los impuestos sobre el tabaco a causa del escandaloso contrabando que existía en todas las costas mediterráneas. Según evaluó entonces su subsecretario, Josep Bertran i Musitu, el contrabando de tabaco provocaba unas pérdidas anuales de unos cincuenta millones de pesetas a la hacienda pública española. Gran parte de este tabaco de contrabando se producía en las fábricas de Argel y Orán, y se transportaba a las costas españolas en pequeñas embarcaciones mucho más rápidas que las precarias naves de la Marina y también con la complicidad de muchos pescadores. Joan March aparecía como el principal implicado en esta espectacular red de contrabando.

Josep Bertran i Musitu reunió a los principales generales y coroneles del cuerpo de carabineros y amenazó con disolver el cuerpo

si no se actuaba con determinación contra el tráfico ilegal. Para demostrar que iba en serio, al cabo de pocos días anunció la expulsión del cuerpo de algunos oficiales y carabineros implicados en prácticas fraudulentas y de contrabando. La eficacia de las medidas adoptadas fue notable: en pocos meses se efectuaron importantes capturas de tabaco fraudulento, se procedió a la destrucción de las naves confiscadas y se reformó la ley para endurecer las sanciones y las penas. Contribuyó también de manera destacada a la disminución del tráfico de tabaco la reorganización de la Compañía Arrendataria del Monopolio de Tabacos desde el nombramiento como director del ingeniero Francisco Bastos Ansart, hombre de confianza de Cambó. En poco tiempo dinamizó la compañía, que aumentó considerablemente su producción a la vez que participaba activamente en la persecución de las redes de contrabando. El conjunto de estas medidas, además de incrementar los ingresos públicos, trataba de arruinar el gran negocio de Joan March.

El millonario mallorquín reaccionó movilizando a todas sus influencias, que eran muchas, con el objetivo de dificultar al máximo la política de Cambó. Al ser un hombre que tenía las puertas abiertas de muchos ministerios, presionó a numerosos políticos y amenazó con convertir la cuestión en un conflicto internacional. March era el concesionario de una compañía francesa, la Sociedad Internacional, que actuaba en Argelia y en Marruecos produciendo y vendiendo tabaco. Dado que las medidas represivas españolas afectaban a sus ventas, sobre todo en Marruecos, denunció el caso ante el gobierno francés con el argumento de que se estaba vulnerando el tratado franco-español de 1912 sobre Marruecos. Como la situación en aquel territorio era extremadamente delicada después del desastre de Annual y se sabía que March había sobornado a importantes militares y a algunas autoridades autóctonas del protectorado español, la cuestión adquirió una considerable trascendencia política. Hubo fuertes presiones de la embajada francesa contra la actuación de Bastos al frente de la Compañía Arrendataria porque afectaba a los intereses franceses. Importantes políticos dinásticos, como el liberal Natalio Rivas y el conservador Salvador Canals, hacían gestiones en los ministerios siguiendo las instrucciones de March con el fin de frenar la política iniciada por Cambó. A principios de 1923, tras abandonar Cambó el ministerio, el éxito de las actuaciones iniciadas

por él, Bertran y Bastos parecía evidente: la renta del tabaco se había incrementado notablemente, la producción de la Compañía Arrendataria se había multiplicado por dos y el contrabando casi había desaparecido, hasta el punto de que las fábricas de March en Argelia habían tenido que cerrar.

Sin embargo, Joan March no se dio por vencido ni mucho menos. Con gran habilidad, y muchas complicidades y sobornos, consiguió ser elegido diputado por Mallorca, cargo que le proporcionaba una gran impunidad. En las elecciones del 29 de abril de 1923, March formaba parte de la candidatura del partido liberal, nominación lograda después de sobornar a gran parte de los dirigentes mallorquines de este partido y de contar con el apoyo explícito de Santiago Alba. Fue el diputado que consiguió más votos de Mallorca en aquellas elecciones, pero su acta fue impugnada por tener un amplio historial delictivo a sus espaldas y por incompatibilidades. Unos años antes, en 1916, en el Senado, el ministro Manuel Allendesalazar ya había calificado a March de peligroso contrabandista y lo había señalado por tener diversas causas abiertas por falsificación de documentación y por haber paralizado un proceso por homicidio en Valencia. Ahora se sumaba otro factor, la clara incompatibilidad entre ser diputado y el hecho de que, como propietario y directivo de la Compañía Transmediterránea, gestionaba una empresa que era concesionaria del Estado. No obstante, la influencia política de March era importante, como se evidenció cuando se sometió a votación la impugnación de su acta de diputado en el Congreso. Significativamente, en aquel preciso momento abandonaron el hemiciclo la mayoría de los diputados para no verse implicados en la votación. De más de 400 diputados, solamente quedaron 85. De este modo, March obtuvo el voto favorable de 77, la mayoría de ellos liberales, aunque también hubo votos conservadores e incluso republicanos. Únicamente votaron en contra 8 diputados, entre ellos Francesc Cambó, Joan Ventosa y Francisco Bastos. Al parecer, no había nada capaz de detener el poder de aquel mallorquín al que Francesc Cambó, en unas declaraciones a la prensa, había calificado de «último pirata del Mediterráneo».

Nueve años después, en marzo de 1932, cuando las Cortes republicanas abrieron una causa por responsabilidades políticas contra Joan March, Francesc Cambó envió un escrito desde París, como testigo, en el que se ratificaba en la actuación como ministro de

Hacienda contra el contrabando de tabaco organizado por Joan March y calificaba de «burla» la tesis exculpatoria utilizada por el encausado de haber sufrido la persecución del gobierno Maura y de «un grupo de financieros y políticos catalanes» en 1921. Desde aquel momento, el poderoso hombre de negocios mallorquín manifestó una considerable hostilidad hacia la persona de Francesc Cambó, enemistad que después se encauzaría también contra el grupo económico que él representaba, la CHADE, la SOFINA y también contra la Barcelona Traction, como veremos más adelante.

La crisis de la política intervencionista: el surgimiento de Acció Catalana

Cambó, harto de los enfrentamientos en el seno del gobierno Maura, sobre todo con el ministro de Gobernación Juan de la Cierva, se atrevió a cometer un acto de descortesía con el rey. Como el monarca daba su total apoyo a las tendencias militaristas y anticatalanistas de De la Cierva, Cambó rechazó la invitación real a dar un paseo privado juntos. Este acto de descortesía fue justificado, meses después, por el propio Antonio Maura ante el rey el día en que el conservador presentó la dimisión, el 8 de marzo de 1922. El fracaso del «gobierno nacional» de Maura reflejaba, una vez más, que el funcionamiento del sistema político español, y de los partidos gobernantes, impedía una gestión gubernamental mínimamente efectiva. A continuación, el rey nombró nuevo presidente al conservador José Sánchez Guerra.

A pesar de este nombramiento y de la constitución del gobierno Sánchez Guerra, días después, el 17 de marzo de 1922, Alfonso XIII, en una enésima maniobra política, le propuso de nuevo a Maura que formase un gobierno en el que él y Francesc Cambó fueran los «dos hombres fuertes», y les aseguraba que podrían gobernar durante un tiempo con plenos poderes, a base de decretos leyes y con las Cortes cerradas. Sin embargo, ni Maura ni Cambó se atrevieron a aceptar semejante propuesta del monarca, porque ya estaban muy escarmentados.[134]

Francesc Cambó reconoce en sus *Memorias* que fue un error proponer el nombre de Josep Bertran i Musitu para el gobierno Sánchez Guerra que, al dimitir el gobierno nacional de Maura, se

había formado el 8 de marzo de 1922. Pepito Bertran, colaborador suyo en el ministerio como subsecretario y buen amigo, era el hombre de la Lliga que más había participado en la organización del Somatén y que defendía con más firmeza a Martínez Anido y su política represiva. Dentro de la Lliga, Bertran representaba la tendencia menos catalanista y más autoritaria. Estaba casado con una Güell y su proximidad a los grupos aristocráticos y a la gente de la UMN era de todos conocida.

Cambó confiesa que, en aquellas circunstancias, tal vez habría sido más adecuado proponer como ministro a Lluís Duran i Ventosa. Él mismo aseguró poco después que la presencia de Bertran en el gobierno Sánchez Guerra contribuyó mucho a la escisión de Acció Catalana que se produciría en el verano de 1922. En efecto, el 16 de marzo, en una sesión en el Congreso de los Diputados, Cambó admitió en público que «la entrada del señor Bertrán y Musitu en el Gobierno ha desagradado mucho más a mis correligionarios que a los diputados de la Unión Monárquica».[135]

De todos modos, la presencia de Bertran i Musitu en el gobierno fue bastante efímera. Sin plantearlo antes en el consejo de ministros, el presidente Sánchez Guerra decidió restablecer las garantías constitucionales a la provincia de Barcelona, que estaban suspendidas desde hacía casi tres años. Bertran, que se enteró de esta noticia cuando se publicó la real orden en la *Gaceta de Madrid*, el 30 de marzo, dimitió inmediatamente por considerar que este acto era una muestra de desconfianza por parte de Sánchez Guerra. Había sido ministro solo tres semanas. La dimisión de Bertran i Musitu, si bien exoneraba a Cambó de defender en público a aquel gobierno y le permitía actuar como uno de los líderes de la oposición, era al mismo tiempo una nueva muestra de las dificultades con las que se topaba la política intervencionista de los catalanistas.

El 22 de marzo de 1922, cuando hacía solo quince días de la formación del gobierno Sánchez Guerra y Bertran ocupaba la cartera de Gracia y Justicia, Francesc Cambó tenía ya el convencimiento de que aquel gobierno duraría poco.

> El gobierno no es lo bastante fuerte como para resistir cualquier campaña que se le hiciera y Bertran no es lo bastante fuerte para defenderse por su cuenta ... no podemos continuar en un gobierno en el que se nos mira con recelo ... en un gobierno que caerá en medio de un desastre estrepitoso ... Ahora, ante los ataques de la U. M. no podemos darles la satisfacción de que nos echan del gobierno. Informaremos en el momento de

cerrar las Cortes, cuando no puedan apuntarse este tanto.[136]

Era evidente que desde finales de 1921 había mal ambiente dentro de la Lliga Regionalista a causa de las limitaciones y el escaso avance de la estrategia propuesta por Francesc Cambó. El líder catalanista era muy consciente de ello y, por esta razón, en la misma intervención del 16 de marzo de 1922 sostenía que su ideario autonomista era compatible con el deseo de colaborar en la grandeza de España y que por esto había sido dos veces ministro sin renunciar a sus ideales. Asumía, como algo lógico, que su actuación motivase elogios y ataques, pero reconocía que era una realidad innegable que

> hay en Cataluña, entre gran número de mis amigos y correligionarios, un profundo disgusto por nuestra acción interventora en la política general. En los últimos meses de mi permanencia en el Gobierno, yo notaba constantemente síntomas de disgusto, de este desagrado.[137]

Aunque le parecían excesivos los ataques recibidos por la presencia de Bertran i Musitu en el gobierno Sánchez Guerra, este seguía siendo el único camino. No obstante,

> si los hechos siguen demostrando que es vano mi intento, que la conducta intervencionista que he impuesto al regionalismo ha fracasado, habré fracasado yo, y no tendré derecho a mantener una dirección que en mis manos se habrá demostrado inexperta ... el regionalismo catalán podrá seguir otros derroteros, pero una política que no sea encaminada a la solución del problema catalán dentro de la paz y de la concordia la podrán dirigir otros, yo no.[138]

Francesc Cambó era muy consciente de que si la Lliga Regionalista fracasaba, porque los gobiernos españoles se mostraban insensibles a sus demandas, él no tendría más opción que renunciar a la dirección del movimiento catalanista.

Días después de esta intervención de Cambó en el Congreso, en abril de 1922, se hacía público en Barcelona un manifiesto firmado por un importante grupo de militantes de la Juventud Nacionalista de la Lliga que convocaba una Conferencia Nacional Catalana para debatir la situación política del catalanismo. Los principales promotores, Manuel Carrasco Formiguera, Jaume Bofill i Mates y Ramón d'Abadal i Vinyals, eran antiguos colaboradores de Prat de la Riba en la Mancomunitat, aunque esta iniciativa pronto recibió el apoyo de personas de procedencia republicana, como Antoni Rovira i Virgili, Manuel Reventós o Claudi Ametlla.

Pese a la advertencia de la Comisión de Acción Política de la

Lliga Regionalista de que quienes participasen en aquella conferencia quedarían excluidos del partido, se celebró del 4 al 6 de junio en el Orfeó Gracienc de Barcelona con gran asistencia de público y dio lugar a la creación de Acció Catalana, que inicialmente era una plataforma parapolítica de los catalanistas que discrepaban de la estrategia impuesta por la dirección de la Lliga y especialmente por Cambó en los últimos años. Era evidente que las diferencias políticas se personalizaban en Francesc Cambó, considerado el principal responsable de la crisis que sufría el catalanismo político. De todos modos, los dirigentes de Acció Catalana, confiando en que podrían tener un amplio respaldo, pronto abandonaron la idea de ser básicamente un centro de reflexión nacionalista y apostaron por enfrentarse a la Lliga Regionalista en toda clase de elecciones, es decir, optaron por actuar como partido político.

La prensa satírica no dudó en bautizar al nuevo grupo como «la liguita», mientras que Cambó, en su correspondencia privada, los denominaba «los tremendos». El viejo periódico republicano *La Publicidad* fue adquirido y catalanizado por los miembros de Acció Catalana y pasó a llamarse *La Publicitat*, que se convirtió en el gran rival de *La Veu de Catalunya*. Aun así, Acció Catalana discrepaba considerablemente de los planteamientos radicales de los que proponían seguir la senda irlandesa y crear un estado catalán, como la Federació Democràtica Catalanista que dirigía Francesc Macià.

La Comisión de Acción Política de la Lliga reaccionó a la creación de Acció Catalana reorganizando profundamente a sus Juventudes, bajo la dirección de Lluís Puig de la Bellacasa, un joven abogado que había trabajado de pasante en el despacho de Cambó. Destacaban también como nuevos dirigentes personas de la absoluta confianza de Cambó, como el historiador Ferran Valls i Taberner, el jurista Josep M. Trias de Bes y su máximo colaborador en cuestiones culturales, Joan Estelrich. Con el objetivo de reforzar la imagen del partido frente a la escisión, Francesc Cambó propuso

> realizar un gran acto en Barcelona, una exhibición de fuerza de la Lliga y un agrupamiento de todos los elementos que nos son fieles ... servirá para que todos los que vacilan continúen con nosotros e incluso para que retornen algunos que, con más ligereza que otra cosa, se han sumado a la Conferencia.[139]

El 9 de julio de 1922, la Lliga llevaba a cabo en Barcelona un gran «Acto de Afirmación Catalanista», en forma de comida, en el que

intervinieron el nuevo jefe de las Juventudes, Lluís Puig de la Bellacasa, y los miembros más importantes de la dirección: Lluís Duran, Josep Puig, Joan Ventosa y Francesc Cambó. Para asegurarse el éxito de la convocatoria se realizó un gran esfuerzo propagandístico, pero el banquete provocó un considerable déficit. El 12 de julio Cambó reconocía que había «enviado un montón de cartas pidiendo dinero ... En la Lliga tenemos dinero, pero si hacen falta, yo todavía tengo unas 10.000 pesetas». Él mismo estaba dispuesto a pagar hasta quinientas entradas.[140]

Aquel mes de julio, consciente de la debilidad de su gobierno, Sánchez Guerra pidió a Cambó que otro militante de la Lliga, a poder ser Ventosa, se incorporase a su gabinete como ministro, pero Cambó se negó. Los catalanistas ya estaban escarmentados y solo prestarían su apoyo al gobierno de Madrid en las cuestiones que beneficiasen claramente a Cataluña. Cambó aprovechó la entrevista para plantear con crudeza a Sánchez Guerra que el fracaso político de la Lliga estaba potenciando a los sectores más extremos del catalanismo: «He procurado asustarlo con el espectro del radicalismo catalanista que surgirá tras nuestro fracaso».[141]

Aun así, la influencia política de Francesc Cambó sobre el gobierno Sánchez Guerra debía de ser lo bastante fuerte como para conseguir introducir en los presupuestos de aquel año 1922 una normativa sobre obras públicas que beneficiaría durante muchos años a Cataluña y a la junta de Obras del Puerto de Barcelona.[142]

En Barcelona, pese a las continuadas manifestaciones de violencia social, con un pistolerismo desenfrenado, que contaba entre sus víctimas al dirigente cenetista Salvador Seguí, el gobierno Sánchez Guerra se negaba a aceptar la dimisión de los cuestionados Martínez Anido y Arlegui. Finalmente, el 24 de octubre, el presidente del gobierno se vio obligado a destituir al polémico jefe de la policía Miguel Arlegui cuando se hizo evidente que la policía no estaba dispuesta a garantizar la vida del dirigente cenetista Ángel Pestaña, que se recuperaba en un hospital de Manresa de un atentado cometido por pistoleros del Sindicato Libre. Al hacerse público este oscuro asunto, Martínez Anido dimitió en solidaridad con Arlegui y esta vez el gobierno lo aceptó.

Francesc Cambó tenía también mucha suerte. El 26 de noviembre de 1922 había salido indemne de un atentado contra él en Sanlúcar de

Barrameda, en Cádiz, cuando regresaba en coche de un viaje a Portugal. Él mismo le contó así aquel incidente a Joan Ventosa:

> Lo de Sanlúcar fue una cosa seria. Como técnica de atentado una maravilla. Unos tiros con perdigones y balines, dirigidos al chófer, pocos metros antes de una curva donde había un barranco. Una vez alcanzado, el conductor perdería la dirección y nos estrellaríamos. ¡Todos los balines y perdigones fueron a parar a la puerta del asiento del chófer! En fin, se ve que no puedo morir en un atentado y que tendré que morir de una vulgar enfermedad o ahogado en el Catalònia.[143]

Alfonso XIII ofrece el poder a Cambó si deja de ser catalanista

La situación política española de finales de 1922 era crítica. Habían fracasado todas las experiencias de gobierno, tanto las de concentración como las de un solo partido, llevadas a cabo desde otoño de 1917. Era evidente la incapacidad para gobernar de los partidos dinásticos, que se encontraban en plena descomposición interna, carentes de proyectos y de líderes de prestigio. El sistema político de la Restauración hacía aguas por todas partes. A este triste panorama había que añadir el incremento de las tensiones sociales en las ciudades y en el campo. Y, aunque el tema militar parecía reconducido, las responsabilidades políticas que se exigían por el desastre de Annual abrían un nuevo frente que podía afectar al propio rey.

En el Congreso de los Diputados avanzaban bastante las investigaciones sobre las responsabilidades del desastre militar en Marruecos. El expediente elaborado por el general Juan Picasso, que fue enviado al Consejo Superior de Guerra y Marina, había encontrado graves responsabilidades en la actuación del general Dámaso Berenguer y de otros 38 jefes militares. El 22 de julio de 1922 se constituyó la comisión parlamentaria del Congreso que también tenía que pronunciarse sobre este expediente. En noviembre, los miembros conservadores de dicha comisión se mostraban contrarios a pedir responsabilidades políticas a nadie, pero los liberales proponían encausar a Allendesalazar y a los ministros de su gobierno más responsables del desastre. Por su parte, el republicano Lerroux y, sorprendentemente, Francesc Cambó, se abstenían, sin decir nada, mientras que el socialista Indalecio Prieto quería incluir al rey en la causa.

Cambó era uno de los políticos que todavía mantenía su prestigio.

Cada vez estaba más consolidado como el hombre fuerte de una nueva derecha, puesto que era el único que tenía el apoyo de un movimiento social realmente moderno, el catalanismo. Su fuerza, a diferencia de la de la mayoría de los líderes dinásticos, no procedía del clientelismo caciquil, ni del control institucional, ni de la buena relación personal con el rey, sino del hecho de liderar un movimiento auténtico y harto representativo de las inquietudes ciudadanas de Cataluña. Además, había dado muestras evidentes de su capacidad de hombre de gobierno.

En estas circunstancias, el 30 de noviembre de 1922 tuvo lugar una entrevista trascendental entre Francesc Cambó y el rey Alfonso XIII, durante la que el monarca le hizo una propuesta inesperada al líder catalanista. En este encuentro, del que solo tenemos la versión de Cambó, el rey, tras varias muestras de adulación al político catalán —«me dijo que era el único hombre que podía salvar a España»—, le lanzó una sorprendente proposición: nombrarlo presidente del consejo de ministros y concederle un poder total, con las Cortes abiertas o cerradas, como prefiriese. Pero antes había que resolver un problema. Así lo explica él mismo:

> Estaba dispuesto a apostar su suerte con la mía, pero con una sola condición: que yo tenía que dejar de ser el líder de las aspiraciones catalanas, que tenía que domiciliarme en Madrid y no sentirme más que español, porque toda solidaridad con Cataluña me granjeaba una hostilidad en el resto de España que hacía imposible que yo pudiera imponerme a pesar del incondicional apoyo del rey. Y, entonces, cogiéndome las manos, me dijo: «¿Por qué tiene que sacrificarse usted y nos tiene que sacrificar a todos por Cataluña, si de Cataluña usted no recibe más que agravios y no se le tiene la consideración que merece?».[144]

Alfonso XIII ofrecía el poder a Cambó, incluso con procedimientos autoritarios, a cambio de actuar estrictamente como un político español, y no como catalanista. Tenía que sacrificar su catalanidad y el liderazgo político si quería convertirse en presidente del gobierno. Quizá el monarca consideraba que Francesc Cambó estaba demasiado obsesionado por resolver el problema catalán y demasiado cerrado en las cosas de Cataluña y que era necesario «convertirlo» en un político solamente español ofreciéndole el poder. Cambó quedó sorprendido e indignado ante aquella proposición del rey, que no solo le parecía una humillación personal, sino que suponía una evidente incomprensión de toda su trayectoria política.[145]«La propuesta me ofendió ... al suponerme capaz, por ambición personal,

de traicionar mis convicciones de siempre.» Francesc Cambó salió de Palacio «indignado contra el Rey que, por tercera vez, intentaba seducirme. Sus palabras, tal vez pronunciadas con sinceridad, me hirieron como bofetadas. Recordé el engaño de 1918».[146]Lógicamente, aquella proposición real afectó gravemente a las relaciones entre ambos durante bastantes años.[147]

La opinión de los historiadores sobre esta cuestión está un poco dividida. Jesús Pabón y Javier Tusell consideran que aquella petición fue un grave error político del monarca, que mostraba una total incomprensión de lo que significaba el catalanismo de Cambó, que no tenía nada de separatista ni de excluyente, sino de integrador.[148]El monarca no entendía, según estos historiadores, que Cambó tuviera una visión de España diferente de la suya y que aspirase a gobernar el país sin dejar de ser catalán y catalanista. Alfonso XIII no comprendía, ni aceptaba, el proyecto camboniano de «catalanizar España» o de una «Cataluña libre dentro de una España Grande». En realidad, el rey no aceptaba la vía catalana para la regeneración de España. Su propuesta era el definitivo rechazo oficial de la tesis de Cambó de la hegemonía catalana en España. Este planteamiento, ya apuntado primero por Joan Maragall y después teorizado por Prat de la Riba en *La Nacionalitat Catalana*, había arraigado desde la época de la Solidaritat Catalana mediante la metáfora que comparaba Cataluña con el Piamonte. Rápidamente, entre los catalanistas había ido cuajando la consideración de que Cataluña podía desempeñar en España un papel similar al ejercido por el Piamonte en Italia. Cataluña, que ya era el motor económico de España, podía y debía ser también el motor político si se pretendía conducir al conjunto hispánico hacia una verdadera modernización y europeización.

De todos modos, no hay que atribuir solamente al monarca el rechazo de «la vía catalana». Hay que reconocer que, muy probablemente, la opinión de Alfonso XIII en cuanto a los proyectos de Francesc Cambó y del catalanismo no difería demasiado de la que tenían entonces la mayoría de los dirigentes dinásticos españoles, que muy a menudo habían mostrado grandes prevenciones respecto a todo lo que significaba el catalanismo, por moderado y «sensato» que fuera. Para la gran mayoría de los políticos dinásticos era evidente que un catalanista no podía ser presidente del gobierno de España, y la prensa madrileña tampoco ocultaba su hostilidad hacia el conjunto del

movimiento catalanista. Así, el *ABC* de Madrid de aquellos días no solo proponía la formación de un frente «contra Cataluña», sino que exigía a los catalanes que escogiesen entre ser «hermanos de España» o ser extranjeros. El periódico monárquico madrileño parecía desear que los catalanistas se inclinasen definitivamente por la independencia. La mayor parte de los diarios españoles no sabían diferenciar entre autonomistas y separatistas y consideraban que todo catalanista, tarde o temprano, acabaría siendo partidario de la separación de España.

Frente a las tesis de Jesús Pabón y Javier Tusell, Carlos Seco Serrano responsabilizó a Francesc Cambó del fracaso de aquella posibilidad de un gran cambio político. Consideraba que aquella era una buena oportunidad histórica desaprovechada, por parte de Francesc Cambó y para el conjunto de la política española, que habría encontrado en el hombre de estado catalán quizá a la persona más adecuada para garantizar la gobernabilidad de España. Según este historiador, aquella fue una «oportunidad española» decisiva que seguramente habría desviado al país del camino que condujo a la dictadura de Primo de Rivera. Aquella posibilidad, en opinión de Seco, se frustró a causa de la negativa de Cambó.[149]

Hay que tener en cuenta que en el aspecto político, Francesc Cambó era muy consciente de los riesgos que comportaba aceptar una operación de aquella envergadura. Sabía perfectamente que la mayoría de los líderes dinásticos le harían la vida imposible y atacarían sin tregua a su gobierno. Por otro lado, también conocía de sobra que si su presidencia del gobierno no implicaba la consecución de la autonomía de Cataluña, él y la Lliga Regionalista perderían todo su prestigio como catalanistas y que los grupos nacionalistas más radicales serían los grandes beneficiados. Apenas habían transcurrido cinco meses de la escisión que había desembocado en la formación de Acció Catalana, y por esto, con la Lliga debilitada y cuestionada en Cataluña, aceptar la propuesta del monarca era demasiado arriesgado. Las consecuencias de un fracaso de Cambó como presidente del gobierno podrían acarrear una grave crisis política para la Lliga Regionalista y provocar un gran desprestigio personal, que difícilmente podría superar. En aquellas circunstancias, la proposición del rey solo habría encontrado apoyo en la UMN y en la FMA, es decir, en los sectores acomodados más tibios ante el tema catalán, los

más fieles a la monarquía y los más conservadores socialmente. Sin duda, el Cambó «nacionalista y reformador» habría desaparecido para dar paso a un Cambó «españolista y conservador». La propuesta del rey era o perversa y engañosa o reflejaba un desconocimiento absoluto de lo que significaba el catalanismo de Cambó.

No obstante, cabe también otra reflexión: aquello que Francesc Cambó rechazó indignado en noviembre de 1922, él mismo intentó llevarlo a cabo ocho años después cuando, a principios de 1931, organizó el partido Centro Constitucional. Es decir, cuando después de la dictadura de Primo de Rivera, creó un partido español dirigido por él mismo que aspiraba a ganar las elecciones, a gobernar España y a salvar la monarquía de Alfonso XIII. Es evidente que las circunstancias de entonces eran muy distintas de las del año 1922. Sin embargo, los aspavientos y el sentimiento de ofensa manifestados por Cambó en noviembre de 1922 parecían haberse convertido, ocho años después, en puro pragmatismo político. ¿Por qué, a finales de 1930, consideraba que todo era válido para salvar la monarquía de Alfonso XIII? De eso ya hablaremos más adelante.

La misma tarde de su entrevista con el rey, el 30 de noviembre de 1922, Francesc Cambó intervino en el Congreso de los Diputados en el polémico debate sobre las posibles responsabilidades políticas de Alfonso XIII en el desastre de Annual. Sin duda, todavía debía de sentirse dolido e indignado con el rey, porque el político catalanista, en una intervención fría y distante, no defendió en ningún momento la actitud del monarca y se limitó a decir que correspondía a la cámara legislativa investigar y decidir quiénes tenían responsabilidades en aquellos acontecimientos. Hay que tener en cuenta que el rey, que temía verse implicado directamente en el desastre militar, era totalmente contrario a aquel debate y había presionado mucho para que el Congreso no investigase. Sin mencionar al rey, Cambó acusó al gobierno presidido por Allendesalazar de ser el responsable del desastre y, por lo tanto, le exigía que rindiese cuentas de su actuación.[150]

Al día siguiente, el 1 de diciembre, Francesc Cambó y otros seis diputados de la Lliga Regionalista presentaron en el Congreso una propuesta para que la cámara formulase una acusación contra Manuel Allendesalazar y los ministros de Guerra y de Estado de su gobierno, pese a considerar que las responsabilidades recaían en el conjunto del

gabinete. En su intervención en el hemiciclo, Cambó se ratificó con gran contundencia en su exigencia de responsabilidades: «Cuando una gran catástrofe, que es a la vez una gran vergüenza, cae sobre un país, hay que partir del supuesto de que el Gobierno es culpable, mientras no se demuestre lo contrario».[151]Según Jesús Pabón, la fría intervención de Cambó expresaba no solo su distanciamiento de los políticos dinásticos, sino también la decepción hacia la persona del rey.[152]

Juan de la Cierva, entonces ministro de Fomento, reaccionó a la propuesta presentada por los diputados catalanistas con un discurso agresivo, en el que atacó especialmente a Cambó, diciendo que como ministro de Hacienda había favorecido descaradamente al Banco de Barcelona. En aquel momento estalló la respuesta indignada de Cambó, que puso por testigo al jefe del gobierno de entonces, Antonio Maura, para afirmar que aquello era totalmente falso. Pero Maura no intervino en el Congreso para desmentir a De la Cierva. Sin embargo, al día siguiente envió a Cambó una carta en la que contradecía las afirmaciones de De la Cierva y autorizaba a Cambó a hacer público aquel escrito si lo juzgaba conveniente.

Hacia finales de 1922, la situación de los parlamentarios de la Lliga en las Cortes españolas se hacía cada vez más difícil. No solo carecían de aliados fiables, sino que incluso llegaron a protagonizar enfrentamientos personales violentos con algunos diputados dinásticos, especialmente con los «ciervistas» y los de la UMN. Así, la tarde del 5 de diciembre de 1922, después de una nueva intervención de Juan de la Cierva contra casi todos los líderes dinásticos, pero especialmente virulenta contra Francesc Cambó, los diputados catalanistas y los ciervistas se pelearon a puñetazos y a bastonazos en el Congreso y no cesaron hasta que se apagaron las luces del hemiciclo.

A pesar de que el 7 de diciembre se constituía un nuevo gobierno presidido por el liberal Manuel García Prieto, la situación política continuaba siendo inestable. El 7 de enero de 1923, Francesc Cambó pronunció una conferencia en el Casal Nacionalista de la Barceloneta en la que, además de defender la política intervencionista como la única posible, criticó con dureza a los escindidos de Acció Catalana por querer debilitar a la Lliga en unos momentos tan decisivos como aquellos. En aquel mismo discurso, Cambó adelantó ya algunas de las

reflexiones que años más tarde incluiría en *El silencio de Cataluña* y *Por la concordia.*

Significativamente, con motivo de esta conferencia, Cambó recibió una felicitación efusiva del nuevo capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, que había sustituido al autoritario Milans del Bosch. Era evidente la existencia de una división en el seno de la alta burguesía catalana, puesto que mientras unos, los de la UMN, pedían al rey que le concediera un título nobiliario al destituido Milans del Bosch, otros, los sectores más cercanos a la Lliga, consideraban que Primo de Rivera era un militar más tratable y más «simpático» que Milans o Martínez Anido. En este ambiente tan extraño, no es baladí que el 20 de abril de 1923 detuviesen en la puerta de la sede central de la CHADE de Barcelona a unos individuos armados que al parecer tenían intención de atentar contra la vida de Francesc Cambó. De nuevo, la suerte de Cambó hacía acto de presencia.

En todas las elecciones importantes, pero sobre todo en unas tan decisivas como las generales del 29 de abril de 1923 convocadas por el gobierno García Prieto, Francesc Cambó tenía una intervención destacada en la selección de los candidatos de la Lliga en todos los distritos electorales de Cataluña. Su correspondencia nos informa también de forma constante y precisa sobre los pactos que se podían establecer con otros grupos políticos y sobre las instrucciones que daba con el fin de mantener fidelidades y acuerdos. Durante estos años finales del régimen de la Restauración, se pone de manifiesto que los adversarios políticos más temidos por Cambó eran los de la UMN, mucho más que los republicanos. Se preocupaba, pues, por encontrar a los candidatos que mejor se opondrían «a Olérdola y a la gente de la Unión Monárquica»; o expresaba su acuerdo en que las candidaturas de Figueras y Vilademuls podrían estar «admirablemente cubiertas por Pi i Sunyer y por Jordà»; le inquietaba el efecto que podría provocar la creación de Acció Catalana: «Es conveniente que examinéis con Riera la influencia que puede tener la escisión de los de la Conferencia en los distritos de Gerona»; especulaba sobre qué podía hacer el republicano Marcel·lí Domingo, puesto que le habían informado de que él «y su grupo se han aliado con los del sindicato único para las próximas elecciones. Parece que quieren presentar candidatura por Barcelona. Tendrías que hablar con Domingo para que desistan de ello. A cambio podríamos ofrecerle apoyo en Tortosa».[153]

En las elecciones generales para el 29 de abril de 1923, la Lliga Regionalista se enfrentó por primera vez con los escindidos. No obstante, Acció Catalana solo presentó un candidato a diputado por la ciudad de Barcelona, el periodista e historiador Antoni Rovira i Virgili, con la esperanza de atraer muchos votos de los republicanos catalanistas, de los federales e incluso de antiguos miembros de la Lliga. Los resultados en Barcelona fueron muy ajustados entre la Lliga, los republicanos radicales y la candidatura de Rovira. Hubo muchas protestas y acusaciones de fraude, por lo que hubo que revisar a fondo muchas actas. Finalmente, resultaron elegidos diputados los cinco candidatos de la Lliga, que iba en coalición con los tradicionalistas, y dos republicanos radicales. Solo unos trescientos votos impidieron que saliera elegido Rovira i Virgili.

El escándalo que estalló fue considerable. Se comprobó que un concejal de la Lliga, Josep Tomàs i Boix, estaba detrás del intento de pucherazo y el partido quiso distanciarse de él expulsándolo. A nivel general catalán, si bien se mantenía la hegemonía de la Lliga, que había obtenido dieciocho diputados, y había desaparecido el peligro de la UMN, la presencia de Acció Catalana podía poner en jaque su predominio. Esto se evidenció poco después, en las elecciones provinciales del 10 de junio de 1923, cuando se produjo el enfrentamiento de candidaturas enteras de Acció Catalana, la Lliga Regionalista y los radicales en gran parte de Cataluña. Durante la campaña electoral, Acció Catalana no dejó de denunciar con vehemencia al «partido de los ex ministros» y de pedir que no se votase «al partido que, gobernando en Cataluña y en España, no ha sabido conseguir ni las delegaciones para la Mancomunitat».[154]

Este tipo de campaña surtió efecto. En la ciudad de Barcelona se produjo una sorprendente y humillante derrota de la Lliga Regionalista, que tan solo consiguió unos 9.500 votos y dos diputados, mientras que Acció Catalana con casi 10.000, obtuvo tres y los radicales también tres con unos 9.100 votos. En el conjunto de la Diputación de Barcelona, Acció Catalana había conseguido cinco diputados, la Lliga cuatro, los catalanistas republicanos cuatro, los radicales tres y los reformistas uno. Era la primera derrota de la Lliga después de más de doce años de victorias consecutivas en las elecciones provinciales de Barcelona.

En la Mancomunitat de Cataluña, pese a que la Lliga seguía

siendo la formación mayoritaria, con 27 diputados, la presencia de 15 diputados catalanistas republicanos, 11 de Acció Catalana y 4 nacionalistas independientes, cuestionaba su hegemonía dentro del cada vez más fragmentado espacio político del catalanismo. Además, aquel verano de 1923 la opción de Acció Catalana se prestigiaba y reforzaba en sus pactos con los nacionalistas vascos y los galleguistas en una Triple Alianza, que dejaba a la Lliga sin los únicos aliados que había conseguido fuera de Cataluña. Políticamente, la impresionante emergencia de Acció Catalana y la fuerza que estaba adquiriendo el separatismo de Francesc Macià no podían ocultar otro factor preocupante: que la participación electoral era cada vez más baja y que se alcanzaba un grado de abstención no visto en Barcelona y en gran parte de Cataluña desde hacía veinte años.

La retirada política de Cambó y el proceso hacia la Dictadura

Tras la inesperada derrota electoral de la Lliga Regionalista en las elecciones provinciales de 11 de junio de 1923, Francesc Cambó dirigió una carta a su presidente, Raimon d'Abadal, en la que manifestaba su voluntad de abandonar la actividad política a causa de las divisiones que su gestión pública provocaba. Dejaba el escaño de diputado y anunciaba la intención de marcharse durante algún tiempo al extranjero. Estaba realmente cansado de las intrigas de la política española, de la esterilidad de su apuesta intervencionista y dolido por los primeros éxitos electorales de la escisión promovida por Acció Catalana. La situación de la Lliga Regionalista, tras la retirada de su máximo líder, era muy crítica, tanto o más que el panorama general catalán y español. Pese a todo, *La Veu de Catalunya* trató de minimizar la importancia de la retirada de Cambó, que iba acompañada de la dimisión de Lluís Duran como director del diario, argumentando que el partido que había perdido al doctor Robert en 1902 y a Prat de la Riba en 1917 no se hundiría por la retirada de su líder, porque la Lliga Regionalista no podía ser sustituida fácilmente por ninguna fuerza política; el lugar que dejaría «o permanecería vacío o lo ocuparían los enemigos de Cataluña».[155]Uno de sus principales adversarios del momento, Jaume Bofill, líder de Acció Catalana, en sus reflexiones

íntimas no acababa de fiarse de aquella retirada: «Cambó, aun retirado, es una sombra ... e incluso una amenaza para los que quieran sustituirlo o imitarlo».[156]

La noticia de la retirada de Cambó provocó un gran impacto no solo en Cataluña sino también en la opinión pública española. Incluso el prestigioso periódico madrileño *El Sol*, fundado y dirigido por José Ortega y Gasset, publicó un artículo sobre las posibles repercusiones políticas de este acontecimiento, en el que se expresaba el temor de que a partir de aquel momento el movimiento catalanista se radicalizase notablemente: «Nos tememos que a los que aspiraban a que Cataluña fuese el Piamonte de España van a suceder ahora los que prefieren que sea una Irlanda».[157]Por su parte, Gaziel, en un artículo en *La Vanguardia*, titulado «Devoradora de hombres», reflexionaba sobre cómo era posible que Cataluña, un país tan civilizado y cuna de personalidades de tan gran valor como Josep Carner, Eugeni d'Ors, Josep Pijoan o Francesc Cambó, después las desaprovechase. Al final, según Gaziel, todos estos personajes habían terminado despreciados y arrinconados por los catalanes y habían tenido que marcharse o renunciar a sus actividades.[158]

Pero también Alfonso XIII era uno de los responsables de la decepción y huida política de Francesc Cambó. En todos los gobiernos formados desde finales de 1917 hubo ministros que verbalizaron severos comentarios sobre el rey por sus intervenciones políticas imprudentes y desconsideradas. El primero fue Maura, después siguieron Dato, Burgos y Mazo, Sánchez Guerra, García Prieto, Alba e incluso el propio Cambó. En su correspondencia privada de estos años, mucho más que en las posteriores *Memorias*, Cambó manifestó a menudo un sentimiento similar: aquel monarca no era de fiar.

Aquel verano de 1923 fue bastante agitado. Además de la persistencia de la violencia social en Cataluña, como los asesinatos de políticos, sindicalistas, empresarios y policías, cada vez aparecían más indicios que implicaban directamente a Alfonso XIII en las responsabilidades políticas del desastre militar en Marruecos. Era manifiesto que el monarca quería evitar a cualquier precio que la comisión parlamentaria llegase a unas conclusiones que le implicasen en aquel desastre. Por otro lado, un importante sector del ejército estaba también preocupado por este asunto.

En Cataluña quedaba como jefe único del «partido militar»

Miguel Primo de Rivera, que en marzo de 1922 había sido nombrado capitán general de Cataluña. Estaba en plena sintonía con lo que hasta entonces habían llevado a cabo Milans del Bosch y Martínez Anido, que eran amigos y compañeros suyos desde la campaña colonial de 1895-1898 y compartían el mismo sentimiento antiseparatista. Primo de Rivera, con más habilidad y simpatía que Milans del Bosch, trató desde un primer momento de acercarse a las «fuerzas vivas» políticas y empresariales barcelonesas. Así, cuando en mayo de 1923 se constituyó un potente grupo de presión económico, alternativo a la Federación Patronal, como nueva plataforma para defender los intereses políticos, sociales y económicos catalanes, Primo de Rivera les prestó su total apoyo. Era una iniciativa de las Cámaras de Comercio y de Industria, de Foment, de la Lliga Industrial y Comercial, de la Sociedad Económica de Amigos del País y del Instituto Agrícola Catalán San Isidro que tenía la voluntad de constituir un frente unido y coherente para presionar a los gobiernos y conseguir debatir en las Cortes el caso de Barcelona. Esta propuesta recibió también el apoyo de numerosos políticos: el jaimista Narcís Batlle, los liberales Garriga i Massó y el conde de Caralt, el republicano Josep Estalella y los ligueros Pere Rahola, Agustí Riera, Lluís Duran y Francesc Cambó. Primo de Rivera se acercó a este nuevo grupo empresarial catalán con habilidad y mostró pronto una gran capacidad para obtener lealtades burguesas y caer «simpático» incluso a los catalanistas. Con no poca astucia, consiguió elogios de Puig i Cadafalch y atrajo incluso a Cambó.[159]

El capitán general de Cataluña no tardó en aparecer como el líder de los generales más partidarios de un intervencionismo militar. Era un momento en que gran parte de la prensa de Madrid, sobre todo la de derechas, estaba creando un clima favorable a un golpe de autoridad, a seguir el ejemplo italiano, el de Mussolini. A principios del mes de junio, Miguel Primo de Rivera mantuvo una larga conversación con el rey en Madrid y, pasado el verano, el 7 de septiembre, regresó a la capital, donde entró en contacto con importantes jefes militares. La existencia de una conspiración militar parecía evidente.

Finalmente, el 13 de septiembre Miguel Primo de Rivera hizo público en Barcelona un manifiesto en el que defendía la necesidad de formar un Directorio Militar para pacificar España y se ofrecía al rey

para formar un gobierno de hombres «rectos, laboriosos y probos». Al día siguiente, Alfonso XIII, que veraneaba en San Sebastián, se negó a firmar la orden de destitución de Primo solicitada por el presidente del gobierno García Prieto, lo que provocó su dimisión. El rey convocó al general a Madrid y el día 15 de septiembre le confiaba el poder. Un Directorio Militar, integrado solamente por militares y presidido por Primo de Rivera, procedía a declarar el estado de guerra en toda España, suspendía las garantías constitucionales e imponía una rígida censura de prensa.

El golpe de estado de Primo de Rivera tuvo importantes apoyos en Cataluña. Se produjo una sintomática y amplia coincidencia que abarcaba desde Puig i Cadafalch, la Mancomunitat y la Lliga Regionalista, hasta la derecha ultraespañolista de la Unión Monárquica, pasando por todas las organizaciones patronales y prensa, desde *La Vanguardia* a *La Veu de Catalunya*. No obstante, era harto significativo que el 13 de septiembre, cuando Primo esperaba el resultado de su manifiesto, solo estaba rodeado de destacados dirigentes de la UMN, como Josep M. Milà i Camps, Alfons Sala, el marqués de Comillas y Jaume Cussó. Según el conde de Romanones, que habló años después con Alfonso XIII, el monarca justificó haber otorgado el poder a Primo de Rivera con estas palabras: «Los ministros dijeron que yo violaba mi juramento a la Constitución, pero el mundo exterior acogió el triunfo del general Primo de Rivera cotizando en alza la peseta y todos los valores bursátiles españoles».[160]Era evidente el respaldo de las fuerzas del orden a aquel golpe de estado autoritario.

Francesc Cambó, como casi siempre que sucedía algo importante en España —recordemos la Semana Trágica de 1909 y el desastre de Annual de 1921—, también en septiembre de 1923 estaba fuera del país. Se encontraba en su yate *Catalònia* en aguas de Grecia. Y aunque no había tenido ninguna relación con la conspiración militar, enseguida comprendió que aquel golpe se había gestado en Barcelona, donde los militares autoritarios habían encontrado desde hacía años un buen caldo de cultivo. En su libro *Las dictaduras*, años después reconocería sin ambages que

> la Dictadura española nació en Barcelona, la creó el ambiente de Barcelona, donde la demagogia sindicalista tenía una intensidad y una cronicidad intolerables. Y, ante la demagogia sindicalista, fallaron todos los recursos normales del poder, todas las defensas normales de la sociedad.[161]

En efecto, lo que había sucedido en Barcelona desde noviembre de 1918 —el fracaso de la campaña autonomista, la huelga de La Canadenca, la violencia social y el protagonismo autoritario del «partido militar»— había creado las bases para que el pronunciamiento de Primo de Rivera se llevase a cabo y tuviera un consenso bastante amplio entre las «fuerzas vivas» catalanas.

A partir de aquel momento, el problema más importante al que tendría que hacer frente Francesc Cambó, como líder del catalanismo intervencionista, sería esperar a que aquella situación, que consideraba provisional, se agotase. Entretanto, había que reflexionar sobre lo que era preciso rectificar de su política intervencionista. Era evidente que la reforma del régimen de la Restauración desde dentro y mediante elecciones y gobiernos representativos, que él siempre había defendido, había fracasado. Reconocía también que su presencia en dos gobiernos, y la de otros militantes de la Lliga en dos ejecutivos más, no había servido de mucho. No solo no habían conseguido la autonomía catalana, sino que tampoco habían logrado incrementar las reducidas competencias de la Mancomunitat de Cataluña. Se iniciaba una nueva etapa en la que los enfrentamientos políticos abiertos y los debates parlamentarios libres desaparecían, y se imponía una opción que, según se afirmaba, pretendía regenerar lo público y acabar con el desorden social por vía autoritaria, represiva, anticonstitucional y, además, anticatalanista. Francesc Cambó quedaba al margen de todo este proceso político, tanto por voluntad propia como porque los nuevos redentores de España no tenían intención de contar con él en absoluto.

Capítulo 4

PREPARÁNDOSE PARA MANDAR

Aunque la dictadura del general Miguel Primo de Rivera duró casi seis años y medio, Francesc Cambó no estuvo inactivo. Más bien al contrario; gracias a la publicación de libros y artículos, estuvo muy presente en la vida política hasta convertirse en uno de los hombres clave para el hipotético regreso futuro a un régimen constitucional. Como creía que la Dictadura era un régimen débil y provisional, en público y en libros de gran éxito e impacto reflexionó sobre cómo se había llegado a esa situación y divulgó ampliamente su propuesta de concordia y cambio político. También era una llamada a una nueva forma de hacer política en la que consideraba fundamental apelar a los intelectuales españoles para que se sumaran a sus proyectos. Así pues, fueron años dedicados a preparar el regreso, con la confianza de que esa sería su gran oportunidad.

Pero llegado el momento decisivo, dudó y vaciló, lo que, sumado a una grave enfermedad, le privó del protagonismo esperado. Al final las cosas no salieron como estaba previsto, y otro error de análisis durante los decisivos años 1930-1931 terminó por conducirlo al descalabro, hasta verse obligado a huir del país al proclamarse la República.

La actitud de Cambó ante la dictadura de Primo de Rivera

Cuando el general Primo de Rivera se levantó en armas en Barcelona el 13 de septiembre de 1923, Francesc Cambó estaba lejos de Cataluña (de viaje de ocio en Grecia a bordo de su yate *Catalònia*) y apartado de la política activa. Recordemos que había dimitido de todos sus cargos

hacía tres meses. En Atenas recibió cartas y telegramas de Barcelona que le informaban de la situación y le pedían opinión sobre los pasos que dar. El golpe de Rivera, confiesa Cambó en sus *Memorias*, no fue ninguna sorpresa, pues el catalán conocía las pretensiones autoritarias del capitán general de Cataluña desde hacía tiempo: «Ni una vez disimuló su propósito».[1]Pronto recomendó a los miembros de la Lliga Regionalista que adoptaran una actitud distante con el nuevo régimen. El telegrama que mandó desde Atenas, redactado en francés, proponía una actitud expectante: «Crois devons garder réserve et abstention».[2]No había que colaborar abiertamente, pero tampoco oponerse de frente. Según dice él en sus *Memorias*, y según la «historia oficial» de la Lliga publicada en 1933, Cambó intentó rebajar el entusiasmo y el colaboracionismo inicial con el golpe de Primo de Rivera de muchos dirigentes del partido, en especial de Josep Puig i Cadafalch, recalcando siempre que la actitud debía ser de «retraimiento».[3]Pero Puig, como presidente de la Mancomunitat, y el marqués de Alella, como alcalde de Barcelona, habían mostrado en público su apoyo al golpe porque creían que el general mantendría una política de mano dura con el obrerismo. En unas declaraciones a los periódicos de Barcelona, Puig llegó a decir que «entre un hecho extra legal y la corrupción del sistema político», la Lliga Regionalista optaba por el primero.[4]Además, el gobierno derrocado de García Prieto era muy impopular en Cataluña, pues incluía en sus filas a Santiago Alba, un declarado enemigo del catalanismo.

Pese a todo, en los albores del régimen Cambó seguía satisfecho con el golpe e incluso elogiaba al nuevo dictador. En una carta privada del 29 de noviembre de 1923, presumiblemente dirigida a Santiago Alba, confesó que aquel golpe militar era «la única dulzura que, en un año amargo, nos ha sido dado gustar».[5]En la misma carta justificaba la acción militar de septiembre de 1923 diciendo que «los generales alzados habían procedido patrióticamente, decidiéndose a realizar la obra que acaso en julio de 1917 no debieron retrasar ni un minuto» y elogiaba a Primo de Rivera por «ser un caudillo afortunado de una revolución sin sangre».[6]

Pero las medidas anticatalanistas del Directorio Militar llevaron pronto a los políticos de la Lliga a reparar en su ingenuidad y a distanciarse del nuevo régimen.

Al principio solo mandaban los militares y el Gobierno era

conocido como Directorio Militar, hasta el punto de que los gobernadores militares de todas las provincias pasaron a ser gobernadores civiles. En Cataluña, la política impuesta por el nuevo capitán general, Emilio Barrera, protegido de Martínez Anido, a quien el dictador había nombrado ministro de la Gobernación, fue contundente. Se intervinieron todas las instituciones públicas: Mancomunitat, diputaciones y ayuntamientos. También se nombraron nuevos responsables y se pasó el rodillo en numerosas instituciones culturales creadas por los catalanistas; buena parte de los directivos y colaboradores fueron despedidos.

En diciembre de 1923, cuando Josep Puig i Cadafalch se vio forzado a dimitir y se marchó a Francia, el gobernador civil de Barcelona, el general Carlos Losada, ejerció interinamente la presidencia de la Diputación y la de la Mancomunitat. Luego, y durante unos cuantos meses, el cargo fue ocupado por Alfons Sala, máximo dirigente de la Unión Monárquica Nacional. Los miembros más destacados de esa organización anticatalanista se habían convertido en fervorosos colaboradores de la Dictadura y ocupaban los principales cargos políticos del nuevo régimen en Cataluña. De todos modos, Alfons Sala defendió la continuidad de la Mancomunitat, aunque perdiera gran parte de sus competencias. Al final, en julio de 1925, el Directorio Militar dio curso a la nueva legislación sobre administración local y provincial y decidió suprimirla, recuperando la existencia exclusiva de las diputaciones provinciales. Sala se llevó un disgusto y dimitió incluso de la presidencia de la UMN, que pasó a ser dirigida por el marqués de Sentmenat. No obstante, esta organización monárquica catalana estuvo muy poco activa ante el protagonismo otorgado a la Unión Patriótica, el partido oficial creado por Primo de Rivera.

En septiembre de 1924, el dictador llamó al general Joaquín Milans del Bosch, que ya había pasado a la reserva, para que se hiciera cargo del gobierno civil de Barcelona, donde estuvo durante todo el régimen dictatorial e incrementó la represión de las actividades catalanistas iniciada por Emilio Barrera.

Esta política represiva destruyó la unidad administrativa de Cataluña que tanto había costado lograr en 1914, así que Cambó se vio forzado a decir a sus seguidores que colaborar con el régimen de Primo de Rivera «era un desprestigio». En realidad, fueron muy pocos

los dirigentes de la Lliga Regionalista que aceptaron cargos políticos dentro del régimen. Sin duda, el más conocido, como también apunta Cambó en sus *Memorias*, fue el ex diputado leridano Eduard Aunós. Aunós, apartado del partido hacía unos años, fue nombrado ministro de Trabajo del dictador.

Para Cambó y para la Lliga, los casi seis años y medio de dictadura de Primo de Rivera significaron la renuncia a poder ejercer una actividad política libre. El partido quedó bastante desorganizado porque carecía de cargos políticos, porque no podía celebrar actos públicos y porque no había elecciones. Solo *La Veu de Catalunya* podía publicar ciertas indicaciones y dar opiniones en forma de artículos, pero como el diario estaba sometido a censura previa, no siempre podía transmitir con claridad las directrices. Muchos de los locales sociales de la Lliga tuvieron que cerrar, y esos años incluso su Comisión de Acción Política celebró escasas reuniones. Cambó y los principales dirigentes del partido tuvieron que recurrir a contactos personales y a la correspondencia privada para intercambiar opiniones y órdenes. Hasta el año 1930, con el gobierno Berenguer, ni Cambó ni la Lliga Regionalista pudieron hablar en público con libertad.

Como reacción a las prohibiciones y la censura de la Dictadura a la lengua catalana, surgió un movimiento poderoso de resistencia cultural que se manifestó en el activismo de numerosas entidades y organizaciones privadas, así como en la aparición de nuevas revistas y publicaciones. Cambó fue uno de quienes se dedicaron los años de la Dictadura a financiar y organizar más iniciativas culturales de carácter catalanista.

Pero a pesar del activismo cultural común en la Lliga Regionalista, la Dictadura provocó una radicalización de los simpatizantes o militantes del partido, que evolucionaron políticamente hacia posiciones más catalanistas, democráticas y comprometidas como Acció Catalana, grupos republicanos de izquierdas e incluso el independentismo liderado por Francesc Macià. Además, era evidente que la dirección de la Lliga se quería distanciar de todas las conspiraciones contra el régimen, más aún si en ellas participaban sectores obreristas o si implicaban la lucha armada. Por lo tanto, la inhibición de la Lliga Regionalista a la hora de luchar contra la Dictadura en el interior de Cataluña hizo que gran parte de los catalanistas más politizados evolucionaran hacia posturas

marcadamente republicanas.

Cambó prohibió a los dirigentes y militantes de la Lliga participar en la resistencia o contactar con los movimientos opositores a la Dictadura en el interior. Sus reproches al activismo antidictatorial, y especialmente a las conspiraciones de Macià, fueron claros, manifiestos y a menudo más duros que las críticas a las arbitrariedades de los militares en el poder. Lo dice sin ambages en sus *Memorias*: «La Lliga, de la cual ostento y acepto con gusto la máxima responsabilidad, rechazó toda relación con Macià, repetidamente solicitada».[7]

Rechazó explícitamente la vía propuesta por Macià desde su exilio en Francia; no solo porque pensara que el objetivo político no era la independencia de Cataluña, sino porque renegaba de los procedimientos, como la vía armada, y de sus posibles aliados: sindicalistas y revolucionarios. El secretario de Macià, Josep Carner Ribalta, afirma que Cambó hizo todo lo posible por dificultar el éxito del empréstito Pau Claris, organizado a iniciativa de Macià para financiar la operación de entrada en Cataluña desde Prats de Molló en noviembre de 1926. Según Carner, Cambó publicó artículos en *Le Temps* de París y *The Times* de Londres para difamar los propósitos de Macià diciendo, entre otras cosas, que este último se había entrevistado en la capital francesa con anarquistas y comunistas catalanes para pedirles su apoyo.[8]

Asimismo, Cambó rehusó participar en el fracasado complot civil-militar que abanderó el político conservador José Sánchez Guerra en Valencia a principios de 1929. Meses antes, Sánchez Guerra se había visto con Cambó en París a fin de comunicarle sus intenciones y su amplia red de cómplices, que llegaban hasta el mismísimo conde de Romanones. Pero el político catalanista no quiso involucrarse en absoluto en dicha operación, pese a estar dirigida por gente bastante de derechas. En París, Cambó también rechazó formar parte de las conjuras lideradas por el escritor republicano Vicente Blasco Ibáñez, aunque sí se reunió con él varias veces.

Cambó aducía que los catalanistas de la Lliga Regionalista tenían que esperar y dejar que el régimen dictatorial se desgastara y se hundiera. Para él, era algo pasajero e incapaz de consolidarse a medio plazo. Eso sí, personalmente, le convenía estar de algún modo presente en la vida pública, opinando sobre la situación y censurando,

cuando lo estimara pertinente, algunas decisiones del gobierno. Había que «poner de relieve todos los errores».[9]

En diversas ocasiones y por diferentes medios (entrevistas, libros, artículos de prensa, cartas públicas, etc.), Cambó criticó la política del régimen e intentó cultivar la imagen de un verdadero «hombre de Estado», superior en todos los aspectos a los desprestigiados políticos de los partidos dinásticos. En el fondo, pretendía difundir la idea de que era el político más preparado y capaz y, así, presentarse como la única alternativa constitucional al dictador. Muchas veces estuvo incluso cerca de insinuar que era el único que podía salvar a la institución monárquica e iniciar la profunda reforma del Estado que la inmensa mayoría consideraba necesaria.

Durante los años de Dictadura, Cambó no tuvo relación personal directa con el rey Alfonso XIII ni con el dictador, ni tampoco con ningún ministro ni con las nuevas autoridades nombradas por el régimen en Cataluña. Años más tarde, tuvo que negar y defenderse de las acusaciones que le lanzaron algunos políticos de Esquerra Republicana, como Lluhí i Vallescà, de haber pactado con Primo de Rivera el golpe de septiembre de 1923 a cambio de conceder la autonomía a Cataluña.[10]

Cuando se inauguró la Exposición Internacional de Barcelona en 1929, Cambó decidió irse al extranjero para no coincidir con el rey ni con el dictador. También fue su manera de protestar por haber sido marginado de la organización y del diseño final de ese certamen y de las obras realizadas en la montaña de Montjuic, cuando había sido iniciativa suya. También estaba molesto por la maniobra del régimen de Rivera de organizar esa «absurda doble exposición de Sevilla y Barcelona» con la pretensión de menoscabar la relevancia de la barcelonesa.[11]

Ciertamente, durante los años de Dictadura las relaciones entre Alfonso XIII y Cambó fueron casi inexistentes. No hubo ninguna entrevista ni ningún contacto discreto. En el Archivo del Palacio Real se conservan algunas cartas al rey enviadas por el ex político republicano catalán Emili Junoy, posteriormente senador monárquico, en que le mandaba algunos libros de Cambó y le recomendaba leerlos. Se trataba de la edición clandestina de *El silenci de Catalunya*, que luego se publicó legalmente con el título *Per la concòrdia*.[12]No sabemos si el monarca la leyó.

Finalizada la Dictadura, Francesc Cambó mostró su indignación ante algunas actuaciones de Alfonso XIII respecto a la cuestión catalana. Se quejó de que, en mayo de 1924, durante una visita a Cataluña el rey pronunció un discurso ante todos los nuevos alcaldes nombrados por el Directorio Militar en el que, entre otras cosas, justificó la política represiva de su antepasado Felipe V. Cambó estaba bastante preocupado por el prestigio que estaba perdiendo el monarca en Cataluña y en toda España y porque se había puesto muy de moda la costumbre de «despotricar del Rey».[13]Aun así, parece que Cambó también tenía esa costumbre. En una carta para el periodista monárquico madrileño Antonio Fabié del 25 de noviembre de 1924, el empresario Damià Mateu comentó con alarma: «Cambó habla del Rey en términos de gran desafecto».[14]

Cambó también estaba molesto porque, en 1924, el Ayuntamiento de Barcelona del primorriverista Darius Romeu, barón de Viver, recuperó un viejo proyecto suyo de construir un palacio real en Barcelona para que el monarca dispusiera de una residencia digna en la ciudad. En efecto, en 1916 Cambó y el arquitecto Josep Goday habían proyectado un gran palacio que se construiría en la parte alta de Pedralbes, en Finestrelles, con unos jardines de más de cincuenta hectáreas que llegarían hasta la futura prolongación de la Diagonal. Incluso se previó un presupuesto inicial de doce millones de pesetas, que el propio Cambó llegó a presentar y solicitar en el Congreso de los Diputados. En abril de 1917, la caída del gobierno Romanones-Alba paralizó el proyecto. Dos años después, en 1919, se intentó rescatar la idea de construir el palacio, esta vez en unos terrenos propiedad del conde de Güell, pero la finca era mucho menor que la inicialmente proyectada: solo abarcaba la zona desde la futura Diagonal hasta la torre de veraneo de la familia Girona. El conde de Güell vendió los terrenos al Ayuntamiento de Barcelona por 25.000 pesetas, un precio diez veces inferior a su valor real. Sin embargo, hasta los años de la Dictadura el Ayuntamiento no dio comienzo a las obras del Palacio de Pedralbes. Era evidente que las nuevas autoridades barcelonesas pretendían que el rey y su familia visitaran más a menudo la ciudad. El palacio acabó siendo inaugurado durante la Exposición Internacional de 1929, pero tanto el edificio como los jardines eran mucho más modestos y pequeños que los proyectados por Cambó en 1916.

De todas maneras, aunque Cambó se estuviera distanciando del régimen dictatorial, tampoco se mostraba como un ferviente opositor en público. Sus censuras eran tímidas y respetuosas con los nuevos gobernantes. Aprovechaba la tolerancia especial de la que disfrutaba para expresar su opinión sin ambages y sin censuras. Sus cartas abiertas al dictador y algunos artículos en la presa buscaban la controversia con la clara voluntad de estar presente en la vida política española y en todos los medios de comunicación.

El 17 de agosto de 1925, Cambó publicó en varios diarios españoles una carta en la que reprobaba la política militar del dictador en Marruecos.[15]El político catalanista no veía en el protectorado un futuro como colonia, porque era tierra poco útil y suponía una losa muy pesada e innecesaria para los limitados recursos financieros de España. Creía que Marruecos sería «una constante preocupación» y debilitaría al Estado. Él proponía abandonar el protectorado para equilibrar el presupuesto (proporcionar «un alivio fiscal») y revalorar la peseta a nivel internacional. La prensa se hizo mucho eco de la misiva, algo insólito en los casi dos primeros años de Dictadura: era la primera vez que la prensa publicaba un texto crítico contra el régimen. El 16 de octubre, Cambó insistió en el tema en otra carta que también publicaron diversos diarios. La respuesta del dictador a la segunda misiva de Cambó, el 21 de octubre, también apareció en todos los medios. En ese momento las tropas españolas ya habían logrado desembarcar en Alhucemas, Marruecos, y Primo de Rivera, sintiéndose fuerte y eufórico, echó en cara a Cambó: «Ningún español ya puede negar la importancia política y económica del Protectorado».[16]

Dos años después, a mediados de 1927, Cambó volvió a ser noticia por la publicación de varios artículos en los que criticaba la política económica del ministro de Hacienda José Calvo Sotelo, quien, tras llevar a cabo una importante reforma fiscal, estaba decidido a establecer la paridad de la peseta con el oro para conseguir el prestigio de la dictadura de Primo de Rivera a nivel internacional y aparentar una solidez económica que ni la moneda ni el país poseían. Cambó apareció como portavoz de los sectores financieros e industriales que más discrepaban de la política económica del ministro, consideraba que era un error grave porque implicaba especular con la divisa en un momento en que España y Occidente

vivían una etapa de enorme inflación y falsa prosperidad, que poco después desembocaron en el crac de 1929.[17]

Para criticar la propuesta de Calvo Sotelo, Cambó se apoyó en sus asesores del Servicio de Estudios Políticos, Económicos y Sociales para preparar una documentada conferencia en la sede del Fomento de Trabajo Nacional de Barcelona, a principios de 1928. El anuncio del acto generó mucha expectación, porque el político llevaba casi cinco años sin aparecer en público. Pero poco antes de empezar la conferencia llegó un escrito del gobernador civil, el general Joaquín Milans del Bosch, que ordenaba a Cambó hablar solo en castellano. Pese a la gran asistencia de público, Cambó no lo aceptó y el acto fue suspendido.

Poco después, publicó más artículos en la prensa y dos nuevas cartas, una a Primo de Rivera y otra a Calvo Sotelo, sobre la cotización de la peseta. Las respuestas fueron muy diferentes: así como el dictador, a quien Cambó solo se refería como «el marqués de Estella», usaba un lenguaje educado y sosegado, la respuesta de Calvo Sotelo era insolente, por no decir despectiva. El propio Cambó la tildó de «virulenta».[18]Meses más tarde, a finales de 1928, Cambó publicó primero en castellano y luego en catalán su libro *La valoración de la peseta*, en el que recogía y ampliaba sus opiniones sobre esta cuestión.[19]Él solo veía una solución a ese asunto, y pasaba por la política. Únicamente la vuelta de un régimen constitucional liberal que acabara con la incertidumbre y con las alternativas más extremistas, de derecha y de izquierda, podría estabilizar la moneda y restablecer la confianza en el mundo de los negocios español e internacional. Cambó proponía volver a una política económica deflacionaria, menos intervencionista y más favorable a la iniciativa privada.

Ese intercambio de cartas no solo demostraba que Cambó gozaba de una tolerancia especial, sino también que era el único de los «viejos políticos» a quien Primo de Rivera mostraba respeto. Respeto, pero también reticencia. En unas declaraciones a *The Times* del 21 de noviembre de 1927, le calificaba de político «cuyo patriotismo ha demostrado ser de dudosa calidad».[20]Por lo tanto, no es de extrañar que Primo de Rivera diera órdenes de limitar las actividades públicas de Cambó y que lo sometieran a vigilancia.[21]

Durante la Dictadura, Cambó publicó una serie de libros para

exponer con detenimiento sus ideas sobre la situación política europea, española y catalana. En ellos solía hacer numerosas referencias a sus proyectos de futuro. En 1924, publicó tres obras que plasmaban su curiosidad intelectual y revelaban que era, sin duda, el político mejor informado del país, pues trataban sobre temas de rigurosa actualidad y trascendencia política: *Visions d'Orient*, *En torno del fascismo italiano* y *La crise économique anglaise*.[22]

Visions d'Orient era un compendio de reflexiones sobre la Grecia y la Turquía contemporáneas, países que había visitado en varias ocasiones. Criticaba la política de las grandes potencias europeas en Asia Menor y consideraba una «vergüenza» el Tratado de Lausana de 1923 que puso fin al conflicto entre Grecia y Turquía. Analizaba la caída de Elefthérios Venizélos, el gran dirigente griego al que había conocido en 1919 en París, cuando formaba parte del elenco de líderes vencedores de la Gran Guerra, y las consecuencias del cataclismo militar griego en Asia Menor, coronado con la trágica expulsión de los griegos de esos territorios. También remarcaba la importancia histórica de la caída y disolución del imperio otomano, porque modificaba radicalmente el mapa del Mediterráneo oriental. Hacía mucho hincapié en el significado y la trascendencia del nuevo régimen político turco que estaba construyendo Mustafa Kemal Atatürk y en los problemas que conllevaba la modernización política y económica de un país subdesarrollado y con una mayoría de población musulmana. Destacaba las grandes posibilidades del nuevo nacionalismo porque contaba con «la adhesión decidida y heroica de la gran masa del pueblo turco y la dirección, aceptada unánimemente, de un caudillo de condiciones excepcionales». En cambio, lamentaba la crisis política y moral de Grecia después de su derrota. Creía que la expulsión de los griegos de Asia Menor y de Tracia sería una desgracia irreparable. Este era su dictamen: «El pueblo griego se ha apagado». Cambó escribió el libro entre enero y abril de 1924 y reflejaba su manifiesto interés por dos países que conocía y amaba. En sus *Memorias*, dice: «Fue el mejor de mis libros de esa época».[23]

A finales de 1924, en el libro *En torno del fascismo italiano: meditaciones y comentarios sobre problemas de política contemporánea*,[24]Cambó ofrece su particular visión, elaborada con pautas analíticas claramente españolas, respecto a las causas de la crisis del sistema liberal italiano y se pregunta por qué ha surgido y

triunfado el fascismo. De hecho, el libro era una recopilación de los diecinueve artículos que había publicado en *La Veu de Catalunya* desde el 16 de abril de ese mismo año, tras un largo viaje por Italia. El caso transalpino le servía para reflexionar sobre la crisis de la mayoría de los regímenes parlamentarios liberales europeos y sobre los motivos por los que se habían generalizado las dictaduras, sobre todo en territorios socialmente menos avanzados. Cambó señalaba la importancia de la frustración que invadió a Italia después de la Gran Guerra, cuando el país no vio recompensado su inmenso esfuerzo económico y el considerable sacrificio en número de vidas. Más tarde hubo una fase de gran confusión, provocada por la fragmentación y el radicalismo social, que denotaba la falta de cultura cívica para consolidar la democracia. Para él, el caso italiano era un claro ejemplo de «cómo el abuso de democracia» provocaba la descomposición política y la revolución autoritaria. Según él, el fascismo fue una «reacción patriótica, nacionalista y antirrevolucionaria» que se acabó imponiendo gracias a la capacidad de atracción de Benito Mussolini. Aunque destacaba que la violencia que había acompañado el triunfo de Mussolini había sido excepcional y hablaba del culto que de ella hacía el fascismo, Cambó pensaba que el régimen italiano no tenía una estrategia evidente para el futuro, que era una solución de emergencia y que solo podría subsistir empleando la fuerza. Después de reflexionar sobre las «ventajas» y los «males» de los regímenes autoritarios, sostenía que el problema fundamental de dictaduras como la fascista no era tanto su contenido ideológico como su carácter provisional y su difícil salida. Cambó pronosticaba prácticamente la caída del régimen italiano, señalando que esa interesante experiencia no podía durar muchos años. Aun así, al final del libro señalaba que el fascismo italiano podía ser una referencia para esos dictadores que quisieran impulsar un proceso de modernización basado en reformas administrativas moralizantes y las obras públicas para potenciar el desarrollo económico.

El libro advertía a los lectores que no buscaran alusiones a España ni a Primo de Rivera. Cambó argumentaba, no sabemos si con segundas, que las posibles coincidencias eran exclusivamente cronológicas. De todos modos, las autoridades de la Dictadura censuraron gran parte del texto. En la parte final de las conclusiones, se suprimieron casi cuatro páginas enteras. Años más tarde, en 1930,

el comunista Joaquín Maurín exageró bastante al decir que el libro de Cambó buscaba «servir de guía al dictador español para consolidar su régimen».[25]En nuestra opinión, la intención de Cambó no era esa, sino más bien la contraria: afirmar sobre todo la provisionalidad de los regímenes autoritarios débiles, como el de Primo de Rivera, porque no tenían detrás una movilización nacionalista con un fuerte contenido social, como explicaría años después en *Las dictaduras*.

De todas formas, sí se podían encontrar alusiones indirectas a la situación política española, como es el comportamiento de Alfonso XIII en oposición al del monarca italiano Víctor Manuel III. Cambó quiso dejar en evidencia la actitud del primero comparándola con la del rey de Italia, sin citar nombres. Para Cambó, en Italia no se producía, «por culpa del rey, ninguno de los casos que pueden explicar y justificar que un pueblo ... interponga ... la cuestión previa de un cambio de régimen. Todo lo contrario». Según él, la monarquía italiana era una institución de gran prestigio y la dinastía de los Saboya era reconocida como una auténtica dinastía nacional. Y si ponía énfasis, era para insinuar que esa situación distaba bastante de la que había en España con Alfonso XIII y la dinastía de los Borbones.[26]

Para asegurarse el impacto del libro, Cambó previó la publicación simultánea de las versiones en catalán y en castellano. Como quería que la edición en castellano tuviera cierta relevancia, el 2 de octubre de 1924, aún desde Italia, pidió por carta a Ángel Ossorio y Gallardo: «¿Quiere usted encabezar la versión castellana con unas cuartillas de prólogo?».[27]Este político ex maurista, alineado en posiciones democristianas, aceptó inmediatamente y lo consideró un honor. Al cabo de un mes, Ossorio ya había redactado un interesante prólogo que empezaba haciendo constar: «Pocas figuras hay, en la España contemporánea, tan interesantes como la de Francisco Cambó».[28]Al año siguiente, el libro de Cambó también se editó en francés, gracias a la editorial Plon de París, y en italiano, de la mano de Alpes de Milán.

En verdad, *En torno del fascismo italiano* era un libro importante porque era una de las primeras aproximaciones que se publicaban en Europa sobre el significado del fascismo italiano, apenas dos años después de su ascenso al poder. La obra era en gran parte fruto de su conocimiento de Italia, un país que visitaba a menudo y en el que guardaba relación con destacados mandatarios. Uno de ellos era

Giuseppe Volpi di Misurata, máximo dirigente de la patronal italiana, la Cofindustria, que terminó siendo ministro de Hacienda con Mussolini.[29]Además, en marzo de 1924 Cambó se había entrevistado brevemente en Roma con *il Duce* en persona, hecho que daba relevancia al libro y denotaba la fama del catalán.[30]

El tercer libro que Cambó publicó el año 1924, *La crise économique anglaise*, era diferente. Abordaba la grave crisis económica que azotaba en ese momento las islas Británicas.[31]Los apuros económicos del Reino Unido tras la Gran Guerra, tales como la elevada tasa de paro, la caída de las exportaciones o la crisis de la libra esterlina, sirvieron a Cambó para reflexionar sobre las dos principales orientaciones que habían dominado la política económica europea: el librecambismo y el proteccionismo. En el texto, comentaba las distintas propuestas económicas que hacían los conservadores de Stanley Baldwin, los liberales de Lloyd George y los laboristas de MacDonald, analizaba los pros y los contras de aumentar la fiscalidad directa, de persistir en el libre cambio o de optar por una protección moderada, así como las repercusiones que tendrían estas medidas sobre la cotización de la moneda, la reactivación del comercio exterior y la liquidación del déficit público. Como se sabe, tras las elecciones de diciembre de 1923 el laborista MacDonald accedió al poder por primera vez y formó un gobierno de coalición con los liberales. Cambó no entraba a valorar el significado de ese importante cambio político, pero sí destacaba que, en lo sucesivo, la situación económica de la posguerra condicionaría mucho los comicios en la mayoría de los países europeos.

Financiación de la proyección internacional de la cuestión catalana

Durante los años de la Dictadura, Francesc Cambó priorizó la acción catalanista hacia el exterior, más que hacia el interior del país. Además de ser menos arriesgado, consideraba que el momento era propicio para internacionalizar la causa catalana presentandola como la de una nacionalidad oprimida por un régimen autoritario que estaba dando numerosas muestras de anticatalanismo. En esa misión tuvo un papel destacado el mallorquín Joan Estelrich, que, junto con la dirección de las empresas culturales cambonianas, fue el

protagonista más destacado de iniciativas tan relevantes como la de presentar el caso catalán ante la Sociedad de Naciones de Ginebra, nacida tras la Gran Guerra. Como veremos, Estelrich también fue el gran organizador de la llamada «operación Cambó», es decir, la campaña política para presentar al líder catalanista como el hombre clave de la transición posdictadura.

Gracias a la excelente investigación de Xosé Manoel Núñez Seixas, conocemos con detalle el activismo de Joan Estelrich en la Sociedad de Naciones de Ginebra y dentro del mundo diplomático y cultural europeo durante la Dictadura, siguiendo las indicaciones de Cambó.[32]En 1919, Cambó ya había tenido la iniciativa de crear Expansió Catalana, una oficina de propaganda y de actividades culturales y políticas catalanistas que, bajo la dirección de Estelrich, pretendía dar proyección internacional a la cultura catalana. Estelrich y Alfons Maseras fueron los principales impulsores de una larga serie de publicaciones y actividades que tuvieron en Francia su principal plataforma de difusión.[33]Maseras, que en 1915 ya había creado en París el Comitè de Germanor para fomentar la entente franco-catalana durante la Gran Guerra, y que en 1916 había participado en la III Conferencia de las Nacionalidades, fue el factótum de la oficina abierta en la capital francesa. Por su parte, Estelrich, residente en Barcelona, viajaba sin parar por toda Europa. Al llegar al poder Primo de Rivera, Cambó ordenó a Estelrich recuperar las actividades de propaganda política en el exterior. Pero aunque esas actuaciones estaban en gran medida controladas por Estelrich y financiadas por Cambó, también contaban con el beneplácito y el apoyo de representantes de otras formaciones catalanas opuestas a la Dictadura, entre las que destacaban Acció Catalana, Unió Socialista, Estat Català y los republicanos catalanistas.

Expansió Catalana promovía sobre todo iniciativas culturales, pero todas tenían un claro trasfondo y objetivo políticos: querían subrayar la importancia de la cultura catalana y denunciar la belicosidad de la Dictadura contra ella.[34]En mayo de 1924, Estelrich y Maseras consiguieron fundar una nueva revista, *Le Courrier Catalan*, dirigida fundamentalmente a políticos, diplomáticos, periodistas y escritores. Salieron 77 números hasta septiembre de 1927, y su fin era informar con detalle del alcance del anticatalanismo primorriverista.[35]La publicación quincenal se complementaba con el

Bulletin d'Information, también dirigido por Estelrich y Maseras, que apareció entre 1924 y 1925.[36]

Otra prioridad marcada por Cambó fue entablar relación con los movimientos regionalistas y nacionalistas europeos, lo que llevó a Joan Estelrich y Alfons Maseras a participar como delegados de Cataluña en la Journée Fédéraliste, organizada el 15 de diciembre de 1924 por la revista francesa *Le Fédéraliste*, donde se establecieron unos primeros contactos con los representantes políticos de las minorías nacionales de Alemania y Hungría. En este sentido, entre 1925 y 1930, siguiendo las instrucciones políticas de Cambó, Estelrich también participará en el Consejo y los Congresos de las Nacionalidades Europeas, un organismo internacional que, pese a su autonomía, era reconocido por la Sociedad de Naciones de Ginebra. Pese a ello, implicarse no fue fácil, porque en la Lliga Regionalista aparecieron ciertas reticencias a que el primer partido en tomar la iniciativa de internacionalizar la cuestión catalana durante la Dictadura fuera Acció Catalana, su gran rival. En 1924, ya había intentado en vano que el caso catalán se debatiera en el pleno de la Sociedad de Naciones en Ginebra.[37]Ese mismo año se constituyó en Barcelona la Associació Catalana Pro-Societat de Nacions (ACPS-N), vinculada a la Union Internationale des Associations pour la Société des Nations (UIA), con la finalidad de ser una plataforma oficial y unitaria catalana capaz de actuar eficazmente en los distintos organismos europeos.

Cambó vio enseguida el potencial político de la ACPS-N y aconsejó a Estelrich y a otros militantes de la Lliga que se involucraran a fondo. En la constitución de ese organismo, pues, también intervinieron activamente el historiador de la Lliga Ferran Valls i Taberner y algunos políticos destacados de Acció Catalana, de Estat Català, de Unió Socialista y algunos catalanistas republicanos. A mediados de 1925, la ACPS-N dio todo su apoyo a la convocatoria de los llamados Congresos de Nacionalidades, una iniciativa de los grupos que representaban las minorías nacionales alemanas.[38]Muy pronto, Joan Estelrich se alzó como el hombre clave en las relaciones entre la asociación catalana y los congresos proyectados, y logró el apoyo de todos los grupos catalanistas para mandar una delegación conjunta al II Congreso de Nacionalidades, reunido en Ginebra en agosto de 1926.[39]Pero enseguida surgieron problemas, ya que en su

intervención oficial los catalanes habían denunciado la dictadura de Primo de Rivera como un régimen que «oprimía a la nación catalana», pero también habían intentado desmarcarse del «separatismo irlandés del coronel Macià».[40]

En febrero de 1927, se invitó a Estelrich a integrarse como nuevo miembro permanente del comité organizador de los Congresos de Nacionalidades.[41]Esta situación privilegiada lo convirtió en la cabeza visible de las relaciones entre todos los grupos catalanistas y la organización de los congresos. Era quien gestionaba todos los contactos, quien rogaba la participación de otros grupos, quien se encargaba de financiar los desplazamientos y de buscar gente que pudiera pagar las cuotas. Cambó, evidentemente, era el principal contribuyente.[42]En nombre de la Lliga Regionalista, Joan Estelrich participó en el III Congreso (Ginebra, 22-24 de agosto de 1927) y abanderó la delegación catalana en el IV Congreso (Ginebra, 29-31 de agosto de 1928), el V (Ginebra, 26-28 de agosto de 1929), el VI (Ginebra, 3-6 de septiembre de 1930) y el VII (Ginebra, 29-31 de agosto de 1931). Pese al éxito político que suponía que los catalanes fueran aceptados en ese organismo internacional, no lograron la presencia de representantes del nacionalismo vasco, ni tampoco del galleguismo o del regionalismo mallorquín y valenciano. El Partido Nacionalista Vasco, que a mediados de 1927 fue invitado oficialmente por Estelrich al III Congreso de las Minorías Nacionales, rechazó la invitación. Estas actividades de Estelrich iban acompañadas de viajes constantes por Europa, de Bulgaria, Yugoslavia y Turquía a Checoslovaquia, Bélgica, Holanda y Alemania.[43]

Lógicamente, esta actividad diplomática de los catalanistas indignaba al gobierno de la Dictadura, que hizo lo imposible por neutralizar la presencia del «caso catalán» en instancias internacionales, sobre todo en la Sociedad de Naciones y sus organismos. Por ejemplo, en 1928 Estelrich y otros delegados catalanes fracasaron en su campaña de boicotear el nombramiento de un diplomático español, el embajador Manuel Aguirre de Cárcel, notorio españolista, como jefe de la Sección de las Minorías Nacionales de la Sociedad de Naciones. De hecho, la reticencia a cualquier modificación de fronteras o cualquier proceso de autodeterminación de los gobiernos británico y francés fue un tremendo obstáculo para la causa de las minorías nacionales. En una

carta del 19 de octubre de 1928, Estelrich resumió a Cambó las dificultades con que topaba la causa catalana ante las cancillerías europeas, reproduciendo una frase contundente que había dedicado a los catalanistas el ministro de Asuntos Extranjeros francés Aristide Briand: «Antes que la justicia, van los intereses de paz».[44]No obstante, Estelrich se mostraba optimista: «Sea como sea, nuestros esfuerzos son cada vez más útiles e influyentes en la opinión europea, y nuestra cooperación en primera línea se remarca especialmente».[45]

Según Estelrich, en aquellos momentos la causa catalana solo contaba con el apoyo explícito del gobierno alemán, sobre todo durante la etapa en que fue canciller Gustav Stresemann.[46]Este político consiguió que 1929 fuera «el año de las minorías nacionales», ya que la cuestión fue reconocida como tema prioritario en los debates de la Sociedad de Naciones. La ofensiva diplomática alemana buscaba soluciones a las tensiones existentes en los territorios de población germánica que habían quedado fuera de sus nuevas fronteras, y por eso necesitaba el apoyo de todo tipo de movimientos nacionalistas. El canciller Stresemann visitó en persona Bilbao y Barcelona en junio de 1929 para forjar vínculos. En Barcelona, las fuerzas catalanistas brindaron un caluroso recibimiento al político alemán, principalmente para contrarrestar las masivas manifestaciones españolistas que habían acompañado la inauguración oficial de la Exposición Internacional y el 26 de junio de 1929, en nombre de las fuerzas políticas catalanas, Joan Estelrich le entregó a Stresemann una larga declaración sobre la situación.[47]

A finales de 1929 parecía que, gracias a las buenas artes de Estelrich, que se movía con relativa desenvoltura por los pasillos de la diplomacia europea, la causa catalana empezaba a ser conocida y considerada un tema relevante. Sin duda, Estelrich era uno de los grandes expertos en minorías nacionales y su opinión era respetada. Ese mismo año, el escritor mallorquín había publicado sus dos obras principales sobre las minorías nacionales y la cuestión catalana.[48]La caída de la Dictadura el 28 de enero de 1930 obligó a Cambó a plantearse cambios y priorizar su actuación en el marco de la política nacional; eso menguó bastante la presencia de Estelrich en los fueros internacionales.

Hacia 1926 empezó a organizarse lo que denominaremos la «operación Cambó», es decir, una gran campaña dirigida a recuperar el prestigio político del líder catalanista ante la opinión pública, tanto catalana como, sobre todo, española. La campaña implicaba la publicación de varios libros escritos por Cambó o bien por otros. Los tres más destacados que escribió él entre 1927 y 1930 fueron *El silenci de Catalunya*, *Las dictaduras* y *La valoración de la peseta*. Sin embargo, esta ambiciosa operación política consistía ante todo en acercar a Cambó a los intelectuales españoles más destacados del momento, la mayoría de ellos claramente enfrentados a la Dictadura; estaba convencido de que necesitaba recabar su colaboración y apoyo para llevar a cabo sus proyectos.

En octubre de 1927, mandó distribuir una edición clandestina en ciclostil de un libro suyo que entonces tituló *El silenci de Catalunya* —tres años después pudo publicarlo legalmente, y significativamente ampliado, bajo otro título: el conocido *Per la concòrdia*—.[49]Lo había escrito durante el verano de ese año, mientras estaba en el sanatorio del doctor Martin en Friburgo de Brisgovia, Alemania, donde seguía un tratamiento para las crisis nerviosas que afectaban a su gran simpático. Tomó como base del libro su conferencia en el Casal Nacionalista de la Barceloneta de enero de 1923, y envió un primer redactado a los compañeros de la Comisión de Acción Política de la Lliga en Barcelona para discutirlo. Cambó consideraba necesario publicar un libro para responder a la «resignada mansedumbre» de Cataluña respecto a la Dictadura.[50]

En el texto, Cambó empezaba reconociendo la frustración del catalanismo intervencionista que él había dirigido por culpa de la gran hostilidad que había encontrado en la actitud asimilista castellana, que se negaba a aceptar la realidad catalana. Su propuesta política era buscar un acuerdo, una «concordia identitaria» basada en un rechazo doble y radical: al separatismo catalán y a la uniformidad española. Partiendo de esa premisa se podía buscar una solución al problema hispánico adoptando una visión pluricultural del país. Pero eso solo sería posible si se lograba acordar una nueva Constitución española, respetando, como es evidente, la monarquía y al rey Alfonso XIII. Entre otros motivos, las reticencias de Cambó a una hipotética

república española se basaban en que ese nuevo régimen sería muy castellanista y centralista, y ante esa realidad era más pertinente seguir intentando convencer a los políticos monárquicos y pactar con Alfonso XIII.

Para Cambó, habría que construir una nueva cultura política, ciudadana, moderna y europeísta, basada en los principios del liberalismo y del reformismo. Y en esa labor tendrían un papel clave los intelectuales más activos y modernos, dado que ellos tenían que ser los que forjaran y divulgaran los ideales de esa nueva España civilizada y europea. El sexto capítulo del libro estaba plenamente dedicado a lo siguiente: «Posibilidad de concordia: acción de los intelectuales castellanos y catalanes para posibilitarla y facilitarla». En primer lugar, el problema político necesitaba la concordia cultural entre Cataluña y Castilla. Pero para lograr ese objetivo se necesitaba que una nueva élite, libre de los vicios de la «vieja política», encabezara la regeneración moral del país. Esa élite intelectual sería la que aportaría las reflexiones y propuestas para vencer las dificultades del pasado y, al final, permitiría una doble concordia: la identitaria y la política. En definitiva, los intelectuales y dirigentes nuevos serían los grandes protagonistas del cambio. El escrito acababa apelando a los intelectuales castellanos y catalanes para que asumieran el papel de constructores de la nueva ciudadanía. Las referencias elogiosas a las tesis expuestas en *La España invertebrada* por José Ortega y Gasset, a quien Cambó definía como «uno de los espíritus más cultos y penetrantes de la España contemporánea», eran constantes.

Cabe señalar que la propuesta de Cambó de buscar una concordia identitaria distaba bastante de la propuesta que poco después realizó el propio Ortega y Gasset, basada en la «conllevancia». El término utilizado por Cambó, *concordia*, era políticamente más adecuado a su proyecto, ya que, por una parte, presuponía un pacto basado en el reconocimiento al otro; y por otra, había una acción conjunta para superar las diferencias. En cambio, la conllevancia orteguiana equivalía más bien a aceptar el estado de las cosas e incluso soportar al otro tal y como era, manteniendo las discrepancias. Además, la conllevancia no implicaba un proyecto colectivo, sino que era una actitud mucho más pasiva.

En noviembre de 1927, Cambó envió ejemplares de *El silenci de Catalunya* a destacados intelectuales castellanos para que le dieran su

opinión. Ángel Ossorio y Gallardo le respondió con largos comentarios a cada capítulo, trece hojas llenas de consideraciones, elogios y críticas.[51]Le felicitó efusivamente: «Reciba un aplauso sincerísimo, cordialísimo, por la amplia y honrada visión y por la elevación espiritual que el libro revela», y le aconsejó que intentara publicarlo legalmente porque: «El momento es oportuno».[52]Cambó respondió agradecido, aceptando algunas de las críticas y confirmando que haría correcciones, pero que no creía que el dictador le dejara publicar el libro.[53]

Esta obra clandestina marcó el inicio de la «operación Cambó», que consistía en propiciar los contactos personales y las aproximaciones entre los intelectuales catalanes y castellanos para ligarlos paulatinamente a la preparación de una salida no traumática de la Dictadura. Eso sí, toda la operación estaba basada en que él fuera el capitán del proceso de transición.

La aproximación entre la intelectualidad castellana y catalana también había sido más fácil gracias a la obsesión anticatalana de la Dictadura. En marzo de 1924 se había publicado un manifiesto redactado por Pedro Sainz Rodríguez y firmado por un numeroso grupo de intelectuales castellanos a favor del uso de la lengua catalana y en protesta por la política represiva.[54]La aproximación de Cambó a la intelectualidad castellana se acentuó con su apoyo económico y político a *La Estafeta Literaria*, la revista vanguardista que dirigía Ernesto Giménez Caballero. Era una de las publicaciones más reputadas del momento e incluía una página entera en catalán. En el marco de estas relaciones Cambó, con la ayuda de Estelrich, tuvo la iniciativa de organizar la Exposición del Libro Catalán en la Biblioteca Nacional de Madrid, de la que hablaremos más adelante. Esta muestra de más de seis mil libros fue acompañada de un ciclo de conferencias sobre la cultura catalana en Madrid a cargo de conocidos intelectuales catalanes. Estas actividades, financiadas por Cambó, permitieron que Joan Estelrich entablara relación en su nombre con varios intelectuales de Madrid: desde gente de la derecha que aún era monárquica, como Pedro Sainz Rodríguez y Ángel Ossorio y Gallardo, hasta gente vinculada al Instituto de Estudios Históricos, como Ramón Menéndez Pidal, y ateneístas como Manuel Azaña y Ramón Pérez de Ayala. Algunos, como Ortega y Gasset y Marañón, junto con el duque de Alba y Gabriel Maura, habían formado parte del patronato que

había montado la exposición del libro en Madrid. Cambó les mandaba sus publicaciones con regularidad. No es de extrañar que la edición clandestina de *El silenci de Catalunya* recibiera grandes elogios de Ortega, de Marañón y de Sainz Rodríguez. Como mencionábamos, Ossorio envió a Cambó una profusión de comentarios sobre el libro.

Por lo que respecta a sus acciones políticas durante los años finales de la Dictadura, Cambó se movió con un tacticismo prudente y calculado. No solo condenó públicamente todas las acciones conspiradoras de los opositores al régimen, sino que, entre 1927 y 1928, incluso dudó mucho entre apoyar o no a la Asamblea Nacional Consultiva creada por el dictador. Tal vez su extrema prudencia reflejara el miedo de verse desbordado por las fuerzas de oposición de izquierdas, como le había pasado en 1917 con republicanos y socialistas. En 1929, Cambó estaba convencido de que urgía forzar la dimisión del dictador para posibilitar una transición pacífica y rápida al viejo régimen constitucional. Conseguido eso, podría iniciarse un proceso de evolución progresiva hacia un nuevo marco constitucional.

Cambó necesitaba apoyos a sus proyectos y, por eso, estableció múltiples contactos y buscó consensos muy distintos. Pensaba que eran pocos los políticos monárquicos realmente válidos para el nuevo gobierno fuerte que habría que formar cuando cayera la Dictadura. Aparte de sí mismo, solo el liberal Santiago Alba, que estaba exiliado en París, era idóneo. Quizá también se pudiera contar con el conservador Gabriel Maura, el hijo mayor de «don Antonio», y con el prestigioso abogado y político democristiano Ángel Ossorio y Gallardo. No obstante, era vital que el proyecto sumara a intelectuales de gran autoridad, como José Ortega y Gasset (sobre todo él), Gregorio Marañón o Pedro Sainz Rodríguez.

En esos momentos, Ortega y Gasset era el intelectual más respetado y prestigioso de España, como Miguel de Unamuno. Su crítica original al sistema político de la Restauración (*Vieja y nueva política*), su análisis sobre las características peculiares de la sociedad española (*España invertebrada*), la fama de su *Revista de Occidente* y el impacto de sus artículos, publicados habitualmente en la revista *España* y en el periódico madrileño *El Sol*, lo habían convertido en un referente muy destacado del pensamiento político español más renovador. A partir de 1927, Ortega había empezado a publicar en *El Sol* los artículos que acabaron conformando su libro más destacado, *La*

rebelión de las masas, que se publicó en 1930 y que arrasó en las librerías —120.000 ejemplares vendidos en dos años e inmediatamente traducido al alemán y al inglés—. También en 1930, Ortega y Gasset publicó el conocido ensayo *La redención de las provincias*. Además, en 1929 se había posicionado claramente contra el régimen, al dimitir de su cátedra de la Universidad de Madrid en solidaridad con el movimiento estudiantil. Eso había convertido a Ortega y Gasset en una figura fundamental y de referencia obligada para cualquier proyecto de regeneración política como el que proponía Cambó.

Los actos y contactos con intelectuales castellanos se sumaron a un ambicioso programa de publicaciones fraguado por Cambó y Estelrich, que buscaba justificar y concretar el proyecto de sustitución de la Dictadura. Entre las publicaciones, destacaban tanto los libros escritos por Cambó como los que hacían referencia a su persona. La intención básica de la operación era combatir la mala prensa que recibía el dirigente catalanista en ciertos sectores de Cataluña y de España, ofreciendo de él una imagen renovada. Tenía que parecer un político con ideas y proyectos nuevos, y con suficiente fuerza y experiencia para encabezar la transición a la legalidad constitucional. Por eso había que difundir su pensamiento y lavar considerablemente su imagen. A partir de 1926, se publicaron con una periodicidad sorprendente uno o dos libros anuales sobre Cambó o escritos por él mismo; en total, fueron una decena de obras en cinco años, todas ellas financiadas o apoyadas por el político catalanista, naturalmente.

En 1926, por ejemplo, el excéntrico y pintoresco pensador Francesc Pujols publicó *Història de l'hegemonia catalana en la política espanyola*,[55]en el que defendía encarnizadamente el proyecto intervencionista ideado por Prat de la Riba y dirigido por Cambó, con lo que salía al paso de las numerosas críticas que recibía del catalanismo de izquierdas. Como ya hemos dicho, al año siguiente se distribuyó por España la edición clandestina de *El silenci de Catalunya*, escrito por Cambó. En 1927, Lluís Duran i Ventosa, amigo íntimo y colaborador del mandatario, publicó *Els polítics*, una severa crítica a la «vieja política» del sistema de la Restauración y una clara apuesta por la renovación de los procedimientos defendida por Cambó.[56]

En verano de 1928 vio la luz el primer volumen de la biografía de Cambó escrita por Josep Pla, de la que hablaremos largo,[57]fue una

obra bastante polémica, pues era una apología descarada del personaje y, por ende, una invectiva al catalanismo de izquierdas y a las actividades conspiradoras de Macià. Pla usó la biografía para leer la cartilla a algunos detractores y defendió la tesis de que el catalanismo era patrimonio exclusivo de la Lliga Regionalista y que Cambó era el político hispánico más genial del siglo XX.

El escándalo provocado por el libro de Pla sirvió para constatar dos fenómenos importantes. En primer lugar, que buena parte de los intelectuales catalanistas, incluso los que habían estado bajo la influencia de la Lliga, empezaban a negar que la caída de la Dictadura tuviera que traducirse sí o sí en la continuidad de la monarquía; es decir, se iban haciendo republicanos. Y en segundo lugar, que durante los años de Dictadura la hostilidad hacia la Lliga y, sobre todo, hacia Cambó, lejos de menguar, había aumentado. Gran parte de los catalanistas más hostiles con el régimen acusaban a la Lliga y a Cambó de querer monopolizar el catalanismo y de subordinar la autonomía a sus planes para España.

En 1929 vio la luz el segundo volumen de la biografía de Pla y, como hemos comentado antes, Cambó sacó *Las dictaduras*, escrito durante el viaje en barco a Argentina, que causó furor y que provocó inmediatas respuestas tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda.[58]Incluso se dijo que Primo de Rivera lo había leído con bastante frenesí. En el libro, Cambó interpretaba las dictaduras como el fruto lógico de la ineficacia de las administraciones públicas, del desprestigio de los regímenes parlamentarios, de la corrupción de los políticos y del egoísmo materialista que invadía la sociedad. Para él, la causa principal era la ausencia de cultura cívica, la inexistencia de una auténtica ciudadanía democrática en gran parte de los países del centro y del sur de Europa. Básicamente, analizaba los nuevos regímenes dictatoriales europeos surgidos de las «tres auténticas revoluciones» (la Rusia de Lenin y Stalin, la Italia de Mussolini y la Turquía de Kemal Atatürk) y reflexionaba sobre los nuevos nacionalismos autoritarios aparecidos, según él, como consecuencia del retraso económico y de la descomposición política. Hablaba de las causas «profundas» e «inmediatas» del surgimiento de las dictaduras; decía que podían ser legales o unos regímenes autoritarios anormales y crónicos, y que algunas eran buenas, y otras, débiles. Insistía en sus reflexiones anteriores, de cuando hablaba del fascismo, sobre las

ventajas y desventajas de las dictaduras. Pensando claramente en el caso de Primo de Rivera, Cambó recalcaba que el problema fundamental de los dictadores era su incapacidad para asegurar su sustitución normal. Al final, concretaba aún más su propuesta para España y consideraba que había que iniciar un proceso «constituyente integral» para buscar algo con que sustituir la Dictadura, no sucederla, bajo el mando de un gobierno fuerte. En ese proceso de transición habría que superar varias trabas: en esencia, evitar el revanchismo y mantener el orden público. El nuevo gobierno tenía que poder devolver al sistema parlamentario el prestigio y la eficacia y poder elaborar un proyecto ambicioso de modernización del país.[59]Era evidente que Cambó proponía un régimen presidencialista, con un ejecutivo fuerte que evitara los peligros de un parlamentarismo fragmentado e ineficaz, que era el que conducía a la descomposición y a las soluciones autoritarias.

En 1930, ya en plena «dictablanda» del general Berenguer y con un Cambó bastante mermado de salud, aparecieron el tercer volumen de la controvertida biografía y *Per la concòrdia*. Aprovechando la nueva situación, con libertad de prensa y de publicación y con constantes y apasionados debates políticos, aparecieron réplicas a este libro de todo tipo de sensibilidades. Destacó la réplica desde las filas de Acció Catalana, de Jaume Bofill i Mates, que atacó el proyecto de Cambó alegando que subordinaba la autonomía catalana a sus planes políticos para España y a la salvación de la monarquía.[60]En 1930 también salió el libro de Estelrich *Catalunya endins*, que quería ser una propuesta para reactivar el proyecto de Prat de la Riba para nacionalizar Cataluña. En sus conclusiones, Estelrich volvía a destacar el principal problema del líder de la Lliga Regionalista: «Cambó solo podrá ser útil para Cataluña si consigue inspirar el máximo de confianza en España, y no logrará jamás esa plena confianza siendo solo un pionero de un movimiento de reivindicaciones particularistas».[61]Finalmente, en 1931, poco antes de proclamarse la república, Francesc Pujols publicó *La solució Cambó*, una obra que quedó totalmente obsoleta con los acontecimientos del 14 de abril.[62]

A principios de 1930 se precipitó la crisis del régimen dictatorial. El 20 de enero dimitió el ministro de Hacienda, el polémico Calvo Sotelo. Entonces, parte de la prensa de Madrid difundió el rumor de que, como Cambó había sido el principal discrepante de su política

económica, quizá fuera él el nuevo ministro de Hacienda de Primo de Rivera.[63]Nada más lejos de la realidad. Ni al dictador le hubiera pasado por la cabeza llamar a Cambó, de quien no se fiaba, ni el político catalanista habría aceptado jamás entrar en un gobierno sin prestigio y en crisis como aquel. De hecho, fue el propio Primo de Rivera quien precipitó su final cometiendo la imprudencia de preguntar a todos los capitanes generales si aún estaban a su lado. Al conocerse la noticia, trascendieron la debilidad del régimen y la escasa autoridad del dictador, y el 28 de enero de 1930, Primo de Rivera se vio obligado a presentar la dimisión al rey.

En esos momentos, Cambó era indudablemente el político con más prestigio de España, gracias a sus publicaciones y sus contactos. Ningún opositor había escrito libros tan importantes y vendidos como los suyos; ningún otro político había estado tan presente en la prensa como él. Todo cuanto decía, hacía o publicaba era objeto de comentarios, tanto de crítica como de aquiescencia. A ningún comentarista se le escapaba que era la alternativa más clara a Primo de Rivera, con la ventaja de ser un político con experiencia de gobierno y sin mala imagen como gestor. En enero de 1930, las principales cancillerías extranjeras en Madrid, como la británica, la francesa y la italiana, coincidían en que Cambó era el político con más futuro de España.[64]Y él mismo lo sabía: «Tras la caída de Primo de Rivera, mi nombre se pronunciaba con más insistencia que el de cualquier otro hombre político para ser su sucesor».[65]

La crisis de la monarquía: dos versiones contradictorias

Todas las biografías de Francesc Cambó publicadas hasta la fecha, así como sus *Memorias*, coinciden en lo que le pasó al líder catalanista justo cuando parecía que llegaba su gran oportunidad política con la dimisión de Primo de Rivera. «Todo el mundo me veía como la solución», escribió él mismo.[66]Todas ofrecen una especie de versión «oficial»: el 28 de enero de 1930, cuando la prensa de Madrid y de Barcelona daba por hecho que el rey encargaría a Cambó la formación de un nuevo gobierno, el catalanista tuvo que renunciar porque le fue diagnosticada una enfermedad grave: tenía cáncer en la garganta y debía operarse de inmediato. Este hecho inesperado lo echó todo por

tierra y forzó a Cambó a retirarse de la primera línea política hasta finales de año. Fue operado con éxito en Inglaterra, y aunque perdió una cuerda vocal, sobrevivió. Sin embargo, debido a la operación y a la posterior recuperación no pudo intervenir en la vida política española durante la práctica totalidad de 1930, durante el mandato del general Berenguer. Cuando al fin pudo incorporarse a la acción, ya era tarde.

La versión oficial dice que Cambó se había entrevistado con diferentes políticos durante aquel verano, entre ellos Santiago Alba, exiliado en París, para encontrar una solución al gobierno Berenguer, cada vez más inoperante y desprestigiado. No obstante, esos contactos solo habían servido para reconciliar a Cambó con Alba y para que ambos coincidieran en el aciago diagnóstico de la situación política en España. Con la excusa de su frágil salud y con la voz casi perdida, Cambó se había descartado como relevo de Berenguer y pensaba que solo Alba reunía las condiciones para liderar la política española. Con todo, ninguno de ellos tomó la iniciativa, sino que siguieron observando desde la distancia la erosión del gobierno Berenguer. Tras la fracasada rebelión militar republicana de Jaca del 12 de diciembre de 1930, Cambó y la Lliga Regionalista jugaron su última carta política apoyando al gobierno que, ya entrado el año 1931, formó el almirante Juan Bautista Aznar, y constituyendo el partido Centro Constitucional. Pero era difícil reconducir la situación.

Se sigue sosteniendo que Cambó aceptó con resignación el gobierno presidido por el almirante Aznar, pero ya se veía que los monárquicos no comprendían la gravedad de la situación. No solo aceptaban que un almirante inexperto asumiera la presidencia del gobierno en un momento tan complejo, sino que la propia composición del ejecutivo chocaba frontalmente con lo que Cambó había aconsejado durante esos últimos años. En efecto, el gobierno Aznar representaba lo más rancio y tradicional de la «vieja política» española. Había cinco títulos nobiliarios: el duque de Maura, los marqueses de Hoyos y de Alhucemas (García Prieto) y los condes de Romanones y de Bugallal. También había dos almirantes, Aznar y Ribera, un general, el propio Berenguer, un cacique ultraconservador, Juan de la Cierva, y el catalanista Joan Ventosa. O sea, que eran los políticos de siempre, no había ninguna novedad ni nadie que representara a la «nueva política». Con esa composición, era

complicado que el gobierno convenciera a la opinión pública de que su propósito era la renovación.

Lo que pasó luego es de sobra conocido. Mientras Cambó intentaba constituir una formación nueva de ámbito nacional, el Centro Constitucional, el gobierno Aznar convocó elecciones municipales pensando que, con su carácter esencialmente administrativo, la oposición antimonárquica no se las tomaría en serio. El objetivo era ganar tiempo y prepararse para las futuras elecciones legislativas. Ese iba a ser el gran momento del Centro Constitucional, que ganaría las elecciones generales, crearía un gobierno fuerte y comenzaría un proceso de reforma parlamentaria de la Constitución de 1876, modificando las atribuciones de la corona e introduciendo la autonomía catalana. Así, se garantizaría el orden y se salvaría la monarquía de Alfonso XIII.

Creemos que esta versión defendida por los biógrafos de Cambó, que también aparece en sus *Memorias*, escritas después de la Guerra Civil, en Argentina entre 1944 y 1946, y en la historia oficial de la Lliga, publicada en 1933, no es del todo exacta. Es un relato interesado que oculta mucha información. Además, pone excesivo énfasis en la tesis de que «la frustración camboniana» de 1930 se debía a que no había podido asumir la responsabilidad de presidir el gobierno por sus problemas de salud. Tanto en sus *Memorias* como en las biografías oficiales, siempre se ha querido dar a entender que en España las cosas habrían sido muy diferentes si el líder catalanista hubiera ocupado la presidencia en enero de 1930. Con cierto asombro, Jesús Pabón menciona que Cambó afirmó: «Sin mi enfermedad, España no hubiera conocido la Segunda República».[67]

Pero esta tesis no coincide con la del texto inédito de Cambó que hallamos en el archivo de Joan Estelrich hace unos años.[68]Se trata de un texto breve desconocido hasta ahora, escrito en castellano en 1932, en los albores de la etapa republicana, donde Cambó describe con detalle su actuación durante el trascendental bienio 1930-1931. Este texto, reforzado por otros documentos que hemos localizado, contradice la tesis oficial. La nueva explicación de Cambó incluye fragmentos idénticos a los que figuran en sus *Memorias*, prueba evidente de que ambos textos son suyos. Pero también hay apreciaciones, opiniones e informaciones bastante dispares, e incluso de una divergencia sorprendente y en 1932 habla de cuestiones que

no se abordan en sus *Memorias* ni en las demás biografías sobre él.

En el otoño de 1932, Cambó empezó a escribir «un libro para explicar las interioridades y el verdadero proceso político desde Primo de Ribera [*sic*] a la República» como exponía en una carta que mandó a Estelrich desde París el 22 de octubre de ese año.[69]Finalmente, estaba a punto de regresar a Barcelona y era evidente que estaba preparando el texto que acompañaría su retorno a la política activa, dentro del nuevo marco republicano y con una Generalitat gobernada por las izquierdas. Por lo tanto, la redacción tenía que amoldarse a la nueva situación, y por eso se explican cosas y se emiten juicios que después Cambó no quiere que se sepan, motivo por el cual aparecen discrepancias notables respecto a las versiones más o menos oficiales, que presentan los historiadores y que se basan en sus *Memorias*. En primer lugar, destaca la dureza con la que Cambó analiza las responsabilidades que había asumido el rey Alfonso XIII al propiciar y tolerar la Dictadura. Según él, la Constitución española había sido «violada y escarnecida, no solo por el Gobierno Dictatorial sino también por el mismo Rey ... El pacto entre el pueblo y la monarquía había sido roto ... era notorio que, ya desde mucho antes de la Dictadura, el Rey se había excedido en su ejercicio».[70]Este juicio tan severo no consta en sus recuerdos de posguerra.

En segundo lugar, llama bastante la atención el motivo que atribuye a las fuertes presiones militares que recibió el rey para que, una vez caído Primo de Rivera, él no formara parte del nuevo gobierno ni como presidente ni como ministro. Cambó llega a hablar de amenazas al monarca de destacados generales primorriveristas (como Martínez Anido y Barrera) y también de políticos catalanes vinculados a la UMN y a la Unión Patriótica (barón de Viver, conde de Montseny y marqués de Foronda). Habla incluso de amenazas de recurrir a un nuevo golpe militar si el líder de la Lliga formaba parte del nuevo gobierno.

Según esta versión, el 28 de enero de 1930 en la conversación telefónica con el general Berenguer, Cambó ya había rechazado la cartera de Hacienda que le ofrecía el general, alegando que su presencia en el gobierno sería un error político. Según él, podía provocar una reacción adversa muy intensa de los sectores más fieles al ex dictador. «Desde el primer momento le di mi negativa. Traté de hacerle comprender que mi entrada en el Gobierno exaltaría hasta el

paroxismo a los elementos más fuertes de la Dictadura (Martínez Anido, Barrera y muchos otros)».[71]Así pues, no fue una enfermedad inesperada, el cáncer de garganta que se le descubrió, lo que impidió a Cambó desempeñar un papel de primer orden tras la caída de Primo de Rivera, formando parte del gobierno Berenguer. Fue más bien el chantaje al rey de militares fanáticos:

> Antes de salir de Madrid tuve noticias de la furiosa exaltación que había entre los elementos más decididamente dictatoriales, durante las horas en que creyeron que yo entraría en el Gobierno, Barrera, Milá, Viver y Foronda notificaron al Rey que mi participación en el Gobierno sería como una declaración de guerra.[72]

Cambó mismo reconoce en el texto que, ante ese ambiente tan hostil, consideró que lo mejor era esperar un tiempo. Y que fue después de esa decisión, no antes, cuando le descubrieron el cáncer que cambió tanto sus proyectos. Ciertamente, la enfermedad no le dejó ser protagonista de la transición hacia el régimen constitucional durante 1930. Pero lo que inicialmente había frustrado sus planes había sido el veto de los militares y políticos primorriveristas, no el cáncer.

La hostilidad de los primorriveristas hacia Cambó era muy notable. El cónsul de Italia en Barcelona, un conocido dirigente llamado Giorgio Romanelli, escribió un largo informe sobre la situación política en Cataluña, datado el 8 de febrero de 1930. Allí explicó que el general Emilio Barrera, capitán general de Cataluña, ostentaba un inmenso poder en la zona y estaba impidiendo el cese de las autoridades de la época de Rivera.[73]Romanelli lo presentaba como un rival obvio de Cambó, un seguidor de Primo de Rivera claramente dispuesto a impulsar otro golpe militar: «Las ambiciones de Cambó chocan sobre todo con el general Barrera, que cada día discrepa más de la política del nuevo Gobierno». Romanelli también pensaba que, para los intereses del régimen fascista italiano, un golpe de Barrera sería positivo porque, con «un discípulo de Primo de Rivera como es el general Barrera, siempre podremos actuar más favorablemente que con soluciones de orientación izquierdista».

Cambó redactó sus memorias catorce años después, entre 1944 y 1946; es muy sorprendente que no recordara esa presión de los militares y políticos ultras contra él. Es extraño que no hiciera ninguna alusión a la hostilidad que despertaba su persona o que no mencionara las conspiraciones fallidas de Barrera, Viver, Milà y

compañía. Él, que siempre recordaba con precisión quiénes lo agraviaban, parecía haberse olvidado de todo.

Además, en sus *Memorias* también se omite un debate clave y clarificador que había tenido lugar en la Comisión de Acción Política de la Lliga Regionalista —integrada por Raimon d'Abadal i Calderó, Joan Ventosa i Calvell, Lluís Duran i Ventosa y Josep Bertran i Musitu —, en Barcelona, la tarde del 29 de enero de 1930, el día antes de que Cambó fuera a Madrid para hablar con el general Berenguer. En el texto de 1932, se explica que en la reunión

> todos están conformes en que mi sacrificio sería inútil, pues si pretendiese aprovecharlo para resolver el problema catalán, daría a los elementos dictatoriales, todavía fuertes, una bandera que levantaría una corriente de opiniones contra el Gobierno, que podría traer una nueva Dictadura con Martínez Anido o Barrera ... La conclusión en que todos coincidimos fue que convenía que actuase, durante unos meses, un Gobierno que no excitara grandes apasionamientos y que deshiciera las organizaciones dictatoriales. Pocos meses después yo podría entrar en el Gobierno y hasta tomar la sucesión del general Berenguer a base de un programa de gran envergadura que afrontase todos los problemas que el viejo régimen venía difiriendo. Entre estos programas tenía un primer lugar la restauración de la Autonomía de Cataluña a base del Estatuto de 1919.[74]

La estrategia parecía clara: dejar actuar primero al gobierno Berenguer para no provocar a los elementos más radicales y crear las condiciones para que, a medio plazo, Cambó pudiera asumir el mando de la política española, incluso como presidente del gobierno. Y conviene destacar que, en ese debate en el seno de la Lliga, no se mencionó la famosa enfermedad, porque todavía no se conocía. El propio cónsul Romanelli comentaba lo siguiente en el informe antes mencionado:

> Al irse de Madrid, el Sr. Cambó se despidió con la frase de que él no era el hombre de hoy, sino de mañana, con lo que quiso subrayar la temporalidad del Gobierno Berenguer y su fe en que volvería a la escena política en el futuro próximo, y no como gregario, sino como jefe o presidente del Gobierno.[75]

De todas formas, el diplomático italiano señalaba que en esos momentos el catalanista tenía mejor prensa e influencia en Madrid que en Cataluña, donde su prestigio se había desplomado: «Cambó, sin embargo, no tiene muchas simpatías políticas porque, como reacción a la Dictadura ... Cataluña está principalmente orientada hacia soluciones extremas: separatismo y socialismo».[76]

En un texto de 1932, Cambó reconoce que el 30 de enero todavía no sabía que tenía cáncer:

> Durante mi viaje de regreso a Barcelona, tuve mis momentos de duda sobre el partido

> que había tomado. Al día siguiente, por desgracia, desapareció toda duda. El Dr. Reventós examinando mi garganta observó un punto sospechoso. La localización del mal hacía posible la salvación de mi vida, pero quedaría comprometida la suerte de mi voz. A pesar de esta realidad inexorable, continué actuando durante unos meses, como si no tuviese nada.[77]

Entonces ¿por qué en sus recuerdos Cambó usa la enfermedad como principal excusa para justificar su renuncia a formar parte del gobierno Berenguer? Las auténticas causas eran políticas. ¿Por qué busca motivaciones personales y esconde las presiones de los elementos más duros de la Dictadura? Y, además, ¿por qué no explica Cambó en sus *Memorias* los acuerdos de la Comisión de Acción Política de la Lliga, según los cuales no era pertinente que él formara parte del gobierno, ya que su «sacrificio sería inútil» y era mejor esperar a ver cómo actuaba Berenguer?

También hay otro hecho bastante significativo: en este nuevo relato se nos quiere presentar un Cambó mucho más implicado en la política española de lo que aparece más tarde en las *Memorias*. Así pues, según el texto de 1932, pese a la enfermedad y a las dos operaciones a las que se ha sometido, en 1930 Cambó mantiene contactos constantes y entrevistas con todo tipo de políticos y hace numerosas sugerencias sobre cómo dirigir la política española. En efecto, entre febrero y mayo de 1930, su activismo político fue notable: estuvo varias veces en Madrid, por ejemplo, entre el 5 y el 8 de febrero; se entrevistó con intelectuales como Ortega, Marañón u Ossorio, e incluso cenó con el general Berenguer, con la presencia del duque de Alba, de Gabriel Maura, del ministro Leopoldo Matos y del duque de Miranda, mayordomo del rey. A Ángel Ossorio y Gallardo, uno de los juristas más célebres, tanto por su probada independencia política como por su seriedad, que en 1930 era vocal de la Junta Central Electoral, el máximo organismo de supervisión de los procesos electorales, Cambó le propuso sin éxito que la junta, que discrepaba de los proyectos electorales del gobierno de Berenguer, ordenara elaborar un nuevo censo electoral y que las futuras elecciones generales se celebraran según una nueva ley, con grandes circunscripciones. Ese mismo año Cambó también realizó varios viajes al extranjero: Londres, París y hasta Marruecos.

En el mismo texto de 1932, Cambó subrayó especialmente que su prioridad era encontrar una solución a la cuestión catalana; defiende el regreso lógico al régimen constitucional, y habla sin ambages de la

necesidad de reformar la carta magna y exige responsabilidades políticas por lo ocurrido durante la Dictadura. Esta última cuestión levantó una gran polvareda por las graves repercusiones que implicaba, pero no aparece bien citada en ninguna parte, ni en sus *Memorias* ni en ningún texto posterior.

Entonces la Lliga Regionalista intentó acometer una renovación teórica basada en las ideas divulgadas por Cambó en *Per la concòrdia*. Cabe decir que este libro y los que había publicado hasta entonces habían tenido un impacto político considerable, como señalaba el cónsul Romanelli en un informe del 16 de abril de 1930. En él decía que Alfonso XIII estaba dispuesto a hacer concesiones a Cataluña:

> ... seducido por las ideas expuestas por Cambó en su publicación clandestina *El silenci de Catalunya*, de la que en su momento mandé una copia, y reafirmadas en sus libros testimonio puestos en circulación: *Per la concòrdia* y su versión en castellano, *España, Cataluña y la nueva constitución*, que amplía y divulga esas ideas.[78]

Para los dirigentes de la Lliga, en esos momentos había que poner toda la atención en la temática autonomista, pero se debían revisar algunos de los aspectos más radicales de las tesis nacionalistas de Prat de la Riba. En este sentido, resulta curiosa la versión que aparece en *Història d'una política*, la obra publicada por la Lliga en 1933: «Parecía como si los siete años de Dictadura hubieran sido puramente anecdóticos, que no habían tenido la virtud de hacernos perder el tiempo, porque durante los siete años se había fortalecido más aún el sentimiento catalanista».[79]Desde la Lliga querían divulgar la hipótesis generalizada de que la Dictadura había sido un mero paréntesis, lo que no era cierto.

El cónsul Romanelli no coincidía con esta tesis y consideraba trascendentales los cambios que se estaban produciendo en la opinión pública catalana. Recalcaba a sus superiores que la fuerza política de Cambó y de la Lliga en Cataluña ya no era tan grande: «Han exagerado el poder y la fascinación que Cambó ejerce en Cataluña, ya que la realidad dista mucho de ser esa. No se puede descartar la posibilidad de que, si Cambó sigue tan presente en la escena política, acabe recibiendo un revés de los elementos catalanes de los partidos más avanzados».[80]

En mayo de 1930, Cambó se fue de España para operarse en Londres, así que desapareció seis meses de la primera línea política. El doctor Jacint Reventós le había practicado una primera intervención

en Barcelona el 15 de febrero de 1930. Aunque parecía que se estaba recuperando, tuvo una recaída a finales de abril, cuando estaba en Marruecos. Por eso se sometió a otra operación más invasiva, la que le realizó Sinclair Thompson el 9 de mayo en Londres. Después tuvo que afrontar una larga recuperación, pero siempre en el extranjero: Reino Unido, Bélgica e Italia. El doctor Thompson le dio el alta médica el 23 de septiembre, pero le ordenó que hiciera dos meses más de descanso.

Cambó no regresó a Barcelona hasta finales de octubre de 1930, pero durante esos meses de ausencia tampoco estuvo aislado ni falto de actividad. En el extranjero, siguió manteniendo contactos estrechos con los políticos españoles que visitaban esos países. Incluso mantuvo una entrevista larga y bastante interesante con el rey Alfonso XIII, algo que hasta ahora no se había sabido y que no citó en sus *Memorias*. Su regreso a Madrid el 8 de diciembre de 1930 estuvo a punto de coincidir con la rebelión militar republicana de Jaca.

Es totalmente falso que entre mayo y octubre de 1930 Cambó estuviera aislado políticamente fuera de España. Había hablado en varias ocasiones con Santiago Alba, aunque su reconciliación se certificó el día 19 de octubre de 1929, en el encuentro en el Hotel Crillon de París, con Joan Ventosa como testigo privilegiado. Alba, que entonces era un exiliado más de la Dictadura, había sido uno de los políticos más censurados y vilipendiados por el régimen militar español, mientras que Cambó, pese a su marginación política, gozaba de una cierta libertad. La entrevista significó el fin de sus discrepancias políticas tras más de doce años de enfrentamientos y puyas. Al final, llegaron a la conclusión de que tenían que cooperar y olvidar las antiguas divergencias.

Según el texto de Cambó de 1932, en el hotel parisino él y Alba habían coincidido en el diagnóstico: creían que la Dictadura tenía los días contados, pero tenían miedo de que hubiera una fuerte reacción popular con un notable contenido de radicalismo social, con «predominio de los elementos más extremos, ayudados y dirigidos por Moscú».[81]Es curioso que Cambó ya utilice como arma arrojadiza el inverosímil peligro de los comunistas, que en ese momento constituían un grupo insignificante en comparación con los socialistas y los anarcosindicalistas. Además, era bien sabido que tanto la Unión Soviética como la Internacional Comunista tenían escaso interés e información muy precaria sobre lo que ocurría en España, un país que

consideraban bastante atrasado y periférico.

A finales de 1929, parecía que se estaba consolidando el tándem Cambó-Alba como la alternativa reformadora y constitucional más clara al dictador. Luego, en 1930, desaparecido ya Primo de Rivera, Cambó volvió a conversar varias veces con Santiago Alba y a escribirle mucho. En una carta del 20 de marzo de 1930, Cambó compartió con su colega la preocupación de que el gobierno Berenguer fuera incapaz de evitar el regreso a las viejas políticas de toda la vida. Temía que se intentaran restaurar las viejas capillitas políticas: «He dicho en algunas cartas, y lo diré públicamente, que antes que eso prefiero la Dictadura y la revolución. Si usted y yo nos oponemos decididamente a tal intento, creo que fracasará».[82]

En abril de 1930, Santiago Alba volvió a España por primera vez desde 1923 y fue recibido por multitudes en Madrid, Valladolid y la propia Barcelona. Entonces, Alba y Cambó ya estaban pactando por escrito un futuro régimen autonómico para Cataluña. El 29 de abril, Cambó envió a Alba desde París los tres proyectos catalanes de autonomía debatidos los años 1918 y 1919. Realizaba un breve estudio comparativo y le comentaba varias cuestiones relevantes sobre los servicios que habría que ceder, la enseñanza y las lenguas.[83]

Pero pese a la correspondencia y los acuerdos, tanto el historiador Jesús Pabón como Cambó en sus memorias de posguerra responsabilizan a Alba de que la operación renovadora de 1930 fracasara, algo que no parece tan claro en el escrito de 1932. De hecho, la versión oficial sobre las relaciones entre ambos políticos deja bastante malparado a Alba. En su biografía de Cambó, Jesús Pabón quita hierro a la entrevista entre Alba y el rey, señalando que no sirvió ni para consolidar el prestigio del monarca, que se humilló ante Alba, ni para convencer a los demás líderes dinásticos de que él era el único cabecilla. No supo ni siquiera atraer a los indecisos.[84]

Es evidente que tanto Cambó como Pabón cargaron las tintas contra la figura de Alba. En las *Memorias*, se nos habla de «Alba cobarde siempre»[85]y se le acusa de oportunista. Según el líder catalanista, Alba vio la monarquía muy débil y atacada y no quiso comprometerse a fondo para salvarla, porque creía que, con la república, podría ocupar un «lugar destacado en el nuevo régimen».[86]En nuestra opinión, hay que repartir las culpas. Es evidente que la opción Alba-Cambó no salió adelante por la falta de

resolución de ambos, que no consiguieron el favor de los demás monárquicos ni sacaron a Alfonso XIII de su pasividad.

La entrevista ocultada con el rey: «Era la hora de salvar la monarquía»

Hay una última diferencia entre el texto de Cambó de 1932 y lo que aparece en las biografías y las *Memorias que* quizá sea la aportación más trascendental. Hablamos de la explicación detallada de una larga entrevista entre Cambó y el rey Alfonso XIII en Londres, el 1 de julio de 1930. Por su significado, es una de las conversaciones más interesantes e intensas de cuantas hubo, y no entendemos por qué Cambó nos la ocultó en sus *Memorias*. Hasta ahora nadie había relatado este encuentro, al que yo atribuyo una notable relevancia política.[87]

En sus *Memorias*, Cambó solo habla de una «interesante conversación» que tuvo en Londres con la reina Victoria Eugenia, en verano de 1930. Según él, en ese encuentro la esposa de Alfonso XIII le expresó su inquietud por la situación en España, por las campañas contra el gobierno y la monarquía, y se quejó con amargura de la pasividad de Berenguer.[88]Pues bien, en el escrito de 1932 no aparece en ninguna parte esa «interesante conversación» con la reina; en cambio resulta una gran sorpresa saber que es el propio Alfonso XIII quien se reúne con Cambó en Londres.

> Finida la Dictadura por la actuación personal del Rey y entrado en funciones el Gobierno Berenguer, fui requerido diferentes veces para tener una franca explicación con el Rey. Sin rehuir categóricamente, fui difiriendo esta entrevista. Ésta no se celebró hasta el día 1 de julio de 1930 ... aquella conversación tuvo lugar en el Hotel Claridge's, de Londres.[89]

Además, sabemos que Cambó tenía previsto verse con el rey en Londres por su correspondencia con Santiago Alba, quien se entrevistó con Alfonso XIII en París unos días antes. En una carta del 12 de junio, Cambó pidió a Alba que le informara de cómo había ido el encuentro nada más terminara, porque quería dar al monarca los mismos consejos.[90]

El contenido de la conversación es bastante diferente y, naturalmente, mucho más interesante que la que reproduce en las *Memorias* con la reina. Hay que tener en cuenta que el monarca y el

político llevaban ocho años sin hablar en confidencia y que, por consiguiente, tenían mucho que decirse. ¿Cuál es la versión que ofrece Cambó de esta reunión en su texto de 1932? El líder catalanista empieza la narración afirmando que, durante la Dictadura, su animadversión hacia el monarca español había aumentado notablemente:

> La actitud del Rey respecto a Cataluña durante todo el período dictatorial, había creado en mí un sentimiento de máxima hostilidad, que no disimulaba en mis conversaciones privadas y que tuvo pública expresión en el párrafo haciendo elogio del Rey de Italia, que inserté en el libro sobre el Fascismo Italiano.[91]
>
> Hablamos de la situación política de España y yo le dije que se presentaba difícil y confusa, cosa muy natural después de una larga Dictadura, añadiendo que debía prepararse a sufrir muchas contrariedades y amarguras. «Para mí», respondió, «que he sido muchos años constitucional, que después he sido dictatorial, y que ahora deseo ser más constitucional que nunca, la situación está llena de dificultades».
>
> Le dije que había en España un gran movimiento de hostilidad contra su persona, que no se había convertido todavía en un alud republicano por el poco prestigio de la mayoría de los caudillos republicanos y por el terror que a muchos inspiraban las convulsiones que podía traer un cambio de régimen. Al hablarme de la eventualidad de un Gobierno mío, le dije que los resultados de la operación sufrida en el mes de mayo me descartaban por mucho tiempo, y le añado que yo no podré ni querré gobernar nunca, sin que previamente se haya dado solución satisfactoria al Problema Catalán; solución que encontraría dificultades insuperables estando yo en el Gobierno. Le indiqué que considero al Sr. Alba el hombre que con menos dificultades y resentimientos podría afrontar y resolver aquel problema. Y entonces entramos en la parte más penosa de la conversación, que sólo pudo sostenerse a causa de esfuerzos constantes y mutuos de recíproca cortesía. Hablamos de las palabras que sobre el uso del catalán dijo a Puig y Cadafalch al visitar la Exposición del Mueble; del otorgamiento real de títulos y mercedes a catalanes que no tenían más méritos que el de ser traidores a su tierra, del discurso reivindicando la memoria de Felipe V. La conversación acabó con la afirmación que no había más probabilidades de salvar la Monarquía, que si el Rey estaba dispuesto a abstenerse de toda participación en las funciones de gobierno. El Rey dio la conformidad más decidida y absoluta a esta abstención.[92]

Para mí, el contenido de esta conversación reviste un enorme interés histórico, ya que la actitud de ambos resulta bastante creíble. El monarca, medio arrepentido de su actitud, era consciente de la difícil situación en la que se encontraba. Y Cambó tampoco parecía querer morderse la lengua. Reprochó a Alfonso XIII su comportamiento, le advirtió de su impopularidad, se borró de la lista de candidatos a presidir el gobierno y defendió la opción de Santiago Alba como la más oportuna. También planteó la solución al litigio catalán como condición previa a cualquier política reformadora.

Cambó también menciona en la conversación dos incidentes sonados ocurridos en Barcelona durante los primeros meses de la Dictadura. Por una parte, recuerda los hechos del 2 de diciembre de

1923, cuando al volver del viaje que los reyes y Primo de Rivera habían hecho a la Italia fascista, pasaron por Barcelona. Un grupo de políticos catalanes, entre ellos muchos de la Lliga Regionalista, aprovechó la ocasión para intentar que el Directorio Militar suavizara su política contra el uso del catalán y la señera. Pero el capitán general, Emilio Barrera, y el gobernador civil, el general Carlos Losada, lo impidieron. Ese mismo día, en el acto de clausura de la Exposición del Mueble, el rey expresó a Josep Puig i Cadafalch, todavía presidente de la Mancomunitat, su profunda indignación por que los rótulos estuvieran escritos en catalán. Luego, en la comida, el dictador profirió un agresivo discurso contra el catalanismo y contra el uso público del catalán que obligó a Puig a abandonar el acto. Días después, el 24 de diciembre, presentó la renuncia a presidir la Mancomunitat de Cataluña.

Al cabo de unos meses, el 19 de mayo de 1924, hubo otro incidente similar. Durante una cena ofrecida en el Salón de Sant Jordi del Palacio de la Generalitat por el nuevo presidente de la Mancomunitat, Alfons Sala, y en presencia de los nuevos alcaldes nombrados por el Directorio, Alfonso XIII improvisó un discurso en el que defendió la política del dictador y se justificó: «Las medidas que se ven obligados los Gobiernos a adoptar y de algunas de las cuales, como de las dictadas por mi predecesor Felipe V, se explota maliciosamente el recuerdo, ocultando que, si se adoptaron, fue en bien de Cataluña, por salvar a Cataluña».[93]

La denuncia de estos hechos y los reproches de Cambó a la intervención del rey, provocadora y poco hábil, me parecen bastante relevantes. También lo es la alusión despectiva a la concesión de «títulos y mercedes» a los políticos catalanes que más habían colaborado con la Dictadura. Desde principios del siglo XX, Alfonso XIII había concedido muchos títulos nobiliarios a catalanes que se distinguían por sus actitudes españolistas y por su clara fidelidad a la corona.[94]Ese proceso se acentuó durante la Dictadura, cuando se concedieron títulos a mandatarios que colaboraban con el régimen. Entre ellos destacaban el del conde de Montseny a Josep M. Milà i Camps, presidente de la Diputación de Barcelona, y el del conde de Egara a Alfons Sala i Argemí, presidente de la Mancomunitat, ambos otorgados en 1926; y la concesión de las «grandezas de España» al marqués de Foronda, presidente de la Exposición Internacional de

Barcelona, y al barón de Viver, alcalde de Barcelona, ambas concedidas en 1929.[95]

Me parece muy comprensible que Cambó ocultara en sus *Memorias* estas referencias despectivas a personas que en los años cuarenta conspiraban a favor de Juan de Borbón, conde de Barcelona. Era el caso del barón de Viver, colaborador de Joan Ventosa. No podía ahora tacharles de «traidores a su tierra». Sin embargo, es difícil de interpretar por qué Cambó alteró sus *Memorias* hasta el punto de ocultar un episodio tan relevante como esa conversación con Alfonso XIII del 1 de julio de 1930. Tampoco comprendemos por qué Jesús Pabón, principal biógrafo de Cambó, no comenta esta entrevista. Melchor Fernández Almagro la había mencionado, tildándola de accesoria a la entrevista entre Alba y Alfonso XIII, así que Pabón podía tener constancia de ella. Fernández Almagro llega a decir erróneamente que en la entrevista se habló de un posible plebiscito sobre la figura del rey.[96]Este tema, como veremos, surgió en una entrevista posterior de Cambó con el soberano.

En el texto de 1932, Cambó es mucho más severo y crítico con la figura y la actuación de Alfonso XIII que en sus *Memorias*. Dado que redactó el texto en plena república, en términos políticos convenía denunciar el anticatalanismo de Alfonso XIII y atacar a los «traidores» que habían colaborado con la Dictadura. Pero cuando Cambó escribió sus recuerdos, había terminado la guerra y Franco era el dictador. Por lo tanto, censurar con dureza al último rey no era tan conveniente si se quería promover la restauración de la monarquía, como deseaba Cambó. En mi opinión, es una prueba clara de que las memorias de los políticos siempre están muy condicionadas por la coyuntura vigente.

Y hay otro hecho curioso. Así como la prensa española dio información muy precisa sobre la entrevista entre el rey y Santiago Alba, celebrada en el Hotel Le Meurice el 21 de junio de 1930, e incluso se publicó una nota oficial de Alba en que se explicaba lo tratado, no ocurrió lo mismo con la entrevista entre el monarca y Cambó en Londres, ocurrida ocho días después. En ese caso no trascendió información alguna.[97]Quizá ambos prefirieron no hacer público ese encuentro por motivos diversos.

Poco a poco se fue normalizando la vida política en todo el estado español: se empezaron a celebrar mítines y actos, se abrieron las sedes de los partidos, desapareció la censura en la prensa e incluso se restituyó el cargo a muchos de los cesados por el régimen de Rivera. El 21 de junio de 1930, se celebró en Barcelona una junta general extraordinaria de la Lliga Regionalista. Era la primera reunión de esa clase en siete años. Fue presidida por Joan Ventosa y Raimon d'Abadal, porque Cambó seguía en el extranjero recuperándose de su operación. Se decidió reformar el partido a todos los niveles, abrir los centros, volver a hacer actividades públicas y crear una nueva organización próxima al partido: Unió Catalana. Como casi siempre, fue una iniciativa de Cambó, que había expresado la necesidad de crear una plataforma amplia para atraer a intelectuales, profesionales y técnicos que ayudaran a redefinir la estrategia del partido en un momento tan complejo. Dirigida por Ferran Valls i Taberner y Joan Estelrich, Unió Catalana quería sumar a la Lliga a gente de valor y prestigio intelectual para evitar que se acercaran a Acció Catalana.[98]

A mediados de 1930, Cambó aún especulaba con la posibilidad de asumir tareas de gobierno y presidir el ejecutivo una vez recuperado de la operación, o bien facilitar que gobernara Santiago Alba. Incluso se planteaba si tendría que seguir apoyando desde fuera al gobierno del general Berenguer. En una carta a Gabriel Maura, recientemente nombrado duque de Maura,[99]Cambó expresó la siguiente opinión: «Debe hacerse el máximo esfuerzo para evitar la constitución de un Gobierno nacional, no sólo porque se caracterizaría por su ineficacia ... sino, principalmente, porque mantendría en España la interinidad y la incertidumbre».[100]Por lo tanto, no veía conveniente que Joan Ventosa o el duque de Maura entraran en ese ejecutivo: «Hay que hacer todo lo posible para que aguante el Gobierno actual, presentándole todos los concursos y dándole todos los asesoramientos que pida o consienta, hasta que pueda constituirse un Gobierno de izquierdas que haga las elecciones parlamentarias». Días después, en una carta a Lluís Duran i Ventosa, recalcó: «Alba es, de lejos, el mejor de la izquierda para gobernar y para resolver, o al menos encarrilar, el problema catalán», e insistió en que se tenía que prestar todo el apoyo al gobierno Berenguer hasta que Alba se sintiera en condiciones de presidir un «Gobierno de izquierdas monárquicas» que convocara unas elecciones creíbles.[101]También creía que debían

actuar con rapidez, porque las fuerzas antimonárquicas estaban tomando la iniciativa desde el famoso Pacto de San Sebastián. Como refleja otra carta al duque de Maura del 27 de agosto de 1930, Cambó estaba muy sorprendido e impresionado por ese pacto masivo de opositores a la monarquía. Para él, esos acuerdos entre republicanos y socialistas españoles y catalanistas de izquierdas eran capitales. El hecho de que todos esos partidos españoles aceptaran las demandas catalanas «es un hecho insólito que nadie podría creer posible hace tres meses».[102]

Francesc Cambó creía que había que actuar de inmediato y tomar la iniciativa, pero él aún no podía asumir un papel destacado. En agosto, el doctor Sinclair Thompson le había dicho que la recuperación de la operación sería más larga de lo previsto, de modo que tuvo que escribir a Lluís Duran i Ventosa para anunciarle un cambio de planes: «Veo con toda claridad que, en octubre, ni podré encargarme del Gobierno ni podré siquiera regresar a España».[103]A corto plazo, pues, consideraba que la dirección de la Lliga Regionalista debía prever la formación de un gobierno presidido por Santiago Alba, o incluso apuntalar al gobierno Berenguer:

> Si en octubre Alba no está preparado para gobernar, no veo otra solución que la de fortalecer el actual Gobierno con la entrada de Ventosa, otro de los nuestros y Maura. A mi entender, ese Gobierno tendría que afrontar las elecciones municipales y provinciales, y hacerlo después de cambiar muchos gobernadores.

Y si se prolongaba la crisis que afectaba a la cotización de la peseta, dijo: «Veo difícil que Ventosa pueda evitar el sacrificio de asumir Hacienda». Pero si el gobierno Berenguer decidía por su cuenta convocar elecciones generales, habría que inhibirse del todo:

> Yo no sé qué opináis vosotros, pero yo optaré por el retraimiento, pues el Parlamento reproduciría el del año 23. Pero, en mi opinión, con el anuncio de que Alba y yo nos acogemos al retraimiento (lo que conduciría a las extremas izquierdas, que ya sienten inclinación por ello), se podrá evitar el propósito del Gobierno. Ese anuncio, naturalmente, no sería público, sino una notificación privada al Gobierno.[104]

Cambó también estaba preocupado por el discurso «demasiado extremista» que difundían los periódicos de izquierdas catalanistas. A mediados de agosto se alarmó «ante las campañas insensatas y canibalescas de *La Publi* y, últimamente, de *La Nau*» y manifestó que había que hacer lo siguiente: «Evitar que nuestro pueblo vuelva a caer en negaciones, odios y extremismos verbalistas ... Si los castellanos

leyeran hoy la prensa catalana y llegaran a creer que refleja fielmente lo que es Cataluña, nos mirarían con lástima o con desprecio».[105]El republicanismo radical de los catalanistas de izquierdas lo sorprendía, por eso pedía a Estelrich: «Usted que lidia con los chicos de *La Publi* y *La Nau*, ¿quiere decirme si creen sinceramente en la probabilidad de que llegue la República? Y si se diera el caso de que llegara, ¿acaso creen que tardaría más de una semana en caer en manos de un militar o de los comunistas?».[106]Volvía a aparecer el Cambó más conservador, aterrorizado por un posible cambio «descontrolado».

En otra misiva a Lluís Duran i Ventosa, escrita el 29 de agosto, Cambó volvió a comentar el Pacto de San Sebastián, y es muy explícito; lo consideraba «una victoria de los republicanos catalanes» que obligaba a la Lliga Regionalista a ser mucho más exigente en la cuestión catalana una vez que accediera al gobierno:

> Me parece que la innegable victoria que han cosechado los republicanos catalanes, al obligar a aceptar a todos los republicanos españoles (incluido Lerroux y Alcalá Zamora) una solución radicalísima del caso catalán, nos coloca en una situación que no podemos obviar. Yo creo que nos permite, y al mismo tiempo nos exige, ser más exigentes en las condiciones para participar en el Gobierno ... Creo que *La Veu*, que ha censurado a los republicanos catalanes por no querer entenderse con los demás republicanos, no debe censurarlos ahora por el acuerdo en San Sebastián. Más bien lo contrario ... Debe recalcar que ha sido para ellos una victoria, platónica pero victoria, de la que nos felicitamos como catalanes y catalanistas.[107]

Evidentemente, en las *Memorias* no aparece de forma tan patente este reconocimiento del éxito de los republicanos catalanes, que obligó a la Lliga Regionalista a acentuar su catalanismo. Fue una reflexión privada que solo encontramos en la correspondencia con gente de su círculo de confianza, porque en público Cambó hablaba en términos bastante diferentes. No elogiaba jamás a los catalanistas de izquierdas, sus principales adversarios. Con la gente más cercana, como Estelrich, se expresaba a menudo con una superioridad y una soberbia excesivas, como al sostener que en España solo podía haber un tipo de revolución, la conservadora, y que el único revolucionario existente era él:

> Si en España debe llegar un día la revolución, será la que hagan los conservadores. Los otros, republicanos o comunistas, provocarán motines, agitaciones o disturbios, a los que pondrá fin la bota de un general. Puede que sea el único español con el espíritu y el conocimiento de la técnica revolucionaria. Pero si un día yo hago la revolución, será reduciendo al mínimo sus estragos.[108]

Cambó seguía pagado de sí mismo, incluso ante sus

subordinados.

En Cataluña, su estado de salud despertaba bastante inquietud e interés, pero no se habían publicado más que unas breves notas informativas sobre su operación en Londres del 9 de mayo. Como también había cierta aura de misterio sobre su paradero, los periodistas hacían lo imposible por encontrarlo y obtener alguna declaración. Un nuevo semanario gráfico de Barcelona, *Imatges*, logró localizarlo en el Château d'Ardenne, en Bélgica, a principios del mes de julio de 1930. Cambó se negó a hablar y no dejó que le sacaran ninguna fotografía, así que el reportero, Joan Aramburu, solo pudo informar de lo siguiente: «El señor Cambó trabaja con su secretaria, la señorita Mercè Mayoll [*sic*], en la redacción de informes y recibe mucha correspondencia».[109]El 5 de noviembre, ese mismo semanario publicó en portada una foto grande de la cara de Francesc Cambó, con este texto al pie:

> Después de una larga estancia en el extranjero a raíz de su enfermedad, don Francesc Cambó ha vuelto a Barcelona, completamente recuperado y dispuesto a reintegrarse en las actividades públicas. El regreso del gran líder catalán supone un momento de gran interés en el panorama político actual.[110]

Los reporteros de *Imatges* no se rindieron hasta que pudieron hacer un reportaje con fotos de Cambó en la ciudad condal. Fue la joven periodista, Irene Polo, la que se plantó en la puerta de su casa, en vía Laietana 30, y esperó con no poca paciencia a que emergiera. Pero como Cambó salió con su Rolls-Royce, Irene Polo tuvo que perseguirle en coche por las calles de Barcelona hasta Esplugas, donde pudo sacarle fotos, aunque no consiguió ninguna declaración.[111]

La vuelta de Cambó a Barcelona después de seis meses de ausencia se había convertido en la gran novedad política. Si era verdad que estaba totalmente recuperado, como se decía, era indudable que tendría grandes repercusiones. Desde la propia Lliga Regionalista daban a entender que Cambó anunciaría pronto novedades importantes acerca de sus proyectos.

Pero unos hechos imprevistos volvieron a impedirlo. El 12 de diciembre de 1930, el día de la rebelión republicana en Jaca, Cambó estaba en Madrid negociando con diferentes políticos monárquicos la creación de su nuevo partido, el Centro Constitucional. Como es sabido, las tropas gubernamentales sofocaron con rapidez el levantamiento militar y, al cabo de dos días, los principales artífices

de la rebelión, los capitanes Galán y García Hernández, fueron sometidos a un consejo de guerra y ejecutados. Al día siguiente, el 15 de diciembre, se produjo la pintoresca rebelión de la base aérea de Cuatro Vientos, cerca de Madrid, que también fracasó. Estos hechos instaron al gobierno Berenguer a ordenar la detención de los miembros del Comité Revolucionario republicano, constituido a raíz del Pacto de San Sebastián el mes de agosto. Algunos fueron localizados y acabaron en prisión: Niceto Alcalá Zamora, Miguel Maura, Fernando de los Ríos, Francisco Largo Caballero, Santiago Casares Quiroga y Álvaro de Albornoz; pero otros pudieron esconderse y huir: Alejandro Lerroux, Manuel Azaña, Indalecio Prieto y los catalanes Marcel·lí Domingo y Lluís Nicolau d'Olwer.

La situación política era grave y obligó a Cambó a mover ficha. Aunque ambas rebeliones republicanas habían fracasado, el catalán pensaba que el gobierno Berenguer era demasiado débil, se mostraba incapaz de dirigir un proceso electoral y estaba herido de muerte. Sin embargo, la acción revolucionaria de los republicanos frustraba los planes que tenía para su estancia en Madrid, que tenía que ser el primer paso en su regreso a la vida política española. Según él, era el momento óptimo para comparecer en público en la capital y anunciar su propuesta. Incluso un informe diplomático italiano, redactado el día antes de la rebelión de Jaca, apuntaba a que había: «Una gran expectación en la opinión pública por saber si Cambó será recibido por Su Majestad el Rey».[112]El político catalanista había redactado dos largas notas informativas para hablar de lo que pensaba y de cuáles eran sus pretensiones. Quería hacerlas públicas en Madrid, pero la coincidencia con las rebeliones de Jaca y de Cuatro Vientos hizo que pasaran casi desapercibidas.

Días más tarde, en unas declaraciones a la prensa de la capital, dijo que convenía formar un nuevo gobierno integrado solo por liberales constitucionalistas como Alba, Romanones y García Prieto. Consideraba que podía ser lo bastante fuerte para enfrentarse a los posibles movimientos subversivos de los republicanos, pero no había que preocuparse mucho: «El movimiento prerrevolucionario español es mucho más superficial que profundo».

El 18 de diciembre, un largo informe del encargado de la embajada italiana en Madrid informó a su gobierno de las pretensiones políticas y de la situación en la que se encontraba el líder

catalanista. Se decía que las notas de prensa difundidas por Cambó ya no aportaban nada nuevo y quedaban muy desfasadas tras los graves sucesos revolucionarios de Jaca. En su primera nota, Cambó había declarado que estaba dispuesto a asumir el gobierno si conseguía el necesario consenso de la opinión pública española, y que creía que la forma de gobierno, monarquía o república, no era lo más importante en ese momento, pues a él solo le interesaba la utilidad práctica de los regímenes. Pensaba que en esos momentos no era oportuno convocar elecciones a Cortes Constituyentes, porque con las Cortes ordinarias se podía modificar perfectamente la Constitución vigente. Según la nota italiana, Cambó afirmaba que en España solo había dos procedimientos para cambiar la forma del régimen: el pacífico, con unas elecciones que, si dieran la mayoría a los republicanos, obligarían a la monarquía a abdicar; o el revolucionario. Pero él dudaba de que pudiera haber en España un movimiento revolucionario puramente burgués, y solo se podría hacer una revolución con el apoyo de una parte del ejército.[113]

Pero había una novedad en sus declaraciones. Por primera vez, decía en público que había que exigir responsabilidades políticas a los hombres de la Dictadura:

> El señor Cambó finalmente se declaró partidario de depurar responsabilidades entre los hombres que participaron en la Dictadura, durante la cual los españoles habían vivido sin ley y sin libertad. Los hombres de la Dictadura deben someterse a un justo control y abstenerse de cualquier actividad política hasta que se les reconozca su honestidad y buena fe.[114]

Realmente era una gran novedad, pero el informe también hablaba de la escasa repercusión política que habían tenido sus declaraciones:

> Los diarios se han abstenido de hacer cualquier comentario. Solo *El Debate* ha sacado un amplio resumen de su contenido, sobre todo en lo que atañe a la política exterior de España. El famoso financiero catalán está perdiendo gran parte de su aureola. Ha abandonado Madrid para irse a Barcelona sin que el rey le haya recibido.[115]

Un nuevo suceso imprevisto, la insurrección de Jaca, había cogido a Cambó a contrapié. Además, seguía proponiendo prácticamente lo mismo que once meses atrás, cuando había dimitido Primo de Rivera, y entremedias habían pasado muchas cosas que alteraban bastante la situación. La prensa de Madrid empezaba a considerar superfluas sus declaraciones y veía anticuadas sus

propuestas. Encima, era significativo que el informe diplomático italiano tildara a Cambó de «famoso financiero catalán». Tal vez él no fuera muy consciente de que, para gran parte de la opinión pública, tanto catalana como española, su condición de hombre de negocios y millonario eclipsaba su anterior fama de político audaz y renovador.

La ruptura con los intelectuales: la polémica con Ortega y Gasset

Caído Primo de Rivera, era el momento de que Cambó concretara esa alianza con los intelectuales críticos con la Dictadura y el proyecto conjunto, a los cuales se había ido acercando durante la «operación Cambó». Pero pronto aparecieron divergencias políticas entre ellos. Cambó había adoptado una actitud conformista y contemporizadora con el gobierno Berenguer, mientras que la mayoría de los intelectuales, con Ortega al frente, pasaron pronto de criticar la «dictablanda» del general a censurar sin rodeos la actitud del rey y a denunciar la institución monárquica.[116]Estas divergencias comportaron la ruptura con los intelectuales, especialmente con Ortega y Gasset.[117]Veamos cómo se produjo ese proceso de divergencia política en apenas unos meses.

La visita de los intelectuales castellanos a Barcelona en marzo de 1930 tuvo un impacto considerable. Se les invitó como agradecimiento porque «en días de persecución y negación patentizaron su simpatía hacia nuestro esfuerzo cultural, nuestra lengua y nuestro espíritu». Asistieron medio centenar de intelectuales, como Pedro Sainz Rodríguez, Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset, Ángel Ossorio y Gallardo, Fernando de los Ríos, Ramón Menéndez Pidal, Manuel Azaña y Ernesto Giménez Caballero. Durante las reuniones y comidas se pronunciaron discursos en los que predominaron las declaraciones antimonárquicas, e incluso abiertamente republicanas. La confraternización entre los intelectuales catalanes que ya se declaraban republicanos (Lluís Nicolau d'Olwer, Carles Pi i Sunyer, Jaume Serra Húnter, Antoni Rovira i Virgili o Pompeu Fabra) y la mayoría de los castellanos era un hecho.[118]

Esta confraternización republicana causó cierta frustración en Cambó y en los intelectuales de la Lliga, como Estelrich, que tuvieron

que ver cómo una operación que habían planeado ellos («el viaje había sido idea mía», dijo Cambó)[119]acababa siendo utilizada por los enemigos de la monarquía para establecer contactos y hacer propaganda. Estelrich, que fue el organizador del viaje, se quejó del «sectarismo e informalidad» de la gente de izquierdas, que tuvo una «actitud incorrecta», porque aprovechó la ocasión para conspirar. El viaje sirvió para que Cambó, que entonces estaba enfermo y no pudo participar en los actos, constatara la profunda división que existía entre los principales prohombres. Algunos, como Azaña o De los Ríos, ya se presentaron explícitamente como republicanos. El grupo de los indecisos era el más numeroso y estaba dirigido por Ortega, Marañón y Ossorio. Solo Pedro Sainz Rodríguez continuaba confiando en las posibilidades de la institución monárquica y en la persona del rey.

En una carta a Ossorio y Gallardo mandada poco después de la visita a Barcelona, Ortega y Gasset explicó que se había comprometido a redactar «una exposición que tiene una finalidad puramente privada», que quería que «circulara entre algunas personas tanto de aquí como de Cataluña».[120]Este texto se tendría que convertir en un manifiesto político que deberían firmar unas cuantas personalidades catalanas y castellanas, entre las cuales contaban sobre todo con Cambó y otros dirigentes de la Lliga. Así lo explicó Ortega:

> De Barcelona me escribe Amadeo Hurtado dándome noticias del excelentísimo rumbo que llevan allí nuestros propósitos. Parece ser que todo el mundo lo acepta y me envía una lista de nombres de personas dispuestas a firmar la incitación y en que aparecen desde católicos y amigos de Cambó hasta socialistas y sindicalistas.[121]

A finales de marzo de 1930, el movimiento de las personalidades dispuestas a firmar un manifiesto a favor del cambio político cogió mucho impulso. El propio Ortega, que era la cabeza visible de la iniciativa, aprovechaba sus artículos en el periódico madrileño *El Sol* para marcar las pautas de lo que debería ser la conjunción de «las minorías excelentes» que tenían que renovar la política del país.[122]Él postulaba la convocatoria de unas Cortes Constituyentes y manifestaba su simpatía por la posible configuración de un frente de derechas, reformista y democrático, liderado por gente como Francesc Cambó y Ángel Ossorio y Gallardo. Creía que había que formar un gobierno con «los mejores», con personalidades no viciadas por la vieja política. Según él, y también Cambó, poco podía esperarse ya de la mayoría de los dirigentes dinásticos (Romanones, Sánchez Guerra, García Prieto,

De la Cierva, etc.), ni podían servir los viejos líderes republicanos como Lerroux o Domingo. Solo un nuevo gobierno, formado por gente libre de los viejos vicios, podía satisfacer los ideales de reforma y cambio que impregnaban la sociedad española. Para Ortega y Gasset, la categoría de «minoría selecta» era sinónimo de «minoría ejemplar», sobre todo en términos morales y cívicos, más que estrictamente políticos.

Las grandes discrepancias radicaban en que, según Cambó, la monarquía todavía podía vehicular el cambio que comprendiera ese entendimiento entre intelectuales y políticos «sanos», de derechas y de izquierdas. Para él, solo desde la legalidad se podría abrir el proceso que culminara en la revisión de la Constitución y sentara las bases de la «nueva España». Pero Ortega, igual que Marañón y Ossorio, era mucho más escéptico con la capacidad de la monarquía, y especialmente de Alfonso XIII. Creían que el monarca y su entorno tendrían dificultades para adaptarse a las tareas renovadoras que se les exigirían. Como es de sobra conocido, las reflexiones de Ortega aparecieron en sus artículos de *El Sol* en la primera mitad de 1930 y acabaron conformando el libro *La rebelión de las masas*.

Después del Pacto de San Sebastián de agosto de 1930, los hechos se precipitaron. Ortega y sus seguidores intelectuales creyeron pertinente publicar enseguida el manifiesto firmado por una cincuentena de personalidades del mundo político, cultural y científico, y que suponía el punto de partida hacia el cambio. Pero Cambó se resistía a sumarse a una acción que encabezaban más y más personas proclamadas antimonárquicas. Por último, el 9 de noviembre de 1930, Ortega y Gasset publicó en *El Sol* un primer artículo que rompía radicalmente con la actitud de posibilismo político de Cambó respecto a la monarquía. En ese artículo incluyó su famosa sentencia en latín: «Ceterum censeo delendam esse Monarchiam» («Por todo eso pienso que la monarquía debe ser destruida»). Y seis días más tarde, otro famoso artículo de Ortega, titulado «El error Berenguer», supuso su ruptura pública y definitiva con la institución monárquica. También es bastante conocida la sentencia con la que concluía el escrito: «¡Españoles, vuestro Estado no existe! ¡Reconstituidlo! *Delenda est Monarchia* [“La monarquía ha de ser destruida”]».[123]

Esa declaración alejaba totalmente a Ortega de los proyectos cambonianos, porque el político catalanista aún defendía la viabilidad

de un gobierno reformador presidido por Santiago Alba o por él mismo, y evidentemente desde la legalidad monárquica. Por mucho que Ossorio, Marañón y Ortega presionaron a Cambó para que los acompañara en su aventura política, el líder catalanista se mostró cada vez más reticente. Pocos días antes de los hechos de Jaca, Ossorio todavía preguntó a Marañón si podían contar con Cambó. Al final, se acabó imponiendo el escepticismo sobre el posible papel dirigente del catalán. Hasta Ossorio confesó a Marañón el 11 de diciembre que, dada «la actitud contemporizadora de Cambó» con el gobierno Berenguer, ya no podían contar con él.[124]

Aun así, cuando el gobierno entró en crisis en febrero de 1931, Ortega y Gasset lanzó un órdago para incorporar a Cambó a la causa de los políticos e intelectuales que abogaban por un cambio radical. Le propuso ser el primer firmante del conocido manifiesto «Al servicio de la República». Cambó lo refleja en sus *Memorias* y lo repite en su *Dietari*.[125]Explica que tuvo una charla muy tensa con Ortega en su suite del Hotel Ritz de Madrid, a comienzos de febrero de 1931. Al parecer, el madrileño le ofreció una visión idílica del futuro régimen republicano regido «por los mejores», entre ellos el propio Cambó. Para Ortega, la nueva república estaría gobernada por los auténticos reformistas de España: los intelectuales, los catalanistas y los socialistas, y no los viejos dirigentes republicanos.

Cambó se negó en redondo a aceptar la propuesta. Según él, no lo hizo por fidelidad a la corona, sino por escepticismo respecto a la república. Creía que un hipotético gobierno republicano estaría controlado por los socialistas y por Lerroux y sería un régimen de convulsiones políticas y sociales y de retroceso cultural. Cambó explica que Ortega salió indignado de la entrevista. Pocos días después, el 14 de febrero de 1931, se hizo público el conocido manifiesto «Al servicio de la República», que presentaron personalmente José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Antonio Machado y Ramón Pérez de Ayala. No había ningún catalán entre los firmantes. El manifiesto quería «movilizar a todos los españoles de oficio intelectual para que formen un copioso contingente de propagandistas y defensores de la República Española ... hacer una leva general de fuerzas que combatan a la Monarquía».[126]

Es evidente que el Francesc Cambó de entonces era reticente a suscribir esas frases. Extraña mucho ver la audacia de Ortega al

solicitar la firma de Cambó, a sabiendas de que este estaba muy ligado a un proyecto político que apostaba por la continuidad de Alfonso XIII. Sin duda, Ortega quería forzar «la conversión» de Cambó al republicanismo porque, de haberse producido, habría sido muy sonada. Pero la maniobra orteguiana denotaba un juicio equivocado sobre la persona de Cambó y confundía sin duda la capacidad de maniobra de los políticos respecto a la de los intelectuales. Un político no era un intelectual independiente; no tenía libertad para cambiar con facilidad de bando. Era evidente que algunos políticos monárquicos como Alcalá Zamora, Miguel Maura o el propio Ossorio se habían proclamado republicanos o se habían distanciado claramente de Alfonso XIII en los últimos tiempos, pero detrás de ellos no había ni un partido importante ni una representación social relevante.

El caso de Cambó era bastante diferente. Él consideraba que tenía que ser coherente y que no solo se debía a una larga trayectoria personal, sino también a un proyecto político, a un partido y a gente determinada, tirando a conservadora y poco republicana. Él estaba anclado en la defensa de la legalidad monárquica y quería oponerse a la oleada republicana que parecía coger cuerpo. Por eso mismo, al cabo de pocos días del manifiesto, anunció la creación del Centro Constitucional, una formación conservadora que englobaba a los antiguos mauristas y los regionalistas de la Lliga con el propósito de salvar el régimen monárquico.

Un mes después de la accidentada entrevista en el Hotel Ritz, tuvo lugar lo que Cambó llamó «la venganza de Ortega», materializada en forma de una agria polémica en las páginas de *El Sol*. El 13 de marzo de 1931, Ortega y Gasset publicó en ese diario madrileño el artículo titulado «Antitópicos. Los problemas concretos». En él atacaba al gobierno Aznar en general, y especialmente al ministro de Hacienda, Joan Ventosa, para terminar aludiendo despectivamente al intento de crear el Centro Constitucional. Según Cambó, era un artículo «rencoroso, retorcido, lleno de insidias; queriendo ofenderme a mí, injuriaba y difamaba a Ventosa».[127]

El 17 de marzo, el mismo periódico publicó la réplica de Cambó, «Antitópicos. Respondiendo al Señor Ortega y Gasset». La respuesta era implacable. No solo mostraba pasmo e indignación por los ataques a Ventosa, sino que denunciaba el cambio de actitud de Ortega, que

calificaba de «inconsecuencia política». Cambó no entendía cómo Ortega, que hasta hacía poco siempre había elogiado su postura, había cambiado radicalmente y lo atacaba con dureza. El político catalanista se preguntaba por qué «hace dos meses me asignaba la misión de conducir a España camino de su vertebración y grandeza, y aún me señalaba el camino para cumplir misión tan excelsa», y ahora lo censuraba con tanta acritud. El largo artículo de Cambó acababa usando la ironía para desacreditar a Ortega como político, tachándolo de aficionado: «Ortega es un diletante de la política, y su diletantismo le permite, y aún le impulsa, a flirtear con todos los ideales, aun los más contrapuestos, sin llegar a casarse con ninguno».[128]

Días después, *El Sol* publicó la contrarréplica de Ortega, en la que aceptaba con condescendencia el cargo de «diletante de la política» («yo he sido siempre muy desaficionado a la política»), pero justificaba su nuevo compromiso republicano alegando las circunstancias especiales que vivía España. Asimismo, el filósofo madrileño respondió a Cambó recordando su accidentada vida política y aludió explícitamente al hecho de que su retirada, de junio de 1923, le había permitido dedicarse en cuerpo y alma a construir su imperio económico. Ortega acusó a Cambó de «desatender unos años, sin abandonarla, su profesión de hombre público para vacar a edificarse una fortuna».[129]Era una estocada excesiva, pero quería destacar que la falta de coraje que manifestaba Cambó se debía a su necesidad de defender su condición de millonario.

El Centro Constitucional, el último intento por salvar la monarquía

Como temía y había previsto Cambó, el 7 de febrero de 1931 el gobierno Berenguer anunció la convocatoria de elecciones generales. Inmediatamente, casi todos los partidos declararon que no participarían: republicanos, socialistas, constitucionalistas, liberales, etc. También lo anunció Santiago Alba. Visto lo visto, Cambó y los conservadores de su entorno, como el duque de Maura, vacilaron un poco, pero también acabaron optando por la retracción. Ante el fracaso, Berenguer se vio abocado a dimitir.

El rey llamó a Cambó para la ronda de consultas y aunque el catalán le recomendó que nombrara presidente a Santiago Alba,

Alfonso XIII no le hizo caso. El 14 de febrero de 1931, el rey forzó la formación de un gobierno de concentración monárquica, pero solo aceptó a los «leales a su persona». Parecía que ya no se fiaba de muchos de sus antiguos ministros, pero también era evidente que en esos instantes la mayoría de los políticos monárquicos tampoco confiaban mucho en el rey. El gobierno, constituido el día 18 de febrero y presidido por el bisoño almirante Juan Bautista Aznar, estaba lleno de figuras veteranas del monarquismo y representaba sin fisuras la vieja política de siempre. De hecho, estaba exclusivamente formado por conservadores, liberales y un miembro de la Lliga Regionalista. Según Jesús Pabón, era el peor de los gobiernos posibles, pues carecía de líder.[130]

Cambó fue quien propuso a Joan Ventosa i Calvell como ministro de Hacienda. Ventosa recibió la noticia con «indignación y sorpresa», pero se vio forzado a aceptar.[131]El escrito de Cambó de 1932 precisa que fue él quien dictó gran parte del programa del nuevo gobierno, en especial en lo que se refiere a resolver la cuestión catalana:

> Para evitar equívocos dicté un proyecto de declaración ministerial. La parte relativa a la Autonomía de Cataluña fue redactada después de larga deliberación, en la que tomó parte muy activa el Sr. Abadal. La Autonomía a exponer a las Constituyentes se precisaba en extensión y en intensidad. La declaración que llevaba Bertrán y Musitu a la reunión para constituir Gobierno, fue examinada y discutida, pero acabó por aprobarse sin la más ligera modificación, que por otra parte no hubiera sido aceptada.[132]

Cambó, que ese día se encontraba mal, siguió desde su suite en el Hotel Ritz de Madrid las negociaciones de constitución del nuevo gobierno, delegando en Josep Bertran i Musitu la concreción de los principales acuerdos —básicamente, el nombramiento de Ventosa como ministro de Hacienda— y la aceptación del programa redactado por él.

La versión de Juan de la Cierva, que sería ministro de Fomento, coincide con la de Cambó. Según el murciano, Bertran i Musitu llevaba instrucciones muy precisas de Cambó y las leyó ante todos los ministros. Pedía un acuerdo previo sobre tres problemas capitales: primero, el de Cataluña; segundo, la estabilización de la peseta; y tercero, el carácter de las Cortes que se iban a convocar. Solo si se llegaba a un acuerdo en los tres puntos se podría contar con la Lliga Regionalista en el gobierno, con Ventosa como titular de la cartera de Hacienda.[133]Según De la Cierva, se aceptaron las condiciones con

ciertas reticencias y, en el primer consejo de ministros, Joan Ventosa llevó un texto para esbozar la declaración programática del gobierno.

El programa del almirante Aznar hablaba de la renovación inmediata de los ayuntamientos y las diputaciones mediante unas elecciones por sufragio universal, fijadas para los días 12 de abril y 3 de mayo de 1931, respectivamente. Luego, el 7 de junio se celebrarían los comicios a unas Cortes que tendrían que modificar la Constitución. Para calmar la situación, se dictarían algunas medidas de gracia conciliadoras, como autorizar la vuelta del exilio de Francesc Macià.

Había una cosa cristalina. La Lliga Regionalista volvía a implicarse en un gobierno español; y no solo con la presencia del número dos, Joan Ventosa, sino con una participación decisiva en la confección del programa. Era algo que no ocurría desde marzo de 1922. Como ya hemos dicho, Cambó y Ventosa habían condicionado la presencia de la Lliga en el gobierno Aznar a que se abriera un proceso de revisión constitucional, a que se resolviera el caso catalán y a que se modificara la política económica saneando la peseta. El programa del gobierno declaraba que se quería satisfacer a Cataluña con un estatuto que tomara «como base mínima la ponencia de la comisión extraparlamentaria de 1919, presidida por Antonio Maura», y como base máxima el proyecto elaborado y aprobado por la Mancomunitat ese mismo año.[134]

Pocos días después, el 3 de marzo, Cambó anunció la formación del Centro Constitucional, un nuevo partido español que lideraría él mismo y del que formaban parte dos miembros del gobierno Aznar: Joan Ventosa y el duque de Maura. La nueva formación española, en la que se integraría sin disolverse la Lliga Regionalista, aspiraba a ser la gran triunfadora de las generales de junio. Tenían tres meses para prepararse.

Durante todo marzo y principios de abril, Cambó volvió con arrojo a la política activa y celebró numerosos mítines por toda España para presentar el nuevo partido y cosechar el máximo apoyo de los sectores que buscaban mantener el orden y el statu quo. Estaba bastante satisfecho, tanto con el estado de las cosas en el seno del gobierno Aznar («Ventosa ya se ha hecho amo y señor del Ministerio») como con la acogida de su Centro Constitucional: «Se adhiere gente de todas partes: hoy se han sumado un montón de generales».[135]Creía que había que detener el avance de los «revolucionarios» que querían

acabar con la monarquía, y era optimista porque consideraba que habían cogido por sorpresa a los republicanos y que el programa pactado dentro del gobierno acabaría resolviendo el tema catalán.[136]Estaba convencido de que, esta vez sí, se conseguiría la autonomía, porque mientras los republicanos catalanistas la habían buscado «con aquellos que no la pueden dar ... nosotros la hemos hecho prometer a quienes la pueden asegurar».[137]

Para consolidar su Centro Constitucional, Cambó no dudó en usar sus influencias entre los sectores económicos para financiarlo e impedir la «revolución republicana». Nos consta que en febrero de 1931 Fraser Lawton, director general de la Barcelona Traction, entregó a Cambó un cheque de cien mil pesetas, lo que hoy equivaldría a medio millón de euros, para ayudar a sufragar su Centro Constitucional.[138]

Pero pese a ser una formación nueva, el Centro Constitucional se regía por las pautas de conducta de la «vieja política». En el fondo, Cambó siempre había aspirado a crear un partido español partiendo de la Lliga Regionalista y de los vestigios de los partidos dinásticos, sobre todo los mauristas, y algunos grupos regionalistas de Valencia y Mallorca. Según él, esa formación tendría que renovar la monarquía constitucional, debilitada y desacreditada tras la Dictadura, y defendería la convocatoria de elecciones a Cortes ordinarias para redactar una nueva carta magna. Pero Cambó, que contaba con el beneplácito del rey, montó la operación con excesiva precipitación. Lo hizo a contracorriente y con una notable ceguera política. No se había dado cuenta de que, a comienzos de 1931, la ciudadanía empezaba a ver la monarquía como un obstáculo para la democracia y la autonomía catalana. Ese intento de organizar una nueva derecha monárquica llegaba tarde. Además, estaba llena de gente achacosa (mauristas y miembros de la Lliga), más que de sangre nueva, y no había ningún político de peso que representara a una nueva generación. Se notaba demasiado el predominio de veteranos dinásticos, mientras que entre los republicanos y socialistas empezaban a salir muchas caras nuevas.[139]Promoviendo esta iniciativa y negándose a firmar el manifiesto «Al servicio de la República», como le había propuesto Ortega y Gasset, a mediados de marzo de 1931 Cambó se erguía como uno de los defensores acérrimos de Alfonso XIII.

La imagen de Cambó es contradictoria. Su catalanismo parecía excesivamente moderado e insuficiente para unos, pero seguía despertando las suspicacias de muchos otros, como recogía un informe sobre él redactado por el embajador de Francia en Madrid, dirigido al ministro de Asuntos Exteriores francés Aristide Briand: «Su actitud con el problema catalán continúa siendo muy delicada y amenaza con menoscabar el crédito que tiene entre sus antiguos partidarios, sin destruir totalmente la desconfianza que muchos españoles pueden conservar respecto a él».[140]Eso mismo creían muchos catalanistas de izquierdas. Antoni Rovira i Virgili señalaba esta contradicción en el proyecto del líder liguero: «Todo lo que Francesc Cambó ha ganado en influencia sobre la política española, lo ha perdido en influencia sobre la política catalana».[141]

En 1931, Cambó se vio dos veces más con el rey antes de la caída de la monarquía. Ambas entrevistas figuran en el texto de 1932 y en las memorias escritas en la posguerra, aunque aparecen descritas con ciertas diferencias. Según las *Memorias*, en el primer encuentro del día 11 de febrero, el dirigente catalanista se lamentó de que la solución de Santiago Alba no hubiera sido posible y reiteró a Alfonso XIII que, a causa de su salud, él no podía asumir ninguna responsabilidad dentro de un gobierno.[142]En el texto inédito de 1932, la entrevista se documenta de forma bastante distinta. Veamos qué dice sobre la reunión con el monarca del día 11, tres días antes de formarse el gobierno del almirante Aznar:

> Desde el día 1 de julio de 1930 no tuve ninguna comunicación ni directa ni indirecta con el Rey, hasta el día en que hube de evacuar la consulta motivada por la caída del Gobierno Berenguer. Le encontré hondamente preocupado, pero razonando fríamente, algo que no se acostumbra a producir en él más que en los momentos difíciles. Me pregunta la significación del Gobierno que se debía formar y yo le respondo, sin vacilar, que debía ser de izquierda. Me pregunta después si a mi entender debía llamar a Santiago Alba y le contesto que sí. Me consultó sobre la conveniencia de acelerar la convocatoria de unas Cortes Constituyentes y le contesté que no creía que nadie aceptase el poder sin esta condición, añadiéndole que no eran aquellos los momentos para imponer sino para aceptar. Entonces me dice que está amargado y decepcionado y que siente a menudo el deseo de irse de España. Me pregunta qué me parecería a mí si convocase un plebiscito para que el pueblo dijese con un sí o con un no si había de dejar la corona. Le respondo que puedo avanzarle el resultado: que éste sería en una gran mayoría en el sentido de que dejase la corona.[143]

Estas cuestiones, incluyendo el pesimismo del monarca y la peculiar propuesta del plebiscito sobre su continuidad, no se comentan en sus *Memorias*. Además, en sus recuerdos Cambó no habla en ningún

momento de este deseo real de someter a plebiscito su continuidad a principios de febrero de 1931. Tampoco lo recoge Jesús Pabón en su libro. Sí lo menciona Melchor Fernández Almagro, pero atribuye este debate a la entrevista del 1 de julio, es decir, siete meses antes.[144]Javier Tusell habla del proyecto de Alfonso XIII de celebrar un plebiscito, y dice que Cambó le hizo ver su imprudencia, pero tampoco sabe situarlo cronológicamente.[145]

La última conversación entre Cambó y el rey antes del 14 de abril, mencionada también en las *Memorias*, tuvo lugar el 24 de febrero en el Palacio de Oriente de Madrid. Cambó reconoce que la actitud de Alfonso XIII le dejó algo perplejo: ahora el monarca era bastante optimista e incluso hablaba de una posible solución al problema catalán por la vía autonómica.[146]Esta última entrevista entre ambos también se relata con pelos y señales en el texto de 1932:

> La constitución del Gobierno Aznar tuvo buena prensa en el extranjero; el Rey del negro pesimismo de los primeros días de la tramitación de la crisis, pasó a un optimismo desbordante. En una visita protocolaria —dice el Sr. Cambó— que hube de hacerle pocas horas antes de salir para Barcelona, al verle tan alegre le dije que se hacía ilusiones si creía que la situación había mejorado con la formación del Gobierno.[147]

Esta réplica de Cambó al excesivo optimismo del monarca tampoco consta en sus *Memorias*. Lo que sí aparece es la alusión a la autonomía catalana, que se había incluido como exigencia de la Lliga Regionalista en el programa de gobierno del almirante Aznar. Este hecho, que es muy destacado por Cambó en sus recuerdos, tampoco se recoge en el texto de 1932.

Abril de 1931: las tres opciones de la Lliga, según Cambó

En su texto de 1932, Cambó justifica la presencia de la Lliga en el último gobierno de la monarquía de manera mucho más transparente que años después, en sus *Memorias*:

> Ante la situación, la Lliga tenía tres caminos: abstenerse; declararse republicana; aprovecharse de la difícil situación de la Monarquía para obtener para la causa de Cataluña lo que no había podido alcanzar hasta entonces. El primer camino era incompatible con la dignidad y la historia de la Lliga y de sus hombres; el segundo —declararse republicana— no reforzaba las garantías que ya los socialistas y republicanos españoles habían ofrecido a Cataluña, como resultado del acuerdo a que llegaron, después de un período de vacilaciones inexplicables, los republicanos catalanes con los directores del movimiento revolucionario. Podía venir la República o no venir. Aun concediendo que las posibilidades de la continuación de la Monarquía fuesen mínimas,

> la Lliga no podía dejar abandonada esa posibilidad; y en el caso de que la Monarquía hubiese subsistido, Cataluña se hubiera encontrado en una posición como nunca la tuvo desde la iniciación del catalanismo político, pues todos los partidos, republicanos y monárquicos, se hubieran encontrado comprometidos en la solución satisfactoria del pleito de Cataluña.[148]

Es bastante relevante que Cambó plantee esta disyuntiva entre las tres opciones que tenía encima de la mesa la Lliga en abril de 1931. Sin duda, nos encontramos ante una reflexión muy condicionada por lo que ocurrió justo después y redactada en un tono que intenta justificarse. Según él, había que aprovechar la debilidad de los partidos monárquicos españoles para impulsar la causa autonómica. Parecía que quisiera recuperar ese viejo dilema que había planteado en 1919 con el famoso eslogan accidentalista: «¿República o monarquía? ¡Cataluña!». Aun así, sorprende que quiera comparar la situación de 1931 con la de 1919, o que sostenga que, si el gobierno Aznar se hubiera consolidado, la situación catalana habría mejorado ostensiblemente y la autonomía sería una realidad.

Las municipales del 12 de abril de 1931 estuvieron muy lejos de ser unas simples elecciones administrativas. Se llevaba más de siete años sin votar por la Dictadura y, desde el primer mitin y el primer artículo de prensa, era de prever que las izquierdas dieran a esos comicios un carácter plebiscitario sobre la monarquía de Alfonso XIII.[149]Este tono se impuso rápidamente y obligó a la Lliga Regionalista y al propio Centro Constitucional a configurar candidaturas que apoyaran a la monarquía, aunque algunas no lo explicitaran mucho. En Cataluña, y sobre todo en Barcelona, la situación era compleja porque proliferó una plétora de candidaturas que podían dispersar mucho el voto. Aparte de la Lliga Regionalista, en la ciudad condal se presentaron la Coalició Republicana-Socialista (radicales y el PSOE), el Partit Catalanista Republicà (la antigua Acció Catalana), la nueva Esquerra Republicana de Macià, que iba en coalición con la Unió Socialista de Catalunya, y varias candidaturas republicanas y comunistas de diversa índole. Gran parte de los expertos creían que ganaría el Partit Catalanista Republicà o la Lliga, aunque el grado de participación podía ser decisivo. La dirección de la Lliga no se involucró mucho en la campaña electoral. Cambó no participó en ningún mitin porque todavía no podía forzar la voz, pero Ventosa, Duran o Abadal tampoco se prodigaron mucho. Lo dejaron todo en manos de los «pronois» de la segunda generación: Joan

Estelrich, Ferran Valls, Antoni Martínez Domingo, Lluís Puig de la Bellacasa, etc.

El domingo 12 de abril por la noche, el estado mayor de la Lliga se reunió en casa de Cambó para seguir el recuento de los votos. Además del anfitrión, estaban Ventosa, Duran, Abadal, Nadal y Puig de la Bellacasa. A medida que llegaban los resultados, como explica Joaquim M. de Nadal, «las caras de los reunidos se iban alargando y las animadas conversaciones de las primeras horas habían cedido paso a un silencio preñado de amenazas».[150]El recuento en Barcelona concedía una sorprendente victoria a la candidatura de Macià y de Esquerra Republicana, con un máximo de 43.000 votos, seguida por la coalición republicano-socialista, con 28.500 votos. La Lliga era tercera por muy pocos votos, 28.200, mientras que la candidatura del Partit Catalanista Republicà sufría un descalabro importante, con solo 18.880 votos. La victoria republicana también fue aplastante en el número de concejales elegidos: en Barcelona había 38 republicanos por solo 12 de la Lliga. En el conjunto de Cataluña, Isidre Molas calcula que fueron elegidos unos 1.014 concejales próximos a la Lliga y unos 279 explícitamente monárquicos, frente a los 3.498 republicanos, los 114 socialistas y los 8 comunistas.[151]En Cataluña, el resultado del plebiscito fue inapelable.

La explicación que nos da Cambó sobre el proceso que conduce a la proclamación de la República en el texto inédito de 1932 es sencilla, pero muy tópica. Insinúa que tenía miedo al «ambiente difuso revolucionario que dio a todos la sorpresa del 12 de abril».[152]Insiste en la tesis de que nadie dio mucha importancia a las elecciones, e incluso el Comité Revolucionario republicano fue bastante escéptico respecto a esos comicios. Según él, el gobierno Aznar estaba convencido de lograr una victoria global en toda España, mientras que los republicanos no creían mucho en su triunfo. Pero la primera gran sorpresa llegó en Barcelona, con la victoria de Esquerra Republicana y la derrota de Acció Catalana, sazonada con el triunfo de las candidaturas republicanas en las ciudades más grandes del país. Entonces, dice Cambó, «la impresión fue de estupor en el Gobierno y en los republicanos y los socialistas».[153]

Lo que parece falso es la versión oficial, según la cual la Lliga Regionalista, Ventosa y Cambó tuvieron un papel muy secundario en la crisis final de la monarquía y se dejaron llevar por la oleada de

abandonos que barrió al gobierno. Pienso que muchos historiadores no han dado mucha importancia a todo lo que hicieron y dijeron los principales dirigentes de la Lliga Regionalista, en especial Francesc Cambó y Joan Ventosa, que era ministro.

Según Jesús Pabón, que recoge un testimonio posterior de Ventosa, Alfonso XIII recibió al político catalanista a primera hora de la mañana del mismo 14 de abril.[154]Durante la entrevista, Ventosa propuso al rey resistir, alegando que la monarquía era una institución secular que no podía cambiar por unas simples elecciones municipales: «El rey podía y debía sostener —la monarquía— empleando la fuerza material si es preciso; cerrar las universidades, si se desmandan; suprimir los ayuntamientos en subversión». Pabón añade que el rey no aceptó la propuesta y que Ventosa le dijo entonces que el gobierno debía dimitir. El monarca tendría que llamar a los constitucionalistas liberales para formar un nuevo gobierno y, como último recurso, irse de España.

Pabón dice que no puede precisar si Joan Ventosa había visto a Cambó antes de su entrevista con el rey y que, por lo tanto, no sabe si este último compartía la propuesta hecha al monarca. Es decir, su biógrafo oficial no desea involucrar a Cambó en esta actitud de resistencia política y lo presenta todo como una iniciativa de Ventosa. Tampoco podemos fiarnos de Pabón. Es difícil creer que Ventosa pudiera actuar por su cuenta en algo tan trascendental. Es inverosímil que pidiera al rey resistir sin la aprobación previa de Cambó. Además, Pabón oculta un hecho que sí conocía: en efecto, Cambó y Ventosa se habían visto en el Hotel Ritz de Madrid esa mañana, poco antes de que el segundo fuera a palacio a hablar con el rey. Lo cierto es que el propio Cambó lo cuenta en sus *Memorias* y, como sabemos, Pabón había consultado y usado mucho ese texto original para redactar su obra.[155]

Nos inclinamos a pensar que Cambó fue un firme partidario de defender la monarquía hasta el final y que convenció a Ventosa para que intentara persuadir al rey. Esta actitud guarda una relación directa con el hecho de que, cuando conoció los resultados electorales en Barcelona, Cambó publicó una nota de prensa en la que pedía al gobierno Aznar que hiciera una declaración política serena y que controlara el orden público. La nota recalcaba que habían sido unas municipales sin valor político y que había que convocar unas

generales para conocer el auténtico deseo de los españoles. Finalmente, aseguró que «la mayoría no quiere la revolución, ni la Dictadura, ni que vuelva el viejo régimen».[156]La nota que Cambó había enviado a la prensa barcelonesa la tarde del 13 de abril es casi lo mismo que, según Pabón, Joan Ventosa le dijo al rey al día siguiente, en el Palacio de Oriente.[157]

Como sabe todo el mundo, cuando Francesc Cambó descubrió la situación crítica en la que se hallaban el gobierno y el rey la noche del lunes, 13 de abril, cogió el expreso hacia Madrid. Le acompañaba Josep Pla, testigo improvisado de los hechos históricos que se iban a vivir en la capital. A primera hora de la mañana del 14 de abril, se reunió en el hotel con Ventosa. Horas después, y a pesar de sus esfuerzos, sabía que la mayoría de los integrantes del gobierno y Alfonso XIII eran partidarios de no presentar batalla. Fue entonces cuando, aprovechando la situación de división y debilidad del gobierno Aznar, el Comité Revolucionario republicano lanzó su ultimátum: el rey tenía que irse antes de la noche. Esta actitud de fuerza de los republicanos estaba avalada por el hecho de que, a mediodía, la radio ya anunciaba la proclamación de la república en Barcelona y Éibar. En Madrid, el Ayuntamiento fue ocupado por los nuevos concejales republicanos a las cinco de la tarde. Estaba claro que ni el ejército ni la Guardia Civil estaban dispuestos a salir a la calle a defender al rey. El último episodio de la colaboración de Cambó con la monarquía fue revisar el texto con el que Alfonso XIII anunció la renuncia temporal a ejercer la soberanía regia.[158]

Para mí, esta actitud de Cambó de defender a la monarquía hasta el último aliento es la que explica su sensación de derrota ante los hechos del 14 de abril de 1931, y también nos ayuda a entender la inquietud que le embargaba ante la nueva situación que se imponía. Al reconocer en sus *Memorias* que: «Al caer la tarde vi que no tenía nada que hacer en España durante un tiempo»,[159]estaba aceptando que él, uno de los últimos valedores de la monarquía, tenía que correr la misma suerte que Alfonso XIII. Por eso se fue directamente de Madrid a París, sin pasar por Barcelona. Tal vez ya le hubiera llegado la noticia de que, en las calles de la capital catalana, el entusiasmo republicano se manifestaba en gritos tan amenazantes para su persona como: «Viva Macià y muerte a Cambó». La suya fue una huida política precipitada hacia una especie de autoexilio de año y medio de

duración. Joan Ventosa también se marchó a París, pero su etapa en el extranjero fue más breve; regresó a Barcelona en enero de 1932.

En la historia de un país no existen los paréntesis. Siempre pasan cosas. La situación política de los años 1930-1931 era bastante diferente de la de 1923. Durante los años de la Dictadura, la figura de Alfonso XIII y la de la monarquía habían sufrido una erosión considerable. Los desprestigiados partidos dinásticos estaban al borde del abismo y no se había producido ningún relevo importante, ni en sus dirigentes ni en sus propuestas. En cambio, habían crecido el republicanismo y el socialismo y los intelectuales más comprometidos ostentaban un protagonismo ciudadano inédito. En Cataluña, la política represiva de Primo de Rivera había provocado una vigorosa reacción cultural y cívica que la Lliga Regionalista ya no controlaba. Cambó no supo ver esos cambios y siguió pensando y actuando conforme a los cánones de «la vieja escuela», moviéndose entre las élites y pactando con los de arriba, como antes. Le frenaban su carácter conservador y el miedo a no controlar el proceso de cambio político, como en 1917. Cambó ya no era el «revolucionario audaz» y, encima, infravaloró las posibilidades de los republicanos. No quiso percatarse de que la política de masas estaba irrumpiendo con una fuerza tremenda, como se vio en las jornadas del 12 y del 14 de abril de 1931.

Capítulo 5

FUERA DE JUEGO: LOS AÑOS DE LA REPÚBLICA

Durante la etapa republicana, Francesc Cambó tuvo escaso protagonismo político. Después de un año y medio de autoexilio, su regreso a Cataluña y a la política activa le obligó a aceptar el nuevo régimen de izquierdas de Madrid y la Generalitat presidida por Francesc Macià. Desde la oposición, intentó reorganizar la Lliga intentando hacerse un espacio, sobre todo entre 1933 y 1935, tanto dentro de la política española, entre la CEDA y los radicales, como de la catalana, rodeándose de todas las derechas. Tras los sucesos de octubre de 1934, intentó sacar provecho de la nueva situación, pero los débiles gobiernos de centro-derecha y el creciente anticatalanismo le hicieron fracasar. La derrota electoral que sufrió en febrero de 1936 su coalición con las derechas llevó a Cambó a rectificar de nuevo su postura, esta vez hacia el centro, y a distanciarse de los complots antirrepublicanos, una actitud que mostraba a la vez su respeto a la legalidad y su marginalidad política. Fueron unos años en que se sintió políticamente muy incómodo dado que sus aliados tradicionales, las derechas españolas, eran «más anticatalanistas que nunca», mientras que las izquierdas daban apoyo al autonomismo como «hacía muchos siglos no habían recibido los catalanes de ningún gobierno español». Ser conservador y catalanista era entonces un problema.[1]

Entre la reticencia y la aceptación pragmática del nuevo régimen

Según el historiador Jesús Pabón, si en abril de 1931 Cambó se opuso firmemente al cambio de régimen, fue porque «temía que con él se iniciara, no una República, sino una Revolución».[2]Pero no creo que

Cambó dijera ni escribiera eso en ese momento. Solo aparece en sus *Memorias*, escritas mucho después y acabada ya la guerra civil, un texto donde encontramos las manifestaciones de amargura y rencor más claras sobre los hechos de abril de 1931 y sus grandes críticas al régimen republicano. De nuevo, encontramos una versión oficial, fabricada a posteriori, que pretende presentarlo como un político extremadamente contrario y crítico con la república. ¡Y desde el primer momento! Pero ¿fue esa la auténtica actitud de Cambó? Vamos a repasar brevemente lo que dejó escrito el líder catalanista en sus *Memorias* sobre esta cuestión, escogiendo frases y pensamientos concretos.

En sus recuerdos, Cambó reflexiona mucho sobre filosofía política y tiende a teorizar sobre el sentido y el carácter de las revoluciones a fin de situar la española en su contexto. Sostiene que todas las revoluciones políticas terminan siendo devoradas por una terrible revolución social: «Por eso el advenimiento de la República me causaba un verdadero terror».[3]A partir de aquí, se permite descalificar las elecciones que condujeron a la proclamación de la república:

> Las elecciones del 12 de abril se inundaron las urnas con todos los rencores, las codicias y las protestas que provocaba y contenía la Dictadura y que el Gobierno Berenguer no se preocupó de diluir ... El 12 de abril ... no se votó por la República, no se votó contra la monarquía, sino contra todo lo establecido: contra la Iglesia, contra los aristócratas ... pero especialmente contra todos los que mandaban y representaban un poder, una fuerza, una jerarquía ... o simplemente un bienestar o una situación superior a la de cada votante.[4]

La obsesión antirrepublicana de sus Memorias le lleva a ofrecer una visión catastrofista del nuevo régimen: «Yo confieso que creía que todas las perturbaciones y los escollos posteriores se producirían antes, pero no lo preveía, como dudo que lo previese nadie ... Si en España llega la República, serán las izquierdas sociales las que dominen y, probablemente, las que la deshagan».[5]Incluso llega a insinuar que gracias al general Sanjurjo se pudo proclamar pacíficamente la república, pues sin la intervención del jefe de la Guardia Civil, que se puso a las órdenes de Niceto Alcalá Zamora, «la República y la revolución social habrían llegado juntas».[6]

Repitámoslo: ¿es auténtica esta versión oficial de tan extremado rechazo y desprecio hacia el régimen republicano? ¿Refleja de veras lo que pensaba y decía Cambó en esos momentos? ¿Debemos creer solo lo que dice en las *Memorias* después de haber visto y comprobado

cómo otros acontecimientos parecidos eran interpretados de forma diferente en función de lo que más le conviniera políticamente? Algunos ejemplos, extraídos de textos del propio Cambó, contradicen abiertamente esta versión oficial de hostilidad hacia la república.

Durante el 14 de abril, hay que recordar que la actitud de la Lliga Regionalista, y en especial la suya, recibió una avalancha de críticas en Barcelona; y no solo por parte de la prensa y de la opinión de izquierdas, sino incluso de sectores moderados. Agustí Calvet, «Gaziel», director de *La Vanguardia*, tildó la huida de Cambó a París de grave desacierto político, porque significaba dar la espalda al nuevo régimen y dejar a la derecha catalana huérfana de liderazgo en un momento histórico especialmente delicado y comprometido. Según Gaziel, Cambó había cometido dos crasos errores: el primero, pensar que la república no llegaría jamás; y el segundo, sostener que el nuevo régimen implicaría el estallido de la revolución social y que «el anarquista de Terrassa se lo comería todo».[7]Este conocido periodista, fiel intérprete de las inquietudes de parte de la burguesía catalana, no dudó en hablar de la «deserción republicana de Cambó» y en señalar la gran paradoja en la que se hallaba el líder catalanista. El motivo no era solo que el estado español hubiera empezado la transformación por la que tanto había luchado Cambó, sino que la autonomía catalana, máxima aspiración del sujeto en cuestión, llegaba de la mano de un partido de izquierdas.[8]

Es probable que reproches como estos forzaran a Cambó a desmarcarse de la imagen de «fugitivo antirrepublicano». Así pues, el 17 de abril de 1931, desde París, ya publicó una nota en la que intentaba demostrar que no solo no se oponía al nuevo régimen, sino que elogiaba el modo en que había llegado:

> Felizmente la República no ha venido en España a través de una Revolución ... La República ha llegado a España por el camino más noble: por aquel que puede darle una mayor fuerza ... Felizmente para todo el mundo, y sobre todo para España y contra la voluntad expresa de los republicanos españoles, la República ha sido traída por las elecciones y —es de esperar— podrá, por el voto de las Cortes Constituyentes, convertirse en República de derecho, que no sea de una clase o fracción, sino que puede y debe llegar a ser de todos los españoles.[9]

¡Qué diferencia entre estas frases y los textos apocalípticos de sus *Memorias*! Como ya hemos dicho, en ellas se presentaba el advenimiento de la república y las elecciones del 12 de abril en términos totalmente catastrofistas y pesimistas. Esta actitud moderada

también se percibe en una carta a Joan Estelrich del mismo 18 de abril, en la que decía: «Por mis declaraciones, ya habrá visto cuál es mi postura: debemos ayudar al poder constituido a fin de evitar que caiga en manos de la anarquía, si es posible; pero no tenemos que asumir ninguna responsabilidad en el Gobierno».[10]

En París, Cambó se alojó primero en una suite del lujoso Hotel Crillon, en la Place de la Concorde. A finales de octubre de 1931, al ver que su estancia en la capital francesa se iba a prolongar, se mudó a un gran apartamento alquilado en el número 87 del Quai d'Orsay, cerca de Les Invalides. Allí también instaló una modesta secretaría y trasladó una parte de su biblioteca personal desde Barcelona. Decoró el piso con cuadros de Tiepolo que acababa de adquirir y con otros traídos de Barcelona.

Pocos días después de llegar a París, Cambó cometió la imprudencia de ir a visitar al ex rey Alfonso XIII en el Hotel Le Meurice, visita que apareció en la prensa española y menoscabó significativamente su crédito político.[11]El propio Josep Pla, corresponsal de *La Veu de Catalunya* en Madrid, se hace eco de ello con bastante alarma: «El efecto que ha producido aquí la visita del señor Cambó al rey, anunciada por *ABC*, ha sido pésimo. La impopularidad de Cambó sigue siendo enorme, aunque naturalmente las cosas pueden cambiar».[12]

Desconcierto y polémicas con un Cambó ausente, pero mandando

En sus *Memorias*, Cambó afirma que estuvo casi incomunicado de todo lo que aconteció en Cataluña hasta finales de 1931.[13]Eso es totalmente falso. Desde que se fue de España, mantuvo relación constante por correo con la mayoría de los dirigentes de la Lliga que había en Barcelona. Y algunos como Lluís Duran, Joan Estelrich o Raimon d'Abadal fueron muchas veces a París para entrevistarse con él y con Joan Ventosa. Por suerte, su abundante correspondencia desde París pone en cuestión de nuevo muchas de sus afirmaciones.

Por ejemplo, en sus recuerdos de posguerra Cambó no menciona las notables divergencias que aparecieron en el seno de la Lliga Regionalista inmediatamente después de proclamarse la república, ni el cisma que surgió entre los dirigentes más jóvenes y los más

veteranos, especialmente Cambó y Ventosa, que estaban en Francia. La dirección que había permanecido en Cataluña nadó en el desconcierto durante varias semanas. Una carta de Estelrich a Cambó del 18 de abril de 1931 explica sin rodeos la situación en la que se encontraban los dirigentes y militantes de la Lliga:

> Estamos aquí en una perfecta confusión política, pese a la buena voluntad de todos. Somos muchos aquí y en Madrid los que pensamos que ha llegado el momento de tomar grandes decisiones y de no permanecer a la expectativa. Por otra parte, creo que usted no debe ignorar todo lo que sucede. Personalmente, me encuentro en un momento vital que puede resultar decisivo. No quiero hacer nada sin consultárselo a usted, como jefe, como protector y como amigo.[14]

Días después, el autor de la carta se desplazó a París para entrevistarse con Cambó y con Ventosa, en una reunión en la que se decidió que Joan Estelrich, Ferran Valls i Taberner y Pere Rahola se sumarían al máximo órgano directivo del partido, la Comisión de Acción Política, y serían los responsables de la organización en el interior junto con Lluís Duran.

Las diferencias entre los dirigentes jóvenes y veteranos de la Lliga se empezaron a constatar en diversos artículos de opinión publicados en *La Veu de Catalunya*, en los que Estelrich, Valls y otros proponían rectificar la política de la Lliga para adaptarse a los nuevos tiempos. Así lo explicaba Lluís Duran en una carta para Joan Ventosa del 9 de mayo de 1931:

> Cambó ha recibido una larga nota de Estelrich, en la que, con la petulancia habitual, expone un programa de actuación política basado en la desaparición de la Lliga Regionalista y su reconstitución para crear un partido popular catalán ... Es una orientación totalmente equivocada ... Lo que harían Estelrich y los suyos sería una imitación de Acció Catalana.[15]

En el Fondo Estelrich se guarda la larga carta que envió este político a Cambó el 5 de mayo de 1931, en la que explicaba la «agitación» que dominaba a los dirigentes de la Lliga y de Unió Catalana y en la que proponía muchos cambios, en concreto, la necesidad de fusionar la Lliga Regionalista, la Joventut Nacionalista y Unió Catalana y sus simpatizantes para crear «una sola entidad de carácter estrictamente político y militante» que actuara «dentro de la República, como partido cien por cien republicano», y que también había que proceder a la renovación general de las estructuras y los cargos del partido. Según Estelrich, el programa doctrinal del partido sería defender la autonomía catalana dentro del marco legal

republicano y seguir interviniendo en la política española en defensa de los «principios del orden y la autoridad» desde una posición de «conservadurismo evolutivo y moderno con ideario democrático y liberal y con las soluciones sociales de los partidos más avanzados». Según Estelrich, la nueva organización se tendría que llamar «Partido Popular Catalán, o algo parecido» y añadía que «muchísima gente de Barcelona y de las comarcas» estaba a favor de ese plan, y que esperaban que sirviera para reconstituir sus fuerzas.[16]

La negativa de Cambó a esta propuesta fue tan inmediata como contundente. El 9 de mayo, en una larga carta, el líder catalanista criticó «la fiebre inquieta por crear y destruir instituciones; por diseñar programas nuevos y arrinconar los que tenían plena actualidad», y se manifestó totalmente en contra de disolver el partido. Cambó le recordó que: «La Lliga, además de encarnar una tradición, encarna un principio de jerarquía y disciplina sin el cual las agrupaciones políticas no durarían ni serían eficaces». El líder del partido concluía su misiva con una declaración categórica: «No aceptaré entrar en un partido limpiamente republicano, como nunca habría entrado en un partido limpiamente monárquico».[17]

La contrarréplica de Estelrich llegó el 13 de mayo y ocupó diez hojas. Aunque se mostró disciplinado, aprovechó para quejarse de la inacción, la falta de directrices y la crisis de dirección que afectaba a la Lliga en Cataluña. Defendía la necesidad de crear un partido moderno como única vía para luchar contra las izquierdas y adoptar «los métodos de los partidos europeos fuertes: los socialistas alemanes, los fascistas, etcétera». Insistía en cambiar el nombre del partido, porque «el término *regionalista* gusta poco» y porque había que adaptarse a una situación radicalmente nueva que obligaba a elaborar un nuevo manifiesto-programa. En conjunto, la carta era una declaración personal sincera de Estelrich que reflejaba la gran confusión que había en las derechas catalanistas.[18]Aun así, Cambó volvió a responder con contundencia, ratificando sin vacilar sus propuestas anteriores. Al final, se impusieron las tesis de los veteranos dirigentes exiliados.[19]

Tal vez Cambó no se daba cuenta, como sí veían los dirigentes que residían en Barcelona, de que el nuevo régimen republicano había acelerado el proceso de democratización y socialización de la vida política catalana. Eso obligaba a configurar nuevos partidos de masas,

con afiliaciones amplias y estructuras más articuladas. En el partido predominó una línea defensiva y bastante indecisa durante dos años, hasta su reorganización y transformación de principios de 1933, cuando nació la Lliga Catalana. Tanto Cambó como los dirigentes barceloneses dudaban entre una orientación centrista que acatara claramente las reglas del nuevo marco republicano o intentar fundar un bloque de defensa social con todas las derechas, incluidas las más extremas, aunque fueran antirrepublicanas y antiautonomistas.

Cambó y Ventosa no lideraban efectivamente la Lliga, pero tampoco dejaban de criticar en privado a los nuevos dirigentes de Barcelona; según Cambó, «petulantes», «poco catalanistas» y muy inferiores a ellos en preparación y valor.[20]Cambó creía que eran incapaces de enfrentarse a Macià y a las izquierdas en la cuestión del Estatuto porque no eran «hombres de grandes heroicidades».[21]Para él, debían limitarse a defender el proyecto del año 1919 y, en caso de no aceptarse eso, anunciar que no iban a «discutir el nuevo Estatuto».[22]Dudaba de que esos jóvenes dirigentes de la Lliga tuvieran la «serenidad y el carácter» para hacerlo: «Los pedantes, los metomentodo, los que quieren lucirse, no pueden cumplir esta misión». Incluso consideraba que «Estelrich sería funesto» para esa labor.[23]

Por su parte, Josep Pla, el responsable de *La Veu de Catalunya* en Madrid, actuaba como una especie de representante de la Lliga y de Cambó ante el nuevo régimen republicano. Él mismo reconocía que, antes de irse a París, Cambó «me encargó la misión de preparar las cosas aquí de forma que él y sus amigos pudieran entrar en la República con suavidad».[24]Siguiendo los consejos de Cambó, Pla se acercó a Alejandro Lerroux, con quien tuvo «larguísimas charlas», porque consideraba que dentro del gobierno provisional republicano era «el único hombre respetable de este Ministerio». Incluso escribía que Lerroux deseaba que Cambó formara parte del gobierno para controlar a los izquierdistas más radicales. Entonces, Pla formuló una sentencia bastante clarividente: «Lerroux será el conservador de la República».[25]

Cambó animaba a Josep Pla a escribir sobre todo lo que viera en Madrid y le aconsejaba seguir atentamente los debates parlamentarios y la actuación del gobierno. También expresaba su inquietud: «Es evidente que no volverá la monarquía, igual que es evidente que

estamos en un período revolucionario del que las quemas de conventos no han sido más que las luminarias del prefacio».[26]En mayo de 1931, Josep Pla fue a París para verse con Cambó y Ventosa, que le pidieron un «informe de la situación» en Madrid y le indicaron con qué políticos se tenía que reunir y qué tipo de artículos convenía que escribiera en *La Veu de Catalunya*.[27]

Por lo que parece por su correspondencia con Cambó, Pla era partidario de que la Lliga pasara rápidamente a la ofensiva contra las izquierdas de Madrid y Cataluña, que se defendiera de los ataques que recibía y que ayudara a las derechas españolas a rehacerse. Por eso, informaba periódicamente a Cambó de sus conversaciones con algunos de los republicanos más moderados, como Melquíades Álvarez, Santiago Alba y Alejandro Lerroux, con la perspectiva de crear un frente de centro-derecha republicano con la Lliga.[28]De todas formas, Pla era bastante pesimista respecto al futuro de Cataluña y su autonomía dentro de esa república, que podría terminar siendo «mucho más unitaria que la monarquía», y temía por el futuro de la lengua catalana.[29]En su curioso radicalismo, Pla incluso criticaba la actitud moderada de *La Veu de Catalunya* con el gobierno de la Generalitat y con Macià, a quien tildaba de «chaquetero que no ha sido jamás catalanista», y pedía a Duran i Ventosa instrucciones sobre los artículos que tenía que escribir.[30]

A finales de mayo de 1931 se constituyó un nuevo comité de redacción en *La Veu de Catalunya*, con Joan Estelrich, Ferran Valls, Joaquim Balcells y Joaquim Pellicena, que actuaba como supuesto director, aunque el director de facto era el mallorquín. Sin embargo, al cabo de nada Estelrich fue aparcando los asuntos barceloneses, porque su elección como diputado lo convirtió en el hombre de la Lliga en Madrid, junto con Josep Pla.

En sus cartas, Cambó iba transmitiendo poco a poco a los dirigentes de la Lliga en Barcelona sus principales consideraciones sobre cómo actuar:

> La Lliga debe sostener dentro de la República el temperamento político que sostenía en tiempos de la monarquía ... La República se consolidará en España si nosotros la consolidamos ... Y la autonomía de Cataluña ni vendrá ni se asentará sin nuestra intervención decisiva ... Nunca se me ha ocurrido pedir a nadie que ataque a Macià ni al macianismo; nunca he aceptado una discusión con Macià. Pero hay que juzgar su obra con total objetividad y lealtad, como ya empieza a hacerse.[31]

En cualquier caso, él y Ventosa creían que la Lliga no podía

colaborar en la redacción del proyecto de Estatuto de las izquierdas catalanas, pues iba a tomar «un cariz de radicalismo verbalista» que lo condenaría al fracaso.[32]Y añadía: «Mi impresión, y Joan la comparte, es que se repetirá lo ocurrido en el año 19; el conflicto social será fulgurante y quitará todo el interés al problema político ... Y creo que si obtuviéramos un régimen de autonomía en plena guerra social, sería el peor de los desastres para Cataluña».[33]

Una vez anunciadas las elecciones a las Cortes Constituyentes republicanas, Cambó reflejó bastante bien sus dudas sobre las alianzas y los resultados. Tenía muy claro que «no se puede ir con Macià, porque nos desdibujaríamos como conservadores, y no podemos ir con Lerroux, porque nos desdibujaríamos como catalanistas. Y en este momento, lo más importante, lo único importante, es mantener pulcra nuestra significación».[34]Respecto al resultado de las elecciones, en sus cartas encontramos manifestaciones de todo tipo. Algunas son de un marcado optimismo: «Creo que si hay elecciones ... podemos tener éxito», aunque eso exigiría «una gran preparación y una fuerte organización del partido ... Ahora es preciso que actúe la organización del partido en cada provincia, y eso exige una rápida movilización general».[35]Otras, en cambio, veían difícil la victoria de la Lliga: «Me parece ... que las candidaturas de Macià y de Lerroux se llevarán mayorías y minorías. Lo importante es que la Lliga coseche unos buenos resultados en las urnas, y espero que así sea».[36]Por su parte, Joan Ventosa prefería el descalabro antes que la victoria: «Te voy a decir que tampoco me parecería conveniente un triunfo de nuestra candidatura. Nos impondría una responsabilidad excesiva ... sin procurarnos los medios para salir airosos».[37]

Las primeras elecciones republicanas fueron las constituyentes del 28 de junio de 1931. Después de muchas dudas, la dirección de la Lliga Regionalista optó por aliarse solo con los tradicionalistas. Eso ahondaba en su imagen de formación hostil hacia el nuevo régimen. Los dirigentes de Barcelona, como puede verse en algunas cartas de Estelrich y de Josep Pla, habían planteado ir en coalición con el Partido Radical de Lerroux. Pero Cambó lo descartó e indicó que ni él ni Ventosa podían participar en la campaña ni ser candidatos: «Creo que ni Ventosa ni yo debemos ir en la candidatura. Yo, al menos, no debo, porque es evidente ... que tendrá que pasar mucho tiempo antes de que pueda acometer la más modesta manifestación oratoria».[38]De

todas formas, la dirección de la Lliga en Barcelona no escuchó el consejo de Cambó e incluyó a Joan Ventosa en la candidatura, considerando que su capital político era muy importante. Ventosa intentó retirarse una semana antes de las elecciones, bajo el pretexto de que su participación como ministro en el gobierno Aznar perjudicaba a la Lliga. El 20 de junio publicó una carta en este sentido en *La Veu de Catalunya*, pero la dirección del partido de Barcelona no aceptó su renuncia.

La derrota electoral de la Lliga Regionalista fue contundente. En las circunscripciones de Barcelona ciudad, Barcelona provincia y Tarragona no fue elegido ningún candidato suyo, al no llegar al 20 % de los votos emitidos.[39]En Lérida se retiró la candidatura días antes de los comicios. Solo fue elegido en la primera vuelta Joan Estelrich por Gerona. En las elecciones complementarias por Barcelona del mes de julio, lo fue el veterano Raimon d'Abadal i Calderó, y ya después del verano, en las complementarias del 4 de octubre por Barcelona, salió elegido el ampurdanés Pere Rahola i Molinas. En total, la Lliga tenía 3 diputados en las Cortes Constituyentes de los 52 que había en Cataluña; el desastre era mayúsculo. Al ser tan pocos, no pudieron formar grupo parlamentario propio en las Cortes y tuvieron que integrarse dentro de la Minoría Catalana liderada por ERC. En esa situación de incomodidad y subordinación, tuvieron que afrontar los debates sobre la Constitución republicana, el Estatuto catalán y el conjunto de la legislación del nuevo régimen.

Cambó ante la Constitución republicana

Cambó estuvo en contacto permanente con los tres parlamentarios de la Lliga mediante un sinfín de cartas e informes en los que detallaba cuál debía ser su actuación en las Cortes. Esta correspondencia es bastante abundante, a veces de hasta dos o tres cartas por semana, lo que nos permite seguir con exactitud la evolución de su opinión respecto a la situación en Cataluña y España, y también sus continuos cambios de parecer y de directrices.[40]

En un primer momento, Cambó pidió a los diputados de la Lliga que en los debates sobre la nueva Constitución republicana solo intervinieran en unos cuantos temas: las relaciones Cataluña-España,

la cuestión religiosa, el conflicto rabasaire, la reforma agraria y algunas cuestiones de carácter económico. Respecto a la autonomía catalana, pensaba que los diputados debían ser muy prudentes: «Una reserva genérica para no vernos arrastrados a las actitudes extremas que adoptarán los macianistas».[41]Pero la imagen de la Lliga no tenía que ser la de un partido ultraconservador que se oponía a cualquier novedad: «Tanto en lo religioso como en lo social, un partido que se limita a defender es un partido muerto. Junto con la defensa de todos los principios esenciales de una sociedad, ni anarquizada ni esclavizada, es preciso enarbolar algunos ideales y difundir ilusiones y esperanzas».[42]

Los principales consejos políticos de Cambó a los diputados de su partido partían de la norma general de no apoyar jamás las iniciativas de Esquerra Republicana de Catalunya ni de las izquierdas españolas. Tampoco había que votar a favor de la nueva Constitución republicana, y había que intervenir y poner el acento sobre todo en las cuestiones de la autonomía, la lengua y la cultura, la política religiosa y la defensa de los valores conservadores. Les recomendaba no buscar ningún acuerdo que luego les pudiera comprometer: «Cuando se está en la oposición, como estamos nosotros, la colaboración ... nos compromete en caso de que las cosas vayan mal, y no nos da ninguna fuerza en caso de que vayan bien».[43]

Gracias a los periódicos catalanes y españoles que leía cada día, Cambó seguía atentamente desde París los debates sobre la Constitución y veía que muchos artículos que se aprobaban perjudicarían al Estatuto catalán. Le preocupaba que la Constitución limitara las posibilidades de la autonomía hasta el punto de generar una gran decepción:

> Conviene ser honestos con los catalanes y decirles que eso no será la aprobación del Estatuto, sino la posibilidad de que el Estatuto se apruebe de acuerdo con la Constitución que se está debatiendo ... Y dado que es posible que el espíritu imperialista castellano, hoy adormecido, reviva, es previsible que aprobar el Estatuto sea bastante difícil. Hay que decir la verdad y no alimentar ilusiones excesivas, porque una decepción catapultaría a los catalanes hasta extremismos que serían funestos para Cataluña y que obstaculizarían el renacimiento del caso catalán.[44]

No obstante, Cambó también se indignaba con los tres diputados catalanistas cuando creía que no escuchaban sus consejos ni atendían a sus recomendaciones, como a la hora de intervenir contra el artículo de la nueva Constitución que regulaba las relaciones entre el Estado y

la Iglesia católica:

> Ha sido una tragedia que, en la discusión del artículo 24, no tomara parte ninguno de ustedes. Ha sido una gran decepción para los católicos, que nos ayudaron en las últimas elecciones. Han quebrado ustedes el prestigio de nuestra minoría parlamentaria al ausentarse del debate sobre un problema en torno del cual girará durante mucho tiempo la política española. Con lo poco que habría costado, incluso situándonos en un terreno ultraliberal, dejar plenamente satisfechos a los católicos.[45]

También le preocupaba que los artículos sobre educación de la Constitución no dejaran muchas competencias al Estatuto catalán en esa materia.[46]Cambó empezaba a creer que la carta magna republicana, tal como se estaba configurando, podía terminar hipotecando gravemente las competencias del Estatuto. En su correspondencia hablaba de la triste historia de los catalanes,

> que dan y ganan la primera batalla, pero los castellanos, más lentos, pero con mayor constancia y tenacidad, siempre ganan la última. Desde que se proclamó la República catalana hasta hoy, Cataluña y sus aspiraciones están en retroceso constante. La inclusión en la magna carta de artículos que aluden al Estatuto ha servido ya para recortar considerablemente el texto de este último.

Y era bastante pesimista con las competencias y funciones del Estatuto dentro de la carta magna: «Tal como está quedando el texto constitucional, considero que la revisión es inevitable y que está muy bien abanderarla».[47]

Ante los ataques de la extrema derecha a la nueva Constitución, recomendaba a los diputados de la Lliga no dejarse llevar por sus planteamientos, porque los más radicales adversarios de la república también eran los más antiautonomistas: «No podemos adoptar una posición reaccionaria y fascista: primero, porque no es la nuestra; y segundo, porque esa postura la adoptarán los unitaristas, enemigos de cualquier concesión autonómica».[48]La postura de los ligueros era situarse en un liberalismo catalanista moderado y muy pragmático: «Debemos aceptar y defender la República mientras podamos como liberales y como catalanistas, y debemos combatir tanto la demagogia de derechas como la de izquierdas. Ya sé que una posición extremista tiene más fácil el éxito, pero también sé que es efímera y de nula eficacia».[49]

Se lamentaba porque, al no estar en las Cortes, la fuerza que tenían los diputados de la Lliga era escasa, pero tampoco veía ningún político «castellano prestigioso» que pudiera cooperar con ellos.[50]Como preveía que en las discusiones sobre el Estatuto habría

un exceso de «fiebre pasional», prefería «no actuar hasta que el problema del Estatuto esté resuelto, en un sentido u otro».[51]

Por orden de Cambó, los tres diputados de la Lliga se abstuvieron en las votaciones de la Constitución republicana y de la Ley de Reforma Agraria, y votaron en contra de la Ley de Congregaciones Religiosas de mayo de 1933. Tenían que saber mantener las distancias con las izquierdas catalanas y españolas y seguir el consejo de Cambó: «Con hombres como los de Esquerra, es mejor no tener ningún contacto. La lucha con ellos nos fortalece y cualquier colaboración, que ellos explotarán con deslealtad, nos hará daño».[52]

Equilibrios ante el Estatuto de las izquierdas

La extensa correspondencia de Cambó entre enero y noviembre de 1932 sobre los debates estatutarios nos permite corroborar que seguía llevando las riendas del partido, aunque viviera en París. Era él quien siempre daba instrucciones sobre lo que había que hacer, sobre qué actitud adoptar, sobre qué tenían que votar los diputados regionalistas y sobre qué tipo de artículos se debían publicar en *La Veu de Catalunya*. Y sus indicaciones solían ir acompañadas de reflexiones más generales sobre la situación política española y catalana. También enviaba largas notas a la dirección de la Lliga en Barcelona señalando los principales planes estratégicos que había que seguir.[53]Cambó tenía miedo de que Cataluña se polarizara y cayera en los extremismos, y pedía a sus diputados que procuraran difundir un discurso catalanista que incluyera la «visión hispánica».[54]

Ante la elaboración del texto autonómico catalán, la propuesta política de Cambó era principalmente responsabilizar solo a ERC del éxito o el fracaso en las Cortes republicanas. Los diputados de la Lliga no debían obstruir el debate, pero tampoco defender el proyecto a fondo como si fuera suyo. Había que adoptar una actitud «expectante», de asentimiento más bien pasivo.[55]Pero, previéndose una fuerte oposición españolista, los tres diputados de la Lliga Regionalista se tenían que preparar para acometer una «misión de mediadores posiblemente gloriosa y salvadora» entre los parlamentarios más contrarios a la autonomía y lo que proponía el proyecto de Estatuto de Nuria, elaborado por la gente de

ERC.[56]También les aconsejaba no perder su especificidad dentro del bloque parlamentario catalán que defendía el Estatuto: «Dentro de la colaboración leal con todos los partidos catalanes, conviene conservar cierta independencia y afirmar constantemente nuestra personalidad».[57]

A medida que avanzaban los debates, Cambó mostraba su descontento porque cuestiones que consideraba fundamentales, como la educación[58]o el sistema de financiación, salían peor paradas que en el proyecto de Estatuto de 1919.[59]Aconsejaba a los diputados de la Lliga que intervinieran más en temas que él consideraba importantes: la educación, la lengua y las competencias económicas. Pero consideraba un grave error táctico presentar muchas enmiendas porque todas serían tumbadas y generarían la impresión de que se había recortado mucho el Estatuto.[60]Recordando su larga experiencia como diputado catalanista, consideraba fundamental que se aprobara el Estatuto, por recortado que estuviera, y no repetir los errores pasados. Para él, el catalán no era un pueblo «heroico» dispuesto a tolerar más decepciones.[61]

A medida que aumentaban los recelos y ataques al Estatuto, no solo de la extrema derecha sino de buena parte de las izquierdas españolas, Cambó denunció la inocencia de la gente de Esquerra por pensar que dentro del régimen republicano no habría voces antiautonomistas, y veía que solo una intervención decisiva del presidente del gobierno, Manuel Azaña, podía salvar el Estatuto.[62]Cambó confiaba en que Azaña terminara apoyando sin fisuras el Estatuto, porque sería difícil que se diera una situación parlamentaria como aquella: «Esperemos que Azaña tenga más talento que el rey y que haga lo necesario para salvar el Estatuto. Salvarlo es posible con las Cortes actuales, pero no lo sería en unas futuras que, las convoque quien las convoque, representarán mejor el sentir y el pensar de España».[63]

Por su significado político a la hora de evaluar su posición ante el régimen republicano, hay que recordar la serie de artículos que publicó Cambó en *La Veu de Catalunya* hasta noviembre de 1932, cuando se celebraron las elecciones al Parlament de Cataluña. Destaca el titulado «Davant l'Estatut», publicado en el mencionado diario el 18 de abril de 1932. En el artículo se defendía el apoyo total al proyecto de Estatuto catalán elaborado por las izquierdas, pese a todos los

defectos del dictamen final de la comisión parlamentaria. Según el propio Cambó, el artículo fue «una lección de patriotismo» que causó gran sensación entre la gente de Esquerra.[64]

El día 24 de abril de 1932, la Lliga Regionalista organizó un mitin en el Teatro del Bosc de Barcelona para exponer su postura ante el proyecto de Estatuto que debía debatirse en las Cortes. Participaron algunos ex ministros como Joan Ventosa, que ya había vuelto a Barcelona, y antiguos diputados y senadores, además de los tres parlamentarios. Durante el mitin, se leyó un mensaje enviado por Cambó desde París en el que recordaba la histórica y eterna lucha por la autonomía de la Lliga Regionalista e insistía en las ideas expresadas días antes. En general, Cambó decía que, a pesar de los defectos que tenía el texto redactado en Nuria, era innegable que representaba un gran avance político y que había que respaldarlo. Además, agradecía los esfuerzos de los dos diputados de izquierdas que habían formado parte de la comisión de redacción, Joan Lluhí i Vallescà y Antoni Xirau i Palau.

Para Cambó, la actitud del presidente Azaña estaba siendo fundamental para que el Estatuto tirara adelante. Sus elogios al político republicano, escritos en privado, eran realmente notables: «Ha demostrado una comprensión muy superior a la de Maura; se ha portado muy bien con Cataluña y ha creado un ambiente favorable a la discusión del articulado».[65]A principios de junio de 1932, creía que la hostilidad que estaba generando el proyecto de Estatuto catalán en las Cortes era tan grande que solo «un golpe de audacia» de Azaña lo podía salvar,[66]y responsabilizaba de esa situación a los mismos republicanos, que habían forjado un régimen demasiado restrictivo: «Haber querido hacer una República solo para los republicanos puede conducir a la caída del régimen ... y provocar una situación cargada de peligros que no podría salvar otro Sanjurjo ... como este salvó el peligro inmenso que corrió España al caer la monarquía».[67]Esta alusión final a Sanjurjo como gran defensor del orden resulta muy curiosa porque, dos meses después, el 10 de agosto de 1932, este general protagonizó en Sevilla la primera rebelión militar antirrepublicana.

En los debates sobre el Estatuto, la labor parlamentaria de Estelrich quizá fue la más destacada de los tres diputados de la Lliga. En su intervención más larga en las Cortes, la del 30 de junio de 1932,

defendió enmiendas sobre la posibilidad de incorporar las islas Baleares a la autonomía catalana, sobre la oficialidad del catalán y sobre la necesidad de un sistema educativo propio. Como Estelrich sabía que su voto no era necesario, se permitió adoptar una postura más radical y nacionalista que los diputados de Esquerra, manifestándose contra el «pacto de mínimos» y los recortes finalmente acordados entre ERC y Azaña. Y al lado de esta actitud «radical», Estelrich, siguiendo la consigna de Cambó, también debía hacer constar que los de la Lliga Regionalista no podían asumir ninguna responsabilidad por el resultado final del Estatuto, porque habían sido «apartados y excluidos» por la gente de Esquerra.[68]Hay que recordar que, aunque Estelrich se mostraba favorable al Estatuto de Nuria, echó mano de su considerable oportunismo y nunca lo dijo de forma explícita. Seguía esa instrucción de Cambó de que «la oposición nunca apoya al Gobierno». Los tres diputados de la Lliga Regionalista criticaron la redacción final del Estatuto, al considerarlo insuficiente, pero a la hora de votarlo, el 9 de septiembre de 1932, procuraron no estar presentes en el hemiciclo.[69]Y otros 116 diputados, la mayoría radicales y socialistas, también se ausentaron a la hora de votar el Estatuto. Era una muestra fehaciente de las reticencias que aún provocaba la llamada cuestión catalana. ¿Qué significaba que los tres diputados de la Lliga Regionalista se situaran al lado de todas esas personas? ¿Era una nueva muestra del pragmatismo tan predicado por Cambó?

Aun así, cuando al final se aprobó el Estatuto en las Cortes, Cambó se mostró bastante satisfecho porque creía que no había sido solo un éxito político de ERC y de Macià, sino un triunfo de toda Cataluña, ya que era el resultado de muchos años de lucha y de una batalla en la que los militantes de la Lliga habían actuado como patriotas.[70]En cualquier caso, en sus pensamientos no faltaban reflexiones críticas hacia la gente de Esquerra, y especialmente hacia Macià, al sostener la tesis de que el 14 de abril se podría haber actuado con mucha más habilidad y mayor provecho para Cataluña. Que Cambó criticara la falta de audacia de Macià de ese día, cuando él estaba huyendo hacia París, no estaba exento de cierta ironía.[71]

Pero estas críticas las reservaba para la correspondencia privada; en público, tenía que adoptar una actitud muy diferente. En un artículo publicado en *La Veu de Catalunya* en noviembre de 1932, ya

reconocía con generosidad a los políticos no catalanes que habían hecho posible la autonomía catalana: «Cataluña debe expresar su agradecimiento a todos los no catalanes que han ayudado a que se le hiciera justicia».[72]En primer lugar, Cambó señalaba que había que agradecer el papel decisivo que había desempeñado el jefe del gobierno, Manuel Azaña. Este político de izquierdas era definido como el antiguo «amigo de Cataluña durante las persecuciones dictatoriales. Con energía, frialdad y tenacidad plantó cara a la conjura anticatalana y no vaciló ni un momento a la hora de jugarse su prestigio y su futuro político en la carta del Estatuto».[73]Tampoco tenía ningún reparo en reconocer que había sido gracias al nuevo régimen republicano como Cataluña había logrado por fin autonomía y había podido normalizar su situación: «Debemos confesar con nobleza que este resultado se debe a la República».[74]

Por todo lo que hemos podido observar, podemos deducir que Cambó era crítico con el nuevo régimen, pero de ninguna manera fue negativo u hostil. En ninguno de los artículos ni de las cartas que hemos localizado aparecen el rencor, el miedo ni el desasosiego del que nos habla en las *Memorias*. No tengo ninguna duda de que, analizando en profundidad su correspondencia con sus principales colaboradores y fiándonos de la privacidad de esos escritos, los textos plasman con sinceridad lo que pensaba entonces. Y de esos escritos confidenciales, igual que de sus artículos en la prensa, hemos de deducir que la actitud de Cambó era de clara aceptación del régimen republicano. Lógicamente, quería aclimatar a su partido a una situación imprevista y poco agradable. Habían perdido mucho, incluso el crédito como formación catalanista. Por lo tanto, había que emprender una especie de «travesía por el desierto» con modestia y pragmatismo. Cambó y la gente de la Lliga Regionalista volvieron a inclinarse por la sensatez práctica.

El regreso a Cataluña: elecciones y reconstrucción de la Lliga

Una vez aprobado el Estatuto el 9 de septiembre de 1932, se convocaron elecciones al primer Parlament de Cataluña, fijadas para el día 20 de noviembre. Eso precipitó el regreso de Cambó a Cataluña:

«No podía faltar en esa campaña».[75]En todo caso, antes quería estar bien informado sobre cuáles eran los políticos más destacados, «los nuevos valores de nuestra tierra», fueran del color que fueran.[76]

Francesc Cambó llegó a Barcelona el 10 de octubre, cuando hacía un año y medio que había salido por piernas de España. Ante el inminente reto electoral, tenía varias preocupaciones: primero, la deficiente organización de la Lliga Regionalista; segundo, la ley electoral con sistema mayoritario y la posibilidad de que las mujeres votaran por primera vez; tercero, la política de alianzas, con quién convenía formar coalición y con quién no; y por último, los considerables recursos económicos que harían falta.

Cambó consideraba prioritario hacer un gran esfuerzo organizativo para crear un partido con suficiente presencia en todos los pueblos de Cataluña,[77]aunque reconocía que, en el espacio de la derecha, los carlistas se estaban rearmando y acababa de aparecer el grupo Unió Democràtica: «Yo creo que la Lliga puede tener en poco tiempo una organización perfecta», mientras que los demás necesitarían más tiempo.[78]Según él, para la Lliga sería mucho mejor que esas elecciones se hicieran siguiendo el sistema proporcional, en vez del mayoritario, que los perjudicaba. Sin embargo, se mostraba relativamente optimista, pese a reconocer que las izquierdas sumarían mayoría: «Aun así, creo que las minorías las ganaríamos en todas partes, a pesar de que en alguna circunscripción no fuera computada. Es decir, creo que ni los carlistas ni Acció Catalana ganarían en un solo sitio».[79]

También cabe destacar el hecho de que valorara negativamente el posible voto de las mujeres. Hasta la convocatoria de las elecciones catalanas a finales de septiembre, no se sabía si se aplicaría el derecho al voto femenino reconocido en la Constitución. Respecto a esta eventualidad, Cambó era bastante explícito: «Creo que el voto de la mujer, si se aplica en las elecciones al primer Parlamento catalán, nos será funesto. En estas elecciones votarán más las mujeres que los hombres, porque el voto tendrá para ellas el atractivo de la novedad». Y como consideraba que la Lliga Regionalista aún no contaba con una organización femenina lo bastante fuerte y estable, entre las mujeres predominaría «un amplio sentimiento de incomprensión ante una postura intermedia o centrista como la nuestra».[80]Es interesante saber qué pensaba Cambó sobre el comportamiento político de las mujeres y

la influencia que el clero tendría en su voto:

> Las mujeres, por su temperamento, irán con las izquierdas o con las extremas derechas. Y no hay que olvidar que nuestra organización femenina siempre será inmensamente inferior a aquella que, sin esfuerzo alguno, tradicionalistas y extremas derechas encontrarán hecha: la que organizarán los párrocos de cada pueblo. Y en su inmensa mayoría los párrocos no están con nosotros, sino con los carlistas. Las mujeres no izquierdistas votarán movidas por un sentimiento religioso ofendido y exacerbado por el Gobierno de la República. Y este sentimiento, lo encarnarán y recogerán más y mejor los carlistas que nosotros. Con esta convicción de que el voto femenino nos debe ser adverso, y por las razones que antes he citado contra el aplazamiento excesivo, lo que más nos convendría es que los comicios se celebraran a finales de octubre o principios de noviembre.[81]

Su amiga Francesca (Paquita) Bonnemaison, viuda de Verdaguer Callís, opinaba lo mismo: el voto de las mujeres sería contrario a la Lliga.[82]

En cuanto a las alianzas, en su nota del mes de julio Cambó tenía clarísimo que dependerían de una cosa: si el sistema electoral seguía siendo el mayoritario o si se introducía la representación proporcional. Si era el mayoritario, quizá no convendría seguir con los tradicionalistas, porque «no creo ni que ellos quisieran ni que a nosotros nos convenga ir con ellos».[83]Para él, era posible y deseable una candidatura con los grupos católicos: «Nosotros deberíamos intentar atraer a los de El Matí», y también veía oportuno hablar con Unió Democràtica. Si había representación proporcional, pensaba que habría muchas candidaturas separadas, tanto a la izquierda como a la derecha: «Los de El Matí y Unió harán una candidatura solos, no querrán unirse ni a la Lliga ni a Acció Catalana».[84]

A principios de septiembre de 1932, Cambó aún planteaba dudas sobre las alianzas que habría que hacer para evitar la victoria de Esquerra Republicana. Sugería a su amigo Lluís Duran:

> Con Abadal, pensad bien si creéis más conveniente mantener la Lliga y que actúe aisladamente, o si consideráis mejor refundarla en un partido catalanista, liberal y antidemagógico, o bien establecer contactos con Carner, Acció Catalana y republicanos de forma que, sin perder la personalidad de la Lliga, podamos crear combinaciones electorales para impedir el triunfo de Esquerra, que sería tan desastroso que en un año habría en Cataluña un movimiento antiautonomista animado por el Gobierno de Madrid.[85]

Respecto a la financiación de las elecciones, es interesante la información que da la correspondencia entre Cambó y Estelrich sobre el ofrecimiento del conde de Güell, Joan Antoni Güell i López, de recaudar un millón de pesetas, una cantidad muy considerable para la

época, «entre una veintena de personas, compañías o grupos», a razón de cincuenta mil por cabeza.[86]Ante esta oferta, Cambó advirtió desde París que habría que controlar la campaña de recaudación y que

> no conviene que Güell tome ninguna iniciativa que podría conducir al fracaso de lo que él desea. Conviene que espere a recibir las instrucciones oportunas. Desde ahora, lo que puede hacer es iniciar la recaudación, afirmando que debe servir para ayudar a una candidatura de amplísima base, en la que figurarán los catalanes más prestigiosos del orden político, económico y cultural, y que tendrá un significado apartado de todo extremismo.[87]

Como hemos dicho, Cambó regresó a Barcelona el 10 de octubre de 1932 y enseguida se sumó a la campaña electoral. El 13 de octubre habló en público por primera vez desde la operación, pero solo ante militantes de la Lliga. En cambio, el 26 del mismo mes se atrevió a hacerlo en dos mítines masivos y consecutivos en los teatros Olympia y del Bosc de Barcelona. En esos parlamentos comprobó que, pese al hilo de voz que le había quedado después de la operación de garganta, el auditorio le oía perfectamente gracias a los micrófonos.

Con la vuelta a Barcelona, Cambó empezó a normalizar su vida política dentro de la Cataluña autonómica y la España republicana. A modo de justificación, esta normalización fue precedida y acompañada de artículos de prensa en los que manifestaba su aceptación de la nueva situación y la satisfacción por los objetivos autonómicos conseguidos. Sin duda, estas explicaciones también abarcaron el texto que había estado redactando en París para responder de su actuación desde la caída de Primo de Rivera hasta el 14 de abril de 1931, del que tanto hemos hablado. Ciertamente, era un relato «de conveniencia» que tenía que facilitarle la plena incorporación a la vida política republicana. Pero a pesar de estar casi acabado, no encontró nunca el momento de publicarlo, o quizá pensó que ya no era conveniente hacerlo.[88]

En las elecciones catalanas, siguiendo las orientaciones de Cambó, la Lliga Regionalista se inclinó hacia el centro político, y su aceptación explícita del nuevo marco le permitió pactar con formaciones centristas catalanistas como el Partit Republicà Català (la antigua Acció Catalana), la nueva Unió Democràtica de Catalunya (que dirigían Manuel Carrasco i Formiguera y Jaume Bofill i Matas) y la pequeña Dreta Liberal Republicana (liderada por Felip de Solà Cañizares). El programa con el que se presentaron las candidaturas, bautizadas con el significativo nombre de Concòrdia Catalana en

Barcelona ciudad y Barcelona provincia, donde la Lliga era importante, contenía elementos políticos más liberales que conservadores y, sobre todo, catalanistas. Sin embargo, en la circunscripción de Gerona la Lliga se presentó sola; en la de Tarragona fue en coalición con tradicionalistas y ex liberales; y en la de Lérida, con los radicales y los radicales socialistas. Es decir, allí donde la Lliga se consideraba más fuerte iba sola, o con una presencia casi testimonial de Acció Catalana y Unió Democràtica, solo un candidato de cada una; y allí donde era débil, pactó con las principales fuerzas de centro y de derecha, desde los carlistas hasta los radicales.

En esa campaña electoral, la Lliga defendió sin rodeos la legalidad republicana y estatutaria, pero recalcó especialmente que ese régimen tan laico y antirreligioso no le terminaba de gustar, y que discrepaba de muchas de las leyes, empezando por la Constitución, porque implicaban reformas excesivas en lo económico y lo social. En cuanto al Estatuto recientemente aprobado, la consigna de Cambó para los mítines era recordar a los electores que la gente de izquierdas no era «ni los abuelos ni los padres de la autonomía, sino la partera».[89]Es decir, había que rebajar el protagonismo de las izquierdas y sostener que los más veteranos en la lucha autonómica eran ellos, los de la Lliga.

Las diferentes coaliciones organizadas y dirigidas por la Lliga consiguieron un 30 % de los sufragios, pero no vencieron a las izquierdas, que, lideradas por ERC, triunfaron en las cinco circunscripciones catalanas. De todos modos, la coalición encabezada por la Lliga, que obtuvo 17 diputados ante los 58 conseguidos por ERC y sus aliados, empezaba a configurarse como una alternativa real a la hegemonía progresista. Cambó tampoco quiso presentarse a estas elecciones, pero sí lo hicieron los principales dirigentes del partido: Joan Ventosa, Raimon d'Abadal, Lluís Duran i Ventosa, Joan Estelrich, Ferran Valls i Taberner, Josep M. Trias de Bes, etc., que fueron elegidos diputados al Parlament. Según Cambó, los de la Lliga «eran tan superiores a los de Esquerra que todo hacía prever que, en el Parlament, se impondrían ellos».[90]Se equivocaba de medio a medio.

La derrota electoral también subrayó la necesidad de reorganizar el partido y actualizar su ideario. El proceso que condujo a la formación de la Lliga Catalana, el nuevo nombre propuesto por el mismo Cambó,[91]fue rápido. Todo culminó los días 3 y 4 de febrero de

1933 con una asamblea general fundacional en la que se proclamó la voluntad de cubrir un amplio espacio social, desde la derecha conservadora hasta el centro. La Lliga Catalana quería alzarse como la principal alternativa a las izquierdas, consolidando su influencia en las zonas rurales de tradición católica. También se veía la necesidad de buscar el apoyo de las clases medias urbanas. Entonces, Cambó dijo que había que representar a todas las fuerzas sociales no izquierdistas, desde los sectores más liberales y democráticos a los más contrarios a cualquier cambio social. En aquel momento, la debilidad de las fuerzas de extrema derecha en Cataluña hacía que esas opciones tuvieran que buscar el cobijo de la Lliga y actuar como satélites suyos, sobre todo en las citas electorales. Durante este proceso, se incorporó a la nueva Lliga gente de Unió Democràtica y del Partit Catalanista Republicà, como Jaume Bofill i Mates y Ramon d'Abadal i Vinyals, y de la Dreta Liberal Republicana de Solà Cañizares.

En ese momento, la Lliga Catalana eligió su consejo de gobierno, integrado por Raimon d'Abadal como presidente, Francesc Cambó como secretario general, y Joan Ventosa como vicepresidente. Los tres fueron elegidos por aclamación. Además de estas tres personas, la Comisión de Acción Política incluía a Lluís Duran, Josep Puig i Cadafalch y el nuevo fichaje, Jaume Bofill i Mates, que murió poco después, el 2 de abril de 1933. Los dirigentes más jóvenes ya no estaban en la restringida Comisión de Acción Política, sino que se integraban dentro de una junta directiva más amplia. También se decidió crear definitivamente la Sección Femenina de la Lliga Catalana, porque las mujeres iban a votar en las siguientes elecciones. Fue el mismo Cambó quien convenció a su buena amiga Francesca Bonnemaison de que abanderara esa organización.[92]Consideraba que se tenía que hacer un gran esfuerzo para atraer a muchas más mujeres, porque en esos momentos solo abundaban «las adoradoras y seguidoras de Paquita».[93]

La renovada Lliga también tuvo que reorganizar la estrategia española y ver con qué formaciones podía llegar a acuerdos. El panorama para las derechas españolas era de enorme debilidad y división, ya que aún predominaban los vestigios del pasado (tradicionalistas, monárquicos, mauristas, etc.), más que la novedad. Lo más nuevo y diferente era el pequeño grupo católico Acción Popular, configurado en torno a un conocido de Cambó, Ángel Herrera

Oria, el director del periódico madrileño *El Debate*. Cambó explica en sus *Memorias* que fue a Madrid a hablar con Herrera y que este le dijo que se retiraba de la política y del periodismo para hacerse cura. Le aconsejó hablar directamente con quien sería el máximo dirigente del grupo, José María Gil-Robles,[94]que ya estaba intentando crear una alianza con diversos partidos de derechas: sería, la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). Cambó y Gil-Robles se vieron varias veces en Madrid. El mediador y hombre bueno en esas conversaciones fue el valenciano Luis Lucia, líder de la Dreta Regional Valenciana y buen amigo de ambos. Se llegó a un acuerdo verbal para evitar interferencias: la Lliga se comprometía a disolver sus organizaciones vinculadas en toda España con la recomendación de ingresar en la CEDA; por su parte, Acción Popular no crearía ninguna organización en Cataluña y aconsejaría a sus simpatizantes entrar en la Lliga.[95]Como veremos, Gil-Robles incumplió este pacto al cabo de un año, en octubre de 1934.

A partir del verano de 1933, la problemática agraria empezó a dominar la vida política catalana. Las tensiones sociales por el conflicto rabasaire llevaron a la Lliga Catalana a asumir explícitamente la defensa de los intereses de los grandes propietarios, representados por el activo Institut Agrícola Català de Sant Isidre (IACSI), y a oponerse al proyecto de ley de Contratos de Cultivo que estaba elaborando el gobierno de la Generalitat. Cambó no quería que sucediera lo mismo que un año atrás, cuando empezó a discutirse el tema agrario en las Cortes republicanas y fueron otras fuerzas de derechas, y no los diputados de la Lliga, los que defendieron los derechos de los propietarios catalanes.[96]El tema era demasiado importante para no indicar claramente cuál era su postura.

Precisamente fue la cuestión rabasaire la que acentuó la orientación conservadora de la Lliga Catalana e hizo que, en las elecciones generales del 19 de noviembre de 1933, Cambó propusiera crear una coalición más de derechas con los tradicionalistas y los radicales de Lerroux, aunque con estos últimos solo en Tarragona. Las izquierdas estaban desgastadas por el ejercicio del poder, se presentaron divididas en diferentes candidaturas y por primera vez también votaron las mujeres, lo que se consideraba una gran incógnita. Cambó abogaba por una actitud más ofensiva con las izquierdas y creía que debían aspirar a lograr la mayoría en todas las

circunscripciones catalanas, pero no era nada fácil. Tenía miedo de que en Barcelona ciudad sucediera lo mismo que en las elecciones de junio de 1931: que la segunda candidatura tuviera tan pocos votos que la primera, la de ERC, se quedara con todos los diputados. Como veterano experto en materia electoral, se le ocurrió un procedimiento que los podía beneficiar: el *panachage*.[97]Pese a las dudas de muchos compañeros de la dirección de la Lliga, Cambó asumió toda la responsabilidad de esa «maniobra audaz y azarosa», como él mismo la calificó: había que dar instrucciones secretas a los militantes de más confianza para que borraran ciertos nombres de las papeletas y los sustituyeran por otros que les dirían más adelante, aunque fueran de otra candidatura. La consigna se envió en secreto el día antes de las elecciones para que los adversarios no se enteraran. Así, unos 25.000 afiliados y simpatizantes de la Lliga en la ciudad de Barcelona recibieron en su casa una papeleta que además de los candidatos de la Lliga también incluía el nombre de Lluís Companys y otros 5.000, el de Francesc Macià. Si uno de ellos superaba el 40 %, no habría segunda vuelta, en la que seguro que las candidaturas de izquierdas se habrían unido para ganar.[98]

Gracias a este hábil procedimiento y a la división de las izquierdas, las candidaturas de la Lliga Catalana consiguieron mayoría en la ciudad de Barcelona y en las circunscripciones de Tarragona y Lérida, y la minoría en Barcelona provincia y Gerona. El número de votos obtenidos superó los 400.000 en toda Cataluña. Eran unos 20.000 menos que los de la candidatura encabezada por ERC, pero sacaron 28 diputados, 2 más que esta: 21 eran de la Lliga; 2 eran tradicionalistas; 1, radical; 1, valencianista; y 3 eran independientes.[99]A esas elecciones sí se presentó Cambó, dentro de la candidatura de Barcelona ciudad. Con 131.281 votos, fue el cuarto más votado y, por lo tanto, salió elegido diputado. Por primera vez en la historia electoral española, también se usó la radio para transmitir los mítines y difundir los discursos electorales.

De nuevo diputado, pero en las Cortes republicanas

En las segundas Cortes republicanas había mayoría de las formaciones de centro y de derecha. Destacaba la nueva organización conservadora

y católica dirigida por José María Gil-Robles, la CEDA, que contaba con 117 diputados. Los republicanos radicales de Lerroux, que ocupaban una postura más centrista, eran la segunda fuerza con 104 diputados. En conjunto, las derechas sumaban 172 diputados, y el centro, una fuerza similar: 168. En cambio, las izquierdas, que habían gobernado en el anterior bienio, estaban muy poco representadas. Solo tenían 98 diputados, sobre todo por haberse presentado en candidaturas separadas.

Tras diez años de ausencia, Cambó y Joan Ventosa, líderes del grupo parlamentario de Lliga Catalana, volvían a pisar la cámara de la Carrera de San Jerónimo que tantos recuerdos les traía. Él era el diputado de más edad de la Lliga, con cincuenta y siete años, uno más que Pere Rahola y tres más que Ventosa. Allí se reencontraron con muchos viejos conocidos. Algunos serían presidentes del gobierno, como Lerroux, Chapaprieta o Portela Valladares; otros, presidentes de las Cortes, como Santiago Alba, que ahora era radical; o ministros, como Guerra del Río, Rocha, Marraco y Anguera de Sojo; o líderes de la extrema derecha monárquica, como Calvo Sotelo. En sus *Memorias*, Cambó confiesa que, cuando llegó a principios de 1934, esas Cortes le causaron «un efecto deplorable», porque eran muy diferentes de las que había conocido.[100]No era solo la forma de vestir de los diputados, seguramente menos elegante que antes, sino el trato entre ellos y el hecho de que recurrieran con demasiada ligereza a la grosería, el rencor y «los malos instintos».

Cambó fue diputado durante dos años y dos meses, de noviembre de 1933 a enero de 1936, y fue portavoz parlamentario y máximo dirigente de la Lliga Catalana. Desde esa cámara vio en primera persona cómo gobernaban hasta seis ejecutivos diferentes del centro-derecha español y cómo se intentaba rectificar la anterior obra reformadora de las izquierdas. En sus *Memorias*, recuerda la excesiva agresividad de Gil-Robles, el mal gobernar del viejo Lerroux, un político vanidoso y sin proyecto, y las intrigas constantes del presidente Alcalá Zamora, bautizado entonces como «Isabel III», según Cambó de forma acertada.[101]De hecho, responsabilizaba a este último de la crisis constante vivida durante el segundo bienio, dado que Alcalá Zamora «odiaba» a Lerroux, a Gil-Robles, a Azaña y al PSOE.

Para Cambó, era vital que los diputados de la Lliga Catalana entablaran buenas relaciones con los nacionalistas vascos,

especialmente con José Antonio Aguirre, porque podían coincidir en muchas cuestiones. Dos años antes, él mismo se había visto en París con una delegación de nacionalistas vascos formada por el propio Aguirre, Jesús Horn e Ignasi Villalonga.[102]Después de las generales, fue Aguirre quien propuso a Cambó crear un bloque autonomista integrado por los diputados nacionalistas vascos, los de la Lliga, los de Esquerra Republicana y los de la Dreta Regional Valenciana.[103]Cambó dijo que esa propuesta le parecía imprudente porque se traduciría en la formación opuesta de un bloque antiautonomista poderosísimo, que dificultaría el avance autonomista. Para él, catalanes y vascos debían mantener «un contacto constante y marchar en perfecto acuerdo» en esa cuestión, pero sin pactos previos.[104]Era evidente que no quería formar parte del mismo grupo parlamentario que ERC, porque la Lliga quería ocupar una posición central en la política española y el partido de Macià y de Companys era su gran rival en Cataluña.

Aunque Cambó veía importante tener buenas relaciones con los nacionalistas vascos, fue imposible. En primer lugar, porque la Lliga no apoyó lo bastante a los vascos en su pulso con Lerroux por la cuestión de su Estatuto. La negativa de Cambó a colaborar con Aguirre en este tema propició el acercamiento de los vascos a Esquerra Republicana. Durante los tira y afloja de 1934 provocados por la Ley de Contratos de Cultivo, los diputados del Partido Nacionalista Vasco se posicionaron claramente al lado de la Generalitat y en contra de Cambó y la Lliga. Eso inauguró una serie de divergencias que se explicitaron más tarde, primero en las elecciones de febrero de 1936 y, luego, durante la guerra civil. El juicio de Cambó sobre José Antonio Aguirre, el futuro primer lendakari, varía según la fuente consultada. Si en noviembre de 1931 Cambó creía que era el primer temperamento político que habían tenido los vascos, en sus *Memorias* lo tachaba de «poseído».[105]

Durante casi dos años, de diciembre de 1933 a septiembre de 1935, Cambó fue un testigo de excepción de cómo se negaban diferentes gobiernos de radicales y cedistas a pactar con la Lliga Catalana y vetaban su presencia en el ejecutivo español. En sus *Meditacions*, Cambó se quejó de que «la estúpida política de Lerroux y de Gil-Robles estaba marcada por la obsesión de impedirnos acceder al poder».[106]Al inicio de la legislatura, había acordado con Lerroux que la Lliga apoyaría a su gobierno sin formar parte de él, pero que

después, cuando el centro-derecha se hubiera consolidado en el poder, se incorporarían al ejecutivo. Joaquim M. de Nadal, secretario de Cambó, explica que el líder de la Lliga presionó durante toda la legislatura a Alcalá Zamora para que tanto su partido como la CEDA se sumaran a los gobiernos de centro-derecha para fortalecerlos, pero que el presidente se oponía frontalmente a la propuesta.[107]Cambó también expresó a Lerroux y a Alcalá Zamora su preocupación por cómo se estaban traspasando a la Generalitat las competencias de orden público. Según él, en manos de Esquerra ese servicio podía aumentar las tensiones sociales, porque no se atreverían a reprimir la subversión revolucionaria de la CNT.[108]

La muerte de Macià el día de Navidad de 1933 marcó la vida política catalana, así como la elección de Lluís Companys como nuevo presidente de la Generalitat sin el voto de los diputados de la Lliga Catalana. Al cabo de poco, hubo un gran enfrentamiento entre la Lliga y el gobierno de izquierdas de Companys a raíz de las municipales del 14 de enero de 1934. Los comicios ratificaron una clara recuperación de las izquierdas, que se presentaron unidas y lograron mantener el control sobre los consistorios de las ciudades más importantes de Cataluña, mientras que la Lliga y sus aliados solo ganaron en Gerona, Olot, Vic y El Vendrell y no gestionaban casi ninguna institución relevante del país. Este descalabro, sumado al incremento de las tensiones sociales en el campo catalán, llevó a la Lliga a protestar retirando a sus diputados del Parlament el 18 de enero de 1934. Justificaron esa medida tan radical acusando el gobierno Companys de haber propiciado «la actuación parcial de las fuerzas de orden público» durante la campaña y el día de las elecciones y, sobre todo, en señal de protesta «hasta que se implante en Cataluña un sistema de representación proporcional». Parece que no recordaban que, apenas dos meses antes, en las elecciones españolas habían salido muy beneficiados por ese sistema mayoritario.

El año 1934 estuvo marcado por el conflicto rabasaire y los famosos sucesos de octubre. La Ley de Contratos de Cultivo del gobierno Companys generó fuertes disensiones, sobre todo en la prensa y en las calles. Sin embargo, el 21 de marzo de 1934 fue aprobada por el Parlament por 56 votos a favor y ninguno en contra, ya que los diputados de la Lliga seguían sin comparecer en el hemiciclo. La postura de Cambó y de la Lliga era clarísima: intentar

dirigir la campaña de protesta en contra de la ley y evitar que fuera capitalizada por los dirigentes del IACSI, una entidad cada vez más radicalizada y que acabó controlada por gente como Josep Cirera i Voltà, que dejó la Lliga para constituir Acción Popular (la CEDA catalana).

El miedo de verse desbordados por la extrema derecha explica el protagonismo que tuvieron la Lliga y Cambó en la grave crisis institucional de primavera y verano de 1934. La Lliga propuso interponer un recurso de inconstitucionalidad contra la Ley de Contratos de Cultivo, considerando que se trataba de una transgresión de las competencias estatutarias. En el Parlament se presentaron dictámenes bien documentados de Ventosa, Trias de Bes y Abadal en este sentido. Pero como líder del grupo parlamentario en Madrid, fue Cambó quien asumió la responsabilidad de ser el primer firmante del recurso presentado ante las Cortes republicanas. Querían pedir al consejo de ministros que apelara contra la ley catalana ante el Tribunal de Garantías Constitucionales. También necesitaban el apoyo del gobierno de Madrid, presidido por el radical Lerroux, para bloquear la actuación de la izquierdista Generalitat. Cambó confiesa en sus *Memorias* que también lo hizo por miedo a que Gil-Robles y la CEDA no quisieran encabezar esa protesta, «faltando a compromisos que tenía conmigo de apoyarnos en Cataluña si yo ayudaba en el resto de España».[109]

El 24 de abril de 1934, Francesc Cambó y Joan Ventosa, en nombre de la Lliga Catalana, los tradicionalistas Joaquim Bau y Casimir Sangenís y el radical Joan Palau presentaron en las Cortes una proposición incidental para pedir al gobierno Lerroux que aceptara el recurso de inconstitucionalidad sobre la polémica ley catalana. Para añadir presión, tres días después Cambó mandó una carta al presidente Alcalá Zamora, publicada por *La Veu de Catalunya*, en la que prometió que la Lliga Catalana apoyaría a cualquier gobierno conservador que respetara la legalidad y mantuviera abiertas las Cortes, porque no convenía cerrarlas ni disolverlas.

El gobierno Lerroux aceptó inmediatamente la petición de los parlamentarios catalanes y el 4 de mayo interpuso el recurso ante el Tribunal de Garantías Constitucionales. El 6 de junio, este organismo, presidido por Álvaro de Albornoz, emitió una sentencia en la que 13 de sus 23 miembros consideraban la Ley de Contratos de Cultivo

contraria a la Constitución y al Estatuto. Su argumentación era que la cámara catalana no tenía competencias legislativas en materia social. La defensa ante este tribunal, presentada por el gobierno Companys, alegó que la ley catalana no era social, sino una norma esencial de derecho civil sobre la que sí podía legislar el Parlament, pues regulaba contratos.

La sentencia del Tribunal de Garantías disparó la tensión en Cataluña. En Madrid, los diputados de ERC se retiraron del Congreso, y para solidarizarse con ellos hicieron lo mismo los nacionalistas vascos y algunos diputados de izquierdas. El gobierno Companys decidió presentar la misma ley en el Parlament y la cámara la volvió a aprobar el 12 de junio, en una sesión muy caldeada. Ese día, el único representante de la Lliga Catalana fue Raimon d'Abadal, que recibió un estruendoso abucheo de los rabasaires reunidos ante el Parlament, en el parque de la Ciutadella. Después de vehementes discursos, se volvió a votar la ley y obtuvo 58 votos a favor y 1 en contra, el de Abadal. Toda la prensa catalana de izquierdas se lanzó contra la Lliga y contra Cambó, a quien acusaban de representar «el capitalismo más salvaje» y de ser «un financiero, no un político».[110]

Cambó intervino muy poco en las Cortes republicanas. Dejó pasar muchos debates trascendentales en los que podría haber participado sin problemas, porque eran temas que dominaba. Su primera intervención relevante no llegó hasta el 25 de junio de 1934. Antes, solo había hablado brevemente en dos ocasiones: una vez el 24 de mayo para tratar aspectos de la política presupuestaria, y otra para hablar del paro forzoso, el 14 de junio.[111]

El conflicto rabasaire motivó su primera intervención claramente política en el Congreso de los Diputados el 25 de junio de 1934. Fue un discurso para replicar a los ataques del socialista Indalecio Prieto y del republicano Manuel Azaña, que lo responsabilizaban de ser uno de los principales instigadores del conflicto al presentar el recurso contra la ley catalana y presionar al gobierno Lerroux para que la llevara al Tribunal de Garantías Constitucionales. Cambó se defendió diciendo que el conflicto no lo había provocado su recurso, sino la Constitución republicana elaborada por Azaña y Prieto, que no había otorgado al Estatuto catalán competencias para aprobar una ley como esa. «La Ley de Contratos de Cultivos es una infracción de la Constitución y del Estatuto», dijo con gran énfasis, y censuró agriamente la actitud de

Companys y de ERC por querer desafiar al gobierno de Madrid y no acatar la sentencia. Elogió la valiente intervención de Raimon d'Abadal en el Parlament para exigir que el gobierno catalán aceptara la sentencia y reflexionó largamente sobre las relaciones entre el poder central y los poderes regionales: «Los poderes regionales no han de buscar su protección en armamentos, ni en gritos, ni en gestos teatrales; han de buscarla en tener razón siempre, en colocarse dentro de la ley y en asegurar en el territorio de la región autónoma la confianza, la confraternidad y el amor a todos los ciudadanos».[112]Curiosamente, ahora Cambó recurría a un planteamiento legalista y bastante diferente de los que había usado quince o veinte años antes en ese hemiciclo, cuando había criticado el ordenamiento jurídico español por no permitir a los catalanes actuar con libertad.

Cambó y los parlamentarios de la Lliga aprovecharon la ausencia de los diputados de ERC de las Cortes para monopolizar la representación de Cataluña. En sus intervenciones, los diputados de la Lliga sostenían que ellos trataban de resolver el conflicto agrario catalán negociando con el gobierno y con el IACSI, mientras que los de ERC se quedaban en Barcelona de brazos cruzados.

Pero la actitud rígida y beligerante de la Lliga en la cuestión rabasaire había disparado los ataques de las izquierdas al partido y a Cambó. Ahora se los acusaba de abandonar la línea catalanista y de actuar contra la soberanía del Parlament y la autonomía catalana. Por otra parte, la radicalización del IACSI de Josep Cirera Voltà comprometía un poco a la Lliga Catalana, que no quería seguir con exceso a esa organización, pero tampoco que los propietarios rurales tuvieran la sensación de ser abandonados.[113]Cambó estaba indignado por el comportamiento de Cirera Voltà, que había conseguido la presidencia del IACSI, había abandonado la Lliga Catalana y estaba conspirando para montar la CEDA en Cataluña con el visto bueno de Gil-Robles. «Ha escapado a mi control», reconocía.[114]

El conflicto de la Ley de Contratos de Cultivo se siguió enquistando con actos como el del 8 de septiembre, cuando unos dos mil propietarios afiliados al IACSI fueron a Madrid a protestar ante el gobierno, presidido entonces por el radical Ricardo Samper, por su excesiva tolerancia con la Generalitat. Era verdad que la actitud del gobierno había cambiado respecto a esta cuestión desde la dimisión de

Lerroux. Su sustituto, el valenciano Samper, había conversado discretamente con el gobierno catalán y con gente de la Lliga para encontrar una solución aceptada por todas las partes. Pero esa política de negociación y eventual pacto chocaba de frente con las fuerzas de derechas que apoyaban a Samper. La CEDA lanzó una especie de ultimátum que obligó a Samper a dimitir. El 4 de octubre se anunció la formación de un nuevo gobierno presidido por Alejandro Lerroux, dentro del cual había por primera vez tres ministros de la CEDA. Como la mayoría de las fuerzas de izquierdas consideraban el partido de Gil-Robles una formación «no republicana», anunciaron que no reconocían el nuevo ejecutivo; según ellos, aquello equivalía al asalto de «las fuerzas monarquizadoras y fascistas» al poder. Los grupos de izquierdas temían algo parecido a lo que había sucedido en Alemania un año antes, cuando Hitler había llegado al poder y en pocos meses había liquidado la vida democrática en el país, o que se produjera un golpe autoritario como el del canciller Dolfus en Austria, en febrero de 1934. La identificación de Gil-Robles con ambos dirigentes autoritarios era pública y notoria; incluso había asistido como invitado especial a mítines de sus partidos.

Los sucesos del 6 de octubre son conocidos: aprovechando el clima de rebelión de las izquierdas españolas contra el nuevo gobierno radical y cedista, el presidente de la Generalitat, Lluís Companys, proclamó el Estado Catalán dentro de una república federal española. El gobierno Lerroux respondió decretando el estado de guerra y ordenando al general Domènec Batet que se hiciera cargo de la situación. Las tropas salieron a las calles de Barcelona y en pocas horas ya controlaban la situación y detenían al gobierno catalán. Madrid decretó la suspensión del Estatuto, intervino la administración catalana, destituyó a muchos alcaldes y concejales de izquierdas, cerró locales de los partidos políticos de izquierdas y de los sindicatos y detuvo preventivamente a más de tres mil personas solo en Cataluña. En el resto de España, la rebelión también fue controlada en pocas horas y fueron detenidos numerosos dirigentes políticos y sindicales de izquierdas. Sin embargo, en Asturias la rebelión de toda la cuenca minera duró casi tres semanas y se tuvo que reprimir con tropas llegadas de Marruecos y comandadas por el general Franco. En total, estos hechos revolucionarios de octubre de 1934 causaron más de mil muertos y unos treinta mil detenidos en toda España. La fractura entre

las formaciones de izquierdas y las de centro y derecha era casi total. El proceso de Lluís Companys y de todo el gobierno de la Generalitat tuvo lugar ante el Tribunal de Garantías Constitucionales en medio de una gran expectación política. La sentencia, dictada el 5 de junio de 1935, condenó a todos los encausados a treinta años de reclusión mayor.

En sus *Memorias*, Cambó reconoce que los hechos de octubre «a los hombres de la Lliga, y a mí especialmente, nos dejó en una situación muy delicada tanto en Madrid como en Barcelona».[115]Por una parte, la lealtad institucional los obligaba a apoyar al gobierno Lerroux en su política de represión de la revuelta protagonizada por la Generalitat. Cambó incluso confiesa que la noche del 6 de octubre habló por teléfono con Lerroux para animarlo a cumplir con su deber de gobernante.[116]Por otra parte, él y los parlamentarios de la Lliga tendrían que aprender a convivir con los discursos y pretensiones de toda la derecha española de poner fin a la autonomía catalana y derogar el Estatuto.

Estos hechos estuvieron presentes en el Congreso de los Diputados desde que la cámara volvió abrir las puertas el 9 de octubre, y Cambó fue uno de los grandes protagonistas de unos debates parlamentarios que duraron meses. Tuvo que hacer malabarismos políticos para posicionarse al lado del gobierno Lerroux y en contra de la Generalitat de Companys sin bendecir la oleada de anticatalanismo y antiautonomismo que inundó las Cortes republicanas. Intervino por primera vez el 5 de noviembre de 1934, cuando dijo que el Congreso no debía zancadillear la labor de Lerroux, y aún menos interferir en los tribunales de justicia. Según él, el problema más grave de Cataluña y España era la oleada de indisciplina social. Del 6 de octubre, dijo que era «el hecho revolucionario más grave que se haya producido en España».[117]

Advirtió del peligro de revisar el Estatuto catalán «en aquel ambiente apasionado» y se alarmó ante la posibilidad de que algunas formaciones de derechas aprovecharan la situación para liquidar buena parte de la obra legislativa de las izquierdas durante el bienio 1931-1933.[118]Después se prodigó hablando de la «profunda crisis de espiritualidad» que afectaba al conjunto de la sociedad española y, al final de su intervención, reflexionó sobre los daños que estaban generando en España los excesos de patriotismo. Según él, esos

excesos «a veces se expresan en odio a Cataluña», y muchas veces eran muestras de un españolismo intransigente. Soñaba con que finalmente llegara «el momento en que el patriotismo español sea amor a España y conciencia de los grandes destinos que España puede cumplir».[119]

Francesc Cambó y los diputados de la Lliga Catalana apoyaron sin fisuras la represión del gobierno por los hechos del 6 de octubre. Sofocada la rebelión de Asturias, no solo votaron otorgar a Lerroux la confianza que pedía, sino que, el 28 de noviembre, todos los diputados de la Lliga votaron a favor de conceder el suplicatorio para procesar a Manuel Azaña como uno de los responsables. Dos días después, Cambó volvió a comparecer en el Congreso para contestar las intervenciones vehementes de tres diputados de extrema derecha, que habían pedido la supresión inmediata del Estatuto catalán y habían lanzado acusaciones genéricas al catalanismo; curiosamente, dos eran antiguos miembros del Centro Constitucional que él había presidido tres años y medio antes. Eran Honorio Maura, otro hijo de «don Antonio», y Antonio Goicoechea, que ahora dirigían la formación monárquica Renovación Española. El tercer diputado era José Antonio Primo de Rivera, el primogénito del dictador, que acababa de fundar la fascista Falange Española. Habían intervenido con discursos vehementes, los tres.

Entonces volvió el Cambó de los grandes discursos parlamentarios. Su réplica a los diputados fue contundente. Con gran habilidad, defendió el papel histórico de la Lliga como pionera del autonomismo catalán y condenó a ERC y la Generalitat por lo sucedido en octubre. A Goicoechea le recordó sus anteriores simpatías por la Lliga, y a Calvo Sotelo le reprochó que defendiera el corporativismo antidemocrático. Para Cambó, la rebelión de Barcelona era responsabilidad exclusiva de la Generalitat y de los militantes de ERC. Por lo tanto: «No hubo participación, en el movimiento del 6 de octubre, de la gran masa del pueblo catalán».[120]El líder de la Lliga Catalana defendía la vigencia del Estatuto de 1932: «Puede servir para resolver un problema que durante un tercio de siglo vino perturbando a España, que puede servir para encauzar una situación que viene perturbando la vida política del país».[121]Creía que se podía crear «un patriotismo español compatible con el catalanismo» y se ofrecía a iniciar un plan de reformas, sin descartar la revisión del Estatuto, señalando que la voluntad de la Lliga era gestionar la autonomía

catalana.

El 13 de diciembre de 1934, las Cortes aprobaron la ley para suspender sine die las funciones del Estatuto y del Parlament y crear el cargo interino de gobernador general de Cataluña.[122]Cambó y los diputados de la Lliga votaron en contra, pero la ley se aprobó igualmente. Ante la profunda hostilidad contra Cataluña que dominaba la cámara legislativa, Cambó volvió a intervenir para defender el derecho a la autonomía, ya que se trataba de un derecho fundamentado de una realidad tan viva como Cataluña, y nadie lo podía negar. Criticó la ley de suspensión del Estatuto por ser «una injusticia, una ilegalidad y una torpeza». Y entonces, dirigiéndose a la derecha españolista, pronunció estas palabras tan conocidas: «Porque no os hagáis ilusiones. Pasará este Parlamento, desaparecerán todos los partidos que están aquí representados, caerán regímenes pero el hecho vivo de Cataluña subsistirá».[123]

Con estas frases, seguramente Cambó también quería rebatir las acusaciones de las izquierdas catalanas, que afirmaban que la Lliga había «traicionado» al catalanismo. Poco después, con la desaparición de la censura a la prensa a principios de 1935, las publicaciones de la izquierda catalana no dudaron en calificar a la Lliga de fuerza antirrepublicana, clerical e incluso antiautonomista. Y aunque reconocían que la represión por los hechos de octubre había venido sobre todo del gobierno de Madrid, también consideraban que la Lliga había sido la incitadora y cómplice, además de ser la gran beneficiaria. Los hombres de la Lliga, junto con los radicales y los cedistas, pasaron a gobernar los ayuntamientos disueltos y, desde abril de 1935, formaron parte de los gobiernos de gestión de la Generalitat tutelados desde Madrid.[124]Cambó y los dirigentes de la Lliga se justificaban diciendo que si no gestionaban ellos la Generalitat y los ayuntamientos intervenidos, lo harían solo los radicales y cedistas.

En busca de una cierta conciliación con las izquierdas catalanas, el 30 de enero de 1935 los diputados de la Lliga apoyaron la proposición presentada por los parlamentarios de ERC que pedía el indulto a los condenados a muerte por los hechos de octubre. Días después, el 6 de febrero, la Lliga presentó por su cuenta una petición a las Cortes para restablecer la legalidad municipal, a la vez que censuraba la gestión autoritaria del alcalde de Barcelona nombrado por el gobierno, el radical Pich i Pon. Pero la mayoría radical-cedista

tumbó la propuesta. Era evidente que la Lliga quería dar muestras de su discrepancia parcial con el gobierno de Madrid, aunque seguía prestándole apoyo parlamentario en las cuestiones más generales.

La imagen de la Lliga Catalana también acusó las controversias internas que ponían en entredicho el vigor de su propuesta catalanista. Desde 1930, era obvio que había un sector revisionista que postulaba la necesidad de abandonar el nacionalismo de Prat de la Riba por ser demasiado radical, y de sustituirlo por una formulación más regionalista que fuera, en esencia, conservadora, católica y antirreformista. Ferran Valls i Taberner era uno de los representantes más significativos de esta corriente que, además, evidenciaba la necesidad de un entendimiento social y político con las derechas españolas para plantar cara al reformismo de las izquierdas republicanas. Durante el bienio 1933-1935, estas ideas, así como la necesidad de formular un nuevo programa conservador para ganar presencia en la política española, fueron apoyadas por muchos jóvenes dirigentes de la Lliga Catalana, como Joan Estelrich, Josep M. Trias de Bes, Miquel Vidal i Guardiola o Josep M. Tallada, la mayoría de ellos muy vinculados a Cambó. Este grupo de jóvenes «revisionistas» de la doctrina nacionalista de Prat utilizó el semanario *Després*, financiado por Cambó y dirigido por Joan Estelrich, como principal instrumento de difusión de su ideario.[125]

El 3 de mayo de 1935, después de la enésima crisis de la coalición radical-cedista, Alejandro Lerroux reestructuró su gobierno e incorporó al líder de la CEDA, José M.ª Gil-Robles, como ministro de Guerra. El ejecutivo tuvo una vida breve, porque pronto afloró un caso de corrupción que afectó al Partido Radical: el escándalo del estraperlo. Cabe destacar que ni Cambó ni ningún diputado de la Lliga intervinieron en los acalorados debates sobre este asunto ni sobre el siguiente, el escándalo Nombela, que tanto deshonró al Partido Radical y al propio Lerroux.

Lerroux tuvo que dimitir y el presidente Alcalá Zamora propuso al presidente de las Cortes, Santiago Alba, que también militaba en el Partido Radical, como candidato a jefe de gobierno. Cambó estaba de acuerdo. Creía que tenía que volver a gobernar el centro-derecha sin Gil-Robles, solo con el apoyo externo de la CEDA, y así se lo comunicó a Alba, prometiéndole el apoyo de los diputados de la Lliga Catalana: «Espero que lo que no pudo ser en 1931 salga ahora, y que mi viejo

amigo y opositor, presida su primer Gobierno».[126]Pero la operación no cuajó y el 25 de octubre se formó un nuevo ejecutivo presidido por Joaquín Chapaprieta, un viejo liberal muy amigo de Alba, que lideraba un pequeño partido de centro: el Partido Republicano Independiente.

Chapaprieta ofreció a Cambó la cartera de Hacienda, pero él la rechazó por motivos de salud y recomendó a Ventosa o Rahola. Chapaprieta eligió al segundo y le atribuyó el secundario Ministerio de Marina.[127]Al fin, la Lliga Catalana entraba en un gobierno durante el régimen republicano. Cambó estaba bastante satisfecho porque creía que podrían impulsar sus propuestas más relevantes: la reforma de la Constitución, la ley electoral con sistema proporcional y una nueva ley de orden público.[128]Pero no exigieron a Chapaprieta que en su programa se comprometiera a restablecer el Estatuto; solo pidieron que se aceleraran los demás traspasos de servicios a esa Generalitat intervenida, pero gestionada por ellos. Sostenían que aún no era hora de restablecer por completo el Estatuto y que antes habría que reformarlo.

El ampurdanés Pere Rahola, buen amigo de Cambó, fue ministro de Marina solo dos meses y medio, porque el gobierno Chapaprieta cayó el 14 de diciembre y fue sustituido por otro presidido por el centrista Manuel Portela Valladares, que también ofreció un cargo en su gobierno a Pere Rahola: sería ministro sin cartera. Aun así, estos gobiernos sin cedistas eran demasiado débiles y no lograban consolidarse. A principios de enero de 1936, Portela Valladares pidió al presidente Alcalá Zamora la disolución del Congreso de los Diputados y la convocatoria de elecciones generales para el 16 de febrero de 1936.

La última intervención de Cambó en las Cortes republicanas fue el 6 de diciembre de 1935, con motivo de la discusión sobre la Ley de Defensa de Patrimonio Artístico. Era un tema que le llamaba mucho la atención como gran admirador y conocedor del arte, pero también como destacado coleccionista. Cambó expresó su satisfacción con el proyecto de ley, aunque señaló que llegaba tarde y que ya habían salido de España muchísimas obras de arte por culpa de la desidia y la desprotección oficial. Aun así, dijo que la ley no pensaba mucho en la adquisición de obras artísticas en el extranjero por parte de ciudadanos españoles que supusieran un incremento del valor que ya

tenían. Como gran coleccionista de obras de arte compradas en el extranjero, pedía más protección legal para el mecenazgo. Como explicamos más adelante, precisamente en este parlamento Cambó explicó cómo había creado su impresionante colección pictórica y anunció su deseo de donarla a los museos.[129]

El Front Català d'Ordre, la opción conservadora de 1936

El panorama político catalán y español a principios de 1936 era critico. Las derechas y las izquierdas se habían radicalizado y no dejaban espacio a las formaciones moderadas y conciliadoras. Además, la ley electoral forzaba a crear amplias coaliciones, necesariamente heterogéneas. Si no, se corría el riesgo de tener muy poca representación. Las izquierdas catalanas y españolas habían iniciado desde hacía tiempo una ambiciosa campaña contra la represión por los sucesos de octubre, poniendo el acento en la amnistía de los presos políticos. Esta consigna se tradujo en la formación de la coalición electoral del Frente Popular, que en Cataluña se llamó Front d'Esquerres, con un programa basado en la vuelta al espíritu fundacional del régimen republicano de 1931. Había que recuperar la política de reformas sociales, restablecer la autonomía catalana y conseguir la amnistía para los presos políticos. Junto a ERC y la USC, dentro de la nueva coalición había varias formaciones obreristas de extrema izquierda, como el POUM, la federación catalana del PSOE, el Partit Comunista de Catalunya y el Partit Català Proletari.

En España, la CEDA quiso aglutinar a todas las derechas, pero el Partido Radical de Lerroux se negó y optó por ofrecer una opción centrista entre el Frente Popular y la coalición de las derechas. En Cataluña, en cambio, la Lliga Catalana era el partido decisivo dentro del espacio de centro-derecha. El partido de Cambó podía optar por presentarse como una opción de centro catalanista, respetuosa con la legalidad republicana y defensora de la autonomía catalana, como había hecho en diciembre de 1932, o bien constituir una amplia coalición con todas las derechas, sabiendo que algunas de esas formaciones eran monárquicas y contrarias a la autonomía catalana. También había la referencia de lo que sucedía en el País Vasco, donde el Partido Nacionalista Vasco había optado por erigirse como una

opción centrista y nacionalista, distanciándose así tanto del Frente Popular como de la coalición de las derechas, que era abiertamente españolista y antiautonomista.

En Cataluña, la dirección de la Lliga, y muy especialmente Francesc Cambó, no dudó mucho. Había que evitar la fractura de las derechas, que beneficiaría a las izquierdas, y destacar que la prioridad era la defensa social ante el peligro revolucionario. Por eso optó por una coalición con todas las derechas, llamada Front Català d'Ordre, a la que se sumaron formaciones muy diversas: los radicales de Lerroux, Acción Popular (la CEDA de Gil-Robles), la Dreta de Catalunya (los monárquicos de Calvo Sotelo) y los tradicionalistas. El pacto no fue nada fácil. Hubo muchas tensiones y la Lliga estuvo a punto de presentarse sola a las elecciones. Al final, aunque los catalanistas impusieron las condiciones a sus aliados y se reservaron la dirección de la campaña electoral, forzando a celebrar por separado los actos de propaganda, los candidatos no catalanistas tenían mucho peso en la coalición.[130]Aunque los políticos de la Lliga aparecían primero en las candidaturas del Front Català d'Ordre, la lista reflejaba el carácter heterogéneo de la coalición. Por ejemplo, en la circunscripción de Barcelona ciudad figuraban Joan Ventosa, de la Lliga, con el radical Alejandro Lerroux. Cambó encabezaba la lista de Barcelona provincia, donde coincidía con un político radical poco conocido, Jaume Polo, y con Josep Cirera i Voltà, el polémico líder de Acción Popular en Cataluña.

Durante la campaña, los candidatos de la Lliga subrayaron la necesidad de que todos los conservadores se unieran ante la amenaza a los intereses morales y materiales de la Cataluña católica y tradicional. Acusaban a ERC de ser una fuerza incapaz de mantener el principio de autoridad y de tolerar el activismo revolucionario de la CNT. Por eso insistían en defender el orden ante la indisciplina social, así como los valores de la familia y la propiedad ante el peligro de la anarquía y la revolución. El editorial de *La Veu de Catalunya* del 8 de enero de 1936 denunciaba el peligro que supondría la victoria de las izquierdas catalanas, dado que estaban supeditadas al programa del Frente Popular español, el presunto primer paso hacia la revolución: sería la victoria de las «fuerzas de la subversión» y Cataluña se convertiría en «una sucursal de Moscú».[131]

Pero en la Lliga Catalana también sabían que tenían que esgrimir

argumentos más moderados y prudentes para lograr el apoyo de las clases medias, más identificadas con la catalanidad y la democracia. En un mitin del 25 de enero en Barcelona, Cambó y Ventosa proclamaron que su partido defendía firmemente la legalidad republicana y el régimen autonómico catalán y prometieron que, si ganaban las elecciones, llevarían a cabo una política de «construcción» y «recuperación» no solo antirrevolucionaria, sino con propuestas de progreso y conciliación social. Pero en unas declaraciones al periódico católico de Madrid *El Debate* del 2 de febrero de 1936, el líder catalanista justificó su alianza con las extremas derechas españolas no solo en cuestiones estrictamente electorales, a fin de que no ganaran las izquierdas, sino porque coincidían en muchos aspectos y tenían «un patrimonio común con ellas».[132]

En las elecciones del 16 de febrero de 1936, la coalición liderada por Cambó y la Lliga Catalana, el Front Català d'Ordre, obtuvo el 42 % de los votos, unos 480.000 sufragios, y fue claramente derrotada en toda Cataluña, al quedar segunda en las cinco circunscripciones. Los mejores resultados fueron en Lérida y en los municipios pequeños; los peores, en las grandes ciudades como Barcelona. Cambó no salió elegido por unos pocos miles de votos. En conjunto, Cataluña eligió 41 candidatos del Front d'Esquerres, 12 de la Lliga Catalana y 1 tradicionalista. Meses después, en sus *Meditacions*, Cambó llegó a la conclusión de que, en el fondo, había tenido mucha suerte por no haber sido elegido diputado: «Fui derrotado en las elecciones y a mi derrota debo la vida».[133]Al no ser elegido, Cambó pudo irse a veranear al extranjero y no estaba en Cataluña el 19 de julio de 1936.

Con la victoria del Frente Popular, se constituyó un nuevo gobierno presidido por Manuel Azaña, que decretó de inmediato la amnistía de los presos políticos y liberó a Lluís Companys y al antiguo gobierno de la Generalitat. El Parlament de Cataluña volvió a reanudar sus sesiones y volvió a elegir a Companys como presidente. En esa condición regresó a Barcelona el 1 de marzo de 1936. En mayo de 1936, la mayoría de izquierdas del Congreso forzó la destitución de Niceto Alcalá Zamora como presidente de la república y, el 10 de mayo, Manuel Azaña fue elegido nuevo presidente. Entonces se formó un ejecutivo formado solo por republicanos de izquierdas y presidido por el gallego Santiago Casares Quiroga. Los socialistas se negaron a formar parte.

Pese a la derrota electoral de febrero, los dirigentes de la Lliga Catalana aceptaron las reglas del juego democrático y no conspiraron abiertamente contra el régimen. Esta actitud de respeto a la legalidad contrastaba con la de la mayoría de las derechas españolas, incluida la CEDA, que cada vez tendían más hacia posiciones antidemocráticas. La mayoría justificaron la rebelión militar y llegaron incluso a colaborar.

Después de la derrota, Cambó se dio cuenta de que a la Lliga se le abrían dos caminos para seguir actuando en España: una opción era seguir vinculada a las derechas españolas, lo que implicaba subordinarse al peligroso radicalismo que predicaban Gil-Robles y, sobre todo, Calvo Sotelo; y la otra era afirmar la especificidad catalana y buscar una posición más moderada y centrista. A juzgar por sus discursos, artículos y cartas, al principio albergaba muchas dudas. Pero pronto se impuso el cambio táctico hacia el centro. En las Cortes, las intervenciones de Joan Ventosa dan fe de este hecho; los diputados de la Lliga Catalana empezaron a apartarse claramente de sus antiguos aliados de derechas e insistían en aceptar los resultados electorales y respetar la legalidad. El viraje hacia el centro también respondía al descontento de algunos sectores del partido con la presencia en el Front Català d'Ordre de fuerzas tan anticatalanistas como los monárquicos de Dreta de Catalunya. La gran radicalización hacia la derecha de Acción Popular y los tradicionalistas en Cataluña también favorecía el cambio. Por otra parte, la crisis de la antigua Acció Catalana, cada vez más fagocitada por ERC, y el escaso crecimiento de Unió Democràtica dejaban cada vez más espacio en el centro.

Joan Estelrich, aunque creia conocer a Cambó en profundidad, exageraba un poco cuando en su dietario afirmaba: «Después de cada derrota electoral, Cambó se siente más catalanista. Ahora está blando y acepta la posibilidad, como una suerte, de la solución separatista».[134]A Cambó nunca se le habría pasado por la cabeza esa solución, pero sí era cierto que creía conveniente distanciarse todo lo posible de los antiguos aliados españolistas y ultraderechistas y reafirmar la catalanidad y la centralidad de la Lliga.

En su correspondencia, Cambó hablaba de la conveniencia de que

en España hubiera «un partido conservador a la moderna» que evitara la revolución, y la CEDA no lo era.[135]Poco a poco se impuso un cambio táctico en las directrices de la Lliga, aunque no siempre se reflejaba en los editoriales de *La Veu de Catalunya*. Ciertamente, había diferencias entre la situación de agitación social y política que había en gran parte de España y en Cataluña. Algunos periodistas de entonces, y muchos historiadores más tarde, hablarán con cierta exageración de un «oasis catalán».[136]

Era evidente que en la primavera de 1936 Cataluña no se encontraba, ni por asomo, en una situación de guerra social parecida a la que había dominado los años previos a la dictadura de Primo de Rivera. Las tensiones sociopolíticas tampoco se parecían a las que había entonces en Madrid y en otras zonas del sur de España. El ambiente político no estaba tan intoxicado como en la capital, donde el debate sobre las elecciones de febrero y la actuación del nuevo gobierno de izquierdas degeneraba cada vez más en voces que cuestionaban el régimen democrático y la legalidad. En Cataluña no había una prensa descaradamente progolpista, como el *ABC*, ni grupos falangistas lanzados al puro pistolerismo, ni sectores dentro de las fuerzas del orden público que actuaran al margen de sus superiores. Y sobre todo, en Cataluña no había ningún grupo social importante que atizara y financiara una conspiración militar antidemocrática.

Sin duda, la actitud más prudente del presidente Companys y del gobierno de la Generalitat, que controlaba directamente el orden público, era un factor decisivo para que en Cataluña hubiera menos tensiones. Hasta Cambó reconocía que las relaciones entre la Lliga y Companys habían mejorado, porque había «personas que nos resultaban agradables».[137]Pero aunque en Cataluña no había el grado de histeria política que se apreciaba en Madrid, tampoco era una balsa de aceite. También había convulsión, atentados (como el asesinato de los hermanos Badia) y conflictos laborales. La prensa de Barcelona hablaba a menudo del incremento de la fuga de capitales hacia el extranjero en busca de un refugio seguro. Los principales dirigentes de la Lliga, entre ellos Cambó, habían colocado grandes sumas de dinero fuera del país.[138]

No obstante, la correspondencia privada de Cambó durante esos meses refleja un cierto desprecio por las izquierdas, que volvían a ocupar el poder en Madrid y en Barcelona. También plasma una cierta

repugnancia por el resultado del ejercicio del sufragio universal. Indirectamente era como si no reconociera de la victoria de las izquierdas, o al menos como si las cuestionara. Para Cambó, con la victoria del Front d'Esquerres se iniciaba una etapa de crisis grave, y era de esperar que hubiera reacciones y venganzas peligrosas: «No han triunfado las izquierdas políticas, sino las izquierdas sociales, y estas no tardarán en pedir cuentas».[139]Tenía miedo de que la situación derivara hacia el radicalismo y la gran polarización: «Desde una Dictadura imperialista y brutalmente centralista hasta el desmoronamiento federalista, e incluso separatista».[140]

Cambó y los principales dirigentes de la Lliga no caían en el fanatismo de las extremas derechas españolas, pero seguían insistiendo en los valores más básicos del conservadurismo social: la defensa de la religión, de la propiedad, de la familia y del orden, que consideraban cada vez más amenazados. Y eso los acercaba ideológicamente a los sectores más hostiles con el régimen republicano, que ya conspiraban descaradamente.

Si nos fijamos en algunos discursos y artículos de Cambó, Ventosa o Duran durante esos meses de abril a julio de 1936, encontramos llamadas constantes a las derechas catalanas para que no se dejen llevar por las pasiones y las provocaciones. El 8 de abril de 1936, Cambó publicó en *La Veu de Catalunya* un artículo titulado «Mirant la realitat», en el que denunciaba la posibilidad de que: «Las derechas se alineen ... con la revolución ... Si debilitan la moral y la disciplina de la fuerza pública, podrían causar daños incalculables a España y a los intereses y sentimientos que las derechas quieren defender». Le daba miedo que todo acabara en un período de anarquía «en el que se disputarían quién tiene una potencia más destructora: si la demagogia roja o la demagogia blanca».[141]

Cambó era consciente de la difícil situación en la que se encontraría la Lliga Catalana si las extremas derechas intentaban dar un golpe. En una carta a Estelrich del 11 de marzo, reflexionaba sobre la posibilidad de una nueva dictadura militar en España: «En ese caso, nuestra posición quedaría muy mermada y solo seríamos una reserva para el momento en el que España quiera o pueda volver a una normalidad política».[142]Seguramente sería una dictadura mucho más violenta, dentro de la cual la inhibición de la Lliga sería complicada.

El 22 de abril de 1936, Francesc Cambó y Felip Rodés llamaron a

la convivencia pacífica en un mitin en el Teatro Tívoli de Barcelona, pero no dejaron de aludir a una posible dictadura de derechas. Cambó reconocía: «Si una dictadura es un mal, no se puede evitar que aparezca cuando amenaza otra con el afán de tumbar, pisotear y atropellar los sentimientos más preciados. Así pues, no hay que hacer un llamamiento contra el fascismo. Hay que hacer un llamamiento contra todas las dictaduras».[143]Al cabo de un mes y medio, el 14 de junio, Cambó aprovechó una conferencia en Barcelona para volver a plantear la posibilidad de un golpe autoritario y, con mucha más firmeza, condenó cualquier intentona dictatorial, que sería indudablemente anticatalana: «Toda dictadura, blanca o roja, será anticatalana, irá contra el alma de Cataluña y contra el cuerpo de Cataluña».[144]

El clima político catalán era bastante diferente del que había en Madrid, y una prueba de ello es que dirigentes de la Lliga Catalana y representantes del gobierno de la Generalitat mantuvieron negociaciones sobre una posible reforma de la ley electoral y un avance de las elecciones al Parlament. El 26 de mayo de 1936, Lluís Companys había anunciado que su programa priorizaba la aprobación de una nueva ley electoral que introdujera el sistema proporcional tanto en las elecciones al Parlament como en las municipales. Después del verano empezarían las gestiones dentro de la comisión parlamentaria pertinente. Era una demanda de la Lliga Catalana, que llevaba tiempo presionando por aprobar un sistema de representación política más real. Cambó estaba esperanzado y contento.[145]

El 21 de junio de 1936, pronunció su último discurso en Cataluña, y quizá de su trayectoria política. Lo dio pocos días antes de irse de vacaciones, ante la Asamblea de Delegados de la Juventud de la Lliga de Barcelona y provincia, y fue reproducido casi íntegramente en la edición del 23 de junio de *La Veu de Catalunya*. Fue un mensaje insólito y muy diferente del que él mismo y la mayoría de los dirigentes de la Lliga Catalana predicaban hasta ese momento. Cambó expuso con cierto detenimiento la tesis de que el sufragio universal había «conducido a la igualdad política» y que, por lo tanto, era bastante lógico que los más desfavorecidos pidieran igualdad económica.[146]Alegaba que las tendencias niveladoras se estaban imponiendo en todo el mundo y que en Cataluña y España también habría que avanzar hacia una mayor justicia social. Señaló que el

gobierno español debía hacer propuestas claramente reformistas, como implantar un régimen de seguridad social para los trabajadores, y que los patrones tendrían que ser menos intransigentes. Defendió los principios sociales predicados por la Iglesia católica y elogió las encíclicas papales *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*. Al final argumentó que, si no se seguía este camino, la democracia correría peligro: «Si no se llega a establecer un alto nivel de justicia social, la democracia morirá». Analizando este discurso, Isidre Molas lo califica de sorprendente y dice que: «Para la Lliga debía de resultar atrevido, y alarmante para las clases dominantes catalanas, porque lo había formulado el líder indiscutible del partido».[147]

Realmente, esos planteamientos de Cambó reflejaban una sensibilidad socialcristiana que nadie de la Lliga había planteado tan explícitamente. Tres meses antes, ya había avanzado a Lluís Duran sus ideas sobre la necesidad de dar «un contrapeso conservador a la demagogia extremista», y dijo que en esas circunstancias quienes se tenían que sacrificar eran los ricos, los propietarios: «Hay que sacrificar parcialmente a los actuales propietarios y debemos aceptarlo sin vacilaciones: los propietarios nos han enseñado hasta dónde llega su ingratitud, después de haber hecho nosotros en su defensa los mayores sacrificios». Parecía que se estaba imponiendo con sinceridad el giro hacia un cierto reformismo social... ¿o era una muestra más del tacticismo de Cambó? Hay que recordar que, en esos momentos, estas eran ideas muy minoritarias dentro de la derecha catalana. Solo algunos católicos como el canónigo Carles Cardó, que actuaba como francotirador, se atrevían a formularlas con tanta contundencia.[148]No es fácil saber hasta qué punto era sincera esta propuesta de Cambó. Posiblemente tratase de distanciarse al máximo de las ideas cada vez más reaccionarias que predominaban en los conservadores españoles.

La conspiración militar del general Mola no contó nunca con la colaboración de la Lliga Catalana ni de Cambó. Primero, porque ese levantamiento fue exclusivamente militar y los civiles tuvieron un papel secundario de apoyo político y financiero, pero sin capacidad de dirección. Y segundo, porque el golpe de estado que preparaban tenía un carácter muy nacionalista y español. No solo fue una rebelión contra las izquierdas que gobernaban, sino también contra ese régimen democrático que había propiciado la autonomía catalana. Por consiguiente, era antiseparatista y aspiraba a rehacer «la unidad de

España», rota, según ellos, por el Estatuto. La Lliga Catalana era una fuerza conservadora, pero estaba impregnada de «regionalismo pernicioso» que impedía contar con ella. Como es sabido, en Cataluña los militares golpistas solo revelaron sus planes a los tradicionalistas, los falangistas, los monárquicos de Dreta de Catalunya y los dirigentes de las juventudes de Acción Popular (CEDA), pero en ningún momento a políticos de la Lliga, por más que ese partido hubiera sido el eje del bloque electoral de las derechas. También destaca el escaso apoyo económico catalán al complot militar: solo tenemos constancia de que unos pocos hombres de negocios catalanes, poco representativos, ayudaran financiera y materialmente a los golpistas.

Pero aunque era evidente que nadie importante de la Lliga ayudó a preparar y consumar la insurrección militar de julio de 1936, algunos miembros de este partido, como el secretario de Cambó, Joaquim M. de Nadal, estaban más o menos informados. Nadal explica que a mediados de mayo ya habían llegado a la dirección de la Lliga, y del propio Cambó, noticias sobre la preparación «de un levantamiento militar para acabar con el desorden reinante en España». Al parecer, él le dijo que recurriera a sus contactos para intentar hacerse con el máximo de información. Nadal también señala que luego, a mediados de junio, esos contactos le notificaron «la suspensión momentánea de su realización», y que fue por eso, pensando que el levantamiento no se llevaría a cabo, por lo que Cambó se fue a Francia e Italia a principios del mes de julio.[149]Meses antes, fruto de la victoria electoral del Frente Popular, Cambó había hecho «retirar» de su casa algunos de sus cuadros más valiosos y los había depositado en diferentes sitios seguros en Italia y Suiza.[150]

Durante los meses de junio y julio de 1936, casi toda la prensa española hablaba de una conspiración militar. Tanto los periódicos de derechas como los de izquierdas iban repletos de frases tan potentes como «golpe fascista», «nueva dictadura», «peligro de revolución», «defensa de la legalidad», etc. Incluso los que habían hablado del «oasis catalán» empezaban a rectificar.[151]El día del asesinato de José Calvo Sotelo, el 13 de julio, tuvo lugar una reunión urgente de la Comisión de Acción Política de la Lliga Catalana en Barcelona. Asistieron Abadal, Ventosa, Duran, Puig i Cadafalch y Puig de la Bellacasa, pero no Cambó, que entonces estaba en París. Ventosa se fue enseguida a Madrid para intervenir en nombre de la Lliga en la

sesión de la Diputación Permanente de las Cortes del día 15. Allí, declaró que no creía «que España haya atravesado jamás una situación de anarquía y de desorden, persistente y crónica, como la presente».[152]

Conviene bastante recalcar que, durante esos inquietantes días de mediados de julio, el principal altavoz de la Lliga Catalana, el periódico *La Veu de Catalunya*, publicó una serie de artículos en los que condenaba de forma tajante cualquier posible alteración de la legalidad vigente.[153]Incluso en el último editorial del periódico del 19 de julio, firmado conjuntamente por Lluís Duran i Ventosa y Joaquim Pellicena, se decía:

> Así que no podemos colocarnos en ninguna circunstancia al lado de quienes se saltan la ley. Sea cual sea el juicio que nos merezca la actuación del Gobierno del señor Casares Quiroga, y no lo hemos ocultado, hoy por hoy representa la ley. Y en este sentido, debemos estar a su lado. Nadie tiene derecho a dudar de nuestra fidelidad a la República, en cuanto régimen que han decidido adoptar los pueblos españoles.[154]

Por desgracia, el 19 de julio de 1936 una cosa eran los editoriales de ciertos periódicos, y otra muy diferente la realidad que se palpaba en las calles.

Durante los años de la república, Francesc Cambó había querido encontrar su espacio político en un régimen que no le agradaba, pero que aceptaba. Volvió a la política de equilibrios y de cambios tácticos, sobre todo electorales, a fin de recuperar la influencia perdida. Y también tuvo que hacer frente a la mala imagen que él y la Lliga despertaban en las izquierdas catalanas y españolas por ser «poco republicanos»; y en las derechas españolas, por ser «demasiado catalanistas». Durante el bienio 1933-1935 recuperó cierto protagonismo como diputado y líder de una formación que quiso consolidar las coaliciones de centro-derecha, pero los hechos de octubre de 1934 lo volvieron a colocar en una situación incómoda. Su tacticismo para evitar que las izquierdas ganaran las elecciones volvió a imponerse en febrero de 1936, pero se olvidó del Front Català d'Ordre tan pronto como fue derrotado.

Demasiadas maniobras y demasiados cambios tácticos para unos tiempos tan inestables y agitados. Al final, Francesc Cambó y la Lliga Catalana, como tantos otros, se vieron desbordados por unos acontecimientos que no controlaban ni deseaban.

Capítulo 6

UNA «MILITARADA» INESPERADA E INDESEADA

El apoyo de Francesc Cambó a la causa de los militares rebeldes durante la guerra civil es, sin duda, el episodio más controvertido de su vida política. Fue aquella una opción clara y firme, si bien la justificación inicial, el enfrentamiento entre «barbarie y civilización», era simplificadora y demagógica. De nuevo, en los momentos críticos surgía el Cambó más conservador, que, atemorizado por el peligro revolucionario, daba por buenas las intervenciones autoritarias, por violentas que fueran. Durante cierto tiempo, Cambó y los demás dirigentes de la Lliga, como Joan Ventosa, fueron unos colaboradores casi necesarios para los militares golpistas debido a sus conocimientos de cuestiones financieras, a sus contactos con el mundo financiero y empresarial europeo y a los servicios de propaganda política, activos y eficientes, que a escala internacional organizaron en París.

Sin embargo, la prolongación de la guerra, la concentración de poderes en la persona del general Franco y la creciente influencia de los grupos más fascistas, que eran los más anticatalanistas, situaron a Cambó en una posición cada vez más incómoda, que terminó por provocarle ansiedad e, incluso, algo de vergüenza, que no arrepentimiento. Se sentía frustrado: a los de la Lliga se los había utilizado cuando se los necesitaba y luego se los ignoraba y marginaba. Las largas conversaciones de Ventosa con Franco, los planes de Cambó sobre el futuro de Cataluña realizados en otoño de 1936 habían quedado en nada. En el año 1939 tanto Cambó como Ventosa comprobaron amargamente que, pese a todos los méritos adquiridos durante la guerra, seguían siendo sospechosos y tenían que

hacerse perdonar el hecho de ser catalanistas. Y, además, no habían conseguido de Franco y los nuevos gobernantes que cesara la hostilidad contra el catalanismo ni contra la lengua y la cultura catalanas.

Cambó ante la guerra civil

¿Realmente Francesc Cambó preveía y consideraba lógico o inevitable el golpe militar del 18 de julio? ¿Creía que el gobierno de izquierdas, del Frente Popular, estaba totalmente desacreditado y que había que echarlo del poder? En sus *Memorias* nos cuenta cómo reaccionó al recibir las primeras noticias de lo que ocurría en España y qué pensó que iba a suceder: «Ya en el *Catalònia* recibí nuevas del asesinato de Calvo Sotelo. Me pareció que, entonces, era fatal el golpe militar y que nada había para detenerlo».[1]Pues bien, creemos que esta no era exactamente la opinión que tenía entonces Cambó sobre lo que podía pasar en España. Porque resulta que no es eso lo que reflejan las cartas que intercambió con aquel con quien tenía la mayor confianza política, Joan Ventosa.[2]

La localización de la correspondencia de guerra de los dos máximos dirigentes de la Lliga Catalana, Francesc Cambó y Joan Ventosa, nos permite disponer de una información privilegiada sobre la actuación y su pensamiento durante la guerra civil española.[3]Cabe destacar el carácter excepcional de este epistolario, integrado por unas doscientas cartas, notas y documentos adjuntos, dado que, además de mostrar una notable continuidad, proporciona noticias y reflexiones de la clase que normalmente solo aparece en el ámbito privado y que es muy difícil encontrar en documentos públicos o en los libros de memorias, siempre publicados en función de la conveniencia política del momento.[4]Además, el hecho de que Cambó termine sus *Memorias* justo al inicio de la guerra civil y no comience el *Dietari* hasta diciembre de 1936 genera un notable vacío informativo sobre qué pensó e hizo durante los cinco primeros meses del conflicto, una etapa fundamental para la toma de decisiones políticas. La continuidad de la correspondencia localizada nos permite seguir en detalle cómo se fue modificando la visión de la guerra civil que tenía Francesc Cambó a medida que el conflicto se prolongaba y desaparecía el carácter de

provisionalidad que todos otorgaban a los instrumentos de gobierno creados por el general Franco en Burgos y Salamanca.

El estallido de la guerra civil sorprendió a Francesc Cambó veraneando en su yate *Catalònia*, en aguas del Adriático, cerca de Trieste. Pasó gran parte de la guerra en Italia, primero en Villa Barata (Rapallo), en la costa de la Liguria, y más tarde en Abbazia,[5]cerca de Trieste, que entonces también era territorio italiano. Allí terminó comprando y rehabilitando un pequeño palacio, Villa Irenea. Posteriormente, a partir de enero de 1938, huyendo del control al que lo sometía el gobierno italiano[6]se marchó a vivir a Montreux, en Suiza, donde alquiló un palacete llamado Villa Maryland. Además de viajar muy a menudo por Italia y Suiza, Cambó visitará con frecuencia París, Bruselas y Zúrich, normalmente para asistir a las reuniones del Consejo Directivo de la CHADE o para dar instrucciones a la Oficina de Propaganda que la Lliga Catalana había montado en París.

En cuanto a Joan Ventosa, que había conseguido salir de Cataluña con su familia a principios de agosto de 1936, residió normalmente en Bruselas, donde estaban las oficinas de la CHADE y la sede de SOFINA.[7]Durante la guerra, Ventosa viajará a menudo por Europa, normalmente para realizar gestiones financieras encomendadas por el gobierno del general Franco. Así, irá con frecuencia a París y también a Londres, Roma, Zúrich y Berlín. Aun así, aquello que más lo diferenciará de Cambó serán sus diversos viajes a la «zona blanca»[8]durante la guerra civil para entrevistarse con sus principales responsables políticos, militares y económicos, y especialmente con el general Francisco Franco. Cambó y Ventosa se encontraron en varias ocasiones durante la guerra, por lo general en diferentes ciudades italianas, así como en París, Bruselas y Zúrich, aunque la mayor parte del tiempo que duró la guerra vivieron en países diferentes.[9]Eso es lo que otorga gran relevancia e interés a estas cartas, pues los dos se veían obligados a informarse mutuamente de todo cuanto conocían respecto al conflicto, y a transmitirse sus opiniones políticas sobre la evolución de la guerra y sobre las relaciones que debían tener con los responsables del gobierno de Burgos.

Por otra parte, debido a su desigual distanciamiento geográfico respecto al conflicto, uno entrando y saliendo de la zona franquista y el otro siempre en el extranjero, tuvieron percepciones diferentes de la

situación y la actuación política. El propio Cambó lo advirtió enseguida e hizo esta interesante comparación entre cómo había sido su relación con Prat de la Riba y cómo era ahora la que tenía con Ventosa:

> En tiempos de Prat yo sentía mucho más intensamente que él las preocupaciones en torno a los hechos del día, porque yo estaba siempre en la línea de combate: él más a la rezaga, lo observaba con más tranquilidad y con una mayor perspectiva. Y la visión de los dos, bien combinada, era casi siempre la visión exacta de la realidad. Es posible que hoy, ocupando yo la posición habitual de Prat y tú la que yo acostumbraba a ocupar, podamos combinar nuestras visiones para que de ellas resulte la verdad política del momento.[10]

Dos cartas de Cambó a Ventosa de julio de 1936 arrojan bastante luz sobre lo que pensaba realmente el líder catalanista respecto a lo que podía pasar en España al iniciarse la rebelión militar y también lo que deseaba que pasara. En la primera carta a Joan Ventosa, sin fecha, pero que tiene que ser del día 17 o 18 de julio, Cambó se sorprendía de «la falta de reacción de los elementos de extrema derecha que tenían como ídolo a Calvo Sotelo y depositaban en él todas sus esperanzas». Y expresaba sus deseos de este modo:

> Yo me alegro de que no haya sobrevenido una reacción violenta que habría tenido graves y dolorosas repercusiones, pero el hecho de que, al cabo de una semana, en ningún lugar de España la indignación de los partidarios haya estallado con violencia (única forma de reacción que provocan en España los sentimientos hondos) da fe de que el movimiento de extrema derecha no es un movimiento fuerte. Los actos de violencia cometidos hasta ahora por Falange Española se parecen mucho más a los crímenes cobardes del Sindicato Libre que a las violencias valerosas de los tiempos heroicos del fascismo. La constatación de este hecho no me sorprende ni me aflige. Creo que lo peor que podría ocurrir hoy en España es que una militarada o una reacción derechista prematura arrojara del poder a los hombres del Frente Popular antes de que estos se hayan desacreditado ante los suyos y se hayan puesto en frente a la masa neutra que les dio el voto el 16 de febrero.[11]

Asimismo, en esta carta Francesc Cambó concretaba con precisión por qué deseaba la continuidad del Gobierno del Frente Popular y por qué una reacción derechista sería muy negativa:

> Para concretarte la apreciación que hoy hago yo de la situación política española y nuestra posición política, yo te diré lo siguiente: Primero: Creo que conviene que el Gobierno del Frente Popular dure mientras el F. P. no se triture por incompatibilidades ideológicas y temperamentales y no se cubra de desprestigio por su inepcia ... como se cubrieron los gobiernos radical-cedistas. Segundo: Creo que el Gobierno del F. P. —el actual u otro— puede durar bastante tiempo ... y creo muy conveniente que dure. Creería mucho peor una Dictadura que nos llevaría, rápidamente, a la más espantosa anarquía, que la continuación de la situación actual. Tercero: Ni la crisis económica, ni las dificultades financieras y monetarias, ni el estado de perturbación en que viven muchas provincias españolas son motivos suficientes para que lo actual no pueda durar: la crisis económica es mucho más aguda en casi todos los pueblos de Europa, y puede

> mejorar, repentinamente, como mejoró en el 1932; de crisis financiera casi no se puede hablar, si uno recuerda la situación de las finanzas de otros Estados; la crisis monetaria se acabará el día en que el Gobierno desvalorice, mejorando, el rebote, la situación económica. Y, por el estado semianárquico en el que vive gran parte de España, han pasado muchos países y la propia España, durante los tres primeros cuartos del siglo XIX, vivió siempre en situación peor que ahora. Cuarto: Nos conviene que dure el F. P. todo el tiempo necesario para completar los traspasos y consolidar la autonomía de Cataluña; para aprobar los Estatutos vasco y gallego y hacer los correspondientes traspasos y para crear otros núcleos regionalistas y, a ser posible, con Estatuto (Valencia, Aragón, etc.).

Ni esos deseos ni esas reflexiones aparecen en sus *Memorias*.

En la segunda carta, fechada aquel mismo 18 de julio de 1936, Francesc Cambó le ratificaba su opinión a Joan Ventosa sobre la inoportunidad de un posible golpe de las derechas:

> La falta de reacción de las falanges ante el hecho brutal del asesinato de Calvo Sotelo demuestra la gran parte de bluf que hay en el movimiento falangista. No quiero, sin embargo, ocultarte que me alegro de que sea así, pues la dislocación del Frente Popular no se producirá hasta que entre sus componentes no desaparezca el temor ... o el terror, de una inmediata reacción de derechas, que yo creería extemporánea, prematura y perturbadora. Si viene debate, creo que, después de protestar del hecho, más grave por las circunstancias que lo acompañan, debes predicar paz y conciliación: no será popular, hoy, pero es la única posición para mañana.[12]

A tenor de lo que dice en estas dos cartas, no cabe duda de cuál era el parecer de Cambó en esos momentos. No solo no deseaba una «militarada», ya que sería «extemporánea, prematura y perturbadora», sino que tampoco la esperaba, pues consideraba que no había motivos ni condiciones para que se produjera. Incluso creía que una dictadura de derechas llevaría a la «más espantosa anarquía». ¡Qué diferente de esta va a ser la versión que dé Francesc Cambó meses más tarde, en diciembre de 1936, en sus artículos en el *Daily Telegraph*! Como veremos, ahí justificará el levantamiento militar de Franco como una necesidad patriótica para evitar una inminente revolución anarquista. Posteriormente, en sus *Memorias*, y también en su *Dietari*, escribirá varias veces que él ya preveía en 1931 que la república acabaría en una guerra civil. Una tesis que su correspondencia privada desmiente totalmente.

La simplificación del conflicto: «barbarie contra civilización»

Cuando Francesc Cambó tuvo noticia de que la tentativa de golpe de estado militar derivaba en una guerra civil y de que en Cataluña se había iniciado un violento proceso revolucionario, cambió totalmente

de opinión y actitud. Desde Barcelona lo avisaron de que los revolucionarios de la FAI habían ocupado su casa de vía Laietana, y enseguida trató de comunicarse con Joaquim Folch i Torres y con Carles Riba para saber cómo estaban sus cuadros y los materiales de la Fundació Bernat Metge, como contamos más adelante.

Realmente se trataba de una situación política no prevista y, si bien en el ámbito personal pronto comprendió que él debía tomar una posición clara, su actuación como principal dirigente de la Lliga Catalana no fue tan resuelta. Nadie podía prever que, en respuesta al levantamiento militar fracasado, en las zonas más importantes de España se produjera un proceso revolucionario, sin ninguna orientación ni dirección política, que se aprovechaba del desbordamiento de las instituciones republicanas. Ni que dicho proceso fuera especialmente intenso en Cataluña, donde no solo se habían producido expropiaciones y colectivizaciones de propiedades, sino puesto en marcha una oleada de violencia incontrolada contra los sospechosos de simpatizar con los militares rebeldes. Había dado comienzo una sangrienta persecución clasista contra miembros del clero, contra políticos de derechas, especialmente carlistas y de la Lliga y, en general, contra propietarios y hombres de negocios.

A principios del mes de agosto, Francesc Cambó estaba informado de que, si bien algunos conocidos miembros de la Lliga Catalana figuraban entre los asesinados,[13] la mayoría de sus dirigentes, entre ellos todos los miembros de la Comisión de Acción Política, habían logrado salvarse tras huir de Cataluña, y se encontraban en Francia o Italia.

De todos modos, no deja de ser bastante significativo y sorprendente que, una vez instalados en Francia o Italia, ni la dirección de la Lliga Catalana ni el propio Francesc Cambó hicieran un comunicado que explicara la posición del partido ante tan extraordinaria situación. Ese silencio oficial del partido parecía una renuncia a dar fe de su existencia como grupo político y a explicar públicamente su posición ante lo que ya era una sangrienta guerra civil, lo que contrastaba con las declaraciones que la mayoría de los dirigentes y formaciones políticas catalanas y españolas, de derecha y de izquierda, ya habían ofrecido en público, ya fuera en alguna de las dos zonas en conflicto o en el extranjero.

Antes de septiembre de 1936 no empiezan a producirse

actividades organizadas o dirigidas por gente de la Lliga como partido. Hasta entonces los contactos entre los principales dirigentes fueron más bien discretos y se limitaron a cartas privadas. Hasta mediados de septiembre Francesc Cambó no convocó una primera reunión con la mayoría de los miembros de la Comisión de Acción Política en la suite que tenía en el Hotel Crillon de París y semanas después en la villa que había alquilado en Abbazia.

Pero, de forma exclusivamente personal, sabiéndolo entonces tan solo Joan Ventosa, Felip Rodés y Josep Bertran i Musitu, a principios del mes de agosto Francesc Cambó ya se había entrevistado varias veces en París con José Quiñones de León, antiguo embajador monárquico en Francia que actuaba como delegado o representante de los militares rebeldes en la capital francesa. Y fue entonces cuando el propio Francesc Cambó le entregó a Quiñones de León un talón por valor de diez mil libras esterlinas, cantidad bastante considerable, que equivalía a unas cuatrocientas mil pesetas.[14]Enseguida, con la colaboración de Joan Ventosa, iniciaron una campaña a fin de recaudar más dinero y otras ayudas en favor de los militares rebeldes entre los catalanes que se encontraban fuera de Cataluña.[15]Su opción política estaba ya muy clara.

En una carta a Joan Estelrich escrita el día 1 de septiembre de 1936, Francesc Cambó consideraba que la lucha que se estaba produciendo en España era «el final de la trayectoria iniciada desde que se preparó el advenimiento de la República» y no creía que la guerra pudiera detenerse con ninguna propuesta de conciliación.[16]Además, era en extremo categórico al afirmar:

> Es preciso que haya un vencedor y un vencido y todos debemos desear que venzan los militares, pues pese a todas las molestias que se puedan derivar, con ellos, tal vez contra su voluntad, se salvará Cataluña y se nos ofrecerán mil ocasiones para ir restaurando todos los estragos de este período [de] demagogia roja. Si esta triunfara, se consolidaría la vergüenza que ya pasamos hoy al ver que una Cataluña autónoma, con pretensiones de semiindependencia, significa la imposición de los murcianos y la proscripción de la lengua catalana ... Hoy en Cataluña y en toda España no solo el gobierno sino los socialistas, comunistas e incluso anarquistas están desbordados por los criminales vulgares.

Al final de esta carta Cambó informaba a Estelrich de que había que hacer propaganda en los medios de opinión internacional para «hacer comprender a todo el mundo que no luchan democracia contra dictadura, sino barbarie contra civilización».[17]

La tesis de que el conflicto hispánico era básicamente la

confrontación entre «barbarie y civilización» resultaba muy simplificadora, aunque efectiva. Ponía todo el énfasis en la revolución social y la persecución de la gente de orden que se daba en la zona republicana y minimizaba otros valores, como la defensa de la legalidad, la democracia o incluso la autonomía catalana. Sin duda las informaciones terribles que recibía Cambó sobre lo que pasaba en Cataluña lo llevaban a considerar que su opción política debía ser clara: había que dar todo el apoyo a los militares rebeldes para restablecer el orden social. Sin embargo, considerar que, puesto que la Cataluña revolucionaria era la dictadura de los anarquistas «murcianos», la causa de los militares era preferible, aunque fuera como mal menor, no dejaba de ser una aseveración discutible y arriesgada.

Semanas después Cambó insistía por carta a Joan Estelrich en la necesidad de tomar partido en el conflicto y afirmaba que él ya lo había hecho: «En este momento, no hay más que dos caminos: o resignarse a una expatriación definitiva o luchar, con las armas, con la pluma o con otras actividades por recobrar y restaurar nuestra patria. Yo, desde el primer momento, he tomado el segundo camino».[18]

Estoy convencido de que Cambó y los dirigentes de la Lliga Catalana sabían muy bien lo que suponía políticamente prestar apoyo a los militares españoles, es decir, aprobar aquella rebelión contra la república y aceptar que si estos ganaban seguramente establecerían un régimen militar mucho más duro que la dictadura misma de Primo de Rivera, y en el que la persecución de la catalanidad y el catalanismo sería más acentuada. Como veremos, durante los primeros meses de la guerra, cuando se creía que el conflicto iba a durar poco, Cambó pensaba que los militares crearían un régimen provisional, una especie de segunda versión de la dictadura anterior, mucho más dura y represiva, eso sí, pero igual de débil políticamente e igual de breve, quizá incluso más.

Existía, además, una consideración política que un hombre tan experimentado como Cambó se planteó enseguida. Puesto que ellos no habían participado en la rebelión, ni intervenían en la dirección de la guerra, no tenían ninguna influencia política entre las fuerzas que apoyaban a los militares. Por lo tanto, había que evitar el peligro de quedar marginados. Políticamente era necesario estar entre los previsibles vencedores del conflicto, lo que solo podía hacerse de

forma explícita. Si no apoyaban en público a los militares, estos nunca les perdonarían la indefinición. Aquellos militares no iban a tolerar ambigüedades ni tibiezas de espíritu: se estaba con ellos o contra ellos. Si los dirigentes de la Lliga querían tener algún futuro político después de la guerra, debían posicionarse claramente con los ganadores.

Como veremos, Francesc Cambó, una vez tomada la opción de estar del lado de los militares, entendió que también debía ser consecuente y colaborar para que la victoria de los militares fuese rápida y total. Y eso significó asimismo desautorizar y oponerse a cualquier iniciativa de mediación o de pacto para poner fin a la guerra sin que hubiera vencedores ni vencidos. De modo que, cuando Joan Estelrich le sugirió buscar una posible conciliación bajo el patrocinio de la Sociedad de Naciones, Cambó rechazó la propuesta de forma contundente: «Tal como se ha planteado la lucha en España ... se hace imposible todo intento de conciliación, que, si por un milagro prosperase, sería tan solo la suspensión de unas hostilidades que se retomarían con mayor furia al cabo de poco tiempo».[19]

Además, según Cambó, que la gente de la Lliga Catalana se adhiriese masivamente a la causa de los militares rebeldes serviría para apaciguar la fobia anticatalana que reinaba en la zona «nacional» y para neutralizar la oleada represiva que iba a caer sobre Cataluña una vez terminada la guerra. Si, en cambio, guardaban silencio y no condenaban al gobierno republicano y la Generalitat, su actitud se consideraría una aceptación de lo que estaba sucediendo en Cataluña.

De la abundante correspondencia de esos momentos de Francesc Cambó, creemos que puede deducirse que era bastante consciente de la posición marginal y paradójica en la que se encontraba la gente de la Lliga ante la guerra civil: se les perseguía en la zona republicana, y en la nacional se les recibía con notable hostilidad. De haber adoptado una posición de respeto a la legalidad republicana, como hacían la mayoría de los dirigentes de Acció Catalana y Unió Democràtica, seguro que en Burgos habrían interpretado que estaban del lado de los revolucionarios. Tener una actitud neutral o pacifista, aparte del idealismo que significaba, implicaba reconocer y perpetuar su marginalidad política y quemar su posible futuro. Creemos que a esa voluntad de hacer «política útil» y de ganar méritos ante los militares responde el hecho de que Francesc Cambó y la gran mayoría de los dirigentes de la Lliga Catalana optaran por apoyar, con todas sus

consecuencias, la causa de los militares rebeldes. Hasta hace poco, su contribución no se ha explicado o destacado realmente demasiado, y fue, como veremos, de las más variadas y efectivas con que contaron los ganadores de la guerra civil.

Las relaciones con el general Franco

Las primeras cartas de Francesc Cambó y Joan Ventosa, que tratan ampliamente sobre la nueva situación política española, son de principios del mes de septiembre de 1936. En las anteriores, las de agosto, normalmente solo se informa de las personas que han podido salir de Cataluña y llegar a Francia o Italia, así como de aquellos conocidos suyos que se supone que han sido detenidos o asesinados en Barcelona. En una misiva del día 5 de septiembre, Joan Ventosa informaba a Cambó de que algunas personas de la Lliga Catalana, o muy cercanas al partido, ya estaban colaborando, a título individual, con los militares rebeldes en Burgos o Salamanca, como por ejemplo el banquero José Garí Gimeno, quien ya se había entrevistado con el general Cabanellas.[20]Dos días más tarde, Cambó le respondió a Ventosa intentando fijar cuál debía ser la posición política de los dirigentes de la Lliga Catalana ante los militares de Burgos.

> Es muy interesante lo que me dices en tu carta del día 5. Creo que a Burgos no tenemos que ir nosotros, pero sí tenemos que enviar a amigos nuestros. Garí puede ayudar ... En Burgos trabaja Felip Bertran[21]en la organización de los servicios sanitarios y le he escrito dándole instrucciones. Los problemas de *después de la guerra civil*[22]son los más terribles, sea quien sea el vencedor. Lo son tanto que si no hay un acierto prodigioso puede desvanecerse en días el fruto de la victoria ... y recomenzar una guerra civil entre blancos o una guerra social entre rojos.[23]

El día 8 de septiembre Francesc Cambó le insistía de nuevo a Joan Ventosa sobre la necesidad de ponerse al servicio de los militares de forma incondicional y sin pedir nada a cambio:

> Por lo que me dicen a mí, la desorganización de la parte que podríamos llamar civil es inmensa y causa serias preocupaciones respecto al porvenir ... Yo no paro de insistirle al señor de Le Meurice[24]y a los amigos que tienen relación con los jefes en que en estos momentos los políticos deben dar pruebas de la máxima abnegación ayudando y trabajando sin pretender ni pedir nada.[25]

Muy pronto serían también un motivo de preocupación para los de la Lliga Catalana las noticias de que en la denominada «zona nacional» se difundía una mala imagen de los catalanes y no se hacía

distinción entre los que estaban con la revolución y la Generalitat y aquellos que apoyaban a los militares rebeldes. Por ello, Cambó consideraba necesario que la propaganda y la información que se divulgara desde Burgos o Salamanca aclarase que

> quien gobierna y asesina en Barcelona son los no catalanes. Y no estaría de más que hicieras llegar a Franco o a Mola, o a ambos, que no se debería hablar, en los comunicados que dan por la radio, de «columnas catalanas», sino de columnas enviadas por los anarquistas que dominan Barcelona. Es urgente hacer lo posible por que no se vaya creando un ambiente anticatalán.[26]

Por su parte, Joan Ventosa informaba a Cambó de que desde Bruselas estaba en comunicación constante con Quiñones de León y empezaba a entregarle con regularidad informes sobre gestiones financieras que iban a ser de gran utilidad para la Junta Militar de Burgos, y también le hacía saber que sus actuaciones estaban teniendo allí muy buena acogida: «Tenemos ahí las puertas abiertas de par en par».[27]Pese a todo, los políticos catalanistas empezarían muy pronto a manifestar cierta preocupación por si realmente los de la «Junta de Burgos» conocían en detalle las grandes aportaciones económicas que ellos habían hecho ya y las tareas de asesoría realizadas por la gente de la Lliga. Había cierta desconfianza respecto a si Quiñones de León transmitía correctamente o no las informaciones sobre todo cuanto hacían los catalanistas.[28]

A finales de septiembre de 1936 Francesc Cambó empezó a evaluar la conveniencia de que Joan Ventosa hiciera un viaje exploratorio a la «zona nacional» para hablar con los generales de la Junta de Burgos. Los consejos de Cambó de presentarse «con modestia» y «dispuestos a todos los sacrificios» son realmente significativos:

> Creo igualmente que a nada debes comprometerte sin haber estado en Burgos, hablado con los generales y visto la actitud de los Sres. de la Junta. Solo entonces podrás tomar una decisión. Sea la que sea, creo que deben extremarse las amabilidades y las consideraciones con los Generales. Tenemos que presentarnos con la mayor modestia y dispuestos a todos los sacrificios salvo uno. El de utilizarnos para mañana para una tarea que previamente supiéramos que está condenada al fracaso.[29]

Tengamos presente que, desde finales de agosto, Ventosa había hecho varias visitas «exploratorias» a los principales responsables de los bancos nacionales de Francia, Bélgica, el Reino Unido e Italia y a destacados hombres de negocios europeos para ver cómo se podrían bloquear los recursos financieros que quería utilizar el gobierno

republicano para comprar armas por Europa.

El día 28 de septiembre llegó finalmente la invitación oficial para que Joan Ventosa fuese a Burgos a hablar con los dirigentes de la zona rebelde. Ventosa suponía que le pedirían asesoramiento y orientaciones y lo consideraba cierto privilegio, dado que «es la única invitación ofrecida a un hombre político».[30]La marcha de Ventosa a Burgos significaba, de hecho, un reconocimiento mutuo entre los ligueros y los militares rebeldes. Por parte de los catalanistas, era una clara muestra de adhesión a la causa rebelde y la confirmación de que estaban dispuestos a proporcionar toda clase de apoyo. Por parte de los militares, era evidente que la invitación oficial suponía la voluntad de forjar relaciones estables y pedir ayuda y asesoramiento a los catalanistas de la Lliga. Así, el viaje de Ventosa se inscribía en la estrategia que empezaba a diseñar Francesc Cambó: había que labrarse una buena situación política por si en algún momento Franco llamaba a las fuerzas civiles al gobierno. Pensaba que era necesario estar preparados porque tarde o temprano los militares tendrían que recurrir a los políticos para gestionar los graves problemas con los que se enfrentarían. Y confiaba en que Ventosa fuera uno de los elegidos. Él no podía ir a Burgos. Su figura generaba mucha hostilidad en la extrema derecha españolista y en el ejército; era improbable que le invitaran a asistir. Además, tampoco estaba dispuesto a aguantar humillaciones e inconveniencias. Tenía demasiado orgullo.

La primera información que tenemos de cómo fue el primer viaje de Joan Ventosa a «la España blanca» es una carta escrita desde Burgos mismo el 5 de octubre. En la misiva Ventosa informaba a Cambó de los contactos políticos que había mantenido y aclaraba algunas cuestiones que preocupaban bastante a los dos dirigentes catalanistas, especialmente la actitud de los militares respecto a Cataluña y el ambiente de anticatalanismo que reinaba. De la carta se deduce también que fue el propio Ventosa quien propuso a los militares la redacción de una declaración, o una carta de adhesión, que firmarían destacados políticos y hombres de negocios catalanes:

> Hoy he tenido una larga conversación con el General Franco, con su hermano[31]—que es un factótum— y con el general que ha sido nombrado Presidente del Consejo Técnico —una especie de Consejo ejecutivo—.[32]Desean de mí un asesoramiento, sin ningún cargo fijo, incluso no solamente cuando ellos me lo pidan, sino por iniciativa mía, siempre que me parezca oportuno. Pienso estar aquí unos cuantos días y luego regresar al extranjero. Han estado conmigo extremadamente afectuosos y deferentes. Han insistido mucho en que toda la organización actual era meramente provisional;

> incluso Franco ha dicho que lo era el nombramiento de los elementos militares. Le he hablado de Cataluña y tanto a él como a su hermano los he encontrado bien dispuestos y contrarios a la campaña anticatalana. He indicado —y le ha parecido muy bien— que tal vez en el extranjero podría publicarse algún documento escrito por personalidades representativas de Cataluña, haciendo constar que no es una lucha de los catalanes colectivamente, sino de los elementos anarquistas. Te lo digo para que, en caso de que te parezca bien la idea, puedas iniciarlo. He hablado de todo y seguiremos hablando. No puedo contártelo ahora en detalle ... Un día de estos me iré a Valladolid a ver a Mola.[33]

Dos días más tarde, también desde Burgos, Joan Ventosa le pedía a Francesc Cambó que le facilitara documentación sobre diferentes cuestiones políticas y económicas que le interesaban mucho a la Junta de Burgos, como algunos textos explicativos del funcionamiento de los sistemas corporativistas de Portugal, Italia y Alemania. En la carta de respuesta, Francesc Cambó hacía una crítica del sistema fascista italiano, especialmente en sus aspectos económico y financiero, y le recomendaba a Ventosa que analizara preferentemente el caso de Portugal, dado que «las realizaciones son más modestas, pero más aprovechables para España, que las de Italia y Alemania».[34]

En su tercera carta escrita desde Burgos, Joan Ventosa informaba a Francesc Cambó de que había tenido que protestar ante Joaquim Bau[35]y el general Dávila a causa del ambiente anticatalán que allí se respiraba y «sobre todo por un discurso emitido por radio por el coronel Yagüe».[36]Dentro de esa misma misiva, Ventosa explicaba que él había hecho diferentes propuestas para mejorar la organización administrativa de la zona nacional porque «aquí no existía nada». En concreto, les había propuesto a los militares crear una oficina especializada en cambios y en moneda, y otra para tratar las importaciones textiles, dentro de una oficina más general de comercio exterior y de estímulo de las exportaciones. Según Ventosa, había que estudiar seriamente la cuestión del oro del Banco de España que se encontraba depositado en Francia, en Mont-de-Marsan. Y asimismo informaba de que los militares le habían encargado organizar actividades de propaganda en favor de su causa en el extranjero.

> Cuando me marche, llevaré una delegación para la organización de la propaganda en el extranjero. Convendrá que vayas pensando en el lugar donde deberá actuar, personas, etc. Creo [que] deberíamos contar con alguna organización nuestra, sin subvención del Gobierno, pero con contacto y relación con estos y con otros elementos que pueda haber en distintos países.

Por último, Ventosa mostraba un gran optimismo respecto al curso de la guerra: «Tengo la esperanza de que, antes de terminar el

mes, caiga Madrid».[37]

La respuesta de Cambó a las informaciones y opiniones de Ventosa incluía toda una serie de consideraciones políticas sobre las repercusiones internacionales del conflicto español y su preocupación «de que Burgos no cuida lo bastante la política exterior. Yo, estos días, no paro de escribir soflamas, dedicadas, principalmente, al público anglosajón».[38] Así, a principios de octubre de 1936, Cambó ya consideraba fundamental realizar una campaña de propaganda a favor de la causa de los militares en los medios públicos internacionales. De todos modos, sus primeros artículos dirigidos «al público anglosajón» no iban a publicarse, como veremos, hasta finales de diciembre de aquel año.

En esa misma carta Cambó reflexionaba sobre la gran importancia que tendría la conquista de Madrid y sostenía que iba a ser fundamental que posteriormente el ejército de Franco marchara sobre Cataluña:

> La conveniencia de que el problema de Cataluña sea resuelto antes que el de Valencia y Alicante y Murcia la estimo de la mayor importancia, pues si el último problema por resolver fuese el de Cataluña creo inevitable que el concurso de Francia fuese tan activo y cien veces más eficiente de lo que pueda serlo hoy el de Portugal. El día que Francia no tenga frontera terrestre con la España roja se habrá dado un paso decisivo para el fin de la guerra.[39]

Durante los últimos días de su estancia en Burgos, Joan Ventosa mandó una carta al general Franco a la que se adjuntaba una

> nota en la que, al correr de la pluma, he resumido mis impresiones tanto en lo relativo a la situación presente como en el que se refiere a la magna obra a realizar para dar al nuevo régimen que salga del movimiento liberador, la estabilidad y eficacia indispensables.[40]

Llama la atención el hecho de que Ventosa hable ya de un «nuevo régimen» para después de la guerra civil, con lo que parecía haber abandonado la idea de provisionalidad de la Junta Militar. Desgraciadamente no conocemos el redactado de la nota de Ventosa para saber exactamente qué planteaba, pero el carácter deferente de la despedida de la carta a Franco ya nos indica cuál era su posición: «Estoy a su disposición en cuanto pueda servir a nuestro país en estas horas críticas, en las que nadie puede regatear esfuerzos ni sacrificios».

Días más tarde, el 20 de octubre de 1936, ya desde Bruselas, Joan Ventosa informaba a Francesc Cambó de que ya había encomendado

varios trabajos de información y estudios económicos a Josep M. Tallada,[41]Miquel Vidal i Guardiola[42]y Josep Maria Trias de Bes.[43]A Tallada y a Vidal les había encargado «un primer esquema respecto a las disposiciones a tomar inmediatamente en materia de política monetaria y de Banca Privada, con relación principalmente a la movilización de créditos». A Trias de Bes le encargó el estudio del problema del oro español depositado en Francia vinculado a la posible reclamación ante el Tribunal de La Haya.[44]Es decir, algunos de los principales políticos de la Lliga Catalana se ponían a trabajar en favor del gobierno de Franco como expertos. En enero de 1937 el propio Joan Ventosa se iba «nuevamente a Londres para informar, a los amigos del Comité de no Intervención, sobre la cuestión del oro del Banco de España».[45]

Por su parte, Francesc Cambó también le comunicó a Joan Ventosa que ya se estaban redactando los proyectos económicos encargados por el gobierno de Burgos, entre ellos un informe general sobre el aprovisionamiento, y consideraba que «el punto de la revisión de leyes y decretos posteriores al 16 de Febrero es muy importante». Respecto a esa cuestión, Cambó le entregó a Ventosa una larga nota, con indicaciones de una «fórmula general», que luego habría que revisar, sobre todas las disposiciones publicadas en la *Gaceta de Madrid* y en el *Boletín Oficial de la Generalitat* que habría que abolir: «Hay que pensar en el primer número de la *Gaceta* después de la ocupación de Madrid».[46]

Pero no solo eran informes económicos y jurídicos, sino que los dirigentes de la Lliga Catalana pronto empezaron a mandar también informes y notas de un marcado carácter político al gobierno de Burgos. Así, el 23 de octubre de 1936, Joan Ventosa informaba a Francesc Cambó de que había redactado una carta para mandársela al general Franco, o a su hermano, en la que hacía algunas consideraciones sobre los grupos políticos que actuaban en la zona de los militares, especialmente sobre la Falange. Por lo visto, Ventosa proponía la conveniencia de minimizar el papel político de los partidos, e incluso que estos fueran disueltos. Lamentablemente tampoco conocemos este texto de Ventosa, sino tan solo su intención:

> Adjunto va un proyecto de carta para enviar a Franco o a su hermano. No quiero enviarlo sin saber qué efecto te produce su lectura. Pienso que debemos hacer algo, porque si no existe el peligro de que la gente se encuadre dentro de otras organizaciones. Actuando, creo que nos seguirá la mayoría de Cataluña. Mi temor es

que no produzca el efecto de que tengo el propósito de proceder a constituir un partido político, haciendo creer que quiero hacerlos desaparecer a todos.[47]

Lo que sí conocemos es el largo comentario, escrito el 21 de octubre del 1936, que Francesc Cambó hizo sobre esta carta, que plantea, con notable claridad, cómo evaluaba la situación política en la que se encontraba «la España nacional».

Respecto a la «ORGANIZACIÓN GOBIERNO PROVISIONAL»[48]consideraba decisivo que el actual gobierno del general Franco no durase más de uno o dos años; convenía, sin embargo, que no se constituyera como un gobierno integrado solo por los militares, como lo había sido el primer Directorio de Primo de Rivera, dado que existiría el peligro de colocar a ineptos como ministros, lo que sería un desastre, o bien de colocar a gente inteligente, pero eso dificultaría el funcionamiento de un ejército eficiente. Cambó consideraba que el cargo de «Gobernador de Cataluña, convendría [que] recayera en un buen General». Según el político catalanista, la mejor solución política sería que Franco tuviera todo el poder y estuviera acompañado por unos subsecretarios técnicos y unos colaboradores, entre ellos Joan Ventosa, que podría ser perfectamente un «asesor jefe a reserva de prepararte para ser el jefe del Gobierno». En lo referente al «Régimen de prensa», Cambó se manifestaba contra la existencia de una hipotética prensa del Estado y proponía suprimir toda la del Frente Popular, «confiscando las respectivas empresas editoriales y subastando sus activos». Respecto a la otra prensa, es decir, la de derechas, «yo la dejaría a sus respectivos dueños, pero sometida a una censura que recibiera instrucciones del Gobierno». Y sobre la situación política de Cataluña, el dirigente máximo de la Lliga Catalana hacía estas consideraciones:

> Lo único sustancial al catalanismo [es]: la lengua y la unidad de Cataluña. Y conseguir salvar esas dos cosas fundamentales dependerá, principalmente, de la persona a la que designen Gobernador General. Yo creo que será fácil convencer a Franco de que el único modo de que Cataluña pueda tener una organización de policía y orden público que asegure la paz durante un largo tiempo, es la unidad en el mando supremo, no solo en aquellas funciones, sino en todas las demás que tenga que ejercer Cataluña o que se tengan que ejercer en Cataluña.

Como vemos, Francesc Cambó proponía que hubiera un gobernador general, o una especie de virrey, de Cataluña como única autoridad militar y política:

> Con que haya una sola autoridad en Cataluña podemos estar seguros de que persistirá

> la unidad nacional catalana y de que surgirá una autonomía, tal vez más extensa que la del estatuto. Esa autonomía será administrada, durante un tiempo, por un hombre nombrado desde Madrid; aun así, podemos esperar que sea mejor —nunca será peor— que los que Cataluña ha elegido para gobernarla en los últimos años. Y podemos esperar, además, que a su lado colaboren nuestros amigos.

El dirigente catalanista, que quizá pensara en una situación política similar a la posterior a los hechos del 6 de octubre de 1934, consideraba que «el problema de la lengua se resolverá fácilmente, si el Gobernador General habla catalán; por eso Mola y el hermano de Franco serían candidatos ideales».[49]

Resulta evidente que Francesc Cambó todavía no se percataba de la ruptura política con el pasado que estaba suponiendo la guerra civil. Sus consideraciones sobre la Cataluña del futuro aún estaban muy condicionadas por las experiencias anteriores, especialmente por la dictadura de Primo de Rivera y la etapa del llamado «Bienio Negro». Meses más tarde empezaría a tomar conciencia de este error de juicio y de su ingenuidad al evaluar la capacidad política del general Franco.

Tres días después de esa carta, el 24 de octubre de 1936, la posibilidad de la inminente conquista de Madrid se convierte en el principal tema de reflexión política entre los dirigentes de la Lliga Catalana. En opinión de Cambó:

> Si Madrid cae pronto, estimaría un error gravísimo no ir, inmediatamente, a Cataluña, antes de que, con concursos exteriores, se prepare una resistencia que ahora no se encontraría. Si es esta la idea de Franco, debería decirnos cómo tenemos que resolver el problema del avión o aviones que recojan las hojas en Génova y las esparzan por Cataluña. Yo ya estoy preparándolas. La primera es una indignada protesta contra los malos catalanes que ofrecen su tierra como cabeza de una lucha encarnizada que puede destruir, durante generaciones, la potencia industrial catalana.[50]

Gracias a este texto tenemos por primera vez información sobre hojas de propaganda en catalán que Cambó ya tenía impresas en Italia para lanzarlas sobre Barcelona en cuanto entraran las tropas de Franco.

Junto con esas labores de propaganda, Francesc Cambó también consideraba que había que ser prudentes en la relación con los militares, pero que era básico explicarles que la conquista de Cataluña se erigía como una prioridad si se quería terminar la guerra rápidamente:

> Comprendo que sería una impertinencia que no te iban a consentir que quisieras meterte en el orden y prelación de las operaciones militares. Pero no creo que fuese

> ninguna imprudencia hablarle a Franco de las enormes ventajas que tendría apresurar la recuperación de Cataluña. El día que se tenga Cataluña, la guerra está virtualmente acabada, porque los rojos pierden la fuente principal de sus recursos, tanto en dinero (rendimiento de impuestos, especialmente el de aduanas) como en aprovisionamiento de productos industriales, muchos de ellos de carácter militar. Retomada Cataluña, el reconocimiento del gobierno de Franco no podría siquiera discutirse, porque por un lado estaría la gran masa agrícola e industrial de España, y por el otro algunos núcleos desperdigados y sin conexión: hoy es Cataluña lo que da una conexión y una fuerza interna a toda la España roja. Naturalmente, tu darías el argumento que no obstante es de un peso inmenso: retrasar la guerra de Cataluña es hacerla inmensamente más dura y destructora y, así como una región agrícola en un año puede recuperarse de toda clase de devastaciones, una región industrial puede quedar quebrantada durante muchísimos años y, aunque eso pudieran verlo con gusto muchos necios, toda persona sensata que ame a España y se preocupe por la suerte de España, debe comprender que sin la producción industrial catalana, y la capacidad de consumo de Cataluña, España entera quedaría reducida a una situación de miseria.[51]

Ante la conveniencia de enviarle a Franco algunas consideraciones sobre la situación política en la que se encontraba «la España blanca», Cambó le recomendaba a Ventosa mucha prudencia en cuanto a manifestar sus ideas e intereses, aunque siendo consciente de que la Falange estaba dificultando notablemente la colaboración de los catalanistas conservadores con los militares. De todos modos Cambó le desaconsejaba a Ventosa que entregara su escrito a Franco en aquel momento:

> Creo que el envío a F. de la carta que me consultas tiene más peligros que ventajas. Debemos tener mucho cuidado con los elementos falangistas, los más contrarios a nosotros como catalanes, como conservadores ... e incluso como hombres de buen juicio. El ser tú quien proponga una fórmula que va, principalmente, contra ellos tiene el inmenso peligro, caso de que tuvieran noticia de tu propuesta, de que concentrarían sobre ti todas las hostilidades y hoy no eres aún lo bastante fuerte como para resistirlas ... Y ya sabes, por experiencia, que son muy pocas las personas capaces de guardar un secreto. Por otra parte pienso que conviene que vayas ganando posiciones y confianzas, paso a paso y sin precipitación. Le enviaste aquella nota de carácter general a F.[52]Y sobre ella no has recibido, que yo sepa, ningún comentario. Juzgaría yo una imprudencia dar un segundo paso, sin saber cómo se ha recibido el primero. Piensa que los novatos —y todos los generales, en política, lo son en absoluto— son desconfiados recelosos. Hay que evitar el peligro de que les parezca que quieres dirigirlos. Me parece que, en la etapa actual, debes ir ganándote su confianza e imponer tu autoridad ofreciéndoles soluciones a problemas concretos: reavituallamiento de Madrid; el problema del oro; ostentación de divisas; política monetaria, etc.; a base del prestigio que te vayan dando los consejos y las realizaciones que les proporciones en estas materias, conseguirás que sean ellos quienes *te*[53]pregunten sobre problemas de orden político, sin que la iniciativa salga de ti. ¡Es tan fácil conseguir que los demás te expongan como idea propia la misma que tú les has ido sugiriendo! Creo necesario que se llegue a lo que tú propones. Pero no lo creo tan urgente como tú y creo [que] no conviene que, ni ahora ni después, seas tú quien lo proponga ... y, sobre todo, no debes hacerlo por escrito. Cuando vayas a Burgos, convendría que explorases la cotización real que tienen junto a F. nuestro amigo de Le Meurice,[54]Andes[55]y el marqués de M.[56]

Los consejos y reflexiones de Cambó manifiestan un buen conocimiento de cómo actuaban en política los militares españoles,

pero, de nuevo, pensamos que el político catalanista aún no se daba suficiente cuenta de la radical ruptura política y social que estaba significando la guerra civil. Ni de que muchas experiencias del pasado seguramente servirían de muy poco ante el «nuevo» régimen que quería configurar el general Franco.

En la correspondencia que comentamos aparecen muestras frecuentes del gran interés de Francesc Cambó por saber qué política económica se estaba aplicando en los territorios recientemente conquistados por los ejércitos franquistas: «Creo que es de un interés inmenso saber qué se ha hecho en España en las regiones reconquistadas (Extremadura, Guipúzcoa, etc.)», pues consideraba que «antes de proponer lo que tiene que hacerse, conviene saber qué se ha hecho hasta ahora».[57]

En la carta de respuesta del 27 de octubre de 1936 de Ventosa a Cambó respecto a la «organización del gobierno provisional», consideraba que lo que Cambó proponía era la continuación de lo que ya existía en esos momentos, y que habría que modificarlo cuando la guerra terminase. Sobre los «problemas a estudiar», pensaba que era necesario tener datos exactos de los principales problemas económicos y que, evidentemente, estaba la

> prioridad en la acción contra los rojos de Cataluña: creo que Franco tiene en mente ir inmediatamente después de que caiga Madrid contra los que mandan en Cataluña ... es muy delicado que yo dé indicaciones del tipo que sean. De todos modos cuando vaya allí intentaré hacer discretamente todo lo que pueda.

En cuanto a las campañas de propaganda política, Ventosa marcaba las siguientes prioridades y características:

> Creo que el sentido actual de la campaña más bien debe concentrarse en otras direcciones —ya no tanto en las crueldades cometidas, la capacidad de horror del público está ya agotada—. a) Problema de Cataluña, que adquiere y adquirirá cada día más un relieve internacional porque puede ser el centro de todas las perturbaciones futuras. Y en este sentido explicar la situación real de Cataluña sería interesante. Al igual que lo sería publicar la declaración que enviemos a Franco muchos catalanes. b) Carácter nacional del movimiento. c) Que la Guerra Civil empezó el día 16 de Febrero y que por lo tanto la sublevación militar no fue un episodio sino su consecuencia.[58]

Desde el mes de noviembre de 1936 empezamos a encontrar, en la correspondencia entre los dos políticos catalanistas, manifestaciones de un cierto pesimismo al ver que Franco no conquistaba Madrid, que la guerra podría prolongarse mucho más y que incluso podía derivar en un grave conflicto de carácter internacional, en una nueva

conflagración mundial.[59]La perspectiva de una guerra más larga de lo previsto otorgaba gran importancia a la propaganda política llevada a cabo en el exterior, pues era preciso contrarrestar con eficacia la propaganda que estaban haciendo los republicanos sobre la violencia en la zona franquista. Cambó lo tenía muy claro:

> Creo que deben explicarse de nuevo, con insistencia, los horrores que cometen los rojos y desmentir los que se atribuyen a los blancos. Esta es la única campaña que llega a las grandes masas ... y hoy las masas cuentan mucho. Eso no significa que no haya que hacer campaña dirigida a minorías selectas e intelectuales. Creo que se impone la necesidad de crear un semanario o un periódico, en París, en el que, además de la campaña de los horrores, que le daría público, deberían recogerse y comentarse las noticias que publica la prensa roja y exponer la obra criminal e insensata que se está realizando desde el poder ... La publicación tendría que ser bilingüe, procurando que se publicara en francés lo que más fuese a impresionar.[60]

Como veremos, dos meses después de estas reflexiones Francesc Cambó y Joan Ventosa organizaron en París una Oficina de Propaganda, que iban a financiar sobre todo ellos y que publicaría una revista bimensual en francés, *Occident*, así como el *Bulletin d'Information Espagnole*, y editaría libros y folletos de notable interés y gran impacto político.

Joan Ventosa permaneció de nuevo en la zona franquista, y esta vez durante bastante más tiempo: casi un mes, desde finales de octubre hasta finales de noviembre de 1936. En el curso de tal viaje, además de volver a mantener entrevistas con los dirigentes destacados de la «España blanca», Ventosa le entregó al general Dávila un escrito de adhesión a Franco y a la causa de los militares que habían firmado 128 catalanes.

El escrito o declaración pública, como hemos visto, había sido una sugerencia del propio Ventosa a Franco durante la primera entrevista que habían mantenido en Burgos, el 5 de octubre. Cambó y Ventosa habían redactado enseguida un primer texto que, revisado y corregido varias veces, empezó a circular entre las comunidades de refugiados catalanes.[61]La recogida de firmas se topó con el problema de que muchos de los posibles firmantes se mostraban reticentes a que su nombre apareciera en público, ya que temían que hubiera represalias: «Empiezo a recibir cartas de excusa diciendo que no pueden firmar si hay peligro de que la firma se haga pública para no poner en peligro la vida de familiares que todavía están en España».[62]Finalmente hubo que adoptar el criterio de «que la gente indique si quiere que salga su nombre o no».[63]

Firmaron la declaración 128 personas, la mayoría residentes en Italia (67) y Bélgica (31), que manifestaban su profesión (industriales, comerciantes, propietarios, abogados, profesores, etc.) y sus cargos políticos (ex ministros, diputados, senadores, etc.). Francesc Cambó aparecía como primer firmante y hacía constar su condición de ex ministro, al igual que Joan Ventosa y Pere Rahola. La gran mayoría de los firmantes eran militantes o personas afines a la Lliga Catalana —de la Comisión de Acción Política solo faltaba la firma de Josep Puig i Cadafalch[64]—, aunque también había conocidos monárquicos españolistas y gente de extrema derecha.

El texto era una declaración pública dirigida al general Franco, nombrado ya «Jefe del Estado», en el que «catalanes de diferentes ideologías y procedencias» denunciaban a la Generalitat y la situación de revolución que se vivía en Cataluña, colmada de asesinatos y destrucciones. Proclamaban el deseo de marchar junto a los demás españoles en «la obra común de liberación» y exhortaban a todos los catalanes a participar en la lucha «contra la barbarie anarquista y comunista».[65]El escrito era, pues, un manifiesto explícito del apoyo a la causa de los militares, elaborado e impulsado por la dirección de la Lliga Catalana y que pretendía asimismo contrarrestar las campañas anticatalanas que se organizaban en «la España nacional». La carta fue entregada por Ventosa al general Dávila, en su calidad de presidente de la «Junta Nacional de Gobierno [*sic*]», en Burgos, el día 9 de noviembre de 1936. Dos días más tarde, el 11 de noviembre, Ventosa mantenía su segunda entrevista con el general Franco.

En una larga carta enviada a Francesc Cambó, y escrita cuando ya había regresado a Bruselas, el 23 noviembre de 1936, Joan Ventosa explicaba con detenimiento su segunda visita a Burgos. Pienso que por su excepcional relevancia hay que reproducirla casi entera.[66]

> He hallado, si cabe, una acogida aún más cordial y deferente que la primera vez. He tenido una entrevista con el General Franco, dos larguísimas conversaciones con su hermano Nicolás y conversaciones en Burgos con el General Dávila, Amado,[67]Bau, los del Banco de España, etc.

En cuanto a los problemas políticos que más angustia les causaban, Joan Ventosa comentaba lo siguiente:

> *Actitud respecto a Cataluña.* He encontrado el ambiente general contra Cataluña bastante más atenuado que durante el primer viaje. Han influido en ello varias causas; entre ellas el considerable número de catalanes que están en el frente y que se baten bien. La segunda centuria de catalanes que desfiló por las calles de Burgos antes de

partir hacia el frente de Madrid, donde se encuentra actualmente, provocó de parte de la gente exclamaciones de «son los catalanes» y fue aplaudida. Aun así, el ambiente contra la Lliga sigue. Como te dije, hubo un artículo contra ti y contra los de la Lliga que apareció en el *Diario Vasco*[68]... hablé con el General Dávila diciéndole: cada cual puede tener la opinión que le plazca respecto a la política de Cambó y a la política que hemos seguido todos los de la Lliga, pero es intolerable que se cometa la injusticia de decir que nos acercamos cuando se dibuja la victoria en favor de los nacionales; no hablo ya concretamente de nadie; el Sr. Cambó a primeros de agosto, aparte de contribuir poderosamente a que se hicieran muchos donativos importantes, donó de su bolsillo diez mil libras esterlinas. ¿Cuándo los que le critican y atacan han hecho algo semejante? El General Dávila me ofreció una indicación a la censura para evitar la repetición de estos ataques, que además de ser injustos, aumentan la atmósfera de divisiones, recelos y suspicacias.

Actuación política en Cataluña. Hablé con el General Franco del proyecto de hacer en Cataluña, por radio y por medio de hojas que fueran lanzadas por avión, una campaña cuando comenzara el ataque contra Cataluña.[69]Le dije que convendría que la propaganda por radio se hiciera en catalán y que las hojas y la propia propaganda procedieran de personas de significación catalanista y a poder ser de una cierta significación izquierdista. Le hablé concretamente de Millet y de Gaziel.[70]Aprobó plenamente este plan y me autorizó para organizarlo.

Orientación general. Sigo teniendo los mismos temores de que no haya una orientación lo bastante adecuada para crear el espíritu de unidad y solidaridad para una acción constructiva que necesita España. Por si no lo tienes, adjunto te envío un ejemplar del manifiesto que hizo el General Franco y que no ha tenido demasiada difusión.[71]

Es de especial interés el comentario negativo de Francesc Cambó respecto a aquel texto redactado por Franco en el que expresó reticencias en cuanto a la capacidad política de los militares españoles:

El manifiesto que me envías es de una pobreza ideológica lamentable y de una falta de brío más lamentable aún. Yo te diré que me preocupa todavía más la segunda falta que la primera, pues solo creando una gran vibración espiritual es posible que la fuerza, después de triunfar, asimile a la mayor parte de los elementos que han luchado contra ella. Y, sin esa asimilación, el nuevo régimen no tiene ninguna consistencia. Y entre los militares y los que los rodean, yo no veo al hombre con *sex appeal* político para crear y sostener un movimiento de masas. Piensa que en Cataluña, mientras el catalanismo fue una gran vibración popular de carácter patriótico —es decir, conservador—, el extremismo político y social no halló ambiente en Cataluña ... Solo aprovechando a todo aquel que no esté entre los rojos se podrá intentar seriamente reparar el estrago, cada día más formidable, que se está provocando en la economía y las finanzas. Creo que nosotros debemos hacer lo que podamos, dispuestos a tomar todas las responsabilidades, pero sin mostrar ningún deseo de nada. No nos va a resultar difícil, porque es la realidad.[72]

Cambó empezaba a darse cuenta de que el general Franco carecía de toda voluntad de buscar una asimilación o conciliación con los vencidos y de que la pacificación social de España no figuraba entre sus objetivos. Las consideraciones de Cambó sobre la necesidad de rehacer la unidad española después de la guerra, como única forma de reconstruir rápidamente el país, empezaban a verse desautorizadas por

la actitud intransigente del principal dirigente del bando nacional.

Joan Ventosa realizó un tercer viaje a la zona franquista a mediados de diciembre de 1936. A su regreso a Bruselas informó a Francesc Cambó de cómo había ido todo. Pese a que las operaciones militares sobre Madrid estaban paralizadas, consideraba que el ejército franquista tenía una gran superioridad y que la batalla sobre la capital de España decidiría definitivamente si el conflicto iba a ser largo o corto.[73]Ventosa era relativamente optimista, porque, además, tenía informaciones sobre la desmoralización política existente en la zona republicana y porque la situación internacional era cada vez más favorable a la causa de los militares.[74]

Una de las mayores preocupaciones que Ventosa tenía por entonces era el desorden administrativo y la mala organización que percibía en la zona franquista. Consideraba que existía una notable ineficacia administrativa y que gran parte de los que ocupaban cargos eran incapaces de gestionar con seriedad los problemas a los que se enfrentaban. Por eso creía que los más preparados, como los catalanistas conservadores, podían llegar a tener una gran influencia en Burgos. Pero era preciso ser muy prudentes:

> En el orden civil la desorganización es completa ... ni en la Secretaría ni en ningún sitio se hace otra cosa que recibir visitas y estar de tertulia, y que ninguno de los problemas se acomete ni se estudia a fondo. Confirmo mi impresión de que Nicolás Franco, con quien tuve una larga conversación, es un hombre inteligente, capaz y bienintencionado, pero desorganizado y de fuerzas inferiores a la labor universal que ha querido asumir.[75]

Ventosa opinaba que no les pedirían más colaboraciones hasta que tuvieran algún fracaso, y que entretanto él debería «seguir prestando mi concurso, pero sin demostrar un excesivo "apresuramiento"».[76]

Joan Ventosa también estaba preocupado por el nombramiento de los nuevos responsables de los aparatos de prensa y propaganda franquista: «Franco ha tenido la debilidad, para quitarle de delante a Millán Astray,[77]de nombrarlo director del servicio de prensa y propaganda, que, en el momento de crear un Estado nuevo e infiltrarle un espíritu, es uno de los instrumentos más delicados». Eso podía ser un problema porque Cambó y Ventosa ya estaban empezando a organizar su Oficina de Propaganda en París, y tener que relacionarse con aquel legionario no les hacía ninguna gracia. De todos modos, el propio Nicolás Franco, consciente del problema que eso supondría, le

dijo «que no estableciéramos contacto con él —con Millán Astray—, sino que marchásemos con independencia para evitar que nos cohibieran en nuestra actuación».[78]

Lógicamente, en esta abundante correspondencia entre los dos dirigentes catalanistas también se mencionan los cambios políticos que se estaban produciendo en la zona nacional. Con todo, a finales de 1936 ni Cambó ni Ventosa detectaban el proceso de concentración de poderes en manos del general Franco que muy pronto iba a producirse. Así, a finales de diciembre de 1936 Cambó consideraba un acierto de Franco incorporar a las milicias falangistas y del requeté dentro del ejército regular y acabar con esas unidades militares de partido.[79] Lo entendía solo como una lógica medida de carácter militar y no apreciaba que formaba parte de una gran maniobra de Franco para hacerse, asimismo, con todo el mando político.

Los artículos de Cambó en la prensa internacional

Durante la guerra civil, Francesc Cambó publicó algunos artículos en diferentes publicaciones internacionales para dar su opinión sobre qué significaba aquel conflicto. Unos textos que, lógicamente, nos sirven para precisar aún más su mentalidad política en tan extraordinarios años.

A comienzos de diciembre de 1936 ya había escrito un artículo bastante largo que, traducido al inglés, se mandó al periódico conservador *Daily Telegraph*, que lo publicó dividido en dos los días 28 y 29 de diciembre de aquel año.[80]El título del primer artículo expresaba bien las ideas que Cambó pretendía defender: «La democracia y el conflicto español. Cómo la Guerra Civil surgió del desorden bajo un gobierno impotente». El artículo iba precedido de una breve presentación de Cambó, seguramente redactada por el periódico mismo, en la que se precisaba que

> el Señor Francesc Cambó, catalán y dirigente de la Lliga Catalana, el más antiguo de los partidos federalistas ... como parlamentario demócrata desea deshacer la idea de que el Movimiento Nacional del General Franco es un ataque contra un gobierno elegido legalmente y constituido correctamente.

El segundo artículo llevaba también una cabecera, en la que se decía que Cambó, «que es un catalán prominente ... sostiene que la

rebelión Nacionalista es un deber patriótico».

Estos artículos de Cambó, que firmaba como «Antiguo Ministro de Finanzas y Obras Públicas», representaron su primera toma de posición pública frente a la guerra civil, ya que la carta de adhesión del mes de octubre aún no se había publicado. Los artículos son incluso anteriores a la carta, también publicada por la prensa inglesa, en la que José M.ª Gil-Robles manifestaba su apoyo a los militares sublevados.[81]

La pretensión de los artículos de Cambó estaba muy clara: refutar la tesis de que el conflicto hispánico enfrentaba a un gobierno legítimo con unos militares rebeldes y filofascistas, como defendían la prensa y la opinión pública prorrepublicanas. Para Cambó, si bien era evidente que la zona republicana estaba «bajo la bota de una dictadura de clase bárbara y despiadada», en cambio no era nada seguro que una posible victoria de los militares sublevados implicase «el establecimiento de un régimen declaradamente fascista en España y la subordinación del país a las políticas exteriores de Italia y Alemania». Su tesis era que los hombres del Frente Popular, que «predicaban la guerra de clases y una dictadura proletaria», habían instaurado en España un régimen de desorden y desvirtuación de las leyes. Y que la sublevación militar se había producido al descubrirse «que la Federación Anarquista Ibérica ... lo tenía todo preparado para intervenir revolucionariamente con el objetivo de hacerse con el poder». De este modo, Cambó se apropiaba de la tópica tesis de la ultraderecha española de la preparación de un golpe revolucionario anarquista o marxista al que los militares se habían adelantado para impedirlo. Además, Cambó consideraba que el gobierno de Casares Quiroga no era un gobierno legítimo, pues se había declarado beligerante frente a los sectores conservadores y gobernaba de forma sectaria y en beneficio exclusivo de los revolucionarios. Así pues, el alzamiento militar era, para Cambó, una sublevación contra un gobierno que con su actuación se había declarado «partidista» y «no nacional».

Los textos de Cambó terminaban pidiendo a los lectores británicos que considerasen estos hechos y les preguntaba cómo reaccionarían ellos «si su gobierno llegara a someterse a las órdenes de los comités anarquistas y comunistas» y tolerase la violación de las leyes, la subversión de la justicia y toda clase de robos, y no sancionara los asesinatos, los incendios y las destrucciones. Por todo

ello, Cambó afirmaba que «España había llegado a un punto en el que la revuelta contra el Gobierno constituía ya no una necesidad, sino también un deber patriótico».

Respecto al futuro de España, Cambó reconocía que ignoraba qué tipo de régimen iban a instaurar los militares si ganaban la guerra: «Si hay algo seguro, sin embargo, es que tendrá un carácter nacional, marcadamente nacional ... que excluirá cualquier posibilidad de que los intereses españoles puedan subordinarse a los dirigentes de ningún otro país o sistema político». Y a fin de contentar a la opinión británica concluía que «los intereses nacionales —españoles— no son, no pueden serlo, opuestos a los de Gran Bretaña».

Las ideas que aparecen en estos artículos del *Daily Telegraph* son claras y contundentes: la sublevación nacional era un «deber patriótico» que intentaba adelantarse a una revolución anarquista, y el régimen que impondrían los militares, si ganaban la guerra, sería «nacional» y respetuoso con los principios y la defensa del orden social conservador y «nuestra civilización cristiana occidental e individualista». Junto con ello, hay que hacer constar también las ausencias, los temas que no se mencionan, como la cuestión del marco político democrático derrocado por la sublevación; tampoco hay ninguna afirmación de fe en un futuro régimen de convivencia civil. Asimismo cabe destacar que en ningún momento se citan en estos artículos el régimen autonómico catalán, ni el gobierno de la Generalitat, ni el futuro de las reivindicaciones catalanistas. Unos descuidos lo bastante importantes como para no dejar de tener una significación política clara.

Aquellos dos primeros artículos tuvieron una trascendencia considerable tanto en los núcleos de los exiliados catalanes como en los medios políticos europeos, y se hicieron eco de ellos desde las emisoras de radio italianas hasta la propia prensa de la zona franquista. Además, los artículos se tradujeron al francés y se publicaron, de forma resumida, en algunos medios internacionales.[82]De todos modos, hubo algún periódico falangista que los comentó con cierta ironía por considerarlos demasiado tardíos y tímidos, y calificó a su autor de «arquitecto de la plutocracia catalana».[83]

El tercer artículo de Francesc Cambó sobre la guerra civil apareció, sin firmar, como editorial de presentación de la revista

Occident, publicación que, bajo la dirección de Joan Estelrich y con financiación del propio Cambó, se editaba en París desde octubre de 1937. La correspondencia con Estelrich demuestra que la primera redacción del artículo era de Cambó y que luego Estelrich hizo la versión definitiva.[84]El artículo, que se titulaba «España y la suerte de Occidente», apareció en la segunda página del primer número de esta revista bimensual, publicado el 25 de octubre de 1937.[85]En el editorial de Cambó la defensa de los objetivos políticos de la causa liderada por Franco es más firme que en ningún otro texto suyo. Según él, el movimiento encabezado por dicho general «restituye a su patria su sentido histórico, su ideal nacional y todo el contenido de su neta y auténtica tradición». En él se sostenía la tesis de que la victoria franquista acabaría con la decadencia española y produciría un enderezamiento moral y espiritual que permitiría «resolver finalmente los problemas seculares que, en el orden social, el político, el nacional y el internacional, han perturbado la existencia misma de la sociedad española». El artículo usaba muy a conciencia la terminología de la extrema derecha francesa: era claramente «maurrasiano», probablemente porque la revista iba dirigida sobre todo a los simpatizantes de Action Française.

El cuarto artículo de Francesc Cambó, titulado «La Cruzada Española», se publicó un mes más tarde, el 17 de noviembre de 1937, en el periódico conservador argentino *La Nación*, de Buenos Aires.[86]Cambó insistía en los argumentos políticos de los artículos anteriores, pero lo que más destaca en este caso, y sorprende, es el acusado tono patriótico español que impregna el texto. Para Cambó, la guerra civil española no era un conflicto interno, sino que tenía una clara repercusión internacional, ya que se trataba de una batalla mundial: «La Cruzada de la España nacional es, exactamente, lo contrario a la victoria del bolcheviquismo en 1917 y su triunfo puede tener y tendrá para el bien la trascendencia que para el mal tuvo aquella». Por ello, la «cruzada» tenía unos valores supranacionales, con lo que España se convertía en «el paladín de una causa universal», como ya lo fuera en el pasado luchando contra las «invasiones asiáticas y africanas». De nuevo, en ningún fragmento del artículo se alude a Cataluña ni al catalanismo. Para Cambó, no era todavía el momento de discutir el carácter del futuro régimen político español, pese a que consideraba que «la Nueva España será, de ello estamos

seguros, genuinamente española». Tal vez el elemento más nuevo de este artículo sea la denuncia vehemente que se hacía del liberalismo que, desde las Cortes de Cádiz, había provocado la más grave crisis política en la España contemporánea. Una ideología, decía, que se oponía a la tradición nacional española y era la principal responsable de la crisis de la civilización.[87]

Todo este artículo parece haber sido redactado pensando no en la opinión pública argentina, sino más bien en que también lo leerían en Burgos y Salamanca las autoridades de la «zona nacional». Las referencias a la necesidad de la «concordia» política e identitaria han desaparecido para dar paso a una retórica religiosa ultracatólica en la que la exaltación del carácter de «cruzada» de la guerra civil se imponía. Era un lenguaje totalmente diferente, y contrario, a lo que había sido su reflexión política. Tal vez él mismo fuese consciente del carácter rupturista en el terreno ideológico de ese artículo, pues poco después de escribirlo trató de impedir su publicación, pero ya era demasiado tarde.[88]

Del «mal menor» al victimismo

La mentalidad política de Francesc Cambó fue evolucionando a medida que cambiaban la guerra civil y los acontecimientos políticos. Nadie, realmente, podía prever, a finales de 1936, que el conflicto iba a ser tan largo y que acabaría condicionando tan profundamente la vida catalana y las propias posibilidades políticas de Francesc Cambó y la gente de la Lliga Catalana. A partir de su extenso epistolario y el *Dietari* podemos extraer muchísima información sobre la evolución de su parecer político a lo largo de la guerra. Intentaremos sintetizar los elementos más básicos de lo que podríamos llamar el ideario político de Cambó durante la guerra civil.

En primer lugar, Cambó nunca rectificó ni lamentó la opción política de apoyar a los militares sublevados, pese a la repugnancia que sentía por muchos de sus valores ideológicos y pese a los temores que lo afligían sobre lo que podría ocurrir tras su victoria. En segundo lugar, fue constante su hostilidad hacia los hombres y las fuerzas políticas y sindicales que durante la guerra controlaron la Generalitat de Catalunya, así como su oposición total a cualquier contacto político

con ellos y a cualquier negociación con vistas a un armisticio o pacto. En tercer lugar, la convicción de Cambó de que la experiencia de la guerra y la revolución obligaba a replantearse muchos aspectos fundamentales de la tradición política del catalanismo conservador, sobre todo en lo referente a la cuestión de la democracia y al liberalismo. En cuarto lugar, el convencimiento de que la victoria de los militares daría lugar a una situación en la que sería muy difícil la recuperación de Cataluña y de la obra del catalanismo, y de que esta cuestión se vería agravada por la actitud de la mayoría de los intelectuales del país de apoyar la causa de los «revolucionarios». Y finalmente, el hecho de que Francesc Cambó, a pesar de todo ello, siempre se declaró confiado en que los catalanistas conservadores iban a tener cierto papel político dentro del nuevo régimen, y en que eso les permitiría llevar a cabo una labor de «salvación» nacional y de reagrupación de los catalanes.

Francesc Cambó siempre consideró necesario que los hombres de la Lliga Catalana, y en general los conservadores catalanes, apoyaran explícitamente a los militares sublevados, «pasando por encima de repugnancias y molestias».[89]De todos modos, y pese a los artículos que escribió, su adhesión a la causa de los militares no debía de ser muy conocida por la opinión pública, pues más de una vez tuvo que desmentir las especulaciones de quienes afirmaban que se oponía a Franco. De hecho, ya hacia el final de la guerra se produjo un incidente, de resultas de una información divulgada por la Agencia Havas, que obligó a Francesc Cambó a entregar a la prensa, de nuevo, una declaración pública de apoyo al general Franco. Así, el *Bulletin d'Information Espagnole* del 27 de noviembre de 1938, ante la noticia de que el político catalanista estaba redactando «un libro que criticaba el Movimiento Nacional», publicaba una nota que afirmaba que

> el Señor Cambó, que se encuentra en el extranjero, ha protestado ante la Agencia [Havas] que ha divulgado tan flagrante difamación ... El Señor Cambó, desde el primer día, se ha adherido a la Causa Nacional, con actos y palabras. Y considera que esta falsa noticia no persigue más objetivo que dar a los rojos ilusiones tan vanas como absurdas respecto a unas pretendidas divergencias que solo existen, y cada día más numerosas, en el propio campo de los rojos.[90]

Pero la actitud de Francesc Cambó de apoyar la causa liderada por el general Franco no solo partía del hecho de considerar que la victoria de este era «un mal menor», sino de la convicción de que ese iba a ser el único camino para salvar el modelo de sociedad en el que

él creía. El líder catalanista consideraba que la guerra sería una dura prueba para los catalanes, pero de carácter provisional y de la que incluso podían salir fortalecidos. «La victoria nacionalista», escribía en su *Dietari* el 8 de febrero de 1938, «sería una solución desagradable, muy desagradable, pero provisoria. ¡Los catalanes sufriremos mucho, como nos merecemos!, pero saldremos fortalecidos y hasta es posible que mejorados de esta prueba».[91]

Porque, de hecho, Cambó estaba casi seguro de que el régimen que instaurasen los militares ganadores de la guerra sería muy duro y represor, pero políticamente débil, y así, por reacción, los catalanes podrían volver a unirse y reforzarse. Hasta llegó a anotar, en la privacidad de su *Dietari*, las grandes diferencias que supondría para Cataluña la victoria de unos y la de otros:

> La victoria blanca, con persecuciones no solo contra las ideas, sino también —y muy duras— contra las personas, coincidirá con un período de miseria. Los sufrimientos serían generales y lo sería, por lo tanto, la reacción, que tomaría un cariz patriótico. La torpeza de los dominadores facilitará el apiñamiento de los dominados. Irían acallándose y desvaneciéndose las discordias que han dividido a los catalanes desde la implantación de la República y se irían formando una convivencia y un alma colectiva en que lo que uniera fuese más que lo que separase. La persecución no sería contra los catalanes de izquierda sino contra todos los catalanes y los que no fueran perseguidos se sentirían ofendidos o se verían arruinados. Solo hallarían gracia, perdón y simpatía los forasteros, que iniciarían y presidirían el terror por toda Cataluña: otro factor de restauración y dignificación del espíritu catalán.[92]

Frente a ello, según Cambó,

> la victoria roja, al contrario, consolida y hace irremediable la división de los catalanes en dos clanes que se odian a muerte. Los rencores de la guerra persistirían en la paz. Puesto que el poder central no actuaría abiertamente contra Cataluña, faltaría el estimulante de toda ofensa exterior para producir una conciliación interna. El sentimiento catalán se debilitaría por falta de contradictor externo y por eclipse total de la solidaridad interna. Al poder autónomo catalán se le reservarán todas las prerrogativas, lo que significa todas las responsabilidades, pero se le regatearán recursos. Así, poderes responsables e impotentes se atraerán el odio y el desprecio de los catalanes ... que volverán la mirada hacia la gente de Madrid para que los salve en la paz ... como los salvó en la guerra. Y Cataluña, exánime material y moralmente, sin un reactivo de conciliación y sin un estimulante de patriotismo ... volverá a ser provincia ... con la particularidad de que no será una provincia rica, sino una provincia pobre.[93]

Este planteamiento de Cambó —considerar que lo más beneficioso para Cataluña es la victoria de la opción más represiva para la colectividad, pues eso facilitaría una futura reconstrucción de la unidad catalana—, que es una apelación al «victimismo» como necesidad política, sin duda se basaba en el precedente de lo que había significado la dictadura de Primo de Rivera. Ahora bien,

presentar como la opción más beneficiosa para los catalanes la victoria «exterior y anticatalana» de Franco porque, a pesar de todo, luego permitiría erigir una política de recuperación nacional implicaba creer que la represión franquista iba a tener un carácter básicamente nacional, es decir, anticatalán, mucho más que de clase. Además, su argumentación se basaba en la tesis de que una «Generalitat roja» y victoriosa forzosamente estaría subordinada al poder central de Madrid y conduciría a la miseria colectiva.

Cuando Francesc Cambó recibía en su correspondencia privada críticas políticas a su actuación durante la guerra y estas procedían de personas del mundo catalanista, se veía forzado a elaborar un discurso de réplica mucho más complejo a fin de justificarse. Por ejemplo, cuando el joven abogado católico Carles Enric Mascarenyes le reprochó las muchas «faltas del catalanismo» y su apoyo incondicional a Franco, Cambó reaccionó con vehemencia atacando a los catalanistas republicanos como los únicos culpables de todo lo sucedido desde 1931.[94]Según él, «desde que se proclamó la República la dirección de Cataluña cayó en manos de unos hombres entre los que se contaban muy pocos catalanistas». Los ataques directos a Macià y a Companys adquirían en dicha réplica una pasión muy poco usual. Cambó consideraba que

> el horror de los crímenes que se cometen hoy en los pueblos de Cataluña y *por catalanes* son consecuencia directa de la acción, esencialmente antipatriótica, de aquel ser de petulancia y malas pasiones que se llamó Francesc Macià. Él fue quien creó un sistema político basado en el odio, puesto que era incapaz de cualquier otro sentimiento.

No deja de ser significativo que las responsabilidades políticas que Cambó atribuye a Macià vayan ahora acompañadas de la indicación de que los autores de los «crímenes» cometidos durante la guerra eran catalanes y no «murcianos», como había sostenido en otras cartas.

Igualmente, según Cambó, Lluís Companys era el «digno sucesor» de Macià, dado que había sido en primer lugar el responsable de «la destrucción de la formidable y catalanísima estructura agraria catalana», y ahora, con la guerra civil, había sido incapaz de «crear unas milicias para plantarle cara a la FAI, pues cuando ha dejado de ser su servidor asalariado, ha sido su servidor temeroso».[95]Al final de su carta Cambó le pedía a Mascarenyes que hiciera todo «lo posible por ayudar a destruir el terrible ambiente que en todo el mundo

civilizado hay contra Cataluña. Hay que gritar bien alto que Companys y la FAI no son Cataluña».

Durante toda la guerra, en sus diferentes textos —artículos, cartas, el *Dietari*— Francesc Cambó manifestó una total hostilidad contra las fuerzas políticas republicanas y revolucionarias que dominaban Cataluña y gobernaban la Generalitat, y también hacia los políticos e intelectuales catalanistas que habían permanecido fieles al régimen autónomo catalán y a la democracia republicana. Él siempre juzgó imposible que en Cataluña pudiera restablecerse el orden y reconstruirse un gobierno de la Generalitat con autoridad, pues opinaba que quienes mandaban en realidad eran los anarquistas de la FAI, que eran «por naturaleza criminales».

Debido a ello, a la falta de autoridad del gobierno de la Generalitat, Cambó se opuso siempre a todo contacto político de los miembros de la Lliga Catalana con Lluís Companys y su gobierno, e incluso con los izquierdistas fugitivos que a finales de 1936 llegaban a Francia. Su hostilidad se extendía también contra grupos y personas de Estat Català y de Acció Catalana que conspiraban de cara a un posible golpe de fuerza contra el predominio de la CNT-FAI en Cataluña, o que buscaban fórmulas políticas para un posible armisticio. Así, cuando a principios de 1937 algunos militantes de Estat Català intenten contactar con dirigentes de la Lliga para informarles de una posible «revuelta popular contra la FAI», Cambó rehusará mantener con ellos ningún tipo de relación política.[96]Incluso más adelante, ya a principios de 1938, cuando la hegemonía de la CNT-FAI había desaparecido en Cataluña, Cambó consideraba que no tenía ningún sentido tratar con la Generalitat, ya que entonces, según él, quien mandaba realmente en Cataluña era el gobierno Negrín y no el de Companys.

Uno de los temas que destacan en el parecer de Francesc Cambó durante la guerra civil es la profunda preocupación e indignación que le provocaba la actitud política de la mayoría de los intelectuales catalanes que habían permanecido fieles a las instituciones autonómicas y republicanas, pese al estallido revolucionario del verano de 1936. Son conocidos sus duros reproches al comportamiento de Lluís Millet, presidente del Orfeó Català, y de Pau Casals, durante las primeras semanas de la guerra. Cambó consideraba «que el ejemplo que dan la mayor parte de nuestros intelectuales, que

tienen la obligación de ser más fuertes que el ambiente, es deplorable».[97]

Esa preocupación fue en aumento a medida que la prolongación de la guerra significaba que la ruptura política y cultural entre los que estaban en ambos bandos iba a ser cada vez mayor. Hacia octubre de 1936 Cambó creía seguro y necesario, una vez finalizado el conflicto, tomar medidas punitivas, como «la separación del personal docente que por su actitud se ha vuelto incompatible con el nuevo régimen».[98]Y, a medida que se confirmaba la fobia anticatalanista que imperaba en la «zona blanca», aumentaba su pesimismo respecto al futuro de la cultura catalana.

Más pesimista todavía era, ya en marzo de 1938, el máximo colaborador de Cambó en asuntos culturales, Joan Estelrich, que estaba en contacto directo con los responsables culturales de la zona franquista. Según Estelrich, la actitud prorrepublicana de la mayor parte de los intelectuales catalanes iba a tener un coste político muy alto:

> Han comprometido irremisiblemente a las instituciones culturales del catalanismo: si muchos de ellos, los que no eran políticos, se hubieran prudentemente reservado, tal vez, contando con la defensa de hombres como Sainz Rodríguez, algunas de nuestras instituciones, como el Orfeó, el Institut, la Fundació Bernat Metge, la organización de los museos, habrían podido continuar. Ahora lo veo perdido. ¿Cómo podríamos reconstruirlo los pocos que vamos a quedar, y aun a duras penas tolerados?[99]

Francesc Cambó menciona en su *Dietari* que él se negó a dar consejos y órdenes a los militantes de la Lliga Catalana respecto a su actuación frente a la guerra civil y que siempre dejó que «todo el mundo actúe con libertad plena».[100]No parece que fuese realmente así. Porque una cosa es que no hubiera ninguna orden oficial de la dirección de la Lliga, ni ningún comunicado público del partido sobre la guerra, ni en la zona nacionalista ni en el extranjero, o que tampoco hubiera ninguna publicación oficiosa que expresara la posición del partido catalanista, y otra muy distinta pensar que los dirigentes de la Lliga no actuaron como un grupo político durante la guerra civil dando órdenes y consejos. Él mismo, en su *Dietari*, no se priva de elogiar de forma exagerada la actitud política de los hombres de la Lliga en esos momentos. Ellos eran, según Cambó, «los únicos que no tienen culpa de lo que pasa; los únicos que lucharon hasta el final por evitarlo».[101]Y junto a esta visión exagerada está la notable falta de autocrítica política que aparece en sus recuerdos. Él casi nunca se

equivocó, él y los miembros de la Lliga son casi los únicos que no tienen ninguna responsabilidad política en el estallido de la guerra.

La actitud inicial que Francesc Cambó recomendaría a los militantes de la Lliga era la de callar, pero apoyando a los militares sublevados. Él también consideraba que debía ser discreto y no prodigarse en declaraciones públicas: «Mientras dure la cruzada contra los rojos, quienes han destrozado material y moralmente mi tierra, quienes han derramado a chorros la sangre inocente, yo callaré, yo me guardaré de hacer una política que pudiera debilitar al movimiento nacional».[102]Sin embargo, con el tiempo, Cambó empezó a comprender que «el silencio indefinido, que significa suicidio, sería una equivocación y un gran pecado contra Cataluña y contra España».[103]Pero él y los hombres más destacados de la Lliga terminarán por no manifestar públicamente ningún tipo de discrepancia respecto a la política y las actuaciones de los militares franquistas. Y lo poco que escriban y firmen, como los artículos en la prensa, será siempre para brindar un apoyo total a la causa de Franco. Y, en algunos casos excepcionales, como el de Ferran Valls i Taberner, incluso harán una apología del «nuevo régimen nacional». El único dirigente de la Lliga Catalana que discrepó públicamente de la actitud profranquista de Cambó y la mayoría de los dirigentes del partido fue Felip de Solà i Cañizares. Josep Puig i Cadafalch, aunque no firmó la carta de adhesión ni escribió ningún artículo político durante la guerra, tampoco discrepó nunca de lo que hacían y decían Cambó, Ventosa y los demás.

Hostilidad en Burgos y especulaciones en Roma

El mal ambiente existente contra los catalanistas en la zona franquista era tan considerable, sobre todo los ataques publicados en la «prensa nacional», que, como explicaba el propio Cambó, él y Ventosa acordaron, en enero de 1937, que «Ventosa le plantearía claramente a Franco el problema de si estima o no que colaboremos; si lo estima, debe hacer que se nos guarde, al menos, respeto».[104]

La aversión política de los falangistas por el catalanismo en general, y muy especialmente por los dirigentes de la Lliga Catalana, aparece de lo más clara en un informe de junio de 1937, elaborado

poco después de la unificación de falangistas y tradicionalistas decretada por Franco.[105]En él se decía que la nueva dirección falangista catalana estaba rechazando como militantes a los que «habían tenido significación en partidos que, como la Lliga, tenían un marcado carácter catalanista». Se censuraba duramente la actitud que había tenido la Lliga en el pasado por su intransigencia constante con las fuerzas políticas «que en Cataluña mantenían un ideal español». El informe ponía un gran énfasis en denunciar la entrada masiva de los militantes de la Lliga en las organizaciones del carlismo: «La casi totalidad de los afiliados nuevos del Requeté Catalán son antiguos miembros de la Lliga». La conclusión del informe era bastante radical: la dirección territorial de la Falange de Cataluña tenía que estar integrada por personas «libres del contacto con el catalanismo».

Siete meses más tarde, el 22 de febrero de 1938, un nuevo informe de la dirección de la Falange catalana denunciaba los intentos de crear en San Sebastián «un frente único de intereses y viejos políticos» dirigido básicamente por «los grandes capitalistas de la Lliga».[106]Con notable énfasis se denunciaba «la táctica de apoderarse de los puestos oficiales de tipo económico» por parte de miembros de la Lliga; por ello, los dirigentes falangistas catalanes llamaban la atención de sus superiores a fin de impedir «la resurrección de los tinglados político-económicos que han esterilizado toda tentativa de política nacional en Cataluña».[107]

Los ataques públicos de los falangistas al catalanismo en general, a la Lliga Catalana y a Cambó eran bastante constantes.[108]En la revista que los falangistas catalanes habían creado en Burgos, *Destino*, aparece esa fobia anticatalanista con frecuencia, sobre todo en su primera etapa, hasta finales de 1937. En *Destino* se publicaron varios artículos en los que se atacaba directamente al líder catalanista, como el titulado «Moral y economía. Frente a Cambó y la Lliga», o «Cambó y los sombreros de la Reina Mary».[109]La demagogia de los falangistas catalanes llegó al punto de publicarse una serie de máximas, como si fuesen eslóganes, en los que se decía, entre otras falsedades: «¿Qué partido se negó a defender a los propietarios rústicos catalanes?: La Lliga. ¿Qué partido votó el Estatuto separatista?: La Lliga. ¿Cuál es el partido que ilumina siniestramente la máxima abyección y decadencia del Estado Español?: La Lliga».[110]

Pero los ataques a la Lliga y a Cambó llegaban de sectores de

toda clase, incluso de algunos sacerdotes catalanes, como el padre Joan Tusquets, que en la zona nacional se había especializado en la denuncia de masones y catalanistas. Según Cambó, «este individuo se dedica, en Burgos y Salamanca, a difamarnos a nosotros y a toda la clerecía catalana que simpatizaba con la Lliga, especialmente benedictinos y capuchinos».[111]Con una vehemencia poco habitual, Cambó calificaba al padre Tusquets de «mezcla de imbécil, intrigante y canalla», y le pedía a Ventosa que hablase con el cardenal Gomà para que «tapase la boca o mandara salir de España» al padre Tusquets.

Pero también algunos de los propios militantes de la Lliga Catalana despotricaban de Cambó y de la política seguida por la Lliga. Es muy conocido el caso del historiador y político Ferran Valls i Taberner, que escribiría unos famosos artículos renunciando a su pasado catalanista, pero ya finalizada la guerra, a comienzos del año 1939.[112]No obstante, esa actitud la había manifestado ya Valls durante su estancia en Italia en verano de 1936. En una carta a Joan Ventosa de finales de aquel año, Cambó explicaba que Valls «cuando estaba en Roma no cesaba de hablar mal de la Lliga y de nosotros dos personalmente».[113]Cambó opinaba de Valls i Taberner que era un hombre voluble e imprevisible: «En Burgos, tanto es posible que sostenga la actitud que tenía en Roma, como que se haga el separatista y tengan que fusilarlo. ¡Es de lo que no hay!».[114]

Ya al final de la guerra, en diciembre de 1938, un informe del Servicio de Información del Ministerio de Estado (SIDE) franquista continuaba insistiendo en que «entre la gente que rodea al Sr. Cambó parece que se advierte una actitud hostil a Franco».[115]El informe menciona como los políticos de la Lliga «que se distinguen por su apartamiento de lo que puede significar “franquismo” se encuentran los Sres. Puig y Cadafalch, Duran y Ventosa y Vidal y Guardiola».[116]

Las actividades políticas de Francesc Cambó durante la guerra civil no dejaban de provocar rumores y especulaciones de toda clase, incluso en los propios medios diplomáticos italianos. Así, el 15 de mayo de 1937 una nota secreta del conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores, dirigida al Ministerio del Interior italiano, nos muestra el gran interés que existía por controlar la correspondencia que recibía Cambó en Italia:

> Es conveniente controlar con la mayor cautela la correspondencia que recibe de Francia

> el súbdito español Don Francisco Cambó residente en Rapallo, en una villa alquilada del Príncipe di Sant Faustino. Cambó es catalán; abiertamente adherido al Gobierno Nacional pero mantiene amplias relaciones con los elementos separatistas de Cataluña residentes en Francia. Sobre la naturaleza de dichas relaciones es sobre lo que me interesa recoger elementos ... Le agradecería que me diera a conocer en su momento el éxito de las investigaciones.[117]

Meses más tarde, a finales de 1937, un informe «riservatissimo» de los Servicios Secretos italianos sostenía que Francesc Cambó y otros dirigentes de la Lliga Catalana habían

> mantenido recientes y frecuentes encuentros en París con emisarios de los partidos moderados del gobierno autónomo catalán (Estat Català, Esquerra Republicana) con la finalidad de preparar el terreno para un eventual armisticio entre Cataluña y el gobierno de Salamanca.[118]

Según dicho informe, Cambó, que «todavía hoy representa importantes intereses financieros e industriales en España y en el exterior», y otros dirigentes de la Lliga —mencionaban a Ventosa, Estelrich y Rodés— pensaban hacerle a Franco una especie de chantaje económico, ya que pretendían «llevar secretamente los tratos hasta conseguir un proyecto completo de acuerdo para someter al general Franco con la clara amenaza de suprimir los créditos (Grupo SOFINA, Banca Heineman, AEG alemana, etc.) en el caso de que no hubiera aceptado». El objeto de toda esta operación «de los grandes capitalistas catalanes» era, según los servicios italianos, «salvaguardar sus importantes intereses industriales en Cataluña, por miedo a las eventuales destrucciones bélicas». De todos modos, la misma fuente italiana reconocía que todo aquello se había hecho sin el conocimiento del embajador franquista en París, Quiñones de León, que era muy difícil que el gobierno Negrín lo aceptara y que era un hecho que el propio general Franco desaprobaba todas esas maniobras.

Era realmente fantasioso sostener que Francesc Cambó, a finales de 1937, pudiera jugar una carta tan arriesgada como la de presionar a Franco con amenazas económicas. Cambó sabía muy bien que Franco nunca aceptaría una propuesta como aquella. Y por otra parte, como ya hemos visto, en los proyectos políticos de Cambó tampoco apareció nunca la posibilidad de propiciar una especie «de armisticio catalán».

Otro informe italiano, este del Ministerio de Asuntos Exteriores, ya del año 1938, especulaba notablemente sobre las posibles pretensiones políticas de Francesc Cambó y la gente de la Lliga

Catalana una vez finalizada la guerra[119]. Los redactores del informe, destacados fascistas italianos, consideraban que el apoyo que prestaban Cambó y los catalanistas de la Lliga a la causa del general Franco era totalmente interesado. En concreto, el informe decía: «Cambó ha sido y sigue siendo el personaje más diabólico y funesto ... y el principal culpable del advenimiento del Gobierno de Portela Valladares, y con él la explosión del sangriento drama que estamos viviendo». El texto proseguía diciendo:

> La Lliga Catalana dirigida por Cambó no ha renunciado a la implantación de sus ideologías, sabiendo que son atentatorias a la existencia de España como nación; y hasta en estos tiempos de guerra civil, ha establecido sus oficinas en Rapallo, París, Marsella, Biarritz, donde, con el pretexto de oficinas de información para la política del General Franco, se ejercía y se sigue ejerciendo el más sutil espionaje.

Los diplomáticos italianos autores del informe eran bastante críticos con la actitud demasiado tolerante de las autoridades de la zona de Burgos con los miembros de la Lliga:

> Contra la Lliga no se ha procedido con la severidad que se debía, y Cambó se ha atrevido a todo. Recientemente ha sacado de España el domicilio de la Chade (Compañía Hispano Americana de Electricidad), sin que se haya tomado ninguna determinación contra esta monstruosidad que tantos perjuicios provoca al Estado, a cuyo tesoro priva del ingreso de varios millones de pesetas al año.[120]

Denunciaban con vehemencia la influencia de la Lliga y pedían que se actuase en su contra:

> La Lliga se prepara para cuando las tropas del General Franco dominen toda Cataluña; y entonces intentará actuar como antes. Es un mal que hay que destruir por completo; hay que inutilizar la Lliga e impedir que renazca; pero cabe temer que, si en el actual Gobierno continúan ciertos elementos que no han repudiado a la Lliga, se fracase por completo en la política españolista de Cataluña, como en la de las Vascongadas.

Además, este informe denunciaba directamente a muchos de los militantes de la Lliga que realizaban tareas de asesoría para el gobierno de Burgos —Trias de Bes, Gallart, Bertran i Musitu, Felip Rodés, Vallès i Pujals— y hasta se metía con Eugeni d'Ors, al que se calificaba de «separatista marcado». Y se acusaba a Nicolás Franco de haber permitido, con su «perniciosa influencia», que la gente de la Lliga tuviera semejante peso político en la zona nacional.

El informe de los diplomáticos fascistas relacionaba dieciséis medidas que el gobierno italiano debería aconsejar al general Franco, y destacaban tres, referentes a Cambó y los miembros de la Lliga.

> N.º 11. Expulsar de la Falange y Requeté y de todos los cargos oficiales, a todos los

> militantes de la Lliga Catalana y del partido separatista vasco, por ser elementos perturbadores y afectos y obedientes a sus dirigentes. Si no se les separa a todos, hay que vigilar muy de cerca a los que continúen en sus puestos. N.º 12. Impedir que Cambó y sus colaboradores entren en España, a no ser que hayan pagado su tributo de sangre a la Patria. N.º 13. Téngase presente que la información de ciertas oficinas vinculadas a Cambó y gestionadas por personas afectas a él, son un medio para conocer todo lo referente a la política del país y aprovecharse para sus fines de implantación de la política catalanista, con marcada tendencia a vincular a España a la política de Francia, enemiga irreconciliable del fascismo. Se pretende sea como sea separar a España de Italia y Alemania.[121]

En su «Observación final», el informe aconsejaba que el jefe del gobierno italiano, el *duce* Benito Mussolini, se dirigiera cuanto antes al jefe del Estado español, el general Franco, transmitiéndole todas estas inquietudes y sugiriéndole dichas medidas. Porque si los cambios políticos planteados no se llevaban a cabo pronto sería demasiado tarde para el «rumbo de la gobernación del Estado Español, debido a la soberbia y ambición de determinados personajes».[122]

No deja de ser sorprendente la similitud entre las críticas y especulaciones sobre las pretensiones de Francesc Cambó y la gente de la Lliga que aparecen en los informes diplomáticos italianos que hemos localizado y los elaborados por los falangistas en la zona de Burgos. No cabe duda de que entre ellos se consultaban e informaban de forma continuada.

Pero los fascistas italianos y los falangistas no eran los únicos que especulaban sobre las pretensiones de Francesc Cambó y los miembros de la Lliga. También lo hacían, desde el otro lado, no solo varios grupos republicanos, desde Estat Català a la propia Generalitat, sino incluso los nacionalistas vascos. Entre los diferentes dosieres elaborados por el gobierno vasco, destaca uno de finales de 1936 en el que se informaba de las actividades políticas de Francesc Cambó en París.[123]En él se mencionan los constantes contactos de Cambó con José Quiñones de León, representante de los militares sublevados en la capital francesa que estaban negociando «las bases políticas que el Sr. Cambó podría aceptar respecto al Estatuto de Cataluña». El informe insistía en destacar la mala imagen que el líder catalanista tenía en la zona nacional, donde, se decía, «siguen considerando al señor Cambó como separatista y político demasiado tarado por su pasado y poco digno de confianza». Igualmente, el informe de los nacionalistas vascos atribuía a Quiñones la frase de que Cambó «tiene demasiados adversarios en ambos campos beligerantes y preferiría abandonar su actividad política en cuanto los acontecimientos militares se dibujen,

en forma decisiva, para Franco».

Sin embargo, las especulaciones sobre lo que hacía el líder catalanista en el terreno político mostraban un desconocimiento casi total de la realidad. Así, sorprende que lleguen a decir que Cambó había querido «entablar conversaciones con Companys a su paso por Francia», pero que este rehusó. Y también refleja cierta fantasía política sostener que en Roma Cambó se acercaba a los monárquicos españoles, y muy concretamente al ex rey Alfonso XIII en persona. Y más fantasioso todavía era afirmar que el político catalanista «se había negado rotundamente a tener en Roma una entrevista con Mussolini, aunque sus amigos le habían aconsejado que aceptara esta entrevista para lograr cierta seguridad sobre el Estatuto de Cataluña».[124]Pensar que a finales de 1936 Francesc Cambó tenía tanta fuerza política como para negociar qué pasaría con el Estatuto catalán era estar realmente desinformado. Y asegurar que Cambó había rechazado tener una entrevista con Mussolini era no conocer en absoluto lo que era entonces la política italiana sobre el conflicto hispánico, además de atribuir al político catalán una influencia y una fuerza que de ningún modo tenía.

Las actividades de propaganda organizadas por Cambó

Las principales actividades organizadas por Francesc Cambó y los miembros de la Lliga Catalana durante la guerra civil en apoyo del bando franquista se realizaron principalmente en Francia e Italia. El líder catalanista enseguida se percató de la necesidad y de la posibilidad de colaborar en la labor de neutralizar el apoyo y la simpatía que hallaba la causa republicana en los países democráticos, principalmente europeos y latinoamericanos. Había que realizar una labor de información y propaganda entre las derechas europeas y americanas, sobre todo entre los sectores católicos, lo que, durante los primeros meses de la guerra, a los militares de Burgos y a las fuerzas políticas que habían participado en el alzamiento les resultaba bastante difícil hacer directamente. Porque, de hecho, en otoño de 1936 los militares sublevados solo tenían buena imagen, influencia y relaciones políticas estrechas en Italia, Alemania y Portugal.

La propaganda política se convirtió, pues, en una auténtica

necesidad para la causa de los militares sublevados, entre otras cuestiones porque los ambientes católicos europeos, y especialmente los franceses, estaban claramente divididos con motivo de la guerra de España. Cabe tener presente que la opinión católica mundial, y sobre todo la de los intelectuales, estaba fuertemente conmovida por el conflicto español y que pronto se produjo un gran debate político que enfrentó a grupos, publicaciones y personalidades.

La ciudad de París era el lugar más apropiado para la actuación propagandística, no solo por su proximidad y por ser la capital europea que los hombres de la Lliga Catalana mejor conocían, sino porque era donde más conmoción había provocado el conflicto hispánico y porque actuaba como principal plataforma ideológica de Europa, dado su carácter de gran centro intelectual.

En otoño de 1936, como hemos visto, Francesc Cambó y Joan Ventosa ya mantenían contactos con los militares sublevados y habían hablado con ellos de la conveniencia de realizar un trabajo de contrapropaganda en los ambientes conservadores y católicos europeos. Convenía atacar el «pacifismo» de los católicos liberales y cuestionar los escrúpulos democráticos de las derechas europeas que no querían apoyar explícitamente al general Franco. Había que presentar el conflicto hispánico, como ya había empezado a hacerlo Cambó en sus artículos, como el enfrentamiento entre el orden social y la revolución bolchevique, entre unos militares nacionalistas, que no fascistas, y la anarquía anticristiana.

Joan Estelrich, fiel colaborador de Francesc Cambó en tantas de sus empresas culturales y políticas, volverá a ser el hombre clave para la dirección de estas actividades de propaganda. Él será el jefe de la Oficina de Prensa y Propaganda que Cambó organizará en París, dirigirá la revista *Occident* y el *Bulletin d'Information Espagnole*, escribirá importantes libros de propaganda política y numerosos artículos en la prensa internacional, y pronunciará discursos y conferencias tanto en Francia como en el Reino Unido.

La historia de aquella Oficina de París nos es bastante conocida por los informes que dejó uno de sus principales organizadores, el sabadellense Joan Llonch i Salas, y por la correspondencia Estelrich-Cambó y Cambó-Ventosa.[125] Gracias a tales fuentes sabemos que en octubre de 1936 Francesc Cambó ya había mandado alquilar un piso, en el número 5 de la Rue de Taine, en París, para montar una pequeña

oficina de información en la que trabajaban dos jóvenes militantes de la Lliga, Octavi Saltor y Xavier Ribó, redactando informes sobre hechos, personas y circunstancias relacionados con la guerra civil, que se entregaban a Cambó y a José Quiñones de León. En principio, si bien la Junta de Burgos estaba informada de todo, tanto la organización como la dirección y la financiación de aquella oficina eran responsabilidad exclusiva de Cambó.

A principios de enero de 1937, ante la perspectiva de que la guerra fuese más larga, tuvo lugar en el Hotel Crillon de París una reunión en la que participaron Francesc Cambó, Xavier Ribó, Joan Estelrich, Felip Rodés y José Quiñones de León, y allí se decidió ampliar y consolidar aquella pequeña oficina. En dicha reunión se nombró a Estelrich director de publicaciones, a Ribó administrador y a Llonch jefe de la Oficina.

La relación de personas que estuvieron relacionadas con esa Oficina de Propaganda de París es larga y representativa. Implicados directamente estuvieron, además de los citados, algunos políticos —como el diputado valencianista Joaquim Reig— y muchos periodistas —como Josep Pla, Agustí Calvet («Gaziel») y Carles Sentís—. En la Oficina de París llegaron a trabajar de forma más o menos estable hasta veinte personas, incluidas cinco mujeres, realizando actividades de índole muy diversa: informes confidenciales sobre lo que ocurría en la zona republicana, con noticias obtenidas tanto de las personas que habían huido de allí como de la lectura de la prensa «roja»; recogida de información sobre la persecución religiosa en España, diócesis a diócesis, e informes sobre la situación política, económica y social en la zona republicana. Pero sin lugar a dudas las actividades más destacadas fueron la publicación de un boletín informativo diario en francés y español y la de una revista bimensual, *Occident*, y la edición de «libros y folletos comentando y explicando a la opinión la realidad de los acontecimientos de España y contrarrestando, en lo posible, las propagandas y publicaciones de los rojos».[126]Los gastos mensuales de la Oficina, a finales de 1938, eran de 140.000 francos franceses, de los que un tercio correspondía al coste de la revista bimensual *Occident.*[127]

La primera publicación de la Oficina de París fue el *Boletín de Información Española*, en español, que apareció con una numeración falsa, el número 201, el 26 de febrero de 1937. Al mes siguiente, el 10

de marzo, salió también la versión en francés, el *Bulletin d'Information Espagnole*. Estos boletines se enviaban de forma gratuita a los medios de comunicación —revistas, periódicos, periodistas y escritores—, sobre todo, así como a muchos diplomáticos europeos y americanos, pero preferentemente a los residentes en Francia.

Francesc Cambó tenía muy claro qué tipo de propaganda debía hacerse:

> Yo lo he pensado mucho y llego a las siguientes conclusiones. ¿Cuál es la finalidad del Boletín? No es otra que suministrar informaciones y argumentos para la propaganda a favor de los nacionales en la prensa y en la radio ... Yo creo que la propaganda debe hacerse a base de argumentos de dos clases. A. Los que hacen repulsivos a los rojos. B. Los encaminados a dar la convicción de que los rojos van a perder.[128]

Según Cambó, los primeros argumentos implicaban poner énfasis en el carácter revolucionario de lo que pasaba en la zona republicana, «donde se roba y asesina con total impunidad», donde gobernaban los anarquistas y los comunistas y se «repudian públicamente las instituciones democráticas» y «los sacerdotes son implacablemente masacrados, hoy igual que el primer día». La defensa de la tesis de que los republicanos perderían la guerra tenía que divulgarse destacando que «no tienen ningún ideal afirmativo», porque los «rojos ... están separados por odios inextinguibles», porque no tienen «ni orden ni disciplina», y además «la España roja ha de caer porque no se puede comer».[129]

El contenido de los boletines se extraía sobre todo de las informaciones aparecidas en publicaciones extranjeras y de la zona republicana, y también de los propios periódicos de la zona franquista. Los ejemplares de los boletines eran relativamente reducidos, cuatro o cinco páginas ciclostiladas en las que se incluían informaciones muy diversas: extractos de artículos o declaraciones publicados en diferentes medios, noticias de carácter militar y político, a menudo con algunos comentarios redactados en la Oficina... Según los informes enviados a Salamanca, a mediados de 1938 el *Bulletin* en francés tenía una difusión superior a los setenta mil ejemplares, mientras que la versión en español no superaba los tres mil.

La revista *Occident* se ha considerado la principal publicación periódica favorable a la causa de Franco que se editó en el extranjero durante la guerra civil. Era bimensual e iba dirigida especialmente a los sectores simpatizantes de los «nacionales», como los miembros de

Action Française, y sobre todo a los ambientes católicos conservadores franceses. En total se publicaron cuarenta números, desde el 25 de octubre de 1937 hasta el mes de mayo de 1939. Normalmente tenía entre seis y ocho páginas y costaba 0,75 francos.[130] *Occident* llegó a tener una tirada media de unos 25.000 ejemplares, de los cuales más de la mitad vendía en Francia la editorial Hachette, y en España se vendían algo más de 1.000. Ahora bien, unos 8.000 ejemplares se distribuían gratuitamente entre personalidades del mundo político, intelectuales, periodistas y diplomáticos. Y es que la revista solo contaba con unos 3.200 suscriptores de pago. La publicación era, ciertamente, deficitaria, dado que de un coste mensual total de unos 40.000 francos solo se recuperaban unos 10.000 con las ventas y suscripciones.

Tan considerable déficit fue asumido en buena parte por Francesc Cambó, aunque también otros políticos —como Ventosa y Rodés— contribuían a la financiación de la Oficina de París de forma regular.Ya hemos mencionado que el editorial de presentación de la revista seguramente fue redactado por Francesc Cambó, si bien Joan Estelrich debió de hacer la versión definitiva. Para Cambó, *Occident* no debía ser un medio más de la propaganda profranquista, sino básicamente una revista que divulgara un ideario propio incluso después de la guerra. Él mismo lo dijo claramente: «La revista tendrá un doble objetivo. De cara al extranjero vindicará la causa nacional antes de la victoria, y, sobre todo, después de la victoria. De cara a España contribuirá a la elaboración de un gran ideario nacional».[131]

En lo referente al contenido, la revista incluía informaciones sobre toda clase de acontecimientos de la zona franquista, incluyendo a menudo declaraciones y mensajes del propio general Franco, y artículos y entrevistas con destacados políticos y militares de Burgos —Serrano Suñer, Queipo de Llano, Moscardó, Fernández Cuesta— y con eclesiásticos —cardenal Gomá—. Se publicaron también largos reportajes de propaganda política, con biografías de militares y con artículos que ponían especial énfasis en destacar el orden y la buena situación económica que reinaban en la zona nacional. En *Occident* colaboraron conocidos escritores y políticos franceses de extrema derecha, en general gente afín a Action Française, y muchos intelectuales franquistas españoles, como José M.ª Pemán, Manuel Machado o fray Justo Pérez de Urbel. Sorprende que colaborasen

también algunos intelectuales de tradición liberal, como Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset, Ramón Menéndez Pidal o Manuel de Falla. Tanto Joan Estelrich, que los había tratado años atrás y conocía su situación de exiliados peculiares, como el mismo Cambó debieron de lograr sus colaboraciones.[132]

Con todo, tal vez la labor de propaganda de mayor relevancia organizada por Francesc Cambó durante la guerra civil fue la edición de una serie de libros y folletos que iban a tener un impacto y una difusión notables. Ya en noviembre de 1936 encargó a un grupo de sus colaboradores residentes en Italia la recogida de información sobre los asesinatos cometidos en Cataluña desde el comienzo del conflicto.[133]Por entonces Cambó estaba firmemente convencido de que había que iniciar las actividades propagandísticas con la publicación de un libro, que provisionalmente llevaría el título de *Las atrocidades de los anarquistas en Cataluña* o *El terror rojo en Cataluña* y en el que se denunciaría públicamente el ambiente de terror y persecución que imperaba desde el estallido de la guerra. El libro tenía una doble intencionalidad:

> Es la primera en dar a conocer que en Cataluña, donde no había ninguna razón ni excusa para que se produjera, existe también terror rojo. Y la segunda, demostrar a la España blanca, que siente la fobia catalana, que existe una inmensa mayoría de catalanes que son víctimas del terror rojo.[134]

Los autores iniciales del libro iban a ser el periodista Agustí Calvet, «Gaziel», director de *La Vanguardia*, y los jóvenes militantes de la Lliga Octavi Saltor y Xavier Ribó, pero dado que Gaziel y sus colaboradores trabajaban con demasiada lentitud, en febrero de 1937, Cambó ordenó que fuese directamente Joan Estelrich quien asumiera la redacción del libro, utilizando el texto ya redactado por aquellos, pero dándole un carácter más concreto, centrándose solo en la persecución religiosa y no en toda la violencia. El libro, redactado finalmente por Estelrich, se publicó en francés en mayo de 1937 con el título *La persécution religieuse en Espagne*, y en el último momento se incorporó un prefacio escrito por el poeta católico francés Paul Claudel y titulado «Aux martyrs espagnols». Demuestra la importancia que Cambó daba a ese libro, el primero publicado por sus servicios de propaganda, el hecho de que mandase enviar inmediatamente los primeros ejemplares tanto al general Franco en Burgos como al papa Pío XI en Roma. Él mismo acudió a Roma a entregar personalmente

un ejemplar del libro al secretario de Estado del Vaticano, el muy influyente cardenal Eugenio Pacelli —futuro Pío XII— en el curso de una audiencia privada el día 26 de mayo de 1937.[135]

La persécution religieuse en Espagne causó un gran impacto, pues, pese a que la información se centraba básicamente en casos ocurridos en Cataluña, servía para denunciar no solo el alcance de la violencia desatada en el verano de 1936 sino, y sobre todo, el carácter antirreligioso del proceso revolucionario. El propio Cambó estaba entusiasmado con la repercusión política y el éxito de difusión del libro.[136]En octubre de 1937, el editor, la Librairie Plon de París, ya había hecho dos ediciones de diez mil ejemplares cada una. Joan Estelrich, por razones lógicas de seguridad, no figuraba como autor, sino que en el libro solo constaba el traductor al francés, Francis de Miomandre. Pronto se hicieron también traducciones al español, al italiano, al rumano y al checo y un resumen en inglés. En esas nuevas ediciones se corrigieron algunos errores y se añadió mucha más información relativa a la persecución religiosa en el resto de España. Según Estelrich, en conjunto se vendieron unos 53.000 ejemplares.[137]

Un mes antes, en abril del 1937, la Oficina de Propaganda de París, ya había publicado el folleto *La Justice du Front Populaire*, firmado por «Trois Députés aux Cortes» y editado en París por Les Éditions de France. El librito, que tenía 96 páginas y era un encargo de Joan Estelrich al diputado valenciano Joaquim Reig, también tuvo un éxito notable, pues enseguida se agotó la primera edición de 7.500 ejemplares.[138]

La tercera publicación de la Oficina de París de Francesc Cambó se centró en el País Vasco, o mejor dicho, a denunciar la actitud del Partido Nacionalista Vasco, y del nuevo gobierno vasco presidido por José Antonio Aguirre, de permanecer fiel al régimen republicano. Aquella fidelidad de los católicos vascos, y su alianza con los partidos del Frente Popular español, se había convertido en una de las cuestiones más polémicas a escala internacional, sobre todo en los ambientes católicos. En abril de 1937 la ofensiva de las tropas del general Mola contra Bilbao y la perspectiva de una batalla sangrienta en torno a la capital vasca, como parecía pronosticar la destrucción de Guernica, pusieron de gran actualidad «el caso de los vascos».

La propuesta de hacer un libro sobre tal temática surgió de Alfonso de Olano, jefe de la Oficina de Propaganda franquista de

Londres, e inicialmente no gustó demasiado ni a Cambó ni a Estelrich. Como catalanistas, se sentían incómodos con el tema y dudaban de que lo que ellos escribieran pudiera gustar finalmente «a los de Londres y menos aún a los de ahí abajo [Burgos]».[139]Finalmente Estelrich, siguiendo los criterios de Cambó, redactó a una velocidad sorprendente, un mes, un librito que trataba de explicar la historia del nacionalismo vasco, de Euskadi y de Navarra, contando que las zonas más auténticamente vascas y católicas, Guipúzcoa y Navarra, estaban desde el primer día con los nacionales, y que solo la industrial y poco vasca Vizcaya estaba con los republicanos. De todos modos, el libro ponía especial énfasis en denunciar el error político de Aguirre y el Partido Nacionalista Vasco de aliarse con los revolucionarios anticristianos. A finales del mes de junio de 1937, coincidiendo con la ocupación de Bilbao por las tropas franquistas, salía publicado el libro de Estelrich, pero sin que figurase su nombre, con el título de *Le drame du Pays Basque*, editado por SGIE en París. Meses más tarde salía la edición en español, titulada *La cuestión vasca y la Guerra Civil española*, publicada en Buenos Aires, y un año después aparecía la versión en italiano.

De los informes que hemos podido consultar sobre la Oficina de París se deduce que a lo largo de la guerra civil publicó más de veinte libros y opúsculos.[140]Además de los comentados anteriormente, la Oficina también editó, escrito por Estelrich, el opúsculo *Médiation en Espagne?*, que era un duro ataque a las tesis favorables a encontrar una especie de pacto o mediación para detener la guerra, y el librito *À qui la victoire? Un an de guerre en Espagne*, *1936-1937*, publicados ambos en París a finales del año 1937.

Asimismo, la Oficina de París distribuyó profusamente la versión en francés de la *Lettre collective*, la famosa carta de la mayoría de los obispos españoles que apoyaban la causa del general Franco y proclamaban que aquello era una «cruzada». Respecto a aquel texto, Francesc Cambó coincidía con la opinión del cardenal Francesc Vidal i Barraquer, que se había negado a firmarlo. En un encuentro, el 8 de diciembre de 1937, con dicho cardenal, al que llama «el amigo de Friburgo», los dos lamentaron que la carta colectiva

> no se limitara, como era su deber, a poner de manifiesto y blasmar con energía la persecución religiosa desencadenada por los rojos. Meterse en política ha sido un gran error. La Iglesia nunca debe mezclarse y comprometerse en luchas temporales. Su defensa de Franco, a este nada le ha dado. Asusta pensar, en cambio, el daño que este

documento podría hacerle a la Iglesia, caso de que Franco fracasara.[141]

Si bien no existe un estudio completo sobre la propaganda a favor de Franco llevada a cabo en el extranjero durante la guerra civil, creo que no es exagerado afirmar que el trabajo realizado desde esa Oficina de París constituyó el conjunto de publicaciones y actividades más amplio y eficaz. Ni la propaganda oficial que hizo la Delegación de Prensa y Propaganda de Salamanca, ni la que hizo directamente el propio gobierno de Franco en varias capitales europeas, ni menos aún la producida por Falange Exterior, pueden compararse con la que se generó y publicó en París bajo la dirección de Joan Estelrich y el patrocinio de Francesc Cambó.

También en la Italia fascista de Mussolini Francesc Cambó y otros dirigentes de la Lliga Catalana llevaron a cabo actividades de índole propagandística de cierta importancia. Ya en septiembre de 1936 Cambó organizó, con personas próximas a la Lliga Catalana que habían huido, unos servicios especializados en la búsqueda de información sobre lo que había pasado y pasaba en Cataluña.[142]En noviembre de aquel año funcionaba una pequeña oficina en Rapallo, cerca de Génova, con el propósito «de editar un periódico que la aviación salida de Génova esparza por Cataluña y Valencia».[143]Dado que esta pretensión no terminó de convencer a las autoridades italianas, la oficina de Rapallo se convirtió en una auxiliar de la de París, a la que suministraba las informaciones que necesitaba y algunas de cuyas publicaciones traducía al italiano.

Francesc Cambó pasaba mucho más tiempo en Italia que en París, así que parece lógico que pensara en organizar en dicho país una empresa que exigiera su máxima dedicación y atención: la de encargar libros que explicaran con detenimiento su parecer político ante la tragedia que azotaba Cataluña y España. Sin embargo, unos libros redactados por él mismo, aparte del esfuerzo personal que suponían, podían comportar muchos problemas políticos. La suya era una figura polémica y bastante cuestionada por sectores de la España «nacional», y empezaba a ser denunciada duramente en la Cataluña republicana. Seguramente debió de ser este el motivo por el que Francesc Cambó prefirió promover la redacción de dos libros de historia que sirvieran para explicar indirectamente lo que él pensaba sobre las causas de la guerra civil.

El primero fue un encargo que le hizo a Josep Pla, quien había llegado a Italia en verano de 1937 huyendo de Francia, donde había colaborado en las tareas de espionaje organizadas por la oficina que el SIFNE tenía en Marsella.[144]. Puesto que Pla ya había recibido anteriormente diferentes encargos de Cambó y de la Lliga Catalana y necesitaba algún trabajo para sobrevivir, Cambó le encargó que escribiese un libro sobre la etapa republicana explicando cómo había sido aquel régimen el claro precedente del estallido revolucionario de la guerra civil. En otro capítulo de este libro, donde comentamos las relaciones entre Josep Pla y Francesc Cambó, contamos con detenimiento que el escritor ampurdanés redactó la obra, que se iba a publicar con el título de *Historia de la Segunda República Española*, ya después de la guerra y sin el conocimiento ni el permiso de quien la había pagado, Francesc Cambó.

Más ambición política tenía el otro libro que Cambó creía conveniente publicar: un ensayo histórico, mucho más ideológico, sobre los antecedentes lejanos de la guerra civil «desde las Cortes de Cádiz a la Segunda República». En enero del 1937, se lo encargó al historiador y antiguo director de *La Veu de Catalunya* Ramon d'Abadal i Vinyals, creyendo que el escritor Joan B. Solervicens también iba a colaborar en la obra, pero terminó haciéndolo solo el primero.[145]Abadal lo redactó rápidamente, de modo que hacia el mes de noviembre ya existía una primera versión que recibió grandes elogios de Cambó: «Será con gran diferencia lo más sólido que se haya escrito con ocasión de la guerra civil española. Tendrá, eso sí, el mérito de no agradar plenamente a nadie».[146]

Cambó le pidió un prólogo a Gregorio Marañón, que se encontraba exiliado en París, y este aceptó la propuesta «entusiasmado». Asimismo le encargó a Gaziel la corrección del original de Abadal y su traducción al español, mientras que Francis de Miomandre lo tradujo al francés. Por entonces Cambó ya había decidido que el libro se titularía *Tradición y Revolución*, aunque todavía dudaba de si era conveniente o no, por motivos de seguridad, que Abadal firmase el libro. Pero a mediados de marzo de 1938, cuando el libro en francés, editado por Stock en París, ya estaba en la imprenta y se había decidido que la primera edición fuese de cinco mil ejemplares en dicha lengua y de unos tres mil en español, Cambó mandó detenerlo todo: tanto el autor del libro, Ramon d'Abadal, como

el propio Cambó consideraban que el momento político no era muy oportuno y que su publicación «tendría más inconvenientes que ventajas».[147]

A Francesc Cambó le había llegado por diferentes conductos —Joan Ventosa, Felip Rodés, Quiñones de León— que en Burgos y Salamanca no se daba el ambiente propicio para que se publicara un libro como aquel, por mucha autocrítica que hiciera, pues persistía una notable prevención y recelo contra su persona y la Lliga, y el catalanismo en general se consideraba uno de los principales culpables de todo cuanto ocurría en España. Cambó estaba indignado, ya que defendía la utilidad de una publicación como aquella, porque era «el estudio más serio y objetivo que se haya publicado para dar a conocer los antecedentes de la tragedia española ... en el libro hay, es verdad, una defensa de la política de la Lliga. ¿Que eso va a molestar? ¡Es indudable!». Según Cambó, en el libro de Abadal era necesario presentar «toda la verdad, incluida la parte que dice que la Lliga encarnó la única política encaminada a facilitar la convivencia y a impedir la guerra civil».[148]Finalmente debieron de ser tantas las presiones y los consejos recibidos por Francesc Cambó que decidió que no era oportuno publicar el libro. Consideraba que, una vez terminada la guerra, quizá fuese posible, y hasta necesario, editarlo. Seguramente influyó también en la decisión de Cambó el hecho de que le llegasen rumores de que la Prefectura de la Policía francesa estaba instruyendo diligencias contra él y contra algunos de los que trabajaban en la Oficina de Propaganda «por espionaje».[149]Eso le preocupaba: «Comprenderás lo desagradable que me resultaría que apareciera en los periódicos la noticia de que yo hago espionaje en Francia. Eso me crearía una situación desagradable en las Sociedades francesas de las que soy administrador».[150]Suponía, sin dar mucha información, que todo derivaba de una denuncia hecha por Josep Carner.[151]

A finales de la guerra, en diciembre de 1938, un informe del Servicio de Información del Ministerio de Estado (SIDE) franquista todavía aludía al hecho de que «el propio Sr. Cambó está escribiendo un libro en el que se ataca la obra del general faccioso», seguramente pensando en el libro de Abadal.[152]De todos modos, las peripecias del libro no iban a terminar aquí. Primero, porque, a pesar de todo, se hicieron otras dos ediciones de pequeña tirada, una en español y otra en francés, que pasaron por diferentes manos, hasta el punto de ser

«fusiladas» descaradamente, ya en la posguerra, por un conocido político franquista catalán: Eduardo Aunós.[153]Como denunciaba Joan Estelrich ante Francesc Cambó en una carta en 1941, el libro firmado por Aunós con el título de *Itinerario histórico español* estaba «inspirado, en muchas páginas, en el criterio e inclusive en las palabras en el libro inédito de Abadal».[154]

Es pertinente comentar el contenido del libro escrito por el historiador Ramon d'Abadal, dada la identificación ideológica que Francesc Cambó mostró con él. A pesar de que los argumentos utilizados por Abadal no eran muy originales, puesto que, a grandes rasgos, coincidían con los que entonces esgrimía buena parte de los pensadores de la extrema derecha española, sí era relevante que quien lo escribió procediera de la tradición del catalanismo político. La tesis central del libro era la condena del sistema político liberal, al que se responsabilizaba de desestabilizar la sociedad española desde el siglo XIX y de haber dañado la convivencia y provocado la falta de patriotismo que, de forma imparable, condujo al enfrentamiento fratricida de 1936.[155]En el fondo, el libro era una crítica persistente del liberalismo, presentado como una ideología forastera y antiespañola. Así, los acuerdos de las Cortes de Cádiz eran calificados de «innovaciones exóticas» porque pretendían europeizar artificiosamente a España, y se sostenía que la desviación respecto a la tradición española, con formulaciones políticas antitradicionales, había provocado la disolución y la división de la sociedad y, por lo tanto, era la causante de la guerra civil. El colofón del libro no podía ser otro que el deseo de que, una vez finalizada la guerra civil, la nueva España, «purificada de exotismos e ilusiones nebulosas, pudiese encaminarse nuevamente por la antigua y salvadora senda de la gloriosa tradición; de la tradición cristiana que por espacio de siglos fue la sal de su espíritu y el nimbo de su inmarcesible esplendor».[156]

El libro no solo significaba una notable involución ideológica hacia el antiliberalismo, sino que implicaba una clara revisión doctrinal del discurso histórico del catalanismo político. En el texto de Abadal desaparecía el argumento central del catalanismo, el antagonismo entre el estado centralista español y la sociedad catalana. Ahora el hilo conductor del razonamiento era el enfrentamiento entre la tradición, evidentemente española, y las ambiciones revolucionarias de las diferentes y subversivas ideologías forasteras. Las alusiones al

catalanismo político y a la propia Lliga eran escasas y solo aparecían dentro de los proyectos «de renovación política» de comienzos del siglo XX, junto con el maurismo. El régimen de Primo de Rivera era definido como «el fracaso de una buena intención mal servida», mientras que con la república la sociedad española «quedó partida en dos mitades», lo que conduciría irremediablemente al «choque apocalíptico de las dos Españas».[157]

También en Italia, Francesc Cambó fue uno de los promotores de los programas de radio realizados en catalán desde la emisora clandestina Ràdio Veritat. Por lo visto, la idea de hacer tales emisiones surgió de una conversación entre Francesc Cambó y Alfredo Giorgi, antiguo agregado de prensa del consulado italiano en Barcelona, un diplomático y periodista bastante vinculado a la Lliga Catalana, hasta el punto de ser colaborador de la revista *L'Instant*. Giorgi, que estaba en contacto con la Oficina de Propaganda de París y como diplomático dependía del ministro italiano de Asuntos Exteriores, el conde Ciano, fue quien logró que dicho ministro diera instrucciones, el 8 de febrero de 1937, para hacer «regolari trasmisioni di propaganda in lingua spagnola e lingua catalana».[158]

Cambó y Estelrich buscaron a los posibles locutores y periodistas encargados de las emisiones e informaron del proyecto y solicitaron aprobación de la Delegación de Propaganda franquista de Salamanca. Así, bajo la dirección oficial de Alfredo Giorgi, Ràdio Veritat empezó a emitir el 18 de febrero de 1937, y pocos días después tanto la prensa de Barcelona como el propio Comisariado de Propaganda de la Generalitat denunciaban las emisiones como una clara muestra de la intervención italiana en la guerra civil. La pretensión de que era una especie de emisora clandestina que actuaba desde el interior de Cataluña no cuajó, pues para escucharla había que ir al dial de Radio Roma. De hecho, había dos emisiones seguidas, pero diferentes. Primero, durante unos 15 minutos se emitía el noticiario en español, *Radio Verdad*, y luego venían las emisiones de Ràdio Veritat, en catalán, que eran más largas, ocupaban unos 45 minutos. Eran emisiones nocturnas, normalmente a partir de las 21 horas, de lunes a sábado.

La participación de personas vinculadas o próximas a la Lliga Catalana en el funcionamiento de Ràdio Veritat es de lo más evidente. Aunque su principal locutor, Delfí Escolà, nunca militó en la Lliga,

pese a ser miembro de la Federació de Joves Cristians, sí lo hicieron la mayoría de quienes colaboraron como redactores de las noticias a emitir, como Joan B. Solervicens, Ramon d'Abadal, Manuel Brunet, Joan Costa i Deu, Josep Pla y el abogado Eduard Sagarra. Las emisiones de Ràdio Veritat, que financiaba en exclusiva el gobierno italiano, duraron hasta unos meses después de finalizada la guerra, exactamente hasta el 3 de junio de 1939.

Los especialistas en propaganda de guerra han considerado que en Cataluña aquellas emisiones se escucharon más que las de Radio Sevilla o Radio Nacional de España, que emitía desde Salamanca. Los testimonios de quienes las escucharon entonces coinciden en señalar, junto con el hecho de que fuesen en una lengua diferente, que su rasgo más distintivo era su mensaje, mucho más hábil para convencer a los indecisos y crear confusión y sensación de derrota entre los republicanos. Eso contrastaba bastante con las maneras militaristas y la agresividad de las emisiones realizadas en la zona franquista. Las orientaciones que Estelrich y el propio Cambó dieron a los redactores de Ràdio Veritat eran que debían convencer, y no atemorizar, a la gente que las escuchara. Que era prioritario desmoralizar a los sectores que aún creían en la causa republicana, y no hacer una propaganda altiva y agresiva de lo que significaría la victoria franquista.[159]

Labores de salvación, gestiones internacionales y financiación

Desde el momento del estallido de la guerra, Francesc Cambó se preocupó por la suerte que podían correr sus amigos y compañeros de la Lliga Catalana que permanecían en Cataluña. Por eso empezó muy pronto a realizar toda clase de gestiones a fin de posibilitar la salida de Cataluña de aquellos que pudieran sentirse amenazados. Había que hacer todos los esfuerzos posibles «por salvar a los amigos que están en Barcelona».[160]

Durante los seis primeros meses de la guerra, Cambó centró sus actividades en presionar a las autoridades de algunos países, especialmente Francia y el Reino Unido, para que intervinieran más activamente en la labor de salvación de personas, pues no creía conveniente aparecer él, u otros dirigentes de la Lliga, en esas

gestiones diplomáticas.

> No podemos hacer nada, directamente, por liberar a detenidos y facilitar salidas de personas en peligro en la zona roja. Una gestión nuestra, o en la cual se sospeche que tenemos interés, es una condena a muerte. Tiene que hacerse a través del Gobierno francés o algún otro país con el que los rojos de España tengan interés en estar bien.[161]

Dos personas tendrán un papel clave en la organización y funcionamiento de una muy activa red de evacuación clandestina: el cónsul francés en Barcelona, Jean Trémoulet, y un ciudadano francés también residente en Barcelona, Armand Hazard.[162]Según Arnau González Vilalta, el cónsul Trémoulet «había ayudado por indicación de Cambó a salir a diferentes personas sin cobrar en agosto-septiembre de 1936», pero más tarde las operaciones ya requerían dinero en efectivo, en francos.[163]Fue entonces cuando, gracias a las gestiones realizadas por el ciudadano francés establecido en Barcelona Armand Hazard y ciertos colaboradores de la Lliga como Marcel·lí Moreta, empezó a organizarse una red o servicio de evacuación de políticos de la Lliga y sus familias que sería financiado en gran medida por Francesc Cambó. Hacía falta dinero para pagar los servicios —de hecho, sobornos— a algunos funcionarios de los consulados y ciertas «autoridades» para permitir el funcionamiento de la red de evacuación, que fundamentalmente utilizaba los barcos franceses que salían del puerto de Barcelona.

En el mes de noviembre de 1936 Francesc Cambó ya había establecido un sistema con el fin de lograr la salida de personas, mediante el pago de determinadas cantidades de dinero a diferentes grupos o instancias «oficiales» de los revolucionarios catalanes. Y eso hacía que en su correspondencia privada denunciase «el tráfico indigno que han organizado la FAI y el POUM, de liberación de viejos, criaturas y mujeres mediante dinero».[164]A finales de diciembre de 1936 ya hacía gestiones para sacar de Cataluña, además de la gente de su servicio, a algunos políticos de la Lliga.[165]

Según Marcel·lí Moreta, a principios de 1937 ya funcionaba el sistema de sacar, mediante sobornos y falsificación de documentos, a conocidos militantes de la Lliga y sus familias y también otra gente de derechas.[166]Narcís de Carreras, uno de los secretarios y posteriormente apoderado de Francesc Cambó, pudo hacerle llegar una carta solicitando su ayuda «por hallarme imposibilitado de pagar las sumas enormes que solicitan».[167]Carreras decía que en el

consulado francés le aseguraban que si Cambó daba el visto bueno y abonaba una determinada cantidad en francos, se haría efectiva su salida con documentación francesa, y así sucedió. El secretario particular de Cambó, Joaquim M. de Nadal, también salió de Cataluña por ese procedimiento.[168]

Aunque era evidente que la gestión desinteresada de Francesc Cambó obedecía a razones de solidaridad y amistad, otros, en cambio, como Hazard, algunos funcionarios consulares y miembros de la tripulación de barcos como el *Imérethie II*, convirtieron aquello en un buen negocio, sobre todo desde el momento en que se interrumpió la llegada de barcos italianos a Barcelona, a principios de 1937. Entonces las embarcaciones francesas, y especialmente el *Imérethie II*, se convirtieron casi en la única opción de huida por vía marítima.

La correspondencia de Cambó con el intermediario Hazard es significativa. En marzo de 1937, Cambó le recriminaba al francés el incumplimiento de los acuerdos pactados respecto al precio de las evacuaciones: «Le recuerdo que en París, cuando fijamos el plan de las nuevas salidas, quedamos en que se pagarían 10.000 francos para las personas de gran relieve (como el Sr. Pellicena) y 5.000 para los demás».[169]La respuesta de Hazard sobre por qué había diferentes «tarifas» es de las que no tienen precio:

> Cuando se trataba de personas que no corrían ningún peligro y podían ir ellas mismas a la Estación Marítima, la salida se efectuaba relativamente fácil: con un subterfugio cualquiera; estas personas podrían costar 5[.000]. Cuando se trataba de personas a quienes había que ir a buscar, encontrar la dirección, traerlas al Consulado, disfrazarlas, llevarlas en el Coche Oficial y acompañarlas por un alto oficial, por esto habría que contar el doble como mínimo. Este fue el caso de Pellicena, Carreras, Llach y Llopart.[170]

Hacer salir de Cataluña a esos cuatro militantes de la Lliga le costó a Cambó unos cuarenta mil francos. Tenemos constancia de otros casos, como el del diputado Vicenç Solé de Sojo, que también debió de costar unos diez mil francos, y el del periodista y dibujante Valentí Castanys, que solo le costó cinco mil francos.

El funcionamiento de aquel sistema de evacuación de personas se vio alterado a finales de 1938 de forma unilateral por el Ministerio de Asuntos Exteriores francés. Desde diciembre de aquel año, aunque la guerra ya estaba tocando a su fin, Francesc Cambó tenía que abonar el dinero directamente en el Quai d'Orsay, en París, y entonces el nuevo cónsul francés en Barcelona, René Binet, se encargaba de hacer llegar

la ayuda económica a las personas de Barcelona que Cambó indicara.[171]

La red creada por Hazard se dedicó, además, a otros negocios clandestinos también muy lucrativos, como el envío de víveres, correspondencia, joyas y dinero a gente que residía en Cataluña. A pesar de que la red organizada por Hazard fue denunciada más de una vez en la prensa de Barcelona, siguió actuando con notable tolerancia por parte de las autoridades de la Generalitat hasta finales de 1938.[172]Francesc Cambó también recurrió a esos servicios para enviar ayudas importantes a personas que vivían en Barcelona y, por lo que fuese, no podían o no querían salir de Cataluña pero estaban muy necesitadas.[173]En el fondo documental de Narcís de Carreras hay muchas cartas con la relación de las numerosas personas que durante la guerra civil recibieron esas ayudas.

Mucho más complejo, difícil y costoso era conseguir sacar de Cataluña a personas que estaban detenidas. Armand Hazard también intervino en algunos de esos casos, sobornando directamente a funcionarios de la Generalitat y dirigentes de los grupos revolucionarios. En la correspondencia de Francesc Cambó consta, si bien de forma muy discreta, que se había establecido contacto con grupos de la CNT-FAI que controlaban la Oficina Jurídica de Barcelona y más tarde los Tribunales Populares para lograr la liberación de personas a cambio de dinero.[174]

En su correspondencia con Joan Ventosa, Francesc Cambó habla directamente de un caso bastante escandaloso en torno al político Àngel Samblancat, un abogado afín a la CNT-FAI que el 18 de agosto de 1936 había sido nombrado jefe de la Oficina Jurídica de Barcelona y el 21 de octubre del mismo año pasó a presidir el Tribunal Popular de Barcelona. En enero de 1937 Cambó le preguntó a Ventosa si era conveniente o no publicar «la información relativa al caso monstruoso en el que intervino Samblancat».[175]Según Cambó, si se hacía público aquel caso «causaría gran impresión» en varios países, como Francia y el Reino Unido. Un mes más tarde, dado que la persona implicada, un tal Tusell,[176]ya había podido salir de Cataluña, Cambó creía que ya podía darse a conocer «aquel crimen horrendo que cometió Samblancat ... Estoy convencido de que produciría hondísima impresión en todo el mundo».[177]Por lo visto, Àngel Samblancat había anulado sentencias de muerte y permitido a los condenados marcharse

de Cataluña a cambio de cantidades muy elevadas de dinero. Pero en algunos casos, cuando no se había llegado a un acuerdo económico, las sentencias se habían cumplido.

El esfuerzo económico llevado a cabo por Francesc Cambó en esa labor de salvación de vidas fue muy considerable. Según Octavi Saltor, «cada fuga le costaba entonces veinticinco mil pesetas. A menudo el doble, por frustración de algún intento».[178]Tomàs Roig i Llop, joven militante de la Lliga, explica que «Cambó pagaba por hacer la documentación para sacar a la gente».[179]

También disponemos de informaciones sobre el interés de Francesc Cambó por las operaciones de «canje» de políticos entre las dos zonas. Durante la guerra civil se produjeron muchas, algunas de ellas gestionadas por la Unión Interparlamentaria Europea. Nos consta su protesta a finales del año 1937 por el hecho de que no se hubiera incluido entre los políticos por intercambiar al diputado de la Lliga Catalana por Lérida Manuel Florensa Farré.[180]

Asimismo, pero a finales del año 1936, Francesc Cambó será el gran inspirador de una compleja e importante operación para que la Cruz Roja Internacional organice una evacuación masiva de la población no combatiente de Cataluña. Joan Estelrich, que frecuentaba el mundo diplomático europeo de Ginebra, realizó las primeras gestiones. A finales de noviembre, Cambó, si bien consideraba que «una de las cosas más urgentes es conseguir la evacuación de mujeres, criaturas y viejos de Cataluña», creía que era preferible negociarlo con la Generalitat, y no con el gobierno de Madrid, ya presidido por el socialista Largo Caballero. Pero también tenía muchas dudas sobre «si el gobierno de Franco lo aceptará, con el carácter general que ha de tener para que exista alguna probabilidad de éxito».[181]

Finalmente dichas gestiones dieron como primer resultado el acuerdo firmado el 8 de diciembre de 1936 entre la Cruz Roja Internacional y el gobierno de la Generalitat para la evacuación de Cataluña de la población civil que lo deseara. Días después, Cambó celebraba el acuerdo, «que me ha llenado de satisfacción», aunque su materialización dependía de lo que dijera «el Gobierno Blanco».[182]Así, a finales de diciembre de 1936 Estelrich informaba a Cambó de que la delegación de la Cruz Roja de Barcelona «había tramitado 20.276 peticiones y suministrado 2.677 respuestas a las preguntas hechas»

sobre la localización y el deseo de salida de personas.[183]

Por su parte, Joan Ventosa era el encargado de efectuar las gestiones ante las autoridades de la zona nacional para que aceptasen «esta acción humanitaria de elementos internacionales que han penetrado en la zona roja».[184]Pero las negociaciones realizadas por Ventosa en Burgos y Salamanca fracasaron por completo, ya que los militares rebeldes se negaron radicalmente a semejante pretensión. Según Étienne Clauzot, secretario del Comité Internacional de la Cruz Roja, con sede en Ginebra: «Es a causa de la oposición irreductible de Burgos por lo que la evacuación no se ha realizado todavía. Habrá que vencer esta oposición ciega».[185]El 1 de febrero de 1937 Estelrich le comunicaba a Cambó el fracaso total de las gestiones: el acuerdo firmado el 8 de diciembre entre Companys y la Cruz Roja había sido retirado por la Generalitat a consecuencia de la negativa de Burgos a firmarlo.[186]

Francesc Cambó también hizo gestiones ante el gobierno británico. Gracias a sus buenas relaciones con Philip Cunliffe-Lister, lord Swinton, destacado político conservador inglés que era consejero de la CHADE y de la SOFINA, entró en relación con Anthony Eden, máximo responsable de la Foreign Office, y le pidió por carta un gesto humanitario del gobierno británico ante la persecución que sufrían muchas personas en Cataluña.[187]Aunque las gestiones de Cambó no obtuvieron una respuesta positiva, no deja de tener interés la nota del 5 de marzo de 1937 en la que lord Swinton le comentaba a Eden cuál era la significación de Cambó:

> Como ex ministro, Cambó aún tiene bastante influencia y es suficientemente rico para viajar por Europa hablando. Creo que convendría enviarle una respuesta meditada y querría suponer que es posible dar algunos ejemplos bastante convincentes tanto de acciones humanitarias llevadas a cabo por la Flota Británica como de nuestros esfuerzos por conseguir algunos acuerdos para intercambiar personas.[188]

Asimismo hay constancia de las gestiones de carácter internacional realizadas por Francesc Cambó de cara a salvar el patrimonio histórico-artístico catalán. Para él llegó a ser «una verdadera obsesión la necesidad de salvar el patrimonio artístico de Cataluña, que tiene, para mí, más importancia que cien mil vidas y que un pedazo de territorio».[189]Por eso le pidió a Joan Estelrich que hiciera gestiones en Ginebra para ver si la Sociedad de Naciones podía «ofrecerse como refugio transitorio al patrimonio artístico español ...

tanto en manos de los blancos como en manos de los rojos». Y si eso no era posible, Cambó le rogaba a Estelrich que intentara que dicho patrimonio fuese al Reino Unido. El 14 de enero de 1937, Estelrich informaba a Cambó de que las gestiones habían fracasado porque los directores de los museos de las dos zonas «son más bien contrarios a la evacuación de obras de arte ... Folch i Torres, por ejemplo, es decididamente contrario a dejar salir obras de arte».[190]

También tenemos información de otra intervención económica de Cambó durante la guerra civil. A finales de 1938 concedió una importante ayuda de 50.000 francos franceses —38.500 pesetas— al Colegio de España de París para sufragar deudas y gastos y evitar que dicha institución cayera bajo la influencia del gobierno republicano y del francés, por entonces dominados por el Frente Popular. Cambó hizo la donación a condición de que el gobierno de Burgos lo aceptara explícitamente y de que la ayuda fuese oficialmente transmitida por el propio Quiñones de León.[191]

La financiación de Francesc Cambó a la causa liderada por el general Franco fue considerable, si bien no es comparable, ni de lejos, a la contribución económica hecha por personas como el millonario mallorquín Joan March.[192]No es fácil calcular todo el dinero que Cambó dedicó realmente durante la guerra civil a favorecer al bando franquista. No sabemos con exactitud a cuánto ascendieron sus ayudas directas —además de sus diez mil libras de agosto de 1936—. Tenemos constancia documental de que Francesc Cambó contribuyó económicamente a demandas más o menos oficiales que se le hicieron. Así, proporcionó una ayuda económica a los requetés catalanes para las tareas de «facilitar la salida a gente de la zona roja y para la atención a sus primeras necesidades al entrar en la zona blanca»,[193]y asimismo contribuyó a los «gastos de las centurias catalanas» de Falange, a comienzos de 1937.[194]

Tampoco resulta fácil calcular cuánto le costó a Cambó financiar las múltiples actividades de propaganda realizadas en Francia e Italia. Sin duda ascendieron a unos cuantos millones de pesetas de entonces. Hay que tener en cuenta, por ejemplo, que la Oficina de Propaganda de París suponía por sí sola unos gastos de más 1.200.000 francos franceses al año, por lo que su coste total fue superior a los 18.000.000 de pesetas. De todos modos, tengamos presente también que la Oficina recibió importantes aportaciones de compañías

españolas y extranjeras (CHADE, SOFINA, Protinto, Tabacos de Filipinas, etc.) y de particulares, algunos de ellos vinculados a la Lliga Catalana (Ventosa, Rodés, Bertran, Miquel Mateu); y también de monárquicos o tradicionalistas. Aun así, los particulares no debían de ser muchos, pues muy pocos ciudadanos españoles disponían de cantidades importantes de divisas en bancos extranjeros.

Lo que sí conocemos es el patrimonio en el extranjero que declaró poseer Francesc Cambó. En efecto, el 16 de marzo de 1937 el Comité de Moneda Extranjera de la Junta Militar de Burgos decretó que todo ciudadano español que poseyera divisas y valores en el extranjero estaba obligado a presentar en el plazo de un mes una declaración concreta de dichos bienes. Francesc Cambó, desde Italia, presentó la declaración por duplicado: una copia iba directamente a Burgos y otra al representante franquista en Roma, el diplomático Pedro García Conde. Gracias a esta declaración del 6 de abril de 1937, disponemos de información sobre las divisas y valores en su haber.[195]En el documento Cambó no detalló la cantidad ya entregada a Quiñones de León ni la dedicada al funcionamiento de la Oficina de Propaganda o a las publicaciones y libros, pero tampoco declaró la totalidad de su patrimonio, sino solo una parte de lo que entonces tenía depositado en diferentes bancos extranjeros —suizos, belgas o franceses—. Por ejemplo, dijo poseer 12.950 acciones de la CHADE con un valor nominal de unos 2.000.000 de pesetas; sin embargo, eran dos tercios de las que tenía —más de 20.000 acciones, como explicamos en otro capítulo— y se cotizaban a siete veces esa cantidad. Tampoco los demás valores declarados a las autoridades franquistas —20.000 acciones de la Société Française de Liége, casi 2.000 acciones del Formio Argentino S. A. y acciones de la SOFINA, de Énergiques du Nord de la France, de Électricité de la Loire et du Centre o de la sueca Wicander Korkfabriken— constituían la totalidad de los valores que realmente tenía Cambó por entonces en el extranjero. Sí hizo constar que poseía dos fincas urbanas en la ciudad de Berlín y unos 23.000 marcos alemanes en metálico.[196]

En aquellos momentos de la guerra civil la fortuna de Francesc Cambó era considerable y notablemente superior a lo que declaró a las autoridades franquistas. Por ejemplo, no declaró el dinero en metálico que tenía en diferentes bancos suizos, que en 1940 sumaba más de 310.000 dólares y 10.000 libras esterlinas —casi 4.000.000 de pesetas

de entonces en total—. Es relativamente comprensible que Cambó ocultase la mayor parte de las divisas que tenía fuera de España. No podía fiarse mucho de lo que pudieran exigir los militares con unos valores, unas divisas, tan estratégicamente importantes en tiempos de una guerra tan costosa como aquella.

Entre la esperanza, la preocupación y la vergüenza

A medida que la guerra avanzaba, crecía la preocupación de Francesc Cambó ante lo que estaba ocurriendo en la España «blanca», como él la llamaba. Cuanto más se prolongaba el conflicto, más aumentaba su pesimismo ante dos realidades desagradables: el incremento de la fobia anticatalana y la concentración de poder en manos del general Franco.

A partir de mayo de 1937 encontramos en su correspondencia y en su *Dietari* la preocupación por la formación del nuevo gobierno republicano, el presidido por Juan Negrín, pues si este conseguía imponer el orden podía modificarse notablemente la actitud internacional respecto a los dos contendientes en la guerra civil. Lo que, según Cambó, obligaba a variar algunos aspectos de la propaganda antirrepublicana que difundían desde su Oficina de París. Así se lo comentaba a Joan Ventosa:

> Ya has visto la constitución del nuevo gobierno del Frente Popular. Si ... decididamente da la batalla a los anarquistas y consigue eliminarlos, cosa posible hoy, e incluso fácil; si restablece el orden y garantiza la vida de los ciudadanos, empresa que hoy no es imposible y ni siquiera difícil; si permite algún rudimento de restauración del culto católico y pone fin a las colectivizaciones, el prestigio exterior y el ambiente interior mejorarán considerablemente en favor de aquel nuevo Gobierno. Nosotros deberemos dar una nueva orientación a la propaganda a favor de la causa nacional, pues si continuásemos hablando de atrocidades no produciríamos ya ninguna impresión y hasta correríamos el peligro de que el resultado fuese totalmente contraproducente. Habrá que insistir en la afirmación de que no se ha pasado de la anarquía al orden y la democracia, sino de la anarquía al marxismo comunista, que no es algo anárquico y, por lo tanto, precario, sino que, para todo espiritualismo y para todo sentido de la libertad, es una amenaza gravísima y más peligrosa que la [que] constituye el salvajismo anarquista. De todos modos, si no llegan rápidas victorias militares y, sobre todo, si la política exterior del gobierno nacional no es más inteligente y activa que hasta ahora, mucho me temo que nuestra situación va a empeorar.[197]

Por su parte, Joan Ventosa continuaba visitando la España nacional y realizando gestiones económicas de suma importancia.[198]Pese a que empezaba a resultar evidente que carecía de influencia política dentro de la nueva administración que se estaba

creando en Burgos y Salamanca, tanto él como el propio Cambó seguían creyendo que el general Franco difícilmente podría convertirse en un dictador que los marginara políticamente. El *Dietari* de Cambó recoge una interesante conversación que tuvo lugar entre ambos el 1 de marzo de 1937 en Bruselas, y en la que hacían las siguientes consideraciones:

> Parece que el general Franco comprende que no servirá para dictador y este convencimiento va extendiéndose entre la gente. Y buscando un punto sólido para apoyar el nuevo régimen, día a día gana ambiente la restauración monárquica a base de Don Juan. Se confirma la impopularidad creciente de Nicolás Franco y la inepcia de los dirigentes de la España blanca.[199]

No sabemos de dónde sacó Cambó esta información, que resulta sorprendente por su ingenuidad y escaso conocimiento de la realidad.

El 3 de marzo de 1937 Ventosa compartía con Cambó sus dudas respecto a aceptar o no un puesto en un hipotético gobierno presidido por Franco. La respuesta de Cambó fue muy clara:

> Yo creo que debes aceptar el poder si se te ofrece con un mínimo de condiciones de decoro y eficacia. Esperar a que fracasen los demás, para que preparen mejor tu actuación, sería un grave error: la economía y las finanzas españolas podrán enderezarse mucho más fácilmente si se empuñan desde el primer momento, pues una mala gestión inicial podría ser funesta.[200]

Las especulaciones de Francesc Cambó sobre las posibilidades políticas de Joan Ventosa dentro de la España de Franco iban a prolongarse aún cierto tiempo. Así, el 29 de junio de 1937 dejaba constancia en su *Dietari* de que todavía albergaban esperanzas: «Se vuelve a hablar de formar un gobierno. Si se forma e invitan a Ventosa, es necesario que acepte ... No puede regatearse esfuerzo, ni sacrificio para intentar que nuestro país sea salvado. Y todavía, con sensatez, se puede salvar».[201]El 26 de noviembre de 1937 se producirá otra significativa discusión entre Francesc Cambó y Joan Ventosa sobre la conveniencia o no de publicar un artículo que había escrito Lluís Duran i Ventosa a favor de la monarquía. Ventosa lo consideraba «inoportuno e imprudente», dado que en Burgos aún reinaba un ambiente bastante contrario a la Lliga.[202]«Si nos callamos [cree Ventosa] es posible que algún hombre de la Lliga —él, Gallart, alguno más de menor cuantía— pueda obtener una situación en la España que organice Franco tras la victoria».[203]

Sin duda Joan Ventosa i Calvell y Josep Bertran i Musitu fueron los dos dirigentes de la Lliga Catalana que más presencia y relevancia

alcanzaron dentro de la zona franquista. Las gestiones de Ventosa ante los principales centros del poder financiero europeo en favor de la causa de los militares fueron realmente importantes. Está claro que también se trataba de ganar prestigio ante Franco, de poder influir en los sectores económicos de la zona franquista y, por lo tanto, de tener expectativas políticas de cara al futuro. En su correspondencia con Cambó encontramos noticias sobre la entrega al gobierno de Franco de informes suyos sobre qué había que hacer con la plata y el oro, sobre la conveniencia o no de estampillar los billetes de banco y sobre la cotización internacional de la peseta «nacional» y de la republicana.[204]El historiador Ángel Viñas ha explicado el éxito de las maniobras de Joan Ventosa en el mundo financiero europeo para obstaculizar las transacciones del gobierno republicano cuando quería comprar armas en Francia y México.[205]Ventosa recurrió a sus buenas relaciones personales con Reginald McKenna, director del Midland Bank de Londres y consejero de la SOFINA, para que los bancos ingleses pusieran toda clase de obstáculos a las operaciones financieras de los republicanos.

A finales de 1938, Joan Ventosa también verá coronadas con éxito sus gestiones sobre el oro del Banco de España que estaba depositado en Mont-de-Marsan, en Francia. Cabe destacar la gran importancia económica de la operación, dado que se trataba de más de 75 toneladas de oro, valoradas en más de 250 millones de pesetas-oro de entonces, que suponían casi el 10 % de las reservas del Banco de España. Ese oro lo había depositado el gobierno republicano en junio y en octubre de 1931 como garantía de un empréstito de nueve millones de libras otorgado por el Banco de Francia. A principios de 1937 las gestiones de Ventosa ante Pierre Fournier, director del Banco de Francia, sirvieron para que dicha entidad financiera se resistiera a las órdenes del jefe de gobierno, Léon Blum, de transferir el oro al gobierno republicano español. Ambos contendientes, los republicanos y los «nacionales», denunciaron al Banco de Francia ante los tribunales franceses. Ventosa actuaba en estrecho contacto con el conde de Jornada, que desde enero de 1938 era el ministro de Asuntos Exteriores del gobierno de Franco. Los tribunales franceses decidieron, en primera instancia, a principios de julio de 1938, inmovilizar el oro. Finalmente, un año más tarde, finalizada ya la guerra civil, el 28 de julio de 1939, se produjo el retorno a España de ese oro y Ventosa

aparecería en la prensa franquista como el hombre clave de dicha recuperación.[206]En opinión de Pablo Martín Aceña, «Mont de Marsan fue la única batalla financiera ganada por Franco durante la Guerra Civil».[207]

A consecuencia de la inmovilización del oro republicano, Ventosa recibió una carta de Cambó que decía: «Te felicito cordialmente por la resolución obtenida en el asunto del oro del Mont de Marsan. Es la única satisfacción de estos últimos tiempos en que el horizonte vuelve a ensombrecerse».[208]En su respuesta, Ventosa confesaba que aquel asunto lo había llevado él directamente desde el comienzo, de modo que un posible fracaso le habría comportado una grave responsabilidad: «Es un asunto que tenía realmente una trascendencia de orden general y que, además, me tenía preocupado, pues en el caso de un resultado desfavorable, después de los trabajos y angustias pasados, habría cargado yo con las responsabilidades».[209]

Otro destacado dirigente de la Lliga Catalana, Josep Bertran i Musitu, también tuvo influencia en la zona nacional durante la guerra. En agosto de 1936, Bertran había organizado con el beneplácito del general Mola, el Servicio de Información de la Frontera del Nordeste de España (SIFNE), con sede en la localidad francesa de Biarritz. Era un servicio de espionaje integrado por personas de derechas, muchas de ellas afines a la Lliga, y del antiguo Somatén, que se dedicaba a buscar información que proporcionaban los fugitivos de la zona republicana. Josep Bertran i Musitu, que dirigió el servicio hasta el verano de 1937, cuando pasó a depender directamente de los militares, aparecía citado en la documentación oficial franquista como «Coronel Jefe del SIFNE». Su hijo Felip Bertran i Güell se encontraba en Burgos como encargado de organizar el abastecimiento de los hospitales militares, mientras que otro hijo suyo, Josep, que se incorporó al ejército franquista, murió en el frente en 1937.

Hasta bien entrado el año 1938 Francesc Cambó opinó que los órganos políticos creados en Burgos y Salamanca por los militares eran precarios y parecían reflejar un carácter de provisionalidad. La primera Junta Militar le recordó al Directorio Militar de Primo de Rivera, que finalmente tuvo que abrirse a la participación de civiles. Así, durante bastante tiempo Cambó pensó que los militares sublevados solo estaban preocupados por ganar la guerra y que carecían de un proyecto político con vistas al futuro. La propia

constitución del partido único, Falange Española Tradicionalista y de las JONS, en abril de 1937, fue recibida por Cambó con notable ironía, al considerar que solo iba a reunir a conversos y arribistas y vendría a ser algo parecido a la Unión Patriótica de Primo de Rivera.[210]

También, y durante bastante tiempo, persistió en Cambó una actitud de desprecio por la figura del general Franco, a quien consideraba políticamente muy inferior al anterior dictador, ya que sus discursos revelaban una mezcla de «petulancia y analfabetismo». A su parecer, Franco era «como Primo de Rivera, pero con mucho menos talento, tiene la obsesión de hablar de cosas que desconoce», lo que ponía de manifiesto «su falta total de cultura política».[211]

Aun así, con el tiempo aumentó en Francesc Cambó la inquietud ante el creciente predominio en la zona de Burgos de los falangistas más radicales, encabezados por Ramón Serrano Suñer. Este era, según Cambó, el líder de los sectores totalitario y filofascista, y además era el grupo más hostil al catalanismo. El programa impulsado por Serrano, en opinión de Cambó, era «tan insensato como el de la FAI y con el mismo espíritu de destrucción y criminalidad».[212]

Francesc Cambó no comprendió que existía una nueva situación política en la zona franquista hasta marzo-abril de 1938, cuando hacía ya tres meses que Franco había formado un gobierno con militares y civiles —y sin Ventosa— y actuaba como jefe de Estado y presidente del gobierno, además de «Generalísimo». Entonces entendió que la tiranía «blanca» de aquel general no solo iba a ser filofascista, sino hondamente nacionalista española, por lo que se ejercería «con espíritu anticatalán, de persecución, sobre todo, a lo que sean las manifestaciones más puras del catalanismo, a las expansiones íntimas del alma catalana. Por más que lo tuviera previsto, al ver cómo se acerca me siento profundamente turbado».[213]Cambó empezaba a advertir el grave peligro que significaba que en la «zona blanca» continuara existiendo, pese a sus esfuerzos y el de muchos militantes de la Lliga Catalana, «un odio a los nacionalismos vasco y al catalán ... terriblemente sincero, en realidad es un odio contra Cataluña y contra Vasconia».[214]

En abril de 1938, ante la ofensiva militar contra Cataluña que culminaría con la conquista de Lérida, Cambó comentaba con amargura que las tropas de Franco más bien parecían unas fuerzas

invasoras de ocupación que de liberación. El ejército de Franco, que, decía, «podía haber sido recibido como liberador de una Cataluña oprimida y vejada, aparece hoy como el ejército invasor que viene a consumar una obra de venganza y destrucción».[215]A Cambó lo indignaba profundamente ver que Franco no buscaba la reconciliación política, sino que deseaba la derrota total de los catalanes: «Una guerra que habría podido reconciliar a Cataluña y España es muy posible que acabe contraponiéndolas más que nunca».[216]Y ante el decreto de Franco que anulaba el Estatuto catalán, en abril de 1938 no tuvo más remedio que reconocer que había regresado la política de venganza españolista de siempre:

> Se inicia ya la tiranía blanca. Ya vuelven a sonar los nombres más infectos de tiempos de la Dictadura. La Historia vuelve a repetirse ... estúpidamente ... Dentro de unos meses empezarán a olvidarse las atrocidades rojas y tomarán más dimensión y causarán más molestia las tonterías de los blancos.[217]

Fue entonces cuando Francesc Cambó adquirió conciencia de la difícil situación en la que se encontraban él y los catalanistas conservadores que habían apoyado a Franco. Se avergonzaba de su situación, pero responsabilizaba a los «rojos», porque con su violencia lo habían obligado a optar por Franco:

> Sin los crímenes horribles de los rojos, yo no pasaría por la vergüenza —¡y como yo, muchos otros!— de tener que defender como hago, y seguiré haciendo, una causa que está en pugna con ideas y sentimientos a los que mi espíritu sigue rindiendo un culto ferviente.[218]

Pero a pesar del «período siniestro» que seguiría a la victoria de Franco, Francesc Cambó consideraba que, puesto que dicho general iba a formar un gobierno de incompetentes —«de inferiores», escribe en su *Dietari*—, la segunda dictadura de los militares sería una etapa muy dura, pero relativamente breve: «Esto puede durar un tiempo, pero un tiempo corto».[219]

Francesc Cambó tenía la esperanza de que tarde o temprano los franquistas necesitaran a los hombres de la Lliga Catalana para gestionar la nueva España y de que incluso él mismo pudiera jugar un papel relativamente destacado en la política española, pues los catalanistas conservadores iban a ser imprescindibles para estabilizar la situación después de la victoria. En plena ofensiva franquista por la ocupación de Cataluña, en noviembre de 1938 pensaba que hasta él se vería obligado a intervenir en la vida política. Su *Dietari* recoge una

larga conversación con Ventosa: «Hablamos de España y ambos llegamos a la conclusión de que no podremos vivir allí si no mandamos. Llevo tiempo decidido a no regresar salvo para tomar personalmente el poder o sabiendo que lo ocupa un amigo mío en el que yo tenga plena confianza».[220]Así, por lo que dice el propio Cambó, él no había renunciado a hacer política de forma directa, ni a estar presente indirectamente. Dudaba, eso sí, respecto al lugar que debía ocupar en «la obra de salvamento», si «poniéndome yo al frente o deben hacerlo mis amigos, quedándome yo en la penumbra, aportando, aun así, a la magna obra, todo mi concurso, en forma reservada y discreta».[221]

Tras ver que Joan Ventosa no era solicitado por Franco para integrarse en su primer gobierno, en enero de 1938 Cambó empezó a comprender que las expectativas políticas de Ventosa eran reducidas: «Franco, que antes lo llamaba, ya no contesta sus cartas». Los de Burgos ya no lo consultaban ni escuchaban. En opinión de Cambó, el problema era que los falangistas «le han puesto la proa».[222] Y así, hacia finales de 1937 dejó de sonar su nombre como posible ministro de Franco y se dijo que habían sido Ramón Serrano Suñer y el propio Nicolás Franco quienes impidieron que Joan Ventosa i Calvell fuese ministro de Hacienda del primer gobierno de Franco, el formado el 30 de enero de 1938.[223]

Ciertamente, Joan Ventosa nunca fue llamado al gobierno por Franco y poco a poco se le fue marginando políticamente. Finalizada ya la guerra, el 12 de agosto de 1939 Francesc Cambó empezaba a entender mucho mejor las causas de la desgracia política de Joan Ventosa:

> Yo estoy convencido de que su exclusión de funciones en las que sobresaldría no está motivada ni por sus antecedentes catalanistas, ni siquiera por el espíritu de envidia y de recelo, que tan fuertemente actúa hoy en España: creo que se debe a una ley inflexible a la que se someten todas las dictaduras ... Y es que los regímenes totalitarios, por la propia naturaleza, han de ser más exclusivistas cada día. Su política ha de ser más intransigente y más dura y para realizarla no pude tomarse a ningún hombre que no se haya entregado en cuerpo y alma, por convicción o con hipocresía, al partido y al dictador. Eso explica la eliminación de Ventosa que durará mientras el régimen se sienta fuerte.[224]

Las ideas y reflexiones de Francesc Cambó que aparecen en el *Dietari* y en su correspondencia nos muestran un dejo agridulce cuando termina la guerra civil. Aquello significaba, evidentemente, el fin de la «Cataluña roja» y de la pesadilla revolucionaria. Pero, aunque

él estaba del lado de los ganadores, tampoco se sentía un gran vencedor. Como él mismo reconocía, sentía «vergüenza» por haber apoyado una causa que, finalmente, se había mostrado tan agresivamente anticatalana. Su repugnancia por los principios ideológicos de quienes aparecían como los auténticos vencedores del conflicto no había hecho más que crecer a lo largo de la guerra.

Sin embargo, también era consciente de que ahora «todo el esfuerzo tendrá que consagrarse ... a salvar la lengua y la alta cultura» y

> a comenzar la preparación de la larga y penosa tarea que me corresponderá a mí —y a todos los catalanistes ... que queden— de preparar un nuevo renacimiento catalán, tras la terrible caída de Cataluña por obra de algunos insensatos, bien vista y aprobada por la mayoría del pueblo catalán.[225]

En febrero de 1939, Francesc Cambó tenía la seguridad de que empezaba una etapa dura, difícil y dramática para los catalanes y para Cataluña. Y también sabía muy bien que la situación de quienes, como él, habían apoyado a Franco y no querían renegar de sus convicciones catalanistas sería comprometida e incómoda. Ahora bien, muchos otros catalanes iban a pasarlo mucho peor.

Capítulo 7

LEJANÍA Y AÑORANZA

Entre febrero y marzo de 1939, la mayoría de los dirigentes y militantes de la Lliga Catalana que durante la guerra habían estado en la «zona nacional» o bien en el extranjero pudieron regresar a Cataluña. Francesc Cambó no lo hizo. Prefirió continuar residiendo en Suiza, en Montreux, hasta que, al estallar la segunda guerra mundial, decidió marcharse de Europa. Residió menos de un año en Estados Unidos y en abril de 1941 se instaló en Buenos Aires, donde murió al cabo de seis años, el 30 de abril de 1947, cuando estaba a punto de volver —si bien de forma provisional— a Cataluña. Ese autoexilio americano, que coincide en buena parte con el gran conflicto mundial, alejó definitivamente a Cambó de la política práctica. Su contacto con lo que ocurría en Cataluña se volvió solo epistolar, aunque no dejó de hacer planes de cara a su retorno ni de dar instrucciones sobre la reanudación de sus empresas culturales y sobre la reconstrucción de la Lliga. Fueron unos años de añoranzas y recuerdos —estaba escribiendo sus memorias—, pero también de congojas provocadas por los graves problemas que afectaban a su querida CHADE.

1939: RESERVA, ABSTENCIÓN Y SILENCIO

Podemos seguir el parecer de Cambó, su actitud y sus actividades de aquellos años de posguerra básicamente gracias a su *Dietari* y a diferentes epistolarios. Al término de la guerra, insistía en la tesis de que la proclamación de la república era lo que había llevado al desastre. El 29 de marzo de 1939 escribía: «Ha finalizado una etapa, la más triste de la historia de España, que no comenzó el 17 de julio de 1936 sino el 12 de abril de 1931».[1]Su opinión sobre qué significaba el

régimen dirigido por el general Franco se fue construyendo, y se radicalizó, a medida que se desvanecían las expectativas de que fuese una situación provisional. En un primer momento, en enero de 1939, hasta creyó que el hecho de que algunos miembros de la Lliga Catalana estuvieran en los nuevos consistorios municipal y provincial de Barcelona era «en conjunto, menos malo que en tiempos de la Dictadura [de Primo de Rivera]».[2]Consideraba, con no poca ingenuidad, que «es seguro que no estarán en Barcelona ni Barrera ni Milans del Bosch dirigiendo la cruzada anticatalana».[3]

De todos modos, su interpretación sobre lo que significaba el franquismo era contradictoria: por una parte, censuraba duramente la dictadura de Franco porque «su política en Cataluña es intolerable», ya que terminaría por «arruinar económicamente a Cataluña» y «consiente audacias e indisciplinas que desprestigian al poder público y retrasa la era de paz que le conviene a España», y por otra, ya en septiembre de 1940, al cabo de un año del inicio de la segunda guerra mundial, consideraba que «en política exterior el régimen de Franco es el mejor que puede tener España».[4]

En cuanto a sus actividades políticas, mientras residió en Europa Cambó mantuvo un constante contacto por carta con los principales dirigentes de la Lliga, y a menudo lo visitaron en Francia y Suiza Joan Ventosa, Lluís Duran o Josep Bertran i Musitu, y sus colaboradores Joan Estelrich y Narcís de Carreras. Este último, mucho más joven que los anteriores, fue desde el año 1939 el principal administrador de sus empresas y propiedades en Cataluña.[5]Asimismo, en nombre de Cambó, Carreras mantuvo contactos discretos con dirigentes de otras formaciones políticas dentro de Cataluña. Pero desde que se estableció en América como consecuencia del conflicto mundial, Cambó quedó bastante incomunicado respecto a lo que ocurría en Cataluña y en España. La correspondencia con Cataluña se demoraba mucho —hasta 1944, más de dos meses—; además, muchas cartas se perdían y otras las abría la censura franquista. Por ello, durante unos cuantos años Cambó tuvo una información tardía y poco precisa de lo que ocurría en su tierra.

A grandes rasgos, el comportamiento de los elementos más destacados de la Lliga Catalana ante la nueva situación política del año 1939 puede sintetizarse en cinco actitudes. En primer lugar, la adhesión ideológica al régimen franquista renunciando explícitamente

al pasado político catalanista; los casos más conocidos fueron el de Ferran Valls i Taberner y el del economista Josep M. Tallada. En segundo lugar, los que colaboraron con la situación y ocuparon cargos políticos, pero manteniendo cierta actitud posibilista de hacer evolucionar la situación hacia un régimen menos autoritario y más abierto. Aquí encontraríamos a Joan Ventosa, Josep Bertran i Musitu, Josep Trias de Bes y Joan Estelrich. Algunos de ellos participarían en las conspiraciones promonárquicas de los años 1943-1947. Un tercer grupo se caracterizaba por el distanciamiento absoluto de toda actividad política, pero manteniendo cierto activismo cultural de resistencia, como en el caso de Josep Puig i Cadafalch, Ramon d'Abadal i Vinyals o Lluís Duran i Ventosa. En cuarto lugar, una minoría de los dirigentes que durante muchos años se negaron a regresar a Cataluña, pese a que el retorno no comportaba ningún peligro; se trataba básicamente de una cuestión de dignidad personal, como en los casos de Joan Antoni Güell i López, conde de Güell, el canónigo Carles Cardó y el propio Francesc Cambó. Y por último cabe mencionar la actitud de oposición explícita al régimen franquista y de mantenimiento de convicciones democráticas por parte de un reducido grupo de dirigentes, muchos de los cuales residían en Francia, como Felip de Solà i Cañizares y Modest Sabaté.

Por otra parte, conviene tener presente que algunos dirigentes y militantes de la Lliga, pese a haber participado en las actividades de apoyo exterior al bando franquista, una vez terminada la guerra fueron objeto de investigaciones policiales y represalias políticas por el régimen franquista. Destacados colaboradores de Cambó en las tareas de propaganda de la Oficina de París fueron denunciados, expedientados y sancionados. Así, entre 1939 y 1942 se abrieron expedientes de Responsabilidades Políticas a Lluís Duran i Ventosa, Felip Rodés, Raimon d'Abadal i Calderó, Ramon d'Abadal i Vinyals, Jesús Cambó –sobrino y secretario particular de Cambó, que había estado durante toda la guerra con él—, Joan Baptista Solervicens, Agustí Calvet «Gaziel» y Miquel Vidal i Guardiola.[6]En la mayoría de los casos se desconoce el nombre del denunciante, y los expedientes duraron bastante, hasta dos años. Los acusados tenían que elaborar largos informes sobre sus actividades durante la guerra y buscar testimonios favorables a su conducta y avales políticos. Lluís Duran fue condenado a pagar tres mil pesetas de multa, pero peor fue el caso

de Ramon d'Abadal i Vinyals, a quien el Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas impuso una sanción de treinta mil pesetas, mientras que su tío, Raimon d'Abadal i Calderó, solo tuvo que pagar una de tres mil. Hubo otros con más suerte, como el escritor Joan Baptista Solervicens, el periodista Agustí Calvet «Gaziel» y Jesús Cambó, cuyos expedientes fueron finalmente sobreseídos. Una prueba clara de la escasa influencia política de los dirigentes de la Lliga es que ni Ventosa, ni mucho menos Cambó, nada pudieron hacer para interceder o presionar a favor de sus compañeros ante los tribunales políticos franquistas.

Francesc Cambó nunca renunció a hacer política, aunque entonces consideraba que ya no podía hacerlo de forma pública y como protagonista, sino «como eminencia gris y entre bastidores».[7]Grosso modo puede decirse que a finales de 1939 Cambó aún no tenía un criterio claro sobre la manera de actuar ante el régimen de Franco. En una reunión de los principales dirigentes de la Lliga Catalana que tuvo lugar en París el 20 de septiembre de 1939, pocos días después del inicio de la segunda guerra mundial, se decidió que había que «apoyar la solución monárquica», si bien inclinándose por la persona de Juan de Borbón y no por su padre, el desacreditado Alfonso XIII. Esta renuncia explícita a defender el régimen republicano y la vindicación de volver a la monarquía iban de la mano de la total pasividad ante la dictadura de Franco. La principal directriz política para los militares de la Lliga que surgió de esa reunión era no hacer nada por provocar la caída de Franco y esperar a ver qué ocurría: «Tenemos que estar preparados y tener un gobierno de recambio».[8]Al parecer, ni Cambó ni ninguno de los dirigentes de la Lliga hicieron nada por construir una alternativa ante una hipotética crisis del régimen franquista. Quizá consideraban que la base social de la Lliga todavía estaba traumatizada por la guerra y, por ello, muchos militantes y dirigentes estaban poco dispuestos a emprender acciones de carácter resistente que pusieran en peligro su situación. Entre las personas de la Lliga que residían en Cataluña hubo algunas actuaciones que pueden calificarse de resistentes, pero eran de carácter individual, o como máximo de un pequeño grupo. Solo a partir de 1944, en el contexto de espera de que el fin de la segunda guerra mundial provocase un posible cambio político en España, hubo cierta movilización de algunos dirigentes.

Así pues, hasta 1944 el comportamiento político de los ligueros fue bastante prudente, a menudo vacilante y poco comprometido. Las actitudes conspiradoras fueron tan discretas que casi nadie se percató de su existencia. Y el líder máximo, Francesc Cambó, guardaba silencio, sin dar instrucciones ni difundir su opinión. Durante la posguerra no se atrevió a escribir nada similar a *Por la concordia*, que en 1930 se había convertido en una guía política para muchos catalanistas. Ahora el lastre de la guerra civil estaba muy presente y la dictadura de Franco era muy diferente de la de Primo de Rivera; no era fácil para el catalanismo conservador encontrar su propio espacio ni su propuesta política.

Esta pasividad de los miembros de la Lliga y de Cambó iba acompañada de un rechazo claro a toda relación directa con las fuerzas republicanas vencidas, aunque fuesen de las más moderadas, como Unió Democràtica o Acció Catalana. Así, el 3 de julio de 1939 Cambó declara en su *Dietari* su total negativa a mantener contactos políticos con quienes «sueñan un frente catalán con participación de la Lliga y con exclusión de socialistas, comunistas y anarquistas».[9]Este comentario tal vez lo provocara el hecho de que entonces hubiera sectores del catalanismo republicano que contaban con la gente de la Lliga de cara a configurar una alternativa al franquismo. Según un informe de los nacionalistas vascos sobre las relaciones entre el dirigente de Unió Democràtica Ángel Morera y los representantes del Partido Nacionalista Vasco, del mismo febrero de 1939, estos grupos consideraban que había que contar con la Lliga para formar una especie de movimiento «anti-Companys», y que «Cambó, es catalanista, siente Cataluña. Cambó ha tenido graves errores de los que, según Morera, puede arrepentirse y quedar en situación de laborar para Cataluña».[10]De todos modos, la opinión de los nacionalistas vascos sobre esta especie de frente catalanista moderado era bastante escéptica: consideraban que la Lliga había desaparecido como grupo, ya que no contaba con ningún programa concreto para después de la guerra y sus principales dirigentes «han procurado salvar y obtener beneficios particulares y personales, así Cambó-Ventosa. El patriotismo catalán, muy amplio en extensión, flota como cosa aérea, sin contenido y sin dirección».[11]

Durante el año 1939, Francesc Cambó parecía más preocupado por las actividades que realizaban en Francia los «rojos» vencidos que

por establecer relaciones con los catalanistas moderados. Lo pone de manifiesto la protesta que él mismo formuló ante el embajador franquista en París, José Félix de Lequerica, sobre la conveniencia de vigilar la actuación de Joan Comorera, secretario general del PSUC, entre otros dirigentes.[12]Según Lequerica, Cambó le sugirió que la policía española vigilase los lugares de encuentro en París de los antifranquistas más intrépidos, así como el campo de concentración de Agde. La tirria de Cambó por los comunistas llegaba al extremo de no soportar que estos utilizaran el catalán en las revistas publicadas en los campos de concentración del sur de Francia: «Más anticatalán es el rencor comunista, expresado en catalán, de los semanarios de Agde, que las órdenes contra el uso de la lengua catalana que pueda dar un teniente extremeño en castellano».[13]

Cambó se equivocaba, o pecaba de ingenuo, al creer que su persona no generaba hostilidad en la España oficial franquista. En los ambientes falangistas su figura continuaba despertando un odio visceral. Por ejemplo, hacia marzo del mismo 1939 circulaba por Barcelona un panfleto falangista que hablaba «del espíritu judaico de Cambó» y de «la judaica humanidad de Cambó», y lo acusaba de ser, con Prat de la Riba, quien «había desunido Cataluña de España». El panfleto acababa diciendo que «Cambó es el responsable máximo en la línea directa de las matanzas y destrucciones españolas».[14]

Esta actitud hostil hacia Cambó, y en general hacia los dirigentes de la Lliga Catalana, en el año 1939 no hacía sino constatar que, aunque había apoyado activamente la causa franquista durante la guerra, persistía, y hasta se incrementaba, la animadversión de gran parte de las autoridades del nuevo régimen por todo aquello que representara catalanismo, por moderado que fuese. Durante muchos años, en los ambientes franquistas más intransigentes se mantuvo vigente la tesis de que los hombres de la Lliga se contaban entre los principales responsables de la crisis española de los años treinta. Así, en octubre de 1939 un informe sobre la situación política de Cataluña de José M.ª de Areilza, el entonces inspector general de FET y JONS, insistía en denunciar la presencia de muchos ligueros dentro de las estructuras políticas del régimen:

> La Liga Regionalista, enorme artilugio político-económico, probablemente uno de los más fuertemente organizados de España, subsiste en determinados aspectos en un invisible tacto de codos que a veces es dable apreciar al observador tenaz. La Lliga mantiene entre los industriales y la gran burguesía un espíritu de suave protesta contra

> las dificultades económicas actuales y avanza rápidamente en el terreno cultural (cátedras, centros de cultura, enseñanza, etc.) así como en el terreno religioso. Actualmente hay muchos «lligueros» de buena fe ocupando puestos en Ayuntamientos y aún en cargos de Falange.[15]

Una opinión similar tenía Carlos Trias Bertran, jefe provincial de la Falange de Barcelona, que en 1940 se mostraba partidario de reservar a «los elementos aprovechables de la Lliga para con ellos nutrir cargos y puestos que no entrañen dirección política, por ejemplo asuntos económicos y sindicatos, culturales que no tengan matiz político, etc.».[16]

Pero, sin duda, lo que más irritaba a los sectores más puristas del franquismo era que algunos dirigentes de la Lliga Catalana osaran manifestar públicamente sus discrepancias respecto a la orientación económica del régimen. Este fue el caso de Joan Ventosa i Calvell, que, a pesar de sus servicios durante la guerra, fue el blanco de durísimos ataques por parte de sectores de la Falange a raíz de una conferencia que pronunció en el Instituto de Estudios Políticos de Madrid el 19 de febrero de 1940. Allí criticó los diferentes modelos dirigistas en economía, especialmente el fascista y el nacionalsocialista, y propugnó el salazarista portugués. El texto de la conferencia de Ventosa fue, primero, censurado y, luego, prohibido, por ser considerado un ataque frontal a la política del régimen. Un mes más tarde, el Servicio de Información e Investigación de la Falange de Barcelona sostenía que las propuestas de Ventosa eran muy peligrosas e inaceptables, ya que eran «el disfraz con el que se ha revestido siempre la política financiera del nacionalismo catalán, del que el Sr. Ventosa, después del Sr. Cambó, a quien en definitiva representa, es el más caracterizado representante».[17]Según dicho informe, «... el Sr. Ventosa no persigue otra finalidad, cumpliendo desde luego, órdenes del Sr. Cambó, que lograr una dominación económica en Cataluña, a través de una acción política. Por otra parte, ésta ha sido la táctica constante de los elementos de la Liga Catalana». El temor a la posible influencia de la Lliga en la vida económica española y la idea de que detrás de todo siempre estaba Cambó continuaban siendo argumentos bien consolidados en el discurso del españolismo franquista.

Dos años después, esa hostilidad hacia los miembros de la Lliga y la obsesión con la influencia política de Francesc Cambó todavía eran muy evidentes, como se observa en otro panfleto anónimo de matriz

falangista que circuló libremente con el largo y significativo título *Una oligarquía Económico-Política. Revolucionaria en los principios. Escéptica en los medios. Separatista en las consecuencias. Conservadora en los intereses.*[18]El opúsculo pretendía analizar el itinerario político de la Lliga desde su formación con el objetivo de «fijar las ventajas y los inconvenientes, la confianza o la desconfianza que merecen los elementos citados en el porvenir». Estos elementos eran, en definitiva, Francesc Cambó y Joan Ventosa, quienes, según ese panfleto, «con sus actividades políticas favorecieron extraordinariamente el camino de la revolución», ya que su actuación solo había logrado «socavar los principios de autoridad». Los autores del libelo sostenían que la gente de la Lliga no era digna de confianza y la acusaban de oportunista, porque, si ahora proponía la restauración de la monarquía, era «para sus fines particulares ... no para la salvación de la sagrada causa de España». La frase con la que finalizaba el panfleto no puede ser más clara sobre el rechazo a todo protagonismo de los ligueros dentro de la política española: «Se trata de los mismos perros con distintos collares, que son los de siempre ... quienes Calvo Sotelo anatematizó como iniciadores de la política revolucionaria en Cataluña aparezcan ahora como taumaturgos de la nueva situación».[19]

La animosidad de algunos franquistas hacia Cambó llegó a tal punto que en mayo de 1944 el subsecretario del Ministerio de la Gobernación ordenó que se buscaran sus posibles «antecedentes masónicos» en el Archivo de Salamanca.[20]La respuesta a tal demanda fue, como era de esperar, negativa: «No obran hasta la fecha antecedentes masónicos en los Archivos de esta Delegación»;[21]pero que se ordenara tal investigación nos muestra, de nuevo, no solo el carácter del régimen dictatorial, sino también la notable aversión que existía hacia políticos catalanistas como Francesc Cambó.

Cambó consideraba, con un conocimiento superficial de la realidad, que los hombres de la Lliga se mantenían fieles y cohesionados en torno a sus dirigentes históricos.

> Los cuadros de la Lliga escapados de la masacre mantienen una adhesión absoluta a sus jefes. Igualmente entre los que han permanecido en Cataluña ... así como los que han luchado heroicamente en las filas nacionales y los que han vivido, plácidamente, en el extranjero o en la zona nacional ... la formidable cohesión que ha resistido la más dura de las pruebas.[22]

Con todo, reconocía también, ya con más realismo, que las

autoridades franquistas no querían que los ligueros tuvieran ninguna función directora dentro del nuevo régimen: «Aceptan a los hombres de la Lliga como a auxiliares, como técnicos, nunca como dirigentes».[23]

A Francesc Cambó le repugnaba «el abyecto servilismo bajo los blancos» de muchos catalanes, y condenó comportamientos políticos que consideraba claudicantes, como el de Ferran Valls i Taberner, correligionario suyo al que no dudó en calificar de hombre soberbio y vanidoso y al que acusaba de haber evolucionado hacia el anticatalanismo: «Así como la Dictadura radicalizó su catalanismo, la República lo atenuó para hacer de él un anticatalanista, hasta el punto de publicar libros y folletos que hacían las delicias y provocaban alegres comentarios de los enemigos de Cataluña».[24]Cambó discrepaba totalmente de la tesis de Valls i Taberner sobre «la falsa ruta» del catalanismo, y en cambio consideraba que la represión cultural franquista generaría una nueva recuperación nacional.

Con notable ingenuidad y falta de conocimiento de la realidad Francesc Cambó pidió a Estelrich que llevara a cabo gestiones ante las autoridades franquistas a fin de que le permitieran publicar en 1939 «un periódico en catalán», aunque en él no hablase de política, sino solo de asuntos culturales.[25]El absoluto fracaso de esta clase de demandas y las notables dificultades para retomar algunas iniciativas culturales de antes de la guerra, como las publicaciones de la Fundació Bernat Metge, la Biblia o el *Monumenta Cataloniae*, le mostraron a Francesc Cambó cuál era la dura realidad en la España franquista de los años cuarenta. Las nuevas autoridades no estaban dispuestas a permitir el uso público de la lengua catalana, y de poco servía hablar de los servicios prestados a los militares durante la guerra. En julio de 1941 Cambó le escribió un reproche a Joan Estelrich que, de hecho, también podría aplicársele a él mismo, dado que pensaba que «Estelrich había creído que su eficaz colaboración con la causa nacionalista durante la guerra civil se le tendría en cuenta. Y creía que el provecho que sacaría de ello no iba a ser tan solo personal, sino que sacarían provecho las ideologías a las que había servido siempre».[26]

Al cabo de pocos días de estallar la segunda guerra mundial, en septiembre de 1939, Francesc Cambó ya se planteó la posibilidad de marcharse de Europa, aunque fuese provisionalmente. En una carta a Joan Ventosa anunció que algunos directivos de la SOFINA habían ido a Estados Unidos y que

> es posible que yo vaya allí dentro de unos días, con un barco italiano. En este caso, es posible que desde Nueva York me fuese a Buenos Aires y de allí retornara a Europa ... estoy procurándome los visados necesarios para el momento en que estimara más oportuno hacer el viaje.[27]

Finalmente aplazó la partida y permaneció en la neutral Suiza.

Sin embargo, a partir de mayo de 1940, debido a la invasión alemana de Bélgica, Holanda y Luxemburgo y el posterior ataque a Francia, la situación europea era tan inestable que Cambó decidió, siguiendo el ejemplo de los principales dirigentes de la Compañía Hispanoamericana de Electricidad, la CHADE, y de la Societé Financière de Transports et d'Entreprises Industrielles, la SOFINA, abandonar Europa. Dannie Heineman, el máximo dirigente de la SOFINA y vicepresidente de la CHADE, que era judío y un notorio antinazi, abandonó precipitadamente Bruselas antes de que entraran los alemanes y se refugió en España. La documentación de la CHADE, que hasta 1920 había sido una empresa alemana, fue depositada en la embajada española, a merced de los buenos oficios de Eduard Aunós, que entonces era el embajador franquista. Los directivos de la CHADE habían decidido marcharse del continente, pero antes realizaron una serie de complicadas operaciones de ingeniería financiera y enviaron activos y títulos a Estados Unidos, Canadá y Argentina, a fin de evitar que la compañía cayera bajo el control de los nazis.

Durante unos días Cambó dudó entre quedarse en Suiza, si su neutralidad estaba garantizada, o marcharse, pero finalmente optó por seguir el mismo camino que su socio norteamericano: «Me iré allá donde estén Heineman y sus colaboradores».[28]Hacía ya unas semanas que había transferido la mayoría del dinero y los valores que tenía en Suiza y Bélgica a diferentes bancos norteamericanos, canadienses y argentinos.

Una vez llegado a España desde Bruselas, Heineman, con el beneplácito de Joan Ventosa, convocó para el 8 de junio de 1940 una reunión urgente del Comité Directivo de la CHADE en Madrid. Iba a ser la primera reunión celebrada en España desde 1936 por el máximo

organismo de dirección de la compañía. Ignorando algunos consejos, Francesc Cambó decidió asistir, y el 7 de junio llegó a Barcelona en un avión procedente de Zúrich. Previamente había pedido permiso a las autoridades franquistas con el anuncio de que la estancia sería breve y totalmente discreta, de manera que muy pocos se enteraron de su presencia.

En el aeropuerto de Barcelona fue retenido por la policía franquista, que esperaba instrucciones desde Madrid, concretamente de Ramón Serrano Suñer, el ministro de la Gobernación, con quien de hecho Cambó tenía concertada una entrevista gestionada por Narcís de Carreras. Era la primera vez desde el verano de 1936 que Cambó volvía a Cataluña, a su casa de la vía Laietana. Aunque la visitó, no durmió allí, porque la encontró todavía medio ocupada, ahora por militares franquistas que desde enero de 1939 reemplazaban a los anteriores ocupantes faístas.

Aquella misma noche Cambó viajó a Madrid en el expreso, pues debía presidir el comité de la CHADE la tarde del día siguiente. En dicha reunión se estudiaron los recursos económicos de los que disponía la compañía, porque existían dudas respecto a que las transferencias realizadas en días recientes desde Bélgica y Suiza se hubieran efectuado con éxito. Se pretendía trasladar el máximo de recursos a Estados Unidos o a Canadá y no dejar nada en Europa. También se decidió trasladar provisionalmente la sede social y las oficinas de la SOFINA y de la CHADE a Lisboa, porque la neutralidad portuguesa parecía más segura que la española.

El mismo el 8 de junio, Cambó se entrevistó por la mañana con el todopoderoso Ramón Serrano Suñer, el cuñado de Franco que entonces era considerado el número dos del régimen. Cambó lo conocía de cuando ambos habían coincidido en las Cortes republicanas, entre 1933 y 1936, cuando Serrano era diputado de la CEDA por Zaragoza y Cambó de la Lliga por Barcelona. En su *Dietari*, sin embargo, aunque Cambó informa sobre la visita a Serrano, no explica la entrevista, lo que nos hace dudar, una vez más, de cómo se realizó la edición de dicho volumen, en el que las ausencias son sospechosas. Donde sí encontramos una narración de algunos detalles de la entrevista es en las *Memorias* del propio Serrano. Este, con ironía y arrogancia, cuenta que humilló a Cambó haciéndole pasar «entre dos filas de falangistas, armas al hombro», a la entrada del Ministerio de la

Gobernación. Según Serrano, Cambó estaba «en mi despacho, emocionado, expresándome una y otra vez su gratitud por todas las atenciones que se le guardan».[29]Serrano, que añade que le dio al político catalanista «la consideración que se merecía el gigante caído», tampoco precisa demasiado el contenido de la conversación: «Hablamos un poco de todo, de España, de Europa, de América y de la guerra».[30]Según Narcís de Carreras, que lo acompañaba en su estancia en Madrid, durante la entrevista Serrano le reprochó a Cambó que «conspirase a favor de la monarquía», a lo que el político catalán respondió: «Aunque no conspiro, yo deseo que vuelva la monarquía para resolver todos los problemas de España».[31]Carles Sentís, que afirma que aquel día acompañó a Cambó hasta la puerta del Ministerio de la Gobernación, no menciona las dos filas de falangistas, sino que sostiene que el policía de la puerta se cuadró ante Cambó para saludarlo.[32]Según De Carreras, los falangistas no iban armados y se « le saludó con el brazo alzado».[33]

Después de la reunión del Comité de la CHADE, Heineman y una parte de los directivos se trasladaron a Lisboa, y un mes después embarcaron hacia Estados Unidos. El 12 de junio, Cambó también se marchó a Portugal para continuar las reuniones con Heineman sobre el futuro de la CHADE. En Estoril, se entrevistó también con Gabriel Maura, duque de Maura, y en dos ocasiones con el líder de la CEDA José M.ª Gil-Robles: primero el 13 de junio y luego el 29 de julio, tres días antes de embarcarse hacia América. En su *Dietari*, Cambó explica a grandes rasgos sus coincidencias y discrepancias con Gil-Robles, lo que nos permite apreciar más claramente su actitud política en aquellos momentos:

> Hemos coincidido en la dirección de nuestros juicios, pero él, en todo, es más radical que yo. Él no admite en nada las medias tintas, ni la posible buena fe del adversario, ni la posibilidad de enmienda. Yo sí ... Yo apruebo su actitud de reserva y abstención total. Él no puede hacer otra cosa. Mi caso es diferente porque yo no he recibido los agravios personales que a él le han infligido.[34]

En Estoril, Cambó dudaba «entre irme a los Estados Unidos o volverme a Suiza»,[35]pero finalmente, dado que tuvo problemas para obtener el visado suizo, decidió marcharse a Nueva York. Pero antes regresó a Madrid y luego, ya en automóvil, se trasladó a Badalona, donde se alojó en la finca Ca l'Arnús, residencia de veraneo de sus buenos amigos Gonçal y Pilar Arnús. Permaneció cuatro días, casi de

incógnito, en Barcelona. Con no poca nostalgia, cuenta en su *Dietari* que se pasó todo el 17 de julio paseando por su piso de la vía Laietana, número 30, recordando escenas vividas y comprobando los muebles, cuadros u objetos desaparecidos: «Yo no creo que pueda habituarme a vivir nunca más en la Laietana: fui demasiado feliz allí».[36]

El 18 de julio se marchó de nuevo a Madrid y el 21 de julio llegaba a Estoril, donde se reunió con toda su familia y la comitiva que siempre lo acompañaba.[37]Finalmente, el 1 de agosto de 1940 embarcaron todos en el transatlántico británico *Excalibur* rumbo a Nueva York, adonde llegaron diez días más tarde.[38]Cambó residió en Estados Unidos solo nueve meses, y el 1 de abril de 1941 se marchó a Buenos Aires.

La correspondencia con su amigo Josep Pijoan, que vivía en Estados Unidos desde hacía muchos años, resulta muy interesante para seguir la estancia de Cambó y su comitiva en dicho país. Un mes antes Cambó ya le anunció a Pijoan su llegada a Nueva York el 9 o 10 de agosto, y que se alojaría en el Hotel Savoy Plaza.[39]Le pedía que se vieran y le aconsejara sobre lo más interesante para visitar. Se reunieron varias veces en Nueva York, y Cambó aprovechó para revisar cómo estaban los diferentes volúmenes de la *Monumenta Cataloniae* que le había encargado.

Josep Pijoan le propuso una larga ruta para recorrer Estados Unidos y Canadá aquel verano, indicándole los lugares adonde no podía dejar de ir.[40]Insistió mucho en que visitase California, que era el lugar más innovador del país, y también las Rocosas canadienses, donde sobre todo debía permanecer ocho días descansando en el Lake Louise Hotel. Asimismo le recomendó visitar las cataratas del Niágara y que en Canadá fuese a Montreal, Toronto y Quebec. Y del este de Norteamérica le recomendó que no se perdiera Boston, ni Filadelfia, ni Washington, aparte de, sobre todo, Chicago y Nueva York. Dentro de esta última ciudad, Pijoan insistió en que no dejara de ir, y más de un día, al Metropolitan Museum, a la Flick Collection y a otros museos, y que no se perdiese los «Cloisters», donde encontraría entre otras cosas una buena parte del claustro románico de la abadía de Cuixà. Durante su estancia en Estados Unidos, Cambó no se perdió prácticamente ningún museo de importancia, ni las grandes bibliotecas, como la Morgan, o las grandes universidades, como Yale y Harvard. También

quedó maravillado de la riqueza de las tiendas de antigüedades: «Los grandes anticuarios de Europa, todos judíos, están en Nueva York y como gente previsora enviaron allí a tiempo lo mejor que tenían: reuniendo lo que hay en sus almacenes se formaría uno de los mejores museos del mundo».[41]

Cambó y su familia siguieron la ruta propuesta por Pijoan a lo largo de buena parte del verano de 1941. De California se marchó decepcionado, pues le pareció que Los Ángeles era «la ciudad más extensa y más antipática de los Estados Unidos, rodeada, eso sí, de jardines y parques y rincones deliciosos».[42]También fue a Arizona, donde se quedó unos días porque necesitaba un lugar de clima seco para curar sus enfermedades pulmonares. Allí coincidió con Michel, el hijo de Pijoan, que era el médico de una reserva india. Las Rocosas canadienses las encontró espectaculares.

En cualquier caso, a principios de 1941 Cambó no se sentía del todo a gusto en Estados Unidos. Aparte de sus dificultades con el inglés, lengua que nunca terminó de dominar, no se adaptaba a las formas de vida americanas ni a vivir en hoteles, por lujosos que fueran. De modo que, cuando asuntos importantes de la CHADE lo reclamaron, no dudó en irse a Buenos Aires. El 10 de enero de 1941, en una carta a Puig i Cadafalch, le informaba de que tenía previsto marcharse un tiempo a Buenos Aires para resolver problemas de la compañía, pero que su intención era regresar pronto a Nueva York. Por ello se marchó casi solo a Argentina mientras su familia se quedaba en Estados Unidos.[43]

Mientras Cambó y Heineman vivían en Estados Unidos fue relativamente fácil gestionar los asuntos de la CHADE y la argentina CADE, pues se veían a menudo en la sede social que la compañía tenía en Nueva York, y desde ahí se comunicaban con Ventosa por teléfono o telegrama. La cuestión se volvió más compleja en abril de 1941, cuando Cambó se marchó a Buenos Aires mientras Heineman permanecía en Nueva York y Ventosa vivía en Barcelona. Era el momento más agudo del conflicto mundial y las comunicaciones entre los tres máximos dirigentes de la compañía se complicaron bastante. La correspondencia tardaba semanas e incluso meses en llegar, y cada vez era más difícil enviar telegramas o hacer llamadas telefónicas. A menudo Ventosa se veía obligado a desplazarse a Lisboa, desde donde era más fácil y seguro telefonear y enviar telegramas a Nueva York y

Buenos Aires que desde la España de Franco.

La estancia en Argentina

Francesc Cambó zarpó del puerto de Nueva York el 15 de marzo en el barco *Vapor Argentino*. El 1 de abril ya había llegado a Buenos Aires y el día 4 ya dormía en el espléndido piso de la avenida Alvear —hoy avenida Libertador—, número 4654, que su amigo y colaborador Rafael Vehils le había alquilado y que acabaría comprando.[44]Hacia el mes de junio llegó a Buenos Aires su familia, con la intención inicial de regresar todos a Estados Unidos pasado el mes de agosto. No obstante, los asuntos de la CHADE y los problemas con los visados para entrar en Estados Unidos consiguieron que Cambó se quedase con toda su familia en Argentina. En su correspondencia consta más de una vez que desearía volver a Nueva York en primavera o en verano de 1942, pero irá aplazando el viaje, que nunca se realizará. Probablemente la entrada de Estados Unidos en la guerra mundial, en diciembre de 1941, influyó también en ello.

Además de alquilar y más tarde adquirir el amplio apartamento de la avenida Alvear, frente al gran parque de Palermo, donde acostumbraba a pasear, Cambó también compró una finca, con un gran jardín, piscina y huerto, en la localidad de San Miguel, a unos treinta kilómetros de Buenos Aires, para pasar allí los fines de semana y una parte de las vacaciones. Se llamaba Mon Repòs, en francés, y puesto que ese nombre se adaptaba perfectamente al catalán, lo mantuvo. Asimismo, durante el invierno, que era muy húmedo en Buenos Aires, se trasladaba unas semanas al hotel-balneario Sierras, en la localidad de Alta Gracia, en la provincia de Córdoba, a unos 660 kilómetros de la capital del país. En verano tomó por costumbre irse dos meses a la localidad uruguaya de Punta del Este, el gran centro de veraneo de la clase alta argentina, donde terminó comprando también una gran finca, delante de unas «playas espaciosas llenas de pinos»,[45]pues le gustaba nadar y pescar.

En Buenos Aires, Cambó intentó llevar una vida relativamente discreta, sin intervenir en los asuntos públicos y dedicándose sobre todo a la gestión de la CHADE. Eso le permitió tratar personalmente a importantes hombres de negocios argentinos o extranjeros que vivían

en Buenos Aires, y también a destacados políticos argentinos, sobre todo gente muy conservadora.

Solo mantenía relaciones estables con algunos catalanes que trabajaban en la CHADE como directivos y con sus familias, como Rafael Vehils, Josep M. Casabó y Andreu Bausili. En cambio, sus contactos con los sectores más conservadores de la colonia catalana, que eran franquistas, fueron puntuales. Con los exiliados republicanos catalanes no tuvo ninguna relación, aunque vivían en Buenos Aires algunos políticos bastante conocidos, como Pere Corominas, Amadeu Hurtado o el propio Ángel Ossorio y Gallardo. Sí, en cambio, se encontró alguna vez con españoles como Ramón Pérez de Ayala y con personas que iban de viaje a Argentina, como José Ortega y Gasset, José M.ª Pemán y Jacinto Benavente. En la ciudad de Alta Gracia intimó con el músico Manuel de Falla, a quien proporcionó ayuda económica de forma discreta, sin que se enterase.

Durante los seis años que vivió en Argentina, Cambó trató de llevar una vida tranquila, dedicando el mayor tiempo posible a leer, a escribir sus meditaciones en el *Dietari* y a dictar sus memorias.[46]Dedicaba muchas horas a cuidar de las rosas que cultivaba en su jardín de Mon Repòs.[47] Aparte de eso, se hizo traer de Barcelona algunos de sus muebles y cuadros clásicos más queridos para decorar el piso de la avenida Alvear, y en Mon Repòs instaló los *panneaux* de Josep M. Sert y siete cuadros de Anglada-Camarasa «de buen tamaño y gran calidad» que había tenido en la casa de la vía Laietana.[48]

En Argentina se sentía mucho mejor que en Estados Unidos: «En Buenos Aires, uno se siente más cerca de Europa, el ambiente es más agradable para nosotros, pero la falta total de museos y bibliotecas la siento mucho, sobre todo los días de mal humor que desgraciadamente menudean».[49]Su queja sobre la falta de museos y bibliotecas bien dotados en la capital argentina es una constante en sus cartas. No entendía cómo era posible que «Buenos Aires, que es hoy, si no la segunda, la tercera del mundo, en riqueza, no tiene ni un museo mediano»; y decía del Museo de Bellas Artes que recientemente había sido renovado por fuera, «pero lo que hay dentro es una cosa tan miserable que da pena».[50]No se privaba de denunciar a los millonarios argentinos que, durante décadas, habían ido a Europa cargados de dinero sin ningún interés, aun así, por comprar ni pinturas ni muebles.

En cuanto a las bibliotecas, pasaba lo mismo: «No hay una sola biblioteca que pueda compararse, no digo con la Nacional de Madrid, ni con la de Cataluña, y ni siquiera con la de Montserrat. ¡¡Nadie siente la necesidad de libros!!».[51]

En Buenos Aires, Cambó mantuvo sus actividades de mecenazgo cultural en Cataluña, como explicamos en otro lugar, y también prestó cierto apoyo económico a alguna de las revistas que publicaban los catalanes exiliados, especialmente a *Quaderns de l'Exili*, que editaban en México Joan Sales, Lluís Ferran de Pol y Raimon Galí. También ayudó económicamente a la revista *Quaderns d'Estudis Polítics, Econòmics i Socials*, que publicaban en Perpiñán personas afines a Acció Catalana.

Casi al mismo tiempo que su llegada a Buenos Aires, la CHADE había intervenido indirectamente en la formulación del convenio comercial hispano-argentino del 25 de abril de 1941, en el que se regularizaba el pago del trigo y de la carne comprados por el gobierno de Franco al argentino. Ya que España no disponía entonces de las divisas necesarias para dicha operación, unos 37 millones de pesos, se solicitó a la compañía española que avanzase, en forma de crédito en moneda argentina, tal cantidad. De ese modo, con el dinero de la compañía presidida por Cambó, que finalmente fue incrementado hasta los 50 millones de pesos, el gobierno español pudo abastecerse del trigo y de la carne argentina que precisaba. En compensación, el gobierno español le abonaría a la CHADE su contravalor en pesetas, a fin de que la empresa pudiera satisfacer sus necesidades financieras y fiscales en España. Los tratos de este tipo eran útiles tanto para Cambó como para Ventosa, que había negociado el asunto en Madrid, para obtener más reconocimiento del gobierno de Franco; a ambos les podía interesar que en algún otro momento el gobierno les devolviera aquel favor.

No funcionó del todo, en cambio, la propuesta de Cambó de utilizar los barcos españoles que acudían a Argentina en busca de trigo para que, en el viaje de ida, fuesen primero a Sudáfrica a cargar el carbón que las *usinas* de la CHADE necesitaban. La compañía tenía un grave problema, ya que el conflicto mundial le causaba muchas dificultades para abastecerse de carbón, del que necesitaba unas tres mil toneladas al día. Por ello hubo que organizar un sistema de sustitución de dicho combustible por maíz, madera y carbón de

madera, lo que supuso unas modificaciones técnicas bastante complicadas.

En mayo de 1942, la llegada a Buenos Aires de Eduard Aunós, como plenipotenciario español, les creó algunos problemas políticos a Francesc Cambó y a la CHADE. Era un momento delicado para las relaciones entre Argentina, Estados Unidos y el Reino Unido, a causa de la neutralidad oficial argentina. Aunós, aunque oficialmente pretendía solo firmar un acuerdo comercial con el gobierno argentino, permaneció en el país más de seis meses, y aprovechó la situación para hacer unas declaraciones políticas que resultaron muy polémicas —exaltó a los regímenes totalitarios y anunció el fin de las democracias— y para mantener contactos sospechosos con diplomáticos alemanes. Puesto que Cambó conocía a Aunós desde hacía muchos años —había sido diputado de la Lliga entre 1920 y 1923— y durante su etapa como embajador franquista en Bruselas había ayudado mucho a la CHADE, se vio obligado a participar en muchos actos organizados en honor del plenipotenciario español. La actitud deferente de Cambó hacia el ministro franquista fue denunciada por miembros de la comunidad catalana de Buenos Aires, quienes recriminaban su presencia en actos de clara exaltación del régimen de Franco. En un informe elaborado por catalanes exiliados se indicaba que «el Sr. Cambó procura relacionarse con pseudocatalanes que hacen de franquistas aquí, para formar una especie de partido regionalista afecto a Franco».[52]Cambó, ciertamente, no tenía tal pretensión política, sino que más bien deseaba pasar desapercibido, pero era objeto de una especial atención por parte de los exiliados catalanes.

Desde Buenos Aires Francesc Cambó mantenía contacto con sus colaboradores de Cataluña, a pesar de las dificultades que el conflicto mundial había provocado en las comunicaciones a través del Atlántico. Tanto Narcís de Carreres, su apoderado en Barcelona, como Joan Ventosa, Lluís Duran y Josep Puig i Cadafalch le escribían con cierta regularidad y lo informaban sobre la situación política. Lluís Duran era con diferencia con quien mejor se entendía: «Es contigo, después de Prat, con quien he tenido una mayor comunicación intelectual; con Joan he coincidido más en la acción; contigo, he coincidido más en las ideas».[53]

Además, desde 1941 volvía a funcionar en Barcelona el Servei

d'Estudis Polítics i Econòmics que Cambó había creado quince años atrás. Bajo la dirección de Narcís de Carreras, ahora era el periodista Joan Baptista Solervicens quien se encargaba de la sección de asuntos políticos, y el economista Salvador Millet i Bel de la de asuntos económicos. Dicho servicio le enviaba a Cambó todo tipo de informes. Los más importantes iban por correo, pero enviados desde Lisboa, y a veces utilizaban la vía diplomática gracias a las buenas relaciones entre Cambó y el embajador español en Buenos Aires, el conde de Bulnes.

Los graves problemas de la CHADE

Francesc Cambó, como puede verse en su *Dietari* y en su correspondencia privada, seguía de cerca la vida política argentina, le interesaba y preocupaba notablemente. En Argentina no solo era donde vivían él y su familia, sino que la compañía que él presidia era una de las empresas más importantes del país. Por ello la vida tranquila que llevaba en Buenos Aires iba a verse muy afectada por los problemas de la CHADE y la argentina CADE.

En febrero de 1943 Cambó estaba bastante preocupado por el resultado de las elecciones presidenciales argentinas. Le angustiaba que pudiera resultar ganadora la candidatura pactada entre los radicales y los socialistas, una especie de Frente Popular que parecía contar con el apoyo de Estados Unidos, porque eso podría significar la entrada de Argentina en la guerra del lado de los aliados. Creía que el mantenimiento de la neutralidad argentina era una cuestión fundamental para el buen funcionamiento de la CHADE y de la CADE.

Cuando se produjo el golpe militar del 4 junio de 1943, que ponía fin a más de una década de gobiernos conservadores y corruptos, al principio Francesc Cambó no se alarmó excesivamente, pese a que creía que el militarismo era un mal síntoma político. Consideraba que los militares argentinos estaban en una situación similar a la de los españoles de la etapa 1915-1920, pero «después vino la Dictadura, la República, y el Frente Popular».[54]En cualquier caso, desde que se impuso la tendencia de los militares más nacionalistas y radicales, el Grupo de Oficiales Unidos (GOU), que lideraba el coronel Juan Domingo Perón, Cambó empezó a

preocuparse seriamente. El nuevo gobierno militar prometía la regeneración del país a base de depurar todas las administraciones y castigar a los responsables de las prácticas corruptas. Y muy pronto se inició un proceso de investigación sobre las actividades de las principales empresas extranjeras radicadas en el país, entre ellas, compañías eléctricas como la CADE y la CHADE.

Durante más de dos años la actuación de la CHADE, de la CADE y del *holding* de la SOFINA fue investigada a fondo. Sus principales directivos en Argentina fueron interrogados y algunos incluso detenidos. La sede social de la compañía fue registrada y se confiscaron importantes documentos que demostraban sus prácticas irregulares y corruptas. La CHADE vivió entonces una de las etapas más difíciles de su historia, ya que la Comisión Investigadora presidida por el coronel Rodríguez Conde pudo demostrar con no poca documentación las múltiples prácticas irregulares realizadas por la compañía que presidía Cambó.

Sufrió considerablemente al ver que sus colaboradores de la CHADE —René Brosens y Andreu Bausili— eran interrogados, que Mariano de Foronda —el hijo del todopoderoso marqués de Foronda— era encarcelado y cómo iba a prisión el presidente de otra sociedad española, la CHADOPYF, Rafael Benjumea Burín, conde de Guadalhorce y antiguo ministro de Primo de Rivera. Y se preocupó más todavía cuando su máximo hombre de confianza, el catalán Rafael Vehils, después de ser duramente interrogado por la Comisión Investigadora, se veía forzado a huir de Argentina para no ir también a prisión.

Fue entonces, a finales de 1943, cuando de nuevo se hicieron evidentes las discrepancias dentro de la compañía. Cambó era partidario de negociar con el gobierno argentino, de reconocer los delitos cometidos por la compañía y de pactar una sanción. Dannie Heineman, Joan Ventosa y la mayoría de los directivos, en cambio, eran partidarios de no reconocer ni negociar nada mientras fuesen investigados y amenazados por el gobierno argentino.

Cambó se vio de nuevo desautorizado, le negaron la posibilidad de intervenir, hecho que provocó que le anunciase en privado a Ventosa su intención de presentar la dimisión de todos los cargos, lo que finalmente no hizo.[55]Aun así, Cambó no se quedó de brazos cruzados. Realizó importantes gestiones ante el embajador español en

Argentina, el conde de Bulnes, y eso le permitió utilizar la «valija diplomática» para comunicarse con Ventosa y para hacer gestiones directas, a favor de la compañía, ante diferentes ministros franquistas, como el de Comercio e Industria, Demetrio Carceller, o el de Justicia, que ahora era Eduard Aunós.

Como se explica con más detenimiento en otro capítulo, el informe de la Comisión Rodríguez Conde, presentado al gobierno argentino el 15 de febrero de 1945, indicaba que se habían podido verificar las prácticas corruptas realizadas por la CHADE y la CADE durante las dos últimas décadas; proponía que las empresas se nacionalizaran y se solicitaba que se exigieran responsabilidades penales y económicas a los principales directivos de la compañía, entre ellos, Francesc Cambó, Joan Ventosa y Dannie Heineman. Sin embargo, tan solo un mes más tarde, el 24 de marzo, el gobierno argentino decretaba la disolución de la Comisión Investigadora, secuestraba su informe y toda la documentación y prohibía su publicación. Hasta diez años después no se conocería el contenido de aquel informe sobre las responsabilidades de la CHADE y la CADE.

De nuevo, gracias a las habituales habilidades de la compañía para relacionarse con los gobernantes argentinos, y ahora muy especialmente con el coronel Perón, la CHADE y la CADE superaron la situación más grave de su historia. Una vez más, sus influencias políticas les permitieron salvar sus intereses económicos.

No deja de ser curiosa la evolución de la opinión que Francesc Cambó tenía de Juan Domingo Perón. En un primer momento, cuando el coronel era el secretario de Trabajo del gobierno militar, para Cambó era uno de los gobernantes más peligrosos, «un auténtico dictador» que aspiraba a ser «el líder de los germanófilos».[56]Por eso recibió con alegría la caída y la detención efímeras de Perón en octubre de 1945. Sin embargo, no tardó en indignarse por los errores políticos cometidos por sus amigos, los políticos y empresarios conservadores, porque estaban convirtiendo a aquel coronel en el ídolo de las clases populares argentinas.

Seguramente fue en aquel momento cuando más se implicó Francesc Cambó en la vida política argentina. Aconsejó a sus amigos conservadores que no hicieran un frente anti-Perón demasiado vinculado a los intereses patronales y se reunió con diplomáticos estadounidenses y británicos para tratar la situación política. Hasta

acogió en su casa a intelectuales y políticos contrarios al gobierno militar.

> En el palacete de la avenida Alvear del ministro y financiero español Francesc Cambó, cabeza de importantes monopolios internacionales, se refugiaron muchos izquierdistas perseguidos por el gobierno militar y se efectuaron reuniones de cuerpos directivos de los partidos opositores.[57]

Algunos historiadores argentinos han llegado a asegurar que Cambó, y con él la SOFINA y la CHADE, apoyó al «frente antifascista» que quería impedir la elección de Perón.[58]Tal afirmación no parece nada clara, ya que, como veremos, dichas compañías donaron fondos a la campaña electoral del coronel argentino. ¿O acaso quisieron cubrirse bien las espaldas y por ello financiaron las dos candidaturas?

Es evidente que, ante las elecciones presidenciales de febrero de 1946, la CADE y la CHADE, así como las principales empresas y organizaciones patronales argentinas, brindaron su apoyo político y económico a la candidatura de Unión Democrática, integrada por dos veteranos políticos del partido radical, Tamborini y Mosca. De todos modos, Cambó no creía que esta fuese la candidatura más adecuada si se pretendía derrotar a Perón; además, le pareció totalmente inoportuna la intervención del embajador estadounidense durante la campaña electoral contra las aspiraciones del coronel. En sus textos, Cambó es muy discreto sobre estas elecciones y sobre el papel que tuvo entonces la CHADE. Lo que sí destaca es que, por primera vez en la historia de Argentina, aquellas elecciones habían sido «modélicas y sinceras», lo que prestigiaba políticamente al país.[59]

Como es lógico, Francesc Cambó no trata en ningún escrito la posible participación de la compañía en la financiación de la campaña electoral de Perón, pero existen testimonios claros de que la compañía española, y seguramente también la propia SOFINA, de forma discreta prestó apoyo económico a Juan Domingo Perón para que alcanzase la presidencia. No solo lo dicen algunos historiadores y políticos peronistas, como Félix Luna y Cipriano Reyes,[60]sino que existe el testimonio del propio director de la CHADE, el belga René Brosens, que declaró que «los accionistas extranjeros de la compañía fueron solicitados en este sentido, teniendo en cuenta que Perón había salvado a la CADE de una expropiación injusta».[61]Y estos accionistas extranjeros solo podían ser los principales propietarios, es decir, la gente de la SOFINA y la CHADE. Tal afirmación coincide con el

testimonio de Josep M. Casabó Suqué, hijo de Josep M. Casabó Torras, el gerente de la CHADE y de la SOFINA en Buenos Aires. Según él, durante la campaña electoral de febrero de 1946 su padre sacó cincuenta mil dólares de la caja fuerte de la CHADE y se los donó al político catalanoargentino Josep Miquel Figuerola, a fin de que este se los pasase al comandante Mercante, el ayudante del coronel Perón.[62]

Que existió un trato o pacto entre Perón y la CHADE lo muestra, indirectamente, el propio Francesc Cambó cuando, en una carta a Joan Ventosa del 23 de septiembre de aquel año, confesaba que la compañía solo tenía en el gobierno de Perón

> dos amigos; uno, el que ya puedes pensar, y sobre todo su esposa [Juan Domingo Perón y Eva Perón] ... el otro amigo que tenemos —este, hasta ahora, espontánea y efusivamente— es el catalán que colaboraba con Aunós. Este, todavía hoy, se siente socio de la Lliga.[63]

Pocos días después, el «catalán» Figuerola era denunciado por la prensa de la oposición como «el hombre fuerte entre la CADE y el gobierno».[64]

El resultado final fue muy claro. La CADE y los intereses de la CHADE y la SOFINA nunca peligraron durante los dos mandatos presidenciales de Juan Domingo Perón. Pese a la oleada de nacionalizaciones de los sectores que estaban en manos de compañías extranjeras —ferrocarriles, petróleo, teléfonos, etc.—, llevadas a cabo por el gobierno peronista, este nunca perjudicó a las empresas eléctricas que presidía Francesc Cambó.

A pesar de este gran «éxito» final, Francesc Cambó vivió los últimos años de su vida, en Buenos Aires, angustiado por los problemas que estaba sufriendo la CHADE. La investigación a la que fue sometida la compañía y el escándalo que significaba que toda la prensa hablase de sus prácticas corruptas le afectaron muchísimo, como quedó reflejado en su correspondencia privada. Así, en junio de 1944 le confesó a Josep Puig i Cadafalch: «Yo creía que aquí en Argentina hallaría calma y reposo y ha sido todo lo contrario; se me han echado encima más inquietudes y preocupaciones que en ningún otro sitio y que en ninguna otra época de mi vida, y eso ya es demasiado».[65]

A los problemas de la CHADE en Argentina habrá que añadir inmediatamente el asunto de la Barcelona Traction en España, donde las pretensiones ambiciosas de Joan March afectaban directamente al

holding de la SOFINA y también a la CHADE. Y para terminar de complicar las cosas, las conspiraciones promonárquicas dirigidas por Joan Ventosa no hacían sino incrementar la hostilidad de Franco y su gobierno contra la propia CHADE.

En su correspondencia con los amigos y colaboradores de Barcelona, Cambó explica la inquietud con la que seguía todo lo que le ocurría a la compañía, tanto en Argentina como en España: «Ya supondrás la pena que tengo por que los escándalos alrededor de nuestra compañía no tengan como teatro único Argentina, sino que estallen en España, y que, posiblemente vayan a Suiza y Bélgica».[66]Se sentía bastante marginado de la dirección de la CHADE: «Me quejo de que no me tengan oficialmente al corriente, como habían hecho hasta hace un año».[67]Aquella situación le resultaba tan desagradable que en algunos momentos incluso quiso desentenderse de todo cuanto ocurriese en la dirección de la compañía. Hasta llegó a escribirle a Narcís de Carreras indicándole que no quería que nadie lo representase en España en las reuniones del Consejo de Administración ni en la Junta General de la CHADE.[68]Se sentía profundamente desengañado y cansado: «He perdido las ganas de luchar. Los muchos desencantos recibidos me las han hecho perder».[69]

Seguramente por todo ello, por no tener ganas de seguir luchando, Francesc Cambó, pese a ser el presidente de la CHADE, no figuró entre los firmantes de la carta de protesta enviada al ministro Juan Antonio Suanzes por la mayoría de los consejeros de la sociedad el 18 de diciembre de 1946. Otros consejeros que también residían fuera de España, como el duque de Alba, que estaba en Londres como embajador franquista, sí autorizaron que figurase su firma. Cambó ya no luchaba por su compañía. Incluso le había ordenado a Narcís de Carreras que cautelosamente fuese vendiendo la mayor parte de las acciones de la CHADE que aún poseía.[70]

Para Francesc Cambó, Dannie Heineman era el principal responsable de la crisis de la CHADE, y lamentaba que los intereses de la SOFINA siempre se hubieran impuesto a los de la compañía española. Pero también le reprochaba a su amigo Joan Ventosa, y a otros consejeros de la CHADE, el hecho de haberse dejado engañar por Heineman para lanzarse a una batalla como la de la Barcelona Traction, que estaba casi perdida desde el comienzo. Y temía que Joan March, animado por sus éxitos y por el apoyo del gobierno de Franco

conseguido en el caso de la Barcelona Traction, preparase también un golpe mortal contra la CHADE. Sabía que el millonario mallorquín ya era propietario de un importante paquete de acciones de la compañía y comenzaba a maniobrar. La única duda que tenía Cambó entonces era si March daría el golpe pactando con el mismo Heineman o a base de entenderse con Suanzes y otros dirigentes políticos españoles.[71]

Francesc Cambó no vivió el tiempo suficiente para ver el accidentado final de la CHADE que explicamos en otro capítulo, pero no iba desencaminado en sus pronósticos pesimistas. Entre Heineman y Suanzes llevaron la CHADE primero a una crisis tan grave que enfrentó a los consejeros españoles con los mayoritarios extranjeros, y luego a la disolución administrativa de la compañía por el gobierno de Franco. Joan March, que seguía todo el proceso muy de cerca, debió de sonreír de lo más satisfecho ante la desaparición de la empresa que había presidido durante veintisiete años uno de los políticos a quien más temía y odiaba.

Reencuentro y confidencias con un viejo *amigo:* Josep Pijoan

Josep Pijoan fue tal vez el intelectual catalán con el que más y mejor sintonizó Francesc Cambó durante la posguerra. Desde el verano de 1940 hasta la primavera de 1947, casi siete años, mantuvieron una correspondencia constante y sincera.[72]Dado que los dos vivían en América y hasta 1944 estuvieron bastante incomunicados de todo cuanto ocurría en Cataluña y Europa, sus cartas estaban repletas de noticias y reflexiones de gran interés. De dicha correspondencia se desprende que restablecieron y consolidaron su vieja amistad —se conocían desde el año 1896— después de que ambos coincidieran en el Centre Escolar Catalanista, hecho que Cambó recordaba a menudo.[73]

Pijoan tenía fama de ser un hombre de carácter difícil, intransigente y severo con aquellos a quienes consideraba incompetentes o dogmáticos, y a menudo se comportaba como un auténtico provocador. Era *l'enfant terrible* de la cultura catalana, o un «perro rabioso», como ironizaban los dos en su correspondencia.[74]Pero Cambó lo tenía en especial estima, porque en momentos difíciles para

él, como la Semana Santa del año 1905, había estado a su lado: «Cuando en un mes, murieron mis hermanas y me quedé yo sin familia, en un momento terrible de depresión, usted me acompañó unos días a Poblet, junto con Don Antoni Rubió y Maragall».[75]

Después de la guerra civil, Cambó y Pijoan se encontraron el 2 de agosto de 1939 en París para hablar de su texto sobre *Las pinturas murales románicas catalanas*, que sería el cuarto volumen de *Monumenta Cataloniae*. Pijoan, llegado desde Estados Unidos, tenía que terminar de redactar el original y ponerse de acuerdo con Josep Gudiol y Cambó para publicarlo.[76]Cambó lo encontró, como siempre, muy crítico con todo y con todo el mundo, pero continuaba siendo un hombre muy aprovechable: «Si yo gobernase, utilizaría su fuerte dinamismo aplicándolo a tareas de iniciación y desbrozo. Yo soy de los pocos que lo escuchan y lo quiero y lo aprecio por todo lo bueno que tiene como hombre y aprovechable ciudadano».[77]

La correspondencia entre ambos tomó fuerza desde su reencuentro en Estados Unidos en agosto de 1940, cuando Cambó acababa de llegar a aquel país con su familia. Como hemos dicho antes, Pijoan los visitó en el Hotel Savoy de Nueva York y los orientó bastante sobre adónde había que ir, pues llevaba más de veinte años viviendo allí. Desde entonces las relaciones serán estrechas, no solo por las vinculaciones profesionales de Pijoan con los proyectos de Cambó, sino porque la estima personal mutua será cada vez más intensa, hasta alcanzar un nivel de intimidad que era muy poco frecuente en Cambó. Josep Pijoan fue de los pocos a quienes Cambó presentó a Helena —por entonces, Hélène— ya como su hija, y a Mercè Mallol —en las cartas, Mercedes— como su esposa. Y Pijoan enseguida estableció una relación bastante amistosa con ambas, pero particularmente sintió una especial estima por aquella niña, Hélène, que entonces tenía once años, hasta el punto de convertirse en una especie de profesor o preceptor suyo: le enviaba periódicamente hojas con deberes, tareas de índole escolar y orientaciones de lecturas.[78]

Seguramente la soledad de Cambó en Estados Unidos, donde no conocía a demasiada gente —además, no hablaba inglés—, le llevó a intensificar su relación epistolar con Pijoan, aunque también volvieron a verse personalmente alguna otra vez.[79]La relación prosiguió y hasta se intensificó cuando Cambó se trasladó a Buenos Aires. A pesar de sus diferencias políticas y de carácter, Cambó lo respetaba como

intelectual y le pidió a menudo sus consejos y opinión.

Así, a partir de finales del año 1941, la correspondencia entre ambos tomó un cariz de gran intimidad. Pijoan se convirtió en «un amigo verdadero» con quien Cambó sentía «un gran deseo de mantener una comunicación estrecha», dado que ya no le quedaban muchos amigos.[80]Se estableció entre ellos una amistad curiosa y sorprendente: seguían tratándose de usted en las cartas, pero estas terminaban con «un abrazo afectuoso de su viejo amigo».[81]Cambó incluso deseó tener más amigos tan leales y buenos como Pijoan[82]y se sorprendió de que dos personas tan diferentes como ellos pudieran llegar a tener tal amistad.[83]Hasta se permitía bromear sobre el carácter difícil de Pijoan y, ante una posible marcha de este a Argentina para pronunciar conferencias, sostenía que habría que advertir antes a los argentinos sobre la clase de persona a la que invitaban.[84]Pero Cambó defendía claramente el especial carácter de su amigo, porque «en sus expansiones no hay nunca maldad, ni insidia, ni envidia: dice lo que piensa y basta».[85]

Josep Pijoan será, pues, de los pocos a quienes Francesc Cambó haga confidencias sobre su vida privada —matrimonio y testamento— y a quienes consulte aspectos importantes de su proyecto de crear una fundación de carácter internacional que gestione prácticamente todo su patrimonio después de su muerte. Pijoan será, junto con algunos de sus compañeros de la Lliga, como Ventosa, Duran y Puig, con quien Cambó más comente la situación política catalana y española y con quien más repase episodios de su actuación política, incluso en un tono notablemente autocrítico.

Josep Pijoan también se sincerará en sus cartas con Cambó y lamentará tener que dedicarse preferentemente a escribir libros cuando su vocación o «misión» era organizar y dirigir instituciones culturales. La respuesta de Cambó será más o menos similar:

> Yo también he faltado a mi vocación, pues yo había nacido para gobernar y no para hacer negocios, ni entretenerme en hacer filosofías en mis *Meditaciones* matinales. Yo era el hombre más dotado, tanto en Barcelona como en Madrid, para hacer política: en la oposición hasta imponerme, y en el poder para realizar una obra constructiva.[86]

En sus reflexiones autocríticas Cambó llegará a reconocer de forma muy clara que se equivocó al no hacerle caso a Prat de la Riba cuando este le aconsejó que se marchase a vivir a Madrid si quería ser decisivo en la política española.[87]Se daba cuenta de su error: «Hoy lo

veo. Yo tenía que haberme instalado en Madrid y allí habría hecho "la revolución desde arriba" que Maura no hizo más que anunciar».[88]Y, en una muestra de excesiva vanidad, sostenía que, si él hubiese podido gobernar en España, lo habría hecho tan bien que con toda seguridad «no habría habido dictadura de Primo, ni guerra civil».[89]

Josep Pijoan será también un testigo privilegiado de las insólitas reflexiones de Cambó sobre su condición de hombre muy rico y los problemas que eso le comportaba. Cambó parecía descontento con la imagen de millonario creada en torno a él:

> Ganar dinero, demasiado dinero... fue para mí una losa de plomo (mi generosidad daba a entender que poseía mucho más de lo que había acumulado); los pobres me odiaban por ser rico y los ricos me envidiaban por creer que tenía más dinero que ellos... y los intelectuales no me perdonaron los favores.[90]

Incluso era severo con su labor de mecenazgo: «De nada me sirvió consagrar la mayor parte de mis ganancias a actos de mecenazgo y filantropía y a la adquisición de obras de arte para los museos».[91]Pijoan, por su parte, solo coincidía con Cambó en constatar que la mayoría de la gente era desagradecida, salvo algunas excepciones, como Agustí Calvet «Gaziel».[92]

En agosto de 1943 Francesc Cambó le anunció a Josep Pijoan sus futuros proyectos culturales, y sobre todo le pidió sugerencias para el programa de actividades y para el funcionamiento de la fundación de carácter internacional que deseaba constituir.[93]Quería hablarle del «interés que tengo en poder dejar mis cosas en orden antes de irme de este mundo». Pero, dado que no sabía cómo iba a quedar su fortuna después de la guerra mundial, aún tenía dudas sobre cuándo crear la fundación y dónde situarla. Esa incertidumbre «me priva de crear la institución cultural en la que he pensado siempre y de decidir en qué país debe instalarse, y de qué manera se la ha de dotar para que la dotación que se le asigne tenga alguna solidez». No quería repetir el caso de su fundación de la Sorbona, que se había quedado sin capital y ya no operaba. Le manifestaba su gran interés por «vivir el tiempo necesario para dejar una institución cultural sólida y asegurarle, además, la independencia económica a Helena».[94]

Tres meses más tarde, Cambó le explicaba a Pijoan con más detenimiento las disposiciones testamentarias que tenía previstas a fin de crear esa fundación.[95]Especulaba sobre el país más adecuado para instalarla, sobre si las finalidades las debía fijar ya él o sus albaceas,

sobre la separación entre la dirección cultural y la administrativa, y sobre el papel que podría tener en la fundación su hija Helena.[96]La nueva fundación debería tener un carácter más universal: «No querría que excluyera a Cataluña, pero tampoco querría de ninguna manera que esta representase un papel predominante. Ya conoce usted hacia dónde van mis ideas. Ayúdeme a completarlas y le quedará muy agradecido su viejo amigo».[97]

En su respuesta, Josep Pijoan se manifestó contundente y claro, como casi siempre. Nada de dejarlo todo en manos de los albaceas; él, Cambó, debía ser quien dictase de forma clara el carácter de la fundación y su funcionamiento.[98]Respecto a quién podía dirigir la parte más administrativa, Pijoan coincidía con Cambó en que quizá Rafael Vehils, su hombre de confianza en la CHADE, fuese el más adecuado, y le aconsejaba con contundencia que no escogiese «a ninguno de sus compañeros de la Lliga: egoístas, con pocas luces y gastados».[99]Según Pijoan eran más de fiar «Mercedes y la propia Hélène, que dentro de dos o tres años tendrá más pesquis y buenos deseos que ninguno de los que conocisteis en vuestra vida llena de relaciones y experiencias».[100]

Pijoan le aconsejó a Cambó que se pusiera inmediatamente él mismo a organizar la fundación, que no lo dejara para más adelante, y coincidía con él en la necesidad de separar el consejo de administración del consejo intelectual o de «técnicos».[101]Asimismo le recomendaba que al principio presidiera él la fundación y, cuando su hija alcanzase la mayoría de edad, la incorporase a la dirección. En cuanto a los posibles asesores o colaboradores intelectuales, Pijoan solo sugería el nombre de Agustí Calvet, «Gaziel», y manifestaba sus dudas sobre la idoneidad de Joan Estelrich para tal cometido.[102]

También resulta bastante interesante la opinión de Pijoan sobre el carácter internacional que debía tener la futura fundación de Cambó. Respecto a ello, le recomendó dos cosas: la primera, que no se centrara solo en el arte, sino más bien en la literatura, pues «ya se ha hecho por el Arte Catalán todo cuanto se merecía ... yo dejaría que el arte catalán se buscase la vida, ya le habéis dejado bastante. Más bien ayudaría a la literatura, que es aún de un provincialismo deplorable»; la segunda, que pusiera el mayor énfasis posible en el carácter de las relaciones internacionales de la fundación: «Es una idea excelente, saca a los de casa afuera y trae a los de afuera a casa». Pijoan insinuó

que la nueva institución se dedicara preferentemente a conceder becas —«pensionados y otras ayudas de investigación»—, que habría que tener en cuenta que «la mitad deberían ser catalanes, la mitad de la mitad españoles y la otra cuarta parte forasteros», que los lugares principales «de reclutamiento» de los futuros becarios deberían ser Barcelona, París y Londres y que el objetivo fundamental sería «enviarlos a completar sus estudios cerca de las personas, o a los establecimientos bien utilizados, donde pudiesen concluir sus investigaciones ya iniciadas».[103]Es decir, se trataría de crear una fundación relativamente similar a la Junta de Ampliación de Estudios de Madrid, una institución que había sido liquidada hacía poco por el régimen de Franco y que Josep Pijoan conocía muy bien y tenía en gran estima.

Además, Pijoan le planteó a Cambó la posibilidad de que la nueva fundación fuese ambiciosa en las especializaciones y se dedicara no solo a las humanidades sino también a la biología y la sociología. Consideraba que estas dos especializaciones se habían desarrollado poco en Cataluña, era notablemente crítico con los biólogos catalanes —desde Turró hasta a August Pi i Sunyer— y con no poca ironía censuraba la labor llevada a cabo por los sociólogos catalanes hasta entonces: «Nuestros grandes sociólogos han sido anarquistas. Con ellos nos hemos ganado la reputación del País de las Bombas, las Casas feas y las Mujeres guapas».[104]

En la repuesta de Cambó a las sugerencias de Pijoan predomina la coincidencia sobre el carácter y la función de la futura fundación: «Tiene que ser internacional; debe tener separada la parte administrativa de la dirección cultural; no debe mirar exclusivamente a Cataluña; debe procurar formar a hombres intelectualmente fuertes».[105]Estaba de acuerdo en que «Vehils es un admirable organizador», pero le comentaba que entonces estaba cansado y que, solo si se recuperaba, podría ser un excelente administrador de la fundación.[106]Asimismo coincidía con él en que Gaziel era una persona con quien había que contar para la dirección intelectual de la fundación, y defendía la idoneidad de Joan Estelrich y la de Jordi Rubió i Balaguer.[107]

Como conclusión, Francesc Cambó reconocía que de cara a la creación de la nueva fundación había tres problemas «de difícil, si no imposible, solución». El primero era saber cuánto dinero podría donar

finalmente a la fundación, lo que no podría resolver hasta que el conflicto mundial finalizara. El segundo era decidir en qué país domiciliar la fundación. Para Cambó debía ser un lugar donde «se respeten las libertades», y en aquellos momentos, en Europa, solo veía que eso ocurriera en Suecia y Suiza, y se inclinaba, con dudas, por Suiza. El tercer problema, bastante relacionado con el primero, era decidir con qué moneda había que dotar a la fundación. Por entonces se especulaba mucho con las diferentes divisas y había dificultades para hacer transferencias. Por lo tanto, había que esperar a ver, una vez finalizada la guerra, cuál era la moneda más conveniente. Cambó terminaba la carta pidiéndole a su amigo que le ayudase a «perfilar la finalidad y características de la Fundación».[108]Como veremos, aunque el último testamento de Francesc Cambó incluía cláusulas sobre la creación de esa nueva fundación, los embrollos testamentarios y fiscales posteriores y las riñas entre sus herederos y los albaceas dificultaron notablemente que se avanzase en un proyecto que el propio Cambó tampoco había precisado mucho más en esos tres años.

La correspondencia entre Francesc Cambó y Josep Pijoan es también bastante rica en cuestiones de carácter político y reflexiones de ambos sobre el pasado más inmediato, sobre la Segunda República y la guerra civil, sobre el presente y también sobre el futuro de Cataluña. En la mayoría de las cartas Pijoan aparece mucho más duro, más radical y más hipercrítico que Cambó respecto a la mayoría de los temas que tratan. En los inicios de la segunda guerra mundial, Pijoan consideraba que, después de la Gran Guerra de 1914-1918, el nacionalismo había fracasado en Europa y los regímenes parlamentarios creados entonces se habían convertido en unas dictaduras regidas por indocumentados.[109]En cuanto a la situación española, con no poco atrevimiento Pijoan osaba afirmar que, si él estuviese allí, podría actuar como «mediador y sacar a gente de la cárcel».[110]Un mes más tarde incluso llegó a especular sobre la posibilidad de «volver a España como hombre-de-bien, sin querer ningún sueldo ni cargo, pero acusando a los republicanos y dando orientación a los fascistas. ¿Le parece cándido? ¡Puede que sí! Puede que me fusilen, pero hasta para eso estoy preparado».[111]

Respecto a la situación catalana, los juicios de Pijoan eran también bastante radicales y críticos con el catalanismo: «Tengo la convicción de que el Romanticismo nacionalista ha fracasado».

Consideraba que el futuro de Cataluña era muy negro: «Es un hecho que no tendremos Cataluña por muchos años, si acaso Occitania o Hispania».[112]Y era muy severo con Lluís Companys, a quien reprochaba duramente «el balconazo» del 6 de octubre de 1934.[113]Consideraba que el futuro iba a ser difícil y que habría que intentar superar las divisiones catalanas: «Lo importante sería disminuir el dolor, el recelo, el odio y venganzas».[114]

Francesc Cambó, en las respuestas a las opiniones airadas de Pijoan, reflexionaba sobre los peligros de jugar al anticatalanismo:

> Le aconsejo que no toque la flauta del anticatalanismo: el castellano mira con antipatía a los catalanistas pero siente un desprecio profundo por los catalanes anticatalanistas. El papel que a usted le hace ilusión jugar ha sido ensayado por muchos, todos están hoy arrinconados. Lo mirarán con más consideración si se presenta como habiendo sido siempre un rojo y un catalanista disidente, como catalanista y como rojo naturalmente.[115]

> Usted es, y probablemente será siempre, un hombre de izquierdas, pero cuando tiene que recordar a las personas con quienes se ha entendido, con quienes mejor ha colaborado y a quienes ha entregado el mayor afecto, se encuentra siempre con hombres de centro y de derecha. ¡A cuán pocos hombres de izquierda, salvo Giner y Cossío, puede recordar con afecto y simpatía![116]

Con todo, se daban algunas coincidencias entre ambos en cuanto a ser severos con los políticos e intelectuales izquierdistas catalanes y españoles. Pijoan, que, de hecho, se consideraba un republicano catalanista frustrado,[117]no cesaba de escribir diatribas contra los izquierdistas catalanistas, ya fuese Antoni Rovira i Virgili o el propio Lluís Companys.[118]

Es bastante interesante la reflexión que le hizo Cambó a Pijoan sobre las izquierdas y las derechas catalanistas:

> Prat y yo pasamos años trabajando para que en Cataluña surgiese una verdadera izquierda catalana y no conseguimos más que la aparición de dos o tres disidencias, que no tenían otro programa que un rencor personal o un saco de envidias, y con estos ingredientes no se forma un partido ni se atrae a las grandes masas obreras catalanas para catalanizarlas. Y hacer un partido de izquierdas era cien veces más fácil que mantener un partido de centro-derecha, apoyado en fabricantes, propietarios y pequeña clase media: entre esta última se encontraba gente abnegada y devota; entre los otros las adhesiones ya no eran tan románticas. En cuanto a colaboradores, tomé lo que había, lo mejor que teníamos en casa para una actuación política.[119]

Ahora bien, Cambó también estaba preocupado por la fuerza que los republicanos exiliados estaban ganando en América, y temía que no hubiesen aprendido la lección de la guerra civil.[120]Pijoan, que desde México estaba en contacto directo con ellos, discrepaba

considerablemente:

> Los refugiados aquí están desmoralizados y envilecidos. Ninguno de ellos puede considerarse como un revolucionario que no trastoque dentro la estructura de un gobierno reaccionario —y menos como expectativa—. Están peleados y del destierro no sacarán nada bueno.[121]

Y aprovechaba la carta para explicarle que llevaba una misión de los cuáqueros norteamericanos para negociar con el dirigente socialista Indalecio Prieto sobre cómo podían ayudar a «sacar a gente de Francia».[122]

Viendo lo que hacían los exiliados catalanes en México, Josep Pijoan le planteaba a Cambó que «lo importante sería ver cómo salvar la calidez de la cultura catalana que los que llevaron nuestras cosas casi la ahogaron».[123]Cambó coincidía con él en responsabilizar también a las izquierdas catalanas de la situación:

> Poder salvar el ardor de la cultura catalana, ya puede imaginarse que me preocupa. El daño que se hizo desde la Generalitat en los cinco años de locura izquierdista es grandísimo. La gente habrá de olvidar hasta los recuerdos de ese período, en que el disparate y el crimen lucharon un «match» en el que no se sabe quién fue el vencedor.[124]

A Francesc Cambó le preocupaba no poder vivir en un país estable, sin demagogias ni dictaduras, y se sentía, al fin y al cabo, un liberal.[125]Lamentaba mucho «el daño que han hecho los intelectuales» catalanes durante los últimos años, «cuando por propio impulso o por sugestión ajena abandonan su posición de intelectual puro para utilizarla para otras funciones que le son ajenas».[126]Censuraba duramente a los intelectuales de izquierdas, porque «callaron y disimularon hasta desmentir que los suyos robaban, quemaban y asesinaban a discreción».[127]

Cuando Josep Pijoan le planteó a Francesc Cambó la difícil situación en que se encontraban su concuñado Pompeu Fabra y su familia, lo informó de que él le enviaba dinero desde América[128]y le preguntó si también podía hacerlo, este se excusó diciendo que era muy complejo enviar dinero a los países de Europa que estaban en guerra.

Entre 1945 y 1946 Josep Pijoan publicó en la revista de los exiliados catalanes en México, *Quaderns de l'Exili*, diferentes artículos sobre el catalanismo político durante el último medio siglo. En dos de ellos hablaba de Francesc Cambó, sobre todo en uno que se titulaba

precisamente «Cambó».[129]En dicho texto señalaba, como uno de los defectos principales de Cambó, que no sabía rodearse de la gente más adecuada: «La verdadera razón de su aislamiento, no me cansaré de repetirlo, es la falta de compañía civil con quien trabajar y luchar».[130]Aun así, en el artículo destacaba especialmente su talla de político internacional, su generosidad como mecenas, pero también su gran individualismo: «Cambó cree en la necesidad y la potencialidad de hombres individualizados, deseosos, libres, provistos de técnica y recursos». De todos modos, en esos artículos Pijoan se curaba en salud y, sabiendo que Cambó los leería, le reconocía al editor de la revista, Lluís Ferran de Pol, que «no querría dar un disgusto a aquel amigo enfermo, por las cartas, ya habrá comprendido que es vanidoso y que una falta de consideración por mi parte lo heriría».[131]Con todo, en su correspondencia particular con otros, Josep Pijoan era bastante crítico con el carácter de su amigo Francesc Cambó: «Cambó, o le daba miedo la competencia o era un arisco ... Todo lo que daba eran larguezas, premios Cambó, las publicaciones Cambó, eran el sobradero de su fortuna, no donativos permanentes de la Fundació».[132]Eran amigos, sí, pero también bastante diferentes.

Resucitar la Lliga a la espera de que Franco se retire

El curso de la segunda guerra mundial, inicialmente favorable a los alemanes, y la descarada actitud franquista favorable al Eje harán de Francesc Cambó un hombre pesimista ante la situación política internacional.

> Yo estoy aterrado de las probables, casi seguras, consecuencias de esta guerra, mucho más destructoras de cuanto se hubiera previsto: no es un cambio de época sino el hundimiento de toda una civilización ... todo va hacia las afirmaciones rotundas y hacia las intransigencias absolutas ... hoy el cataclismo es universal.[133]

De hecho, la actuación política de los hombres de la Lliga Catalana se limitaba entonces a las gestiones y relaciones que Joan Ventosa tenía con las máximas autoridades del régimen, lo que servía para mantener la esperanza en que algún día lo llamasen para ser ministro dentro de un gobierno franquista o dentro de un gabinete de «transición». Aunque había que ver primero cómo terminaba el conflicto mundial, después no veía otra alternativa que la restauración

de la monarquía, que «podría salvarnos y crear un amplísimo campo de convivencia del que quedaran excluidos tan solo aquellos que en cualquier país del mundo irían a la horca o a presidio. Pero mientras la guerra dure, toda alteración del *statu quo* me parecería temeraria».[134]

A partir del año 1943, ante la previsible victoria de los aliados, que parecía que pondría en dificultades al régimen de Franco, se dinamizó el movimiento monárquico español, en cuyo interior los miembros de la Lliga Catalana, y muy especialmente Joan Ventosa, aspiraban a tener un gran protagonismo. Cabe recordar que Ventosa estaba muy bien visto en el mundo de las altas finanzas españolas y que tenía una relación estable y cordial con los medios diplomáticos y económicos británicos y estadounidenses, pues siempre se había mostrado partidario de la causa de los aliados. Además, Ventosa había establecido contacto político con el líder de la CEDA, José M.ª Gil-Robles, que vivía autoexiliado en Portugal; aparecía como el dirigente del movimiento monárquico y era el político más cercano al pretendiente Juan de Borbón, conde de Barcelona.

Francesc Cambó, desde Argentina, siempre estuvo bien informado de cómo andaba aquel movimiento. Narcís de Carreras, que actuaba, de hecho, como su representante político en Cataluña, se veía obligado a desplazarse a menudo a Lisboa para «hablar por teléfono con él de aquellas cosas que no convenía que escuchara la censura».[135]Hasta noviembre de 1943 Carreras no pudo ir a Buenos Aires para informarle de la situación y recibir instrucciones. Evidentemente, Cambó le daba constantemente consejos y opiniones políticas a Ventosa: «Me comunico a menudo con Joan con el cual, naturalmente, me encuentro siempre de acuerdo».[136]Una prueba de tal sintonía es que Cambó recibió esperanzado la convocatoria de las Cortes orgánicas franquistas, e incluso aprobó que Ventosa fuese procurador nombrado por Franco: «Creo que puede hacer mucho bien. Creo que puede reforzar su posición personal».[137]Cambó pensaba que Ventosa continuaba siendo la principal carta política de los ligueros dentro del régimen franquista, por no decir la única. Cabe mencionar, sin embargo, que esta actitud de participación en las Cortes franquistas contrastaba notablemente con el boicot que, quince años atrás, había propugnado Cambó hacia la Asamblea Nacional Consultiva, con la que Primo de Rivera pretendía legitimar su

dictadura.

Joan Ventosa se desengañó muy pronto de lo que podía esperarse de las Cortes franquistas y, en mayo de 1943, fue el principal instigador de una carta que firmaron 27 procuradores en la que se le pedía a Franco la restauración de la monarquía. Como se sabe, los firmantes de la carta fueron atacados duramente por la prensa del régimen y cesados como procuradores en las Cortes, y se les retiró el pasaporte. Cambó desaprobó aquella operación política. Creía que el documento era un «paso en falso» de Ventosa y calificó la maniobra «de inoportuna y equivocada», ya que los firmantes deberían haberse asegurado antes de que su mensaje iba a ser bien recibido por Franco, o en caso contrario, debían estar preparados para actuar.[138]Cambó no firmó ninguna de las cartas colectivas hechas públicas por conocidos políticos promonárquicos: ni el texto prorretorno de don Juan de Borbón, de 1943, ni el manifiesto prorrestauración, de febrero de 1946, que sí firmaron muchos otros dirigentes de la Lliga.[139]

Él era partidario de ser más prudente y de no cometer errores que llevasen España a una grave crisis política. Según él, no podía irse contra Franco:

> Yo repudio el régimen y deseo verlo transformado ... pero no al precio de una guerra civil o de unos generales disputándose el poder ... tiene que mantenerse el orden interior y no hay que caer en una nueva guerra civil. Hoy por hoy, el único hombre que lo asegura es Franco.[140]

Pensaba que los catalanistas de la Lliga debían adoptar la táctica de esperar, de no activar excesivamente el movimiento opositor, porque creía que el régimen de Franco caería por sí solo, como fruta madura. Aun así, en diciembre de 1943 era mucho más escéptico que Joan Ventosa respecto a los posibles resultados de las conspiraciones interiores y de las presiones de los aliados hacia Franco: «Ventosa parece que confía en una acción de generales y con el concurso británico: Franco conoce la posición de unos y otros y me parece que, por ahora, se siente el dueño absoluto de la situación».[141]

Joan Ventosa actuaba a menudo por su cuenta y, sin informar a Francesc Cambó, pactó con el político monárquico Pedro Gamero del Castillo la creación de un Partido Nacional Español que integrase a personas de todas las derechas, incluida la propia Lliga Catalana.[142]Este proyecto fracasó totalmente porque fue rechazado, con vehemencia, por Gil-Robles, y además no era conocido por ningún

otro dirigente de la Lliga. Cambó no lo menciona en su correspondencia ni en las Memorias, pero es bastante seguro que ni él ni Lluís Duran lo habrían aprobado.

Pese a su lejanía geográfica, la figura de Francesc Cambó seguía siendo un referente político de importancia, no solo en Cataluña, sino también en España. Muestra de ello es el hecho de que en septiembre de 1945, cuando Ramón Serrano Suñer le escribió a su cuñado Francisco Franco una larga carta pidiéndole que facilitase la transición política de España hacia un «gobierno nacional», uno de los pocos nombres que Serrano sugirió para formar parte del mismo fue el de Francesc Cambó, al que calificaba de «político de excepcional valía».[143]Cuando, un año más tarde, Cambó supo de dicha propuesta gracias a una carta del periodista Ramon Garriga, escribió:

> Aquella especie de ministerio nacional del que me habla no tiene ninguna consistencia. La tragedia de la sustitución de las dictaduras que han durado demasiado se presenta hoy en España, con trágica inexorabilidad. No es Franco quien tiene el poder; es el poder el que tiene agarrado a Franco.[144]

Este era un tema que, como hemos visto, Cambó conocía bien.

La correspondencia con sus grandes amigos y compañeros, y ahora muy especialmente con Lluís Duran i Ventosa, constituye un inestimable testimonio de las opiniones de Francesc Cambó sobre una coyuntura tan interesante como la de los años 1944-1947, cuando parecía que el régimen de Franco podía caer. Así, poco después del desembarco de Normandía, Duran, bastante esperanzado por la nueva situación, le planteó a Cambó la necesidad de volver a la política activa y hasta le sugirió que asumiera de nuevo la dirección de la Lliga: «Espero que no pase mucho tiempo sin que podamos reunirnos de nuevo la Comisión de Acción Política en pleno».[145]De todos modos, Francesc Cambó dudaba mucho de la conveniencia de regresar entonces a Cataluña, entre otros motivos porque temía hacerle sombra a Joan Ventosa y devaluar su papel de abanderado como dirigente máximo de la Lliga y del movimiento monárquico. «Es posible que la sola presencia mía, si tuviese carácter definitivo, debilitara la posición política de Ventosa.»[146]

Pese a la nueva situación internacional, en enero de 1945 Francesc Cambó era partidario de no hacer nada contra la dictadura de Franco, por el peligro que ello podía implicar: «A pesar de los agravios que recibimos del régimen actual, no se puede hacer nada

para derrocarlo ... si se piensa un momento en lo que se produciría entonces».[147]Puesto que parecía que el conflicto mundial estaba finalizando en Europa, Cambó confiaba en que la nueva coyuntura internacional favoreciese, como había ocurrido en 1918, causas como la de Cataluña: «Espero que con el régimen que se establezca en Europa se reconozca a todos los hombres y a todas las colectividades humanas un mínimo de respeto a su personalidad y libertad».[148]

De todos modos, el líder catalanista también se daba cuenta de que, si el régimen de Franco no evolucionaba, la presión política de los republicanos acabaría imponiéndose, ya que estos empezaban a obtener importantes reconocimientos internacionales, como se había visto, terminada ya la guerra mundial, en la conferencia internacional de San Francisco:

> La terquedad del régimen actual de no querer evolucionar, ni en lo político, ni en lo económico, ni en lo espiritual, y la actuación inteligente que llevan los rojos desde hace unos meses, que les ha permitido obtener el éxito que acaban de lograr en San Francisco, todo ello crea un cúmulo de interrogantes.[149]

Por otra parte, la nueva coyuntura internacional había propiciado también contactos políticos entre miembros de la Lliga Catalana y representantes de buena parte de las formaciones republicanas. Desde finales de 1943 se fue produciendo una especie de deshielo en las relaciones entre ligueros y gente de otras opciones políticas, al margen de dónde hubieran estado durante la guerra civil. Los dirigentes de la Lliga estaban interesados en salir del aislamiento político en el que se hallaban y querían quitarse de encima la mala fama de ser unos «colaboracionistas» del régimen de Franco. La previsión de un cambio político en España facilitó la relación, interrumpida desde 1936, con Esquerra Republicana, Acció Catalana y formaciones nuevas, como el Front Nacional de Catalunya. Así pues, en noviembre de 1943, poco antes de marcharse a Argentina para entrevistarse con Francesc Cambó, Narcís de Carreras mantuvo una reunión con Joan Cornudella, dirigente del Front Nacional de Catalunya, y alcanzaron un notable entendimiento.[150]

Una muestra clara del interés que tenían los nacionalistas catalanes del interior por la gente de la Lliga, y especialmente por Francesc Cambó, fue el opúsculo escrito por Ramon Arrufat, periodista vinculado a Estat Català, que utilizaba el pseudónimo de «Ramon de les Borges Blanques», titulado *La solución Cambó*.[151]En ese texto

clandestino, pero bastante distribuido por Cataluña entre 1945 y 1946, Arrufat sostenía que

> en medio de la desesperación, del desconsuelo y la añoranza, Cambó es la solución que todos aceptarían como sedante de la crisis moral que Cataluña en general, padece ... He aquí la IDEA básica de la política de Cambó. Crear una CULTURA NACIONAL, para más tarde poder crear un pueblo político en el aspecto económico.[152]

Gran parte de los numerosos informes que hay en el archivo de Carles Pi i Sunyer sobre las relaciones entre las diferentes fuerzas políticas catalanas de aquellos años hablan de las posibilidades y de la necesidad de reconstruir la Lliga Catalana. Algunos de esos informes incluso señalan las supuestas diferencias políticas entre lo que proponía Joan Ventosa en el interior y lo que decía Francesc Cambó desde Buenos Aires. A este último se le atribuía la tesis de «que el cambio nunca se da sin provocarlo, y con esta primordial finalidad, la reorganización [de la Lliga] es indispensable».[153]Algunos dirigentes de Esquerra Republicana hacían, a finales de 1944, esta interesante descripción de las posibilidades políticas del partido dirigido por Francesc Cambó:

> La Lliga no existe ahora en cuanto partido organizado, pero conserva, más o menos, sus cuadros dirigentes, y también se equivocaría quien creyese en su defunción. La Lliga, como Esquerra, no es una creación artificial, un conglomerado que nace muerto, según las conveniencias del momento: la Lliga responde a una necesidad, a un estado latente de opinión, y la gente que figuraba en ella se encontrará siempre unida por un ideal común, y más aún, por un interés común.[154]

A finales de 1945 el republicano Carles Pi i Sunyer redactó un largo e interesante informe titulado «Las fuerzas políticas catalanas», en el que, además de explicar con detenimiento las posibilidades que, según él, tenía la Lliga de reconstruirse, negaba con claridad que se pudiera acusar a Francesc Cambó ni a la mayoría de los dirigentes de aquel partido de colaboracionistas con el régimen de Franco:

> La impresión que hay en Cataluña es que la Lliga, como partido, no puede decirse que haya colaborado con Franco; eso no quita que haya un fuerte odio contra ella entre las capas republicanas ... En general, no se considera que los jefes importantes de la Lliga estén comprometidos con el golpe de estado que acabó con la República. Hay un criterio bastante extendido que no es desfavorable a esos dirigentes superiores de la derecha catalana ... Tampoco hay una corriente hostil contra Cambó, pero toda esa indiferencia no diluye la impresión de que a la Lliga le costará mucho tener la fuerza que tenía en Cataluña antes de la Guerra.[155]

Entre los años 1945 y 1947, la cuestión política central que se planteó la oposición al régimen de Franco era la posibilidad de

restablecer la monarquía, opción que los dirigentes de la Lliga que vivían en Barcelona —principalmente Joan Ventosa y Lluís Duran— consideraban como la única salida posible. Defendían iniciar un período de transición hacia la monarquía con Juan de Borbón como rey, y de acuerdo con Franco, porque el dictador aún contaba con numerosos apoyos políticos y mucho poder. Según Duran, había que buscar «el consentimiento y, mejor, el asentimiento de Franco» porque eso tendría el apoyo del ejército, la iglesia y «la gran masa de opinión oscilante, pero que con razón quiere sobre todo orden y paz».[156]El gran problema para Lluís Duran era «convencer a Franco» de que cediese el poder, y por eso creía conveniente que fuese el propio dictador quien fijara los límites del futuro sistema político.[157]

Por su parte, Francesc Cambó consideraba que la nueva situación política internacional había dejado a Franco en una posición muy difícil y que, puesto que «ni los republicanos ni Franco tienen la batalla ganada, y es cuando los dos pueden perderla, es cuando es posible una solución conciliadora que podría agrupar de la derecha a la izquierda moderada, con inclusión de gran parte de los emigrados».[158]De todos modos, pensaba que

> no caerá el régimen de Franco —porque no convendrá que caiga— hasta el momento en el que se tenga la seguridad de que su caída no es el retorno al salvajismo de 1936, hasta que se encuentre una solución para Franco que lo impulse a dejar el puesto sin hundir el templo.[159]

Aquellos años, entre 1945 y 1946, Francesc Cambó recibía en Buenos Aires cartas e informes de carácter político de muchísima gente. Desde periodistas como Carles Sentís, que ahora se había convertido en un ferviente monárquico,[160]o Ramon Garriga hasta jóvenes militantes de la Lliga, como Xavier Ribó, Joan Baptista Solervicens, Octavi Saltor, Salvador Millet o Marcel·lí Moreta. Con toda esa información, Cambó juzgaba urgente reconstruir la Lliga, ya que era preciso que Joan Ventosa, que entonces actuaba como el más destacado líder, tuviera tras de sí un partido organizado si quería influir políticamente. Cambó creía que la Lliga debía buscar un acuerdo con la CEDA de Gil-Robles:

> Le escribo a Joan diciéndole que, si no tiene un partido que lo apoye, aliado, o mejor, coordinado, con un gran partido español —hoy no veo más que la CEDA— no podrá gobernar por mucho tiempo ... Hoy no cuenta ni la simpatía, ni la intriga, ni siquiera la inteligencia; hoy solo cuenta la fuerza.[161]

Bien mirado, Cambó dudaba de que Ventosa fuese realmente el hombre más adecuado para dirigir la nueva Lliga Catalana y así lo reconocía en una carta a Lluís Duran: «Me parece que —Joan— siente poco la reanudación de acción catalana catalanista».[162]

Fue en esta coyuntura relativamente esperanzadora cuando Francesc Cambó se planteó con seriedad su retorno, si bien provisional, a Cataluña. A principios de 1945 ya le anunció a Lluís Duran que, posiblemente, en la primavera de 1946 se iría a Barcelona un par de meses.[163]Creía que su presencia serviría para aclarar muchas cuestiones sobre la estrategia política que habría que seguir. Cada vez dudaba más de la posible eficacia de la táctica seguida por el movimiento monárquico que, en marzo de 1945, había propiciado la publicación del manifiesto llamado de Lausana, donde el pretendiente Juan de Borbón planteaba la necesidad de que España evolucionase hacia un régimen plenamente democrático. Él seguía siendo bastante escéptico: «Todo me lleva a creer que el documento de D. Juan será un fracaso más ... lo que compromete seriamente la causa de la monarquía en España».[164]

A finales de 1946, desde Buenos Aires, Cambó insistía de nuevo en la necesidad de reconstruir la Lliga. En una carta a Lluís Duran le decía que

> en previsión de lo que pueda pasar, alguien tendría que preparar la reorganización de la Lliga, que tiene hoy, tanto en Cataluña como en Madrid, como entre los emigrados, un cartel considerable. Y sin un partido no se puede hacer política: ni democrática, ni totalitaria ... Qué pena que nuestro equipo no pueda quitarse veinte años de encima por unidad: ¡probablemente volveríamos a gobernar, de nuevo, quince años seguidos! A ver si nuestra juventud, libre de nuestro estorbo, sabe crear una jerarquía y una disciplina. Nosotros, entre bambalinas, todavía podríamos ayudarles.[165]

Por entonces ya había decidido ir a Barcelona; sería «un viaje corto, de reanudación de contacto que me diga si me sentiría a gusto ... o si podría resistir al menos una estancia definitiva».[166]Y por eso consideraba fundamental

> preparar una restauración de la Lliga, reconstruyendo sus cuadros, creando desde ahora una revista que pueda transformarse en periódico ... teniendo cuadros y subsistiendo la fidelidad de los núcleos ... en poco tiempo quedaría reconstruida una organización de partido. Los de la antigua Comisión Política somos demasiado viejos para dirigirlo. En cambio, Narcís de Carreras es el más dotado, tiene un núcleo de jóvenes.[167]

Para la reconstrucción de la Lliga, Cambó creía que podía contar con Félix Millet, con elementos de los fejocistas,[168]pero consideraba

muy difícil el entendimiento con Unió Democràtica, partido que, según él, aspiraba a ser «algo parecido a los Movimientos Cristianos populares que tanta influencia tienen hoy en Francia y en Italia y que, en el fondo, son tanto o más demagogos que los socialistas».[169]

Y como consideraba tan importante la alianza con José M.ª Gil-Robles, Narcís de Carreras, que actuaba como emisario político de Cambó, le había manifestado el deseo de un entendimiento entre la Lliga y la CEDA. Según Cambó:

> El partido general español que él hiciera, con la estructura pero sin el nombre de la CEDA, es decir, la concentración de diversos núcleos regionales autónomos, ofrecería a la Lliga poder jugar en este partido general español el mismo *rôle* que la DRV jugaba dentro de la CEDA ... La Lliga, con un hombre de grandes aptitudes políticas, terminaría gobernando el partido general español.[170]

Incluso cuando especulaba sobre las posibilidades de un cambio político en Cataluña, Cambó planteaba que seguramente, en una primera etapa, habría que pensar en el restablecimiento de la Mancomunitat. En una carta a Puig i Cadafalch, que conocía por propia experiencia el carácter y las limitaciones de aquella institución, le decía que el restablecimiento de la Mancomunitat «lo estimaría como la mejor —posibilidad— durante una larga temporada, pero dándole base económica propia y no dejándola, como la otra vez, a merced de la buena voluntad de los ayuntamientos, en especial del de la ciudad de Barcelona».[171]

Pese a que Francesc Cambó pensaba que la Lliga sería aceptada en general como una especie de árbitro político,[172]reconocía que la situación en Cataluña era muy compleja y difícil para los ligueros, ya que los exiliados estaban mejor preparados:

> Entre los emigrados de izquierda ... no se cesa de hacer política. Y no tan solo los viejos, los que ya la hacían, sino también las últimas promociones. Se habitúan a escribir, a polemizar, a hacer discursos, a organizarse. Y entre los catalanes, los viejos informan y entrenan a los jóvenes. Mientras tanto, en España, como en todos los países en régimen de Dictadura, desaparecen vocaciones políticas; los que la tenían la van perdiendo, y las opiniones disconformes con el régimen, puesto [que] no pueden exponerse y hacer propaganda, van borrándose de la memoria. Si un día se llega a una solución normal del problema español, la superioridad política de los equipos de izquierda será tan enorme que, sin trampas ni violencias, tomarían la dirección del país ... Los catalanistas de izquierda instruidos y aptos para una actuación política son inmensamente más fuertes que los de centro y derecha que viven en España. ¿No se podría hacer nada para que los viejos preparasen a un núcleo de jóvenes?[173]

Gran parte de estas consideraciones estaban provocadas por el hecho de que Cambó había leído las revistas catalanas publicadas por

los núcleos de exiliados, especialmente *Quaderns de l'Exili*, que se editaba en México, *Quaderns de Perpinyà* o *La Nova Revista*, en París. Con no poca sorpresa reconocía ante su amigo Duran que «casi todos los artículos los podríamos firmar tú y yo».[174]De todos modos, Cambó diferenciaba las revistas catalanistas, aunque las publicasen los republicanos, de las que hacían los rojos: la lectura de «las publicaciones rojas, así catalanes como castellanas ... me produce una mezcla de horror y asco que me da resignación para aguantar una temporada más».[175]

Tal vez porque la nueva situación política ofrecía, según Cambó, más posibilidades a las izquierdas que a las derechas, sus críticas a aquellas eran ahora extremamente duras. Aun así, en cuanto a buscar responsabilidades políticas, no dudaba en censurar el comportamiento de las clases media y alta catalanas. Pues, según él,

> fueron gente de casa y de clase media hacia arriba los que dieron el éxito a la izquierda en 1910 como premio por haber hecho fracasar el movimiento de Solidaritat; fueron gente de casa, de la más responsable, los que dieron su concurso al movimiento insensato de Acció Catalana ... que iba a comportar, fatalmente, el declive que comportó. Y al venir la República, fueron muchos catalanes con experiencia y responsabilidades los que sostuvieron los períodos vergonzosos de Macià y Companys.[176]

Su censura a la gestión política que las izquierdas habían desarrollado durante la etapa de la Generalitat era bastante radical:

> ... la mayor desventura para un país es que le reconozcan una libertad que no sea capaz de administrar. El ejemplo que dio Cataluña en el período de la Generalitat y del Estatuto —con máxima discordia catalana y mínima acción constructiva— le hizo más daño que las dos dictaduras.[177]

Ese gran rencor hacia la gente de izquierdas persistía también cuando se trataba de aventurar qué iban a hacer si estas gobernasen de nuevo en Cataluña:

> Si mandasen de nuevo, se repetiría la historia, no solo de la Guerra Civil, sino la de los años anteriores desde que se proclamó la República, cuando la izquierda inició ya el predominio del aventurero y del murciano y la proscripción de casi todos los que habían trabajado en la labor de Renacimiento.[178]

A la posibilidad de un cambio político, añadía Cambó su gran esperanza en un futuro mejor para Cataluña. En diciembre de 1946 Cambó exponía esta larga declaración de principios políticos:

> Sigo creyendo en Cataluña, en la virilidad de la raza catalana, y creo que no desaparecerá su lengua, ni dejará de existir un gran núcleo de catalanes que le rindan

> homenaje y que se sientan vinculados a la historia de su tierra y, consciente o inconscientemente, quieran reconstruir su historia. El día que se produzca un cambio de régimen, o si solamente el actual se vuelve liberal y tolerante, vas a ver el nuevo impulso del catalanismo. Pero ese día se dará algo lamentable: los hombres de izquierda que están emigrados no han cesado ni un día de hacer política y de adiestrarse para la política; en cambio, los que se han quedado en su casa, por falta de ejercicio habrán visto atenuada y en gran parte embotada su aptitud para la acción política. Debe haber entre la juventud un núcleo que, cuando convenga, pueda plantar cara, sostener la vieja tradición de la Lliga. Creo que deberías mantener contacto con Carreras y con el interesantísimo grupo de jóvenes que mantienen relación con él.[179]

Insistiendo en la misma cuestión, el 16 de febrero de 1947 Francesc Cambó le declaraba a Duran: «Yo estoy seguro de que el día que se normalice la situación en España, el pleito de Cataluña ocupará de nuevo un primer puesto, y los catalanistas, únicos que tendrán un ideal, serán quienes gobiernen».[180]

A principios de 1947 Francesc Cambó sentía grandes deseos de regresar a Barcelona, pero no sabía si podría adaptarse a la nueva situación política ni aceptar los comportamientos de algunos catalanes: «Yo no me siento capaz de contemplar pasivamente tanta degradación, tanto rebajamiento entre los nuestros, entre la gente que tanto hemos hecho por elevar y dignificar».[181]

Su última carta a Lluís Duran i Ventosa que hemos localizado, correspondiente al 22 de febrero de 1947, incluye un amplio resumen de sus ideas sobre la situación política de Cataluña. El texto es bastante interesante y constituye una especie de testamento político del líder catalanista, que moriría dos meses más tarde.[182]Cambó empieza la misiva manifestando, al igual que Lluís Duran, una profunda preocupación e inquietud por la situación presente y el porvenir de Cataluña. Recordaba que ambos habían «consagrado» a Cataluña lo mejor de su vida, sacrificando su familia a «la obsesión catalana». Y se preguntaba si aún era posible superar la situación en la que se encontraba Cataluña, ya que parecía que se hubiera desplomado toda la obra de su generación. Aun así, se mostraba optimista y exponía de forma ordenada, en once puntos, su pensamiento político.

En primer lugar, creía que la coyuntura internacional «es desfavorable para los nacionalismos», por lo que la causa catalana no iba a recibir demasiado apoyo exterior. Además, decía que la división entre las izquierdas y las derechas catalanas había sido funesta, pues había hecho desaparecer «todo sentimiento de solidaridad catalana y venir al más feroz partidismo». Con todo, confiaba en que, con el

tiempo, menguara en España «la fobia anticatalana», y, en cambio, se mostraba más preocupado por el «retroceso del sentimiento catalán» —menos uso de la lengua, escasas publicaciones— y por la disminución del número de catalanes de nacimiento, a consecuencia de la gran emigración hacia Cataluña de gente de habla castellana. Rechazaba con dureza la acusación que algunos sectores conservadores aún le hacían a la Lliga, que la consideraban «un factor importante» de la crisis de 1936, y denunciaba que esos mismos sectores habían terminado aceptando el pacto tácito según el cual los catalanes «han de trabajar y dejarse gobernar».[183]Insistía en la necesidad de organizar la acción política, de preparar la reconstrucción de la Lliga y de buscar un acuerdo con Gil-Robles, en la perspectiva de una nueva CEDA. Decía también sentirse esperanzado por un resurgimiento del sentimiento catalanista y ponía énfasis en la importancia de impulsar una política cultural propia, tanto en el campo del arte como en el de la literatura y en el de la política.

Al final de la carta, en el contexto de las consideraciones generales sobre qué debía defender la nueva Lliga, Francesc Cambó argumentaba y sintetizaba su programa político en tres puntos:

> Primero, creo que toda actuación catalanista debe ser a base de un repudio enérgico y constante de toda veleidad separatista. Segundo. La aceptación, sin reservas, del régimen constitucional que haya en España, tanto si es monárquico como republicano. Tercero. La decisión de intervenir constantemente en la política general.[184]

Cambó finalizaba esa carta a su amigo Lluís Duran diciéndole que no precisaba respuesta, ya que esperaba estar en Barcelona en un par de meses y entonces tendría la oportunidad «de hablar de política con poquísimas personas, pero contigo de una manera especialísima». Francesc Cambó no conseguiría ver el resultado práctico de las directrices políticas que había fijado en esa carta, pues murió dos meses más tarde, el 30 de abril, sin haber podido pisar de nuevo Cataluña.

Durante los últimos años de su vida, Francesc Cambó se mostró bastante preocupado por el futuro de sus obras de mecenazgo y su colección de pinturas. A Josep Puig i Cadafalch le consultó qué podía hacer con la colección. En una carta del 30 de mayo de 1944 le decía que estaba revisando sus disposiciones testamentarias y «me encuentro hoy con el grave problema de que no sé qué hacer con mis cuadros».[185]Repasaba la historia de su colección y la pretensión inicial

de hacer «un pequeño Museo del Renacimiento, con Biblioteca de Arte, todo ello anexo a mi casa». Añadía, sin embargo, que, con lo ocurrido en los años recientes, aquello «se ha ido al garete». Pese a haber hecho algunas donaciones y pese a las pérdidas de cuadros durante la guerra, «me queda, evidentemente, una buena cantidad de cuadros y alguno de ellos de altísimo valor artístico y de mucho valor económico ... ¿A quién se los dejo?». No quería dejárselos al Museo del Prado, al que ya había donado ocho piezas de gran calidad, sino que se inclinaba por donárselos a la ciudad de Barcelona, pero tampoco quería que fuesen a parar al museo de Montjuic:

> En el Museo actual de Barcelona, todo él de arte medieval, serán una triste figura; además, a Montjuic no irá a verlos nadie. ¿Acaso ve, en la ciudad de Barcelona, alguna Institución en la cual pudiesen decorar una sala, donde, si no cada día, algún día a la semana pudiera ser visitada?

Por eso le pedía consejo a Puig: «¿Adónde cree que podrían ir? ¿Cree que debo dejarlo a la decisión de mis Albaceas?».[186]

Un mes más tarde, Puig le daba una noticia bastante importante: el Ayuntamiento de Barcelona había comprado el Palau de la Virreina y posiblemente haría allí un museo.[187]Días después, repasaba las diferentes posibilidades existentes para su colección de pinturas.[188]Según él, lo más lógico sería dentro del Museo de Pintura y Escultura del Arte Catalán «que desgraciadamente nació muy míseramente en el tiempo de Renacimiento». Pero sin duda, aunque Puig reconocía que el museo de Montjuic no tenía visitantes, «la única solución local posible es el Parque de Montjuic». Aun así, Puig le comentó de nuevo que «el Ayuntamiento de Barcelona ha comprado la Casa de la Virreina y piensa adquirir los edificios de alrededor de la gran plaza, que hoy es el mercado». Según él, parecía que existía el proyecto de hacer allí «un gran centro cultural en medio de Barcelona. Es posible que la sección no catalana del Museo adquiera nueva importancia. Su colección le daría más tono».[189]En su carta, Puig descartaba otras posibilidades de sitios en los que depositar la colección. No podían ser instituciones, como el Institut d'Estudis Catalans o la Acadèmia de Bones Lletres o la de Sant Jordi, ya que «las dos pasan una vida académica provinciana, sin medios y sin actividades literarias y artísticas».

El 13 de noviembre, Francesc Cambó, después de alegrarse de la compra del Palau de la Virreina por el Ayuntamiento de Barcelona,

manifestaba:

> De las soluciones que me ofrece, la mejor, evidentemente, es la del Palau de la Virreina, caso que allí se dé acogida a algunas colecciones particulares que se lo merezcan y que no pueden incorporarse a las grandes colecciones de arte catalán que tiene el Museo, como es mi caso. Naturalmente que antes de tomar una decisión, yo quisiera ver si las cosas de España se consolidan un poco y la convivencia entre personas e ideologías deviene posible.

Como veremos más adelante, Francesc Cambó terminaría por donar su importante colección a la ciudad de Barcelona, si bien el proceso hasta que llegase a la ciudad y fuese exhibida —por primera vez, en el Palau de la Virreina— iba a ser muy largo, complejo y lleno de obstáculos.

Una muerte inoportuna

Francesc Cambó se había trasladado a América junto con Mercè Mallol y su hija Helena, a la que había adoptado oficialmente en 1938, cuando tenía ocho años.[190]Como se explica luego con más detenimiento, su vida sentimental era bastante compleja y eran pocos los que conocían la existencia de estas dos mujeres. Por otro lado, la soltería de Cambó había sido siempre un tema de larga conversación con sus amigos. Ya en abril de 1942 Josep Pijoan le dijo, medio en broma, que «en Nueva York me dijeron que se había casado usted, a lo que contesté yo que me parecía difícil. Se ha creado una leyenda mitológica, precisamente porque no saben de usted la realidad».[191]La respuesta de Cambó es realmente interesante:

> Tiene toda la razón cuando dice que únicamente los que no me conocen pueden creer la chismografía de mi matrimonio. Lo que me desagrada es que, después de tanto tiempo viviendo retirado y haciendo lo posible por que la gente no sepa nada de mí, persista todavía una curiosidad morbosa.[192]

Lo que deducimos de ello es que por entonces Cambó no tenía previsto casarse de ningún modo. A Narcís de Carreras le había confesado que él no había querido casarse «porque no era bueno para hacer política».[193]

Sin embargo, tres años más tarde había cambiado de opinión. En efecto, a principios de 1946 decidió contraer matrimonio con Mercè Mallol para regularizar definitivamente la situación de la hija de ambos, Helena, a quien quería nombrar su heredera universal. Pienso

que esta fue la razón principal de su matrimonio: legalizar de forma definitiva la situación de Helena. Solo siendo hija de un matrimonio legítimo podría asumir legalmente la condición de heredera universal.

Francesc Cambó y Mercè Mallol se casaron en la catedral de Buenos Aires el 16 de marzo de 1946, por la tarde y de forma discreta, solo con la presencia de unos cuantos familiares. Cambó se lo comunicó después a algunos amigos,[194]e incluso se lo presentó como «la noticia bomba» al benedictino Bonaventura Ubach.[195]Con Lluís Duran hasta bromeó presentándose como el último soltero de «la pandilla» que finalmente había caído.[196]Al enterarse Puig i Cadafalch, le dijo, con segundas intenciones, que esperaba que la nueva condición de casado lo volviera «más comprensivo» con los demás.[197]

Francesc Cambó hizo su último testamento el 4 de noviembre de 1946 en Buenos Aires. En él hacía constar por primera vez a su hija Helena como heredera universal, donaba a la ciudad de Barcelona su colección de pintura clásica, indicaba que había que crear una fundación de carácter internacional y bien dotada para gestionar sus actividades culturales e incluía importantes legados a instituciones benéficas catalanas.[198]

En aquellos momentos, su estado de salud era relativamente bueno, pero se sentía débil, hecho que lo obligaba a llevar una vida tranquila, buscando en invierno el refugio seco de Alta Gracia y pasando las semanas más calurosas del verano austral en la casa de Punta del Este. Seguía padeciendo problemas respiratorios y prácticamente se había quedado sin voz, por lo que solo podía hablar en voz muy baja.[199]

En Buenos Aires, aparte de continuar escribiendo *Meditacions. Dietari*, que había iniciado en 1936, en el año 1944 empezó a dictar sus memorias. Les pidió a sus colaboradores de Barcelona que tratasen de recuperar y ordenar sus papeles del piso de la vía Laietana. Joan Baptista Solervicens le enviaba periódicamente los documentos y libros que necesitaba, y con dicho material Cambó ya elaboraba una primera versión para dictársela a su secretaria.

Enviaba esa primera versión a algunos amigos y compañeros de Barcelona, preferentemente a Joan Ventosa, Lluís Duran y Josep Puig i Cadafalch, para que opinaran. Pero también le pedía el parecer sobre algunos episodios a Josep Pijoan, que vivía entre México y Estados Unidos. Una vez recibidos los comentarios de las primeras lecturas,

pasaba a la redacción más definitiva de los capítulos. También Josep Pijoan participaría en la lectura del primer redactado de sus recuerdos. En septiembre de 1945, Cambó le explicaba que se encontraba en Alta Gracia dictándole sus memorias a su secretaria y que ya había avanzado mucho, incluso teniendo en cuenta las dificultades que suponía haber perdido gran parte de la documentación que tenía.[200]Con todo, le decía:

> Mis memorias le interesarán mucho y siento un gran deseo de que antes de darlas por definitivas hayan pasado por su crítica, al menos algunos de sus capítulos: usted conoce lo que yo era, cómo vivía y qué hacía hasta 1909. Además, nos hemos reencontrado luego y nunca hemos perdido del todo el contacto.[201]

Le explicaba también que había empezado a escribir una parte que sería una «acta acusatoria» sobre su actividad política. Sostenía que iban a ser unas memorias sinceras, que no ocultaría nada y que sería autocrítico: «Hablo, también, sin hipócrita rubor, de lo que creo que han sido aptitudes y aciertos míos, pero hablo también sin vergüenza de mis fallos y defectos. Hay todo un capítulo titulado "Mea culpa", dedicado a esta materia».[202]En algunos casos, hasta les pedía la opinión a sus amigos sobre si había que aumentar los aspectos más personales: «¿Crees que debería acentuar las notas íntimas y personales? O que ya es suficiente».[203]

Parece ser que hasta tenía pensado, durante su viaje a Barcelona, ver si podía publicarse algún texto a fin de comprobar los límites de la censura franquista. No sabemos de qué escrito se trataría, pero el 18 de enero de 1947 le había comentado a Puig que «tal vez pronto podrá publicarse algo: es el tanteo que haré cuando yo vaya a Barcelona».[204]

Francesc Cambó iba aplazando la vuelta por dos cuestiones: a causa de la propia guerra mundial, que afectaba notablemente a las travesías del Atlántico en barco, los viajes eran más largos y los barcos iban más llenos de gente; pero también temía «que surgieran complicaciones que me privasen de volver aquí, donde las cosas de la CHADE requieren imperiosamente mi presencia».[205]

La idea del retorno a Cataluña ya estaba muy clara cuando finalizó la segunda guerra mundial. Se trataba de hacer un viaje exploratorio para resolver cuestiones económicas y de administración de sus propiedades y para ver si podía adaptarse a la vida catalana bajo el franquismo.[206]Solo pensaba quedarse «un par de meses», porque luego quería ir unos días a Suiza.[207]Si bien no pretendía

quedarse a vivir en Cataluña, sí quería dar un golpe definitivo a la reorganización de la Lliga. La mayoría de los dirigentes de este partido aún confiaban en tener de nuevo un papel importante en la vida catalana si, como esperaban, se producía un cambio político en España.

El dirigente de Esquerra Republicana Pere Puig mantuvo en Barcelona una entrevista política con Narcís de Carreras, el 5 de marzo de 1947, en la que hablaron del previsto regreso de Cambó a Cataluña. El secretario de Cambó, con no poco optimismo, defendió la tesis de que con él en Barcelona la Lliga pronto volvería a ser un partido fuerte y de que la monarquía era la única salida política al franquismo.[208]

Asimismo, Cambó tenía previsto durante su estancia en España pasar una semana en Madrid, «con mi mujer y mi hija», para ver museos y hablar con unos cuantos amigos.[209]Y también se planteó la posibilidad de ir para las fiestas de la entronización de la Virgen de Montserrat, el 27 de abril de 1947. Estaba al corriente de que se estaban organizando con la participación de algunos de los antiguos militantes de la Lliga, y había recibido información seis meses antes, por medio de Narcís de Carreras y Salvador Millet, sobre el carácter de «reconciliación» entre los catalanes que la Comisión Abad Oliba quería dar a dichas fiestas. No sabemos con seguridad si realmente tenía la intención de ir a Montserrat aquel día.[210]Es evidente que a las autoridades franquistas no les habría gustado nada que Francesc Cambó apareciese públicamente en Cataluña en esas circunstancias.

A mediados del mes de marzo de 1947, Francesc Cambó se encontraba relativamente bien de salud. El último acto donde se le vio en público, el 11 de marzo de 1947, fue el almuerzo celebrado en honor del ex ministro español Demetrio Carceller, en el Jockey Club de Buenos Aires, y entonces, a juzgar por las fotografías, tenía buen aspecto. El viaje a Barcelona —finalmente, en avión— estaba programado con salida desde Buenos Aires el 13 de abril, y la llegada a Madrid sería dos días después. Puesto que el avión hacía escala en Brasil y Senegal, era obligatorio vacunarse, y eso hizo a mediados del mes de marzo. Pero al cabo de pocos días empezó a encontrarse mal, y a principios de abril ingresó en la clínica Podestá de Buenos Aires con una fiebre muy alta. El viaje se aplazó unos días, hasta el 30 de abril, con el convencimiento de que Cambó se recuperaría, pero no fue así.

A pesar de que se le administró penicilina, su estado empeoró y se planteó la posibilidad de practicarle una intervención exploratoria. El día 29 se agravó aún más y sufrió abundantes hemorragias. Aquel mismo día se le administró la extremaunción, y murió el día 30 de abril a las cinco de la tarde, hora argentina. Tenía setenta años y siete meses. En Barcelona, las noticias sobre su salud habían alarmado a sus amigos y colaboradores, que llamaban por teléfono a Buenos Aires sin parar. El mismo día 30 de abril, Narcís de Carreras tomó un avión hacia Buenos Aires, pero llegó cuando Cambó ya había muerto.

El cuerpo de Francesc Cambó fue trasladado a su domicilio de la avenida Alvear y el 2 de mayo, después de una misa *corpore insepulto*, fue enterrado en el cementerio de la Recoleta de Buenos Aires. Sus restos permanecerían allí más de treinta años.[211]Presidieron el duelo, junto a Mercè Mallol y Helena Cambó, Ernesto Zulueta, que era entonces el encargado de negocios de España en Argentina, y el ex embajador, conde de Bulnes, así como los principales directivos de la CHADE y de la CADE.

En los periódicos de Barcelona del día 1 de mayo ya apareció la noticia urgente de la muerte de Francesc Cambó.[212]Era sobre todo una breve nota de agencia, llena de especulaciones sobre la causa de su defunción, donde se hablaba de fiebre tifoidea por haber bebido agua en malas condiciones. Días después se dijo también que había sido una peritonitis, hasta que finalmente se habló de septicemia, provocada por la vacuna.

El domingo 5 de mayo prácticamente todos los periódicos de la ciudad publicaron la esquela de «Francisco de A. Cambó y Batlle». Se decía que «sus amigos agradecerán la asistencia a los funerales que se celebrarán el próximo martes día 6, a las diez y media, en la iglesia de los PP. Capuchinos de Nuestra Señora de Pompeya». Los funerales constituyeron una manifestación ciudadana de grandes dimensiones. La iglesia de Pompeya se llenó de tal modo que una muchedumbre tuvo que quedarse fuera, en la Diagonal, sin poder entrar. Los periódicos mencionaron la presencia de algunas autoridades, como el alcalde de la ciudad, el barón de Terrades; el anterior alcalde y ahora embajador en París, Miquel Mateu, y sobre todo los más destacados dirigentes de la Lliga: Josep Puig i Cadafalch, Joan Ventosa, Lluís Duran, Josep Bertrán i Musitu, Felip Rodés, Pere Rahola, Josep M. Trias de Bes, Félix Escalas, Lluís Puig de la Bellacasa, Francesca

Bonnemaison, Joan Estelrich, Josep Garí, etc.[213]Estaba también gran parte de la familia Cambó que residía en Cataluña.[214]Durante el funeral se repartió un recordatorio con una fotografía de Francesc Cambó de perfil y aún con barba, y que incluía diferentes citas bíblicas, entre las que destacaba la del Evangelio de San Marcos: «Él dilató la gloria de su pueblo». También se celebraron funerales en las iglesias de Besalú y Verges.

Tiene cierto interés político el texto que el dirigente de Esquerra Republicana Emili Vigo, director de *La Humanitat*, elaboró sobre el carácter y el significado del funeral de Barcelona. Vigo, comentando primero una reciente visita de Franco a Barcelona, decía que si bien había bastante gente en las calles y en las recepciones, había que

> destacar que a dichos actos no ha asistido nadie de la Lliga. En cambio, los funerales de Cambó revistieron un carácter eminentemente político y los presidió toda la plana mayor de la Lliga. Hubo un gran gentío que no pudo entrar totalmente en la iglesia de Pompeya. Aquellos que dicen que la Lliga está acabada me parece que están un poco equivocados.[215]

Evidentemente, fueron muchos los artículos escritos con motivo del fallecimiento de Francesc Cambó, tanto en la prensa de Barcelona y de España como del extranjero. Los textos publicados en España estuvieron influidos por la situación política y por la existencia de una censura todavía rigurosa, por lo que difícilmente podría profundizarse con rigor y libertad en su itinerario político y su significación.

El artículo más emotivo y personal de los que aparecieron en la prensa catalana tal vez fuese el de Joan Estelrich, publicado en el *Diario de Barcelona* dos días después de su muerte.[216]Es un texto centrado en la personalidad de Cambó, en su forma de ser y de actuar, sin repasar su vida política, ni mencionar ninguno de sus cargos, ni citar ningún año, ni a ninguna otra persona. Para Estelrich, Cambó era el «jefe nato y esencial», dotado de una gran seguridad, de un «poder mágico» que hacía de él un «individuo superior» con una «voluntad inexpugnable». No ocultaba las contradicciones que podían observarse en su carácter: «Maestro suave y duro, irritable y potente, que se impone por el rigor de su dialéctica». Y señalaba, sobre todo, su combatividad, «el gusto por la lucha, la necesidad de respirar el aire electrizado de la tempestad». Ponía un énfasis especial en sus principales virtudes políticas: «Sus triunfos políticos debiéronse, en primer término, a la rapidez en la concepción y la celeridad en la

ejecución ... Fue durante años un eficacísimo creador de conciencias». La conclusión de Estelrich era clara: «Ha tenido una vida densa, fértil y rica. No logró, sin embargo, todas sus posibilidades. Acháquese a las viradas de la historia, no a su voluntad». Su muerte dejaba importantes tareas a sus colaboradores y correligionarios: «Reparar destrozos, colmar vacíos, cuidar tumbas; entregarnos al trabajo, perseverando en los duelos». Días después en el mismo Diario de Barcelona, Josep Pla publicaba el artículo «Cambó coleccionista» en el que relataba brevemente la creación y las características de su colección de cuadros.[217]

En cambio, en *La Vanguardia Española*, aparte de unas breves notas biográficas sin valoraciones, solo se publicó un breve artículo de su corresponsal en Buenos Aires, Oriol de Montsant, donde casi se hablaba más de su estancia en Argentina que de su actuación política.[218]Por su parte, el periódico falangista *Solidaridad Nacional* acompañaba la noticia de la muerte de Cambó con una fría y breve biografía, que era más bien una lista de cargos y que finalizaba de la siguiente manera:

> Durante el gobierno del General Primo de Ribera dedicóse por entero a los problemas económico-financieros y a escribir artículos y libros ... durante la República, volvió a ser elegido diputado, pero no intervino en política con la intensidad de otros tiempos, por hallarse su salud ya quebrantada.[219]

El portavoz de la Falange barcelonesa, en un prodigio de simplificación, no hacía ningún comentario sobre sus ideas políticas, ni mencionaba que era catalanista, ni citaba a la Lliga, ni, por descontado, aparecía la palabra Cataluña.

El semanario *Destino* fue la publicación catalana que más atención prestó a su muerte. En el número del 3 de mayo ya se publicaba en la portada un artículo, firmado con las iniciales I. A. —sin duda, Ignacio Agustí—, titulado «Cambó».[220]Se definía a Cambó como «uno de los españoles más finos de nuestra época» y, en un tono claramente elogioso, era comparado con Balmes y Maragall. Se decía que, pese a que no había podido cumplir sus proyectos, «el volumen humano de Cambó, su personalidad inconfundible, han resistido todos los ataques». Se destacaba también que los Botticelli donados al Prado «daban fe de su íntima categoría espiritual, del inconfundible resplandor a distancia de su potente llama». El artículo de Agustí sentenciaba que «la figura de un gran hombre y un gran estadista ha

pasado a la historia».

También en *Destino*, en la sección «Calendario sin fechas», Josep Pla publicaba el 10 de mayo de 1947 el artículo titulado «Don Francisco Cambó», en el que, entre otras cosas, lo calificaba de «personaje fabuloso». Hacía un breve repaso biográfico, bastante personal y anecdótico, y se excusaba por no hacer una valoración sobre su relevancia —«No es este el sitio de hablar de política»—, aunque lo calificaba de «político de raíz parlamentaria, liberal y democrática, que fue tan considerable en la oposición como en el poder y la historia dirá, desde luego, la última palabra». Pla sostenía que Cambó había sido un hombre muy consecuente: «Yo diría que en la hipótesis de haber podido volver a empezar, hubiera hecho Cambó lo mismo que lo que hizo», y destacaba el valor de sus libros, afirmando que fue «el escritor político catalán más claro, eficaz y de mejor lenguaje de su tiempo». En ese mismo número de *Destino*, el periodista monárquico Santiago Nadal publicó también un artículo largo y elogioso.[221]Dos meses más tarde, el 5 de julio, dicha revista publicaba un nuevo artículo de Joan Estelrich,[222]y quince días después era Josep Pla, bajo su seudónimo «Tristán», quien llenaba dos páginas revisando detenidamente el itinerario político de Cambó.[223]A finales de aquel año, el 29 de diciembre, *Destino* publicaba en su número extraordinario de Navidad el artículo de Josep Pla titulado «El testamento de D. Francisco Cambó. Sus cláusulas sociales más interesantes».

El día 8 de mayo, los «amigos de Francisco Cambó» en Madrid organizaron unos funerales en su memoria, en la iglesia de San Miguel, a los que asistieron bastantes personas. El periódico monárquico *ABC* fue, con diferencia, el medio que más atención dedicó a la muerte de Cambó, ya que publicó cuatro artículos largos en solo cinco días. Todos eran, con matices, bastante elogiosos, y estaban redactados por personalidades eminentes: el historiador Melchor Fernández Almagro, el periodista catalán Carles Sentís y los académicos José M.ª Pemán y Agustín G. de Amezúa.[224]El artículo del historiador Fernández Almagro era el más analítico y riguroso: presentaba a Cambó como un político de gran relevancia, «dueño de la palabra como pocos», pero que estuvo «fuera de juego» después del 14 de abril de 1931. Explicaba su liderazgo dentro del catalanismo y mencionaba el papel político de la Lliga y la intervención de Cambó

en la política española como ministro. Hacía hincapié en dos contradicciones que explicaban su fracaso: por un lado, que «la Cataluña, que quiso hacer o contrahacer, se le fue, en definitiva, de las manos», y, por otro, que «el sistema —español— era más fuerte que los hombres y el ambiente acababa por asfixiarlos». Sus dos sentencias finales eran rotundas: «Aguardó su hora, no le llegó, sino lo contrario»; y «Los hombres prácticos —y Cambó lo era— se equivocan más de lo que pudiese parecer». El artículo de Carles Sentís era más personal, pues trazaba una especie de retrato humano y casi íntimo de Cambó recordando la relación personal que mantuvieron durante muchos años. Lo calificaba de «profeta no escuchado ni reconocido», como cuando señaló que la Segunda República fracasaría, y finalizaba el artículo con una cita del conde de Romanones que decía: «¡Ay!, el gran Cambó...; el mejor político español del siglo XX, a mi entender». Por su parte, José M.ª Pemán recordaba en su artículo una conversación en Buenos Aires, en junio de 1941, en la que hablaron largamente de la segunda guerra mundial y evidentemente de España. Pemán definía a Cambó, después de dicha conversación, como un político que sabía combinar «el espiritualismo» con el carácter «realista y mediterráneo».

Estos artículos contrastaban notablemente con la breve nota biográfica escrita por Eugeni d'Ors en el periódico falangista *Arriba*, en la que decía que Francesc Cambó solo había dejado «humo, ninguna realización concreta», y que, de hecho, había muerto «sin dejar huella».[225]Que aquel que había bautizado en 1906 a Cambó como el «novecentista armado» dijera, cuarenta años después, que con su muerte no dejaba nada tras de sí reflejaba claramente en qué clase de patético sectario se había convertido el viejo «Xènius».

Pero, sin duda, las necrológicas de Francesc Cambó redactadas con más libertad fueron las que aparecieron en las diferentes publicaciones del exilio catalán. Puede que las más significativas sobre el impacto de su muerte fuesen los comentarios escritos por personas de otras orientaciones políticas. Así, la revista *Quaderns de l'Exili* de México se hizo eco de la muerte de Cambó publicando una nota necrológica que lo calificaba de «gran patriota» y destacaba su «deseo ferviente de ayudar al advenimiento de una nueva época que vea llevados a la práctica los ideales de los grandes hombres de la Renaixença».[226]Además, los editores de esta revista explicaban que

pretendían dedicar el último donativo recibido de Cambó, «aquel donativo póstumo», a la edición de los versos de Màrius Torres, ya «que no podía hacerse en la patria: tal habrá sido el último acto de mecenazgo de aquel gran catalán y el último acto colectivo de los *Quaderns de l'Exili*».

También en mayo de 1947, *La Nostra Revista* de México publicaba una «Carta de Buenos Aires. La mort del senyor Cambó», firmada por Pere Mas i Perera y en la que, después de explicar que Cambó había vivido en Buenos Aires casi retirado de la política y sin tener ninguna relación con la comunidad catalana, señalaba las contradicciones existentes entre «sus reiteradas protestas de catalanismo y su conducta».[227]Lo definía como un político realista, un pragmático, al que «la gente de nuestro país consideró, en general, fracasado como político catalanista. Fue la frustración de su brillante carrera política». Se destacaba, no obstante, su mecenazgo: «Este gesto altruista —tan raro entre nuestra gente adinerada y que contrastaba tanto con la tacañería ambiente— lo había redimido». En el mismo número de esta revista catalana en México, el político y periodista Antoni Rovira i Virgili, pese a manifestar que muy a menudo había criticado y combatido la actuación de Cambó, mostró en un breve artículo su sincero reconocimiento por «el actor principal de la política catalana en el primer cuarto del presente siglo».[228]

El propio Rovira i Virgili, en la revista de Esquerra Republicana *La Humanitat*, que se editaba en Perpiñán, publicaba poco después un artículo más largo y más crítico, donde definía a Francesc Cambó «como un político equivocado, pero no un catalán renegado».[229]Rovira reconocía que había sido «el político catalán más conocido, más discutido, más loado o difamado durante el período de su actuación, que fue de 1901 a 1923», y le reprochaba especialmente que hubiese dado su apoyo a la monarquía hasta el último momento y a Franco durante la guerra civil. Aun así, también reconocía que «ni sus desengaños, ni la hostilidad de una gran parte del propio pueblo, le hicieron perder el afecto a la patria, ni interrumpieron su esfuerzo benemérito por nuestra cultura. En eso se mostró superior a muchos otros catalanes». Según Rovira i Virgili, no era fácil resumir la complicada personalidad de Cambó, ya que era un

> hombre de intenso dinamismo, gran catalán, gran orador sin retórica; político fuerte pero contradictorio; con más empuje que noción; financiero desigual, y finalmente

afortunado en el campo de las empresas internacionales, protector generoso de la obra cultural catalana.

También la revista *Quaderns d'Estudis Polítics, Econòmics i Socials* publicó la noticia, no firmada, de su muerte, y ofrecía una breve biografía política poniendo énfasis en el fracaso de su proyecto de la España Grande, y en que, más tarde, en tiempos de la república, «Cambó ya no era el hombre de esta hora». Censuraba su apoyo a la rebelión militar, calificado del «máximo error de su vida, en la que los errores y los aciertos no faltan». Reconocía que «luego se arrepintió de ello; se recluyó en Buenos Aires ... pero conservando una fe catalana tan ardiente como en su juventud y echando vivamente de menos Cataluña». El artículo finalizaba halagando su «patriótico mecenazgo», señalando que invirtió buena parte de su fortuna en grandes empresas culturales y editoriales.[230]En el siguiente número de esa revista había un editorial no firmado, titulado «La mort de Francesc Cambó», donde se señalaba que la prensa catalana que se editaba en el exilio, en general, había publicado «necrológicas cargadas de afección y consideración» por él.[231]Como muchos otros artículos, este también hacía constar que «si su error máximo, el de haberse adherido a Franco, se le ha reprochado, los demás aciertos y sobre todo su infrangible catalanidad y su labor en pro de Cataluña y su cultura le han sido reconocidos, loados y agradecidos». La necrológica, que lo calificaba de «gran catalán, protector de nuestra cultura y alta inteligencia», era una muestra del respeto crítico que tuvieron por Francesc Cambó la mayoría de sus rivales políticos. La nota, además, reproducía una carta de Cambó, escrita el 23 de septiembre de 1946, a «un amigo nuestro», que posiblemente se trataría de Claudi Ametlla. En la misiva, Cambó respondía a varias preguntas que se le habían planteado:

> ¿Qué hace Cambó, dice? Cambó es un exiliado voluntario con unas ganas inmensas de regresar a la Patria y de retomar la comunicación íntima y directa con sus amigos que por tantos y tantos años habían sido como su familia. Ha cambiado muy poco por dentro y por fuera, desde la última vez que lo vio; por fuera, del peso que le han puesto los años le ha sacado un poco el quitarse la barba en Nueva York, cuando llevarla era una nota casi estridente; por dentro, el nervio, el coraje, las preocupaciones y el trabajo lo sostienen bien. No hallarían gran diferencia con el hombre que se paseaba con usted una noche de luna por la carretera de Z, corriendo ambos un serio peligro.

Además, aquella carta de Cambó incluía algunas consideraciones políticas suyas sobre los años vividos:

> En Cataluña el período más interesante de su historia política desde Pedro IV es el que va desde Almirall hasta 1939. Dicho período mareará a los historiadores en el futuro, pues hallarán que en él Cataluña tuvo momentos extraordinariamente gloriosos y también momentos excepcionalmente vergonzosos. Mis memorias no podrán ser tan objetivas y serenas como las de Amadeu Hurtado, que casi siempre tuvo una posición crítica y contemplativa. En cambio yo, desde el comienzo de mi juventud hasta el año 1936, fui un militante activo y casi frenético.

Finalizaba la misiva con unas breves consideraciones sobre su carácter: «Por fortuna o por desgracia, yo he sido un excitante y en torno a mí ha florecido no solo la leyenda, sino las pasiones más encontradas».[232]

Por su parte, el conocido periodista y escritor Francisco Madrid, que vivía entonces en Buenos Aires, escribió un artículo titulado «La mort del Senyor Cambó», dentro de la sección «Finestra de Buenos Aires», en la revista de Esquerra Republicana *La Humanitat*.[233]Bastante más crítico y severo que en los anteriores artículos, Paco Madrid comentaba que, si bien Cambó llevaba en Argentina una vida retirada, había que tener en cuenta especialmente su actitud durante la guerra civil, y recordaba sus artículos publicados en *La Nación* de Buenos Aires, donde había dado apoyo a los militares rebeldes: «El jefe de la Lliga sabía lo que hacía cuando escribía elogios del General Franco». Le reprochaba que no hubiese entendido el carácter de la guerra civil y de la revolución. Madrid señalaba finalmente que Cambó había muerto «en medio de la indiferencia» y que a su entierro en Buenos Aires el día 2 de mayo solo habían asistido unas ochenta personas, la mayoría no catalanas, mientras que al morir Pere Corominas acudieron a su entierro más de cinco mil.

Lógicamente, también la prensa argentina se hizo eco de su muerte. *La Nación* publicó una larga nota, el 2 de mayo de 1947, que llevaba por título «Don Francisco Cambó. Falleció en esta Ciudad»[234]e incluía una foto suya de medio perfil, cuando aún llevaba barba. Aunque no estaba firmada, la nota seguramente estaba redactada por alguien que lo conocía bastante, tal vez Rafael Vehils o Andreu Bausili. Allí se le definía como «financiero, político, escritor, ciudadano de España y catalanista». La breve biografía política repasaba los cargos que había ostentado, sobre todo su condición de ministro, y recordaba libros suyos de gran impacto, como *Las dictaduras*. Se destacaban y elogiaban especialmente los diferentes aspectos de su mecenazgo: se indicaba que era un gran coleccionista de arte y que «su colección de cuadros es, después de la del Duque de

Alba, la más importante de España». El elogio final era notable: «Dedicado a las grandes construcciones, a las realizaciones colosales ... pisando siempre firmemente ... Era un extraordinario caso de voluntad que solo ha podido quebrar la muerte».

También el periódico *La Prensa* de Buenos Aires publicó una larga nota necrológica en la que, aparte de revisar su biografía política, se obviaba toda la etapa de la república y la guerra civil.[235]En este caso se insistía bastante en su estancia en Buenos Aires y se indicaba que había constituido «una espléndida biblioteca», que estaba escribiendo sus memorias políticas y que, «al parecer, le faltaba muy poco para completar la obra». Asimismo se mencionaba su condición de gran coleccionista de cuadros, que tenía tanto en Buenos Aires como en Europa, y su pretensión «de formar con ellos el Museo del Renacimiento, en Barcelona».

No deja de ser significativo que en ninguno de esos artículos, seguramente redactados por personas cercanas a Cambó, se mencione que era el presidente de la CHADE y de la CADE. Se decía, genéricamente, que era un «importante financiero», y hasta se concretaba que «su fallecimiento alcanza en estos momentos mucha repercusión en el mundo de los negocios y en el campo de la política social en España y en América»,[236]pero no hemos encontrado ninguna referencia específica a las dos compañías que presidia, a pesar de que entonces aún se contaban entre las más importantes de Argentina.

También la revista catalana *Virolai*, que editaba la Lliga Espiritual de la Mare de Déu de Montserrat en Buenos Aires, publicó una nota necrológica que incluía una foto de Cambó y ofrecía una breve reseña biográfica bastante elogiosa, sin mencionar las etapas de la república y de la guerra civil. Se señalaba, eso sí, que Cambó había contribuido «con donativos y con palabras de aliento» a las «finalidades patrióticas y benéficas» de la entidad.[237]

El fallecimiento inesperado de Francesc Cambó dio pie, lógicamente, a múltiples reacciones. Como hemos podido ver, las reseñas biográficas publicadas en Cataluña y en general en España fueron muy dispares. Si bien en España predominaron los equilibrios dialécticos, las metáforas y hasta los silencios, en el extranjero, y muy particularmente entre las publicaciones del exilio catalán, aparecerían numerosos y largos artículos de claro contenido político, cuya evaluación de la figura de Cambó era más contrastada y crítica. El

periodista Paco Madrid se sorprendía, en agosto de 1947, de que la desaparición de Cambó hubiese causado tanto efecto entre los exiliados catalanes de Francia y de México.[238]Ciertamente, estos podían expresar con libertad las ideas, los desacuerdos y las discrepancias con quien, como casi todos consideraban de forma más o menos explícita, era el político catalán más relevante y más polémico desde comienzos de siglo. Y eso contrastaba notablemente con las tristes reseñas publicadas en la España sometida a la censura del régimen de Franco. Para la dictadura franquista, Francesc Cambó era un personaje incómodo y, pese a su conservadurismo, de ningún modo podían vindicarlo ni asumirlo. Era mejor condenarlo al silencio o a la insignificancia, como pretendía Eugeni d'Ors.

Segunda parte
LAS OTRAS PASIONES

Capítulo 8

EL MECENAS

Cuando, en verano de 1919, Francesc Cambó conoció a Walter Rathenau, el gran propietario de la AEG, quedó fascinado. Aquel hombre reunía todo cuanto él más ambicionaba: muy rico, políglota y gran coleccionista de arte, ejercía de mecenas generoso —financiaba revistas de arte y arquitectura, ayudaba a músicos y pintores jóvenes, subvencionaba orquestas y conciertos—. Además, Rathenau era un destacado político liberal dentro de la nueva república alemana que llegaría a ser ministro de Reconstrucción y más tarde de Asuntos Exteriores.

En aquel momento, él mismo lo confesó en sus *Memorias*, Cambó quería llegar a ser lo bastante rico como para dedicarse plenamente a la política.[1]Y, en relación con sus proyectos políticos, deseaba hacer algunas tareas de mecenazgo cultural. Dos años más tarde, a raíz de la operación CHADE, se dio cuenta de que ya disponía de unos medios económicos tan excepcionales que se podía permitir cerrar el despacho de abogado. Ya no dependía del ejercicio profesional para vivir y podía dedicarse a lo que más le gustaba: la política. No obstante, dado que a partir de septiembre de 1923 el golpe militar de Primo de Rivera congeló temporalmente toda la actividad política partidista y parlamentaria en España, durante más de seis años Cambó se centró de forma preferente en poner en marcha proyectos culturales bastante ambiciosos, hasta convertirse en el mecenas por excelencia de la Cataluña novecentista y en uno de los más eminentes de la Europa de su tiempo.

Francesc Cambó se convirtió en el empresario y promotor cultural catalán más importante de su época, pues dedicó buena parte de su fortuna, tal vez más de un tercio, a ambiciosas iniciativas culturales, algunas de ellas al estilo de los grandes mecenas norteamericanos. Sin embargo, en su caso el mecenazgo iba a cumplir sobre todo una labor con un fuerte contenido político a causa de las muchas necesidades y déficits que sufría la cultura catalana a consecuencia de su situación excepcional: carecía de reconocimiento oficial, no estaba protegida por las autoridades españolas y, además, era poco conocida a escala internacional.

Cambó fue el primer político catalán, y español, en tener unos proyectos culturales propios, no dependientes ni controlados por ningún partido y claramente vinculados a su estrategia política personal. Y también fue el primero en tener a sus órdenes a destacados intelectuales que colaborarían en sus múltiples empresas culturales: proyectos y fundaciones que eran suyos, no públicos, ya que los financiaba solo él, como siempre le gustaba recordar.

Hay que situar a Cambó en el contexto del nuevo tipo de mecenazgo cultural mundial surgido a caballo de los siglos XIX y XX, en gran parte protagonizado por importantes empresarios norteamericanos que con donaciones muy generosas mostraron su voluntad de servir culturalmente a la sociedad, y que se caracterizaba por su dinamismo y por la determinación de complementar las carencias de las ofertas culturales oficiales. Cambó siempre sintió una gran admiración por el mecenazgo de algunos empresarios norteamericanos, como Morgan, Carnegie, Flick, Mellon, Kress o Widererm, que crearon importantes colecciones de pintura propias o hicieron insólitas donaciones a la National Gallery de Washington o al Metropolitan Museum de Nueva York.

Joan Estelrich, su brazo derecho en lo referente a la política cultural, en un artículo necrológico sobre el político catalanista sostuvo que «el modernismo imprimió a su figura y su mentalidad. Su tendencia al divismo provino de su adscripción al modernismo».[2]No estoy en absoluto de acuerdo con este planteamiento, porque si bien el joven Francesc Cambó se formó en el marco cultural del modernismo de finales del siglo XIX, más tarde se mostró como plenamente novecentista, tanto en el aspecto doctrinario como en el más estrictamente práctico, y ejerció de empresario cultural relevante

dentro de dicha corriente. Ya en 1906 Eugeni d'Ors, en su *Glossari*, escribió que Cambó era «un novecentista activo —ideal y brazo— un novecentista armado».[3]Además, cuando Cambó mandó construir su excepcional casa de la vía Laietana 30 no recurrió a ningún arquitecto modernista, como por ejemplo su amigo y colega Josep Puig i Cadafalch, sino que se la encargó a un joven y ya prestigioso arquitecto novecentista, Adolf Florensa.

De modo que, plenamente identificado con la propuesta novecentista, Cambó quería fortalecer con sus proyectos culturales la identidad catalana, en un deseo claro de prestigiarla y hacerla homologable a las principales culturas europeas, en busca tanto de un reconocimiento oficial español e internacional como del incremento de la autoestima de los catalanes. Podríamos sintetizar su actuación de mecenazgo en diferentes líneas de actuación. En cuanto a las estructuras culturales, fomentó la creación de una serie de nuevas instituciones de alta cultura que pretendían cubrir algunos de los déficits existentes y dotar de prestigio internacional a la cultura catalana. En este terreno destacó la formación de una importante colección de pintura europea que abrazaba del siglo XIII al XIX y que fue pensada inicialmente para mostrarse completa en un museo particular, pero abierto al público, que prestigiase notablemente a la ciudad de Barcelona. Otra línea de actuación fue la creación de grandes instituciones culturales, entre las que sobresalió por su ambición la Fundació Bernat Metge, dedicada a la traducción al catalán de las obras más destacables de los autores clásicos grecolatinos. Una tercera línea de actuación fue la de ayudar a instituciones culturales ya existentes, como el Institut d'Estudis Catalans, o a personalidades de la cultura catalana —historiadores, escritores, filólogos, pintores, poetas, etc.— para la elaboración y publicación de obras de alto nivel artístico y científico.

El papel de los intelectuales y de los profesionales, según Cambó

Pero antes de entrar en detalle en las empresas culturales de Cambó, es pertinente recordar cuáles eran sus ideas sobre la relación que debían mantener la cultura y la política, y sobre el papel de los intelectuales, los profesionales y los técnicos dentro de sus ambiciosos

proyectos culturales. Cambó fue, en cierto modo, un teórico del novecentismo, sobre todo en la dimensión más ideológica y política. Su implicación directa en los debates sobre la estrategia que debía seguir el novecentismo catalán fue bien clara. Probablemente, Francesc Cambó y Enric Prat de la Riba fueron los políticos que más trataron del lugar que debían ocupar los intelectuales y los profesionales dentro de los proyectos políticos y culturales del catalanismo de principios del siglo XX. Ambos estuvieron especialmente interesados en definir la relación que debía establecerse entre los intelectuales y los profesionales respecto a los políticos.

Si, para bautizar el siglo XIX catalán, Jaume Vicens Vives pensó en singularizarlo como la época de los «industriales y políticos», el primer tercio del siglo XX tal vez deberíamos hablar de los años de los «intelectuales y los políticos». Porque, en efecto, este será el momento de la irrupción de los intelectuales en la vida pública como nuevo elemento dentro el panorama político europeo. Las relaciones entre intelectuales y políticos comenzaron a ser relevantes en el conjunto de Europa a inicios del siglo pasado.[4]La intervención de los primeros —cuya autoridad provenía de su posición relevante en el campo literario o profesional— en los debates públicos empezará a ser notable en la vida catalana desde finales del siglo XIX. Progresivamente, conformarán un colectivo con una clara conciencia de élite, de ser los más preparados, y, por lo tanto, de tener la obligación moral de divulgar su opinión y, sobre todo, de dar orientaciones y actuar como «guías» sociales.

En cuanto a la relación de los intelectuales con la política, en el caso español, según nuestro parecer, es necesario diferenciar entre el modelo catalán, o barcelonés, si se prefiere, y el modelo madrileño, propuesto por Santos Juliá. En lo referente a Madrid, Santos Julià ha destacado tres momentos o fases bastante diferenciadas.[5]La primera fue la reacción ante la crisis de 1898, que consistió en una protesta básicamente individual, notablemente pesimista y centrada en la crítica a la política oficial del régimen de la Restauración y de denuncia de la situación deplorable en que se encontraba el país. En el discurso de estos francotiradores predominaba la denuncia por encima de los proyectos de acción. Eugeni d'Ors percibió ese talante individualista y estéril políticamente, y ya en 1905, en un artículo titulado «Intelectuals» [*sic*], refiriéndose a los de Madrid, señaló:

«Ninguno de ellos tiene tras de sí pueblo, energía humana dispuesta para la acción».[6]Una segunda fase, según Juliá, se inició hacia 1914 con la creación de la Liga de Educación Política por parte de José Ortega y Gasset, y se caracterizaba por la demanda de ir hacia una «nueva política» y de priorizar la tarea de desvelar, educar y conducir a «la masa» hacia una conciencia cívica. Había que crear ciudadanía mediante acciones de educación y propaganda política. Finalmente, una última etapa, ya durante la dictadura de Primo de Rivera, comportó la incorporación progresiva de muchos de los intelectuales a la política ingresando en opciones reformadoras diversas (básicamente el PSOE, Acción Republicana, Asociación al Servicio de la República, etc.). Así, «los intelectuales comprometidos» tuvieron un papel político muy relevante en el régimen que comenzó el 14 de abril de 1931; aquella fue «la República de los intelectuales» y tuvo en el ateneísta Manuel Azaña a uno de sus símbolos más significativos.

El modelo barcelonés —o catalán— no sigue las pautas temporales propuestas por el profesor Santos Juliá para los intelectuales españoles —de hecho, de Madrid—. En Cataluña, la crisis de 1898 provocó una reacción no solo de denuncia de la situación política —el «Escucha, España» de Joan Maragall es una muestra de ello— sino también de repliegue hacia el país que culminó con el éxito político de la candidatura de los cuatro presidentes en las elecciones generales de 1901 en la ciudad de Barcelona. De ahí derivó la creación de un partido nuevo, la Lliga Regionalista, al que pronto se incorporaron jóvenes profesionales e intelectuales que constituyeron una generación de «políticos nuevos». El propio Cambó fue un pionero en cuanto a hacer llamamientos a la participación política de los intelectuales, como refleja un artículo suyo publicado en *La Veu de Catalunya* en el año 1903, en el que se dirigía a «la gente que se denomina intelectual ... para que sean la voz de la Patria» y se unieran al esfuerzo cívico y político que significaba participar en unas elecciones.[7]

La segunda fase del activismo de los intelectuales catalanes se inició muy pronto, a partir de 1906, con la formación de Solidaritat Catalana, que provocó una movilización general de la sociedad —un «alzamiento», como lo calificó Joan Maragall— que culminaría con el espectacular éxito electoral de 1907. Como resultado de todo ello, los nuevos políticos catalanistas se incorporaron a las Cortes españolas al

mismo tiempo que lograban el control de importantes instituciones en Cataluña: el Ayuntamiento de Barcelona, las diputaciones de Barcelona y Gerona y, ya a partir de 1914, la Mancomunitat de Cataluña. A partir de entonces, jóvenes intelectuales, profesionales y técnicos empezaron a participar activamente en la gestión política y cultural del país y a constituir lo que Josep Pijoan denominó en 1905 las «fuerzas de la cultura», que iban a tener un papel muy relevante en la consolidación del movimiento catalanista. Es en aquel momento temprano de incorporación de jóvenes intelectuales y profesionales a los proyectos políticos de la Lliga Regionalista cuando hay que situar las primeras conferencias y artículos de Francesc Cambó sobre la misión de los jóvenes profesionales e intelectuales novecentistas,[8]uno de los cuales iba a ser el mallorquín Joan Estelrich Artigues.

El proyecto político de la Lliga Regionalista, el diseñado por Prat y Cambó, necesitaba implicar al mayor número posible de intelectuales y profesionales, dado que se trataba de una causa tan ambiciosa como compleja: regenerar Cataluña y transformar España. Desde Cataluña se propugnaba la participación activa en la gestión política para conseguir zonas de influencia y de actuación administrativa que permitieran modernizar, nacionalizar y cohesionar el país. Pero también había que renovar y regenerar España para lograr y consolidar primero la autonomía política catalana e ir mucho más allá, pues era una estrategia que aspiraba, incluso, a la hegemonía catalana dentro del Estado.

Este interés de Cambó por el papel que debían tener los intelectuales aparece claramente manifestado en su conferencia «El catalanismo constructivo», pronunciada en 1908, en plena euforia de Solidaritat Catalana.[9]En ella, Cambó hacía un llamamiento a «la gente de la cultura» para que abandonase la actitud excesivamente «contemplativa, pasiva», de autosatisfacción y de contentarse escribiendo y firmando manifiestos. Aquel era el momento de intervenir en la política activa y de colaborar en la elaboración y puesta en marcha de los nuevos proyectos: «Es el momento de actuar», afirmaba con rotundidad.

Un año y medio más tarde, los días 4 y 8 de noviembre de 1909, cuando el movimiento solidario parecía profundamente dividido entre izquierdas y derechas, Francesc Cambó pronunció dos conferencias bajo el título de «El momento político».[10]En ellas censuraba la actitud

pesimista de aquellos intelectuales, tanto de derechas como de izquierdas, que se habían hundido moralmente con la disolución de Solidaritat. Criticaba la posición cómoda de limitarse a denunciar el centralismo para luego encerrarse en casa y no hacer nada más. Y ante su inactividad, Cambó hizo hincapié en la necesidad de hacer un esfuerzo imaginativo para seguir avanzando, para reconstruir el movimiento catalanista y el país. Este artículo de Cambó obtuvo una entusiasta adhesión de Joan Maragall.[11]

Dos años más tarde, en el *Almanach dels Noucentistes* de mayo de 1911, Cambó publicó el artículo «De la política», sin duda su más clara declaración de principios novecentista.[12]El texto parece escrito por Eugeni d'Ors. «Política es intervención», decía Cambó, «y la intervención es fe. Solo el hombre que tiene fe, puede ser político. Y no basta con que tenga fe en sí mismo, debe tener plena fe en el pueblo sobre el que actúa». En dicho artículo llamaba a los hombres elegidos, a los más preparados, a los mejores, a implicarse en «la misión» de dirigir al pueblo catalán «hacia su plenitud».

El 9 de abril del 1912, Francesc Cambó pronunció una importante conferencia en la sede barcelonesa de la Joventut Nacionalista de la Lliga con el título de «Misión de la juventud en el actual momento político», en la que señalaba que había que diferenciar la función de los políticos y la de los intelectuales, profesionales y técnicos.[13]Los primeros debían actuar preferentemente en Madrid a fin de conseguir la autonomía catalana. Los segundos, en cambio, debían ejercer como «burócratas» en Cataluña, gestionando las instituciones y sacando adelante los nuevos proyectos. Según él, en Cataluña tenía que crearse una burocracia (administración) integrada por profesionales bien formados y con capacidad de gestionar todos los servicios públicos.

El 17 de febrero de 1916, en plena guerra mundial, en una conferencia pronunciada en la sede de la Escola de Directors d'Indústries Químiques de Barcelona, titulada «La eficacia del esfuerzo individual», Cambó se dirigió al empresariado catalán para pedirle que se implicase más en las tareas de carácter cívico.[14]Fue casi una reflexión moral fruto de observar el comportamiento «patriótico» de los empresarios alemanes y franceses en aquellos momentos de conflicto bélico europeo. Detectaba en Cataluña el peligro de un divorcio entre los «hombres de estudio» y los «hombres de negocio».

Mientras que los primeros tenían desde hacía años una visión clara de país, los segundos, enriquecidos por la neutralidad en la guerra europea, parecía que solo se movían por «afanes concretos», por intereses de grupo y no de país.

Estas referencias son suficientes para mostrar la existencia de una propuesta política camboniana bastante sólida con pautas claramente novecentistas. Quizá por su implicación en el mundo político y cultural de los novecentistas, Cambó fue objeto de una de las riñas dialécticas más sonadas entre los jóvenes novecentistas a raíz de los artículos publicados en la revista editada en Barcelona, pero escrita en castellano, *La Cataluña*, de la que ya hemos hablado antes. La opción intervencionista, por entonces denominada también «estatalista», que promovía Cambó tenía detractores entre los intelectuales y profesionales, y por eso jóvenes economistas como Miquel Vidal i Guardiola y Josep M. Tallada salieron en su defensa con el argumento de que el político ampurdanés era «la figura principal del movimiento catalanista». Esta muestra de adhesión a su «catalanismo constructivo» finalizaba con una frase vehemente: «Estamos con Cambó».[15]

La réplica a los jóvenes cambonianos vendrá de la pluma de jóvenes pratianos que no dudarán en descalificar a los cambonianos por excesivamente modernos, por demasiado europeos, «socialistas» y poco nacionalistas. Hasta Josep Puig i Cadafalch intervendrá, del lado de los pratianos y refiriéndose a los admiradores de Cambó y del «catalanismo estatalista», y llegará a escribir que eran jóvenes de espíritu débil que van a estudiar al extranjero y vuelven deformados. Han salido a estudiar y han sido absorbidos, asimilados. No eran suficientemente fuertes pera resistir el cambio de medio y vuelven como *colonitzados* por la fuerza de Alemania y de Inglaterra. Ciertas conferencias *épatantes* son fenómenos de esta clase.[16]

La discusión sobre las prioridades estratégicas del novecentismo iba a prolongarse todavía unos cuantos años, y ya siempre serían manifiestas la reticencia y hasta la animadversión entre los jóvenes nacionalistas pratianos —los «tremendos», como los llamaba Cambó— y los cambonianos. Y eso se comprobará en 1922, cuando la mayoría de los primeros organicen la Conferència Nacional Catalana y terminen creando Acció Catalana. Era una escisión que iba mucho más en contra de Cambó que de la Lliga. Convertido en el culpable, durante aquellos años será objeto de ataques muy duros por una parte

de los intelectuales novecentistas.

¿Se puede hablar de dos visiones del novecentismo político? Tal vez sí, aunque, de hecho, también eran posiciones complementarias. Sin embargo algunos quisieron presentarlas como antagónicas. La propuesta «Cataluña adentro», es decir, la de priorizar la creación de una nueva administración catalana, por pequeña que fuese, ponía todo el énfasis en la labor ordenadora, normalizadora, nacionalizadora y de homogeneización interior. Pero la proyección española, la estrategia «Cataluña afuera», era necesaria si se quería ampliar y consolidar el trabajo realizado y alcanzar finalmente la autonomía política. La propia Mancomunitat era resultado de esa acción exterior, fruto de esa estrategia de presencia e influencia española. Francesc Cambó fue presentado, exageradamente, como contrario a la política de nacionalización interior, o acusado de querer dejarla en un lugar secundario. Su actuación como mecenas lo desmiente con claridad.

Cambó siempre presumió de su gran influencia sobre los intelectuales catalanes. Poco antes de las elecciones de abril de 1931 se vanaglorió de que la Lliga tuviese más influencia en dicho colectivo que Acció Catalana, y no dudó en mencionar a dos docenas de escritores y artistas que brindaban apoyo a su política, entre ellos Antoni Rubió i Lluch, Joaquim Ruyra, Lluís Millet, Pere Bosch Gimpera, Joaquim Balcells, Joaquim Folch i Torres, Josep A. Vandellós, Manuel de Montoliu, Josep M. Sert, Josep Llimona, Josep M. López Picó, etc.[17]

Joan Estelrich, el ingeniero de los proyectos culturales cambonianos

La vinculación personal y política entre Joan Estelrich y Francesc Cambó se inició en 1917, cuando el mallorquín participó como representante de la isla en la Diada de la Llengua Catalana. Era el momento de la campaña de la Lliga Regionalista, conocida por el eslogan político «Por Cataluña y la España grande», que iba a divulgar su proyecto reformador por toda España. Fue entonces cuando Josep Carner le presentó el joven mallorquín a Francesc Cambó. Poco después, Estelrich, que por entonces era director de *La Veu de Mallorca*, redactó, por encargo de Cambó, el manifiesto de adhesión de los mallorquines a la Assemblea de Parlamentaris celebrada en

Barcelona en julio de 1917. Era un texto dirigido al presidente de la Lliga Regionalista, el veterano Raimon d'Abadal i Calderó, firmado por ochocientos mallorquines y publicado en *La Veu de Mallorca* el 10 de agosto de 1917. A partir de ahí, Estelrich se incorporó progresivamente a las diferentes empresas políticas y culturales dirigidas por el líder catalanista.[18]

En el año 1919 Cambó nombró a Estelrich director de la Editorial Catalana, una empresa vinculada a la Lliga Regionalista, y en 1926 lo hizo director de la nueva editorial Alpha, ya propiedad de Francesc Cambó. Antes, en el año 1919, Cambó le había dado una ayuda de dos mil pesetas para efectuar un viaje de estudios a Portugal con Eugeni d'Ors, y posteriormente también le financió estancias en Francia, Italia y Alemania.[19]En octubre de 1921, Estelrich recibió el encargo de elaborar diferentes proyectos culturales: la Biblioteca Clàssica Catalana y, sobre todo, la Fundació Bernat Metge. De finales de 1921 data su contrato como director de la Editorial Catalana y de la Fundació Bernat Metge, por lo que recibía un sueldo por entonces bastante sustancioso, mil pesetas al mes, pagado mitad y mitad por ambas instituciones.

La Editorial Catalana era una sociedad anónima de la que Cambó tenía inicialmente una participación pequeña, menos del 10 %, y el resto tenía que ser suscrito «por personas de posición que nos sean particularmente afectas o nos estén agradecidas».[20]Sin embargo, costó mucho encontrar a dichas personas, y eso inquietaba y enfurecía a Cambó: «La actitud de nuestros ricos es intolerable y eso significa que no debemos preocuparnos demasiado en su defensa».[21]Finalmente, Cambó tuvo que poner más de cincuenta mil pesetas, es decir, un 15 % de la Editorial Catalana, cifra que lo convirtió en el principal accionista.

La labor de Estelrich al frente de la Fundació Bernat Metge y de la editorial lo obligó a trasladar su domicilio habitual a Barcelona, dada la dificultad de compatibilizar las responsabilidades derivadas de ese nuevo compromiso con el trabajo básicamente periodístico que realizaba en Mallorca. El 1 de abril de 1923, con la publicación del primer volumen de la Fundació Bernat Metge, Estelrich empezó a ser considerado como uno de los jóvenes intelectuales con más futuro dentro del mundo cultural catalán.

No obstante, pese a la clara vinculación de Estelrich con los

proyectos políticos y culturales de Francesc Cambó, en 1921 se produjo cierta tensión entre ambos. En aquellos momentos el líder catalanista se encontraba notablemente implicado en la política española. A comienzos de aquel año Estelrich había aceptado la dirección del periódico mallorquín *El Dia*, propiedad del millonario Joan March, con el propósito de crear una publicación «mallorquinista y liberal».[22]Sin embargo, en el mes de agosto, a raíz del desastre militar de Annual, en Marruecos, se formó un nuevo gobierno presidido por Antonio Maura, dentro del cual Cambó ocupaba la cartera de Hacienda, como hemos explicado antes. Inicialmente Estelrich consideró que eso no iba a influir en sus relaciones con el político catalanista, como le reiteró en una carta: «Ya sabe que yo estoy incondicionalmente a sus órdenes».[23]Aun así, pronto tuvo que elegir, a causa del enfrentamiento entre los intereses de March, principal contrabandista de tabaco de España, y la política iniciada por Cambó desde el Ministerio de Hacienda contra el contrabando. Estelrich optó por Cambó y dimitió de la dirección del periódico balear.[24]Desde entonces, se puede decir que Joan Estelrich se vinculó exclusivamente a los proyectos culturales y políticos del líder catalanista. En julio de 1922, en plena escisión de Acció Catalana, ya constaba como dirigente de la Joventut Nacionalista de la Lliga y se había convertido en un destacado «joven camboniano».

Durante doce años, entre 1919 y 1931, Joan Estelrich, además de dirigir los proyectos culturales de Cambó, tuvo un papel relevante en la labor de la propaganda catalanista por toda Europa. En 1919 Cambó había puesto a Estelrich al frente de Expansió Catalana, una oficina de propaganda y actividades culturales y políticas pensada para internacionalizar la causa catalana. Cambó, que partía del convencimiento de que el movimiento nacionalista catalán ya estaba en una fase de consolidación y madurez, le planteó que el «deber patriótico y civil» más urgente era «la expansión de la nacionalidad propia». De modo que, de acuerdo con dicha tesis, el escritor mallorquín se propuso mostrar internacionalmente «la superioridad catalana» dentro de España y reivindicar el lugar que le correspondía en Europa. Los procedimientos para ello serían la propaganda política y cultural y la presencia en las principales plataformas e instancias europeas. Estelrich lo consideraba

> un deber ineludible de todos los patriotas, dado que demasiado a menudo, aun

> ocupando nosotros un lugar excelente en muchas ramas del espíritu humano, nos hallamos faltos de una representación auténtica y directa en las Exposiciones, Congresos y Conferencias donde los sectores del espíritu de los hombres internacionalmente se manifiestan.

Así pues, había que priorizar la proyección hacia la «relación internacional y la integración europea». En concreto, defendía establecer «un intercambio espiritual con todas las culturas» y la lucha contra «los defectos que hacen al catalán poco apto para las funciones de la relación diplomática». A fin de cumplir tal misión, consideraba necesaria «la colaboración directa, constante, permanente, continua, de los intelectuales».[25]

Joan Estelrich y Alfons Maseras, desde Expansió Catalana, fueron los principales impulsores de toda una serie de publicaciones y actividades, en gran parte financiadas por Cambó, que tuvieron en Francia su principal foco de difusión.[26]Eran los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera y las actividades culturales de carácter catalanista tenían notables dificultades a causa de las intromisiones de la censura oficial. Así, Estelrich y Maseras promovieron la creación en París de la Société por l'encouragement de la culture catalane, que dirigiría el propio Maseras, y también de la Société d'Éditions Raymon Llull, que, de hecho, era una tapadora de las publicaciones de la Associació Protectora de l'Ensenyança Catalana, entidad bastante perseguida por la censura de la Dictadura. Del mismo modo, en mayo de 1924 consiguió poner en marcha una nueva revista, *Le Courrier Catalan*, dirigida fundamentalmente a políticos, diplomáticos, periodistas y escritores, que editó 77 números hasta septiembre de 1927. Y entre 1924 y 1925, el *Bulletin d'Information*, también bajo la dirección de Estelrich y Maseras. Hasta 1923 Expansió Catalana fue financiada de forma exclusiva por miembros de la Lliga, especialmente por Cambó. Luego, ya durante la Dictadura, también participaron personas de otras formaciones políticas, como Acció Catalana.[27]Por otra parte, Francesc Cambó y el mecenas Rafael Patxot se pusieron de acuerdo durante la Dictadura «a fin de que nuestras tareas culturales resultasen coordinadas a pesar de su completa independencia».[28]

Paralelamente y siguiendo las directrices de Francesc Cambó, Joan Estelrich impulsó la creación de nuevas instituciones y revistas de alta cultura, como *La Revue de Catalogne. Revue Internationale des Lettres, des Sciencies et des Arts*, puesta en marcha en 1928 bajo la dirección del catalanófilo Pierre Rouquette, y al año siguiente la

constitución de la Fondation pour l'étude des arts et des civilisations de la Méditerranée Occidentale. Estelrich también participó en la creación en París de la Fundació Cambó y del Centre d'Études de l'Art Catalan et de la Civilisation Catalane.

Además, ya hemos explicado antes el destacado papel que Cambó le otorgó a Estelrich durante la Dictadura a fin de que presentara las reivindicaciones nacionales catalanas ante el Consejo y los Congresos de las Nacionalidades Europeas, un organismo internacional reconocido por la Sociedad de Naciones de Ginebra.

La Fundació Bernat Metge, un proyecto excepcional fruto de la colaboración entre Cambó, Estelrich y Riba

Lo más rentable y prestigioso para Francesc Cambó, como gran mecenas, fue llevar a cabo grandes iniciativas culturales, financiarlas, controlarlas y así poder presentarse ante la opinión pública catalana e internacional con una serie de obras de referencia y creaciones que fuesen consideradas aportaciones excepcionales, de gran valor científico, pues contribuían decisivamente a la modernización y al prestigio de la cultura catalana contemporánea.

Existe un consenso general en cuanto a sostener que las iniciativas culturales más importantes de Francesc Cambó fueron la creación de la Fundació Bernat Metge y la de su excepcional colección de pintura. La Fundació se fundó en 1922 con la intención de traducir al catalán las obras más destacables de los autores clásicos griegos y latinos. Josep M. de Sagarra, en sus memorias, recoge una anécdota de lo más ilustrativa. Hacia el 1918, en una conversación, Cambó, tras declararse un gran lector de los clásicos griegos y latinos, especialmente de Plutarco, Livio, Jenofonte y Tucídides, le dijo a Sagarra: «Si algún día fuese millonario ... me gustaría fundar en Cataluña algo importante enfocado a los clásicos, porque me parece que lo que más falta hace en nuestro país es precisamente la lectura de los antiguos». Al parecer, lo que lo convenció de emprender el proyecto fue saber que en 1919 se había creado en París la Association Guillaume Budé con el objetivo de publicar, traducidas al francés, las obras más destacadas de los autores clásicos griegos y latinos.

Hay que subrayar, como se afirma con rigor en el excelente

estudio de Raül Garrigasait, que las tres primeras décadas de la Fundació Bernat Metge estuvieron marcadas por el protagonismo de tres personajes de lo más singulares: Francesc Cambó, Joan Estelrich y Carles Riba.[29]El primero, porque era quien había tenido la iniciativa, lo financiaba todo y, en última instancia, también lo decidía todo; Estelrich porque era el joven atrevido que elaboró el primer proyecto y se tomó en serio el trabajo de dirigir tan ambiciosa colección, y Riba porque se dedicó intensamente a la labor de supervisar la calidad científica de las obras con la metodología de un filólogo riguroso.

Que finalmente la cosa funcionase y tuviera bastante éxito no deja de ser sorprendente dado que Cambó, Estelrich y Riba eran hombres de carácter más bien antitético. El mecenas, ya lo hemos comentado suficientemente, era un hombre de trato difícil, bastante ejecutivo y práctico, siempre receloso de lo que pudieran hacer o escribir los intelectuales a los que contrataba. Su autoritarismo y su exigencia eran proverbiales. Joan Estelrich, en cambio, era un joven que no había cumplido los veinticinco años, extravertido y efusivo, que parecía atreverse con todo. Su éxito como organizador y director de la Fundació, a la vez que ejercía de gran propagandista cultural por Europa, fue realmente chocante. Además, pronto consiguió buenos contactos culturales y amplias relaciones internacionales, por lo que se ganó la confianza del mecenas. Por otra parte, Carles Riba, con su proverbial rigor y seriedad, inicialmente se mostró reticente ante el proyecto del joven mallorquín, al que consideraba demasiado ambicioso, y si bien respetaba a Cambó, nunca ocultó su distanciamiento político, pues era mucho más afín a Acció Catalana que a la Lliga. Vistas sus diferentes maneras de ser, todo hacía prever unas relaciones complejas. Tenían, además, talantes, ideas e intereses no siempre coincidentes, lo que se traduciría en tensiones filológicas —algunas—, empresariales —las más abundantes— y también políticas —las peores—. Aun así, los tres coincidieron en que aquella obra, la Bernat Metge, era de una relevancia tan excepcional y daría tanto prestigio mundial a la cultura catalana que había que dedicarse a ella a fondo y dejar de lado las posibles divergencias.

Joan Estelrich, que recibió el encargo de Cambó de redactar el proyecto general, fue quien propuso que se adoptara el nombre de Bernat Metge, el destacado humanista catalán de principios del siglo XV, gran conocedor y divulgador de Petrarca y Boccaccio, autor

de *Lo Somni* y secretario del rey Juan I. Una vez elaborado el proyecto, en 1922 Joan Estelrich logró ser designado el «correspondiente de la Association Guillaume Budé en Catalogne», hecho que otorgaba gran credibilidad y prestigio a su propuesta. Todo aquello era realmente ambicioso, teniendo en cuenta la dimensión de la infraestructura cultural catalana y el reducido número de especialistas en la materia. Se quería, siguiendo el criterio fundamental novecentista, enlazar con la tradición clásica y vincularse al espíritu cultural humanístico que triunfaba en la Europa más cultivada. El propio Estelrich afirmaba que la Fundació iba a servir para «acabar de robustecer nuestro renacimiento literario, nuestra literatura nacional», y difundir socialmente la cultura clásica por toda Cataluña. El mecenas, por su parte, tenía muy clara la relevancia de la empresa y que por eso había que «subordinar el espíritu comercial al patriótico y cultural».

En marzo de 1922 la prensa catalana anunciaba como «magno acontecimiento» que la Editorial Catalana, dirigida por Joan Estelrich, pronto iba a iniciar una colección, integrada por más de trescientos volúmenes, de obras de los clásicos griegos y latinos traducidas al catalán. Se anunciaban, además, algunos de los nombres de las obras y de los traductores, entre ellos Llorenç Riber, Gabriel Alomar, Lluís Carreras, Lluís Segalà, Lluís Nicolau d'Olwer, Manuel de Montoliu, Josep M. de Sagarra y Joaquim Balcells. En la primera relación, sin embargo, no aparecía el nombre de Carles Riba, que ya había publicado importantes traducciones de autores griegos, como Plutarco, Sófocles y Jenofonte. Se anunciaba que las ediciones iban a ser bilingües, cotejadas, y que habría dos colecciones, una más popular y otra de lujo. Asimismo se decía que se contaba con el asesoramiento lingüístico de Pompeu Fabra, que garantizaría la revisión de los textos catalanes.

Un año después, el 9 de abril de 1923, se celebraba el acto de presentación del primer volumen en el Hotel Ritz, el más lujoso y nuevo de Barcelona —se había inaugurado en 1919—. Se trataba del libro *De la natura* de Lucrecio, traducido por el catedrático de filología latina Joaquim Balcells. En presencia de intelectuales y políticos destacados (Fabra, Corominas, Sagarra, Montoliu, Nicolau, Campalans, etc.) Cambó pronunció un discurso en el que se mostraba orgulloso de su iniciativa y elogiaba la labor de Estelrich. Carles Riba, que no asistió al acto porque todavía estaba en Múnich, manifestó en

privado sus dudas ante el proyecto de Estelrich, que consideraba excesivo porque no creía que en Cataluña hubiera suficientes traductores competentes de griego y latín para llevarlo a cabo.

Durante un tiempo, Riba pensó que Estelrich era demasiado joven y no tenía suficientes conocimientos sobre la cultura humanística —no sabía griego— para dirigir aquella empresa tan ambiciosa. Según él, el país estaba falto de una tradición humanística sólida para asegurar la continuidad de aquella colección. Esa actitud cambió cuando en 1925 Estelrich le propuso encargarse de una cátedra de griego dentro de las actividades de la Fundació. En mayo de 1925, en el transcurso de la tercera comida anual de la Fundació, Francesc Cambó anunció que Carles Riba se encargaría de dos cátedras de griego, una elemental y otra superior. El mecenas mostraba su satisfacción porque servirían para «formar a colaboradores para nuestra obra de incorporación de los clásicos griegos y latinos al catalán». Con el fin de realizar con eficacia dicha tarea, Cambó le propuso a Riba irse a París para informarse con detenimiento de cómo funcionaba en la Sorbona la enseñanza superior del griego, viaje que llevó a cabo entre octubre y diciembre de 1925. Riba le entregó a Cambó un informe —de seis hojas— con las «reflexiones y experiencias de aquel medio año que usted generosamente me concedió de plazo para la organización de una doble cátedra de lengua griega, elemental y superior».[30]El texto contaba con diferentes apartados[31]y finalizaba con un efusivo agradecimiento de Riba al «generoso fundador». Por su parte, Cambó reconocía que, en cuanto al griego, «el mejor preparado de todos era Carles Riba», y que su trabajo no se limitaría a las clases —que iban a empezar en enero de 1926 en sus locales de la vía Laietana 30—, sino que también sería el asesor fundamental de Estelrich tanto para la revisión de las traducciones encargadas como para elegir nuevas obras y traductores.

La Fundació creó asimismo un seminario de crítica textual, a cargo del latinista Joaquim Balcells, y de forma periódica invitaba a especialistas extranjeros, como el alemán Karl Vossler, a pronunciar conferencias en su sede. Si bien el nivel de formación de los especialistas en las culturas clásicas que salieron de la Universidad de Barcelona era insuficiente, los estudios organizados por la Fundació despertaron entre muchos jóvenes el interés por la cultura humanística, y contribuyeron decisivamente a que se formase en

Cataluña toda una hornada de filólogos clásicos de notable solvencia. Riba estaba muy satisfecho del trabajo. Consideraba que reforzaría «el orgullo renacido de la lengua propia» dado que ayudaría decisivamente al ideal de «hacer una patria de diversas personas, fórmula de incorporación cultural, es decir, de traducción».

La aparición de los primeros volúmenes de la Fundació tuvo mucha repercusión internacional y recibió el saludo entusiasta de buena parte de las publicaciones especializadas, que elogiaron la gran iniciativa catalana. Muy pronto, Joan Estelrich fue invitado a pronunciar conferencias y cursos por toda Europa para explicar la colección. En 1926, la presentó en la Sorbona (París) y defendió la tesis de que Cataluña ya estaba «plenamente incorporada a la cultura humanística». Afirmó, exageradamente, que se hacía una tirada de tres mil ejemplares de cada título, lo que reflejaba que iba dirigida a un amplio público culto y no solo a los especialistas. Seguramente el éxito de aquel acto allanó el camino para que dos años más tarde Francesc Cambó inaugurase el Centre d'Études de l'Art Catalan et de la Civilisation Catalane. Más adelante, en abril de 1932, Estelrich asistiría al primer congreso de la Association Guillaume Budé, en Nimes, el gran referente francés, donde recibió elogios y felicitaciones por la prestigiosa colección catalana que dirigía.

Pero no todo eran palabras amables. Algunos, aunque muy pocos, criticaron la Fundació. Uno de ellos fue el integrista Mossèn Antoni Alcover, que mostró sus reticencias no solo por el hecho de que el texto catalán siguiera la normativa de Pompeu Fabra y del Institut d'Estudis Catalans, sino también porque en la selección de los traductores había muchos que eran «poco cristianos» y algunos manifiestamente «ateos». Pero eso era más bien una anécdota, incluso elogiosa, que un reproche, pues denotaba que se elegía a los traductores por su competencia profesional, sin tener en cuenta criterios ideológicos.

En 1926 Cambó creó la editorial Alpha y la puso bajo la dirección de Estelrich, que se encargaba de la edición de todas las publicaciones promovidas por él, entre otras la Fundació. A los siete años de su creación, en 1929, la colección ya tenía unos 1.755 suscriptores, prácticamente se autofinanciaba y funcionaba casi como una editorial comercial. Con la publicación periódica de entre seis y ocho volúmenes cada año, se mostraba como una empresa de una seriedad

y eficacia notables. La dictadura de Primo de Rivera, con su manifiesta hostilidad hacia la lengua y la cultura catalanas, había contribuido a su éxito al estimular a mucha gente, como reacción política, a colaborar en una causa patriótica como aquella. Así, en 1930, cuando ya se habían editado cincuenta volúmenes, el resultado empresarial, científico y político era extraordinario. Se trataba de unas obras que destacaban por la excelencia de sus traducciones y el alto nivel científico de las documentadas introducciones, entre las que destacaban las de Balcells, Riba, Crexells, Soldevila o Cardó. Además, aquel éxito ponía de manifiesto el gran acierto de Cambó al escoger a Estelrich como director, y del mallorquín al confiar el riguroso trabajo de revisión de los textos y de asesoramiento científico a Carles Riba y Lluís Nicolau d'Olwer.

Cambó no asistió a la comida anual de la Fundació Bernat Metge en diciembre de 1931 porque estaba medio exiliado en París, pero le envió instrucciones a Estelrich para que dijera en su nombre que las iniciativas culturales «han de mantenerse, como hasta ahora, alejadas de todo cuanto pueda dividir a los catalanes».[32]Asimismo recordaba que así como en tiempos de la Dictadura «luchamos, a golpe de libros, contra un grosero intento de asimilismo», ahora habría que luchar contra «la indiferencia de los catalanes por la magna causa de nuestra cultura heredada». Animaba a los colaboradores a mantener un entusiasmo «tan vivo como en los años de persecución» y les aseguraba que su fe «en la obra iniciada, hace cerca de diez años, está hoy tan viva como siempre. Y nunca le faltará mi concurso, ni mientras viva, ni cuando haya fallecido».[33]

Durante los años de la república, la intensa dedicación a la política de Joan Estelrich —fue el único diputado de la Lliga elegido en las tres elecciones, 1931, 1933 y 1936— provocó que, sin dejar formalmente la dirección de la colección, confiase la responsabilidad de hacerla funcionar a Carles Riba, quien se dedicó plenamente a ello. Eso hará que Estelrich se sienta inseguro y sospeche de que Riba intrigaba ante Cambó para desplazarlo.[34]También es este el momento de la máxima producción de Riba como traductor: se publicaron ocho traducciones suyas entre 1931 y 1936. Fue una etapa que coincidía con el incremento de su prestigio literario como poeta y su consolidación como referente intelectual. En 1936, justo antes de que estallase la guerra, ya tenía ochenta títulos publicados, con

traducciones de los autores clásicos más notorios: Platón, Aristóteles, Sófocles, Plauto, Cicerón, Séneca, Tácito, Plutarco, Jenofonte, Horacio, Ovidio, Demóstenes, Esquilo, Polibio, Terencio, etc.

El 19 de julio de 1936, los locales de la Fundació Bernat Metge, y de hecho toda la casa de Cambó en la vía Laietana 30, fueron ocupados por unas patrullas anarcosindicalistas vinculadas a la Confederación Nacional del Trabajo y la Federación Anarquista Ibérica. Puesto que Cambó y Estelrich no se encontraban en Cataluña, fue Carles Riba quien tuvo que intervenir desde un primer momento a fin de evitar que la documentación y la biblioteca fueran destruidas. Después de una entrevista con Ventura Gasol, el consejero de Cultura, y con el asentimiento de Joaquim Balcells, August Pi i Sunyer y Pompeu Fabra, logró que la Generalitat confiscase la institución —decreto del 12 de agosto de 1936— para salvarla, y que lo nombrasen «comisario de apropiación». En una carta a Cambó que escribió en 1943 pero que nunca envió, retrataba así la situación de la Fundació en los últimos días de julio de 1936:

> Aquello era una checa, y había que dialogar y hacerle discursos absurdos a gente que eran una mezcla de inocencia y resentimiento, y, además, armados hasta los dientes y embriagados de triunfo. Al fin conseguimos sacar exclusivamente papeles, libros y librerías; e incluso eso, vigilados de vista por pistoleros.[35]

En agosto de 1936 Carles Riba y el filósofo Eduard Nicol trasladaron la Fundació, con todos los archivos y la biblioteca, a otro local, en el paseo de Pi i Margall 114, de Barcelona, donde se retomó el trabajo a fin de seguir publicando volúmenes. Riba no dio ningún paso ni efectuó ninguna operación de importancia en la Fundació ni en la editorial Alpha sin que Cambó y Estelrich estuvieran informados y dieran su aprobación. La correspondencia con Cambó se efectuó a través de Ramon Sugranyes de Franch, secretario del latinista Joaquim Balcells, que estaba entonces en Ginebra. Las dificultades financieras de la Fundació se resolvieron con la venta de acciones de la CHADE, propiedad de Cambó, operación que autorizó desde Italia.

De todos modos, tanto Cambó como Estelrich serían bastante críticos respecto a Riba, a quien consideraban demasiado tolerante con los «rojos» y que mantenía una actitud de complicidad con la Generalitat «revolucionaria». La dura censura de Cambó a la actitud de muchos intelectuales catalanes durante la guerra se centraba en casos como el de Riba, que no fue recibido por Cambó cuando en

1937 fue a París a intentar hablar con él y explicarle la situación en la que se encontraba la Fundació: «A él no le conviene, y a mí me costaría gran violencia no decirle lo que pienso de su conducta», escribió.[36]Además, fue indudable la indignación de Cambó y Estelrich al comprobar que en los nuevos volúmenes de la Fundació publicados aquellos años de la guerra aparecía el escudo de la Generalitat como si fuese la propietaria; que se mencionaba como editor al Departament de Cultura y que Carles Riba constaba como «Comisario de la Generalitat».

Aun así, el 7 de noviembre de 1938, en la única conversación telefónica que mantuvieron Cambó y Riba durante la guerra, ambos coincidieron en que, con la previsible victoria de los franquistas, todos los esfuerzos tendrían que dedicarse a «salvar la lengua y la alta cultura» catalanas. Finalizada la guerra, con el exilio de Riba y de buena parte de los colaboradores de la Fundació, y con Cambó primero en Suiza y luego en América, de nuevo fue Joan Estelrich quien intentó poner otra vez en funcionamiento la colección, empezando por conseguir el permiso de las autoridades franquistas para publicar más volúmenes. Pese a sus buenos contactos con los responsables de los Servicios de Propaganda franquistas, las dificultades y las exigencias harían imposible la aparición de nuevos volúmenes durante unos cuantos años. Primero se solicitó eliminar los nombres de los autores considerados «rojos», como Riba, Nicolau o Soldevila; después se indicó que había que publicar también la traducción al castellano de cada volumen. Todo eran reparos y demandas. Finalmente, en 1942, tal vez gracias al donativo de cuadros de Cambó al Museo del Prado, que había creado un ambiente más propicio, Estelrich obtuvo la autorización para publicar el volumen *Vides Paral·leles* de Plutarco, que ya tenían impreso desde 1939, pero con el compromiso de no mencionar que el traductor era Carles Riba, que aún se encontraba exiliado.

El regreso de Riba a Cataluña en abril de 1943 hizo que Estelrich, que cada vez estaba más ausente de Barcelona, de nuevo delegase en él la tarea de proseguir con la edición de más volúmenes. En 1946 se pudieron publicar dos nuevos; en 1947, otros dos; en 1948, solo uno, pero a partir de 1949 el trabajo ya se regularizó y cada año se editarían entre cuatro y seis volúmenes. Aunque el nuevo editor gerente de la editorial Alpha era el economista Salvador Millet i Bel y

el director de la Fundació seguía siendo Joan Estelrich, Carles Riba ejerció como director efectivo otros quince años, hasta su fallecimiento en 1959. Estelrich había muerto un año antes en París. Sin embargo, Riba tuvo que protestar durante mucho tiempo ante la persistencia de afirmaciones calumniosas que lo acusaban de haber querido «apropiarse» de la Fundació en 1936. La carta a Cambó antes mencionada, y finalmente no enviada, es todo un alegato a favor de su intervención limpia en el asunto. Actualmente, en 2022, el año de su centenario, los volúmenes publicados por la Fundació superan la cifra de 450.

De las múltiples reflexiones que hace Cambó en las *Memorias* y *Meditacions* sobre su gran creación, la Fundació, puede deducirse que creía seriamente que la difusión de la cultura clásica podía aportar a los catalanes un sentido de equilibrio y mesura del que no siempre estaban dotados. Él mismo reconocía que la lectura de los clásicos le aportaba serenidad y ponderación y lo confortaba con un gran optimismo.

Hombre de carácter fuerte, Francesc Cambó actuó como un auténtico empresario cultural, ejerciendo un control muy personal de las instituciones que había fundado y financiaba. No permitió, por ejemplo, que el Institut d'Estudis Catalans fiscalizara las publicaciones de la Fundació Bernat Metge, dado que aquella era una iniciativa suya, por eso la sufragaba, y no estaba dispuesto a aceptar ninguna clase de interferencia exterior. Se atribuye a Cambó la frase: «A los intelectuales hay que pagarles poco y exigirles mucho». Tal vez por ello uno de sus traductores, Joan Petit, sostenía con ironía que «en la Bernat Metge los verdaderos mecenas son los traductores».

Dos ediciones de la Biblia y recuperar a los judíos catalanes

La faceta de mecenas novecentista y católico de Francesc Cambó quedó claramente reflejada en la ambiciosa iniciativa de impulsar la traducción de la Biblia al catalán, directamente del griego y del hebreo, siguiendo en gran parte el modelo de la Fundació Bernat Metge. En 1922 el padre Miquel d'Esplugues, provincial de los capuchinos catalanes, le presentó un proyecto ambicioso, que coordinaría él personalmente, para traducir al catalán todas las obras

del Antiguo y el Nuevo Testamento. También participaba en ello el padre Bonaventura Ubach, estudioso benedictino de Montserrat, especialista en cuestiones bíblicas, buen conocedor del hebreo, el arameo y el griego y residente en Palestina desde hacía años. Cambó aceptó la propuesta de Miquel d'Esplugues y creó la Fundació Bíblica Catalana con la finalidad, según decía él mismo, de «dar a nuestro pueblo una versión bíblica en lenguaje literario de acuerdo con el estado de perfección al que ha llegado el catalán actualmente». Ahora bien, en 1925 el proyecto se topó con dificultades al desvincularse de él el padre Ubach y, por lo tanto, también el monasterio de Montserrat. No era una simple riña entre capuchinos y benedictinos sobre quién debía dirigirlo, sino que había problemas de fondo, sobre la concepción misma y la calidad. Eran notorias las reticencias de Ubach ante la escasa formación como biblista de Miquel d'Esplugues y de la mayoría de sus colaboradores barceloneses. También discrepaba de la intención de ir deprisa, pues se resentiría la calidad de las traducciones. Y así, Ubach defendió ante Cambó la necesidad de crear un equipo de biblistas más reducido, coherente y preparado, y proponía que las traducciones al catalán se acompañaran de comentarios literarios amplios y rigurosos y de ilustraciones que comparasen los diferentes libros bíblicos. Ubach en persona coordinaría el proyecto junto con otro benedictino, Anselm Albareda, y sus principales colaboradores serían personalidades de primera fila formadas en la École Biblique et Archéologique Française de Jerusalén, que dirigía el dominico Joseph Lagrange y donde trabajaba Ubach desde hacía años.[37]

Al final, esos dos proyectos —la llamada Bíblia de Montserrat, dirigida por Ubach, y la Fundació Bíblica Catalana, propuesta por Miquel d'Esplugues— se elaborarían en paralelo y ambos serían financiados por Cambó. El primer volumen de la Fundació Bíblica Catalana apareció en 1928, y en 1936 ya se habían publicado diez del total de quince volúmenes que se editaron hasta completarse la colección en 1948. Estas obras bíblicas fueron traducidas del hebreo, del griego y del latín (la Vulgata) al catalán por reconocidos especialistas—entre ellos, C. Cardó, C. Riba, J. M. Millàs, etc.—, pero no por biblistas, como exigía Ubach. Por su parte, la publicación de la Bíblia de Montserrat, que también financiaba Cambó a razón de 25.000 pesetas por volumen, iba editándose a un ritmo más lento, y

los primeros volúmenes los revisaron lingüísticamente Pompeu Fabra y la oficina de asesoramiento lingüístico del Institut d'Estudis Catalans. Interrumpida su publicación durante la guerra civil, no volvió a editarse, a causa de las prohibiciones y reticencias franquistas, hasta el año 1950. Actualmente, los especialistas consideran que la de Montserrat es la más ambiciosa y rigurosa y que la otra, en cambio, tiene un carácter más literario y divulgativo. El propio Cambó era consciente de la diferencia. En una carta a Ubach del 23 de diciembre de 1946, afirmaba: «La verdadera biblia catalana es la que usted ha preparado y la que Montserrat publica. La que yo he patrocinado no tendrá más que un valor literario».[38]

Y en esa misma línea de promover importantes traducciones al catalán, Cambó impulsó la constitución de la Fundació Hebraica-Catalana, que se dedicaría a la edición de los textos, muy escasos y poco conocidos, escritos por judíos catalanes. Bajo la dirección del hebraísta Josep M. Millàs i Vallicrosa, y vinculada también a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, publicó cuatro volúmenes entre 1929 y 1933.

La Fundació Cambó de París y el Centre d'Études de l'Art Catalan et de la Civilisation Catalane de la Sorbona

También en el ámbito internacional, durante los años de la dictadura de Primo de Rivera se constituyó en París la Fundació Cambó, a iniciativa de Francesc Cambó, con la clara pretensión de «dar a la cultura catalana una categoría internacional».[39]Con la ayuda de Josep Puig i Cadafalch, que estaba bastante relacionado con los medios universitarios de París, Cambó proyectó un centro dedicado básicamente a la difusión de la historia del arte catalán. Puesto que era un proyecto internacional, requería el beneplácito de la embajada francesa en Madrid y del Ministerio de Asuntos Exteriores francés. Obtenidos los permisos correspondientes, Cambó se propuso crear una fundación que llevase su nombre y que financiase un amplio abanico de actividades que se desarrollarían dentro del ámbito universitario de la Sorbona parisiense. En diciembre de 1928 el proyecto fue aprobado por el Consejo de la Universidad de la Sorbona y el 19 de enero de 1929 se procedía a firmar el convenio oficial entre Cambó, «ancien

ministre à Barcelona», y el vicerrector de la Sorbona para que la Fundació Cambó se encargara de subvencionar la docencia y las actividades del nuevo Centre d'Études de l'Art Catalan et de la Civilisation Catalane (CEACC), durante un primer período de seis años. Fue nombrado director del CEACC el profesor Pierre Lavedan, especialista en arte y urbanismo, que había sido catedrático en las universidades de Tolosa y de Montpellier. El Consejo Directivo de la Fundació, que era el encargado de la administración del CEACC, estaba integrado por tres consejeros nombrados por Cambó —J. Estelrich, J. Puig i Cadafalch y Ll. Nicolau d'Olwer—, otros tres nombrados por el Institut d'Art de la Sorbona y el propio Lavedan. El CEACC funcionó desde el curso 1929-1930 hasta el de 1937-1938, con la interrupción del curso 1935-1936. Se impartieron varios ciclos de conferencias sobre cuestiones fundamentales del arte catalán: la Cataluña románica; la pintura catalana a finales de la Edad Media; la pintura catalana contemporánea; la escultura románica catalana; la arquitectura gótica civil catalana; la arquitectura gótica religiosa en Cataluña, Valencia y Baleares, y el arte mozárabe y Cataluña. Cada curso solía estar integrado por entre doce y quince conferencias, que suponían un coste anual de unos 130.000 francos franceses. Los conferenciantes más habituales fueron Josep Puig i Cadafalch y Joaquim Folch i Torres, pero también pasaron por allí conocidos especialistas como Higini Anglès, Agustí Duran i Sempere, Jordi Rubió i Balaguer, Adolf Florensa, Cèsar Martinell, Pere Bosch Gimpera y Pere Corominas.

Desde 1931 la Generalitat republicana colaboró en la financiación del CEACC, pero durante el curso 1934-1935 se interrumpieron las actividades a causa de la difícil situación política catalana. Aquel curso, Cambó tampoco abonó su parte de la subvención. En primavera de 1936 la Generalitat ratificó su voluntad de volver a financiar el CEACC, con ochenta mil francos franceses, pero enseguida se produjeron graves problemas y tensiones a causa de la guerra civil. El nuevo consejero de Cultura, Antoni M. Sbert, hizo que la Generalitat pagase los atrasos de la subvención que Cambó donaba periódicamente y, de esta manera, se quiso utilizar al CEACC como plataforma de propaganda para desmentir la imagen de una Cataluña revolucionaria y antirreligiosa. Así, a iniciativa de Bosch Gimpera, la Universidad de Barcelona organizó en el CEACC varios

actos y exposiciones sobre arte ibérico y sobre el arte catalán para destacar la política de conservación y restauración del románico y el gótico realizada en Cataluña. Francesc Cambó se desentendió por completo de esas actividades, dado que dejó de financiar el CEACC en 1936 mismo.

En 1939 se produjo la paralización total de las actividades, pese a los intentos de Lavedan. Después de la segunda guerra mundial, ya en 1948, Lavedan presionó de nuevo a Puig i Cadafalch y a los herederos de Cambó para intentar poner otra vez en funcionamiento el CEACC, pero sin éxito, ya que desapareció *de facto* y hasta muchos años después no fue restablecido por la Generalitat de Cataluña.

Desde la creación del CEACC, la Fundació Cambó de París se encargó de la compra del mobiliario y de dotar a su biblioteca especializada. Entre 1929 y 1930 llegaron cajas de libros enviados por la Fundació Bernat Metge, y luego también donativos del Institut d'Estudis Catalans, de la Junta de Museus de Barcelona y de varias editoriales catalanas. Hacia 1939 la biblioteca del CEACC contenía un fondo superior a los tres mil libros, la mayoría de arte. Dicho fondo se encuentra actualmente en el Centre d'Études Catalanes de París.

La historia «aleccionadora y sentimental» de Ferran Soldevila

El 11 de enero de 1929 Francesc Cambó le encargó oficialmente a Ferran Soldevila la elaboración de una historia de Cataluña que fuese una síntesis a la vez rigurosa y legible para un gran público. ¿Quién era entonces Soldevila? ¿Por qué lo había escogido Cambó? Ferran Soldevila i Zubiburu (1894-1971) era un joven historiador que formaba parte de lo que se ha denominado «la primera generación de los Estudis Universitaris Catalans», es decir, la de los intelectuales y profesionales, la mayoría de ellos universitarios, que se formaron básicamente en las dos primeras décadas del siglo xx en una coyuntura marcada por la irrupción política del catalanismo y por la difusión y el arraigo del novecentismo en el mundo cultural. Discípulo de Antoni Rubió i Lluch, tanto en la Universidad de Barcelona como en los Estudis Universitaris Catalans, y doctorado en Madrid bajo la influencia de Ramón Menéndez Pidal, inicialmente Ferran Soldevila se

había orientado hacia los estudios literarios e históricos medievales. Desde muy joven estuvo vinculado al Institut d'Estudis Catalans —fue su secretario entre 1914 y 1920— y era miembro del cuerpo de archiveros —trabajaba en el Archivo de la Corona de Aragón—. En 1922 Soldevila adquirió cierta notoriedad al publicar, en colaboración con su amigo y también historiador Ferran Valls i Taberner, una serie de manuales de historia de Cataluña, editados por la Associació Protectora de l'Ensenyança Catalana y dirigidos a escolares de varios niveles de enseñanza, que enseguida tuvieron un notable éxito editorial. Seguramente por ello, y por el hecho de que los manuales estaban escritos con un lenguaje pulcro y bastante comprensible, el 4 de marzo de 1924 Estelrich se dirigió a Soldevila para decirle que Cambó quería saber si estaría interesado en la redacción de una historia de Cataluña de cariz interpretativo y dirigida a un gran público. Soldevila declinó la oferta alegando que se marchaba a la universidad inglesa de Liverpool como lector y luego a París, a trabajar un tiempo en la École des Chartes, pero dijo que podían hablar a su vuelta.

Cuando a finales de 1928 Soldevila regresó a Cataluña, Estelrich le hizo de nuevo la propuesta de Cambó y Soldevila se fue a París a fin de concretar el proyecto de libro y firmar el contrato. Un año antes, Soldevila había aceptado encargarse de la traducción de los libros I y II de los *Anales* del historiador romano Tácito para la colección de la Fundació Bernat Metge. La traducción de Soldevila fue entregada a Estelrich a mediados de 1929, salió publicada a mediados de 1930 y complació mucho a Cambó, que después de leer el riguroso y reflexivo prólogo se ratificó en la idea de que era el historiador más adecuado para escribir el libro que quería.

Así, a principios de enero de 1929 en el Hotel Crillon de París, donde solía alojarse Cambó, Soldevila y el político catalanista mantuvieron varios encuentros para discutir el carácter y la dimensión del libro, los plazos de entrega de los capítulos y la remuneración, y firmaron un contrato. La idea inicial era hacer un solo volumen, de unas 400 páginas como mucho, por las que Soldevila recibiría unas 10.000 pesetas, a razón de 25 por página, pero sin cobrar derechos de autor. La obra tendría que estar lista en un par de años. El 9 de enero, Soldevila escribía en su *Dietari*: «El mecenas no publicará mi historia si no está de acuerdo con ella. Pero yo no modificaré nada, y él estará de

acuerdo. Su base histórica es débil ... He empezado a trabajar en mi obra y la veo como una bella obra original y sólida».[40]

Cambó quería que Soldevila escribiese una «síntesis eficaz», de estilo legible y divulgativo, dirigida a un gran público, pero también «interpretativa», similar a la *Historia de Francia* de Jacques Bainville o a la *Breve historia de Inglaterra* de Gilbert Keith Chesterton, que entonces estaban tan de moda en Europa. Cambó deseaba una obra que produjera en el lector una «identificación sentimental» con el país, pero que tuviera un rigor histórico incuestionable. Y por eso pensó en Ferran Soldevila. Esta elección por parte de Cambó y Estelrich también respondía al deseo de ofrecer un producto nuevo y muy diferente de la extensa *Història Nacional de Catalunya* que estaba publicando, desde 1922, Antoni Rovira i Virgili y que finalmente tendría siete volúmenes. Además, en aquellos momentos Rovira, con quien estaban claramente enfrentados, era uno de los máximos dirigentes del Partit Catalanista Republicà, creado a partir de Acció Catalana, la antigua escisión de la Lliga Regionalista. Y daba demasiado la imagen de político y periodista que ejercía de historiador, mientras que Ferran Soldevila era sobre todo un historiador joven y brillante, mucho más dedicado a la investigación científica y sin los condicionantes ideológicos de ser un político profesional.

Ferran Soldevila se puso inmediatamente a redactar una obra que, al final, sería bastante diferente de lo que tenían en mente: tendría tres volúmenes y tardaría más de cinco años en estar lista. Cambó hizo un seguimiento constante: leía cada capítulo, daba su opinión y proponía algunas modificaciones. Por ejemplo, fue él quien aconsejó poner, después del título genérico de cada capítulo, numerosos subtítulos en el margen del texto que sirvieran como guía de lectura y explicación del contenido.

En la correspondencia entre ambos, analizada por Enric Pujol, y en el *Dietari* de Soldevila,[41]podemos encontrar muchos juicios y comentarios del mecenas sobre los textos de Soldevila que iba leyendo, así como las reflexiones de este después de cada encuentro con Cambó. Así, el 4 de noviembre de 1929, ya en Barcelona, Soldevila escribía: «He ido a ver a Cambó, para rendirle cuentas del estado en que se encuentra la *Historia de Cataluña*. En menos de cinco minutos lo hemos despachado. Todo aquello de querer discutir mi

obra conmigo quedará en nada». Casi un año después, el 25 de agosto de 1930, Cambó, recuperándose de su operación, le escribía a Soldevila desde Francia insistiendo en cuál debía ser el objetivo fundamental del libro encargado:

> Yo me hago la ilusión de que la *Historia de Cataluña* que prepara ejercerá una gran influencia en Cataluña, volviendo catalanistas a muchos que no lo son y dando un fundamento más sólido y más consciente al catalanismo, puramente epidérmico y verbalista, que, por, desgracia, tanto abunda aún en Cataluña ... Yo me hago la ilusión de que su *Historia* puede ser —¡¡ha de ser!!— para Cataluña, lo que la *Histoire* de Bainville ha sido para Francia, donde hoy puede notarse la influencia de aquella historia en todos los sectores de la opinión francesa, salvo del comunista.

Algunos de los comentarios de Cambó al texto de Soldevila, aunque fuesen sobre Jaime I, terminaban en conclusiones generales y políticas, como las que desde París escribió el 2 de febrero de 1932:

> La mayor y mejor lección que podemos sacar los catalanes de una historia de Cataluña, escrita con sinceridad y con espíritu nacionalista, es esta: de todas las desgracias de Cataluña, la culpa principal la tienen los propios catalanes, por no haberlo subordinado todo y en todos los momentos al interés supremo de su patria ... es una verdad dolorosa, pero que hay que proclamar, para ver si los catalanes de mañana, ya que no los catalanes de hoy, sabrán tenerla presente.

En cualquier caso, durante un tiempo Ferran Soldevila no pudo centrarse plenamente en la redacción del libro, porque en septiembre de 1930 asumió la dirección de la prestigiosa *Revista de Catalunya* y eso le exigió una dedicación bastante intensa. Era un momento político extraordinario, de crisis del gobierno de la «dictablanda» del general Berenguer y del gobierno del almirante Aznar que culminaría con cambio de régimen en abril de 1931. Bajo la dirección de Soldevila, la *Revista de Catalunya* adquirió entonces una tonalidad muy viva y se hizo eco de las principales polémicas políticas del momento. Soldevila redactaba muchos de los editoriales y artículos desde una actitud conciliadora entre las posiciones, entonces presentadas como muy contrapuestas, de Francesc Cambó, de Jaume Bofill i Mates y del canónigo Carles Cardó, sobre el significado de una política de «concordia». Soldevila era partidario de una entente entre Acció Catalana, entonces convertida en el Partit Catalanista Republicà, en el que él todavía militaba, y la nueva Esquerra Republicana de Macià, y acogió con entusiasmo la proclamación de la república y la constitución de la Generalitat de Cataluña. Eso contrastaba, lógicamente, con la huida a Francia de Cambó.

De todos modos, a finales de 1931 la *Revista de Catalunya* quebró

y, pese a las gestiones realizadas desde París por Cambó, dejó de publicarse por un tiempo. Fue entonces, a partir de comienzos de 1932, cuando Soldevila pasó a dedicarse plenamente a la redacción de la obra encargada por Cambó. Eso coincidiría también con su distanciamiento político del Partit Catalanista Republicà hasta darse definitivamente de baja a finales de 1932. Es posible que Soldevila deseara tener una posición más independiente, sin vinculaciones partidistas, actitud que seguramente sería bien vista por Cambó, quien, a medida que leía los capítulos escritos por Soldevila, se iba convenciendo de la importancia de la obra: «Creo que puede ser, no solo un éxito editorial, sino, principalmente, que considero puede ejercer una provechosa influencia en Cataluña», le escribía desde París a Estelrich el 2 de junio de 1932. No obstante, consideraba que Soldevila estaba escribiendo un libro con una «extensión mucho mayor de lo que habíamos previsto y temo que nos iremos a un volumen que superará las 700 páginas. Yo considero eso imposible».[42]

No cabe duda de que la especial coyuntura política, los años iniciales del régimen republicano y de la Generalitat, influyó en la redacción del libro. Se vivían momentos de recuperación y reconstrucción nacionales, y por eso Soldevila, de forma más o menos explícita, continuó defendiendo la necesidad de una entente general entre los catalanes. De hecho, explicitó en el «Prefacio» de la obra la complejidad que representaba escribir y reflexionar sobre la historia del país en esa nueva y extraordinaria coyuntura política, y en la parte final recordaba que «el señor Francesc Cambó, que tuvo la iniciativa de esta obra, me honró encargándomela, ha hecho materialmente posible su redacción y publicación, y cuyo vívido interés en seguir sus etapas no ha sido el menor de los estímulos que he recibido».

Soldevila elaboró un libro riguroso, con la mayor seriedad científica, que durante muchos años se convirtió un referente; de hecho, fue su publicación más emblemática. Él mismo estaba bastante satisfecho. En su *Dietari*, el 9 de mayo de 1933, explica lo entusiasmado que está el mecenas con el producto final de su encargo:

> Visita a Cambó. Enfermo, en cama. «Su *Historia* causa una gran impresión», me ha dicho. Habíamos hablado de hacer un Bainville; pero es algo muy diferente. Cuando termine esta habrá que hacer otra, porque esta no podrá tener la difusión que querría. Se la he dado a leer a Ferran Valls i Taberner y está entusiasmado. Hablando de que la obra había ido alargándose, ha dicho: «A usted escribiéndola, le ha pasado lo que a mí

leyéndola». Y sonreía, con una sonrisa que hace a veces, de una gran dulzura insospechada.[43]

Durante sus conversaciones, Cambó le dijo a Soldevila que más adelante tendría que escribir una obra más sintética, de un solo volumen, que pudiera llegar a un público mucho más amplio. Él, sin rehusar la propuesta, le mencionó a Cambó que, después de haber hecho aquel libro, veía muy necesario ponerse a escribir una historia de España de unas características similares. Cambó estuvo de acuerdo.

Efectivamente, el producto final de Soldevila estaba bastante alejado de la idea inicial de Cambó. No se trataba de un volumen sino de tres; la información que se daba era exhaustiva y rigurosa, y el estilo elegante e interpretativo lo hacía muy legible. El primer volumen, de 470 páginas, se publicó coincidiendo con el día de Sant Jordi de 1934 y tuvo un gran éxito, visto que la primera edición, de 1.300 ejemplares, se agotó en dos meses. El segundo y el tercer volumen, que tenían 430 y 265 páginas respectivamente, se publicaron al año siguiente, en 1935, y también obtuvieron una gran aceptación del público. Pero la obra solo llegaba hasta «La guerra napoleónica», es decir, no analizaba la mayor parte del siglo XIX ni entraba en el siglo XX.

En el «Prefacio» del libro, Soldevila justificaba su visión globalizadora por la necesidad de «conocernos a fondo», de saber qué habían hecho los catalanes y así poder elaborar un juicio, una evaluación final. Porque, de hecho, se trataba de eso, de redactar un texto interpretativo que, con notables consideraciones de carácter político, ofreciera una valoración del pasado desde una perspectiva nacional. Recordando una reflexión de Goethe, el autor sostenía que «ninguna nación puede ganarse un buen juicio en el mundo hasta que sepa juzgarse ella misma. Para ganarse ese buen juicio y para juzgarse, hay que conocerse». Esta era también la pretensión de Cambó cuando le encargó el libro a Soldevila: alguien tenía que escribir una historia de Cataluña que sirviera para tener un conocimiento lo bastante riguroso de los muchos problemas con que habían tenido que enfrentarse los catalanes a lo largo de la historia. En el «Prefacio», evidentemente, también se manifestaba claramente esta voluntad del autor: «Nunca he querido ocultar, ni dentro de los pliegues de nuestras glorias más densas, ninguna de las miserias que las han roído o echado a perder. Solo así podía cobrar todo su admirable sentido la tragedia

de nuestra historia». En ese texto introductorio Soldevila confesaba que el libro también podría haberse titulado «Historia sincera de Cataluña».

El libro de Soldevila causó un impacto considerable entre las élites culturales y políticas catalanas. Pronto se convirtió en un referente fundamental, una lectura obligada, lo que hizo de él enseguida un «clásico». Toda la prensa y las publicaciones catalanistas lo acogieron con gran interés y destacaron su carácter innovador y hasta «rupturista». Es conocida, sin embargo, la reseña crítica que Jaume Vicens Vives escribió en 1935, cuando solo tenía veinticinco años. Aquel joven profesor universitario consideraba que la obra de Soldevila todavía estaba demasiado influida por la tradición romántica del catalanismo del siglo XIX, tenía un carácter esencialmente político y dejaba de lado muchos aspectos sociales y económicos de relevancia. Vicens, finalmente, emitía una sentencia que sería polémica: el libro de Soldevila «clausura una etapa de nuestra historiografía».[44]Pese a tal consideración, reconocía que la obra de Soldevila era, con diferencia, la más rigurosa y satisfactoria síntesis histórica disponible y que su brillante estilo literario «la convertirá en clásica en el campo de la historiografía catalana». Años después, Pierre Vilar consideraría que la de Ferran Soldevila había sido la primera «historia abierta» de Cataluña, por la original forma de plantear el hecho nacional.

Soldevila tuvo un cierto conflicto con la editorial Alpha, que dirigía Estelrich, pues el texto final superaba en mucho la longitud estipulada inicialmente. Se discutió el precio de las páginas hechas de más, que eran más de cuatrocientas. Al final Soldevila accedió a cobrar las páginas sobrantes a un precio más reducido que las demás, pero a cambio de unos derechos de autor que inicialmente no tenía.

Ferran Soldevila, a pesar de sus diferencias políticas con Francesc Cambó, agravadas por la actitud de ambos durante la guerra civil, siempre reconoció su deuda con el mecenas: «Hay una cosa que no debe olvidarse y no olvido: sin Cambó, sabe Dios cuándo habría escrito esta obra, o si jamás se habría escrito», escribió en su *Dietari* el 7 de junio de 1934. Casi tres décadas después, en su *Història dels catalans*, Ferran Soldevila, en el momento de analizar el cambio de régimen de abril de 1931, sostenía que el grito de «Viva Macià y muera Cambó» fue un «acto de canibalismo político», porque «si Macià acababa de conquistar la autonomía con su audacia, era Cambó quien

la había estado predicando durante más de treinta años».

Las relaciones con Pere Bosch Gimpera: de la etnología ibérica a la fallida Escola Catalana d'Arqueologia Oriental

Siguiendo en su línea de mecenas cultural, Francesc Cambó también buscó la colaboración del prehistoriador Pere Bosch Gimpera. Las relaciones entre ambos, que inicialmente parecían cordiales y provechosas, al final se volvieron conflictivas. Miembro de la misma hornada novecentista que Ferran Soldevila, Bosch se había especializado en arqueología clásica en la universidad alemana, en 1915 había sido nombrado por Prat de la Riba director del Servei d'Investigacions Arqueològiques de la Mancomunitat y en 1916, con tan solo veinticinco años, había ganado la cátedra de Historia Antigua de la Universidad de Barcelona. Pronto se convirtió en un investigador activo en temas de historia antigua, con capacidad suficiente para crear la que sería conocida como la Escola d'Arqueologia de Barcelona, la más dinámica e innovadora de todo el Estado español. En 1929, Bosch Gimpera fue el principal organizador del IV Congreso Internacional de Arqueología Clásica, que se celebró en Barcelona con gran éxito, a la vez que dirigía para el Institut Gallach de Barcelona una gran obra de síntesis, una *Historia universal* en la que colaboraron muchos de sus discípulos y reconocidos especialistas extranjeros, es decir, tenía experiencia y prestigio como organizador de obras colectivas.[45]

Seguramente fue a propuesta de Joaquim Balcells, buen amigo y colega de Bosch Gimpera, por lo que Joan Estelrich, en nombre de Cambó, le encargó una magna obra que en cierto modo debía complementar tanto lo que ya se estaba publicando en la Fundació Bernat Metge como en la también proyectada colección de obras de historia del arte de Cataluña, que le encargaría a Josep Pijoan. La intención inicial de Cambó era plantearle a Bosch Gimpera dos ambiciosas propuestas: por un lado, encargarse de dirigir un gran estudio sobre la civilización y el arte ibérico de la Península que fuese el compendio de todas las investigaciones y conocimientos que hasta entonces se tenían del mundo prerromano; por otro, le propuso que lo asesorase a fin de crear la Escola Catalana d'Arqueologia Oriental con

sede en Atenas, un centro de formación de especialistas que a medio plazo también pudiera impulsar excavaciones, especialmente en Grecia y Palestina. Bosch estaba realmente impresionado por las iniciativas y por la confianza. «A medida que he tratado estos últimos tiempos a Cambó, me he convencido de que es lo mejor que hay por aquí y con el único que podremos entendernos y al menos es un hombre civilizado que ha circulado por el mundo y ha visto cómo se hacen allí las cosas», escribía Bosch el 28 de julio de 1930. Estas relaciones llevaron a Bosch a ingresar en la plataforma política Unió Catalana, vinculada estrechamente a la Lliga Regionalista.[46]

En cuanto a la primera propuesta, Bosch le planteó a Cambó que se trataba de una labor muy compleja y que requeriría la colaboración de otros historiadores, especialmente de Josep Colominas Roca, para coordinar un equipo que hiciera el inventario completo del arte ibérico por toda la Península. Pero añadió que él podía empezar por publicar una obra introductoria general que pusiera en orden los conocimientos adquiridos en los últimos años fruto de las muchas y dispersas investigaciones que se habían realizado en el campo de la prehistoria y de la historia antigua peninsular. Es decir, Bosch planteaba elaborar una gran síntesis interpretativa que fuese la culminación de los quince años de investigaciones suyas, de sus discípulos y de otros arqueólogos hispánicos. El texto sería el prólogo del volumen dedicado a describir la civilización ibérica, con dibujos, planos y fotografías de los numerosos yacimientos localizados en el conjunto de la Península. Cambó y Estelrich estuvieron de acuerdo y se firmó un convenio para realizar esa gran labor de localización e inventario de todo el arte ibérico peninsular.

Puesto que la investigación sobre la civilización ibérica que se llevaba a cabo en la Península era compleja y se retrasaba, el impaciente Cambó presionó a Bosch para que entregase lo antes posible su original, es decir, aquella introducción general que sería el libro *Etnologia de la Península Ibèrica*, publicado en julio de 1932 por la editorial Alpha. Esta obra se considera la primera gran síntesis científica sobre la prehistoria y la historia antigua peninsular, y sus tesis han seguido vigentes durante décadas. En ella, Bosch hacía una descripción sistemática de los pueblos peninsulares y de sus culturas. Por primera vez otorgaba rigor histórico a la cuestión de identificar los diferentes pueblos que habían sido descritos por los autores

clásicos.[47]De este modo resolvía muchos problemas interpretativos, establecía la cronología fundamental de las principales etapas, y estudiaba los movimientos de población y los fenómenos más importantes de las diferentes formas de difusión cultural y de las relaciones comerciales con el resto de los pueblos de Europa. El libro de Bosch Gimpera tuvo una gran repercusión, sobre todo internacional, y fue reseñado elogiosamente en las principales revistas especializadas alemanas, francesas, italianas y británicas. Y mientras que en Cataluña fue considerado un hito fundamental dentro de los estudios antiguos, en Madrid fue recibido con algunas reticencias por los arqueólogos defensores de las tesis nacionalistas de Manuel Gómez Moreno.[48]Bosch mismo lo explica en sus memorias: «La *Etnología* fue la causa de que se enfriase mi amistad con Gómez Moreno ... sus teorías eran muy diferentes a las mías, pero yo no podía silenciarlas».[49]

La obra de Bosch, como hemos dicho, debía ir seguida de un gran atlas histórico y del volumen sobre el arte ibérico, pero finalmente estos no se publicaron. Sobre esta cuestión hay dos versiones bastante contrapuestas. Por un lado, la de Cambó, que en la *Memorias* dice que pese a sus grandes esfuerzos e interés no consiguió que Bosch y sus discípulos entregasen el atlas, los textos, las fotografías, dibujos y planos para la publicación de los otros volúmenes, aunque ya se habían recogido copiosos materiales.[50]En 1942, en una carta a Puig i Cadafalch, se lamentaba de la «gran desgracia de que se truncara aquel proyecto» por culpa de «la incorrección de Bosch Gimpera».[51]Por otra parte, la versión de este último es algo diferente. En su correspondencia con Rafael Olivar Bertran, Bosch explicó que hacia finales de 1932 ya tenía el gran atlas terminado, pero que Cambó se negó a publicarlo hasta que Colominas acabara su parte.[52]Bosch argumentó que los trabajos de inventario de Colominas ya estaban bastante avanzados pero que necesitaba más tiempo.[53]Si se quería que Colominas se dedicase a ello plenamente, habría que adelantarle el dinero, dado que se había quedado sin trabajo. Entonces Cambó, según Bosch Gimpera, se negó rotundamente diciendo que «los intelectuales catalanes, cuando cobran por adelantado, no trabajan», y le propuso a Bosch que se encargara él de todos los gastos; después, una vez entregados los textos, los dibujos y las fotografías, se le devolvería el dinero adelantado. Puesto que Bosch

consideró que su labor profesional no era «hacer de banquero de un millonario», manifestó su total desacuerdo con la propuesta de Cambó y el trabajo quedó interrumpido. De modo que nunca se publicaron ni el atlas de Bosch ni el volumen que coordinaba Colominas.

En paralelo a aquel proyecto, como hemos mencionado, estaba la propuesta de crear la Escola Catalana d'Arqueologia Oriental con sede en Atenas.[54]La gran afección de Cambó por las culturas antiguas del oriente mediterráneo, afianzada por sus múltiples estancias en esas tierras —visitó Grecia, Palestina, Líbano, Egipto y la costa de Anatolia —, se concretó en una ambiciosa, y finalmente fallida, propuesta de crear un centro para la formación de especialistas —tanto arqueólogos como biblistas— que después también pudieran dirigir excavaciones propias. En aquellos momentos solo existían cuatro de aquel tipo en el Mediterráneo oriental: la escuela francesa, creada en 1846; una alemana, que databa de 1872; una americana, que era de 1881, y la británica, de 1886. De modo que la «catalana» sería la quinta. Pero antes había que encontrar a un arqueólogo catalán dispuesto a formarse en la escuela alemana de Atenas, que dirigía Gabriel Welter, un arqueólogo amigo de Cambó. El elegido fue un joven discípulo de Bosch, Josep Gibert, que en otoño de 1928 ya trabajaba como becario pagado por Cambó en las excavaciones de la isla de Naxos que realizaban los alemanes. Cambó se comprometió con Welter a aportar veinte mil marcos anuales para las excavaciones que se realizaban en Grecia —Egina— y en Palestina —Siquem—, siempre que Gibert participase en ellas y que una parte de lo que se encontrara fuese a parar a Cataluña. En marzo de 1930 Cambó reformuló el proyecto inicial y le propuso a Bosch Gimpera la creación de una sección de estudios y excavaciones sobre Grecia y Oriente Próximo, financiada por él, dentro del Institut d'Estudis Catalans. Estaría asociada a la escuela alemana de Atenas de Welter y se dedicaría tanto a la formación de especialistas orientalistas como a la realización de excavaciones. Pero en 1931 Josep Gibert, después de tres años de formación en Atenas, Múnich y Berlín y de participar en varias excavaciones en Grecia y Palestina, demostró que no era la persona más idónea para esa tarea y dimitió. Tal dimisión, junto con el hecho de que las relaciones con los alemanes se complicaron, hizo que Francesc Cambó abandonase el ambicioso proyecto y que sus relaciones personales y políticas con Bosch Gimpera empezaran a

deteriorarse.

A finales de 1930, seguramente por sus relaciones con Joaquim Balcells y Joan Estelrich, Pere Bosch Gimpera se incorporó a una plataforma política de intelectuales simpatizantes del proyecto político de Francesc Cambó, llamada Unió Catalana y que coordinaba Estelrich. Luego, ya durante la etapa republicana, fue decano de la Facultad de Filosofía y Letras y el 13 de diciembre de 1933 fue el primer rector de la universidad barcelonesa elegido por un claustro. Su distanciamiento político de la Lliga iría a más después de los hechos de octubre de 1934, cuando Bosch, como rector de la universidad, fue detenido y estuvo encarcelado un mes y medio, mientras Cambó criticaba duramente al gobierno de la Generalitat en las Cortes republicanas. En 1935 Bosch ingresó en el partido Acció Catalana Republicana y durante la guerra civil, sin dejar el rectorado, fue consejero de Justicia del gobierno Companys, de junio de 1937 a febrero de 1939. Por entonces, la ruptura política y personal entre Cambó y Bosch Gimpera era total. Ya en el exilio, Bosch despotricó en su correspondencia de Cambó, a quien consideraba un «avaro» y le reprochó haber subordinado sus ideales catalanistas «a intereses económicos y de jerarquía social». Su juicio sobre Estelrich también era duro: en una carta escrita en 1939, consideraba que el mallorquín era «el primer hijo de puta de Cataluña».

Ayudas, encargos e iniciativas: Fabra, Pijoan, Sagarra, Sert y Conferentia Club

Durante la dictadura de Primo de Rivera, Francesc Cambó financió también varias publicaciones de miembros del Institut d'Estudis Catalans, aunque esta institución no las editase. Ya desde el principio de la década de 1920 Cambó, junto con Rafael Patxot, aparecería en los anuarios del Institut d'Estudis Catalans como uno de sus principales «protectores».

En el terreno de las publicaciones de relevancia, el apoyo económico de Cambó fue decisivo para que en 1932 saliera a la luz el *Diccionari General de la Llengua Catalana*, elaborado por Pompeu Fabra y editado por el Institut d'Estudis Catalans. A comienzos de los años veinte, el Institut tenía muy presente que había que crear un gran

inventario léxico catalán en forma de diccionario general que tuviera un cierto carácter oficial, y por eso le encargó esa obra a Pompeu Fabra, que ya había publicado en 1917 el *Diccionari Ortogràfic* siguiendo las nuevas normas. Durante la dictadura de Primo de Rivera, Fabra organizó un equipo de especialistas, pero su labor pronto quedó medio interrumpida a causa de los recortes presupuestarios impuestos por los nuevos dirigentes políticos de la Diputació de Barcelona, una vez disuelta la Mancomunitat. Un día de 1924, Pompeu Fabra le comentó al editor Antoni López Llausàs que a ese ritmo tardarían unos cincuenta años en publicar el diccionario. López le propuso entonces que hiciera primero una edición más reducida y que él ya buscaría apoyo para la financiación. Fue Cambó quien subvencionó directamente a Fabra para que, por su cuenta y con su equipo, pero desde los despachos de las oficinas lexicográficas, pudiera terminar el trabajo. Así, en noviembre de 1931 salía publicado el *Diccionari General*, primeramente en forma de fascículos, con una tirada de dieciocho mil ejemplares. Un año después, Antoni López Llausàs publicaba el *Diccionari General* como libro en un solo volumen. En la presentación del libro, Pompeu Fabra decía:

> No queremos finalizar estas líneas de presentación del DICCIONARI sin hacer constar que no habríamos podido finalizarlo en el tiempo que lo hicimos —seis años— de no haber sido por la ayuda que el señor Francesc Cambó prestó a la iniciativa de la Sección Filológica, ayuda que nos permitió dedicarnos de pleno a la labor que nos había sido encomendada. No podemos sino expresarle aquí al señor Cambó nuestra gratitud y la de todos nuestros colegas.[55]

La mayoría de las publicaciones científicas y culturales promovidas por Cambó vio la luz en su editorial Alpha, que ya en 1932 editaría el *Repertori de l'antiga literatura catalana. La poesia*, de Jaume Massó y Torrents, y ya en la posguerra, el segundo volumen de dicha obra. En aquellos años de posguerra, Cambó financiaba la publicación del *Anuari* del Institut d'Estudis Catalans, como había hecho durante la dictadura de Primo de Rivera. La reanudación de la editorial Alpha después de la guerra fue lenta pese a los múltiples contactos que Estelrich tenía dentro de la administración franquista. De modo que, aunque el Servei d'Estudis Polítics i Jurídics pudo volver a funcionar discretamente, bajo la dirección de Joan B. Solervicens y Salvador Millet, las publicaciones debían luchar contra los criterios restrictivos, y hasta claramente represivos, impuestos por las autoridades franquistas respecto a la nueva política lingüística y

cultural del régimen. Se empezó a detectar cierta permisividad con las obras escritas en catalán a partir del año 1946, coincidiendo con el nuevo gobernador civil de Barcelona, Bartolomé Barba Hernández. Por ello muchas obras que estaban terminadas poco después del fin de la guerra no se pudieron publicar hasta años después, sin que Cambó, que las había financiado, pudiera verlas.

Entre las muchas publicaciones de la editorial Alpha cabe destacar también la lujosa colección *Monumenta Cataloniae. Materials per a la història de l'art català*. En 1926 Cambó propuso a la Sección Histórico-Arqueológica del Institut d'Estudis Catalans que se encargara del patronazgo de esta colección, que él la financiaría y que inicialmente había sido pensada para Josep Pijoan. Se trataba de publicar una serie de grandes monografías dedicadas a reivindicar y divulgar el excepcional patrimonio artístico medieval y moderno catalán. Como ya hemos explicado, la amistad de Francesc Cambó con Josep Pijoan venía de lejos, cuando, siendo muy jóvenes, en 1895 coincidieron en el Centre Escolar Catalanista. Siempre mantuvieron una buena relación personal, incluso después de la famosa huida de Pijoan con Teresa Mestre.

La pretensión de Cambó era publicar unas monografías de gran formato y rigor, profusamente ilustradas con fotografías y grabados, con la voluntad de divulgar la riqueza del patrimonio artístico catalán. Restablecido el contacto entre Cambó y Pijoan ya en los años treinta, pese a la lejana residencia del segundo, se empezó a diseñar la colección, que iba a publicar la editorial Alpha. En los años 1932 y 1934 se publicaron los volúmenes 1 y 2, a cargo de Agustí Duran i Sampere, dedicados a «Los retablos de piedra». El tercer volumen, que se publicó en 1936, iba a cargo de Josep Gudiol y analizaba «Los vidrios catalanes». El cuarto volumen fue encargado al propio Josep Pijoan, pero se retrasó mucho y Francesc Cambó no llegó a verlo, pues no se publicó hasta 1948. En este volumen, con la colaboración de Josep Gudiol, Pijoan estudiaba las «Pinturas murales románicas de Cataluña». Posteriormente se publicaron hasta un total de trece volúmenes, a cargo de Josep Puig i Cadafalch (tres volúmenes sobre la escultura románica), Marçal Olivar (la cerámica), Joaquim Folch i Torres (la pintura románica sobre madera), Cèsar Martinell (tres volúmenes de arquitectura y escultura barrocas) y Manuel Trens (las majestancias).

Pero las inquietudes de Cambó parecían no tener límite. Poco antes de la guerra civil, en 1935, le había encargado a su amigo el escritor Josep M. de Sagarra la traducción al catalán de la *Divina Comedia* de Dante. Meses después, mostraba su entusiasmo con los primeros cantos traducidos que le había entregado:

> ¡Es usted un caso! Traducir con tercetos rimados *La Divina Comedia*; comentar original y traducción ... Después de leer algunos cantos, he tenido la pluma en los dedos. Ahora, ya no paso un momento más sin decirle que la versión catalana que nos da no la podíamos soñar nunca. Yo asistí, durante años, a la labor de Verdaguer. Fue un gran esfuerzo, pero lo suyo es un milagro.[56]

Eso sí, Sagarra se lo tomó con calma, de modo que hasta 1939 no se puso a trabajar seriamente en la traducción, que no finalizó hasta 1941. Cambó iba efectuándole pagos por el trabajo realizado.[57]Mediante las gestiones de Estelrich, intentó publicar entonces la traducción, pero no consiguió la autorización oficial, ni tampoco en 1945. Así que la traducción de Sagarra se publicó cuando Francesc Cambó ya había fallecido. El primer volumen, el «Infierno», apareció en 1948; el segundo, el «Purgatorio», en 1949, y el último, el «Cielo», en 1950. Fue una edición de gran lujo, de bibliófilo, con una tirada reducida, que incluía reproducciones policromadas del siglo XVI.

En el fondo documental de Joan Estelrich se encuentran dos proyectos más de grandes obras de Cambó. Uno es del año 1934 y se trata de una historia de la literatura catalana, y el otro es de los años de la posguerra y es una historia del catalanismo. Ninguno de los dos salió adelante.[58]El primero debía ser «parecido a la de Berdier para la literatura francesa», lo dirigiría Manuel de Montoliu y tendría varios colaboradores. Sería un solo volumen, de unas cuatrocientas páginas, pero «con el pacto de que no se entregará un céntimo hasta recibir la obra completa».[59]El segundo proyecto debía llevar un prólogo y una conclusión de Cambó, pero Ferran Soldevila se encargaría de la redacción de los cuatro grandes capítulos que formarían la parte política, «Los fundamentos de la cuestión catalana»: «El Resurgimiento», «La Restauración», «La ascensión catalanista» y «Hacia la autonomía». Cada capítulo incluiría una parte sobre «ideas culturales y artísticas», a cargo de Estelrich; otra sobre los «Movimientos literarios», que redactaría Manuel de Montoliu; una en torno a los «Idearios políticos», de Estelrich; otra sobre «Evolución social y económica», que redactaría Salvador Millet, y otra de «Luchas

políticas», que incluiría la guerra civil y que redactaría Joan B. Solervicens. En este caso, también se trataría de un solo volumen, de unas 550 páginas, sin ilustraciones. Ninguno de los dos proyectos se llevó a cabo, pese a su carácter innovador.

Otra de las intervenciones destacadas de Francesc Cambó en el terreno del apoyo artístico y cultural fue la financiación de las pinturas murales realizadas por el pintor Josep M. Sert en la catedral de Vic. A principios del siglo XX el obispo Torras i Bages le había encargado a Sert la decoración mural del interior de la catedral de Vic. Aunque se firmó un contrato, el obispo murió sin que hubieran empezado las obras. El vicario general de la diócesis, Jaume Serra, presionó a Sert, pero él no se ponía a trabajar, pese a que ya tenía los murales diseñados, pues los había expuesto en París en 1912. A principios de los años veinte Cambó intervino debido a las grandes diferencias de criterio sobre el precio que estipulaba el convenio entre el pintor y los canónigos de Vic respecto a lo que ya era su cotización como gran artista internacional. Cambó, que era buen amigo de Sert desde hacía muchos años —había sido testigo de su boda con Misia Godebska en París—, asumió la diferencia económica y mandó incluir toda la decoración mural de la catedral, no solo de la cornisa, como se había pactado inicialmente, sino también de toda la bóveda. Sert se puso a trabajar y en 1927 los murales estaban terminados y se inauguraron con la presencia del rey Alfonso XIII. Los murales de Sert causaron un gran impacto y fueron muy visitados. No obstante, en verano de 1936 resultaron totalmente destruidos cuando los revolucionarios incendiaron la catedral de Vic. Francesc Cambó, ya después de la guerra, volvió a ocuparse del asunto: le encargó y financió a Sert la reconstrucción de los murales, que se inauguraron nuevamente en 1945.

En agradecimiento a la generosa gestión de Cambó en la negociación con los canónigos de Vic, Sert le regaló cinco paneles sobre madera titulados *Evocaciones catalanas*, que Cambó instaló en el salón de su casa de la vía Laietana. Eran cinco referencias a símbolos y festividades catalanas: *Montserrat*, *Los castellers de Valls*, *La sardana*, *La inocentada* y *Els tres tombs*.[60]Sert también pintó unos paneles más pequeños para la cabina de Cambó en el Catalònia.

Cabe mencionar asimismo que en el año 1929 Francesc Cambó, junto con Eusebi Güell i López, vizconde de Güell, e Isabel Llorach,

promovió la creación de Conferentia Club, una asociación que pretendía familiarizar a la clase alta barcelonesa, especialmente a las mujeres, con las temáticas más actuales de la cultura universal. De hecho, se trataba de imitar la sociedad de conferencias que el duque de Alba había organizado en Madrid un par de años atrás. Dirigida por Joan Estelrich y Carles Soldevila, Conferentia Club, que llegó a sumar unos quinientos asociados —la gran mayoría, mujeres—, contaba en su junta directiva, además de los tres fundadores, con la esposa de Joan Ventosa, Maria Despujol; Pilar Reboreda, la esposa de Gonçal Arnús; Joaquim Xirau y Pere Bosch Gimpera. Puesto que disponía de un presupuesto elevado, logró que desfilasen por sus conferencias mensuales, con sede en el Hotel Ritz, importantes escritores, académicos, políticos y empresarios europeos y norteamericanos, como François Mauriac, Paul Valéry, el conde Keyserling, André Maurois, José Ortega y Gasset o Dannie Heineman, el presidente de la SOFINA. Entre las asistentes predominaban las mujeres de la clase alta barcelonesa, la mayoría bastante conservadoras, lo que explica que se inquietaran si se proponía llevar como conferenciante a un excomulgado, como en el caso del escritor y político francés Léon Daudet.[61]

Las relaciones con los intelectuales castellanos y la exposición del libro catalán en Madrid

Joan Estelrich también tuvo un papel clave en el intento de establecer relaciones con los intelectuales castellanos a fin de incorporarlos al proyecto político camboniano al final de la dictadura de Primo de Rivera, como ya hemos explicado antes. Así, en 1926 Cambó, por medio de Estelrich, ya había brindado apoyo económico a la revista *Gaceta Literaria* de Ernesto Giménez Caballero, portavoz del vanguardismo literario y de los intelectuales más prestigiosos opuestos a la dictadura. En aquel momento, los principales contactos intelectuales de Cambó y Estelrich en Madrid eran el profesor Pedro Sainz Rodríguez y el político Ángel Ossorio y Gallardo, a quien se encargó el prólogo de la edición castellana del libro de Cambó sobre el fascismo italiano, como también hemos comentado.

En 1927, siguiendo instrucciones de Cambó, Estelrich organizó la

exposición del libro catalán en la Biblioteca Nacional de Madrid, y para ello se constituyó un patronato integrado por intelectuales de gran fama, como José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Ramón Menéndez Pidal, Azorín, Américo Castro, Luis Jiménez de Asúa, Pedro Sainz Rodríguez y Ángel Ossorio y Gallardo, y se constituyó un Secretariado organizador integrado por Jordi Rubió, Tomàs Garcés, Rafael Vehils, Joan Givanell y Antoni López Llausàs, bajo la dirección de Joan Estelrich. La exposición reunió en Madrid seis mil libros catalanes, el 80 % publicados en el siglo XX, e iba acompañada de diferentes actos, como un ciclo de conferencias sobre cultura catalana en el que participaron Ferran Valls i Taberner, Carles Soldevila, Carles Riba, Tomàs Garcés, Miquel Ferrà, Josep M. Bellido y el propio Estelrich. El éxito de la exposición fue considerable: el rey Alfonso XIII en persona la visitó el 5 de diciembre de 1927, y posibilitó establecer importantes contactos políticos y culturales entre intelectuales catalanes y madrileños. La *Gaceta Literaria* publicó un número extraordinario para la exposición que incluía artículos en catalán. Como es sabido, dos años más tarde los promotores de esta revista eran destacados filofascistas y notorios enemigos de la autonomía catalana, por lo que Cambó decidió no atender ninguna de las solicitudes de apoyo económico que le hicieron llegar.[62]

La culminación de esta política de acercamiento cultural se concretó en un viaje que medio centenar de intelectuales castellanos realizaron a Barcelona en marzo de 1930, ya en plena «dictablanda» del general Berenguer. Se los había invitado para rendirles un homenaje y agradecerles que en 1924 hubiesen firmado un manifiesto en defensa de la lengua catalana, amenazada por la dictadura de Primo de Rivera. Participaron en la expedición Ortega, Marañón, Menéndez Pidal, Azaña, Zulueta, Jiménez Asúa, De los Ríos, Araquistáin, Pérez de Ayala, Albornoz, Álvarez del Bayo, Sainz Rodríguez, Ossorio y Gallardo y Ledesma Ramos, entre otros. Ahora bien, aunque Francesc Cambó había organizado y financiado el viaje y los actos conmemorativos, la operación resultó fallida políticamente, dado que coincidió con la enfermedad del mecenas y con la orientación hacia la opción republicana de muchos de los participantes. El viaje lo aprovecharon sobre todo los políticos catalanes de izquierdas para organizar mítines antimonárquicos con la participación activa de muchos de los intelectuales invitados.[63]El

proyecto político camboniano, reformista pero dentro de la monarquía de Alfonso XIII, solo recibió el apoyo explícito de Sainz Rodríguez y de Ossorio y Gallardo, aunque este último pronto se definió como «monárquico sin rey».

También por aquella época Joan Estelrich participó activamente en la creación de Unió Catalana, una plataforma de intelectuales y profesionales en apoyo a los proyectos de Cambó constituida en junio de 1930.[64]Dicha formación, pese a que decía dedicarse preferentemente a «estudios políticos, económicos y sociales», despertó la reticencia de algunos dirigentes de la Lliga Regionalista. Así, Lluís Duran i Ventosa sostenía en una carta a Cambó que «la frase desgraciada de que Unió Catalana es al revés de Acció Catalana —estos estaban conformes con la Lliga, pero contra ti, ahora los de Unió están contigo, pero contra la Lliga— ha hecho mucho daño, a pesar de nuestros esfuerzos para contrarrestarlo».[65]Joan Estelrich, Ferran Valls i Taberner y Josep M. Tallada eran los jefes visibles de la nueva entidad, que en enero de 1931 ya contaba con 253 socios, especialmente profesionales e intelectuales jóvenes, algunos de los cuales no eran militantes de la Lliga, como el demógrafo Josep A. Vandellòs, pero otros sí, aunque por poco tiempo, como el arqueólogo Pere Bosch Gimpera.[66]Unió Catalana, que dirigía Joan Estelrich, fue vista con recelo por algunos de los viejos dirigentes de la Lliga y con total hostilidad por la gente de Acció Catalana y por los republicanos catalanistas. Con los hechos del 14 de abril desapareció esta plataforma de intelectuales pro-Cambó.

Cambó y Pla: las difíciles relaciones entre el mecenas y el converso

Entre los muchos intelectuales que se vincularon a Francesc Cambó, tal vez fue con Josep Pla con quien tuvo las relaciones más complejas y polémicas. Fueron tan peculiares que hay que empezar por presentar una paradoja sorprendente: mientras que Pla, en el conjunto de su obra, cita constantemente a Cambó, si repasamos tanto las *Memorias* como el *Dietari* de Cambó, en cambio, vemos que el escritor ampurdanés no aparece mencionado ni una sola vez. ¿Qué había pasado para que Cambó, al escribir sus recuerdos, no quisiera hablar de Pla, pese a las estrechas relaciones que mantuvieron durante diez

años? ¿Por qué no menciona que él mismo le encargó su biografía? Ninguno de los dos debió de quedar muy satisfecho con los resultados de los años de intensa pero desigual colaboración, que probablemente los dejó con mal sabor de boca. Su relación se inició con una dependencia de Pla respecto a los dictados de Cambó que rayaba en la subordinación y que acabó con una ruptura total, aunque eso no justifica el incomprensible «olvido» de Cambó, una muestra más de las muchas ausencias que se detectan en sus sesgados recuerdos.

Todo empezó a principios de 1928, con el encargo, un poco envenenado, que recibió Josep Pla: escribir una biografía de Francesc Cambó. Joan Estelrich, que fue el emisario del mecenas, quería así incorporar a Pla a la llamada «operación Cambó» que se estaba orquestando en los años finales de la dictadura de Primo de Rivera. Pla tenía que confeccionar una biografía de Cambó política y divulgativa que sirviera para popularizar su fuerte personalidad, presentándolo ante los catalanes como el único político capaz de ofrecer una alternativa razonable al régimen autoritario. Ahora bien, ¿por qué escoger a Josep Pla? Probablemente Estelrich y Cambó no desearan ofrecer la visión frívola que Rafael Marquina, un hombre de *La Veu de Catalunya*, había plasmado en una breve biografía de Cambó escrita tres años antes.[67]Hacía falta un libro mucho más serio, más documentado, bien escrito y que se leyera bien, y eso requería un escritor más joven, con cierto prestigio literario y con imagen de independiente, y a ser posible no vinculado a la Lliga Regionalista. Y Josep Pla daba por entonces ese perfil, pues hasta se había mostrado bastante crítico con la política de Cambó. Así, en 1924 Pla había escrito que «el proyecto de Cambó, al final, no ha convencido a ningún castellano ni catalán». Y poco después, con motivo del libro de Cambó sobre el fascismo italiano, llegó a compararlo con Mussolini afirmando que ambos eran «hombres de principios elásticos ... morirán con la fama de ser unos políticos geniales y se habrán pasado toda la vida equivocándose».[68]Además, Josep Pla parecía cercano a la gente de Acció Catalana y en más de un artículo en *La Publicitat* había elogiado la actitud patriótica y resistente de Francesc Macià. Así, a finales de 1927, cuando Pla regresó a Cataluña tras unos cuantos años trabajando de reportero en el extranjero, se encontraba en una situación profesional y personal difícil, pese a que empezara a tener un cierto prestigio literario. Además de tener graves problemas

económicos familiares y de querer irse a vivir con Adi Enberg, se había enfrentado con Antoni Rovira i Virgili y eso le había supuesto dejar de colaborar en *La Publicitat*, donde llevaba años escribiendo. Estando en esta situación de dificultades profesionales le llegó la propuesta de Joan Estelrich de escribir una biografía de Francesc Cambó que neutralizase la mala imagen que le estaban creando los catalanistas izquierdistas. Había que presentarlo como el único político con capacidad de ofrecer una salida política a la Dictadura y a la vez reorganizar el catalanismo y liderarlo hacia la autonomía.

Pla aceptó el encargo y se puso a escribir la biografía de inmediato. Estelrich le iba proporcionando material y documentación, y Pla incluso mantuvo varias conversaciones con Cambó a fin de despejar dudas. Los cinco primeros capítulos de primer volumen fueron leídos por Cambó, que corrigió algunos errores y detectó omisiones, pero los últimos se los entregó Pla a la editorial a finales de julio de 1928 sin haber hecho muchas más consultas, ni siquiera a Cambó. Aquel mismo verano, Pla empezó a redactar el que sería el segundo volumen.

El primer volumen, con el título *Cambó. Materials per a una història d'aquests últims anys*,[69] salió publicado en septiembre de 1928. El éxito comercial del libro fue considerable y se vendieron unos cuatro mil ejemplares. Josep Pla calculó entonces que, en conjunto, los tres volúmenes que pensaba escribir le podrían aportar unas doce mil pesetas en concepto de derechos de autor. Sin embargo, el libro de Pla provocó una enorme polémica al ser considerado, sobre todo desde posiciones catalanistas republicanas, como una apología descarada de Francesc Cambó. En efecto, a diferencia del segundo y tercer volumen, que se publicarían en 1929 y 1930, el primero tenía un valor historiográfico reducido, era poco riguroso y dominaba en él el estilo narrativo e incluso especulativo de Pla, que presentaba a Cambó como el artífice de la única política catalanista realmente eficaz y positiva. Incluso aparecía Cambó, y no Prat de la Riba, como el principal dirigente catalanista del siglo XX. No es de extrañar, pues, que se publicaran más de cien reseñas y artículos comentando el libro de Pla, la mayoría considerablemente críticas y hasta insultantes. No solo Rovira i Virgili, sino muchos otros periodistas, críticos literarios y políticos consideraron también el libro de Josep Pla como una especie de provocación, y respondieron atacando a su autor con toda clase de

calificativos. La relación de insultos personales, de censuras científicas y de descalificaciones políticas es larga y heterogénea. Le dijeron de todo: fariseo, oportunista, insolvente ideológico, indocumentado, sirviente de Cambó, pluma disponible, autor de libros de encargo, etc.[70]

Después de leer los originales del segundo volumen, ya en el año 1929, Cambó censuró las críticas de Pla a la gente de izquierdas, especialmente a los militantes de Acción Catalana: «Veo en él un exceso de acritud en los juicios personales de los hombres de la izquierda ... es inoportuna la alusión a Acció Catalana, pues solo serviría para molestar a gente que no espera más que una ocasión para regresar a nosotros».[71]Pero de poco iban a servir estas recomendaciones: el libro de Pla ya era considerado por todo el mundo como una apología excesiva y entusiasta de Cambó.

Durante muchos años, Pla quedó muy marcado por haber escrito este libro tan polémico. Pero no era una obra de circunstancias, ni tampoco el texto de un cínico que luego se distanciaría y quitaría importancia al asunto. No. En el caso de Pla, aquella era la obra de un converso, de una persona que había descubierto al auténtico Cambó y lo defendía convencido. Así, Pla justificó aquel libro, contraatacó a los críticos y entró en polémica con ellos. Y eso, evidentemente, lo vinculó cada vez más a Cambó y su opción política hasta convertirse, le gustase o no, en «un hombre de Cambó».

No obstante, Josep Pla estaba desconcertado por el rechazo que había provocado el libro y no sabía dónde ubicarse dentro del periodismo catalán, dado que se le habían cerrado muchas puertas a consecuencia de su defensa vehemente de Cambó. Una serie de cartas a Estelrich y al propio Cambó nos muestra, de forma casi patética, su situación compleja. A fin de poder escribir en *La Veu de Catalunya*, Pla no dudaba en aceptar sumisamente las indicaciones políticas de Cambó, Estelrich y otros políticos de la Lliga, como Lluís Duran y Ramon d'Abadal. Para continuar presente en el mundo del periodismo catalán necesitaba publicar en *La Veu*, y por eso prestaba un apoyo total a la operación Cambó: «Si tenemos que ir a la Lliga, vamos a la Lliga, si hay que hacer marchar a Unió Catalana, yo le ayudaré. Cuando lance un manifiesto, póngame si puede ser en la cabecera», le escribió a Estelrich en mayo de 1930.[72]Dos meses después, en un tono bastante desesperado, dudando de si marcharse o no al extranjero, Pla

le pidió a Estelrich entrevistarse con Cambó, porque «le expondré claramente mi situación y le pediré que me ayude a salir de ella».

Finalmente, el 17 de diciembre de 1930, Cambó, ya restablecido de su operación de garganta, convocó a Pla en su casa y le adelantó que seguramente podían serle útiles sus servicios políticos: «Es notorio que usted no da todo el rendimiento político y periodístico que puede dar. Pero, antes de tomar una decisión, yo quisiera poder hablar con usted largamente».[73]Pronto se pusieron de acuerdo: desde comienzos de 1931, Josep Pla sería el nuevo corresponsal de *La Veu de Catalunya* en Madrid, en sustitución del veterano Rafael de Marquina, y se encargaría, además, de establecer relaciones discretas con diferentes políticos españoles a fin de explicarles las propuestas de Cambó y de la Lliga Regionalista. De todos modos, parece que Pla debió de tomárselo con cierta calma, ya que el 24 de marzo de 1931, a punto de empezar la campaña electoral, se encontraba plácidamente en Formentor (Mallorca) con Adi Enberg, sin enviar los artículos a los que se había comprometido. Por eso Estelrich le mandó un telegrama en estos términos tan contundentes: «Mecenas opina debe enviar diariamente artículo político *La Veu* o volver inmediatamente a Barcelona».[74]Por lo visto, el mecenas empezaba a estar un poco harto de la proverbial informalidad de Pla y no estaba dispuesto a tolerar el incumplimiento de las tareas asignadas. Cambó comenzaba a ver de qué pasta estaba hecho Pla.

La actividad de Josep Pla como hombre de la Lliga en Madrid adquirió una gran importancia política a partir de la proclamación de la república, el 14 de abril de 1931. Con Cambó autoexiliado en París y una Lliga Regionalista derrotada y desconcertada ante el nuevo régimen republicano, Pla se convirtió en una pieza clave a fin de establecer vínculos entre el viejo partido catalanista y los nuevos dirigentes republicanos de Madrid. El propio Pla, en una carta a su hermano Pere del 4 de mayo de 1931, lo explicaba muy claro:

> Cuando se fue, Cambó, me encargó la misión de preparar las cosas de aquí de modo que él y sus amigos puedan entrar en la República de una manera suave. Eso es lo que he hecho ... La política que hago en este momento es acercar a Cambó a Lerroux. He tenido larguísimas conversaciones con Lerroux, que es el único hombre decente de este ministerio ... El ideal de Lerroux es que Cambó ya estuviese a estas alturas en el ministerio. Lerroux será el conservador de la República.[75]

Así pues, durante más de cinco años, hasta junio de 1936, Pla estuvo en Madrid como corresponsal de *La Veu de Catalunya* y llevó a

cabo diferentes misiones políticas encargadas por Cambó y otros dirigentes de la Lliga. Ya hemos hablado antes de las instrucciones y orientaciones que Cambó le envió desde París durante todo su autoexilio, que duró hasta diciembre de 1932, sobre las temáticas que más debía tratar, y las que no, en sus crónicas, y sobre la posición que había que defender ante las principales cuestiones políticas: constitución republicana, Estatuto catalán, nuevas leyes reformistas, etc.

Josepa Gallofré ha señalado que aquella dedicación tan intensa de Josep Pla a la política fue en detrimento de su producción más literaria.[76]En efecto, durante los años de la república, puesto que vivía gran parte del año en Madrid ejerciendo de corresponsal, en la obra de Pla predominan las crónicas de cariz claramente político, así como las colaboraciones en varios libros de encargo, también políticos, que iba publicando la Lliga. Por ejemplo, Pla publicó a finales del mismo año 1931 un resumen de su biografía de Cambó en un solo volumen, pero con un título bastante diferente*, Vint-i-cinc anys de política catalanista. L'obra de Cambó.*[77]Dos años más tarde, en 1933, fue uno de los principales autores de una historia del partido, cuando ya se llamaba Lliga Catalana, que se publicó con el título de *Història d'una política.*[78]

En junio de 1936 Josep Pla escribía sus últimos artículos en *La Veu de Catalunya.* Parece ser que tenía pensado dimitir como corresponsal en Madrid para dedicarse preferentemente a la producción más estrictamente literaria, pero el estallido de la guerra arruinó sus propósitos. Es conocida su actuación durante la guerra civil. Pla logró pasar a Francia en agosto de 1936 y pronto se puso a disposición de diferentes políticos de la Lliga para encontrar alguna actividad y poder sustentarse. Se sabe que primero se ofreció a Josep Bertran i Musitu para hacer tareas de espionaje dentro del Servicio de Información del Nordeste (SIFNE) que él había montado en el sur de Francia. Pero Cambó y Estelrich muy pronto consideraron que Pla difícilmente sería un espía eficiente, y prefirieron que participara en las tareas de propaganda a favor de los militares rebeldes que estaban organizando en París. Es así como Pla se integró en las tareas de la Oficina de Propaganda que dirigía Estelrich desde París y que financiaba Cambó.[79]A pesar de que su nombre no aparece en la documentación de dicha oficina, hay constancia de que, primero desde Francia y después ya desde Italia, Pla escribió crónicas y artículos para

las emisiones en catalán y castellano que hacía Ràdio Veritat-Radio Verdad desde Roma. A mediados de 1937, ya residente en Italia, recibió de Cambó otro encargo importante: escribir un libro sobre la historia de la Segunda República española. Ese libro, otro encargo también envenenado, será la principal causa de la ruptura de relaciones entre ambos.

Durante más de un año Pla se dedicó a escribir los primeros capítulos del libro, que iba pasando a máquina su mujer, Adi Enberg, en las oficinas que Cambó tenía en Roma. Cuando a finales de 1938 se marchó a España, se llevó a escondidas, sin conocimiento de Cambó, una copia del texto original del libro. Un año y medio después, en mayo de 1940, Estelrich y Cambó se llevaron una sorpresa desagradable al saber que la editorial barcelonesa Destino, de claras connotaciones falangistas, había publicado un libro escrito por Pla que se titulaba *Historia de la Segunda República Española*.[80]La indignación de Cambó fue notable: «La conducta de Pla y su mujer no es de una gran pureza. Pla vendiendo ahora un libro que no le pertenece a base de un ejemplar que su esposa sustrajo clandestinamente en la casa donde trabajaba». La sentencia final de Cambó que aparece en esta carta a Estelrich, del 10 de mayo de 1940, es bastante significativa y contundente: «El favor que le hice durante tanto tiempo es de aquellos que no se perdonan».[81]

Todo da a entender que aquel incidente provocó el distanciamiento definitivo con Cambó. No tenemos constancia de ningún contacto o relación posterior. Ni Cambó contó nunca más con él en ninguna de sus propuestas e iniciativas cívicas y culturales que todavía puso en marcha, ni parece que Pla tratara en ningún momento de justificar ante el mecenas la publicación del libro, ni tampoco ante Estelrich. Siete años después, con motivo de la muerte de Cambó en Buenos Aires, el 30 de abril de 1947, Pla escribió en la revista *Destino*, en la que colaboraba desde hacía años, tres artículos diferentes sobre la figura de Francesc Cambó, como hemos mencionado en el capítulo anterior. En dichos textos, si bien reconocía la gran altura política de Cambó, el tono predominante era distante y frío, como si nunca se hubiesen conocido. Aquellos artículos no complacieron a los amigos y correligionarios de Cambó en Barcelona, y uno de los más destacados, Lluís Duran, le recriminó por carta ese tono distante y el hecho de que no manifestara en ningún momento el agradecimiento a Cambó

después de los muchos favores que este le había hecho. La respuesta de Pla, escrita el 21 de mayo de 1940, fue severa y contundente: «Yo no tengo ninguna razón concreta para estarle agradecido al Sr. Cambó. Al contrario».[82]Estas frases retratan con bastante claridad a Pla y su carácter adusto. Cuesta entender que, después de haber vivido prácticamente de la protección económica de Cambó, primero como corresponsal de *La Veu* y después durante la guerra civil en Francia e Italia, pudiera responder así. La correspondencia privada le ofrecía a Pla la posibilidad de disculparse con Duran, diciéndole, tal vez, que la situación política del momento no le permitía hacer los elogios que Cambó se merecía. Pero llegar a afirmar rotundamente que él no tenía «ninguna razón concreta para estarle agradecido al Sr. Cambó» era una muestra de cinismo mayúscula.

Muchos años después, en 1973, cuando Josep Pla estaba elaborando su *Obra completa*, revisó profusamente la biografía de Francesc Cambó. Los prólogos a los tres volúmenes de la primera edición desaparecieron, reemplazados por una «Nota introductoria», llena de divagaciones y tópicos, que no se parecía en absoluto a los textos anteriores.[83]Había, además, muchas supresiones y algunos añadidos, entre ellos un nuevo epílogo «Los últimos años (1923-1936)», que es una simple transcripción de algunos fragmentos de la *Historia de la Segunda República Española*. Dentro de esa parte añadida, Pla hacía especial hincapié en defender la tesis de que tanto él como Cambó ya habían previsto en 1931 que la república acabaría mal y que la victoria del Frente Popular, en 1936, llevaría necesariamente a la revolución. Lástima que entonces ni Cambó ni Pla lo escribieran en ningún sitio ni lo dijeran en público. A Pla, como a Cambó, le interesaba reconstruir a conveniencia la historia de lo que habían hecho aquellos años, aunque eso significara falsear la realidad.

Josep Pla se encontró, entre 1928 y 1938, en una situación de semidependencia, casi obligada, respecto a Francesc Cambó. Con la publicación de aquella biografía se había cerrado muchas puertas en periódicos y revistas catalanes. Eso implicaba moverse profesionalmente solo dentro del periodismo catalán más conservador, el más próximo a la Lliga, y hasta podía representar un cierto obstáculo editorial para publicar libros. Además, Cambó era de esa clase de personas que constantemente les recuerdan a sus «subordinados» que son ellas quienes les pagan. De modo que no es de

sorprender que, dado el fuerte carácter de ambos personajes, tarde o temprano chocasen y se distanciasen. El frío, altivo y exigente Cambó difícilmente podía llevarse bien con el informal, descuidado y cáustico Pla. Lo que sorprende es que aquello durase tanto tiempo, diez años.

Es evidente que Cambó quería hacer un uso instrumental de Pla. Para Cambó, el valor del escritor iba en función de la eficacia conseguida con sus escritos y del servicio político que pudiera prestar su pluma. No es tan fácil dilucidar qué quería realmente Pla o qué provecho podía obtener a largo plazo de la estrecha vinculación con Cambó. Dinero, evidentemente, pero tampoco tanto, ya que el mecenas era más bien tacaño. Quizá las cosas fueron demasiado deprisa y Pla se encontró inesperadamente con que el primer volumen de la biografía de Cambó había representado un camino político sin fácil retorno. Rechazado e insultado por la izquierda, se vio condenado a una relación de casi dependencia económica y política respecto a Cambó y la Lliga. Que esta era una situación no prevista ni deseada por él lo refleja el hecho de que entre 1929 y 1930 quisiera a toda costa marcharse al extranjero y huir de la difícil situación en la que se encontraba en Barcelona.

Aun así, pese a que le desagradaba depender de Cambó, durante los años de la república Pla actuó como fiel propagandista de la Lliga, hasta el punto de que algunos de sus artículos se convirtieron en una referencia sobre el pensamiento político conservador catalán representado por la Lliga Catalana. Después de la guerra, la situación política era tan diferente, empezando por el mundo de la prensa catalana, y Cambó estaba tan lejos que Pla, finalmente, pudo ir por su cuenta. Pero había otras dependencias y ataduras que también hipotecarían su labor profesional durante años. Sin embargo, esas nuevas dependencias eran, precisamente, el fruto de la victoria franquista, a la que Pla también había contribuido, si bien de forma muy modesta. Su actitud es el típico ejemplo de un intelectual que intenta negar u ocultar una etapa de la vida en la que se vio condicionado por servidumbres políticas. En aquella triste Cataluña de la posguerra, después de haberse visto obligado a escribir primero en castellano para sobrevivir y ahora que empezaba a hacerlo de nuevo en catalán, Pla no quería que nadie le recordase que había sido «un hombre de Cambó».

Los intelectuales y Cambó: entre la admiración y el reproche

Francesc Cambó fue uno de los primeros políticos europeos en utilizar a intelectuales para desarrollar y gestionar sus ambiciosos proyectos culturales. Evidentemente, eso originaba unas complejas relaciones de dependencia entre el mecenas y sus colaboradores que iban más allá de las temáticas culturales. A veces había cuestiones de carácter económico y, a menudo, claramente políticas que podían interferir y crear problemas y distanciamientos. No cabe duda de que algunas de las directrices de Cambó podían hipotecar la libertad de actuación y pensamiento que todo intelectual desea.

Fueron muchos, docenas, los intelectuales catalanes que en algún momento de su vida estuvieron vinculados a Cambó, o bien porque participaban en sus proyectos culturales o porque mantuvieron con él una relación profesional, o incluso política, relativamente estrecha y estable. Ahora bien, eran diferentes las relaciones que Cambó estableció con los intelectuales que estaban dentro del núcleo político de la Lliga y con los que solo participaban en sus empresas de carácter cultural. En este caso, su exigencia se centraba en la idoneidad del trabajo profesional. De modo que no hay que confundir las relaciones que Cambó podía tener, por ejemplo, con Carles Riba, Ferran Soldevila, Pere Bosch Gimpera, Pompeu Fabra o Josep M. de Sagarra, por citar algunos casos, y las relaciones que mantenía con Joan Estelrich, Josep Pla, Ramon d'Abadal, Joan Baptista Solervicens y tantos otros que se movían dentro del mundo de la Lliga y de *La Veu de Catalunya*.

He seleccionado a tres intelectuales, bastante diferentes —Joan Estelrich, Agustí Calvet «Gaziel» y Josep Pla— a fin de profundizar un poco más en estas especiales vinculaciones. Es interesante conocer su opinión sobre las relaciones que habían mantenido con el mecenas, cómo valoraban lo que había significado en el mundo de la política y de la cultura catalanas y qué conclusión sacaban de su relación personal con él. Los tres intelectuales tienen muchos elementos comunes, como la relación de dependencia económica que tuvieron en algún momento de su vida respecto a Cambó.

Joan Estelrich fue, sin duda, el intelectual que de forma más continuada estuvo vinculado a las labores culturales de Francesc

Cambó —casi treinta años—. Fue un colaborador fiel, sumiso y eficaz. Aun así, en sus *Dietaris* encontramos muchas referencias críticas a la relación con Cambó.[84]Ya en 1936 Estelrich se quejaba del trato distante y poco generoso que recibía:

> Cambó, que evidentemente nunca se ha preocupado de la vida afectiva de sus amigos, tampoco se preocupa, como ahora, después de veinte años tratándolo, de la vida intelectual de sus compañeros ... Veinte años de lealtad y fidelidad, los veinte años mejores de la vida entregados a él y sus obras e iniciativas, me dan pobreza, desconsideración y una amistad muy precaria: no puedo confiar en él para nada.[85]

Años más tarde, al pasar cuentas con su mecenas, Estelrich se muestra en estas anotaciones íntimas notablemente contradictorio. Por un lado manifiesta cierto rencor ante el insuficiente reconocimiento de todo lo que él había hecho a mayor gloria y servicio de Cambó: «Yo le había consagrado la mejor parte de mi vida ... y murió en 1947 sin cumplir lo que durante toda su vida me había prometido, asegurarme la vejez, liberándome de toda preocupación económica».[86]En la misma dirección, en 1954, anotaba en su diario: «En el *entourage* de Cambó, los que se hacían millonarios a su sombra mientras yo me volvía más pobre, estaban a menudo furiosos de envidia por la estima que Cambó me tenía».[87]En ciertos momentos, sobre todo en la posguerra, Estelrich pasó por dificultades económicas a consecuencia de la reducida remuneración que recibía de Cambó. Así, en una carta a Cambó del 20 de marzo de 1940, se quejaba de que, después de veinte años de total vinculación a los proyectos culturales y políticos del mecenas, este continuase abonándole el mismo sueldo.[88]

La lista de los agravios que Estelrich le atribuía a Cambó es larga y culminaba con un duro reproche a su actitud personal:

> Ha demostrado, al fin y al cabo, que no era bueno, ni justo, ni agradecido ... terriblemente utilitario, eso sí, tomándole gusto a hacer sufrir a quienes lo queríamos; abandonándose voluptuosamente al placer de la injusticia. Gran hombre de acción y de iniciativa. En ideas, nulo o usurpador.[89]

De todos modos, en esas mismas notas confidenciales Estelrich también reivindicaba la gran relevancia del político catalanista y se quejaba de que fuese «rebajado a un señor rico, ministro y hombre de finanzas que sostenía una fundación cultural y coleccionaba pinturas de grandes maestros ... ¡él, reducido a mecenas, él, que tenía ánimo de César!».[90]

En resumen: Joan Estelrich, al igual que Josep Pla y Agustí Calvet

«Gaziel», una vez fallecido Cambó quiso borrar o relativizar la imagen de haber sido durante muchos años colaborador suyo. Sin embargo, nunca lo dijo públicamente, a pesar de que su diario confidencial denota un notable sentimiento de frustración, tal vez resultado de los muchos años dedicados a la causa y de la «constante servidumbre». Ahora bien, sin Cambó no se puede entender la trayectoria de Estelrich. Sus empresas culturales y su activismo cívico y político siempre estuvieron promovidos y condicionados por las directrices del líder catalanista. El argumento de que lo tenía «cogido por el dinero» no resulta demasiado convincente, pues durante dos décadas y media Estelrich fue uno de los más fieles colaboradores de Cambó. Y también llegó a ser, tal vez, el más camboniano de los jóvenes de la Lliga, hasta el punto de que en los años treinta su actividad política como diputado liguero predominó respecto a su papel de dirigente cultural. Creo que puede afirmarse que durante los años de la Segunda República el Joan Estelrich político ocultó al intelectual, pero ambos terminaban recibiendo siempre las órdenes de Cambó. Estelrich se definía a sí mismo como escritor y empresario cultural, y también como agitador político. Ante los comentarios críticos hacia su mecenas, podemos preguntarnos si era sincero o no cuando, en abril del año 1931, dirigía sus cartas a Cambó reconociéndolo «como jefe, como protector y como amigo». ¿Lo escribía solo para halagarlo o respondía a un sentimiento auténtico?

Las relaciones entre Agustí Calvet «Gaziel» y Francesc Cambó fueron muy diferentes.[91]De entrada, Gaziel no solo no militó nunca en la Lliga, sino que en el ámbito político la criticó muy a menudo severamente. Desde la dirección de *La Vanguardia*, Calvet alcanzó un gran prestigio político y una autoridad notable, lo que hizo que Cambó lo respetara bastante, y hasta lo invitaba a menudo a comer a su casa con el fin de hablar largamente y en la intimidad sobre la situación política catalana y española. Calvet, de joven, había sentido una profunda admiración por Cambó —era «nuestro O'Connell», escribió—. Después, ya en los años veinte, lo consideraba el político catalán de más magnitud, el único dirigente que podía encabezar, gracias a su prestigio, un partido que agrupase a todos los conservadores españoles con una propuesta reformadora y no desestabilizadora. Su «España Grande», escribía Gaziel, era un proyecto catalanista y no separatista que podría significar, si Cambó

llegaba al poder, un avance decisivo hacia la federalización y modernización del estado español. Sin embargo, estos grandes elogios a Cambó cambiaron considerablemente a partir de 1930, cuando Calvet censuró su pragmatismo —«quiere el poder a cualquier precio»— y su ceguera política ante la crisis de la monarquía española. En 1931, desde *La Vanguardia*, Gaziel criticó la huida de Cambó a París y la inhibición ante el nuevo régimen republicano, y lo responsabilizó de dejar «huérfana» a la burguesía catalana en un momento histórico tan relevante. Más tarde se afanó en pedir una política de concordia entre las izquierdas y derechas catalanas, apelando a una entente entre Companys y Cambó, antes, y también después, de los hechos de octubre de 1934.

Como es bien sabido, Agustí Calvet tuvo que huir de Barcelona en julio de 1936 y vivir toda la guerra civil bajo la protección de Francesc Cambó, que le encargó diferentes trabajos propagandísticas y editoriales para justificar que lo sostenía económicamente. Gaziel, a diferencia de otros, siempre lo recordó y lo agradeció: «Cambó ... se está portando conmigo de una manera que nunca le agradeceremos lo bastante todos los de casa», escribió en 1937. Ahora bien, pasada la guerra y ausente Cambó de Europa, los escritos de Gaziel sobre el político catalanista adquirieron un tono cada vez más crítico, sobre todo tras su muerte. Escribió una larga necrología de Cambó, incluida dentro de su libro *Quina mena de gent som*, donde considera que fue el máximo exponente de la contradicción suprema de la burguesía catalana, defensora celosa de sus negocios y, a la vez, partidaria de que Cataluña encabezase y transformase España sin que ello perjudicara a sus intereses económicos. En un terreno de crítica más dura y personal, en sus *Meditacions en el desert* Gaziel escribió esta significativa sentencia:

> Hay un hecho elocuentísimo: desde Cambó hasta el más insignificante de sus hombres de confianza, todos, absolutamente todos —como si el destino común hubiese cortado con un patrón único—, han acabado igual: políticamente, no han dejado nada; económicamente, todos se enriquecieron.[92]

Aun así, el hecho de traducir al castellano aquel libro de Ramon d'Abadal, *Tradición y Revolución,* tan antiliberal y tan antidemocrático, por más que lo hiciese por necesidad durante la guerra, ¿no implicaba en Gaziel una sumisión ideológica vergonzosa que nunca reconoció?

De las relaciones entre Josep Pla y Francesc Cambó ya hemos

hablado. Solo añadiremos el duro reproche que Pla incluyó en la carta a Lluís Duran i Ventosa, del 21 de mayo de 1947:

> La gente se desvió del Sr. Cambó cuando supo que era inmensamente rico ... Los políticos han de ser diferentes, al menos aparentemente, sobre todo en un momento de Europa en que la fuerza política del dinero ha desaparecido por una temporada, que yo espero sea larguísima. Después de la Dictadura, que coincide con la conversión de Cambó en «grande hombre de negocios» (como ha dicho Radio Vaticano), la Lliga como partido fue una simple apariencia.[93]

No deja de ser curioso el hecho de que la etapa política que ahora Pla más criticaba a Cambó sea precisamente aquella en la que el escritor formaba parte de sus colaboradores políticos más estrechos, cuando escribió aquella biografía apologética suya y defendió encarnizadamente la política de la Lliga y de Cambó en sus crónicas de Madrid.

Si bien es cierto que la opinión de Pla sobre Cambó fue variando, no se puede negar que el escritor ampurdanés casi siempre mostró cierta admiración por el político catalanista, cuya superioridad intelectual y excepcional mecenazgo subrayaba. Ahora bien, esta admiración no quitaba que, a veces, Pla adoptara una posición crítica y distante hacia Cambó. Un distanciamiento que será muy evidente, y más fácil, después de la guerra. En 1947 es cuando encontramos textos de Pla, publicados o en correspondencia privada, con más aspectos críticos sobre la figura de Cambó. El mundo ideológico de Pla es muy complejo, pero no hay que confundir su visión del mundo y de la sociedad catalana con su episódica, aunque relevante, actividad política al lado de Cambó. De la misma manera que no podemos analizar qué era Pla en función de lo que decía sobre sí mismo —recuérdese que en 1935 tuvo la caradura de declarar: «Yo soy uno de los hombres de Cataluña que he cambiado menos»—, tampoco podemos hacer de este episodio de su biografía la clave de bóveda de todo su pensamiento.

Cómo debía de ser Francesc Cambó para que, al final, y evidentemente después de su muerte, tres intelectuales tan importantes y tan diferentes como Estelrich, Pla y Gaziel, que habían tenido cierta relación de dependencia económica respecto a él, sobre todo durante la guerra civil, dejasen un retrato suyo tan severo y tan similar. Los tres, en sus epitafios de Cambó, pusieron especial énfasis en señalar el cambio político experimentado por Cambó al hacerse muy rico. Aquel atractivo líder político que, según Gaziel, «habría

muy bien podido llegar a ser una especie de libertador, de Bolívar nuestro o de O'Connell catalán»[94]cambió radicalmente: «El líder se transformó en un pobre fracasado multimillonario».

Parece como si, sobre todo Pla y Gaziel, al final solo estuvieran interesados en evocar la imagen del Cambó millonario, del potentado que gracias al dinero había alcanzado una situación de predominio e influencia. Puede que todo ello respondiera también a la típica reacción de los intelectuales contra el poder del dinero. Pla y Gaziel, que siempre habían vivido de su pluma y que en algún momento de su vida sufrieron privaciones económicas —sobre todo como exiliados durante la guerra—, se rebelaban contra el político rico al que habían estado subordinados en cierto momento. Quizá se tratara, en ambos casos, más que de la defensa del principio moral de que la gente con mucho dinero no puede liderar una causa política, de una actitud menos altruista y mucho más humana: querían rechazar y olvidar aquel episodio del pasado en el que su pluma dependió del dinero de Cambó.

Francesc Cambó era exigente con los intelectuales cercanos a él. A los más vinculados a su persona y a su política les exigía una adhesión casi incondicional, una fidelidad total y una subordinación absoluta. Siempre debían estar dispuestos a hacer aquello que el mecenas les dijera. Estaban a su servicio y debían llevar a cabo la «misión» —palabra que aparece constantemente en el léxico camboniano— que les encargase. Se establecían así, entre Cambó y los intelectuales más próximos, unas relaciones de dependencia duras, y a menudo incluso humillantes. Los casos de Pla o Estelrich son tan significativos de ello como patéticos.

Una colección de pintura excepcional

Tal vez la actividad más extraordinaria de este mecenas catalán fue la creación de una colección de pintura realmente excepcional.[95]La de Francesc Cambó fue, sin duda, la más importante de las que se constituyeron en España, en el ámbito privado, durante el siglo xx, pues él fue el único millonario catalán dispuesto a invertir una fortuna —entonces unos 35 millones de pesetas, equivalentes a más 300 millones de euros de hoy— en una colección pictórica que luego

donaría generosamente a los museos.[96]

El director del Museu d'Art de Barcelona, Joaquim Folch i Torres, explicó que un día de 1925 Francesc Cambó le preguntó: «¿Qué puedo hacer yo por el museo?». Su respuesta fue clara: «Haga usted como la Bernat Metge, una colección de los clásicos de la pintura».[97]El político catalanista asumió el reto y en tan solo seis años había logrado reunir una de las colecciones privadas más importantes de Europa. Era una gran pinacoteca ideada con un criterio patrimonial, dado que fue pensada inicialmente para poder tener en Barcelona un gran museo particular; él hablaba de un «museo de pintura del Renacimiento». Sería similar a la Frick Collection de Nueva York, un museo privado, pero abierto al público, donde se pudieran contemplar obras de los principales maestros de la pintura de aquella época y que convirtiera la ciudad en una gran capital cultural europea. Después, como veremos, esa pretensión de hacer el Museo Cambó se frustró, y decidió donar gran parte de su colección, casi medio centenar de cuadros, al Museu d'Art de Barcelona, y ocho piezas de gran valor al Museo del Prado de Madrid.

Joaquim Folch i Torres se convirtió en uno de los hombres de confianza de Cambó para las cuestiones artísticas y fue enviado como experto a toda clase de subastas, anticuarios, marchantes y coleccionistas de Europa. Según Folch, Cambó era

> el comprador particular de más posibilidades de Europa. No regatea jamás, ni vacila ante ningún precio y cumple el objetivo que se ha impuesto con energía, con inteligencia, y lo que es más prodigioso, con un conocimiento exacto y dilatado de los pintores que compra.[98]

Folch i Torres contó que solo en 1929, el año de la máxima actividad compradora de Cambó, cruzó la frontera española 32 veces para buscar, informar y ayudar en la adquisición de cuadros. Folch viajaba por toda Europa, especialmente por Alemania, Francia, Italia y Suiza, pero también fue a Hungría y al Reino Unido, como informador de Cambó e incluso para representarlo en algunas adquisiciones. También su amigo Oleguer Junyent, destacado pintor, lo aconsejó en algunas compras, dado que conocía bien qué le faltaba a la colección de Cambó.

Teniendo en cuenta lo exigente que era Cambó en todo, se comprende que, tratándose de adquirir pinturas, tuviera una obsesión con garantizar su autenticidad, solicitando garantías e informes de

expertos, en ocasiones más de una vez para contrastar las opiniones. De todos modos, esta exigencia no lo salvaría de adquirir algunas piezas —por lo que sabemos ahora, fueron cuatro— que resultaron falsificaciones, así como otras —media docena— cuyas atribuciones iniciales resultaron erróneas. Además del asesoramiento de Folch i Torres, Cambó contó con las informaciones y ofertas que le hacían destacados anticuarios, galeristas y marchantes de aquella época: Bernard Berenson, Wilhem von Bode, Joseph Duveen, David Weil, Georges Wildenstein, Kurt Walter Bachstitz, Theodor Fischer, Arnold Seligman, Joseph Weissberger. Aparte, era un buen conocedor de algunas de las mejores colecciones privadas y hacía todo lo posible por ganarse la amistad de sus propietarios a fin de que se las mostraran. Como él mismo reconocía, «en cuanto pude, me entró el furor de comprar cuadros» y por eso se lanzó frenéticamente «a la caza de las obras importantes».[99]

En sus recuerdos, Cambó escribe que las páginas donde explica cómo construyó aquella importante colección de cuadros quizá pudieran titularse «memorias de un coleccionista»[100] y confesó claramente que aquella fue la «más apasionada de mis actividades en el largo ayuno —¡o semiayuno!— de actividades políticas durante la Dictadura de Primo de Rivera». Aquí, Cambó se nos muestra como un gran apasionado del arte, y especialmente de la pintura, y recuerda que muy a menudo, cuando estaba en Madrid, se convertía en un «constante visitador del Museo del Prado». Sabía que dicho museo estaba incompleto y cuáles eran las grandes escuelas y los maestros que estaban ausentes. Pero, sobre todo, deseaba dotar a Barcelona de una pinacoteca nueva, con grandes obras del Renacimiento, que fuese una especie de complemento de las obras del románico y el gótico que ya poseía el museo de arte de la ciudad.

Cuando ya tenía la colección casi completa, en un discurso pronunciado en las Cortes republicanas el 6 de diciembre de 1935, discutiendo un proyecto de ley sobre el patrimonio artístico español, Cambó aprovechó para hablar de su colección de arte y de sus problemas como coleccionista. Empezó presumiendo de forma considerable: «Tengo una importante colección de pinturas, que vale algunos millones de pesetas, repartida entre Londres, París y Lucerna», y añadió que a menudo prestaba cuadros a diferentes exposiciones internacionales para que «pudieran parangonearse con las de los

primeros museos del mundo».[101]Además, explicó que había comprado muchos más cuadros de los necesarios para así poder realizar operaciones de intercambio:

> Cuando un hombre se ha formado un programa de adquisiciones, muchas veces no podrá adquirir una obra que desee con dinero, por mucho dinero que piense emplear en ella; pero, por el contrario, podrá adquirirla por medio de un cambio. Y yo en esta situación me encuentro.

Asimismo expuso cuáles habían sido sus pretensiones como coleccionista:

> Conseguir para España un complemento a lo que es en pintura la colección formidable del Museo del Prado ... me propuse buscar, en cada una de las escuelas que no tienen representación en España, una obra del más grande de los maestros, si era posible; y si no, del que le siguiera en importancia; y a la realización de esta obra he dedicado una parte considerable de mi fortuna.[102]

Compras arriesgadas pero exitosas

Francesc Cambó estaba especialmente orgulloso de dos grandes operaciones de adquisición de cuadros: por un lado, de la compra, realizada en 1927, del espléndido retrato de Michele Marullo, pintado por Sandro Botticelli, que formaba parte de la colección del alemán Eduard Simon; por otro, de la arriesgada pero exitosa operación realizada dos años más tarde, consistente en la compra de toda la colección del francés Joseph Spiridon para subastarla inmediatamente en Berlín y quedarse con gran parte de los cuadros.

Eduard Simon era un destacado empresario textil alemán que poseía una gran colección de pintura y escultura. Cambó lo había visitado y más de una vez había mostrado su admiración por el retrato de Michele Marullo de Botticelli. Un día del año 1927 Cambó recibió un telegrama de Simon anunciándole que podía comprar el cuadro de Botticelli, pero que necesitaba una respuesta en 24 horas. Pedía una cifra altísima, el equivalente a 1.200.000 pesetas de la época —hoy serían unos 20 millones de euros—. Cambó se pasó la noche sin dormir, haciendo cálculos, y finalmente aceptó la propuesta, pero con la exigencia de que el cuadro fuese depositado fuera de Alemania, en Suiza, en la sede central del banco Credit Suisse, en Zúrich, donde el director del Museo de Barcelona, Joaquim Folch i Torres, se haría cargo de él. La operación, que se realizó a través de la galería Sulley

and Co. de Londres, funcionó a la perfección y la noticia de que el *Marullo* ya era suyo «me causó una de las más grandes emociones de mi vida».[103]Aquella espectacular adquisición del cuadro de Botticelli, al ser conocida entre los marchantes de arte de toda Europa, convirtió a Cambó en uno de los compradores de arte más relevantes del momento, y empezó a recibir importantes ofertas de venta de cuadros. Él estaba especialmente interesado en adquirir pinturas de los primitivos italianos, pero había mucha competencia con los coleccionistas norteamericanos, que entonces compraban todo cuanto estaba a la venta.

Pudo satisfacer su pretensión de comprar primitivos italianos gracias a la gran operación con la colección de Joseph Spiridon.[104]Este empresario francés tenía en París una importante (aunque desigual) colección, muy rica en pintura toscana del Trecento y del Quattrocento. Spiridon había recibido muchas ofertas por cuadros concretos, pero él siempre las rehusaba porque quería vender toda la colección y no desprenderse por separado de las mejores piezas. A principios de 1929 Cambó se puso de acuerdo con un marchante de confianza de Berlín, Cassier and Helbing, para comprar la colección entera y luego subastarla, también entera, pero quedándose las piezas que más le interesaban. La operación era compleja: había que hacer una estimación del valor del conjunto, que sería muy considerable, y adelantarlo. Y después existía el riesgo de la subasta, porque podían acudir marchantes y compradores de todo el mundo con ofertas importantes que dificultasen que Cambó se quedara los cuadros que quería. Pero el plan funcionó a la perfección. La compra de toda la colección debió de superar los 10 millones de pesetas de la época —hoy serían más de 150 millones de euros—. Francesc Cambó tuvo que pedir un crédito importante a un banco suizo porque no disponía de aquella enorme cantidad en efectivo.

Para empezar, la adquisición se llevó a cabo utilizando el nombre de dos marchantes, el suizo Theodor Fischer y el alemán Cassier and Helbing, mientras que el de Cambó, que era el auténtico comprador, no figuraba en ningún sitio. Entonces los cuadros fueron llevados de París a Berlín, donde todo estaba a punto para la subasta. En aquel momento surgieron dudas sobre si era mejor realizarla o esperar al otoño, que parecía un momento más favorable para las subastas, según los marchantes. Cambó exigió que la venta se hiciera

inmediatamente, y tuvo mucha suerte, porque el cabo de unos meses el famoso crac de la bolsa de Nueva York de septiembre de 1929 cambió radicalmente el negocio de la compraventa de cuadros, ya que los coleccionistas de arte más importantes del mundo dejaron de adquirirlos.

Puesto que Cambó podía fijar el precio de los cuadros, los puso muy altos para las piezas que se quería quedar. La subasta, que tuvo lugar en el Salón de Fiestas del Hotel Esplanade de Berlín el 31 de mayo de 1929, despertó una gran expectación, porque el catálogo se había distribuido profusamente, y hubo una muy notable presencia de marchantes de toda Europa y de compradores norteamericanos. Se conserva el catálogo de Cambó, donde él había apuntado el precio que estaba dispuesto a ofrecer por cada cuadro que le interesaba.[105]Los precios de venta de la mayoría de las obras resultaron superiores a las estimaciones iniciales, lo que permitió a Cambó quedarse más de los que había previsto. Había encargado a diferentes marchantes, que no se conocían entre ellos, los precios máximos que podían ofrecer. Ellos sabían que compraban para Cambó, pero desconocían a quién representaban los demás marchantes. En aquella espectacular subasta todos ganaron: los dos marchantes, que se llevaban altas comisiones, y sobre todo Cambó, que finalmente consiguió 27 de los 79 cuadros que se subastaron. La operación resultó perfecta, dado que «el precio al que obtuve los cuadros que yo codiciaba fue muy inferior al valor que los peritos les habían asignado y que otros compradores habían ofrecido».[106] Sin embargo, después de haber sufrido tanto durante aquellos días, decidió que nunca volvería a realizar una operación especulativa semejante.

Francesc Cambó compró pinturas de diferentes escuelas pictóricas, que abarcaban desde el siglo XIV hasta principios del XIX. Como hemos dicho, quería cubrir vacíos importantes de las colecciones de Barcelona y Madrid, y por eso tuvo preferencia por la pintura italiana, pero también quiso piezas de las escuelas flamenca, española, francesa y holandesa, y algunas muestras de la alemana y la inglesa. Entre ellas, destacan por su belleza y gran valor las pinturas italianas del Trecento, muy escasas en España: las tres tablas del Maestro de la Madonna Cini —la cuarta tabla fue donada al Museo de Lausana— y las dos piezas del Maestro de la Madonna de la Misericordia, de Gherardo Starnina. Del Quattrocento tenía más de

veinte cuadros, lo que contrastaba con el vacío total existente en el Prado y en Barcelona. Sobresalían sus Botticelli y las piezas de Giovanni Dal Ponte, Baldassare de Este, Francesco del Cossa, Bartolomeo degli Erri, Peruggino, Raffaellino del Garbo, Vicenzo Frediani, Ludovico de Donati, Vicenzo Tamagni, Sebastiano del Piombo, Filipo Neri di Bicci. Después de la galería de los Uffizi de Florencia, la colección Cambó era la que más Botticelli tenía del mundo, inicialmente cinco, aunque la autenticidad dudosa del *San Juan Bautista*, hoy atribuido a Raffaellino del Garbo, hace que al final solo sean cuatro los Botticelli de Cambó.

El Cinquecento también estaba bien representado en su colección con un Correggio, tres Giambattista y tres Tiepolo, entre otros pintores destacados. Cambó, asimismo, adquirió pinturas importantes de la escuela veneciana —con piezas de Ticiano, Tintoretto, Il Veronese y Cecco Bravo—; de la flamenca y holandesa —cuadros de Peter Paul Rubens, Rembrandt, Quinten y Cornelis Metsys—, de la escuela de Amberes —Pieter Quast, Govert Flinck, Pieter de Hooch, Willem Drost y Adriaen Hanneman—; de la alemana —Lucas Cranach (el Viejo)—; del rococó francés —Jean-Baptiste Pater, Maurice Quentin de la Tour, Jean-Honoré Fragonard, Elisabeth-Louise Le Brun— y de la escuela inglesa —Thomas Gainsborough—. También compró obras de pintura española bastante importantes: tenía cuadros de Francesc Comas; El Greco; Juan Pantoja de la Cruz; Alonso Cano; Claudio Coello; tres bodegones: dos de Francisco de Zurbarán y uno de Juan de Zurbarán, y dos cuadros de Francisco de Goya.

Francesc Cambó encargó a reconocidos expertos el estudio de su colección. En 1940 Joseph Weissberger estudió los 31 cuadros que tenía en Suiza —22 italianos, 5 españoles, 3 franceses y 1 flamenco—. Y a finales de los años cuarenta, Javier Sánchez Cantón, subdirector del Museo del Prado, estudió por encargo de los herederos de Cambó los ocho cuadros que constituían su donativo a dicho museo y los otros cuatro cuadros restaurados que serían devueltos a Barcelona.

Los cuadros preferidos por Cambó eran sobre todo los de Botticelli, y muy especialmente el retrato de Michele Marullo. El 19 de octubre de 1937, paseando por los Uffizi de Florencia, reconocía: «Botticelli es hoy, como el primer día que lo conocí, el pintor que más me gusta; no es, ni de lejos, el mejor ... pero ninguno tiene su divina gracia, ni ningún otro me hace disfrutar tan

intensamente».[107]Alessandro Filipepi, más conocido por Sandro Botticelli, había pintado el cuadro de Marullo hacia el año 1490, en plena madurez. Cambó había leído la biografía que Benedetto Croce había escrito de Michele Marullo Tarcaniota, un soldado y poeta bizantino bastante exaltado que añoró siempre su ciudad natal, Constantinopla, de donde había tenido que huir siendo muy niño. Se sentía identificado con él, dado que ambos eran «unos patriotas que lloraban y añoraban la patria perdida». También tenía en bastante estima los tres *panneaux* de Botticelli, que narraban la historia de Nastagio degli Onesti del *Decamerón* y que habían sido pintados en 1483. De las casi setenta piezas que llegaron a formar su colección clásica, también admiraba notablemente los dos de Tiepolo, *El charlatán* y *El minueto*; *La Virgen* de Ercole de Roberti, y el cuadro de Lucas Cranach (el Viejo) *Pareja amorosa desigual*. Le gustaban bastante una serie de retratos realmente sobresalientes, como el del notario *Pierre-Louis Laideguive*, de Quentin de la Tour; el de *Lady Georgiana Poyntz, condesa Spencer*, de Gainsborough; el de *Jean-Claude Richard, abad de Saint-Non*, de Fragonard, y el de *Manuel Quijano*, de Goya.

A causa de la destrucción de buena parte de la documentación que tenía Cambó en su casa de la vía Laietana, no se conoce con precisión cuándo y a quién compró muchos de los cuadros que llegó a poseer. De todos modos, intentaremos reconstruir con cierto orden cronológico su política de adquisición. Sabemos que empezó comprando algunas obras de autores catalanes contemporáneos, como Sunyer, Mir, Rusiñol, Vayreda, Casas y Anglada-Camarasa, antes de 1920. Después llegó la compra de un Greco, *San Juan Bautista y San Francisco de Asís*, que le ofreció su amigo el pintor Oleguer Junyent. En 1924 compró el Tintoretto a la colección Sohn-Rehel, de Düsseldorf, y en 1926 el Gainsborough a un coleccionista inglés.

Sea como sea, en tan solo tres años, entre 1927 y 1929, Cambó realizó las compras más importantes de su colección. Estas adquisiciones tan relevantes significaban que estaba muy al día de las ofertas más destacadas de pinturas en todo el mundo. Así, en 1927 consigue en Berlín, de manos de un coronel ayudante del príncipe Hollenzoller-Sigmaringen, el cuadro de Pieter de Hooch *El portador de malas noticias*. También en 1927 compró, como hemos explicado, el *Marullo* a Eduard Simon, de Berlín, a través de la galería Sulley and Co. de Londres. En 1928 adquirió en Múnich el retrato de la condesa

de Arundel, de Rubens, que poseía Julius Boher. Parece ser que antes de 1928 ya había adquirido en Madrid, de manos de la marquesa de Bermejillo del Rey, el cuadro de Francisco de Goya *Alegoría del amor, Cupido y Psique*, tan similar a la *Maja vestida*. También entre 1928 y 1929 le compró el otro Goya, *Manuel Quijano*, al anticuario madrileño Antonio Viudas. Este cuadro le fue robado en julio de 1936 de su piso de la vía Laietana, pero cuatro años después, en 1940, apareció, bastante deteriorado, en París. Una vez recuperado, fue enviado a restaurar al Prado y hoy forma parte de la donación al Museu Nacional d'Art de Catalunya.

El 12 de mayo de 1928, en la subasta organizada por los marchantes Casier y Helbring de Berlín, Cambó compró el cuadro de Sebastiano del Piombo *Retrato de dama*. También en 1928 adquirió en París, del marchante Arnold Seligman, uno de sus cuadros predilectos, el retrato del notario *Pierre-Louis Laideguive*, de Quentin de la Tour. Y del mismo año es la compra del cuadro del duque de Medinaceli, que entonces fue atribuido a Murillo y que luego resultó ser de Claudio Coello. Lo adquirió del coleccionista inglés S. George Londsay Holford, de Dorcheester House, Londres, y fue uno de los cuadros que resultaron dañados en julio de 1936, durante la ocupación de su casa de la vía Laietana. Asimismo, entre 1928 y 1929 compró en Londres, de la colección de L. C. Nicholson, el cuadro de Correggio *Eva tentada*, que después resultó que era de Cecco Bravo. Y también en 1929 había adquirido en Alemania el retrato del príncipe Felipe —el futuro Felipe III— pintado por Pantoja de la Cruz. Parece ser que hay que situar entre 1924 y 1929 la llegada del cuadro *San Juan Bautista* atribuido inicialmente a Botticelli y que resultó ser de Raffaellino del Garbo. La venta había tenido lugar en Alemania mediante los marchantes Kolmsperger y Pferfferie, de Múnich.

Tras la espectacular operación con la colección Spiridon, el 31 de mayo de 1929, la política compradora de Cambó menguó, aunque no dejó de hacer adquisiciones importantes. Así, en 1930 le compró el cuadro *Muchacha ante el espejo*, de Ticiano, al noble húngaro Marczell von Nemes, de Budapest. Aquel cuadro también quedó gravemente dañado durante la ocupación de la casa de la vía Laietana de julio de 1936. En 1930 mismo, Cambó adquirió los dos cuadros del pintor veneciano del siglo XVIII Tiepolo, procedentes de la colección del príncipe Papadopoli, *El charlatán* y el *minueto*. Gracias a los buenos

oficios de su gran amigo Giuseppe Volpi, conde de Misurata, que había sido ministro de Hacienda de Mussolini entre 1925 y 1928 y que también era consejero de la SOFINA, Cambó supo que la viuda de aquel príncipe y sus hijas querían llevar a cabo una venta discreta de dichos cuadros por cuestiones fiscales. Cambó se fue a Roma y, con la ayuda del embajador español, Cipriano Muñoz Manzano, conde de Viñaza, pudo hacer una negociación muy favorable con el Ministerio de Finanzas italiano para que autorizase la salida de Italia de ambos cuadros. Además del precio oficial de la venta, Cambó abonó una cantidad importante en negro a la princesa viuda de Papadapoli y a sus hijas «para que ellas tres pudieran ataviarse en París».[108]

El 6 de agosto de 1930, mientras se recuperaba de la operación de garganta, Cambó adquirió de la galería Thomas Agnew e hijos de Londres el cuadro *Retrato masculino*, entonces atribuido a Albert Cuyp y que después resultaría ser de Govert Flinck. En 1933 compró en la galería Knoedler de Nueva York el cuadro de Dyck *Retrato de caballero*, que después ha sido atribuido a Adriaen Hanneman. También de los años treinta son sus adquisiciones del cuadro de Metsys, efectuada en Lucerna, Suiza; y del Fragonard comprado al marchante Paul Cailleix de París, que también le vendió *Santa Cecilia*, del Tiepolo. Antes de que estallara la guerra civil, Cambó se hizo con el cuadro de Cranach (el Viejo) *Pareja amorosa desigual*, que provenía de la colección del príncipe Lippe, en Bückeburg, Baja Sajonia, Alemania. Esta bonita pieza fue robada cuando se expuso en el Palau de la Virreina de Barcelona en 1977, pero se recuperó tres años después. Las últimas compras de Cambó para completar la colección clásica tal vez tuvieron lugar en 1937, cuando adquirió los dos cuadros de Pater —*El otoño* y *El invierno*— de la viuda de E. S. Bayer, de Wildenstein, Nueva York.

Cambó confesó en sus escritos que para buscar los cuadros que más le interesaban llegó a mostrar una afición similar a la de un cazador o un arqueólogo: sentía «la emoción del primero cuando levanta y cobra la caza».[109] Evidentemente, le hicieron muchísimas ofertas de cuadros relevantes que por diferentes razones no compró. Tuvo no pocos momentos de indecisiones, dado que además de las dudas sobre si la atribución era segura o no, estaban los elevados precios que a menudo le pedían. Se le escaparon algunas obras importantes, como *La adoración de los Magos*, de Botticelli; un der Weyden y un Frans Hals. En 1927 se celebraba una subasta de cuadros

importante en Londres, pero como no podía ir, mandó a un marchante de confianza a comprar tres cuadros: un Murillo, un Dyck y una marina de Cuyp, los tres de la colección Holford de Londres. Al final solo compró el Murillo, que después resultó que era un Claudio Coello, porque los otros superaban las diez mil libras cada uno —entonces unas quinientas mil pesetas—, que era el precio máximo que había fijado.

Más adelante, en 1936, le ofrecieron *La condesa de Chinchón*, de Goya, que tenía un coleccionista particular de Madrid, pero la operación no prosperó. Ya en plena guerra civil le llegó la noticia de la venta de la colección de David Weil, un gran coleccionista y millonario francés y buen amigo suyo. Cambó conocía perfectamente la colección, que había admirado en su casa de París, y hasta hizo la reserva de compra de tres cuadros. Pero finalmente renunció: la cifra que pedían era altísima y era un momento de relativa merma de su fortuna y, en plena guerra civil española, no era muy oportuno hacer una operación que con toda seguridad sería muy criticada. Después de la guerra, Cambó aún recibiría algunas propuestas de venta de cuadros importantes. Así, su amigo el duque de Alba lo informó, en 1941, de que en Madrid se vendía un Goya, y al año siguiente, de que podía adquirir un Rembrandt a buen precio. Asimismo le llegó la noticia de que el diplomático español Melchor Almagro Sanmartín vendía parte de su colección de pinturas, entre ellas cuadros del Greco, Alonso Cano y Murillo. Pero, de hecho, Cambó ya tenía bastante decidido no aumentar su colección. Tampoco quiso vender ninguno de sus cuadros, a pesar de que le llegaron ofertas. En enero de 1938, por ejemplo, el conocido marchante suizo Theodor Fischer quiso comprarle el *Michele Marullo* de Botticelli, el Lucas Cranach y algunos otros cuadros, pero él se negó rotundamente.

Cuadros falsos, malas atribuciones y precios pagados

Habiendo adquirido cerca de ochenta cuadros para su colección clásica, y pese a exigir certificados de garantía de autenticidad firmados por especialistas reconocidos, era relativamente lógico que algunas de las compras hechas por Cambó resultasen ser una falsificación o que su atribución inicial fuese errónea. Ya en vida supo

que había comprado algún cuadro falso y que otros tenían una autoría dudosa. Tras su muerte, se hizo una inspección de la autenticidad de los cuadros donados a Barcelona, realizada a petición de su hija, Helena Cambó, y de su yerno, Ramon Guardans, con el beneplácito del Ayuntamiento de Barcelona. De entrada aparecieron piezas de autenticidad discutible, como el *San Juan Bautista* de Botticelli, que al final ha sido atribuido a Raffaellino del Garbo. Incluso surgieron dudas sobre la autenticidad de *Lady Georgiana Poyntz, condesa Spencer*, de Gainsborough, y sobre el *Retrato de niña*, de Le Brun, pero ninguna de las dos sospechas se verificó. De los Zurbarán restaurados por el Museo del Prado, sobre los que tenía dudas, Cambó le exigió a Francisco Javier Sánchez Cantón certificados de su autenticidad.

Las atribuciones falsas, al parecer, son finalmente una docena. De los primitivos italianos, además del *San Juan Bautista*, también el cuadro *Virgen con el Niño Jesús adorado por San Juan Bautista y Santa Catalina*, que había comprado como obra de Fra Angelico, al final ha resultado ser de Gherardo Starnina. El cuadro *Virgen con el Niño Jesús y un ángel*, adquirido como de Piero della Francesca y después atribuido también a Ercole de Roberti de Ferrara —que era la pieza más cara de la colección Spiridon: 520.000 pesetas—, en realidad había sido pintado por Francesco del Cossa. El cuadro *Las siete Artes Liberales*, donado al Prado como obra de Pippo Menni de Siena, actualmente está atribuido a Giovanni di Ser Giovanni. Otro adquirido como obra de Benedetto Ghirlandaio, o incluso Rafael, *Virgen con el Niño Jesús entre San Pedro y Sant Pablo*, ha resultado ser de Vicenzo Frediani. El *Cristo predicando*, atribuido a Ambroggio Bourgbognone, hoy parece que es obra de Ludovico de Donati. El cuadro *Eva tentada* de Correggio fue pintado por Cecco Bravo; el Dyck, *Retrato de caballero*, es obra de Adrian Hanneman; el adquirido como de Albert Cuyp, *Retrato masculino*, en realidad había sido pintado por Govert Flinck; *Paisaje con huida a Egipto*, atribuido inicialmente a Patinir, hoy es considerado obra de Cornelis Metsys; el *Retrato del hijo de Rembrandt*, que se creía que era obra de Word, o del propio Rembrandt, actualmente se considera que lo pintó Willem Drost; y el retrato *Juan Francisco de la Cerda, VIII duque de Medinaceli*, comprado como un Murillo, es obra de Claudio Coello. La mitad de las falsas atribuciones procedían de la colección Spiridon, cuyo catálogo, confeccionado por el experto Oskar Fischer, se redactó con demasiada

precipitación y poco esmero.

Cambó compró cuatro cuadros que resultaron ser falsificaciones. Tres procedían de la colección Spiridon. Eran el cuadro *La Virgen y el Niño y San Juan*, atribuido a Filippo Lippi, y *El ángel músico*, atribuido a Melozzo da Forlì —donado al Prado—. Ambos resultaron ser buenas imitaciones realizadas en el siglo XIX. Cambó pagó por estas dos piezas, en 1929, 130.000 y 100.000 pesetas de la época. También de la colección Spiridon había comprado *Santa Ágata*, atribuida a Luini, o a la escuela milanesa, que resultó ser una obra moderna hecha sobre una tabla vieja y por el que pagó todavía más, unas 240.000 pesetas. A principios de 1929 Cambó adquirió de un marchante de Milán una tabla atribuida a Antonello da Messina por la que pagó aproximadamente 1.400.000 liras, equivalentes entonces a más de 200.000 pesetas. Meses después recibió una carta anónima informándolo de que se trataba de una falsificación. Tras una serie de investigaciones, un año después Cambó localizó al falsificador, un conocido pintor y restaurador milanés. Cambó intentó que el marchante le restituyese el dinero, y al no conseguirlo lo denunció por estafa ante la Procura del Re italiana. El caso fue divulgado por el periódico milanés *Corriere della Sera* el 11 de febrero de 1931, de forma algo escandalosa: «Un millón y medio por un cuadro falso. La venta de una tabla atribuida a Antonello da Messina» era el titular del artículo que narraba la historia de la falsificación y venta del cuadro y concretaba que Cambó era el comprador estafado. A pesar de estas falsificaciones y malas atribuciones, la calidad de la colección Cambó no se resintió en absoluto. Era un conjunto extraordinario de pinturas europeas, sin duda la primera colección privada de España de las confeccionadas entonces y una de las más importantes de Europa. Y mucho más si se tiene en cuenta que se había reunido en poco más de diez años.

El valor económico conjunto de la colección era también extraordinario. Joaquim Folch i Torres escribió tras la muerte de Cambó que calculaba que había invertido en ella entre 35 y 40 millones de pesetas de los años cincuenta, que hoy equivaldrían a un mínimo de 300 millones de euros.[110]Sabemos que, solamente por sus cuatro Botticelli, pagó unos 4 millones de pesetas de finales de los años veinte: así, por el espléndido retrato de Michael Marullo, considerado uno de los mejores retratos del Quattrocento pagó

1.200.000 pesetas en 1927 —hoy equivaldrían a unos 20 millones de euros—. La adquisición completa de la gran colección de Joseph Spiridon, de París, le supuso unos cuantos millones de pesetas. Aquella subasta se efectuó en marcos, y teniendo en cuenta que, en 1929, 100 marcos equivalían a 168 pesetas, sabemos, por ejemplo, que los tres *panneaux* de Botticelli, con las escenas del *Decamerón*, le costaron en conjunto 1.500.000 marcos, equivalentes a 2.809.000 pesetas de 1929. La pintura más cara de aquella colección fue la de Piero della Francesca, *Virgen con el Niño Jesús y un ángel*, que después resultó que era de Francesco del Cossa, por la que pagó 520.000 marcos, equivalentes a 974.000 pesetas. El cuadro de Gaddi le costó 230.000 marcos; el de Giotto, 285.000; el de Lippi, 130.000, y el Dal Poma, 165.000. Teniendo en cuenta además que a estos precios hay que añadir los impuestos, por entonces un 13,5 %, no es exagerado considerar que los 27 cuadros que Cambó se quedó finalmente de la colección Spiridon podrían haberle costado un mínimo de 6 millones de pesetas, que hoy superarían los 100 millones de euros.[111]En 1936 Cambó tenía asegurada la colección de cuadros por un valor de 10 millones de pesetas; era una cantidad tan elevada que exigía el establecimiento de un consorcio entre varias compañías.[112]

Los complejos avatares de la colección Cambó

Como hemos dicho, la idea inicial de Francesc Cambó era construir un pequeño museo particular en Barcelona, donde exhibiría el conjunto de su colección. En la parte de detrás de su gran casa de la vía Laietana 30, la que da a la calle Mercaders, que era más baja, Adolf Florensa proyectó construir dos plantas más para un museo-biblioteca a fin de dar cabida a los cuadros, las colecciones de grabados, fotografías y dibujos, y gran parte de la importante biblioteca de arte de Cambó. Sería un recinto abierto al público, pero sobre todo estaba pensado para los estudiosos, que podrían trabajar allí. Cuando todo estaba previsto, el proyecto de Florensa ya aprobado y hasta «la piedra ya cortada y a punto de colocarse», se produjo la caída de la monarquía española y la huida de Cambó a París. Así, el 14 de abril de 1931 lo interrumpió todo y sus planes cambiaron radicalmente. Primero, considerando que la nueva situación política era insegura,

Cambó decidió sacar de Cataluña buena parte de la colección de pintura. Joaquim Folch i Torres, a instancias de Cambó, retiró los principales cuadros del domicilio de la vía Laietana y los llevó a Suiza, parece ser que al depósito de un banco. Luego, aunque no disponemos de informaciones precisas, algunas de esas obras regresaron a Barcelona, pero otras se quedaron, por lo visto bajo la custodia de diferentes marchantes, en Londres, París y Lucerna.

Cuando el 20 de julio de 1936 la casa de la vía Laietana fue asaltada y ocupada por la gente de la CNT y de la FAI, además de destrozar muebles, objetos y libros, también sufrieron daños considerables —cuchilladas— cuatro cuadros. Otros siete, entre ellos el *Manuel Quijano* de Goya, el Tiziano y el atribuido a Murillo, desaparecieron. A fin de salvar la colección de Cambó, Joaquim Folch i Torres presionó al gobierno de la Generalitat para que interviniera. Recientemente, dentro de la documentación de la FAI, depositada en el International Institute of Social History de Ámsterdam, ha aparecido el justificante de la recepción provisional de los cuadros de Cambó que el Comité Peninsular de la FAI exigió cuando los entregó al gobierno de la Generalitat, el día 11 de agosto de 1936.[113]Un funcionario de la Junta Comisaria de Museos de Cataluña, J. Gibert, se encargó de 75 cuadros y dibujos de la colección clásica y moderna de Cambó que constan en un texto de dos páginas.[114]Aunque la descripción que se hacía de los cuadros era muy insuficiente y algunos no estaban en absoluto identificados, podía deducirse que entre ellos estaban el *Michelle Marullo* y los *panneaux* de Botticelli, el Rubens, los Tiepolo, el Gainsborough, el Tintoretto, el del Greco y el Claudio Coello.

Joaquim Folch i Torres, en nombre de la Generalitat, llevó la colección al museo de Barcelona, que entonces estaba en el Palau Nacional de Montjuïc. En una lista de los cuadros de la colección clásica allí depositados, fechada el 8 de septiembre de 1936, ya constaba la gran mayoría de las piezas, además de importantes grabados de Goya, Durero y Rembrandt. Extrañamente, en esta segunda relación no constaba el *Manuel Quijano* de Goya, que sí figuraba en la lista entregada por la FAI. Ignoramos qué ocurrió, si la primera relación era errónea o si la desaparición fue posterior, lo que cuesta creer. Sin embargo, el hecho es que aquel Goya había desaparecido y no fue recuperado hasta 1940 en París.

Ya en plena guerra, a mediados de 1937, los cuadros de Cambó, junto con la gran mayoría de objetos artísticos que se encontraban en el museo de Montjuïc, fueron trasladados en camiones a Olot para evitar que resultasen dañados por los bombardeos franquistas. Más tarde fueron a Darnius y, ya a finales de enero de 1939, pasaron la frontera francesa en diferentes camiones.

Mientras tanto, Francesc Cambó, que durante la guerra residió primero en Rapallo, después en Abazzia —Opatija— y al final en Montreux, trataba de averiguar qué suerte habían corrido sus cuadros. En mayo de 1937, explica en su *Dietari* que le llegó la noticia de que habían llegado a París desde Barcelona siete cuadros de su colección, seguramente enviados por Joaquim Folch i Torres. Él calculaba que entonces todavía quedaban en Barcelona 32 cuadros y que tenía otros 19 depositados en diferentes lugares de Europa. En diciembre de 1937 empezó a reunir en su Villa Maryland, en Montreux, las pinturas que tenía distribuidas por Londres, París, Lucerna y la villa Irenea de Abazzia.[115]

A partir de septiembre de 1939, con el estallido de la guerra mundial, Cambó intentó reunir toda la colección en Suiza. Precisamente entonces el pintor Josep M. Sert lo informó de que a Ginebra habían llegado más cuadros suyos, entre ellos el Quentin de La Tour y el Rubens, procedentes de Barcelona, junto con muchos cuadros del Museo del Prado. Estas obras fueron entregadas inmediatamente al Servicio de Recuperación Artística franquista y trasladadas a Madrid, donde quedaron depositadas en el Museo del Prado y en el Museo Nacional de Arqueología. Meses después, en abril de 1940, apareció en un marchante de cuadros de París el *Manuel Quijano* de Goya que había desaparecido de Barcelona en julio de 1936. El cuadro fue requisado por la policía francesa y entregado al embajador español en París, José Felix de Lequerica, que lo envió al Museo del Prado, donde ingresó para ser restaurado el 27 de agosto de 1940.

La obsesión de Cambó por recuperar y restaurar sus cuadros era tan fuerte en aquella Europa convulsa por la guerra que decidió que los cuadros más dañados se trasladaran desde Suiza a Madrid para ser restaurados en el Prado. Así, a Madrid envió los de Tiziano, Sebastiano del Piombo, Correggio y El Greco. Narcís de Carreras, que estaba en Barcelona desde febrero de 1939, recibió poderes de Cambó para

ocuparse de recuperar todas sus propiedades en España, fuesen casas u objetos de arte, y de gestionar también la restauración y custodia de los cuadros recuperados.

Las pinturas de Cambó que habían llegado en camiones a Ginebra procedentes de España habían pasado por toda clase de aventuras. Uno de los vehículos, con muchas obras de arte, entre ellas algunos cuadros, desapareció al ser secuestrado por una banda de delincuentes marselleses. Cuando intentaron venderlos en Marsella se descubrió todo y la policía pudo recuperarlos. En febrero de 1940 la Comisaría General del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional le entregó a Cambó una larga lista de objetos de su propiedad que habían sido recuperados y se encontraban en Madrid. La relación de los cuadros, sin embargo, era bastante chapucera, dado que de muchos de ellos no constaba el nombre del autor y la descripción era insuficiente. Hubo que hacer fotografías y enviarlas a especialistas para identificarlos. Al final, de las pinturas que Cambó tenía en Barcelona en julio de 1936 se pudieron recuperar todas menos tres: el Frans Hals, *Hombre con barba y sombrero*, y la tabla de Brouwer *Escena popular*, que iban en el camión que había sido desviado hacia Marsella; y la *Coronación de la Virgen con Jesús en brazos*, de Defendente Ferrari, procedente de la colección Spiridon, que por lo visto Cambó había depositado en casa de unos amigos en Barcelona antes de la guerra.

En verano de 1940 Francesc Cambó decidió marcharse a América y, antes de embarcar rumbo a Lisboa en el Excalibur, pasó por el Museo del Prado de Madrid para negociar con el subdirector Francisco Javier Sánchez Cantón la posibilidad de cederles algunos cuadros suyos, entre ellos los *panneaux* de Botticelli y uno de los dos Zurbarán que ya se encontraban allí en proceso de restauración. Pero a cambio pedía llevarse a América algunos de los cuadros que tenía en Barcelona. Como hemos explicado, Cambó vivió en los Estados Unidos desde agosto de 1940 hasta abril de 1941, cuando se instaló definitivamente en Buenos Aires. El 21 de abril de 1941, ya desde Argentina, le escribió a Sánchez Cantón manifestando su deseo de trasladar allí algunas obras de las que tenía en España. Para facilitar la obtención del permiso oficial para la exportación, estaba dispuesto a ceder de forma permanente al Museo del Prado ocho cuadros, preferentemente primitivos italianos. Su propuesta se concretó de la

siguiente manera: donaría al Prado el cuadro de Giovanni Dal Ponte *Las siete Artes Liberales*, los tres *panneaux* de Botticelli, los primitivos atribuidos a Taddeo Gaddi y Pietro Nelli, el de Melozzo da Forlì y un bodegón de Zurbarán. A cambio, harían llegar a su casa de Buenos Aires también ocho cuadros que estaban en Barcelona: el Rubens, el Quentin de la Tour, el Tintoretto, el Gainsborough, el atribuido a Cuyp —que era un Flinck—, el Del Piombo, el Tiziano y el atribuido a Correggio.

Pese a que había problemas legales en las donaciones y en la exportación de cuadros, las cosas marcharon rápidamente y el 5 de mayo de 1941 el patronato del Museo del Prado informó favorablemente de la operación propuesta por Cambó: se aceptaba la donación de ocho cuadros a cambio de favorecer el permiso de exportación a Argentina de los otros ocho.[116]Así, el 18 de enero de 1942 los ocho cuadros de Cambó antes mencionados ingresaron en el Prado e, inmediatamente, pasaron a ser exhibidos en las salas italianas. Aquella donación, enseguida calificada como el «donativo más importante recibido en estos años» por el museo madrileño, causó, sin embargo, un cierto malestar en Cambó porque la prensa de Madrid divulgó el precio que había pagado por los Botticelli, unos 2,8 millones de pesetas de 1929. Los periódicos más franquistas lo criticaron con cierta severidad e ironía.[117]

En correspondencia con el donativo al Prado, en noviembre de aquel año 1941 embarcaron en el puerto de Barcelona con destino a Buenos Aires los ocho cuadros reclamados por Cambó. Todos fueron destinados a decorar las paredes de su gran piso de la avenida Alvear 4654 y de su casa de verano Mon Repòs, en las afueras de Buenos Aires. En su nombre, Rafael Vehils registró la llegada de los cuadros ante la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos argentina, el 29 de noviembre de 1941. Aquella entrada de cuadros de gran valor precisaba el visto bueno y la autorización explícita del consejo de ministros argentino, lo que se obtuvo días más tarde.

Residiendo Francesc Cambó ya en Buenos Aires, y coincidiendo con las investigaciones oficiales argentinas sobre las actividades corruptas de la CHADE y de la CADE, también tuvo que enfrentarse a un asunto bastante desagradable: la acusación, que al final resultó falsa, de haber comprado cuadros que habían sido robados por los nazis a coleccionistas judíos. La Oficina de Servicios Estratégicos

norteamericana (Office of Strategics Services) investigaba, desde octubre de 1943, la adquisición de obras de arte expoliadas por los nazis a judíos de toda Europa. En una de las primeras listas negras de compradores figuraba destacado el marchante suizo Theodor Fischer de Lucerna y gran parte de los coleccionistas que tenían tratos con él, entre ellos Cambó.[118]Los primeros informes norteamericanos, hechos en los años 1943 y 1944, en los que también participaron los servicios de información británicos, mencionaban al político catalán como uno de los compradores de cuadros expoliados. Tales acusaciones obligarán a Cambó a acudir a la embajada británica de Buenos Aires, en abril de 1945, para declarar que, desde 1929, no había adquirido ningún cuadro de la galería de Fischer de Lucerna y que no le constaba que ninguna de las obras de su colección procediera del expolio efectuado por los nazis.

La historiadora Imma Socias ha localizado y publicado el largo informe final de los servicios de investigación norteamericanos, fechado el 27 de junio de 1945, sobre la relación de Cambó con este asunto.[119]Se trata de un texto bastante documentado sobre las actividades políticas y empresariales de Cambó en España y Argentina y sobre su situación política en aquellos momentos: «Actualmente es persona non grata para el gobierno español, probablemente a causa de su catalanismo y por el hecho de ser monárquico. No obstante, otros amigos de Cambó, relacionados con la CHADE, como Joan Ventosa, están en buenas relaciones con el gobierno de Franco». Respecto a la cuestión de los cuadros expoliados por los nazis, el informe constataba que Cambó poseía «la colección más fina de Buenos Aires», pero concretaba que si bien era cierto que había hecho negocios con marchantes y con bancos suizos muy implicados en las actividades delictivas de los nazis, «no hemos podido establecer una vinculación plausible de Francesc Cambó con las redes de arte saqueadas por los nazis». Cambó quedaba así totalmente exonerado de las acusaciones de haberse beneficiado del expolio llevado a cabo por los nazis durante la guerra. No así su marchante Theodor Fischer, en cuya galería de Lucerna los aliados localizaron una treintena de cuadros de gran valor, principalmente robados a los coleccionistas judíos franceses Paul Rosemberg y Alphonse Kahn. Recordemos que Cambó, y de ahí venían las sospechas de los servicios de información aliados, mantuvo una relación epistolar constante con Fischer durante la

segunda guerra mundial y, si bien es cierto que no le compró ningún cuadro entonces, algunas de las mejores piezas de su colección habían sido depositadas en su galería de Lucerna hasta 1938.

Un legado con muchos problemas

Cambó consiguió reunir en Buenos Aires más cuadros de su colección. A finales de 1943, su buen amigo Josep M. Sert le envió algunos de sus queridos Anglada-Camarasa, junto con objetos de valor —plata, tapices, muebles—. En julio de 1946 le llegaría también de Barcelona el Goya *Alegoría del amor, Cupido y Psique*. De todos modos, aún no tenía nada claro qué debía hacer con su colección ni qué clase de legado debía construir y dónde dejarlo. Ya hemos mencionado antes la consulta que en agosto de 1945 le había hecho a Josep Puig i Cadafalch sobre dónde podían instalarse los cuadros que quería donar a la ciudad de Barcelona, y que él lo informó de que el Ayuntamiento acababa de comprar el Palau de la Virreina. Inmediatamente, Cambó le escribió a su apoderado, Narcís de Carreras, para pedirle que hiciera gestiones de cara a la posible ubicación de su futuro legado en el mencionado palacio de la Rambla.

En el último testamento que hizo Francesc Cambó, el 4 de noviembre de 1946, se concretaba el legado de cuadros que quería donar al Museo de Barcelona, 48 en total, y otras disposiciones sobre el resto de la colección. A su muerte, el 30 de abril de 1947, la donación testamentaria fue comunicada al Ayuntamiento de Barcelona y aceptada por el consistorio, presidido entonces por el barón de Terrades. La corporación procedió, pues, a pagar el impuesto de sucesión correspondiente a la tesorería argentina, que era de tres millones de pesos argentinos, unas 825.000 pesetas de entonces.

Dos años y medio después, el 28 de febrero de 1950, la donación a la ciudad condal fue aceptada por los juzgados argentinos, donde se dirimía el pleito sucesorio, una vez comprobado que el Ayuntamiento de Barcelona ya había hecho la transferencia correspondiente a los derechos sucesorios al Banco Central de la República Argentina. Sin embargo, cuando todo parecía resuelto se produjo un hecho inesperado: el gobierno peronista, por el decreto 1298 de 26 de junio de 1952, prohibió la salida al extranjero de los cuadros del Cambó,

pues consideraba que suponía un grave perjuicio para el patrimonio cultural del país. Esta actuación imprevista era el resultado de la presión ejercida por el director del Museo Nacional de Bellas Artes, Juan Zocchi, que contaba con el apoyo del ministro de Asuntos Exteriores argentino, Jerónimo Remorino, a fin de evitar la salida del país de aquellos cuadros. Días más tarde, por un decreto de 24 de julio de 1952, Zocchi consiguió que el gobierno argentino lo nombrara depositario de los cuadros de Cambó.

A pesar de las protestas de los herederos de Cambó,[120]las gestiones llevadas a cabo por Narcís de Carreras y Josep M. Trias de Bes con el embajador argentino en Madrid[121]y las del entonces embajador español en Buenos Aires, Manuel Aznar, el gobierno argentino se negó a modificar su actitud. También fracasaron las presiones del ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, desde Madrid. Los argentinos no cedían ni estaban dispuestos a negociar nada de nada. El asunto llegó a la prensa española, que lo trató discretamente, y a la internacional, que informó con más detenimiento. Así, el 22 de noviembre de 1952 el *Journal de Genève* se hacía eco del «incidente hispano-argentino» provocado por la prohibición de la salida del país de los nueve cuadros de Cambó. Además de indicar que aquel acto había provocado la indignación y la protesta diplomática del gobierno de Madrid, y la gran sorpresa de los medios españoles y de todos los barceloneses, el periódico suizo dejaba entrever que el asunto también podía estar relacionado con el enfrentamiento entre los albaceas de Cambó y su viuda, Mercè Mallol: «Algunos suponen que el general Perón ha cedido a las presiones ejercidas por la señora Cambó, la cual, como se sabe, había impugnado el testamento». Esta acusación a Mercè Mallol era totalmente falsa, como veremos más adelante.

Fuera como fuese, tras una estancia en Argentina, en septiembre de 1952, el marido de Helena Cambó, Ramon Guardans, se entrevistó con el general Franco para explicarle el caso y el dictador le dijo que no se preocupara porque «tomaba directamente el asunto a su cargo».[122]Tuvo que pasar casi otro año y medio, hasta el 30 de junio de 1954, para que el gobierno argentino rectificara. Además de la presión de Franco sobre Perón, parece ser que influyó la gestión realizada por el jefe de ceremonial del Estado, Raúl Margueirat, sobre el primer mandatario argentino. El hecho es que el 30 de junio de

1954 un decreto del gobierno invalidaba la prohibición y posibilitaba la salida de los cuadros. Aun así, puesto que podía haber más problemas, dada la inseguridad jurídica existente en Argentina y las diferencias dentro del gobierno sobre ese asunto, el embajador Aznar y el agregado cultural José Ignacio Ramos organizaron a principios de julio el traslado discreto de los cuadros de casa de su viuda, en la avenida Alvear número 4654, a la embajada española.[123]

Fueron acertadamente previsores, pues aquel mismo día unos agentes fiscales argentinos se presentaron en el piso de Mercè Mallol, en la avenida Alvear, con la pretensión de llevarse los cuadros argumentando «que no habían sido correctamente tasados en el inventario de la herencia de don Francisco y que debían quedar embargados».[124]El 7 de julio de 1954 *La Vanguardia Española* de Barcelona anunciaba en primera página que «Los cuadros del legado Cambó para Barcelona» estaban en la embajada española. La breve información iba acompañada de tres grandes fotografías de las obras y, a su lado, el embajador Manuel Aznar y Mercè Mallol.

Al conocer la noticia del traslado de los cuadros a la embajada española, el ministro Remorino se indignó y presionó a Perón para que exigiese al gobierno español su inmediata devolución y el cese del embajador Aznar. Dado que la policía argentina vigilaba la embajada española, los nueve cuadros de Cambó fueron desenmarcados y escondidos entre los muebles de un diplomático español fallecido hacía poco en Buenos Aires, el marqués de la Torrehermosa. Así es como los embarcaron dentro de unas grandes cajas de muebles en el Cabo de Hornos y llegaron a Barcelona el 21 de diciembre de 1954. El director del Museo de Arte, Joan Ainaud de Lasarte, se responsabilizó de su traslado al Palau Nacional de Montjuïc. Unos cuantos meses atrás, Manuel Aznar había sido obligado a dejar la embajada de Buenos Aires.

Cuatro años antes, el 10 de diciembre de 1950, había ingresado también en el mismo museo barcelonés una primera parte de la donación de Cambó, la que procedía del Museo de Lausana. Dicho envío había sido organizado por los albaceas testamentarios, Narcís de Carreras y Josep M. Trias de Bes, quienes, con el asesoramiento de Joan Ainaud Lasarte, se habían encargado de los 28 cuadros de Cambó que tenía depositados allí. El traslado había implicado contratar un seguro que valoraba los cuadros en 25 millones de pesetas de

entonces. De esos 28 cuadros, una pieza, el *Michelle Marullo* de Botticelli, fue a la residencia de la hija de Cambó, Helena, a vía Laietana, dado que la había elegido como la única de la colección clásica que podía quedarse.

Del legado, quedaban las piezas que todavía estaban en el Museo del Prado. Esta parte del donativo Cambó llegó a Barcelona, procedente de Madrid, el 25 de enero de 1951 y estaba formada por los cuatro cuadros depositados allí en 1940: uno de los bodegones de Zurbarán; el *San Juan Bautista*, atribuido a Botticelli; el *San Francisco de Asís*, del taller de Goya, y el *Manuel Quijano*, de Goya. Así, finalmente, y desde diciembre de 1954, las tres remesas de cuadros del legado de Francesc Cambó estaban en el museo de Barcelona. En total eran 48 piezas: nueve procedían de Buenos Aires, 27 de Lausana, cuatro de Madrid y ocho ya estaban en Barcelona.

La concreción final de los cuadros que integrarían el legado de Francesc Cambó a la ciudad de Barcelona quedó, de hecho, en manos de los albaceas, debido a la disposición testamentaria que establecía que fuesen ellos quienes decidieran entregar al museo barcelonés «todos los —cuadros— dignos de figurar». El testamento de Cambó también concretaba que su hija y heredera, Helena Cambó, podía elegir una pieza de la colección, y ella escogió el *Marullo* de Botticelli. También se mencionaba que le regalaba a su amigo y compañero Josep Bertran i Musitu un de los bodegones de Zurbarán, y se indicaba que los cuadros de temática religiosa podían ser donados por los albaceas a instituciones de la Iglesia católica. Así, el cuadro de Di Lorenzo, de la escuela del Peruggino, *Cristo bendiciendo entre los ángeles*, fue donado al convento de los capuchinos de Sarrià. Por otra parte, los albaceas donaron en agradecimiento al Museo de Lausana uno de los cuadros que habían custodiado desde 1939: fue una de las cuatro tablas de la escuela de Rímini, o del Maestro de la Madonna Cini, rompiendo así el conjunto, lo que ha sido censurado por todos los especialistas. Aun así, el grueso de la colección clásica de Francesc Cambó, 48 pinturas, se encuentra hoy en el Museu Nacional d'Art de Catalunya. Esta es, con diferencia, la donación más valiosa y relevante recibida por el Museu en su historia.

En octubre de 1955, el Ayuntamiento de Barcelona, pese al poco interés manifestado por el alcalde de entonces, Antonio Simarro, organizó una gran exposición del legado de Francesc Cambó en el Saló

del Tinell y la adjunta capilla de Santa Àgata que fue inaugurada por el general Franco y visitada por el príncipe Juan Carlos de Borbón. La prensa de la época explicaba que los 48 cuadros que allí se exponían estaban valorados en más de 50 millones de pesetas. Y hasta en las Ferias de Muestras de Barcelona de los años 1956 y 1957 los visitantes fueron obsequiados con una colección de reproducciones fotográficas de los cuadros del legado Cambó donde todavía constaban como atribuido a Botticelli el *San Juan Bautista* y a Murillo el *Juan Francisco de la Cerda, VIII duque de Medinaceli*. Posteriormente, el legado Cambó se instaló en el Palau de la Virreina, como quería Cambó, y después pasó al Palau de Pedralbes; desde 1986 está en el Palau Nacional de Montjuïc, integrado dentro del nuevo MNAC. Cabe recordar también que en la última exposición conjunta de la colección Cambó, celebrada en Madrid en el Museo del Prado, y en Barcelona en la Sala Sant Jaume de la Fundació la Caixa de Barcelona, del 31 de enero al 31 de marzo de 1991, las compañías aseguradoras evaluaron el precio del conjunto de las pinturas en unos 12.000 millones de pesetas.

El cuadro de Michelle Marullo que se quedó Helena Cambó, considerado la mejor obra de Botticelli, ha sido cedido a diferentes exposiciones, como aquella celebrada en 1991 o la del conjunto de la obra de Botticelli, celebrada en Florencia en 1999. En 2004 fue cedido temporalmente al Museo del Prado, donde se expuso hasta 2017, pero al no prosperar una posible compra del cuadro por parte de dicho museo volvió a la residencia de Helena Cambó, en la vía Laietana 30. En octubre de 2019 se anunció que la familia Guardans-Cambó lo ponía a la venta en la galería Trinity Fine Art de Londres. Entonces se dijo que era el único Botticelli que quedaba en manos privadas y que su valor se estimaba entre 30 y 60 millones de euros. Sin embargo, como el cuadro había sido declarado «bien de interés nacional» por el Estado español la subasta no pudo realizarse, al prohibirse la salida del cuadro del territorio español.

La colección de cuadros más contemporáneos de Francesc Cambó, la mayoría de pintores del siglo XX, también era bastante importante. Estaba integrada por unas cincuenta piezas, algunas de gran valor. Cambó tenía especial predilección por Hermen Anglada-Camarasa, pintor a quien conocía y a quien había ayudado, como abogado, a recuperar la nacionalidad española en 1914. Aquella amistad se concretó también en la ayuda para que Anglada hiciera una

gran exposición en Bilbao en 1919. Cambó llegó a poseer una docena de cuadros de este pintor, entre ellos *La sirena* y *Caballos bajo la lluvia*. En la exposición que Anglada-Camarasa celebró en la Pinacoteca de Barcelona, en mayo-junio de 1936, Cambó compró seis óleos suyos, que se quedaron toda la guerra en Cataluña.

También le gustaron especialmente las obras de Joaquim Sunyer. En 1911 compró *La Pastoral* en la exposición que se hizo en el Faianç Català; era una pieza que había impresionado a Joan Maragall. Más tarde adquiriría un desnudo femenino y un paisaje también de Sunyer. De otro buen amigo suyo, Josep M. Sert, tenía varios cuadros, además de las pinturas que le encargó para decorar el techo del comedor de la casa de la vía Laietana y su cabina del Catalònia. Y también le encargó al pintor vasco Ignacio Zuloaga dos retratos suyos, uno con frac y otro con batín, que colocó en su piso de la vía Laietana. Asimismo adquirió obras de Javier Gosé, Togores, Joan Llimona, Ramon Casas, Santiago Rusiñol, Marià Benlliure, Vayreda, J. Serra, Humbert, J. Mir, Meifrén, Carles, Sorolla, Tapiró, Durancamps, Creixams, Callicó, Riguls, Andreu, Padró, Canals, Pruna, Serra, Rigalt, etc.

Francesc Cambó llegó a tener unos conocimientos de pintura muy remarcables pese a no ser un experto en la materia. Mostraba gran interés por los cuadros que adquiría: leía y se informaba sobre ellos y sus autores. Tenía buen gusto y mostró una sensibilidad estética notable. Elaboró una colección muy singular, priorizando, como hemos dicho, la necesidad de enriquecer el patrimonio artístico catalán y español, con la clara voluntad de llenar algunos vacíos existentes. De ahí la adquisición sistemática de piezas del primer Renacimiento italiano. Era una colección única, resultado del instinto, la audacia y la perseverancia cuando se trataba de rivalizar en el mercado internacional con coleccionistas e instituciones museísticas, algunas mucho más poderosas económicamente que él.

La herencia camboniana

El mecenazgo de Cambó fue extraordinario e insólito, tanto por la ambición que suponía su criterio de totalidad cultural como por el volumen económico de los gastos realizados. Un tercio de su fortuna lo invirtió entre su colección de pinturas, que finalmente serían

donadas, y en las instituciones que fundó. La parte destinada a los encargos culturales fue también considerable. Con su actuación, Cambó puso en evidencia que, salvo algunos casos también meritorios, como el de Rafael Patxot, en la Cataluña de su tiempo, y probablemente también en la de ahora, había muy pocos mecenas auténticos, pese a que las necesidades del país en el terreno cultural eran, y son, muy notorias.

Si alguna vez se ha calificado a Francesc Cambó de «millonario a la americana» es, sin duda, porque el suyo fue un caso bastante peculiar y desacostumbrado, sobre todo si se compara con la escasa magnanimidad y la falta de sensibilidad cultural de la mayoría de los millonarios catalanes, muchos de los cuales tenían tal vez más dinero que él. Él fue el gran mecenas catalán de la primera mitad del siglo XX y tuvo una actitud altruista similar a la de aquellos millonarios americanos, como los Morgan, Frick o Rockefeller, que se enriquecieron de forma espectacular pero que, al final, también quisieron devolver a su país, en forma de fundaciones y donaciones, parte de sus considerables ganancias. Más allá de las controversias, su labor como mecenas merece una muy alta consideración, porque hay que reconocer que, en nuestro territorio, casos parecidos al de él no ha habido muchos.

Digámoslo con toda claridad: Francesc Cambó ha sido el más ambicioso, el más polifacético y el más magnánimo mecenas que ha tenido la cultura catalana en su historia. No era un mecenas pasivo que se limitaba a financiar proyectos culturales y luego esperaba a ver el resultado de su mecenazgo. Muy al contrario. Él participaba activamente en la elaboración de los proyectos, por especializados que fueran, se implicaba, quería estar informado constantemente de cómo funcionaban y siempre opinaba. Quería controlarlo todo y no cesaba de dar instrucciones y sugerencias, a menudo bastante acertadas. Además, se esforzaba por adquirir el máximo de conocimientos sobre las temáticas que impulsaba, ya fuesen estudios bíblicos, traducciones de clásicos, pinturas del Renacimiento, libros de historia y de arte o excavaciones arqueológicas.

Su curiosidad intelectual era notable. Dado que dormía poco —menos de seis horas—, dedicaba una parte de la jornada a la lectura. Y leía de todo: desde sus traducciones de los clásicos hasta los informes de los diplomáticos venecianos del siglo XVII, pasando por los informes

sobre las consecuencias de las sanciones económicas impuestas a Alemania por el Tratado de Versalles o las causas de la baja cotización de la peseta.

Se entusiasmaba con los éxitos de sus empresas culturales y no toleraba los retrasos ni la obra mal hecha. Puede decirse que, a grandes rasgos, supo elegir bastante bien a sus colaboradores. Antes de realizar cualquier encargo, se informaba bastante sobre aquella persona y normalmente tenía con ella una conversación personal.

Tuvo iniciativas culturales muy originales y de toda clase: fundaciones, instituciones, editoriales, publicaciones, centros de estudio, de conferencias, exposiciones, colección de pinturas, etc. Algunas eran empresas propias y otras eran subvenciones pensadas para estimular el trabajo de los intelectuales. Es evidente que en el marco del mundo cultural catalán fue donde Francesc Cambó demostró mejor que en ningún otro terreno que él era «por encima de todo, un realizador», como escribió en sus *Memorias*.

Capítulo 9

EL HOMBRE DE NEGOCIOS INTERNACIONAL

Francesc Cambó no fue un financiero ni el típico hombre de negocios, aunque promovió importantes operaciones financieras, gestionó bancos y empresas, escribió varios libros y dio numerosas conferencias sobre cuestiones económicas. En esencia, fue un hábil político y abogado que supo moverse con decisión e inteligencia en sectores económicos en pleno proceso de transformación, mostrando una gran capacidad de adaptación a los nuevos tiempos, sobre todo hasta 1931.

En esa época, en buena parte de Europa y los Estados Unidos era habitual que un político —ministro, diputado o alcalde— también fuera dirigente empresarial, o incluso presidente de una importante compañía. A principios del siglo XX, los casos como el suyo eran comunes en el Reino Unido, Francia, Alemania o Bélgica. Esta doble función hacía que los políticos, que en general no tenían sueldos oficiales elevados porque los diputados solo cobraban dietas, obtuvieran unas ganancias económicas sustanciales en forma de dinero o de participación empresarial: acciones, obligaciones y demás.

En una carta a Lluís Duran i Ventosa escrita en el ocaso de su vida, Cambó confesó:

> Para mí, hacer negocios no ha sido más que un episodio de mi vida; un episodio, eso sí, que busqué cuando dejé de ser ministro de Fomento y me di cuenta de que ya no tenía fortuna para hacer política abandonando el despacho y viviendo únicamente del sueldo de ministro. Entonces sentí la necesidad de procurarme una independencia económica fuera de España que no me obligara a aceptar consejos de administración en los que se cotizaba la influencia del político, como en el caso de Cánovas, Sánchez Guerra y otros políticos decentes. Para mí, la pasión política lo ha permeado todo y ha dominado todo lo demás que he hecho en la vida, o bien para dar curso a dicha pasión, o bien para distraerme de la inquietud que me ocasionaba verme privado de la actuación algunas temporadas.[1]

Como profesional de la abogacía, Cambó demostró pericia

negociando contratos y concesiones oficiales, proponiendo pactos jurídicos y económicos, interpretando leyes y normas administrativas y defendiendo los intereses empresariales ante la justicia o los gobiernos. En este terreno, destacó por sus habilidades profesionales, hecho que le permitió adquirir una posición relevante no solo en el ámbito español, sino también el internacional, como asesor y consejero de muchas multinacionales.

Cambó lideró la operación empresarial española de alcance internacional más relevante de la primera mitad del siglo XX, la creación de la Compañía Hispano Americana de Electricidad, la CHADE. De hecho, fue una iniciativa catalana que consiguió formar un grupo financiero español potente, el cual aprovechó esa oportunidad histórica de gestionar una gran multinacional pese a ser los socios minoritarios. El éxito de la operación CHADE facilitó a los impulsores, y en primer lugar a Cambó, establecer lazos económicos internacionales de primer orden.

Cambó mostró grandes aptitudes como negociador, pero tuvo muchos más problemas como hombre de empresa, en cuya calidad mostró dudas y debilidad en momentos de crisis o dificultad grave. Era un abogado hábil, más que un hombre de negocios resolutivo y valiente. Se mostraba antes partidario del pacto y de la transacción, a veces forzada por el soborno, que del enfrentamiento duro con el poder político, tanto argentino como español. En los momentos más críticos de la CHADE, sus socios (entre ellos, Dannie Heineman y el propio Joan Ventosa) le desautorizaron como directivo porque quería negociar desde una posición de debilidad.

Cambó era un hombre hecho a sí mismo, un abogado avispado que supo relacionarse y aprovechar la coyuntura económica mundial, la segunda revolución tecnológica basada en la electrificación, traducida en grandes inversiones solo al alcance de las multinacionales. Sucedió en el marco de una situación política excepcional, la Gran Guerra de 1914-1918 y sus repercusiones económicas en Cataluña. Además, la etapa coincidió con el espectacular crecimiento de la ciudad de Barcelona, lo que le permitió hacer grandes inversiones en el sector inmobiliario.

En estas páginas intentaremos reconstruir en la medida de lo posible su pensamiento económico, los vínculos financieros generados por su actividad como abogado y asesor de bancos y su

transformación en un destacado dirigente empresarial, y también su estrategia inversora y el tamaño final de su fortuna. En el caso de Cambó, encontramos una situación bastante atípica por la forma rápida y excepcional con la que se enriqueció y por las relaciones privilegiadas que provocaron su conversión en un hombre de negocios internacional.

Ideas económicas, servicios de estudios y asesores

Francesc Cambó no era un economista, sino un político práctico con conocimientos económicos muy generales. Sin embargo, supo rodearse de asesores competentes y, así, destacó como uno de los parlamentarios españoles mejor informados en temas económicos.[2]

Fue uno de los primeros en percatarse de la gran importancia de la economía a la hora de hacer política y, por ese motivo, desde el principio impulsó servicios u oficinas dedicados a brindarle todo tipo de información económica, jurídica, social y política. En 1907, cuando fue elegido diputado por primera vez, creó una oficina reducida en su despacho profesional de la calle Trafalgar de Barcelona. En 1915 organizó un servicio de estudios dentro de dicha oficina para preparar el proyecto de Exposición de Industrias Eléctricas de Barcelona. Ese mismo año, en un terreno más político como la sede de la Lliga Regionalista de Barcelona, constituyó el Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales, dirigido por Lluís Duran i Ventosa y formado por asesores como los jóvenes economistas Josep M. Tallada, Miquel Vidal i Guardiola, Josep Vandellós y otros. En 1923, Cambó creó otra oficina de información del mismo tipo dentro de la sede de la CHADE en Barcelona. Y por último, en 1926 fundó el Servicio de Estudios Políticos y Económicos, vinculado solo a él mismo y con sede en su casa de vía Laietana 30. Luego, ya durante la guerra civil, creó otras pequeñas oficinas de estudios económicos y políticos en París, Arezzo (Italia) y Montreux (Suiza). Durante su estancia en Buenos Aires entre 1941 y 1947, también dispuso de una oficina más pequeña y particular, además de los servicios jurídicos y económicos de la propia CHADE-CADE.

La lista de asesores y colaboradores en materia económica es larga y respetable. Muchos eran profesionales competentes que se

habían formado en importantes universidades europeas. Algunos se vincularon a Cambó vía su partido político, la Lliga Regionalista, como Joan Ventosa, Josep Bertran i Musitu, Lluís Sedó o Josep M. Tallada; otros, como colaboradores de su Servicio de Estudios, como Joan Sardà, Lluc Beltran, Romà Perpinyà, Jaume Alzina, Salvador Millet o Xavier Ribó; y otros, como asesores de la CHADE, como Miquel Vidal i Guardiola o Andreu Bausili. Los que trabajaban en esas oficinas y esos servicios leían y vaciaban libros y revistas y tenían la información ordenada, sistematizada y resumida para que el político catalanista pudiera usarla con comodidad. Evidentemente, también elaboraban estudios e informes sobre los temas económicos o jurídicos más diversos. El Servicio de Estudios de Cambó en Barcelona fue un instrumento político único en su tiempo en España; ni los ministerios económicos de Madrid disponían de información tan variada y actual. Por eso, su estilo parlamentario era directo, preciso y documentado, lo que desarmaba a la mayoría de los políticos españoles, todavía esclavos de una tradición retórica generalista y abstracta. El Cambó político era muy consciente de que poseer el máximo de información era sinónimo de influencia y poder.

También se ha escrito que Cambó fue un pionero de la tecnocracia que se pondría tanto de moda a nivel internacional durante los años veinte y treinta, y que creó auténticos *think-tanks* e instrumentos de información y planificación.[3]Dentro del panorama político español de entonces, él mostró una mentalidad modernizadora, además de muy documentada, y la utilizó para defender los intereses económicos catalanes, sobre todo los industriales, tradicionalmente enfrentados a los predominantes en el Estado: los agraristas castellanos.

Podemos distinguir diferentes etapas en las actividades y preocupaciones económicas de Cambó. En la primera, que comprendería los años 1895-1910, las haciendas locales constituyeron su principal preocupación. Fueron sus años como concejal en el Ayuntamiento de Barcelona (1902-1905) y sus primeros pasos como abogado. Ambas actividades lo llevaron a relacionarse desde el Ayuntamiento con importantes bancos y compañías de servicios, como los de tranvía y electricidad.

A partir de 1910, su preocupación preferente fueron los temas bancarios y financieros. Destaca sobre todo el año 1915, cuando dio

dos conferencias sobre la banca en las que demostró sus abundantes conocimientos. Los años 1915-1920 son los más productivos en escritos económicos. Eran reflexiones y propuestas relacionadas con la Gran Guerra, su significado económico, la utilidad que se podía obtener de ella desde la neutralidad y las consecuencias que provocaría el fin del conflicto.

Dentro de esta etapa debemos contextualizar su actuación destacada como político y analista económico. Son los años frenéticos al frente del Ministerio de Fomento (1918), de sus reflexiones sobre la financiación de la Gran Guerra y las propuestas sobre temas económicos internacionales. En la mencionada carta a Lluís Duran, sostenía:

> Mi afición a los estudios financieros y económicos nunca estuvo relacionada con un aprovechamiento utilitario, sino que se aplicó siempre a la política ... Sin mi competencia en materias financieras y económicas, no habría podido gestionar con brillantez el Ministerio de Finanzas, donde tuve que abordar el problema de la Ley del Banco de España, el de los aranceles y el de la reforma tributaria total.[4]

El año 1920 estuvo muy marcado por su protagonismo en la creación de la CHADE y por su papel destacado como asesor de los bancos catalanes en crisis. A partir de 1921, fruto de su experiencia como ministro de Hacienda, completó sus reflexiones y actuaciones sobre la banca y sus problemas. Y a raíz de su vinculación con grupos financieros internacionales, apareció también la preocupación por las reparaciones de la Gran Guerra y la nueva sociedad europea de posguerra.

El abogado hábil y bien relacionado

A finales del siglo xix, con veinte años y pico, Cambó era un activista catalanista que trabajaba como pasante en el bufete barcelonés del abogado Narcís Verdaguer i Callís, otro destacado político catalanista. Se incorporó al terminar la carrera de Derecho en junio de 1897, aunque no se inscribió en el Colegio de Abogados de Barcelona hasta el 15 de marzo de 1898. Trabajó allí hasta 1902, cuando abrió su propio despacho en Barcelona. Verdaguer i Callís tenía buenas relaciones con el sector empresarial barcelonés porque era uno de los asesores jurídicos del Foment del Treball Nacional y uno de los abogados de Claudio López Bru, marqués de Comillas, presidente del

Banco Hispano Colonial y uno de los hombres de negocios más importantes de España.

En sus Memorias, Cambó confiesa que la estancia en ese despacho le sirvió mucho más para su formación política y cultural que para la práctica de letrado.[5]Verdaguer i Callís tenía una biblioteca envidiable y estaba suscrito a diferentes revistas y periódicos extranjeros. En su despacho, Cambó aprendió básicamente a trabajar con rigor y a elaborar sistemáticamente dosieres temáticos, algo que le fue muy útil para los dictámenes y para su labor política.

Aunque Cambó tuvo bufete propio en Barcelona desde el año 1902, coincidiendo con la posesión de la concejalía en la ciudad condal, la política pasó a ser su principal interés y ocupación. Eso dificultó su dedicación plena a la profesión, cosa que se acentuó a partir de 1907, cuando fue elegido por primera vez a las Cortes. En 1902, montó su despacho en el piso de la plaza Sant Miquel número 3, al lado del Ayuntamiento de Barcelona. Según él mismo, su primer caso relevante fue el de la herencia de Josep Laribal, un pleito largo, complejo y algo escandaloso, pues se trataba de una herencia muy disputada. El difunto había prometido verbalmente a varias personas que las haría herederas, pero en su testamento ológrafo solo aparecían unos cuantos parientes. Defendió a los herederos legales, ganó y consiguió unos buenos honorarios y prestigio profesional.[6]

Con el tiempo, el bufete se benefició de su relevancia política y atrajo a clientes de casos complejos, a menudo empresas importantes y bancos. Su pasante principal fue el joven militante de la Lliga Lluís Puig de la Bellacasa, que llegaría a ser presidente de las juventudes y diputado. Pero como Cambó priorizaba su carrera política, el bufete ocupaba con frecuencia un lugar secundario y los ingresos eran irregulares. Solo a veces, en casos en que intervenían bancos, eran cuantiosos.

Las etapas de más dedicación profesional fueron aquellas con menor actividad política: el tiempo en que no fue diputado, entre finales de 1909 y la primavera de 1912, y después de la campaña a favor del Estatuto, en febrero de 1919, hasta su entrada en el Ministerio de Hacienda en verano de 1921. De hecho, el momento con más trabajo fue 1920, cuando, además de verse implicado en la grave crisis de los bancos de Terrassa y de Barcelona, montó la compleja operación de creación de la CHADE. Por eso, confesó en las Memorias

que sus ingresos como abogado eran menores cuando su dedicación a la política era más intensa.

No tenemos mucha constancia de los casos en los que participó como abogado. Sabemos que en 1911 defendió a la Caja de Manlleu en varias causas sobre créditos fallidos y suspensión de pagos de diferentes empresas. Seguramente Verdaguer i Callís, que había sido el abogado principal de esa caja, le debía de pasar los casos. También defendió a la editorial barcelonesa Gili en un pleito sobre derechos de propiedad intelectual en los que se enfrentó a un abogado veterano, Oriol Anguera de Sojo, y ganó. Otro caso en el que intervino y que tuvo mucha repercusión en la prensa fue el del famoso bailarín Vátslav Nizhinski, detenido en Barcelona en verano de 1916 por requerimiento del director de la compañía, el también famoso Serguéi Diághilev.[7]El bailarín estaba acusado de haber abandonado la compañía para casarse con la bailarina Romola Pulszky. A petición de su gran amiga Leticia Bosch-Labrús, duquesa de Dúrcal, Cambó fue abogado del bailarín, consiguió que fuera liberado y redactó un contrato muy favorable para el danzador, que Diághilev no tuvo más remedio que aceptar. A partir del verano de 1921, los ingresos de la CHADE permitieron a Cambó cerrar el despacho de abogacía que tenía en la calle Girona.

Gestiones y contactos en el Ayuntamiento de Barcelona

Francesc Cambó fue concejal en el Ayuntamiento de Barcelona durante cuatro años, del 1 de enero de 1902 al 31 de diciembre de 1905. Ya hemos dicho que la actuación de los concejales de la Lliga Regionalista había sido definida por Prat de la Riba. En materia urbanística, el programa pasaba por priorizar el plan de enlaces entre Barcelona y los antiguos municipios, pero también se preveía la reforma interior, grandes obras de infraestructura, la reconversión de la deuda municipal, la reorganización administrativa interior y la política de museos. Con el tiempo, se sumó el proyecto para una nueva exposición internacional en Montjuic, la de industrias eléctricas, además de la reivindicación de la Zona Franca del puerto de Barcelona y el impulso de la escolarización.

Como ya se ha mencionado, Cambó participó en la comisión que

reorganizó los Servicios Municipales de Barcelona, que incluía una propuesta para modernizar y sanear a fondo las prácticas administrativas. También tuvo un papel decisivo en el Concurso Internacional de Enlaces de Barcelona, que se otorgó al arquitecto occitano Léon Jaussely, quien elaboró un ambicioso plan que recibió los elogios de los urbanistas, que valoraron la pretensión de hacer de Barcelona una capital europea.

Otra intervención relevante del concejal Cambó fue intentar fortalecer la economía municipal ante su tradicional falta de recursos. La Ley de Régimen Municipal vigente no permitía a los ayuntamientos contratar créditos a corto plazo, así que se hizo un contrato de tesorería con el Banco Hispano Colonial que fue finalmente autorizado por el gobierno de Madrid en 1906. Eso daba comienzo a una nueva etapa para las arcas de Barcelona, ya que gracias a ese convenio se reconvirtió la deuda municipal y se financiaron los proyectos de reformas. Aunque Cambó había dejado de ser concejal, asesoró en el tema contractual. El acuerdo certificó la concesión del servicio de tesorería municipal al banco, con el anexo de la colocación de la deuda municipal y del cuidado de todo lo relacionado con los préstamos. Así, el Hispano Colonial pasó a encargarse de asegurar la liquidez municipal y de permitir las grandes operaciones urbanísticas. Se convirtió en el banco del Ayuntamiento, dado que empezó a gestionar todas las cuentas.

Impulsado por los concejales de la Lliga Regionalista, el Hispano Colonial no solo hizo de tesorero del Ayuntamiento de Barcelona, sino también de contratista de las obras. Se acordó mediante el contrato para la reforma y mejora del interior de la ciudad, firmado el 14 de octubre de 1907, que implicaba la construcción de la vía Laietana. El banco se encargó de expropiar y demoler las casas afectadas, de financiar las obras de urbanización de los terrenos y de gestionar la venta subastando las fincas resultantes. Si el Ayuntamiento hubiera asumido todas estas tareas por sí solo, el proceso habría durado más de cincuenta años. El Hispano Colonial subcontrató a la empresa Fomento de Obras y Construcciones el derribo de las casas afectadas y la urbanización de los terrenos de la futura vía Laietana.[8]Parte de la prensa y algunas publicaciones republicanas denunciaron el protagonismo privilegiado que el Ayuntamiento concedió al banco durante todo el proyecto y también señalaron a los grupos económicos

y políticos que parecían estar vinculados. El propio Cambó y otros políticos de la Lliga Regionalista fueron acusados de ser los ideólogos y grandes beneficiados de ese colosal proyecto urbanístico y especulativo.[9]

Estas relaciones prioritarias de una institución administrativa con un banco se repitieron en varias ocasiones mientras la Lliga Regionalista ostentó el control político. En 1916, sin ir más lejos, el cobro de las contribuciones de la Mancomunitat y de la Diputación de Barcelona pasó a ser gestionado por la Banca Arnús (de la que Cambó era consejero), por el Banco de Terrassa (cuyo secretario del consejo era el liguero Joan Vallès i Pujals, futuro presidente de la Diputación) y también por el Banco de Barcelona.

En cuanto a la relación con compañías de transporte público, en 1905, cuando Cambó era concejal de la Comisión de Nuevos Servicios Públicos, participó en la decisión de conceder la explotación de gran parte de las líneas de tranvía a la sociedad Les Tramways de Barcelone, Société Anonyme. Esa compañía estaba formada básicamente por tres grandes socios: la SOFINA (Société Financière de Transports et d'Entreprises Industrielles), teóricamente belga pero dependiente de la AEG alemana, que poseía casi el 40 % de las acciones; la propia AEG, que tenía un 15 %; y una serie de bancos belgas que habían adquirido la barcelonesa Banca Arnús-Garí, que poseían el equivalente a un 10 % de las acciones.[10]Negociando la concesión, Cambó conoció en persona a Dannie Nusbaum Heineman, que un año antes había sido nombrado director delegado de la SOFINA y que era el hombre de confianza de la familia Rathenau, propietaria de AEG, en lo concerniente a la proyección exterior de la gran empresa alemana. Este primer contacto fue fundamental para la constitución de la CHADE.

Cinco años después, el 11 de diciembre de 1911, el Ayuntamiento de Barcelona dominado por la Lliga Regionalista aprobó un dictamen de unificación y prórroga de la red de tranvías de la ciudad en favor de la compañía Les Tramways de Barcelone. En solo tres años, y a base de ir absorbiendo pequeñas compañías, esa sociedad belga logró controlar casi toda la red de tranvías de la ciudad. El Ayuntamiento confiaba ciegamente en la compañía privada belga y solo se reservaba el derecho de intervenir en caso de que la gestión contraviniera los intereses municipales. En este asunto, Cambó actuó como asesor legal

del Ayuntamiento barcelonés.

En 1914, Dannie Heineman y Cambó se encontraron de nuevo en Bruselas con motivo de la absorción de las pequeñas empresas de tranvías que quedaban en la metrópolis por parte de la gran compañía belga. El primero acudió como máximo directivo de la SOFINA, y Cambó, como abogado de las empresas que tenían que ser absorbidas.

Por otro lado, Cambó también fue miembro del consejo de administración de la Compañía Catalana de Gas y Electricidad entre 1913 y 1923, cuando esa sociedad inició un largo proceso de fusiones y absorciones de distintas empresas hasta convertirse en la principal distribuidora de gas de Barcelona y buena parte de Cataluña.

Iniciativas sobre la industria eléctrica y el americanismo

Cambó se convirtió en el gran promotor del proyecto que se iba a realizar en un nuevo recinto ferial en Barcelona, que se iba a construir en la zona sur de la montaña de Montjuic. Era una exposición de industrias eléctricas.[11]El proyecto rebosaba de modernidad y ambición, pues relacionaba directamente el sector industrial puntero del momento, la electricidad, con la iniciativa de transformar a fondo el urbanismo de una zona que en ese momento se consideraba muy marginal: Montjuic. Sería una exposición en la que se presentaría la maquinaria y el material para producir y distribuir electricidad, así como aparatos empleados por todas sus aplicaciones. También serviría para dotar a la ciudad de unas instalaciones nuevas y estables para celebrar todo tipo de certámenes, ferias y muestras. En su informe sobre la ubicación de la exposición del 27 de marzo de 1914, Cambó explicó que el nuevo certamen abría muchas puertas a la ciudad, ya que era una «ocasión determinante para resolver el mayor número de problemas de orden urbano y la mayor cantidad posible de reformas y embellecimientos necesarios».

La III Conferencia Internacional de Exposiciones, celebrada en Berlín en 1912, había aprobado un convenio sobre el régimen de las futuras exposiciones, en el que se estipulaba que Tokio y Barcelona tenían exposiciones previstas para 1915 y 1917. El 30 de abril de 1914, el Ayuntamiento de Barcelona aprobó una ley especial para las expropiaciones y las obras destinadas a la exposición internacional de

industrias eléctricas y se constituyó la junta promotora del certamen, que tenía como presidente y delegado real al marqués de Comillas y dos comisarios ejecutivos: Francesc Cambó, entonces diputado, y el industrial y político lerrouxista Joan Pich i Pon. Estos eran los auténticos directores. En julio de 1914, el gobierno español oficializó el proyecto aceptando el carácter general e internacional del certamen. El presupuesto inicial era de veinte millones de pesetas, una mitad aportada por el Ayuntamiento de Barcelona, y la otra, por el gobierno.

Cambó propuso en múltiples ocasiones que la exposición se organizara en la parte norte de la montaña de Montjuic, pese a las feroces críticas iniciales, al considerarse un espacio abandonado y demasiado aislado del centro municipal. En 1915, hizo venir a Barcelona a Forestier para que proyectara el parque que acogería la exposición y siempre se jactó de haber sido el garante de su existencia: «Si durante doce años yo no hubiera impedido que se quitaran las zonas polémicas de Montjuic, no existiría el parque».[12]Tenía toda la razón. Con la colaboración del arquitecto Josep Amargós, el también arquitecto de jardines Jean-Claude Forestier y el ingeniero militar y teniente coronel Marià Rubió i Bellver, consiguió aprobar el proyecto de Montjuic, que al principio afectaba a unas doscientas hectáreas de montaña. Se quería lanzar la convocatoria oficial señalando el año 1917 como el de la celebración de la exposición, pero el estallido de la Gran Guerra obligó a posponerlo sin fecha concreta. Durante la guerra, y a iniciativa de Cambó, el Servicio de Estudios de la Exposición elaboró un padrón de industrias e industriales españoles relacionados con la electricidad para conocer mejor este sector económico. En septiembre de 1915 ya empezaron las obras de urbanización de la montaña y de construcción del parque de Montjuic. En un discurso parlamentario del 18 de noviembre de 1916, Cambó defendió la necesidad de continuar el proyecto aumentando el presupuesto de obras y explicó largo y tendido los beneficios que reportaba.[13]

Durante esos años, Cambó también impulsó el Instituto de Economía Americana (IDEA), fundado en Barcelona en 1911 y conocido como Casa de América.[14]Fue la primera y principal agencia de información económica y de fomento de las relaciones comerciales entre España y los países latinoamericanos durante la primera mitad

del siglo xx. Luego, desde la CHADE, estimuló y financió varias publicaciones e investigaciones sobre las relaciones entre España y Latinoamérica. Rafael Vehils, un estrecho colaborador suyo, fue el primer director de IDEA y su principal promotor, además de dirigir la revista americanista Mercurio y de ser delegado oficial de la Junta del Comercio Español en Ultramar. Ya durante la década de los veinte y los treinta, Cambó aprovechó su presencia en la CHADE para incorporar a la Casa de América a importantes fabricantes y comerciantes españoles con la voluntad de establecer una red estable de comercio transatlántico.

Por eso, a finales de 1935 Cambó se indignó cuando el diputado derechista Antonio Goicoechea afirmó en las Cortes que él se oponía al «gran ideal del hispanoamericanismo». Replicó con rotundidad, diciendo que era uno de los pocos diputados autorizados para hablar del tema y presentó la CHADE como una de las aportaciones más valiosas de España al continente americano.[15] Según Cambó:

> Gracias a mi gestión personal la bandera de España y el nombre de España presiden en la Argentina la más grande empresa establecida en aquel país ... gracias a mí hay una empresa que no tiene ningún negocio en España, que no cobra una renta en España y que tributa más de diez millones de pesetas al año en España y que cuando el Tesoro español se ha encontrado con dificultades, ha hallado en ella grandísimos recursos.[16]

El interés por los bancos: la creación de la Banca Arnús y la crisis de 1920

El sector bancario catalán pasó a ser uno de los grandes intereses de Cambó a raíz de su vinculación con la Banca Arnús. La historia de cómo se creó este banco es conocida: Gonçal Arnús i Pallós, nieto del banquero Evarist Arnús, tenía derecho a entrar en la gerencia del banco familiar cuando llegara a la mayoría de edad en virtud de una cláusula testamentaria de su abuelo, muerto en 1890. Mientras tanto, el banco, llamado Sociedad Manuel Arnús y Cía., era gestionado por su tío Manuel Arnús y por el apoderado general, Josep Garí Cañas. En 1908, Gonçal Arnús llegó a la mayoría de edad y encomendó a su abogado y amigo, Francesc Cambó, que gestionara su incorporación a la dirección del banco. Como los otros dos socios se negaron en redondo, Cambó aconsejó liquidar la sociedad y formar dos nuevas entidades financieras: la Banca Arnús-Garí, formada por el tío Manuel y por Josep Garí; y la Banca Arnús, que encabezaría Gonçal

Arnús.[17]Este último estaba obligado a buscar más capitales para crear una sociedad sólida, pero se encontró con bastante indiferencia tanto en el mercado financiero catalán como en el español.

Cambó respondió buscando capital en el extranjero y acabó encontrándolo en la sociedad francesa Perier et Cie. Así, en 1910 se constituyó la Sociedad Anónima Banca Arnús, sucesora de Evarist Arnús, con diez millones de pesetas de capital, de los cuales solo se cubrieron el 50 %. El grupo Perier era el socio mayoritario con el 85 % de las acciones, mientras que Gonçal Arnús tenía el 15 % y alquilaba al banco su principal local social en Barcelona, en el pasaje del Rellotge. Henri Bauer, gerente del grupo Perier, fue el presidente del consejo de administración, Gonçal Arnús fue nombrado vicepresidente, y Cambó, vocal del consejo. El director del banco era el francés Robert Wirth, y el jefe de contabilidad, Francesc de Paula Gambús, futuro hombre fuerte de la entidad.

Cambó fue miembro del consejo de administración de Banca Arnús y uno de los grandes ideólogos de su política financiera. Al principio gozaba de la confianza de los socios mayoritarios franceses. Aunque defendía la necesidad de mantener la vieja clientela de siempre, creía que la banca debía evolucionar hacia la especialización comercial, invirtiendo también en descuentos comerciales y en crédito. Pronto destacó como uno de los más grandes especialistas bancarios de Cataluña y de España.[18]

Pese a que la dirección estaba en manos del grupo Perier, la influencia de Cambó en el banco debía de ser considerable. Y se notó enseguida. En 1911, Banca Arnús absorbió el Banco de Menorca, la principal entidad financiera de la isla, y en 1913 adquirió parte del capital de algunas empresas que operaban en Marruecos, tanto en el protectorado español como en el francés. Hablamos de acciones de la Compañía General de África, que construía el ferrocarril de Tánger a Fez, obligaciones del puerto de Melilla y Las Chafarinas y valores de la compañía Minas del Rif. También por esas fechas, Banca Arnús tuvo una importante participación en la Compañía Barcelonesa de Electricidad.

En 1915, viendo los buenos resultados que la neutralidad española en la Gran Guerra proporcionaba a la Banca Arnús, los accionistas fundadores cubrieron la mitad del capital restante. Entre 1911 y 1920 los beneficios de la sociedad se triplicaron y los

dividendos pasaron del 6 % inicial al 7,5 %. A finales de los años veinte, llegaron al 8 %.

Banca Arnús se benefició mucho de la euforia durante la Gran Guerra. Al percatarse, en 1918 Cambó y Gonçal Arnús presionaron a los socios franceses para que les vendieran sus acciones. Cambó fue a París y presentó una oferta de compra al grupo Perier, pero Henry Bauer se negó a vender. Entonces, Cambó realizó una maniobra curiosa para forzar la venta: el local del banco en Barcelona, situado en el pasaje del Rellotge, propiedad de Gonçal Arnús, había recibido una oferta de compra muy generosa de unos tres millones de pesetas. Gonçal Arnús anunció a la dirección del banco que, a menos que igualara esa oferta, se les echaría del local. Perier reaccionó comprando la finca donde estaba el famoso restaurante Maison Doré, en la esquina de plaza Catalunya con La Rambla, e instaló allí la nueva sede central de la entidad.

De todas formas, viendo que los enfrentamientos con Gonçal Arnús serían largos y les causarían muchos problemas, Bauer aceptó venderle una parte de las acciones, otro 15 %, y le cedió la gestión del banco. Arnús pasó a tener el 30 % de las acciones y pudo nombrar a Francesc de Paula Gambús director del banco. Banca Arnús obtuvo grandes beneficios durante la Gran Guerra, supo superar la crisis de 1920 que afectó al Banco de Barcelona y mejoró las relaciones con los antiguos socios de Banca Arnús-Garí. Gracias al tipo de cambio favorable a la peseta, se dedicó a comprar hábilmente y a buen precio participaciones de muchas compañías extranjeras situadas en Cataluña, como La Canadenca, Gas Lebón, Tramways de Barcelone y Sociedad de Aguas de Barcelona. En 1929, Banca Arnús se convirtió en el segundo banco catalán por volumen de depósitos.[19]

Tras el encontronazo con la dirección francesa de la entidad, y debido a que, por primera vez en la vida política española, el cargo de ministro era incompatible con la dirección de grandes compañías, en 1918 Cambó se vio obligado a dimitir como miembro del consejo de administración de Banca Arnús. Pero ese alejamiento le permitió acercarse a Banca Arnús-Garí, gestionada ya por la siguiente generación, la de los primos Josep y Jordi Garí Gimeno. Con el primero, Pepe Garí, llegó a entablar una buena relación. Quizás no fue tan íntima como la que tuvo con Gonçal Arnús, pero fue sólida y duradera. Hacia 1922, Cambó contaba con tanta fama como asesor

financiero que muchas entidades, como el Banco Español de Chile, el Banco Italiano di Sconto y el Banco di Roma, le solicitaron consejo para instalarse en la ciudad condal.

Es muy revelador que Banca Arnús-Garí participara activamente en la creación de la CHADE orquestada por Cambó en 1920, pero no Banca Arnús. Gonçal Arnús sí intervino comprando acciones, pero lo hizo a título exclusivamente personal y no en representación de su banco. Las estrechas relaciones personales y financieras entre Cambó y Arnús se materializaron en 1919, cuando se inauguró el Hotel Ritz, el más moderno y elegante de la ciudad, del que ambos fueron grandes promotores.

Antes hemos hablado de las conferencias económicas organizadas por la Lliga Regionalista con motivo de la neutralidad española durante la Gran Guerra. En su conferencia titulada «La banca catalana», Cambó propugnó la creación de una banca de negocios que impulsara nuevas actividades empresariales y realizara estudios económicos y financieros a fin de trazar auténticas estrategias de inversión a largo plazo.[20]Es decir, defendía que los bancos crearan negocios nuevos, en vez de limitarse a sostener y expandir los que ya existían por medio de créditos, o a colocar valores públicos.

Cambó diagnosticó a la perfección los problemas que afectaban a la banca catalana. Creía que todo emanaba de la reticencia tradicional de los capitalistas catalanes hacia las inversiones bancarias que habían dado resultados tan negativos a muchas sociedades. Desde la crisis de 1880, según Cambó, la banca catalana era un sector anquilosado, poco renovado y decadente, que estaba perdiendo dinamismo y mercado. Además, desde inicios del siglo xx habían llegado a Cataluña bancos extranjeros y algunos españoles, como el Banco Hispano Americano, que se habían hecho paulatinamente con los segmentos más suculentos del mercado. La banca autóctona, sobre todo el Banco de Barcelona, se había tenido que conformar con las operaciones más tradicionales: el descuento y la bolsa. Como grandes anomalías, citaba el hecho de que las cajas de ahorros tuvieran unos depósitos demasiado elevados o que la sucursal del Banco Hispano Americano en la ciudad condal hiciera más operaciones que el Banco de Barcelona. En 1915, la banca catalana era muy débil pese a que los copiosos beneficios obtenidos con la neutralidad militar, gracias al incremento de los fletes y de las operaciones con el comercio bélico,

indicara lo contrario. Para Cambó, Cataluña necesitaba una banca más dinámica, abierta y dispuesta a expandirse territorialmente y a diversificar sus operaciones. Pero no hacía falta crear un banco de cero, sino transformar los que ya existían, empezando por el viejo Banco de Barcelona. El objetivo era elevar su capital y actividad al nivel de su prestigio. Pero eso exigía un cambio de mentalidad radical de los directivos. Su conferencia de 1915 concluyó con dos mensajes:

> Para ser banquero no basta con ser rico ... Hoy, la banca implica una técnica y se estudia para banquero igual que se estudia para abogado o médico ... Actualmente, el banquero no es el prestamista ni el usurero; actualmente, el banquero que sabe desempeñar su labor es un hombre que presta servicio a su patria.[21]

Años después, en otras dos conferencias, una dada en octubre de 1919 en el Palau de la Música de Barcelona y titulada «La crisis social en Cataluña», y la otra dada en 1920 en Madrid y titulada «La actualidad social y económica», Cambó reflexionó sobre las consecuencias del fin de la Gran Guerra y de la grave crisis económica, social y política que asolaba a todo el continente. Dijo que estaban a las puertas del fin del orden económico, social y político y de la llegada de unas transformaciones colosales y con efectos difíciles de prever. Prestaba especial atención a las repercusiones de la crisis financiera europea, sobre todo en el sistema monetario internacional.

Como había profetizado, gran parte de los beneficios que se obtuvieron en Cataluña y España gracias a la guerra no se reinvirtieron para mejorar el utillaje industrial, sino en divisas y mercancías. En 1919, buena parte de los bancos catalanes no sabían qué hacer ante la depreciación de las monedas y la caída generalizada de los precios. En Barcelona había grandes existencias, en especial de materias primas y de toda clase de productos internacionales que perdían valor con rapidez por culpa de la falta de compradores. El precio de las mercancías acumuladas se desplomó y los bancos que habían financiado las operaciones de compraventa se dieron cuenta de que habían acumulado muchísimas divisas que cada vez valían menos.

Un año después, en Cataluña empezó a escasear el dinero y los proyectos nuevos tenían dificultades para encontrar financiación. Había un exceso de divisas difíciles de repatriar y que se iban devaluando. Además, media Europa estaba viviendo una grave crisis económica y política que conducía a la nacionalización de algunas grandes empresas, sobre todo ferroviarias, y de servicios públicos. En

esa compleja coyuntura, Cambó se involucró personalmente buscando soluciones tanto al exceso de divisas como a la crisis de dos importantes bancos catalanes, el Banco de Terrassa y el Banco de Barcelona. Y todo eso mientras estaba metido de lleno en la compleja creación de la CHADE, en la que las divisas (en este caso, los marcos alemanes) y la participación de los bancos eran fundamentales.

En cuanto al problema de las divisas, en una conferencia que pronunció en la Cámara de Comercio de Barcelona el 30 de marzo de 1920, presentó una propuesta provocadora y sumamente interesante: las monedas europeas no volverían jamás a la paridad de 1914, de antes de la guerra. La devaluación financiera era excesiva, todos los gobiernos estaban muy endeudados y eran incapaces de hacer ajustes económicos radicales. Por eso, los españoles que hubieran acumulado divisas extranjeras durante el conflicto verían esfumarse los sueños de grandes negocios que habían albergado al comprarlas. Como había un exceso de divisas depreciándose rápidamente, había que actuar. Cambó propuso crear un trust para cada moneda depreciada que emitiría bonos, acciones y obligaciones y que luego invertiría esos capitales en empresas y bienes en el país correspondiente. Primero, propuso crear tres *trusts* —uno para las liras italianas, otro para los francos franceses y un tercero para los marcos alemanes—, que serían sociedades anónimas formadas por los bancos más importantes de España. Así se asegurarían los saldos de divisas. Los trusts tendrían un papel protagonista en el mundo financiero europeo.

La propuesta de Cambó solo se concretó en la creación del trust hispano-italiano, con sede en Madrid y con Josep Garí Gimeno como consejero delegado. Llegó a reunir diez millones de liras y estaba constituido por tres bancos catalanes (Barcelona, Arnús-Garí y Terrassa), tres vascos (Bilbao, Urquijo y Vizcaya) y tres madrileños (Central, Español de Crédito e Hispano Americano). Los otros dos trusts no terminaron de cuajar porque la propuesta recibió muchas críticas financieras y políticas en Madrid, por considerarlo una peligrosísima fuga masiva de capitales. El periódico madrileño El Sol y la más oficial Revista de Economía y Hacienda, censuraron duramente la propuesta, que también provocaba grandes reticencias en los dirigentes del Banco de España y del gobierno español, entonces presidido por el conservador Eduardo Dato. El trust fue tan cuestionado y Cambó fue tan atacado como ideólogo que el ente se

disolvió enseguida.

Aún en 1920, Cambó se vio salpicado por dos asuntos bastante complejos que afectaban a dos bancos catalanes, Banco de Terrassa y Banco de Barcelona, y que tuvieron muchas repercusiones económicas y políticas y levantaron polvareda en buena parte de la prensa y en el Congreso de los Diputados.

El primer aviso llegó con la crisis del Banco de Terrassa de noviembre de 1920. Este banco había crecido de forma espectacular durante la guerra, pasando de unos depósitos de 4 millones en 1913 a 58 en 1919, pero estaba sufriendo unas pérdidas sin parangón por la devaluación de muchas divisas que había acumulado para cubrir sus créditos. El 15 de noviembre, el Banco de Terrassa se encontró con una grave crisis de tesorería por culpa de una operación en dólares que había dejado un gran descubierto. Cambó se puso al frente de una operación de rescate del Bando de Terrassa basada en una solución interbancaria, es decir, que los demás bancos ayudaran al que tenía problemas. Era una propuesta sin precedentes en España. Planteó la creación de la Compañía de Crédito Bancario, integrada por la mayoría de los bancos de Barcelona, a fin de avalar ante el Banco de España los créditos del Banco de Terrassa. Pero la operación no calmó a los inversores. Estos estaban preocupados por las maniobras especulativas con divisas y pidieron la intervención del Banco de España. El gobierno Dato aceptó la propuesta de Cambó y ordenó al Banco de España que redescontara la cartera comercial y facilitara la pignoración de los títulos del Banco de Terrassa. Fue el propio Cambó quien convocó a los directivos de toda la banca catalana para fundar la citada compañía. Uno de los grandes responsables del Banco de Terrassa era Joan Vallès i Pujals, político de la Lliga y presidente de la Diputación de Barcelona. La operación de salvación de la entidad salió bien y fue avalada por el Banco de España. Un eufórico Cambó lo consideró «uno de los momentos más gloriosos de mi vida profesional».[22]

Casi simultáneamente, a finales de 1920 surgieron rumores de que el Banco de Barcelona estaba en una situación parecida a la del Banco de Terrassa. También requeriría la intervención del Banco de España e incluso del gobierno, porque la magnitud era muy superior.[23]De nuevo, Cambó se hizo acompañar del marqués de Comillas, Claudio López Bru, y de Josep Bertran i Musitu para

negociar e intentar evitar la bancarrota, aunque la situación era insostenible. El 24 de diciembre de 1920, Cambó y Comillas organizaron en Barcelona una reunión con los dirigentes del Banco de Barcelona y propusieron pedir una moratoria general de pagos para ganar tiempo mientras se buscaba una solución, pero tanto el Banco de España como el ministro de Hacienda se negaron.

Cambó tuvo que asumir el triste papel de comunicar a los responsables de la entidad que no había más opción que la suspensión de pagos, que se hizo efectiva el 27 de diciembre de 1920.[24]La sorprendente quiebra del Banco de Barcelona, hasta entonces la entidad catalana más importante, provocó una campaña vehemente en la prensa, que además de denunciar a los dirigentes de la entidad, no escatimó en reproches a Cambó y a la Lliga Regionalista, los supuestos responsables políticos. Durante meses, el ambiente en Cataluña estuvo muy crispado por las amenazas de denuncias judiciales de responsabilidad civil y penal contra los administradores del Banco de Barcelona y sus asesores jurídicos.

Las disputas por la espectacular quiebra del banco hicieron que ciertos sectores de la alta burguesía catalana llegaran a cuestionar la figura de Cambó. Unos, porque se vieron afectados por la bancarrota; los otros, porque tenían pretensiones políticas. Los diputados de Unión Monárquica Nacional, el partido anticatalanista que contaba con el apoyo del gobierno y la aprobación del rey, orquestaron una campaña contra él.[25]

Ya entrado el año 1921, Josep Garí presentó una propuesta de la Associació de Banquers de Barcelona para reconstruir el banco suspendido ampliando su capital. Con el apoyo de Cambó, ofreció incluso la cooperación del Ayuntamiento de Barcelona, donde la Lliga Regionalista poseía mayoría absoluta. Pese a los veinte millones de pesetas que estaba dispuesto a aportar el consistorio, el gobierno de Madrid y el Banco de España volvieron a desestimar la propuesta.

Tampoco prosperó el segundo plan para salvar el Banco de Barcelona. Formulado exclusivamente por Cambó en 1921, pretendía crear una entidad nueva: el Banco Mercantil de Barcelona. Los acreedores parecían más interesados en castigar a los gestores del banco que en buscar soluciones razonables. Incitados por la prensa, daban por hecho que no recuperarían el dinero o que, en el mejor de los casos, no cobrarían enseguida, y exigían que los consejeros de la

entidad respondieran con su patrimonio hasta liquidar todas las deudas.

En un debate parlamentario sobre la crisis del Banco de Barcelona, celebrado once meses después, el 23 de noviembre de 1921, el ministro Cambó tuvo que reconocer que la gestión de los directivos merecía «censuras».[26]Aunque él siempre tendió a minimizar las responsabilidades, creía que sus directivos no habían sabido actuar con agilidad ante las demandas de reintegros de los saldos favorables por parte de los acreedores de compañías extranjeras. La solución final del Banco de Barcelona llegó en 1924, cuando se constituyó el Banco Comercial de Barcelona, una fórmula similar a la del Banco Mercantil propuesta por Cambó tres años antes. Sin embargo, en esos tres años los acreedores perdieron mucho dinero. A principios de 1921, el diario madrileño ABC publicó una nota en la que denunciaba que Cambó había cobrado una minuta altísima, de cincuenta mil pesetas, por su asesoramiento al Banco de Terrassa, noticia que el banco desmintió. El periódico madrileño replicó diciendo que la factura aludía realmente a la preparación de la suspensión de pagos del Banco de Barcelona. Parece que esa información sí era cierta, pero no solo incluía los honorarios de Cambó, sino de todos los abogados que habían participado en el caso.[27]

Escritos económicos y participación en conferencias internacionales

Ya hemos hablado de la actuación de Cambó como ministro de Fomento en 1918 y de Hacienda en 1921-1922, así como de sus discrepancias con Calvo Sotelo sobre la valoración de la peseta durante la dictadura de Primo de Rivera. Sus etapas de gobierno fueron más bien cortas. Ambas fueron solo de ocho meses, pero las propuestas que impulsó y que se acabaron aprobando tuvieron una trascendencia y una duración excepcionales. La polémica con la política monetaria de Calvo Sotelo sirvió para denunciar que ese régimen autoritario español quería imponer una revaloración ficticia de la peseta que dispararía la inflación.

Desde que estalló la Gran Guerra, Cambó mostró sumo interés en las repercusiones económicas del conflicto. Pronunció numerosas conferencias, escribió artículos, opúsculos y libros e incluso participó

en reuniones internacionales durante la posguerra europea, en las que coincidió con políticos y economistas expertos. Alfons Almendros hizo una estupenda búsqueda de textos suyos sobre política económica en conferencias, artículos y discursos de temas económica y geográficamente muy variados.[28]Además de los que trataban las repercusiones de ese gran conflicto sobre la economía española y catalana, destacan sobre todo los dedicados a las polémicas reparaciones de guerra que debía abonar Alemania. En buena parte de esos textos y discursos, Cambó demostró estar muy al día y muy informado sobre todas las ideas que los ganadores de la contienda estaban intentando imponer. Sin duda, la ayuda de los economistas y juristas de sus servicios de estudios fue elemental para elaborar textos tan rigurosos y bien documentados.

Ya hemos hablado de los libros y discursos de Cambó como ministro de Fomento y de Hacienda. Primordialmente, estaban consagrados a temas ferroviarios, de hacienda, de aranceles y de banca. También publicó artículos y dio conferencias muy variadas: desde reflexiones generales sobre la situación económica de Cataluña, España y del mundo hasta contribuciones sobre política municipal agraria, bancaria, fiscal, arancelaria e industrial y sobre infraestructura ferroviaria y transportista.

Cambó criticó los defectos básicos de la industria catalana. Para él, carecían de capital suficiente y su volumen era reducido, abundaba el individualismo y había una falta de cultura tecnoindustrial y una especialización de funciones. Defendió la necesidad de mejorar la producción industrial aumentando la productividad y la exportación, y dijo que los poderes públicos y la banca debían estimularla y ser el trampolín al progreso.[29]

Respecto al panorama económico español, defendió la mentalidad modernizadora de los intereses industriales catalanes en un país excesivamente influenciado por los sectores agraristas tradicionales y preconizó la independencia gradual de los capitales extranjeros. Según él, había que consolidar una banca propia y las grandes compañías de servicios (electricidad, transporte, gas, agua, etc.) que no dependieran de intereses externos. Eso sí, para incrementar el mercado interior español, era fundamental mejorar las infraestructuras públicas de ferrocarriles, carreteras, puertos, etc.[30]En cuanto a la economía catalana, también resultan interesantes los

documentos hallados recientemente por Alfons Almendros sobre las tesis de Cambó, que en los años treinta ya avisaba de la inviabilidad de una hipotética independencia catalana.[31]

También cabe destacar sus reflexiones sobre el efecto económico y financiero de la primera guerra mundial. Trató esta cuestión en dos conferencias en la Residencia de Estudiantes de Madrid: la primera, el 8 de septiembre de 1917, cuando aún no había acabado el conflicto; y la segunda, el 22 de mayo de 1922, cuando acababa de dejar el Ministerio de Hacienda.[32]En la segunda conferencia llamó la atención sobre las secuelas del conflicto europeo en el crédito internacional y en el orden monetario. Un par de años después, entre abril y julio de 1924, publicó diez artículos en La Veu de Catalunya sobre los informes internacionales referentes a las reparaciones de guerra alemanas.[33]En ellos trató de explicar el informe que elaboró en París la comisión presidida por el general norteamericano Charles G. Dawes sobre las reparaciones, y comentó un rapport más corto redactado por el británico Reginald McKenna, que analizaba los problemas de las exportaciones alemanas y las vías para devolver los capitales a ese país. Cambó conoció estos informes pronto, antes que las autoridades económicas españolas, porque se los envió en persona McKenna, compañero suyo en los consejos de administración de la CHADE y de la SOFINA. Sus reflexiones sobre el «plan Dawes» y el texto de McKenna le hacían pensar que los economistas de los vencedores no habían tenido en cuenta la imposibilidad de que Alemania pagara esas elevadísimas reparaciones.[34]Lamentaba que se hubiera malogrado una grandísima oportunidad para pagar y cobrar las reparaciones sin consecuencias financieras tan negativas. Habría sido posible si se hubiera permitido a las propias empresas alemanas suministrar y reconstruir todos los equipamientos destruidos por la guerra en Francia y Bélgica. Censuraba la actitud intransigente del gobierno francés y la presión de los empresarios franceses, que habían impedido «una solución alemana» mucho más justa. Consideraba que la restauración de Alemania era indispensable para regresar a la normalidad económica y al equilibrio político en Europa.

Otra muestra de la relevancia que adquirió Cambó en esos años como analista de la economía europea es el hecho de que, en noviembre de 1926, se le invitó a participar en las reuniones del Comité Preparatorio de la Conferencia Económica Internacional,

celebrada en Ginebra bajo el patrocinio de la Sociedad de Naciones. No fue como delegado español, algo impensable en tiempos del Directorio Militar de Primo de Rivera, sino como experto designado por el Consejo de la Sociedad de Naciones. En sus Memorias reconoce: «Ningún otro cargo podría gustarme tanto; conocía la materia como pocos, no solo porque la llevaba estudiando a fondo desde el año 1916, sino porque tenía ideas muy claras sobre las consecuencias económicas de la Primera Guerra Mundial que los hechos habían ido confirmando».[35]Lo que Cambó no dice es que, un año antes, había encargado a un joven economista de Reus, Romà Perpinyà Grau, un informe exhaustivo sobre la situación económica europea para ir bien documentado a la conferencia.

Cambó, el ingeniero de la operación CHADE

En la historia de los grandes negocios españoles, cabe destacar la creación de la Compañía Hispano Americana de Electricidad, la CHADE. Fue la operación financiera más importante del capitalismo español en el exterior hasta la segunda mitad del siglo xx.[36]

La constitución de la CHADE es una historia relativamente conocida. En 1898, la principal empresa eléctrica de Europa, la alemana AEG, se unió a un consorcio de bancos alemanes liderados por el Deutsche Bank y a la empresa Siemens para fundar en Argentina la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad (CATE). ¿El propósito? Suministrar energía a la colosal Buenos Aires, la ciudad más dinámica y poblada de Latinoamérica. En pocos años, la CATE se convirtió en la primera compañía eléctrica del subcontinente y en la quinta del mundo. En 1914 ya era la principal inversión alemana en el extranjero, con un capital nominal de 150 millones de marcos, 120 en acciones ordinarias y 30 en preferentes, más otros 102 millones de marcos en obligaciones. En 1909, el grupo germanobelga SOFINA, dirigido por Heineman, había entrado como socio minoritario de la CATE.

La derrota alemana en la Gran Guerra dejó en una situación muy comprometida a la CATE, dado que los vencedores podían confiscarla perfectamente para cobrar las reparaciones del conflicto que debían pagar los vencidos en virtud de los acuerdos del Tratado de Versalles.

En 1919, incluso John Maynard Keynes destacó la CATE como ejemplo de una compañía alemana «muy codiciada» por los aliados.[37]Era algo comprensible y la empresa era fácil de confiscar, porque sus activos, valorados en 320 millones de marcos antes de la guerra, constaban en los inventarios de bienes alemanes en el extranjero.

Para evitarlo, el máximo dirigente de la AEG, Walter Rathenau,[38]y el de la SOFINA, Dannie Heineman,[39]urdieron una operación de ingeniería financiera para vender de manera ficticia la CATE a compradores de un país neutral. Así se salvarían los intereses de los auténticos propietarios. El país elegido fue España, y el hombre clave para liderar la operación, Francesc Cambó.

¿Por qué España? Veintiséis años después, gracias a una nota de la CHADE se supo que la compañía

> se domicilió en España con preferencia a otros países ex beligerantes y neutrales, que la hubieran acogido con los brazos abiertos, por dos razones: la primera, por la comunidad étnica, cultural y lingüística de España con los países de la América hispana en que radicaban las empresas aportadas por la CATE; segunda, porque, en 1920, la peseta era considerada como una moneda de mayor crédito y de estabilidad más asegurada que las de otros países ex beligerantes y neutrales.[40]

Parece que la debilidad del marco alemán y la fortaleza de la peseta desempeñaron un papel clave, además de los lazos lingüísticos y culturales.

¿Y por qué Cambó? La arriesgada operación implicaba movilizar más de doscientos millones de pesetas de la época, lo que hoy serían unos tres millones de euros. ¿Por qué se consideró al líder catalanista el hombre ideal? Además de su prestigio como reciente ministro de Fomento del gobierno Maura (marzo-noviembre de 1918), Cambó reunía otras características importantes: conocía bien el capital financiero español y gozaba de contactos valiosos con la banca. Como uno de los grandes promotores de la Exposición de Industrias Eléctricas que se tenía que celebrar en Barcelona en 1917, estaba muy interesado en el gran potencial de la flamante energía eléctrica y era consejero de la Compañía Catalana de Gas y Electricidad. También estaba muy implicado en la promoción de las relaciones económicas, políticas y culturales entre España y Latinoamérica, pues en 1911 había ayudado a fundar la Casa de América. Por último, Cambó y Heineman se conocían porque la SOFINA era la propietaria de la empresa Les Tramways de Barcelone, que en 1904, cuando Cambó era

concejal, se había convertido en el grupo líder del transporte en la capital catalana.

En 1919 y 1920, Cambó fue varias veces a Berlín para entrevistarse con Heineman y con Walter Rathenau, el gran magnate de la AEG y destacado político de la República de Weimar. Como asesores, lo acompañaron su amigo y compañero de la Lliga Joan Ventosa i Calvell y el joven economista Miquel Vidal i Guardiola, que había estudiado en Alemania y hablaba un alemán perfecto. A Cambó no le costó mucho encontrar a los socios españoles que fingirían comprar la totalidad de la CATE: los bancos Central, Vizcaya, Urquijo, Hispano Colonial, de Barcelona y Arnús-Garí.[41]

Rebosaba de entusiasmo. Desde Berlín, explicó a Joan Ventosa el desarrollo de las negociaciones:

> Te escribo desde las oficinas de la AEG en un descanso entre dos juntas. Este viaje me parece interesantísimo y espero que sea provechoso. No paro ni un segundo y, cuando no tengo una junta, me paso el tiempo redactando contratos. El horizonte de negocios que se abre ante nosotros es inmenso y espléndido. España no se había hallado jamás en una situación tan favorable para convertirse en una potencia financiera internacional. Trato con todos los primeros espadas de la industria y las finanzas de Alemania ... El negocio de la sociedad de Sudamérica puede darse por hecho. Ayer llegamos a un acuerdo y esta tarde tenemos una junta magna para leer el contrato que redacté y que ahora se está traduciendo al alemán ... Te aseguro que, si se cierran las Cortes y no tenemos que entrar en el Gobierno ni tú ni yo, podremos hacer cosas extraordinarias y procurarnos una situación internacional de primer orden.[42]

La CHADE se constituyó oficialmente el 20 de febrero de 1920 en Berlín y el 20 de junio en Madrid mediante la compra de todo el patrimonio de la CATE. La nueva entidad declaró la impresionante cifra de ciento veinte millones de pesetas de capital social, con lo que se convertiría en la tercera empresa de España por volumen económico. En sus Memorias, Cambó escribió: «El 20 de febrero de 1920 fue un día señalado en mi vida ... La mayor empresa alemana en el extranjero pasó a ser propiedad de una sociedad española».[43]Cambó se aseguró de informar detalladamente de la gran operación al rey Alfonso XIII y al presidente del gobierno, Eduardo Dato.[44]

Aunque los socios españoles solo representaban el 16 % del capital social, oficialmente eran los únicos propietarios, y por eso ocuparon todos los cargos iniciales de la nueva sociedad: Cambó era el presidente del consejo de gobierno, el órgano ejecutivo de la CHADE, y el vicepresidente del consejo de administración. Él mismo propuso al marqués de Comillas, Claudio López i Bru, presidente del Banco

Hispano Colonial, como presidente del consejo de administración, a pesar de sus sesenta y siete años y de su delicado estado de salud. Era una personalidad indiscutible en el mundo financiero español y una de las primeras fortunas del país. El marqués fue presidente del consejo de la CHADE hasta que murió en abril de 1925, momento en que pasó a serlo Cambó. Joan Ventosa i Calvell era otro de los vicepresidentes de los dos consejos, el de gobierno y el de administración.

La clave del negocio fue la fuerte desvalorización del marco frente a la peseta. En 1920, el cambio era de 0,15 pesetas por marco, cuando antes de la guerra había sido de 1,3 pesetas por marco; es decir, en 1920 el marco valía una décima parte de lo que valía seis años antes. Había que comprar masiva y rápidamente marcos y anticiparse a la posible intervención de los aliados. Cambó invitó a los bancos españoles a adquirir marcos en el mercado español y se quejó de que el Banco de Barcelona actuara con demasiada parsimonia. Al final, tuvo que desistir de la intervención del banco por la quiebra de finales de 1920, pese a que sus directivos habían estado en todas las reuniones y tenían reservadas dos plazas en el nuevo consejo de administración. Cambó se indignó ante la poca participación de los bancos catalanes en la operación. Solo compraron Arnús-Garí y el Hispano Colonial. Los principales beneficiados fueron los bancos de Madrid y de Bilbao: «Los de Madrid, encantados de sacarles del negocio por insolventes y poder proclamar la quiebra de la banca catalana».[45]

Se intercambiaron 210 millones de marcos en acciones, obligaciones y bonos de la CATE por 270 millones de pesetas en los mismos valores de la CHADE, pero en el curso de la operación, Heineman y Cambó lograron que la SOFINA y los bancos españoles se llevaran la mayoría de las acciones y los antiguos propietarios de la CATE, básicamente los alemanes, solo recibieran el 22 % de las nuevas acciones de la CHADE. El resto lo cobraron en obligaciones y bonos, que no daban derecho a votar en las asambleas de accionistas. Las acciones de la CATE, de 1.000 marcos de valor nominal, se intercambiaron por acciones de la CHADE de 500 pesetas. Eso significa que se hizo en cambio de 0,50, pero en realidad los compradores solo abonaron marcos equivalentes a 250 pesetas. El negocio fue redondo. Dos años más tarde, Cambó lo recordaba con admiración en una carta a Ventosa: «Estoy sorprendido por la subida,

quizás excesiva, de los títulos de la CHADE. Supongo que hemos colocado las obligaciones que quedaban en una situación espléndida para la caja que nos permita hacer las operaciones de las que te hablé».[46]

Los accionistas alemanes fueron compensados con acciones de la nueva compañía y con nuevas obligaciones que se emitirían los años posteriores, por un valor total de 270 millones de pesetas. Además, los compradores se comprometían a reembolsar las acciones preferentes y las obligaciones que la CATE tenía en circulación por valor de otros 102 millones de marcos. Los accionistas de la AEG y la SOFINA, que seguían siendo los principales propietarios de la CHADE, no aparecían en el consejo de administración, aunque la dirección técnica y administrativa de la empresa estaba en la sede de la SOFINA en Bruselas. De todos modos, a partir de 1921 se incorporaron a la dirección de la CHADE los representantes de los socios mayoritarios, encabezados por Dannie Heineman, que sería el vicepresidente primero. En pocos años, se hizo evidente que el negocio integrado por la SOFINA y un grupo de bancos suizos, dirigido por Credit Suisse, serían los socios mayoritarios de la CHADE, mientras que la participación de la AEG caía y los españoles no llegaban al 20 % del capital social.

La correspondencia privada entre Francesc Cambó y Dannie Heineman da fe de los considerables tantièmes, las comisiones, que se repartieron los dirigentes de la CHADE desde su constitución. De 1920 a 1927, se decidió que el consejo de gobierno percibiera el 10 % de los beneficios y, a partir de esa fecha, el 8 %. En esos años, tanto Cambó como Heineman ingresaron cada uno el 1,5 % de los beneficios de la compañía, y después, el 1,3 %.[47]Hay que tener en cuenta que, entre 1924 y 1936, la CHADE incrementó sus beneficios de forma espectacular. De los 11 millones de pesetas-oro de 1921, pasó a los 45 millones en 1927 y a los 52 millones en 1929. Por lo tanto, multiplicó casi por cinco sus beneficios en solo ocho años. La compañía repartía dividendos fascinantes. En 1928 repartieron el 20 %, lo que suponía casi un récord mundial. Con esos beneficios extraordinarios de la CHADE, lógicamente las ganancias de Cambó como consejero se dispararon: en 1921, su comisión del 1,5 % se tradujo en unas 165.000 pesetas, pero en 1929, pese a percibir solo el 1,3 %, llegaron a 675.000 pesetas. Si tenemos en cuenta que, hacia 1940, Cambó

poseía unas 20.000 acciones de la CHADE con un valor nominal de más de 4 millones de pesetas (pero que cotizaban en la Bolsa de Zúrich por encima del 700 %), podemos calcular que las acciones le reportaban unos beneficios mínimos de 700.000 pesetas-oro. Así, entre las comisiones como consejero mencionadas y los dividendos de las acciones, en un año como el de 1930, Cambó podía cobrar perfectamente de la CHADE 1.300.000 pesetas-oro. Era una cantidad bastante elevada. Entonces, esa cifra equivalía a unas 40.000 libras esterlinas o 200.000 dólares, y hoy serían más de 15 millones de euros.

La creación de la CHADE generó la hostilidad de algunas industrias eléctricas españolas, sobre todo las vinculadas al empresario leridano Emili Riu Periquet, enfrentado con la Barcelona Traction, La Canadenca, desde su creación en 1911. El 18 de noviembre de 1911, Riu había fundado Energía Eléctrica de Cataluña con capital mayoritario de eléctricas francesas y belgas. Era una compañía dedicada a construir centrales en los ríos que bajaban de los Pirineos. Para Riu, la presencia de La Canadenca era una intrusión en su terreno y Cambó era cómplice político de esa operación. Por eso, desde 1912 aparecieron constantes ataques a Cambó en la prensa leridana que controlaba Riu. En 1920, Riu reaccionó airadamente a la creación de la CHADE. Considerándola una nueva maniobra del grupo SOFINA-Barcelona Traction, encargó la publicación de artículos en contra de la operación en varias revistas económicas.[48]En mayo de 1920, la Revista de Economía y Hacienda publicó un artículo titulado «La Sociedad Transatlántica Alemana de Electricidad», firmado por Daniel Riu Periquet, el hermano de Emili. En él se denunciaba esa operación financiera como un importante y peligroso empréstito a Alemania en un momento complicado: «Sin crear ni un átomo de riqueza en España, en nuestra Patria».[49]Pocos días después, la misma revista denunció que se dedicara el ahorro español a salvar negocios alemanes y que Cambó, ex ministro, se apartara de la tesis que siempre había defendido para tolerar de repente «la emigración de capitales».

Todavía más explícito fue el periódico leridano El País, propiedad de Riu. El 28 de julio de 1920 dijo: «Esta empresa alemana que acaba de adquirir el Sr. Cambó con los 150 millones de pesetas que le proporcionaron unos españoles creyentes en su buena fe, habilidad,

talento y honradez». El diario denunciaba el peligro de

> una especulación tan peligrosa, puesto que se adquiría una empresa que hasta el 1 de mayo de 1921 puede ser apropiada por los aliados ... ¿Podrá decirnos el Sr. Cambó qué garantías tiene de que la Comisión de Reparaciones no escogerá para el pago de los 25.000 millones de marcos la empresa sudamericana por la que acaban de dar los españoles 150 millones ... preciso es que el Sr. Cambó dé explicaciones. Esperamos que intervendrá en la defensa de la riqueza patria amenazada quien tiene el deber de ampararla y defenderla.[50]

En ese momento Cambó no reaccionó contra Emili Riu, a quien consideraba un político oportunista y poco de fiar. En 1916, Riu había pasado de ser un ferviente defensor de Santiago Alba a ofrecerse a la Lliga como aliado electoral. Y luego, en 1919, se había incorporado a Unión Monárquica Nacional.

La CHADE en los años veinte y treinta: beneficios y escándalos

La creación de la CHADE fue una gran iniciativa del emprendedor político catalanista, pero también requirió la participación de capital financiero español. Fue una prueba de la voluntad de Cambó de forjar o consolidar una alta burguesía hispánica en torno a los bancos y las compañías eléctricas que estuviera dispuesta a impulsar políticas reformadoras y modernizadoras.

Desde 1926, cuando murió el marqués de Comillas, Cambó fue presidente del consejo de administración de una de las empresas más importantes de España y la primera eléctrica de Latinoamérica. Hacia 1930, la CHADE era la tercera sociedad española por volumen de activos, unos 1.218 millones de pesetas, superando incluso a la Barcelona Traction, La Canadenca. En 1936, el capital social de la CHADE era de 451 millones de pesetas-oro, de los que 260 millones eran acciones y el resto, obligaciones y bonos. En esos momentos la nacionalidad de los principales propietarios de la compañía había variado dado que habían entrado importantes grupos económicos británicos y norteamericanos como Midland Bank, Banca Morgan y General Electric. Estos, integrados dentro de la SOFINA, ostentaban más de la mitad del capital, mientras que el grupo fundador de alemanes y belgas, también dentro de la SOFINA, no llegaba al 30 %. Por su parte, los bancos españoles de Urquijo, Vizcaya, Central, Arnús-Garí, Hispano Colonial, Español de Crédito y el grupo Cambó

controlaban tan solo un 15 %.

La CHADE también era una de las primeras empresas españolas a nivel de beneficios distribuidos entre los accionistas. Como Argentina no se había visto afectada por la crisis de 1929, la compañía pudo repartir dividendos altísimos, siempre por encima del 12 %, llegando a los espectaculares picos del 20 % de 1928 y del 17 % de 1927. También era la empresa que aportaba más divisas a la hacienda pública: en 1946, los directivos de la CHADE recordaron al gobierno de Franco que, desde 1920, la compañía había pagado más de 230 millones de pesetas-oro en divisas en concepto de impuestos.[51]Esa cifra solo era exacta en parte, porque la CHADE había conseguido considerables tratos de favor de todo tipo de gobiernos españoles, desde el que presidió Eduardo Dato en 1920 hasta el primer ejecutivo republicano de 1931, con Indalecio Prieto como ministro de Hacienda, pasando por los de la dictadura de Primo de Rivera. Según un documento confidencial de la compañía, sabemos que entre 1924 y 1937 solo pagó a las arcas públicas el 35 % de los impuestos que le habrían correspondido, y consiguió esas rebajas gracias a su influencia política: «Modificaciones de leyes y reglamentos españoles logrados a petición de la CHADE».[52]

Por su papel clave en la constitución de la sociedad, Cambó recibió un importante paquete de acciones por el que, según parece, no tuvo que hacer ningún pago. Después, a medida que la compañía emitió más títulos, él fue adquiriendo más y más. Hacia 1940, disponía de unas 20.000 acciones, lo que equivaldría a unos 30 millones de pesetas de la época, una cifra que en la actualidad no bajaría de los 300 millones de euros. Sin embargo, cuando en 1937 la Junta Militar de Burgos le requirió que informara de los valores financieros que tenía depositados fuera de España, solo declaró tener 12.950 acciones de la CHADE. Eso quiere decir que ocultó un tercio. Tal vez fue el momento en que poseyó más valores de la empresa, porque ocho años después ya solo tenía 2.305 títulos. Por otra parte, como miembro del consejo de administración de SOFINA, Cambó llegó a tener unas 1.500 acciones de esa compañía.

La CHADE obtuvo esos beneficios excepcionales gracias a su enorme influencia política, tanto ante la municipalidad de Buenos Aires como entre diferentes gobiernos argentinos. La compañía podía actuar con una prepotencia e impunidad totales: imponía tarifas

exorbitadas, incumplía los acuerdos de las concesiones, cometía fraude fiscal, etc. Muchos usuarios y especialistas, como Jorge del Río, denunciaron los servicios de electricidad ante la municipalidad de Buenos Aires, y se produjeron masivas movilizaciones populares, dirigidas por las sociedades de fomento, una especie de asociaciones de consumidores de la ciudad en contra de las altas tarifas de la compañía.[53]La CHADE recibió muchas denuncias en los juzgados; hubo largos debates en el Concejo Deliberante de Buenos Aires[54]acerca del mal servicio que prestaba la compañía; se elaboraron minuciosos informes sobre el precio de la electricidad en la ciudad, mediaron comisiones municipales de conciliación, tribunales de arbitraje y hasta una comisión parlamentaria. Pero apenas sirvió para nada. La compañía española siempre se salía con la suya en los juzgados, evitaba las inspecciones municipales, no rendía cuentas y no rebajaba las tarifas, pese al incremento notable de la productividad de sus usinas.[55]

1936 fue un año crítico y trascendental en la historia de la CHADE. Por una parte, el estallido de la guerra civil española alarmó a los directivos y propietarios, que temieron que el gobierno republicano o los militares rebeldes intentaran intervenir y controlar la compañía. Volvía a ser un codiciado objeto de deseo: la CHADE era la tercera empresa española por volumen económico,[56]pero la primera en beneficios y en el número de divisas aportadas a la hacienda. De hecho, era la inversión española (si puede llamársela así) en el extranjero más importante y rentable, lo que la hacía muy atractiva, porque no podía sufrir ninguna hecatombe durante el conflicto español.

Francesc Cambó y Joan Ventosa reaccionaron enseguida ante el estallido de la guerra civil y en agosto de 1936 propusieron a los demás directivos repetir lo de 1920, pero al contrario: ahora tenían que vaciar la española CHADE de todo su patrimonio y convertirla en una sociedad argentina, la Compañía Argentina de Electricidad (CADE), controlada por ellos mismos. Previendo que desespañolizar la empresa no gustaría demasiado a los militares rebeldes, el propio Ventosa se desplazó hasta Burgos en octubre de 1936 para explicar personalmente al general Franco que habían sido las autoridades argentinas, tanto la municipalidad de Buenos Aires como el presidente de la república, el general Agustín P. Justo, los que habían obligado a

la compañía a volverse argentina contra la voluntad de sus dirigentes. Era rotundamente falso.[57]La operación financiera se aprobó en una asamblea extraordinaria de accionistas de la CHADE celebrada el 9 de noviembre de 1936 en Bruselas. Cabe destacar que no asistieron ni Cambó ni Ventosa, que estaban en la capital belga. Desde el punto de vista político, creyeron más prudente no presidir el acto de desespañolización de la compañía y lo dejaron todo en manos de Heineman. Tampoco estuvieron presentes la mayoría de los demás consejeros españoles. De hecho, solo hubo representantes de los accionistas suizos, belgas, alemanes y norteamericanos.[58]

Durante casi un año hubo dudas respecto a lo que había que hacer con la CHADE (si disolverla o no) y respecto a los impuestos que la compañía debía pagar al gobierno de Franco, tanto si desaparecía como si se transformaba en una sociedad en cartera. Al final, Josep Bertran i Musitu, consejero de la CHADE y bien relacionado con la Junta de Burgos, redactó un informe en septiembre de 1937. En él aconsejó a la compañía que, desde un punto de vista político, convenía seguir existiendo como empresa española.[59]Así, la CHADE siguió siendo una sociedad española, pero no tenía más patrimonio que las acciones de la CADE. Eso sí, hubo que pagar al gobierno de Franco los impuestos sobre los beneficios de los años de la guerra, que no eran desdeñables: un total de 6,2 millones de pesetas-oro. En 1938 pagaron 100.000 libras esterlinas, lo equivalente a 5,3 millones, y el resto lo abonaron en 1939.[60]

A finales de 1936, tuvo lugar una larga y dura negociación entre la compañía y la municipalidad de Buenos Aires para ampliar la concesión que tenía desde 1907 y que terminaba en 1957. Se quería prolongar durante veinticinco años y modificar muchas condiciones. Rafael Vehils, el hombre de Cambó en la CHADE de Buenos Aires, y el belga René Brosens, el otro director general, condujeron unas negociaciones que degeneraron en una batalla ciudadana gigantesca. Desde Abbazia, Cambó empezaba a inquietarse: «No quiero ocultarte que me preocupa un poco la situación que han creado Heineman, Brock y Rongi con su falta de tacto y la idea estúpida de que en Argentina todo se compra con dinero. No haber intentado llegar a un acuerdo con los socialistas, sin aflojar el bolsillo, nos puede costar muy caro».[61]

Los usuarios se movilizaron mucho contra los privilegios de la

compañía, liderados por las sociedades de fomento y el Partido Socialista.[62]Las manifestaciones y los mítines multitudinarios de los opositores al nuevo convenio eran constantes, y en las calles lucían carteles en contra de la nueva concesión. Toda la prensa hablaba de ello. Por su parte, la CHADE, convertida ya en la argentina CADE, no solo tenía comprada a buena parte de la prensa de Buenos Aires, sino que consiguió infiltrar a agentes en el Partido Socialista para dividirlo. También cabe destacar el apoyo del ex presidente argentino y líder del Partido Radical, Marcelo T. Alvear.[63]Gracias a este apoyo, Vehils sobornó a diecisiete concejales de ese partido.[64]

Los días 22 y 23 de diciembre de 1936 se celebró una agitada y larga sesión en el Concejo Deliberante de Buenos Aires. Tras más de veintiocho horas, finalmente los concejales radicales consiguieron aprobar la nueva concesión a la CADE; fue la ordenanza 8.028. Vehils fue informando en todo momento a Cambó, que entonces se encontraba en Europa, acerca del estado de la «guerra». Al final, Cambó envió un efusivo telegrama de felicitación a Heineman, a quien llamó «le Général en Chef dans cette bataille».[65]Diez años después, instalado ya en Buenos Aires, tuvo que reconocer que con esa escandalosa votación «se trató a Argentina como si aún fuera una colonia» y que fue «uno de los mayores agravios que ha sufrido el país».[66]En la jerga porteña apareció un nuevo término, cadista o chadista, como sinónimo de 'tramposo, corrupto o estraperlista', tal como Cambó reconoció avergonzado en su correspondencia privada años más tarde. El desprestigio de la compañía era tan grande como su influencia política.

1945: LA CHADE, EN PELIGRO; CAMBÓ, IMPUTADO

Francesc Cambó visitó Argentina en dos ocasiones antes de la guerra civil. En 1924, fue con otros consejeros españoles para hacerse una idea de la relevancia de la compañía en el país. Fue un viaje largo, de junio a septiembre, durante el cual Cambó entabló buenas relaciones con importantes políticos y financieros argentinos y se entrevistó con el presidente de la república, el radical Marcelo T. Alvear, y algunos ministros, como el futuro presidente Agustín P. Justo. Antes de irse a Argentina, Cambó había declarado a la prensa de Barcelona: «Mi viaje

es puramente de negocios. Analizaré la situación económica y el porvenir que ofrece aquella nación».[67]Ya en Buenos Aires, en una rueda de prensa con periodistas argentinos, dijo: «Argentina es el país más interesante de América del Sur para la inversión de capitales europeos ... y ofrece un gran campo para las exportaciones futuras».[68]Volvió a Barcelona convencido de que la empresa que presidía tenía un futuro.

En julio de 1929, Cambó regresó al país sudamericano para presidir la inauguración de la colosal usina de Puerto Nuevo, en Buenos Aires, que pronto sería la tercera central térmica más potente del mundo. Se habían invertido en ella 120 millones de pesos (unos 300 millones de pesetas o 10 millones de libras de la época), la inversión industrial más importante de la década en Argentina. Durante el acto de inauguración, Cambó pronunció un discurso en el que destacó que esa factoría satisfacía las necesidades del gran Buenos Aires, una de las zonas más dinámicas del mundo, y que la CHADE era: «Una Sociedad netamente española, aun cuando su capital se halla esparcido en multitud de naciones». Y, sobre todo, remarcó que, aunque en la dirección había representantes de países enfrentados durante la Gran Guerra, ahora se sentaban juntos, lo cual era «un símbolo de lo que debe ser la humanidad futura». Durante el viaje, Cambó se entrevistó con el presidente de la república, el radical Hipólito Yrigoyen, y con destacados hombres de negocios argentinos.[69]

Pese a residir en Europa durante los años veinte y treinta, Cambó estaba al día y controlaba bastante la gestión de la compañía. Conocía a la perfección los métodos que utilizaban los directivos de la CHADE en Argentina para conseguir tanta influencia política y unos beneficios tan extraordinarios. Sabía que la empresa pagaba regularmente a algunos rotativos de Buenos Aires y a los periodistas especializados en cuestiones económicas para comprar su benevolencia. Sabía que a menudo se sobornaba a funcionarios y políticos que podían ayudar a la CHADE, pero se quejaba de los excesivos «gastos confidenciales» de su compañía.[70]Cuando le informaron de que algunos concejales porteños les hacían chantaje y les pedían todavía más dinero, aconsejó a los directivos que les amenazaran con divulgar quién y cuánto había cobrado de la compañía hasta entonces.[71]Aunque lo reprobaba, sabía que la CHADE, y luego la CADE, estaban totalmente sometidas a la

SOFINA, que había impuesto un convenio secreto que otorgaba al grupo belga el control de todas las adquisiciones y obras de la compañía, y percibía unas comisiones exorbitadas.[72]A Cambó no le gustaba ese convenio secreto con la SOFINA, pero no tenía más remedio que aceptarlo. Aun así, sabía que «si se conociera en Argentina, generaría un estallido de indignación».[73]

Ante el estallido de la segunda guerra mundial, los dirigentes de la SOFINA, notablemente antinazis,[74]previeron una nueva invasión alemana de Bélgica y decidieron traspasar todos los bienes de la CADE y de la CHADE a una empresa panameña llamada SOVALLES. De nuevo, la ingeniería financiera sirvió para salvaguardar los bienes de la compañía en un país lejano y neutral. En esos momentos, la CADE ya era la segunda empresa industrial de Argentina por volumen económico, después de los ferrocarriles, y una de las más rentables.[75]

Cuando los alemanes ocuparon Bélgica y Francia en mayo y junio de 1940, todos los dirigentes de estas compañías pudieron huir y refugiarse en España.[76]Sospechando que los alemanes controlarían toda Europa, incluida la neutral Suiza, los dirigentes de la CHADE, la CADE y la SOFINA trasladaron a América su dinero. También lo hizo Cambó, que en agosto de 1940 decidió irse adonde fuera Heineman. El político catalanista ordenó transferir buena parte de su fortuna a bancos americanos, sobre todo de los Estados Unidos, de Canadá y de Argentina. He encontrado documentación de esas transferencias y, entre los valores de la CHADE y de otras compañías y las elevadas sumas en divisas (en una cuenta corriente de Suiza tenía 313.000 dólares y 10.000 libras esterlinas en metálico),[77]envió a América miles de acciones y bonos de diferentes multinacionales. Solo los más de 18.000 acciones y bonos de la CHADE enviados a América tenían un valor nominal de unos 4 millones de pesetas, pero su valor de cotización real en bolsa era de unos 25 millones. En total, calculo que en agosto de 1940 Cambó debió de enviar a América bienes por un valor superior a los 3 millones de dólares de entonces, unos 30 millones de pesetas de la época y lo que hoy serían más de 300 millones de euros. Eso, evidentemente, era solo parte de su patrimonio mobiliario, porque también poseía importantes bienes inmuebles, como casas y terrenos, a nombre de Inmobiliaria Catalana, la sociedad anónima que presidía. También hay que añadir el valor de su importante colección de pintura, una parte de la cual también viajó a

América, aunque la mayoría se quedó en Lausana y Barcelona.

Cambó vivió en Estados Unidos de agosto de 1940 a abril de 1941, cuando se trasladó a Buenos Aires, donde murió seis años después. Su estancia en Argentina coincidió con los años más convulsos y peligrosos de la historia de la CHADE y la CADE, una cuestión que sus biógrafos siempre han ocultado, de la cual hablaremos seguidamente con más detalle.

En junio de 1943, un golpe de estado militar protagonizado por jóvenes coroneles nacionalistas puso fin a la Década Infame, la etapa más corrupta de la historia de Argentina. Se sabía que la mayoría de las compañías extranjeras controlaban los sectores estratégicos de la economía y habían conseguido prebendas y grandes beneficios por medio de la corrupción. Por eso, una de las primeras cosas que hizo el nuevo gobierno militar fue crear comisiones de investigación sobre las graves irregularidades de los últimos años. En agosto de 1943 se constituyó la Comisión de Investigación de las Industrias Eléctricas, presidida por el coronel Matías Rodríguez Conde.[78]

Durante un año y medio, esta comisión hizo una impresionante y exhaustiva investigación. Recopiló toda la documentación de la CHADE y la CADE después de registrar su sede en Buenos Aires, interrogó y ordenó la detención de sus principales directivos, como el belga René Brosens y los catalanes Andreu Bausili, Rafael Vehils (que luego huyó al extranjero) y Mariano de Foronda hijo, entre otros. Interrogó y encarceló a los concejales radicales sobornados en 1936. Salieron a la luz todas las desvergüenzas de la compañía desde 1920. La cosa iba en serio y los militares estaban dispuestos a llegar hasta el final. Prueba de ello es la escandalosa detención y reclusión del ex ministro español Rafael Benjumea Burín, conde de Guadalhorce y presidente de la compañía CHADOPYF, que estaba construyendo cuatro líneas del metro de Buenos Aires.[79]

Cambó y los directivos de la CHADE de Buenos Aires estaban bastante asustados. Podían seguir perfectamente la senda de Guadalhorce y terminar entre rejas. Pronto, Cambó se inclinó por intentar pactar con el gobierno militar. Con la valija diplomática facilitada por el embajador español en Argentina, José Martínez Vargas, conde de Bulnes, Cambó podía comunicarse en secreto con Ventosa, que estaba en Barcelona, y con Heineman, que residía en Nueva York, para así trazar un plan de acción. Pero enseguida

surgieron las discrepancias. Cambó y Bulnes, que vivían la situación en sus carnes desde Buenos Aires, proponían negociar, reconocer el grave error de la concesión de 1936 e intentar salvar a la compañía. Esa actitud pactista chocaba de frente con la postura de Ventosa, Heineman y los socios mayoritarios, que no querían pactar nada y recomendaban una resistencia total a reconocer cualquier falta. Un telegrama que le mandó Joan Ventosa a Cambó el 30 de agosto de 1943 resume bastante bien su postura: «Estimo preferible perjuicio mayor reparable más tarde, que perjuicio menor pero consentido».[80]

Fueron tiempos angustiosos para Cambó y para los dirigentes de la compañía. Tenían mucho miedo a que el escándalo y todas las corruptelas de la CHADE salieran a la luz en Argentina y en España. Cambó y Bulnes querían negociar por eso, para taparlo todo. Las divergencias en el seno de la empresa eran tan profundas que Cambó se sintió desautorizado y amenazó con presentar la dimisión, aunque nunca llegó a hacerlo. Aun así, era evidente que había perdido gran parte de su fuerza y que su opinión ya no era tan decisiva.

El 15 de febrero de 1945, la Comisión Rodríguez Conde entregó al gobierno su impresionante informe de más de mil hojas. En él se explicaban de pe a pa las irregularidades y los delitos cometidos por la CHADE y la CADE desde 1920.[81]La comisión proponía al gobierno nacionalizar de inmediato la compañía y pedía el procesamiento de casi todos los directivos en Buenos Aires: Rafael Vehils, René Brosens y Andreu Bausili, así como los peces gordos como Dannie Heineman y Joan Ventosa. Todos ellos, decía el informe, «incurrieron en el delito de cohecho, como sobornadores y consiguiente defraudación a la Administración Pública». Y añadía:

> Presuntamente han participado de los mismos delitos, cooperando en la ejecución de los hechos que no podían ignorar, dado el empleo que desempeñaban y de cuyos efectos se beneficiaron, los siguientes integrantes del Directorio y del Comité de la CADE: Francisco de Asís Cambó y Batlle…[82]

O sea, que se pedía procesar por corrupción a casi toda la dirección de la CHADE y de la CADE, más algunos destacados políticos argentinos de la Década Infame vinculados a la compañía. El escándalo político fue mayúsculo, porque también fueron imputados tres ex ministros argentinos: dos de Hacienda, Federico Pinedo y Alberto Hueyo; y el antiguo ministro de Relaciones Exteriores y ganador del Nobel de la Paz, Carlos Saavedra Lamas.[83]

Un mes después de recibir el informe, el gobierno presidido por el general Edelmiro Farrell ordenó disolver la comisión investigadora, confiscó toda la documentación recopilada y prohibió publicar el documento; incluso ordenó destruir los pocos ejemplares que ya se habían impreso.

¿Qué pasó para que el gobierno argentino tomara medidas tan radicales para desautorizar del todo el trabajo hecho por la comisión? Había intervenido el poderoso vicepresidente del gobierno y secretario de Guerra y de Trabajo, el coronel Juan Domingo Perón. Pasados unos años, el directivo de la CADE René Brosens lo afirmó sin tapujos: «Perón ayudó a tapar el informe sin recibir plata».[84]La primera afirmación es cierta, pero no lo es tanto la segunda. Pocos meses después, Perón recibió una contribución económica considerable de la CADE en su carrera hacia la presidencia de Argentina, en febrero de 1946. El propio Brosens lo reconoció: «Los accionistas extranjeros de la compañía fueron solicitados en este sentido, teniendo en cuenta que Perón había salvado la CADE de una expropiación injusta y otras medidas arbitrarias».[85]

¿Por qué intervino Perón? La respuesta es compleja, porque hubo muchos factores condicionantes y personas y motivaciones diversas. Por una parte, existían vínculos especiales entre Brosens y Perón.[86]Parece evidente que Brosens convenció a Perón de la peligrosidad de enemistarse con una compañía tan influyente, que podía dejar a oscuras la gran metrópolis de Buenos Aires.[87]Años después, Perón afirmó que al gobierno militar de entonces no le convenía enfrentarse con una gran empresa que podía movilizar sin problemas las embajadas de Estados Unidos, el Reino Unido, Suiza y España.[88]

Pero también hubo otra intervención decisiva en este asunto. Hubo un hombre que hizo hábilmente de intermediario entre el coronel Perón y la compañía eléctrica: el catalán Josep Miquel (Pepe) Figuerola Tresols.[89]Pepe Figuerola era el brazo derecho de Perón en todo lo tocante a la política social y laboral de la Secretaría de Trabajo argentina que dirigía. Y luego, durante el primer mandato de Perón como presidente, fue secretario general técnico de la presidencia con categoría de ministro, además de director del gran Plan Quinquenal peronista. Y resulta que Figuerola estaba vinculado a la CHADE desde 1930, cuando un pariente lejano de Cambó, Josep M. Casabó, lo

recomendó a Rafael Vehils para que le diera trabajo en Buenos Aires. Figuerola trabajó unos cuantos años en la CHADE y entonces entró en la Secretaría de Trabajo, donde conoció a Perón en 1943. Se convirtió en mediador entre el poderoso vicepresidente y la compañía eléctrica y negoció un pacto. Todo parece indicar que Figuerola fue quien llevó personalmente a Perón los 50.000 dólares con los que la CHADE contribuyó a financiar la campaña electoral del coronel.[90]Meses después, cuando Perón ya era presidente, y Figuerola, ministro, la oposición acusó a este último en el Congreso de los Diputados de ser «el hombre de la CHADE en el Gobierno». No se equivocaban. En una carta a Joan Ventosa del 27 de septiembre de 1946, Cambó lo reconoció:

> Hoy, realmente no tenemos más que dos amigos: uno, ya se lo puede imaginar, y sobre todo su esposa [Perón y Evita], con los que el insensato [René Brosens] mantiene contacto, aunque naturalmente ha querido mantenerlo a solas. Este contacto, lo sospecha ya todo el mundo. El otro amigo que tenemos, hasta ahora espontánea y efusivamente, es el catalán que colaboraba con Aunós [Figuerola]. Aún hoy es socio de la Lliga.[91]

En ese momento, Cambó pretendió justificar de forma sorprendente y atrevida el motivo por el que no se podía luchar contra la corrupción en Argentina. En castellano, redactó una propuesta con la voluntad de que el gobierno Perón la aceptara e hiciera pública. Era una declaración del gobierno argentino en la que reconocía que las prácticas corruptas habían sido tan generalizadas en el país que casi todos los convenios y las concesiones públicas se habían logrado por medio de sobornos.[92]Por eso, la anulación de todos los actos administrativos en los que hubiera habido corrupción provocaría un «enorme caos económico» en Argentina y desprestigiaría al país en el plano internacional. Pretender que Perón hiciera una declaración como esa era insólito. Ningún gobierno del mundo lo haría. Nos sorprende mucho que Cambó, un político con suficiente experiencia, redactara esa clase de propuesta. Quizás pensaba que la influencia política de la CHADE era lo bastante grande para lograr una garantía pública de que no les iban a exigir responsabilidades.[93]Evidentemente, nunca se remitió el texto de esa declaración al gobierno Perón.

El factor político siempre fue determinante para el gran éxito de la CHADE en Argentina, mucho más que en otros casos. Los contactos eran fundamentales para obtener concesiones lucrativas del poder público. La CHADE necesitaba apoyos políticos para conseguir

privilegios y prebendas, así que la corrupción se erigió como un instrumento habitual y natural. Evidentemente, la mala praxis de la administración pública argentina lo favorecía. No controlaban el funcionamiento de un servicio público tan estratégico como el de la electricidad, no fiscalizaban el cumplimiento de las condiciones de las concesiones, e incluso desconocían si las inversiones programadas por las empresas se llevaban a cabo.

También cabe señalar que la CHADE era una empresa muy condicionada por diferentes coyunturas internacionales, tanto argentinas como españolas. La española CHADE se creó gracias al Tratado de Versalles por el peligro de las confiscaciones en Alemania; en 1936 se transformó en la argentina CADE por los peligros de la guerra civil española; y después de beneficiarse de la neutralidad argentina durante la segunda guerra mundial, la CADE entró en crisis en los años 1943-1945, cuando los militares nacionalistas argentinos la investigaron por su naturaleza corrupta y extranjera. Y aunque Perón protegió a la CADE, una vez caído el régimen en 1955, volvió a ser investigada y estuvo a punto de ser expropiada. Aun así, se volvió a salvar y tuvo un fin diferente al de la CHADE.

El gobierno del general Aramburu, que había derrocado a Perón en septiembre de 1955, se apresuró a publicar el informe de la Comisión Rodríguez Conde y divulgó las irregularidades cometidas por la CADE (y antes de 1936, por la CHADE). En julio de 1957, el gobierno militar decretó la liquidación de la empresa y su expropiación forzosa, pero los principales propietarios, la SOFINA, reaccionaron con prontitud y detuvieron el proceso. En 1958, el nuevo gobierno civil elegido y dirigido por el radical Arturo Frondizi parecía decidido a seguir el proceso expropiador, porque un año antes el propio presidente había declarado públicamente que «a esos ladrones de la CADE no se les debe dar un peso». Pero la SOFINA mostró otra vez su gran fuerza: movilizó en favor suyo al Banco Mundial y a los gobiernos de Suiza, Estados Unidos, el Reino Unido y Francia y obligó a Frondizi, que necesitaba con urgencia créditos internacionales para superar la crisis económica, a pactar con la empresa. Se decidió que la CADE entraría a formar parte de una nueva compañía pública, la Sociedad Eléctrica del Gran Buenos Aires (SEGBA), junto con otras empresas privadas y públicas. En 1959, se evaluó de forma desproporcionada, noventa millones de dólares, el capital que

aportaba la CADE a la nueva compañía pública y se concretó que se le pagaría a lo largo de diez años, pero siempre en dólares.[94]El negocio de la SOFINA fue redondo: abandonó Argentina, un país en grave crisis económica, se quitó de encima unas instalaciones casi obsoletas, pues no se habían renovado en diez años, y se embolsó una millonada.[95]Siempre ganan los mismos.

Perón y Franco, dos maneras antagónicas de actuar ante la CHADE-CADE

Argentina no encausó a Cambó ni a ningún dirigente de la CHADE o de la CADE. La empresa gozó de una condición privilegiada durante todo el régimen de Perón.[96]Realmente fue una excepción, porque mientras el gobierno peronista se ponía a nacionalizar todo tipo de servicios públicos (ferrocarril, teléfono, petróleo, gas y algunas eléctricas), la CADE siempre fue respetada como compañía eléctrica privada. Aunque Cambó no pudo dormir tranquilo mucho tiempo. Mientras la CADE se salvaba en Argentina, la CHADE era objeto de una dura persecución por parte del gobierno franquista y de un viejo enemigo suyo, el mallorquín Joan March.[97]

A partir de 1946, mientras la CADE disfrutaba del trato de favor de Perón, en España la CHADE empezó a ser maltratada por el régimen de Franco. Después ser investigada, fue disuelta por decreto del consejo de ministros. La CHADE fue una víctima fácil de la dura lucha librada entre Joan March y el grupo SOFINA por el control de la principal empresa eléctrica de España, la Barcelona Traction, que también era propiedad del grupo belga. En ese pulso, el millonario mallorquín tuvo el apoyo incondicional del ministro español de Industria y Comercio, Juan Antonio Suanzes.

En octubre de 1946, los asesores de March elaboraron un informe y lo enviaron a Suanzes. En ese informe, que también fue leído por Franco, se acusaba a los dirigentes de la Barcelona Traction y de la CHADE de defender «intereses antiespañoles», de estar involucrados en maniobras políticas contra el régimen franquista y de representar los intereses de «la oligarquía catalanista».[98]Claramente influido por estas denuncias, el 12 de diciembre de 1946 el ministro Suanzes aprovechó una sesión plenaria en las Cortes para verter graves

acusaciones contra los dirigentes de ambas compañías. Indignados, el 18 de diciembre la mayoría de los consejeros españoles de la CHADE, abanderados por Joan Ventosa y Pablo de Garnica, enviaron una larga carta de protesta al ministro. Cabe destacar que no firmaron la carta ni Cambó ni ninguno de los tres hermanos Urquijo, que también eran consejeros.[99]

Los consejeros españoles de la CHADE estaban entre la espada y la pared. Por una parte, estaba el asedio de Suanzes y March a la compañía; por otra, estaban los intentos de los dirigentes de la SOFINA de no dejar que fuera controlada por el gobierno español. Protestaron recordando los más de 230 millones de pesetas-oro que había pagado la compañía a la hacienda española en concepto de impuestos entre 1920 y 1943. Y también mencionaron los favores al ministro Calvo Sotelo de 1928, cuando le facilitaron un millón de libras esterlinas para defender el cambio de la peseta, los avances de impuestos hechos durante los años 1943 y 1945 para disponer de 50 millones de pesos argentinos con los que pagar el trigo que necesitaba el país, así como «el gran servicio prestado a la España Nacional por la CHADE al no haber pagado ningún impuesto al gobierno rojo durante nuestra Cruzada».[100]

Pero de nada sirvió. El 17 de julio de 1947, Suanzes mandó aprobar un decreto ley en virtud del cual el Gobierno pasaba a fiscalizar las sociedades anónimas españolas con capital extranjero mayoritario. La reacción de Heineman fue fulgurante: el 15 de agosto, la dirección de la SOFINA traspasó todos sus bienes de la CADE y de la CHADE a una sociedad luxemburguesa, la SODEC, que evidentemente les pertenecía. Este acto, que Suanzes tildó de «rebeldía», provocó la creación de una comisión de investigación sobre las actividades de la CHADE que obligó a todos los consejeros españoles a responder a dos largos cuestionarios sobre el funcionamiento de la sociedad.[101]Pese a sentirse humillados, los consejeros españoles no tuvieron más remedio que contestar a las preguntas y cerrar filas con el Gobierno ante la actitud de los dirigentes de la SOFINA.

Al final, la CHADE se disolvió con dos procedimientos de dudosa legalidad. En primer lugar, con el decreto ley del 13 de agosto de 1948, el Gobierno español declaró la sociedad disuelta «a efectos fiscales», figura jurídica inexistente y que vulneraba la legislación, ya que las sociedades anónimas solo podían disolverse por acuerdo de la

junta de accionistas o por sentencia judicial, nunca por decreto gubernamental. Era un acto político extraordinario contra la que seguía siendo la tercera empresa española por volumen neto de activos, 2.352 millones de pesetas, solo superada por RENFE y Telefónica. Meses después, el 21 de enero de 1949, los dirigentes de la SOFINA contraatacaron y convocaron una junta extraordinaria de accionistas de la CHADE en Luxemburgo. Presidida por Heineman, la junta aprobó casi por unanimidad disolver la compañía española. Este también era un acto ilegal, porque las sociedades anónimas españolas no podían celebrar sus reuniones en el extranjero sin una autorización previa del gobierno. Los socios mayoritarios de la compañía optaron por disolverla porque ya no necesitaban otra empresa intermediaria entre la SOFINA y la CADE.

El final de la gran compañía creada en 1920 por Francesc Cambó fue triste. Aun así, él no vivió este último episodio, porque había muerto el 30 de abril de 1947 en Buenos Aires, en plena crisis. Desde Argentina, Cambó había seguido con preocupación los graves problemas de la CHADE en España. Le entristecía el escándalo que se había producido: «Ya puedes imaginarte la pena que siento por que los escándalos en torno a nuestra compañía no tengan como escenario único Argentina, sino que ahora estallan en España y posiblemente lleguen a Suiza y Bélgica».[102]

Cambó apenas participó en la toma de decisiones de los directivos de la CHADE durante la crisis final. Ya no tenía fuerzas para luchar: «He perdido las ganas de pelear. Las he perdido después de tantos desengaños».[103]También creía que los dirigentes de la SOFINA lo habían apartado de la dirección de la compañía española: «Me quejo de que no me tengan oficialmente al corriente, como habían hecho hasta hace un año».[104]

Ante esa situación grave y desagradable, Cambó decidió dejar de interesarse por el bienestar de su compañía. En una carta a su apoderado en Barcelona, Narcís de Carreras, le indicó que no quería que nadie lo representara en las reuniones del consejo de administración ni en la junta de accionistas de la CHADE.[105]

En cuanto a los factores políticos, Cambó consideraba que la hostilidad de Franco hacia la CHADE había aumentado porque tres de sus dirigentes, Joan Ventosa, Pablo de Garnica y el duque de Alba, estaban implicados en las conspiraciones por restaurar la monarquía, y

que eso había fortalecido a March ante el Gobierno. De todos modos, sus reproches más duros fueron contra Dannie Heineman y «la odiosa SOFINA, la autora del mal».[106]Consideraba que los dirigentes de la SOFINA eran los principales responsables de la crisis de la CHADE. Tampoco escatimaba en reproches a su viejo amigo y compañero Joan Ventosa, a quien censuraba por haberse aliado con Heineman: «Creo que ha sido un error por tu parte unirte a su causa cuando, a fin de cuentas, él es el único culpable de todos los apuros por los que estamos pasando tú y yo y de los peligros que corre la empresa que un día fue nuestro orgullo».[107]

Según Cambó, uno de los grandes errores de Heineman en esa batalla había sido atacar a March en España, donde tenía el apoyo incuestionable del gobierno de Franco. Consideraba que habría sido más inteligente denunciar a March en el Reino Unido, donde el mallorquín tenía buena parte de los recursos, y que lo hubieran hecho los influyentes consejeros ingleses de la SOFINA, nunca los españoles. Cambó debía de estar tan convencido de que la CHADE terminaría mal que en 1946 ya ordenó a su apoderado Narcís de Carreras que fuera vendiendo discretamente la mayoría de las acciones de la compañía que tenía en Barcelona.[108]

El final de la principal inversión española en el extranjero durante la primera mitad del siglo xx fue deplorable. La compañía había hecho inmensamente rico a Cambó y le permitió establecer relaciones excepcionales con hombres de negocios destacados de todo el planeta, pero también le amargó los últimos años de su existencia. Con este episodio poco edificante y largamente ocultado, es obvio que la figura de Cambó se vuelve mucho más contradictoria, como la propia condición humana.

En ningún escrito de Cambó se hallan referencias a las acusaciones de corrupción contra la CHADE, y menos aún información sobre las investigaciones que hicieron las autoridades argentinas o el gobierno de Franco. En cambio, él sí que escribió sobre la corrupción que imperaba en Argentina desde 1920 y reflexionó sobre su subsanación. Él siempre se mostró partidario de evitar los escándalos y la publicidad, y de actuar con el máximo de discreción y tacto. Días antes de que empezara la investigación a la CHADE, decía que la acción moralizadora del gobierno contra la corrupción tenía que ser «suave, reservada y sin escándalos ... procurando que la mala elección

de sus consejeros no convierta en una obra de venganza lo que debería ser una obra de justicia y de leve corrección». Aun así, reconocía que, en dos décadas, la corrupción en Argentina había pasado de ser una cuestión relativamente secundaria a ser un problema grave: «La aceptación del régimen del fraude electoral extendió por todas partes la inmoralidad».[109]

En 1940, cuando aún vivía en Europa, había advertido a Rafael Vehils que algún día tendrían que dejar de dar dinero a los políticos argentinos, aunque admitía que «ciertas enfermedades no se pueden curar de golpe cuando están arraigadas y hay que conformarse con un proceso de desintoxicación. Pero hay que iniciar este proceso con decisión o estaremos perdidos».[110]Eso sí, en septiembre de 1946 tuvo la osadía de proponer que el gobierno Perón declarara que la corrupción en Argentina estaba tan generalizada que no se podía actuar en su contra sin provocar el caos económico y el desprestigio nacional.

Cambó quería aparecer ante la opinión pública como un político nuevo y diferente de la mayoría de los desprestigiados dirigentes españoles o argentinos. Deseaba mantener esa imagen y por eso hizo lo imposible por ocultar la historia real de la CHADE. No podía permitir que se supiera que había amasado su fortuna con los beneficios de una compañía corruptora como aquella. Durante años, tanto él como Joan Ventosa practicaron una especie de doble moral, proyectando una apariencia de rectitud y honestidad mientras se hacían de oro gracias a una compañía que, en Argentina, se había convertido en el símbolo de la coima.

También proceden algunas consideraciones de cariz más político y económico sobre la CHADE y Cambó. En 1920, el grupo político y financiero catalán que dirigía Cambó había buscado ayuda española para resolver la escasez de dinero en Cataluña, y había necesitado el visto bueno del gobierno de Madrid para esa operación tan importante. ¿Quiso con ello crear una alianza de las grandes burguesías financieras hispánicas? Podría ser, pero solo fue aceptado como líder del proceso y de la compañía mientras no tuviera problemas con el gobierno. Ahora bien, la CHADE no actuó jamás como una empresa catalanista, pese a que buena parte de sus dirigentes lo fueran. Cambó había dicho en más de una ocasión que el arma más eficaz de los nacionalismos, incluido el catalán, era el

internacionalismo económico.

Otra cuestión, o contradicción, es saber si ese grupo catalán podía abanderar un proyecto español sin que Cambó dejara de ser catalanista. La acusación de March de que la CHADE era una empresa catalanista era falsa, pero fue efectiva, porque convenció a Suanzes y Franco. En esos primeros años de la dictadura franquista, todo lo que afectaba a Cataluña, y aún más al catalanismo, era un tema muy delicado, inflamable y políticamente frágil.

Cambó lideró el nuevo grupo financiero, pero no colocó a ningún banquero español en la dirección real de la compañía. Solo estaban él, Ventosa y los hombres de la SOFINA. Con todo, no hubo tensión entre los consejeros catalanes y los españoles casi hasta el final. Entonces, fue Cambó quien quedó marginado de la dirección efectiva, dado que Ventosa se puso del lado de Heineman. Desde Argentina, durante los últimos coletazos de la crisis, Cambó coincidía más con la actitud moderada de los hermanos Urquijo que con el activismo político de Ventosa y Garnica.

La operación CHADE terminó siendo una derrota política de Cambó, pero no tanto de Ventosa, que estaba más implicado con la Barcelona Traction, en la que no hay rastro del primero. La principal iniciativa económica del grupo catalán dirigido por Cambó, que contaba con una importante participación de financieros españoles, acabó mal: enfrentados con Franco y con la SOFINA. Podemos afirmar sin rodeos que la desaparición de la CHADE supuso el fracaso de la aventura camboniana por crear una alianza entre el capital financiero español y la burguesía catalanista. No obstante, todos habían sacado un provecho económico muy considerable. Y Cambó el primero.

Buenos vínculos con el mundo internacional de los negocios

La presencia de Francesc Cambó en el consejo de administración de la CHADE, de la SOFINA y de muchas otras compañías españolas y extranjeras, sobre todo eléctricas, le permitió relacionarse con destacados hombres de negocios y mandatarios de todo el mundo. No es exagerado decir que hacia 1930 Cambó era el político español con mejores vínculos con el mundo financiero internacional. No eran muchos los políticos españoles que podían ir a Francia, Bélgica o el

Reino Unido en un viaje privado y almorzar o cenar tranquilamente con ministros y ex ministros o con los presidentes de grandes bancos y multinacionales.

Durante veintisiete años, Cambó se sentó en las reuniones del consejo de administración de la CHADE al lado de políticos y financieros europeos muy relevantes. La lista es excepcional. Entre los españoles que formaron parte de ese consejo, destacan banqueros y directivos de importantes eléctricas.[111]Ya en los años veinte estaban Claudio López Bru, marqués de Comillas, presidente del Banco Hispano Colonial; Joan Antonio Gamazo, conde de Gamazo, de Banca Arnús-Garí y del Banco Hispano Colonial; los primos hermanos Jordi y Josep Garí Gimeno, de Banca Arnús-Garí; César Jiménez Arenas, consejero delegado del Banco Central; Enrique Ocharán y Emilio Roy, directores generales del Banco de Vizcaya; Valentín Ruiz y los hermanos Juan Manuel y Luis Urquijo y Ussía, máximos dirigentes del Banco Urquijo; Juan Urrutia, del Banco de Vizcaya; los hermanos Francisco y José Luis de Ussía, del Banco Central; Mariano de Foronda, el hombre de confianza de Heineman en Barcelona, consejero delegado de Les Tramways de Barcelone; además de Joan Ventosa i Calvell y Gonçal Arnús Pallós, que eran consejeros a título personal.

En el año 1926 se incorporaron al consejo de administración de la CHADE Venancio Echevarría y Pedro Mac-Mahón, del Banco de Vizcaya, y Emilio Ortuño, del Banco Central; además de Jacobo Fitz-James Stuart Falcó, duque de Alba, y Lluís Duran i Ventosa, ambos amigos personales de Cambó.[112]Más adelante, en los treinta, encontramos nuevos directivos bancarios como: Manuel de Argüelles; José María Basterra; Pedro Careaga, conde de Cadagua; Pablo de Garnica, presidente del Banco Español de Crédito; César de la Mora; Santiago Muguiño, y el compañero de partido y buen amigo Josep Bertran i Musitu. Por último, durante los años finales de la CHADE cabe destacar la presencia de más banqueros y empresarios como Epifanio Ridruejo, José Luís Anchústegui, Jaime Gómez Acebo, José Garí de Arana, Arsenio Martínez Campos (duque de la Seu d'Urgell) y el apoderado de Cambó en Barcelona, Narcís de Carreras.

La enorme influencia de Cambó dentro de la CHADE quedó demostrada con la incorporación de otros políticos de la Lliga Regionalista al consejo de administración y la dirección de la empresa,

como Joan Ventosa i Calvell, Josep Bertran i Musitu y Lluís Duran i Ventosa, así como colaboradores suyos como Miquel Vidal i Guardiola, Rafael Vehils, Narcís de Carreras o Andreu Bausili.

Desde 1921, la composición del consejo de administración de la CHADE cambió de arriba abajo. A los dieciocho consejeros españoles iniciales se sumaron dieciséis extranjeros.[113]La sobrerrepresentación española era evidente, pero la entrada de los propietarios mayoritarios de la empresa también lo era. Desde entonces, se tendió hacia la paridad entre consejeros españoles y extranjeros, aunque los primeros nunca llegaron a representar ni el 20 % del capital social.[114]

De los miembros extranjeros, destaca la presencia en el consejo de hombres de negocios importantes, sobre todo alemanes. Además de Dannie Heineman, estaban Elkan Heinemann, ex presidente de la CATE y directivo del Deutsche Bank; Artur Salomonson, directivo del Disconto Gesellschaft; y el ex canciller de la República de Weimar, Heinrich Brüning. También hallamos a británicos como Edmund Wyldborn Smitin, directivo de la compañía Suez; Reginald McKenna, el poderoso presidente del Midland Bank y del Banco de Inglaterra, ex primer lord del Almirantazgo, ex canciller del Tesoro y antiguo comisario aliado para las indemnizaciones de guerra; y Philip Cunliffe-Lister, conde de Swinton, que sería ministro de Aviación Civil con Winston Churchill durante la segunda guerra mundial. Entre los suizos, cabe destacar a Rudolf G. Bindschedler y Jules Frey, máximos dirigentes de Credit Suisse, y Frederic Dominicé, de la Union Financière de Genève. Entre los belgas, cabe subrayar la presencia de Lucciene Jenlet, de la SOFINA, y de dos ex primeros ministros: Paul Van Zeeland y el vizconde Van de Vyvere. También era importante el conde italiano Giuseppe Volpi di Misurata, ministro de Hacienda de Mussolini, presidente de la Compañía Eléctrica del Adriático y de la Cofindustria, la gran patronal del país transalpino. Y entre los norteamericanos, debemos señalar a Gordon Auchinson, consejero de la casa Paker, Marchall and Auchinson, y Norman Davis, un diplomático que había sido plenipotenciario del presidente Wilson en Europa en 1919, y que en los años treinta fue amigo personal del presidente Roosevelt.[115]En mayor o menor medida, Cambó trató personalmente con todos estos destacados hombres de negocios. Con muchos intercambió cartas e ideas, e incluso negoció asuntos ajenos a la CHADE.

De todos modos, de las casi cien personas que pasaron por el consejo de administración de la CHADE a lo largo de los veintiocho años de existencia de la compañía, los que realmente tenían poder de decisión eran cuatro: Francesc Cambó, el presidente;[116]el vicepresidente primero, Dannie Heineman, el hombre de la SOFINA y socio mayoritario; el suizo Rudolf G. Bindschedler, vicepresidente tercero, que representaba a Credit Suisse; y Joan Ventosa i Calvell, vicepresidente segundo.

Por lo que respecta a su presencia en otros consejos de administración españoles, formó parte de la dirección de al menos estas empresas: Banca Arnús (consejero, 1910-1918); Catalana de Gas y Electricidad (consejero, 1913-1921); Editorial Catalana, S. A. (presidente, 1917-1947); Inmobiliaria Catalana (presidente, 1923-1947); Editorial Alpha (presidente, 1924-1947); Compañía General del Corcho (presidente, 1929-1931, y consejero, 1931-1935) y Tipografía Emporium (consejero, 1924-1947).[117]

En compañías extranjeras, Cambó estuvo en el consejo de administración de la Société Financière de Transports et d'Entreprises Industrielles (SOFINA) entre 1920 y 1947, así como de muchas otras empresas vinculadas a este poderoso grupo eléctrico belga. Hemos constatado su presencia como consejero en un mínimo de 23 sociedades: 8 españolas, 9 europeas y 6 latinoamericanas.[118]

Inversiones inmobiliarias inteligentes y provechosas

Con los beneficios obtenidos como directivo y accionista de la CHADE y de otras sociedades, Cambó erigió un importante patrimonio de casas y fincas. También destacó como inversor en valores bursátiles y financieros a escala internacional.[119]Seguidamente comentaremos las operaciones más relevantes desde el punto de vista económico —algunas le reportaron grandes beneficios, pero otras fueron erróneas y muy costosas para su bolsillo— e intentaremos valorar de forma muy aproximada el patrimonio que dejó Francesc Cambó al morir en 1947.

En Barcelona, Cambó participó en operaciones inmobiliarias clarividentes, ya que se produjeron en zonas de gran revalorización y potencial del área barcelonesa: en la Gran Vía A de la reforma, es decir, en la futura vía Laietana, adquirió solares y construyó dos

grandes edificios; en la zona alta de Diagonal, una vía abierta y urbanizada a partir de 1924, participó en la compra de una finca de dimensiones considerables; y en la costa de Gavà, una zona que terminaría siendo residencial y lugar de ocio para los barceloneses, adquirió extensos terrenos.

Para llevar a cabo esas operaciones, en 1923 Cambó fundó Inmobiliaria Catalana, S. A., de la que era presidente y principal accionista, y participó en otras sociedades, normalmente con la colaboración y dirección de amigos suyos: el banquero Pepe Garí i Gimeno, los también políticos de la Lliga Regionalista Joan Ventosa i Calvell, Josep Bertran i Musitu y su hijo Felip Bertran i Güell, Josep Puig i Cadafalch, etc. Las inversiones inmobiliarias se realizaron sobre todo en la década de los veinte y le aportaron muchos beneficios.

De todas ellas, la primera y más conocida es la que hizo con dos casas de la vía Laietana de Barcelona. Ambas fueron construidas a finales de los veinte y principios de los treinta, cuando esta calle empezaba a ser un gran eje comercial y económico de la ciudad. Pero la forma en la que adquirió los solares y la posterior construcción de las casas fue muy peculiar. Veamos la historia.

El 22 de agosto de 1922, Rafael Llussà i Ferran, íntimo amigo y colaborador del personaje que nos ocupa, adquirió en una subasta pública municipal la parcela C de la manzana 14 de Gran Vía A, la futura vía Laietana. El solar tenía una extensión de 669,45 m2 y costó 365.326,46 pesetas. Tres meses después, el 22 de noviembre, la adjudicación fue subrogada a Cambó, que constaba en la documentación como «ex ministro de Hacienda», por un valor de 389.853 pesetas, a razón de 582,32 pesetas por m2, tras el peritaje del arquitecto municipal Adolf Florensa. No está nada clara la diferencia entre ambos precios, unas 25.000 pesetas, una cifra bastante elevada para la época. Sin embargo, parece evidente que Llussà hizo de hombre de paja de Cambó.[120]El 23 de marzo de 1923, la finca se escrituró a nombre del político.

El 2 de mayo de ese año, ante el conocido notario barcelonés Antoni Par i Tusquets, se constituyó la sociedad mercantil Inmobiliaria Catalana, S. A., que tenía como objeto «la adquisición y construcción, explotación y venta de fincas urbanas, rústicas y negocios». El capital inicial era de un millón de pesetas, distribuidas en 2.000 acciones de 500 pesetas cada una. Cambó aparecía como presidente; su primo

Jesús Cambó i Torras, como vocal y gerente; y Rafael Llussà i Ferran, como vocal secretario. En ese momento, la empresa solo puso en circulación 800 acciones por un valor de 400.000 pesetas, de las que Cambó suscribió 650, el 81,25 %, y contribuyó al pago de dichos títulos con la finca de vía Laietana. Jesús Cambó adquirió 100 acciones y Rafael Llussà, las otras 50. Estos dos pagaron en metálico.[121]

Por otra parte, ese mismo día, el 2 de mayo de 1923, Inmobiliaria Catalana, S. A., adquirió por 165.750,40 pesetas la finca vecina, la parcela B de la manzana 14, que figuraba como solar de la calle Mercaders número 25 y tenía una extensión de 417,45 m2.[122]En un principio, su propietario, Ramon Julià Roldós, aceptó como pago de esa parcela 350 acciones de Inmobiliaria Catalana, valoradas en 175.000 pesetas, acciones que Cambó le recompró un año más tarde.[123]Días después, ambas fincas se unieron en una sola, el futuro número 30 de vía Laietana. La nueva finca, limitada por las calles Laietana, Pare Gallifa y Mercaders, tenía una extensión total de 1.086,90 m2 y costó oficialmente 555.603 pesetas, 564.853 reales. El precio por m2 era de unas 520 pesetas y se acordó con el Ayuntamiento de Barcelona que el pago se haría a plazos durante cincuenta años.[124]Era un trato bastante favorable, pero legal.

Aunque existía la obligación de edificar en un plazo máximo de tres años, los nuevos propietarios decidieron no esperar. El 26 de enero de 1924, Inmobiliaria Catalana, S. A. suscribió un préstamo hipotecario para construir una gran vivienda en vía Laietana 30. El edificio acabaría superando los 10.000 m^2 y el préstamo con el Banco Hipotecario de España sumó un total de 650.000 pesetas, que habría que devolver en cincuenta años al 5,5 % de interés.[125]Poco después, aún en 1924, empezaron las obras de la gran «casa de Cambó», como pronto se conocería el edificio, con bajos, planta y ocho pisos. El director fue el conocido arquitecto Adolf Florensa, que también era, recordemos, arquitecto municipal de Barcelona. La construcción tuvo dos fases: el primer cuerpo del edificio, el que da a vía Laietana, se acabó a principios de 1926.[126]La parte trasera, que es más baja y que da a la calle Mercaders, se construyó más tarde, entre 1930 y 1931. Las características de la casa eran remarcables. Fue el edificio más alto de Barcelona hasta 1935, cuando se construyó el rascacielos Jonqueres-Urquinaona, y era un edificio dedicado preferentemente al

uso comercial. Salvo las dos plantas superiores, que Cambó se reservó para él, el resto eran oficinas y despachos en alquiler. Adolf Florensa utilizó las técnicas más modernas para construirlo y su sobrio estilo clasicista, inspirado en la arquitectura business de la escuela de Chicago, supuso un auténtico hito de la construcción novecentista catalana.[127]

Al mismo tiempo, el 15 de enero de 1924, Inmobiliaria Catalana compró otra finca de vía Laietana muy próxima a la anterior, al otro lado de la calle Pare Gallifa: era la parcela B de la manzana 12. El solar se compró a la sociedad Macaya y Cía., S. L., constituida por Ramon Macaya Sanmartí y su hijo Juan Antonio Macaya Salvadó-Prim, a cambio de 408.518,53 pesetas pagaderas en cien plazos semestrales. Esa parcela, el futuro número 28 de vía Laietana, ocupaba un total de 836,62 m2 y había salido un poco más barata: 488 pesetas por m2.[128]En 1930, Inmobiliaria Catalana, S. A. construyó otro edificio en ese solar. Lo ideó Adolf Florensa con la misma finalidad comercial y de oficinas, aunque no era tan noble ni alto como el anterior: tenía bajos, planta y seis pisos. Como Cambó se reservó las plantas séptima y octava de la casa número 30, la finca vecina, la 28, se hizo dos pisos más baja para no obstaculizar la vista de toda la ciudad desde el primer edificio. El mismo año 1930, Florensa colaboró con el famoso arquitecto francés Jean-Claude Forestier para proyectar un jardín en la terraza del número 30, además de unas salas que serían el pequeño museo donde se expondría la colección de pinturas de Francesc Cambó.

Inmobiliaria Catalana, S. A. adquirió luego otra parcela en vía Laietana, el solar D de la manzana 13, un poco más arriba y al otro lado de la calle, al lado del Casal del Metge (actualmente vía Laietana 33). Producía un chaflán con la plaza de Antonio Maura y estaba frente a los futuros edificios del Banco de España, actual Caixa Catalunya, y del Foment del Treball Nacional. En este solar, un poco más pequeño que los anteriores (670 m^2), Cambó no llegó a construir nunca un edificio. El precio de compra había sido de 387.468 pesetas, 521 pesetas por m^2.[129]

Presidida por Cambó, Inmobiliaria Catalana también participó en la adquisición de una gran propiedad en la zona alta de Barcelona, la finca L'Estela, justo en medio de la Diagonal, tocando con la actual avenida de Pedralbes y la plaza de Pius XII. Sobre todo ocupaba el

lado sur de la Diagonal, cerca de la nueva Maternidad, e iba desde el actual Hotel Princesa Sofía hasta la Gran Vía de Carles III, es decir, hasta las dos grandes «torres negras» de CaixaBank. Por el sur, llegaba hasta la calle Mejía Lequerica y la Maternidad. Parece que fue Puig i Cadafalch quien propició esta compra, previendo su gran revalorización potencial.

La apertura de la Diagonal hasta Pedralbes de 1922-1924 afectó a la finca, que perdió su parte norte y vio cómo se derruía la masía L'Estela. Entonces la compró la Sociedad Finca Estela, en la que participaban Cambó, el famoso banquero Pepe Garí i Gimeno (que era el principal accionista), Joan Ventosa, Josep Puig i Cadafalch y el Banco Hispano Colonial, entidad muy vinculada a la familia Güell, los mayores propietarios de toda esa zona alta de la Diagonal. Cambó poseía un 23,33 % de las acciones, que correspondían al 16,281 % de la sociedad; dicho de otra forma, una sexta parte. Tras la urbanización de la Diagonal y la pérdida de la parte norte, la finca todavía tenía una extensión considerable: 1.200.000 palmos, es decir, unos 46.000 m2, casi cinco hectáreas. No conocemos el precio exacto de la compra, pero la parte de Cambó figuraba en los activos de Inmobiliaria Catalana de 1943 por un valor de 50.000 pesetas, una cifra muy inferior a su valor real. Después de un largo pleito con los propietarios de las fincas aledañas, L'Estela se vendió en dos fases, una en mayo de 1945, y la otra, en septiembre de 1946. Eso reportó a sus propietarios unos beneficios tan jugosos que Cambó felicitó efusivamente a Puig i Cadafalch por «su buen ojo en el tema de L'Estela, a cuya tenacidad se debe, en primera instancia, el tremendo éxito logrado».[130]Aunque las cifras exactas de la venta no son fáciles de saber por cuestiones fiscales, parece que Cambó ganó más de un millón de pesetas con esa operación.[131]Puig i Cadafalch estaba entusiasmado: «Ya no sé qué hacer con tanto dinero».[132]

Con su Inmobiliaria Catalana, Cambó participó en otra operación económica muy relevante: la adquisición de una gran finca rústica con la intención de especular y venderla luego dividida en parcelas. Con sus amigos Josep Bertran i Musitu, su hijo Felip Bertran i Güell y Joan Ventosa i Calvell, compró la finca Las Marinas de Gavà. El terreno incluía el pinar de Gavà, el actual Gavà Mar, y se extendía un kilómetro en primera línea de playa y cinco kilómetros hacia el interior, donde había campos de cultivo. La finca había pertenecido a

la familia Girona y tenía unas dimensiones impresionantes: unas 39 hectáreas. Solo la parte de Cambó, que constaba a nombre de Inmobiliaria Catalana, estaba formada por 61 mojadas, lo que equivale a 298.685,20 m2, casi 30 hectáreas. En 1935, Cambó, a quien le encantaba bañarse en el mar, pidió al arquitecto Adolf Florensa que le construyera una casa de veraneo. Según Jordi Oliveras, la casa de Gavà era de estilo racionalista y apariencia moderna y funcional. La propiedad fue confiscada durante la guerra civil y en la posguerra fue ocupada por tropas franquistas, que se quedaron hasta 1945 y la dejaron hecha una lástima.

No cabe duda de que esos terrenos en Gavà fueron uno de los grandes negocios de Cambó. Cuando él y sus socios compraron la finca, esta zona estaba muy poco valorada debido a la presencia endémica de mosquitos y su mala comunicación con Barcelona. La llamada «autovía de Castelldefels» no se construyó hasta 1954 y para llegar a la ciudad condal había que cruzar todo el núcleo urbano de Gavà. El acierto de la operación lo demuestra el hecho de que, pocos años después de la adquisición, los terrenos se incluyeron como parte central (la zona de baños) de la futura Ciutat de Repòs i de Vacances, proyectada por los arquitectos del GATCPAC, y que en 1934 se incorporó en el denominado Plan Macià. Dada la enormidad de la finca, el precio de compra tenía que ser relativamente alto: en 1943, la parte de Cambó figuraba en el activo de Inmobiliaria Catalana por un valor de 214.763 pesetas. Pero ese no era en absoluto su valor de mercado. Al morir Cambó, las 61 mojadas se valoraron en 13.115.000 pesetas, una cifra realmente elevada y cercana al precio de mercado que tenía en ese momento su casa de vía Laietana 30.[133]

Además, Inmobiliaria Catalana era propietaria de una finca en el pueblo veraniego de Caldetes (Caldes d'Estrac), en el Maresme. Era una casa con jardín llamada La Ratlla o Galceran. Ocupaba 1.488,70 m^2 y tras la muerte de Cambó se valoró en unas 35.000 pesetas.

A medida que la sociedad incrementaba su patrimonio, lógicamente aumentaba el capital social. En febrero de 1924, las 200 acciones que todavía quedaban en cartera y las 150 que poseían Jesús Cambó y Rafael Llussà fueron suscritas por Ramon Julià i Roldós como pago del solar de la calle Mercaders 25, que completaba la parcela de vía Laietana 30. En enero de 1932 se aumentó bastante el capital, que pasó del millón inicial a 2.500.000 pesetas. En agosto de

1939 se produjo una tercera ampliación de capital de 600.000 pesetas, hasta llegar a un total de 3.100.000. En noviembre de 1941, se hizo una cuarta ampliación con 1.600 acciones de 500 pesetas, aunque solo se pusieron en circulación 900. En marzo de 1945 se sacaron las 700 acciones que quedaban en cartera, con lo que el capital social efectivo llegó a 3.900.000 pesetas. En mayo de ese año se hizo una última ampliación de capital hasta 4.500.000 pesetas. Desde 1939, la junta de accionistas de Inmobiliaria Catalana estaba formada por: Francesc Cambó como presidente; Joan Ventosa i Calvell como vicepresidente; Gonçal Arnús i Pallós, Jesús Cambó i Torras, Josep Maria Casabó i Torras como vocales; y Narcís de Carreras i Guiteras como secretario y gerente. Aun así, el conjunto de propiedades adquiridas por Cambó y que formaban el patrimonio básico de Inmobiliaria Catalana aparece a finales de 1943 con un valor superior al de su capital social. El activo total era de 4.941.161 pesetas.[134]

Durante los últimos cuatro años de la vida de Cambó, Inmobiliaria Catalana vendió la finca L'Estela. Al morir, Cambó poseía casi el 60 % de las acciones de la empresa. El resto, se las había cedido a los administradores de una futura fundación cultural, Fundació Cambó, que tendría que llevar su nombre.[135]En esos momentos, los prestigiosos juristas Antonio Polo Díaz y Manuel Ballbé i Prunés habían dictaminado que la sociedad poseía un patrimonio de 25 millones de pesetas de valor fiscal, aunque «el precio real de los bienes» superaba los 40 millones.[136]

Además de todo eso, Cambó también tenía varias propiedades en la Garrotxa y el Ampurdán heredadas de sus padres. En 1926, su madre Josefa Batlle le había legado una casa, dos censos y un olivar en Verges. Más importantes eran las propiedades en Besalú procedentes del patrimonio de los Cambó: cinco casas en el pueblo, tres casas de labranza y una docena de fincas rústicas, la mayoría cultivadas. Al morir, las propiedades de ambos municipios se valoraron en unas 306.000 pesetas.[137]En diferentes documentos consta que, desde principios de los treinta, Cambó tenía dos casas en Berlín. En los inventarios posteriores a su fallecimiento aparecen «una casa y un solar en Berlín». Quizá la segunda casa fue destruida durante la segunda guerra mundial.[138]En marzo de 1937, durante la guerra civil, Cambó también adquirió la casa donde vivió más de un año, Villa Irenea. Se encontraba en la localidad de Abbazia, entonces

parte de Italia, en la península adriática de Istria.[139]Después de la guerra, la zona se incorporó a Yugoslavia y la ciudad pasó a llamarse Opatija. Las nuevas autoridades ocuparon la casa sin que Cambó pudiera recuperar la propiedad.

Durante su estancia en Sudamérica, Cambó compró diferentes propiedades en Uruguay y Argentina. En Uruguay poseía una casa en Montevideo, dos en la ciudad veraniega de Punta del Este y terrenos esparcidos por la ciudad. Entre las casas de Punta del Este estaba Villa Inverkin, comprada en enero de 1944 a unos ingleses. A finales de los cuarenta, las propiedades uruguayas estaban valoradas en unos 255.000 dólares, que entonces equivalían a unas 12.750.000 pesetas. En Argentina, en enero de 1943 compró la finca Mon Repòs de San Miguel, a unos treinta kilómetros de Buenos Aires. La propiedad formaba parte de la sociedad La Masia, de la que él era el único accionista. Cambó también era un importante accionista de SAICYT, propietaria del grande y lujoso edificio donde residía, el número 4654 de la avenida Alvear de Buenos Aires. Actualmente se llama avenida del Libertador y está delante el parque de Palermo.

Valores financieros y empresariales alrededor del mundo

No es fácil saber con exactitud la cantidad y el valor de las inversiones de Cambó en forma de acciones, obligaciones, bonos, pagarés, emisiones de deuda pública y otros productos financieros. No tenemos referencias exactas sobre su política de adquisiciones y ventas, así que es complicado saber de qué disponía en cada momento. Pero sí podemos hacer una serie de consideraciones generales sobre su trayectoria como inversor. Estuvo bastante activo entre 1920 y 1939 y su estrategia tendió hacia la diversificación, tanto en lo concerniente a las empresas en las que invertía como a los sectores y los países.

Invirtió sobre todo en eléctricas y en los cuarenta adquirió muchos valores de empresas de América, tanto del Norte como del Sur. Todos fueron países donde vivió: Estados Unidos, Argentina y Uruguay, aunque no dejó de invertir en empresas europeas y españolas. Algunas de sus inversiones en Cataluña estuvieron estrechamente vinculadas a sus proyectos y empresas culturales: Editorial Alpha, Tipografía Emporium, Casa del Libro, Editorial

Selecta, Editorial Catalana, etc. También hizo algunas inversiones que podríamos calificar de exóticas o, por lo menos, pintorescas. Aun así, es sintomático que Cambó, uno de los más conocidos y prestigiosos expertos en banca, consejero de Banca Arnús durante años e íntimo amigo de Pepe Garí (el factótum de Banca Arnús-Garí), no poseyera valores de ninguna entidad bancaria salvo Credit Suisse. Es paradójico, pero parece que no se fiaba mucho de los bancos catalanes y españoles.

Cambó se relacionó sobre todo con empresas eléctricas de todo el mundo. No cabe duda de que su cargo directivo de la CHADE y de la SOFINA le permitió vincularse al mundo internacional de los negocios, como se desprende de la lista de sociedades de cuyo consejo de administración fue miembro.

A lo largo de su vida, además de las participaciones en la CHADE, tuvo una infinidad de acciones de otras empresas. Sabemos que, en algún momento, poseyó valores de diez compañías eléctricas europeas y americanas.[140]Y, en Latinoamérica, adquirió valores de al menos quince compañías dedicadas a actividades muy diversas.[141]

En Cataluña, Cambó tuvo participaciones de las compañías siguientes: Inmobiliaria Catalana, S. A., sociedad que presidía, 5.298 acciones; el Hotel Ritz, 239 acciones; Hoteles de Reposo de Cataluña, 50 acciones; Editorial Alpha, 280 acciones; Catalana de Gas y Electricidad, 90 acciones; Auxiliar de la Construcción, 334 acciones; La Seda de Barcelona, 250 acciones; Tipografía Emporium, 476 acciones; Ascensores y Aplicaciones Industriales, 378 acciones; Casa del Libro, 40 acciones; Editorial Selecta, 21 acciones; Celo, 700 acciones; Sanson, 260 acciones; Compañía Especial para la Fabricación Mecánica del Vidrio, 892 acciones y 245 obligaciones; y Compañía General del Corcho, 6.893 acciones. También adquirió valores de muchas empresas europeas y norteamericanas[142]y tenía mucho dinero invertido en emisiones de deuda pública y otros productos financieros de diferentes estados, entre ellos algunos bastante exóticos.[143]

No obstante, en la mayoría de los casos no sabemos exactamente cuándo compró esos valores ni si los vendió. Por lo tanto, no podemos concretar el dinero que tenía invertido en cada producto en un momento dado. Aun así, la relación es bastante extensa y las cantidades de acciones o de moneda son suficientemente elevadas

para pensar que el volumen de dinero que llegó a invertir en esas operaciones fue de muchos millones de pesetas. Hoy, sería una cifra que podría equivaler perfectamente a unos cuantos centenares de millones de euros.

En algunos casos, sus inversiones dieron grandes frutos, como con la revalorización de los terrenos de Gavà o de la Diagonal. La gran valorización de las acciones de la CHADE, por ejemplo, que en 1931 cotizaban al 715 % de su valor nominal y en 1945, a más del 500 %, le debió de proporcionar grandes ganancias. Además, hay que recordar que los primeros paquetes de acciones que Cambó tuvo de la CHADE en 1920 se los regalaron como pago por sus servicios como organizador de la operación de creación de la sociedad y que luego, como presidente del consejo de administración, pudo adquirir en buenas condiciones miles y miles de acciones, obligaciones y bonos. Por otra parte, sus 1.500 acciones de la SOFINA debieron de reportarle enormes beneficios, dado que en 1936 cotizaban en la Bolsa de Nueva York al 1.000 %, diez veces más.

Cambó también se vio salpicado por algún negocio ruinoso, como el de la Compañía General del Corcho (COGECO),[144]creada el 4 de noviembre de 1929 con el sueño de controlar la comercialización del corcho en todo el mundo. Esta sociedad era un consorcio europeo de 21 empresas del sector: españolas, alemanas, belgas, italianas, portuguesas... Aunque era una iniciativa del Banco Central, Cambó fue presidente del consejo de administración desde su fundación en 1929 hasta mediados de 1931, cuando fue sustituido por su amigo Pepe Garí. La compañía controlaba tres cuartas partes de la producción corchera de Europa, pero pronto entró en crisis por culpa de la mala coyuntura económica internacional. Cambó había hecho una considerable inversión inicial, dado que en 1929 adquirió 3.663 acciones preferentes de 500 pesetas y 3.230 acciones ordinarias de 250 pesetas. En total, invirtió 2.639.000 pesetas, que equivalían casi al 5 % del capital de la sociedad. Como solo se suscribieron 61 millones de pesetas de los 100 millones previstos, devino su principal accionista individual. Pero el negocio fue calamitoso. La sociedad empezó a sufrir graves pérdidas y acabó siendo liquidada el 14 de septiembre de 1935. Después de la guerra civil, sus acciones cotizaban en la bolsa española por debajo del 5 % del valor nominal, así que podemos presumir que perdió más de 2 millones y medio de pesetas

de los años treinta, lo que hoy no bajaría de los 20 millones de euros.[145]La calamidad de la operación apareció en los medios de comunicación e incluso fue objeto de alguna chanza de Josep M. de Sagarra.[146]

También hubo otras inversiones fallidas, aunque de una cuantía mucho menor. Una de ellas fue la inversión en unas concesiones mineras de Macedonia propiciadas por el Gobierno griego a principios de 1923. Fue un fracaso total, porque dos años después las prospecciones acabaron en agua de borrajas y los accionistas perdieron todo lo invertido. Esa operación le costó a Cambó varios miles de pesetas, igual que a algunos compañeros suyos de la Lliga Regionalista como Joan Ventosa i Calvell, Josep Bertran i Musitu y Lluís Duran i Ventosa. Aun así, con la proclamación de la república en 1931, decidió no hacer más operaciones económicas importantes en España: «Mi resolución de no participar en ningún negocio asentado en España es cada día más firme».[147]

Evaluar la fortuna de Cambó, «un largo y animado pleito»

Saber con exactitud qué propiedades y valores tenía Francesc Cambó cuando murió el 30 de abril de 1947, o incluso calcular el valor aproximado, entraña una dificultad notable. Primero, por la poca precisión de su último testamento a la hora de explicar y evaluar qué poseía. Y segundo, porque su considerable patrimonio estaba repartido por diferentes países y estaba formado por una gran variedad de bienes: inmuebles, valores financieros, cuadros, otros bienes muebles, etc.

Pero los problemas legales y fiscales posteriores a su muerte y que afectaban directamente a la herencia llevaron a las autoridades argentinas a hacer una investigación exhaustiva para elaborar un inventario de sus propiedades, ya que diferentes Estados (Argentina, España y Suiza) querían percibir su parte del impuesto de sucesiones. Además, el litigio que se produjo entre los albaceas y los herederos provocó la intervención del poder judicial argentino y la elaboración de abundante y compleja documentación. Aun así, es difícil explicitar con certeza qué poseía Cambó, porque se tardó bastante tiempo, casi siete años, en conocer si algunas propiedades y muchos valores

financieros eran suyos en el momento de su muerte, para poder cuantificar un valor monetario.

Un juzgado argentino nombró a dos contables públicos, Alberto Mario Caletti y Carlos Conrado Hebling, como: «Peritos contables designados de oficio para el estudio de los bienes que componen el caudal hereditario de Don Francisco de Asís Cambó y Batlle». Tendrían que calcular el valor del patrimonio al morir Cambó y su evolución posterior, incluyendo los bienes que había en Argentina y en otros países.[148]Los peritos firmaron el dictamen definitivo el 26 de mayo de 1954, siete años después de su muerte. Estaba formado por tres voluminosos informes: el primero trataba de la situación de las compañías argentinas en las que Cambó tenía participaciones considerables; el segundo aludía a su patrimonio distribuido por el mundo; y el tercero analizaba la evolución de ese patrimonio hasta 1954. Los expertos se curaron en salud, diciendo que la labor había sido larga y ardua, ya que habían tenido que buscar documentación en fuentes muy variadas y esparcidas y habían entrevistado a mucha gente. Aunque había propiedades en cuatro continentes: Norteamérica, Sudamérica, Europa y África, y en países con regímenes tributarios muy diferentes, los peritos no salieron nunca de Argentina y pidieron oficialmente información a diferentes organismos de otros Estados, en especial de España, Suiza, Uruguay, Yugoslavia, Marruecos y Alemania.

En Argentina investigaron en un principio tres sociedades, SAICYT, FIMANSA y La Masia, muy vinculadas al patrimonio de Cambó, puesto que servían básicamente para administrar sus propiedades mobiliarias e inmobiliarias en ese país. Poco después de su muerte, en 1948, las tres sociedades fueron disueltas y liquidadas por unanimidad de sus accionistas, representados por los albaceas. Cambó era el propietario de casi todo el patrimonio de Sociedad Anónima Inmobiliaria, Comercial y Financiera (SAICYT), de la sociedad La Masia y accionista mayoritario de Finanzas y Mandatos Sociedad Anónima (FIMANSA). Pero poco después de su disolución,

> aprobada la liquidación por unanimidad entre los liquidadores produjose entre éstos, luego de un tiempo de actuación, una divergencia que determinó la renuncia de uno de los tres liquidadores designados por los accionistas, formulando cargos sobre sus coliquidadores, que fueron contestados por éstos, motivándose una larga polémica.[149]

A los peritos les extrañó la fulgurante liquidación definitiva de

SAICYT y de La Masia, y detectaron la falta de documentación y alguna contradicción grave, como «el deseo expresado por la sucesión de Don Francisco de Asís Cambó de no liquidar el activo, sino adjudicárselo a los accionistas».

La SAICYT era propietaria de la casa porteña donde vivía Cambó, en la avenida Alvear 1.446/1.476, y tenía una cuenta corriente en dólares de Cambó; La Masia era propietaria de la finca de veraneo de Cambó, Mon Repòs; y la FIMANSA, que participaba en varias empresas comerciales argentinas, no había sido disuelta aún el 31 de diciembre de 1953, pese a lo acordado en 1948. En otra sociedad argentina, CITRA, también había muchos títulos y valores de Cambó. En todas las empresas había numerosos títulos de bolsa argentinos y extranjeros dispuestos en diferentes bancos de Buenos Aires, pero no había información detallada. La falta de precisión de la documentación proporcionada a los peritos impidió «la determinación exacta de los papeles y motivó un largo y animado pleito».[150]

Por poner un ejemplo, los peritos discrepaban de la información proporcionada, al considerar que toda «la plantilla G», que los albaceas consideraban «valores y acciones extranjeros ubicados físicamente en el extranjero», una vez analizados por la Inspección General de Justicia argentina, se consideraron «jurídicamente ubicados en territorio nacional por estar depositados en instituciones argentinas». Los peritos tuvieron muchas dificultades para encontrar y cuantificar esos bienes y poder evaluarlos, ya que muchos solo cotizaban en las bolsas de sus países de origen, y no en la de Buenos Aires. En su informe final, manifestaron que habían hallado bienes de tipología muy diversa: muebles, inmuebles, saldos en cuentas corrientes, valores y títulos de muchos países, de empresas diversas y con valores monetarios diferentes.

En resumen, los contables Caletti y Hebling creían que los bienes de Cambó «bajo jurisdicción argentina» eran los siguientes: en muebles y cuadros, 1.625.435 pesos; en rodados, un Austin modelo 1939 valorado en 8.000 pesos; en efectivo en caja, 287.300 pesos; en diferentes bancos, 24.135,59 pesos; en cuentas por cobrar en valor nacional, 525.533,50 pesos; en otras monedas, 141.037,89 pesos; en oro y divisas, 112.210,20 pesos; en títulos y acciones que cotizaban en la Bolsa de Buenos Aires y depositados en instituciones argentinas, 3.692.006,92 pesos; en acciones que cotizaban en la Bolsa de Buenos

Aires pero depositadas en el extranjero, 289.857,75 pesos; en acciones que no cotizaban en la Bolsa de Buenos Aires pero sí en bolsas extranjeras, 2.784.017,94 pesos; en títulos y acciones de «la plantilla G», 1.631.688,89 pesos; en deudas de SAICYT, 77.347,70 pesos. Por lo tanto, el «total de bienes de jurisdicción argentina cuyo valor» se determinó ascendía a 11.043.975,98 pesos.

Fuera de Argentina, los «bienes bajo jurisdicción extranjera» se concretaron así: en bancos de diferentes países, convertidos en pesos argentinos por su valor el día 18 de diciembre de 1947, un total de 746.738,27 pesos; en cuentas por cobrar, 129.282,57 pesos; en oro y divisas en Uruguay, 448.350 pesos; en títulos y acciones, 2.161.308,77 pesos. En España, en casas y terrenos en Barcelona, Gavà y Caldetes, 9.474.088,67 pesos. Es decir, el total de bienes bajo jurisdicción extranjera que habían podido evaluar era de 12.959.760,28 pesos.

También había un apartado con los bienes de valor imposible de determinar, que englobaba: «Los cuadros antiguos de extraordinario valor y en cantidad verdaderamente excepcional para una pinacoteca privada y que pueden estimarse, sin lugar a dudas, en muchos millones de pesos»; varias casas y terrenos en España, Uruguay, Alemania, Yugoslavia y Tánger; los muebles en dichas propiedades, especialmente en Uruguay, dos automóviles Rolls-Royce y un Packard; así como una larga cartera de títulos y acciones. Algunas eran difíciles de calcular porque no cotizaban en bolsa, como las acciones de la Financiera de Uruguay o los valores de la Mediterranean Atlantic Tanger.

En su evaluación inicial, los peritos consideraron que, el 18 de diciembre de 1947, el valor de todas las propiedades de Francesc Cambó según las diferentes jurisdicciones era de 24.003.736,26 pesos argentinos. Sin embargo, habían transcurrido siete años y había que actualizar el valor, dado que en Argentina el coste de vida se había disparado: entre diciembre de 1947 y noviembre de 1953, había crecido un 761,8 %. Además, a nivel internacional, el valor de las diferentes divisas había cambiado con respecto al peso argentino, que se había devaluado mucho. La cotización de muchos valores, la mayoría en pesetas, dólares, francos suizos y libras esterlinas, y también la del oro, había cambiado considerablemente. Además, «la Sucesión de Francisco de Asís Cambó habría percibido todos los años una renta de 1.600.000 pesos, que en los 7 años transcurridos desde el

deceso del extinto sumaban 11.200.000 pesos».[151]Es decir, había que tener en cuenta lo que habían recibido tanto Mercè Mallol como Helena Cambó durante esos años.

Tras muchas elucubraciones y tras aplicar diferentes coeficientes a las principales divisas, a la cotización del oro y a los bienes muebles e inmuebles, en 1954 los peritos evaluaron el patrimonio de Cambó en 112.595.330,41 pesos, y como las rentas percibidas por las herederas entre 1947 y 1954 eran de 2.557.080,99 pesos, el valor conjunto sumaba 115.152.410,90 pesos. Si el 13 de mayo de 1954 un peso argentino equivalía a 0,0375 dólares norteamericanos —o sea, que cada dólar valía 26,66 pesos—, el patrimonio era de 4.260.624 dólares. Si se tradujera a pesetas de entonces, resultarían unos 46 millones de pesetas, pero eso no reflejaba la realidad. El cambio real entre la peseta y el dólar era de más del doble, y no hay que olvidar que, en 1949, Antonio Polo y Manuel Ballbé habían valorado en 40 millones de pesetas solo el patrimonio real de Inmobiliaria Catalana. Por lo tanto, es obvio que el valor real del patrimonio de Cambó calculado en 1954 oscilaba entre los 120 y los 150 millones de pesetas. Para trasladar esas pesetas a los actuales euros, habría que multiplicarlas como mínimo por cuatro, y nos iríamos por encima de los 500 millones.

Otro hecho que lo corrobora es que los peritos argentinos se lavaban las manos. Aseguraban que no habían podido acceder a toda la documentación ni habían podido valorar, por ejemplo, la colección de cuadros de Cambó.

> Pero el patrimonio dista mucho de ser real, pese a que los Peritos han ajustado sus valores a épocas recientes y a situaciones económicamente reales. El valor de los bienes que no ha podido estimarse monetariamente es cuantioso y no se exagera si se afirma que puede igualar o aún superar los casi 115 millones señalados en el capítulo tercero, en su parte final. En este conjunto no evaluado, se incluyen cuadros que valen una fortuna cada uno de ellos (y son casi medio centenar); se incluyen tierras diseminadas por 4 continentes; se incluyen títulos y acciones en cantidad e importe realmente cuantioso. Afirmar que el patrimonio del Sr. Cambó supera los 225.000.000 pesos, no es irreal y aún menos excesivo. Más bien podría decirse que es reducido.[152]

Es decir, también doblaban el auténtico valor del patrimonio.

En efecto, la relación de propiedades y bienes distaba mucho de ser completa, al faltar las propiedades de Berlín, Abbazia y, sobre todo, Suiza. Hay que tener en cuenta que los cuadros que Cambó se había llevado a Buenos Aires, que aparecen valorados en 1.301.500 pesos, o sea, 323.756,2 dólares norteamericanos, y que constituían

más de la mitad de sus bienes en Argentina, solo representaban una parte de su colección. También faltaba la mayoría de su colección pictórica, que se encontraba en el Museo de Bellas Artes de Lausana, los muebles y un automóvil (un Packard) que tenía en Montreux. Tampoco figuraba su otro Rolls-Royce, el que tenía en Barcelona, o las dos butacas que Cambó poseía en el primer anfiteatro del Teatre del Liceu.

Al final de su informe, los peritos añadían que habían presentado sus gestiones y cálculos a los albaceas, Jesús Cambó y Evarist Arnús, calculándolo todo hasta septiembre de 1951, fecha de la mayoría de edad de la hija de Cambó, Helena Cambó i Mallol, poco antes de su casamiento con Ramon Guardans Vallès. Sin embargo, el texto indicaba finalmente que la contabilidad presentada «fue impugnada por la Sra. Mallol de Cambó»,[153]de lo cual hablaremos más adelante.

Cambó ganó mucho dinero gracias a la CHADE y supo invertir con destreza para aumentar de forma ostensible su fortuna. Pero no podemos olvidar que su caso es bastante peculiar, porque también hizo grandes inversiones en actividades culturales, en mecenazgo y en varios tipos de ayudas y donativos. Y al morir, en una actitud tan meritoria como insólita, decidió donar casi toda su espléndida colección de pinturas al museo de la ciudad de Barcelona, que actualmente se encuentra en el MNAC.

Cambó, en sus Memorias, alude a su enriquecimiento gracias a la CHADE y al uso que daba al dinero, pero no explica con detalle los elementos clave de sus negocios. En un apartado titulado «Confidencias sobre mi fortuna», sostiene que se ha exagerado mucho sobre el dinero que tenía y que había demasiadas leyendas en torno a ese asunto.[154]Expone que, en 1920, a causa de su gran actividad política: «Mis gastos habían sido mayores que mis ingresos y las reservas estaban a punto de agotarse», pero que su papel en la fundación de la CHADE fue un antes y un después: «Mi fortuna era considerable, en el sentido de que disponía de ingresos muy superiores a los gastos y podía satisfacer algunas ilusiones de mi espíritu».[155]En mi opinión, peca de modestia y de imprecisión.

En cambio, en su correspondencia privada encontramos reflexiones más interesantes. En 1945, en una carta a Josep Pijoan, confesó que había nacido para gobernar, no para hacer negocios, pero que sin esperarlo se había transformado en un millonario. Reconoció

que ser rico le ocasionaba muchos problemas:

> Ganar dinero, demasiado dinero... fue para mí una losa de plomo (mi generosidad daba a entender que poseía mucho más de lo que había acumulado); los pobres me odiaban por ser rico y los ricos me envidiaban por creer que tenía más dinero que ellos... y los intelectuales no me perdonaron los favores.[156]

Ser rico provocaba envidias y hostilidades. Incluso entonces, al final de su vida, creía que su labor como mecenas no se le reconocía lo suficiente: «De nada me sirvió consagrar gran parte de mis ingresos a actos de mecenazgo, filantropía y adquisición de obras de arte para los museos».[157]Ya se dice que el dinero no siempre da la felicidad ni produce reconocimientos.

La mayoría de los historiadores que han estudiado la fortuna de Cambó no han mostrado mucho interés en calcularla ni en saber por qué la CHADE obtenía esos beneficios tan excepcionales, ni en investigar qué papel desempeñaba el político catalanista en la gestión de esa empresa. Los libros de memorias, y a menudo también las biografías, suelen silenciar episodios desagradables o comprometidos que pueden mancillar a sus autores o biografiados. Con Cambó también sucede. En este libro, hemos señalado las numerosas y notables insuficiencias y sospechosas omisiones de sus recuerdos, así como de las biografías publicadas. Obviamente, obtener información sobre los negocios y el patrimonio de un personaje relevante obliga a hacer casi de detective, y no todo el mundo está dispuesto a asumir esa labor. La búsqueda de documentación para realizar una biografía completa y sin omisiones de Francesc Cambó me llevó a investigar sus actividades económicas durante más de cuatro años, para lo cual tuve que trabajar en diferentes archivos públicos y privados de Europa y de América. El resultado ha sido realmente provechoso, porque no solo localicé documentación oficial (y a veces secreta) de varios gobiernos españoles y argentinos, sino correspondencia privada del susodicho y de otros directivos de la CHADE y la SOFINA, así como documentación muy reservada de ambas compañías: informes confidenciales, telegramas en clave... Eso me ha permitido hacer un estudio documentado sobre las prácticas corruptas de la CHADE en Argentina, sobre el papel que desempeñó en todo ello Cambó y sobre el patrimonio que acabó amasando. En este capítulo, lo he intentado sintetizar.[158]

Capítulo 10

LAS OTRAS PASIONES

Francesc Cambó era de esas personas que no dejan indiferente a nadie. Destacaba por un carácter fuerte que provocaba admiración y hostilidad a partes iguales. También era un hombre atractivo y lo supo aprovechar entablando relaciones sentimentales, algunas de las cuales fueron excesivamente imprudentes y derivaron en situaciones problemáticas. Por eso intentaba ocultar muchas cosas de su vida privada, aunque todo o casi todo terminó saliendo a la luz.

En el último volumen de su biografía sobre Cambó, el historiador Jesús Pabón quiso justificarse por no haber tratado a fondo cuestiones importantes de su vida privada como la familia, la fe, el dinero o «las pasiones», señalando que «todo eso, Cambó quiso ocultarlo a la curiosidad de sus contemporáneos y a las indiscreciones de la historia».[1]No comparto esta opinión pacata porque creo que si uno intenta elaborar una biografía rigurosa y completa de un personaje, por más que su prioridad sea la política, la literatura o los negocios, su vida privada no puede ser ni secundaria ni marginal, sino que arroja mucha luz sobre cómo era en realidad. No se pueden esconder aspectos de su conducta que plasman con fidelidad su personalidad más genuina.

Consciente de las limitaciones y deficiencias de su libro, Pabón se curó en salud con un arrebato de sinceridad: «Reconozco que la obra no es una biografía, sino una Historia Política de su tiempo».[2]Sabía que se había saltado muchas cosas del auténtico Cambó.

Cambó siempre fue muy reservado y mantenía una discreción máxima en los aspectos de su vida privada que podían ser polémicos. Pocos amigos conocían de verdad sus relaciones sentimentales, peligrosas y moralmente censurables para un político conservador y

católico como él. Por lo que sabemos, cabe decir que su vida privada no fue sometida al escrutinio público ni fue utilizada para atacarlo o colocarlo entre la espada y la pared. Gozó de una tolerancia algo sorprendente, ya que recibió duras embestidas personales (e incluso acusaciones falsas) por otras cuestiones, como su asesoría a los bancos durante la crisis de 1920.

Los avatares de su vida fueron poco conocidos hasta prácticamente la guerra civil. En la posguerra, los círculos más cercanos a él empezaron a tener noticia de algunas de sus aventuras, con sus consecuencias. Lo más destacado y divulgado de su vida privada desde los años veinte fue su estilo de vida privilegiado, los considerables lujos y comodidades con los que vivía y sus actividades de ocio, al alcance de muy pocos. Un ejemplo eran los cruceros con su yate *Catalònia*. La envidia al millonario y *bon vivant* Cambó empezó a ser importante.

Un hombre de carácter fuerte

Se ha dicho que Cambó fue una persona solitaria desde pequeño, que se acostumbró a vivir solo y que se forjó su propio camino en la vida. Maduró muy pronto, lógicamente influenciado por otros, pero sobre todo gracias a su voluntad y a sus sustanciales esfuerzos. Esta autonomía es lo que explica su carácter fuerte y poco solidario. A los veinticinco ya tenía el aspecto de un hombre maduro, fino en las formas pero recio, seco y severo en el trato con los demás. Inspiraba respeto y parecía más bien antipático. En 1952, el doctor Gregorio Marañón, que lo había conocido un poco, destacaba su imagen de «hombre altivo ... que despertaba más admiración que espontánea simpatía».[3]No obstante, quienes lo trataron más de cerca aseguraban que en la intimidad era una persona irónica, agradable e incluso amable.

En sus *Memorias* y *Meditacions*, hay muchas referencias a su carácter. Algunas son muy sinceras y revelan que se juzgaba a sí mismo con cierta severidad. Sin negar la fidelidad de esas reflexiones, hay que tener en cuenta que son frases y observaciones escritas para ser publicadas y divulgadas, de forma que no siempre reflejan los atributos especiales de su carácter. En su correspondencia privada, en

cambio, solemos encontrar muestras más consistentes y probablemente más sinceras de cómo era, de cómo quería ser visto y considerado.

Él mismo reconocía que las broncas políticas y los ataques recibidos le habían curtido desde joven: «Desde los veinticinco años, he sido el hombre más injuriado de Cataluña. Todo mi prestigio ha venido de esas injurias y, naturalmente, de quien las inspiraba».[4]Al final de su vida, reconocía: «Por suerte o por desgracia, he sido un excitante y a mi alrededor ha germinado no solo la leyenda, sino las pasiones más desenfrenadas».[5]

La política era su gran obsesión: «Yo había nacido con una pasión: la política».[6]Se consideraba ante todo un político y, por lo tanto, creía que no podía admitir dudas o vacilaciones en público. Para él, solo cabía ganar o perder, no había medias tintas: «Todo lo que dice y publica el hombre político *son actos*: para un político, toda especulación deviene un acto al hacerse pública. Por eso no puede decirse nunca verbalmente o por escrito que un político "ha errado" o "ha acertado"; solo hay que decir que "ha ganado" o "ha perdido"».[7]No poder dedicarse plenamente a la política lo deprimía: «Durante el período de la Dictadura no fui un hombre feliz; más bien al contrario, sentía que pasaban los mejores años de mi vida … condenado a unas vacaciones forzadas».[8]

Una de sus reflexiones confidenciales más radicales sobre lo que implicaba dedicarse con pasión a la política se la planteó como un dilema a Estelrich en 1932:

> En la vida hay que escoger entre la simpatía y la fuerza. Los hombres fuertes pisotean y causan muchas heridas: es natural que su paso durante muchos años, o durante toda la vida, esté rodeado de chirridos e insultos. De mí, puedo decirle que el día que no me sintiese severamente atacado, apasionadamente odiado, sentiría la tristeza de quien se percata de su decadencia.[9]

Cambó quería ser un hombre fuerte que pisoteaba, que se sabía antipático, que necesitaba ser atacado porque era síntoma de su influencia e importancia. Dejar de ser odiado «apasionadamente» era un signo de debilidad y de decadencia. Son frases de una sinceridad pasmosa que no siempre encontramos en las reflexiones de un político.

Su mal genio era proverbial. Tenía poca paciencia, no soportaba que le hicieran perder el tiempo y por eso los mandaba enseguida a

freír espárragos. Tenía fama de ser exigente y severo, no solo con la gente que estaba a sus órdenes, sino también con sus compañeros de partido y amigos. No hay más que recordar lo que dijo su compañero y amigo Josep Puig i Cadafalch en 1946. Esperaba que, una vez casado y con la mujer y la hija viviendo en casa, en permanente conversación, se volvería más comprensivo con las debilidades ajenas y los errores del prójimo.[10]Pero algunos amigos decían que su frialdad y antipatía eran una especie de máscara que se quitaba cuando le convenía. Carles Riba, que tuvo una relación continua con él en la Bernat Metge, emitió un juicio contundente tras su muerte: «Cambó es un chico de fuera con complejos. No trata bien a los que quiere, sino únicamente a los que le son útiles. Por eso se encuentra sin amigos. Soledad. Se pasa horas contemplando santos. Solo tiene fama entre los débiles, como criados que participan por fuerza ante el amo».[11]

Su decisión de ser soltero y dedicarse de pleno a la política lo volvió solitario y egocéntrico. Joan Estelrich, que lo trató mucho, creía que su dedicación exclusiva a la política lo había convertido en un hombre frío y distante: «Ni familia, ni problemas íntimos ni distracciones de consciencia lo distraen o lo perturban».[12]Tampoco era muy sensible a los problemas y necesidades de los más cercanos: «Cambó, que evidentemente no se ha preocupado jamás por la vida afectiva de sus amigos, tampoco piensa en la vida intelectual de sus compañeros, de lo que doy fe ahora después de tratarlo veinte años».[13]Su soltería, decía Josep Pijoan, «ha contribuido a mantenerlo desarraigado».[14]De hecho, era más bien un desarraigo social que político, debido a la falta de vida familiar.

En el prólogo de la versión en castellano de *En torno del fascismo italiano*,[15]publicada en 1925, Ángel Ossorio y Gallardo escribió una de las descripciones más completas y acertadas del carácter especial de Cambó: «Como la mayoría de los hombres excepcionales, está hecho de contradicciones». Las contradicciones citadas son trascendentales: era un hombre de estudio y de acción; conservador y destructor; uno de los más ardientes nacionalistas catalanes y uno de los estadistas españoles más eficaces. Era frío en sus exteriorizaciones y cálido en las intimidades del espíritu; buscaba el éxito, pero despreciaba la popularidad; débil de salud y sobrado de fortaleza; sinuoso e impulsivo; benévolo e intransigente; seco y cordial; hábil e inepto; efusivo y desatento. Ossorio acababa el retrato con esta sentencia:

«Lleva dentro de sí docena de caracteres y enconadas peleas. Alguien que le conoce muy bien dice de él que, a pesar de ser tan delgado, nunca se acaba de darle la vuelta».[16]En efecto, nunca se acababa de conocer a Cambó.

En sus *Meditacions* de los treinta, ya era consciente de que su tiempo político había pasado, que estaba fuera de juego y que su vida había cambiado de arriba abajo: «Mi vida se puede dividir en dos partes: en la primera, cuando me atraía la acción; y en la segunda, cuando lo que me atrae es la meditación y el estudio».[17]

Cambó tenía convicciones religiosas profundas, aunque no siempre seguía las estrictas reglas de la moral católica. Defendió la Iglesia católica pese a argumentar que, en el liberalismo, esta no podía pretender imponerse a todos los ciudadanos. Algunas de sus iniciativas, como la Fundació Bíblica Catalana, evidenciaban su voluntad de consolidar toda una cultura católica y catalanista como si fuera una necesidad política. De ahí sus relaciones estrechas con muchos miembros del clero catalán. Ya hemos hablado de su amistad con el benedictino Bonaventura Ubach, su guía por Tierra Santa y traductor de la Biblia de Montserrat por encargo del político. Ubach también era uno de los sacerdotes con los que tenía relaciones más estrechas y a quien confiaba cosas sobre su vida privada. Era de los pocos a los que hablaba de su ahijada Montserrat y a quien anunció su boda con Mercè Mallol y el reconocimiento de Helena como una «notícia bomba».[18]

Pero donde tenía más colaboradores culturales, amigos y consejeros era entre los capuchinos, como el padre Miquel d'Esplugues y Antoni de Barcelona o su paisano Josep de Besalú. Sin duda, con quien tuvo más contacto personal y político fue con Rupert de Manresa, fundador del convento de Pompeya de Barcelona. Durante la segunda década del siglo xx, muchos domingos Cambó y Prat de la Riba iban al convento de los capuchinos de Sarrià a pasar el día. Iban a misa, comían con la comunidad y charlaban con el padre Rupert y otros monjes durante horas, hasta que anochecía. Cuando murió Rupert de Manresa, el 30 de enero de 1939, Cambó lo lamentó muchísimo: «Con él, pierdo a uno de mis mejores amigos; de esos que no tienen sustituto».[19]

En un plano más político, trató a conocidos e inquietos curas como Carles Cardó, Lluís Carreras y el canónigo Jaume Collell. Llegó a

tener un buen vínculo con el cardenal Francesc Vidal i Barraquer, con quien se vio durante la guerra civil, y el abad de Montserrat, Antoni M. Marcet. En 1937 se entrevistó en el Vaticano con Eugenio Pacelli, secretario de Estado de la Santa Sede y futuro papa Pío XII.

En cuanto a sus lazos familiares, la muerte de su padre y todos sus hermanos lo convirtió en el heredero y único hombre de la familia. Desde 1905 solo le quedaba su madre, Josepa Batlle, que con los años solo iba a Besalú y Verges durante el verano, y en otoño solía trasladarse a Vilassar de Mar con su prima Esperança de Traver, donde permanecía hasta la primavera. Allí iba a verla Cambó muchos domingos desde Barcelona, primero en tartana o en tren y luego con su automóvil. En las *Memorias* explica al detalle cómo pasaban el día, las conversaciones que mantenían, los paseos por el Maresme y demás. Su muerte en 1926 le afectó bastante, porque le hizo ver que ya no tenía familia.[20]Tenía un primo segundo, Jesús Cambó Torras, que en los veinte ya trabajaba como su secretario particular y administrador y fue uno de sus hombres de máxima confianza. Con su mujer, su hijo y ahijado Francesc, Jesús lo acompañó a Argentina y fue uno de sus albaceas.

Amigos personales e incondicionales, tuvo pocos. El más próximo fue Rafael Llussà, a quien conoció en la peña del café Continental, en la plaza Catalunya, a finales del siglo XIX. Llussà se convirtió enseguida en una especie de secretario político y hombre de confianza, tanto cuando tenía el despacho de abogado como después, cuando él y los distintos servicios de estudios se habían instalado en el piso de vía Laietana. Llussà era el filtro que impedía que los pelmas o los aprovechados lo molestaran con sus historias y peticiones. Cuando Cambó decidió dejar de asistir cada noche a las peñas y tertulias para dedicarse plenamente a su formación política, Llussà lo ayudó a mantener su horario a rajatabla. Se levantaba muy temprano, a las seis, leía los periódicos y despachaba la correspondencia y luego dedicaba un tiempo a las visitas obligadas, siempre controladas por Llussà. Solía almorzar en casa con este o con algún invitado con quien quisiera hablar de intereses comunes, pero los comensales sabían que tenían que marcharse enseguida, porque Cambó siempre echaba una siestecita. Volvía a despachar con los de secretaría y salía con Llussà a dar un breve paseo por la ciudad; y si cenaba en casa, lo hacía temprano para poder leer hasta las doce. Llussà era su acompañante

habitual en los paseos e iba con él en muchos de sus viajes. Murió en 1928: «Su muerte me causó una pena inmensa y, muchos años después de haberlo perdido, son pocos los días en que no recuerdo la devoción insuperable que prestó a mi servicio».[21]Hasta que murió, la viuda de Llussà cobró una pensión de Cambó.

El otro gran amigo de Cambó era Rafael Pomés, y lo había conocido en la misma peña nocturna del Continental. Pomés era quien lo acompañaba al Liceu, donde tenían dos butacas juntas en el primer anfiteatro, y compartía muchos de sus paseos nocturnos. Murió el mismo año que Llussà, en 1928, una fatal coincidencia que acentuó su sensación de soledad.

Evidentemente, era amigo de sus compañeros de la Lliga Regionalista, aunque, como es lógico, en diferentes grados de intimidad. En la primera etapa, como adolescente y joven militante catalanista, destacan Pere Rahola y, sobre todo, Josep Pijoan. En los cuarenta, este terminó siendo uno de sus más fieles confidentes. De los que él describía como «la cuadrilla de la Lliga», los que tuvieron mayor relación personal con él fueron Lluís Duran i Ventosa, Josep Bertran i Musitu y Joan Ventosa i Calvell, quizá en este orden. El tono de su correspondencia privada y algunas de las confidencias que les hacía tal vez no llegan a la intimidad que compartía con Josep Pijoan, pero nos denotan una confianza y una estima muy notables. Josep Bertran fue el único de ellos que apareció en su testamento, porque le dejó un bodegón de Zurbarán. La relación con Ventosa fue tan cercana que fue testigo de su boda con Maria del Carme Despujol, en 1910.[22]

Buena vida y buenas casas, pese a una salud frágil

La posición de Cambó comportó que frecuentara los círculos culturales y la alta sociedad catalana y madrileña. De sus otras amistades fuera de la Lliga, hay que destacar la que mantuvo con Gonçal Arnús y su mujer, Pilar Moraleda, sus compañeros de viaje predilectos. Y también la que tuvo con el pintor Josep Maria Sert —de hecho, fue testigo de su boda con la famosa Misia Godebska en París, el año 1920—. En Barcelona faltaba a pocas de las reuniones culturales que organizaba Isabel Llorach en el palacete de la calle Muntaner, o a las fiestas del fabricante liguero Albert Rusiñol. Lógicamente, tenía que ir a los

bailes que daban los Güell por su amistad con Josep Bertran y su buena relación con Joan Antoni Güell i López, segundo conde de Güell, y con su tío, Claudio López Bru, marqués de Comillas.

Aunque refunfuñaba mucho, no tenía más remedio que ir a muchos «actos de sociedad», como las carreras de caballos en el hipódromo barcelonés de Can Tunis. Eso sí, le gustaba más presidir las comidas anuales de la Fundació Bernat Metge en el Hotel Ritz, donde se codeaba con la intelectualidad catalana; o asistir a los conciertos del Orfeó Català, entidad a la que acompañó en algunas giras europeas; o ir al Liceu a oír cantar a sus amigas Maria Gay y María Barrientos.

Se sentía a gusto en las fiestas de la aristocracia madrileña, donde siempre encontraba políticos y mujeres interesantes. Su amiga Leticia Bosch-Labrús, duquesa de Dúrcal y dama de la reina Victoria Eugenia, fue su principal vía de entrada a la nobleza de Madrid. Gracias a ella conoció al duque de Alba, Jimmy, en Suiza, el año 1916. Fue el comienzo de una buena amistad. Con él hablaba y se escribía a menudo sobre pintura, colecciones y posibles adquisiciones de cuadros. Cambó lo metió en el consejo de administración de la CHADE y asistió a fiestas y reuniones en el Palacio de Liria, donde conoció a políticos y aristócratas de la corte.

Era un fumador casi compulsivo. Le gustaba fumar puros y cigarrillos y hay muchas fotografías en las que se le ve con un cigarrillo en la mano. En 1930 se lo prohibieron debido al cáncer de garganta. Años después, en Argentina, se saltó el veto y volvió a fumar, aunque con moderación. A causa de la afección pulmonar, secuela del atentado de Hostafrancs del año 1907, no podía practicar ningún deporte. Le apasionaba nadar y de joven lo hacía en las playas de L'Escala y Empúries. De mayor iba a los baños de San Sebastián, en la Barceloneta, donde su amigo y propietario, Enric Ribalta, le reservaba una caseta. Pescar en el Adriático desde la cubierta del *Catalònia* fue su gran afición durante los veinte y los treinta. De joven había hecho muchas excursiones por Cataluña, pero a partir de 1907 tuvo que moderar sus salidas.

No hace falta reiterar sus múltiples aficiones culturales, como el interés por la pintura, plasmado en su excepcional pinacoteca clásica y contemporánea, y por la lectura: disponía de una fantástica biblioteca con novedades literarias catalanas y espléndidos ejemplares italianos y

franceses de los siglos XVII y XVIII. Era un visitante habitual de museos. Allí donde iba, no quería perderse los más importantes. Admiraba especialmente el Museo del Prado, donde pasaba horas y horas para huir de las broncas del vecino Congreso de los Diputados. En sus recuerdos, encontramos páginas enteras con descripciones de sus visitas al Louvre, a los Uffizi de Florencia, al Museo Vaticano o al Metropolitan de Nueva York. La relación de bibliotecas públicas y privadas y de universidades que menciona en sus Memorias y cartas es realmente impresionante.

Adoraba los automóviles, aunque no conducía él, sino su fiel chófer, Miquel. Llegó a tener tres Rolls-Royce, un Austin y un Packard repartidos por sus casas de Europa y América. Curiosamente, parece que nunca compró un Hispano-Suiza, el espléndido automóvil que fabricaba su buen amigo Damià Mateu. En los años veinte, la casa de vía Laietana tenía un servicio doméstico numeroso: un ayudante de cámara —Enrique Peña—, camareras, cocineras, chófer, jardineros, entre otros.

También le gustaba comer bien, pero en sus *Meditacions* y *Memorias* habla mucho más de los hoteles donde se hospedaba que de los buenos restaurantes a los que debía de ir, o de los menús. Tal vez prefería almorzar en casa con un puñado de amigos y comer platos típicos de la gastronomía catalana. Desde Argentina, encargó a Narcís de Carreras que le enviara semillas de guisante de Llavaneres y habas para plantarlas en su huerto de Mon Repòs. Contrató a un cocinero austríaco para el *Catalònia*, donde los banquetes eran legendarios.

Cambó sufrió mucho por culpa de su frágil estado de salud. El famoso atentado de Hostafrancs de 1907 tuvo graves secuelas, porque la bala alojada en el pulmón le menguó bastante su capacidad respiratoria y aumentó su propensión a la bronquitis y a las congestiones pulmonares. Con los años, la osificación de los cartílagos acabó con casi todos los bronquios del pulmón derecho, hasta que se convirtió en un «bloque de cal».[23]

Tuvo que ir a menudo a balnearios y sanatorios como el de Mont-Dore en Auvernia, Francia, para curarse o recuperarse de dolencias. En abril de 1925, empezó a sentir graves molestias en el sistema nervioso del gran simpático, por lo que tuvo que consultar a diversos especialistas europeos. Al final, el médico Bing, de Basilea, lo sometió a un régimen de calmantes que mitigó bastante las crisis.[24]Sin

embargo, a menudo tenía que internarse durante unas semanas en el sanatorio alemán del doctor Martin, en Friburgo. En otoño de 1927, aprovechó una de esas estancias para escribir *El silenci de Catalunya*. En los treinta volvió varias veces.

Por todo lo mencionado, estaba obligado a llevar una vida poco dinámica y a encadenar temporadas de reposo casi total. Hemos encontrado mucha información que indica que, cuando estaba postrado en la cama, no podía participar en actos públicos ni ir a ciertos sitios. Tenía que someterse a largas convalecencias que aprovechaba para leer y escribir.

También hay que añadir otros achaques menores, como las hemorroides[25]o un permanente dolor de muelas, que le obligaron a someterse a varias intervenciones.[26]En el decisivo año de 1930, las dos operaciones para extirparle el tumor de garganta le apartaron bastante de la primera línea y lo dejaron con un hilo de voz. Estuvo convaleciente unos cuantos meses en el Château d'Ardenne, en Bélgica. Quince años más tarde, se lamentaba de que «ni con un micrófono podía dar un discurso o una conferencia».[27]Tenía que evitar los sitios húmedos y fríos, aunque se encontraba bastante bien navegando con el *Catalònia* en verano.

Vivió en más de una docena de casas por todo el mundo. Primero, en las familiares de Besalú y Verges. En Besalú aún existe Can Cambó, un gran caserón de tres pisos en la calle Major, renovado hace poco, y en Verges hay una placa en casa de los Batlle que explica que nació allí en 1876.

En Barcelona cambió a menudo de piso de alquiler. El primero estaba en la plaza de Sant Miquel, al lado del Ayuntamiento. Después se mudó a un piso más grande de la calle Trafalgar y, luego, a otros en las calles Ausiàs March y Girona. En su gran casa de vía Laietana, vivió e instaló a su secretaría y los servicios de estudios en los pisos octavo y noveno, de unos 600 m2 cada uno. En la azotea, pidió al arquitecto Jean-Claude Forestier que diseñara un jardín con plantas y árboles que se pudieran ver desde la calle. Se preocupó mucho de decorar con fasto su residencia particular, en el noveno piso. Algunos amigos, entre ellos Josep M. Boada, lo ayudaron a comprar muebles en reconocidos anticuarios de París como Casa Seligman. Adquirió muebles antiguos, tapices franceses y flamencos, platas, candelabros de bronce, apliques, terciopelo, bibelots franceses del siglo XVIII de

gran valor, así como una notable colección de jades y piedras duras de la Colección Blondeau que tenía expuestas en vitrinas.[28]También encargó a su amigo Josep M. Sert que pintara todo el techo del comedor principal del noveno piso con escenas históricas catalanas y este más tarde le regaló unos plafones. Tenía contratados seguros para proteger los cuadros, jades, terciopelos y bronces por un valor superior a los diez millones de pesetas de los años treinta.

En 1935, ordenó construir un chalé moderno de una planta en los pinares de su gran finca de Gavà. También fue diseñado por el arquitecto Adolf Florensa. Solo lo pudo usar como caseta de baños un par de años y luego quedó muy deteriorado durante la guerra civil.

En Madrid, Cambó solía hospedarse en una *suite* del Ritz desde que el hotel fue inaugurado en 1916. Estaba un poco más alejado del Congreso de los Diputados que el Palace, donde se alojaban la mayoría de los políticos. Buscaba la tranquilidad y la proximidad al Museo del Prado. En París, normalmente se hospedaba en el Hotel Le Meurice o, sobre todo, en el Hotel Crillon, en la Place de la Concorde. Ambos eran establecimientos de gran lujo. En otoño de 1931, al ver que su estancia en la capital francesa podía ser larga, alquiló un buen apartamento en el 87 del Quai d'Orsay, al lado de Les Invalides. En Londres acostumbraba a hospedarse en el Claridge's, y en Nueva York, en el Savoy.

Durante la guerra civil, primero vivió en Rapallo, Liguria, donde alquiló Villa Barata. En marzo de 1937 compró Villa Irenea, una lujosa torre con jardines frente al mar situada en Abbazia, cerca de Trieste. La decoró profusamente, compró muebles antiguos y dispuso una gran biblioteca. Llegó a encontrarse muy bien allí: «Era mi hogar».[29]El gobierno yugoslavo confiscó la casa en 1945 y nunca se la devolvió ni a él ni a su familia, a pesar de las reclamaciones judiciales. La casa donde vivió en Montreux, Villa Maryland, era de alquiler. Y en Buenos Aires compró un piso espacioso en el número 4654 de la lujosa avenida Alvear, delante del parque de Palermo. También era una casa muy decorada que causaba admiración y asombro entre sus invitados argentinos, que tenían la sensación de entrar en una especie de museo al ver los magníficos cuadros que había expuestos y el lujoso mobiliario. Su casa de campo en San Martín, Mon Repòs, también fue decorada con algunos muebles y cuadros traídos de Barcelona, como los Anglada-Camarasa. De las cosas que más le gustaban de Mon

Repòs eran su jardín, donde tenía unos rosales maravillosos, y su huerto, donde tenía contratado a un agricultor que le cultivaba verduras, tomates, melones, guisantes y habas. También había un gallinero que estaba a cargo de Helena y que le daba huevos y pollos, así como colmenas que producían varios centenares de kilos de miel. Su casa de verano en Punta del Este, la uruguaya Villa Iverkin, estaba rodeada de bosques inmensos de pinos y eucaliptos y tenía vistas al mar. También sabemos que antes de la segunda guerra mundial era propietario de dos casas en Berlín, que tenía alquiladas y que le reportaban rentas notables. Seguramente una quedó destruida durante el conflicto, porque ya no aparece en las relaciones de su patrimonio tras la guerra.

El placer de viajar, los cruceros en el *Catalònia*

Una de las grandes pasiones de Cambó era viajar, conocer el máximo número de países y visitar sitios pintorescos. Consideraba que viajar era «una escuela de tolerancia», que constituía un elemento esencial para la educación de un político y que para tomar decisiones acertadas era necesario ver mundo. Por eso, fue uno de los políticos catalanes y españoles de la época que más viajaron. Siempre que podía, normalmente en verano, hacía largos viajes, a veces de hasta dos y tres meses. Recorrió ciudades y países de buena parte de Europa, de África y de Asia Menor. Fue dos veces a Argentina: una en 1924, cuando también visitó las cataratas del Iguazú, y la otra en 1929. En verano de 1940 se trasladó a América y viajó por Estados Unidos y Canadá, y una vez asentado en Buenos Aires, recorrió gran parte de Argentina y fue a Uruguay y Brasil.

Antes de iniciar un viaje largo se informaba previamente del país, hacía una previsión del itinerario, se documentaba y buscaba la compañía de guías expertos: el padre Ubach —Palestina, Egipto, Siria y Líbano—, Sadurní Ximénez —Grecia y Turquía—, Gabriel Walter —Grecia— y Ada Lahowska —países nórdicos—.[30]No contaremos con detalle lo que visitó cada año, pero sí destacaremos que de 1905 a 1921, cuando empezaron sus cruceros en el *Catalònia*, casi cada verano se movió por Europa occidental y el Mediterráneo, desde Marruecos hasta Grecia y Turquía. En esa primera etapa, sabemos que

sus destinos predilectos fueron Francia (especialmente París) e Italia. En verano de 1910 realizó su esperado viaje a Noruega —que no había podido hacer en 1909 por culpa de la Semana Trágica—; fue un crucero por los fiordos, por las islas Spitsbergen y por Suecia. Le acompañaron el matrimonio Par, Ferran Agulló y Víctor Rahola.[31]En 1911 visitó por primera vez Turquía, pero apenas salió de Estambul. Al año siguiente hizo su primer viaje a Grecia y visitó Atenas y Salónica por motivos profesionales. En verano de 1915 fue invitado a la casa que tenían en Fuenterrabía Leticia Bosch-Labrús y su marido, el duque de Dúrcal, y luego pasó un par de semanas con la pareja en St. Moritz, Suiza.

Existe una carta deliciosa que le escribió a Joan Ventosa en agosto de 1916 desde el Saint Moritz Palace Hotel, en la que relata la vida tranquila y relajada que lleva,[32]el ambiente frívolo entre las numerosas aristócratas (que se sentían muy solitas),[33]el éxito de su amiga Leticia haciendo de princesa[34]y el gozo que obtenía él de contemplar tan curioso espectáculo.[35]

En verano de 1920, volvió a Grecia tras unas semanas en Font-Romeu y Port-Vendres.[36]Allí se vio con Elefthérios Venizélos, el político griego más influyente del momento, a quien había conocido en París. Su propósito era invertir en unas minas de Macedonia, pero la apuesta salió mal. En verano de 1922 estuvo unas cuantas semanas con los Arnús en el lujoso Hotel Sarcion de Mont-Dore, en la Auvernia francesa, y luego en el balneario navarro de Betelu.

Durante la dictadura primorriverista, liberado de sus obligaciones políticas, Cambó pudo hacer viajes largos en cualquier momento del año. En la primavera de 1924 estuvo mucho tiempo en Italia y aprovechó para documentarse de cara a escribir *En torno del fascismo italiano*. Al cabo de dos años, pasó todo agosto en Florencia después de perder a su madre. Y en la primavera de 1928 estuvo una buena temporada en París. Durante esa estancia escribió una descripción bastante interesante, gracias a la cual nos hacemos una idea de cómo era vivir en esa ciudad durante el período de entreguerras para alguien como él, dispuesto a gastar mucho y pasarlo en grande.[37]Además de París, también conoció bastante bien Roma, Londres y Berlín. Hizo visitas culturales a Venecia, Florencia, Atenas, Jerusalén y Estambul. Mostró menos interés por las ciudades norteamericanas, aunque admiraba la espectacularidad de Nueva

York. Al final de su vida, se adaptó relativamente a Buenos Aires, a pesar de su déficit cultural.

Pero del Cambó viajante lo que ha pasado casi a la categoría de leyenda han sido sus cruceros con el yate *Catalònia*. Son muchas las historias y los chismorreos que se han llegado a contar sobre el yate, sobre los espectaculares viajes que hacían, los tripulantes y el «clima» que reinaba entre los pasajeros. En esa época, solo una minoría privilegiada podía permitirse viajar tan lejos y durante tanto tiempo —a veces durante más de dos meses—, en condiciones tan excepcionales y visitando parajes históricos míticos que acababan de abrir sus puertas a los turistas más selectos. Fueron cruceros insólitos para la época. Cambó iba acompañado de unos cuantos amigos, con los que visitaba lugares espectaculares y disfrutaba de una gran comodidad. Siempre los recordaría como los momentos más agradables de su vida: «El *Catalònia* ha sido una de las grandes ilusiones de mi vida. En él pasé las horas más felices hace cerca de veinte años ... Y es que en el *Catalònia* yo vivía más para mí; vivía más mi vida».[38]En 1942, desde Argentina y en un tono muy nostálgico, reconocía: «Los recuerdos de esos viajes se cuentan entre los más exquisitos de mi vida».

Durante su visita a Grecia de verano de 1920, le apasionó navegar por esas islas y costas. Reconoce que: «Al volver de Grecia, las ansias de tener un *yacht* se me habían clavado tan adentro que ya no tenía remedio».[39]Dicho y hecho, después de varios tejemanejes para hacerse con un *yacht* que había sido del gran duque Cirilo de Rusia, finalmente se decidió por un yate de unas cien toneladas, con dos motores y 120 caballos. Había sido construido en Finlandia en 1914, tenía pabellón danés y estaba fondeado en Estocolmo. Se lo anunció alegremente a Joan Ventosa el 16 de mayo de 1921: «He comprado el *yacht* en Estocolmo ... Lo del *yacht*, no se lo digas a nadie. Lo he comprado a nombre de un Boada para evitar chismes».[40]

Lo bautizó como *Catalònia* y ordenó diseñar un estandarte con la señera catalana y el perfil de la montaña de Montserrat. El barco tenía cámaras para unos diez o doce invitados y contaba con una tripulación de unas ocho personas, entre marineros, miembros de servicio y el chef.[41]Primero tuvo un cocinero francés y luego otro vienés que, según parece, cocinaba bastante bien. Su amigo Josep M. Sert dibujó la vajilla de la embarcación. Cambó tenía una cámara en la

proa relativamente espaciosa, con una cama ancha y un escritorio.

En sus escritos Cambó informa poco sobre sus acompañantes en el *Catalònia*. El matrimonio formado por Pilar y Gonçal Arnús iba casi siempre.[42]Sus buenos amigos Rafael Llussà y Josep M. Boada iban con mucha frecuencia, y también María Barrientos. El pintor y coleccionista Oleguer Junyent, que lo había asesorado a menudo en la adquisición de cuadros, también fue uno de los pasajeros más habituales, muchas veces acompañado por su esposa Adelina. Junyent viajó en el primer crucero de 1921 y también en el de 1922, que estuvo lleno de percances y que acabó cancelado. Luego fue invitado a los viajes de 1932, 1934 y 1935. Junyent pintó numerosas acuarelas con «chicas jóvenes» para plasmar cómo era la vida en el *Catalònia*, y dibujó a Cambó con gorra de capitán de navío, leyendo o pescando. Hay otra acuarela de la cabina de su anfitrión, decorada con pinturas de Sert. También fue el autor de varias de las fotografías que se han conservado de esos cruceros. En una se ve a Cambó delante del Partenón de Atenas, y en otra sale mostrando un pez magnífico recién pescado.[43]

También sabemos que fueron invitados al *Catalònia* Mercè Mallol, Paquita Verdaguer, el matrimonio Par y seguramente otros amigos. Cambó no menciona a muchas mujeres, pero reconoce que a menudo «la compañía no podía ser más agradable».[44]

En sus *Memorias*, solo relata al detalle cinco viajes, los de 1921, 1922, 1923, 1925 y 1931.[45]Son descripciones bastante pormenorizadas e interesantes de los cruceros que quizá le parecieron más destacados, aunque realizó muchos más. Como nos explica, sus cruceros con el *Catalònia* podían diferenciarse según el año:

> Los años impares hacía un gran viaje por el Mediterráneo, desde Egipto hasta el Bósforo, siguiendo las costas de Palestina, Siria, Asia Menor y Grecia, visitando cada año algún núcleo de las islas griegas. Al final de ese viaje, consagraba los pocos días que me quedaban a la pesca. En cambio, los años pares no salía del Adriático y no hacía más que salir a pescar ... por la costa y las islas, donde se encontraban innumerables y maravillosos recovecos, tanto para el descanso como para la pesca.[46]

Realmente se lo pasaba muy bien pescando y, después, comiendo ejemplares excelentes de dentón, salmonete, cabracho y lubina.

Esta diferenciación de años pares e impares nació en 1923, porque los dos primeros cruceros fueron por el Atlántico y estuvieron plagados de contratiempos. El primer viaje comenzó el 10 de julio de 1921 y fue interrumpido porque Cambó tuvo que regresar

urgentemente a España. El *Catalònia* tenía entonces una tripulación alemana y el capitán era un experto navegante de Hamburgo llamado Dreyer. Iban a bordo Pilar y Gonçal Arnús, Josep M. Boada, Rafael Llussà, Oleguer Junyent y la finlandesa Ada Lahowska. Embarcaron en Estocolmo y visitaron los países escandinavos y bálticos. También quisieron ir a Petrogrado, pero las autoridades soviéticas les denegaron el permiso. A principios de agosto, en Bergen, Noruega, Cambó recibió un telegrama de Ventosa en el que le comunicaba que Maura le reservaba el Ministerio de Hacienda. Tuvo que abandonar a toda prisa el yate, que sería llevado hasta París con la tripulación. Allí se reformarían a fondo las cámaras y la cocina y se repararían los motores.

El segundo crucero del *Catalònia* tuvo lugar en verano de 1922. Cambó había contratado a un capitán de Vilassar de Mar, Pau Bruguera, y una tripulación mayormente del Maresme, pero el viaje resultó un pequeño fiasco. El yate salió con esa tripulación de París, cerca del Pont d'Alexandre, y navegó por el Sena hasta Brest. Luego, mientras surcaba el Cantábrico y se acercaba a la costa gallega, tuvo una grave avería en los motores que hizo que penetrara agua en el casco y la tripulación abandonó a la desbandada el barco, que, afortunadamente, no llevaba pasajeros. Al final se pudo remolcar el yate hasta Ferrol, donde Cambó expresó su enorme indignación con los tripulantes por su insólito comportamiento[47], y se reparó en Vigo. Pero cuando navegaba con todos los pasajeros por la costa portuguesa, más averías en el motor obligaron a atracar el barco en Lisboa. Cambó y los invitados tuvieron que proseguir su viaje por Portugal y el sur de España en automóvil.[48]Ese barco no estaba preparado para navegar por el Atlántico, sino por el Báltico, que es más tranquilo. Entonces, su propietario decidió que era más prudente y lógico llevarlo por el Mediterráneo, pero con una tripulación más experimentada que la que comandaba «el imbécil capitán de Vilassar».

En 1923, desde Trieste y con una nueva tripulación formada por marineros austríacos comandados por el capitán Rankel, el *Catalònia* realizó uno de sus cruceros más largos e interesantes, y sin problemas técnicos. Fueron tres matrimonios —no sabemos cuáles—, Cambó y un arqueólogo menorquín bastante extravagante, Sadurní Ximénez, que era un guía experto y gran conocedor de Grecia y de Asia Menor. Durante casi dos meses visitaron la costa adriática, las islas Jónicas, el

Peloponeso (Olimpia, Epidauro), Atenas, Delfos y las islas del Egeo: las Cícladas y las Espóradas. Llegaron a los Dardanelos y el Bósforo, estuvieron una semana en Constantinopla, la moderna Estambul, y allí recibieron la noticia del golpe de Primo de Rivera. El viaje de vuelta se hizo por la costa de Asia Menor (Troya, Pérgamo y Bursa), se regresó a las islas del Dodecaneso, a Atenas y luego se cruzó el canal y el golfo de Corinto hasta llegar al Adriático y a Trieste. Ese largo viaje le sirvió a Cambó para escribir los artículos que acabarían formando su libro *Visions d'Orient*. En el verano de 1924 no hizo ningún crucero con el *Catalònia* porque viajó a Argentina y Brasil.

Entre enero y abril de 1925, el *Catalònia* hizo una larga travesía por Egipto, Palestina, Siria, Turquía y Grecia. Lo más espectacular fue el arduo y accidentado ascenso por el Nilo desde Alejandría hasta Asuán, pasando por El Cairo, Luxor y Asiut. Por tierra, los expedicionarios llegaron hasta Abu Simbel. Luego fueron en tren y en automóvil desde Alejandría hasta Palestina y el benedictino Bonaventura Ubach los guio por Jerusalén, Galilea y Siria, donde visitaron Damasco y Palmira. De nuevo en el *Catalònia*, recorrieron la costa de Anatolia, la isla de Rodas y la costa del Peloponeso.

En julio de 1926, mientras navegaba por la costa dálmata, Cambó tuvo que interrumpir el viaje al enterarse del mal estado de salud de su madre. Desde Dubrovnik, regresó enseguida a Venecia y cogió un pequeño avión en el que solo iban el piloto y él. Llegó a Cataluña a tiempo de verla con vida. En 1927, el *Catalònia* se limitó a navegar por el Adriático y visitó principalmente Corfú y la costa albanesa.

A principios de 1929, Cambó quiso repetir el viaje a Egipto y navegar por el Nilo; no lo hizo con su yate, sino con un barco más adecuado: un crucero de la compañía Cook, en el que obviamente iban más pasajeros. Quizá le atraía que María Barrientos fuera la invitada especial del crucero: «Cada día, al caer la tarde hay un concierto en cubierta: los que conocen las puestas de sol en el Nilo y han escuchado a la María Barrientos de esa época entenderán el nivel de belleza y de emoción que conjugaban esos dos factores».[49]

Ese mismo verano de 1929, con el *Catalònia*, Cambó y su séquito revisitaron las islas griegas del Egeo y llegaron hasta Estambul y el Bósforo. En 1930 no hubo ningún crucero debido a sus operaciones de garganta, pero en 1931 sus vacaciones de verano duraron casi tres meses. Primero, en julio, hizo una larga excursión en coche por los

Dolomitas, donde visitó el Alto Adigio y Cortina d'Ampezzo. Después, embarcó en el *Catalònia* en Venecia y comenzó un viaje por el Mediterráneo oriental. Volvieron a pasar por Corfú, el Peloponeso, las islas del Egeo, Rodas y Chipre. Visitaron varias excavaciones griegas (Naxos) guiados por sus directores: el arqueólogo alemán Gabriel Welter y su becario Josep Gibert. Luego salieron desde Beirut y recorrieron el Líbano (Trípoli, Biblos y el Crac de los Caballeros), la costa de Siria (Alepo y Antioquía) y Anatolia, acompañados también por el padre Ubach. Desde allí, y sin perderse un anochecer en el cabo de Sunio, fueron a Atenas. La vuelta fue la de siempre, por el canal y el estrecho de Corinto hasta llegar a Venecia el 15 de septiembre.

En 1932, le explicó a su amigo Lluís Duran i Ventosa que: «Si ningún suceso político lo impide, desde el 12 de julio hasta los primeros días de septiembre pasaré mis vacaciones en alguna isla del Adriático, cerca de Venecia ... Quiero pasar un verano tranquilo, navegar poco y dedicar el tiempo a pescar, leer y escribir».[50]Pudo hacerlo sin contratiempos y en buena compañía.

No tenemos mucha información sobre los veranos de 1933, 1934 y 1935, aunque gracias al testimonio de Oleguer Junyent sabemos que navegaron por el Adriático, el Jónico y el Egeo. La guerra civil sorprendió a Cambó en el *Catalònia*, navegando por el Adriático, y debido al conflicto el crucero fue muy breve. Lo mismo sucedió en 1937 y 1938. Solo pudieron realizar salidas cortas de ocho o diez días por el Adriático. Fueron entre junio y agosto, pero volvieron enseguida a Italia. Invitaba a algunos colaboradores suyos, como Paquita Verdaguer. Durante esos veranos también estuvo brevemente en Mont-Dore y en Suiza. Gracias a los cruceros en el *Catalònia*, Cambó presumía de conocer a fondo el Adriático, el Jónico y el Egeo. Opinaba que la costa dálmata era más espectacular y agradable que la Costa Brava catalana.

En febrero de 1939, Cambó pidió a su amigo Josep M. Sert que le dejara probar su barco Saint-Alexis, que estaba fondeado en Trieste. Creía que tenía que: «Dejar descansar al *Catalònia* ... porque se ha hecho viejo».[51]La prueba resultó positiva y ese verano hizo tres salidas por el Adriático con el barco: hizo dos breves en julio, y otra más larga en agosto. La comparación entre ambas embarcaciones resulta curiosa: «El Saint-Alexis es más pintoresco, tiene más gracia y es más *chic* que el *Catalònia*. Pero este era más confortable y estaba hecho con

mayor sentido común. En aquel predomina la decoración; en este, el confort».[52]Ese año, Cambó vendió su querido *Catalònia*.

Una vida sentimental complicada

No es ningún secreto que a Cambó le gustaban mucho las mujeres y que esa predilección le ocasionó algunos problemas. Creía que su dedicación a la política, y la imagen que quería proyectar, no era compatible con tener mujer e hijos en casa y cumplir las obligaciones familiares que eso conllevaba. Decidió seguir soltero y no tener familia oficial y pública, aunque eso no lo privó de tener relaciones sentimentales. De ahí que sus amoríos fueran complejos. En ciertos momentos los buscó incluso con pasión.

Hay una infinidad de leyendas, historias y anécdotas sobre Cambó y las mujeres, pero muchas son poco creíbles y no las recogemos. Revelaremos lo que hemos podido documentar, fuera porque él mismo lo dejó escrito en algún momento o porque hay testimonios directos y verídicos de gente próxima a él, o porque hemos encontrado documentación que lo atestigua.

La leyenda del Cambó mujeriego tiene un fondo de verdad. Cambó conoció a muchas mujeres de ámbitos muy diferentes, desde los más selectos de Barcelona, Madrid, París, Roma, Florencia e incluso Trieste, hasta gente del mundo artístico y cultural.

Parece que no hizo mucho caso de las diversas consejeras sentimentales que tuvo, desde su madre o su hermana Cristina hasta la señora Paquita Verdaguer, que más de una vez le dijeron con qué mujer debía casarse y con cuál no. Suponemos que algunos amigos curas o directores espirituales también lo debieron de aconsejar sobre la necesidad de cambiar de vida, sentar la cabeza y evitar el escándalo que podría darse en caso de que se conocieran sus imprudentes relaciones sentimentales.

En su correspondencia privada encontramos comentarios ocasionales sobre algunas mujeres a las que conocía, sobre si eran agradables o no, si eran feas o bonitas, y también sobre la falta de vida sexual que a veces debía soportar.[53]

Para empezar, Cambó tenía una curiosa predilección por las mujeres que se dedicaban al bel canto, como Maria Gay y María

Barrientos. Su primer amor, de muy joven, fue la primera: Maria Lourdes Pichot i Gironès, más conocida por su nombre artístico, Maria Gay, y por su apodo familiar, Niní. Era una de los siete hijos del matrimonio barcelonés formado por Ramon Pichot Mateu, dedicado a la importación de coloniales, y Antònia Gironès Bofill. A finales del siglo XIX, sus padres se construyeron una casa en la punta de Es Sortell, en la bahía de Cadaqués, con lo que se convirtieron en los primeros veraneantes de ese pueblo ampurdanés. La casa de los Pichot en Cadaqués fue un lugar de encuentro para intelectuales, artistas y músicos, porque dos hermanos de Maria (Lluís y Ricard) eran músicos conocidos, otro (Ramon) era pintor y una hermana (Mercè) se casó con el periodista, poeta y escritor Eduard Marquina. Maria llegó a ser una de las *mezzosopranos* o contraltos más populares de su época. Estudió escultura y música desde muy joven y cantó en el Orfeó Català.

Fue el primer amor barcelonés del joven Cambó, que tenía tres años más que ella. Se debieron conocer entre 1895 y 1896, cuando era corista del Nova Catalonia. «Asistí a su primer gran éxito: un concierto en el salón Parés, en el que cantó canciones catalanas y *lieder* de Schumann. Todavía era el siglo XIX. La acompañé a su primera *tournée* artística, al final del siglo, a Mallorca.»[54]Pero la relación entre esos casi adolescentes duró poco, porque Maria, que estaba recibiendo clases del músico y compositor Joan Gay, se casó con este en 1897, cuando solo tenía dieciocho años. El matrimonio se marchó a París, donde ella inició una brillante carrera. Debutó en 1902 en Bruselas con el apellido del marido. Llevó al escenario *Carmen* de Bizet y se convirtió muy pronto en la intérprete más destacada del mundo de dicha obra.[55]Aunque su vida sentimental cambió,[56]actuaba regularmente en el Liceu de Barcelona y Cambó iba a escucharla.[57]Una vez fue a verla al Teatro Real de Madrid, donde interpretaba *Sansón y Dalila*: «Al verme entrar en el gigantesco camerino, lleno de viejos aristócratas que la cortejaban, vino a abrazarme gritando: “Todos estos pasmados aún se creen que lo que le cortó Dalila a Sansón fue el cabello”».[58]

Mantuvieron una buena relación. Maria era una mujer de carácter fuerte y acento patriótico, y recibió más de una amenaza de detención de las autoridades «por su repertorio catalanista». En 1940, cuando Cambó fue a Estados Unidos, se reencontraron en Nueva York

y cenaron juntos muchas veces, o bien en su piso delante de Central Park o en el Hotel Savoy, donde vivía él.[59]Cuando murió en agosto de 1943, Cambó se sintió muy afligido: «Pierdo a una de las amistades más antiguas, íntimas y profundas de mi vida. Es una de esas pérdidas que no pueden subsanarse».[60]

No sabemos a ciencia cierta quién era la mujer que, según Cambó, estuvo a punto de casarse con él en verano de 1905.[61]¿Quizá Maria Gay, que entonces estaba medio separada de su marido? Podría ser, porque ella estaba de gira por Europa y aquel agosto Cambó visitó Italia, Francia e Inglaterra.

Tres años después, en 1908, Cambó estuvo cerca de anunciar su compromiso con Josefina Güell i López, hija de Eusebi Güell i Bacigalupi y de Isabel López Bru, condes de Güell. Josefina había nacido en 1888 y era la novena de los diez hermanos Güell López. Tenía veinte años, y Cambó, treinta y dos. Él era buen amigo de Josep Bertran i Musitu, que en el año 1900 se había casado con Maria Cristina Güell i López, una de las hermanas mayores de Josefina, y también conocía al heredero, Joan Antoni, futuro conde de Güell y marqués de Comillas. Emparentarse con los Güell, igual que su amigo Josep, seguramente habría aumentado su presencia en el mundo de los negocios y en la vida aristocrática de Barcelona. También habría cambiado algo su vida política, pero no lo sabemos, dado que el hipotético matrimonio no pudo ni siquiera anunciarse. Ella contrajo tuberculosis, como las hermanas de Cambó, y murió ese mismo año.[62]

Según contó él mismo, durante esos años lo intentaron casar con Glòria Bulbena, una chica de la buena sociedad barcelonesa que era quince años menor que él. «Se le ocurrió la idea a la madre de Paquita Verdaguer» y esta última, la madre y la tía de Glòria Bulbena maquinaron un encuentro entre ambos en la finca La Mata, ubicada en Jaén y propiedad de Leticia Bosch-Labrús: «Ni tú ni yo debíamos saber nada. Pero parece que, a última hora, enterada de que en materia de mujeres ya las malas lenguas me daban una mala reputación, a menos que yo hablara antes con ella, no consideraba prudente enviar a su hija a La Mata».[63]

Como vemos, él mismo reconoce que de joven ya tenía «mala reputación» en lo tocante a su relación con las mujeres. En efecto, pronto tuvo relaciones con mujeres casadas, como la conocida cantante María Barrientos, con quien tuvo una larga amistad que, por

lo que parece, derivó en un fuerte vínculo afectivo. La diva estaba casada y tenía un hijo, pero era bastante infeliz en su matrimonio y vivía distanciada del marido. Seguramente conoció a Cambó a través de su buena amiga Pilar Moraleda. Él la llamaba «la Mariola», y en sus *Meditacions* recuerda «los cantos diarios de 1914, cuando ella y yo vivíamos en la torre Arnús de Badalona».[64]El palacete badalonés de los Arnús fue testigo de los encuentros discretos de ambos cuando, según Cambó, «su voz estaba en su máximo esplendor y había llegado a la plenitud en el arte del cantar». A juzgar por los nostálgicos recuerdos del político, cabe suponer que estaban bastante enamorados. La relación entre ellos, más o menos estrecha, duró muchos años. En verano de 1920, por ejemplo, Cambó explicó a Ventosa: «Iremos a verte a Port- Vendres, Bertran, María Barrientos, Pilar y yo».[65]El 28 de julio de 1922, desde Mont-Dore, Cambó escribió a María para preguntarle si estaría unos días en San Juan de Luz para pasar a verla.

María Barrientos también fue una compañera habitual de viaje de Cambó, muchas veces con los Arnús, y antes incluso de la época de los cruceros con el *Catalònia*. En verano de 1924, en el grupo de invitados que habían de embarcarse en el Marsilia en Vigo con destino a Buenos Aires, en el primer viaje que hizo Cambó a Argentina para visitar las instalaciones de la CHADE, también estaban María Barrientos y los Arnús. En una especie de rueda de prensa en la ciudad gallega, ni siquiera Cambó pudo contenerse y señaló que «se proponía acompañar a María Barrientos en su excursión artística y regresaría a España cuando ella regresara».[66]Como ya hemos contado, en 1929 coincidieron en otro viaje a Egipto, en un barco de la compañía Cook que navegaba por el Nilo. Allí, la famosa cantante deleitó a Cambó y al resto de los invitados con sus vespertinas arias de *Aida*. Se reencontraron muchos años después, en 1944, en su casa de Mon Repòs. Hablaron de viejos recuerdos y él la invitó a degustar su plato favorito, habas a la catalana cultivadas en su huerto, pero con la condición de que ella le correspondiera con un concierto íntimo.[67]A ella le gustaron mucho las habas, cumplió la promesa y cantó solo para Cambó. Murió dos años después en el sur de Francia.

Las relaciones de Francesc Cambó con Pilar Moraleda Sala, la esposa de su amigo Gonçal Arnús, han suscitado muchos rumores. Es cierto que, para él, Pilar era mucho más que la mujer de un gran

amigo. Al margen de la leyenda que afirma que las relaciones entre ellos eran conocidas y consentidas por Gonçal Arnús, se sabía que su amistad era íntima. Establecieron una buena comunicación, se prestaban y recomendaban libros, ella le compraba muebles y objetos para el piso de vía Laietana y coincidían en gustos y aficiones. Eso generó entre ambos una confianza ciega. Cuando Cambó quiso reconstruir su casa de Gavà acabada la guerra, delegó en Pilar Arnús para que se encargara de todo. En 1946, Narcís de Carreras recibió una carta del político en la que este había escrito a mano una expresión determinante. Al lado del texto escrito a máquina por secretaría se leía: «Amigo Carreras, puede hablar con Pilar Arnús con plena confianza. Cambó».[68]Para ella no había secretos ni temas reservados. Pilar y Gonçal Arnús habían tenido dos hijos, Evarist y Albert, por los que Cambó sentía bastante estimación y a los que dio un buen empleo en la CHADE.

Una historia más compleja es su relación con Montserrat Ribera, porque esa sí se ocultó bastante. Tenemos pocos datos fidedignos y es una cuestión de la que poca gente ha hablado. Parece que hacia el año 1920 esta mujer trabajó como secretaria en la Lliga Regionalista, donde conoció e intimó con Cambó. De su relación nació una niña, Montserrat. No sabemos si antes o después de este hecho, Montserrat Ribera se casó con un tal Girona, así que la niña pasó a llamarse oficialmente Montserrat Girona Ribera. Esta chica, que Cambó presentaba como su ahijada, trabajó como secretaria en sus oficinas de Italia y Suiza durante la guerra civil, después de llegar allí con su madre. Cambó se hizo cargo de mantener a la madre y a la hija, a las que pasaba una pensión cuantiosa. En 1944 Montserrat Girona percibía de Cambó una pensión de 40.000 pesetas al año, más de lo que cobraba Joan Estelrich como director de la Fundació Bernat Metge, por ejemplo: 36.000 pesetas.[69]En esos momentos, Montserrat Girona ya se había casado con un francés, Paul Meunier, con quien tuvo dos hijos: Montserrat y Pere.[70]Además su madre, Montserrat Ribera, ya enviudada, recibía ese año una pensión de Cambó de 24.000 pesetas. Era el doble de lo que cobraba Carles Riba en la Bernat Metge, por poner un ejemplo.

En 1946, al conocer el casamiento de Cambó con Mercè Mallol y el reconocimiento de Helena como única hija y heredera universal, dicen que Montserrat Girona cayó en una profunda depresión y fue

atendida de urgencia por los doctores Marañón y López Ibor. Estuvo internada unos cuantos meses en el sanatorio del segundo en Madrid[71]y, según parece, no se recuperó nunca del todo.

El hecho de que Montserrat Girona fuera hija de Cambó empezó a ser relativamente conocido durante la posguerra. Entre otras cosas, porque físicamente Montserrat se parecía mucho más a su padre que la propia Helena. Jordi Rubió i Balaguer comentó en una carta a Gaziel que conocía a pocas catalanas llamadas Helena, y una «es la mujer de Guardans, una de las hijas que Cambó tenía *in partibus infidelium*. No se le parece nada a él; la otra, en cambio, era como Cambó con faldas, aunque ahora llevo tiempo sin verla».[72]Unos años antes, el propio Gaziel escribió una carta al editor Josep M. Cruzet en la que le comunicó que Montserrat Girona tenía en su haber documentación muy importante y confidencial de Joan Ventosa, y aprovechó para explicarle el caso de esa mujer:

> Usted ya debe de saber que Montserrat Girona es hija de Cambó, mucho más parecida a él a nivel físico y moral, que la finalmente reconocida como única legítima. También debe de conocer los diferentes infortunios, a cual más grave, que la pobre Montserrat ha sufrido y que en ciertos momentos le desequilibraron los nervios.[73]

Además, Gaziel explicó que Montserrat Girona se negaba a devolver los documentos privados de Ventosa:

> Con el agravante de que contiene piezas muy comprometidas y rigurosamente reservadas que podrían ser sacadas a la luz en cualquier momento con grosería o mala fe y situar a Ventosa en una situación abominable ... ¿Qué ha hecho o qué quiere hacer esa mujer desequilibrada y resentida hasta lo más hondo de su alma, con el precioso dosier?

El editor daba por hecho que no recuperarían los documentos: «Es inconcebible que D. Francesc confiara el depósito del dosier Ventosa a Montserrat Girona. Conozco bastante bien toda la historia y puedo confirmar que se parece mucho más a él que Helena».[74]Sabemos muy poco del destino de Montserrat Girona, pero cuando murió Cambó, recibió un buen paquete de acciones y valores financieros.

Como es lógico, la relación de Cambó con Montserrat Ribera y su hija Montserrat Girona suscitaba comentarios que lo dejaban en mal lugar. Carles Riba le reprochaba su conducta: «Obtener el placer de una mujer y luego maltratarla. A muchas».[75]En su *dietario*, Joan Estelrich narra una anécdota terrible sobre cómo perseguía Cambó a

las mujeres que le gustaban aunque estuvieran casadas. Desayunando en Madrid en casa de unos amigos llamados Ràfols, a ella,

> una austríaca de inteligencia tan moderna y de estructura psíquica tan parecida a la mía, le he escuchado la diatriba más feroz contra F. Cambó. Según dice, él le propuso ser su amante si quería que su marido prosperara; la negativa de ella se tradujo en una persecución contra él. Me lo creo; el gran hombre era complicado.[76]

Que a Joan Estelrich, que también tenía una vida sentimental agitada, le pareciera creíble esa actitud de Cambó, refleja que sus allegados sabían que su debilidad por las mujeres que le gustaban era insensata.

El caso de Mercè Mallol y de su hija Helena es más conocido, porque la historia de las relaciones de Cambó y los embrollos testamentarios *post mortem* parece un serial. Es significativo que Cambó no mencione ni una vez a Mercè Mallol. No lo hace en las *Memorias*, cosa que es un tanto comprensible, dado que aún no se había casado con ella, ni en las *Meditacions*, un hecho más extraño, ya que ese diario lo escribió en unos años en que prácticamente convivía con ella o la veía muy a menudo, sobre todo en Estados Unidos y en Argentina. No obstante, en las *Meditacions* sí que habla de Helena, aunque no muchas veces.

Mercedes —como ella firmaba y como se la llama en toda la documentación encontrada— Mallol i Codina debía de ser una mujer con mucho carácter. Nacida en Barcelona el 12 de febrero de 1900 y fallecida en Madrid el 2 de diciembre de 1996, era hija del médico barcelonés Joan Mallol Padrosa y de Margarita Codina. El abuelo Mallol era un constructor de obras de Palau Sabardera que se había asentado en Cadaqués y había hecho fortuna. Joan Mallol se casó con Margarita Codina, que era un buen partido, y abandonó la medicina: «No ejerció más de médico, sino de rentista y propietario rural. Vivía en Rosas».[77]Los Mallol Codina residían en Barcelona, pero en 1906 se construyeron una espléndida torre modernista de veraneo de tres pisos en primera línea de mar, en Rosas.[78]Mercè realizó estudios primarios y secundarios en diferentes escuelas británicas y francesas, así que dominaba con solvencia ambos idiomas. Hacia 1927 entró al servicio de Cambó como secretaria y traductora y lo ayudó a redactar el libro semiclandestino *El silenci de Catalunya*, que tuvo bastante repercusión. Hay quien afirma sin pruebas que fue Josep Pla, conocido de la familia Mallol, quien se la presentó a Cambó sobre el año 1928. Hay

serias dudas, porque la relación entre Cambó y Pla para crear la famosa biografía es de 1928, y *El silenci de Catalunya* ya llevaba un año en circulación. Fuera como fuese, los dos intimaron y, fruto de su relación, Mercè dio a luz a Helena el 24 de septiembre de 1929, en una clínica de Zúrich. La niña fue inscrita en el consulado español como «Hélène», en francés, y con el apellido claramente intencionado «Gambó», con G.

Hay un hecho que demuestra el carácter fuerte de Mercè, y es que ella y su hija siguieron —hay quien dice que persiguieron— a Cambó por todas partes, coaccionándolo con su presencia para que no se olvidara de ellas, aunque él se hacía cargo generosamente de sus necesidades económicas. La tenacidad de Mercè Mallol, y quizá su deseo de evitar el destino de Montserrat Ribera, la llevó a seguir soltera y defender los derechos de su hija con pasión y persistencia. Con notable habilidad, aparecía al lado de Cambó cuando se la necesitaba, y sabía apartarse con discreción para no incomodarlo. Nunca se presentó públicamente en Barcelona como la mujer de Cambó, porque sabía que no se lo perdonaría. En verano de 1930, Mercè estaba con él en el Château d'Ardenne mientras este se recuperaba de la grave operación de garganta. Luego, durante la Segunda República, casi desapareció con su hija. Fue saltando entre Suiza y Barcelona con Helena, a la que siempre llevaba a colegios discretos. Muy poca gente conocía entonces la historia, pues procedieron con total discreción, ya que eran tiempos políticamente delicados y solo unos pocos íntimos estaban al tanto. Paquita Verdaguer, evidentemente, es la excepción que confirma la regla. Procuró convertir a Helena en una buena católica, por encargo del propio Cambó: «La señora Verdaguer inició su formación espiritual».[79]Madre e hija pasaron los veranos en Rosas, en casa de los Mallol, donde la abuela Margarita se quedaba con la niña durante largos períodos. Algunos todavía recuerdan a la pequeña Helena en casa con su abuela, y recuerdan que un verano el *Catalònia* atracó en la bahía de Rosas y Cambó y Mercè bajaron del barco para ir a ver a Helena y a la abuela Margarita.[80]

Durante la guerra civil, cuando Cambó vivía en Italia y en Suiza, la relación con Mercè y Helena se estrechó. En las *Meditacions*, revela cuánto le gustaba contemplar a la pequeñita de nueve años correteando por la plaza de San Marcos de Venecia.[81]Parecen las

meditaciones de un padre ya mayor, tenía cincuenta años, que empezaba a encariñarse con su hija pequeña. Por eso, Cambó le explica en una carta a Puig i Cadafalch que en 1938 decidió adoptar oficialmente a Helena. Era un primer paso para reconocerla.

Antes de llegar a Estados Unidos en 1940, Helena ya tenía un pasaporte expedido por el consulado en Ginebra donde constaba como Helena Cambó Mallol, nacida en Zúrich el 24 de septiembre de 1929, española, soltera e «hija de Francisco Cambó y Maria Mallol». Se había corregido la inscripción inicial para que el nombre y el apellido fueran los correctos, y se especificaban los padres. Probablemente, el buen hacer del conde de Bulnes, cónsul español en Génova y buen amigo de Cambó, había resuelto con facilidad el enredo. Por primera vez, la familia entera viajó junta a Estados Unidos y se alojó en los mismos hoteles, aunque en Buenos Aires se instalaron inicialmente en domicilios diferentes próximos entre sí.

Ya hemos hablado del interés y la atención especial de Josep Pijoan por la hija de Cambó. Primero la denominaba Hélène, en francés, pero en 1944 empezó a llamarla Helena, a la catalana. A Mercè Mallol, siempre la llamó «la Mercedes». Poco después de encontrarse en Nueva York y de conocer a toda la familia, se ofreció a Cambó para dirigir la educación de su hija.[82]Pronto, Pijoan mostró una gran estima por la muchacha y felicitó a su padre por la hija que había engendrado.[83]También le sugirió que era ilógico que Hélène, que entonces tenía once años, viviera de esa manera, viajando por Estados Unidos y alojándose en hoteles de lujo y granjas de Arizona.[84]Como por motivos de salud Cambó quería ir a las zonas más secas del país, le recomendó Arizona, donde Helena podría disfrutar.[85]

A finales de 1940, empezó la correspondencia regular entre Josep Pijoan y Helena Cambó. Periódicamente, a veces cada quince días o un mes, Pijoan le mandaba cartas con los deberes que tenía que hacer y recomendándole lecturas.[86]Helena estaba cada vez más satisfecha y agradecida a Pijoan.[87]A mediados de 1941, cuando también se trasladó a Buenos Aires, siguió manteniendo la estrecha relación epistolar con su preceptor, que le enviaba periódicamente hojas con lecciones de historia y de historia del arte, con los ejercicios que tenía que hacer y las lecturas más recomendadas. Algunos de sus regalos causaron sensación.[88]

Esta simpatía mutua se intensificó con la lejanía, algo que

sorprendió incluso a Cambó.[89]Pijoan, que siguió enviando lecciones a Helena unos cuantos años más, no dejaba de expresar su estima por la chica: «Me resultó simpática desde el primer momento ... Lo importante es que aprenda, pero no cosas, sino que aprenda a pensar».[90]

El hecho de que Cambó llevara a su hija a un colegio de monjas del Sagrado Corazón de Buenos Aires provocó una animada discusión entre ambos acerca de las características y los resultados de la educación religiosa. En una larga carta del 28 de octubre de 1942, Pijoan explicó con detenimiento los males de la enseñanza en los centros regidos por órdenes católicas: «Tengo mis dudas que estos colegios de monjas argentinas sean lugar a propósito para su formación».[91]

La respuesta de Cambó fue una férrea defensa del colegio y de su directora catalana, hermana de Puig de la Bellacasa: «Muy amiga mía, una mujer listísima, con mucho sentido común y mucho corazón, que cuida de Helena como si fuera hija suya».[92]También se opuso claramente a «la encíclica anticlerical» de Pijoan sobre la vida de las monjas y su tesis principal: al ser personas «que no viven en el mundo, no son aptas para preparar a los demás».[93]Cambó defendía con uñas y dientes a la Iglesia católica, «que tiene mucho juicio y sabe rectificar y adaptarse a las circunstancias», y consideraba que podía dar a su hija una formación satisfactoria, aunque reconocía que era necesario «complementar la educación en colegio de monjas». Al final, señalaba que ella se sentía muy a gusto en ese colegio religioso, donde era feliz y tenía muchas amigas.

Cambó estaba cada vez más contento de tener una hija como Helena y no dudaba en transmitírselo a su amigo Pijoan: «Si la viese hoy, la vería más mujer y más guapa que antes, pero tan fresca y espontánea como cuando la conoció. Siempre tiene una sonrisa en los labios y se divierte tanto cuando estudia como cuando puede jugar con las amigas».[94]En sus cartas a Pijoan, Cambó mostraba su gran afecto por Helena, explicaba con todo lujo de detalles su preocupación para que tuviera una vida alegre y feliz, tanto los fines de semana en Mon Repòs como los veranos en Punta del Este.[95]A mediados de 1943, reconoció en confidencia: «Para mí, Helena es toda mi familia».[96]

Al final de su correspondencia con Pijoan, Cambó sostenía que la relación especial entre este y su hija había sido en gran medida lo que

había aumentado su estima por él:

> Sabéis, amigo Pijoan, que os he querido siempre, desde la época en que nos conocimos en el Centre Escolar, cuando yo era jefe de gobierno y vos, jefe de la oposición. Pero quiero deciros que hoy os aprecio más por el gran afecto que veo que tenéis a Helena. La carta que me enviáis para ella y que he recibido esta mañana me ha emocionado enormemente.[97]

En 1946 Cambó cambió de opinión respecto a su soltería y decidió casarse con Mercè Mallol. Parece evidente que lo hizo para reconocer oficialmente a su hija Helena y convertirla en su heredera universal, como él mismo explica al padre Ubach cuando le anuncia ese notición: «Ha quedado legitimada mi hija Helena, de dieciséis años, espabilada, buena y devota».[98]Días después, recibió la felicitación efusiva del padre Bonaventura Ubach.[99]

La boda fue discreta y solo fueron invitados unos pocos parientes y amigos íntimos. Se celebró la tarde del 22 de marzo de 1946 en la catedral de Buenos Aires. Él tenía sesenta y nueve años, ella tenía cuarenta y seis, y Helena, dieciséis.

Enredos *post mortem*

Cambó murió súbitamente en Buenos Aires el 30 de abril del año siguiente, cuando estaba a punto de volver a Barcelona. Fue algo que cogió por sorpresa a su familia y a los amigos y colaboradores que lo esperaban. Aun así, eran pocos los que conocían al detalle sus últimas disposiciones testamentarias, porque las había modificado mucho antes de morir. Eran disposiciones bastante complejas y su considerable patrimonio estaba repartido por diferentes países, así que tenía que responder ante el fisco en varias jurisdicciones. Ya sabemos lo arduo y largo que fue evaluar el patrimonio de Cambó. Y para más inri, hubo un desacuerdo entre la viuda Mercè Mallol y los albaceas que provocó un pleito en los tribunales argentinos de casi siete años. Por lo tanto, no es fácil reconstruir los hechos que condicionaron la herencia de Cambó. Y aunque hemos podido acceder a ciertos documentos, seguramente no sean todos. Aun así, trataremos de sintetizar esta historia enrevesada como si fuera un serial radiofónico.

Conocemos la existencia de diversos testamentos. Hay uno del 21 de febrero de 1940, dictado en Suiza, por el que Cambó legaba buena parte de su fortuna a instituciones de beneficencia catalanas y a

actividades culturales. Narcís de Carreras, su apoderado en Barcelona, tenía que gestionarlo todo. Con buena parte del activo de Inmobiliaria Catalana, se debía constituir un usufructo vitalicio para ayudar económicamente a la Casa de Caridad, la Casa de la Maternidad, el Hospital de Sant Joan de Déu y el Hospital de Sant Pau de Barcelona.[100]Con el resto, se tenía que crear una gran fundación cultural, tal vez llamada Fundació Cambó. Hay que recordar las consultas que había hecho a Josep Pijoan en este sentido durante los cuarenta. Suponemos que había documentos adjuntos que especificaban lo que dejaba, con mayor reserva, tanto a Helena y Mercè Mallol como a Montserrat Girona y su madre, Montserrat Ribera. No los hemos encontrado.

Hay un segundo testamento suyo del 22 de mayo de 1944, redactado en Buenos Aires, en el que aparece Helena Cambó como hija adoptada. Allí la nombra heredera de una parte de su patrimonio al cumplir veintiún años, la mayoría de edad. Los legados a instituciones benéficas (Casa de Caridad, Casa de Maternidad, etc.) se mantenían a través de los títulos de Inmobiliaria Catalana y se concretaba la creación de la Fundació Cambó con gran parte del patrimonio.[101]

El último testamento de Cambó fue redactado y firmado el 4 de noviembre de 1946 ante el escribano Alfonso M. Romanelli, de la Ciudad de Buenos Aires.[102]Allí declaraba que estaba casado con «Mercedes Mallol y Codina por cuyo matrimonio quedó legitimada expresamente nuestra única hija Helena Cambó y Mallol, nacida en Zúrich, Suiza, el 24 septiembre 1929». Indicaba que su domicilio legal estaba en Montreux, Les Planches, Suiza, y que quería estar «sometido a las prescripciones del Derecho Catalán vigente en todo lo que haga referencia a mi sucesión testamentaria».

Había legados para sus primos Jesús Cambó y Maria Barceló,[103]y también para Montserrat Girona, su madre Montserrat Ribera y Paquita Verdaguer.[104]También estipulaba que la mayoría de sus cuadros se cederían a los museos de Barcelona.

Por último, disponía: «A mi querida esposa Mercedes Mallol y Codina, quiero que a mi fallecimiento se le entregue o se ponga a su disposición la suma de 600.000 pesos argentinos».[105]De esa cantidad se restaría lo que «a título de herencia, porción conyugal o por su mitad de gananciales, se le adjudicará a mi esposa en países donde

legalmente le correspondiese y en los que el testador dejare a su fallecimiento bienes o derechos». El resto de los bienes, una vez pagados los legados, serían para su «heredera universal, mi hija Helena Cambó y Mallol». Si Helena muriese sin hijos, instituía como herederos universales de su confianza a Jesús Cambó Torras, Narcís de Carreras i Guiteras y Josep Maria Trias de Bes, a quienes pedía que consultaran a sus amigos Lluís Duran i Ventosa y Joan Ventosa i Calvell en lo importante o en los casos intrincados. También disponía una pensión indispensable para su hija hasta que pudiera cobrar la herencia.

«Para la ejecución de mi testamento nombro Albaceas con facultades de contadores partidores a los señores Evaristo Arnús y Moraleda, Jesús Cambó y Torras, Narciso de Carreras y Guiteras, José M. Casabó y Torras y José M. Trias de Bes.» Estos serían albaceas durante tres años, pero autorizaba alargar su nombramiento un año más en caso de que fuera necesario. Las ventas de bienes tenían que ser acordadas por unanimidad de los albaceas; la recepción y aplicación de rentas, por mayoría. Una vez concluida la misión de los albaceas, en caso de desavenencias se formaría una junta gestora con Evarist Arnús Moraleda, Jesús Cambó Torras, Narcís de Carreras y Josep M. Trias de Bes. «Si se llegara a la intervención judicial o juicio testamentario, nombro a los miembros de la mencionada Junta Gestora los administradores únicos de mi herencia, sin ninguna intervención de otra persona por más derechos que alegara para ello.» En vista de todo lo mencionado, parece que Cambó ya preveía conflictos con su testamento.

Si tanto él como Mercè Mallol morían, o ella resultaba incapacitada, Javier Serra Massana sería el tutor de Helena en Argentina o, en su defecto, Pedro Fontana Almeda; si viviera en España, lo sería Narcís de Carreras o, en su defecto, Alfonso Gassol. El consejo de familia, en caso de vivir en Europa, estaría compuesto por Salvador Millet i Bel, Josep Serra de Forn, Alfonso Gassol y Jesús Cambó.

Además del testamento, había disposiciones particulares o «memorias testamentarias»[106]referentes a su hija y redactadas en catalán. En ellas, había más indicaciones y aclaraciones para los albaceas:

> Para que mi hija sepa cuál es mi voluntad en este aspecto, os dejo una carta para que se

> la entreguéis o no, según estiméis oportuno. Y para evitar que incumpla mi voluntad (por influencias extrañas de las que una mujer siempre puede caer víctima), os concedo estas grandes facultades y estipulo la posibilidad eventual de que ella pierda la herencia. Hechas estas declaraciones, os concreto mi voluntad en los términos siguientes: primero, quiero que se respeten escrupulosamente los legados consignados en mi testamento; segundo, quiero que se respeten y cumplan igualmente los legados enumerados en la memoria B, así como en documentos posteriores; y tercero, es mi voluntad que mi hija Helena Cambó herede para ella y para sus hijos bienes que, al producirse mi muerte, ostenten un valor equivalente a un millón de dólares americanos, según el valor que tiene hoy dicha moneda. En caso de que el dólar americano se haya devaluado, esa cuantía se aumentará en la misma proporción en que se devalúe el dólar. Para la suma, se computará la cantidad o las cantidades que yo haya dispuesto a su nombre en vida. No se computarán los cuadros, la plata, las joyas o los objetos de uso personal que le haya regalado en vida o que le legue en alguna memoria testamentaria. Todo lo que exceda ese valor (pagados los gestores, los impuestos...) en mi herencia deberá destinarse a los fines citados en la memoria C, tanto si esa inversión la efectúan mis albaceas como si la efectúa mi hija y heredera.

Este documento dirigido a los albaceas es claro como el agua: Helena debía recibir el equivalente a un millón de dólares americanos y se tenían que respetar todos los legados: la donación de los cuadros a la ciudad de Barcelona, los legados familiares, los de los centros de beneficencia, etc. También había otra memoria por la que dejaba a su hija los muebles y la plata de sus casas, un cuadro de los antiguos, todos los modernos, quinientos libros de su biblioteca, otros objetos varios y el derecho de vivir en el noveno piso de vía Laietana 30.

Cambó también dispuso otras normas importantes. Por ejemplo, el 4 de noviembre de 1946 dejó una nota escrita para su secretaria, María Asunción Reixach Iborra. En ella le encargaba que, al morir él, «se incaute de los ejemplares de mis *Meditacions* y los guarde para evitar que desaparezcan».[107]Indicaba que se tendrían que entregar a Narcís de Carreras, Jesús Cambó Torras, Joan Estelrich y Joan B. Solervicens y que serían estos, junto con Helena Cambó «al cumplir la mayoría de edad», los que decidirían el momento de publicarlas. María Reixach también debía guardar sus archivos, tanto los documentos como la correspondencia, y toda la documentación que había en Montreux, que habrían de custodiar las mismas personas.[108]También le encargó por escrito que: «Después de mi muerte, ella se cuidará de quemar todos mis dosieres confidenciales».[109]Hay que tener en cuenta que gran parte del archivo político de Cambó encontrado tras la guerra en el piso de vía Laietana, con recortes de prensa y dosieres, había sido confiscado por la policía franquista y el jefe superior de policía de Barcelona, el marqués de Rebalso, se negaba a devolverlo.[110]

Seis meses después del deceso, la revista *Destino* publicó el testamento en dos páginas en su número extraordinario de Navidad.[111]Seguramente fue información filtrada por los albaceas y solo aludía a las dos colecciones de pintura, la clásica y la contemporánea. Había una descripción de los cuadros ya donados al Museo del Prado y una relación de los autores y títulos de la colección, repartida entre Buenos Aires, Montreux y Barcelona. Estipulaba que Helena podría escoger un cuadro clásico y que el resto, salvo algunos de temática religiosa, serían cedidos con determinadas condiciones a uno de los museos de Barcelona. Todo eso lo decidirían los albaceas (Carreras, Cambó, Casabó, Trias de Bes y Arnús), y también podrían asesorar en ese tema Lluís Duran y Joan Ventosa. También especificaba que continuaría patrocinando la Fundació Bernat Metge, la Fundació Bíblica Catalana, la colección Monumenta Cataloniae y la Fundació Cambó en la Sorbona. Por último, se anunció que se crearían dos entidades culturales nuevas: una para completar la formación humanista de personas con pocos recursos y otra para fomentar las formaciones sacerdotales. El artículo daba información que solo poseían los albaceas. Probablemente pretendía despejar cualquier duda respecto a la donación de su colección de cuadros a Barcelona, y dar seguridad respecto a la continuidad de sus instituciones y proyectos culturales. Esas aclaraciones fueron convenientes, porque empezaban a circular rumores sobre los desacuerdos entre los herederos y los albaceas sobre la forma de dar cumplimiento a su última voluntad.

Un mes antes, Mercè Mallol manifestó en un telegrama que ella y su hija Helena estaban en profundo desacuerdo con la actuación de los albaceas:

> Creo este proceder lo más alejado espíritu testamento. Dejarnos abandonadas ignorantes de todo. En dificultades legales, económicas y morales. Sin ayuda ni consejo. Durante seis meses he reiterado confianza. Correspondida desconfianza sistemática. Profundamente dolorida, ruego consideren situación alejada altura nos corresponde a todos. Comunique a Ventosa y Duran. Saludos Mercedes.[112]

Al margen de su discrepancia con la administración del patrimonio, Mercè reclamaba sus derechos como viuda, porque según la legislación argentina su legítima era del 50 % de los bienes del marido. La relación epistolar entre la viuda y los albaceas fue larga y tensa, y Mercè anunció que no aceptaría el testamento y que

seguramente ella y su hija lo impugnarían. En diciembre de 1948, Mercè Mallol y Helena llegaron a España para hablar directamente con los albaceas. Las diferencias entre las partes empezaban a ser conocidas, pero, a pesar de eso, el 30 de abril de 1949 asistieron juntos a la misa celebrada en la iglesia de Pompeya de Barcelona en recuerdo de Cambó. La prensa de Madrid ya hablaba de discrepancias sobre la legítima de Argentina y de que el caso estaba en los juzgados sudamericanos. Decían que había un grave problema jurídico, porque según «el fiscal la voluntad del señor Cambó contraviene las disposiciones del código civil argentino en cuanto a la legítima de los herederos forzosos y debe ceder ante las leyes argentinas».[113]

Los albaceas informaron a Mercè Mallol y Helena Cambó que la situación financiera era delicada y que, en España, los gastos para mantener las numerosas obras culturales, el personal del Servicio de Estudios y el servicio doméstico y las muchas pensiones superaban holgadamente los ingresos. La documentación que hemos encontrado en el Fondo Narcís de Carreras correspondiente a los años de posguerra nos muestra que, en solo un año, como puede ser 1945, los gastos en Cataluña por la actividad de las fundaciones, las publicaciones, los donativos y las subvenciones culturales ascendían a unas 146.000 pesetas,[114]y que el personal del despacho y el servicio doméstico de la casa de vía Laietana costaban unas 185.000 pesetas.[115]

También las informaron de las numerosas ayudas, la mayoría en forma de pensiones, que Cambó daba a algunos familiares, antiguos colaboradores, viudas de amigos, etc. En un año como 1945, esa veintena de personas recibían en total 167.000 pesetas.[116]En consecuencia, los gastos de ese año llegaban a 498.000 pesetas. Sumando eso a la amortización de los créditos, no podía compensarse con los ingresos de Inmobiliaria Catalana, procedentes de los alquileres de los despachos de vía Laietana 28 y 30, que ese 1945 habían sido de 396.281 pesetas. O sea, que había un déficit anual de más de 100.000 pesetas.

Ante esta gravísima situación económica, los albaceas propusieron que Helena Cambó se emancipara para asumir directamente toda la herencia, pero Mercè se opuso. Como las dos mujeres no llegaron a ningún acuerdo con los albaceas, buscaron en Madrid y Barcelona un abogado que las defendiera. Al final,

contrataron los servicios del abogado Ramon Guardans Vallès.[117] No sabemos por qué vía acabaron dando con este joven de Reus que se acababa de instalar profesionalmente en Madrid, compañero de estudios y buen amigo de Laureano López Rodó y Casimiro Molins Ribot, los tres vinculados al Opus Dei. Guardans no tenía ninguna relación con Cambó ni con la Lliga. Mercè y Helena regresaron a Argentina en junio de 1950, tras un año y medio en España. No habían podido asumir nada de la herencia porque la mitad, la que había en Argentina, estaba inmovilizada a causa de la impugnación del testamento por parte de la viuda, y tampoco había acuerdo con los albaceas respecto al patrimonio en España y Suiza.

Poco después, Ramon Guardans también fue a Buenos Aires para hacerse una idea de cómo iba el caso. Ignoramos qué pasó entre la hija y la madre y el papel que desempeñó el abogado, pero hubo un enfrentamiento entre ambas: la hija quería respetar escrupulosamente el testamento y la voluntad de su padre, mientras que la madre estaba decidida a sacar todo beneficio que le permitiera la ley argentina, aunque tuviera que contravenir la voluntad final de su marido.

El 24 de septiembre de 1950, Helena Cambó Mallol cumplió los veintiún años y era mayor de edad. Al mes siguiente, contrajo matrimonio con el abogado Ramon Guardans en la Embajada española en Buenos Aires. Parece que su madre no asistió. Helena y Ramon regresaron a Barcelona y se instalaron en vía Laietana 30, donde en julio de 1952 nació su primer hijo, Francesc, el primero de los catorce que iban a tener. Entonces, Helena ya cumplía todos los requisitos para ser heredera universal de su padre, estaba casada y tenía un hijo. Los albaceas perdían su papel decisorio.

Este insospechado y rápido casamiento llenó de estupor a los amigos y colaboradores de Cambó en Barcelona. Carles Riba no escondía su rencor. Considerándose maltratado por Cambó, opinó sobre todo el asunto usando la ironía. En una conversación con Alexandre Cirici, dijo: «Él se mal casa. Ahora pelea entre madre e hija. Mercedes Mallol se hace argentina y reclama legítima pura y dura. Hija en contra (hereda 1.000.000 de dólares). El abogado de la madre se casa con la hija... ¡¡¡el día que ella llega a la mayoría de edad!!! El Ayuntamiento de Barcelona, ausente de todo».[118]

Mientras tanto, Mercè seguía viviendo en la Capital Federal, pendiente de su caso. En septiembre de 1953, la prensa argentina

informó de que la Cámara Nacional de Apelaciones había estimado la demanda que había interpuesto ella para reclamar su legítima parte. Por lo tanto, tenía derecho a la mitad del patrimonio de Cambó en Argentina y Uruguay.

Para acabar de complicar las cosas, en Argentina había dificultades para separar el pleito sucesorio del litigio por los cuadros con el gobierno de Perón, que quería que permanecieran en el país. La impugnación de la viuda al testamento afectaba indirectamente a los cuadros que Cambó había donado a la ciudad de Barcelona, que formaban parte del patrimonio y que el gobierno argentino quería tasar y quedarse. La viuda se negó a depositar los cuadros en el Museo de Bellas Artes de Buenos Aires, como exigía el gobierno peronista, y pidió que se quedaran en su casa para siempre. Consideró que, después del decreto del ejecutivo argentino, ya era imposible cumplir la voluntad de Cambó, así que los cuadros volvían a formar parte de la masa hereditaria. Al final, el embajador Manuel Aznar convenció a Mercè para trasladar los cuadros a la Embajada española y llevarlos a Barcelona. Incluso apareció retratada con ellos en la portada de *La Vanguardia Española*.

Ramon Guardans se hizo cargo de administrar la compleja herencia de Cambó tras su matrimonio con Helena y la resolución de la justicia argentina. No fue nada fácil. Los albaceas lo apoyaron para respetar al máximo la voluntad del fallecido. El propio Narcís de Carreras declaró ante la prensa: «Para mí es muy desagradable hablar de la actitud que haya podido tomar la viuda de Cambó en este tema. Tanto la hija como el yerno están en completo acuerdo con los albaceas».[119]En el capítulo anterior hemos visto lo enrevesado y duro que resultó calcular el valor del patrimonio que Cambó dejó en Argentina y en otros países.

Los albaceas, o quizá solo Narcís de Carreras, realizaron cálculos económicos que nos sirven para concebir la complejidad de intentar cumplir el testamento tras la sentencia.[120]Efectuados seguramente en 1952, esos cálculos indicaban que, al morir Cambó, los bienes se dividieron en tres grupos: A, los de Uruguay, que Helena ya había recibido y que llegaban como máximo a los 255.000 dólares; B, los del extranjero, que estaban absolutamente disponibles y que no habían sido declarados en España, cuyo valor máximo era de 140.000 dólares; y C, los bienes en España, de los que se podía disponer, valorados en

un total de 33,5 millones de pesetas. Pero había que pagar los impuestos, los legados y los créditos bancarios, que no bajaban de los 11,5 millones. Por lo tanto, quedaban unos 22 millones de pesetas, o 440.000 dólares.[121]En total, Helena podía recibir unos 835.000 dólares.

Eso era lo que había disponible, porque el resto, los bienes situados en Argentina y en parte de Uruguay, estaban «en litigio con la viuda» y no se sabía ni el monto que restaría, ni cómo se distribuiría ni cuándo. Los bienes que había en el extranjero y depositados en sociedades argentinas, incluidos en el inventario argentino, plantilla G, en litigio como toda la sucesión, tenían un valor superior a los 259.000 dólares.

Por otra parte, al margen del litigio en Argentina y Uruguay, la situación patrimonial era bastante compleja. Desde la muerte de Cambó, los gastos totales en España y Argentina, unos 14 millones de pesetas,[122]superaban los ingresos por rentas o venta de bienes, casi unos 8 millones.[123]La conclusión de los administradores de Cambó, los albaceas, era tajante: «La situación actual es de bancarrota».

Si se quería cumplir con la última voluntad, no se podía seguir igual: «Consideramos que la única solución es que Helena entre en plena posesión de la herencia desde ahora», darle todo lo que había disponible en España y el extranjero y que ella se hiciera cargo de todos los gastos: créditos, impuestos, gestores, legados restantes, etc. Los albaceas creían que se podía salvar la situación con una buena gestión y que Helena podía devolver los bienes sobrantes del millón de dólares que tenía que percibir en total: «Que le sean adjudicados y entregados los bienes de Argentina y de Uruguay». Una vez terminado el pleito con Mercè Mallol, se seguiría con esos bienes el mismo criterio: se devolvería todo lo que excediera el millón de dólares. Con lo sobrante, se podría plantear la creación de las fundaciones que Cambó había señalado en su testamento.

Finalmente, el documento de los albaceas reconocía:

> Moralmente, es cierto que D. Francesc instituyó heredera a su hija con una condición suspensiva: el cumplimiento de los legados y otros donativos. Pero también es cierto que pensaba en un patrimonio considerablemente superior y que nunca se habría imaginado una situación como la actual. O se prescinde *de facto* de la condición a fin de salvar el patrimonio, o se aplica la condición y el patrimonio se acaba de hundir. Hay que ver qué se ajusta más al respeto a su memoria y su voluntad. Legalmente, nosotros no vemos problema a la solución.[124]

Como hemos visto antes, en 1954 se terminó evaluando el patrimonio de Cambó en unos 115 millones de pesos. La mitad estaba en Argentina, así que la viuda, Mercedes Mallol, tendría derecho a percibir aproximadamente 30 millones de pesos brutos.[125]El resto pasaría a Helena Cambó de Guardans, residente en Barcelona. Mercè Mallol no regresó a España hasta bien entrados los años setenta, y se instaló en un lujoso piso de Madrid. No estaba a buenas con su yerno ni con su hija, y no podía ejercer fácilmente de viuda de Cambó después de todo lo sucedido. Fue muy poco a Cataluña. Algún verano se la vio por el Ampurdán con su coche, un Mercedes, conducido por un chófer con gorra. Algunos afirman haberla visto cenando con Josep Pla en el motel Empordà de Figueras. Fue muy poco a Rosas, porque la casa de la familia fue vendida después de la guerra.

Desde el 1 de julio de 1976, los restos de Francesc Cambó descansan en una tumba en la plaza de l'Esperança del cementerio de Montjuic. Se trajeron desde Buenos Aires y se depositaron en un sepulcro decorado con un mármol con relieve. Era obra de Josep M. Subirachs y representa las figuras de san Francisco de Asís y Bernat Metge. Al pie de la tumba hay una lápida negra con la inscripción: «Passarà tot i el fet viu de Catalunya persistirà. Cambó» («Pasará todo y el hecho vivo de Cataluña persistirá. Cambó»). En el acto de traslado de los restos mortales estuvieron presentes Mercè Mallol y Helena Cambó. En Cataluña no se las había visto juntas en público desde hacía casi veinticinco años. También estaba el yerno, Ramon Guardans, y los catorce nietos. Mercè Mallol i Codina murió el 2 de diciembre de 1996 en Madrid, a los noventa y seis años, y fue enterrada en el panteón de Cambó en Montjuic. También allí reposan los restos de Ramon Guardans i Vallès, fallecido el 16 de abril de 2007, y de Helena Cambó i Mallol, que lo hizo el 22 de enero de 2021.

Epílogo

CAMBÓ, MUCHO MÁS QUE UN GRAN POLÍTICO

A estas alturas, el lector ya se figurará que la presente biografía de Francesc Cambó me ha significado un reto intelectual nada desdeñable. Tenía claro que debía cuestionar la autoimagen de sus escritos y subrayar las insuficiencias de las biografías publicadas. Durante treinta años encontré documentación que abría nuevas perspectivas sobre el personaje y que revelaba episodios ocultados o tergiversados. Las informaciones nuevas a veces me sorprendían. Todo servía para constatar la necesidad de corregir la visión global que habíamos heredado de su trayectoria política y de su significación, tanto en Cataluña como en España.

También he querido encontrar su voz y opinión en cada momento, y en caliente, a fin de contrastar lo que decía en público con lo que aflora en la privacidad de sus cartas a amigos y compañeros. Su correspondencia cuestiona a menudo sus *Memorias*, ya que aporta puntos de vista íntimos y sentimientos sinceros, trasluce las dudas y vacilaciones propias de los políticos en los momentos complicados e incluso reconoce los errores cometidos. Son comportamientos perfectamente lógicos y humanos que refutan la fría versión construida *a posteriori.* El Cambó que vemos en las cartas de diciembre de 1918, en las que aparece como un político «indeciso y temeroso», no sale en las *Memorias*. Las misivas de 1919 y 1921, en las que descubrimos a un ministro indignado por las trabas de sus colegas y que se siente engañado e impotente, reflejan mucho mejor la realidad de la vida política española y nos presentan a un personaje bastante más auténtico. Si el lector ha tenido la paciencia de leer todos los capítulos precedentes, confío en que haya advertido esa personalidad compleja y contradictoria y haya descubierto quién era,

qué pensaba y qué significaba Francesc Cambó.

Para buena parte del público catalán, su figura es un referente como político y como mecenas, pero no lo es tanto para el público español. Pese a revestir una importancia indiscutible, incluso en el ámbito internacional, la historiografía española no lo ha tratado como merece. Considerándolo casi exclusivamente «un catalanista», se le ha quitado importancia y han proliferado puntos de vista simplistas y sesgados sobre él, sobre su legado y su obra. Pocos historiadores han remarcado que fue uno de los principales protagonistas de la vida política española del primer tercio del siglo XX. Y es que, aparte de ser el más destacado dirigente del catalanismo emergente y un parlamentario brillante y documentado, también fue un ministro competente y autor de escritos de verdadera significación histórica. Cambó publicó ensayos de una ambición intelectual insólita que siguen sin conocerse ni valorarse lo suficiente.

Durante el primer tercio del siglo XX, Cambó destacó en el Congreso como el más claro partidario de releer o reinterpretar parcialmente la historia de España a fin de justificar su propuesta, que era tanto política como económica e identitaria. El suyo era un ambicioso proyecto de cambio nacido en la Cataluña industrial, aunque también quería construir una España nueva si encontraba complicidades para ello. De hecho, fue el regeneracionista más importante surgido en Cataluña en los años posteriores al desastre de 1898, cuando el gran problema hispánico consistía en plantearse la modernización del Estado y repensar la nación heredada del liberalismo decimonónico. Sin duda, fue el catalán más influyente en Madrid durante el primer tercio de siglo y el que mejor se movió dentro de la compleja política española.

El rasgo más relevante de su propuesta era lograr un régimen de autonomía para Cataluña. Su ambición era compatibilizar la reforma y modernización de España con una autonomía catalana plena y no hipotecada. Buscaba acomodar a los catalanes dentro de una España que reconociera la pluralidad identitaria y en la que tuvieron un papel semejante al de los piamonteses de Italia. Se sentía nacionalista catalán dentro de una España que quería distinta. Entre 1907 y 1923 lideró el proyecto del catalanismo intervencionista con un propósito doble: hacer entender a los catalanes que la autonomía solo se podía conseguir y consolidar si el catalanismo era fuerte en España, es decir,

si participaba en el gobierno de Madrid; y convencer a los políticos españoles, especialmente a los dinásticos, de que sin catalanistas en el ejecutivo era imposible impulsar ningún cambio real en el país, pues eran imprescindibles para cualquier reforma relevante.

Dentro de su partido, la Lliga Regionalista, el reparto de papeles con Prat de la Riba funcionó bastante bien. El apoyo de Cambó a la política «Catalunya endins», pese a las reticencias de algunos jóvenes partidarios de Prat, fue siempre sincero y efectivo. Prat no discrepó jamás de la propuesta intervencionista de su socio e incluso le aconsejó que se instalara en la capital, dado que «solo desde Madrid se gobierna en España». Cambó no le hizo caso y siempre arrastró la contradicción insalvable de querer ser el líder del catalanismo autonomista y el hombre de Estado que dirigiera la reforma de España. Ahí radicaba gran parte de su originalidad, aunque pronto resultó un problema grave por la incomprensión de la mayoría de los políticos españoles (y del propio Alfonso XIII) y por las reservas que manifestaron los sectores más nacionalistas de Cataluña. Al fin y al cabo, el catalanismo tradicional lo consideraba demasiado español y estatista, mientras que el nacionalismo español lo veía excesivamente catalán. Cambó llegó al clímax de esa pseudoesquizofrenia en 1922, cuando rechazó la presidencia del gobierno español negándose a renunciar a su catalanidad, como le exigía el rey.

Con todo, reitero que son pocos los historiadores que reconocen que fue el único político español de categoría internacional de su época. Quizá exagerando un poco, Gaziel dijo en *La Vanguardia* el 28 de junio de 1922 que «los cinco grandes europeos» del momento eran el alemán Walter Rathenau, el francés Georges Clemenceau, el británico Lloyd George, el ruso Vladímir Lenin y el catalán Francesc Cambó. Ningún otro político español de entonces, ni de derechas ni de izquierdas, recibió tantos elogios de personalidades tan variadas como Ortega y Gasset, Ossorio y Gallardo o Madariaga, que no dudaban en considerarlo el político español más original y relevante que había. Los observadores de la época lo respetaban notablemente.

Además, ningún otro político español escribió ensayos tan esclarecedores como los suyos. Los temas eran muy variados y actuales, abarcando desde cuestiones de cariz internacional (la crisis del parlamentarismo liberal, el significado y el carácter de las dictaduras, la naturaleza del fascismo italiano, el conflicto greco-

turco) hasta cuestiones económicas (la depresión de entreguerras, la crisis bancaria de los años veinte, la valoración de la peseta), pasando por la situación política española (el pesimismo hispánico) y, evidentemente, las relaciones Cataluña-España (*Per la concòrdia*). Fueron obras de gran impacto político que suscitaron interés y jugosas polémicas.

Hay que decirlo alto y claro: Cambó fue uno de los políticos de derechas más preparados e inteligentes de España. Ni Maura, ni Dato, ni Canalejas ni Alba se le igualan como ensayistas o como pensadores. Era el hombre de gobierno mejor informado y documentado de España en esa época. Estaba convencido de que el estadista del siglo XX debía conocer lo mejor posible todo lo que afectaba y condicionaba las grandes decisiones, y comprendió que el éxito dependía en gran medida de disponer de la información política, económica y jurídica idónea y de estar al día de lo que ocurría en el mundo. De hecho, introdujo en España los modernos servicios de estudios, unos instrumentos sumamente útiles para la actividad política y profesional.

Era algo arrogante y se sentía superior a los demás políticos, creyéndose llamado a gobernar. Cuando lo hizo, demostró unas cualidades poco comunes que incluso sus adversarios reconocieron: ambición, capacidad de liderazgo, agilidad y preparación. Pero a pesar de todo, Cambó consiguió muy pocos de sus objetivos. Una visión general nos lleva a constatar su fracaso. Pecó de ingenuidad, calculó mal sus fuerzas y no entendió que su propuesta de reformas contaba con pocos aliados sinceros y con demasiados adversarios. En 1917, la alianza con los regionalistas hispánicos para forzar un cambio político desde fuera del sistema no acabó de funcionar y lo forzó a entenderse con los desacreditados partidos dinásticos, dado que él despreciaba y temía a los republicanos. Después intentó transformar el régimen de la Restauración desde dentro, desde el gobierno y las Cortes, pero enseguida comprobó que los líderes monárquicos no estaban dispuestos a desguazar un sistema que los beneficiaba. Estaba demasiado convencido de su propia fuerza y de la lógica de sus argumentos, infravaloró la resistencia al cambio de los partidos dinásticos y, encima, se dejó *borbonear* en muchas ocasiones por las intrigas de Alfonso XIII.

Cambó no pudo coronar ninguna de las grandes transformaciones

innovadoras que anunció: la autonomía catalana, la modernización del Estado y la democratización. Su presencia en el gobierno español no sirvió ni siquiera para ampliar las limitadas competencias de la Mancomunitat catalana. Así pues, hay una desproporción notable entre sus ambiciosos proyectos y su frenética actividad y los resultados que acabó cosechando. De todos modos, gracias a su destacado papel, la causa catalana se convirtió en pocos años en uno de los principales temas de debate en España.

El análisis de sus actos políticos nos permite entender mejor cómo funcionaban las relaciones de poder dentro del régimen de la Restauración. Entendemos el papel destacado del rey, el elitismo que impregnaba los partidos monárquicos y la escasa democratización del país. Vemos con claridad el funcionamiento del poder político, cómo se establecían las relaciones personales entre los representantes públicos y la limitada capacidad de decisión de los ministros, la necesidad de que el gobierno consensuara un programa común y las batallas internas para llevar adelante los diferentes proyectos. Visto lo visto, la vida de Cambó deviene un hilo conductor para conocer a fondo los condicionantes, intereses y factores que intervienen en las decisiones políticas. Y como también era un hombre de negocios importante, nos ayuda a entender las relaciones entre el mundo de la política y los círculos económicos.

Su caso también revela cómo la crisis europea de entreguerras provocó una gran involución autoritaria en la élite liberal, que se negó a aceptar el surgimiento de la política de masas, con todas sus consecuencias. En las crisis de 1917, 1931 y 1936, Cambó demostró tener mucho más claro su instinto de clase burgués que su proyecto nacional catalán. Esta es una cuestión que ha sido tema de debate historiográfico y político. En aquella España y en aquella Cataluña, no era fácil compaginar el conservadurismo con el reformismo y el autonomismo. No se enfrentó directamente a los retos de la democratización y de las demandas sociales, sino que tal vez podemos calificarlo de político *d'avant guerre*. Él se sentía más cómodo en el mundo de las élites y de los notables, donde se predicaba que había que hacer la revolución «desde arriba». Era un liberal moderado. Ante la crisis catalana de 1919, la huelga de La Canadenca, antepuso la defensa del orden social a sus pretensiones autonomistas y reformistas. Fueron años de equilibrios y de cambios tácticos de considerable

audacia, pero no siempre comprendidos. Entre 1917 y 1923 lideró la revolución que pretendía reformar España, hizo de hombre de gobierno para estabilizar un cambio político moderado, propugnó la defensa social conservadora por delante de las libertades y actuó como el intrépido propugnador de la autonomía integral de Cataluña. Demasiadas cosas en tan poco tiempo. Demasiados cambios de dirección y malabarismos, con fuerzas limitadas y escasísimas complicidades. Echó a perder sus oportunidades y al final se hizo evidente que ya no controlaba el ritmo de los cambios políticos.

El inesperado cambio de régimen de abril de 1931 lo dejó fuera de juego, dado que apoyó a la monarquía hasta el último suspiro cuando buena parte de la opinión pública catalana ya se había republicanizado. Persistió en su constante tacticismo con alianzas electorales varias que dejaron de serle rentables. Ante el reformismo republicano, puso el acento en la defensa social conservadora, pero se sentía incómodo con el anticatalanismo visceral de sus aliados naturales, las derechas españolas, en un momento en que las izquierdas ayudaban a consolidar el autonomismo y la Generalitat. Pero aunque Cambó analizaba el régimen republicano cada vez más desde la perspectiva conservadora del hombre de negocios internacional, cuando se produjo la militarada de julio de 1936, la tachó de «extemporánea, prematura y perturbadora», una opinión que luego ocultó en sus Memorias.

Su apoyo a Franco durante la guerra civil fue una mancha que dañó su imagen de liberal y catalanista. Paradójicamente, el español que más había escrito sobre los males de las dictaduras acabó aceptando como mal menor la del general Franco. La crisis social y política de esos años acentuó su involución conservadora hasta llevarle a defender posturas claramente antiliberales durante la contienda. Se percató tarde de que el régimen franquista no era un simple paréntesis, sino que inauguraba una etapa histórica tan dura para los catalanes como la de 1714. Ciertamente, él se contaba entre los ganadores del conflicto, pero era un marginado sin influencia. Y eso pese a los servicios prestados. El Cambó de los años cuarenta optó por el autoexilio en América; vivió de la añoranza y con cierta vergüenza, pero sin mostrar arrepentimiento. Se convirtió en un personaje patético. Es curioso que, cuando murió, algunos catalanistas de izquierdas fueran más comprensivos con él en sus necrológicas que

buena parte de los historiadores posteriores. La gente que vivió la guerra civil, con los apasionamientos y atrocidades de ambos bandos, fue menos severa a la hora de valorar el conjunto de su vida y obra. No le juzgaron solo por su error de 1936.

Pero Francesc Cambó fue mucho más que un político. Fue el «novecentista armado», D'Ors *dixit*. Llegó a ser el mecenas más ambicioso y brillante de su época, y algunas de sus empresas culturales —como la Bernat Metge— obtuvieron renombre internacional. Fue el primer político de España que entabló una relación constante con los intelectuales más destacados de la época, sumándolos a sus proyectos culturales y políticos. La generosa y excepcional donación de su colección de pinturas lo convierte en uno de los pocos políticos hispánicos que ha dejado un legado cultural relevante.

Fue un hábil asesor bancario. La creación de la CHADE, la empresa eléctrica más importante de Latinoamérica, lo enriqueció y le permitió codearse con destacados hombres de negocios de todo el planeta. Aun así, procuró mantener la apariencia de político renovador ante la opinión pública. No quería que lo equipararan a los desprestigiados líderes de los partidos dinásticos, y por ello hizo lo imposible por ocultar las desvergüenzas de la CHADE. No podía permitir que se supiera cómo había amasado su fortuna: presidiendo una compañía que practicaba sistemáticamente la corrupción en Argentina. El miedo al escándalo le inquietó y le llenó de angustia los últimos años de su vida. Tuvo que aceptar la paradoja de que, mientras su compañía era perseguida en la España de Franco, disfrutaba de una especial protección en la Argentina de Perón.

He intentado calcular la fortuna de Cambó, que fue mucho más considerable de lo que él mismo dio a entender. Gracias a su enorme riqueza, pudo llevar una vida de lujos, habitar en residencias espectaculares, viajar mucho, hacer inversiones inmobiliarias y financieras muy rentables y dedicarse al mecenazgo. Y también pudo mostrarse solidario en momentos difíciles como la guerra civil, cuando ayudó a sobrevivir en el exilio a muchos amigos y correligionarios y salvó no pocas vidas sobornando a comités revolucionarios y comprando pasaportes falsos.

En cuanto al ámbito más íntimo, su dedicación total a la política le llevó a sacrificar su vida privada. Procuró no tener una familia

formal, pero tampoco renunció a las relaciones sentimentales. Su vida amorosa fue bastante compleja y la ocultó durante muchos años, ya que transgredía la moral de la burguesía conservadora y católica que él representaba.

La multiplicidad de intereses, dedicaciones y pasiones, así como sus contradicciones, hacen de Cambó un personaje complejo y poliédrico. En muchos episodios de este libro se nos presenta como un hombre polémico y provocador. Sin duda, su fuerte carácter influyó en ello. Era severo y exigente. Era frío. Parecía antipático y estaba muy pagado de sí mismo. A menudo se mostraba arrogante y se consideraba superior, y lo evidenciaba con una buena dosis de soberbia. Era autoritario y de trato muy difícil, pues exigía obediencia ciega y eficacia a sus subordinados. De todas formas, se rodeó de colaboradores y especialistas competentes y dirigió el partido con gran determinación.

Pero también fue un político seductor. Supo aglutinar y dirigir a gente de procedencia muy diversa. Se mostró muy capaz de liderar y de convencer. Dominaba el discurso tanto en las Cortes como en los mítines, respondía con habilidad a los ataques de sus adversarios y sabía resistir a las presiones. Era de esos políticos que no dejaban indiferente a nadie con sus arriesgadas propuestas. Le iban la polémica y el cuerpo a cuerpo, y él mismo reconocía que el día que no fuera víctima de odios o de ataques apasionados empezaría su decadencia.

Cambó fue un personaje fascinante y extraordinario. Remó a contracorriente, rompiendo con las convenciones y con la norma. A su atractivo personal, se suma un itinerario político contradictorio y vacilante. Quiso compaginar su nacionalismo catalán (por íntimo sentimiento identitario) con su estatismo español. Lo hizo buscando la efectividad y el pragmatismo. Usaba a menudo un doble lenguaje: el patriótico, de consumo catalán; y el del hombre de gobierno, destinado al ámbito español. Quería ser un burgués conservador sin dejar de ser un político renovador y reformista. La Lliga, partido que lideró con mano de hierro y que diseñó a su medida, acusaba unas contradicciones parecidas: era una fuerza democratizadora, pero también caciquista; elitista pero popular; burguesa pero menestral; nacionalista pero regionalista. Según Gaziel, Cambó terminó siendo «una contradicción viviente», dado que en él convivía «una ambición audaz y revolucionaria con una reverencia económica conservadora».

Vivió a fondo esas contradicciones y, como es lógico, su prestigio lo pagó. Aun así, siempre se consideró un creador incomprendido y desaprovechado, un político que fracasó por culpa de las envidias ajenas.

No obstante, hay que reconocer que su atractivo personal y sus osados planteamientos contrastan con la imagen anodina de muchos de sus coetáneos, que actuaban de forma tan lineal y coherente que sus vidas, además de resultar totalmente previsibles, revisten escaso interés para los historiadores. En cambio, Cambó nos sorprende casi siempre, y tanto su papel político como su carácter empresarial o su papel de mecenas (por no hablar de la vida privada) están repletos de episodios polémicos, peligrosos y nada convencionales.

Elegir un personaje histórico y contar su vida exige una cierta compenetración con él. Debe parecernos importante e innovador, atractivo e incluso polémico. Sin duda Cambó lo es, y con creces. Su figura me ha acompañado durante casi tres décadas, aunque la intensidad con la que lo he estudiado ha ido fluctuando. En el seguimiento que he hecho de su vida se ha mezclado la sorpresa, e incluso la admiración y el respeto, con una evidente discrepancia ideológica y un rechazo claro a la corrupción con la que él transigía. Pienso que la experiencia ha sido gratificante y positiva. Me ha servido para entenderlo mejor y calibrar lo complicado del personaje. A medida que ahondaba en los múltiples factores que condicionaron sus actos, iba dándome cuenta de que era un hombre tan excepcional como contradictorio, y de que no sería fácil de explicar a los lectores.

He procurado ofrecer un relato de su vida con el máximo de información posible. Con sus luces y sus sombras, a fin de entender el motivo de sus decisiones y actitudes. Comprenderlo no me impide criticarlo, incluso con severidad. Sin embargo, deshilvanar una personalidad tan rica y compleja obliga a conocerla a fondo y a querer y poder buscar las causas de sus decisiones y ver las consecuencias de sus actos. Y eso requiere ciertamente empatizar con el un poco, que no es lo mismo que identificarse. Pero también hay que saber distanciarse en cierta medida del personaje y no caer prisioneros de su indudable atractivo; así podremos ponderar con serenidad sus éxitos y fracasos y encontrar el lugar donde situar su legado.

De todo lo que he escrito en este libro sobre Cambó, no quiero sacar conclusiones políticas para el presente. Sería excesivamente

oportunista y estaría fuera de lugar. Pero no podemos obviar que el pasado siempre nos habla y que no siempre estamos dispuestos a escucharlo. Por eso me tomo la licencia de terminar con una reflexión histórica sobre el motivo por el que han fracasado los proyectos políticos catalanes contemporáneos. A lo largo de un siglo, se han elaborado cuatro propuestas que pretendían modificar el lugar que ocupaban los catalanes en España. Las cuatro nacieron como reacción al sistema político existente, demasiado centralista, y a la idea predominante de España como nación única. Estos proyectos se podrían bautizar con el nombre de sus principales promotores y gestores: el de Prat-Cambó, el de Macià-Companys, el de Pujol y el de Maragall.

El primer proyecto, como hemos explicado con detalle, naufragó en gran medida por lo ambiciosa que era esa propuesta de modernización, democratización y regionalización, cosa que generó una gran incomprensión y resistencia. El hecho de que procediera de la Cataluña industrial y de que planteara reconocer la pluralidad de identidades hispánicas despertó la hostilidad de los sectores más españolistas, tradicionalistas e inmovilistas, que supieron neutralizar el proyecto. Pese a la presencia de catalanistas como Cambó en los gobiernos españoles, la propuesta de cambio encontró muchos obstáculos y no pudo llevarse a cabo.

El proyecto Macià-Companys fue diferente, ya que nació gracias al golpe de audacia de Macià de aprovechar la crisis monárquica española de 1931 para imponer el derecho de los catalanes a gobernarse. El pacto político inmediato que intentó estabilizar la nueva democracia republicana, sin embargo, implicó el sacrificio de las aspiraciones federalistas de muchos catalanes. La participación de los catalanistas de izquierdas en los gobiernos republicanos parecía destinada a consolidar la nueva situación, pero las derechas españolas se mostraron no solo como fuerzas antirrepublicanas, sino como «más antiautonomistas y anticatalanistas que nunca», como lamentó el propio Cambó. Con grandes dificultades, Companys quiso mantener vigente el modelo de autogobierno en un contexto tan difícil como el del conflicto civil y la revolución social. Pero, al final de la guerra los ganadores restablecieron el Estado centralista, ahora profundamente antidemocrático, e impusieron la idea de la nación única e incuestionable.

La tercera propuesta surgió de los pactos de la Transición y buscó acomodar a los catalanes dentro de la nueva España democrática y autonómica. Pero Pujol no quiso reeditar el modelo de la Lliga y de Esquerra de participar en los gobiernos españoles y antepuso el refuerzo del autogobierno catalán a fuerza de pactar con los partidos que gobernaban en Madrid. Veinte años más tarde, ese modelo autonómico empezó a mostrar claros signos de agotamiento, a la vez que surgían propuestas de la derecha española de recuperar la centralización y regresar al nacionalismo de siempre.

La última propuesta catalana llegó en 2006 de la mano de Maragall, quien, presidiendo un gobierno de izquierdas, planteó la necesidad de reformar el pacto de la Transición impulsando un nuevo modelo de relaciones entre Cataluña y España basado en una concepción más federalista del Estado y un reconocimiento más auténtico de la pluralidad de identidades. Propuso avanzar hacia una Cataluña más libre dentro de una España diferente, que aceptara la diversidad como una realidad y una riqueza, y no como un problema. Aunque el proyecto del Estatuto implicaba hacer una lectura generosa de la Constitución, el deseo de blindar el autogobierno catalán topó con la oposición frontal de las derechas españolas y con la incomprensión de buena parte de las izquierdas. Y entre la acción de los unos y la inhibición de los otros, el proyecto acabó desnaturalizado. Lo que ha ocurrido los últimos años en Cataluña es una consecuencia clara de esa frustración. Al margen de los errores y las intransigencias de ambas partes, la situación actual evidencia que la mayoría de los ciudadanos de Cataluña no se sienten cómodos dentro del sistema vigente y consideran que tienen derecho a decidir democráticamente su futuro, sea dentro de una nueva España o fuera de ella.

Si Cambó fracasó como político, aquello, no fue solo un descalabro individual, sino mucho más amplio. No fue solo la frustración de una determinada propuesta catalanista; supuso un claro fracaso español, aunque algunos se nieguen a entenderlo así. Los cuatro proyectos catalanistas mencionados buscaban la concordia, por usar la expresión camboniana, y en ello chocaban con la actitud habitual de los políticos españoles, que no hacían más que reiterar la conllevancia orteguiana. Buscar la concordia implica querer avanzar en pos de un proyecto común y pactado dentro de una España

diferente, donde toda la ciudadanía se sienta reconocida. Proponer la conllevancia, en cambio, significa únicamente aceptar con resignación las diferencias, sin voluntad de superarlas, y tratar de mantener el modelo de relaciones basado en la hegemonía central. De hecho, se trata de una actitud defensiva, inmovilista y conservadora. El miedo a los cambios, por razonables y necesarios que sean, parece haberse impuesto siempre en la triste vida política española. Y llevamos ya un siglo así.

Bibliografía

Almendros, Alfons, *Francesc Cambó: la forja d'un* policy maker, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2000.

Cambó, Francesc, *Memòries (1876-1936)*, Alpha, Barcelona, 1981. [Hay trad. cast.: *Memorias*, Alianza, Madrid, 1987.]

—, *Meditacions: dietari*, Alpha, Barcelona, 1982, 2 volúmenes.

—, *Llibres*, Alpha, Barcelona, 1984.

—, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, Alpha, Barcelona, 1991.

—, *Política econòmica,* Barcelona, Alpha, 1999.

—, *Articles,* Alpha, Barcelona, 2007.

Casassas, Jordi, *Francesc Cambó. El catalanisme regeneracionista*, Biblioteca dels Clàssics del Nacionalisme Català núm. 24, La Magrana-Diputació de Barcelona, Barcelona, 1990.

Ehrlich, Charles E., *Lliga Regionalista. Lliga Catalana. 1901-1936*, Institut Cambó, Barcelona, 2004.

Jardí, Enric, *Cambó: perfil biogràfic*, Pòrtic, Barcelona, 1995.

Pabón, Jesús, *Cambó*, 3 vols., Alpha, Barcelona, 1952-1963; y Alpha, 1 vol., 1999, Barcelona.

Nadal, Joaquín M. de, *Seis años con don Francisco Cambó (1930-36). Memorias de un secretario político*, Alpha, Barcelona, 1957.

Riquer, Borja de, *L'últim Cambó (1936-1947). La dreta catalanista davant la guerra civil i el primer franquisme*, Eumo, Vic, 1995. [Hay trad. cast.: *El último Cambó, 1936-1947: la tentación autoritaria*, Grijalbo, Barcelona, 1997.]

—, «Francesc Cambó, un regeneracionista desbordado por la política de masas», en Carnero, Teresa (ed.), *El reinado de Alfonso XIII*, *Ayer,* núm. 28, Madrid, 1997, pp. 92-125; en catalán, *Anar de debò. Els catalans i Espanya,* Rosa dels Vents, Barcelona, 2016, pp. 88-130.

—, *Francesc Cambó, home de negocis i empresari cultural*, Caixa Laietana, Mataró, 2005.

—, *Francesc Cambó: entre la Monarquia i la República (com les memòries s'acomoden a les circumstàncies polítiques)*, Base, Barcelona, 2007.
—, «Francesc Cambó, polític i mecenes noucentista», en Marí, Antoni (ed.), *La imaginació noucentista,* Angle Editorial, Barcelona, 2009, pp. 69-88.
—, «Joan Ventosa i Calvell, l'home de la Lliga Catalana a Burgos. Les relacions dels catalanistes conservadors amb els militars rebels durant la Guerra Civil», en *Segle XX. Revista catalana d'història*, núm. 5, Barcelona, 2012, pp. 37-61.
—, *Alfonso XIII y Cambó: la monarquía y el catalanismo político*, RBA, Barcelona, 2013.
—, *Cambó en Argentina. Negocios y corrupción política*, Edhasa, Barcelona, 2016.
—, «Francesc Cambó y la CHADE. ¿Qué hace un político "nuevo" presidiendo una multinacional corruptora?», en Rubí, Gemma, y Monier, Fréderic, *Modernización y corrupción política en la Europa contemporànea*, *Ayer* núm. 115, Madrid, 2019, pp. 105-130.
Roca i Junyent, Miquel (presentador), *El món de Cambó. Permanència i canvi en el seu 125è Aniversari*, Institut Cambó, Barcelona, 2001.
Ucelay-Da Cal, Enric, *El imperialismo catalán: Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Edhasa, Barcelona, 2003.

ABREVIATURAS DE ARCHIVOS Y FONDOS DOCUMENTALES

AAC Archivo Antoni Casabó, Acassuso, Argentina
AAM Archivo Antonio Maura, Madrid
AC Archivo de la Cancillería, Buenos Aires
ACA Archivo de la Casa de Alba, Madrid
AFCPS Archivo de la Fundació Carles Pi i Sunyer, Barcelona
AGA Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares
AGGC Archivo General de la Guerra Civil, Salamanca
AGN Archivo General de la Nación, Buenos Aires
AHBE Archivo Histórico del Banco de España, Madrid
AMAE Archives du Ministère des Affaires étrangères, París
AMAEC Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid
AMBA Archivo de la Municipalidad de Buenos Aires
AJP Archivo Josep Pla, Palafrugell
AP Archivo de Palacio, Madrid
APG Archivo de Presidencia del Gobierno, Madrid
ARAA Archivo Ramon d'Abadal i Vinyals, El Pradell
ASDMAE Archivio Storico e Diplomatico del Ministero degli Affari Esteri, Roma
BNBA Biblioteca Nacional, Buenos Aires
FBB Fondo Borràs, Biblioteca de Catalunya
FDVANC Fondo Lluís Duran i Ventosa, Archivo Nacional de Cataluña
FDMCAB Fondo Lluís Domènech i Montaner, Col·legi d'Arquitectes de Catalunya
FJEBC Fondo Joan Estelrich, Biblioteca de Catalunya
FPRANC Fondo Enric Prat de la Riba, Archivo Nacional de

Cataluña

FIC Fondo Institut Cambó, Barcelona

FNCAN Fondo Narcís de Carreras, Archivo Nacional de Cataluña

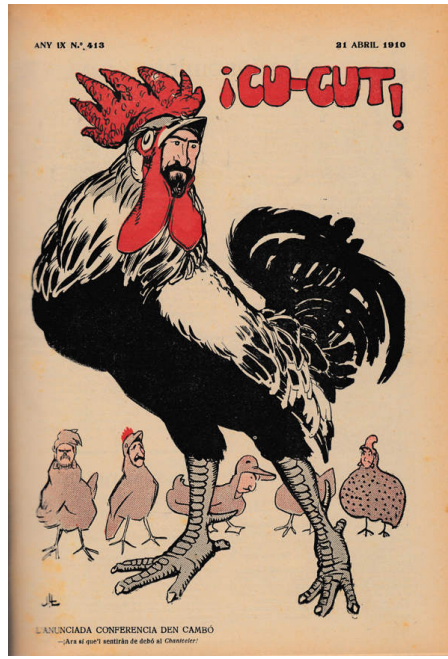
Láminas

Can Batlle, en la calle Canonge Iglesias de Verges (Alt Empordà), donde Francesc Cambó nació el 2 de septiembre de 1876. ANC

El coche de caballos en el que iba Cambó cuando se produjo el atentado de Hostafrancs (Creu Coberta con Consell de Cent), el 18 de abril de 1907. ANC

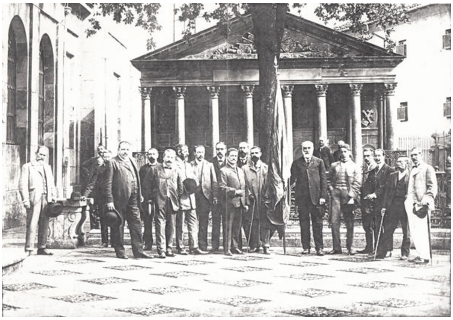
Convaleciente del atentado, en verano de 1907. Sentados: Ventosa, Abadal y Cambó. De pie, entre otros: Agulló, Bertran, Verdaguer y Duran. Colección

particular

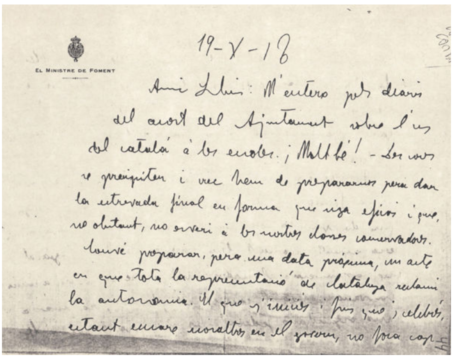


Caricatura de Cambó durante la campaña electoral de abril-mayo de 1910. *Cu-Cut!*, 21 de abril de 1910. Archivo del autor

Cambó convaleciente en el comedor de los Verdaguer en su casa de Canet de Mar, mayo-junio de 1907. AFB



Viaje al País Vasco de una delegación de Solidaritat Catalana invitada por la Liga Foral de Guipúzcoa. Cambó, con la señera, acompañado de Camps, Bertran, Abadal, Fortuny, Puig Alfonso y diputados vascos. 10-15 de julio de 1906.

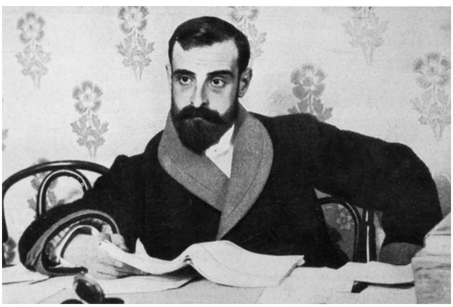


El Ministre de Foment

19-X-18

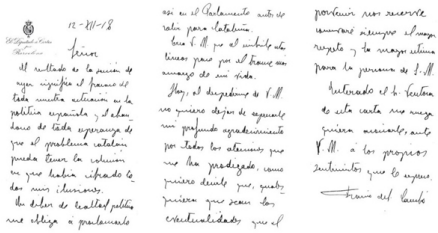
Amic Lluís: M'entero pels diaris del acort del Ajuntament sobre l'ús del català a les escoles. ¡Molt bé! - Les coses se precipiten i veig hem de prepararnos pera dar la estrevada final en forma que siga eficàs i que, no obstant, no serveixi a les nostres dones conservadors. Convé preparar, pera una data pròxima, un acte en que tota la representació de Catalunya reclami la autonomia. Si no s'inicia i, fins i tot, no se celebrés, estant encara nosaltres en el govern, no fora cap

Carta de Cambó como ministro de Fomento a Lluís Duran sobre el uso del catalán en las escuelas del Ayuntamiento de Barcelona, 19 de octubre de 1918. FDV ANC

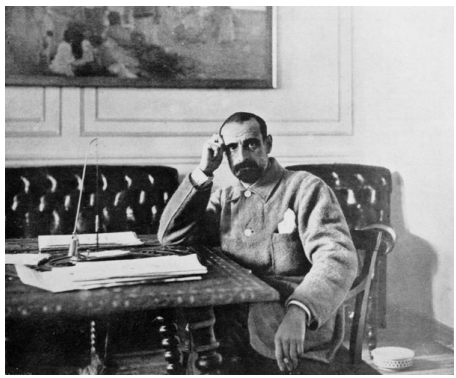


Francesc Cambó en el despacho de su domicilio de Madrid, preparando el discurso que pronunció el día 8 en el Congreso. Fotografía de Campúa (*Nuevo Mundo*, 11 de febrero de 1909).

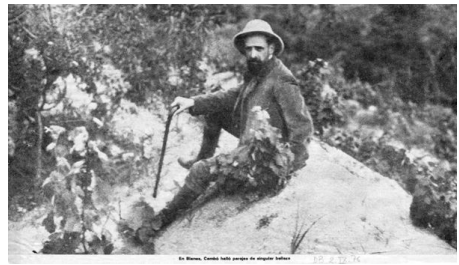
El «Gobierno nacional» en el Palacio de Oriente el 21 de marzo de 1918. De izquierda a derecha, el almirante Pidal, Alba, Romanones, Maura, Alfonso XIII, Dato, García Prieto, Besada, Cambó y el general Marina. © Oronoz / Álbum



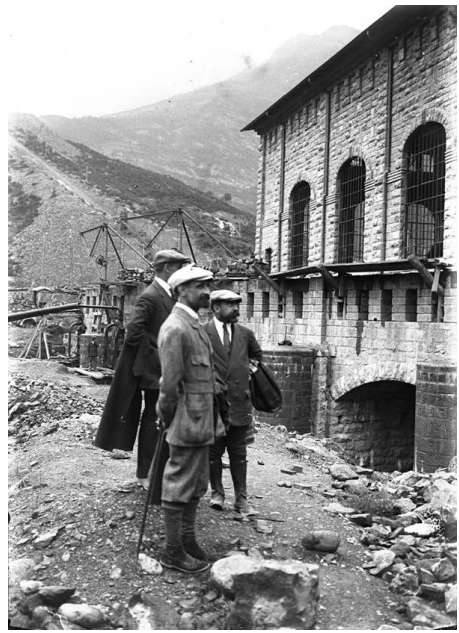
Carta de Cambó al rey Alfonso XIII expresando su disgusto por la actitud hostil del Congreso de los Diputados hacia el proyecto catalán de autonomía, 18 de diciembre de 1918. AP



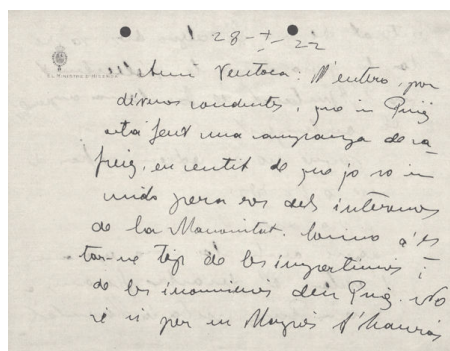
Cambó en su despacho de ministro de Fomento, 1918. © Campúa, para *Crónica Catalana*



Cambó de excursión cerca de Blanes. Verano de 1907. © AESA



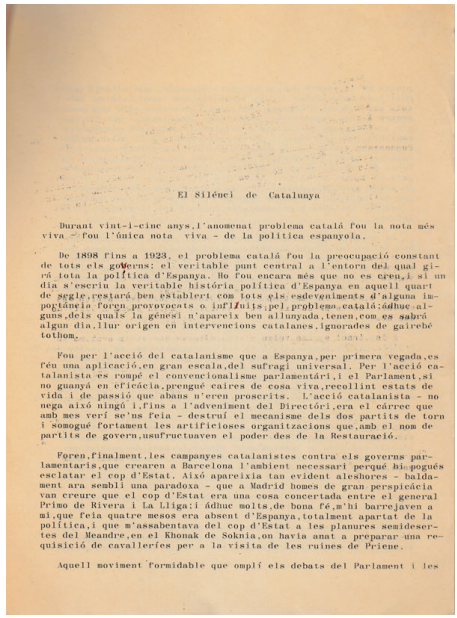
Francesc Cambó en una visita al País Vasco en enero de 1917. FIC AFB



Carta del Cambó ministro de Hacienda a Joan Ventosa en la que critica los «cotilleos» de Puig i Cadafalch, 28 de enero de 1922. FB BC

Cambó, ministro de Hacienda, con Maura, presidente, ante las dificultades económicas del Gobierno. Caricatura de *L'Estevet*, semanario nacionalista popular, 17 de febrero de 1922. Colección particular

Cambó con Rafael Llussà poco después de dejar el Ministerio de Hacienda. Caricatura de *L'Estevet*, semanario nacionalista popular, 5 de mayo de 1922. Colección particular



El Silenci de Catalunya

Durant vint-i-cinc anys, l'anomenat problema català fou la nota més viva – fou l'única nota viva – de la política espanyola.

De 1898 fins a 1923, el problema català fou la preocupació constant de tots els governs: el veritable punt central a l'entorn del qual girá tota la política d'Espanya. Ho fou encara més que no es creu, i si un dia s'escriu la veritable història política d'Espanya en aquell quart de segle, restará ben establert com tots els esdeveniments d'alguna importància foren provocats o influits pel problema català; ádhuc alguns, dels quals la génesi n'apareix ben allunyada, tenen, com es sabrá algun dia, llur origen en intervencions catalanes, ignorades de gairebé tothom.

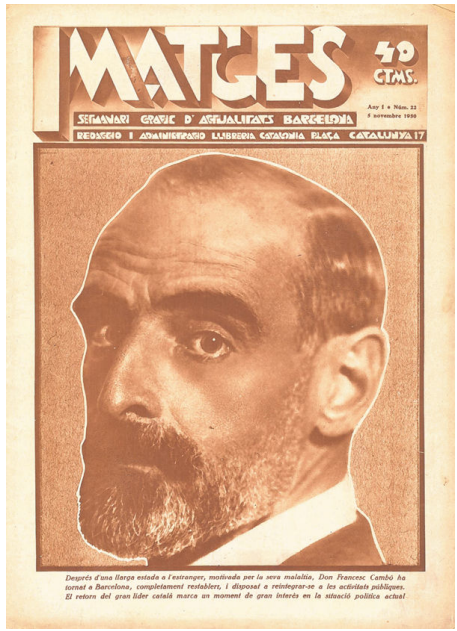
Fou per l'acció del catalanisme que a Espanya, per primera vegada, es féu una aplicació, en gran escala, del sufragi universal. Per l'acció catalanista es rompé el convencionalisme parlamentari, i el Parlament, si no guanyá en eficácia, prengué caires de cosa viva, recollint estats de vida i de passió que abans n'eren proscrits. L'acció catalanista – no nega això ningú – fins a l'advenir del Directori, era el cárrec que amb mes verí se'ns feia – destruí el mecanisme dels dos partits de torn i somogué fortament les artificioses organitzacions que, amb el nom de partits de govern, usufructuaven el poder des de la Restauració.

Foren, finalment, les campanyes catalanistes contra els governs parlamentaris, que crearen a Barcelona l'ambient necessari perqué hi pogués esclatar el cop d'Estat. Això aparexia tan evident aleshores – baldament ara sembli una paradoxa – que a Madrid homes de gran perspicácia van creure que el cop d'Estat era una cosa concertada entre el general Primo de Rivera i la Lliga; ádhuc molts de bona fé, m'hi barrejaven a mi, que feia quatre mesos era absent d'Espanya, totalment apartat de la política, i que m'assabentava del cop d'Estat a les planures semidesertes del Meandre, en el Khonak de Sokhia, on havia anat a preparar una requisició de cavalleríes per a la visita de les ruines de Priene.

Aquell moviment formidable que omplí els debats del Parlament i les

Primera página de la edición clandestina de *El silenci de Catalunya* de Cambó (1928), que luego se publicó con el título *Per la concòrdia*.

Visita de Francesc Cambó a la Exposición de Industrias Eléctricas, finalmente Exposición Internacional de Barcelona de 1929. © Brangulí / ANC


IMATGES

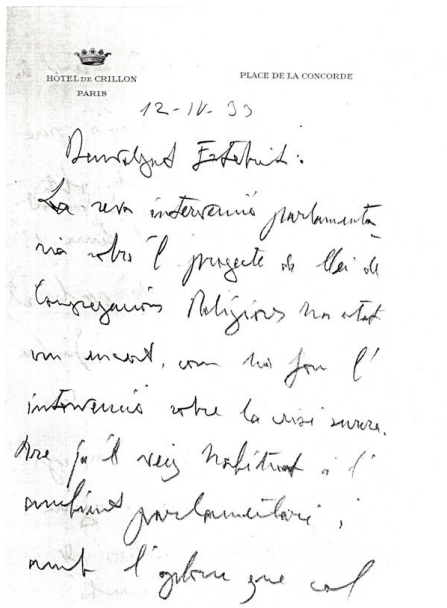
40 CTMS.

SETMANARI GRAFIC D'AFIRMACIO CATALANISTA BARCELONA

REDACCIO I ADMINISTRACIO LLIBRERIA CATALONIA PLAÇA CATALUNYA 17

Després d'una llarga estada a l'estranger, motivada per la seva malaltia, Don Francesc Cambó ha tornat a Barcelona, completament restablert, i disposat a reintegrar-se a les activitats públiques. El retorn del gran líder català marca un moment de gran interès en la situació política actual.

Portada de la revista *Imatges* que anuncia el regreso de Cambó a Cataluña tras su operación, 5 de noviembre de 1930. Colección particular


HÔTEL DE CRILLON
PARIS

PLACE DE LA CONCORDE

12-IV-33

Carta de Cambó a Estelrich en la que critica una intervención suya en las Cortes republicanas, 12 de abril de 1933. FJE BC

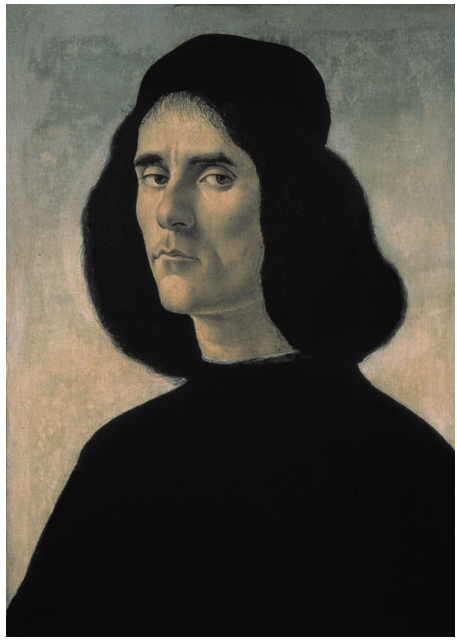
Cambó, Abadal, Ventosa y Puig de la Bellacasa en el entierro de Francesc Macià, 26 de diciembre de 1933. © AFB

Retrato de Cambó pintado por Ramon Casas, c. 1906. © Álbum

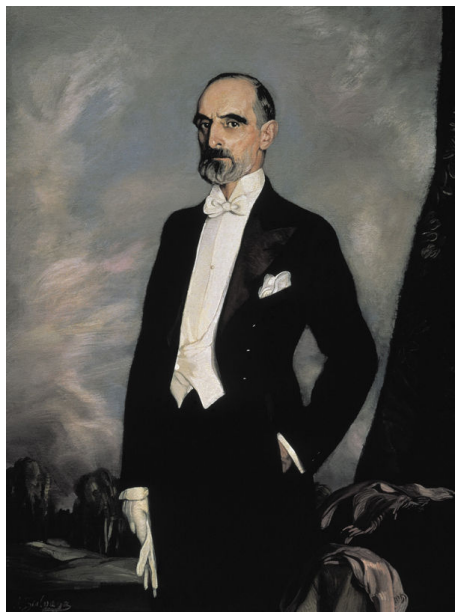
El yate *Catalònia* fotografiado por el artista Oleguer Junyent, c. 1991. © FOJS AFB

Cambó con Ada Lahowska y un desconocido durante el viaje a Noruega. Verano de 1910. © AESA

Cambó embarcando hacia Génova, 1929. © Josep Maria Sagarra i Plana / ANC



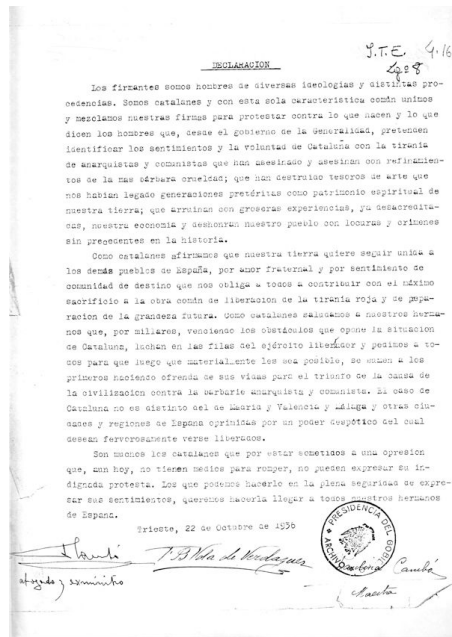
Retrato de Michele Marullo Tarcaniota, de Sandro Botticelli, el cuadro que Cambó más apreciaba de su colección. FIC. Foto: © Oronoz / Álbum



Retrato de Cambó pintado por el artista vasco Ignacio Zuloaga y expuesto en su piso de vía Laietana 30. © Ignacio Zuloaga, VEGAP, Barcelona, 2022. FIC. Foto: © Oronoz / Álbum

Cambó, Ventosa y Nadal delante de Abadal en las votaciones para elegir a los miembros del Tribunal de Garantías Constitucionales, 10 de septiembre de 1933. © Brangulí / ANC

Conferencia de Cambó en el Palau de la Música de Barcelona, 14 de mayo de 1934. © Pérez de Rozas – AFB



S.T.E. 4.16
Lg 28

DECLARACION

Los firmantes somos hombres de diversas ideologias y distintas procedencias. Somos catalanes y con esta sola caracteristica común unimos y mezclamos nuestras firmas para protestar contra lo que hacen y lo que dicen los hombres que, desde el gobierno de la Generalidad, pretenden identificar los sentimientos y la voluntad de Cataluña con la tiranía de anarquistas y comunistas que han asesinado y asesinan con refinamientos de la mas bárbara crueldad; que han destruido tesoros de arte que nos habian legado generaciones pretéritas como patrimonio espiritual de nuestra tierra; que arruinan con groseras experiencias, ya desacreditadas, nuestra economia y deshonran nuestro pueblo con locuras y crimenes sin precedentes en la historia.

Como catalanes afirmamos que nuestra tierra quiere seguir unida a los demás pueblos de España, por amor fraternal y por sentimiento de comunidad de destino que nos obliga a todos a contribuir con el máximo sacrificio a la obra común de liberación de la tiranía roja y de preparacion de la grandeza futura. Como catalanes saludamos a nuestros hermanos que, por millares, venciendo los obstáculos que opone la situacion de Cataluña, luchan en las filas del ejército libertador y pedimos a todos para que luego que materialmente les sea posible, se sumen a los primeros haciendo ofrenda de sus vidas para el triunfo de la causa de la civilizacion contra la barbarie anarquista y comunista. El caso de Cataluña no es distinto del de Madrid y Valencia y Málaga y otras ciudades y regiones de España oprimidas por un poder despótico del cual desean fervorosamente verse liberados.

Son muchos los catalanes que por estar sometidos a una opresion que, aun hoy, no tienen medios para romper, no pueden expresar su indignada protesta. Los que podemos hacerlo en la plena seguridad de expresar sus sentimientos, queremos hacerla llegar a todos nuestros hermanos de España.

Trieste, 22 de Octubre de 1936

PRESIDENCIA DEL GOBIERNO ARCHIVO

Cambó

abogado y exministro

Cambó

Maestro

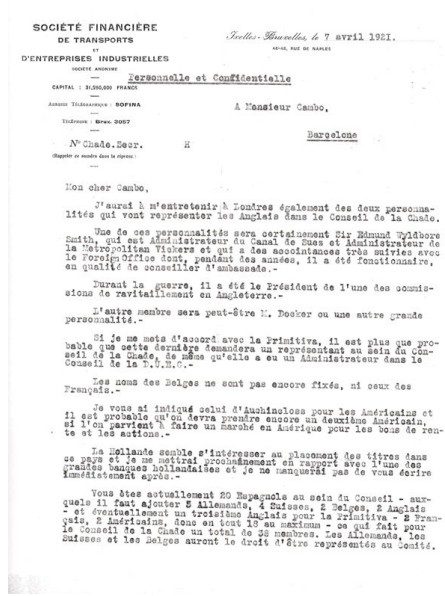
Cambó, primer signatario de la declaración de apoyo a Franco durante la Guerra Civil. Trieste, 22 de octubre de 1936. APG

La plana mayor de la CHADE con Joan Ventosa (izquierda), Pilar Arnús, Dannie Heineman, Isabel Llorach, Francesc Cambó y, detrás, Eusebi Bertrand i Serra, 2 de diciembre de 1930. © AESA

Conferentia Club en el Hotel Ritz. Conferencia a cargo de Raymond Recouly titulada «Dos grandes figuras francesas: Foch y Clemenceau». Isabel Llorach, Raymond Recouly y Francesc Cambó, 4 de mayo de 1934. © Pérez de Rozas / AFB

Acción de la Compañía General del Corcho que presidía Cambó, 1929. Colección

particular



SOCIÉTÉ FINANCIÈRE
DE TRANSPORTS
ET
D'ENTREPRISES INDUSTRIELLES
SOCIÉTÉ ANONYME
CAPITAL : 31.500.000 FRANCS
Adresse Télégraphique : SOFINA
Téléphone : Bruxelles 2057
N° Chade.Secr. H
(Rappeler ce numéro dans la réponse)

Bruxelles, le 7 avril 1921.
40-42, RUE DE NAMUR

Personnelle et Confidentielle

A Monsieur Cambo,

Barcelone

Mon cher Cambo,

J'aurai à m'entretenir à Londres également des deux personnalités qui vont représenter les Anglais dans le Conseil de la Chade.

Une de ces personnalités sera certainement Sir Edmund Tyldsley Smith, qui est Administrateur du Canal de Suez et Administrateur de la Metropolitan Vickers et qui a des accointances très suivies avec le Foreign Office dont, pendant des années, il a été fonctionnaire, en qualité de conseiller d'ambassade.-

Durant la guerre, il a été le Président de l'une des commissions de ravitaillement en Angleterre.-

L'autre membre sera peut-être M. Docker ou une autre grande personnalité.-

Si je me mets d'accord avec la Primitiva, il est plus que probable que cette dernière demandera un représentant au sein du Conseil de la Chade, de même qu'elle a eu un Administrateur dans le Conseil de la U.E.M.C.-

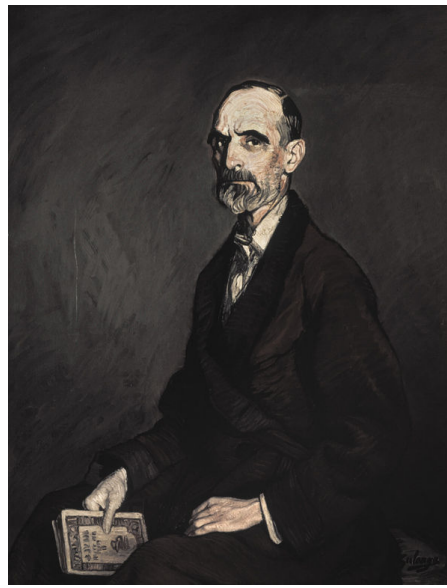
Les noms des Belges ne sont pas encore fixés, ni ceux des Français.-

Je vous ai indiqué celui d'Auchincloss pour les Américains et il est probable qu'on devra prendre encore un deuxième Américain, si l'on parvient à faire un marché en Amérique pour les bons de rente et les actions.-

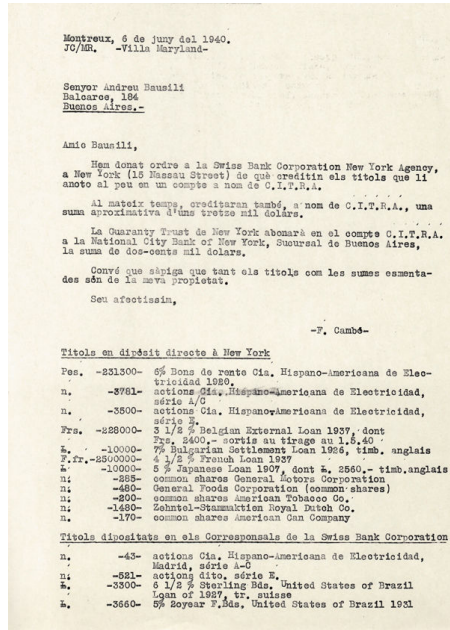
La Hollande semble s'intéresser au placement des titres dans ce pays et je me mettrai prochainement en rapport avec l'une des grandes banques hollandaises et je ne manquerai pas de vous écrire immédiatement après.-

Vous êtes actuellement 20 Espagnols au sein du Conseil - auxquels il faut ajouter 5 Allemands, 4 Suisses, 2 Belges, 2 Anglais - et éventuellement un troisième Anglais pour la Primitiva - 2 Français, 2 Américains, donc en tout 10 au maximum - ce qui fait pour le Conseil de la Chade un total de 38 membres. Les Allemands, les Suisses et les Belges auront le droit d'être représentés au Comité.

Carta «personal y confidencial» de Heineman a Cambó sobre la composición del consejo de administración de la CHADE, 7 de abril de 1921. AAC



Retrato de Francesc Cambó, óleo de Ignacio Zuloaga. FIC. © Ignacio Zuloaga, VEGAP, Barcelona 2022. © Oronoz / Álbum



Montreux, 6 de juny del 1940.
JC/MR. -Villa Maryland-

Senyor Andreu Bausili
Balcarce, 184
Buenos Aires.-

Amic Bausili,

Hem donat ordre a la Swiss Bank Corporation New York Agency, a New York (15 Nassau Street) de què creditin els títols que li anoto al peu en un compte a nom de C.I.T.R.A.

Al mateix temps, creditaran també, a nom de C.I.T.R.A., una suma aproximativa d'uns tretze mil dòlars.

La Guaranty Trust de New York abonarà en el compte C.I.T.R.A. a la National City Bank of New York, Sucursal de Buenos Aires, la suma de dos-cents mil dolars.

Convé que sàpiga que tant els títols com les sumes esmentades són de la seva propietat.

Seu afectíssim,

-F. Cambó-

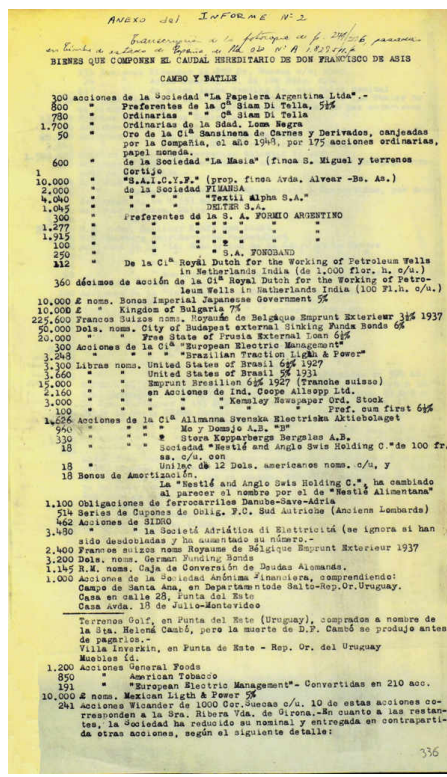
Títols en dipòsit directe à New York

Pes.	-231300-	6% Bons de renta Cia. Hispano-Americana de Electricidad, série A/C
n.	-3761-	actions Cia. Hispano-Americana de Electricidad, série A/C
n.	-3500-	actions Cia. Hispano-Americana de Electricidad, série B.
Frs.	-228000-	3 1/2 % Belgian External Loan 1937, dont Frs. 2400.- sortis au tirage au 1.5.40
£.	-10000-	7% Bulgarian Settlement Loan 1926, timb. anglais
F.fr.	-2500000-	4 1/2 % French Loan 1937
£.	-10000-	5 % Japanese Loan 1907, dont £. 2560.- timb.anglais
n:	-888-	common shares General Motors Corporation
n:	-480-	General Foods Corporation (common shares)
n:	-200-	common shares American Tobacco Co.
n:	-1480-	Zehntel-Stammaktien Royal Dutch Co.
n.	-170-	common shares American Can Company

Títols dipositats en els Corresponsals de la Swiss Bank Corporation

n.	-43-	actions Cia. Hispano-Americana de Electricidad, Madrid, série A-C
n:	-521-	actions dito, série E.
£.	-3300-	6 1/2 % Sterling Bds. United States of Brazil Loan of 1927, tr. suisse
£.	-3660-	5% Zoysar F.Bds. United States of Brazil 1931

Carta de Cambó en la que informa a Andreu Bausili de la transferencia de dinero y valores a los Estados Unidos, 6 de junio de 1940. FNC ANC



ANEXO del INFORME Nº 2

BIENES QUE COMPONEN EL CAUDAL HEREDITARIO DE DON FRANCISCO DE ASIS

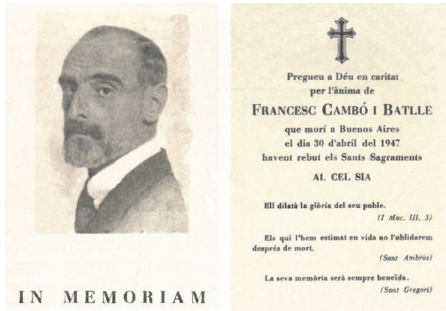
CAMBO Y BATLLE

300 acciones de la Sociedad "La Papelera Argentina Ltda".-
800 " Preferentes de la Cía Siam Di Tella, 5%
780 " Ordinarias " " Cía Siam Di Tella
1.700 " Ordinarias de la Sdad. Lomas Negras
50 " Oro de la Cía Sansinena de Carnes y Derivados, canjeadas por la Compañía, el año 1943, por 175 acciones ordinarias, papel nominado.
600 " de la Sociedad "La Masia" (finca S. Miguel y terrenos Cortijo
1
10.000 " "S.A.I.C.Y.F." (prop. finca Avda. Alvear -Bs. As.)
2.000 " de la Sociedad FIMANSA
4.040 " " " "Textil Alpha S.A."
1.045 " " " DELTEX S.A.
300 " Preferentes de la S. A. FORMIO ARGENTINO
1.277 " " " " " " "
1.915 " " " " " " "
100 " " " " " "
250 " " " S.A. FONOBAND
112 " De la Cía Royal Dutch for the Working of Petroleum Wells in Netherlands India (de 1.000 flor. h. o/a.)
360 décimos de acción de la Cía Royal Dutch for the Working of Petroleum Wells in Natherlands India (100 Fl.h. o/a.)
10.000 £ noms. Bonos Imperial Japanesse Government 5%
10.000 £ " Kingdom of Bulgaria 7%
229.600 Francs Suisses noms. Royaume de Belgique Emprunt Exterieur 3½% 1937
50.000 Dols. noms. City of Budapest external Sinking Funds Bonds 6%
20.000 " " Free State of Prusia External Loan 6½%
300 Acciones de la Cía "European Electric Management"
3.248 " " " "Brazilian Traction Light & Power"
3.300 Libras noms. United States of Brazil 6½% 1927
3.660 " " United States of Brasil 5% 1931
15.000 " " Emprunt Bresilien 6½% 1927 (Tranche suisse)
2.160 " " en Acciones de Ind. Coope Allsopp Ltd.
3.000 " " " " Kemsley Newspaper Ord. Stock
100 " " " " Pref. cum first 6½%
14.826 Acciones de la Cía Allmanna Svenska Electriska Aktiebolaget
960 " " " Mo y Domsjo A.B. "B"
330 " " " Stora Kopparbergs Bergslas A.B.
18 " " " Sociedad "Nestlé and Anglo Swis Holding C."de 100 fr. ss. c/u. con
18 " Unidad de 12 Dols. americanos noms. c/u, y
18 Bones de Amortizació.
La "Nestlé and Anglo Swis Holding C.", ha cambiado al parecer el nombre por el de "Nestlé Alimentana"
1.100 Obligaciones de ferrocarriles Danube-Save-Adria
514 Series de Cupones de Oblig. F.C. Sud Autriche (Anciens Lombards)
462 Acciones de SIDRO
3.480 " " la Societá Adriática di Elettricitá (se ignora si han sido desdobladas y ha aumentado su número.-
2.400 Francos suizos noms Royaume de Bélgique Emprunt Exterieur 1937
3.200 Dols. noms. German Funding Bonds
1.145 R.M. noms. Caja de Conversión de Deudas Alemanas.
1.000 Acciones de la Sociedad Anónima Financiera, comprendiendo:
Campo de Santa Ana, en Departamento de Salto-Rep.Or.Uruguay.
Casa en calle 28, Punta del Este
Casa Avda. 18 de Julio-Montevideo
Terrenos Golf, en Punta del Este (Uruguay), comprados a nombre de la Sta. Helená Cambó, pero la muerte de D.F. Cambó se produjo antes de pagarlos.-
Villa Inverkin, en Punta de Este - Rep. Or. del Uruguay
Muebles id.
1.200 Acciones General Foods
850 " American Tobacco
191 " "European Electric Management"- Convertidas en 210 acc.
10.000 £ noms. Mexican Ligth & Power 5%
241 Acciones Wicander de 1000 Cor.Suecas c/u. 10 de estas acciones corresponden a la Sra. Ribera Vda. de Girona.-En cuanto a las restantes, la Sociedad ha reducido su nominal y entregada en contrapartida otras acciones, según el siguiente detalle:

336

«Bienes que componen el caudal hereditario de Francisco de Asís Cambó y

Batlle» según los peritos argentinos Alberto Mario Caletti y Carlos Conrado Hebling, 1953. FNC ANC



Recordatorio de Cambó repartido en su funeral, celebrado en la iglesia Pompeya de Barcelona el 6 de mayo de 1947. Colección particular

Narcís de Carreras, Mercè Mallol y Helena Cambó esperando la llegada de los restos de Francesc Cambó a Barcelona, 2 de julio de 1977.

Notas

1. Jesús Pabón, *Cambó, 1876-1947,* Alpha, Barcelona, 3 vols., 1952 y 1969. Existe una reedición en un solo volumen de la misma editorial, publicada el año 1999 con prólogo de Carlos Seco Serrano.

2. «Reconozco que la obra no es una biografía, sino una Historia Política de su tiempo», carta de J. Pabón a R. d'Abadal i Vinyals, 12 de septiembre de 1966. Archivo Abadal, El Pradell.

1. Jaume Vicens Vives, *Industrials i polítics del segle xix,* Editorial Vicens Vives, Barcelona, 1972, p. 290.

2. Pérez Xifra fue uno de los fundadores de la *Revista de Girona* y un hombre con amplias relaciones sociales y culturales. En aquellos años era diputado provincial gerundense (1886-1891) y después sería presidente de la Societat Econòmica Gironina d'Amics del País y senador por Gerona (1901 y 1903).

3. Gaziel, *Tots els camins duen a Roma. Història d'un destí, 1893-1914,* Aedos, Barcelona, 1959, p. 50.

4. Discurso pronunciado el 7 de febrero de 1919. Francesc Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, Alpha, Barcelona, 1991, p. 615.

5. Francesc Cambó, *Memòries (1876-1936)*, Alpha, Barcelona, 1981, p. 28.

6. La presidencia de Prat fue cuestionada por un buen número de socios, especialmente de la sección de Medicina, a causa de su mala gestión financiera. Los gastos provocados por la publicación de muchos documentos no se pudieron cubrir con las cuotas de los socios y quedaron muchas deudas.

7. En el curso 1896-1897 se eligió presidente a Valentí Almirall y Prat de la Riba fue secretario. Durante el curso 1897-1898 el presidente fue el jurista Joan Josep Permanyer, que en su candidatura llevaba de vocales a Puig i Cadafalch, Prat de la Riba y Raimon Casellas. En el año 1898 accedió a la presidencia el arquitecto Lluís Domènech i Montaner; en 1899 el abogado Raimon d'Abadal i Calderó, y en 1900 el poeta Joan Maragall.

8. Empezó por el mismo presidente Almirall, que habló del «Regionalismo», después vinieron las conferencias de Prat («La nacionalidad catalana»), de Pompeu Fabra («Definición de la lengua catalana»), de Ignasi Iglesias («Influencia de la literatura dramática en el espíritu nacional catalán»), de Lluís Duran i Ventosa («El espíritu político de la expansión de Cataluña») y de Lluís Domènech i Montaner («Banderas nacionales de Cataluña»).

9. Véase Jordi Castellanos, *Raimon Casellas i el modernisme*, Curial Edicions Catalanes-Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1983, vol. 1, p. 137.

10. Francesc Cambó, *Memòries (1876-1936), op. cit.*, p. 46.

11. Era un texto inspirado en un escrito de Prat de la Riba, aunque redactado en griego por el catedrático Antoni Rubió i Lluch.

12. La táctica de publicar mensajes de apoyo en los que también se denunciaban actitudes represivas tenía cierta tradición dentro del nacionalismo catalán. Ya en 1886, por iniciativa de Valentí Almirall, se redactó un mensaje de apoyo al movimiento nacionalista irlandés que firmaron más de 5.000 catalanes.

13. La táctica de elaborar manifiestos y mensajes de apoyo continuaría. Así pues, el mensaje del rey Jorge I iría seguido tres años después, en 1899, de un mensaje de solidaridad con la causa independentista de los finlandeses ante el imperio zarista ruso. Posteriormente, en 1900, se redactó una declaración de adhesión al presidente de la República del Transvaal, en plena guerra de los bóeres contra los británicos.

14. Francesc Cambó, *Memòries (1876-1936), op. cit.,* pp. 47-48.

15. Al parecer, le influyó particularmente la lectura de las obras de Hippolyte Taine, *Les origines de la France contemporaine y Notes sur l'Angleterre*. Véase Enric Ucelay-Da Cal, *El imperialismo catalán, Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista de España,* Edhasa, Barcelona, 2003, p. 349.

16. Citado por Antoni Rovira i Virgili en «L'oratoria de Cambó», en *Revista de Catalunya*, n.º 117. Nueva etapa: abril 1997, Barcelona, p. 11.

17. De todas formas, parece que el primer texto publicado, pese a ser más bien literario, de Francesc Cambó fue «Les quatre estacions», que apareció en la revista *La Voz de Sitges* el 23 de agosto de 1896.

18. F. Cambó, «Política estrangera: lo procés Dreyfus y la Cort de Casació», *La Veu de Catalunya*, 3 de junio de 1899, citado por Joaquim Coll i Amargós, *El catalanisme conservador davant l'afer Dreyfus*, Curial, Barcelona, 1994, p. 108.

19. El arquitecto Antoni Gallissà era el nuevo presidente, acompañado de los posibilistas Jaume Carner, en el cargo de vicepresidente, Enric Prat de la Riba, en el de tesorero, y Jaume Maspons i Camarasa en el de secretario.

20. La derrota en las elecciones del 27 de marzo de 1898 fue contundente: 5.457 votos por el candidato oficial, el liberal Joan M. Forgas i Frigola, frente a los 1.901 obtenidos por Joan Josep Permanyer.

21. Francesc Cambó, *Memòries (1876-1936)*, *op. cit.*, pp. 53-54.

22. En el manifiesto se insinuaba que la solución del caso catalán pasaba, también, por disponer de autonomía política para que el asunto no terminase como en Cuba.

23. Los firmantes eran el presidente de la Liga de Defensa Industrial y Comercial, Sebastià Torres; del Fomento del Trabajo, Joan Sallarés i Pla; del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, marqués de Camps; del Ateneu Barcelonés, Lluís Domènech i Montaner, y de la Sociedad Barcelonesa de Amigos del País, doctor Bartomeu Robert.

24. Josep Puig i Cadafalch, «Els primers dies de la Veu de Catalunya», *La Veu de Catalunya*, 1 de enero de 1929.

25. Carta, sin fecha, de F. Cambó a R. Casellas, en Jordi Castellanos, *Raimon Casellas i el modernisme*, *op. cit.*, vol. 1, p. 282.

26. En aquella época, *La Vanguardia* y *El Diluvio* alcanzaban ya los 50.000 ejemplares. *La Renaixensa* y el republicano *La Publicidad*, unos 5.000, mientras que el carlista *El Correo Catalán* solo distribuía unos 2.000. Seis años después, *La Renaixensa* ya no podía competir con *La Veu* y se vio forzada a cerrar.

27. El médico Domènec Martí i Julià atacó duramente las actitudes de los evolucionistas lanzando desde *La Renaixensa*, en marzo de 1899, la consigna del «o todo o nada», en referencia a las Bases de Manresa.

28. El abogado Raimon d'Abadal i Calderó fue elegido diputado por Vic; el archivero Leonci Soler i March, por Manresa, y el propietario Carles de Camps, marqués de Camps, por Gerona. En Barcelona se impuso la candidatura oficial «polaviejista», que incluía al industrial Joan Sallarés, ex presidente del Fomento de Trabajo Nacional, al empresario Josep Cucurella, que había militado en la Unión Catalanista, y al comerciante Rómul Bosch i Alsina.

29. *La Veu de Catalunya*, 2 de septiembre de 1899.

30. J. Marian Pirretas, *El tancament de caixes*, sin editorial, Barcelona, 1900.

31. Los evolucionistas, además de *La Veu de Catalunya*, contaban con el apoyo inicial de ocho revistas más: *Catalònia*, *Lo Somatent, La Veu de l'Ampurdà, La Veu del Vallès*, *Les Quatre Barres, La Veu de Tortosa, La Veu del Segre y La Veu del Montserrat*.

32. Esta entidad, fundada en marzo de 1898, estaba integrada solo por 24 socios y presidida por Feliu Prat. Francesc Cambó era su representante en Barcelona.

33. Josep Pla, *Cambó. Materials per una història d'aquests últims anys*, Edicions de la Nova Revista, Barcelona, 1929, vol. 1, p. 242.

34. También fueron elegidos diputados dos catalanistas más: Carles de Camps, marqués de Camps, por Olot, y Leonci Soler i March, por Manresa.

35. De los once concejales de la Lliga, tres representaban a los gremios de comerciantes —Felicià Serra, Evarist López y Josep M. Mas i Cuadros—, dos provenían del sector católico —Alexandre M. Pons y Ramón Albó—, uno era del grupo de empresarios —Josep Bogunyà—, tres eran catalanistas conservadores —Josep Pella i Forgas, Josep Puig i Cadafalch y Francesc Cambó—, y dos, catalanistas republicanos —Ildefons Sunyol y Jaume Carner.

36. Otras entidades catalanistas también presentaron candidaturas en estas elecciones municipales. Entre ellas Gerona, Vilasar de Mar, Tarragona, Palamós, Ripoll y Sant Sadurní d'Anoia, con resultados diversos. La candidatura de la Lliga Catalanista para Gerona, afín a la barcelonesa, cosechó un gran éxito, puesto que ocho de sus candidatos fueron elegidos concejales.

37. En cambio, Prat de la Riba fue de los pocos que nunca lucieron barba; claro que a sus treinta años ya aparentaba muchos más.

38. Francesc Cambó, *Memòries (1876-1936)*, *op. cit.*, p. 119.

39. El consistorio barcelonés estaba compuesto por cincuenta concejales, de los que cada dos años se renovaba la mitad. El 7 de enero de 1902 estaba formado por diecinueve concejales dinásticos, catorce republicanos, once de la Lliga y seis independientes, cuatro de ellos «silvelistas», que se aliarían con los catalanistas.

40. Francesc Cambó, *Memòries (1876-1936)*, *op. cit.*, p. 79.

41. La Junta de Museos se estrenó organizando el 25 de septiembre de aquel mismo año, en el marco de las recuperadas fiestas de la Mercè, una Exposición de Arte Antiguo con los fondos de los museos municipales y del provincial en el edificio del Arsenal del Parque de la Ciudadela. Fue el primer paso hacia la creación del Museo Municipal de Bellas Artes.

42. El 28 de mayo de 1905 el Ayuntamiento aceptó definitivamente la propuesta, y el 24 de agosto encargó a Jaussely la confección del plan definitivo, que sería entregado por el arquitecto el 1 de agosto de 1906, con los correspondientes planos, perspectivas y una memoria de 336 páginas. El 27 de septiembre de 1907 se expondría al público y el consistorio lo aprobaría definitivamente el 12 de diciembre de 1907.

43. El impuesto sobre los consumos gravaba productos alimentarios como la carne, el aceite, el vino, etc. Era bastante impopular.

44. F. Cambó, «L'Ajuntament de Barcelona», *La Veu de Catalunya*, 6 y 17 de marzo de 1902.

45. Josep M. Figueres, *Procés militar a Prat de la Riba. Les actes del Consell de Guerra de 1902,* Llibres de l'Índex, Barcelona, 1996. El interrogatorio de Cambó figura en las pp. 73-76.

46. «Ayer me llamó el alcalde para decirme que casi con toda seguridad el rey vendría a Barcelona para las fiestas de la Mercè y que quería buscar una solución para que nosotros no nos opusiésemos ni hiciéramos ningún acto de hostilidad. Yo le respondí que lo veía bastante difícil, pero que quería hablar de ello con los compañeros antes de decirle nada en concreto. Mi impresión es que ahora va de verdad y que, a mi modo de ver, deberíamos evitarlo sea como sea. Creo que hemos de meditar nuestra actitud y hablar de ello con los del grupo. Si le parece conveniente convocar una reunión en la Lliga para el jueves por la tarde o el viernes, yo ya habría hablado con Fargas y le pondría a usted al corriente del asunto.» Carta de F. Cambó a E. Prat de la Riba. FPR ANC.

47. E. Prat de la Riba, «En Cambó», en *La Veu de Catalunya*, 9 noviembre de 1905.

48. Borja de Riquer, *Lliga Regionalista. La burgesia catalana i el nacionalisme (1898-1904)*, *Edicions 62, Barcelona,* p. 271.

49. Esta compañía estaba integrada básicamente por tres grandes socios: SOFINA (Société Financière de Transports et d'Entreprises Industrielles), teóricamente belga pero que en realidad dependía de la AEG alemana; dicha importante empresa eléctrica alemana; y una serie de bancos belgas que habían adquirido una parte de las acciones de la Banca Arnús-Garí. FPR ANC.

50. Como explicaremos más adelante, Heineman será quien proponga a Cambó en 1919 para organizar la operación financiera que redundará en la creación de la CHADE.

51. Francesc Cambó, *Memòries (1876-1936)*, *op. cit.*, pp. 84-86.

52. *Ibid.*, p. 87.

53. Carta de Ll. Domènech a E. Prat de la Riba, 8 de mayo de 1903. FPR ANC.

54. Respecto a las elecciones de 1901, la Lliga perdió más de mil votos, mientras que los republicanos sumaron unos 23.000. La Lliga tan solo consiguió la elección de cinco diputados: los dos por Barcelona, Rusiñol y Domènech; Solé i Marchr, por Manresa; Rius i Torres, por Mataró; y d'Albó, por Olot.

55. Carta de F. Cambó a Prat de la Riba, 18 de mayo de 1903. FPR ANC.

56. Carta de Ll. Domènech a E. Prat de la Riba, 18 de mayo de 1903. FPR ANC.

57. Carta de E. Prat de la Riba a Ll. Domènech, 1 de junio de 1905. FDM.

58. De los catorce candidatos a concejales, solo cinco eran catalanistas conocidos —Raimon d'Abadal i Calderó, Narcís Pla i Daniel, Joaquim Giralt, Josep Rogent y Joan Pijoan—, mientras que predominaban los comerciantes e industriales.

59. Josep Pella i Forgas, *La crisi del catalanisme*, sin editorial, Barcelona, 1906, p. 88.

60. El 13 de febrero de 1903, Alejandro Lerroux y Vicente Blanco Ibáñez reunieron en la plaza de las Arenas de Barcelona a unas 20.000 personas. Los lerrouxistas llevaban la iniciativa en el Ayuntamiento y en la calle, y habían conseguido que incluso los republicanos federales se convirtieran en aliados suyos.

61. F. Cambó, «Lerroux», en *La Veu de Catalunya*, 9 de octubre de 1903.

62. El nuevo consistorio estaba integrado por 28 concejales republicanos, 17 catalanistas, 4 dinásticos y 1 independiente.

63. Como veremos más adelante, Cambó se mostrará harto satisfecho por haber «salvado» la montaña de Montjuic convirtiéndola en un gran parque y por haber paralizado la prolongación de la Diagonal para evitar la especulación inmobiliaria. Hay que recordar igualmente que dio a la ciudad la Casa Padellás, hoy sede del Museo de Historia, y su espectacular colección de cuadros, que actualmente se conserva en el MNAC.

64. Carta de C. González Rothwos a A. Maura, 1 de marzo de 1904. AAM.

65. Joaquim Casas-Carbó, *Catalònia, Assaigs nacionalistes*, sin editorial, Barcelona, 1908, pp. 100-101.

66. F. Cambó, «La visita reial», *La Veu de Catalunya*, 15 de enero de 1904.

67. Josep Bertrán i Musitu estaba casado con Cristina Güell i López, hija del conde de Güell y nieta del primer marqués de Comillas, familias muy bien relacionadas con la casa real española, y se encontraba ya al frente de una parte de los negocios de los Güell y de los López.

68. Borja de Riquer, *Lliga Regionalista. La burgesia catalana i el nacionalisme (1898-1904)*, *op. cit.*, p. 285.

69. Carta de Ll. Domènech a E. Prat de la Riba, 18 de marzo de 1904. FDM.

70. F. Cambó, «El viatge del rei», *La Veu de Catalunya*, 2 de abril de 1904.

71. Borja de Riquer, *Lliga Regionalista. La burgesia catalana i el nacionalisme (1898-1904)*, *op. cit.*, pp. 284-285.

72. Pese a que algunos historiadores y biógrafos de Cambó afirman que el discurso fue en catalán, no es cierto. Véase el texto original e íntegro en castellano en Borja de Riquer, *Alfonso XIII y Cambó. La monarquía y el catalanismo político*, RBA, Barcelona, 2013, pp. 195-197.

73. Francesc Cambó, «Política estrangera. Francesc Josep a Praga», *La Veu de Catalunya*, 16 de junio de 1901.

74. Francesc Cambó, *Memòries (1876-1936)*, *op. cit.*, p. 100.

75. «Fivallers de guardarropía», *Joventut*, 14 de abril de 1904.

76. Editorial de *La Veu de Catalunya*, 16 de abril de 1904.

77. Francesc Cambó, *Memòries (1876-1936)*, *op. cit.*, p. 100.

78. E. Prat de la Riba, «Jornades catalanes», en *La Veu de Catalunya*, 27 de abril de 1904.

79. Carta de Ll. Domènech a E. Prat de la Riba, finales de junio de 1904. FDM.

80. Véase Rafael Olivar Bertran, *Prat de la Riba*, Editorial Aedos, Barcelona, 1964, p. 315.

81. Joan Ventosa redactó incluso un artículo que justificaba la creación del Centro Nacionalista Republicano, titulado «La crisi del catalanisme», en *El Poble Català*, 12 de noviembre de 1904.

82. Borja de Riquer, *Lliga Regionalista. La burgesia catalana i el nacionalisme (1898-1904)*, *op. cit.*, p. 296.

83. Carta de R. Casellas a E. Prat de la Riba, noviembre de 1904. FPR ANC.

84. Borja de Riquer, *Lliga Regionalista. La burgesia catalana i el nacionalisme (1898-1904)*, *op. cit.*, p. 298.

85. Notas manuscritas de E. Prat de la Riba, 1907. FPR ANC.

86. Tanto en sus *Memòries*, *op. cit.*, p. 105, como en su correspondencia con Josep Pijoan, Cambó siempre recordará este episodio de abatimiento y cómo lo reconfortaron las conversaciones entre los cuatro amigos en abril de 1905.

87. Francesc Cambó, *Memòries (1876-1939)*, *op. cit.*, p. 105.

88. *Ibid.*, p. 111.

89. E. Prat de la Riba, «En Cambó», *La Veu de Catalunya*, 9 de septiembre de 1905.

90. Además de los dos de Barcelona, también resultaron elegidos diputados Salvador Rius, por Mataró; Albert Rusiñol, por Vic; Josep Bertran i Musitu, por Vilanova; Francesc Albó, por Olot; y Leonci Soler, por Manresa.

91. Francesc Cambó, *Memòries (1876-1939)*, *op. cit.*, p. 134.

92. Fueron elegidos concejales de Barcelona, entre otros, sus amigos y compañeros Lluís Duran i Ventosa, Joan Ventosa Calvell y Pere Rahola Molinas.

93. No era la primera vez que unos militares actuaban violentamente contra supuestos «separatistas». En 1902, un grupo de oficiales asaltó y destrozó un centro nacionalista vasco en Bilbao.

94. Incluso cantar *Els segadors* o exhibir la señera podía ser interpretado como una ofensa a la *Marcha real* y a la bandera española y, por consiguiente, motivo para que interviniera la justicia militar.

95. Véase Borja de Riquer, «Construcció i destrucció de la Solidaritat Catalana. El paper de la Lliga Regionalista», en G. Rubí y F. Espinet (eds.), *Solidaritat Catalana i Espanya*, Editorial Base, Barcelona, 2008, pp. 47-68.

96. Francesc Cambó, *Memòries (1876-1939)*, *op. cit.*, p. 114.

97. *Ibid.*, p. 115.

98. *Ibid.*, pp. 116-117.

99. *Ibid.*, p. 118.

100. Véase Borja de Riquer, «Construcció i destrucció de la Solidaritat Catalana. El paper de la Lliga Regionalista», *op. cit.*, pp. 47-68.

101. Antoni Rovira i Virgili, *Resum d'història del catalanisme*. Edicions Pàtria, Barcelona, 1923, p. 32.

102. Véase Laia Alsina *et al.*, *Construint la memòria. La Galeria dels Catalans Il·lustres de l'Ajuntament de Barcelona*, Reial Acadèmia de Bones Lletres, Barcelona, 2021.

103. Véase Gemma Rubí, «Les eleccions generals de la Solidaritat Catalana del 21 d'abril de 1907», en G. Rubí y F. Espinet (eds.), *Solidaritat Catalana i Espanya*, Editorial Base, Barcelona, 2008, pp. 69-102.

104. Carles de Fortuny, *Els catalans a Basconia: crònica de un viatge*, Lliga Regionalista, Barcelona, 1906.

105. Eugeni D'Ors, «Francesc Cambó, noucentista», *Obra completa. Glosari 1906-1910*, Editorial Selecta, Barcelona, 1950, pp. 277-278.

106. En la ciudad de Barcelona los solidarios obtuvieron unos 31.000 votos y siete diputados, mientras que los lerrouxistas tan solo consiguieron 18.700 votos y un diputado. En uno de los distritos de la ciudad los solidarios presentaron tres candidatos para las mayorías y uno para las minorías y consiguieron que los cuatro salieran elegidos.

107. Francesc Cambó, en sus *Memòries*, *op. cit.*, p. 128, se equivoca al decir que Prat fue candidato por primera vez en 1907, cuando ya era diputado desde 1905.

108. *Ibid.*, p. 118.

109. Francesc Cambó, *Catalunya i la Solidaritat. Conferència sonada al Teatre Principal el dia 26 de Maig de 1910*, Fills D. Casanovas, Barcelona, 1910, p. 16.

110. Gemma Rubí, «Les eleccions generals de la Solidaritat Catalana del 21 d'abril de 1907», *op. cit.*, p. 70.

111. Carta de A. Ossorio a. A. Maura, 16 de abril de 1907, citada *Ibid.*, p. 71.

112. Los carlistas, que desde 1901 solo habían tenido un diputado en Cataluña, con la Solidaritat salieron de su aislamiento presentando a seis candidatos y todos ellos resultaron elegidos diputados.

113. Carta de A. Ossorio a Maura, 12 de abril de 1907, citada por Gemma Rubí, «Les eleccions generals de la Solidaritat Catalana del 21 d'abril de 1907», *op. cit.*, p. 87.

114. Juan de la Cierva y Peñafiel, *Notas de mi vida*, Instituto Editorial Reus, Madrid, 1955, p. 80.

115. Véase Gemma Rubí, «Les eleccions generals de la Solidaritat Catalana del 21 d'abril de 1907», *op. cit.*, pp. 94-100.

116. Francesc Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 130.

117. «Conferència del Senyor Cambó a la Lliga Regionalista», *La Veu de Catalunya*, 5 de abril de 1907.

118. Francesc Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 135.

119. Eugeni d'Ors, «Roses de triomf i de sang», *Obra completa. Glosari 1906-1910, op. cit.*, p. 431.

120. Hasta entonces en Cataluña no había votado más del 40 % del censo, y eso en los distritos en que el voto era relativamente representativo. Sin embargo, en esta ocasión votó el 68 % en las comarcas de Tarragona y un 52 % en las de Barcelona.

121. Meses después, el grupo parlamentario solidario se vería incrementado por la adhesión del liberal Emili Riu i Periquet, diputado por Sort-Viella, y del republicano catalanista Josep Torres i Sampol, escogido en la elección complementaria de Torroella de Montgrí, celebrada en agosto de 1907, después de la renuncia del cacique conservador marqués de Robert.

122. Además de Francesc Cambó y Josep Puig i Cadafalch, elegidos por Barcelona, también lo fueron Eduard Calvet (por Arenys), Lluís Ferrer-Vidal (por Castellterçol), Ignasi Girona (por Granollers), Frederic Rahola Trémols (por Igualada), Leonci Soler i March (por Manresa), Salvador Rius i Torres (por Mataró), Josep Bertan i Musitu (por Vilanova), Eusebi Bertran i Serra (por Puigcerdà), Joan Ventosa i Calvell (por Santa Coloma de Farners), Joan Garriga i Massó (por Seo de Urgel), Pere Milà i Camps (por Solsona) y Manuel Raventós i Domènech (por Valls).

123. A. Marvaud, *L'Espagne au XXè siècle, étude politique et économique*, Librairie Armand Colin, París, 1915, p. 43.

1. Conde de Romanones, *Notas de una vida*, Marcial Pons, Madrid, 1999, p. 254.

2. Antoni Rovira i Virgili, *Els polítics catalans*, Tipografía Occitania, Barcelona, 1929, p. 176.

3. Las relaciones políticas entre Maura y Cambó han sido analizadas por Teresa Carnero en «Madrid-Cataluña, 1890-1919: del desencuentro al acomodo. La correspondencia A. Maura-F. Cambó», en J. C. Davis e Isabel Burdiel (eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos xvii-xx)*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2005, pp. 299-328.

4. Antoni Rovira i Virgili, *Els polítics catalans*, op. cit., p. 178.

5. F. Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, op. cit., pp. 33-34.

6. Esto lo cuenta Cambó en sus *Memòries*, *op. cit.*, pp. 150-151 y también, de manera más extensa, en una intervención parlamentaria en las Cortes republicanas el 15 de febrero de 1935. Véase Francesc Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, pp. 871-872.

7. Carta de F. Cambó a A. Maura, 9 de noviembre de 1907. AAM.

8. Carta de F. Cambó a A. Maura, 29 de noviembre de 1907. AAM.

9. Carta de F. Cambó a A. Maura, 8 de enero de 1908. AAM.

10. En una carta de F. Cambó a A. Maura, del 13 de febrero de 1909, AAM, le pedía al presidente del gobierno que se autorizase lo antes posible la construcción de la carretera de Arbúcies a Vic. Maura escribió a mano en la misma carta: «Al Ministerio de Fomento. Para su recomendación».

11. Sobre las dotes oratorias de Cambó es muy interesante el artículo de Antoni Rovira i Virgili «L'oratòria de Cambó», publicado en *Germanor*, Santiago de Chile, julio de 1947, y reproducido en *Revista de Catalunya*, n.º 117, Barcelona, abril de 1977, pp. 7-18.

12. En el artículo de Teresa Carnero «Madrid-Cataluña, 1890-1919: del desencuentro al acomodo. La correspondencia A. Maura-F. Cambó», en J. C. Davis e Isabel Burdiel (eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos xvii-xx)*, *op. cit.*, se reproducen las cartas más interesantes.

13. Intervención de Francesc Cambó en el Congreso de los Diputados del 15 de febrero de 1935. Véase *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, pp. 871-872.

14. *Ibid.*, pp. 84-100.

15. Borja de Riquer, *Alfonso XIII y Cambó. La monarquía y el catalanismo político*, op. cit., pp. 55-57. Doce años después, el 7 de junio de 1916, Cambó, en un discurso en el Congreso de los Diputados, recordará que el monarca todavía no hablaba catalán en público, algo que sí habían hecho, por ejemplo, Felipe II y Carlos II. Alfonso XIII nunca habló catalán en público.

16. Fernando Soldevilla, *El año político 1908*, Imprenta de Ricardo Rojas, Madrid, 1909, p. 137.

17. «Cambó, apoyado por Ossorio, me pidió que las suspendiera, pero no lo pude hacer, porque no habría procedido yo legalmente, ni con debida formalidad. Fue mi primer rozamiento con Cambó —Lerroux triunfó y vino al Congreso.» Juan de la Cierva y Peñafiel, *Notas de mi vida,* Instituto Editorial Reus, Madrid, 1955, p. 87.

18. La abstención fue considerable y penalizó a los solidarios, que perdieron unos diez mil votos, mientras que Lerroux ganó ocho mil.

19. F. Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, p. 170.

20. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, solo pone «verano 1909». FB BC.

21. Fueron procesados por los tribunales militares 1.725 individuos, de los cuales 900 fueron condenados a prisión, 59 a cadena perpetua y 17 a muerte, aunque al final los ejecutados fueron 5.

22. Este pedagogo librepensador, fundador de la Escuela Moderna de Barcelona, se había visto implicado en el atentado contra Alfonso XIII del 31 de mayo de 1906 en Madrid, cometido por Mateo Morral, antiguo colaborador suyo en la Escuela Moderna, y por eso fue encarcelado durante un año.

23. Juan de la Cierva y Peñafiel, *Notas de mi vida*, *op. cit.*, pp. 144-150.

24. «Si hubiera permanecido algunos días más en el gobierno, el partido liberal en peso habría hecho declaraciones republicanas y habría dejado a la monarquía condenada a un régimen de dictadura, pues no habrá medio de sustituir al actual gobierno y este no podrá gobernar con las cortes abiertas.» Carta de F. Cambó a E. Prat de la Riba de 21 de octubre de 1909. FPR ANC. En otra carta a Ll. Duran i Ventosa, de finales de 1909, Cambó sostenía: «Maura es hombre muerto. Su partido está decepcionado». FDV ANC.

25. Carta de F. Cambó a E. Prat de la Riba, 21 de octubre de 1909. FPR ANC.

26. *Ibid.*

27. *Ibid.*

28. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 175-176, y *Dietari*, Alpha, Barcelona, p. 897.

29. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 386-387.

30. Carta de Segismundo Moret a Ramón Sostres, diputado liberal catalán, 26 de septiembre de 1909. Hay una copia en el archivo Prat de la Riba. FPR ANC.

31. Carta de F. Cambó a E. Prat de la Riba, 17 de enero de 1913. FPR ANC.

32. Carta de F. Cambó a A. Maura, 22 de marzo de 1910. Archivo Maura, Madrid.

33. En el conjunto de Cataluña, la desaparición de la Solidaritat tuvo también un elevado coste político para el catalanismo y benefició especialmente a los partidos dinásticos: los liberales gubernamentales habían pasado de tener dos diputados a tener doce, mientras que los conservadores sacaron cuatro. Las diferentes tendencias de los republicanos consiguieron diecisiete escaños, de los que cinco eran para los radicales lerrouxistas. En cambio, la Lliga y sus aliados tradicionalistas e independientes tan solo consiguieron once diputados, cuando en 1907 habían obtenido veinte.

34. F. Cambó, *Memòries, op. cit.*, 186.

35. «Als meus electors de La Bisbal», *La Veu de Catalunya*, 13 de mayo de 1910.

36. Carta de F. Cambó a A. Maura, 14 de mayo de 1910. Archivo Maura, Madrid.

37. Francesch [*sic*] Cambó, *Catalunya y la Solidaritat. Conferencia donada al teatre Principal el dia 26 de maig de 1910*, Estampa fills de D. Casanovas, Barcelona, 1910.

38. José M. Tallada, «Derechas e izquierdas. Para José Zulueta», *La Cataluña*, IV, 1910, pp. 809-810.

39. M. Vidal i Guardiola, «Derechas e izquierdas», *La Cataluña*, IV, 1910, pp. 19-22.

40. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 4 de febrero de 1911, FDV ANC.

41. Carta de F. Cambó a A. Maura, del 3 de febrero de 1912. Archivo Maura, Madrid. FAM.

42. Desde este momento, Cambó será diputado de manera ininterrumpida hasta 1923, primero por el distrito de Castellterçol, en las elecciones de 1914 y de 1916, después por la ciudad de Barcelona, en las de 1918, 1919, 1920 y 1923.

43. F. Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, p. 197.

44. Carta de F. Cabó a Ll. Duran i Ventosa, solo pone julio de 1912, FDV ANC.

45. *Ibid.*

46. *Ibid.*

47. El panorama de las cuatro diputaciones catalanas mostraba resultados muy similares: la Lliga Regionalista, que tenía 20 diputados provinciales; la UFNR, que había obtenido 19, y los dinásticos en conjunto, que eran 29. Los miembros de la Lliga eran mayoritarios en las diputaciones de Barcelona y Gerona, minoritarios en la de Lérida, y en Tarragona no tenían ningún representante.

48. La defenestración política de Maura en el año 1913 ha sido objeto de grandes debates entre los historiadores. Unos lo consideran un grave error del monarca y una nueva muestra de la intromisión de Alfonso XIII en la vida de los partidos políticos, y de haber cedido ante la presión de los liberales y los republicanos. Jesús Pabón y Carlos Seco Serrano, en cambio, estiman que el rey se vio forzado a recurrir a Eduardo Dato ante la arrogancia manifestada por Antonio Maura.

49. Esta entrevista solo la relata Joan Garriga i Massó en *Memòries d'un liberal catalanista (1887-1939)*, Edicions 62, Barcelona, 1987, pp. 207-208.

50. «Nota confidencial» de Enric Prat de la Riba, solo pone «otoño 1913», FPR ANC.

51. Carta de F. Cambó a E. Prat de la Riba, 28 de octubre de 1913. FPR ANC.

52. F. Cambó, «El moment polític i les eleccions municipals», conferencia en la Sala Imperio, Barcelona, 4 de noviembre de 1913. Véase también J. Pabón, *Cambó*, v. I, *op. cit.*, p. 412.

53. *Así es nuestro Rey. El libro de la Monarquía*, Imprenta Helénica, Madrid, 1914. El texto de Cambó es breve, tiene 26 líneas y aparece en las pp. 100-103, en castellano, francés, inglés y alemán. El volumen recogía la opinión de 72 personalidades españolas entre las que destacaban políticos como Dato y Romanones (sorprende la ausencia de la opinión de Antonio Maura). El libro presenta a Cambó —el único político no dinástico— como «Jefe del Partido Regionalista», y junto con el marqués de Marianao (Salvador Samà i Torrents) es el único catalán. Opinan también sobre el rey destacados hombres de ciencias y de letras como Santiago Ramón y Cajal, Jacinto Benavente y Miguel de Unamuno.

54. En el conjunto de Cataluña, la Lliga sacó doce diputados sobre un total de veinte candidatos presentados, pero no consiguió representación alguna ni en la provincia de Tarragona ni en la de Lérida. Los republicanos obtuvieron ocho, la mitad de ellos de la UFNR.

55. F. Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, p. 248.

56. *Ibid.*, p. 249.

57. «Espanya davant la Guerra Europea. Causes de la guerra. La Neutralitat d'Espanya», *La Veu de Catalunya*, 24 de agosto de 1914.

58. Lliga Regionalista, *El pensament català davant del conflicte europeu. Conferències dels parlamentaris regionalistes*, Fidel Giró, impresor, Barcelona, 1915. [Hay trad. cast.: *El pensamiento catalán ante en conflicto europeo*. *Conferencias de los parlamentarios regionalistas*, Hijos de Domingo Casanovas, Barcelona, 1915.] Las conferencias fueron dictadas por Lluís A. Sedó —industria y exportación—, Lluís Ferrer-Vidal —industria y comercio—, Joan Ventosa —crédito—, Joan Garriga i Massó —transportes—, Pere Rahola —subsistencias y materias primas—, Carles de Camps —política agraria— y Francesc Cambó —banca.

59. Este proyecto, que había provocado importantes protestas en el seno de las fuerzas armadas y censuras de la oposición, por considerarlo insuficiente e incompleto, ponía de manifiesto que «el problema militar» podía convertirse de nuevo en una fuente de grandes conflictos.

60. Francesc Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 231-232.

61. Firmaban la circular Francesc Cambó, Ramón d'Abadal, Enric Prat de la Riba, Lluís Duran i Ventosa, Joan Ventosa i Calvell y Josep Puig i Cadafalch, es decir, los dirigentes más destacados de la Lliga. *Circular de la Comissió d'Acció Política de la Lliga Regionalista*, sin fecha, Archivo Riquer.

62. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 6 de mayo de 1916. FB BC.

63. «La concentración del Parque Güell», *La Veu de Catalunya*, 22 de mayo de 1916.

64. Francesc Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, p. 316.

65. *Ibid.*, p. 317.

66. *Ibid.*, p. 321.

67. *Ibid.*, p. 322.

68. Francesc Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 236.

69. «Las aspiraciones de Cataluña. Palabras de Cambó», *España*, II, n.º 72, 8 de junio de 1916, pp. 439-440.

70. Carta de F. Cambó a J. Ventosa desde el Saint Moritz Palace Hotel, 7 de agosto de 1915. FB BC.

71. Claudi Ametlla, *Memòries polítiques*, Editorial Pòrtic, Barcelona, 1963, p. 370.

72. Francesc Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 239-242.

73. En una carta de F. Cambó a J. Ventosa, 6 de mayo de 1916, días antes de los debates, decía: «Hoy tenemos una enorme fuerza parlamentaria y el gobierno ve que, contra nosotros, no se puede conseguir nada. Es el momento de obtener las máximas concesiones». FB BC.

74. Francesc Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, pp. 375-395.

75. Hemos utilizado abundante correspondencia escrita y recibida por Francesc Cambó. Buena parte de sus cartas llevan un encabezamiento impreso, que no reproducimos. Acostumbran a indicar, después del nombre, su dirección —por ejemplo, «Girona 18, principal 2.ª (esquina Ausiàs March). Teléfono 2095»—, y ponen «El Diputado por Castellterçol» o el «Diputado a Cortes por Barcelona». Desde marzo de 1918, las cartas indican «El Ministro de Fomento», y desde el 23 de agosto de 1921 «El Ministro de Hacienda». Posteriormente, también hay cartas suyas que muestran que se escribieron en «Via Laietana n.º 30», o llevan el logo de su yate, el *Catalònia*.

76. Cartas de F. Cambó a J. Ventosa, 2 y 3 de junio de 1916. FB BC.

77. Carta de F. Cambó a Joan Ventosa, 5 de octubre de 1916. FB BC.

78. «Que Riu se siente desengañado del partido liberal lo demuestra el hecho de que se pone a nuestra disposición para las elecciones provinciales a la provincia de Lérida». Carta de Cambó a J. Ventosa, 6 de octubre de 1916. FB BC.

79. Carta de Cambó a J. Ventosa, 10 de octubre de 1916. FB BC.

80. Carta de Cambó a J. Ventosa, 30 de octubre de 1916. FB BC. En la carta Cambó decía: «Es indispensable que hagamos saltar a Rius de la alcaldía» [de Barcelona]. «Hablemos con Lluís» [Duran].

81. Carta de Cambó a J. Ventosa, 6 de octubre de 1916. FB BC.

82. Carta de Cambó a J. Ventosa, 10 de octubre de 1916. FB BC.

83. Carta de Cambó a J. Ventosa, 30 de octubre de 1916. FB BC.

84. Francesc Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, pp. 417-440.

85. «Con mi discurso sobre el presupuesto extraordinario le he clavado una honda estocada, pero no sé si será mortal ... el propósito de Alba es transigir en todo para resistir. Mañana procuraré que esto sea imposible ... a menos que no conserve ni sombra de dignidad y acepte que gobernemos nosotros desde nuestra bancada.» Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 2 de noviembre de 1916. FB BC.

86. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 20 de octubre de 1916. FB BC.

87. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 10 de octubre de 1916. FB BC.

88. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 24 de noviembre de 1916. FB BC.

89. *Ibid.*

90. *Ibid.*

91. *Ibid.*

92. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, solo pone «diciembre 1916». FB BC.

93. Cambó continuaba el escrito diciendo: «Lo primero lo veo de la siguiente manera: entendernos con Alba, Quesada y quizás con Sánchez-Toca y redactar con ellos —imponiéndonos nosotros— los proyectos que queremos que se aprueben». Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 24 de noviembre de 1916. FB BC.

94. Carta de F. Cambó a E. Prat de la Riba, 5 de noviembre de 1916. FPR ANC.

95. En una carta de F. Cambó a J. Ventosa, diciembre de 1916. FB BC.

96. Cambó consideraba que Canalejas buscaba con el rey «más la intimidad que el respeto», y eso era un grave error, «mayor aún cuando el Rey se llamaba Alfonso XIII», véase *Memòries*, *op. cit.*, pp. 185-186.

97. Leticia Bosch-Labrús i Prat (Barcelona, 1890-Madrid, 1981) era hija del conocido dirigente proteccionista Pere Bosch-Labrús y había conocido de pequeña a Cambó, que a menudo iba a comer a casa de sus padres. En 1912 se casó con Fernando Sebastián de Borbón y Madam (París, 1891-Madrid, 1945), segundo duque de Dúrcal, oficial de la escolta real y pariente lejano de Alfonso XIII. Leticia fue nombrada dama de la reina Victoria Eugenia y, por lo tanto, tenía acceso privilegiado a la corte y al monarca. Cambó mantuvo una estrecha relación con los duques de Dúrcal. Pasó incluso el verano de 1915 en la casa que tenían en Fuenterrabía, y el mes de agosto de 1916 lo pasaron todos juntos en el Hotel Palace de Saint-Moritz (Suiza). En el Archivo de Palacio hay cartas de «Leticia, duquesa de Dúrcal a Luis, duque de Miranda», en las que recomienda artículos escritos por dirigentes de la Lliga como Cambó, Ventosa, Duran, etc., y dice: «Creo que a ellos les gustaría mucho que el Rey se hubiera enterado», carta del 26 de julio de 1929, caja 15601 (AP).

98. Joan Antoni Güell i López (1874-1955), segundo conde de Güell, era nieto de dos importantes empresarios, Joan Güell i Ferrer y Antonio López, primer marqués de Comillas. Hombre cercano a la Lliga Regionalista, tenía también buenas relaciones personales con el rey, que había concedido a su padre, Eusebi, el título de conde de Güell en 1900. Era «caballero de cámara de S. M. Alfonso XIII».

99. Damià Mateu i Bisa (1863-1935) era un importante empresario del hierro, propietario de la famosa fábrica de automóviles Hispano-Suiza. Debido a sus buenas relaciones con el rey desde el año 1914 había creado diversas fábricas de material militar. Era un hombre cercano a la Lliga Regionalista hasta el extremo de que en 1916 fue nombrado recaudador de las ayudas económicas que daban al partido los empresarios y hombres de negocios de Cataluña.

100. Claudio López i Bru (1853-1927), segundo marqués de Comillas, era uno de los hombres más ricos de España y estaba muy introducido en el Palacio Real desde la etapa de la regencia de María Cristina. Tenía relaciones profesionales estrechas con Cambó, puesto que Comillas era el presidente y principal accionista del Banco Hispano Colonial y fue el primer presidente del consejo de administración de la CHADE, la gran empresa eléctrica creada por Cambó.

101. Joaquim Maria de Nadal i Ferrer (Barcelona, 1883-1972), hijo del alcalde de Barcelona, Josep Maria de Nadal, era «gentilhombre de cámara» de Alfonso XIII. Militó sucesivamente en las juventudes mauristas, en la Federació Monàrquica Autonomista y en la Lliga Catalana. Fue secretario político de Francesc Cambó desde 1930 hasta 1936.

102. Jacobo («Jimmy») Fitz-James Stuart y Falcó, XVII duque de Alba, (Madrid, 1878-Lausana, 1953) tenía una relación muy estrecha con Alfonso XIII desde pequeño. Cambó tuvo mucho trato con él en el verano de 1916 cuando coincidieron en el Hotel Palace de Saint-Moritz. Había heredado grandes propiedades valoradas en más de cien millones de pesetas. En 1932 era el cuarto noble de España en cuanto a propiedades: tenía 34.455 hectáreas. Su colección privada de pinturas era la más importante de España.

103. En una carta de Joan Ventosa del 7 de agosto de 1916, Cambó declaraba: «Escribiré unas cartas al Rey para publicarlas en *La Veu* o en el *Debate* explicando todo lo que podría y debería hacer el Rey en este momento». FB BC.

104. Cambó, en una carta a Joan Ventosa del 12 de octubre de 1916, se quejaba del apoyo del rey a Santiago Alba, para que este presidiera «un gobierno de autoridad» (dictatorial). En concreto, denunciaba el compromiso de Alba con Alfonso XIII de que, si se aprobaban los nuevos ingresos fiscales, propondría «sacarle setenta millones para los Astilleros de la ría de Vigo». FB BC.

105. Había senadores y diputados como Sedó, Garriga i Massó, Bertran i Musitu, Rusiñol, Rahola, Puig i Cadafalch y Vehils, y representantes de corporaciones económicas como Viada, Gonçal Arnús, Bertrand i Serra y Damià Mateu. Un día antes había llegado a Bilbao el secretario de la Lliga, Ferran Agulló, para prepararlo todo.

106. Había seis diputados de las Cortes —Esteban Bilbao, Fernando M. Ibarra, José Joaquín Ampuero, José Pablo Azillona, Luis Aznar y el propio Echevarrieta—, y el senador y presidente de la Liga Vizcaína de Productores, Federico Echevarría, además de Ramón de la Sota (presidente de la asociación de navieros), Enrique Ochadrán (director del Banco de Vizcaya) y empresarios con apellidos tan conocidos como Gandarias, Urquijo, Mac Mahon y Chávarri.

107. *Conferencia del diputado a Cortes D. Francisco Cambó en el Coliseum de Albia. 26 de enero de 1917,* Hijos de Grijelmo, Bilbao, 1917.

108. La conferencia fue reproducida entera en el periódico nacionalista *Euskadi* y resumida en *La Gaceta del Norte*, del 29 de enero de 1917.

109. Josep Puig i Cadafalch pronunció también en Bilbao, el día 28 de enero, una conferencia en la Sociedad Filarmónica, entidad financiada por De la Sota, sobre «La labor cultural de la Mancomunitat catalana y la Diputación de Barcelona», que fue asimismo reseñada por la prensa vasca.

110. Aparece reproducido en *La Voz de Guipúzcoa* del 17 de abril de 1917.

111. Los delegados catalanistas visitaron La Coruña, Santiago, Vigo, Orense y Monforte, donde pronunciaron diversas conferencias y se entrevistaron con diferentes políticos gallegos.

112. Francisco Cambó, *El pesimismo español*, Editorial Hesperia, Madrid, 1917.

113. Santiago Alba, *Problemas de España*, Editorial Hesperia, Madrid, 1916.

114. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, abril de 1917. FB BC.

115. «El Rey aprieta a Alba para que no salga del gobierno diciendo que es el único hombre en quien confía entre todos los que hoy gobiernan ... Con Alba he tenido hoy una larga conversación, me ha explicado todo lo que pasa dentro del gobierno, su posición y la imposibilidad de seguir como hasta ahora. Me ha hablado de la formación de un gobierno de concentración en el que entremos los cinco o seis más capaces de la política española para convertirlo en una dictadura. Dice que el Rey está conforme. Me ha preguntado si nosotros estaríamos dispuestos a entrar en él. Yo no he respondido nada en concreto. Me ha pedido que el lunes, a la vuelta de San Sebastián, le avise para hablar largo y tendido con él ... Esa forma de entrar sería la más gallarda para nosotros. No obstante, no hemos de olvidar que, o bien fracasaremos y la revolución nos arrollará y nosotros no podremos dirigirla, o bien, si triunfamos, adquiriríamos prestigio personal, pero daríamos solidez al *statu quo* y aplazaríamos el pleito nacionalista.» *Ibid.*

116. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 23 de julio de 1943. FIC.

117. *Ibid.*

118. Francesc Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 264-265.

119. También hablan de estos contactos Jesús Pabón, en *Cambó*, *op. cit.*, pp. 427-431, y Joaquim Maria de Nadal, *Memòries. Vuitanta anys de sinceritats i de silencis*, Editorial Aedos, Barcelona, 1965, p. 269.

120. Ex coronel Márquez, J. M. Capo, *Las Juntas Militares de Defensa*, Biblioteca Porvenir, Barcelona, 1923, p. 49.

121. *Ibid.*, pp. 50-51.

122. *Ibid.* La carta de Cambó ocupa el apéndice n.º 8, pp. 184-187.

123. *Ibid.*, p. 187.

124. Jesús Pabón, en *Cambó*, *op. cit.*, comenta la carta en la p. 427.

125. Juan de la Cierva y Peñafiel, *Notas de mi vida*, *op. cit.*, p. 183.

126. *Ibid.*, p. 311.

127. M. García Venero, *Santiago Alba, monárquico de razón*, Aguilar, Madrid, 1963, p. 133.

128. Carta de F. Cambó a G. Maura, 11 de julio de 1917. AAM.

129. Teresa Carnero, «Madrid-Cataluña, 1890-1919: del desencuentro al acomodo. La correspondencia A. Maura-F. Cambó», *op. cit.*, p. 325.

130. El conde de Güell hablaba en 1918 de «mi intervención mediadora en los [sucesos] del año anterior». Carta de Joan Antoni Güell a Emilio Torres, secretario particular de Alfonso XIII, 17 de diciembre de 1918. Archivo de Palacio (AP).

131. Joaquim Maria de Nadal, *Memòries. Vuitanta anys de sinceritats i de silencis*, op. cit., p. 270.

132. David Martínez Fiol y Joan Esculies Serrat, *L'Assemblea de Parlamentaris de 1917 i la Catalunya rebel*, Centre d'Història Contemporània de Catalunya, Barcelona, 1917, p. 105.

133. Carta de F. Cambó a A. Maura, 19 de septiembre de 1917, Fundación Antonio Maura, Madrid.

134. La declaración aparece publicada en *La Veu de Catalunya* del 10 de octubre de 1917.

135. Carta de Damià Mateu a Cambó, 20 de octubre de 1917, citada por Jesús Pabón, *Cambó, op. cit.*, p. 555.

136. «Exposición de los senadores y diputados conservadores por Cataluña al Gobierno», octubre de 1917. Archivo E. Dato.

137. Declaraciones de F. Cambó al *Diario de Navarra*, 15 de octubre de 1917.

138. «Al punto al que ha llegado todo, aunque nos cueste un sacrificio, no hay otro camino que hacerlo, si como se desprende todo es provechoso para Cataluña, y nunca habrá mejor ocasión que tu entrada y la de Ventosa en el Ministerio»; carta de Lluís Duran a Francesc Cambó del 27 de octubre de 1917. Según Duran, el orden de preferencias de jefes del futuro gobierno de concentración sería «Maura, si no Sánchez Toca, si no García Prieto». FDV ANC.

139. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, pp. 566-567, y F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 267.

140. Rafael de Marquina, *La nostra gent. Francesc Cambó*, Llibreria Catalònia, 1926, pp. 52-53.

141. En una carta a Duran i Ventosa, Cambó le explicó su conversación con Maura y cómo este le informó de que pensaba proponer como ministros sin cartera a Cambó, Villanova, García Prieto, Azcárate y Sota. Pero como la mayoría no aceptó, ni tampoco Cambó, «me ha dicho que mi negativa le obligaba a declinar el encargo del Rey para formar un ministerio de concentración...». Carta de F. Cambó a Ll. Duran, un jueves de octubre de 1917, FDV ANC.

142. *Ibid.* Cambó añadía: «También es posible que el Rey llame a Palacio a los ex presidentes del Consejo y de las Cámaras y a mí, para que todos juntos deliberemos con él la solución de la crisis. Ahora, el único peligro que tenemos es que salga un ministerio homogéneo, maurista o liberal. No lo creo, pero en el caso de que así fuera, duraría poco. Espero que ganemos la partida».

143. «Crisis total», en *Acción*, 1 de noviembre de 1917.

144. «Por lo que veo en los periódicos de Barcelona, me parece que aquí no se dan cuenta de la verdad de nuestra victoria. En cambio, en Madrid, todo el mundo es consciente. Con una solución Alba, se creaba un partido albista; con una solución Maura, un partido maurista, con García Prieto, queda desmontado el partido liberal y no puede crear nada a su alrededor». Carta de F. Cambó a Ll. Duran, un lunes de comienzos de noviembre de 1917. FDV ANC.

145. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 23 de julio de 1943. FIC.

146. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, un lunes de principios de noviembre de 1917. FDV ANC.

1. La edición de los discursos parlamentarios, *Francesc Cambó. Discursos parlamentaris (1907-1935)*, Alpha, Barcelona, 1991, incluye cincuenta y nueve discursos enteros, de los que cincuenta y seis fueron pronunciados en el Congreso de los Diputados y tres en el Senado, en condición de ministro. De estos discursos seleccionados, veintidós corresponden a la etapa que va de octubre de 1907 a marzo de 1918; veintitrés son de la etapa de 1918 a 1923; y veinticuatro pertenecen a la época republicana, entre 1934-1935. De los cincuenta y nueve reproducidos enteros, doce los pronunció Cambó como ministro de Fomento y de Hacienda, y cuarenta y dos como líder parlamentario. No obstante, Cambó hizo otras muchas intervenciones parlamentarias, como mínimo ciento cuarenta y una, que aparecen reseñadas en los diarios de las sesiones del Congreso —ciento treinta— y otras en los del Senado —once.

2. Las declaraciones de Francesc Layret se publicaron en *Anuari de Catalunya. 1917*, Editorial Minerva, S. A., Barcelona, 1918, pp. 238-242.

3. Las declaraciones de Roig i Bergadà aparecen publicadas también en *Anuari de Catalunya. 1917*, *op. cit.*, pp. 243-247.

4. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, noviembre de 1917. FB BC.

5. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 11 de diciembre de 1917. FB BC. El gobernador «infeliz» era un viejo almirante de 73 años, Ramón Auñón y Villalón, marqués de Pilares, que había sido nombrado en noviembre. En el mes de enero se nombró gobernador civil a Carlos González Rothwos, abogado y político conservador, que ya fuera gobernador durante el primer gobierno Maura (1903-1904). El capitán general «inepto» era el catalán Josep Oriol Barraquer Roviralta, hermano del famoso oftalmólogo y tío del entonces obispo de Solsona, Francesc Vidal i Barraquer. Era capitán general desde octubre de 1917 y fue sustituido en enero de 1918 por el valenciano Ramón García Menacho, que debía de ser tan veterano que pasó a la reserva en el mes de septiembre. El 30 de septiembre, siendo ya Francesc Cambó ministro de Fomento del gobierno Maura, fue nombrado capitán general de Cataluña Joaquín Milans del Bosch. Sin duda, Cambó dio el visto bueno al nombramiento de este polémico militar.

6. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 9 de diciembre de 1917. FB BC. Joan Pich i Pon (1878-1937), conocido industrial de la electricidad, era un político lerrouxista bastante influyente en Barcelona. En 1915 ya había sido alcalde accidental de la ciudad. Noel Llopis i Bertran y Alfonso Mauri i Miquel eran concejales liberales elegidos en noviembre de 1915 con el apoyo del gobierno Romanones-Alba y en una coalición de todos los republicanos con el propio Felip Rodés, contra la Lliga Regionalista.

7. *Ibid.*

8. *Ibid.*

9. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 24 de diciembre de 1917. FB BC.

10. *Ibid.*

11. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 31 de diciembre de 1917. FB BC.

12. «En la época de Dato se volvió a hurgar contra ellos y la acusación en la Congregación de Religiosos que, a primeros de noviembre, resolvió el expediente ordenando su extrañamiento de Barcelona. Ahora les ha sido notificada esta orden. El P. Miquel se irá a Roma, tan pronto como obtenga el permiso, para gestionar junto a la Santa Sede que se deje sin efecto esta decisión. Ayudaría mucho al éxito de sus gestiones que el gobierno español, a través del embajador en el Vaticano, hiciese saber al Secretario de Estado que se desentiende de todas las acusaciones formuladas por gobiernos anteriores contra el P. Miquel y el P. Rupert por sus relaciones con los regionalistas. No puede ser que, después de haber derrotado a Dato, nuestros amigos sean víctimas de las persecuciones que este había iniciado.» Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 29 de diciembre de 1917. FB BC.

13. Carta de Lluís Duran i Ventosa a Francesc Cambó, viernes 22, parece que de noviembre de 1917. FDV ANC.

14. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 590.

15. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, enero de 1918. FB BC. El sistema de encasillado significaba que desde el Ministerio de la Gobernación ya se adjudicaban los diputados para los diferentes distritos electorales.

16. En una carta de F. Cambó a J. Ventosa, enero de 1918, decía: «Me parece que Prieto nos está tomando el pelo con mucha gracia y que administra admirablemente su ingenuidad y su aparente tontería ... porque si fracasamos en las elecciones, nuestra actuación gubernamental estará acabada y tendremos que extremar las estridencias, para rehacernos del fracaso de nuestra intervención en el gobierno». En otra carta de F. Cambó a J. Ventosa, 14 de enero de 1918, escribía: «Un gobierno liberal protegido por Dato, no solo deshonra al movimiento de renovación, sino que sería nuestra deshonra». FB BC.

17. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 14 de enero de 1918. FB BC.

18. Declaraciones de F. Cambó a *Anuari de Catalunya. 1917*, *op. cit.*, pp. 234-236.

19. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 6 de febrero de 1918. FB BC.

20. Carlos Seco Serrano, «Las perspectivas de la Lliga Regionalista ante las elecciones de 1918: financiación de su campaña proselitista», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo CXCIX, Cuaderno I, Madrid, 2002.

21. Alfons Cucó, *El valencianismo político, 1874-1936*, Valencia, 1971, pp. 125-127.

22. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 6 de febrero de 1918. FB BC.

23. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, enero de 1918. FB BC.

24. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 6 de febrero de 1918. FB BC.

25. «En las nuevas Cortes las fuerzas de la antigua política no estarán lo suficientemente trituradas como para que se produzcan grandes concentraciones que puedan llegar a ser fusiones definitivas. Existiría el peligro de que, al no ser nuestra la actuación, estas Cortes, formadas con el programa de sustituir al sistema de turnos, lo restablecieran. Pero aunque nosotros seamos lo bastante fuertes como para impedir que se restablezca el viejo sistema de turnos, no podemos hacernos la ilusión de que, de estas Cortes, podamos sacar ninguna solución favorable. Tendremos que ser nosotros los que hagamos imposible la vida de estas mismas Cortes que, aparentemente, son nuestra obra, y creemos la convicción de que hay que ir hacia la dictadura, y demos la sensación de que los dictadores hemos de ser nosotros. La cosa no es fácil, pero no es imposible. Creo que nos hemos de oponer a que las reformas militares se aprueben por Decreto, porque eso daría a Cierva una fuerza formidable y nos privaría a nosotros de uno de los elementos necesarios para la dictadura: el concurso de las bayonetas. En las Cortes, en la discusión de las reformas, nosotros podemos apoderarnos del ejército.» *Ibid.*

26. En la ciudad de Barcelona, la victoria de la Lliga fue clara y Francesc Cambó salió elegido diputado con 38.025 votos, pese a que dentro de su candidatura fue superado en votos por Pere Rahola, Albert Rusiñol y Magí Morera i Galicia, mientras que por detrás de él solo quedó el tradicionalista Narcís Batlle.

27. Solo se consiguió la elección de un diputado, el joven candidato por Orense, y entonces militante maurista, José Calvo Sotelo. La maquinaria caciquil había actuado con eficacia y, con el apoyo de los gobernadores civiles, había conseguido que fueran elegidos los candidatos de los partidos dinásticos.

28. Cuando Cambó fue ministro de Fomento se incrementaron las censuras al «plutócrata catalanista» por parte de los galleguistas. Vicente Risco lo calificó de «roñoso judío» y de ser un político nefasto para el galleguismo. Cuando, en 1923, Cambó intentó repetir la experiencia de las alianzas electorales, en Galicia no encontró a casi ningún aliado. El galleguismo se había distanciado de la Lliga Regionalista y estaba más próximo a la Acció Catalana. Entonces Cambó solo mantuvo contactos estables en Galicia con políticos tan pragmáticos como Manuel Portela Valladares.

29. En una carta de F. Cambó a Ll. Duran, sin fecha, pero que parece del mes de marzo de 1918, decía: «Es preciso que vayamos a las Cortes estando en la oposición y que allí demos la sensación, por un lado, de que no rehuimos ni admitimos aplazamientos en nuestros ideales, y, por el otro, que somos la única gente capaz de gobernar España». FDV ANC.

30. F. Cambó, *Dietari*, *op. cit.*, p. 897.

31. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 601.

32. Conde de Romanones*, Notas de una vida*, op. cit., p. 421.

33. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 275, y J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, pp. 603-605.

34. «Creo que este gobierno, o bien hará grandes cosas y yo espero ser su motor y llevarme la bandera, o caerá arrastrando a la monarquía y obligándonos a trabajar solo para salvar a Cataluña.» Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 23 de marzo de 1918. FDV ANC.

35. Rafael Vehils i Grau Bolívar (1886-1956), director de la Casa de América que había impulsado Cambó en Barcelona, fue su jefe de gabinete. Fue elegido diputado por Castellterçol en las elecciones parciales del 30 de junio de 1918, siendo Cambó ministro, y reelegido en 1919. Posteriormente se marchó a Argentina, donde fue uno de los directores generales de la CHADE, la empresa eléctrica presidida por Cambó.

36. Francesc Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, p. 485.

37. *Ibid.*

38. Conde de Romanones, *Notas de una vida*, *op. cit.*, pp. 427-428.

39. Francesc Cambó, *Vuit mesos al Ministeri de Foment. La meva gestió ministerial*, Editorial Catalana, Barcelona, 1919. La edición en castellano, *Ocho meses en el Ministerio de Fomento*, es también de 1919.

40. Francesc Cambó, *Autonomia*, Lectura Popular, Biblioteca d'autors catalans n.º 297, Barcelona, 1919.

41. *Ibid.,* p. 11.

42. *Ibid.*, p. 13.

43. *Ibid.*, pp. 13-14.

44. «Lo que hay que lamentar es que las glorias y las prosperidades políticas coincidan con la negrura de la horrorosa pandemia que afecta a Barcelona. Dios quiera que se acabe pronto y cuídate.» Carta de J. Ventosa a Ll. Duran, 27 de octubre de 1918. FDV ANC.

45. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 287-288; y J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 640.

46. La nota de Natalio Rivas es citada por Charles E. Ehrlich, *Lliga Regionalista. Lliga Catalana, 1901-1936*, Institut Cambó, Barcelona, 2004, p. 286.

47. Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano, *Alfonso XIII. El rey polémico.* Taurus, Madrid, p. 319.

48. Así, en el trascurso de una audiencia con el monarca en San Sebastián, en septiembre de 1918, Alfonso XIII «se desató» y llenó de injurias al ministro de Hacienda de entonces, el conservador Augusto González Besada. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 290.

49. Carta de J. Ventosa a Ll. Duran, 27 de octubre de 1918. FDV ANC.

50. El gobierno Maura cayó el 6 de noviembre y el armisticio se firmó el 11 de noviembre.

51. En una carta a Joan Ventosa, del 11 de octubre de 1918, con el encabezamiento de «El Ministro de Fomento», Cambó escribía: «La crisis se ha resuelto de manera contraria a lo que queríamos. Creo que ha sido una mala solución la adoptada, pero creo, también, que no había otra. Ha influido en nosotros, además de no encontrar ninguna otra solución, la sensación del peligro que supondría que en España se abriese una lucha entre izquierdas y derechas, que pusiera en segundo término nuestro pleito. Dado que este peligro no ha hecho sino aplazarse un par de meses, es preciso que, en una actuación intensísima, planteemos la urgencia de la solución del pleito catalán. Ahora es conveniente que el gobierno que venga después del actual sea un gobierno nuestro, con la bandera de la reforma constitucional y la autonomía. Para conseguirlo, es preciso dar la sensación de que la crisis no está resuelta, sino aplazada, y que la solución definitiva decidirá la suerte de España». FB BC.

52. «Hoy he recabado de Maura la libertad de expresar nuestro pensamiento sobre el presente y el porvenir de la política española. Creo que es indispensable una activísima propaganda nacionalista. Tengo motivos de que tanto [García] Prieto como Romanones están conformes en avanzar hacia la reforma constitucional según los acuerdos de la Asamblea. Así se lo han manifestado a Álvarez. Naturalmente, en el momento de cumplirlo, se echarán atrás o buscarán un expediente dilatorio.» Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 12 de octubre de 1918, lleva el encabezamiento de «El Ministro de Fomento». FDV ANC.

53. En una carta de Cambó a Lluís Duran del 19 de octubre de 1918, también con el encabezamiento de «El Ministro de Fomento», decía: «Creo que hemos de prepararnos para dar el tirón final de forma eficaz y que, no obstante, no asuste a nuestras clases conservadoras. Conviene preparar, para una fecha próxima, un acto en el que toda la representación de Cataluña reclame la autonomía. El hecho de que se iniciase, e incluso se celebrase, estando nosotros aún en el gobierno, no supondría ningún inconveniente: nuestra adhesión siendo ministros le daría más relieve. Podría ser un acuerdo de la Asamblea de la Mancomunitat, o de los Ayuntamientos de Cataluña reunidos en la Semana Municipal, o ambas cosas a la vez, procurando que la coincidencia tuviera una expresión plástica». FDV ANC.

54. «Yo preveo, para el momento en que abandonemos el gobierno, una fuerte crisis de poder y de autoridad en España, que dé la sensación de que entramos en la anarquía. Para este momento, tener preparadas las Juntas Regionales que asuman el poder, puede aparecer como la única salvación y ser el camino más llano para llegar a una organización federal. Yo prepararé para que en las Vascongadas, en Asturias, en Galicia e incluso en Castilla la Vieja, sea posible la constitución de estos poderes regionales si, como creo, viene el inicio de la derrota.» *Ibid.*

55. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 19 de octubre de 1918. FDV ANC.

56. En una carta de J. Ventosa a Ll. Duran del 27 de octubre de 1918, que lleva el encabezamiento de «El Ministro de Abastecimientos», se dice: «No gobernaremos si no es para resolver íntegramente el problema catalán. Ahora que nuestra hegemonía en la política española es tan acentuada, yo estimo posible que pasen por todo y que acepten la autonomía política con tal de seguir gobernando ... Yo creo que hemos de procurar sacar todo el partido de esta situación privilegiada y no atenuar ni reducir nuestro programa. Tanto Cambó como yo creemos que sería mejor que al caer este gobierno, no entrásemos inmediatamente, sino que nos suceda otra situación que, fuera cual fuese, tendría una vida corta y precaria. No obstante, me temo que haya tantas dificultades para constituir una situación sin nosotros, que no sea posible. Ahora lo deseable es que esta interinidad termine pronto, porque es muy desagradable e incluso peligroso eso de gobernar a plazo fijo. Mientras tanto, creo que hemos de seguir acentuando, como ya lo hacemos, la afirmación nacionalista. Y aprovecho la ocasión para felicitarte por el acuerdo municipal relativo a la enseñanza del catalán». FDV ANC.

57. Jesús Pabón sostiene que la entrevista tuvo lugar el 14 de noviembre, mientras que Cambó, en sus *Memòries* (p. 298), indica que fue el 15 de noviembre. Tras consultar la prensa nos inclinamos a pensar que la entrevista se realizó en esta segunda fecha. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 568.

58. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 298-300.

59. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 570.

60. J. Tusell y G. García Queipo de Llano, *Alfonso XIII. El rey polémico*, *op. cit.*, p. 259.

61. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 303.

62. Conde de Romanones, *Notas de una vida*, *op. cit.*, p. 430.

63. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 304-305; J. Pabón, *op. cit.* p. 597, Pabón no comenta el contenido de la carta de Cambó al rey del 12 de diciembre de 1918, quizá porque no consultó el Archivo de Palacio. En cambio, sí la comentan y reproducen parcialmente J. Tusell y G. G. Queipo de Llano, *Alfonso XIII. El rey polémico*, *op. cit.*, pp. 360-361.

64. Carta de Francesc Cambó al marqués de Tovar, mayordomo de Palacio, 12 de diciembre de 1918. Caja 15601. Archivo de Palacio, Madrid.

65. «Ventosa y yo, junto con los demás diputados, llegaremos el sábado. Pensamos que sería conveniente que Ventosa y yo diéramos una conferencia a nuestra gente. Ayer, si los republicanos no hubiesen sido tan infelices, habrían provocado la caída del gobierno, creando una situación dificilísima que podía acarrear las más graves consecuencias. Perdida la ocasión de ayer, creo que el gobierno se salvará ... durante algunas semanas. Yo me alegro, porque así lo nuestro será el acontecimiento capital de la política española.» Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 13 de diciembre de 1918. FDV ANC.

66. En una carta de F. Cambó a J. Ventosa, diciembre de 1918. FB BC.

67. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 605.

68. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 311.

69. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, pp. 601-605, y también Lliga Catalana. *Història d'una política. Actuacions i documents de la Lliga Regionalista, 1901-1933*, Biblioteca de la Lliga Catalana, Barcelona, 1933, pp. 278-279.

70. *Ibid.*, p. 605.

71. En la carta, el conde de Güell, entre otras cosas, decía: «Aunque recuerdo los comentarios a que dio lugar mi intervención mediadora en los del año anterior no ha obedecido en eso mi abstención ahora y si solo a saber que en los culminantes de la semana pasada estaba actuando mi tío Comillas y como a él le comunicaba mis impresiones he creído innecesario el caso de informar directamente al Rey ... Creo que serían muchos los elementos de derecha que se alejarían de Cambó si este apoyara la solución de una República Federal ... si se creyera en el peligro inminente de que se inclinara de ese lado podríamos los monárquicos reunir una cantidad importante de elementos de valía que intervinieran para hacer que el problema Catalán sea resuelto dentro de la Monarquía —pero para que estos elementos fueran en número suficiente para poder pesar tendrían que reducir su misión a lo que te digo, sin poder apoyar peticiones inferiores a la que formula la representación Parlamentaria de Cataluña, pues de querer estos elementos reducir las aspiraciones formuladas se encontrarían con un estado de oposición formidable en contra de su actuación y no serviría ésta más que para dar más fuerza a los que preconizan como única solución la República Federativa. P. D. Si se llega a un acuerdo con los Parlamentarios será el momento de que el Rey venga a Cataluña y creo firmemente que entonces será Cataluña el más entusiasta sostén que tenga la Monarquía». Carta de Joan Antoni Güell a Emilio María Torres, secretario particular del rey Alfonso XIII, 17 de diciembre de 1918, Caja 15601. Archivo de Palacio. Y también en J. Tusell y G. G. Queipo de Llano, *Alfonso XIII. El rey polémico*, *op. cit.*, p. 362.

72. «El día en que aparezcan los nombres de los que forman la comisión y tengamos nosotros que decidir si asistimos y haremos que la Mancomunitat pida a los socialistas y reformistas que asistan.» Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 24 de diciembre de 1918. FB BC.

73. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 615.

74. Francesc Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, p. 604.

75. *Ibid.*, p. 598.

76. *Ibid.*, p. 627.

77. En una carta de F. Cambó a Ll. Duran, 27 de febrero de 1919, afirma: «Acabo de leer en *La Veu* un artículo titulado "Tots contra Catalunya". Es conveniente que vigiles a *La Veu* para que no salgan estas notas pesimistas que nos hacen mucho daño. Creo mucho más en la autonomía ahora que en los días de las grandes euforias del mes de Noviembre. Y, esta impresión optimista, no solo se tiene que producir porque es verdad, sino porque la euforia catalanista es más oficiosa que las luchas sociales. Sin el entusiasmo catalanista, el peligro espartaquista sería mayor en Cataluña. Conviene que nuestra gente se convenza de esto». FDV ANC.

78. Entre los más destacados militantes habrá políticos como Josep M. Milà y Manuel Rius i Rius, marqués de Olérdola, y empresarios como Rómul Bosch i Alsina, Manuel Girona, José de Olano, conde de Fígols, Darius Romeu i Freixa, barón de Viver, Ramón Godó, conde de Godó, Manuel de Foronda y Manuel Garriga Nogués.

79. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 328.

80. Así, por ejemplo, el 24 de febrero de 1919, el marqués de Sentmenat escribía al rey para protestar porque el gobierno no apoyaba a la UMN y sí a los catalanistas. También hay cartas que piden la concesión de un título nobiliario a Joaquín Milans del Bosch, capitán general de Cataluña. Se encuentran también referencias en J. Tusell y G. G. Queipo de Llano, *Alfonso XIII. El rey polémico*, *op. cit.*, p. 360.

81. *El Ejército Español*, Madrid, 21 de enero de 1907.

82. Francesc Cambó, *Discursos parlamentaris (81907-1935)*, *op. cit.*, p. 673.

83. «El moment polític. Declaracions d'en Cambó», *La Veu de Catalunya*, 5 de marzo de 1919.

84. «Les paraules de cadbill», *La Veu de Catalunya*, 7 de marzo de 1919.

85. Francesc Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 329.

86. Soledad Bengoechea, *Organització patronal i conflictivitat social a Catalunya*, Publicaciones de la Abadía de Montserrat, Barcelona, 1994, p. 228.

87. Francesc Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, pp. 662-663.

88. *Ibid.*, p. 678.

89. *Ibid.*, p. 674.

90. Francesc Cambó. «L'actualitat social i política», Teatro del Centro de Madrid, 10 de abril de 1920, *La novel·la nova*, n.º 135, año 4 (Bengoechea, p. 203).

91. *Ibid.*, p. 5.

92. *Ibid.*, pp. 12-13.

93. *Ibid.*, p. 16.

94. Carlos Seco reproduce fragmentos de la carta que Piedad Iturbe, princesa de Hohenlohe, dirigió a Alfonso XIII con motivo de este viaje, en la que le censuraba por no darse cuenta de la gran importancia política que tendría que él y el príncipe de Asturias aprendieran catalán. Carlos Seco Serrano, *«El último gobierno de Eduardo Dato», Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo CLXXXVIII, Cuaderno II, mayo-agosto de 1991,* p. 263.

95. El año 1918, a iniciativa de Cambó y de su amigo banquero Gonçal Arnús, se había constituido a Barcelona la entidad Hotel Ritz, Sociedad Anónima, que dio pie a la construcción del que durante décadas sería el hotel más lujoso de la ciudad. Significativamente, Alfonso III llegó a poseer unos cuantos centenares de acciones de esta sociedad, seguramente regaladas.

96. *La Veu de Catalunya*, 29 de noviembre de 1920.

97. Francesc Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, p. 702.

98. *Ibid.*

99. Piedad Iturbe, casada con el príncipe Max de Hohenlohe, era amiga de Francesc Cambó, y como princesa consorte podía entrar fácilmente en Palacio y acceder a la reina Victoria Eugenia.

100. Carlos Seco Serrano, «El último gobierno de Eduardo Dato», *op. cit.,* pp. 278-279.

101. Conde de Romanones, *Notas de una vida*, *op. cit.*, p. 452.

102. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, junio de 1921. FB BC.

103. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 6 de abril de 1921. FB BC.

104. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 25 de julio de 1921. FB BC.

105. Melchor Fernández Almagro, *Historia del reinado de Alfonso XIII*, Montaner y Simón, Barcelona, 1934, p. 395.

106. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 4 de agosto de 1921. FB BC.

107. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 6 de agosto de 1921. Dos meses después se despedía de Ventosa con estas palabras: «Tu amigo que cada día lamenta más que se haya inventado el telégrafo antes del mes de agosto», carta de F. Cambó a J. Ventosa, octubre de 1921. Ambas cartas en FB BC.

108. Citado por Charles E. Ehrlich, *Lliga Regionalista. Lliga Catalana, 1901-1936*, Institut Cambó, Barcelona, 2004, pp. 327-328.

109. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 4 de septiembre de 1921. FB BC.

110. Ibid

111. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, octubre de 1921. FB BC.

112. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, sin fecha, pero parece de octubre o noviembre de 1921. FB BC.

113. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, sin fecha, pero parece de Navidades de 1921 o de enero de 1922. FB BC.

114. *Ibid.*

115. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, sin fecha, pero seguramente de principios de 1922. FB BC. Lleva el encabezamiento de «El Ministro de Hacienda».

116. *Ibid.*

117. *Ibid.*

118. Véase Teresa Carnero, «Madrid-Cataluña, 1890-1919: del desencuentro al acomodo. La correspondencia A. Maura-F. Cambó», *op. cit.*, pp. 34-35.

119. En una carta de F. Cambó a J. Ventosa, marzo de 1922, FB BC, decía: «Ahora, ante los ataques de la U. M. no podemos dar la satisfacción de que nos sacan del gobierno». José Maestre era el ministro de Fomento; Juan de la Cierva, el de Guerra; y Manuel González Hontoria, el de Estado.

120. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 12 de febrero de 1922. FB BC.

121. Francesc Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, p. 271.

122. «Olérdola va contra Arnús-Garí, hay que avisar a Garí de que le atacarán. Ha de tener los medios para conocer y poder probar algunos de los tarugos [*sic*] que hacía Olérdola cuando era alcalde: pagos a la Barcelonesa, al Fomento de Obras y Construcciones. Sería conveniente que Garí, en interés propio, nos ayudase a anular a Olérdola. Como catalán, no me sabe mal el rumor que se arma en torno a lo del Banco de Barcelona, pero creo que políticamente, la U. M. saldrá destrozada de esta campaña.» Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 19 de noviembre de 1921. FB BC.

123. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 10 de febrero de 1922. FB BC.

124. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 28 de enero de 1922. FB BC.

125. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 10 de febrero de 1922. FB BC.

126. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 28 de enero de 1922. FB BC.

127. *Ibid.*

128. *Ibid.*

129. Joan Vallès i Pujals (1881-1966), abogado y político de la Lliga, fue presidente de la Diputación de Barcelona tras la muerte de Prat, mientras Puig lo era de la Mancomunitat.

130. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 11 de febrero de 1922. FB BC.

131. *Ibid.*

132. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 22 de octubre de 1921. FB BC.

133. Mercedes Cabrera, *Juan March (1880-1962)*, Marcial Pons, Madrid, 2011.

134. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 353.

135. Francesc Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, p. 770.

136. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 22 de marzo de 1922. FB BC.

137. Francesc Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, p. 770.

138. *Ibid.*, p. 771.

139. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 12 de junio de 1922. FB BC.

140. *Ibid.*

141. «Ahora vengo de casa de Sánchez Guerra, con quien he pasado más de una hora, me ha hablado de tu entrada en el gobierno. Yo le he explicado por qué no era posible. Él tiene la ilusión de que las Cortes estén abiertas en otoño y me ha preguntado cuál sería nuestra actitud. Le he respondido que depende de él y que haríamos según hiciera él con las cosas de Cataluña. He procurado asustarlo con el espectro del radicalismo catalanista que surgirá tras nuestro fracaso.» Carta de F. Cambó a J. Ventosa, junio de 1922. FB BC.

142. Diez años después, en una carta a Lluís Duran, Cambó explicaba: «Al discutir el presupuesto de 1922 —en la primavera de aquel año— conseguí que en el articulado del Presupuesto se estableciesen normas en virtud de las cuales se logró que a Cataluña se le asignase lo que le correspondía en justicia, tanto por la conservación de carreteras, como por las obras del Puerto. Dado que aquel fue el último presupuesto que aprobó el Parlamento, aquellas normas se aplicaron durante algunos años, con provecho de las carreteras del Estado en Cataluña y de la Junta de Obras del Puerto de Barcelona, que vio aumentada cuatro o cinco veces la subvención de 300.000 pesetas que venía cobrando». Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 6 de agosto de 1932. FDV ANC.

143. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, desde Cádiz, 27 de noviembre de 1922. FB BC.

144. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 364.

145. *Ibid.*, p. 365.

146. *Ibid.*, p. 364.

147. «En 1922 tuvo lugar su intento de alejarme de Cataluña y de ofrecerme un poder sin límites. El rechazo de la tentadora oferta provocó entre nosotros un enfriamiento de las relaciones ... que duró hasta pocos meses antes de que perdiera el trono.» F. Cambó, *Dietari*, *op. cit.*, p. 897.

148. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, pp. 882-889; y J. Tusell y G. García Queipo de Llano, *Alfonso XIII. El rey polémico*, *op. cit.*, p. 365.

149. Carlos Seco Serrano, *Alfonso XIII*, Ariel, Barcelona, 1969, p. 222.

150. F. Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, pp. 784-788.

151. *Ibid.*, p. 787.

152. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, vol. II, pp. 893-895.

153. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 3 de agosto de 1922. FB BC.

154. Citado por Charles E. Ehrlich, *Lliga Regionalista. Lliga Catalana, 1901-1936*, *op. cit.*, p. 348.

155. «De cara a Catalunya», *La Veu de Catalunya*, 13 de junio de 1923.

156. Citado por Charles E. Ehrlich, *Lliga Regionalista. Lliga Catalana, 1901-1936*, *op. cit.*, p. 351.

157. «La retirada de Cambó», *El Sol*, 13 de junio de 1923.

158. «Devoradora de hombres», *La Vanguardia*, 30 de junio de 1923.

159. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 375.

160. Conde de Romanones, *Notas de una vida*, *op. cit.*, p. 490.

161. F. Cambó, *Les dictadures*, Llibreria Catalònia, Barcelona, 1929, pp. 137-138.

1. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 375.

2. *Ibid.*, p. 378.

3. *Lliga Catalana. Història d'una política. Actuacions i documents de la Lliga Regionalista 1901-1933*, op. cit., pp. 361-363.

4. Véase, por ejemplo, *La Vanguardia*, 19 de septiembre de 1923.

5. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 929. Pabón no cita a quién iba dirigida esta carta de Cambó, pero sí anota la fecha, el 29 de noviembre de 1923, y la presenta como «Referencia de una carta sobre el advenimiento de la Dictadura» dentro del Archivo Cambó.

6. Pabón no reproduce en su libro las dos últimas frases de la carta de Cambó, pero sí las incluye Maximiano García Venero en *Santiago Alba, monárquico de razón*, *op. cit.*, p. 201. Ya que este autor también reproduce la primera frase, la citada por Pabón, lo lógico es deducir que la misiva de Cambó iba dirigida a Santiago Alba, y que Pabón no osó reproducir las dos últimas frases, quizá por considerarlas un elogio excesivo de Primo de Rivera.

7. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 381.

8. Citado por Enric Jardí, *Cambó. Perfil biogràfic*, Pòrtic, Barcelona, 1995, p. 199. No hemos encontrado esta referencia en Josep Carner Ribalta, *De Balaguer a Nova York passant per Moscou i Prats de Molló*, Edicions Catalanes de París, París, 1973.

9. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 378.

10. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 11 de junio de 1932. FDV ANC. Refiriéndose a la acusación formulada por Lluhí en un discurso, dijo: «No hay en ella ni un ápice de verdad. La última vez que hablé con Primo de Rivera fue en el mes de enero de 1923. Desde entonces y hasta su muerte, no tuve más relación, ni directa, ni indirecta, ni verbal ni escrita que la expresada en las cartas que publicaron los periódicos».

11. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 376.

12. Carta de Emili Junoy al marqués de las Torres de Mendoza, secretario del rey, de 17 de febrero de 1929. Caja 15601 (AP). También J. Tusell y G. G. Queipo de Llano, *Alfonso XIII. El rey polémico*, *op. cit.*, p. 602.

13. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, vol. II, p. 931.

14. Carta de Damià Mateu a Antonio Fabié, 25 de noviembre de 1924. Archivo de la familia Mateu, Peralada. Conseguí esta información gracias al profesor Jordi Nadal Oller.

15. Véase Shlomo Ben-Ami, *La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*, Planeta, Barcelona, 1983, pp. 80-81.

16. *Ibid.*, p. 81. También habla de las cartas Cambó en sus *Memòries*, *op. cit.*, pp. 383-384.

17. *Ibid.*, p. 389.

18. *Ibid.*, p. 412.

19. Francesc Cambó, *La valoración de la peseta*, J. Pueyo, Madrid, 1928; y *La valorització de la pesseta*, Llibreria Catalònia, Barcelona, 1929.

20. Shlomo Ben-Ami, *La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*, *op. cit.*, p. 218.

21. *Ibid.*

22. Francesc Cambó, *Visions d'Orient*, Editorial Catalana, S. A., Barcelona, 1924; *En torno del fascismo italiano: meditaciones y comentarios sobre problemas de política contemporánea*, Editorial Catalana, Barcelona, 1925; *La crise économique anglaise*, Imprimerie J. Solsona, París, 1924.

23. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 410.

24. F. Cambó, *Entorn del feixisme italià. Meditacions i comentaris sobre problemes de política contemporània*, Llibreria Catalònia, Barcelona, 1924. La traducción al castellano se publicó en 1925 en Editorial Catalana. Cuenta con un interesante prólogo de Ángel Ossorio y Gallardo y se hizo a petición de Cambó.

25. Joaquín Maurín, *Los hombres de la Dictadura*, Editorial Cenit, Madrid, 1930, p. 75.

26. «Entorn del Feixisme Italià», en *Francesc Cambó. Llibres*, Alpha, Barcelona, 1984, pp. 253-254.

27. Carta de F. Cambó a Á. Ossorio, 2 octubre de 1924. Fondo Ossorio y Gallardo, PS Madrid D. 2237, Archivo General de la Guerra Civil, Salamanca.

28. Carta de Á. Ossorio a F. Cambó, 11 de noviembre de 1924. Fondo Ossorio y Gallardo, PS Madrid D. 2237, Archivo General de la Guerra Civil, Salamanca. La carta incluye el prólogo de Ossorio. En este fondo documental también figura el texto del prólogo enviado por Ossorio.

29. Cambó y el conde Volpi formaban parte del consejo de administración del gran grupo eléctrico SOFINA, como explicamos en otro capítulo.

30. Véase también sus *Memòries*, *op. cit.*, pp. 410-411.

31. De hecho, eran los artículos que había escrito en *La Veu de Catalunya* entre noviembre y diciembre de 1923, titulados «Entorn de les eleccions angleses», que después reunió en el libro en francés titulado *La crise économique anglaise*, Imprimerie J. Solsona, París, 1924.

32. Xosé Manoel Núñez Seixas, *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals (1914-1936)*, Afers-PUV, Catarroja, 2010.

33. Sobre Expansió Catalana y el relevante papel de Alfons Maseras, véase también el libro de Montserrat Corretger i Sàez, *Alfons Maseras: intel·lectual d'acció i literat (Biografia. Obra periodística. Traduccions)*, Curial-Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, y el artículo «Alfons Maseras, col·laborador de Joan Estelrich entre 1919 i 1928», en *Miscel·lània Joan Estelrich*, *op. cit.*, pp. 133-161.

34. Expansió Catalana promovió en París la creación de la Société pour l'encouragement de la culture catalane, que dirigiría el propio Maseras, y la Société d'Editions Raymon Llull, que, de hecho, era una tapadera para las publicaciones de la Associació Protectora de l'Ensenyança Catalana.

35. Estelrich también impulsó instituciones y revistas de alta cultura como *Revue de Catalogne. Revue Internationale des Lettres, des Sciences et des Arts*, nacida en 1928 bajo el timón del catalanófilo Pierre Rouquette, y el año siguiente la Fondation pour l'étude des arts et des civilisations de la Mediterranée Occidentale y la Cátedra de Cultura Catalana en la Sorbona de París, esta última financiada exclusivamente por Cambó.

36. En esta labor colaboraron escritores e intelectuales catalanistas opuestos a la Dictadura, como los periodistas Josep Pla y Domènec Pallerola (Domènec de Bellmunt) y los políticos de Acció Catalana Lluís Nicolau d'Olwer y Jaume Bofill, entre otros.

37. En abril de 1924, Manuel Massó i Llorenç, Ramon d'Abadal i Vinyals y Lluís Nicolau d'Olwer presentaron un memorándum a la Sociedad de Naciones de Ginebra, pero fue rechazado por las presiones del gobierno español.

38. El movimiento de las minorías alemanas era muy activo y representaba a los colectivos germánicos que tras la Gran Guerra habían quedado en territorios de Checoslovaquia, Polonia, Lituania, Letonia, Estonia y Rumanía.

39. Aunque los delegados oficiales acreditados solo eran el jurista Francesc Maspons i Anglesell, el político Joan Casanovas y el periodista Josep Pla, asistieron muchos otros representantes catalanes, como Joan Estelrich, Ferran Valls, Lluís Nicolau y Rafael Campalans.

40. Poco después, en noviembre de 1926, tuvieron lugar los famosos sucesos de Prats de Molló, protagonizados por Francesc Macià y un grupo de militantes de Estat Català.

41. Joan Estelrich, en nombre de la Lliga, participó en el III Congreso (Ginebra, 22-24 de agosto de 1927) y fue el líder de la delegación catalana en el IV Congreso (Ginebra, 29-31 de agosto de 1928), en el V (Ginebra, 26-28 de agosto de 1929), en el VI (Ginebra, 3-6 de setiembre de 1930) y en el VII (Ginebra, 29-31 de agosto de 1931).

42. La cuota de la delegación catalana en 1927 era de cuatro mil francos suizos, una cantidad considerable para la época. Además de Cambó, contribuían Rafael Patxot y Felip Rodés.

43. Cabe destacar la participación de Estelrich en la reunión de la Comisión de Minorías Nacionales de la UIA celebrada en Sofía, Bulgaria, en octubre de 1927.

44. En una carta a Cambó, Estelrich explicó cómo había ido el IV Congreso de Nacionalidades y cuál había sido la actitud de Briand: «Los representantes de Holanda, Suiza, Alemania y otros recogieron en gran parte nuestras conclusiones, y las defendieron. Briand, como es natural, y Checoslovaquia se opusieron. Según Briand, antes que la justicia, van los intereses de paz y, por lo tanto, el silencio. ¿Cuándo conocerá nuestra opinión el fondo de este hombre turbio? Sea como sea, nuestros esfuerzos son cada vez más útiles e influyentes en la opinión europea, y nuestra cooperación en primera línea se remarca especialmente». Carta de J. Estelrich a F. Cambó, 19 de octubre de 1928. FE-BC.

45. *Ibid.*

46. Gustav Stresemann, que había sido el mandatario clave para recuperar las relaciones internacionales de Alemania tras la Gran Guerra, ostentaba un gran prestigio y en 1926 había sido galardonado con el premio Nobel de la Paz junto con Aristide Briand.

47. «Le Comité Catalan des Affaires Étrangers prie respectueusement Votre Excellence de vouloir bien fixer votre attention sur la Déclaration ci-jointe», citado por Xosé Manoel Núñez, *op. cit.*, p. 130. Gustav Stresemann murió repentinamente poco después de visitar España, el 3 de octubre de 1929.

48. Debido a la censura de la Dictadura, primero publicó una obra más general y teórica: *La qüestió de les minories nacionals i les vies del dret*, Llibreria Catalònia, Barcelona, 1929; y luego, en francés, centrado en el tema catalán, *La question des minorités et la Catalogne*, L. Payot, Lausana, 1929.

49. *El silenci de Catalunya*, edición mecanografiada, sin el nombre del autor, ni la editorial ni el año; Francesc Cambó, *Per la concòrdia*, Llibreria Catalònia, Barcelona, 1930. La edición en castellano se publicó con el título *España, Cataluña y la nueva constitución*, con la fecha errónea de 1929.

50. «... en 1927, cuando los ataques del Directorio empezaban a ser más precisos, los catalanes fueron perdiendo fuerza reactiva y más allá de nuestras fronteras no se comprendía nuestra resignada mansedumbre. Fue entonces cuando, en el texto que sigue a continuación, el libro *Per la concòrdia*, provoqué en Cataluña una reacción y una esperanza; y fuera de Cataluña, la simpatía de algunos elementos concretos.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 11 de agosto de 1932. FE-BC.

51. Carta de Á. Ossorio a F. Cambó, 19 de noviembre de 1927. Las cartas, así como las trece hojas de comentarios, se encuentran en el Fondo Ossorio y Gallardo, PS Madrid D. 2237, Archivo General de la Guerra Civil, Salamanca.

52. *Ibid.*

53. Carta de F. Cambó a Á. Ossorio, 22 de noviembre de 1927. Fondo Ossorio y Gallardo, PS Madrid D. 2237, Archivo General de la Guerra Civil, Salamanca.

54. El texto se titulaba «Mensaje de elogio y defensa de la lengua catalana que los escritores castellanos de Madrid han entregado al Presidente del Gobierno Militar de España».

55. Francesc Pujols, *Història de l'hegemonia catalana en la política espanyola*, Ramon Tobella, Barcelona, 1926.

56. Lluís Duran i Ventosa, *Els polítics*, F. Puig i Alfonso, Barcelona, 1927. Al cabo de un año se publicó la versión en castellano, *Los políticos*, Mentora, Madrid, 1928, que también incluía un prólogo de Ángel Ossorio y Gallardo.

57. Josep Pla, *Cambó. Materials per una història d'aquests últims anys*, op. cit.

58. Francesc Cambó, *Les dictadures*, Llibreria Catalònia, Barcelona, 1929, y *Las dictaduras*, Espasa-Calpe, Madrid, 1929. La respuesta del canónigo integrista José Montagut fue *Los errores de la Dictadura y réplica al libro de Cambó*, EPCSA, Barcelona, 1929, y la del capitán Centellas, provocador pseudofascista, *Las dictaduras y el Señor Cambó*, Rubén Darío, Madrid, 1929; desde la extrema izquierda aparecieron *Les dictadures dels nostres dies*, de Andreu Nin, Barcelona, 1930, y *Los hombres de la Dictadura*, de Joaquín Maurín, Cenit, Madrid, 1930.

59. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 412.

60. Jaume Bofill, *L'altra concòrdia. Per una revisió del problema català: la solució liberal i democràtica*, Publicacions de la Revista de Catalunya, Barcelona, 1930.

61. Joan Estelrich, *Catalunya endins*, Llibreria Catalònia, Barcelona, 1930, p. 130.

62. Francesc Pujols, *La solució Cambó*, Llibreria Catalònia, Barcelona, 1931.

63. Shlomo Ben-Ami recoge estos rumores en *La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*, *op. cit.*, p. 224.

64. En los archivos diplomáticos extranjeros hay mucha documentación de 1930 en la que se hacen constantes referencias a Cambó. Véase, por ejemplo, AN Ambassade de Madrid, Série Fons C. N. 139, AMAE, París; Series Europe, Spain, 1919-1939, Vollum 26, British Documents on Foreign Office, Londres; «Archivio Storico e Diplomatico del Ministero degli Affari Esteri. Spagna 1930-1945», Roma.

65. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 406.

66. *Ibid.*

67. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 48.

68. «Algunos extractos de un libro inédito del Sr. Cambó relatando su intervención en la política española, desde la caída de Primo de Ribera [*sic*] hasta el advenimiento de la República», FJE BC, trece hojas sin clasificar ni fechar en el momento de la consulta. Hoy depositadas en el Fondo J. Estelrich de la Biblioteca de Cataluña. Figuran en mi libro *Francesc Cambó. Entre la Monarquia i la República (1930-1932)*, Editorial Bases, Barcelona, 2007.

69. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 22 octubre de 1932. FJE BC.

70. «Algunos extractos de un libro inédito del Sr. Cambó...», *op. cit.*, p. 3. FJE BC.

71. *Ibid.*, p. 1.

72. *Ibid.*, p. 2.

73. Informe «Cambó, Francesco, subbito spagnolo», en «Il R. Console Generale G. Romanelli a Signor Incaricato d'Affari, 8 Febbraio 1930, Anno VIII», Archivio Storico e Diplomatico del Ministero degli Affari Esteri. «Spagna 1930-1945, Busta 49».

74. «Algunos extractos de un libro inédito del Sr. Cambó...», *op. cit.*, p. 2.

75. «Cambó, Francesco, subbito spagnolo», *op. cit.*, p. 2.

76. *Ibid.*, p. 4.

77. «Algunos extractos de un libro inédito del Sr. Cambó...», *op. cit.*, p. 2.

78. G. Romanelli, «Situazione política locale. 16 Aprile 1930». ASDMAE, *op. cit.*

79. Lliga Catalana. *Història d'una política. Actuacions i documents de la Lliga Regionalista 1901-1933*, op. cit., p. 382.

80. G. Romanelli, «Situazione política locale. 16 Aprile 1930». ASDMAE, *op. cit.*

81. «Algunos extractos de un libro inédito del Sr. Cambó...», *op. cit.*, p. 6.

82. Carta de F. Cambó a S. Alba, 20 de marzo de 1930, reproducida por Maximiano García Venero, *Santiago Alba, Monárquico de razón*, Aguilar, Madrid, 1963, p. 276.

83. «Hay que adoptar el camino de evitar las duplicidades costosas y perturbadoras ... primero, que la acción del organismo regional servirá para que los servicios que le ceda el Estado español sean mejorados, pero jamás disminuidos; segundo, en cuanto se refiere a la primera enseñanza, no sólo al estudio de la lengua castellana, sino al de su literatura y el de la Historia de España, se dará con toda amplitud y toda lealtad, tomando a ese respecto todas las garantías que se estimen necesarias. Puedo decirle que las únicas escuelas de Cataluña en las cuales los alumnos han aprendido perfectamente el idioma castellano han sido aquellas en que la base de la enseñanza ha sido el catalán.» *Ibid.*, p. 282.

84. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 1085.

85. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 437.

86. *Ibid.* Cambó lo leía de forma retrospectiva, porque al escribir las *Memorias* ya sabía que Santiago Alba había sido presidente de las Cortes republicanas entre 1933 y 1935.

87. Véase Borja de Riquer, *Francesc Cambó. Entre la Monarquia i la República (1930-1932), op. cit.*

88. Según Cambó, la reina había dicho: «Estamos en casa muy quejosos del Gobierno Berenguer, pues, estando formado por amigos personales del Rey, consiente que la prensa le ataque y le difame como nunca había ocurrido y, a poco que esto prosiga, se dará el caso de que así como antes sólo hablaban mal del Rey los que le conocían, pronto hablará mal todo el mundo». F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 433-434.

89. «Algunos extractos de un libro inédito del Sr. Cambó...», *op. cit.*, p. 9.

90. La carta es del 12 de junio de 1930 y está escrita desde el Château d'Ardenne, en Bélgica, donde Cambó se estaba recuperando de la operación. Entre otras cosas, decía: «Los días 1 y 2 de julio he de pasarlos en Londres para que me vea el médico, y como no podré excusarme de hablar con el Duque de Alba, es muy probable que hable con el Rey, enterado de que estoy en Londres, me llame para hablar conmigo ... yo deseo tener noticias de usted para evitar que pueda surgir la menor discrepancia». Carta reproducida por Maximiano García Venero, *Santiago Alba, Monárquico de razón*, op. cit., p. 292.

91. «Algunos extractos de un libro inédito del Sr. Cambó...», *op. cit.*, p. 9. Se refiere al libro de Cambó *Entorn del Feixisme italià. Meditacions i comentaris sobre problemes de política contemporània*, Llibreria Catalònia, Barcelona, 1924.

92. «Algunos extractos de un libro inédito del Sr. Cambó...», *op. cit.*, pp. 9-10.

93. Véase Enric Ucelay Da Cal, «De la Dictadura a la Generalitat, 1930-1931», en Borja de Riquer (dir.), *Història de la Diputació de Barcelona*, Diputación de Barcelona, Barcelona, 1987, vol. II, p. 218.

94. Entre los títulos que el rey concedió antes de la Dictadura a notorios políticos monárquicos destacan el del conde de Fígols (1909), el del conde de Vinatesa (1912), los del conde de Caralt y de Godó y marqués de Foronda (1916), el del marqués de Caldes de Montbui (1917), el del marqués de Rebalso (1921) y el del marqués de Cabanes (1922).

95. Otros títulos concedidos a catalanes simpatizantes de la Dictadura fueron: el del conde de Salces del Ebro al comerciante Dionisio Conde y Gómez del Olmo (1924); el del vizconde de Bosch-Labrús a Pere Bosch- Labrús i Blat (1926); y el del conde de Lacambra a Francesc Lacambra (1927).

96. «Complemento de aquella entrevista fue la sostenida a los diez días en el Hotel Claridge de Londres por Don Alfonso y Cambó. Insistió éste en su punto de vista, y le habló el rey de sus decepciones, consultándole sobre un posible plebiscito mediante el cual expresara España si quería o no cambiar de régimen», Melchor Fernández Almagro, *Historia del reinado de Alfonso XIII*, op. cit., p. 556.

97. Aunque Jesús Pabón cita dos veces esta entrevista entre Cambó y Alfonso XIII, también es curioso que lo haga de paso, sin explicar el contenido y como si careciera de importancia: «Cambó, en su próximo viaje a Londres, donde coincidiría con el Rey», y «Cambó ... había hablado en Londres con el Rey y con el duque de Alba»: J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, pp. 1078 y 1079, respectivamente. Pienso que, como Pabón utilizó el original todavía inédito de las *Memorias* de Cambó para escribir su biografía y en esa obra no se menciona la entrevista de Londres, debía de considerar que no había tenido ninguna relevancia. Sin embargo, Pabón tampoco cita la entrevista con la reina Victoria Eugenia, que sí aparece en las *Memòries*, *op. cit.*, pp. 433-434.

98. Véase Isidre Molas, *Lliga Catalana*, *op. cit.*, vol. 1, p. 158.

99. Alfonso XIII concedió el título de duque a Gabriel Maura Gamazo «en memoria de su padre Antonio Maura», el 16 de junio de 1930, en un intento descarado por reconciliarse con la familia del político conservador al que tanto había minusvalorado.

100. Carta de F. Cambó al duque de Maura, 8 de julio de 1930. Archivo Maura, Madrid.

101. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 12 de julio de 1930. FDV ANC. Esta carta también figura en J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 1079.

102. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, pp. 1085-1086.

103. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 15 de agosto de 1930. FDV ANC.

104. *Ibid.*

105. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 16 de agosto de 1930. FJE BC.

106. *Ibid.*

107. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 29 de agosto de 1930. FDV ANC.

108. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 24 de octubre de 1930. FJE BC.

109. Joan Aramburu, «Al Château d'Ardenne. La vida misteriosa del senyor Cambó», *Imatges. Setmanari gràfic d'actualitats*, n.º 5, p. 3, Barcelona, 9 de julio de 1930.

110. *Imatges. Setmanari gràfic d'actualitats*, n.º 22, p. 1, Barcelona, 5 de noviembre de 1930.

111. Irene Polo, «Del 30 de la Via Laietana a Esplugues... A la cacera de quatre paraules del Sr. Cambó», *Imatges. Setmanari gràfic d'actualitats*, n.º 23, pp. 2-4, Barcelona, 12 de noviembre de 1930.

112. Informe del Incaricato d'Affari della Regia Ambasciata d'Italia, M. Di Tello, 11 de diciembre de 1930. ASDMAE.

113. Regia Ambasciata d'Italia in Madrid, «Nuove manifestazione politiche del Signor Cambó», Il Regio Incaricato d'Affari, M. Di Tello, Madrid, 18 de diciembre de 1930, p. 1. ASDMAE.

114. *Ibid.*, p. 2.

115. *Ibid.*, p. 4.

116. Para saber más sobre la actuación política de Ortega y Gasset en ese período, véase el estudio de Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset*, Rialp, Madrid, 1972, 2 vols. Y también Vicente Cacho Viu, *Los intelectuales y la política*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.

117. Traté esta cuestión en «El intelectual diletante y el político inmovilista. Las relaciones entre José Ortega y Gasset y Francesc Cambó en los años 1930-1931», en Manuel Suárez Cortina (ed.), *La cultura española de la Restauración*, Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1999, p. 565-684.

118. Véase Joaquim Ventalló, *Los intelectuales castellanos y Cataluña*, Galba, Barcelona, 1976, y Xavier Pericay, *Compañeros de viaje. Madrid-Barcelona 1930*, Ediciones del Viento, La Coruña, 2013.

119. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 430.

120. Carta de J. Ortega y Gasset a Á. Ossorio y Gallardo, 2 de abril de 1930. Fondo Ossorio y Gallado, Archivo General de la Guerra Civil, Salamanca.

121. *Ibid.*

122. J. Ortega y Gasset, «Las minorías excelentes», *El Sol*, 9 de febrero de 1930.

123. J. Ortega y Gasset, «El error Berenguer», *El Sol*, 15 de noviembre de 1930.

124. Carta de Á. Ossorio y Gallardo a G. Marañón, 9 de noviembre de 1930. Fondo Ossorio y Gallardo, Archivo General de la Guerra Civil, Salamanca.

125. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 443-444, y *Meditacions. Dietari (1936-1940)*, *op. cit.*, pp. 44 y 190.

126. Salió publicado en *El Sol* el 14 de febrero de 1931 con el título «Agrupación al servicio de la República».

127. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 444.

128. F. Cambó, «Antitópicos. Respondiendo al Señor Ortega y Gasset», en *El Sol*, 17 de marzo de 1931.

129. J. Ortega y Gasset, «Siguen problemas concretos», en *El Sol*, 19 de marzo de 1931.

130. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 1115.

131. «Algunos extractos de un libro inédito del Sr. Cambó...», *op. cit.*, p. 10.

132. *Ibid.*

133. Juan de la Cierva y Peñafiel, *Notas de mi vida*, Instituto Editorial Reus, Madrid, 1955, p. 341.

134. También lo recoge así el historiador Melchor Fernández Almagro, *Historia del reinado de Alfonso XIII*, *op. cit.*, p. 579.

135. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, sin fecha, pero seguramente de marzo de 1931. FDV ANC.

136. *Ibid.* «Toda esta maniobra política iniciada hoy hace ocho días ha salido a pedir de boca: las izquierdas han seguido divididas y descolocadas ... y hemos colocado la solución del problema catalán en la posición más favorable que hubiera tenido jamás.»

137. *Ibid.*

138. Lo documenta Fabián Estapé en *La quiebra de Barcelona Traction, Light and Power*, Grafesa, Barcelona, 1959, pp. 158-159.

139. Véase Isidre Molas, *El catalanismo hegemónico. Cambó y el Centro Constitucional*, A. Redondo, Barcelona, 1972.

140. Rapport 186 à M. Briand, ministre des Affaires Étrangères, 29 de abril de 1930, Ambassade de Madrid, Série Fons C., n.º 139. AAE, París.

141. Editorial de *La Nau*, 11 de marzo de 1931.

142. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 439.

143. «Algunos extractos de un libro inédito del Sr. Cambó...», *op. cit.*, p. 10.

144. Melchor Fernández Almagro, *Historia del reinado de Alfonso XIII*, *op. cit.*, p. 556.

145. J. Tusell y G. G. Queipo de Llano, *Alfonso XIII. El rey polémico*, op. cit., p. 597.

146. «Lo encontré viviendo en un mundo ideal, sin haberse percatado de la debilidad del Gobierno, que era la base de su sustento. Se felicitó por el hecho de que finalmente un Ejecutivo, nada más y nada menos, hubiera aceptado el programa de autonomía, esperando que, pese a llegar con retraso, habría de servir para llevar la paz a Cataluña y fortalecer la unidad española», F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 442.

147. «Algunos extractos de un libro inédito del Sr. Cambó...», *op. cit.*, p. 12.

148. *Ibid.*, pp. 10-11.

149. Isidre Molas, *Lliga Catalana*, *Edicions 62, Barcelona,* 1972, vol. I, p. 170.

150. Joaquim M. de Nadal, *Seis años con Francisco Cambó*, *op. cit.*, p. 429.

151. Isidre Molas, *Lliga Catalana*, *op. cit.*, vol. I, pp. 173-175.

152. «Algunos extractos de un libro inédito del Sr. Cambó...», *op. cit.*, p. 12.

153. *Ibid.*, p. 13.

154. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 1155.

155. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 446.

156. J. Tusell y G. G. Queipo de Llano, *Alfonso XIII. El rey polémico*, *op. cit.*, p. 623.

157. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 1167.

158. Ibid. p. 1168.

159. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 448.

1. En una carta a Joan Ventosa, poco antes del estallido de la guerra civil, decía: «Infinitas veces, desde hace muchos años, hemos comentado tú y yo la situación difícil que nos genera el hecho de ser a la vez catalanistas y conservadores..., cuando los conservadores de España son anticatalanistas. Esta posición inconfortable, que tenemos de muchos años, se ve agravada, desde el advenimiento de la República, por el hecho que las derechas españolas son más anticatalanistas que nunca, mientras que las izquierdas —por los motivos que sea, ¡eso no viene al caso!— tienen para Cataluña unes atenciones que hace muchos siglos que no habían recibido los catalanes de ningún gobierno español.»

2. J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 1177.

3. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 439.

4. *Ibid.*, pp. 450-451.

5. *Ibid.*, p. 430.

6. *Ibid.*, p. 450.

7. Gaziel, «Notas postelectorales. Unas cuantas verdades», *La Vanguardia*, 21 de abril de 1931.

8. Gaziel, «¿Monarquía?, ¿República? La leyenda de Cambó», *Ahora*, Madrid, 22 de octubre de 1931.

9. Esta nota de la Lliga Regionalista del 16 de abril de 1931 fue reproducida en *La Veu de Catalunya* el 18 de abril. También se cita en J. Pabón, *Cambó*, *op. cit.*, p. 1180.

10. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 18 de abril de 1931. FJE BC.

11. Lo intenta justificar en sus *Memòries*, *op. cit.*, p. 453.

12. Carta de J. Pla a Ll. Duran i Ventosa, 20 de abril de 1931. FDV ANC.

13. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 455.

14. Carta de J. Estelrich a F. Cambó, 18 de abril de 1931. FJE BC. En la copia del original se ve una frase tachada por su autor que decía: «Estamos profundamente disgustados» (se sobreentiende que con Cambó y los dirigentes de la Lliga).

15. Carta de Ll. Duran i Ventosa a J. Ventosa i Calvell, 9 de mayo de 1931. FDV ANC.

16. Carta de J. Estelrich a F. Cambó, 5 de mayo de 1931. FJE BC.

17. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 9 de mayo de 1931. FJE BC.

18. Carta de J. Estelrich a F. Cambó, 13 de mayo de 1931. FJE BC.

19. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 16 de mayo de 1931. FJE BC.

20. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 10 de mayo de 1931. FDV ANC.

21. «Si nosotros, que tenemos lo que deben tener los hombres, estuviéramos en la dirección de la Lliga, creo que deberíamos rechazar cualquier participación, explicando los motivos que justificarían nuestra actitud, y crearíamos un núcleo antimacianista con ... autoridad para lidiar con Madrid y obtener concesiones.» *Ibid.*

22. *Ibid.*

23. *Ibid.*

24. Carta de J. Pla a Pere Pla, 4 de mayo de 1931, publicada en Josep Pla, *Cartes a Pere*, Ediciones Destino, Barcelona, 1996, p. 203.

25. *Ibid.*

26. Carta de F. Cambó a J. Pla, 19 de mayo de 1931, Archivo Josep Pla.

27. Carta de J. Pla a Ll. Duran i Ventosa, 31 de mayo. FDV ANC. Y carta de J. Pla a J. Estelrich, 2 de junio de 1931. FJE BC.

28. Carta de J. Pla a J. Estelrich, 2 de junio de 1931. FJE BC.

29. *Ibid.* «En nombre del liberalismo y de la democracia, dentro de treinta años el catalán podría ser un *patois* como el catalán de Rosellón. Si la República no es nada, iremos haciendo y tendremos algo como la Mancomunitat. En todo caso, la República será de todo menos federal.»

30. «Os debo decir que moriré de hambre antes que elogiar a ese chaquetero que no ha sido jamás catalanista, llamado Macià. Si eso vuelve impopulares mis artículos en Barcelona, decidlo claro y me iré al extranjero. Ya no sé qué hacer, ni qué decir ni cómo empezar. Dadme instrucciones, os lo ruego.» *Ibid.*

31. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, firmada el 16 de mayo de 1931 pero seguramente enviada el día 18, dado que hay una doble fecha. FJE BC.

32. «Tanto Ventosa como yo consideramos un error que la Lliga colabore en la confección del Estatuto, pues este, elaborado hoy por gente mayormente insensata, tomará un cariz de radicalismo verbalista que lo condenará al fracaso. La Lliga, sosteniendo el Estatuto del 19, expurgado de fraseología perjudicial, tiene una posición muy firme. Conozco las intimidades del Gobierno de Madrid, cada día más indignado con Macià ... En Madrid aparecerá pronto el deseo de entenderse con nosotros en todo lo concerniente a Cataluña.» Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 8 de mayo de 1931. FDV ANC.

33. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 10 de mayo de 1931, FDV ANC.

34. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, un domingo de junio de 1931. FDV ANC.

35. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 31 de mayo de 1931, desde París. FDV ANC.

36. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 24 de junio de 1931. FDV ANC.

37. Carta de Joan Ventosa a Lluís Duran, 23 de junio de 1931. FDV ANC.

38. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 31 de mayo de 1931. FDV ANC.

39. La nueva ley electoral republicana creó grandes circunscripciones —equivalentes a las provincias y las ciudades más grandes—, y otorgaba el 80 % de los diputados a la candidatura ganadora, el 20 % a la que había quedado segunda y ningún diputado al resto. Además, era necesario llegar al 20 % de los votos para entrar en el reparto de escaños.

40. Arnau González i Vilalta también ha usado parte de esta correspondencia en *Els diputats catalans a les Corts Constituents republicanes (1931-1933)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2006, y en *Els diputats catalans a les Corts republicanes (1933-1939)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2009.

41. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 31 de julio de 1931. FJE BC.

42. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 12 de septiembre de 1931. FDV ANC.

43. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 20 de octubre de 1932. FJE BC.

44. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 25 de septiembre de 1931. FJE BC.

45. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 19 de octubre de 1931. FJE BC. El artículo 24, que en la redacción definitiva de la Constitución sería el 26, era el que determinaba que las confesiones religiosas no podrían ser sostenidas por las administraciones públicas e implicaba la disolución de los jesuitas.

46. «Al defender el texto que fue aprobado, el propio Azaña afirmó que al Estado le quedaba abierto el camino para establecer sus órganos de enseñanza en Cataluña. Y eso es lo peor que nos puede pasar: que se nos dé una ilusión de autonomía mientras subsisten en Cataluña unos organismos y servicios del Estado parecidos y, por lo tanto, antagónicos a los que establece el poder autonómico ... La duplicidad de servicios significa la negación de la autonomía o el pulso constante entre el poder central y el poder regional, que termina necesariamente con la victoria del primero.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 27 de octubre de 1931. FJE BC.

47. «Al llegar la discusión del Estatuto, veo que nos quedaremos con un texto como el de las viejas leyes municipales y provinciales, en las que se daba a provincias y municipios el derecho a hacerlo todo, sin perjuicio de que el Estado, con el capital de todos, continuara ejerciendo bien o mal todas las funciones que puede acaparar el Estado más unitario y centralista.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 27 de octubre de 1931. FJE BC.

48. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 14 de noviembre de 1931. FJE BC.

49. «Debemos defender la necesidad de instaurar un régimen liberal y generoso, que reconozca todas las realidades españolas y en el que, con los más diversos matices, podamos convivir todos. Esta será la postura que adopte cuando vuelva a actuar abiertamente y que me pondré a preparar ahora mismo, con artículos y notas de prensa.» *Ibid.*

50. «Estando yo ausente, no veo quién puede aglutinar las fuerzas españolas. Si hubiera un castellano prestigioso que pudiera cooperar con nosotros, sería ideal.»

51. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 10 de noviembre de 1931. FJE BC.

52. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 20 de octubre de 1931. FJE BC.

53. En una carta de Estelrich a Cambó del 5 de marzo de 1932, le dice que ha llegado su nota sobre cómo actuar ante el Estatuto: «En la reunión de la Comisión de Acción Política, en términos generales se está de acuerdo con sus observaciones. Sirviéndome como pauta de sus notas, pienso hacer una memoria para comentar detalladamente todos los aspectos del Estatuto en el seno de la Comisión de A. P.». Carta de J. Estelrich a F. Cambó, 5 de marzo de 1932. FJE BC.

54. «Corremos el riesgo de que derive en un verbalismo medio separatista y medio comunista, por una parte, y en orientaciones ultraconservadoras y hasta reaccionarias, por la otra ... Nuestra afirmación catalanista no debe articularse como un encogimiento misántropo, sino que debe armonizarse con la melodía global de la visión hispánica.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 11 de agosto de 1932. FJE BC.

55. Véase también F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 458.

56. *Ibid.*

57. «Yo no creí nunca que una acción conjunta ante el problema del Estatuto se tradujera en que la minoría regionalista debía perder su personalidad y renunciar a una libertad de movimientos para expresar en todo momento sus matices especiales dentro de la política catalana.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 27 de junio de 1932. FJE BC.

58. «La fórmula aceptada por la Comisión en materia de enseñanza es inaceptable: es un gran retroceso respecto a las fórmulas anteriores.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 2 de febrero de 1932. FJE BC.

59. «No me sorprendería que la parte financiera del Estatuto quedase de tal forma que fuera absolutamente inaceptable. En esta cuestión, la culpa es de la temeridad de haberse querido apartar de la fórmula de 1919, que establecía un principio que nadie podía rebatir y que aseguraba que, en su aplicación, la hacienda catalana quedaría bien nutrida.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 14 de marzo de 1932. FJE BC.

60. «Para mí, ha sido un error táctico presentar un gran número de enmiendas al dictamen, pues, ya que todas o casi todas serán rechazadas, se acentuará la impresión en Cataluña de que el Estatuto votado estará muy mermado, y se le quitará la fuerza que le daría la fe con la que sería recibido. No entiendo cómo los de Esquerra siguen una táctica que les restará simpatías en el Parlament, fastidiando a los amigos de Cataluña y estimulando los ataques de nuestros enemigos de siempre.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 2 de mayo de 1932. FJE BC.

61. «No obstante, conviene no olvidar nunca que es indispensable evitar una nueva decepción de Cataluña; que conviene que el Estatuto sea aprobado, incluso con todos los recortes del dictamen, pues la experiencia de la Dictadura nos dice claramente que Cataluña no es un pueblo heroico y que, si adoptara una posición dramática, acabaría en ridículo. No habría que esperar otra cosa que la repetición de la vergonzosa mojiganga de Prats de Molló ... y algunos conflictos sociales.» *Ibid.*

62. «Estoy viendo formarse los nubarrones contra el Estatuto, como teníamos previsto, y parecen causar alguna sorpresa a los infelices pedantes de Esquerra. ¡Creer que por pasar de la monarquía a la República cambiaría el temperamento de la raza es pasarse de inocentes! Ahora se da el caso curioso de que en Esquerra deben confiar exclusivamente en Azaña, porque saben que el Parlamento, si tiene vía libre, votará casi unánimemente en contra del Estatuto ... Es más fácil convencer a un hombre que convencer a un pueblo.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 4 de mayo de 1932. FJE BC.

63. *Ibid.*

64. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 459.

65. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 31 de mayo de 1932. FDV ANC.

66. «Veo que vuelve a peligrar la aprobación del Estatuto. Aun así, creo que un golpe de audacia de Azaña para intentar acortar el debate aún puede salvar el Estatuto y salvar el Gobierno. Si no llega este golpe de audacia —y cada día que pase, será más difícil— me temo que Azaña no podrá resistir el ataque de sus adversarios ... que cuentan con un ambiente favorable en casi toda España.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 8 de junio de 1932. FJE BC.

67. *Ibid.*

68. «Sin provocar una riña interna, conviene aprovechar todas las ocasiones que se presenten para hacer constar que nosotros hemos sido apartados y excluidos de toda participación en la dirección de la política catalana, en un período que habría podido ser glorioso y que puede terminar siendo el más lamentable de nuestra historia.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 24 de junio. FJE BC.

69. En 1939, para hacer frente a las acusaciones de «separatistas» de las autoridades franquistas en los respectivos expedientes de Responsabilidades Políticas, Joan Estelrich y Raimon d'Abadal utilizaron esa ausencia para afirmar que ellos no habían votado a favor del Estatuto catalán.

70. «Todos nos debemos sentir felices de que el Estatuto ... sea aprobado. El éxito que este resultado pueda significar para Esquerra no debe amargarnos la alegría de ver iniciada, satisfactoriamente, la solución del caso catalán. Yo tengo una inmensa alegría, mucho más viva, mucho más sana y mucho más profunda de la que puedan tener los de Esquerra. ¡No en vano a nosotros nos cuesta mucho más trabajo el resultado que ahora se ha recogido! Para que triunfara Cataluña era necesario que alguien, los que no gobernaban, hiciera el sacrificio de amor propio para presentar un pueblo unido en la expresión de la voluntad. Y este papel nos ha correspondido a nosotros ... y no por azar: nos ha tocado porque ninguno de los otros partidos catalanes era lo bastante patriota para aceptarlo y aceptarlo con júbilo. ¿Qué más podríamos desear, como patriotas? Ahora, a luchar, y a luchar con fe y entusiasmo.» Carta de F. Cambó, desde Milán, a J. Estelrich, 12 de septiembre de 1932. FJE BC.

71. «El día siguiente de proclamarse la República, no haber querido exigir al Gobierno que por decreto pusiera en vigor el Estatuto de 1919, con reserva de someter el decreto a ratificación o revocación de las Cortes, puede hacer que Cataluña haya perdido una nueva ocasión excepcional que se le había presentado. Si eso ocurre, a nadie podrán culpar los catalanes, más que a ellos mismos.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 24 de junio de 1932. FJE BC.

72. F. Cambó, «L'hora de les justícies... i de les paradoxes», *La Veu de Catalunya*, 14 de noviembre de 1932.

73. *Ibid.*

74. F. Cambó, «De cara a Espanya», *La Veu de Catalunya*, 24 de noviembre de 1932.

75. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 461.

76. «Al volver a Cataluña deseo conocer con exactitud los nuevos valores de nuestra tierra, sean del partido que sean. Le agradecería que quisiera preparar algunos perfiles, que no debe ver nadie más allá de mí, tanto de hombres nuevos de izquierda como de los comunistas y los de la Lliga. No creo que haya aparecido ningún valor político en Acció Catalana.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 3 de septiembre de 1932. FJE BC.

77. «Toda nuestra organización se debe rehacer y, en las siguientes elecciones, conviene evitar las actas en blanco en un solo pueblo de Cataluña. La propaganda que se haga ahora debe servir, ante todo, para crear un ambiente favorable a la tarea de la organización: la otra propaganda, la de ganar sufragios, ya tendremos tiempo de hacerla.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 2 de abril de 1932. FJE BC.

78. «Nota» de Francesc Cambó, posiblemente escrita en julio de 1932. FJE BC.

79. *Ibid.*

80. *Ibid.*

81. *Ibid.*

82. «Paquita Verdaguer sigue pensando que el sufragio femenino será abiertamente contrario a la Lliga y favorable a los carlistas y a Esquerra. Yo siempre lo he creído así, pero la impresión que me da Paquita no es una mera opinión, sino una observación de la persona con más base para hacerla.» Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 11 de junio de 1932. FDV ANC.

83. *Ibid.*

84. *Ibid.*

85. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 12 de septiembre de 1932. FDV ANC.

86. Cartas de F. Cambó a J. Estelrich, 20 de junio de 1932; de J. Estelrich a F. Cambó, 25 de junio de 1932; y de F. Cambó a J. Estelrich, 27 de junio de 1932. FJE BC.

87. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 27 de junio de 1932. FJE BC.

88. «No sé si antes de las elecciones podrá publicarse mi libro; ya solo me faltan dos capítulos y tengo siete hechos. Si no fuera materialmente posible, podríais publicar algún capítulo, de los que contienen más argumentos para defender la actitud de la Lliga, desde la Dictadura.» Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 25 de septiembre de 1932. FDV ANC.

89. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 25 de septiembre de 1932. FDV ANC.

90. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 462.

91. En sus *Memòries*, *op. cit.*, p. 465, explica que le costó bastante convencer a los dirigentes del partido de la necesidad de cambiarle el nombre.

92. En sus *Memòries*, *op. cit.*, p. 465, dice que la convenció después de una semana entera hablando con ella en Menton, Francia.

93. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 11 de junio de 1932. FDV ANC.

94. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 468.

95. Cambó narra sus conversaciones con Gil-Robles y el acuerdo en sus *Memòries*, *op. cit.*, pp. 468-469.

96. «Tampoco me explico la inhabilidad parlamentaria de Rahola, que en el problema de los rabasaires dejó que fuera Lamanié quien defendiera el interés catalán, cuando debíamos defenderlo nosotros. Su inacción parlamentaria causa un daño positivo a la Lliga y, por su dignidad personal y nuestra dignidad colectiva, es preciso que se ponga fin a esta situación. Que ustedes formen una minoría no es ninguna explicación, porque en el Parlamento español nunca se han negado las firmas necesarias a quien las ha solicitado.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 13 de agosto de 1932. FJE BC.

97. Las listas eran abiertas y los electores podían añadir o suprimir nombres de candidatos, siempre y cuando no superaran el número de los elegidos en cada circunscripción. Esta mezcla de nombres de candidatos de diferentes opciones se conocía con el término francés *panachage*.

98. Véase la explicación detallada que Cambó hace de esta operación en sus *Memòries*, *op. cit.*, pp. 471-472.

99. Por las candidaturas de ERC-USC habían sido elegidos 18 diputados de Esquerra Republicana, 3 republicanos federales, 3 de Unió Socialista de Catalunya, 1 del PSOE y 1 de Acció Republicana; en total, 26.

100. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 475-476.

101. *Ibid.*, pp. 476-479.

102. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 19 de noviembre de 1931. FJE BC. Cambó decía: «Aguirre es el primer temperamento político que han tenido los vascos. Está convencido de que una reacción militarista o monárquica sería funesta para nuestras reivindicaciones».

103. Carta de J. A. Aguirre a F. Cambó, 28 de noviembre de 1933, en Anna Sallés y E. Ucelay Da Cal, «La correspondencia Aguirre-Cambó, 1931-1936», en M. González Portilla, J. Maluquer de Motes y B. de Riquer, *Industrialización y nacionalismo. Análisis comparado*, P. UAB, Bellaterra, 1985, pp. 471-499.

104. Carta de F. Cambó a J. A. Aguirre, 30 de noviembre de 1933, *ibid.*

105. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 479.

106. F. Cambó, *Meditacions*, *op. cit.*, p. 696.

107. Joaquim M. de Nadal, *Seis años con don Francisco Cambó*, Alpha, Barcelona, 1957, pp. 164-165.

108. *Ibid.*, pp. 171-172.

109. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 479-480.

110. «Ese don Francesc Cambó», en *Justicia Social*, 27 de mayo de 1934.

111. Su primera intervención fue una réplica al diputado de derechas José Calvo Sotelo, que pretendía defender la política presupuestaria de la dictadura de Primo de Rivera. La segunda también fue una réplica a la intervención del socialista Julián Besteiro sobre las causas del paro. Véase F. Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, pp. 791-815.

112. *Ibid.*, pp. 817-825.

113. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 17 de agosto de 1934. FDV ANC.

114. «Cirera es un chaquetero, lo sé muy bien, pero tiene una actividad, estimulada por una ambición inconmensurable, que lo hace temible. Lo tenía domesticado llamándole cada dos o tres meses para pedirle informaciones y consejos ... y aguantando su tostón ... Ahora ha acabado por expulsar a Riba de la presidencia del Institut y ha escapado a mi control.» *Ibid.*

115. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 480.

116. *Ibid.*, p. 481.

117. F. Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, pp. 827-833.

118. *Ibid.*, pp. 828-833.

119. *Ibid.*

120. *Ibid.*, pp. 835-851.

121. *Ibid.*

122. El 15 de enero de 1935, se nombró gobernador general de Cataluña al político centrista gallego Manuel Portela Valladares, antiguo gobernador civil de Barcelona entre 1910 y 1924 y colaborador de Cambó durante los años 1917-1922.

123. F. Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, p. 858.

124. Después de la etapa de gobernador general de Manuel Portela Valladares, en abril de 1935 se formó un gobierno provisional de la Generalitat presidido por el radical Joan Pich i Pon, en el que había dos consejeros de la Lliga (Duran i Ventosa y Vallès i Pujals). En el segundo gobierno, formado en diciembre de 1935 y presidido por el valencianista Ignasi Villalonga, también había consejeros ligueros. Dentro del tercer gobierno, presidido por el militante de la Lliga Fèlix Escalas entre enero y febrero de 1936, solo hubo miembros de este partido.

125. En este semanario, editado entre octubre de 1934 y febrero de 1936 y financiado por Cambó, Estelrich publicó varios artículos sobre las minorías nacionales en Europa y sobre sus proyectos de renovación doctrinal del catalanismo. También colaboraron otros fieles de Cambó como Josep M. Tallada, Miquel Vidal i Guardiola, Alfons Gallart, Andreu Bausili, Josep M. Casabó, Felip de Solà Cañizares y Paulina Pi de la Serra.

126. Carta de F. Cambó a S. Alba, 20 de septiembre de 1935, citada por M. García Venero, *Santiago Alba, político de razón*, *op. cit.*, p. 363.

127. Joaquín Chapaprieta, *La paz fue posible*, Ariel, Barcelona, 1971, pp. 225-229.

128. «Somos el único partido que sale ganando: la CEDA y los radicales salen mermados; los agrarios, deshechos; los de Melquíades no tienen representación, y todos los ministros enemigos de Cataluña (Royo, Marraco y Dualde) quedan fuera del Gobierno. Además, todos los grupos han aceptado la fórmula que hemos presentado sobre los traspasos, lo que significa dar rápidamente un contenido superior al de antes de la autonomía.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 26 de septiembre de 1935. FJE BC.

129. F. Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, pp. 899-903.

130. En las listas del Front Català d'Ordre había veinte candidatos de la Lliga, nueve de Acción Popular, cinco tradicionalistas, cuatro radicales, un monárquico alfonsino, un valencianista y un independiente.

131. *La Veu de Catalunya*, 8 de enero de 1936.

132. *El Debate*, 2 de febrero de 1936.

133. F. Cambó, *Meditacions*, *op. cit.*, p. 21.

134. Joan Estelrich, *Dietaris*, al cuidado de Manuel Jorba, Quaderns Crema, Barcelona, 2012, p. 150. La anotación es del viernes, 24 de abril de 1936.

135. Carta de F. Cambó a Bartomeu Pons, 3 de marzo de 1936. FJE BC.

136. La tesis del «oasis catalán» fue difundida por primera vez por el periodista de la Lliga Manuel Brunet en un artículo publicado en *La Veu de Catalunya* el 4 de marzo de 1936.

137. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 483.

138. Según Raimon d'Abadal i Vinyals, «mucha gente sacaba dinero al extranjero, pero no para evadir capitales, sino para poder sobrevivir más o menos un año fuera del país si sucedía algo. Esa era la obsesión general», recogido en Joan Sariol, *La petita història*, *Dopesa, Barcelona, 1979,* p. 21.

139. Carta de F. Cambó a Faust Morell, 3 de marzo de 1936. FJE BC.

140. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 15 de marzo de 1936. FDV ANC.

141. F. Cambó, «Mirant la realitat», en *La Veu de Catalunya*, 8 de abril de 1936.

142. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 11 de marzo de 1936. FJE BC.

143. Citado por Joan Sariol i Badia, *La IV Guerra Civil*, Dopesa, Barcelona, 1978, p. 112.

144. *Ibid.*, p. 192.

145. «Esto sería ideal para nosotros: de tan bonito, no llego a creérmelo.» Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 22 de marzo de 1936. FDV ANC.

146. Véase Isidre Molas, *Lliga Catalana*, *op. cit.*, vol. II, p. 96.

147. *Ibid.*

148. Carles Cardó, «La moral de la derrota», en *La Paraula Cristiana*, 135, marzo de 1936, «Els dos dilemes», «Quina dictadura preferiu» y «La dictadura no és la solució», en *La Veu de Catalunya*, 20 de marzo, 29 de mayo y 12 de junio de 1936, respectivamente.

149. Joaquim M. de Nadal, *Seis años con don Francisco Cambó*, *op. cit.*, p. 265.

150. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 484.

151. El mismo Manuel Brunet lo hizo en *La Veu de Catalunya* el 5 de julio de 1936, en el artículo titulado «L'oasi i els seus voltants».

152. Citado por Joan Sariol i Badia, *La IV Guerra Civil*, *op. cit.*, pp. 264-265.

153. Por ejemplo, el artículo de Lluís Duran i Ventosa «La causa veritable i l'únic remei», del 16 de julio; el de Joaquim Pellicena, «El respecte de la llei», del 18 de julio, y el conjunto de Lluís Duran i Ventosa y Joaquim Pellicena, «Un moment crític», del 19 de julio de 1936.

154. Lluís Duran i Ventosa y Joaquim Pellicena, «Un moment crític», *La Veu de Catalunya,* 19 de julio de 1936.

1. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 484.

2. Conviene recordar que Joan Ventosa i Calvell era el portavoz de la Lliga Catalana en las Cortes republicanas y, por lo tanto, el encargado de dar a conocer la posición oficial del partido ante la situación política española.

3. Esta correspondencia se encuentra dentro del fondo documental de Narcís de Carreras (FNC), secretario y apoderado de Francesc Cambó, que está depositado en el Arxiu Nacional de Catalunya (ANC). En este texto lo citamos como FNC ANC.

4. De esas 200 cartas, considero que 121 tienen un notable interés histórico. De ellas, 47 son del año 1936; 38, del año 1937; 19, del año 1938; 9, del año 1940, y 8 no tienen fecha.

5. Abbazia, en la península de Istria, es la actual Opatija, en Croacia.

6. El 20 de abril de 1938 escribe desde Suiza: «Aquí sé y siento que no me espían los pasos, ni me abren las cartas, que puedo recibir y leer los diarios y libros que me plazca». F. Cambó, *Meditacions. Dietari (1936-1940)*, *op. cit.*, p. 317.

7. La Société Financière de Transports et d'Entreprises Industrielles (SOFINA), por entonces el holding eléctrico más importante del mundo, era la propietaria de la mayoría de las acciones de la CHADE y la Barcelona Traction (La Canadiense). Cambó y Ventosa fueron miembros de su Consejo Directivo desde 1920 hasta su muerte.

8. Así llamaba Cambó a la zona dominada por los militares rebeldes en su dietario. F. Cambó, *Meditacions. Dietari (1936-1940)*, *op. cit.*, p. 17.

9. He podido verificar los siguientes encuentros entre Cambó y Ventosa durante la guerra civil: en agosto de 1936 en Rapallo (Italia); en noviembre de 1936 en París; en enero, marzo y abril de 1937 en París; en abril de 1937 en Bruselas; en marzo de 1938 en París; en mayo de 1938 en Zúrich; en junio de 1938 en París; en septiembre de 1938 en Bruselas; en noviembre de 1938 en París; en enero de 1939 en Montreux, y finalmente, en mayo de 1939 en Zúrich.

10. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, sin fecha. FNC ANC. Dado que se dice que ha transcurrido una semana desde el asesinato de Calvo Sotelo, que tuvo lugar el día 13 de julio, la carta tiene que ser del 17 o 18 de dicho mes.

11. *Ibid.*

12. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 18 de julio de 1936. FNC ANC.

13. Entre los asesinados más conocidos se contaban los diputados Agustí Riera, Francesc Salvans, Lluís Pinyol y Joan Rovira, el ex concejal Josep Codolà y el empresario Alfons Par. Han podido identificarse un mínimo de 282 afiliados a la Lliga Catalana asesinados durante la guerra. Josep M. Solé Sabaté y Joan Villarroya, *La repressió a la rereguarda de Catalunya (1936-1939)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1989-1990.

14. José Quiñones de León, que había sido el embajador de España en París (1916-1931), era un político muy vinculado al ex rey Alfonso XIII. Había montado en el Hotel Le Meurice de París la representación oficiosa de los militares rebeldes. La información sobre el donativo de Cambó se encuentra en la carta de J. Ventosa a F. Cambó del 23 de noviembre de 1936. FNC ANC. Cuatrocientas mil pesetas del año 1936 equivaldrían a unos cuatro millones de euros.

15. Las primeras cartas de Cambó a los militantes de la Lliga indicándoles que debían mandar dinero a los representantes de los militares rebeldes son de finales de agosto de 1936.

16. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 1 de septiembre de 1936. FJE BC.

17. *Ibid.*

18. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 28 de septiembre de 1936. FJE BC.

19. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 1 de septiembre de 1936. FJE BC.

20. Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 5 de septiembre de 1936. FNC ANC. Josep Garí i Gimeno (1886-1965) era director general de la Banca Arnús-Garí, consejero de la CHADE y buen amigo de Cambó.

21. Felip Bertran i Güell (1901-1965), militante de la Lliga Catalana que en 1935 había sido el consejero de Sanidad del gobierno de la Generalitat intervenida por el gobierno de Madrid. Era hijo de Josep Bertran i Musitu, también militante de la Lliga, buen amigo y socio de Cambó y Ventosa, que durante la guerra civil dirigirá el Servicio de Información de la Frontera del Nordeste (SIFNE) para los militares rebeldes. Los hermanos Felip y Josep Bertran i Güell participaron en la preparación de la rebelión militar de julio de 1936.

22. Subrayado en el original.

23. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 7 de septiembre de 1936, desde Abbazia (Italia). FNC ANC.

24. José Quiñones de León, representante oficioso en Francia de los militares rebeldes, residía en el Hotel Le Meurice de París.

25. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 8 de septiembre de 1936, desde Abbazia (Italia). FNC ANC.

26. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 11 de septiembre, desde Abbazia (Italia). FNC ANC.

27. «Hace dos días le mandé una nota que ha sido remitida a España por una combinación que les podría proporcionar 550.000 libras de momento ... Por una carta que recibo hoy de Garí, a quien encargué que hiciera manifestaciones concretas en Burgos, me entero de que allí han causado un gran efecto y de que tenemos ahí las puertas abiertas de par en par. Además de Garí he tenido ocasión de hablar aquí con otro emisario de Bau.» Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 11 de septiembre de 1936, desde Bruselas. FNC ANC.

28. «Garí, Bertran y otros que me sirven para mantener la relación con los de Burgos ... me da la sensación de que [Quiñones] no había hablado en Burgos de la aportación hecha por nosotros. Digo esto porque cuando les ha sido comunicado lo han recibido como una noticia nueva.» Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 14 septiembre de 1936, desde Bruselas. FNC ANC.

29. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 24 de septiembre de 1936, desde Simplon (Suiza). FNC ANC.

30. «Ayer vino Güell —Santiago Güell, barón de Güell—. La invitación para ir a Burgos se ha hecho en virtud de un acuerdo tomado en la sesión de hace unos cuantos días que celebraron en Salamanca los generales que forman la Junta. No han concretado qué quieren, y yo supongo que lo que desean es que vaya allí, más que con un cargo determinado, para asesorar y orientar ... Creo que voy en las mejores condiciones porque es la única invitación ofrecida a un hombre político. Con todo, las dificultades son enormes. Creo que, de momento, tengo que ver cómo están las cosas y examinar las posibilidades de salir airoso, antes de asumir alguna responsabilidad definida. Ya veremos.» Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 28 de septiembre de 1936. FNC ANC.

31. Nicolás Franco Bahamonde (1891-1977), ingeniero naval, era el hermano mayor del general. Durante los primeros meses de la guerra civil fue su más íntimo colaborador, como secretario general de la Junta Técnica. En 1938 fue nombrado embajador en Portugal, donde permanecería hasta el año 1957.

32. Se refiere al general Fidel Dávila (1878-1958), hombre de confianza de Franco que el 1 de octubre de 1936 había sido designado presidente de la Junta Técnica del Estado y era, además, jefe del estado mayor de los militares rebeldes.

33. Se refiere al general Emilio Mola Vidal (1887-1937), que entonces era el jefe del Ejército del Norte de los rebeldes. Mola, que había sido el principal director de la sublevación militar, murió en un accidente de aviación el 3 de junio de 1937. Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 5 de octubre de 1936, parece que desde Burgos. FNC ANC.

34. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 7 octubre de 1936, desde Trieste. FNC ANC. Un año más tarde, el 25 de noviembre de 1937, Ventosa escribía en la revista *Occident* un artículo titulado «Le mouvement national et la vie économique en Espagne», en el que ponía de ejemplo para la nueva España la obra de Oliveira Salazar en Portugal, pues compaginaba la espiritualidad, inspirada en los grandes principios de la civilización cristiana, y la gestión económica vigorosa, preservando la libre competencia. Véase *L'últim Cambó*, *Eumo, Vic, 1996,* p. 114.

35. Joaquim Bau Nolla (1879-1973), destacado político carlista catalán, alcalde de Tortosa durante la dictadura de Primo de Rivera y diputado en las Cortes en 1933 y en 1936, en este caso dentro de la candidatura del Front Català d'Ordre. Desde septiembre de 1936 era el presidente de la Comisión de Comercio y Abastos de la Junta de Defensa de Burgos. Fue el catalán con un cargo más importante en la zona franquista durante la guerra.

36. «Ayer el Coronel Yagüe dio, por radio, un discurso en el que, entre otras necedades, soltó un montón de improperios contra Cataluña y los catalanes. Precisamente ayer había muchos y pasamos un mal rato.» Juan Yagüe Blanco (1891-1952) era un militar y falangista que alzó la Legión en Ceuta en julio de 1936. En aquellos momentos comandaba las tropas africanas que habían conquistado Extremadura y marchaban hacia Madrid. Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 7 de octubre de 1936, desde Burgos. FNC ANC.

37. *Ibid.*

38. «La actitud de Rusia, que al parecer será seguida por Checoslovaquia y algún Estado Escandinavo, crea un problema grave al que conviene prestar mucha atención. Creo que Burgos no cuida lo bastante la política exterior. Yo, estos días, no paro de escribir soflamas, dedicadas, principalmente, al público anglosajón.» Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 10 de octubre de 1936. FNC ANC.

39. *Ibid.*

40. Esta carta se reproduce en el libro de Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Editorial Planeta, Barcelona, 1976, p. 315.

41. Josep M. Tallada i Paulí (1884-1946), ingeniero y político, era diputado de la Lliga en el Parlament de Cataluña y presidente de la Comisión de Problemas Sociales de dicho partido. Era especialista en asuntos monetarios y director del Banco de Vizcaya en Barcelona. Había escrito el libro *L'organització econòmica de la Rússia Soviètica*, Lliga Catalana, Barcelona, 1935, obra que estaba prologada por Miquel Vidal i Guardiola.

42. Miquel Vidal i Guardiola (1891-1950), abogado y político, era miembro del Consejo de Gobierno de la Lliga Catalana y diputado en las Cortes republicanas. Era secretario del consejo de administración de la CHADE. En 1930 Ventosa lo nombró jefe del Servicio de Estudios del Banco de España.

43. Josep M. Trias de Bes (1890-1965), catedrático de Derecho Internacional de la Universidad de Barcelona, miembro del Consejo de Gobierno de la Lliga Catalana y diputado en el Parlament de Cataluña y en las Cortes republicanas. A mediados de 1937 se trasladó a Burgos como responsable de la asesoría jurídica del Ministerio de Asuntos Exteriores. Fue uno de los redactores del informe a la opinión pública internacional que sostenía que toda la actuación del gobierno republicano posterior al 16 de febrero de 1936 era ilegal.

44. Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 20 de octubre de 1936, desde Bruselas. FNC ANC.

45. Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 12 de enero de 1937. FNC ANC. El Comité de No-Intervención en la Guerra Civil Española era el organismo internacional impulsado básicamente por el Reino Unido y Francia para intentar garantizar que ningún país interviniera en el conflicto.

46. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 20 de octubre de 1936. FNC ANC.

47. Nota de J. Ventosa a F. Cambó, 23 de octubre de 1936. FNC ANC.

48. Así en mayúsculas, y subrayado, aparece en la carta de F. Cambó a J. Ventosa del 21 de octubre de 1936. FNC ANC. El resto de los apartados también en mayúsculas y subrayados son: «RÉGIMEN PRENSA» y «RÉGIMEN CATALUÑA».

49. *Ibid.*

50. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 24 de octubre de 1936. FNC ANC.

51. *Ibid.*

52. Se refiere a la nota que iba adjunta a la carta de J. Ventosa al general Franco del 11 de octubre de 1936. FNC ANC.

53. *Ibid.*

54. Se refiere a José Quiñones de León.

55. Se refiere al conde de los Andes, Francisco Moreno y Zulueta (1881-1966), muy vinculado al ex rey Alfonso XIII. Como dirigente monárquico participó activamente en la preparación de la rebelión de julio de 1936. Colaboraba en las tareas de espionaje organizadas por Josep Bertran i Musitu en el sur de Francia.

56. Seguramente se refiere al marqués de Magaz, Antonio Magaz y Pers (1863-1953), almirante monárquico que había sido miembro del Directorio Militar de Primo de Rivera. Desde septiembre de 1936 era el representante oficioso de la Junta de Burgos ante la Santa Sede, en Roma.

57. Estaba interesado «en política económica (especialmente agraria); en política monetaria; en régimen de Banca privada; en régimen regional y provincial; en tarifas de servicios públicos; en materia jurídica (jueces municipales y jueces y magistrados de carrera) y en enseñanza primaria, media y superior». Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 26 de octubre de 1936, desde Abbazia. FNC ANC.

58. Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 27 de octubre de 1936, desde Bruselas. FNC ANC.

59. «Yo tengo que decirte que con los formidables concursos que reciben los dos beligerantes ... yo empiezo a ver difícil una victoria, tanto de unos como de otros, antes de que llegue un choque exterior que decida en la lucha más encarnizada que haya visto la humanidad cuál de las dos místicas aplasta a la otra. Todo ello implica una guerra larga, implacable, con una estela de destrucciones que horroriza pensarlo.» Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 18 de noviembre de 1936, desde Abbazia. FNC ANC.

60. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 22 de noviembre de 1936, desde Abbazia. FNC ANC.

61. En una carta de 19 de octubre de 1936, Cambó ya le manifestó a Ventosa su acuerdo con la iniciativa, comentó las características del escrito e hizo una serie de consideraciones sobre cómo recoger las firmas. En la carta de Ventosa a Cambó del 20 de octubre de 1936, aquel indicaba que en el texto del manifiesto había que decir que la lucha civil en España había empezado el 16 de febrero de 1936, día de la victoria del Frente Popular, y no el 18 de julio. Aquel mismo día, Cambó le entregó ya a Ventosa el texto definitivo de la «declaración», que no manifiesto, por firmar. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 22 de noviembre de 1936. FNC ANC.

62. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 24 de octubre de 1936.

63. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 26 de octubre de 1936.

64. No saben por qué Puig i Cadafalch no firmó la carta. Lo cierto es que durante la guerra civil vivió bastante aislado y tuvo poca relación con Cambó y Ventosa. Posiblemente estuviera escarmentado del desliz del 1923, cuando se adhirió al golpe de Primo de Rivera, y no quería repetir un acto similar.

65. Más información sobre esta declaración, y su texto completo, en mi libro *L'últim Cambó*, *op. cit.*, pp. 278-282.

66. Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 23 de noviembre de 1936, desde Bruselas. FNC ANC.

67. Andrés Amado Reigondaud (1886-1964), antiguo colaborador de Calvo Sotelo durante la dictadura de Primo de Rivera, era desde octubre de 1936 presidente de la Comisión de Hacienda de la Junta Técnica del Estado y desde enero de 1938 será ministro de Hacienda del primer gobierno de Franco.

68. Para los ataques de la prensa de la «zona nacional» a los catalanistas y el ambiente hostil hacia la gente de la Lliga Catalana, véase *L'últim Cambó*, *op. cit.*, pp. 157-164.

69. Los miembros de la Lliga, como veremos, también impulsaron en Italia las emisiones en catalán de Ràdio Veritat.

70. Se refiere a Fèlix Millet i Maristany (1903-1967), abogado que era el principal dirigente de la Federació de Joves Cristians de Catalunya, y a Agustí Calvet, «Gaziel» (1887-1964), conocido periodista que era el director del periódico *La Vanguardia* de Barcelona desde 1920 y que había partido hacia Francia en agosto de 1936. Gaziel, como veremos, participará en las actividades de la Oficina de Propaganda de París creada por Cambó, especialmente redactando libros. Fue también uno de los firmantes de la declaración de adhesión a Franco.

71. Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 23 de noviembre de 1936, desde Bruselas. FNC ANC.

72. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 25 de noviembre de 1936, desde Abbazia. FNC ANC.

73. «La situación general sigue estacionaria. En el orden militar mi impresión es favorable a pesar de que el ataque a Madrid ha sufrido, por defecto de información, por exceso de acometividad de Varela o por lo que sea, un grave error presentándose ante una ciudad de un millón de habitantes con quince o veinte mil hombres.» Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 24 de diciembre de 1936. FNC ANC.

74. «Mi impresión es también que por la misma razón que se ha concentrado toda la resistencia en Madrid, cuando caiga se producirá un derrumbamiento [*sic*] general en España. Confirman esta impresión noticias que recibo por distintos conductos hablándome del gran cansancio que hay en Barcelona, de que en Alicante no hay absolutamente ningún elemento de defensa y de que en Valencia los Sindicatos han acordado por mayoría no fortificar la ciudad. Desde otro punto de vista, la situación internacional me parece favorable también. El acuerdo de Inglaterra e Italia aleja el riesgo de que la primera, para oponerse a una eventual amenaza italiana en el Mediterráneo, corra el riesgo de permitir el establecimiento de un Estado rojo en España o en Cataluña.» *Ibid.*

75. Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 24 de diciembre de 1936. FNC ANC.

76. *Ibid.*

77. José Millán Astray (1879-1954), militar que en 1920 había fundado el Tercio de Extranjeros (la Legión) en Marruecos. Poco después de su violento incidente con Miguel de Unamuno (Salamanca, 12 de octubre de 1936), Franco lo nombró jefe de la Oficina de Prensa y Propaganda.

78. Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 24 de diciembre de 1936, desde Bruselas. FNC ANC.

79. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 28 de diciembre de 1936, desde Abbazia. FNC ANC.

80. Seguramente fue Alfonso de Olano, jefe de la Oficina de Propaganda que la Junta Militar de Burgos tenía en Londres, quien mandó el artículo de Cambó al periódico. Véase la carta de F. Cambó a J. Estelrich del 17 de diciembre de 1936. FJE BC. Reproduje el artículo completo de Cambó en *L'últim Cambó*, *op. cit.*, pp. 287-294.

81. La carta de Gil-Robles salió publicada en *The Universe*, de Londres, en enero de 1937.

82. En las cartas de J. Estelrich a F. Cambó de los días 18 y 21 de enero de 1937 se habla del impacto de los artículos y de su difusión internacional. FJE BC.

83. «El turno tímido de Don Francisco», en *Unidad*, Salamanca, 12 de enero de 1937. Véase *L'últim Cambó*, *op. cit.*, p. 71.

84. *Ibid.*, pp. 72-73.

85. Véase el artículo reproducido al completo, en francés, en *L'últim Cambó*, *op. cit.*, pp. 313-314.

86. Este artículo fue reproducido por la revista *Verbo*, dentro de «Documentos de Nuestro Archivo», n.º 147, Madrid, agosto-septiembre de 1976, pp. 1041-1044. Véase también en *L'últim Cambó*, *op. cit.*, pp. 315-318.

87. Estas ideas las encontraremos una vez más, y ampliamente argumentadas, en el libro *Tradición y Revolución* que Cambó encargó escribir al historiador Ramon d'Abadal i Vinyals.

88. En la carta de F. Cambó a J. Estelrich del 17 de marzo de 1938, menciona «lo que ocurrió con aquel artículo mío que una vez ordenada la retirada apareció en *La Nación* de Buenos Aires». FJE BC.

89. F. Cambó, *Meditacions*, *op. cit.*, p. 315.

90. *L'últim Cambó*, *op. cit.*, p. 77.

91. F. Cambó, *Meditacions*, *op. cit.*, p. 276.

92. *Ibid.*, pp. 276-277.

93. *Ibid.*, pp. 276-277.

94. Carta de F. Cambó a C. E. Mascarenyes, 28 de octubre de 1936, publicada por Arnau González i Vilalta en «El Drama de l'historiador i la fi que no arriba mai: l'epistolari Joan Estelrich-Carles E. Mascarenyes (1936-1937), el dietari d'Estelrich i les cartes de Luigi Sturzo a Sugranyes de Franch (1937-1939)», en *Entremons: UPF Journal of World History*, 2014, n.º 6, pp. 1-19.

95. *Ibid.*

96. Los contactos llegaban vía Joan Estelrich. Véase *L'últim Cambó*, *op. cit.*, pp. 80-83.

97. Carta de F. Cambó a F. Valls i Taberner, 15 de septiembre de 1936, reproducida por J. A. Parpal y J. M. Lladó, *Ferran Valls i Taberner. Un polític per a la cultura catalana*, Ariel, Barcelona, 1970, p. 262.

98. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 17 de octubre de 1936. FJE BC.

99. Carta de J. Estelrich a F. Cambó, 18 de marzo de 1938. FJE BC. Pedro Sainz Rodríguez, antiguo colaborador de Estelrich y Cambó, había sido nombrado ministro de Instrucción Pública del primer gobierno formado por Franco en enero de 1938.

100. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 96.

101. *Ibid.*, p. 229.

102. *Ibid.*, p. 209.

103. *Ibid.*, p. 229. La reflexión es del 26 de noviembre de 1937.

104. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 31.

105. «Informe acerca de FET y de las JONS en Catalunya, de junio de 1937». Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares. Secretaría General del Movimiento. D. N. Provincias, Barcelona, caja 34, documento 52.

106. «Informe confidencial para la Secretaría General del Movimiento», del 22 de febrero de 1938. Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares. Secretaría General del Movimiento, D. N. Provincias, Barcelona, caja 34, documento 9.

107. *Ibid.*, p. 8.

108. Véase el apartado «La Falange contra els catalanistes», en *L'últim Cambó*, *op. cit.*, pp. 160-165.

109. *Ibid.*, p. 163.

110. *Ibid.*, p. 163.

111. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 17 de marzo de 1937. FNC ANC.

112. F. Valls i Taberner, «La falsa ruta», *La Vanguardia Española*, 15 de febrero de 1939, recogido en su libro *Reafirmación espiritual de España*, Editorial Juventud, Barcelona, 1939.

113. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 28 de diciembre de 1936. FNC-BC.

114. *Ibid.*

115. 98 Archivo Particular Jefatura del SIDE, Pliego 17. Nota Cambó. Diciembre 1938. Archivo Ministerio de Asuntos Exteriores. Archivo de Barcelona, Inventarios del Ministerio de Estado 1936-1938.

116. *Ibid.*

117. Esta nota secreta fue reproducida por Josep Massot en «Joan Estelrich i la guerra civil», en *Estudis de Llengua i Literatura Catalanes. XIII Miscel·lània Jordi Carbonell*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1991, pp. 250-251.

118. Informe «riservatissimo» del embajador de Italia en París, enviado al Ministerio de Asuntos Exteriores en Roma, el 11 de diciembre de 1937. Debo el conocimiento de este documento a la gentileza de Hilari Raguer.

119. «Información Confidencial.» Rapporti Politici Spagna. Archivio Storico del Ministero d'Affari Esteri, sobre n.º 32, 1938, once páginas. Debo el conocimiento de este documento a la gentileza de Arnau González i Vilalta.

120. Del polémico tema de la argentinización de la CHADE motivada por la guerra civil hablamos detenidamente en la parte del presente libro dedicada a las actividades económicas de Francesc Cambó.

121. «Información Confidencial». Rapporti Politici Spagna. Archivio Storico del Ministero d'Affari Esteri, sobre n.º 32, 1938, pp. 9 y 10.

122. *Ibid.*, p. 11.

123. «Fons salvaguardat pel PNB. II República i Exili. Generalitat de Catalunya», 300.598.1/1. Copia en la ANC n.º 4, 7, 1.

124. *Ibid.*

125. Véase *L'últim Cambó*, *op. cit.*, pp. 95-156, 306-313 y 318-319.

126. Informe dirigido por la Oficina de París a la Delegación de Prensa y Propaganda de Salamanca, de junio de 1937. Véase *L'últim Cambó*, *op. cit.*, p. 101.

127. *Ibid.*, p. 107.

128. Carta de F. Cambó a Joaquim Reig, 15 de marzo de 1937. FNC ANC.

129. *Ibid.*

130. *Ibid.*, p. 111.

131. Carta de F. Cambó a Andreu Bausili, de Buenos Aires, 10 de septiembre de 1937. FJE BC.

132. Véase *L'últim Cambó*, *op. cit.*, pp. 111-116.

133. Trabajaron inicialmente en la labor el periodista Joan Costa i Deu, el escritor Joan B. Solervicens y el monje de Montserrat Antoni Ramon i Arrufat. *Ibid.*, pp. 116-125.

134. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 22 de febrero de 1937. FJE BC.

135. En su *Dietari* explica esta audiencia con detenimiento. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 118.

136. En una carta de Francesc Cambó a Jesús Pabón, que trabajaba en la Delegación de Prensa y Propaganda de Salamanca, del 2 de julio de 1937, le decía: «El libro sobre la persecución religiosa, con el admirable poema de Paul Claudel que le sirve de prefacio, tiene un enorme éxito». La carta está reproducida en *Verbo*, n.º 147, agosto-septiembre de 1976, pp. 1045-1046.

137. Véase *L'últim Cambó*, *op. cit.*, pp. 119-122.

138. La obra, que ha sido atribuida a tres diputados de la Lliga — Joaquim Reig, Joan Estelrich y Vicenç Solé de Sojo— parece que finamente fue redactada prácticamente solo por Reig que, a pesar de ser valenciano, había sido elegido diputado dentro de las listas del Front Català d'Ordre el 1936.

139. Carta de J. Estelrich a F. Cambó, 13 de mayo de 1937. FJE BC.

140. Véase la relación completa en *L'últim Cambó*, *op. cit.*, p. 130.

141. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 236.

142. Los primeros en trabajar en esta oficina fueron Joan Costa i Deu, Joan B. Solervicens y Manuel Brunet. Más tarde se incorporó Josep Pla.

143. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 23 de noviembre de 1936. FJE BC.

144. El SIFNE era el Servicio de Información del Nord-Este, dirigido por el político liguero Josep Bertran i Musitu.

145. La historia de este libro puede seguirse de forma muy documentada en la obra de Francesc Vilanova, *Ramon d'Abadal: entre la història i la política*, Pagès Editors, Lérida, 1996.

146. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 213.

147. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 17 de marzo de 1938. FJE BC.

148. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 256.

149. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 27 de abril de 1938. FNC ANC.

150. *Ibid.* Como se cuenta en otro capítulo, Cambó era miembro del consejo de administración de tres compañías eléctricas francesas que formaban parte del holding de la SOFINA.

151. «Así pues, hay que hacer todo lo posible para que esta majadería (que supongo debida a una infamia de Carner) no llegue a provocar una nota en la Prensa.» *Ibid.*

152. «98, Archivo Particular Jefatura del SIDE, Pliego 17. Nota Cambó. Diciembre 1938. Archivo Ministerio de Asuntos Exteriores. Archivo de Barcelona, Inventarios del Ministerio de Estado, 1936-1938.»

153. Aunós fue embajador franquista en Bélgica después de la guerra civil y entonces Gaziel colaboró con él. Es posible que este le facilitara uno de los ejemplares del libro de Abadal, que Gaziel había traducido al castellano.

154. Carta de J. Estelrich a F. Cambó, 12 de marzo de 1941. FJE BC.

155. Ramon d'Abadal, «Nota preliminar», *Tradición y Revolución*, Société Générale d'Imprimerie et d'Édition, París, 1938, p. VI.

156. *Ibid.*, p. 424.

157. *Ibid.*, p. 422.

158. Véase *L'últim Cambó*, *op. cit.*, p. 145.

159. *Ibid.*, p. 156.

160. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 17 de noviembre de 1936. FJE BC.

161. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 20 de noviembre de 1936. FJE BC.

162. Sobre este tema, véase el libro de Arnau González i Vilalta, *Humanitarisme, consolats i negocis bruts. Evacuacions a Barcelona (1936-1938)*, Editorial Base, Barcelona, 2020.

163. Jean Trémoulet había ayudado a salir de Cataluña a Joan Ventosa y su familia y también al político de la Lliga Fèlix Escalas. Arnau González i Vilalta, *Humanitarisme, consolats i negocis bruts. Evacuacions a Barcelona (1936-1938)*, *op. cit.*, pp. 102-103 y 132.

164. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 23 de noviembre de 1936. FJE BC.

165. «Hago gestiones para sacar de Barcelona, además de a los míos que todavía están allí, a Solé de Sojo, Pellicena, Roda y Vendrell. Y tengo esperanzas de conseguirlo.» Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 26 de diciembre de 1936. FNC-BC.

166. Véase también Marcel·lí Moreta, *Memòries d'un catalanista. 50 anys de vida política a Catalunya (1932-1982)*, Pagès, Lérida, 2001, pp. 118-120.

167. Carta de N. de Carreras a F. Cambó, 28 de enero de 1937.

168. Joaquim M. de Nadal, *Memòries. Vuitanta anys de sinceritats i silencis*, Aedos, Barcelona, pp. 444-450.

169. Carta de F. Cambó a A. Hazard, 22 de marzo de 1937. FNC ANC. 10.000 francos franceses de 1937 equivalían a unas 7.700 pesetas de entonces.

170. Carta de A. Hazard a F. Cambó, 23 de marzo de 1937. FNC ANC. Se refiere a Joaquim Pellicena Camacho, director de *La Veu de Catalunya*, y a Narcís de Carreras, por entonces colaborador de Cambó. En cuanto al resto, Llopart quizás sea Amadeu o Albert. No he conseguido identificar al tal Llach, ni aun consultando el documentado libro de Rubèn Doll-Petit, *Els «catalans de Gènova»: història de l'èxode i l'adhesió d'una classe dirigent en temps de guerra*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2003.

171. Véase Arnau González i Vilalta, *Humanitarisme, consolats i negocis bruts. Evacuacions a Barcelona (1936-1938)*, *op. cit.*, p. 135.

172. Véase *Ibid.*, p. 133.

173. Véase, por ejemplo, Glòria Bulbena, *Barcelona. Trossos de vida i records d'ahir*, Pòrtic, Barcelona, 1972, p. 184.

174. En una carta a Estelrich, Cambó decía: «Ya sé que los de la FAI y colaboradores son unos cafres, que no dejan salir a nadie si no es por una buena suma». Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 21 de noviembre de 1936. FJE BC.

175. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 11 de enero de 1937. FNC ANC.

176. En la correspondencia de Cambó y Ventosa solo consta el apellido Tusell, sin nombre de pila. Podría ser el militante de la Lliga Catalana Xavier Tusell.

177. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 4 de febrero de 1937. FNC ANC.

178. Octavi Saltor, *Companys de servei. Aportacions i testimonis*, Pòrtic, Barcelona, 1984, p. 99.

179. Véase *L'últim Cambó*, *op. cit.*, pp. 174-180.

180. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 18 de diciembre de 1937. FNC ANC.

181. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 23 de noviembre de 1936. FJE BC.

182. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 17 de diciembre de 1936. FJE BC.

183. Carta de J. Estelrich a F. Cambó, 21 de diciembre de 1936. FJE BC.

184. *Ibid.*

185. Para más detalles sobre esta cuestión, véase Arnau González i Vilalta, *Humanitarisme, consolats i negocis bruts. Evacuacions a Barcelona (1936-1938)*, *op. cit.*, pp. 139-146.

186. Carta de J. Estelrich a F. Cambó, 11 de febrero de 1937. FJE BC.

187. Véase *L'últim Cambó*, *op. cit.*, pp. 176-178.

188. *Ibid.*, p. 177.

189. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 23 de diciembre de 1936. FJE BC.

190. Carta de J. Estelrich a F. Cambó, 14 de enero de 1937. FJE BC.

191. *L'últim Cambó*, *op. cit.*, p. 185.

192. Joan March fue el particular que más apoyo económico dio a los militares sublevados durante la guerra. Se calcula que concedió créditos por un valor superior a 2.300.000 libras esterlinas —unos 92.000.000 de pesetas— y una «ayuda desinteresada» —donación— de más de 500.000 libras esterlinas —20.000.000 de pesetas—. Véase Rafael Alcalde Ceravalls, «Suanzes y March: en busca de Barcelona Traction Light & Power (1945-1947)», en *Ayer*, n.º 60, Marcial Pons Editores, Madrid, 2005, p. 263.

193. Carta de F. Cambó a J. Ventosa desde Montreux, 12 de enero de 1938. FNC ANC. Cambó adquirió varios avales de 5.000 pesetas cada uno.

194. Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 13 de enero de 1937, FNC ANC. «Tú y yo debemos pagarle 5.000 pesetas a Garí para contribuir a los gastos de las centurias catalanas.»

195. «Embajada de España en Italia. Asunto: declaración de divisas y valores extranjeros del Señor Cambó. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, Fondo R, caja 1941. Documento 5.» Reproducimos el documento completo en *L'últim Cambó*, *op. cit.*, pp. 297-299.

196. *Ibid.*

197. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 20 de mayo de 1937, desde Rapallo (Italia). FNC ANC.

198. Tres de sus hijos, Marià, Ignasi y Joan Ventosa i Despujol, luchaban como oficiales de complemento dentro del ejército franquista. El menor de ellos, Joan, adscrito a los requetés de Navarra, morirá el 22 de junio de 1937 en Getafe, en el frente de Madrid.

199. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 57.

200. *Ibid.*, p. 58.

201. *Ibid.*, p. 142.

202. Los de la Lliga no jugarán la carta monárquica hasta años después, al término de la segunda guerra mundial.

203. Francesc Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 228.

204. «Adjunta va una nota copia de la que envío a los generales Franco y Dávila y a Amado como Presidente de la Comisión de Hacienda respecto al problema de la plata», carta de J. Ventosa a F. Cambó, 24 de octubre de 1936. FNC ANC. Los consejos de Cambó sobre la utilización de la plata, «es urgente salvar las existencias que haya en España», y sobre no estampillar billetes, ya que provocaría la caída de la cotización de la peseta, aparecen en la carta a J. Ventosa del 26 de octubre de 1936. FNC ANC. Y el 29 de octubre, en una larga carta de Cambó a Ventosa, se explica qué hay que hacer con los nuevos billetes que ha hecho circular el gobierno republicano.

205. Ángel Viñas*, El oro español en la Guerra Civil*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1976, pp. 99-101.

206. Incluso Ventosa recibirá unos honorarios sustanciales por estas gestiones. Véase toda la cuestión en el Fondo R-1065-20 y 75, en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.

207. Pablo Martín Aceña, «El Banco de España durante la Guerra Civil», en *Economía y economistas españoles en la Guerra Civil*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 2008, vol. I, p. 731.

208. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 9 de julio de 1938, desde Mont Doré (Suiza). FNC ANC.

209. Carta de J. Ventosa a F. Cambó, 14 de julio de 1938, desde Bruselas. FNC ANC.

210. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 96.

211. *Ibid.*, p. 147.

212. *Ibid.*, p. 218.

213. *Ibid.*, p. 303.

214. *Ibid.*, p. 304.

215. *Ibid.*, p. 309.

216. *Ibid.*

217. *Ibid.*, p. 311.

218. *Ibid.*, p. 147.

219. *Ibid.*, p. 148.

220. *Ibid.*, p. 432.

221. *Ibid.*

222. *Ibid.*

223. «Amado lleva las finanzas públicas camino de la catástrofe. El generalísimo quería confiar su dirección a Ventosa; la Falange opuso el veto... y el generalísimo capituló», F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 323.

224. *Ibid.*, p. 603.

225. *Ibid.*, p. 419.

1. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 522.

2. *Ibid.*, p. 480.

3. Los generales Emilio Barrera y Joaquín Milans del Bosch habían sido el capitán general de Cataluña y el gobernador civil de Barcelona durante la dictadura de Primo de Rivera.

4. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, pp. 510 y 830.

5. «Cada dos o tres meses iba a ver a Cambó a Montreux ... y también nos vimos una vez en París ... Era su representante en Cataluña, me dio poderes generales, sobre todo al irse él a Argentina.» Declaraciones de Narcís de Carreras a Jaume Fabre y Josep M. Huertas, «Narcís de Carreras: la Lliga que no va poder ser», en *L'Avenç*, n.º 31, Barcelona, octubre de 1980, pp. 618-625.

6. Véase Francesc Vilanova, «Les responsabilitats polítiques dels regionalistes catalans (1939-1942)», en *Recerques*, n.º 31, Barcelona, 1995, pp. 19-36.

7. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 480.

8. *Ibid.*, p. 669.

9. *Ibid.*, p. 586.

10. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, Fondo R-1787-31, tres hojas. Documento «Entrevista con Ángel Morera», 24 de febrero de 1939.

11. *Ibid.* Documento «Roca y Morera», 8 de marzo de 1939.

12. Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, R-1787-31, Documento «Actividades de los rojos en Francia». Carta de José F. de Lequerica, embajador de España, al Excmo. Sr. Ministro de Asuntos Exteriores, París, 17 de junio de 1939.

13. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 562

14. Este panfleto, redactado por un tal Juan Ollé Corbeto, lo reproduce M. J. Peláez en «Introduction», en *Essays in the History of Political Thought. Studies in Honor of Ferran Valls i Taberner*, PPU, Barcelona, 1988, pp. 2205-2209.

15. El informe de Areilza, que es del 9 de octubre de 1939, se reproduce completo en Joan M. Thomas, *Falange, Guerra Civil, Franquisme. FET y JONS de Barcelona en els primers anys del règim franquista*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1992, pp. 421-422.

16. «Informe de 18 de septiembre de 1940», Secretaría General del Movimiento. Fondo DNP, caja 31, 16. Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares.

17. «Información relacionada con nuestro escrito n.º 18-14 del año pasado. Maniobras políticas». Archivo de la Presidencia del Gobierno, Madrid, Fondo Junta Técnica del Estado, Legajo 22, n.º 7.

18. Este opúsculo, publicado seguramente en 1942 o 1943, tiene 29 páginas y, tanto por la tipografía como por el hecho de haberse editado anónima pero legalmente, procede sin duda de sectores falangistas catalanes.

19. *Ibid.*, p. 23.

20. «Ficha: Cambo y Batlle, Francisco de Asís, Expediente 33, Legajo n.º 1.428.» Archivo de la Guerra Civil, Salamanca.

21. *Ibid*. «Carta del Delegado del Estado para la Recuperación de Documentos de Salamanca, al Subsecretario del Ministerio de Gobernación», 5 de mayo de 1944.

22. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 511

23. *Ibid.*, p. 696.

24. *Ibid.*, pp. 1192-1193.

25. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 19 de abril de 1939. FJE BC.

26. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 949.

27. Carta de F. Cambó a J. Ventosa desde Montreux, 9 de septiembre de 1939. FNC ANC.

28. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 21 de mayo de 1940. FNC ANC.

29. Ramón Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda. La Historia como fue. Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 91.

30. *Ibid.*

31. Jaume Fabre y Josep M. Huertas Clavería, «Narcís de Carreras: la Lliga que no va poder ser», en *L'Avenç*, *op. cit.*, pp. 618-625.

32. Carles Sentís, «Lo humano en Cambó», en *ABC*, 3 de mayo de 1947. Carles Sentís vivía entonces en Madrid porque era el secretario político del ministro falangista Miguel Sánchez Mazas.

33. Jaume Fabre y Josep M. Huertas Clavería, «Narcís de Carreras: la Lliga que no va poder ser», en *L'Avenç*, *op. cit.*, p. 621.

34. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, pp. 805-806.

35. Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 5 de julio de 1940. FIC.

36. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, pp. 787-789.

37. Se trataba de su futura esposa, Mercè Mallol; de su hija Helena; de su primo Jesús Cambó, que era su secretario personal y administrador; de su ayudante de cámara, Enrique Peña; del chófer Plácido Obaldía, y de su secretaria Maria Reixach.

38. En el barco viajaban también los duques de Windsor, que iban a las Bahamas, de las que él había sido nombrado gobernador general.

39. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, sin fecha pero escrita con papel del Estoril Palacio Hotel. FIC. Le decía, entre otras cosas: «Imagínese cuánto desearé verle».

40. Carta de J. Pijoan a F. Cambó, sin fecha. FIC. Incluye un mapa de la ruta por Estados Unidos, con comentarios y con la indicación de los días que debía estar en cada sitio.

41. Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 13 de enero de 1941. FIC.

42. *Ibidem.*

43. *Ibidem.*

44. Era un piso muy grande que dividió entre unas habitaciones más particulares y la parte de los despachos de su secretaria.

45. Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 3 de enero de 1945, desde Punta del Este. FIC.

46. «Yo sigo en Argentina envejeciendo, trabajando un poco, leyendo y meditando mucho y escribiendo bastante. Sigo el precepto de Horacio; nulle die sine linea.» Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 18 de agosto 1943, desde Alta Gracia. FIC.

47. «Cuando regrese a España sentiré la absoluta necesidad de tener un huerto y un jardín y entonces veremos quién de nosotros dos produce mejores rosas y conserva mejor las uvas. Ahora mi jardín es una maravilla y tengo tantas flores que no solo hay para mí sino para las casas de mis amigos.» Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 13 de noviembre de 1944. FIC.

48. En la carta de F. Cambó al duque de Alba del 15 de marzo de 1944, Archivo Casa de Alba, se dice que ha instalado en Mon Repòs «los *panneaux* de Sert —que se encontraron en casa de un anticuario que los había comprado a los rojos que ocuparon mi casa— y mis paisajes de Anglada —siete, de buen tamaño y gran calidad».

49. Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 26 de junio de 1944. FIC.

50. Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 13 de noviembre de 1944. FIC.

51. Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 26 de junio de 1944. FIC.

52. Carta de J. Llores y J. Escolà, del Consell de la Comunitat Catalana de la República Argentina, a C. Pi i Sunyer, presidente del Consell Nacional de Cataluña, del 14 de junio de 1942. AFCPS.

53. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 3 de enero de 1945. FDV ANC.

54. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, pp. 934-935.

55. Telegrama de F. Cambó a J. Ventosa, 21 de octubre de 1943. Véase Rafael Alcalde Ceravalls, *El caso Barcelona Traction*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 2004, p. 226, nota 54.

56. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 1574.

57. Rodolfo Puiggrós, *El Peronismo. Las causas*, Ed. Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1969, p. 45.

58. *Ibid.*, pp. 45-47.

59. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 1700.

60. Félix Luna, *El 45*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1975, pp. 112 y 453.

61. *Ibid.*, p. 253.

62. Entrevista con Josep M. Casabó Suqué, Barcelona, junio de 2003. Por entonces, cincuenta mil dólares equivalían a unas quinientas mil pesetas, que hoy serían unos cuatro millones de euros.

63. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 23 de septiembre de 1946. FNC ANC. El catalán Josep Miquel Figuerola, que había trabajado en el Ministerio de Trabajo junto con Aunós durante la dictadura de Primo de Rivera y en la CHADE en Buenos Aires, ahora era ministro y secretario de la presidencia y director del Plan Quinquenal en el gobierno Perón.

64. «El Señor José Figuerola debe aclarar sus vinculaciones con la CADE», en *La Liberación*, n.º 10, Buenos Aires, septiembre de 1946.

65. Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 26 de junio de 1944. FIC.

66. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 12 de noviembre de 1946. FNC ANC.

67. Notas manuscritas de F. Cambó, sin fecha pero con toda seguridad de finales de 1946. FNC ANC.

68. Carta de F. Cambó a N. de Carreras, 16 de noviembre de 1946. FNC ANC.

69. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 12 de noviembre de 1946. FNC ANC.

70. Véase *Cambó en Argentina. Negocios y corrupción política*, *Edhasa, Barcelona, 2016,* pp. 347-348.

71. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 25 de febrero de 1947. FNC ANC.

72. A veces se enviaban una carta cada semana o cada quince días, pero también podían pasar dos o tres meses sin escribirse ninguna misiva.

73. «Yo recordaré siempre que cuando usted capitaneaba la oposición a mi presidencia al Centre Escolar, no por eso dejamos de ser muy buenos amigos.» Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 23 agosto de 1943. FIC.

74. Pijoan bromeaba sobre «la leyenda del violento y maldiciente Pijoan», y le decía a Cambó: «Yo ataco y acuso —como mi maestro Mossèn Cinto-— a los que ponen mesas para vender en el templo, a los que venden falsas religiones, falsa ciencia y falsa moral. Pero soy justo con los buenos. Yo les decía a los Calvet, Soldevila y Estelrich ... ¿pero cómo no comprendéis que el mejor amigo de Maragall y Giner no era un perro rabioso?». Carta de J. Pijoan a F. Cambó, sin fecha pero seguramente del año 1944, pues está escrita desde Cambridge, cerca de Boston.

75. «¿Recuerdo las horas deliciosas que pasamos conversando bajo aquellos claustros y comiendo cerca de aquella fuente monumental, que describía Finestres diciendo que cuando brotaba toda el agua “parecía un mar abreviado”? Sobre los cuatro que allí estábamos reunidos y sobre nuestras charlas se podría haber escrito un libro muy interesante ... Los cuatro éramos buenas personas y los cuatro trabajábamos con entusiasmo y con total desinterés por nuestra tierra y por su elevación espiritual.» Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 23 agosto de 1943. FIC. Cambó también recuerda este episodio en *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 595.

76. Entonces mantuvieron, como escribe Cambó, «seis horas de conversación» yendo en tren de París a Bruselas y regresando también juntos. *Ibid.*, p. 594.

77. *Ibid.*, pp. 594-595.

78. Cambó, al final de sus cartas, también se acuerda de dar cordiales saludos para la mujer de Pijoan: «A Teresa, un cariñoso recuerdo: ¡la última vez que la vi fue en la carpa de Argentona, durante la Fiesta Mayor de 1907!». Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 9 de abril de 1945. FIC. Teresa Mestre, considerada por Ors el prototipo de «la bien plantada», protagonizó una espectacular «huida» con Pijoan en 1907.

79. Como ya hemos dicho, Cambó vivió en Estados Unidos hasta abril de 1941, cuando se marchó a Argentina. En cambio Pijoan cambiaba a menudo de domicilio: vivió en Cambridge, cerca de Boston; en Wilkinsburg, en Pensilvania; unos meses en la Shoshoe Indian Reservation, en Arizona, donde su hijo Michel ejercía de médico; casi dos años, entre 1941 y 1942, en Ciudad de México; de nuevo en Estados Unidos, y desde finales de 1945, en Suiza, en el chalé La Tour, cerca de Ginebra.

80. «Somos demasiado mayores para hacer nuevos amigos, y como de los viejos, los verdaderos, unos han muerto y otros están lejos, nos quedan muy pocos, y con esos pocos uno siente —siento yo, al menos— un gran deseo de mantener una comunicación estrecha.» Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 5 de noviembre de 1941. FIC.

81. *Ibid.*

82. «Bajo la apariencia que quiere usted mostrar de “enfant terrible”, es el más bueno de los hombres y el más leal de los amigos; yo quisiera que los pocos que me quedan se pareciesen a usted.» Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 23 agosto de 1943. FIC.

83. «Es de lo más curioso que dos personas tan diferentes, como usted y yo, que en la vida hemos tomado direcciones tan distintas, seamos tan buenos amigos. Se debe, por una parte, a que no somos unos necios; y, por otra parte, a que ambos somos buenas personas.» *Ibid.*

84. Cambó les advertiría de «que usted tenía la costumbre, cuando iba a algún país o a alguna casa, de decir un montón de procacidades contra los que lo recibían, pues así expresaba su espíritu de independencia; de modo que debieran prepararse para oírle decir muchas cosas desagradables de Argentina y los argentinos». Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 23 de julio de 1943. FIC.

85. «No tiene que defenderse de sus particularidades, que yo no considero defectos y que son las que le dan la acusadísima personalidad que tiene. Un mundo en el que todos fuesen sinceros y dijesen en voz alta lo que piensan sería inhabitable; pero que haya en el mundo algunos hombres sinceros como usted, creo que hacen mucho bien.» Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 23 agosto 1943, FIC.

86. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 9 de abril de 1945. FIC.

87. «Yo no hice caso —por exceso de sentimentalismo catalanista— del sensato consejo de Prat en el momento en el que vio que yo me imponía en el Parlament: “Usted, Cambó, tiene que irse a vivir a Madrid, que solo desde Madrid se gobierna España. No debe hacer caso a los que le criticarán al pronto: serán los primeros en seguirle cuando le vean triunfar en Madrid; viviendo en Cataluña, los catalanes lo devorarán”. Y durante años estuvo con la misma cantinela: usted recordará cuán tenaz era sosteniendo sus convicciones.» Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 9 de abril de 1945. FIC.

88. «Yo habría creado una democracia poco parlamentaria; yo habría reunido en torno a mí a las primeras capacidades de España en todos los órdenes y habría sacado el máximo de todos ellos porque como yo no era especialista en nada, habría sido respetado por todos los especialistas pues yo habría sabido colocar a cada uno en el lugar que le correspondiera.» *Ibid.*

89. «Di una muestra de lo que yo podía hacer las dos veces que fui ministro ... ¡que si yo hubiese seguido oportunamente el consejo de Prat no habría habido dictadura de Primo, ni guerra civil!» *Ibid.*

90. *Ibid.*

91. *Ibid.*

92. «Usted ha donado mucho dinero, pero pocas personas se han hecho cargo de ello y lo agradecen (como Calvet, uno de ellos, por supuesto).» Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 14 de diciembre de 1943. FIC.

93. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 23 de agosto de 1943. FIC.

94. *Ibid.*

95. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 25 de noviembre de 1943. FIC.

96. «Creación, en el país que ofrezca más garantías de respetar las cláusulas de la Fundación, de una Institución cultural debidamente dotada. Para fijar las finalidades culturales de esta Institución se tendrán en cuenta las instrucciones que yo deje en manos de mis albaceas y, a falta de las mismas, quedarán a su libre albedrío. Se establecerá una radical separación entre los que lleven la dirección intelectual de la Fundación y los que administren el capital de cuyos fondos deberá vivir la Fundación. Los dirigentes de la Fundación deberán presentar cada año un presupuesto de gastos que los administradores del capital pondrán de acuerdo con los fondos y cuya aplicación controlarán. Para unos y otros se ha de resolver el problema de su renovación. Si por el motivo que fuese mi hija Helena Cambó quedase arruinada, la Fundación le otorgaría un puesto suficientemente retribuido para que pudiese vivir decorosamente. Eso es lo que digo hoy ante la incertidumbre de los tiempos.» *Ibid.*

97. *Ibid.*

98. «Lo primero que quiero recomendarle es que no se lo deje a los albaceas. Quien no tenga cabeza, ni tiempo, puede dejar que sus herederos se tomen la molestia de disponer de las tierras y cosas, pero las personas serenas y experimentadas como usted deben encarrilarlo ellas mismas.» Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 14 de diciembre de 1943. FIC.

99. «No quiero proponerlos, pero no veo cerca de usted a nadie que tenga más calidad que vos, disponiendo de sus intereses sobre todo en un aspecto cultural. El mejor sería Vehils.» *Ibid*.

100. *Ibid.*

101. «Pues en una palabra, yo creo que debería empezar la Fundación ahora mismo y convertirla no en el juguete, sino en la más seria ocupación de su última etapa de actividad provechosa. Lo de separar la administración de los bienes del uso del crédito ya se lo recomendé en cartas anteriores. También le dije que los dos consejos independientes deberían ser perpetuos y reelegibles los sucesores.» *Ibid.*

102. «Al empezar, usted debería de ser presidente de los dos consejos y cuando Helena tuviese 18 años asociada, quizás dimitiendo usted y quedando detrás de ella como apuntador ... personas de tipo cultural medio, como Estelrich, que en la selección de los textos Bernat Metge no estuvo acertado ... Veamos, Calvet sería uno de los que yo pondría en el Consejo de técnicos.» *Ibid.*

103. *Ibid.*

104. *Ibid.*

105. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 4 de abril de 1944. FIC.

106. Cambó le ocultó a Pijoan que por entonces Rafael Vehils estaba siendo investigado, como director de la CHADE de Buenos Aires, por un delito de corrupción; sería interrogado y detenido y finalmente huiría de Argentina.

107. «Estelrich nunca le ha caído bien, tiene muchos defectos», reconocía Cambó, pero «tiene cultura, tiene entusiasmo, es buena persona y es dinámico». «Vale mucho, también, Jordi Rubió, a pesar de todos sus doctrinarismos y sus terquedades.» Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 4 de abril de 1944. FIC.

108. *Ibid.*

109. «Detesto el nacionalismo fracasado totalmente después del experimento 1918-1938. En cuanto a los pequeños llenos de vanidades y prejuicios históricos han agarrotado a los más pequeños que tienen dentro y no han ayudado a ninguna renovación intelectual, y detesto más aún el parlamentarismo que se ha convertido en el siglo XX en la dictadura de 500 indocumentados —pico de oro— que no tienen otro derecho que los que da la ambición.» Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 7 de octubre de 1940. FIC.

110. «Ya sé que los Nicolaus y Marias Antonias me tratarán de traidor, pero estoy seguro de que si fuese a España, después de pasar 3 meses en la cárcel, desde donde escribiría según mi sentir lo que le he dicho, cabría perfectamente en el cuadriculado Franco. Y podría actuar como mediador y sacar a gente de la cárcel.» *Ibid.*

111. Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 22 de noviembre de 1940. FIC.

112. Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 28 de octubre 1940. FIC.

113. «Me duele que hayan fusilado a Companys, porque no podremos reprochar sus disparates y los del pueblo que lo reeligió después del balconazo: independencia del Estado Catalán. Federació de Repúbliques Ibèriques: Tableau! 18 muertos y reelección al cabo de 2 años de presidio.» *Ibid.*

114. *Ibid.*

115. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 29 de octubre de 1940. FIC.

116. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 23 de agosto de 1943. FIC.

117. Recordaba «los días de Solidaritat, de la que nunca participé porque nos dejó sin partido republicano catalán, convirtiéndolo en lerrouxismo». Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 22 de noviembre de 1940. FIC.

118. «Tantas horas de dolor y esperanzas malgastadas por el balconazo de Companys.» *Ibid.*

119. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 19 de mayo de 1945. FIC.

120. «Si volviesen a mandar, harían lo mismo que la otra vez. Incluso asistir con la misma impasibilidad a los asesinatos de sacerdotes y burgueses, y a la quema de iglesias y conventos.» Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 23 julio de 1943. FIC.

121. Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 6 de septiembre de 1941. FIC. «Los refugiados aquí están a matar, y además envilecidos.» Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 24 de octubre de 1941. FIC.

122. «Llevo la representación de los cuáqueros y quizás podríamos sacar una barcada más de rojos de Francia.» Carta de J. Pijoan a F. Cambó, sin fecha, pero de mediados del año 1941. FIC. «Mañana tengo que ver a Prieto para sacar a gente de Francia, de acuerdo con los Cuáqueros les hemos ofrecido a Franco 2.000 cajas de leche concentrada para los hospitales y hospicios de Madrid. Sería un donativo mensual.» Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 6 de septiembre de 1941. «He tenido dos tardes largas con Prieto para ver si podemos ponernos de acuerdo para sacar a gente de Francia. Espinós me dijo que Franco dará todas las facilidades. Los Cuáqueros también.» Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 23 de septiembre de 1941, FIC.

123. *Ibid.*

124. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 9 de octubre de 1941. FIC.

125. «Yo soy hoy liberal como siempre y, porque lo soy, tengo una íntima repugnancia por la demagogia, que es siempre el prefacio de la dictadura. La democracia no puede vivir más que en la paz y presidiendo la evolución. La guerra exterior y las convulsiones interiores acaban con la democracia y con todo régimen liberal.» Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 27 de febrero de 1943. FIC.

126. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 9 de abril de 1945, FIC.

127. *Ibid.*

128. «Pompeu Fabra con esposa y 3 hijas, más el yerno —el hijo de Carles Rahola de Girona— se están muriendo de hambre. Pero no de hambre espiritual o moral, hambre de bostezos y estómago vacío. Yo les envío por los cuáqueros 30 dólares mensuales, pero eso no alimenta a 6 personas. Yo tengo por Fabra menos motivos de estarle agradecido que a ninguna otra persona, pero...» Carta de J. Pijoan a F. Cambó, sin fecha, pero seguramente de mediados de 1941. Pompeu Fabra estaba casado con Dolors Mestre, hermana de Teresa Mestre, la esposa de Pijoan.

129. Josep Pijoan, «En Cambó», en *Quaderns de l'Exili*, III, n.º 16, noviembre-diciembre de 1945, pp. XI-XII, y «El catalanisme embrionari», en *Quaderns de l'Exili*, IV, n.º 22, agosto de 1946, pp. II-IV.

130. Josep Pijoan, «En Cambó», en *Quaderns de l'Exili*, *op. cit.*, p. II.

131. Carta de J. Pijoan a Lluís Ferran de Pol, del 29 de marzo de 1945, reproducida en Pol Pijoan y Pere Maragall, *Josep Pijoan. La vida errant d'un català universal*, Galerada, Barcelona, 2014, p. 180.

132. Carta de J. Pijoan a Lluís Ferran de Pol, de enero de 1945, reproducida *ibid.*, p. 180.

133. Carta de F. Cambó a J. Puig y Cadafalch, 5 de abril de 1942. FIC.

134. Carta de F. Cambó al duque de Alba, 2 de mayo de 1942. Archivo Casa de Alba.

135. Jaume Fabre y Josep M. Huertas Clavería, «Narcís de Carreras: la Lliga que no va poder ser», en *L'Avenç*, n.º 31, Barcelona, 1980, pp. 618-625.

136. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 26 de febrero de 1943. FDV ANC.

137. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 1284.

138. *Ibid.*, pp. 1338 y 1386.

139. El texto de 1943 fue firmado por Joan Ventosa, Joan Estelrich y Narcís de Carreras, y el manifiesto de 1946 por Joan Ventosa, Lluís Duran, Pere Rahola, Lluís Puig de la Bellacasa y Narcís de Carreras, entre otros.

140. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 1305.

141. *Ibid.*, pp. 1395-1396.

142. Véase el capítulo «El projecte de Partit Nacional Espanyol de setembre de 1943», en *L'últim Cambó, op. cit.*, pp. 230-232.

143. Ramón Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda. La Historia como fue. Memorias*, *op. cit.*, p. 402.

144. Carta de F. Cambó a R. Garriga, 2 de diciembre de 1946. Debo el conocimiento de esta carta a Jacint Ros i Hombravella.

145. Carta de Ll. Duran a F. Cambó, 21 de agosto de 1944. FDV ANC.

146. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 21 de agosto de 1944. FDV ANC.

147. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 3 de enero 1945. FDV ANC.

148. *Ibid.*

149. Carta de F. Cambó a Lluís Duran, 21 de junio de 1945. FDV ANC.

150. Carta de J. Cornudella a C. Pi i Sunyer, noviembre de 1943. ACPS-FCPS.

151. Ramon de les Borges Blanques, *La solució Cambó*, prólogo de Mili, Barcelona, 1946, p. 63.

152. *Ibid.*, pp. 51-52.

153. Carta de «Robert» a C. Pi i Sunyer, 15 de julio de 1945. ACPS.

154. Carta de P. Puig a C. Pi i Sunyer, 15 de diciembre de 1944. ACPS.

155. Véase Francesc Vilanova, «Les forces polítiques catalanes l'any 1945: una visió des de l'exili», en *L'Avenç*, n.º 183, julio-agosto de 1994, pp. 32-33.

156. Carta de Ll. Duran a F. Cambó, 21 de mayo de 1946. FDV ANC.

157. *Ibid.*

158. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, de 21 de diciembre de 1946. FDV ANC.

159. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, pp. 1654-1647.

160. Sentís explica en sus memorias que le enviaba regularmente a Cambó informes políticos, y hasta publica algunas respuestas suyas. Carles Sentís, *Memòries d'un espectador*, *op. cit.*, pp. 324-335.

161. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 26 de septiembre de 1946. FDV ANC.

162. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 22 de febrero de 1947. FDV ANC.

163. Carta de F. Cambó a Ll. Duran desde Punta del Este, 3 de enero de 1945. FDV ANC.

164. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 1580.

165. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 21 de diciembre de 1946. FDV ANC.

166. Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 18 de enero de 1947. FIC.

167. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 22 de febrero de 1947. FDV ANC.

168. Se refiere a los hombres de la Federació de Joves Cristians de Catalunya, bastante influente en los años 30 y que no se había podido reconstruir en la posguerra.

169. *Ibid.*

170. *Ibid.* Se refería a la Derecha Regional Valenciana que formaba parte de la CEDA.

171. Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 19 de marzo de 1946. FIC.

172. «Entre los emigrados catalanes, y muchos no catalanes, nuestro arbitraje sería aceptado con mucho gusto.» Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 21 de diciembre de 1946. FDV ANC.

173. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 16 de enero de 1947. FDV ANC.

174. *Ibid.*

175. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 3 de enero 1945. FDV ANC.

176. Carta de F. Cambó a J. Puig y Cadafalch, 19 marzo de 1946. FIC.

177. Carta de F. Cambó a J. Puig y Cadafalch, 8 de septiembre de 1945. FIC.

178. Carta de F. Cambó a J. Puig y Cadafalch, 7 de febrero de 1945. FIC.

179. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 21 de diciembre de 1946. FDV ANC.

180. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 16 de enero de 1947. ADC-ANC.

181. Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 18 de enero de 1947. FIC.

182. Reproduje la carta completa en *L'últim Cambó*, *op. cit.*, apéndice 30, pp. 341-346.

183. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 22 de febrero de 1947. FDV ANC.

184. *Ibid.*

185. Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 30 de mayo de 1944. FIC.

186. *Ibid.*

187. Carta de J. Puig a F. Cambó, 25 de junio de 1944. FIC.

188. Carta de J. Puig a F. Cambó, 5 de agosto de 1944. FIC.

189. En una carta de J. Puig a F. Cambó del 25 de junio de 1944, FIC, decía: «De todos los gobernantes, es, con todo, Mateu [Miquel Mateu era el alcalde de Barcelona] el que conserva un espíritu más de Barcelona. Ahora ha comprado el Palau de la Virreina y trata de restaurar toda la plaza porticada donde está el mercado. Sería una magnífica entrada que llevaría al Hospital, hogar de la Biblioteca de Cataluña, a la que ahora llaman Central, es allí donde estuvo el Institut. La Rambla dels Estudis llevaría a lugares que legitimarían su nombre».

190. «En el año 38, en plena Guerra Civil, adopté a una niña a la que ya conocía. Entonces tenía 8 años; ahora tiene 14.» Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 7 de noviembre de 1943. FIC.

191. Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 27 de abril de 1942. FIC. La carta está en castellano porque Pijoan está en México y se la dicta a una secretaria.

192. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 11 de mayo de 1942. FIC.

193. Jaume Fabre y Josep M. Huertas Clavería, «Narcís de Carreras: la Lliga que no va poder ser», en *L'Avenç*, n.º 31, Barcelona, 1980, p. 620.

194. El primero debía de ser Joan Ventosa y luego se lo comunicó a Lluís Duran, como aparece en su carta del 29 de marzo.

195. «La noticia bomba: me he casado hace días con Na Mercè Mallol y ha quedado así legitimada mi hija Helena, de 16 años, avispada, buena y religiosa.» Carta de F. Cambó a B. Ubach, 30 de marzo de 1946. Véase Jordi Vidal (ed.), *Lletres bíbliques. La correspondència entre Francesc Cambó i Bonaventura Ubach (1925-1947)*, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2021, p. 107.

196. «Ventosa te habrá informado de que ya hace muchos días que he hecho ingreso en el gremio de los casados. De todos los de la cuadrilla he sido yo quien ha mantenido por más tiempo la bandera de la soltería. Finalmente he caído, como caíste tú ... y como seguramente habrían caído, de haber estado vivos, tu hermano y Pomès.» Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 29 de marzo de 1946. FDV ANC.

197. «Deseo que vuelva y espero que su esposa y su hija, viviendo en casa, en permanente conversación, lo vuelvan más comprensivo de las debilidades agenas [*sic*] y de los errores del prójimo.» Carta de J. Puig i Cadafalch a F. Cambó, 25 de marzo de 1946. FIC.

198. Había importantes donativos al Hospital de Sant Pau, a la Casa de Maternitat, a la Casa de Caritat y al Hospital de Sant Joan de Déu, todos ellos de Barcelona, así como a las iglesias parroquiales de Verges y Besalú, como se explica con más detenimiento en otra parte de este libro.

199. «La bala de Hostafrancs que me deshizo un pulmón y la extirpación de una cuerda bucal que se me hizo en 1930 han ido dejando notar, cada día con más intensidad, sus estragos. Hoy ni con micrófono podría dar un discurso o una conferencia.» Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 16 de febrero de 1947, desde Punta del Este. FIC.

200. Cambó lamenta «la pérdida de la colección inmensa y riquísima de mi correspondencia, que me quemaron los rojos —los muy imbéciles, pensad en el chantaje que habrían podido hacerme— y el archivo político que me han quemado los blancos ... en el año 1943». Carta de F. Cambó a J. Pijoan, de 22 de septiembre de 1945. FIC.

201. *Ibid.*

202. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 21 de enero de 1946. FIC.

203. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 3 de enero de 1945. FCV-ANV.

204. Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 18 de enero de 1947.

205. Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 21 de noviembre de 1941. FIC.

206. «Un viaje corto, para retomar el contacto, que me dijese si me sentiría a gusto ... o si podría resistir al menos una estancia definitiva.» Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 18 enero de 1947. FIC.

207. Carta de F. Cambó a R. Garriga, 24 de febrero de 1947. Debo el conocimiento de esta carta a Jacint Ros i Hombravella.

208. Informe de P. Puig a C. Pi i Sunyer, 5 de marzo de 1947. ACPS.

209. «Pienso pasar una buena semana en Madrid, no solo para darme un hartazgo de buena pintura en el Prado y de bellas e interesantes cosas en el Museo Nacional y en la Fundación Osma, sino para charlar largo y tendido con tantos buenos amigos que ahí tengo, entre los cuales figura usted en primera línea.» Carta de F. Cambó al duque de Alba, 20 de febrero de 1947. Archivo de la Casa Alba.

210. «Interesa su autorización para encargar a Narciso Carreras hable don Francesc otros amigos sobre fiestas Montserrat centralizando Clavell organización América», telegrama de J. Clavell a S. Millet, 23 de septiembre de 1946; y «Puede hacer encargo Narciso proponiendo Abad Oliva oficialmente», telegrama de S. Millet a J. Benet, Comisión Abad Oliba, 27 de septiembre de 1946. Debo el conocimiento de estos telegramas a la gentileza de Jordi Amat Fusté.

211. Sus restos fueron trasladados al cementerio de Montjuic de Barcelona el 2 de julio de 1977. En el panteón familiar de Montjuic se grabó una de sus frases más conocidas: «Pasará todo, y el hecho vivo de Cataluña persistirá».

212. *Diario de Barcelona*, lunes 1 de mayo de 1947, p. 11: «Últimas noticias del extranjero. Ayer falleció en Buenos Aires Don Francisco de A. Cambó y Batlle». *La Vanguardia Española*, 1 de mayo, p. 3: «En Buenos Aires ha fallecido esta madrugada don Francisco Cambó».

213. «Funerales en sufragio del alma de don Francisco Cambó», *La Vanguardia Española*, 7 de mayo de 1947, p. 7; «Funerales para Don Francisco de A. Cambó Batlle», *Diario de Barcelona*, 7 de mayo de 1947, p. 4.

214. Los periódicos mencionan a su primo Ramón Cambó, sacerdote, que fue uno de los que oficiaron el funeral; su tía, viuda de Cambó; sus primas Paulina Cambó y Maria Barceló, y sus ahijados, Jaime Escoda y Graciela Giorgi, hija del cónsul Giorgi.

215. Carta de E. Vigo a C. Pi i Sunyer, 12 de junio de 1947. ACPS.

216. J. Estelrich, «Vida y Espíritu. Cambó», *Diario de Barcelona*, 2 de mayo de 1947, p. 2.

217. Josep Pla, «Cambó coleccionista», Diario de Barcelona, 15 de mayo de 1947, p. 2.

218. Oriol de Montsant, «Cambó: un capítulo de historia contemporánea», *La Vanguardia Española*, 2 de mayo de 1947, p. 5.

219. «Ha fallecido Cambó», *Solidaridad Nacional*, 1 de mayo de 1947 (en la p. 1 publicaba la noticia de la defunción y en la última una breve biografía).

220. «Cambó», *Destino*, Barcelona, 3 de mayo de 1947, p. 1.

221. Santiago Nadal, «Hechos y Figuras», *Destino*, 10 de mayo de 1947.

222. Juan Estelrich, «Hombres e Ideas. Cambó», *Destino*, 5 de julio de 1947.

223. Tristán, «Don Francisco Cambó. Una apreciación», *Destino*, 19 de julio de 1947. Este mismo artículo se publicó en *Diario latino* de Buenos Aires el 4 de octubre de 1947 firmado por Joan Estelrich, bajo el título de «Francisco Cambó y su múltiple personalidad». Hasta ahora los especialistas decían que el pseudónimo Tristán lo usaba solamente Josep Pla en *Destino*, pero ahora parece que también lo utilizaba Estelrich o que se trata de un plagio.

224. «Cambó», M. Fernández Almagro, 2 de mayo de 1947; «Lo humano en Cambó», Carlos Sentís, 3 de mayo; «Cambó», José M.ª Pemán, 6 de mayo; «En torno a Cambó», Agustín G. de Amezúa, 7 de mayo, p. 7.

225. Citado por Carles Sentís en *Memòries d'un espectador*, La Campana, Barcelona, 2006, p. 338.

226. «Ha mort Cambó», *Quaderns de l'Exili*, año 5, marzo-abril de 1947, p. XXXII, Coyoacán, México.

227. Pere Mas i Parera, «Carta de Buenos Aires. La mort del senyor Cambó», *La Nostra Revista*, año II, n.º 17, mayo de 1947, México.

228. Antoni Rovira i Virgili, «Francesc Cambó», *La Nostra Revista*, año II, n.º 17, mayo de 1947, pp. 161-164, México. El artículo se dividía en tres apartados: «El catalanismo de Cambó», «Cambó y la cultura catalana» y «Adiós al catalán».

229. Antoni Rovira i Virgili, «En la mort de Cambó», *La Humanitat*, Perpiñán, n.º 68, 22 de mayo de 1947.

230. «Francesc Cambó», *Quaderns d'Estudis Polítics, Econòmics i Socials*, n.º 23, Perpiñán, marzo-abril de 1947, pp. 3-4.

231. «De la mort de Francesc Cambó», *Quaderns d'Estudis Polítics, Econòmics i Socials*, n.º 24, Perpiñán, mayo-junio de 1947, pp. 31-33.

232. *Ibid.*

233. Francesc Madrid, «Finestra de Buenos Aires. La mort del Senyor Cambó», *La Humanitat*, 6 de agosto de 1947, p. 1.

234. «Don Francisco Cambó. Falleció en esta Ciudad», *La Nación*, 2 de mayo de 1947.

235. «Muerte de Don Francisco Cambó», *La Prensa*, Buenos Aires, 1 de mayo de 1947.

236. *Ibid.*

237. «Don Francesc de A. Cambó. Ha mort a Buenos Aires», en *Virolai*, n.º 82, Buenos Aires, mayo de 1947, pp. 21-22.

238. Francesc Madrid, «Finestra de Buenos Aires. La mort del Senyor Cambó», *La Humanitat*, 6 de agosto de 1947, p. 1.

1. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 319.

2. Estelrich publicó primero esta afirmación, con el seudónimo de «Tristán», en el artículo «Francisco Cambó. Una apreciación», *Destino*, Barcelona, 19 de julio de 1947, y luego, ya firmando como Juan Estelrich, en «Francisco Cambó y su múltiple personalidad», *Diario Latino*, Buenos Aires, 4 de octubre de 1947, pp. 1-3.

3. Eugeni d'Ors, «Francesc Cambó, novecentista», *Obra completa. Glossari, 1906-1910*, Editorial Selecta, Barcelona, pp. 277-278.

4. Sobre la irrupción política de los intelectuales se puede consultar el libro de Christophe Charle, *Los intelectuales en el siglo xx*, Siglo XXI, Madrid, 2000.

5. Santos Juliá, «Protesta, liga y partido. Tres maneras de ser intelectual», en Teresa Carnero Arbat (ed.), *El reinado de Alfonso XIII*, *Ayer*, n.º 28, op. cit., pp. 163-192, y del mismo autor, *Historia de las dos Españas*, Taurus, Madrid, 2004.

6. Eugeni d'Ors, «Cròniques de Madrid: intel·lectuals », *La Veu de Catalunya*, 4 de agosto de 1905, p. 3.

7. F. Cambó, «Els intel·lectuals i les eleccions», *La Veu de Catalunya*, 25 de febrero de 1903.

8. Sobre los intelectuales y profesionales incorporados a la Lliga Regionalista, véase mi artículo «Francesc Cambó, polític i mecenes noucentista», en Antoni Marí (ed.), *La imaginació noucentista,* Angle Editorial, Barcelona, 2009, pp. 69-88.

9. Francesc Cambó, «El catalanisme constructiu», *La Veu de Catalunya*, 13 de abril de 1908.

10. Se publicaron en *La Veu de Catalunya* los días 5 y 9 de noviembre de 1909.

11. Joan Maragall, «A en Cambó i els altres», *La Veu de Catalunya*, 13 de noviembre de 1909.

12. Francesc Cambó, «De la política», en *Almanach dels Noucentistes*, Barcelona, mayo de 1911, pp. 2-3.

13. Francesc Cambó, «Missió de la Joventut en l'actual moment polític», *La Veu de Catalunya*, 13 de abril de 1912, pp. 2-3.

14. Francesc Cambó, «L'eficàcia de l'esforç individual», *La Veu de Catalunya*, 20 de febrero de 1916.

15. Puede seguirse esta polémica en Jordi Castellanos, *Raimon Casellas i el Modernisme*, op. cit.,vol. 2, pp. 50-62.

16. *Ibid.*, p. 59.

17. «Interviu amb el senyor Cambó», *La Veu de Catalunya*, 24 de marzo de 1931.

18. Estelrich trabajó inicialmente en Barcelona en la editorial Gustau Gili y colaboraba en *La Veu de Catalunya* y *Quaderns d'Estudi*. A principios de 1918 fracasó una gestión de Cambó ante el ministro de la Guerra Juan de la Cierva a fin de que Estelrich cumpliera el servicio militar en Barcelona: «En contestación a su atenta carta del siete del actual le manifiesto que no me es posible hacer nada en favor de las aspiraciones de su recomendado don Juan Estelrich, porque Baleares no da contingente de reclutas a la guarnición de Barcelona». Carta del ministro de la Guerra a F. Cambó, 11 de enero de 1918. FJE BC.

19. En el Fondo Estelrich, en la Biblioteca de Cataluña, hay numerosas cartas de Estelrich a Cambó que hablan de los viajes por España y Europa financiados por el segundo.

20. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 2 de mayo de 1922. FB BC.

21. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 3 de agosto de 1922. FB BC.

22. Así se lo explicó Estelrich a Cambó: «Tengo que informarle también de que desde este mes me he dedicado también a la organización y dirección del periódico EL DIA de Mallorca que editan los elementos liberales. A fin de evitar la preponderancia de los contrarios he conseguido hasta ahora hacerme una redacción adicta y obtener la colaboración única de gente de los nuestros (Marquina, Ferrà, Junoy, Reparaz, Jean Desthieux, Augusto Casimiro); constituir en Barcelona una agencia telegráfica con elementos exclusivos de LA VEU. Así todo nos es favorable [*sic*] en EL DIA pese a tener March los derechos económicos. Con motivo del gran discurso de V. en el Congreso tuvimos motivo de poner a prueba nuestro dominio. Continuaré aún durante el mes de julio interviniendo en el periódico». Carta de J. Estelrich a F. Cambó, 20 de junio de 1921. FJE BC.

23. Carta de J. Estelrich a F. Cambó, 4 de septiembre de 1921. FJE BC.

24. Sobre este episodio, véanse dos artículos publicados en la *Miscel·lània Joan Estelrich*, *op. cit.*, el de Isabel Peñarrubia i Marqués, «La vessant mallorquina i anticaciquil de Joan Estelrich (1917-1923)», pp. 83-96, y el de Maria Antònia Manresa i Montserrat, «*El Dia* i Joan Estelrich: les veus de la modernitat», pp. 167-173.

25. He tratado esta temática en el artículo «Joan Estelrich i Francesc Cambó: les complexes relacions entre intel·lectuals i polítics», en *Actes de les jornades d'estudi sobre Joan Estelrich*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2010, pp. 107-132.

26. Sobre Expansió Catalana y el relevante papel de Alfons Maseras, véase también el libro de Montserrat Corretger i Sàez, *Alfons Maseras: intel·lectual d'acció i literat (Biografia. Obra periodistica. Traduccions)*, Curial-Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, y el artículo «Alfons Maseras, col·laborador de Joan Estelrich entre 1919 i 1928», en *Miscel·lània Joan Estelrich*, *op. cit.*, pp. 133-161.

27. Carta de J. Estelrich a F. Cambó, octubre de 1932. FJE BC.

28. Palabras textuales de R. Patxot, véase Josep Massot i Muntaner, *Rafael Patxot y Jubert. El savi, el mecenes, el patriota*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2014, p. 102.

29. Raül Garrigasait, *Els fundadors. Una història d'ambició, clàssics i poder*, Ara Llibroe, Barcelona, 2020. Sobre la Fundació Bernat Metge, véase también Jaume Pórtulas, «Joan Estelrich o les retòriques de l'humanisme», *Els Marges*, n.º 70, Barcelona, 2002.

30. Carta de C. Riba a F. Cambó, 30 de diciembre de 1925. FJE BC.

31. Los apartados eran: «Mi responsabilidad»; «Cómo hemos aprendido nosotros el griego»; «La enseñanza del griego en Francia»; «Las bases de nuestra enseñanza», y «La organización de nuestros cursos. Grado elemental y grado superior».

32. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 22 de diciembre de 1931. FJE BC.

33. *Ibid.*

34. En su *Dietari* del 5 de junio de 1936, Estelrich anotaba que Paulina Pi de la Serra ya le había advertido de que «C. Riba intrigaba contra mí cerca de Cambó; estoy seguro. Pero yo disimularé». Joan Estelrich, *Dietaris*, *op. cit.*, p. 164.

35. *Cartes de Carles Riba, II. 1939-1952*, recogidas y anotadas por Carles-Jordi Guardiola, Edicions de La Magrana, Barcelona 1991, p. 258.

36. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 420.

37. Véase Jordi Vidal (ed.), *Lletres bíbliques. La correspondència entre Francesc Cambó i Bonaventura Ubach (1925-1947)*, Barcino Monographica Orientalia, vol. 15, Universitat de Barcelona, 2021.

38. *Ibid.*, p. 119.

39. Francesc Bernat i Baltrons, *El fons Cambó de París. Història, descripció y catàleg*, Universitat de Barcelona.

40. Buena parte de la información de este apartado procede del libro de Enric Pujol *Ferran Soldevila. Els fonaments de la historiografía catalana contemporània*, Editorial Afers, Catarroja, 1995, especialmente pp. 107-127.

41. *Ibid.*

42. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 2 de junio de 1932. FJE BC.

43. Enric Pujol, *Ferran Soldevila. Els fonaments de la historiografía catalana contemporània*, *op. cit.*, p. 110.

44. Jaume Vicens Vives, «Història de Catalunya, per Ferran Soldevila», en *Estudis Universitaris Catalans*, vol. XX, Barcelona, 1935, pp. 166-174.

45. Véase Pere Bosch Gimpera, *Memòries*, Edicions 62, Barcelona, 1980, y Francisco Gracia Alonso, *Pere Bosch Gimpera. Universidad, política, exilio*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2011.

46. «La actitud accidentalista de la Lliga, las relaciones que yo había tenido con el mecenazgo de Cambó y las instancias de mis amigos —Balcells— me llevaron a aceptar ingresar en la Lliga.» Pere Bosch Gimpera, *Memòries*, op. cit., p. 145.

47. «En un intento de reconstruir la formación y la localización de los pueblos prerromanos con el estudio de los textos antiguos que hablan de ellos y para el estudio de los límites de las tribus y la localización de las ciudades, recorrí buena parte de España en mi coche.» *Ibid.*, p. 126.

48. Sobre el libro de Bosch, véase Jordi Cornudella, «Historia de un libro que se sostenía por sí mismo. La *Etnologia de la Península Ibèrica* de Pere Bosch Gimpera», estudio introductorio en P. Bosch Gimpera, *Etnologia de la Península Ibèrica*, Urgoiti Editores, Pamplona, 2003.

49. P. Bosch Gimpera, *Memòries*, *op. cit.*, p. 163.

50. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 415.

51. Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 10 de enero de 1942. FIC.

52. «Yo tenía preparado un atlas con mapas de las distribuciones de las culturas prehistóricas y de los pueblos de España. Tampoco pudo publicarse porque Cambó se enfrió y opinaba que era mejor publicarlo junto con los volúmenes de los materiales ibéricos que se suponía acabarían formando el Corpus del Arte Ibérico.» P. Bosch Gimpera, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 162-163.

53. P. Bosch Gimpera y R. Olivar Bertran, *Correspondència*, Proa, Barcelona, 1978, p. 124.

54. Jordi Vidal, *Lletres bíbliques. La correspondència entre Francesc Cambó i Bonaventura Ubach (1925-1947)*, Barcino Monographica Orientalia, Universitat de Barcelona, 2021.

55. Pompeu Fabra, *Diccionari General de la Llengua Catalana*, A. López Llausàs Editor, Barcelona, 1932, p. XII. La presentación de Fabra llevaba fecha de octubre de 1932.

56. Carta de F. Cambó a J. M. de Sagarra, 2 de enero de 1936. Debo el conocimiento de la carta a Lluís Permanyer.

57. En una carta de F. Cambó a J. M. de Sagarra del 6 de abril de 1940, explicaba que habían fijado en 25.000 francos la «labor de revisión» de todos los Cantos y que ya le había entregado 19.000. Debo el conocimiento de la carta a Lluís Permanyer.

58. El primer proyecto, la historia de la literatura catalana, acompañaba a la carta de F. Cambó a J. Estelrich del 27 de julio de 1934. FJE BC. El segundo, la historia del catalanismo, es un texto de tres hojas sin fecha.

59. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 27 de julio de 1934. FJE BC.

60. Estas pinturas o *panneaux* de Sert mandó llevarlas a Argentina y las instaló en su casa de Mon Repòs. Actualmente están en el Hotel Mas Torrent, propiedad de Pau Guardans Cambó.

61. «A las señoras las inquieta que venga Daudet por el hecho de estar excomulgado, temiendo que pudiera iniciarse una campaña que nos echara por tierra el Conferentia Club. ¡Todo es posible en nuestro país! En cambio, están entusiasmadas con que venga Keyserling, siempre que no nos lo haga tan caro como la otra vez. Usted mismo puede decidir fecha y precio.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 8 de noviembre de 1930. FJE BC.

62. «Creo que no debemos participar en la empresa de Ledesma Ramos. No hay que olvidar que este (como Giménez Caballero) venía hace muy poco a pedir que se aplicase en Cataluña el trato que Roma dio a Cartago. Por mi parte, no donaré un céntimo.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 26 de septiembre de 1932. FJE BC.

63. Entre los intelectuales republicanos catalanes más destacados que habían firmado la invitación y participaron más activamente en estos actos estaban Antoni Rovira i Virgili, Josep Xirau, Jaume Aiguader, Gabriel Alomar, Rafael Campalans, Lluís Nicolau d'Olwer, Carles Pi i Sunyer, Jaume Bofill, Pere Bosch Gimpera, Pere Corominas y Pompeu Fabra, entre otros. Entre los más moderados, y afines a las posiciones de Cambó y Estelrich, cabe mencionar a Agustí Calvet «Gaziel», Carles Cardó, Josep M. López Picó, Manuel de Montoliu, Joaquim Pellicena, Carles Soldevila, Carles Riba y Ferran Valls i Taberner.

64. Sobre Unió Catalana, véase Isidre Molas, *Lliga Catalana*, Edicions 62, Barcelona, 1972, vol. II, pp. 225-227.

65. Carta de Ll. Duran y Ventosa a F. Cambó, 26 de junio de 1930. FDV ANC.

66. Una lista de socios de Unió Catalana, del 13 de febrero de 1931, incluía a 460 personas. Los que más cotizaban, 83 pesetas, eran Josep M. Casabó, Josep M. Carles, Miquel Mateu i Pla y Miquel Vidal i Guardiola. Estelrich figuraba entre los que cotizaban 20 pesetas. En la relación estaban también Bosch Gimpera y Vandellòs. Debo esta información a Joan B. Culla, que encontró la lista de socios en el Archivo de Salamanca.

67. Rafael de Marquina, *Francesc Cambó*, colección «Quaderns Blaus. La nostra gent», dirigida por Màrius Aguilar y Carles Soldevila, Llibreria Catalònia, Barcelona, 1925.

68. Traté esta cuestión en el artículo «Cambó y Pla. El mecenes i el convers», en Glòria Granell y Xavier Pla (eds.), *Josep Pla, memòria i escriptura. Actes del col·loqui de l'any Pla*, Universitat de Girona, Gerona, 1997, pp. 147-183.

69. Josep Pla, *Cambó. Materials per a una història d'aquests últims anys*, op. cit.

70. Véase Marina Gustà, *Els orígens ideològics i literaris de Josep Pla*, Curial, Barcelona, 1995; Cristina Badosa, *Josep Pla. El difícil equilibri entre literatura y política (1927-1939)*, Curial, Barcelona, 1994; Vinyet Panyella, «L'home de Cambó. Una lectura de *Cambó. Materials per a una historia d'aquests últims anys*», en Xavier Pla (ed.), *La diabòlica mania d'escriure*, Fundació J. Pla / Destino, Barcelona,1997, pp. 60-67.

71. Carta de F. Cambó a Ll. Duran, 8 de abril de 1929. FDV ANC.

72. Carta de J. Pla a J. Estelrich, sin fecha pero probablemente de abril-mayo de 1930. FJE BC.

73. Carta de F. Cambó a J. Pla, 17 de diciembre de 1930. FJE BC.

74. Telegrama de J. Estelrich a J. Pla, 24 de marzo de 1931. FJE BC.

75. Carta de J. Pla a Pere Pla, 4 de mayo de 1931, en Josep Pla, *Cartes a Pere*, Destino, Barcelona, 1996, p. 203.

76. Josepa Gallofré, «1897. Josep Pla. Compromís literari, activisme polèmic», en Borja de Riquer (ed.), *Vides catalanes que han fet història*, Edicions 62, Barcelona, 2020, pp. 789-807.

77. Josep Pla, *Vint-i-cinc anys de política catalanista. L'obra d'en Cambó*, Tipografia Empòrium, Barcelona, 1931.

78. *Història d'una política. Actuacions i documents de la Lliga Regionalista, 1901-1933*, Biblioteca de Lliga Catalana, Barcelona, 1933.

79. Esta actividad de Pla durante la guerra civil se ha explicado más ampliamente en Cristina Badosa, *Josep Pla. El difícil equilibri entre literatura i política (1927-1939)*, *op. cit.* Y también en Borja de Riquer, *L'últim Cambó (1936-1947). La dreta catalanista davant la Guerra Civil i el primer franquisme*, *op. cit.*

80. El texto original en catalán de este libro se ha publicado con prólogo de Josepa Gallofré y edición de Xavier Pla: Josep Pla, *Història de la Segona República Espanyola*, Ediciones Destino, Barcelona, 2020.

81. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 10 de mayo de 1940. FJE BC.

82. Carta de J. Pla a Ll. Duran i Ventosa, 21 de mayo de 1947. FDV ANC.

83. Josep Pla, *Francesc Cambó. Materials per a una història*, en *Obra completa*, vol. XXV, Ediciones Destino, Barcelona, 1973.

84. Andreu Manresa, «Inèdits i perduts. L'obra embastada o projectada que Joan Estelrich no pogué publicar», en Jaume Pomar (coord.), *Miscel·lània Joan Estelrich*, El Tall, Palma de Mallorca, 1997; del mismo autor, «Diaris inèdits de Joan Estelrich», en *El País. Quadern*, 13 de junio de 1996, pp. 2-5, y «Memòria secreta de Joan Estelrich», en *El País. Quadern*, 13 de junio de 1996, p. 1. Diario de Joan Estelrich, 26 de febrero de 1951, Andreu Manresa, *op. cit.*, pp. 4 y 5. *Joan Estelrich Dietaris*, a cargo de Manuel Jorba, Quaderns Crema, Barcelona, 2012.

85. *Joan Estelrich Dietaris*, a cargo de Manuel Jorba, *op. cit.*, p. 165. El comentario es del 7 de junio de 1936.

86. Andreu Manresa, «Inèdits y perduts. L'obra embastada o projectada que Joan Estelrich no pogué publicar», en Jaume Pomar (coord.), *Miscel·lania Joan Estelrich*, *op. cit.*, pp. 4 y 5. La cita es del 26 de febrero de 1951.

87. *Ibid.*

88. Carta de J. Estelrich a F. Cambó, 20 de marzo de 1940 FJE BC. Así pues, parece ser que entonces Estelrich todavía cobraba las mil pesetas mensuales del contrato de 1921. La queja obtuvo su fruto y así, en 1945, Estelrich ya cobraba de Cambó tres mil pesetas al mes, cifra que entonces era un buen sueldo. Aun así, la insatisfacción de Estelrich persistió y en su diario, en 1951, hace el siguiente comentario: «Mi caso solo podría solucionarlo una modesta riqueza. Cambó me lo había prometido repetida y solemnemente».

89. Andreu Manresa, *op. cit.*, pp. 1 y 5.

90. *Ibid.*, p. 1.

91. Manuel Llanas, *Gaziel: vida, periodisme i literatura*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1998.

92. Gaziel, *Meditacions*, Edicions Catalanes de Paris, París, 1974, p. 81.

93. Carta de J. Pla a Ll. Duran i Ventosa, 21 de mayo de 1947. FDV ANC.

94. Carta de Agustí Calvet, «Gaziel», a Ernest Martínez Ferrando, 8 de marzo de 1961. Debo su conocimiento a la generosidad de Manuel Llanas.

95. Joaquim Folch i Torres, «La colección Cambó», *Destino*, Barcelona, 12 de marzo de 1955. La mejor descripción de la colección es el libro coordinado por Joan Sureda i Pons *Colección Cambó*, editado conjuntamente por el Museo del Prado y el Museu d'Art de Cataluña en 1991.

96. Véase Imma Socias, «Vicissituds de la col·lecció d'art de Francesc d'Asís Cambó i Batlle durant el seu exili (1936-1947)», en *Plandiura, Cambó, Fabra, Muntadas, Valldeperas, Batlló, Blasco. Col·leccionistes que han fet museus*, MNAC, Barcelona, 2017.

97. N. Luján y J. Folch i Torres, «El legado de D. Francisco Cambó. Pequeña historia de una colección», *Destino*, n. 702, Barcelona, 20 enero 1951, pp. 16-21.

98. Citado por Joan Sureda i Pons en *Colección Cambó*, *op. cit.*, p. 52.

99. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 417.

100. *Ibid.*, p. 416.

101. F. Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, p. 903.

102. *Ibid.*, pp. 899-903.

103. Francesc Cambó, *Memòries*, op, cit., p. 420.

104. *Ibid.*, pp. 421-422.

105. Joan Sureda i Pons, *Colección Cambó*, *op. cit.*, p. 72.

106. F. Cambó, *Memòries*, *op, cit.*, p. 422.

107. F. Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 363.

108. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 423.

109. *Ibid.*, p. 417.

110. *Destino*, n.º 720, Barcelona, 20 de enero de 1951. Véase también «La colección Cambó», *Destino*, n.º 918, 12 de marzo de 1955.

111. Cabe recordar, por ejemplo, que la excepcional colección de Lluís Plandiura, que compró el Ayuntamiento de Barcelona en 1932, supuso un gasto de siete millones de pesetas.

112. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 7 de mayo de 1937. FNC ANC. El seguro era con La Catalana, pero participaban «otras compañías nacionales y extranjeras». Iba a nombre de la Societat Immobiliària Catalana, que presidía Cambó.

113. Joan Esculies, «Els quadres que la FAI va confiscar a Cambó», *El País. Quadern*, 7 de noviembre de 2019, pp. 1-3.

114. No sabe si este «J. Gibert» que firma en nombre de la Junta de Museos era Josep Gibert, arqueólogo becado por Cambó para trabajar en el proyecto d'Escola catalana de arqueología oriental, antes citado.

115. Francesc Cambó, *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, p. 235.

116. La orden ministerial permitiendo la exportación tardó algo más: se publicó el 8 de noviembre de 1941.

117. Fue, según Cambó, un error de su apoderado, Narcís de Carreras, que había pensado que proporcionando dicha información el donativo de Cambó sería más apreciado. Cambó considera que aquello fue una «publicidad indiscreta». Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 17 de noviembre de 1941. FNC ANC.

118. Rogelio García Lupo, «El arte marcado por Hitler. Revelaciones sobre la Colección Cambó», *Clarín*, Buenos Aires, 31 de agosto de 1997, pp. 14-18.

119. Imma Socias, «El comerç de l'art i els seus problemes», dentro de «Vicissituds de la col·lecció d'art de Francesc d'Assís Cambó i Batlle durant el seu exili (1936-1947)», dentro de *Plandiura, Cambó, Fabra, Muntadas, Valldeperas, Batlló, Blasco. Col·leccionistes que han fet museus*, *op. cit.*, pp. 55-60.

120. Texto de Eduardo V. Marcos, en nombre de Mercè Mallol de Cambó, ante el gobierno argentino, contra el decreto 1298 de 26 de junio de 1952. Se protestaba para que no pudiera cumplirse la voluntad testamentaria de Francesc Cambó y se pedía la revocación del decreto y que los cuadros continuasen bajo su custodia. Texto de César F. Manterola, en nombre de Helena Cambó de Guardans, en el mismo sentido. FNC ANC.

121. «Acta de requeriment» de Narcís de Carreras y Josep M. Trias de Bes ante el notario Raimundo Noguera dirigido al embajador argentino en Madrid. FNC ANC.

122. Ramon Guardans Vallés, «Origen y visicitudes de la colección Cambó», en Joan Sureda i Pons, *Colección Cambó*, *op. cit.*, p. 63.

123. José Ignacio Ramos, *Biografía de mi entorno*, Buenos Aires, Editorial Lagosa, 1984, pp. 236-246. También Rogelio García Lupo, «La colección Cambó y el abuelo de Aznar», en *Últimas noticias de Perón y su tiempo*, Buenos Aires, Vergara, 1998, pp. 237-248, y Juan Carlos Losada, «Retenidos en Argentina. Los cuadros de Cambó, prisioneros», en *La aventura de la historia*, mayo de 2001.

124. José Ignacio Ramos, *Biografía de mi entorno*, *op. cit.*, p. 238.

1. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 7 de diciembre de 1945. FDV ANC.

2. Sobre esta cuestión, es fundamental el libro de Alfons Almendros Morillo, *Francesc Cambó: la forja d'un* policy maker, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, p. 2000.

3. *Ibid.*

4. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 7 de diciembre de 1945. FDV ANC.

5. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 50-51.

6. *Ibid.*, pp. 90-91.

7. *Ibid.*, p. 358.

8. Luego, la misma empresa se hizo cargo de la urbanización de la calle Balmes, consistente en el soterramiento del tren de Sarrià hasta la plaza Molina en los años 1918-1919. También se encargó de crear la empresa Ferrocarril Metropolitano de Barcelona (1920), de prolongar la Diagonal hasta Pedralbes a partir de 1922 y de la compra consistorial de una parte de la Sociedad General de Aguas de Barcelona.

9. El periódico republicano *El Diluvio* publicó el libro *Los grandes parásitos del erario municipal de Barcelona*, Librería Española, Barcelona, 1921, en el que denunció con vehemencia y escasas pruebas los negocios de los políticos de la Lliga en la ciudad, incluido Cambó.

10. El presidente del consejo de administración de la compañía de tranvías era Víctor Fris, y el director general, Mariano de Foronda, que durante muchos años fue el hombre clave de la empresa y el principal directivo vinculado con D. Heineman. Véase Alberto del Castillo y Manuel Riu, *Historia del transporte colectivo en Barcelona (1872-1959)*, Seix Barral, Barcelona, 1960, p. 56, y Joan Alemany y Jesús Mestre, *Els transports a l'àrea de Barcelona*, Transports de Barcelona S. P. M., Barcelona, 1996, pp. 88-89.

11. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 218-225.

12. Carta de F. Cambó a Ll. Duran i Ventosa, 12 de julio de 1930. FDV ANC.

13. Propuesta de F. Cambó sobre «Funcionamiento de la Comisión Regia y la Junta de la Exposición de Industrias Eléctricas», presentada en el Congreso de los Diputados en noviembre de 1916.

14. Véase Gabriela Dalla Corte, *La Casa de América de Barcelona (1911-1947)*, LID Editorial Empresarial, Barcelona, 2005.

15. Francesc Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, pp. 849-850. El discurso es del 6 de diciembre de 1935.

16. *Ibid.*, p. 849.

17. Para seguir el papel de Francesc Cambó en la constitución de Banca Arnús, véase Francesc Cabana, *La burgesia catalana. Una aproximació històrica*, Proa, Barcelona, 1996, pp. 113-115, y *La Banca Arnús en el primer tercio del siglo xx*, Materiales de Trabajo y análisis, Archivo Histórico del Banco Bilbao Vizcaya, año II, n.º 19, agosto de 1994.

18. Para una visión general del pensamiento y la actitud de Cambó en este aspecto, véase Francesc Cabana, «Francesc Cambó: la banca i les finances», en *El món de Cambó. Permanència i canvi en el seu 125è Aniversari*, Institut Cambó, Barcelona, 2001, pp. 57-73.

19. Francesc Cabana, *Bancs i banquers a Catalunya*, Edicions 62, Barcelona, 1972, p. 146.

20. F. Cambó, «La banca catalana», en Lliga Regionalista, *El pensament català davant el conflicte europeu. Conferències dels Parlamentaris Regionalistes*, Fidel Giró, Barcelona, 1915, *op. cit.*, pp. 265-322.

21. *Ibid.*, p. 322.

22. Francesc Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 332.

23. Yolanda Blasco y Carles Sudrià, *El Banco de Barcelona (1874-1920). Decadencia y quiebra, (1874-1920)*, Marcial Pons, Madrid, 2016; y Francesc Cabana, *Història del Banco de Barcelona (1844-1920)*, Edicions 62, Barcelona, 1978.

24. Yolanda Blasco y Carles Sudrià, El Banco de Barcelona (1874-1920). Decadencia y quiebra, *op. cit.*, p. 333.

25. Dentro de una serie titulada «Publicaciones de Actualidad», en Madrid se publicó el opúsculo *Una oligarquía político-financiera. La situación bancaria en Barcelona*, Arco, Madrid, 1921, que atacaba a Cambó y a los dirigentes del Banco de Barcelona. Parece que fue una publicación inspirada por los políticos de UMN.

26. F. Cambó, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, *op. cit.*, p. 731.

27. Para encontrar una equivalencia con los actuales euros, habría que multiplicar casi por quince esta cifra.

28. F. Cambó, *Política económica*, recopilación, ordenación y notas editoriales del Dr. Alfons Almendros, Alpha, Barcelona, 1999.

29. Véanse sus estudios *L'acció privada en la vigorització de l'Economia Catalana* y *L'acció de l'Estat i l'acció privada en les indústries que tenen sobre-producció*, ambos de 1917.

30. F. Cambó, *La política económica de España*, 1918.

31. Alfons Almendros, *Com es va informar i documentar Cambó el 1931 per tal de saber si la independència econòmica de Catalunya era possible*. Agradezco al autor que me haya pasado el texto que cita la procedencia de la documentación, extraída del Archivo Cambó, «Carpeta III-3/E. La posició econòmica de Catalunya enfront la resta d'Espanya (1931) / Podria sostenir-se Catalunya».

32. Francesc Cambó, «Liquidació financera de la guerra actual. Conferència a la Residència d'estudiants», en *La Veu de Catalunya*, 9 de septiembre de 1917, y *La crisis económico-financiera y la Conferencia de Génova*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1922.

33. Los artículos se publicaban con el título genérico «El *rapport* dels experts».

34. Alfons Almendros, *Francesc Cambó: la forja d'un* policy maker, *op. cit.*, pp. 200-221.

35. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 395.

36. He tratado con detenimiento la historia de la CHADE en el libro *Cambó en Argentina. Negocios y corrupción política*, op. cit., y también en el artículo «Modernización y corrupción política en la Europa contemporánea: "Francesc Cambó y la CHADE. ¿Qué hace un político nuevo presidiendo una multinacional corruptora?"», en *Ayer*, n.º 115, Marcial Pons, Madrid, pp. 105-130. Véase también Rafael Alcalde Ceravalls, «Cambó i la CHADE: l'inici dolç i el final amarg», en *Recerques. Història, Economia, Cultura*, n.º 53/54, Barcelona, 2006.

37. John M. Keynes, *Consecuencias económicas de la paz*, capítulo «Alcance de las reparaciones de guerra a pagar», Editorial Crítica, Barcelona, 1987, p. 53.

38. Walter Rathenau (1867-1922), ingeniero, político y mecenas, era el principal propietario de la AEG. Fue ministro de Reconstrucción en 1921 y de Asuntos Exteriores en 1922, año en el que fue asesinado por el grupo prenazi Organización Cónsul.

39. Dannie Nusbaum Heineman (1872-1962), ingeniero norteamericano de origen alemán. Después de trabajar en la AEG, se convirtió en el máximo dirigente de la SOFINA entre 1905 y 1954. Fue uno de los hombres de negocios más importantes de la primera mitad del siglo XX. Era judío, como Rathenau.

40. *Nota de la CHADE, S. A. Con motivo de unos folletos*, Imprenta Comercial, Barcelona, 1946, p. 16

41. Es significativo que dos de esos bancos se hubieran fundado muy poco antes con los beneficios de la Gran Guerra. El Banco Urquijo era de 1918 y el Central, de 1919.

42. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 5 de marzo de 1920. FB BC.

43. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 328.

44. La entrevista se produjo en junio de 1920 durante un viaje del monarca a Barcelona. El rey compraría, o recibiría, 262 acciones de la CHADE por un valor nominal de 99.000 pesetas, que en 1931 cotizaban al 715 % de su valor nominal, es decir, valían más de 700.000 pesetas. Véase Guillermo Gortázar, *Alfonso XIII, hombre de negocios*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 155. La entrevista con Dato tuvo lugar en Madrid, también a finales de junio de 1920.

45. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, sin fecha, presuntamente de junio de 1920. FB BC.

46. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 7 de septiembre de 1922. FB BC.

47. En la carta de F. Cambó a J. Ventosa del 24 de junio de 1921 (FB BC), se explica el reparto de comisiones entre los miembros del consejo de administración que acordaron él y Heineman. También se concreta en las cartas de Cambó a D. Heineman, 25 de mayo de 1921, y de D. Heineman a F. Cambó, 1 de junio de 1921. Archivo de Antoni Casabó, Acassuso, Argentina.

48. Josep Varela, *Emili Riu contra Francesc Cambó i La Canadenca*, Lérida, 1919, texto inédito, consultado gracias a la generosidad del autor.

49. *Ibid.*, p. 10.

50. *Ibid.*, p. 11.

51. *Nota de la Compañía Hispano Americana de Electricidad*, aprobada por la junta general ordinaria de accionistas celebrada en Madrid el 28 de septiembre de 1946.

52. Informe «Impuestos españoles CHADE», año 1937, p. 2. FNC ANC. Sobre un total de 133 millones de pesetas-oro, solo había pagado 48 millones, con lo que se había ahorrado 85. Véase el documento entero, con la relación de gobiernos y de decretos y leyes, en *Cambó en Argentina. Negocios y corrupción política*, *op. cit.*, pp. 135-139.

53. Véase Luciano de Privitello, «¿Quién habla por la Ciudad? La política porteña y el affaire CHADE (1932-1936)», en *Entrepasados. Revista de Historia*, Buenos Aires, 1994, pp. 49-69, y del mismo autor, *Vecinos y ciudadanos. Política y Sociedad en la Buenos Aires de entreguerras*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.

54. El Concejo Deliberante de Buenos Aires era el consistorio municipal, conformado por treinta concejales elegidos por sufragio universal.

55. *Usina* es la palabra que se usa en Argentina para referirse a las grandes fábricas, especialmente a las centrales térmicas.

56. Las dos primeras empresas españolas entonces eran las ferroviarias, la Madrid-Zaragoza-Alicante (MZA) y Caminos de Hierro del Norte de España (CHNE), hoy parte de RENFE.

57. He tratado estas gestiones de Ventosa en mi artículo «Joan Ventosa i Calvell, l'home de la Lliga Catalana a Burgos», *Segle xx*, n.º 5, Barcelona, 2012, pp. 37-61.

58. Los asistentes suizos representaban el 61 % del capital presente; los belgas, el 31 %; los alemanes, el 3 %; los norteamericanos, el 2 %; y los españoles, solo el 0,7 %. Véase *Cambó en Argentina. Negocios y corrupción política*, *op. cit.*, pp. 191-193.

59. Véase *ibid.*, pp. 284-285.

60. *Ibid.*, p. 295.

61. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 22 de noviembre de 1936. FNC ANC. El subrayado está en la carta.

62. Rafael Vehils explica la actuación de la CHADE en esa negociación en términos confidenciales en un «Informe confidencial. Política de empresa» redactado a principios de 1937. Lo encontré en el FNC ANC.

63. Del informe confidencial de Rafael Vehils se deduce que la CHADE no solo sobornó a los concejales radicales, sino también al intendente de Buenos Aires, Mariano de Vedia y Mitre, y se hizo cargo de las hipotecas que gravaban la nueva sede del Partido Radical en la calle Tucumán de Buenos Aires. Alvear, que presidía el Partido Radical, actuó como intermediario entre Vehils y los concejales del partido.

64. Cada concejal percibió unos 100.000 pesos, lo que hoy equivaldría a unos 300.000 euros. En 1943, Vehils fue encarado con la mayoría de estos concejales corruptos y algunos reconocieron el delito. Poco después, Vehils huyó de Argentina durante un tiempo.

65. Telegrama de F. Cambó desde Abbazia a D. Heineman, 29 de diciembre de 1936. FNC ANC.

66. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 24 de septiembre de 1946. FNC ANC.

67. Declaraciones publicadas en *Diario del Comercio* de Barcelona, 11 de junio de 1924.

68. Declaraciones publicadas en *La Nación* de Buenos Aires, 3 de septiembre de 1924.

69. Véase *Cambó en Argentina. Negocios y corrupción política*, *op. cit.*, pp. 116-117.

70. Carta de F. Cambó a R. Vehils, sin fecha, pero seguramente de principios de 1940. FNC-BC.

71. *Ibid.*

72. Según el informe *Comisiones pagadas a Sofina por el grupo CHADE*, elaborado en noviembre de 1938, solo en comisiones, el grupo belga había cobrado de la sociedad española más de 41 millones de pesetas-oro. El informe está incluido en la carta de Josep M. Casabó a F. Cambó, 10 de noviembre de 1938. FNC ANC.

73. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 22 de marzo de 1937. FNC ANC.

74. Heineman, que era judío y un notorio antinazi, ayudó a Konrad Adenauer a huir de Alemania. En la SOFINA también había numerosos hombres de negocios judíos de Suiza, Bélgica y Estados Unidos.

75. En 1940, la CADE ingresaba más dinero que la municipalidad de Buenos Aires y poseía un activo de más de 1.136 millones de pesos argentinos. Si se tradujera esa cifra a las pesetas de la época, la habría convertido en la principal empresa del país. Véase *Cambó en Argentina. Negocios y corrupción política*, *op. cit.*, p. 267.

76. Recordemos que el embajador en Bruselas, el catalán Eduardo Aunós, facilitó la huida a España proporcionando pasaportes y coches a dirigentes de la CHADE y de la SOFINA. Aunós también llevó a la embajada la documentación más confidencial de esas compañías, que luego pudo llegar a España y Portugal por valija diplomática.

77. Cartas de A. Bausili a F. Cambó de 14 y 22 de mayo de 1949, y carta de F. Cambó a A. Bausili de 6 de junio de 1940. FNC ANC. Véase también *Cambó en Argentina. Negocios y corrupción política, op. cit.*, pp. 304-306.

78. También formaban parte de la comisión el ingeniero Juan Sábato, tío del famoso novelista, y el abogado Juan Pablo Oliver.

79. La Compañía Hispano Americana de Obras Públicas y Financiación (CHADOPYF), presidida por Guadalhorce, construía dos líneas de metro en Buenos Aires y había perpetrado una estafa monumental emitiendo obligaciones que luego no pudo pagar.

80. Telegrama de J. Ventosa a F. Cambó, 30 de septiembre de 1943. FNC ANC.

81. Informe de la Comisión Investigadora de los Servicios Públicos de Electricidad de la Ciudad de Buenos Aires, Eudeba, Buenos Aires, 1974.

82. *Ibid.*, p. 269.

83. *Ibid.*

84. Declaraciones de René Brosens a Félix Luna recogidas por Félix Luna en *El 45*, op. cit., p. 453.

85. *Ibid.*

86. Perón y Brosens ya tenían una buena relación en 1943. En octubre de 1945, cuando Perón fue detenido unos cuantos días, le envió a Eva Duarte una famosa carta desde su celda en la isla de Martín García. En ella le decía que, si necesitaba cualquier cosa, hablara con «el amigo Brosens, que es hombre de muchos recursos». Norberto Galaso, *Perón, formación, ascenso y caída (1893-1955)*, vol. I, Colihue, Buenos Aires, 2005, p. 314.

87. Según Félix Luna, Brosens le dijo a Perón: «No hay que olvidar que los equipos de provisión eléctrica de Buenos Aires debían renovarse de manera urgente y que los nuevos grupos generadores sólo se fabricaban en Estados Unidos, donde la SOFINA tenía mucha influencia». Félix Luna, *El 45*, *op. cit.*, p. 197.

88. Citado por Jane Van der Karr, *Perón y los Estados Unidos*, Editorial Vinciguerra, Buenos Aires, 1969, p. 156.

89. Como hemos explicado en capítulos anteriores, Josep Miquel Figuerola i Tresols (1897-1975), experto en comités paritarios y corporativismo, había trabajado en el Ministerio de Trabajo con Eduard Aunós durante la dictadura de Primo de Rivera. En 1930 huyó a Argentina y empezó a trabajar en la CHADE y, luego, en la Secretaría de Trabajo. Es un personaje con una vida política compleja y fascinante, digna de contar.

90. Josep M. Casabó Torras, gerente de la CHADE en Buenos Aires, sacó en persona ese dinero de la caja fuerte de la empresa y se lo dio a Figuerola. Información facilitada por su hijo, Josep M. Casabó Suqué. Entrevista en Barcelona, junio de 2003.

91. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 27 de septiembre de 1946. FNC. ANC.

92. La carta anterior incluía esta nota a Ventosa: «Yo he sugerido muchas veces a los directores que se tendría que procurar que, en una de las disposiciones del poder ejecutivo, constara una declaración que dijera más o menos lo siguiente», y, a continuación, iba el texto en castellano de la declaración. Véase entero en *Cambó en Argentina. Negocios y corrupción política*, *op. cit.*, pp. 403-404.

93. «Yo creo que una resolución que dijera esto, en estos términos o en otros, sería el máximo escudo que podría lograr la compañía para protegerse del peligro de que se decretara la nulidad de la concesión. Dado que estas palabras habrían sido pronunciadas por la suprema autoridad del país, sería natural que las autoridades las tuvieran en consideración y las respetaran.» Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 27 de septiembre de 1946. FNC ANC.

94. Véase Borja de Riquer, *Cambó en Argentina. Negocios y corrupción política*, *op. cit.*, pp. 475-523.

95. En 1959, 90 millones de dólares eran más de 5.400 millones de pesetas, mucho más que todo el presupuesto del Ministerio de Educación Nacional español. Véase *ibid.*, p. 521.

96. El informe de la Comisión Rodríguez Conde no salió a la luz hasta diez años después, en 1955, caído ya el régimen peronista.

97. Se puede seguir esta compleja causa en Mercedes Cabrera, «El asunto de la CHADE y la Barcelona Traction», en *Estudios en homenaje a Luis Ángel Rojo*, Editorial Complutense, Madrid, 2008, pp. 175-204, y también su *Juan March*, op. cit.

98. El informe se encuentra en el Archivo Suanzes y fue reproducido en su totalidad por Rafael Alcalde en *El cas Barcelona Traction. Política i capital en el final de la Canadenca*, tesis doctoral, Universidad de Barcelona, 2004, pp. 141-148.

99. Véase la carta en Borja de Riquer, *Cambó en Argentina. Negocios y corrupción política*, *op. cit.*, pp. 438-439.

100. *Ibid.*, p. 342.

101. *Ibid.*, pp. 452-454.

102. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 12 de noviembre de 1946. FNC ANC.

103. *Ibid.*

104. Nota manuscrita de F. Cambó, sin fecha, pero seguramente de finales de 1946. FNC ANC.

105. Carta de F. Cambó a N. de Carreras, 16 de noviembre de 1946. FNC ANC.

106. Nota manuscrita de F. Cambó, sin fecha, pero seguramente de finales de 1946. FNC ANC.

107. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 16 de noviembre de 1946. FNC ANC.

108. Carta de F. Cambó a N. de Carreras, 16 de octubre de 1946. Parece que entonces Cambó solo tenía unos 3.000 títulos, cuando en 1940 poseía unos 20.000. En 1945, vendió en España 2.130 acciones de un valor nominal de 350.000 pesetas a cambio de 1.700.000, es decir, más del 500 %. FNC ANC.

109. Véanse sus comentarios en *Meditacions. Dietari*, *op. cit.*, pp. 1331-1332.

110. Nota de F. Cambó a R. Vehils, sin fecha, pero con total seguridad de 1940. FNC ANC.

111. *Memoria de la CHADE para el ejercicio 1920*, Editorial Catalana, Barcelona, 1921, pp. 7-8, y *La Compañía Hispano Americana de Electricidad entre 1920 y 1927*, materiales de trabajo y análisis, editados por el Archivo Histórico de Banco Bilbao Vizcaya, año II, n.º 22, noviembre de 1994, pp. 29-31.

112. *Memoria de la Compañía Hispano-Americana de Electricidad del ejercicio 1927*, Junta general de la CHADE, Madrid, 1928, pp. 8-9.

113. Había cinco alemanes, tres suizos, dos británicos, dos belgas, dos franceses y dos norteamericanos.

114. *Memoria de la CHADE para el ejercicio 1923*, CHADE, Madrid, 1924.

115. CHADE, *Memoria de la Junta de Accionistas celebrada en Madrid el 28 de mayo de 1930*, CHADE, Madrid, 1931.

116. En la CHADE, Cambó ocupó los cargos siguientes: presidente del comité de gobierno (1920-1947), vicepresidente del consejo de administración (1920-1926) y presidente del consejo de administración (1926-1947).

117. La relación de los consejos de administración en los que figuraba Cambó se ha extraído de la primera pericia contable realizada por Alberto Mario Caletti, contador público nacional, y Carlos Conrado Hebling, perito contable, designados de oficio para el estudio de los bienes que componen el caudal hereditario de Don Francisco de Asís Cambó y Batlle, Buenos Aires, 1950. Como se explica después, hay una segunda pericia contable de los mismos profesionales, con fecha del 13 de noviembre de 1953, pero acabada en mayo de 1954.

118. La alemana era Gesfürel (hasta 1939); las francesas, Compagnie Energique du Nord de la France (1935-1939), Compagnie d'Electricité du Loire et du Centre (hasta 1939), Compagnie d'Electricité de la Loire et du Centre (hasta 1939) y Société de Forces Motrices de la Truyère (1937-1939); las belgas, Société Internationale d'Energie Hidro-Electrique, (1935-1939) y Centrales Electriques de l'Entre Sambre et Meuse; la sueca Wicanders Korkfabriker; las mexicanas Mexican Light and Power y Mexico Tramways; y las argentinas Compañía Argentina de Electricidad (CADE) (presidente del comité de gobierno, 1936-1947), Sociedad Anónima Formio Argentino (presidente, 1943-1947), Sociedad La Masia (presidente, 1943-1947), Sociedad Anónima Inmobiliaria y Comercial (SFICYT) (presidente) y Finanzas y Mandatos Sociedad Anónima (FIMANSA) (presidente).

119. Véase Borja de Riquer i Permanyer, *Francesc Cambó, home de negocis i empresari cultural*, Caixa Laietana, Mataró, 2005.

120. Registro de la Propiedad de Barcelona n.º 1: «Finca 1.521, folio 150, tomo 1.194, libro 79, sección 3».

121. *Ibid.*, y también Registro Mercantil de Barcelona, Inmobiliaria Catalana, S. A.: «Hoja 3-1531, tomo 189, folio 37».

122. Registro de la Propiedad de Barcelona n.º 1: «Finca 1.563, folio 134, tomo 1.335, libro 8, sección 3».

123. Según la escritura del notario Antoni Par del día 9 de febrero de 1924. Registro Mercantil de Barcelona, Inmobiliaria Catalana, *ibid*.

124. Registro de la Propiedad de Barcelona n.º 1: «Finca 1.631, folio 118, tomo 1.566, libro 8, sección 3».

125. *Ibid*. Esta hipoteca se canceló al cabo de veintiún años, el 11 de julio de 1945, cuando Cambó aún vivía.

126. El proyecto de Adolf Florensa es de enero de 1923. Véase Manuel Ribas i Piera (coord.), *Adolf Florensa i Ferrer (1889-1968)*, Ayuntamiento de Barcelona, Barcelona, Colección Gent de la Casa Gran, n.º 13, 2002, especialmente el capítulo de Jordi Oliveras, «L'arquitectura d'Adolf Florensa», pp. 89-145.

127. A principios del siglo XX, la mayor parte del edificio, salvo el ático y el sobreático, acogió el Hotel Central. En julio de 2021, todo el edificio fue vendido al fondo luxemburgués Schroder European Operating Hotel Fund a cambio de 93 millones de euros. *La Vanguardia*, 6 de julio de 2021, p. 48.

128. Registro de la Propiedad de Barcelona n.º 1: «Finca 1.525, folio 181, tomo 922, libro 79, sección 3».

129. En este solar aún no se había construido nada cuando la única accionista de Inmobiliaria Catalana, Helena Cambó, disolvió la sociedad en 1953.

130. Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 10 de septiembre de 1946. FIC.

131. La finca se vendió por 9 pesetas el palmo. Eso significa que la parte de Cambó equivaldría aproximadamente a 1.500.000 pesetas, pero parece que solo declaró tributariamente una cuarta parte. Solo en concepto de impuesto de plusvalía, tuvo que pagar casi 50.000 pesetas.

132. Carta de J. Puig i Cadafalch a F. Cambó, 26 de mayo de 1945. FIC.

133. Desde mediados de los sesenta, una parte de la finca de Gavà, propiedad de Helena Cambó, se alquiló para instalar los campings Albatros y La Ballena Alegre. En abril de 1997, Helena Cambó vendió toda la finca a la inmobiliaria Vertix por unos 802 millones de pesetas, según la prensa. *El País*, 11 de abril de 1997. Actualmente, los terrenos forman parte de Gavà Mar.

134. La casa de vía Laietana 30 (inmueble) se valoró en 1.842.530 pesetas; la de vía Laietana 28 (inmueble), en 550.606 pesetas; los solares de Mercaders 25, en 572.233 pesetas; el solar de vía Laietana 28, en 425.740 pesetas; la parcela D de la manzana 13, en 387.468 pesetas; la participación de la finca L'Estela en 50.000 pesetas; los terrenos de Gavà, en 214.763 pesetas; y la finca de Caldetes, en 25.000 pesetas. En total, el activo es de 4.941.161 pesetas. Inmobiliaria Catalana, S. A., Registro Mercantil de Barcelona, «hoja 3-15351, tomo 189, folio 37».

135. Cuando murió, Cambó poseía 5.298 acciones de Inmobiliaria Catalana, con un valor nominal de 2.649.000 pesetas. Las otras 3.702 acciones, valoradas en 1.851.000 pesetas, eran de «las personas que han de constituir la Fundación Cambó», básicamente, los demás miembros de la junta de accionistas antes mencionada.

136. El dictamen de Polo y Ballbé es del 22 de octubre de 1949. Inmobiliaria Catalana se disolvió ante el notario Raimon Noguera el 30 de julio de 1953. En ese momento, la única accionista era Helena Cambó i Mallol. En 1999, el valor conjunto de las dos casas en vía Laietana era de unos 1.400 millones de pesetas.

137. Valoración según la peritación contable citada en la nota 117.

138. Cambó cita las dos casas en abril de 1937 en la «Declaración de divisas y valores extranjeros del Señor Cambó», Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, Fondo R, caja 1.041, documento 5. Allí, Cambó declara que tiene «dos fincas urbanas en Berlín», que eran administradas por Hermann Ohse y que se traducían en una renta de 14.017 marcos. En la peritación contable, realizada en 1950, es donde constan «una casa y un solar en Berlín».

139. F. Cambó, *Meditacions, Dietari (1936-1946)*, *op. cit.*, p. 74. Cambó vivió en esa casa desde septiembre de 1937.

140. Son: European Electric Management, 491 acciones; Brazilian Traction Light and Power, 3.248 acciones; Allmanna Svenska Elektriska Aktiebolaget, 1.626 acciones; Società Adriatica di Electricità, 3.480 acciones; Mexican Light and Power, acciones por 10.000 libras; Société Française de Liège, 20.000 acciones; Cie. d'Electricité de la Loire et du Centre, 216 acciones; Société des Forces Motrices de la Truyène, 40 acciones; y Compagnie Energique du Nord de la France, 100 acciones. De la SOFINA llegó a poseer 1.500 acciones.

141. En Argentina: Sociedad Anónima Formio Argentino (SAFA) —presidente— 3.492 acciones; Sociedad Anónima Inmobiliaria Comercial y Financiera (SFICYT) —presidente— 10.000 acciones; Finanzas y Mandatos Sociedad Anónima (FIMANSA) —presidente— 2.000 acciones; La Masia S. A. —presidente— 600 acciones; Textil Alpha S. A., 4.040 acciones; Sociedad Loma Negra, 1.700 acciones; Delter S. A., 1.045 acciones; Compañía Siam di Tella, 1.580 acciones; Sansinona de Carnes y Derivados, 175 acciones; Sociedad Papelera Argentina, 300 acciones; y Fonoband, 250 acciones. En Uruguay: Sociedad Anónima Financiera, 1.000 acciones; en Chile: Melón, 3.500 acciones y Cerveza de Chile, 4.600 acciones.

142. Royal Dutch for the Working of Petroleum Wells, 112 acciones; Credit Suisse, 10 acciones; General Foods, 1.200 acciones: American Tobacco, 850 acciones; Cooper Allsopp Ltd., 2.160 acciones; Kemsley Newspaper Ord., 3.100 acciones; Mo and Demsjo, 960 acciones; Stora Kopparbergs Bergslags, 330 acciones; Nestlé and Anglo-Swiss Holding, 56 bonos; SIDRO, 462 acciones; Argos Trading Co., 241 acciones; Chemins de Fer du Sud Autriche, 514 obligaciones; Berliner Kraft und Licht, bonos por valor de 844.000 marcos; Hamburg Amerikanische Packetfahrt, acciones por valor de 33.000 marcos; Aktiebolaget Wicanders Korkfabriker, 668 acciones; Mediterranean Atlantic Tanger, acciones por valor de 1.500.000 francos franceses; y Danube-Save-Adria, 1.100 obligaciones.

143. Royaume de Belgique Emprunt Exterieur, 228.000 francos suizos; German Funding Bonds, 3.200 dólares; United States of Brazil Bonds, 6.960 libras; Emprunt Bresilien, 15.000 libras; Kingdom of Bulgaria Bonds, 10.000 libras; City of Budapest External Sinking Funded Bonds, 50.000 dólares; Free State of Prusia, External Lean, 20.000 dólares; Imperial Japanese Government Bonds, 10.000 libras; caja de conversión de la deuda alemana, valores por 1.145 marcos; y bonos federales suizos por valor de 13.000 francos suizos.

144. Francesc Cabana, «La Companyia General del Suro, S. A.», en *Fàbriques i empresaris. Els protagonistes de la revolució industrial a Catalunya*, vol. 4, Enciclopèdia Catalana, Barcelona, 1994, pp. 321-328.

145. En 1929, el rey Alfonso XIII también compró acciones de la COGECO por valor de 75.000 pesetas. Hemos de suponer que lo perdió casi todo, como Cambó. Guillermo Gortázar, *Alfonso XIII, hombre de negocios*, Alianza, Madrid, 1986, p. 164.

146. En «La Lliga al Passeig de Gràcia», publicado en *Be Negre* el 16 de febrero de 1933, Sagarra dijo: «Y en el paseo de Gràcia, todos los socios / se sentirán más tiernos, más joviales, / más monárquicos, más hombres de negocios, / y más CHADE, y más corcho y Bernat Metge».

147. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 27 de julio de 1931. FJE BC.

148. La segunda pericia contable, realizada por Alberto Mario Caletti, contador público nacional, y Carlos Conrado Hebling, perito contable, designados de oficio para el estudio de los bienes que componen el caudal hereditario de Don Francisco de Asís Cambó y Batlle, lleva la fecha inicial del 13 de noviembre de 1953, pero al final consta que fue presentada al juzgado de Buenos Aires el 26 de mayo de 1954. FNC ANC. Consta de tres volúmenes que en total superan las 600 páginas.

149. *Ibid.*, vol. 3, p. 98.

150. *Ibid.*, vol. 3, p. 115.

151. *Ibid.*, vol. 2, p. 550.

152. *Ibid.*, vol. 2, p. 566.

153. *Ibid.*, vol. 3, p. 100.

154. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 320-324.

155. *Ibid.*, p. 322.

156. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 9 de abril de 1945, FIC.

157. *Ibid.*

158. Estas investigaciones aparecen en mi libro *Cambó en Argentina. Negocios y corrupción política*, Edhasa, Barcelona, 2016.

1. Carta de Jesús Pabón a Ramon d'Abadal i Vinyals, 12 de septiembre de 1966. Archivo Abadal, El Pradell.

2. *Ibid.*

3. Gregorio Marañón, «Prólogo», en Maximiano García Venero, *Vida de Cambó*, Aedos, Barcelona, pp. IX-X.

4. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 23 de agosto de 1930. FJE BC.

5. Carta de F. Cambó, seguramente para Claudi Ametlla, reproducida en el artículo «De la mort de Francesc Cambó», *Quaderns d'Estudis Polítics, Econòmics i Socials*, n.º 24, Perpiñán, mayo-junio de 1947, pp. 31-33.

6. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 409.

7. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 3 de septiembre de 1930. FJE BC.

8. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 410.

9. Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 1 de agosto de 1932. FJE BC.

10. Carta de J. Puig i Cadafalch a F. Cambó, 15 de marzo de 1946. FIC.

11. Conversación con Carles Riba, en un tren, 15 de septiembre de 1952. Alexandre Cirici Pellicer, *Quaderns personals*. Agradezco a Glòria Soler que me permitiera la consulta.

12. Joan Estelrich, *Dietaris*, *op. cit.*, p. 135. Es del 20 de diciembre de 1935.

13. *Ibid.*, p. 164, 5 de junio de 1935.

14. Josep Pijoan, «En Cambó», *Quaderns de l'Exili*, México, septiembre-octubre de 1945.

15. Ángel Ossorio y Gallardo, «Prólogo», en F. Cambó, *En torno del fascismo italiano*, Editorial Catalana, Barcelona, 1925, p. III.

16. *Ibid.* «Puede decirse, pasando del género a la especie, que es un arquetipo mediterráneo, latino, español, catalán. Todo eso condensado, mezclado y agitado —¡agitadísimo!— da este producto: Cambó. Orador de los más incorrectos y, no obstante, de los más sugerentes y arrebatadores. Abogado, financiero, político, organizador, viajero, periodista, conductor de multitudes.»

17. F. Cambó, *Meditacions*, *op. cit.*, p. 211.

18. Carta de F. Cambó a B. Ubach, 30 de marzo de 1946. Véase Jordi Vidal, *Lletres bíbliques*, *op. cit.*, p. 107.

19. F. Cambó, *Meditacions, op. cit.*, p. 475.

20. Para llegar a tiempo de verla antes de morir, Cambó tuvo que ir de Venecia a Barcelona en un pequeño avión, solo con el piloto. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 393-394.

21. *Ibid.*, p. 398.

22. Joan Ventosa i Calvell y Maria del Carme Despujol i Ricart se casaron en Les Masies de Sant Hipòlit de Voltregà el 2 de octubre de 1910. Él era diputado, y ella la hija de los marqueses de Palmerola y condes de Fonollar. Los testigos fueron el general Valeriano Weyler, entonces capitán general de Cataluña, el marqués de Santa Isabel, Francesc Cambó —que en ese momento no era diputado—, Josep Bertran i Musitu, también diputado, y el hermano de la novia, Francisco Javier Despujol Ricart.

23. Con estas palabras textuales se lo explicó a Josep Pijoan en su carta del 9 de abril de 1945. FIC.

24. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 391-392.

25. Lo operaron dos veces de hemorroides. «Me molestan mucho, a veces me provocan dolores terribles, pero no son una enfermedad grave ... El 14 de abril [de 1931], cuando salí de Madrid, no fue por otra cosa que por orden de Reventós, que me exigió someterme inmediatamente a un tratamiento para poner fin a unos terribles dolores que sufría. Yo no quería tratarme en España para evitar los chismorreos.» Carta de F. Cambó a J. Estelrich, 27 de octubre de 1931. FJE BC.

26. En septiembre de 1939 estuvo internado una semana en la Clinique Cécil de Ginebra para intervenirse de la muela del juicio y de una fuerte bronquitis.

27. «La bala de Hostafrancs, que me destrozó un pulmón, y la extirpación de una cuerda vocal del año 1930 han ido acentuando cada día sus estragos.» Carta de F. Cambó a J. Puig i Cadafalch, 18 de enero de 1947. FIC.

28. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 417-418.

29. F. Cambó, *Meditacions*, *op. cit.*, p. 287.

30. Véase Joan de Déu Domènech, «Els viatges de Francesc Cambó», *Revista de Catalunya*, n.º 117 (abril 1997), pp. 13-18.

31. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, pp. 503-504.

32. «Paso doce horas en la cama y ocho en la *chaise-longue*, en la terraza sobre el lago ... Solo salgo para comer, tomar el té y pasear media horita.» Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 7 de agosto de 1916. FB BC.

33. «Condesas y marquesas con el marido en el frente y ellas, aquí, les decoran su frente de mala manera. Resulta que el marido de Mme. Mumm, la del champán, es austríaco y se está batiendo en Galitzia, mientras ella se la corre aquí a diario con el duque de Alba.» *Ibid.*

34. «Leticia, ya no es duquesa, aquí se ha transformado en princesa y su marido está inscrito como S. A. le Prince Ferdinand de Bourbon. Y ella se hace llamar “Su Alteza” a todo trapo.» *Ibid.*

35. «El personal de opereta vienesa que hay en el hotel no me molesta ... Una fauna cosmopolita muy entretenida para pasar el rato, mientras hago la digestión y me fumo un puro. Aquí hasta principios de septiembre.» *Ibid.*

36. «Iremos a verte a Port-Vendres, Bertran, María Barrientos, Pilar y yo.» Carta de F. Cambó a J. Ventosa, julio de 1920. FB BC.

37. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 399.

38. F. Cambó, *Meditacions*, *op. cit.*, p. 489. La anotación es del 26 de febrero de 1939.

39. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 505.

40. Carta de F. Cambó a J. Ventosa, 16 de mayo de 1921. FB BC. El tal Boada debía de ser su amigo Josep M. Boada, pasajero habitual del *Catalònia*.

41. Su criado Luciano también iba a menudo como miembro del servicio.

42. Hay un folleto escrito por Gonçal Arnús: *Crónica de un viaje al Norte en el Catalònia. Julio-agosto de 1921*, J. Horta impresor, sin fecha, de 28 páginas.

43. Museo Frederic Marès, «Els viatges d'Oleguer Junyent i Francesc Cambó a bord del Catalònia», en *Oleguer Junyent, col·leccionista i fotògraf*, Ayuntamiento de Barcelona, 2017, pp. 109-120.

44. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 531.

45. *Ibid.*, pp. 504-530.

46. *Ibid.*, p. 396.

47. Ernest Ortell i Martín, «El Catalònia de Francesc Cambó i el capità vilassarenc», *Singladures, Revista d'Història i Patrimoni Cultural de Vilassar de Mar i el Maresme*, n.º 34 (diciembre de 2017), pp. 51-61.

48. Durante este viaje se produjo el mencionado atentado contra Cambó en Sanlúcar de Barrameda, Cádiz.

49. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 405.

50. Carta de F. Cambó a L. Duran, 4 de julio de 1932. FDV ANC.

51. F. Cambó, *Meditacions*, *op. cit.*, p. 498.

52. *Ibid.*, p. 581.

53. En una carta a J. Ventosa del 24 de noviembre de 1916, confesaba: «No puedo decir ni "fava" (haba) (y eso que, a la pobre, la tengo bastante olvidada)». FB BC.

54. F. Cambó, *Meditacions*, *op. cit.*, p. 835.

55. El 3 de diciembre de 1908 cantó *Carmen* en la Metropolitan Opera House de Nueva York, acompañada de Caruso y de una orquesta dirigida por Toscanini.

56. Tuvo dos hijos con Joan Gay, pero se separó y se volvió a casarse en 1911 con el tenor lírico italiano Giovanni Zanatello, aunque conservó el nombre artístico de Maria Gay. Lluís Brugués y Elisenda Vidal, «La nissaga dels Pichot», *Revista de Girona*, n.º 271 (2015), pp. 52-56.

57. En enero de 1919, volvió al Liceu para interpretar *Aida* y *Carmen* con su marido Zanatello.

58. F. Cambó, *Meditacions*, *op. cit.*, p. 835.

59. Se retiró en 1927, fundó una compañía de ópera que actuó sobre todo en Estados Unidos y luego se dedicó a dar clases de canto y a hacer de productora y agente de nuevos cantantes en Nueva York.

60. F. Cambó, *Meditacions*, *op. cit.*, p. 1.342.

61. F. Cambó, *Memòries*, *op. cit.*, p. 105.

62. Andreu Farràs, *Els Güell*, Edicions 62, Barcelona, 2016.

63. Glòria Bulbena, *Barcelona. Trossos de vida i records de l'ahir*, op. cit., p. 140.

64. F. Cambó, *Meditacions*, *op. cit.*, p. 1.532.

65. Carta de Cambó a Ventosa, julio de 1920. FB BC.

66. «Telegrama de Vigo», *ABC*, 6 de junio de 1924. «El ex-ministro Cambó, en unas declaraciones a la prensa local, afirmó que aquel era un viaje de negocios a América y que también iba acompañando a la Barrientos, de la que es amigo ... Terminó diciendo que en el Massilia viaja también el banquero catalán Sr. Arnús, con su esposa.»

67. F. Cambó, *Meditacions*, *op. cit.*, p. 1.532.

68. Carta de F. Cambó a N. de Carreras, 6 de abril de 1946. FNC ANC.

69. Dosier económico redactado por Narcís de Carreras. FNC ANC.

70. «Mi ahijada Montserrat Girona está casada y es madre de una chica y un chico que parecen encantadores.» Carta de F. Cambó a B. Ubach, 28 de noviembre de 1945, reproducida por Jordi Vidal en *Lletres bíbliques*, *op. cit.*, p. 101.

71. En el Fondo Narcís de Carreras consta que el coste total de las atenciones médicas a la señora de Meunier en la Clínica López Ibor de Madrid había sido bastante elevado, de unas 146.361 pesetas de 1946. FNC ANC.

72. Carta de Jordi Rubió i Balaguer a A. Calvet, «Gaziel», 10 de abril de 1963. La conozco gracias a la generosidad de Manuel Llanas.

73. Carta de Josep M. Cruzet a A. Calvet, 24 de agosto de 1959. También la conozco gracias a la generosidad de Manuel Llanas.

74. Carta de Josep M. Cruzet a A. Calvet, 26 de agosto de 1959. La conozco gracias a la generosidad de Manuel Llanas.

75. Conversación de Carles Riba con Alexandre Cirici, en un tren, 15 de septiembre de 1952. *Quaderns personals* de Cirici. Gracias a Glòria Soler.

76. Joan Estelrich, *Dietaris*, *op. cit.*, p. 488. Seguramente se trata de María Schloemen de Nigris, la mujer del empresario y diputado de la Lliga Enric Rátols Martí.

77. Manuel Ibáñez Escofet, *La memòria és un gran cementiri*, Edicions 62, Barcelona, 1990, pp. 54-55. «Cuando mi abuelo lo encontró en su etapa en Rosas, le preguntó por qué se había mudado desde Cadaqués. El otro le contestó: “Porque en Cadaqués siempre habría sido el hijo de Joanet de Palau, y aquí soy el señor Mallol”.»

78. Obra del arquitecto modernista Joan Marés, hoy situada en el n.º 13 de la plaza de Catalunya. Hace unos años fue adquirida por el Ayuntamiento de Rosas y se conoce popularmente como Can Cambó, aunque el político nunca vivió allí.

79. Carta de F. Cambó a B. Ubach, 30 de marzo de 1946. Véase Jordi Vidal, *Lletres bíbliques*, *op. cit.*, p. 107.

80. Según el testimonio de Inés Vandellós, de Rosas.

81. F. Cambó, *Meditacions*, *op. cit.*, p. 526.

82. «Si más adelante le puedo servir para criar a la niña. Si quiere que sea una barcelonesa, no le faltará ayuda, igual que si quisiera educarla aquí, en Suiza. Le podría ayudar. Ya vio a mi hija. A pesar de la “mala simiente”, hemos hecho de ella una gran mujer.» Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 4 de septiembre de 1940. FIC.

83. «¡Cuánto me gustaría volver a verles, y ver más a la niña!» Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 1 de noviembre de 1940. FIC. «Recibí una carta deliciosa de su hija. Qué suerte ha tenido de no acabar como un Aulestia ridi.» Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 22 de noviembre de 1940. FIC.

84. «La niña no ganará nada en un hotel o en una *farm* de Arizona. A lo sumo, más salud ... En cambio, California es una lección, parte de la educación.» Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 8 de noviembre de 1940. FIC.

85. Pijoan les recomienda ir «a un solárium en Arizona» donde solo encontrarían «vastas soledades», pero «la niña podría aprender a montar a caballo, cosa que, como nadar, es necesario incluso en el siglo XX». Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 23 de noviembre de 1940. FIC.

86. En la carta de Pijoan a Cambó del 11 de diciembre de 1940, FIC, anuncia que enviará unas hojas con los deberes y cuestiones de trabajo «para la niña»: «Enviaré una por semana y, cuando estén de viaje, le servirá de escuela. Si fuera al colegio como ahora, no me habría entrometido». También pedía que la niña le escribiera frecuentemente y se lamentaba de no haber podido examinarla antes, porque desconocía si sabía sumar y dividir. «Procuraré ser liso y pintoresco», concluía.

87. «También le escribió Hélène para darle las gracias.» Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 10 de enero de 1941. FIC.

88. Pijoan le regaló unos ejemplares del famoso cuento ilustrado francés del elefante Babar. Hélène estaba muy contenta: «En Barcelona los tuvo y los recordaba con nostalgia». Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 16 de diciembre de 1941. FIC.

89. El 6 de septiembre de 1941, cuando Hélène ya estaba en Argentina, Pijoan escribió desde México: «Me duele no haber podido intimar más con aquella criatura». Carta de J. Pijoan a F. Cambó, FIC. Pijoan escribía en castellano porque estaba en México y tenía una mecanógrafa de la editorial Salvat, para la que trabajaba. Poco después, Cambó le escribió a Pijoan: «Hélène le añora mucho y le tiene una gran simpatía. Me habla a menudo de usted y estoy seguro de que, si la tratara, también le cogería un gran afecto y entendería el que yo le tengo». Ante la creciente simpatía entre su hija y Pijoan, Cambó comenta: «Es curiosa esta reciprocidad de ciertos sentimientos». Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 16 de septiembre de 1941. FIC. 12 de diciembre de 1942, Pijoan a Cambó: «Esta interesante criatura que de forma tan sorprendente ha acogido usted».

90. Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 5 de diciembre de 1941. FIC.

91. Carta de J. Pijoan a F. Cambó, 24 de octubre de 1942. FIC. Como está escrita desde México y dictada a una secretaria, está en castellano.

92. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 23 de noviembre de 1942. FIC.

93. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 27 de febrero de 1943. FIC.

94. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 23 de agosto de 1943. FIC.

95. Según Cambó, los fines de semana en Mon Repòs «[Helena] se suma a una tropa de jóvenes, chicos y chicas, que se pasan el domingo nadando y haciendo todo tipo de deportes en una finca que he adquirido a treinta y cinco kilómetros de Buenos Aires, precisamente para distraerme y descansar de verdad los domingos. Y nada me distrae y me relaja tanto como ver la inconsciencia y la felicidad juvenil». Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 25 de noviembre de 1943. FIC.

96. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 23 de agosto de 1943. FIC.

97. Carta de F. Cambó a J. Pijoan, 9 de abril de 1945. FIC.

98. Carta de F. Cambó a B. Ubach, 30 de marzo de 1946. Véase Jordi Vidal, *Lletres bíbliques*, *op. cit.*, p. 107.

99. «Yo estaba convencido de que ese fausto acontecimiento tendría lugar antes de su muerte, pues eran muchas las personas que lo admiraban que rogaban al cielo que le concediera esta gracia.» Carta de B. Ubach a F. Cambó, 18 de mayo de 1946, véase Jordi Vidal, *Lletres bíbliques*, *op. cit.*, p. 109.

100. Hay un resumen de este testamento entre la documentación del Fondo Narcís de Carreras, Archivo Nacional de Cataluña. Una nota adjunta del 1 de marzo de 1940 concretaba qué valores de Inmobiliaria Catalana irían a las Casas de la Caridad, la Maternidad, el Hospital de Sant Pau y Sant Joan de Déu. También se ordenaban gestiones con la Diputación de Barcelona para poder crear un preventorio marítimo infantil en la finca de Gavà dependiente de la Casa de la Caridad. Y lo mismo en la finca de Caldetes. Felip Bertran podría ayudar con esas gestiones. En ese testamento hay un anexo de 1943 por el que legaba 2 millones de pesetas al Hospital de Sant Pau, otros 2 millones al Hospital Infantil de Sant Joan de Déu, además de los otros 2 que dejaba a las Casas de la Caridad y la Maternidad.

101. También hay un resumen de este testamento en la documentación del Fondo Narcís de Carreras, Archivo Nacional de Cataluña.

102. Hemos consultado la copia realizada en la notaría de Raimundo Noguera, de Barcelona, el 23 de abril de 1949. FNC ANC.

103. A su primo Jesús Cambó Torras y a su hijo Francisco les dejó todos los bienes heredados de su padre; y a su prima Maria Barceló i Batlle, los heredados de su madre.

104. Dispuso varios legados: 10 acciones de Wicander de 1.000 coronas suecas a la señora Ribera, viuda Girona, y 2.443 acciones de la Société Française du Liège a Montserrat Girona de Meunier. También repartió acciones de la CHADE situadas en Suiza: 47 de la emisión A/C a la señora Verdaguer; 71 de la emisión A/C a la señora Ribera, viuda Girona; 83 de la emisión D/E a la señora Verdaguer; y 145 de la emisión D/E a la señora Ribera, viuda Girona.

105. En 1947, esta cantidad de pesos equivalía aproximadamente a unos 170.000 dólares, es decir, unos 2 millones de pesetas. Pero como en 1954 el peso se devaluó mucho, al terminar los litigios solo significaban unos 23.000 dólares (1.300.000 pesetas). Aun así, era una cantidad bastante digna.

106. Documento «Testament. Institució hereditària. / Particulars de les Memòries Testamentaries referents a la filla». Cinco hojas mecanografiadas, sin fecha. FNC ANC.

107. Nota de Cambó del 4 de noviembre de 1946. FNC ANC.

108. Toda esta documentación tenía que ser depositada fuera de España, «a menos que en España se hubiera restablecido un régimen jurídico que asegurara el respeto al pensamiento y la inviolabilidad de los documentos». *Ibid*.

109. También encargó a María Reixach que contactara con la gente con quien había mantenido correspondencia para saber si querían recuperar sus cartas, o bien si querían que fueran destruidas o guardadas. Solo había que devolver las originales: «Se pedirá permiso para conservar la copia y solo se copiarán si se obtiene permiso para ello».

110. En el Fondo Narcís de Carreras hay una nota de Cambó del 23 de abril de 1938 que dice: «Joaquim Montaner, ex secretario de Foronda, antiguo sindicalista y sinvergüenza redomado, como delegado de la FAI ha examinado mis archivos», FNC ANC, carpeta 2, 1938.

111. «El Testamento de Cambó. Las cláusulas sociales más interesantes», *Destino*, n.º 541 (20 de diciembre de 1947).

112. Telegrama de Mercè Mallol a Josep M.ª Trias de Bes, 7 de noviembre de 1947. Fondo Lluís Duran i Ventosa, ANC, documento 9-4-10.

113. Noticia publicada en *ABC*, Madrid, 8 de noviembre de 1949.

114. Estos gastos eran: Fundació Bernat Metge, 103.000 pesetas; publicaciones de arte, 10.000 pesetas; donativos culturales —Institut d'Estudis Catalans, etc.—, 13.000 pesetas; y subvenciones a obras varias, 20.000.

115. Entre los sueldos más importantes, destacaban: Joan Estelrich, 36.000 pesetas; Eusebi Llensa, 30.000; Salvador Millet, 21.000; Joan B. Solervicens 14.400; Carles Riba, 12.000; Xavier Calderó, 12.000, Paquita Fontarnau, 9.600; Rafael García, mecanógrafo, 8.400; Miquel Escalona, chófer, 8.220: y María Reixach, secretaria, 7.800.

116. Entre las personas que recibían pensión, estaban Montserrat Girona, 40.000 pesetas; Montserrat Ribera, viuda Girona, 24.000; Paquita Bonnemaison, viuda Verdaguer, 24.000; Pérez Ayala, 14.400; Dolores Castro, 14.400; y la viuda de Rafael Llussà, 12.000. También había dos primas de Cambó, Maria Barceló y Dolors de Traver, con cantidades muy inferiores, 600 pesetas al año cada una.

117. Ramon Guardans Vallès (Reus, 1919-Barcelona, 2007), era licenciado en Derecho desde 1942 y ejercía como abogado en Madrid desde 1945.

118. Conversación con Carles Riba, en un tren, 15 de septiembre de 1952. *Quaderns Personals* de Alexandre Cirici Pellicer. Debo su conocimiento a Glòria Soler.

119. «Declaraciones de Narciso de Carreras», *Diario de Barcelona*, 4 de noviembre de 1952.

120. Documento «Testament. Institució hereditària», diez hojas mecanografiadas, sin fecha. FNC ANC.

121. La legítima de Helena Cambó en España se calculaba en 7,5 millones de pesetas, pero podría llegar a unos 13 millones: «Se puede entregar a cuenta de legítima».

122. En intereses de créditos se habían pagado 1.280.000 pesetas: en testamentaria, 255.000; en pensiones, 969.000; en donativos culturales, 251.000; en gastos extraordinarios, 120.000; en viajes, 445.000; en la Fundació Bernat Metge, 392.000; en beneficencia y donativos, 83.000; en sueldos del despacho, 308.000; y en gastos varios, 250.000.

123. Había créditos por 6 millones de pesetas con saldo negativo y faltaba por pagar un legado de 2 millones y otro de 500.000. En impuestos y derechos reales, calculaban que tendrían que pagar unos 3 millones más. Además, en Barcelona había gastos muy cuantiosos desde la muerte de Cambó.

124. Documento «Testament. Institució hereditària», diez hojas mecanografiadas, sin fecha. FNC ANC.

125. Dado que el peso argentino se había devaluado bastante, en 1954 esta cantidad equivalía a unos ochocientos mil dólares, que en pesetas de la época eran unos nueve millones. Era una cantidad muy respetable.

Con la colaboración de:

Primera edición: noviembre de 2022

Cambó. El último retrato
Borja de Riquer

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Francesc Cambó. L'últim retrat*

© Borja de Riquer i Permanyer, 2022

Derechos negociados a través de Asterisc Agents

© de la traducción, de los capítulos 1, 2 y 3, Silvia Furió, 2022; de la introducción, los capítulos 4, 5, 9 y 10 y el epílogo, Àlex Guàrdia, 2022; de los capítulos 6, 7 y 8, Isabel Margelí, 2022.

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la cubierta, Diputación de Barcelona. Gerencia de Servicios de Bibliotecas

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre 2022

ISBN: 978-84-9199-482-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON

Querido Isaac, Querido Albert

Una historia epistolar de la ciencia

CRÍTICA

Querido Isaac, querido Albert

Sánchez Ron, José Manuel

9788491995135

700 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Reconstruir el pasado es tarea compleja y resbaladiza, no importa qué vertiente de ese pasado nos interese. Los historiadores se basan fundamentalmente en fuentes escritas publicadas, pero existe otro tipo de fuente: las correspondencias. *Querido Isaac, querido Albert* – un guiño a *Isaac* Newton y a *Albert* Einstein – reproduce, explicando el contexto en el que fueron escritas, un extenso conjunto de cartas de algunos de los mejores científicos de la historia.

Es imposible dar idea de la variedad de temas que tratan las cartas que aparecen en este libro, tanto en su dimensión humana y personal, como en la científica e institucional, **un libro que no tiene paralelo en ningún otro publicado hasta la fecha y que en más de un sentido constituye una historia (parcial) alternativa de la ciencia**. Entre los muchos episodios que se tratan, se cuentan, por ejemplo, las cartas que cubren el proceso mediante el cual Edmund Halley convenció, y soportó, al siempre reacio Isaac Newton para que escribiera su inmortal libro de 1687, *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*; la dramática carta que Lavoisier escribió en vísperas de ser víctima de la guillotina; las informaciones que Benjamín Franklin dio al presidente de la Royal Society inglesa de las ascensiones aerostáticas que presenció en París; la reacción de Charles Darwin cuando recibió la noticia de que Alfred Russel Wallace había llegado a la misma teoría de la evolución de las especies que él; la que Galois escribió a Auguste Chevalier la noche antes del duelo que acabó con su vida, resumiendo sus innovadoras ideas matemáticas; las que escribió Albert Einstein a su entonces novia, Mileva Maric, y otras a varios corresponsales que muestran la influencia que la filosofía ejerció para llegar a la teoría de la relatividad especial; la carta en la que Max Planck explicaba a Robert Williams Wood el sacrificio intelectual que tuvo que realizar para introducir los cuantos de luz; o una en la que Francis Crick explicaba a su hijo el descubrimiento de la estructura del ADN.

Cómpralo y empieza a leer

JULIÁN CASANOVA

LA IGLESIA DE FRANCO

CRÍTICA

La iglesia de Franco

Casanova, Julián

9788491994503

384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La Iglesia católica española, que había vivido la llegada de la República como una auténtica desgracia, se apresuró a apoyar la sublevación militar de julio de 1936. No lo dudó. Estaba donde tenía que estar, frente a la anarquía, el socialismo y la República laica. Y todos sus representantes, excepto unos pocos que no compartían ese ardor guerrero, ofrecieron sus manos y su bendición a la política de exterminio inaugurada por los militares rebeldes.

Tras casi tres años de guerra, el «plebiscito armado» que decían los obispos acabó el 1 de abril de 1939 con la victoria incondicional del Ejército de Franco. La Iglesia y el «enviado de Dios hecho Caudillo» caminaron asidos de la mano durante casi cuatro décadas.

Esa complicidad, sus causas y consecuencias, es lo que se narra y analiza en este libro, riguroso, fiel con las fuentes, anotado ahora por primera vez, que sumerge al lector en uno de los temas fundamentales de la España del siglo XX.

Cómpralo y empieza a leer

PAPÁ, ¿CÓMO SE ENROSCAN LAS CARACOLAS?

Un paseo geométrico por la naturaleza

Luisma Escudero
Ilustraciones de Raquel Gu

CRÍTICA

Papá, ¿cómo se enroscan las caracolas?

Escudero, Luis María

9788491995128

88 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ríos, animales, rocas, plantas… la naturaleza está llena de geometría. Pero, para verla, ¡hay que saber buscarla!

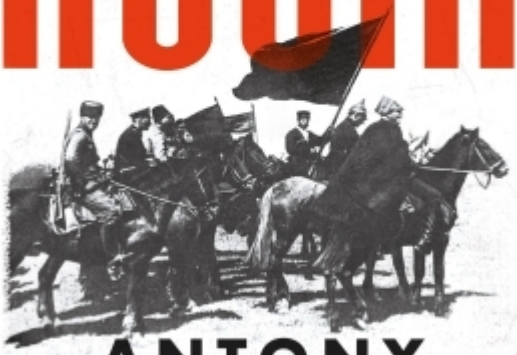
En este libro acompañaremos al científico Luisma Escudero y a su familia (tres niños curiosos y una gata sarcástica) a dar un paseo geométrico para descubrir que las matemáticas son mucho más que números, se esconden entre las rectas, las espirales, los brócolis y las mariposas que hay a nuestro alrededor.

De la mano de las ilustraciones de Raquel Gu, aprenderemos y nos divertiremos encontrando las fantasías que nos da la naturaleza, de dónde vienen y por qué ocurren

Cómpralo y empieza a leer

REVOLUCIÓN Y GUERRA CIVIL 1917-1921

RUSIA



ANTONY

BEEVOR

CRÍTICA

Rusia

Beevor, Antony

9788491994381

680 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tras el colapso del imperio zarista, entre 1917 y 1921 tuvo lugar en Rusia una lucha devastadora: una incompatible alianza blanca de socialistas moderados y monárquicos reaccionarios tenía pocas posibilidades contra el Ejército Rojo de Trotsky y la dictadura comunista de Lenin. El terror engendró el terror, que a su vez condujo a una crueldad aún mayor sobre hombres, mujeres y niños. La lucha se convirtió en una guerra mundial por delegación, ya que Churchill desplegó armamento y tropas del imperio británico, mientras las fuerzas armadas de Estados Unidos, Francia, Italia, Japón, Polonia y Checoslovaquia desempeñaron papeles rivales.

Utilizando los estudios más actualizados y la investigación de archivos, Antony Beevor reúne la imagen completa en una narración apasionante que transmite el conflicto a través de los ojos de todos, desde el trabajador en las calles de Petrogrado hasta el oficial de caballería en el campo de batalla o la mujer médico en un hospital improvisado.

Cómpralo y empieza a leer

DEL AUTOR DE *ESPÍA Y TRAIDOR* Y *UN ESPÍA ENTRE AMIGOS*

BEN MACINTYRE

SUPERVIVENCIA Y FUGA DE LA MÁS INEXPUGNABLE FORTALEZA NAZI

LOS PRISIONEROS DE COLDITZ

CRÍTICA

Los prisioneros de Colditz

Macintyre, Ben

9788491995111

368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En un imponente castillo gótico situado en la cima de una colina, en el corazón de la Alemania nazi, un variopinto grupo de oficiales pasó la segunda guerra mundial tramando audaces fugas contra sus captores nazis. O al menos eso es la versión oficial que se ha contado de Colditz, algo que no ha sido cuestionado durante más de 70 años. Sin embargo, la verdadera historia resulta ser aún más sorprendente.

En su nuevo libro, Ben Macintyre nos revela una asombrosa historia del indomable espíritu humano, pero también de esnobismo, conflicto de clases, acoso, espionaje, aburrimiento, locura y farsa. Con acceso a una asombrosa variedad de material, Macintyre nos revela un notable y variado elenco de personajes de múltiples nacionalidades, que hasta ahora se habían perdido en las arenas movedizas de la historia, con captores y prisioneros viviendo durante años al juego del gato y el ratón.

Desde los elitistas miembros del Bullingdon Club de Colditz hasta el paracaidista estadounidense reconocido como el agente secreto menos exitoso de su país, los soldados-prisioneros de Colditz fueron valientes y resistentes, pero también vulnerables y temerosos, y asombrosamente imaginativos en sus desesperados intentos de fuga. Profundamente investigado y lleno de increíbles historias humanas, este es el libro definitivo sobre el castillo de Colditz.

Cómpralo y empieza a leer